GREGORY DAVID ROBERTS

La sombra de la montaña

LITERATURA RANDOM HOUSE

«Un solo error puede incendiar un bosque en tu corazón y esconder todas las estrellas de todos los cielos.» Así comienza la nueva novela en la que Gregory David Roberts vuelve al universo de *Shantaram*, el libro inolvidable que transportó a millones de lectores de todo el mundo al corazón de la India.

Tras llevar a cabo una peligrosa misión de contrabando, Lin regresa a su querida Bombay, pero se encuentra una ciudad irreconocible y una nueva generación de capos que pugna por el poder en la mafiosa Sanjay Company. Después de recibir un inesperado mensaje de Khaderbhai, su antiguo mentor y jefe de la mafia, Lin deberá decidir entre abandonar el mundo del crimen o cumplir una vieja promesa realizando una última expedición.

Pero a menudo el destino no está en nuestras manos, y Lin no podrá cambiar de vida tan fácilmente: una nueva espiral de violencia se cierne sobre él y, como un mal presagio, pondrá en peligro a todos los que ama: su amigo, el viejo dandi Didier, la jovial y bella Lisa, su hermano de sangre, Abdullah, y Karla, el gran amor de su vida, casada ahora con un atractivo y poderoso empresario indio. Lin deberá recorrer un arduo camino para acercarse a la cumbre de la sabiduría que brilla en lo alto de la cima, dejando atrás las sombras de esta metrópoli fascinante y a la vez terrible.

La sombra de la montaña es una novela que nunca defrauda: ya se ha ganado el favor de los lectores y comienza a convertirse, como su predecesora, en un fenómeno editorial.

La sombra de la montaña

GREGORY DAVID ROBERTS

Traducción de Cruz Rodríguez Juíz

LITERATURA RANDOM HOUSE

Síguenos en www.literaturarandomhouse.com

* * *

Título original: *The Mountain Shadow*

Primera edición: febrero de 2017

© 2015, Gregory David Roberts

© 2017, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49.

08021 Barcelona

© 2017, Cruz Rodríguez Juíz, por la traducción

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del copyright. El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Printed in Spain - Impreso en España

ISBN: 978-84-397-3186-3

Depósito legal: B-22.678-2016

Compuesto en La Nueva Edimac, S. L.

Impreso en Rodesa (Villatuerta, Navarra)

RH31863

ÍNDICE DE CONTENIDOS

SOBRE ESTE LIBRO
PRIMERA PARTE
1
2
3
4
5
6
7
8
SEGUNDA PARTE
9
10
11
12
13
TERCERA PARTE
14
15
16
17
CUARTA PARTE
18
19
20
21
22
23
24
25
QUINTA PARTE
26
27
28
29
30
31
32
SEXTA PARTE
33
34
35

36
37
38
39
40
41
SÉPTIMA PARTE
42
43
44
45
OCTAVA PARTE
46
47
48
49
50
NOVENA PARTE
51
52
53
54
55
56
DÉCIMA PARTE
57
58
59
60
61
DECIMOPRIMERA PARTE
62
63
64
65
66
67
DECIMOSEGUNDA PARTE
68
69
70
71
DECIMOTERCERA PARTE
72

73
74
75
76
77
DECIMOCUARTA PARTE
78
79
80
81
82
83
84
DECIMOQUINTA PARTE
85
86
87
88
89
90
91
DESCARGO
NOTAS A PIE DE PÁGINA

SOBRE ESTE LIBRO

Gregory David Roberts se retiró en 2014 de la vida pública, y ahora dedica todo su tiempo a su familia y sus proyectos creativos.

Adaptación del diseño original de Little Brown: Penguin Random House Grupo Editorial

Ilustración de cubierta: © Harland Miller, Kali Yantra, 2015, (detalle)

* * *

«Reluce con el brillo de la experiencia propia [...]. Roberts ha creado un auténtico universo, un vientre lleno de vida y personajes memorables, con sus descabelladas maquinaciones y sus existencias a la deriva.»

The New York Times

«Roberts es brillante cuando crea un sentido de amenaza y cuando proyecta la tensión constante del prófugo que sobrevive gracias a su astucia y que espera ser asesinado o traicionado en cualquier momento. [...] Casi novecientas páginas de puro entretenimiento.»

Sunday Times (UK)

«Un libro que fascina y hace pensar.»

The Huffington Post Italia

«Un libro bellísimo, escrito de forma convincente y envolvente. Como su predecesor, se trata de uno de los textos fundamentales de este inicio de milenio.»

Il Fatto Quotidiano

PRIMERA PARTE

El origen de todo, la luminiscencia, tiene más formas que las estrellas del cielo, no cabe duda. Y basta un pensamiento bueno para que brille. Pero un solo error puede incendiar un bosque en tu corazón y ocultar todas las estrellas de todos los cielos. Y mientras el error sigue ardiendo, el amor malogrado o la fe perdida pueden hacerte creer que estás acabado y que no puedes seguir adelante. Pero no es verdad. Nunca lo es. Da igual lo que hagas, da igual dónde te pierdas, la luminiscencia jamás te abandona. Cualquier bondad que muera dentro puede alzarse de nuevo si lo deseas lo suficiente. El corazón no sabe rendirse, porque no sabe mentir. Levantas la vista de la página, ves la sonrisa de un completo desconocido y la búsqueda comienza de nuevo. No es lo que era. Siempre es diferente. Siempre es otra cosa. Pero el bosque nuevo que crece en un corazón calcinado a veces es más salvaje y más fuerte que antes del incendio. Y si te quedas, si permaneces en el brillo interior, en ese nuevo lugar de luz, perdonándolo todo y sin rendirte jamás, antes o después acabarás otra vez donde el amor y la belleza crearon el mundo: en el comienzo. El comienzo. El comienzo.

-¡Hey, Lin, qué manera de comenzar el día! -gritó Vikram desde la habitación húmeda y oscura-. ¿Cómo me has encontrado? ¿Cuándo has vuelto?

-Acabo de volver -contesté, plantado ante las amplias cristaleras de la habitación que se abrían a la galería en la fachada de la calle-. Uno de los chicos me ha dicho que estabas aquí. Sal un minuto.

-¡No, no, entra, hombre! -Vikram se rió-. ¡Que te presento a la peña!

Titubeé. Mis ojos, deslumbrados por el cielo, solo distinguían bultos de sombra en la habitación a oscuras. Lo único que veía con claridad eran dos espadas de sol apuñalando los postigos cerrados, perforando las volutas perfumadas por el aroma del hachís y la vainilla quemada de la heroína marrón.

Al rememorar aquel día, el olor a drogas y las sombras y la luz ardiente que atravesaba la habitación, me he preguntado si fue la intuición lo que me retuvo en el umbral y me impedía entrar. Me he planteado lo distinta que podría haber sido mi vida si hubiera dado media vuelta y me hubiera marchado.

Nuestras elecciones son ramas del árbol de las posibilidades. Durante tres monzones a partir de aquel día, Vikram y los desconocidos de aquella habitación fueron ramas nuevas de un bosque que

compartimos durante un tiempo: una arboleda urbana de amor, muerte y resurrección.

Lo que recuerdo claramente de aquel fugaz titubeo, aquel momento al que entonces no di la más mínima importancia, es que cuando Vikram salió de la oscuridad y me agarró del brazo para arrastrarme adentro, el tacto de su mano sudada me produjo escalofríos.

Una cama enorme, que se extendía tres metros desde la pared izquierda, dominaba la gran habitación rectangular. Había un hombre, o más bien un cadáver, vestido con un pijama plateado y tumbado en la cama, con los brazos cruzados sobre el pecho.

El pecho, por lo que vi, no subía ni bajaba. Dos hombres, uno a la izquierda de la figura inmóvil, otro a la derecha, estaban sentados en la cama cebando sendos *chillums*.

Arriba en la pared, justo por encima de la cabeza del hombre muerto o dormido, colgaba un inmenso cuadro de Zaratustra, el profeta de la religión parsi.

Conforme fui adaptando la vista a la oscuridad distinguí tres sillas grandes, separadas por dos pesadas cajoneras antiguas colocadas contra la pared de enfrente de la galería y cada una ocupada por un hombre.

Había una alfombra persa, cara y muy grande, en el suelo y diversas fotografías de personajes con la indumentaria parsi tradicional. A mi derecha, enfrente de la cama, un equipo de música remataba un tocador con tablero de mármol. Dos ventiladores de techo giraban al ritmo justo para no perturbar las nubes de humo de la habitación.

Vikram me condujo más allá de la cama para presentarme al hombre sentado en la primera de las tres sillas. Era extranjero, como yo, pero más alto: su cuerpo largo y sus piernas aún más largas se desparramaban por la silla como si flotara en una bañera. Le eché unos treinta y cinco años.

-Te presento a Concannon -dijo Vikram, empujándome hacia delante-. Es del IRA.

La mano que estrechó la mía estaba caliente y seca y era muy fuerte.

-¡Una mierda, del IRA! -dijo, hablando con acento norirlandés-. Soy del Ulster, de la UVF, pero no espero que el capullo de Vikram lo entienda, claro.

Miré el brillo confiado de sus ojos. No me gustaron las palabras confiadas de sus labios. Retiré la mano y saludé con la cabeza.

-No le hagas caso -dijo Vikram-. Dice un montón de chorradas, pero eso sí, nunca he conocido a un extranjero más fiestero.

Tiró de mí hacia el segundo individuo de la fila de sillas. Mientras me acercaba, el joven aspiró de la pipa de hachís, que encendió el ocupante de la tercera silla. Cuando la llama de las cerillas entró en la pipa, un fogonazo saltó del hornillo del *chillum* y llameó por encima de la cabeza del joven.

-*Bom shankar!* -gritó Vikram, cogiendo la pipa-. Lin, te presento a Naveen Adair. Es detective privado. Te lo juro. Y Naveen, este es Lin, el tipo del que te hablé. Es médico, en los suburbios.

El joven se levantó para estrecharme la mano.

-La verdad -dijo con una sonrisa seca-, todavía no soy un gran detective.

-No pasa nada. -Le devolví la sonrisa-. No soy un gran médico, sin el «todavía».

El tercer hombre, el que había encendido la pipa, le dio una calada y me la tendió. La rechacé con una sonrisa y entonces se la pasó a uno de los tipos de la cama.

-Vinson -se presentó, con el apretón de manos de un cachorro gordote y feliz-. Stuart Vinson. Tío, me han hablado un montón de ti.

-Todo cristo ha oído hablar de Lin -dijo Concannon, aceptando la pipa de uno de los de la cama-. Vikram no para de hablar de ti, es una puta grupi. Lin esto, Lin lo otro y Lin no sé qué coño más. Dime, Vikram, ¿ya le has chupado la polla? ¿Estuvo bien o es todo cháchara?

-¡Hostia, Concannon! -exclamó Vinson.

-¿Qué? -preguntó el aludido, abriendo mucho los ojos-. ¿Qué? Solo le he hecho una pregunta. India sigue siendo un país libre, ¿no? Al menos, en las zonas donde hablan inglés.

-No le hagas caso -me aconsejó Vinson, disculpándose con un encogimiento de hombros-. No puede evitarlo. Tiene una especie de Tic del Gilipollas o algo.

Stuart Vinson, estadounidense, tenía un físico imponente, facciones

amplias y despejadas y una espesa mata de pelo rubio alborotado que le daba el aire de un aventurero del mar, de un navegante solitario. En realidad era traficante de drogas, y de considerable éxito. Había oído hablar de él, igual que él de mí.

-Este es Jamal -dijo Vikram, haciendo caso omiso de Vinson y Concannon y presentándome al hombre sentado a la izquierda de la cama-. Lo importa, lo prepara, lo lía y se lo fuma. El Hombre Orquesta...

-El Hombre Orquesta -repitió Jamal.

Era delgado, con ojos saltones e iba cargado de amuletos religiosos. Empecé a contarlos, hipnotizado por la santidad, y llegué a cinco grandes religiones antes de toparme con su sonrisa.

-El Hombre Orquesta -dije.

-El Hombre Orquesta -repitió.

-El Hombre Orquesta -dije.

-El Hombre Orquesta -repitió.

Yo habría insistido, pero Vikram me cortó.

-Y este es Billy Bhasu -dijo Vikram, señalando al hombrecillo flaco de piel cremosa que estaba sentado al otro lado de la figura inerte.

Billy Bhasu juntó las palmas de las manos para saludarme y siguió limpiando uno de los *chillums*.

-Billy Bhasu es un conseguidor -anunció Vikram-. Te consigue lo que quieras. Cualquier cosa, desde una chica a un helado. Prueba. Es verdad. Pídele que te traiga un helado. Te lo traerá de inmediato. ¡Pídeselo!

-No me apetece...

-¡Tráele un helado a Lin, Billy!

-Al momento -replicó Billy, dejando la pipa.

-No, Billy -dije, levantando una mano-. No quiero helado.

-Si te encanta el helado -observó Vikram.

-No tanto como para mandar a alguien a que me lo traiga, Vikram.

Cálmate, hombre.

-Si piensa traer algo -intervino Concannon desde las sombras-, voto por helado con chica. Dos chicas. Y que espabile.

-¿Lo has oído, Billy? -lo apremió Vikram.

Se acercó a Billy y empezó a tirar de él para que se levantara de la cama y fuera a por helado, pero una voz profunda y resonante llegó de la figura acostada y Vikram se quedó paralizado como si le estuvieran apuntando con un revólver.

-Vikram -dijo la voz-, me estás jodiendo el viaje, tío.

-¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda! Perdona, Dennis -tartamudeó Vikram-. Estaba presentándoles a Lin a todos y...

-Lin -dijo la figura de la cama al tiempo que abría los ojos y los clavaba en mí.

Eran unos ojos sorprendentemente claros, de color gris, con un brillo aterciopelado.

-Me llamo Dennis. Encantado de conocerte. Estás en tu casa. *Mi casa es su casa*.[1]

Me adelanté, estreché la flácida ala de pájaro que Dennis levantó para mí y volví a retroceder a los pies de la cama. Dennis me siguió con la mirada. Con los labios detenidos en una amable sonrisa de bendición.

-¡Uau! -exclamó Vinson por lo bajo, situándose a mi lado-. ¡Dennis, tío! ¡Me alegro de verte otra vez! ¿Qué tal por el otro lado?

-Tranquilo -entonó Dennis sin dejar de sonreírme-. Muy tranquilo. Hasta hace nada.

Concannon y Naveen Adair, el joven detective, se unieron a nosotros. Todos mirábamos a Dennis.

-Es un gran honor, Lin -explicó Vikram-. Dennis te mira.

Siguió un breve silencio. Roto por Concannon.

-¡Muy bonito, sí, señor! -gruñó con una sonrisa que enseñaba los dientes-. Me paso seis putos meses aquí, compartiendo mi sabiduría, fumándome tu costo y bebiéndome tu whisky y solo abres los ojos dos veces. Aparece Lin y te lo quedas mirando como si estuviera ardiendo, joder. ¿Qué pasa conmigo, Dennis, que soy imbécil?

-Completamente, tío -dijo Vinson por lo bajo.

Concannon se carcajeó. Dennis se estremeció.

-Concannon -susurró-, eres el mejor fantasma amistoso que conozco, pero estás jodiéndome el viaje.

-Lo siento, Dennis -respondió Concannon.

-Lin -murmuró Dennis, con la cabeza y el cuerpo absolutamente inmóviles-, no te lo tomes a mal, por favor. Pero ahora necesito descansar. Ha sido un placer conocerte.

Giró un grado la cabeza hacia Vikram.

-Vikram -murmuró con voz estruendosa y grandilocuente de bajo-. No hagas ruido, por favor. Me estás jodiendo el viaje, tío. Te agradecería que parases.

-Por supuesto, Dennis. Perdona.

-¿Billy Bhasu? -llamó en voz queda Dennis.

-¿Sí, Dennis?

-A la mierda el helado.

-¿A la mierda el helado?

-A la mierda el helado. Nadie come helado. Hoy, no.

-Sí, Dennis.

-¿Está claro el asunto del helado?

-A la mierda el helado, Dennis.

-No quiero oír la palabra «helado» durante al menos tres meses.

-Sí, Dennis.

-Bien. Y ahora, Jamal, prepárame otro *chillum*, por favor. Grande y cargado. Gigantesco. Legendario. Un acto de compasión, casi un milagro. Adiós a todos, los de aquí y los de allí.

Dennis cruzó las manos sobre el pecho, cerró los ojos y volvió al estado de reposo: una rigidez similar a la muerte, de cinco respiraciones por minuto.

Nadie se movió ni habló. Jamal, apretando los labios por la urgencia, preparó un *chillum* legendario. La habitación entera miraba a Dennis. Agarré a Vikram de la camisa.

-Venga, larguémonos -dije, llevándomelo de la habitación-. Adiós a todos, los de aquí y los de allí.

-¡Eh, esperadme! -nos gritó Naveen, cruzando las cristaleras a toda prisa.

De vuelta en la calle, el aire fresco despertó a Vikram y Naveen. Apretaron el paso, acompasándolo con el mío.

La brisa que soplaba por un estrecho callejón sombrío entre edificios de tres plantas y plátanos frondosos traía consigo el intenso aroma a trabajo de la flota pesquera del cercano puerto de Sassoon.

Charcos de luz se desparramaban por los huecos entre los árboles. Mientras pasaba de la sombra a la luz, chapoteando en cada nuevo charco de calor blanco, sentía cómo el sol me inundaba para luego drenarse a cada nueva marea de sombra, bajo los árboles.

El cielo era azul brumoso: un vidrio escupido por el mar. La muchedumbre viajaba en los techos de los autobuses hacia zonas más frescas de la ciudad. Los gritos de los carretilleros sonaban confiados y fieros.

Era el típico día soleado de Bombay que hace que su gente, los *mumbaikars*, canten en voz alta, y al cruzarme con un hombre que caminaba en dirección contraria me fijé en que los dos tarareábamos la misma canción de amor hindi.

-Qué gracia -comentó Naveen-. Los dos cantábais la misma canción.

Sonreí, y me disponía a cantar unos cuantos versos más, como hacemos en Bombay los días de azul cristalino, cuando Vikram me interrumpió con una pregunta.

-Bueno, ¿y cómo ha ido? ¿Lo has conseguido?

Una de las razones por las que no visito Goa a menudo es que cada vez que voy alguien me pide que haga algo. Cuando, tres semanas atrás, le había confiado a Vikram que tenía una misión en Goa, mi amigo me había pedido que le hiciera un favor.

Vikram le había dejado a un usurero una de las joyas de boda de su

madre a modo de aval por un préstamo. Un collar con pequeñas incrustaciones de rubíes. Vikram había pagado la deuda, pero el usurero se negaba a devolverle el collar. Le había dicho que pasara a recogerlo por Goa en persona. Sabedor de que el usurero respetaba a la mafia de la Sanjay Company, para la que yo trabajaba, Vikram me había pedido que lo visitara.

Lo había hecho, y había recuperado el collar, pero Vikram había sobrestimado el respeto que imponía la mafia de la Sanjay al usurero. El tipo me tuvo una semana esperando, esquivando una reunión tras otra, dejando mensajes ofensivos sobre mí y la Sanjay Company hasta que por fin se avino a entregar la joya.

Para entonces era demasiado tarde. El era un tiburón y la mafia a la que había insultado, un barco tiburonero. Convoqué a cuatro individuos que trabajaban para la Sanjay. Golpeamos a los gángsters que se interponían entre el usurero y nosotros hasta que huyeron.

Nos enfrentamos al tiburón. Nos entregó el collar. Entonces, uno de los locales lo sacudió en una pelea justa y siguió atizándole, en una pelea injusta, hasta dejar clara la idea de respeto.

-¿Y bien? -preguntó Vikram-. ¿Lo has conseguido o no?

-Toma -dije, sacándome el collar del bolsillo de la chaqueta y entregándoselo.

-¡Hala! ¡Lo tienes! Sabía que podía contar contigo. ¿Danny te puso problemas?

-Bórralo de tu lista de prestamistas, Vikram.

-*Thik* -dijo. «Vale.»

Extrajo el collar de la bolsa de seda azul. Los rubíes, radiantes bajo el sol, sangraban en las palmas de las manos.

-Mira, yo... Voy a llevárselo a casa a mi madre. Ahora mismo. ¿Os acerco en el taxi a algún sitio?

-Vas en dirección contraria -dije, mientras Vikram paraba un taxi-. Tengo que volver a por la moto, está en el Leopold's.

-Si no te importa -dijo Naveen con voz queda-, te acompaño un trecho andando.

-Como quieras -contesté, observando cómo Vikram se guardaba la

bolsa de seda en el interior de la camisa para mayor seguridad.

Estaba a punto de subirse al taxi cuando lo retuve y me incliné para hablar más flojo.

-¿Qué estás haciendo?

-¿De qué hablas?

-No puedes engañarme con las drogas, Vik.

-¿Engañarte? -protestó-. Mierda, solo me he metido unas caladas de caballo, nada más. Además, ¿qué pasa? De todos modos, es de Concannon. Paga él. Yo...

-Con calma.

-Siempre me lo tomo con calma. Ya me conoces.

-Hay gente capaz de dejar un vicio, Vikram. Quizá Concannon pueda. Pero tú no. Y lo sabes.

Sonrió, y durante unos segundos vi al antiguo Vikram: el Vikram que habría ido a Goa a por el collar sin mi ayuda ni la de nadie; el Vikram que, para empezar, no habría dejado una joya de su madre en poder de un usurero.

La sonrisa se borró de sus ojos en cuanto entró en el taxi. Lo observé alejarse, preocupado por el peligro que corría: Vikram era un optimista, arruinado por amor.

Eché a andar de nuevo y Naveen se situó a mi lado.

-Habla mucho de esa chica, de la inglesa -dijo Naveen.

-Es una de esas cosas que debería haber funcionado, pero rara vez ocurre.

-También habla mucho de ti.

-Vikram habla mucho.

-Habla de Karla y Didier y Lisa. Pero, sobre todo, habla de ti.

-Habla mucho.

-Me contó que te fugaste de la cárcel. Y que sigues huido.

Me paré.

-Tú también estás hablando mucho. ¿Qué es? ¿Una epidemia?

-No, deja que te lo explique. Ayudaste a un amigo mío, Aslan...

-¿Qué?

-Un amigo mío...

-¿De qué estás hablando?

-Una noche cerca de Ballard Pier, tarde, hará un par de semanas. Lo sacaste de un aprieto.

Pasada la medianoche un joven apareció por Ballard Estate corriendo hacia mí, la amplia calle convertida en un mal negocio con los edificios cerrados en ambas aceras y sin posibilidad de escapatoria cuando llegaron los perseguidores y el joven se paró, las farolas proyectaban tres sombras en el suelo, y les plantó cara él solo y, luego, no tan solo.

-¿Qué?

-Ha muerto. Hace tres días. Te he buscado, pero estabas en Goa. Así que aprovecho la ocasión para contártelo.

-Contarme ¿qué?

Dio un respingo. Fui duro con él porque había aludido a mi fuga de la cárcel y quería que fuera al grano.

-Era amigo mío, de la universidad -dijo en tono neutro-. Le gustaba moverse por lugares peligrosos de noche. Como a mí. Como a ti; si no, no habrías estado allí la otra noche para ayudarle. Pensé que quizá querrías saberlo.

-¿Estás de broma?

Estábamos bajo una sombra tenue. A milímetros de distancia el uno del otro, mientras el tráfico de la carretera giraba a nuestro alrededor.

-¿Qué quieres decir?

-¿Has sacado a relucir la fuga solo para darme la triste noticia del fallecimiento de Aslan? ¿Es eso? ¿Estás loco o eres adorable?

-Supongo -replicó, dolido y enfadándose- que soy adorable. Demasiado para suponer que buscarías segundas intenciones en lo que te cuento. Nada más lejos de mi intención. Te pido perdón. Ya me

voy.

Lo detuve.

-¡Espera! -dije-. Espera.

Todo en su persona era correcto: la mirada sincera, el porte seguro y la ligereza de la sonrisa. El instinto es caprichoso. Y al mío le gustaba el chaval, el joven plantado ante mí con actitud brava y ofendida. Todo en él estaba bien, algo que no ves a menudo.

-Vale, ha sido culpa mía -dije, levantando una mano.

-No pasa nada -respondió, volviendo a relajarse.

-Bueno, pues volvamos a eso de que Vikram te ha contado lo de la fuga. Es justo la clase de información que podría suscitar el interés de la Interpol y siempre despierta el mío. Lo comprendes, ¿verdad?

No era una pregunta y Naveen lo entendió.

-Que se joda la Interpol.

-Eres detective.

-Que se jodan también los detectives. Esa es la clase de información sobre un amigo que no le escondes a un amigo cuando lo conoces. ¿Nunca te lo han enseñado? Yo crecí en estas calles, aquí mismo, y lo sé muy bien.

-Pero nosotros no somos amigos.

-Todavía -sonrió Naveen.

Me quedé mirándolo un rato.

-¿Te gusta caminar?

-Me gusta caminar y charlar -respondió, acompasando su paso al mío entre las serpenteantes filas de peatones.

-Que se joda la Interpol -repitió al poco.

-Realmente te gusta hablar, ¿eh?

-Y caminar.

-Vale, pues cuéntame tres historias breves mientras caminamos.

-Cómo no. ¿Historia número uno?

-Dennis.

-Bueno -Naveen se rió, esquivando a una mujer que transportaba en la cabeza un fardo enorme de papeles usados-, yo también lo he conocido hoy. Aparte de lo que tú mismo has visto, solo puedo añadir lo que me han contado.

-Pues cuéntame.

-Sus padres murieron. Le afectó mucho, dicen. Estaban forrados. Tenían una patente que valía una pasta. Sesenta millones, que fueron a parar a Dennis.

-El cuarto de antes no cuesta sesenta millones de dólares.

-El dinero está en fideicomiso mientras Dennis sigue en trance.

-¿Mientras se tumba a la bartola?

-Es más que estar tumbado. Dennis entra en *samadhi* al dormir. Ralentiza el pulso y la respiración hasta casi cero. Con frecuencia, está técnicamente muerto.

-Te estás quedando conmigo, detective.

-No -se rió-. Varios médicos han firmado el certificado de defunción en el último año y Dennis siempre ha vuelto en sí. Jamal, el Hombre Orquesta, los colecciona.

-Vale, de modo que de vez en cuando Dennis está técnicamente muerto. Será complicado para el cura y el contable.

-Mientras permanece en trance su patrimonio lo gestiona un fideicomiso que le deja suficiente para comprar el piso que acabamos de ver y costear su manutención de acuerdo con los parámetros de sus estados de trance.

-¿Todo esto te lo han contado o lo has investigado?

-Un poco de cada.

-Bueno -dije, deteniéndome un instante para que el coche de delante diera marcha atrás-, no sé de qué va, pero en la vida había visto a alguien tumbarse mejor.

-No tiene parangón. -Naveen sonrió.

Los dos lo meditamos unos instantes.

-¿La segunda historia? -preguntó Naveen.

-Concannon -dije, reanudando la marcha.

-Boxea en mi gimnasio. No sé mucho de él, pero puedo contarte un par de cosas.

-¿Que son?

-Tiene un izquierdazo con el que podría tocar el gong, pero si falla, se viene abajo.

-¿Ah, sí?

-Siempre. Entra con la izquierda, golpea con la derecha y luego siempre lo remata con un gancho de izquierda que lo deja desprotegido si no acierta. Pero es rápido y no suele fallar. Es bastante bueno.

-¿Y?

-La segunda cosa es que Concannon es el único que conozco que ha conseguido que Dennis me reciba. Dennis lo adora. Por él se mantiene despierto más que por nadie. Dicen que quiere adoptarlo legalmente. Es difícil, porque Concannon es mayor que Dennis y no sé si existen precedentes legales de que un indio haya adoptado a un blanco.

-¿Qué quieres decir con que ha conseguido que Dennis te reciba?

-Hay miles de personas que querrían que Dennis las recibiera mientras está en trance. Creen que mientras está temporalmente muerto puede comunicarse con los muertos permanentes. Y casi nadie consigue entrar.

-A menos que te acerques a llamar a la puerta.

-No lo entiendes: nadie se atrevería a llamar a la puerta mientras Dennis está en trance.

-Venga ya.

-Nadie, se entiende, menos tú.

-Ya hemos hablado de Dennis -dije, deteniéndome para dejar paso a

una carreta tirada por cuatro hombres-. Volvamos a Concannon.

-Pues, como te decía, boxea en mi gimnasio. Pelea en la calle. No sé gran cosa. Parece que le va la fiesta. Mucho.

-Y que tiene la lengua larga. No puedes tener la lengua tan larga a su edad sin nada que te respalde.

-¿Insinúas que debería andarme con ojo?

-Solo con su lado malo.

-¿Y la tercera historia? -preguntó, siguiéndome.

-Voy a por un zumo.

-¿Un zumo?

-Hace calor. ¿Qué te pasa?

-Ah, nada. Bien. Me encanta el zumo.

Treinta y nueve grados en Bombay, zumo de melón helado, ventiladores pegados a la cabeza a la máxima potencia: la felicidad.

-Entonces... Eso de ser detective... ¿Va en serio?

-Sí. Empecé de casualidad, más o menos, pero ya hace casi un año que me dedico.

-¿Qué clase de casualidad te convierte en detective?

-Estaba estudiando derecho -sonrió-. Casi había terminado. El último año estaba investigando para un trabajo sobre detectives privados y su impacto en el sistema judicial. Al poco, lo único que me interesaba era lo tocante a los detectives, así que dejé derecho y lo probé.

-¿Cómo te va?

Se rió.

-El divorcio es más sano que el mercado de valores y mucho más predecible. Llevé algunos casos de divorcio, pero después lo dejé. Trabajaba con otro tipo. Me enseñó el oficio. Lleva treinta y cinco años con los divorcios y aún le gusta. A mí no. Para los maridos era siempre un caso único, lo de tener una aventura. Pero para mí era siempre la misma película triste.

-¿Y desde que abandonaste los verdes pastos del divorcio?

-De momento he encontrado dos mascotas extraviadas, un marido desaparecido y una cazuela perdida. Por lo visto mis clientes, benditos sean, son demasiado perezosos para buscar por sí mismos.

-Pero te gusta trabajar como detective. Te da subidón, ¿no?

-Bueno, desde este lado descubro la verdad. Como abogado solo tienes acceso a una versión de la verdad. Esto es la verdad, aunque solo se trate de una cazuela antigua robada. Conozco la historia real antes de que nadie mienta.

-¿Vas a seguir?

-No lo sé -sonrió, desviando la mirada-. Depende de lo bien que lo haga, supongo.

-O de lo mal que lo hagas.

-O de lo mal que lo haga.

-Ya vamos por la tercera historia. Naveen Adair, detective privado indoirlandés.

Se rió, mostrando una estela de dientes blancos, pero la sonrisa se borró enseguida.

-No hay mucho que contar.

-Naveen Adair -pronuncié-. ¿Qué parte da más por culo, la india o la irlandesa?

-Demasiado anglosajón para los indios -se rió- y demasiado indio para los anglosajones. Mi padre...

Para demasiados de nosotros la tierra que llamamos padre se compone de picos escarpados y valles perdidos. Mientras escalaba a su lado uno de esos picos, esperé a que Naveen volviera a remontar la conversación.

-Cuando abandonó a mi madre terminamos viviendo en la calle. Estuvimos en la calle hasta que cumplí cinco años, pero no lo recuerdo bien.

-¿Qué pasó?

Levantó la vista hacia la calle, sus ojos flotaban en una marea de color y emoción, avanzando y retrocediendo.

-Mi padre enfermó de tuberculosis -dijo el joven detective-. Hizo testamento a nombre de mi madre y resultó que el hombre había ganado mucho dinero, así que de pronto éramos ricos y...

-Todo cambió.

Me miró como si me hubiera contado demasiado.

El ventilador, situado a escasos centímetros de mi cabeza, comenzaba a provocarme migraña. Llamé al camarero y le pedí que lo pusiera más suave.

-¿Tienes frío? -se mofó, con la mano en el mando-. Voy a enseñarte lo que es el frío.

Subió el ventilador a cinco, nivel ventisca. Empezaron a congelárseme las mejillas. Pagamos la cuenta y nos marchamos mientras el camarero se despedía.

-¡Mesa dos libre!

-Me encanta este sitio -dijo Naveen al salir.

-¿Sí?

-Sí. Zumo bueno y camareros desagradables. Perfecto.

-Igual nos llevamos bien, detective. Igual nos llevamos bien.

El pasado, estimado enemigo, es inoportuno. Aquellos días en Bombay vuelven a mí de forma tan vivida y repentina que en ocasiones me expulsan del presente y me distraen de lo que estoy haciendo. Una sonrisa, una canción, y vuelvo allí, a pasar las mañanas soleadas durmiendo, a viajar en moto por una carretera de montaña o a suplicar, atado y apaleado, siquiera un descanso al destino. Y adoro cada minuto, cada minuto de amigo o de enemigo, de huida o de perdón: cada minuto de vida. Pero el pasado te conduce siempre al lugar correcto en el momento equivocado, y eso puede desencadenar una tormenta interior.

Supongo que después de algunas de las cosas que he hecho y que me han hecho debería estar amargado. La gente me dice que debería estarlo. Una vez un preso me dijo: «Serías un tío cojonudo, solo te falta un poco de rencor». Pero nací sin él, y nunca he conocido el rencor ni la amargura. Me enfadaba y me desesperaba y hacía maldades demasiado a menudo hasta que paré, pero nunca odié a nadie ni, conscientemente, le deseé mal alguno, ni siquiera a mis torturadores. Y si bien una pequeña dosis de amargura podría haberme protegido de vez en cuando, como ocurre a veces, he aprendido que los recuerdos dulces no caben por puertas cínicas. Y adoro mis recuerdos, incluso cuando son inoportunos: minutos recordados del sol marcando tramos de las calles arboladas de Bombay, de chicas intrépidas volando entre el tráfico en motocicleta, de carretilleros agobiados por la carga pero con una sonrisa, y aquellos primeros recuerdos de un joven detective indoirlandés llamado Naveen Adair.

Caminamos un rato en silencio por la calle, avanzando entre coches y ríos de gente, serpenteando entre bicicletas y carretas en la danza callejera.

En el ancho umbral del edificio de los bomberos, un grupo de hombres con pesados uniformes azul marino charlaban y reían. Dentro de la estación había dos enormes camiones de bomberos que refulgían al sol desde cada una de sus superficies rojas o cromadas.

De una pared colgaba un recargado altar a Hanuman, y al lado un cartel que rezaba:

SI NO SOPORTA EL CALOR, SALGA DEL EDIFICIO EN LLAMAS

Más adelante, entramos en el distrito comercial, que rodea el mercado

de Colaba. Vidrieros, enmarcadores, ferreterías, tiendas de madera y de suministros para electricistas y lampistas fueron dejando paso gradualmente a comercios de ropa, joyas y alimentación.

Tuvimos que detenernos en la ancha entrada del mercado porque varios camiones pesados salían al atasco de la calle principal.

-Oye -me dijo Naveen mientras esperábamos-, tenías razón: Vikram habla demasiado. Pero yo seré una tumba. No hablaré del tema con nadie aparte de ti. Jamás. Y si alguna vez me necesitas, aquí me tienes, tío. Es lo único que intento decir. Por Aslan y lo que hiciste esa noche, si no quieres que sea por ti.

No era la primera vez que miraba fuera del exilio rojo en que se había convertido mi vida a unos ojos iluminados por unos fuegos que ardían en lo alto de los precipicios de la palabra «fuga». En mis años de fugitivo, a veces encontraba la amistad inmediata en la melodía de la rebelión: en la lealtad que otros prometían a mi huida del sistema tanto como a mí mismo.

Querían que yo siguiera libre, en parte porque querían que alguien escapara y conservara la libertad. Sonreí a Naveen. No era la primera vez ni sería la última que me dejaba llevar por la corriente interior.

-¿Qué tal? -dije, tendiéndole la mano-. Me llamo Lin. No soy un médico de los suburbios.

-Encantado de conocerte -respondió Naveen, estrechándome la mano-. Me llamo Naveen. Gracias. Siempre es bueno saber quién no es médico.

-Y quién no es policía -añadí-. ¿Una copa?

-No me importaría -replicó con gracia.

En ese preciso instante tuve la impresión de que alguien se me acercaba demasiado por la espalda. Me giré con brusquedad.

-¡Un momento! -protestó George Géminis-. Cuidado con la camisa, colega. Es el cincuenta por ciento de mi guardarropa. ¡Te vas a enterar!

Cuando lo solté noté los huesos de su cuerpo delgado contra mis nudillos.

-Perdona, hombre -me disculpé, alisándole la pechera de la camisa-. No puedes ir asustando así al personal. Ya deberías saberlo, Géminis.

Un día de estos la broma acabará mal.

-Culpa mía, colega -se disculpó George Géminis, mirando a su alrededor nerviosamente-. Tengo un problemilla, ¿sabes?

Me llevé la mano al bolsillo, pero Géminis me detuvo.

-No tengo un problema de esos, colega. Bueno, la verdad, sí lo tengo, pero es tan constante lo de no tener un céntimo que ya se ha convertido en una afirmación metacultural, una especie de banda sonora de la penuria, penosa pero cautivadora, ¿me explico?

-No, tío -dije, dándole algo de dinero-. ¿Qué problema tienes?

-¿Esperas un momento? Voy a buscar a Escorpio.

-Claro.

Géminis miró a izquierda y derecha.

-¿Esperarás?

Asentí, y se escabulló detrás de un puesto cercano que vendía figurillas de dioses de mármol.

-¿Te importa que me quede contigo? -preguntó Naveen.

-En absoluto -respondí-. Con Géminis y Escorpio no hay secreto seguro, en particular los suyos. Podrían montar una emisora de radio. Yo la escucharía.

Momentos después Géminis regresó arrastrando tras él a un Escorpio reacio.

Los George del Zodíaco, uno del sur de Londres y el otro de Canadá, eran callejeros inseparables. Eran moderadamente adictos a siete drogas y completamente adictos el uno al otro. Dormían en la entrada relativamente cómoda de un almacén y se ganaban la vida haciendo recados, pillando drogas para clientes extranjeros y vendiendo información a gángsters de manera ocasional.

Peleaban y discutían desde el primer bostezo matinal hasta el último traspié antes de dormirse, pero se querían y su amistad era tan fiel que todos los querían por ello: George Géminis de Londres y George Escorpio de Canadá.

-Perdona, Lin -farfulló Escorpio cuando Géminis lo acercó tirando de él-. Iba de incógnito. Un problema con la CIA. Te habrás enterado.

-¿La CIA? Pues no. Pero he estado en Goa. ¿Qué pasa?

-Un viejales -intervino Géminis mientras su amigo, más alto, asentía rápidamente-. De pelo blanco como la nieve, pero no tan viejo, con traje azul marino y corbata, estilo hombre de negocios...

-O estilo CIA -interrumpió Escorpio, inclinándose para susurrar.

-¡Hostias, Escorpio! -espetó Géminis-, ¿Qué cojones iba a querer la CIA de dos tipos como nosotros?

-Tienen unas máquinas que leen la mente -susurró Escorpio-, incluso a través de la pared.

-Si pueden leernos la mente no tiene sentido que susurres, ¿no? -preguntó Géminis.

-A lo mejor ya nos han programado para que susurremos mientras nos leían la mente.

-Si te leyeran la mente saldrían gritando despavoridos por la calle, puto huevón. Es un milagro que yo no salga corriendo y chillando...

No existía mapa fiable para los derroteros que tomaban los George del Zodíaco una vez que la discusión empezaba a divagar, ni límite temporal. Normalmente me gustaba, pero no siempre.

-Háblame del trajeado del pelo blanco.

-No sabemos quién es, Lin -dijo Géminis, regresando al presente-, Pero lleva dos días preguntando por Escorpio en el Leopold's y otros locales.

-Es la CIA -repitió Escorpio, buscando un escondite con la mirada.

Géminis me miró con cara de «Por qué habré nacido». Intentó ser paciente. Respiró. No funcionó.

-Si es la CIA y de verdad pueden leernos la mente -le gritó a Escorpio apretando los dientes-, difícilmente irían por ahí preguntando por nosotros, ¿no? Simplemente vendrían, nos darían un toquecito en el hombro y dirían: ¡Eh! Acabamos de leerte la mente, hijo, con nuestra máquina lee-mentes, y no tenemos que preguntar por ti ni seguirte por ahí porque tenemos máquinas lee-mentes que leen la mente de la gente porque somos la puta CIA, ¿no crees? Eh, ¿tú qué crees?

-Bueno...

-¿Pregunta por tu nombre? -dijo Naveen, con expresión juvenil pero seria-, ¿Pregunta por los dos o solo por Escorpio?

Los dos miraron a Naveen.

-Os presento a Naveen Adair -dije-. Es detective privado.

Siguió una pausa.

-La puta -masculló Géminis-. No me parece muy privado andar anunciándolo por aquí, en el mercado de fruta y verdura, ¿no? Serás más un detective público, ¿eh?

Naveen se rió.

-No me has respondido -dijo.

Siguió otra pausa.

-¿Qué... clase de detective es? -preguntó, desconfiado, Escorpio.

-Es detective -confirmé-. Es como un cura, pagas solo una vez. Responde a las preguntas, Escorpio.

-Bueno -dijo Escorpio, mirando a Naveen pensativamente-, ahora que lo pienso, el tipo solo preguntaba por mí, no por Géminis.

-¿Dónde se aloja? -preguntó Naveen.

-Todavía no lo sabemos -respondió Géminis-. Al principio no nos lo tomamos en serio. Pero ahora ya han pasado dos días. Escorpio empieza a asustarse y ya es bastante asustadizo, ¿me explico? Uno de los niños de la calle está siguiendo al tipo del pelo blanco y pronto sabremos dónde vive.

-Si queréis, lo investigo -se ofreció en voz baja Naveen.

Géminis y Escorpio me miraron. Me encogí de hombros.

-Sí -se apresuró a aceptar Escorpio-. Joder, sí. Intenta descubrir quién es ese tío, por favor.

-Hay que llegar al fondo de este asunto -añadió con fervor Géminis-. Escorpio me tiene tan desquiciado que esta mañana me he despertado con las manos alrededor del cuello. Cuando uno intenta estrangularse a sí mismo mientras duerme, es que la cosa se ha salido de madre.

-¿Qué deberíamos hacer? -preguntó Escorpio.

-Dejaros ver lo menos posible -aconsejó Naveen-. Si descubrís dónde vive el tipo se lo decís a Lin. O me dejáis un mensaje en el edificio Natraj, en Merewether. Naveen Adair.

Se hizo un breve silencio mientras los George del Zodíaco se miraban, luego miraban a Naveen y después otra vez a mí.

-Tenemos un plan -dije, estrechándole la mano a Géminis.

El dinero que le había dado bastaba para al menos un par de sus drogas favoritas, unos días tranquilos en un hotel barato, ropa limpia de la lavandería que casi nunca pagaban y la dieta de postres bengalíes que adoraban.

Se adentraron en el camuflaje de la calle atiborrada, Escorpio se enderezó para caminar con la cabeza a la altura de la del londinense.

-¿Qué opinas? -le pregunté a Naveen.

-Huele a abogado -contestó con cautela-. Ya veremos en qué acaba. No puedo garantizar resultados. Soy solo un aficionado, ¿recuerdas?

-Aficionado es cualquiera que todavía no ha aprendido cómo no se hace.

-No está mal. ¿Es una cita?

-Sí.

-¿De quién?

-De una mujer que conozco. ¿Por qué?

-¿Puedo conocerla?

-No.

-Por favor.

-¿Qué te pasa a ti con querer conocer a gente difícil de conocer?

-Es de Karla, ¿verdad? Un aficionado es cualquiera que todavía no ha aprendido cómo no se hace. Está bien.

Me detuve, pegado a él.

-Hagamos un trato -dije-. No vuelvas a mencionarme a Karla.

-Eso no es un trato -repuso, sonriendo sin problemas.

-Me alegro de que lo entiendas. Estábamos en que no nos importaría tomar una copa, ¿recuerdas?

Entramos en la cueva del Leopold's, olía a cerveza y a curry. Era por la tarde, el momento de calma antes de que la tormenta de turistas, traficantes, tratantes del mercado negro, mafiosos, actores, estudiantes, gángsters y buenas chicas con predilección por los chicos malos se colase por los amplios arcos para gritar, comer, beber y jugarse el alma en la ruleta mojada de las treinta mesas del restaurante del Leopold's.

Era la hora del bar favorita de Didier, por delante de su segunda preferida, que era cualquier otra hora en que el bar estuviera abierto, y me lo encontré sentado solo a su mesa de costumbre, de espaldas a la pared del fondo, con una vista espléndida de las tres entradas del local.

Estaba leyendo un periódico sosteniendo las páginas abiertas con los brazos estirados.

-¡Cago en Dios, Didier! ¡Un periódico! Deberías advertir a la gente, menuda impresión.

Me giré hacia el camarero, de nombre real Sweetie, que estaba concentrado holgazaneando con la etiqueta rosa de su nombre colgándole de la chaqueta.

-¿Qué te ocurre, Sweetie? Deberías haber sacado un cartel o algo.

-Vete mucho a la mierda -replicó Sweetie, cambiándose una cerilla de lado de la boca con la lengua.

Didier dejó el periódico y me abrazó.

-El sol te sienta bien -dijo.

Me agarró un momento, examinándome con meticulosidad forense.

-Tienes aspecto de duplicado. ¿Se dice así? La estrella de cine no, el actor que recibe los palos.

-Se dice doble, pero acepto duplicado. Te presento a otro duplicado, Naveen Adair.

-¡Ah, el detective! -dijo Didier, dándole un cálido apretón de manos y

repasando con ojo clínico la figura alta y atlética de Naveen-. He oído hablar mucho de ti, de boca de mi amiga la periodista Kavita Singh.

-Ella también habla de ti -respondió Naveen con una sonrisa-. Y, con permiso, diré que considero un honor conocer al hombre que se esconde detrás de todas las historias.

-No esperaba un joven de modales tan impecables -replicó rápidamente Didier, señalando a las sillas y llamando a Sweetie-. ¿Qué tomaréis? ¿Cerveza? ¡Sweetie! ¡Tres cervezas heladas, por favor!

-Vete mucho a la mierda -farfulló Sweetie, arrastrando las zapatillas a la cocina a punto de acabar el turno.

-Es un animal repulsivo -dijo Didier, mirando a Sweetie alejarse-. Pero siento una curiosa atracción por la gracia con la que sufre.

Eramos tres a la mesa, pero nos sentamos en fila de espaldas a la pared, de cara a las mesas desperdigadas hacia los amplios arcos abiertos a la calle. Didier paseó la mirada por el restaurante: un náufrago oteando el horizonte.

-Bien -dijo, inclinando la cabeza hacia mí-. ¿Qué tal la aventura por Goa?

Saqué del bolsillo un pequeño fajo de cartas atadas con unas cintas azules y se lo tendí. Didier lo aceptó y lo sostuvo un momento en las palmas de las manos, como si fuera un pájaro malherido.

-¿Has tenido que...? ¿Has tenido que pegarle para conseguirlas? -me preguntó sin apartar la vista de las cartas.

-No.

-Oh -suspiró, levantando rápidamente la mirada.

-¿Debería haberle pegado?

-No, claro que no, no -explicó Didier, reprimiendo una lágrima-. Didier no podría pagarlo.

-No me has pagado nada.

-Técnicamente, al pagarte nada estoy pagando. ¿Correcto, Naveen?

-No sé de qué habláis -replicó Naveen-. Por tanto, sí, estoy de acuerdo con todo.

-Es solo -gimoteó Didier mirando las cartas- que habría preferido que intentara conservar mis cartas de amor, quizá. Que demostrara que queda cierto... afecto.

Recordé la expresión de odio simiesco de Gustavo, el examante de Didier, mientras maldecía los genitales de Didier y arrojaba el fajo de cartas al basurero que había bajo la ventana de atrás de su bungalow.

Tuve que clavarle la uña del pulgar en la oreja para que bajara al pozo de la basura, recuperara las cartas, las limpiara y me las diera.

-No -dije-. El afecto está olvidado.

-En fin, gracias, Lin -suspiró Didier, depositando las cartas en el regazo cuando llegaron las cervezas-. Habría ido yo mismo a recuperarlas de no ser por el pequeño detalle de la orden de arresto que aún sigue vigente contra mí en Goa.

-Tienes que estar al caso de las órdenes de arresto, Didier. No puedo encargarme yo. Tienes suficientes papelitos amarillos falsos para empapelar una habitación. Es agotador conseguir que se te retiren todos los cargos.

-Pero solo tengo pendientes cuatro arrestos en toda la India, Lin.

-¿Solo?

-Llegaron a ser nueve. Será que estoy... reformándome -resopló Didier, retorciendo los labios por el mal sabor de la palabra.

-Pura calumnia -dijo Naveen.

-Vaya, gracias. Eres un joven de lo más agradable. ¿Te gustan las armas?

-No se me dan bien las relaciones -contestó Naveen, apurando la cerveza y levantándose-. Solo me entiendo con las armas que empuño.

-Podría echarte una mano -se rió Didier.

-Seguro que sí -se rió también Naveen-. Lin, el trajeado, el que sigue a los George del Zodíaco, lo investigaré y vendré aquí a informarte.

-Ve con cuidado. Todavía no sabemos de qué se trata.

-Tranquilo. -Sonrió, todo él juventud inmortal y temeraria-. Me marcho.

Didier, ha sido un placer y un honor conocerte. Adiós.

Lo vimos alejarse en la calima vespertina. Didier juntó las cejas.

-¿Qué? -le pregunté.

-¡Nada! -protestó.

-¿Qué, Didier?

-¡No he dicho nada!

-Lo sé, pero conozco esa mirada.

-¿Qué mirada? -preguntó, como si le hubiera acusado de robarme la copa.

Didier Levy tenía cuarenta y pico años. Las primeras nieves del invierno caracoleaban entre su pelo negro y rizado. Unos delicados iris de color azul brillante planeaban sobre la anémona de venillas rojas que le llenaba los ojos, con lo que parecía joven y disoluto en la misma sonrisa: el niño travieso seguía vivo, escondido en el hombre decadente.

Bebía cualquier tipo de alcohol a cualquier hora del día o de la noche, vestido como un dandi mucho después de que el calor hubiera fundido a los otros dandis, fumaba porros ya liados de una pitillera personalizada, era un profesional de la mayoría de los delitos, maestro de unos pocos y descaradamente homosexual en una ciudad donde dicha expresión aún constituía un oxímoron.

Hacía cinco años que nos conocíamos, habíamos compartido peleas con enemigos, internos y externos. Didier era valiente: la clase de hombre que se enfrentaría a un arma contigo sin salir corriendo, sin importarle la caída.

Era auténtico. Manifestaba la singularidad cuando lo que somos es aquello en lo que tenemos la libertad de convertirnos. Habíamos pasado, uno y el otro, por desamores, lujurias alarmantes y epifanías abrumadoras. Y había compartido con él suficientes noches de lobo solitario para quererle.

-Esa mirada -repetí-. La que dice que sabes algo que todo el mundo debería saber. La mirada que dice «Te lo dije» antes de que abras la boca. Así que cuéntamelo antes de decirme «Te lo dije».

La expresión escandalizada de Didier se deshizo en sonrisas y

terminó en risa.

-Es más bien un «Ya me lo dije» -me corrigió-. Me gusta mucho el chico. Más de lo que esperaba. Y más de lo que debiera. A Naveen Adair le precede su reputación.

-Si la reputación diera votos, tú y yo seríamos presidentes de alguna parte.

-Cierto. Pero la de este chico va con advertencia. A buen entendedor... ¿No se dice así?

-Sí, pero nunca he entendido que un buen entendedor necesite palabras.

-Dicen que es muy, muy bueno con los puños. Era campeón de boxeo en la universidad. Podría haber sido campeón de la India. Sus puños son armas letales. Y, por lo que cuentan, es fácil, demasiado fácil, provocarlo para que los emplee.

-Tú tampoco eres manco en el tema de las provocaciones, Didier. Y no hace falta mucho para que yo reaccione.

-Muchos hombres han caído de rodillas ante él para lo joven que es. No es bueno, para alguien tan joven, contemplar tanta sumisión. Su sonrisa joven y adorable esconde mucha pasión.

-Tu sonrisa adorable, amigo mío, no esconde menos.

-Gracias -asintió, aceptando el cumplido con un leve movimiento de sus rizos canosos-. Solo digo que por lo que tengo entendido preferiría disparar a ese joven que pegarme con él.

-Entonces es una suerte que lleves pistola.

-Eh... Y perdona, pero hablo en serio, Lin, y sabes cuánto desprecio las cosas serias.

-Lo tendré presente. Te lo prometo. Será mejor que me vaya.

-¿Vas a dejarme aquí bebiendo solo para irte a casa con ella? -se mofó Didier-. ¿Crees que después de tantas semanas en Goa todavía te espera? ¿Qué te hace pensar que no te ha dejado por pastos más verdes, como dicen los ingleses con su delicioso provincianismo?

-Yo también te quiero, hermano -respondí, estrechándole la mano.

Salí a la palpitante calle, me giré una vez y lo vi levantando el fajo de

cartas de amor que yo había recuperado para él y despidiéndose.

Eso me detuvo. Tuve la impresión, demasiado frecuente, de que lo abandonaba. Una tontería, lo sabía: posiblemente Didier era el contrabandista más autosuficiente de la ciudad. Era uno de los últimos gángsters independientes, que no debía nada, ni siquiera miedo, a las mafias de compañías, policías y bandas callejeras que controlaban su mundo ilegal.

Pero algunas personas, algunos amores, preocupan en cada despedida, y dejarlos es como dejar el país donde naciste.

Didier, mi viejo amigo, Naveen, mi nuevo amigo, y Bombay, mi Ciudad Isleña mientras me quisiera: todos nosotros, cada uno a su manera, éramos peligrosos.

El hombre que llegó años atrás era un forastero en una jungla nueva. El hombre en el que me convertí detectaba a los forasteros desde la tapadera que proporcionaba la jungla callejera. Estaba en mi casa. Sabía orientarme. Y era más duro, quizá, porque me faltaba algo dentro: algo que debería tener junto al corazón.

Yo me escapé de la cárcel, Didier escapó de la persecución, Naveen escapó de la calle y la ciudad sureña escapó del mar, precipitada a su existencia isleña por trabajadores y trabajadoras, piedra a piedra.

Me despedí y Didier sonrió, tocándose la frente con las cartas de amor. Le devolví la sonrisa y me pareció bien: estaba bien dejarle.

Ninguna sonrisa funcionaría, ningún adiós serviría, ninguna amabilidad salvaría si la verdad de nuestro interior no fuera bella. Y en el fondo de nuestro corazón, en nuestra naturaleza humana, estamos conectados, en el mejor de los casos, por purezas del amor que no se encuentran en ninguna otra criatura.

El trayecto entre el Leopold's y mi piso era corto. Dejé el concurrido y turístico paso elevado, crucé la carretera pasada la comisaría de Colaba y alcancé la esquina que todos los taxistas de Bombay llaman Electric House.

Al girar a la derecha por la calle arbolada al lado de la comisaría vi el bloque de las celdas. Había pasado tiempo allí dentro.

Mis rebeldes ojos se fijaron en las ventanas con barrotes en lo alto mientras pasaba de largo lentamente. Una pequeña cascada, recuerdos, el hedor de las letrinas, la masa humana luchando por un lugar algo más limpio cerca de la verja, cruzaron por mi mente.

En la siguiente esquina giré por el acceso al patio del edificio Beaumont Villa y aparqué la moto. Saludé al vigilante con la cabeza y subí los escalones de tres en tres hasta mi piso, en la tercera planta.

Entré, después de llamar varias veces al timbre. Crucé el comedor de camino a la cocina y de pasada dejé la bolsa y las llaves en la mesa. Al no encontrarla allí ni en el dormitorio, volví al comedor.

-Hola, cariño -dije con acento americano-. Ya estoy en casa.

Su risa susurró desde detrás de las cortinas ondeantes de la terraza. Cuando las aparté me la encontré arrodillada, con las manos en la tierra de un jardín del tamaño de una maleta abierta. Una pequeña bandada de palomas se arracimaba a su alrededor picoteando migas y molestándose unas a otras nerviosamente.

-Te tomas la molestia de preparar un jardín -dije- y luego dejas que te lo pisoteen los pájaros.

-No lo entiendes -repuso Lisa, girando hacia mí sus ojos de color aguamarina-. He preparado el jardín para que vengan pájaros. Lo que quería eran pájaros.

-Tú eres mi bandada de pájaros -repuse cuando se levantó para besarme.

-Estupendo -se burló-. El escritor ha vuelto a casa.

-Y está encantado de verte.

Sonreí, comenzando a arrastrarla conmigo hacia el dormitorio.

-¡Tengo las manos sucias! -protestó.

-Espero que sí.

-No, en serio -se rió, soltándose-. Deberíamos ducharnos...

-Espero que sí.

-Tienes que ducharte -insistió, esquivándome- y cambiarte de ropa inmediatamente.

-¿De ropa? -me burlé a mi vez-. No necesitamos ninguna maldita ropa.

-Sí. Vamos a salir.

-Lisa, acabo de regresar. He pasado fuera dos semanas.

-Casi tres -me corrigió-. Y habrá tiempo de sobra para darnos la bienvenida antes de desearnos las buenas noches. Te lo prometo.

-Hay bienvenidas que parecen adioses.

-La bienvenida es siempre la primera parte de la despedida. Métete en el agua.

-¿Adónde vamos?

-Te gustará.

-O sea que no me gustará, ¿verdad?

-A una galería de arte.

-Buf. Genial.

-Vete a la mierda -se rió-. Esos tíos son buenos. Están a la última, Lin. Son artistas de verdad. Te encantarán. Y la exposición es importante. Y si no nos damos prisa, llegaremos tarde. Y me alegro muchísimo de que hayas llegado a tiempo.

Fruncí el ceño.

-Venga, Lin -se rió-. Sin el arte, ¿qué queda?

-El sexo -repliqué-. Y la comida. Y más sexo.

-En la galería habrá un montón de comida -dijo, empujándome hacia la ducha-. Y piensa en lo contenta que estará tu bandada de pajarillos cuando volváis de esa galería a la que tiene tantas ganas de que la

lleves, ¡y que os perderéis si no te metes ahora mismo en la ducha!

Estaba quitándome la camisa por la cabeza. Lisa abrió el grifo. Me mojó la espalda y los vaqueros.

-¡Eh! -grité-. ¡Son mis mejores vaqueros!

-Y los llevas desde hace semanas -me respondió desde la cocina-. Hoy ponte los segundos mejores, por favor.

-Y todavía tengo tu regalo -grité-. ¡Aquí, en el bolsillo de los vaqueros que acabas de empapar!

Lisa estaba en la puerta.

-¿Me has traído un regalo?

-Pues claro.

-Bien. Qué tierno. Me lo enseñas luego.

Volvió a desaparecer.

-Sí -le grité-. Mejor. Después de la diversión de la galería.

Mientras terminaba de ducharme la oí tararear una canción de una película hindi. Por casualidad, o por las sincronías que giran en las cámaras en espiral del amor, era la misma canción que yo había cantado en la calle caminando con Vikram y Naveen hacía solo unas horas.

Y después, mientras cogíamos las cosas para salir, la tarareamos y cantamos juntos.

El tráfico de Bombay es un sistema diseñado por acróbatas para elefantes pequeños. Veinte minutos de diversión en moto nos condujeron hasta Cumballa Hill, un distrito adinerado que ciñe las caderas de la montaña más prestigiosa de Bombay Sur.

Dejé la moto en un parking enfrente de la modernamente controvertida Backbeat Gallery, al principio de la modernamente ortodoxa Carmichael Road. Caros coches de importación y caras personalidades locales esperaban a la puerta de la galería.

Lisa nos condujo adentro, abriéndose paso entre la muchedumbre apretujada. La amplia sala contenía tal vez el doble de su aforo de ciento cincuenta personas, un número que se anunciaba llamativamente en un cartel contra incendios junto a la entrada.

«Si no soporta el calor, salga del edificio en llamas.»

Por fin Lisa localizó a una de sus amigas y me arrastró a una presentación anatómicamente cercana.

-Te presento a Rosanna -dijo Lisa, colándose junto a una chica bajita que lucía un crucifijo de oro, grande y ornado, con los pies clavados del Salvador recostados entre sus pechos-. Este es Lin. Acaba de volver de Goa.

-Al fin nos conocemos -dijo Rosanna, aplastando su pecho contra el mío al levantar una mano para pasársela por el pelo corto, de punta.

Tenía acento estadounidense pero con las vocales indias.

-¿Qué te ha llevado a Goa?

-Cartas de amor y rubíes.

Rosanna lanzó una mirada fugaz a Lisa.

-A mí no me mires -suspiró Lisa, encogiéndose de hombros.

-¡Joder, qué tío más raro! -exclamó Rosanna con voz de loro asustado-. ¡Ven conmigo! Tienes que conocer a Taj. Lo que más le gusta son las cosas raras, *yaar*.

Retorciéndose entre el gentío, Rosanna nos llevó a conocer a un joven guapo y alto con el pelo por los hombros y perfumado con aceite. Estaba de pie ante una gran escultura de piedra, de unos tres metros de altura, de una criatura-hombre salvaje.

La placa junto a la escultura revelaba su nombre: ENKIDU. El artista saludó a Lisa con un beso en la mejilla y luego me tendió la mano.

-Taj -dijo, sonriéndome sin disimular la curiosidad-. Tú debes de ser Lin. Lisa me ha hablado mucho de ti.

Le estreché la mano y dejé que mis ojos buscaran los suyos un momento, luego desvié la mirada hacia la enorme escultura que tenía detrás. Él giró un poco la cabeza, siguiendo mi mirada.

-¿Qué te parece?

-Me gusta -dije-. Si el techo del piso fuera un poco más alto y el suelo un poco más resistente, lo compraría.

-Gracias -se rió.

Levantó una mano hasta el pecho del guerrero de piedra.

-En realidad no sé qué es. Tuve la necesidad de verlo de pie ante mí. Solo eso, nada más complicado. No hay ni metáforas ni psicología ni nada.

-Goethe dijo que todas las cosas son metáforas.

-No está mal -dijo, volviendo a reírse, con el castaño suave de sus ojos bañado en luz-. ¿Puedo repetir la cita? Hasta puede que la imprima y la ponga aquí, al lado de mi amigo. Quizá ayude a venderlo.

-Por supuesto. En realidad, los escritores no mueren hasta que la gente deja de citarlos.

-Ya basta de este rincón -interrumpió Rosanna, agarrándome del brazo-. Ahora ven a ver mis obras.

Nos guió a Lisa y a mí entre la multitud que fumaba, bebía, reía y gritaba, hasta la pared opuesta a la escultura. Una serie de relieves de yeso ocupaba la mitad de la larga pared a la altura de los ojos. Los paneles estaban pintados para imitar un acabado de bronce clásico y narraban una historia de manera consecutiva.

-Habla de los asesinatos de Sapna -explicó Rosanna, gritándome al oído-. ¿Los recuerdas? ¿Hará un par de años? El tío loco que llamaba a los sirvientes a rebelarse contra sus amos ricos y matarlos. ¿Te acuerdas? Salió en toda la prensa.

Recordaba los asesinatos de Sapna. Y conocía la verdad de la historia mejor que Rosanna y mejor que la mayoría de los habitantes de la Ciudad Isleña de Bombay. Pasé despacio de panel en panel, examinando los largos retablos con representaciones de figuras de la versión oficial de Sapna.

Me sentí mareado y casi perdí el equilibrio. Hablaban de hombres que había conocido: hombres que habían matado y habían muerto y habían terminado convertidos en figuritas fijas en el friso de una artista.

Lisa me tiró de la manga.

-¿Qué pasa, Lisa?

-¡Vamos a la salita! -gritó.

-Vale. Vale.

Seguimos a Rosanna a través del frondoso seto de besos y brazos tendidos mientras se abría paso a gritos y alaridos hacia el fondo de la galería. Llamó a la puerta con una pequeña señal rítmica.

Cuando se abrió la puerta entramos a una oscura sala iluminada solo por unos faros rojos de moto colgados de gruesos cables.

En la sala había una veintena de personas, sentadas en sillas, sofás y por el suelo. Allí se estaba mucho más tranquilo. La chica que se me acercó, ofreciéndome un porro, me habló con un ronco susurro que me recorrió el pelo.

-¿Quieres colocarte? -preguntó de forma retórica, tendiéndome el porro con unos dedos de una longitud sobrenatural.

-Llegas tarde -intervino al instante Lisa, cogiendo el porro-. Se te ha adelantado el destino, Anush.

Dio una calada al porro y se lo devolvió a la chica.

-Te presento a Anushka -dijo Lisa.

Al saludarnos, los largos dedos de Anushka se cerraron alrededor de mi mano.

-Anushka es artista de performances -explicó Lisa.

-No me digas -dije.

Anushka se inclinó para besarme con dulzura en el cuello mientras me ponía los dedos de una mano sobre la nuca.

-Ya me dirás que pare -susurró.

Mientras me besaba el cuello giré lentamente la cabeza hasta cruzar la mirada con Lisa.

-Tenías razón, Lisa. Me gustan tus amigas. Y, aunque creía que no, la galería es divertida.

-Vale -dijo Lisa, apartando a Anushka-. Se acabó el espectáculo.

-¡Otra, otra! -probé.

-Ni otra ni leches -repuso Lisa, sentándome en el suelo junto a un hombre de unos treinta años.

Tenía un reluciente cráneo afeitado y vestía una *kurta* de color naranja tostado.

-Este es Rish. Ha montado la exposición y también expone obra propia. Rish, este es Lin.

-Hola, tío -saludó Rish, estrechándome la mano-. ¿Qué te parece la expo?

-Hay unas performances de primera -respondí, mirando alrededor y descubriendo a Anushka inclinándose para morder a otra aquiescente víctima.

Lisa me pegó fuerte en el brazo.

-Es broma. Está todo bien. Y ha venido mucha gente. Felicidades.

-Espero que vengan con ganas de comprar -añadió Lisa, pensando en voz alta.

-Y si no, Anushka los convencerá.

Lisa volvió a pegarme en el brazo.

-O Lisa les pegará.

-Hemos tenido suerte -sonrió Rish, tendiéndome el porro.

-No, gracias. Nunca cuando llevo a alguien en moto. Suerte ¿por qué?

-Casi no inauguramos. ¿Has visto el cuadro de Rama? ¿El naranja?

El cuadro, grande y naranja en su mayor parte, colgaba junto a la escultura de piedra de Enkidu. No me había dado cuenta de que la llamativa figura central era una representación del dios hindú.

-La policía moral de la derecha religiosa más lunática -dijo Rish-, se hacen llamar la Lanza de Karma, descubrió lo del cuadro y trató de cerrarnos la exposición. Contactamos con el padre de Taj. Es un abogado de prestigio y conoce al jefe del gobierno. Conseguimos una orden judicial que nos permitió organizar la exposición.

-¿Quién lo ha pintado?

-Yo -dijo Rish-. ¿Por qué?

-¿Qué te impulsó a pintarlo?

-¿Insinúas que no debería pintar ciertas cosas?

-Te pregunto por qué elegiste pintar esta.

-Por la libertad del arte -respondió Rish.

-Viva la revolución -ronroneó Anushka, sentada junto a Rish e inclinándose sobre su regazo.

-¿La libertad de quién? -pregunté-. ¿La tuya o la suya?

-¿De la Lanza de Karma? -preguntó con desdén Rosanna-. Son todos unos putos fascistas y están locos. No son nada. Solo un grupo marginal. Nadie les hace caso.

-Lo marginal acostumbra a abrirse paso hasta el centro que lo desprecia y lo insulta.

-¿Qué? -resopló Rosanna.

-Es cierto, Lin -convino Rish-, y han perpetrado algunas acciones violentas. Sin duda. Pero mayoritariamente en pueblos y capitales regionales. Han pegado a curas y han quemado alguna que otra iglesia, es lo que les va. Nunca conseguirán un gran seguimiento en Bombay.

-¡Fanáticos hijos de puta! -espetó con virulencia un joven barbudo con camisa rosa-. ¡Son lo más estúpido del mundo!

-No creo que puedas decir algo así -repuse con voz calmada.

-¡Pues acabo de decirlo! -replicó el joven-. Jódete. Lo he dicho. O sea que puedo decirlo.

-De acuerdo. Me refería a que no puedes decirlo y que tenga alguna validez. Decirlo puedes, cómo no. Puedes decir que la luna es un adorno del Diwali, pero no tendría validez. Sencillamente no puedes decir que todos los que piensan distinto a ti son estúpidos.

-Entonces ¿qué son? -preguntó Rish.

-Creo que probablemente sabes mejor que yo quiénes son y lo que piensan.

-No, de verdad, explícate, por favor.

-Está bien, creo que son devotos. Y no solo devotos, son devotos fervientes. Creo que están enamorados de Dios, que se han encaprichado de Dios, en realidad, y cuando se representa a su dios

sin fe lo consideran un insulto a la fe que sienten en su interior.

-¿De modo que no deberían haberme permitido montar la exposición? -presionó Rish.

-Yo no he dicho eso.

-¿Quién coño es este pavo? -preguntó el joven barbudo a nadie en particular.

-Por favor -continuó Rish-, aclárame lo que has dicho.

-Defiendo tu derecho a crear y exponer arte, pero creo que los derechos conllevan responsabilidades y que nosotros, en cuanto artistas, tenemos la responsabilidad de no provocar dolor ni agravios en nombre del arte. En nombre de la verdad, tal vez. En nombre de la justicia y la libertad. Pero no en nombre del arte.

-¿Por qué no?

-Cuando nos expresamos como artistas no partimos de cero y debemos ser fieles a lo mejor de los artistas que nos han precedido. Es un deber.

-¿Quién coño es este pavo? -preguntó el joven barbudo a la ristra de faros rojos de motocicleta.

-¿O sea que si esa gente se ha ofendido es culpa mía? -preguntó Rish en voz baja y seria.

Empezaba a caerme bien.

-Insisto -dijo el joven barbudo-: ¿quién coño es este pavo?

Ya me caía mal el joven barbudo.

-Soy el pavo que va a corregirte la gramática -repuse con calma- como sigas dirigiéndote a mí en tercera persona.

-Es escritor -bostezó Anushka-. Discuten porque...

-Porque pueden -terció Lisa, tirándome del brazo para ponerme en pie-. Venga, Lin. Hora de bailar.

La música atronaba por unos pesados altavoces montados en el suelo.

-¡Me encanta esta canción! -masculló Anushka, levantándose de un

salto y tirando de Rish-. ¡Baila conmigo, Rish!

Detuve a Lisa un momento y la besé en el cuello.

-Ve -dije con una sonrisa-. Baila hasta reventar. Voy a echar otro vistazo a la exposición. Nos vemos fuera.

Lisa me besó y se sumó al baile. Yo crucé entre los bailarines resistiéndome a la marea de la música.

En la sala de exposiciones me planté ante los relieves de yeso broncíneo que pretendían narrar la historia de los asesinatos de Sapna. Intenté decidir si la pesadilla era de la artista o mía.

Lo perdí todo. Perdí la custodia de mi hija. Me zambullí sonámbulo en la adicción a la heroína y el robo a mano armada. Cuando me atraparon, me sentenciaron a diez años de trabajos forzados en una prisión de máxima seguridad.

Podría contar que me pegaron durante los primeros dos años y medio de cárcel. Podría dar otra media docena de razones sensatas para fugarme de una prisión demencial, pero lo cierto es que simplemente un día la libertad me importó más que la vida. Y ese día me negué a seguir enjaulado. Hoy no. Ya no. Me escapé y me convertí en fugitivo.

La vida fugitiva me llevó de Australia a la India pasando por Nueva Zelanda. Seis meses en una aldea remota de Maharashtra me enseñaron la lengua de los campesinos. Dieciocho en un suburbio urbano me enseñaron el idioma de la calle.

Volví a prisión, en Bombay, como ocurre a veces cuando vives fugado. El hombre que pagó mi rescate a las autoridades era un jefe de la mafia, Khaderbhai. Yo le era útil. Todo el mundo le era útil. Y cuando trabajaba para él, en Bombay no me perseguía la poli y las cárceles no me ofrecían su hospitalidad.

Falsificación de pasaportes, contrabando, tráfico de oro en el mercado negro, tráfico ilegal de divisas, protección, guerra de bandas, Afganistán, venganzas... de un modo u otro, la vida mafiosa fue ocupándome meses y años. Y nada me importaba demasiado porque el puente al pasado, a mi familia y mis amigos, a mi nombre y mi país y lo que tenía antes de Bombay había desaparecido, como los muertos del friso broncíneo de Rosanna.

Salí de la galería, crucé la muchedumbre cada vez menos densa y me senté fuera en la moto. Estaba en la acera de enfrente de la entrada.

Se había congregado gente en la calle, cerca de la moto. La mayoría eran criados que trabajaban en las calles aledañas. Se habían reunido al fresco del anochecer para admirar los coches buenos y los invitados elegantes que entraban y salían de la exposición. No se percibía en ellos ni envidia ni resentimiento. Eran pobres, gente que padecía la vida de rigores y miedo que implica la palabra «pobre», pero admiraban las joyas y las sedas de los ricos invitados con alegría, con una inocencia libre de envidia.

Cuando un conocido industrial y su esposa, estrella de cine, salieron de la galería, el grupo elevó un pequeño coro de suspiros de admiración. Ella lucía un sari enjoyado blanco y amarillo. Volví la cabeza para mirar a la gente, que demostraba su apreciación sonriendo y murmurando, como si la mujer fuera una de sus vecinas, y me fijé en tres hombres que estaban de pie, apartados del grupo.

Sus miradas pétreas me parecieron lúgubres. La maldad emanaba de sus ojos negros, fijos, en oleadas tan intensas que creí notar cómo se posaban en mi piel igual que una lluvia fina.

Y entonces, como si intuyeran mi atención, se giraron a la vez y me miraron a los ojos con un odio evidente, sin razón. Nos sostuvimos la mirada mientras la muchedumbre susurraba contenta y murmuraba de placer, y las limusinas paraban delante de nosotros y las cámaras disparaban flashes.

Pensé en Lisa, que seguía dentro. Los hombres me miraban fijamente, deseándome oscuridad. Mis manos se dirigieron despacio hacia los dos cuchillos que llevaba sujetos a los riñones en dos fundas de lona.

-¡Eh! -dijo Rosanna, dándome una palmada en el hombro.

Una mano salió disparada a agarrarle la muñeca en un acto reflejo mientras la otra la empujaba un paso atrás.

-¡Eh! ¡Tranqui! -exclamó, abriendo mucho los ojos por la sorpresa.

-Perdona.

Fruncí el ceño, le solté la muñeca.

Me volví rápidamente en busca de las miradas de odio. Los tres hombres habían desaparecido.

-¿Estás bien? -preguntó Rosanna.

-Claro -dije, volviéndome de cara a ella-. Claro. Perdona. ¿Ya se ha terminado?

-Casi. Cuando se marchan las estrellas se apagan los focos. Dice Lisa que no te gusta Goa. ¿Por qué no? Soy de Goa, ¿sabes?

-Lo suponía.

-A ver, ¿qué tienes en contra de Goa?

-Nada. Solo que cada vez que voy alguien me pide que le recoja los trapos sucios.

-Mi Goa no es así -replicó.

No fue un comentario a la defensiva. Simplemente la constatación de un hecho.

-Puede que no. -Sonreí-. Y Goa es muy grande. Solo conozco un par de playas y ciudades.

Rosanna estaba analizando mi expresión.

-¿De qué has dicho que iba? -preguntó-. ¿Rubíes y qué más?

-Rubíes y cartas de amor.

-Pero no has ido a Goa solo por eso, ¿no?

-Sí -mentí.

-¿Si dijera que has ido por asuntos del mercado negro iría muy desencaminada?

Había ido a Goa a recoger diez pistolas. Se las había pasado a mi contacto de la mafia en Bombay antes de intentar recuperar el collar para Vikram. El asunto del mercado negro iba bastante encaminado.

-Mira, Rosanna...

-¿No se te ha ocurrido que el problema eres tú? ¿La gente como tú, que venís a la India y nos traéis problemas que no necesitamos?

-Ya teníais muchos problemas antes de que llegara y seguirá habiéndolos cuando me vaya.

-Hablamos de ti, no de la India.

Rosanna tenía razón: los dos cuchillos que me presionaban los

ríñones lo demostraban.

-Tienes razón -admití.

-¿Sí?

-Sí. Tengo problemas, vale. Y, si me permites que te lo diga, tú también.

-Lisa no necesita que le busques problemas -dijo, poniéndome mala cara.

-No -concedí-. Nadie necesita problemas.

Siguió escudriñándome la cara un poco más, buscando con sus ojos castaños algo lo bastante amplio o profundo para servir de contexto a la conversación. Al final se rió y miró para otro lado, pasándose la mano por el pelo de punta.

-¿Cuántos días dura la exposición? -pregunté.

-En principio otra semana más -respondió, mirando cómo se marchaban los últimos invitados-. Si los locos no nos cierran, se entiende.

-Si fuera tú contrataría seguridad. Pondría a un par de tiarrones en la puerta. De los que trabajan en los hoteles de cinco estrellas. Son buenos, y los que no lo son lo parecen.

-¿Sabes algo?

-En realidad no. Antes he visto a unos tipos aquí fuera. Unos tíos con cara de amargados. Creo que no están muy contentos con tu exposición.

-¡Odio a esos cabrones fanáticos! -dijo entre dientes.

-Diría que es mutuo.

Eché una mirada a la galería y vi a Lisa despidiéndose de Rish y Taj con un beso.

-Ya viene Lisa.

Pasé una pierna por encima del sillín y encendí el motor. Volvió a la vida con un gruñido que dejó paso a una vibración burbujeante, grave. Lisa se acercó a abrazar a Rosanna y se montó detrás de mí.

-*Phir milenge* -dijo. «Hasta la vista.»

-Hasta la próxima.

Descendimos por la larga pendiente hacia el mar, pero cuando nos paramos en un semáforo, una furgoneta negra se detuvo al lado y al girarme vi a los tres hombres de mirada odiosa. Discutían entre ellos.

Cuando cambió el semáforo los dejé alejarse. Llevaban pegatinas políticas y símbolos religiosos en la ventanilla trasera de la furgoneta. Salí de la calle principal en el primer cruce.

Avanzamos por calles secundarias un rato, y me inquietaron los cambios que observé. Los paneles de bronce falso de Rosanna contaban una historia cruda de Bombay, pero menos cruda que la verdad y menos cruda que la política de la fe. La violencia del pasado era simple arena en el embate de una nueva ola que estaba rompiendo en las playas de la Ciudad Isleña. Se transportaban por tierra cargamentos de matones políticos blandiendo garrotes y las bandas mafiosas de veinte o treinta hombres habían crecido hasta abarcar a cientos. Somos lo que tememos y, en la ciudad, muchos de nosotros temíamos los salvajes días del ajuste de cuentas.

Conduciendo despacio volvimos a la amplia curva de Marine Drive, siguiendo el collar de reflejos en las aguas serenas de la bahía. El primer destello de mar estrellado nos animó a arrancarnos a hablar y todavía seguíamos charlando cuando metí la moto por la entrada de nuestro edificio, saludé al vigilante y continué hacia el aparcamiento cubierto.

-Ve subiendo -le dije a Lisa-. Voy a pasarle un trapo a la moto.

-¿Ahora?

-Ahora. Termino enseguida.

Cuando oí los pasos de Lisa en la escalera de mármol me giré hacia el vigilante, le hice un gesto con la cabeza y señalé a Lisa. Comprendió que quería que la siguiera, de modo que se apresuró y subió los escalones de dos en dos.

Oí a Lisa abrir la puerta del piso y despedirse del vigilante. Me escabullí rápidamente por una puerta lateral que daba al sendero. Avancé con sigilo en paralelo a los frondosos setos que bordeaban el aparcamiento del bloque de pisos.

Al girar para entrar en el aparcamiento había visto retroceder hacia la sombra de los altos setos a una figura encogida. Había alguien escondido.

Desenfundé un cuchillo y me acerqué silenciosamente al lugar junto a la puerta donde había visto la sombra. Un hombre apareció delante de mí, de espaldas, y puso rumbo al aparcamiento.

Era George Escorpio.

-¡Lin! -le oí susurrar-. ¿Sigues ahí, Lin?

-¿Qué coño estás haciendo, Escorpio? -le pregunté por detrás, y dio un respingo.

-¡Lin! ¡Joder, qué susto!

Lo miré con el ceño fruncido, exigiendo una explicación.

El acuerdo de paz en vigor desde la última gran guerra mafiosa en Bombay Sur comenzaba a romperse. Jóvenes que no habían luchado en la guerra ni negociado la tregua se atacaban, violando así reglas que se habían escrito con la sangre de hombres mejores. En nuestra

zona se habían producido ataques de bandas rivales. Yo estaba alerta, siempre en guardia, y enfadado porque había estado a punto de herir a un amigo.

-Os tengo dicho que no os acerquéis a hurtadillas a la gente -dije.

-Mira... Lo siento... -empezó a disculparse, nervioso, mirando a izquierda y derecha-. Es que... es...

La angustia le oprimía el pecho y no podía hablar. Busqué un lugar donde poder conversar.

No podía entrar en el aparcamiento con Escorpio. Era un tío de la calle, dormía en un portal, y su presencia en el complejo, si la descubría algún residente, provocaría la queja de los vecinos. No me asustaban las quejas, pero sabía que al vigilante le costarían el empleo.

Agarré a Escorpio del brazo y conduje al larguirucho canadiense al otro lado de la calle, a un muro de piedras derruido y oculto por las sombras. Sentado con él en la oscuridad, encendí un porro y se lo pasé.

-¿Qué sucede, Scorp?

-Es el tío ese -empezó a explicar, dando una profunda calada al porro-. El tío del traje oscuro. El de la CIA. ¡Me está asustando, tío! No puedo trabajar en la calle. No puedo hablar con los turistas. Lo veo en todos lados, hasta en mi cabeza, preguntando por mí. ¿Tu colega, el detective, Naveen, ha descubierto algo?

Negué con la cabeza.

-Uno de los chicos lo siguió hasta Bandra, pero el chaval se quedó sin dinero para el taxi y lo perdió. No he tenido noticias de tu colega, Naveen. Pensé que igual sabías algo.

-No. Aún no.

-Estoy asustado, Lin -dijo George Escorpio mientras el miedo le recorría la columna-. Todos los chicos de la calle lo han intentado. Y nada. El tío no compra drogas, no bebe, ni siquiera cerveza. Nada de chicas.

-Ya nos las apañaremos, Scorp. No te preocupes.

-Es raro. -Escorpio frunció el ceño-. Estoy desquiciado, ¿sabes?

Saqué un fajo de billetes de cien rupias del bolsillo y se lo di. Escorpio lo aceptó con mano titubeante, pero luego se lo guardó en un bolsillo disimulado en el interior de la camisa.

-Gracias, Lin -dijo, mirándome rápidamente a los ojos-. Estaba esperando aquí para pedirte ayuda porque no he pisado la calle. El vigilante me dijo que todavía no habías vuelto. Pero luego he visto que estabas con Lisa y no quería que me viera. No quería pedirte dinero delante de ella. Tiene muy buen concepto de mí.

-Todos necesitamos dinero en algún momento. Y Lisa tiene muy buen concepto de ti, necesites dinero o no.

Se le llenaron los ojos de lágrimas. Yo no quería verlas.

-Escucha, Géminis y tú -dije, volviendo a conducirlo a la otra acera- tenéis que reunir provisiones, comprar algo de material y pillar una habitación en el Frantic. Quedaos allí un par de días. Descubriremos quién es el tipo ese y lo arreglaremos, ¿vale?

-Vale -dijo, estrechándome la mano con gesto tembloroso-. El Frantic te parece seguro, ¿no?

-El hotel Frantic es el único que os aceptará a los dos y vuestro estilo de vida, Scorp.

-Ah... claro...

-Al tipo misterioso no lo dejarían pasar de recepción. En traje, no. Sed discretos y quedaos a salvo en el Frantic hasta que descubra lo que pasa.

-Vale. Vale.

Se alejó, encorvando su alta figura para pasar por debajo de las ramas rebeldes del seto. Lo vi caminar con el paso nocturno de un hombre de la calle: lento, despreocupado en las zonas iluminadas por las farolas -un buen tipo, sin nada que ocultar-, para salir disparado de las zonas en penumbra.

Le di un billete de veinte rupias al vigilante, de pie a mi lado, y subí por la escalera de mármol hasta casa. Lisa se quedó en la puerta del baño mientras yo me duchaba y le contaba lo del acosador canoso de George Escorpio.

-Pero ¿quién es? -preguntó cuando salí de la ducha-. ¿Qué quiere de los Zodíaco?

-No sé. Naveen Adair, el tipo del que te he hablado antes... a él le huele a abogado. Puede que tenga razón. Es listo. En cualquier caso, descubriremos quién es.

De nuevo seco, me desplomé en la cama al lado de Lisa y apoyé la cabeza en la brisa satinada de su pecho. Desde dicha posición fui recorriendo con la mirada todo su cuerpo desnudo hasta los pies.

-A Rosanna le caes bien -dijo ella, cambiando el rumbo de la conversación con un elegante gesto hacia la izquierda de los dos pies.

-Lo dudo.

-¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

-Nada... No ha pasado nada.

-Algo ha pasado cuando estabais charlando fuera. ¿Qué le has dicho?

-Bueno... Hemos hablado de Goa.

-Uf, no -suspiró-. Goa la vuelve loca.

-Me he dado cuenta.

-Pero le caes bien. Da igual lo que hayas dicho de Goa.

-Hum... No creo.

-Uy, sí. Ocurre que también le caes mal. Pero está claro que le gustas.

-¿De qué estás hablando?

-Cuando he salido Rosanna estaba tan enfadada que te habría pegado.

-¿Ah, sí? Creía que habíamos llegado a un buen entendimiento.

-Rosanna estaba a punto de pegarte, o sea que le caes muy bien.

-Eh... ¿Cómo se come eso?

-Estaba lo bastante enfadada para pegarte y ni siquiera te conoce, ¿lo entiendes?

No lo entendía, pero ocurría a menudo: Lisa tenía su propio estilo de incomunicación.

-Está clarísimo.

-¿Estaba haciendo eso de su lenguaje corporal? -preguntó-. Mientras te hablaba.

-¿Qué lenguaje corporal?

-Finge que le duele la espalda y empieza a rotar las caderas. ¿Lo ha hecho?

-No.

-Eso está bien.

-¿Sí?

-Sí, porque resulta bastante sensual y lo ha hecho para mí, pero no para ti.

-Estoy seguro de que darle vueltas a las caderas tiene alguna lógica, pero yo voy a dejar de darle vueltas a la cabeza. Lo que sí he entendido ha sido el lenguaje corporal de Anushka.

-Hasta un oso entendería su lenguaje corporal -replicó Lisa enseguida, pegándome en el brazo.

-¿Dónde has dicho que actuaba? -Me reí.

-No lo he dicho. -Me dio otra palmada.

Una pulsera de conchas le tintineaba en la muñeca. Era el regalo que le había traído de Goa. Hizo música con las conchas, girando la muñeca un rato, y luego las silenció atrapándolas con la otra mano.

-¿Lo has pasado muy mal esta noche? ¿Tendría que disculparme por haberte obligado a ir recién llegado de viaje?

-En absoluto. Tus amigos me han caído bien y ya era hora de que los conociera. Y también me ha caído bien Rosanna. Es apasionada.

-Me alegro mucho. No es solo socia. Se ha convertido en algo más. ¿La encuentras atractiva?

-¿Qué?

-Es lista, entregada, valiente, creativa, entusiasta y de trato fácil. De verdad, es estupenda.

Me quedé mirando el suave litoral de las largas y esbeltas piernas de

Lisa.

-¿De qué estamos hablando?

-Te parece que está buena -dijo.

-¿Qué?

-No pasa nada. Yo también pienso que está buena.

Me cogió la mano y la puso entre sus piernas.

-¿Estás muy cansado? -preguntó.

Le miré los dedos de los pies, doblados hacia atrás formando un arco con forma de abanico.

-Nunca se está tan cansado...

Estuvo bien. Siempre estaba bien. Compartíamos una ternura cariñosa que era una forma de amor. Y quizá porque los dos sabíamos que algún día acabaría, en cierto modo, permitíamos que nuestros cuerpos dijeran cosas que nuestros corazones no podían expresar.

Fui a la cocina a por un trago de agua fresca y le llevé un vaso a Lisa, que dejé en la mesilla de su lado de la cama.

Me quedé un instante contemplándola, bella, sana, fuerte, enroscada como una gata dormida. Intenté imaginar cómo debía de ser la imagen del amor a la que se aferraba y lo distinta que era de la mía.

Me tumbé a su lado y ajusté mi cuerpo al contorno de su sueño. Los dedos de sus pies se cerraron sobre los míos en un gesto reflejo, dormidos. Y mi cuerpo durmiente, más sincero que yo, dobló las rodillas presionando la puerta cerrada de su espalda curvada y la golpeó con el puño del corazón, suplicando ser amado.

Conducir una moto es convertir la velocidad en poesía. El delicado equilibrio entre la agilidad elegante y una caída mortal es un tipo de verdad y, como toda verdad, te propulsa un paso más hacia el cielo. Esos momentos eternos en el sillín escapan al fluir renqueante del tiempo, y al espacio y al propósito. Corriendo sobre ruedas, sobre el río de aire, en esa fuga del espíritu liberado, no existen compromisos, ni miedo, ni júbilo, ni odio, ni amor, ni ninguna malicia: es lo más parecido, para algunos hombres violentos, para este hombre violento, a un estado de gracia.

La fábrica era nuestro centro principal de manufactura y manipulación de pasaportes. Yo, en cuanto primer falsificador de pasaportes y demás documentos de identidad para la Sanjay Company, pasaba al menos unas horas diarias en la fábrica.

Abrí la puerta, y la sonrisa que traía de la moto se congeló. Tenía ante mí a un joven desconocido. Tendió la mano para saludarme.

-¡Lin! -dijo, estrechándome la mano como si sacara agua del pozo del pueblo-. Me llamo Farzad. ¡Pasa!

Me quité las gafas de sol, acepté la invitación a entrar en mi despacho y descubrí que habían encajado una segunda mesa en un rincón de la amplia oficina. Estaba llena de montones de papeles y dibujos.

-Me instalaron aquí... hace un par de semanas -dijo Farzad, señalando su mesa con la cabeza-. Espero que no te moleste.

-Depende.

-¿De qué depende?

-De quién cojones seas y qué cojones estés haciendo en mi despacho.

-Ah -se rió, relajándose lo suficiente para sentarse a su nueva mesa-. Fácil. Soy tu nuevo ayudante. ¡Cuenta conmigo!

-No he pedido un nuevo ayudante. Me gustaba el de antes.

-Creía que no tenías ayudante.

-Exacto.

Sacudió las manos en el regazo como peces arrojados a la orilla. Crucé la habitación para asomarme a los ventanales que daban a la

planta de la fábrica. Vi que también abajo se habían producido cambios.

-¿Qué coño?

Bajé la escalera de madera que conducía a la planta de producción y me dirigí a las nuevas mesas de trabajo. Farzad me siguió, hablando atropelladamente.

-Han decidido ampliar la sección de documentación falsa para que abarque educación. Creía que lo sabías.

-¿Qué educación?

-Diplomas, grados, certificados de aptitud y demás. Por eso me han traído.

Se paró de repente y miró cómo yo recogía un documento de una de las mesas nuevas. Era un título de máster en ingeniería, supuestamente emitido por una prestigiosa universidad de Bengala.

Estaba a nombre de un joven que conocía: el hijo de un representante de la mafia del área de la flota pesquera que era tan tonto como avaricioso y, según la opinión general, el gángster joven más rapaz de todo el muelle de Sassoon.

-Me... han traído... -concluyó balbuceando Farzad- po-por-porque tengo un MBA. Auténtico. Seguro.

-Nos vamos al garete. ¿Es que ya nadie estudia filosofía?

-Mi padre. Sigue el utilitarismo de Steiner.

-No sé quién eres, pero, por favor, que todavía no me he tomado ni el té.

Pasando a una segunda mesa, cogí otro título falso. Era una licenciatura en medicina dental. Farzad, al ver mi expresión, volvió a hablar.

-No pasa nada. Ninguno de estos títulos falsos se usará en la India. Son para gente que quiere trabajar en el extranjero.

-Ah -dije sin sonreír-, entonces está bien.

-¡Exacto! -Sonrió, contento-. ¿Te pido un té?

Cuando llegó el té, en vasos bajos y agrietados, lo bebimos a sorbos y

charlamos lo suficiente para que me cayera bien.

Farzad pertenecía a la comunidad parsi, pequeña, brillante e influyente. Tenía veintitrés años, estaba soltero y vivía con sus padres y la familia en una casa grande no muy lejos del suburbio de Bombay donde yo me había instalado en otra época.

Tras dos años de posgrado en Estados Unidos, había empezado a trabajar en una operadora de futuros en Boston. El primer año se había enredado en un complejo esquema Ponzi dirigido por el jefe de la empresa.

A pesar de que no había participado directamente en la intriga delictiva de su superior, el nombre de Farzad aparecía en las transferencias de fondos a cuentas bancarias secretas. Cuando parecía que iban a arrestarlo, había vuelto a la India con la fortuita excusa, triste excusa, de visitar a su tío moribundo.

Yo había conocido muy bien a su tío Keki. Había sido un sabio consejero de Khaderbhai, el capo de Bombay Sur, y pertenecía al Consejo de la mafia. En sus horas finales, el consejero parsi había pedido al nuevo jefe de la Compañía, Sanjay Kumar, que protegiera al joven Farzad, su sobrino, al que quería como a un hijo.

Sanjay acogió a Farzad garantizándole que si se quedaba en Bombay y trabajaba para ellos estaría a salvo de la acusación en Estados Unidos. Mientras yo estaba en Goa, Sanjay lo había puesto a trabajar en la fábrica de falsificación de pasaportes.

-Ahora hay mucha gente que se va de la India -dijo Farzad, sorbiendo el segundo té-. Y las regulaciones se relajarán. Ya lo verás. Fijo.

-Ajá.

-Restricciones y leyes, todo cambiará, serán más flexibles y fáciles. La gente se irá de la India, la gente volverá a la India, emprenderá negocios aquí y en el extranjero, moverá el dinero por todos lados. Y toda esa gente, antes o después, necesitará o querrá algún papel que le proporcione mejores oportunidades en Estados Unidos, Londres, Estocolmo o Sidney.

-Es un gran mercado, ¿eh?

-Es un mercado inmenso. Enorme. Montamos el tinglado hace solo quince días y ya estamos trabajando dos turnos ajornada completa para poder cumplir con los encargos.

-¿Dos turnos?

-A tope, *baba*.

-Y... cuando a uno de nuestros clientes, que nos ha comprado un título de ingeniero en lugar de estudiar la carrera, le encarguen construir un puente, por ejemplo, ¿el puente no se caerá y matará a cientos de personas?

-No te agobies, *baba* -replicó-. En la mayoría de los países el título falso solo sirve para entrar. Después tienes que seguir estudiando para cumplir con las exigencias locales y recibir la acreditación pertinente. Y ya conoces a los indios. Como los dejes entrar, se compran la casa y luego la casa de al lado, y al poco son propietarios de toda la calle y comienzan a alquilarles las viviendas a los antiguos dueños. Somos así. Fijo, *yaar*.

Farzad era un joven dulce, de expresión franca. Cuando por fin se relajó conmigo y se le pasó el miedo, sus tiernos ojos castaños miraban desde un lugar de serenidad en las profundidades de su optimista visión del mundo.

Sus labios, carnosos y redondeados, estaban ligeramente separados en el temblor permanente de una sonrisa. La piel era muy clara: más clara que mi cara bronceada rematada por el pelo rubio y corto. Los vaqueros a la moda occidental y la camisa de seda de diseñador le daban aire de visitante, de turista, más que de alguien cuya familia vivía en Bombay desde hacía trescientos años.

Su rostro no tenía marcas, la piel no mostraba ninguna cicatriz ni arañazo ni el rastro de ninguna magulladura. Se me ocurrió, mientras escuchaba su genial conversación, que probablemente nunca se había metido en una pelea ni había apretado los puños con ira.

Lo envidié. Cuando me permitía echar un vistazo al túnel medio derruido del pasado, tenía la impresión de que había malgastado mi vida peleándome.

Mi hermano pequeño y yo éramos los únicos niños católicos de un vecindario duro, de clase obrera. Algunos de nuestros vecinos, duros, de clase obrera, esperaban pacientemente cada tarde a que llegara nuestro autobús escolar y nos seguían pegándonos hasta casa; día tras día.

Sin parar. Ir al centro comercial era como cruzar en autobús a territorio enemigo. Milicias locales o bandas callejeras atacaban a los foráneos

con un ensañamiento que los pobres solo infligen a otros pobres. En mi barrio, aprender kárate y apuntarte al club de boxeo te capacitaba para desenvolverte en la vida.

Todos los niños que tenían garra para pelear aprendían algún arte marcial y todas las semanas disfrutaban de varias ocasiones para practicar lo que habían aprendido. Los viernes y los sábados por la noche el ala de traumatología y las urgencias del hospital local se llenaban de jóvenes para que les cosieran cortes en la boca y los ojos o les curaran por tercera vez la nariz rota.

Yo era uno de ellos. Mi historia médica del hospital pesaba más que las tragedias de Shakespeare. Y eso, antes de la cárcel.

Mientras escuchaba las alegres y soñadoras explicaciones de Farzad sobre el coche para el que estaba ahorrando y la chica a la que quería pedir una cita, notaba la presión de los dos cuchillos largos que siempre llevaba en los riñones. En un cajón secreto de un armario de mi piso había dos pistolas y doscientos cartuchos de munición. Si Farzad no tenía arma ni la voluntad de emplearla, se había equivocado de negocio. Si no sabía pelear ni lo que se sentía al perder una pelea, se había equivocado de negocio.

-Acabas de integrarte en la Sanjay Company -dije-. Mejor no hacer planes a largo plazo.

-Dos años -dijo Farzad, juntando las manos ante la cara como si sostuviera un pedazo de tiempo y sus promesas-. Dos años aquí y luego juntaré todo el dinero que haya ahorrado y abriré un negocio propio. Una consultoría para la gente que quiere conseguir el permiso de residencia en Estados Unidos o lo que sea. ¡Es el futuro! Fijo.

-Tú no te hagas notar -le aconsejé, esperando que el Destino o la Sanjay le concedieran los años que quería.

-Claro, siempre...

Sonó el teléfono y nos interrumpió.

-¿No contestas? -preguntó Farzad pasados unos timbrazos.

-No me gustan los teléfonos.

El teléfono seguía sonando.

-Bueno, ¿y por qué tienes teléfono?

-Yo no tengo teléfono. Es de la oficina. Si tanto te molesta, contesta tú.

Descolgó.

-Buenos días, le habla Farzad -dijo, y se apartó el teléfono de la oreja.

Un gorgoteo, como de barro quejándose o unos perros grandes comiéndose algo, retumbó al aparato. Farzad me miró, espantado.

-Es para mí -dije, y él dejó caer el auricular en mi mano.

-*Salaam aleikum*, Nazeer.

-¿Linbaba?

Notaba las vibraciones de su voz en el suelo.

-*Salaam aleikum*, Nazeer.

-*Wa aleikum salaam.* ¡Ven! -ordenó Nazeer-. ¡Ven ya!

-¿Qué ha pasado con el «Qué tal, Linbaba»?

-¡Ven! -insistió Nazeer.

Su voz era una cosa que arrastraba un cadáver por un camino de grava entre gruñidos. Me encantaba.

-Vale, vale. No te enfades. Ya voy.

Colgué, recogí el maletín y las llaves de la moto y me encaminé a la puerta.

-Ya hablaremos más adelante -dije, volviéndome hacia mi nuevo ayudante-. Pero por el momento diría que vamos a llevarnos bien. Cuida del negocio en mi ausencia, *thik*?

La palabra, pronunciada «tik», arrancó una amplia sonrisa a aquel rostro joven e inmaculado.

-*Bilkul thik!* -contestó-. ¡Por supuestísimo!

Salí de la oficina, olvidándome del joven MBA que falsificaba títulos, y aceleré la moto por Marine Drive, subiendo por la estrecha zanja del paso elevado del metro.

En la esquina del Templo del Fuego parsi vi a mi amigo Abdullah en el cruce con otros dos motoristas. Se dirigían a las callejuelas del distrito

comercial.

Mientras aguardaba a que se abriera un hueco en el flujo constante de vehículos comprobé que el guardia de tráfico estuviera ocupado aceptando el soborno de otro, me salté el semáforo en rojo y salí detrás de mi amigo.

Como miembro de la Sanjay Company, había prometido por mi vida defender al resto de los componentes de la banda: éramos compañeros de armas. Abdullah era más que eso. El iraní, alto y de larga melena, era el primer y mejor amigo que había tenido en la Sanjay. Mi compromiso con él superaba al deber que suponía el juramento.

Existe una conexión profunda entre los gángsters, la fe y la muerte. Todos los hombres de la Sanjay Company pensaban que sus almas estaban en manos de un dios personal y todos eran lo bastante devotos como para rezar antes y después de un asesinato. Abdullah, igual que el resto, era un hombre de fe, aunque jamás se apiadaba de nadie.

En cuanto a mí, todavía buscaba algo más que los versos, los votos y la veneración que había encontrado en los libros de los creyentes. Y así como yo dudaba de todo, Abdullah siempre estaba seguro: confiaba tanto en que era invencible como podía hacerlo la más fuerte de las águilas que surcara el cielo de Bombay por encima de su cabeza.

Éramos hombres diferentes, teníamos modos diferentes de amar e instintos diferentes para la lucha. Pero la amistad también es fe, en particular para quienes no creemos en mucho más. Y, sencillamente, el corazón siempre se me animaba, se elevaba un poco más en mi pequeño cielo interior cada vez que veía a Abdullah.

Lo seguí por entre el tráfico esperando la ocasión de situarme a su lado. Había aprendido a admirar su manejo de la moto, despreocupado y con la espalda recta. Algunos hombres y mujeres montaban a caballo como si hubieran nacido para ello, y parte de esos mismos instintos se aplicaban también a conducir una moto.

Los dos hombres que viajaban con Abdullah, Fardeen y Hussein, eran buenos motoristas que montaban desde críos, cuando viajaban sentados en los depósitos de las motos de sus padres esquivando el tráfico de estas mismas calles, pero nunca habían alcanzado la misma facilidad ribereña que nuestro amigo iraní y nunca habían sido tan elegantes.

Justo cuando intuí que se abría un hueco junto a su moto y adelanté para situarme a su lado, Abdullah giró la cabeza y me vio. Una sonrisa expulsó la seriedad de su cara y Abdullah aparcó en la acera, seguido de Fardeen y Hussein.

Paré al lado y nos abrazamos, sin levantarnos del sillín.

-*Salaam aleikum* -me saludó con calidez.

-*Wa aleikum salaam wa Rahmatullahi wa Barakatuh.* -«Y la paz y la misericordia y las bendiciones de Alá sean contigo.»

Fardeen y Hussein me estrecharon la mano.

-Me he enterado de que vas a la reunión -dijo Abdullah.

-Sí. Me ha llamado Nazeer. Imaginaba que tú también irías.

-Me pillas de camino.

-Pues vas por el camino largo -me reí, porque iba en dirección contraria.

-Primero tengo que ocuparme de un asunto. Acabaré enseguida. Ven con nosotros. Es aquí al lado y creo que no conoces el lugar, ni a la gente.

-Vale. ¿Adónde vamos?

-A ver a los Asesinos de la Bici. Para un asunto de la Compañía.

Yo nunca había estado en la guarida de los Asesinos de la Bici. No sabía gran cosa de ellos. Pero, como cualquiera que se moviera por las calles de Bombay, conocía los nombres de sus dos principales asesinos y sabía que nos superaban en número en una proporción de seis o siete a uno.

Abdullah arrancó la moto con el pie y esperó a que hiciéramos lo propio, y luego nos guió por el caos rodado con la espalda erguida y la cabeza alta y orgullosa.

Había visto a algunos Asesinos de la Bici, montados en sus relucientes vehículos a velocidades suicidas por las callejuelas del mercado del Bazar de los Ladrones. Eran jóvenes y siempre vestían el mismo uniforme colorido, unas camisetas ajustadas llamadas *banyans*, vaqueros de pitillo blancos y la última marca de moda en zapatillas deportivas.

Todos se peinaban el pelo hacia atrás con aceite perfumado, lucían ostentosos tatuajes de casta en la cara para protegerse del mal de ojo y se cubrían los suyos con idénticas gafas de sol de piloto con acabado de espejo, tan relucientes como las bicicletas.

Eran, según el consenso generalizado entre los criminales con criterio, los hombres más eficientes con el cuchillo que el dinero podía comprar, cuyas habilidades solo superaba un individuo en toda la ciudad: Hathoda, el maestro con el cuchillo de la Sanjay Company.

Adentrándonos en las calles y vías más estrechas, atestadas de actividades comerciales y el clamor del dinero, aparcamos las motos ante una tienda que vendía remedios ayurvédicos y saquitos de seda llenos de hierbas secretas que protegían contra los males de amor. Quise comprar uno, pero Abdullah no me dejó.

-La protección de un hombre reside en Alá, el honor y el deber -gruñó, pasándome un brazo por el hombro-. No en amuletos y hierbas.

Anoté mentalmente volver a la tienda solo y seguí los pasos de mi tozudo amigo.

Entramos en un callejón de la anchura de un hombre, y cuando el callejón oscureció, lejos ya de la calle, Abdullah nos condujo bajo un arco casi invisible con el nombre de Bella Vista Towers.

Debajo del arco nacía una red de caminos cubiertos que, en un momento dado, pareció que cruzaban por en medio de una vivienda privada. El propietario de la casa, un anciano con una *banyan* harapienta sentado en una poltrona, estaba leyendo un periódico con unas gafas de sol exageradamente grandes.

No levantó la vista ni pareció percatarse de que cruzábamos lo que se intuía su salón.

Seguimos avanzando hacia un camino aún más oscuro, giramos en la última esquina del laberinto y salimos a un patio abierto y amplio, soleado.

Había oído hablar del lugar: se llamaba Das Rasta, o Diez Caminos. Edificios residenciales y las numerosas vías que los comunicaban rodeaban un patio más o menos circular a cielo abierto. Era una plaza pública privada.

Los residentes se asomaban a las ventanas, algunos para observar la actividad de Das Rasta. Otros bajaban o izaban cestas de verduras, comida preparada u otras mercancías. Mucha gente entraba y salía del patio por los senderos radiales que conducían al ancho mundo exterior.

En el centro del patio alguien había acumulado sacos de grano y legumbres en un montón que doblaba la altura de un hombre. Los sacos formaban una pequeña pirámide de tronos, y sentados a diversos niveles estaban los Asesinos de la Bici.

En el trono improvisado de la cima se sentaba Ishmeet, el líder. Conforme a la tradición de la religión sij, nunca se había cortado la larga melena, pero ahí terminaba su observancia del sijismo.

No se recogía el pelo en un turbante, sino que lo llevaba suelto hasta la estrecha cintura. Sus brazos flacos y desnudos estaban cubiertos de tatuajes que describían sus numerosos asesinatos y victorias en guerras de bandas. Dos cuchillos curvos y largos con fundas ornadas le asomaban del cinturón de los ajustados vaqueros.

-*Salaam aleikum* -dijo con pereza, saludando a Abdullah cuando este se aproximó a la torre de tronos.

-*Wa aleikum salaam* -respondió Abdullah.

-¿Quién es ese cara de perro que te acompaña? -preguntó en hindi un tipo sentado al lado de Ishmeet al tiempo que giraba la cabeza para escupir ruidosamente.

-Se llama Lin -respondió con calma Abdullah-. También le llaman Shantaram. Estuvo con Khaderbhai y habla hindi.

-Me da igual si habla hindi, panyabí o malabar -respondió el hombre en hindi, mirándome-. Me da igual si recita poesía o si se ha metido un diccionario por el culo. Quiero saber qué está haciendo aquí este cara de perro.

-Imagino que tienes más experiencia con los perros que yo -dije en hindi-. Pero no he venido acompañado de perros, sino de hombres, que saben mostrar respeto.

El tipo se estremeció y se retorció, sacudiendo la cabeza con incredulidad. Yo no tenía claro si por el reto que le había lanzado o por el hecho de que un extranjero blanco le hubiera hablado en el hindi de los gángsters callejeros.

-El hombre, además, es mi hermano -dijo sin alterarse Abdullah, clavando la mirada en Ishmeet-. Y lo que tu hombre le diga, me lo está diciendo a mí.

-Entonces ¿por qué no te lo digo a ti, iraní? -dijo el hombre.

-Por Alá, ¿por qué no lo intentas? -replicó Abdullah.

Siguió un momento de calma exquisita. Los hombres que trabajaban cargando sacos de grano, botes de agua, cajas de refrescos, bolsas de especias y demás mercancías seguían entrando y saliendo del patio. La gente seguía mirando desde las ventanas. Los niños seguían riendo y jugando a la sombra.

Pero en el espacio de una respiración entre los Asesinos de la Bici y nosotros cuatro, una serenidad propia de la meditación emanó de nuestros corazones. Era la serenidad deliberada de no llevarnos la mano a las armas, la sombra previa al destello de sol y sangre.

Los Asesinos de la Bici estaban a una palabra de la guerra, pero respetaban y temían a Abdullah. Miré los ojos sonrientes de Ishmeet, reducidos a meras rendijas. Estaba contando los cadáveres que yacerían alrededor de su trono de sacos.

No cabía duda de que Abdullah mataría al menos a tres hombres de Ishmeet, ni de que el resto de nosotros podría dar cuenta de otros tantos. Y aunque había una docena de Asesinos de la Bici en el patio y varios más en las habitaciones de detrás, y aunque Ishmeet podría conseguir salir con vida, la pérdida sería excesiva para que su banda sobreviviera al ataque de venganza de la nuestra.

Ishmeet abrió un poco más los ojos, el betel carmesí le manchaba la sonrisa.

-Cualquier hermano de Abdullah -dijo, mirándome directamente- es mi hermano. Vamos. Sube aquí conmigo. Beberemos *bhang* juntos.

Miré a Abdullah, que asintió sin quitarles ojo a los Asesinos de la Bici. Trepé por el trono de sacos y tomé asiento un poco por debajo de Ishmeet, al nivel del hombre que me había insultado.

-¡Raja! -llamó Ishmeet al hombre que estaba limpiando las filas de bicicletas relucientes-. ¡Trae unas sillas!

El hombre se apresuró a traer taburetes de madera para Abdullah, Fardeen y Hussein. Otros trajeron el *bhang* verde claro en vasos altos y también un gran *chillum*.

Me bebí el vaso de leche de marihuana a tragos grandes, igual que Ishmeet. Este, mientras eructaba ruidosamente, me guiñó un ojo.

-Leche de búfala -dijo-. Recién ordeñada. Un aporte extra de energía. Si quieres ser un rey en este mundo, mejor que tengas una búfala, tío.

-Eh... Vale.

Encendió el *chillum*, dio dos caladas largas y me lo pasó, con el humo saliéndole de la nariz como el vapor escapa por la fisura de una piedra.

Fumé y se lo pasé al lugarteniente de la banda sentado a mi lado. La animosidad de hacía escasos momentos había desaparecido de sus ojos risueños. Fumó, pasó el *chillum* y luego me dio un toquecito en la rodilla.

-¿Quién es tu heroína favorita?

-¿De ahora o de antes?

-De ahora.

-Karisma Kapoor.

-¿Y de antes?

-Smita Patil. ¿Y la tuya?

-Rekha -suspiró-. De antes, de ahora y de siempre. Es la reina de todo. ¿Tienes cuchillo?

-Por supuesto.

-¿Me lo enseñas, por favor?

Saqué una de las navajas de la funda y se la pasé. Accionó con pericia el mecanismo de apertura y luego giró el arma, larga, pesada y de empuñadura metálica, alrededor de los dedos como si fuera una flor unida al tallo.

-Bonita navaja -dijo, cerrándola y devolviéndomela-. ¿Quién la ha fabricado?

-Vikrant, del muelle de Sassoon -respondí, guardando la navaja.

-Ah, Vikrant. Buen trabajo. ¿Quieres ver la mía?

-Claro -respondí, aceptando el arma que me tendía.

Mi larga navaja automática estaba pensada para reyertas callejeras. La navaja del Asesino de la Bici estaba diseñada para dejar una herida honda y ancha, normalmente en la espalda. La hoja se estrechaba rápidamente desde la empuñadura hasta la punta. Tenía estrías grabadas para facilitar que corriera la sangre. Dientes que penetraban en el cuerpo con suavidad pero rasgaban la carne al sacar el cuchillo, lo que impedía que la herida se cerrase sola.

La empuñadura era un semicírculo de bronce, diseñada para encajar en un puño cerrado. Se usaba para perforar más que para rajar o pinchar.

-Pues -dije, devolviéndole el arma- espero que no nos enfrentemos nunca.

Ensanchó la sonrisa y volvió a enfundar el cuchillo.

-¡Gran plan! -dijo-. No hay problema. Tú y yo no nos enfrentaremos nunca, ¿vale?

Me tendió la mano. Titubeé, porque los gángsters se toman esas cosas en serio y no tenía claro si podía prometer que no me enfrentaría a él si nuestras bandas se enemistaban.

-A la mierda -dije, chocando la mano con él y estrechándosela con firmeza-. No nos pelearemos. Pase lo que pase.

Volvió a sonreírme.

-Esto... -empezó a decir en hindi-. Lamento... lo de hace un momento.

-No pasa nada.

-En realidad me gustan los perros. Cualquiera te lo dirá. Incluso doy de comer a los perros callejeros.

-No pasa nada.

-¡Ajay! ¡Cuéntale cuánto me gustan los perros!

-Muchísimo -dijo Ajay-. Le encantan los perros.

-Si no paras de hablar de perros -amenazó Ishmeet con una rendija de sonrisa-, voy a patearte el pescuezo.

Ishmeet se giró de espaldas a su hombre, soportando el peso de la contrariedad como una corona que le apretara la frente.

-Abdullah -dijo-. Creo que querías hablar conmigo.

Abdullah se disponía a contestar cuando una cuadrilla de diez obreros entró en el patio tirando de dos carretas largas y vacías.

-¡Sitio! -gritaron-. ¡El trabajo es grato a Dios! ¡Los obreros hacemos el trabajo de Dios! ¡Venimos a por los sacos! ¡Fuera con los sacos viejos! ¡Traemos sacos nuevos! ¡Sitio! ¡El trabajo es grato a Dios!

Con una indiferencia que a otros podría haberles costado la vida, los trabajadores hicieron caso omiso del estatus y la comodidad de la banda asesina y comenzaron a retirar sacos del trono improvisado. Los mortales Asesinos de la Bici fueron bajando a trompicones de sus puestos.

En cuanto la dignidad se lo permitió, Ishmeet se levantó de su mirador para acercarse a Abdullah mientras la demolición proseguía. Descendí con él para reunirme con mis amigos.

Fardeen, apodado el Político, se levantó de inmediato y le ofreció su taburete de madera a Ishmeet. El líder de los Asesinos de la Bici lo aceptó, se sentó al lado de Abdullah y pidió té caliente dándose importancia.

Mientras esperábamos el té, los obreros retiraron la alta colina de sacos, dejando únicamente granos y briznas de paja esparcidos por las piedras desnudas del patio. Bebimos *adrak chai*, un té especiado de jengibre lo bastante fuerte para hacer llorar al juez más severo.

Los obreros transportaron sacos nuevos al centro del patio. A los pocos minutos apuntaba un nuevo montículo y los hombres que trabajaban para los Asesinos de la Bici empezaron a darle forma de tronos otra vez.

Quizá para disimular la vergüenza por la brusquedad con que le habían desmantelado el estrado, Ishmeet fijó su atención en mí.

-Tú... extranjero, ¿qué te parece Das Rasta?

-*Ji* -dije, empleando el término equivalente a «señor»-, me preguntaba cómo hemos conseguido entrar sin oposición.

-Sabíamos que veníais -replicó Ishmeet con petulancia-, y sabíamos que sois amigos y cuántos sois. El tío Dilip, el viejo que estaba leyendo el periódico, ¿te acuerdas de él?

-Sí. Hemos cruzado por su casa.

-Exacto. El tío Dilip tiene un botón en el suelo debajo de la poltrona. El botón tañe una campana del patio. Según el número de veces que apriete el botón y cuánto lo mantenga apretado sabemos quién viene, amigo o enemigo, y cuántos son. Y hay muchos tíos como Dilip que son los ojos y las orejas de Das Rasta.

-No está mal -admití.

-Por el ceño fruncido deduzco que tienes otra pregunta.

-También me preguntaba por qué se llama Das Rasta, los Diez Caminos, cuando solo cuento nueve.

-¡Me gustas, *gora*! -dijo Ishmeet, empleando la palabra que significaba «hombre blanco»-. No muchos se fijan. En realidad, hay diez maneras de entrar y salir de aquí, de ahí el nombre. Pero un camino es secreto y solo lo conocemos los que vivimos aquí. La única manera de que salgas por ese camino es convertirte en uno de los nuestros o que te matemos.

Abdullah eligió ese momento para revelar su propósito.

-Tengo tu dinero -dijo, inclinándose hacia la sonrisa oleosa de Ishmeet-. Pero antes de dártelo quiero aclarar un asunto.

-¿Qué... asunto?

-Un testigo -dijo Abdullah, hablando lo bastante alto para que yo lo oyera-. Tienes reputación de trabajar tan rápido que ni siquiera el *djinn* alcanza a ver la cuchillada. Pero alguien presenció los hechos en el último trabajo que te encargamos. Alguien que ha dado a la policía una descripción precisa de tus hombres.

Ishmeet apretó la mandíbula, echó una mirada rápida a sus hombres y luego volvió a concentrarse en Abdullah. La sonrisa regresó poco a poco, pero los dientes siguieron apretados como si sostuvieran un cuchillo.

-Por supuesto, mataremos a cualquier testigo -susurró-. Sin cargo extra.

-No será necesario -replicó Abdullah-. El sargento que tomó declaración es de los nuestros. Le dio una paliza al testigo y lo convenció para que cambiara la declaración. Pero entenderás que en un caso así debo hablar en nombre del propio Sanjay. Sobre todo porque es solo el segundo trabajo que os encargamos.

-*Jarur* -volvió a susurrar Ishmeet. «Desde luego»-. Y te garantizo que no tendrás que volver a mencionar el tema de los testigos mientras sigamos haciendo negocios juntos.

Ishmeet cogió la mano de Abdullah, la sostuvo un momento, luego se levantó, dio media vuelta e inició el ascenso por su nuevo trono de sacos. Cuando se acomodó una vez más en la cima del montón, pronunció una palabra.

-¡Pankaj! -dijo, dirigiéndose al Asesino de la Bici que había estado sentado a mi lado.

Fardeen sacó un paquete de dinero de la mochila. Se lo pasó a Abdullah, que se lo entregó a Pankaj. Cuando este se giraba para trepar por la montaña de sacos dudó un instante y se volvió a mirarme.

-Tú y yo no nos enfrentaremos nunca. -Sonrió, tendiéndome la mano una vez más-. *Pukkah?* ¿Correcto?

Su amplia sonrisa y el placer inocente y evidente que le producía la nueva amistad habría sido considerado candidez por los gángsters y criminales que yo había conocido en la prisión australiana. Pero estábamos en Bombay, y la sonrisa de Pankaj era tan sincera como sus ganas de pelearse conmigo hacía unos minutos; tan sincera como la mía.

Hasta que no escuché a Ishmeet llamarlo por su nombre no caí en la cuenta de que el hombre con el que había intercambiado insultos era el número dos de los Asesinos de la Bici y tan temido con la navaja como el mismísimo Ishmeet.

-Tú y yo -dije en hindi- no nos enfrentaremos nunca. Pase lo que pase.

Ensanchó la sonrisa traviesa y subió corriendo por la pila de sacos a darle el paquete a Ishmeet. Abdullah se llevó una mano al pecho a modo de despedida.

Seguimos a Abdullah por el laberinto de senderos, cruzamos por el salón donde seguía sentado el tío Dilip leyendo el periódico, con los pies colgando cerca del botón escondido en el suelo, y luego salimos a la calle.

Mientras arrancábamos las motos, Abdullah me miró a los ojos. Cuando le sostuve la mirada, esbozó una gran sonrisa de felicidad y euforia, rara en él.

-¡Por los pelos! -dijo-. *Shukran Allah.*

-¿Desde cuándo subcontratas?

-Desde hace un par de semanas. Tú estabas en Goa -repuso-. ¿El abogado que contratamos y nos delató a la policía y les contó todo lo que se le había confiado?

Asentí, rememorando la rabia con que habíamos recibido la cadena perpetua a que habían sido sentenciados los hombres de la Compañía basándose en la información a traición de su propio abogado. Estaba pendiente un recurso de la condena, pero mientras tanto nuestros hombres seguían en prisión.

-Ese abogado se ha sumado a la larga cola de sus colegas para entrar en el infierno -dijo Abdullah, con un destello de sus ojos dorados-. Y no podrá recurrir la sentencia. Pero no alteremos esta paz hablando de faltas de honor. Disfrutemos del viaje y demos gracias porque hoy Alá nos ha ahorrado la necesidad de matar a los asesinos que contratamos para que mataran por nosotros. Estar vivo es grande y maravilloso, *Alhamdulillah*. -«Por la gracia de Dios.»

Pero mientras Fardeen, Hussein y yo conducíamos detrás de Abdullah de vuelta a la reunión de la Sanjay Company, no era en la gracia divina en lo que iba pensando. Otras compañías mafiosas contrataban a los Asesinos de la Bici de vez en cuando. Hasta la policía les encomendaba alguna que otra operación de limpieza. Pero Khaderbhai, fundador de nuestro grupo mafioso, siempre se había negado.

En cualquier lugar donde se reunieran seres humanos, desde salas de juntas a burdeles, estos buscaban y convenían unos principios morales comunes. Y un principio que Khaderbhai respetaba era que, si había que matar a un hombre, se le concedía la oportunidad de mirar a los ojos a quienes reclamaban el derecho de matarlo. Estaba claro que para algunos contratar a asesinos en lugar de ser asesinos

suponía un cambio demasiado grande. Para mí, por ejemplo.

El orden y el caos danzaban sobre un exiguo filo sostenido por el brazo extendido de la conciencia. Subcontratar a los Asesinos de la Bici inclinaba la hoja. Al menos la mitad de los hombres de la Compañía eran más leales al código que a Sanjay, el líder que estaba cambiándolo.

El primer atisbo del mar en Marine Drive me hinchió el corazón, si no la cabeza. Me aparté de la sombra roja. Dejé de pensar en la pirámide de asesinos y en la imprevisión de Sanjay. Dejé de pensar en mi papel en aquella locura. Y conduje, con mis amigos, hacia el final de todas las cosas.

Si Abdullah no hubiera estado con nosotros, Fardeen, Hussein y yo habríamos echado una carrera hasta la reunión del Consejo, acortando entre los coches y adelantando todo el camino hasta la mezquita Nabila. Pero Abdullah nunca echaba carreras ni acortaba entre los coches. Esperaba que los coches le dejaran paso, y la mayoría lo hacían. Conducía despacio, con la espalda erguida, la cabeza alta y el pelo largo y negro ondeándole sobre los anchos hombros.

Llegamos a la mansión en unos veinte minutos y aparcamos las motos en las plazas reservadas, delante de la perfumería.

La entrada a la mansión solía estar abierta a la calle y sin vigilancia. Khaderbhai creía que si un enemigo albergaba un deseo de morir tan intenso como para atacarle en la mansión, preferiría beberse un té con él antes de matarlo.

Pero al aproximarnos nos encontramos la alta y pesada puerta principal cerrada y a cuatro hombres armados de guardia. Conocía a uno, Farukh, que dirigía un garito de juego de la Compañía en la lejana ciudad de Aurangabad. Los otros eran desconocidos afganos.

Abrimos la puerta y dentro nos topamos con otros dos hombres equipados con rifles de asalto.

-¿Afganos? -pregunté en cuanto los dejamos atrás.

-Han pasado muchas cosas desde que te fuiste a Goa, hermano -replicó Abdullah mientras entrábamos en el patio abierto del centro del complejo.

-Y que lo digas.

No visitaba la mansión desde hacía meses, y constaté con pena lo abandonado que estaba el patio de piedra. En la época de Khaderbhai había una fuente que regaba constantemente la roca del estanque que ocupaba el centro de patio. Lozanas palmeras en macetas y arriates de flores aportaban toques de color al espacio blanco y celeste. Hacía mucho que las plantas habían muerto, y la tierra reseca que quedaba estaba cubierta de colillas.

En la puerta de la sala de juntas del Consejo había otros dos afganos armados con rifles de asalto. Uno de ellos llamó a la puerta cerrada y luego la abrió despacio.

Abdullah, Hussein y yo entramos, mientras que Fardeen esperó fuera junto a los guardias. Cuando la puerta se cerró, en la sala éramos trece.

La sala de reuniones estaba cambiada. El suelo seguía siendo de baldosas pentagonales de color crema y las paredes y el techo abovedado conservaban la decoración en mosaico de un cielo nublado blanco y azul. Pero la mesa baja de marquetería y los mullidos cojines brocados del suelo habían desaparecido.

Una mesa de juntas oscura ocupaba casi toda la longitud de la sala, rodeada por catorce butacas de cuero de respaldo alto. A la cabeza de la mesa destacaba la silla más ornamentada del presidente. El hombre que la ocupaba, Sanjay Kumar, levantó la vista con una sonrisa al oírnos entrar. No sonreía por mí.

-¡Abdullah! ¡Hussein! -saludó-. Ya hemos tratado los asuntos menores. Ahora que estáis aquí por fin podremos abordar algún problema de verdad.

Supuse que Sanjay querría que esperase fuera a que terminara la reunión y traté de excusarme.

-Sanjaybhai -dije-, esperaré en el patio hasta que me necesites.

-No, Lin -dijo con un vago ademán-. Ve a sentarte con Tariq. Venga, el resto, comencemos.

Tariq, el sobrino de catorce años de Khaderbhai y su único pariente varón, estaba sentado en la silla imperial de su tío al fondo de la sala.

Crecía rápido, era casi tan alto como cualquiera de los hombres de la habitación. Pero en aquella butaca sublime, que en otro tiempo fuera el trono del rey del crimen de Bombay Sur, parecía pequeño y frágil.

Detrás de Tariq estaba Nazeer, con la mano descansando en la empuñadura de una daga: el protector del niño y mi amigo íntimo.

Dejé atrás la mesa para saludar a Tariq. La expresión del chaval se iluminó fugazmente cuando le estreché la mano, pero enseguida recuperó la mirada fría e impasible que endurecía el bronce de sus ojos desde la muerte de su tío.

Cuando miré a Nazeer, mi amigo me sonrió de un modo extraño. Era una mueca capaz de amansar fieras y una de las sonrisas preferidas de mi vida.

Me senté junto a Tariq. Abdullah y Hussein ocuparon sus puestos y la reunión comenzó.

Durante un rato Sanjay encauzó el debate por cuestiones empresariales: los problemas con los huelguistas del muelle de Ballard Pier habían ralentizado el suministro de drogas a Bombay Sur; algunos pescadores del muelle de Sassoon, fondeadero de la mayor flota pesquera de la Ciudad Isleña, se habían asociado y se resistían a pagar por la protección, y un concejal del Ayuntamiento amigo nuestro había caído en una redada policial en uno de los prostíbulos de la Compañía, lo que exigía un favor del Consejo que acelerara los procedimientos y salvara la carrera del político.

El Consejo mafioso, que había planeado cuidadosamente la redada para obligar al concejal a estrechar lazos, autorizó la suma necesaria para sobornar a la policía y decidió cobrar el doble al concejal en cuestión por el favor.

La última cuestión era algo más complicada y superaba el ámbito de los negocios. La Sanjay Company y el Consejo que gestionaba sus asuntos gobernaban todo Bombay Sur, un área que se extendía desde la Fuente Flora hasta Navy Nagar, próximo al promontorio sur de la Ciudad Isleña, y abarcaba todo lo comprendido entre una y otro, de mar a mar.

La Sanjay Company era la única autoridad del mercado negro en dicha área, pero no solía despertar desdén. De hecho, en esos años, mucha gente acudía con sus conflictos y agravios a la Compañía en lugar de a la policía. La mafia acostumbraba a ser más rápida, a menudo más justa y siempre más barata que la poli.

Cuando Sanjay tomó el liderazgo llamó al grupo Compañía, sumándose a una tendencia entre los gángsters que dividía la ciudad en líneas de negocio. Khaderbhai, el Khan fallecido y fundador del grupo, era lo bastante fuerte para que el clan mafioso no necesitara más nombre que el suyo. Ecos del nombre de Khaderbhai granjeaban a la Sanjay Company una autoridad de la que carecía el nombre de Sanjay y todavía mantenían la paz.

Sin embargo, de vez en cuando, alguien decidía solucionar los problemas por su cuenta. Uno de esos elementos solitarios era un ambicioso casero de la zona de Cuffe Parade, donde se levantaban altos bloques de pisos de lujo en terrenos ganados al mar. El tipo había empezado a contratar a sus propios matones. A la Sanjay Company no le gustaba porque la Compañía tenía que velar por la reputación de sus matones.

Los matones privados habían arrojado por la ventana de un piso de la segunda planta a un moroso que no pagaba el alquiler. El inquilino había sobrevivido a la caída, pero había aterrizado encima de una tienda de cigarrillos y hachís propiedad de la Compañía y había herido al encargado, conocido como Patel Brillante, y a un buen cliente famoso por interpretar canciones sufíes.

Patel Brillante y su tienda «en blanco y negro» eran mera cuestión de negocios para la Sanjay. Herir a un cantante reputado, apreciado por todos los fumadores de hachís de la península meridional, lo convertía en una ofensa personal.

-Te advertí que pasaría, Sanjaybhai -dijo un hombre llamado Faisal, con el puño apretado sobre la mesa-. Hace meses que te advierto de estas cosas.

-¿Me advertiste de que alguien aterrizaría encima de la tienda de Patel Brillante? -se mofó Sanjay-. Creo que no asistí a esa reunión.

-Te advertí de que se estaba perdiendo el respeto -repuso Faisal en voz más baja-. Te advertí de que se estaba perdiendo la disciplina. Ya no nos teme nadie, y no los culpo, la verdad. Si estamos tan asustados que ponemos a mercenarios a guardarnos la puerta, la culpa es nuestra.

-Tiene razón -añadió Tony Pequeño-. El problema con la Scorpion Company, por ejemplo. Es lo que da a *chutiyas* como ese casero *bahinchudh* la idea de que puede pasarnos por alto y reclutar a su propio ejército.

-No es una Compañía -les espetó Sanjay-. Esos cabrones de la Scorpion no están reconocidos por ninguna de las compañías de Bombay. Es una banda. Son solo unos tíos del norte de Bombay que intentan colarse en el sur. Llama a las cosas por su nombre, son una banda de mierda.

-Llámalo como quieras -repuso en voz baja Mahmoud Melbaaf-, pero es un problema. Han atacado a nuestros hombres en la calle. A menos de un kilómetro de aquí, se han cargado a machetazos a dos de nuestros mejores asalariados a plena luz del día.

-Es verdad -convino Faisal.

-Por eso tenemos a nuestros hermanos afganos de guardia -continuó Mahmoud Melbaaf-. Los Escorpiones han intentado colarse en nuestras zonas de Regal y Nariman Point. Los eché a patadas, pero

eran cinco y, si Abdullah no hubiera estado conmigo, la cosa podría haber acabado al revés. Solo mi nombre, y el tuyo, Sanjay, no les asusta. Y si Tony Pequeño no le hubiera rajado la cara a su camello la semana pasada, todavía estarían vendiendo drogas enfrente del KC College, a cincuenta pasos de tu puerta. Si eso no es un problema, no sé qué es un problema.

-Lo sé -respondió Sanjay más amable, echando un vistazo al chico, a Tariq.

La mirada fría del chico no se inmutaba jamás.

-Entiendo lo que decís -dijo Sanjay-. Claro que lo entiendo. ¿Qué coño quieren? ¿Buscan la guerra? ¿De verdad creen que podrían ganarla? ¿Qué coño quieren esos cabrones?

Todos sabíamos lo que quería la banda de los Escorpiones: lo quería todo, y nos quería muertos o desaparecidos.

En el silencio que siguió a la pregunta retórica de Sanjay miré a las caras de los miembros del Consejo tratando de dilucidar su estado de ánimo y sus ganas de participar en otra guerra por territorio.

Sanjay bajó la mirada, una mirada fría en un rostro sensible, mientras sopesaba las opciones de que disponía. Yo sabía que su prudencia instintiva le recomendaba evitar un enfrentamiento y negociar un trato, incluso con enemigos depredadores como los Escorpiones. Lo que importaba era el trato, no cómo ni dónde ni quién estuviera al otro lado.

Sanjay era valiente y despiadado, pero su primer impulso era siempre comprar una salida. Había sido él quien había instalado la mesa de juntas en la sala del Consejo, y comprendí, observando su desconcierto e indecisión, que la mesa no era una expresión de orgullo ni grandilocuencia: era una representación visible de su verdadera naturaleza afecta a la negociación, a sellar un trato.

El asiento al lado de Sanjay, a su derecha, se dejaba siempre vacío en recuerdo de su amigo de infancia Salman, que había caído en combate durante la última gran lucha de poderes contra una banda rival.

Sanjay había perdonado la vida a un miembro del grupo derrotado. Era ese superviviente, Vishnu, quien había organizado la banda de los Escorpiones y quien ahora amenazaba al mismísimo Sanjay.

Sanjay sabía que los miembros del Consejo que habían desaprobado

su muestra de clemencia y que habían insistido en que había que matar al enemigo y pasar página considerarían el problema actual una confirmación de que tenían razón y una falta de liderazgo.

Mientras lo contemplaba, Sanjay movió lentamente la mano hacia la derecha por la superficie reluciente de la mesa, como si buscara la mano y el consejo guerrero del amigo muerto.

A la derecha de Sanjay, junto a la silla vacía, se sentaba Mahmoud Melbaaf, el iraní delgado y vigilante cuyo temperamento tranquilo y mirada serena jamás se alteraban, por feroz que fuera la provocación.

Pero su calma era hija de la tristeza y el iraní nunca se reía, y casi nunca sonreía. Una gran pérdida había golpeado su corazón y se había instalado en él, suavizando los altibajos emocionales como el viento y la arena erosionan las montañas del desierto.

Junto a Melbaaf se sentaba Faisal, el exboxeador, el casi campeón. Un mánager corrupto que le había robado todas las ganancias de los combates había hundido aún más el cuchillo en la herida al fugarse con la novia del boxeador. Faisal lo mató y la novia huyó de la ciudad y nunca más se supo.

Después de salir de prisión tras ocho años de condena, con los instintos tan rápidos y mortales como los puños, Faisal había trabajado durante años como matón de la Sanjay Company. Tenía fama de solucionar rápido los problemas de deudas. Aunque rara vez ejercitaba sus habilidades pugilísticas, a menudo la cara marcada y la mirada feroz bastaban para que el deudor encontrara los fondos exigidos.

Tras la última gran guerra por territorio, que había dejado algunas vacantes en el Consejo, Faisal había sido recompensado con un puesto permanente en la mesa.

Junto a Faisal, inclinado hacia él, estaba su compañero inseparable, Amir. De cabeza grande, redonda y roma como un canto rodado, cara marcada, cejas pobladas y cuidado bigote, Amir destilaba el misterioso atractivo de una estrella de cine del sur de la India.

Afamado gran bailarín a pesar de su panza considerable, contaba anécdotas con potente voz de bajo, le hacía bromas a todo el mundo menos a Abdullah y era el primero en saltar a la pista de baile en cualquier fiesta y el primero en meterse en una pelea.

Amir y Faisal controlaban las drogas en el sur de Bombay y sus

camellos aportaban un cuarto de todas las ganancias de la Compañía.

A su lado se sentaba su protegido, Andrew DaSilva, un joven gángster callejero que había entrado en el Consejo por Amir. Se había hecho con el control de la prostitución y la pornografía, conquistadas a la banda derrotada durante la última guerra.

El joven blanco, de pelo castaño claro y ojos de color ocre, transpiraba en su radiante sonrisa la inocencia ilusoria que la crueldad crea con el miedo y la astucia. Yo había visto caer la máscara. Había visto chasquear la fusta de sus ojos. Pero otros no parecían verlo: su sonrisa reflexiva restablecía el disfraz lo bastante rápido para evitarle la desconfianza ajena que su verdadera naturaleza debería haber despertado.

Y DaSilva sabía que yo lo sabía. Cada vez que me miraba, sus ojos me lanzaban una pregunta: «¿Por qué me has calado?».

DaSilva y yo habíamos estado a punto de tener un enfrentamiento violento y ambos sabíamos que un día, una noche, en alguna situación, se procedería a un recuento de personas en el que faltaría uno de los dos.

Al mirarle aquel día, en aquella reunión del Consejo, tuve claro que cuando por fin ocurriera Andrew no estaría solo: estaría apoyándose, y mucho, en las anchas y fuertes espaldas de su amigo Amir.

El siguiente a la mesa era Farid, conocido como Farid Arreglatodo, cuya devoción por Khaderbhai había rivalizado con la del entrecano Nazeer. Farid se culpaba de la muerte en Afganistán de Khaderbhai, convencido, pese a lo que le dijeran, de que si hubiera estado con nosotros en la nieve, Khaderbhai quizá habría sobrevivido.

La culpa y la desesperación lo volvieron temerario, pero también lo empujaron a profundizar su amistad conmigo. A mí siempre me había gustado Farid. Me gustaban su furia y su predisposición a arrojarse a la tormenta: la sombra que, en lugar de seguir, precedía cada uno de sus pasos.

Mientras lo observaba aquel día, durante la larga pausa que Sanjay se tomó para decidir qué acción seguir con respecto a los caseros morosos, los matones no autorizados y los Escorpiones depredadores, Farid me miró con el rescoldo de la pena ardiéndole en los ojos. Por un momento volví a la montaña nevada, con la vista clavada en la cara pétrea, muerta, de Khaderbhai: el hombre a quien Farid y yo llamábamos padre, padre, padre.

El último hombre a la mesa antes de Hussein y Abdullah tosió educadamente. Se llamaba Rajubhai y controlaba las divisas de la Compañía. Rajubhai, un hombre gordo, que paseaba su suntuoso contorno con cándido orgullo, tenía aspecto de anciana de alguna aldea remota, pero era *mumbaikar* de nacimiento.

Un espléndido turbante rosa le cubría la cabeza, y por debajo de la túnica sin mangas de sarga blanca hasta las rodillas vestía el tradicional *dhoti* blanco. Incapaz de relajarse del todo fuera de los tranquilos confínes de la sala donde contaba las divisas, Rajubhai no paraba quieto en la silla y consultaba el reloj cada vez que Sanjay no miraba.

-Vale -dijo por fin Sanjay-. El casero los tiene bien puestos, lo reconozco, pero lo que ha hecho es inaceptable. Mandaría un mensaje equivocado, y no es buen momento para equivocar el mensaje. Abdullah, Hussein, Farid, atrapad a uno de los matones que ha contratado, el más corpulento, el más duro, el líder. Lo subís a la segunda planta del otro edificio, ese bloque nuevo de pisos que están construyendo en Navy Nagar.

-*Ji* -respondió Abdullah. «Señor.»

-Mejor el sitio nuevo, donde el mes pasado pagaron a los Escorpiones en lugar de a nosotros. Arrojáis al *madachudh* de la segunda planta del edificio. Que caiga en la oficina del encargado a poder ser o en algún otro sitio para que el mensaje llegue a la constructora además de a los cabrones de los Escorpiones. Pero primero animáis un poco al tipo. Descubrid lo que sabe. Si sobrevive a la caída desde la ventana, dejad al memo en paz.

-*Jarur* -asintió Abdullah. «Desde luego.»

-Después -añadió Sanjay-, vais a por el resto de los matones y los lleváis a ver al casero que los ha contratado. Que le den una paliza. Que los matones que ha contratado le pateen las tripas. Que le den como es debido. Después les rajáis la cara y los echáis de la ciudad.

-*Jarur.*

-Cuando el casero vuelva en sí, le decís que la tarifa se ha duplicado. Después le obligáis a pagar por las molestias y la pérdida de tiempo que ha ocasionado. Y por los gastos de hospital de Patel Brillante y Rafiq. Ese tío es el mejor cantante de qawwali que he oído en la vida. Qué vergüenza.

-Desde luego -convino Mahmoud Melbaaf.

-Una vergüenza -suspiró Amir.

-¿Entendido, Abdullah? -preguntó Sanjay.

-Entendido.

Sanjay respiró hondo, inflando los carrillos al expulsar el aire, y miró alrededor de la mesa a los miembros del Consejo.

-¿Estamos?

Siguió un pequeño silencio, pero enseguida intervino Rajubhai.

-El tiempo y el dinero no esperan a nadie -dijo, buscando las sandalias.

El resto se levantaron. Uno a uno fueron saludando a Tariq, el chico que ocupaba el trono del emperador, antes de salir de la habitación. Cuando solo quedaba Sanjay y también él se encaminó hacia la puerta, me acerqué.

-¿Sanjaybhai?

-Ah, Lin -dijo, girándose raudo-. ¿Qué tal Goa? Las armas que has traído... Buen trabajo.

-Goa... bien.

-¿Pero?

-Pero dos cosas, en realidad, desde que me fui. Asesinos de la Bici y afganos. ¿Qué está pasando?

Su expresión se adentró en la tierra sombría de la ira y sus labios comenzaron a torcerse. Se inclinó hacia mí y me habló en susurros.

-Lin, no confundas tu utilidad con tu valía. Te mandé a Goa a por las armas porque allí conocen demasiado a mis mejores hombres. Y quería asegurarme de que no trincaban a ninguno de mis mejores hombres en el primer viaje, si no salía bien. ¿Queda claro?

-¿Me has pedido que viniera para decírmelo?

-Yo no te he convocado, ni te he permitido que asistieras a la reunión. No haría algo así. Y no me ha gustado. En absoluto. Te ha llamado Tariq, y ha sido Tariq quien ha insistido para que te permitiéramos

quedarte.

Nos volvimos a la vez para mirar al chico.

-Si tienes tiempo, Lin... -dijo Tariq en voz queda pero firme.

No era una petición.

-Bueno -dijo Sanjay en voz más alta, dándome una palmada en el hombro-, me voy. No sé por qué has vuelto, Lin. Adoro Goa. Yo habría desaparecido, tío, me habría quedado para siempre en la playa. Entendería que lo hubieras hecho.

Sanjay salió de la sala de reuniones. Volví a sentarme al lado de Tariq. Estaba enfadado y me costó un rato poder mirar a los ojos inexpresivos del chaval. Respiré despacio durante un minuto de silencio.

-¿No vas a preguntar? -dijo por fin Tariq, con una tenue sonrisa.

-¿El qué, Tariq?

-¿Por qué te he convocado a la reunión del Consejo?

-Doy por sentado que antes o después me lo dirás -respondí, devolviéndole la sonrisa.

Tariq pareció a punto de echarse a reír, pero recuperó la seriedad.

-¿Sabes, Lin? Era una de las cualidades que mi tío más apreciaba de ti. Me dijo en más de una ocasión que, en el fondo, eres más *Inshallah* que cualquiera de nosotros, no sé si me entiendes.

No respondí. Supuse que emplear el término «*Inshallah*», que significa «La voluntad de Dios» o «Si Dios quiere», implicaba que me consideraba un fatalista.

No era cierto. No preguntaba por lo que hacíamos porque no me importaba. Me importaba la gente, algunas personas, pero no me importaba nada más. En aquellos años, después de fugarme de la cárcel, no me importaba lo que pudiera pasarme. El futuro siempre me parecía de fuego y el pasado seguía siendo demasiado negro.

-Cuando falleció mi tío -continuó Tariq-, todos actuamos conforme a las instrucciones del testamento y repartimos sus abundantes bienes.

-Lo recuerdo.

-Como sabrás, yo recibí esta casa y una suma de dinero considerable.

Eché un vistazo alrededor en busca de Nazeer. El viejo soldado mantenía la cara de pocos amigos, fiera e inmutable, pero una ceja peluda tembló con una chispa de interés.

-Y tú -prosiguió Tariq- no has recibido nada de Khaderbhai. No aparecías en el testamento.

Yo había querido a Khaderbhai. Los hijos problemáticos tienen dos padres: el padre conflictivo con el que nacieron y el que su dolorido corazón elige. Yo había elegido a Khaderbhai y lo había querido.

Pero estaba seguro, solo en esa habitación interior donde la verdad es un espejo, de que incluso aunque Khaderbhai me hubiera apreciado, en cierto modo también me consideraba un peón de su gran partida.

-Nunca esperé lo contrario.

-¿No esperabas que se acordara de ti? -insistió, inclinando la cabeza para enfatizar la duda.

Era exactamente el mismo gesto que hacía Khaderbhai cuando se burlaba de mí en nuestros debates filosóficos.

-¿A pesar de la relación tan estrecha que teníais? ¿A pesar de que en más de una ocasión te reconoció como su favorito? ¿A pesar de que Nazeer y tú le acompañasteis en la misión que le costó la vida?

-Tu inglés mejora a marchas forzadas -observé, tratando de cambiar de tema-. La nueva tutora está realizando un gran trabajo.

-Me gusta -respondió Tariq, pero luego parpadeó nervioso y corrigió la precipitada respuesta-. Quiero decir que respeto a mi profesora. Es una tutora excelente. Casi diría que mejor que tú, Lin.

Siguió una pequeña pausa. Apoyé las palmas de las manos en las rodillas para dar a entender que estaba listo para irme.

-Pues bien...

-¡Espera! -se apresuró a pedir Tariq.

Fruncí el ceño, mirándolo con expresión grave, pero me ablandé al ver la súplica agazapada en sus ojos. Volví a sentarme y me crucé de brazos.

-Esta... semana -empezó a hablar otra vez-, hemos descubierto

nuevos documentos de mi tío. Unos documentos que estaban escondidos en su ejemplar del Corán. Escondidos no, simplemente no los habíamos encontrado hasta esta semana. Mi tío los guardó allí justo antes de partir hacia Afganistán.

El chico se calló y yo miré al musculoso guardaespaldas, mi amigo Nazeer.

-Te dejó un regalo -dijo de pronto Tariq-. Es una espada. Su espada, que había pertenecido a su bisabuelo y que se ha empuñado dos veces en la batalla contra los británicos.

-Tiene que ser un error.

-Los documentos son bastante claros -repuso secamente Tariq-. A su muerte, la espada debía pasar a ti. No como legado, sino como un regalo de mis manos directamente a las tuyas. Y ahora me concederás el honor de aceptarlo.

Nazeer trajo la espada. Desenvolvió varias capas de seda protectora y me ofreció el arma sobre las palmas abiertas.

La larga espada estaba en una vaina de plata decorada con el vuelo de unos halcones en relieve. El vértice contenía una inscripción del Corán. La empuñadura era de lapislázuli con incrustaciones turquesa para disimular las juntas. Un guardamano de plancha de plata se curvaba en una elegante onda desde el pomo hasta el gavilán.

-Es un error -repetí, contemplando la reliquia familiar-. Debería ser tuya. Tiene que ser tuya.

El chaval sonrió, agradecido y nostálgico en igual medida.

-No te falta razón, debería ser mía -dijo-. Pero los documentos, manuscritos por el propio Khaderbhai, son muy claros. La espada te pertenece, Lin. Y ni se te ocurra rechazarla. Te conozco. Si intentas devolvérmela, me ofenderé.

-Hay más factores a tener en cuenta -dije, sin apartar la vista de la espada-. Sabes que me fugué de una cárcel de mi país. Podrían detenerme y deportarme en cualquier momento. En ese caso, la espada se perdería.

-En Bombay no vas a tener problemas con la policía -insistió Tariq-. Estás con nosotros. Aquí nadie puede hacerte daño. Y si te vas una temporada de la ciudad, puedes confiarle la espada a Nazeer, que la protegerá hasta que regreses.

Señaló con la cabeza a Nazeer, que se inclinó aún más, animándome a coger el arma de sus manos. Lo miré a los ojos. Nazeer apretó los labios en una sonrisa triste.

-Acepta la espada -dijo en urdu-. Y desenvaina.

La espada pesaba menos de lo que había imaginado. La apoyé en mis rodillas.

Durante ese minuto de silencio en la descuidada mansión titubeé, convencido de que si desenvainaba los recuerdos brotarían de la funda del olvido donde se escondían parte del tiempo, una gran parte. Pero la tradición dictaba que desenvainara para demostrar que aceptaba la espada.

Saqué la hoja a la luz y me levanté con la espada desnuda colgando a mi lado, con la punta de la hoja suspendida a un dedo del suelo de mármol. Y era verdad. Lo noté: noté la capacidad de un objeto de levantar una oleada de recuerdos.

Enfundé la espada y miré a Tariq. El chico me indicó la silla de su lado con una inclinación de la cabeza. Volví a sentarme, con la espada en las rodillas.

-El texto de la espada -dije-. No sé leer árabe.

-*Inna Lillahi wa inna...* -empezó a recitar la poesía del Corán.

-*... ilayhi raji'un* -terminé por él.

Conocía la cita. «Pertenecemos a Dios, y a Dios regresamos.» Todos los gángsters musulmanes la recitaban antes de entrar en combate. Lo decíamos todos, incluso los que no éramos musulmanes, por si acaso.

El hecho de que ni siquiera fuera capaz de leer la inscripción en árabe de la espada ancestral que me había dejado Khaderbhai provocó un estremecimiento de amargura en la expresión de Tariq. Lo comprendí: de hecho, estaba de acuerdo con él, yo no merecía la espada y no podía entender la trascendencia sanguínea que tenía para él aquella reliquia.

-Entre los documentos del Libro Sagrado encontramos una carta -dijo, controlando cada aliento y cada palabra-. Para ti.

Noté cómo se despertaba la cobra dentro de mí. Una carta. No la

quería. No me gustaban las cartas. Cualquier oscuro pasado es un vampiro que se alimenta de la sangre del momento que vivimos, y las cartas son murciélagos.

-Empezamos a leerla -dijo Tariq- sin saber que era para ti. Hasta la mitad no me di cuenta de que era su última carta para ti. Dejamos de leer inmediatamente. No la hemos terminado. No sabemos cómo acaba. Pero sabemos que empieza con Sri Lanka.

A veces el río de la vida te lleva hacia las rocas. La carta, la espada, las decisiones tomadas en la reunión del Consejo, «No confundas tu utilidad con tu valía», los Asesinos de la Bici, pistolas de Goa, Sri Lanka: torrentes de coincidencia y consecuencia. Y cuando ves aproximarse las rocas, tienes dos opciones: permanecer a bordo o saltar.

Nazeer entregó a Tariq el sobre plateado. Tariq se dio unos golpecitos con el sobre en la palma de la mano.

-Los regalos de mi tío -dijo, con voz aún más baja- siempre incluían condiciones y aceptarlos siempre tenía...

-Consecuencias -terminé por él.

-Iba a decir que implicaba cierta sumisión. Esta casa es un legado del testamento de Khaderbhai, pero se me dio con la condición de no abandonarla jamás, ni siquiera durante un minuto, antes de cumplir los dieciocho años.

No disimulé la impresión. No era ajeno a lo que estaba pasando ni en qué estaba convirtiéndose el chico.

-¿Qué?

-No es para tanto -dijo Tariq, alzando el mentón ante mi indignación-. Todos los tutores vienen aquí. Estoy aprendiendo de todo. Inglés, ciencias, estudios islámicos, economía y artes de combate. Y Nazeer está siempre conmigo, además del servicio.

-Pero tienes catorce años, Tariq. ¿Todavía te quedan cuatro años de esto? ¿Alguna vez estás con otros chicos?

-En mi familia los hombres ya están peleando y liderando a los quince años -declaró Tariq, mirándome a los ojos-. Y ya a mi edad, estoy viviendo lo que me ha deparado el destino. ¿Podrías decir lo mismo de tu vida?

La determinación juvenil es la energía más potente que poseemos, solos. No quería criticar su compromiso: solo quería asegurarme de que era consciente de las alternativas que existían.

-Tariq -suspiré-, no sé de qué estás hablando.

-No me limitaré a seguir los pasos de mi tío -dijo despacio, como si hablara a un niño-. Un día me convertiré en Khaderbhai y lideraré a todos los hombres que han estado hoy aquí. Tú entre ellos, Lin. Seré tu líder. Si todavía sigues con nosotros.

Volví a mirar a Nazeer, que me devolvió la mirada con un diamante de orgullo refulgiendo en los ojos. Empecé a retirarme.

-¡La carta! -me recordó rápidamente Tariq.

Di media vuelta, súbitamente enfadado. Iba a hablar, pero Tariq levantó la carta.

-Empieza mencionando Sri Lanka -dijo Tariq, tendiéndome el sobre plateado-. Sé que era su voluntad. Le diste tu palabra de que irías, ¿no?

-Sí -admití, aceptando la carta de sus delgados dedos.

-Nuestros hombres de Trincomalee nos cuentan que se acerca el momento oportuno para que cumplas tu promesa.

-¿Cuándo? -pregunté, sosteniendo los legados gemelos, la carta y la espada.

-Pronto -respondió Tariq, mirando a Nazeer-. Abdullah te avisará. Pero tienes que estar preparado en cualquier momento. Falta poco.

La entrevista había terminado. Una fría cortesía retenía al chico en su asiento, pero yo sabía que se moría de ganas de marcharse: puede que incluso más que yo de separarme de él.

Me dirigí a la puerta que daba al patio. Nazeer me acompañó. En el umbral, miré atrás y vi al chico todavía sentado en el trono imperial, con la cara apoyada en una mano. El pulgar descendía hacia el hoyuelo de la mejilla y el resto de los dedos se abrían sobre la frente. Era el gesto exacto que había visto en Khaderbhai cuando se sumía en sus pensamientos.

En la puerta de la calle de la mansión, Nazeer me ajustó nerviosamente la espada para que colgara en el ángulo estéticamente

correcto. Me dio un abrazo rápido, furtivo y fuerte, estrujándome las costillas con el arco interno de los brazos.

Se alejó sin pronunciar palabra ni mirar atrás. Apretó sus andares de pato, apresurándose a volver con el chico, el joven que era su amo y su único amor: Khaderbhai, que había vuelto a la vida para que Nazeer pudiera servirle otra vez.

Viéndole marchar, me acordé de otro tiempo en que la mansión estaba repleta de plantas y de la música del agua corriendo y de las palomas domesticadas que seguían los pasos de Nazeer por el caserón. Los pájaros lo adoraban.

Pero ahora no había pájaros en la mansión y el único ruido que se oía era un tableteo de metal contra metal, como el castañeteo de los dientes en un viento helado: cartuchos siendo insertados en el cargador de un Kalashnikov, en una metálica cámara sepulcral tras otra.

Fuera, en la calle, el atardecer resplandecía en las caras como si el mundo entero se sonrojara pensando en lo que traería la noche. Abdullah estaba esperándome con la moto aparcada junto a la mía. Dio unas rupias a los niños que las habían vigilado. Estos gritaron de alegría y echaron a correr a las tiendas de chucherías a comprar cigarrillos.

Abdullah viró delante de mí para sumarse al tráfico. En un semáforo en rojo, por fin hablé.

-Paso a recoger a Lisa por el Mahesh. ¿Te vienes?

-Te acompaño hasta allí -contestó con solemnidad-, pero no me quedaré con vosotros. Tengo trabajo.

Condujimos en silencio por el bulevar comercial de Mohammed Ali Road. El encanto de los bazares de perfumes dejó paso a los aromas dulzones a *firni*, *rabri* y *falooda* de las tiendas de postres. El esplendor rutilante de los comercios se rindió ante los espléndidos fractales de las alfombras persas en exposición a un lado y al otro de toda una manzana.

Cuando la ancha avenida desembocó en un caos de carretillas, cerca del vasto complejo del mercado Crawford, cogimos un atajo, nos adentramos en dirección contraria entre las riadas de tráfico y nos colamos por un hueco en la siguiente intersección.

De vuelta en la dirección correcta, paramos en el semáforo del cruce del cine Metro. Un cartel promocional cubría la primera planta del edificio. Las caras del Bueno y el Malo, teñidas de verde, amarillo y violeta, narraban una historia de amor y angustia desde detrás de un seto espinoso de pistolas y espadas.

Las familias embutidas en coches y taxis contemplaban el póster de la película. Un niño de un vehículo cercano me saludó, señaló el cartel, fingió que su brazo era una pistola y me disparó. Apretó el gatillo. Fingí que la bala me había dado en el brazo y el niño se rió. Su familia se rió. La gente de otros coches se rió.

La madre animó al niño con ternura a que volviera a dispararme. El niño apuntó el dedo-pistola, entornó los ojos y disparó. Interpreté al Malo-moribundo y me desplomé encima del depósito de la moto.

Cuando me enderecé, toda la gente de los coches aplaudía, saludaba y se reía.

Hice una reverencia y me giré para ver la cara lívida de vergüenza de Abdullah.

«Somos hombres de la Compañía -le oí pensar-. Respeto y miedo. Una cosa o la otra y nada más. Respeto y miedo.»

Solo el mar junto a la carretera costera de camino al hotel Mahesh consiguió dulcificarle la expresión. Abdullah conducía despacio, con una mano en el acelerador y otra en la cadera. Yo me pegué a su lado y apoyé la mano izquierda en su hombro.

Cuando nos despedimos con un apretón de manos, le planteé una de las preguntas que habían estado dándome vueltas en la cabeza todo el trayecto.

-¿Sabías lo de la espada?

-Todo el mundo lo sabe, hermano.

Separamos las manos, pero me sostuvo la mirada.

-Algunos -continuó con cautela- tienen celos porque Khaderbhai te ha dejado la espada.

-Andrew.

-Andrew. Pero no es el único.

Me callé, apretando los labios para reprimir el insulto que me escocía en la boca. Las palabras de Sanjay, «No confundas tu utilidad con tu valía», me habían atravesado el corazón como la luz estival y una voz me alentaba a marcharme, a salir corriendo a cualquier parte, antes de que todo acabara mal. Y además estaba Sri Lanka.

-Hasta mañana, *Inshallah* -dije, levantándome para aparcar la moto.

-Hasta mañana, *Inshallah* -respondió, metiendo la marcha y apartando la moto del bordillo.

Sin mirar atrás, me gritó:

-*Allah hafiz!* -«Que Alá te guarde.»

-*Allah hafiz* -respondí para mí.

Los guardias de seguridad sijs a la entrada del hotel Mahesh lanzaron una mirada curiosa al paquete en forma de espada que cargaba a la

espalda, pero me permitieron pasar con un saludo y una sonrisa. Me conocían bien.

Los pasaportes que abandonaban los huéspedes que se iban sin pagar la cuenta llegaban a mí a través de los equipos de seguridad o recepción de la mayoría de los hoteles de la ciudad.

Suponían una entrada constante de libros, como se llamaba a los pasaportes ilegales, de un mínimo de quince ejemplares mensuales en temporada baja. Y eran de los mejores: nadie denunciaba la pérdida.

Todo encargado de seguridad de cualquier hotel de cinco estrellas del mundo tenía una pared empapelada con las fotografías de los clientes que se habían ido sin pagar, algunos de los cuales se habían dejado el pasaporte. La mayoría consultaban la pared para detectar a los delincuentes. Yo lo hacía para ir de compras.

En el vestíbulo del hotel, eché un vistazo a la cafetería y vi a Lisa, reunida todavía con sus amigos junto a los anchos y altos ventanales con vistas al mar.

Decidí lavarme la mugre callejera de las manos y la cara antes de saludar y me encaminé al servicio. Al llegar a la puerta oí una voz a mi espalda.

-¿Eso que llevas es una espada o estás furioso de verme?

Me giré y me encontré a Ranjit, el magnate de la comunicación en ciernes, guapo atleta y activista político: el hombre con quien Karla, mi Karla, se había casado. Sonreía.

-Siempre me enfurece verte, Ranjit. Adiós.

Volvió a sonreír. Parecía una sonrisa sincera, franca. No me fijé lo bastante para confirmarlo porque el hombre que me sonreía estaba casado con Karla.

-Adiós, Ranjit.

-¿Qué? ¡No, espera! -se apresuró a decir-. Me gustaría hablar contigo.

-Acabamos de hablar. Adiós, Ranjit.

-¡No, en serio! -insistió, colándose delante de mí con la sonrisa prácticamente intacta-. Acabo de salir de una reunión y ya me iba, pero me alegro muchísimo de haberte encontrado.

-Pues encuéntrate con otro, Ranjit.

-Por favor. Por favor. No... acostumbro a pedir las cosas por favor.

-¿Qué quieres?

-Eh... Hace tiempo que quiero hablar contigo de un asunto.

Eché una mirada en dirección a Lisa, sentada con sus amigos. Levantó la vista y me vio. Saludé con la cabeza. Ella me comprendió y me devolvió el gesto antes de volver a prestar atención a sus amigos.

-¿De qué se trata? -pregunté.

Una oleada de sorpresa recorrió el paisaje inmaculado de sus bellos rasgos.

-Si te pillo en mal momento...

-Para nosotros nunca es buen momento, Ranjit. Al grano.

-Lin... Estoy convencido de que podríamos ser amigos si...

-No quiero hablar de nosotros, Ranjit. No existe un nosotros. Si no, lo sabría.

-Hablas como si te cayera mal. Pero no me conoces.

-No me gustas. Por el momento. Si te conociera mejor estoy seguro de que me caerías aún peor.

-¿Por qué?

-¿Por qué qué?

-¿Por qué te caigo mal?

-Bueno, si te plantas en el vestíbulo y vas parando a todo el mundo a quien le caes mal para preguntarle el porqué será mejor que reserves habitación, porque tienes para toda la noche.

-Pero espera... es... No lo entiendo.

-Tu ambición está poniendo a Karla en peligro -expliqué con calma-. No me gusta. Y por eso tú tampoco me gustas. ¿Está claro?

-Justamente quería hablarte de Karla -dijo, estudiando mi expresión.

-¿Qué pasa con Karla?

-Quiero asegurarme de que esté a salvo, nada más.

-¿Cómo que a salvo?

Frunció el ceño con desconfianza. Suspiró, agotado, cabeceando un instante.

-No sé por dónde empezar...

Miré alrededor, y luego lo conduje a un espacio del amplio vestíbulo donde había dos sillas vacías. Me descolgué la espada, me senté frente a él y apoyé el arma envuelta en percal en las rodillas.

Un camarero acudió al instante, pero lo despedí con una sonrisa. Ranjit se quedó un momento cabizbajo, con la vista clavada en la alfombra, pero enseguida se recuperó.

-Últimamente me he metido a fondo en política. He dirigido algunas campañas importantes. Todos me han atacado, desde cualquier medio que no me pertenezca. Supongo que estás al corriente.

-Tengo entendido que has estado comprando grupos de votantes. Y eso pone nerviosa a la gente. Volvamos a Karla.

-¿Has... has hablado con Karla?

-¿Por qué lo preguntas?

-¿Has hablado con ella?

-Se acabó, Ranjit.

Hice ademán de levantarme, pero Ranjit me lo impidió.

-Está bien, mejor te lo cuento. He dirigido una campaña de prensa agresiva contra la Lanza de Karma.

-Una lanza que ensartará a Karla si no paras de provocar para que la arrojen.

-Es... justamente de eso de lo que quería hablarte. Verás... Sé que sigues enamorado de ella.

-Adiós -dije, volviendo a levantarme para irme, pero me agarró de la muñeca.

Le miré la mano.

-No te lo aconsejo.

Retiró la mano.

-Espera, por favor. Siéntate, te lo ruego, y atiende a lo que tengo que decirte.

Me senté. Toda mi frente era un ceño fruncido, y la culpa era de Ranjit.

-Sé que te pareceré fuera de lugar -se apresuró a decir-, pero pienso que querrás saber que Karla corre peligro.

-Tú la pones en peligro, así que deberías alejarte de ella. Y pronto.

-¿Me amenazas?

-Sí. Me alegro de haber hablado contigo.

Nos sostuvimos la mirada salvando la distancia entre el depredador y la presa: un espacio caliente, apremiante y tenso.

Karla. La primera vez que la vi, mi primer día en Bombay, años atrás, había convertido mi corazón en un ave de presa posada en su muñeca.

Me había utilizado. Me había querido, hasta que la quise. Me había reclutado para Khaderbhai. Cuando se había lavado la sangre de los suelos del amor y el odio y la venganza y las heridas habían cicatrizado en braille, Karla se había casado con el guapo y risueño millonario que estaba mirándome a los ojos. Karla.

Miré a Lisa, bella y brillante, acompañada de sus amigos artistas. Noté un sabor amargo en la boca y se me aceleró el pulso. Hacía dos años que no hablaba con Karla, pero, allí sentado, mientras Ranjit me hablaba de ella, sentí que traicionaba a Lisa. Volví a mirar a Ranjit. Yo no era feliz.

-Puedo verlo -dijo-. Todavía la quieres.

-¿Quieres que te abofetee, Ranjit? Porque estás a punto de ganarte un bofetón.

-No, claro que no. Estoy seguro de que todavía la quieres -dijo con sinceridad y franqueza- porque si fuera tú todavía la querría, aunque me hubiera dejado para casarse con otro. Solo hay una Karla. Solo hay una forma de amarla: la locura. Los dos lo sabemos.

Lo mejor de un traje de negocios es que, en caso necesario, ofrece muchos agarraderos. Lo agarré del traje, la camisa y la corbata.

-Basta de hablar de Karla -dije-. Cállate a tiempo.

Abrió la boca para gritar, creo, pero se lo pensó mejor. Era un hombre poderoso asomado a una oportunidad política que le granjearía todavía más poder y no podía permitirse una escena.

-Por favor, por favor, no quería molestarte -suplicó-. Quiero que ayudes a Karla. Si me pasara cualquier cosa, prométeme que...

Lo solté y se apartó rápidamente, volviendo a sentarse y a ajustarse el traje.

-¿De qué estás hablando?

-La semana pasada intentaron matarme -dijo con tristeza.

-Vas buscando que te maten cada vez que abres la boca, Ranjit.

-Me pusieron una bomba en el coche.

-Cuéntamelo.

-Mi chófer se alejó del coche solo unos minutos para comprar *paan*. Por suerte, a la vuelta se fijó en el cable que sobresalía y descubrió la bomba. Llamamos a la policía y la retiraron. No era una bomba de verdad, pero la nota aseguraba que la siguiente lo sería. He conseguido ocultárselo a la prensa. Como sabes, tengo cierta influencia.

-Cambia de chófer.

Se rió débilmente.

-¿De chófer?

-Es el punto flaco. Lo más probable es que encontrara la bomba porque la había puesto él. Por dinero. Para asustarte.

-Eh... Es broma, claro. Lleva conmigo tres años...

-Bien. Pues dale una buena indemnización. Pero deshazte de él.

-Es un hombre leal...

-¿Karla está al corriente?

-No. No quiero que se entere.

Me tocó a mí reírme.

-Karla es mayorcita. Y lista. No deberías escondérselo.

-Aun así...

-Si no se lo cuentas, malgastas tu mejor recurso. Es más lista que tú. Es más lista que cualquiera.

-Pero...

-Cuéntaselo.

-Tal vez. Puede que tengas razón. Pero me gustaría intentar solventar la situación. Creo que lo conseguiré. Tengo un buen servicio de seguridad. Pero me preocupo por ella. Es lo único que me preocupa, en realidad.

-Ya te lo he dicho, déjalo. Abandona la política una temporada. Dicen que el pescado comienza a apestar por la cabeza. Yo digo que si un sitio apesta, llevas demasiado tiempo allí.

-No puedo dejarlo, Lin. Esos tíos, los fanáticos, ganarían. Acallan a todo el mundo asustándolo.

-¿Ahora vas a enseñarme política?

Sonrió: la primera sonrisa suya que casi me gusta, porque por los bordes la remataba algo más amable que una victoria rutilante.

-Creo... Creo que estamos al borde de un gran cambio de mentalidad, de manera de actuar y puede que incluso de cómo soñamos este país. Si ganan mentes mejores, si la India se convierte de verdad en una democracia secular y moderna, con derechos y libertades para todos, el siglo que viene será nuestro, lideraremos el mundo.

-¿Sabes qué? Todos, de todos los bandos, soltáis el mismo discurso.

Abrió la boca para protestar, pero lo detuve levantando la mano.

-No me interesa la política, pero reconozco el odio cuando lo veo y sé que, si lo atosigas con un palo, te morderá.

-Me alegro de que lo entiendas. -Suspiró, relajando los hombros.

-No soy yo quien tiene que entenderlo.

Volvió a enderezar la espalda.

-No me dan miedo, ¿sabes?

-Era una bomba, Ranjit. Claro que tienes miedo. Yo lo tengo por el mero hecho de hablar contigo. Estaré más tranquilo cuando te alejes de mí.

-Sabía que la ayudarías. Con tus... amistades, podré enfrentarme a la situación con más sosiego.

Lo miré con el ceño fruncido, preguntándome si comprendía las ironías que entrañaba su petición. Decidí recordarle una.

-Hará quince días tu diario de la tarde publicó un artículo bastante duro sobre la mafia de Bombay. En él se mencionaba a una de mis «amistades». El artículo pedía que lo detuvieran o lo expulsaran de la ciudad. Y es un hombre contra el que no hay ningún cargo. ¿Qué ha pasado con la presunción de inocencia? ¿Qué ha pasado con el periodismo?

-Lo sé.

-Y ahora que lo pienso, recuerdo otros artículos de tu periódico pidiendo que se aplicara la pena de muerte en un caso que también afectaba a otra de mis «amistades».

-Sí...

-Y ahora me pides que...

-Pidas protección para Karla a esos mismos hombres, sí. Sé que soy hipócrita. La cuestión es que no tengo a quien más acudir. Esos fanáticos tienen gente en todas partes. La policía, el ejército, la enseñanza, los sindicatos, los funcionarios. El único lugar de Bombay que no han contaminado es...

-Mi gente.

-Exacto.

A su manera, tenía gracia. Me levanté, sujetando la espada con la mano izquierda. Ranjit se levantó conmigo.

-Cuéntaselo todo a Karla -le aconsejé-. Cualquier detalle del tema que le hayas ocultado, cuéntaselo. Que decida por sí misma si quedarse o marcharse.

-Yo... Sí, por supuesto. ¿Y nuestro acuerdo? ¿Por Karla?

-No hemos acordado nada. No existe nada nuestro. No existe un nosotros, ¿recuerdas?

Sonrió, abrió la boca para hablar, pero en cambio me abrazó con una pasión sorprendente.

-Sé que puedo confiar en que harás lo correcto -dijo-. Pase lo que pase.

Tenía la cara pegada a su cuello. Olía a un perfume intenso: un perfume de mujer que le había impregnado la camisa no hacía mucho. Era un perfume barato. No era el perfume de Karla.

Había estado con una mujer en una suite del hotel minutos antes de pedirme que cuidara de su esposa, la mujer a quien yo todavía amaba.

Y por fin: la verdad, suspendida en un hilo de sospecha entre nuestras miradas cuando me zafé del abrazo. Yo todavía quería a Karla. Todavía la amaba. Había hecho falta eso, el aroma de otra mujer en la piel de Ranjit, para obligarme a enfrentarme a la verdad que llevaba dos años acechando en círculos en torno a mi vida como un lobo merodeando alrededor de una hoguera de campamento.

Me quedé mirando a Ranjit. Yo pensaba como un asesino y, en igual medida, sentía un amor avergonzado por Lisa: no era una combinación pacífica. Ranjit cambió el peso de pie torpemente, tratando de leerme el pensamiento.

-Bueno... Bien -dijo, alejándose un paso de mí-. Será mejor... ir tirando.

Lo vi cruzar las puertas del hotel. Cuando subió al asiento trasero de su sedán Mercedes, lanzó una mirada nerviosa alrededor, la de un hombre que se ganaba enemigos demasiado fácilmente y demasiado a menudo.

Volví a mirar hacia Lisa, sentada en la mesa cerca de la ventana y alargando una mano para estrechar la de un joven que se había detenido a saludar.

Yo sabía que el joven no le caía bien. Una vez me lo había descrito como más escurridizo que un calamar en el bolsillo de un chubasquero una noche lluviosa. Era hijo de un exitoso tratante de diamantes y estaba comprando un puesto destacado en la industria

cinematográfica destrozando carreras a su paso.

Estaba besándole la mano a Lisa. Ella la retiró enseguida, pero le dedicó una sonrisa radiante. Lisa me había explicado que todas las mujeres tienen cuatro sonrisas.

-¿Solo cuatro?

-La Primera Sonrisa -había dicho obviando mi comentario- es la sonrisa inconsciente que se escapa sin pensar, como cuando sonríes a un niño en la calle o a alguien que te sonríe desde la pantalla del televisor.

-Yo no le sonrío a la tele.

-Todo el mundo sonríe al televisor. Por eso tenemos televisor.

-Yo no le sonrío a la tele.

-La Segunda Sonrisa -prosiguió- es la educada, la que empleamos para invitar a los amigos que vienen a casa o para saludarlos en un restaurante.

-¿Pagan ellos?

-¿Quieres escuchar o no?

-Si digo que no, ¿te callarás?

-La Tercera Sonrisa es la que usamos contra los demás.

-¿Sonreír contra la gente?

-Claro. Está bien. En el caso de algunas chicas su mejor sonrisa es la que emplean para alejar a la gente.

-Voy a dejarla pasar y a saltar a la cuarta.

-¡Aaah! La Cuarta Sonrisa es la que solo dedicamos a la persona que amamos. Es la que dice: «Eres tú». Nadie más la recibe. Da igual lo feliz que estés con alguien y da igual lo mucho que te guste, incluso si esa persona te gusta tanto que en realidad la quieres, la quieres mucho; nadie recibe la Cuarta Sonrisa salvo la persona de quien estás enamorada.

-¿Y qué pasa si rompéis?

-La Cuarta Sonrisa se va con la chica. A los exnovios les toca la

Segunda Sonrisa, a menos que sea un exnovio malo. Los exnovios malos solo reciben la Tercera, por muy encantadores que sean.

Observé cómo Lisa dedicaba al productor frustrado su mejor Tercera Sonrisa y me dirigí al servicio de hombres a lavarme la nueva mugre que había acumulado hablando con Ranjit.

El lavabo de alicatado negro y crema era más amplio y más cómodo, estaba iluminado con más elegancia y mejor decorado que el ochenta por ciento de los hogares de la ciudad. Me arremangué la camisa, me mojé el pelo y me lavé la cara, las manos y los antebrazos.

El encargado me pasó una toalla limpia. Me sonrió, saludándome con una inclinación de cabeza.

Uno de los grandes misterios de la India y su mayor suerte es la tierna calidez de los peor pagados. Aquel hombre no perseguía una propina: la mayoría de los usuarios del lavabo no la dejaban. Simplemente era un hombre amable en un lugar de exigencias mínimas que me sonreía con amabilidad sincera, de ser humano a ser humano.

Es esa amabilidad, desde lo más hondo del corazón indio, la auténtica bandera de la nación y la conexión que te devuelve una y otra vez a la India o te atrapa en ella para siempre.

Me llevé la mano al bolsillo para darle propina y el sobre plateado que contenía la carta de Khaderbhai salió junto con el dinero. Le entregué la propina al encargado, dejé el sobre en la repisa junto al lavamanos y luego me apoyé con ambos brazos, clavando la vista en el reflejo de mis ojos en el espejo.

No quería leer la carta: no quería sacar aquella piedra rodando de la cueva donde había escondido gran parte del pasado. Pero Tariq había dicho que en la carta se mencionaba Sri Lanka. Tenía que leerla. Me encerré en un cubículo, apoyé la espada en la puerta y me senté en la dura tapa del inodoro a leer la carta de Khaderbhai.

> Hoy he tenido en la mano una bolita de cristal azul, de esas que los ingleses llaman canicas, y me he acordado de Sri Lanka y aquellos que viajarán allí en mi nombre, tal como has prometido hacer por mí. Me he quedado un largo rato contemplando la bola de cristal azul que tenía en la palma de la mano después de encontrármela en el suelo y recogerla. La

pauta de la vida se nos revela en cositas así de frágiles y sutiles. Somos colecciones de cosas que encontramos y experimentamos y apreciamos y atesoramos en nuestro interior, a veces conscientemente, a veces sin saberlo, y dicha colección de cosas es en lo que acabamos convertidos.

Yo te coleccioné, Shantaram. Eres uno de los adornos de mi vida. Eres mi hijo querido, como todos mis queridos hijos.

Empezaron a temblarme las manos: puede que enfadado, puede que triste, no lo sabía. No me había permitido llorarle. No visitaba su monumento funerario, en el cementerio de Marine Lines. Sabía que su cadáver no estaba allí porque yo mismo había ayudado a enterrarlo.

Una fiebre fue subiéndome por la cara, helándome el cráneo. «Mi hijo querido...»

Creo que me odiarás cuando sepas toda la verdad sobre mí. Perdóname, si puedes. Noto el peso de la noche. Quizá todos los hombres serían odiados si se supiera toda la verdad sobre ellos. Pero con la sinceridad que exige una carta como esta, escrita la noche antes de que partamos juntos a la guerra, no puedo decir que no merezca ser odiado por algunos. Y a ellos, en este momento, les digo: Idos al infierno, todos.

Nací para dejar este legado. Nací para ello sin importar lo que costara. ¿Utilizo a la gente? Por supuesto. ¿Manipulo a la gente? Siempre que lo necesito. ¿Mato a gente? Mato a cualquiera que se enfrente a mí con violencia. Y estoy protegido y lo soporto y me hago más fuerte, mientras que todos a mi alrededor van cayendo, porque sigo mi destino. En mi corazón no he hecho nada malo y mis oraciones son sinceras. Creo que en cierto modo lo comprendes.

Siempre te he querido, incluso desde la noche que nos conocimos. ¿Te acuerdas?

¿Cuando te llevé a ver a los Cantantes Ciegos? Es tan cierto como cualquier maldad que descubras sobre mí. Las maldades son ciertas y las admito sin problemas. Pero las bondades son igual de ciertas aunque sean verdades del corazón y no exista una realidad fuera de lo que sentimos y recordamos. Te elegí porque te quiero y te quiero porque te elegí. Es toda la verdad, hijo mío.

Si Alá me llama y lees esto después de que me haya ido, no hay motivo para la tristeza. Tengo muchas preguntas, y Alá, como bien sabes, es la respuesta a todas las preguntas. Y mi alma se ha mezclado con la tuya y con todos tus hermanos. Nunca temáis. Siempre estaré cerca. Cuando estéis perdidos y os superen en número y os abandonen, sentiréis el roce de la mano de mi padre en el hombro y sabréis que mi corazón os acompaña en la batalla, y con él todos mis hijos.

Halla, por favor, la manera de que mi alma se arrodille con la tuya en oración a pesar de que no seas un hombre dado al rezo. Intenta encontrar al menos un momento para una pequeña oración diaria, si puedes. Te visitaré alguna vez mientras reces.

Y recuerda este último consejo que te doy. Ama la verdad que halles en los corazones ajenos. Escucha siempre la voz del amor de tu corazón.

Me guardé la carta y el sobre en la cartera. Las palabras «cristal azul» se leían en el pliegue del papel que asomaba de la cartera y mi corazón corrió a la cima de la colina.

Vi su mano. Vi la luz vespertina refulgiendo en su piel color canela. Lo vi mover los dedos largos y bellos mientras hablaba, delicados como las cosas nacidas del mar. Lo vi sonreír. Vi la luz de sus pensamientos irradiando de sus ojos ambarinos, reflejando la bola de cristal azul, y lo lloré.

Por un momento nos encontré a los dos, a mi padre adoptado y a su hijo abandonado, en un lugar distinto más allá del juicio y la falta: un lugar perdonado, un lugar redimido.

El amor no vivido es un pecado contra la vida y llorar la pérdida es una forma de amar. Entonces sentí y me permití sentir las ganas de que regresara. La fuerza de su mirada y su orgullo cuando hacía algo que despertaba su admiración, y el amor de su risa. La añoranza: la añoranza de lo perdido.

Un tambor lleno de sangre latía en alguna parte. De pronto tenía calor y me costaba respirar. Agarré la espada. Tenía que salir. Tenía que levantarme y marcharme.

Demasiado tarde: las penas escondidas durante años tras el estandarte de la ira sabían a lágrimas. Fue un desastre, y ruidoso.

-¿Señor? -me preguntó el encargado del servicio al rato de oírme lloriquear-. ¿Necesita urgentemente más papel higiénico?

Me reí. Bombay me salvó, como hacía a veces.

-Estoy bien -respondí-. Gracias por preguntar.

Salí del cubículo, apoyé la espada en el toallero y me lavé la cara con agua fría. Comprobación en el espejo: «Fatal, pero has tenido peor aspecto». Le di al amable encargado otra propina y volví por el vestíbulo hacia la mesa de Lisa.

Estaba sola, contemplando el mar negro veteado de plata. Su reflejo le devolvía la mirada, aprovechando para admirarla. Entonces me vio aproximarme en el cristal.

Un día duro. Asesinos de la Bici, el Consejo de Sanjay, Ranjit, Karla y la amenaza de Sri Lanka más pronto que tarde. Un día duro.

Lisa se giró, paseó la mirada de su tierna intuición por la pérdida y el amor maltrecho que todavía merodeaban por mi cara.

Empecé a hablar, pero me silenció poniéndome un dedo en los labios y me besó. Y volví a sentirme bien, un momento. Compartíamos un amor desquiciado: ella no estaba enamorada de mí ni yo podía estarlo de ella. Pero gran parte del tiempo iluminábamos la noche y aplacábamos el sol y nunca nos sentíamos utilizados ni faltos de cariño.

Miramos por las enormes ventanas apaisadas las olas que lamían la

bahía. Los camareros que transportaban bandejas a nuestra espalda se reflejaban en el cristal moviéndose de un lado a otro como si caminaran sobre las olas. Un cielo negro golpeaba el mar y fundía horizontes.

Si llega la hora y no hay a quien rogar ni culpar más que a ti mismo, aprendes que lo que tenemos al final es solo un puñado más de lo que teníamos al nacer. Ese puñado único, lo que añadimos a lo que somos, es la única historia sobre nosotros que no cuenta ningún otro.

Khaderbhai me coleccionó, como decía en su carta. Pero el coleccionista estaba muerto y yo seguía siendo una pieza expuesta en el museo del crimen que él había creado y legado al mundo. Sanjay me había utilizado para probar su nuevo contacto para el tráfico de armas y eso lo dejaba claro: tenía que abandonar ese trabajo y recuperar la libertad en cuanto me fuera posible.

Lisa, a mi lado, me cogió de la mano. Y nos quedamos un rato de pie contemplando el exterior, dos pálidos reflejos pintados en la penitencia infinita del mar.

SEGUNDA PARTE

Historias de las heridas de siete guerras y luchas de poder se derramaban del vade de mi mesa en la fábrica de falsificación de pasaportes.

Un profesor iraní, erudito en textos preislámicos que había huido de las purgas de la Guardia Revolucionaria, necesitaba un trabajo completo: certificado de nacimiento falso, carnet de conducir internacional falso y documentación bancaria y pasaportes falsos, junto con un historial de viajes, respaldado por sellos de visado, que cubriera los dos últimos años.

Los documentos tenían que tener suficiente calidad para superar una inspección atenta y permitir al cliente subir a un avión. Cuando llegara adondequiera que fuera con mis documentos falsos, su intención era tirarlos y solicitar asilo.

Las torturas le habían dejado cicatrices graves, pero tenía que arriesgarse con el pasaporte falso porque ninguna autoridad legal le expediría uno auténtico, salvo la que lo quería encerrado de nuevo.

Un nigeriano, un activista ogoni que se había opuesto a la connivencia entre el gobierno y las petroleras para explotar los recursos de su pueblo, se había convertido en objetivo. Había sobrevivido a un intento de asesinato y había llegado a Bombay en la bodega de un carguero, sin papeles, pero con dinero donado por seguidores de su comunidad.

Así sobornó a los policías del puerto, que siguieron el procedimiento habitual y nos lo mandaron. Necesitaba una identidad nueva, con un pasaporte que lo cambiara de nacionalidad y lo mantuviera a salvo.

Un nacionalista tibetano se había fugado de un campo de trabajo chino y había cruzado a pie los picos nevados para entrar en la India. Se había abierto camino hasta Bombay, donde exiliados tibetanos le consiguieron dinero y el contacto de la Sanjay Company para obtener una nueva documentación.

Y había más: un afgano, un iraquí, un activista kurdo, un somalí y dos hombres de Sri Lanka, todos los cuales intentaban evitar, escapar o sobrevivir a la sangrienta dehiscencia de guerras que ellos no habían comenzado y a las que no podían oponerse.

Pero las guerras benefician a los malos negocios, y nosotros no solo trabajábamos para los buenos. La Sanjay Company practicaba una

política de igualdad de oportunidades. Había empresarios corruptos que querían ocultar sus beneficios y sicarios que necesitaban una nueva reputación que arruinar, y generales fugitivos y personas que fingían su propia muerte, y todos terminaban siempre saltándose la cola.

Y a un lado había otro pasaporte. Era un libro canadiense con mi fotografía y un visado recién sellado para Sri Lanka. Unido a un carnet de prensa de la agencia de noticias Reuters.

Mientras preparaba la documentación que permitiría a otros huir de guerras y regímenes malvados, también fabricaba el documento que me trasladaría a un conflicto que había costado decenas de miles de vidas.

-¿De verdad te lees todo esto? -preguntó mi nuevo ayudante, cogiendo las páginas con información biográfica que nos había preparado el activista ogoni.

-Sí.

-¿Todo?

-Sí.

-¿De verdad? O sea... Es bastante truculento, tío.

-Ya, Farzad -dije, sin levantar la vista.

-O sea, es aún peor que en la prensa.

-Se publica todo en la prensa, basta que pases de los informes sobre el mercado bursátil y las páginas de deportes -dije, todavía sin mirarle.

-No estoy sorprendido. Simplemente me parece deprimente, *yaar*.

-Ajá.

-O sea, un tipo podría acabar en un pozo de depresión leyendo estas cosas día tras día hasta necesitar un descanso en condiciones. Fijo.

-Vale -dije, apartando el caso en el que estaba trabajando-. ¿Cuál es el problema?

-¿El problema?

-Si al final este flujo interior de pensamiento va a desembocar en un océano, deberías empezar a dejarte llevar por la corriente. Ya.

-¿El océano? -preguntó, perplejo.

-Al grano, Farzad. Ve al grano.

-¡Ah! -sonrió-. El grano. Sí. Seguro que hay algo así como un fondo de la cuestión. Fijo.

Se quedó mirándome un momento, luego bajó la vista y comenzó a dibujar círculos con la punta del dedo en la mesa de madera.

-En realidad -dijo por fin, evitando mi mirada-, buscaba la manera de preguntarte... de pedir que vinieras a casa a... almorzar o cenar y a conocer a... mis padres.

-¿Eso?

-Sí.

-¿Por qué no me has invitado y ya está?

-Bueno -contestó, dibujando círculos cada vez más pequeños-, tienes cierta fama, ¿sabes?

-¿Fama de qué?

-Fama de ser un poco cascarrabias, *yaar*.

-¿Cascarrabias? -gruñí-. ¿Yo?

-Uy, sí.

Nos miramos. En la planta inferior, una de las grandes impresoras volvió a la vida ruidosamente y enseguida cayó en una cháchara de pinzas y rodillos metálicos que avanzaban y retrocedían, retumbando y girando en el tambor cilíndrico.

-¿Nunca te han dicho que se te da fatal lo de invitar a la gente a cenar?

-Bueno -se rió-, es la primera vez en años que invito a alguien a casa de mis padres. Somos... nos gusta nuestra privacidad, no sé si me entiendes.

-Entiendo lo que es la privacidad -suspiré-. Lo que tenía antes de que aparecieras.

-Entonces... ¿vendrás? Mis padres se mueren de ganas de conocerte. Mi tío Keki hablaba mucho de ti. Decía que eras...

-Un gruñón. Ya.

-Bueno, sí, también. Pero decía que eras un gran filósofo. Decía que eras el favorito de Khaderbhai para debatir y hablar de filosofía. A mi padre también se le da muy bien. Y mi madre es aún peor. Toda la familia se enzarza en grandes debates filosóficos. A veces nos juntamos una treintena, discutiendo todos a la vez.

-¿Treinta?

-Bueno... es... una familia grande. No sabría describirla. Vamos, es mejor que nos veas. Pero no te aburrirás, te lo garantizo. Imposible. Fijo que no.

-Si acepto visitar a tu indescriptible familia ¿me dejarás en paz y podré volver a trabajar?

-¿Eso es un sí?

-Sí, un día de estos.

-¿De verdad? ¿Vendrás?

-Fijo. Y ahora largo, deja que termine estos libros.

-¡Genial! -gritó, balanceando la cadera a derecha e izquierda como si bailara-. Hablaré con mi padre y buscaremos un día de esta semana. ¡Almuerzo o cena! ¡Genial!

Me dedicó una última sonrisa y una inclinación de cabeza y luego se marchó y cerró la puerta.

Volví a tomar la documentación del caso, el del nigeriano, y empecé a esbozar los elementos básicos de la nueva identidad de aquel hombre. Una vida mucho más amable pero completamente artificial empezó a cobrar forma en mi cuaderno.

En un momento dado abrí un cajón lleno de fotografías de clientes que habían encargado pasaportes: los supervivientes, los afortunados a los que no disparaban, ahogaban o encarcelaban cuando intentaban alcanzar una vida mejor.

Aquellos rostros de la guerra y la tortura, cepillados y lavados y maquillados con calma artificial para nuestro estudio fotográfico, me sostuvieron la mirada. Hubo un tiempo en que errábamos por un mundo libre pertrechados con una imagen de nuestro dios o nuestro rey que nos garantizaba circular con seguridad. Ahora el mundo está

vallado y llevamos encima una fotografía de nosotros mismos y nadie está a salvo.

Y la conclusión, para la Sanjay Company, era siempre negra: dinero negro. Todo mercado negro del mundo es hijo de la tiranía, la guerra o las leyes impopulares. Entregábamos entre treinta y cuarenta pasaportes al mes, y los mejores se vendían a veinticinco mil dólares cada uno.

«Trata la guerra como si fuera un negocio -me dijo una vez Sanjay, con la infamia reluciéndole en los ojos como una moneda recién acuñada-, y los negocios como si fueran la guerra.»

Cuando terminé el trabajo de fondo para los clientes que querían un pasaporte, recogí los historiales y las fotografías y los bajé a la planta de producción. Cogí también mi pasaporte, el nuevo que había preparado para viajar a Sri Lanka, y lo guardé en el cajón central del escritorio. Sabía que antes o después tendría que pasárselo a mis mejores falsificadores, Krishna y Villu, que, cosas del destino, eran refugiados de Sri Lanka. Pero todavía no estaba listo para encarar aquel viaje.

Encontré a Krishna y Villu durmiendo en los dos sofás que había mandado instalar para ellos en un rincón tranquilo, lejos de las imprentas. Los retos de un nuevo pasaporte siempre emocionaban a los falsificadores esrilanqueses, y con frecuencia pasaban la noche en vela trabajando para ultimar algún encargo.

Los observé un rato, escuché el vaivén de sus ronquidos a coro, que a veces subían hasta el rugido casi al unísono para luego separarse una vez más en una respiración áspera y jadeante. Los brazos colgaban libremente a los costados, con las manos abiertas, recibiendo la bendición del sueño.

Habían llegado a Bombay como refugiados. Cuando los conocí vivían en la calle bajo un plástico con la familia. Aunque el trabajo para la Sanjay Company estaba bien pagado y podrían haberse mudado a algún piso limpio y acogedor cerca de la fábrica y tenían carnets de identidad intachables, falsificados por ellos mismos, seguían teniendo miedo a que los deportaran.

Habían perdido a los seres queridos que habían dejado atrás, quizá nunca volvieran a verlos ni a saber de ellos. Sin embargo, a pesar de todo lo que habían soportado y de todo lo que seguían sufriendo, dormían como niños, con una placidez inconsciente.

Yo nunca dormía tan bien como ellos. Soñaba a menudo y con demasiada crudeza. Siempre me despertaba luchando por liberarme. Lisa había aprendido que la forma más segura de dormir a mi lado era mantenerme cerca y permanecer en el interior del círculo que mi mente dormida trataba de romper.

Dejé el montón de documentos en la mesa de Krishna y subí la escalera de madera sin hacer ruido. Tenían llave, de modo que cerré la puerta tras de mí.

Había quedado con Lisa para visitar la clínica del suburbio y después almorzar juntos. Lisa había entablado relación con el farmacéutico local, que le había suministrado algunas cajas de medicamentos. Las medicinas estaban en las alforjas de la moto y Lisa me había pedido que la acompañara a repartirlas.

Conduje plácidamente por el lento tráfico de mediodía porque a veces ya estás harto de todo y apetece circular despacio en moto, un día soleado.

Por el espejo retrovisor vi a un poli en una moto parecida a la mía. Conducía a mi lado.

La gorra con visera y el revólver de la pistolera del costado delataban que se trataba de un oficial. Levantó la mano izquierda y señaló al bordillo estirando dos dedos.

Aparqué la moto junto al bordillo, detrás de la suya. Bajó el caballete y luego pasó una pierna por encima del sillín y se giró hacia mí. Apoyó la mano derecha en la pistolera y se pasó dos dedos de la izquierda por el cuello. Apagué el motor y me quedé en la moto.

Estaba tranquilo. La poli me paraba de vez en cuando, para charlar o cobrarse la mordida. Yo siempre llevaba un billete de cincuenta rupias enrollado en el bolsillo de la camisa para tales menesteres. Y no me importaba. Los gángsters comprendían el curro de la policía: los polis no cobraban suficiente por arriesgar la vida, de modo que cargaban el déficit de ingresos a la comunidad.

Pero algo en los ojos del oficial, un atisbo de un defecto peor que la corrupción, me inquietó. Soltó el cierre de la pistolera y coló la mano por debajo de la tapa de cuero, la apoyó en la culata del revólver.

Me levanté de la moto. Comencé a mover despacio la mano hacia los cuchillos de las fundas escondidas bajo el faldón de la camisa. En esos años, en Bombay la policía no se limitaba a aceptar sobornos: de

vez en cuando disparaba a algún gángster.

Una voz profunda y serena habló pegada a mi espalda.

-Yo en tu lugar no lo haría.

Me giré y vi a tres hombres de pie. Un cuarto esperaba al volante de un coche aparcado un poco más atrás.

-¿Sabes? -dije con la mano en el cuchillo, debajo de la camisa-. Tú en mi lugar seguro que lo hacías.

El hombre que había hablado dejó de mirarme para hacer una seña al policía. El agente saludó, volvió a montarse en la moto y se alejó.

-Bonito truco -dije, girándome-. A ver si me acuerdo, por si un día no tengo huevos.

-Podrías quedarte sin huevos ahora mismo, *gora* -replicó un tipo flaco con bigotillo fino mostrándome la hoja de un cuchillo que llevaba escondido en la manga.

Le miré a los ojos. Leí una historia muy breve, de miedo y odio. No quería volver a leerla. El jefe levantó una mano, exasperado. Era un individuo grueso de casi cuarenta años y bastante parlanchín.

-Si no te subes al coche -me dijo tranquilamente-, te disparo en la rodilla.

-¿Y dónde me dispararás si me subo?

-Depende -contestó, mirándome sin alterarse.

Iba vestido de revista: camisa de sastre de seda, pantalones holgados de sarga gris, cinturón Dunhill y mocasines Gucci. En el dedo corazón llevaba un anillo de oro que reproducía el Rolex de la muñeca.

Los otros hombres miraron alrededor, al tráfico de vehículos y peatones de la calle. El silencio se había alargado suficiente. Decidí romperlo.

-¿De qué depende?

-De si haces lo que te dicen o no.

-No me gusta que me digan lo que debo hacer.

-A nadie le gusta -repuso con calma-. Por eso conlleva tanto poder.

-No está mal. Deberías escribir un libro.

Se me estaba acelerando el corazón. El estómago me dio un vuelco seco, como un cadáver arrojado al río. Eran el enemigo y estaba en sus manos. Probablemente, lo mirase por donde lo mirase, podía darme por muerto.

-Métete en el coche -dijo, permitiéndose una tímida sonrisa.

-Ve al grano.

-Métete en el coche.

-Si nos la jugamos aquí fuera, caes conmigo. Si me meto en el coche, pringo solo yo. La aritmética dicta que nos quedemos aquí.

-¡A la mierda! -espetó el del bigotillo-. Carguémonos a este *chudh* y se acabó.

El jefe gordinflón se lo pensó. Le llevó un rato. Mi mano seguía en el cuchillo.

-Eres un tipo lógico -dijo-. Dicen que discutías de filosofía con Khaderbhai.

-Nadie discutía con Khaderbhai.

-En cualquier caso, eres capaz de comprender que tu postura es irracional. Yo no pierdo nada por matarte. Y tú lo ganas todo si aguantas con vida el tiempo necesario para descubrir lo que quiero.

-Salvo por lo de matarte. Eso me lo perdería. Y, de momento, es la mejor parte.

-Salvo por esa parte -admitió, sonriendo-. Pero ya has visto cuántas molestias me he tomado solo para hablar contigo. Si quisiera matarte, te habría atropellado montado en la moto con uno de mis camiones.

-No metamos a la moto en esto.

-A la moto no le pasará nada, *yaar* -se rió, haciendo un gesto con la cabeza al tipo flaco del bigotillo-. Danda la conducirá por ti. Sube al coche.

El hombre tenía razón. No había otra opción lógica. Aparté la mano del cuchillo. El jefe asintió. Danda se adelantó al instante, arrancó la moto y subió el caballete. Aceleró, impaciente por marcharse.

-Como me jodas la moto... -le grité, pero justo antes de que concluyera la amenaza metió primera y salió disparado hacia el tráfico con el motor protestando a gritos.

-Me temo que Danda no tiene sentido del humor -dijo el jefe mientras mirábamos cómo Danda viraba y derrapaba entre los coches.

-Bien, porque como me joda la moto no va a verle la gracia.

El jefe se rió y me miró a los ojos con dureza.

-¿Cómo podías debatir de filosofía con un hombre como Khaderbhai?

-¿A qué te refieres?

-A que Khaderbhai estaba loco.

-Loco o cuerdo, nunca era aburrido.

-¿Qué no nos aburre a la larga? -preguntó, subiéndose al coche.

-¿El sentido del humor? -sugerí, subiendo con él.

Me tenía, y era justo igual que la cárcel, porque no podía hacer nada al respecto. Se rió otra vez e hizo un gesto al conductor, cuya mirada llenaba el rectángulo del espejo retrovisor.

-Llévanos a la verdad -le dijo al conductor en hindi, observándome con atención-. A esta hora del día siempre resulta refrescante.

El conductor se abrió paso con malos modos por el denso tráfico de mediodía y llegó a un almacén del distrito industrial en unos minutos. El almacén estaba aislado, un llamativo espacio lo separaba de los edificios más cercanos. Danda ya estaba allí. Mi moto estaba aparcada en el camino de grava de delante.

El conductor aparcó el coche. Una puerta corredera se abrió a una pequeña sección intermedia. Salimos, nos detuvimos en la puerta y una cadena traqueteó ruidosamente cuando esta volvió a cerrarse.

Me preocupaban básicamente dos cosas. La primera era que no me habían tapado los ojos: me habían permitido ver la ubicación del almacén y las caras de los ocho hombres del interior. La segunda, la profusión de herramientas eléctricas, antorchas y mazos dispuestos sobre bancos de trabajo a lo largo de una de las paredes del almacén.

Me costó no mirar fijamente. Para evitarlo enfoqué la silla baja que había en un espacio vacío cerca de la pared del fondo del pequeño almacén. Era un mueble para la piscina: una tumbona de tiras de vinilo verde ácido y limón. Por debajo asomaba una mancha grande.

Danda, el flaco con bigotillo y una historia breve en la mirada, me cacheó a conciencia. Me quitó los dos cuchillos y se los entregó al jefe, que los examinó un momento antes de dejarlos cuidadosamente sobre el largo banco de trabajo.

-Siéntate -me dijo, girándose hacia mí.

Cuando me negué a moverme, se cruzó de brazos pacientemente e hizo un gesto con la cabeza a un tipo alto y fornido que había viajado con nosotros en el coche. El tipo vino a por mí.

«Golpea primero y fuerte», solía recomendarme un viejo preso.

En cuanto el grandullón embistió amenazando con golpearme el lado derecho de la cara, giré con el ataque y me defendí con un gancho corto y marcado. Por mera suerte le acerté en la punta de la barbilla.

El hombretón retrocedió dando un traspié. Dos de los hombres desenfundaron. Eran revólveres viejos, restos militares de una guerra olvidada.

El jefe volvió a suspirar y asintió.

Cuatro hombres se abalanzaron sobre mí y me empujaron a la

tumbona verde y amarilla. Me ataron las manos por detrás de las patas de la silla con cuerdas de fibra de coco. Pasaron otra cuerda por delante y me sujetaron las piernas.

El jefe por fin descruzó los brazos y se acercó a mí.

-¿Sabes quién soy?

-¿Un crítico? -probé, intentando no mostrar lo asustado que estaba.

Frunció el ceño, mirándome de arriba abajo.

-Está bien -dije-. Sé quién eres. Reconozco a un Escorpión cuando lo veo.

El jefe asintió.

-Me llaman Vishnu -dijo.

Vishnu, el hombre a quien Sanjay había perdonado la vida tras la guerra que tanto le había costado, el hombre que había regresado con una banda llamada Escorpiones.

-¿Por qué los gángsters se ponen nombres de dioses?

-¡A ver si te pongo nombre de muerto, *bahinchudh*! -amenazó Danda.

-Bien pensado -dije, con aire reflexivo-, Danda no es un dios. Corrígeme si me equivoco, pero Danda es solo un semidiós, ¿no? ¿Una deidad menor?

-¡Cállate!

-Tranquilo, Danda -lo calmó Vishnu-. Solo intenta cambiar de tema. No muerdas el anzuelo.

-Un semidiós -musité-. ¿Te has planteado alguna vez con qué frecuencia te tocan las de perder, Danda?

-¡Calla!

-¿Sabes qué? -dijo Vishnu, sofocando un bostezo-. Que se joda. Adelante, Danda. Jódelo a placer.

Danda corrió hacia mí blandiendo los puños. Moví la cabeza rápidamente a izquierda y derecha y solo consiguió acertar uno de cada tres golpes. De pronto paró. Cuando dejé la cabeza quieta para mirar, vi al grandullón, al tipo al que le había rozado la barbilla,

empujando a Danda por el hombro para apartarlo.

El hombretón me dio un puñetazo en la cara. Llevaba un anillo de bronce en el dedo corazón. Noté cómo se aplastaba contra los contornos del pómulo y la mandíbula. El tipo sabía lo que se hacía. No me rompió nada, solo me hizo daño. Luego cambió de táctica y me atizó con fuerza en las sienes con las manos abiertas.

Si das puñetazos a un hombre mucho rato, te destrozas los nudillos o lo matas o ambas cosas. Pero si lo vas machacando un poco con los puños para garantizar que un buen bofetón le infligirá un gran dolor, puedes aguantar el día entero pegándole con la mano abierta.

La tortura. Es un lugar pesado y plano. Tiene densidad, una fuerza centrípeta tan potente que casi no puedes sacarle nada; hay muy poco que puedas aprender que no sea una perpetua oscuridad.

Pero si algo aprendí es que cuando comienzan los golpes cierras el pico. No hablas. Aguantas con la boca cerrada hasta que termina. Y no gritas, si puedes evitarlo.

-Vale -dijo Vishnu cuando el mes de dos minutos concluyó.

El hombretón retrocedió, aceptó la toalla que le ofrecía Danda y se secó la cara empapada de sudor. Danda le masajeó los hombros.

-Háblame de Pakistán -exigió Vishnu, colocándome un cigarrillo entre los labios.

Aspiré el humo mezclado con sangre y luego lo expulsé. No tenía ni idea de qué hablaba.

-Háblame de Pakistán.

Lo miré.

-Sabemos que has estado en Goa -dijo Vishnu despacio-. Sabemos que fuiste a recoger armas. Así que volveré a insistir. Háblame de Pakistán.

Armas, Goa, Sanjay: todo volvía a mí con un giro de la rueda kármica. Pero dentro de mi miedo vive una voz que, antes o después, me dice: «Acabemos con esto».

-Mucha gente cree que la capital de Pakistán es Karachi -dije con los labios hinchados-. Pero no.

Vishnu se rió, y después dejó de reír.

-Háblame de Pakistán.

-Excelente comida, buena música.

Vishnu miró la punta de su cigarrillo y luego alzó la mirada hacia el grandullón.

Y empezamos de nuevo. Y me arrastré por el fango más y más espeso a medida que cada nuevo golpe me acercaba más a la niebla.

Cuando el grandullón se detuvo y apoyó las manos en los muslos, Danda aprovechó la ocasión para azotarme con una fina vara de bambú. Acabé empapado de sufrido sudor, pero me despejó.

-¿Qué tal los huevos, *madachudh*? -me chilló Danda, arrodillándose tan cerca que olí a aceite de mostaza y sudor aterrado en los sobacos de la camisa.

Me eché a reír, como pasa a veces cuando te torturan.

Vishnu levantó una mano.

El repentino silencio que siguió a su ademán fue tan absoluto que se diría que el mundo entero se había detenido un momento.

Vishnu dijo algo. No lo oí. Comprendí, lentamente, que el silencio era un pitido que solo percibían mis oídos. Vishnu me miraba fijamente con expresión socarrona, como si acabara de fijarse en un perro callejero y dudara entre jugar con él o patearlo con los mocasines Gucci.

Otro hombre me limpió la sangre de la cara con un trapo que olía a gasolina y moho podrido. Escupí sangre y bilis.

-¿Cómo te encuentras? -me preguntó Vishnu, con aire ausente.

Yo conocía las reglas del superviviente. «No hables. No digas ni una palabra.» Pero no podía evitar que la ira escribiera palabras y no podía evitar decirlas una vez que las tenía en la cabeza.

-Islamabad. La capital de Pakistán. No es Karachi.

Vishnu se acercó a mí mientras se sacaba una pequeña semiautomática del bolsillo de la chaqueta. El zafiro estrellado de sus ojos mostraba el reflejo minúsculo de mi cráneo, aplastado.

La puerta de entrada al almacén se abrió. Un *chai wallah*, un niño de

unos doce años, entró desde la calle luminosa con seis vasos de té en una cesta de alambre y seis vasos de agua en otra.

-Ah, *chai* -dijo Vishnu, con una repentina y amplia sonrisa que suavizó las arrugas de rabia.

Guardó la pistola y regresó a su puesto junto al banco de trabajo.

El niño repartió los vasos. Su mirada anciana de niño de la calle se posó en mí, pero no mostró ninguna reacción. Quizá lo hubiera visto antes: un hombre atado a una tumbona de color amarillo limón y verde ácido y cubierto de sangre.

El gángster que me había limpiado parte de la sangre de la cara me desató las piernas y las manos. Cogió uno de los vasos de té del niño y cumplió cortésmente con el ritual de rechazarlo para que bebieran los demás y aceptar luego repartirlo, vertiéndolo en los vasos de agua vacíos.

Una escena educada y cordial. Podríamos haber sido amigos, sentados en Nariman Point, admirando la puesta de sol.

El niño dio la vuelta recogiendo los vasos vacíos de la última ronda y llenando con ellos la cesta de camino a la salida. Notó que faltaba uno.

-¡Vaso! -gruñó, en una salvaje filtración de lo que fuera que se le acumulaba en la garganta.

Levantó una de las cestas, enseñando el controvertido hueco que debería ocupar el vaso perdido.

-¡Vaso!

Inmediatamente los gángsters se pusieron a buscarlo, girando cartones vacíos y apartando montones de trapos y basura. Danda lo encontró.

-*Hain! Hain!* -dijo, mostrando el vaso con una reverencia. «¡Aquí está! ¡Aquí está!»

Se lo entregó al niño, que lo agarró con gesto desconfiado y salió del almacén. Danda miró rápidamente a Vishnu implorando perdón: «¿Has visto, jefe? ¿Has visto que lo he encontrado yo?».

Cuando tuve claro que podía moverme sin temblar, deposité el vaso de té en el suelo, a mi lado. No todo era orgullo y rabia: tenía los

labios partidos e inflados. Sabía que con el té bebería sangre.

-¿Te tienes en pie? -preguntó Vishnu, dejando a un lado su vaso, vacío.

Me levanté. Empecé a caerme.

El hombretón que me había abofeteado se apresuró a recogerme, sus fuertes brazos me rodearon los hombros con delicadeza. Con su ayuda, volví a enderezarme.

-Puedes irte -dijo Vishnu.

Miró a Danda.

-Dale las llaves de la moto, *yaar*.

Danda se sacó las llaves del bolsillo sin pensar, pero en lugar de acercarse a mí se aproximó a Vishnu.

-Por favor -rogó-. Sabe algo. Lo sé. Dame... un poco más de tiempo.

-Está bien -repuso Vishnu, sonriendo con indulgencia-. Ya sé lo que necesito saber.

Le quitó las llaves a Danda y me las lanzó. Las atrapé en el pecho, con las manos entumecidas. Le miré a los ojos.

-Además -añadió Vishnu, mirándome-, ni siquiera sabes nada de Pakistán, ¿verdad? No tienes ni la más remota idea de lo que se trata, ¿eh?

No respondí.

-Exacto, amigo. *Ja!* -«¡Largo!»

Le sostuve la mirada un momento y luego alargué la mano con la palma hacia arriba.

-Mis cuchillos -dije.

Vishnu sonrió, volviendo a cruzarse de brazos.

-Lo consideraremos una multa, ¿te parece? Los cuchillos serán para Hanuman por el golpe que le has dado. Hazme caso. Y ahora ve y no le hables a nadie de este lugar. Ni a Sanjay ni a nadie.

-¿Es secreto?

-Te he permitido ver este lugar para que lo utilices para contactar con nosotros. Si dejas un mensaje aquí, nos llegará enseguida.

-¿Y para qué iba a querer dejaros un mensaje?

-A menos que me equivoque contigo, y se me da bastante bien juzgar el carácter de la gente, puede que un día decidas que tienes más en común con nosotros de lo que ahora te parece. Y quizá quieras hablar con nosotros. Si eres listo, no le darás a nadie esta dirección. Guárdatela, por si vienen mal dadas. Pero por el momento, por hoy, ¡aire!, como suele decirse.

Me dirigí con Danda a la puerta lateral y la crucé mientras él la sostenía abierta. Carraspeó ruidosamente y me escupió en la pernera del pantalón antes de cerrar de un portazo.

En el suelo, junto a la moto, encontré un trozo de papel, que aproveché para limpiarme el escupitajo de los vaqueros. Metí la llave en el contacto de la moto. Me disponía a arrancar cuando me vi la cara destrozada en el espejo retrovisor. Para variar, la nariz no estaba rota, pero tenía los ojos hinchados.

Arranqué la moto con el pedal, pero la dejé en punto muerto, apoyada en el caballete con el motor rotando despacio. Accioné una palanca de control de un panel situado bajo el largo borde del sillín. El panel bajó y apareció mi estilete italiano.

Llamé a la puerta del almacén con la culata del cuchillo. Dentro oí una voz enfadada que se aproximaba a la puerta, maldiciendo a quienquiera que perturbara la calma. Era Danda. Me alegré.

Se abrió la puerta. Danda despotricaba malhumorado. Lo agarré de la pechera, lo aplasté contra una jamba y le pinché con el estilete en el estómago. Intentó zafarse, pero hundí la punta hasta que el cuchillo le manchó de rojo la camisa rosa.

-¡Vale! ¡Vale! ¡Vale! -gritó-. ¡Joder! *Arey, pagal hai tum?* -«¿Te has vuelto loco?»

Varios hombres trataron de acercarse. Apreté aún más el cuchillo.

-¡No! ¡No! -gritó Danda-. ¡Atrás, tíos, atrás! ¡Que me raja!

Los hombres se pararon. Sin quitarle ojo a la cara de Danda, le hablé a Vishnu.

-Mis cuchillos -pedí entre dientes, tenía los labios tan entumecidos

como el pulpejo de la mano de un albañil-. Tráelos. Devuélvemelos.

Vishnu dudó. Noté el terror en el sudor de Danda. Le daba más miedo la indiferencia de su jefe que mi rabia.

Al final, Vishnu se inclinó hacia nosotros con los dos cuchillos. Cuando me los entregó, los enganché en el cinturón de los pantalones sin dejar de apuntar a la barriga de Danda con el estilete.

Vishnu empezó a tirar de la camisa de Danda, tratando de apartarlo de mí y de devolverlo al almacén. Me resistí, presionando con más fuerza el estilete contra el blando estómago de Danda. Medio centímetro de hoja le había penetrado en el cuerpo. Un centímetro más podía agujerearte un órgano.

-¡Espera! ¡Espera! -chilló Danda, presa del pánico-. ¡Estoy sangrando! ¡Me matará!

-¿Qué quieres? -preguntó Vishnu.

-Háblame de Pakistán -dije.

Vishnu se rió. Con una risa buena, clara y limpia. La clase de risa que, cualquier otro día que no me hubiera mostrado su tumbona de piscina, se habría granjeado mi cariño.

-Me gustas y al mismo tiempo me apetece matarte -admitió, con un destello en los ojos de bordes oscuros-. Qué talento el tuyo.

-Háblame de Pakistán -insistí.

-De verdad no sabes nada, ¿eh? -Vishnu suspiró cuando la sonrisa se extinguió-. Te hemos visto asistir a la reunión del Consejo, lo que sumado al viaje a Goa y demás, nos ha llevado a deducir que estarías al corriente de lo que pasa. Los tuyos te mantienen en la inopia, amigo mío. Lo cual es peligroso para ti. Por no hablar de que resulta... insultante, ¿no?

-Pues aquí tu esbirro puede acabar en la inopia en cualquier momento como no me respondas. Quiero saber de qué va el tema. Háblame de Pakistán.

-Si te cuento lo que quieres saber, se lo dirás a Sanjay -contestó, reprimiendo un bostezo.

Tenía una cicatriz fina pero profunda sobre el ojo derecho. La recorrió con la punta de un dedo mientras hablaba.

-Eso le daría ventaja a Sanjay: no puedo permitirlo. Suelta a Danda. Súbete a la moto y lárgate. Si matas a Danda, tendré que matarte. Es mi primo. Y no quiero matarte. No quiero matar a nadie. Hoy no. Es el cumpleaños de mi mujer y celebramos una fiesta.

Apartó la mirada para observar los nubarrones de lluvia del cielo.

-Venga -dijo, volviendo a mirarme-. Creíamos que sabrías algo, pero está claro que no. Cuando sepas algo más y quieras hablar, ya sabes cómo contactar conmigo. Sin rencores. Son cosas que pasan. Y como suele decirse: te debo una.

-No tanto como yo a ti -repuse, alejándome de Danda y volviendo a por la moto.

Volvió a reírse.

-Digamos que estamos empatados y empecemos de cero. Cuando quieras ponerte en contacto conmigo me dejas un mensaje aquí. Ya me avisarán.

Cada hombre aguanta las palizas a su manera. La mía, por aquellos años, consistía en descubrir cuanto pudiera de los que me pegaban y luego esperar que el Destino saliera a mi encuentro.

Cuando me fugué de la cárcel, abrí un agujero en el techo de un despacho, trepé por él hasta el tejado y escapé por el muro delantero a plena luz del día con un amigo. El techo por el que huimos era el del jefe de seguridad, el responsable de que mi amigo y yo, y docenas de hombres más, recibiéramos palizas más allá de la ley y la razón.

Lo había vigilado durante meses. Había estudiado sus costumbres y sus estados de ánimo. Y sabía que durante siete minutos diarios no estaba en el despacho y dejaba la puerta abierta. Nos subimos a su mesa para abrir un agujero hacia la libertad a puñetazos. Cuando nos fugamos, perdió el empleo y el Destino se fue de vacaciones.

No me gustaba que me pegaran. Quería informarme sobre los hombres que me habían pegado. Quería saberlo todo de ellos.

Al segundo hueco en la mediana di media vuelta y regresé por donde había venido. Aparqué a la sombra de unos árboles junto a una pequeña fila de tiendas, en la acera de enfrente del almacén.

Apagué el motor. Los peatones y los tenderos me miraban la cara ensangrentada, pero apretaban el paso o desviaban la mirada cuando yo también los miraba fijamente. Al rato, se me acercó un hombre que vendía trapos para limpiar coches y motos. Le compré uno de los grandes, pero antes de pagarle le encargué unos recados.

A los cinco minutos volvió con un paquete de pastillas de codeína, tiritas, una botella de vodka y dos toallas limpias.

Pagué al vendedor, busqué un desagüe abierto y me lavé la cara con una toalla empapada en vodka y me limpié las heridas abiertas con suaves toquecitos de la toalla limpia.

Un barbero que atendía a la clientela debajo de un árbol me ofreció su espejo. Lo até al árbol con una cinta y me curé los dos peores cortes de la cara. Finalmente, cogí el trapo negro del vendedor callejero y me lo enrollé en la cabeza a modo de turbante afgano.

Los clientes y amigos acuclillados a la sombra alrededor de la silla del barbero manifestaron diversos grados de desaprobación o consuelo con gestos de la cabeza o las manos.

Cogí un vaso vacío, me serví un chupito de vodka y me lo bebí. Sosteniendo la botella y el vaso con una mano, abrí el paquete de codeína con los dientes, vacié cuatro pastillas en el vaso y lo llené de vodka hasta la mitad. En cuanto me lo bebí y ofrecí a aquellos hombres el resto de la botella, respondieron con una pequeña ovación.

Volví a sentarme en la moto, escondido, y contemplé, entre las hojas secas como un desierto de árboles comidos por el sol, el almacén donde mi sangre todavía mojaba el suelo.

Salieron formando un grupo bromista y risueño, empujando y pinchando al tipo flaco del bigote, Danda. Se embutieron en dos coches Ambassador y se sumaron al tráfico en dirección a Tardeo.

Les di medio minuto y los seguí, con cuidado de esquivar el alcance de los retrovisores.

Cruzaron Tardeo y siguieron por el cruce de la Ópera hacia la calle principal. Era un bulevar largo y arbolado que discurría en paralelo a una de las principales vías férreas de la ciudad.

Los coches se detuvieron a la entrada de la finca de una mansión, no muy lejos de la estación principal de Churchgate. Enseguida se abrió la alta verja metálica, los coches entraron y la verja se cerró.

Pasé de largo, pero eché un vistazo a las altas ventanas de la triple fachada de la mansión. Estaban todas cubiertas por contraventanas de madera. Geranios encarnados y polvorientos rebosaban la barandilla del balcón de la primera planta. Descendían hasta las lanzas oxidadas que remataban un muro protector que ocultaba la planta baja.

Me adentré con la moto en el denso tráfico, avanzando hacia la estación de Churchgate y más allá, pasados los campos ocres y sedientos de Azad Maidan. Descargué la rabia y el miedo en la carretera, recortando entre los coches, revolviéndome contra la ciudad, retando y venciendo a cualquier motorista que se cruzara en mi camino.

Aparqué cerca del KC College, junto a la mansión de Sanjay. Era una de las mejores universidades de Bombay. Estudiantes elegantes y a la moda abarrotaban la calle, con sus jóvenes mentes brillando por efecto de sus sonrisas. Eran la esperanza de la ciudad: la esperanza del mundo, de hecho, aunque por entonces pocos lo supieran.

-Te lo juro -dijo una voz detrás de mí-. El tío más veloz de Bombay. Llevo cinco minutos intentando alcanzarte...

Era Farid Arreglatodo, el joven gángster que se culpaba por no haber estado con Khaderbhai al final, en las nieves mortíferas de Afganistán. Se apartó de repente cuando me quité el trapo negro que había usado de turbante.

-¡Hostia, tío! ¿Qué te ha pasado?

-¿Sabes si Sanjay está en casa?

-Sí. Sí que está. Vamos adentro.

Cuando informé a Sanjay, sentado a la mesa de cristal y metal dorado del comedor, mi jefe mantuvo una expresión serena y casi desdeñosa. Me pidió que le repitiera los nombres que había oído y las caras que había visto.

-Me lo esperaba -dijo.

-¿Te lo esperabas? -pregunté.

-¿Por qué no has avisado a Lin? -preguntó Farid-. O a mí, lo habría acompañado.

Sanjay se puso a andar por la habitación sin hacernos caso.

Su bello rostro había comenzado a envejecer más de lo que le correspondía por edad. Las crestas y valles de debajo de los ojos se habían profundizado hasta dibujar oscuras depresiones de bordes duros. Las arrugas de preocupación se expandían desde el rabillo de los ojos inyectados en sangre para desvanecerse en las canas nuevas que le nacían en las sienes y le veteaban el lustroso pelo negro.

Bebía demasiado, del mismo modo que se excedía en todo lo demás que le gustaba. Era un joven al mando de un imperio, empeñado en quemar su juventud.

-¿Qué buscaban en realidad? -me preguntó tras una larga pausa.

-¿Por qué no me lo dices tú? ¿Qué pasa con Pakistán? ¿Qué más se te olvidó contarme cuando me mandaste a Goa?

-¡Te cuento lo que necesitas saber! -me espetó.

-Pues esto tendría que haberlo sabido antes -repuse con calma-. No eras tú el que estaba atado a la tumbona, Sanjay. Era yo.

-¡Exacto! -convino Farid.

Sanjay dejó vagar la vista hasta sus manos, apoyadas en la mesa de cristal. Su mayor temor, no sin razón, era una guerra sangrienta entre bandas que se llevara por delante casi todo el poder y las vidas de una y todo el poder y las vidas de la otra. A su modo de ver, cualquier otra cosa era una victoria. Era lo único en lo que habíamos estado de acuerdo en todas las misiones y batallas de los dos últimos años.

-Hay cosas en juego que ignoras y no puedes entender -dijo-. La Compañía la dirijo yo. Os cuento a los dos lo que necesitáis saber y nada más. Así que te jodes, Lin. Y tú también te jodes, Farid.

-¿Que me joda, Sanjay? -le espetó Farid-. ¿No merezco más respeto? ¿Y si jodemos tu felicidad aquí mismo, ahora mismo?

Sanjay se quedó mirando al joven luchador y luego desvió hacia mí su fría mirada.

-Dime la verdad, Lin. ¿Qué les has contado?

Me tocaba a mí enfadarme. La rabia me ahogaba. Separé los labios, los cortes se abrieron.

-¿Qué insinúas, jefe?

Frunció el ceño, irritado.

-Venga ya, Lin. Estamos en el mundo real. La gente canta. ¿Qué les has contado?

Estaba tan furioso que podría haberle pegado hasta dejarlo sin sentido; de hecho, estaba más enfadado con él que con los hombres que casi me habían dejado a mí sin sentido.

-¡No ha abierto la boca! -dijo Farid-. No es la primera vez que le dan una paliza. Ni a mí. Ni a ti, Sanjay. Deja de perdernos el respeto. ¿Qué te pasa, jefe?

Sanjay lo fulminó con la mirada, exasperada hasta parecer despiadada y reveladora de lo cerca que estaba de perder los nervios. Farid le sostuvo la mirada un momento, pero luego la apartó.

Sanjay volvió a fijarse en mí.

-Puedes irte, Lin. Y hayas hablado del asunto o no, en adelante mantén la boca cerrada.

-¿Qué asunto, Sanjay? ¿La comedia de hoy? Dicen que van a matarme y al minuto siguiente deciden soltarme. Querían que volviera en este estado y te mencionara Pakistán. Es un mensaje. El Escorpión, Vishnu, es muy aficionado a los mensajes.

-Y yo -sonrió Sanjay-. Escribo mensajes con sangre, igual que ellos. Yo elijo el cuándo y el cómo.

-Cualquier cosa que hagas, que no sea por mí.

-¿Estás diciéndome lo que debo hacer? ¿Quién coño te crees que eres?

Dentro llevaba un dragón que escupía fuego, pero no quería que otro soldado se sentara en una silla, como había hecho yo, hasta que el techo enrojeciera.

-No pases cuentas por mí, jefe. Cuando llegue el momento, ya lo haré yo mismo.

-Tú harás lo que yo te diga y cuando yo te lo diga.

-Este asunto lo saldo yo -repetí-. Cuando y como yo decida. Solo quiero que conste que te aviso por adelantado.

-Largo -ordenó Sanjay, entornando los ojos-. Los dos. Y no te me acerques a menos que te convoque, Lin. Fuera.

En la calle, Farid me paró, todavía más enfadado que yo.

-Lin -dijo en voz baja, con los ojos aún más grandes que su enfado-, me importa una mierda lo que diga Sanjay. Es débil. Ya no le tengo ningún respeto. Avisaremos a Abdullah. Y vamos los tres sin decir nada. Nos cargamos al tal Vishnu, al que manda, y al resto de *gandus*, Danda y Hanuman.

Sonreí, bañando mi cara herida en la calidez de su corazón valeroso.

-No pasa nada. Déjalo estar. Tiene que ser en el momento y el lugar adecuados, hermano. De un modo o de otro acabaré encontrándomelos otra vez, y si te necesito te pediré ayuda.

-Noche y día, tío -respondió, estrechándome la mano.

Se alejó en la moto y yo miré atrás, a la mansión de Sanjay: otra mansión más, en una ciudad de suburbios. Las ventanas que daban a la calle estaban tapiadas, cerradas por persianas metálicas rojas

cuyas láminas comenzaban a oxidarse. Un seto marchito se aferraba a una verja de hierro forjado.

Se parecía mucho a la casa a la que habían regresado los Escorpiones después de pegarme. Se parecía demasiado.

Puedes respetar los derechos y opiniones de un hombre sin conocerlo. Pero solo puedes respetar al hombre cuando descubres en él algo digno de la palabra «respeto».

Farid no respetaba a Sanjay, y saltaba a la vista que otros miembros del Consejo estaban en idéntica situación. Yo nunca había respetado a Sanjay, pero no obstante trabajaba para él, bajo la protección de la Compañía que llevaba su nombre.

Para mí era un asunto de conciencia, y quizá también para alguno de los otros, pero para Sanjay solo importaba la erosión de la autoridad. Toda banda es un tótem de respeto. Todo líder, un retrato de la fe.

¿Dónde se había metido la lluvia? Me sentía sucio: apaleado y sucio. Sentía que me caía. Todo caía: todo, menos la lluvia. Mi corazón estaba secuestrado en alguna parte y yo estaba escribiendo la petición de rescate.

El mundo de hacía unas semanas, cuando había partido hacia Goa, navegaba gracias a otras estrellas. Un líder debilitado, apuntalado por guardias afganos, un niño de catorce años, Tariq, que soñaba con el poder de dirigir a asesinos y ladrones, la tortura matinal con la palabra «Pakistán», Lisa, Karla, Ranjit: nada era igual y ningún lugar parecía el mismo.

Estaba perdido. Y sucio. Y apaleado. Tenía que encontrar mi camino. Tenía que frenar la caída. Di la espalda a la mansión de Sanjay y me alejé, empujando otra balsa de esperanza al pequeño océano de minutos que era mi vida.

Al volver a casa me encontré una nota de Lisa en la nevera. Decía que me había echado de menos y que salía de compras con nuestro amigo Vikram. Proponía reunirnos más tarde, de vuelta en el piso.

Relajado por primera vez desde que me habían pillado los hombres de Vishnu, cerré la puerta con llave y me apoyé en la pared. No duré mucho. Resbalé por la pared y me senté en el suelo.

Todavía era temprano. Había falsificado tres pasaportes, me habían secuestrado, torturado e interrogado, y aún eran solo las dos de la tarde.

Tenía amigos que habían recibido palizas sin pestañear. Yo nunca había aprendido a tomarme los golpes con tanta calma. Podía reprimirme y mantener el tipo el tiempo que hiciera falta hasta encontrar un lugar seguro, pero en cuanto cerraba la puerta del refugio, siempre se me caía todo encima. Y ese día estaba tardando un buen rato en controlar el corazón y detener el temblor de las manos.

Me duché, me froté los cortes de la cara y el cuello con un cepillo de cerdas y desinfectante potente. Las heridas quedaron limpias, un detalle nada baladí en una ciudad tropical, pero volvieron a sangrar. Las ahogué con loción para el afeitado.

Mientras el dolor me hacía ver puntos blancos, archivé el dato para futuras ocasiones: cuando llegara la hora de la verdad con Danda, el tipo del bigotillo, tenía que acordarme de llevar loción para el afeitado.

Comenzaban a salirme cardenales y verdugones donde me habían azotado con la vara de bambú. Una coincidencia forense con las marcas que había lucido antes, en prisión: eran las marcas que también veía en otros reclusos en las duchas.

Aparté la vista del espejo y me obligué a olvidar; otro truco carcelario. A los veinte minutos estaba otra vez en la moto, vestido con vaqueros limpios y botas, una camiseta roja y el chaleco recortado.

Conduje a lo largo de las cuevas de los pescadores hacia Colaba Back Bay, donde tenía una cita en el suburbio.

Toda la tierra que me rodeaba había sido ganada al mar, piedra a piedra. Altos y modernos bloques de pisos se apelotonaban en el nuevo océano de piedra y proyectaban una valiosa sombra sobre las amplias y arboladas avenidas.

Era una zona cara y codiciada, con el hotel President como mascarón de proa del avance de los barrios residenciales. Los pequeños comercios que flanqueaban los tres bulevares principales estaban recién pintados. Las macetas decoraban muchas de las ventanas. Los criados que iban y venían de los edificios residenciales a las tiendas lucían sus mejores saris y camisas blancas y almidonadas.

Cuando la calle principal giró primero a la izquierda y luego a la derecha junto al World Trade Centre, la escena cambió. Los árboles fueron espaciándose y terminaron por desaparecer. La sombra comenzó a desvanecerse conforme la última silueta proyectada por una torre fue sucumbiendo al sol.

Y el calor de ese sol, que planeaba oscurecido por densas nubes, golpeaba el océano gris sucio del suburbio, donde las crestas de techos bajos se perdían hacia el andrajoso horizonte en oleadas irregulares de preocupación y esfuerzo.

Aparqué la moto, saqué las medicinas y las vendas de las alforjas y le arrojé una moneda a uno de los niños que se ofrecían a vigilar mi moto. En realidad no hacía falta. En aquella zona nadie robaba.

Al entrar en el suburbio, avanzando por un ancho camino irregular de tierra, el olor de las letrinas abiertas que lo bordeaban me cortó la respiración. Un ataque de náuseas me revolvió el estómago.

Rápidamente reviví la paliza del almacén. El sol. Los golpes. Hacía demasiado calor. Me aparté dando tumbos al borde del camino. Las náuseas subieron y me agaché, con las manos en las rodillas, y vomité todo lo que me quedaba dentro en los hierbajos del arcén.

Los niños del suburbio eligieron ese momento para venir corriendo a saludarme. Se arremolinaron a mi alrededor, tirándome de las mangas de la camisa y gritando mi nombre, mientras yo temblaba y tiritaba.

-¡Linbaba! ¡Linbaba! ¡Linbaba!

Cuando me recuperé les dejé arrastrarme con ellos al interior del suburbio. Nos abrimos paso por callejones estrechos y llenos de baches entre chabolas fabricadas con láminas de plástico, alfombras y postes de bambú. Las chabolas, cubiertas por el polvo que había ido acumulándose durante ocho meses de temporada seca, parecían dunas del desierto.

Relucientes montones de cacharros, engalanadas imágenes de dioses y suelos de tierra pulidos y lisos asomaban por las puertas bajas,

testimonios de las vidas limpias y ordenadas que persistían en su interior.

Los niños me condujeron directamente a la casa de Johnny Cigar, no muy lejos del límite de la playa.

Johnny, el cabecilla del suburbio, había nacido en las calles de la ciudad. Su padre, un marino destinado temporalmente en Bombay, había abandonado a la madre de Johnny nada más enterarse de que estaba embarazada. Se fue de la ciudad en un buque de guerra con destino al puerto de Adén. No volvieron a saber de él.

Repudiada por la familia, la madre de Johnny se mudó a un asentamiento callejero construido con láminas de plástico dispuestas sobre un tramo de sendero cercano al mercado Crawford.

Johnny nació entre los gritos que duraban todo el día, el trajín y la confusión de uno de los mayores mercados cubiertos de Asia. Desde primera hora de la mañana hasta la última luz del día, sus oídos resonaban con las estridentes y chillonas cadencias de los vendedores ambulantes y los tenderos de los puestos fijos.

Había vivido siempre en comunidades callejeras y suburbios atestados, y solo se encontraba a gusto de verdad en las mareas y los remolinos de la multitud. Las contadas ocasiones en que lo había visto solo, paseando por la franja costera cercana al suburbio o sentado una tarde aburrida en una tetería, me había parecido que la soledad lo empequeñecía; se encerraba en un yo menor. Pero en cualquier muchedumbre, Johnny era la joya de la corona.

-¡Dios mío! -gritó al verme la cara-. ¿Qué cojones te ha pasado, tío?

-Es una historia muy larga. ¿Cómo te va, Johnny?

-Joder, tío. ¡Te han dado una buena tunda!

Lo miré con el ceño fruncido. Johnny conocía esa cara. Habíamos sido vecinos del suburbio dieciocho meses y ya hacía años que éramos amigos.

-Vale, vale, *thik hai, baba*. Ven, siéntate. Tómate un té. ¡Sunil! ¡Té! *Fatafat!* -«¡Rapidísimo!»

Me senté en un tonel de cereales vacío a observar cómo Johnny dirigía a un grupo de jóvenes que estaban ultimando los preparativos para la llegada de las lluvias.

Cuando el anterior jefe del suburbio se retiró a su aldea, nombró sucesor a Johnny Cigar. Algunos se quejaron de que Johnny no era la mejor elección, pero el amor y la admiración que todos sentían por el viejo cabecilla acallaron cualquier objeción.

Era un cargo honorario, sin más autoridad que la que conllevase el carácter del hombre que lo ostentaba. Tras casi dos años en el cargo, Johnny había demostrado que resolvía con sabiduría las disputas y era poseedor de una fortaleza suficiente para inspirar ese viejo instinto: la necesidad de seguir por el buen camino.

Por su parte, Johnny disfrutaba con el papel de líder, y cuando todo lo demás fallaba se dejaba guiar por el corazón, declaraba un día festivo en el suburbio y organizaba una fiesta.

Su sistema funcionaba y era popular. Había quien se había mudado a aquel suburbio porque de vez en cuando se montaba una buena fiesta para dirimir pacíficamente una disputa. La gente acudía a él con los problemas de otros suburbios para que se los arreglara. Y así, poco a poco, el niño que había nacido en la acera se convirtió en el Salomón de su pueblo.

-¡Arun! ¡Ve a la barrera de mangles con Deepak! -gritó-. Ayer se derrumbó el dique. Levantadlo otra vez, ¡rápido! ¡Raju! Llévate a los chicos a casa de Bapu. Las ancianas de su calle no tienen plástico en el tejado. Lo han arrancado unos putos chorizos. Bapu tiene las placas. Ayudadle a colocarlas. El resto, ¡seguid desatascando los desagües! *Jaldi!* -«¡Rápido!»

Llegó el té y Johnny se sentó a tomárselo conmigo.

-Chorizos -suspiró-. ¿Puedes explicarme por qué hay chorizos en el mundo?

-¿En una palabra? Cerdos. Los cerdos son animales muy apañados.

-Supongo. Lisa y Vikram acaban de marcharse. ¿Lisa te ha visto la cara así?

-No.

-Joder, tío, le va a dar un ataque, *yaar*. Parece que te hayan atropellado.

-Gracias, Johnny.

-De nada. Oye, el tal Vikram tampoco tenía muy buena pinta. Me

parece que no duerme bien.

Yo sabía por qué Vikram tenía mala pinta. No me apetecía hablar del asunto.

-¿Cuándo calculas? -pregunté, mirando a los nubarrones negros y cargados.

Notaba en todas partes el olor a lluvia a punto de descargar: en los ojos, en el sudor, en el pelo; la primera lluvia, la hija perfecta del monzón.

-Creía que caería hoy -contestó Johnny, sorbiendo té-. Estaba seguro.

Bebí té. Estaba muy dulce, condimentado con jengibre para matar el calor que embotaba los corazones durante los últimos días del verano. El jengibre me alivió los cortes de la boca y suspiré de placer.

-Buen té, Johnny.

-Buen té -convino.

-La penicilina india.

-No... El té no lleva penicilina, *baba*.

-No, me refiero a que...

-Nunca le ponemos penicilina al té.

Parecía ofendido.

-No, no -lo tranquilicé, consciente de que me encaminaba a un callejón sin salida-. Es un chiste viejo, un chiste sobre la sopa de pollo, a la sopa de pollo la llaman la penicilina judía.

Johnny olfateó el té con aprensión.

-¿Huele... a ti te huele a pollo?

-No, no, es un chiste. Crecí en el barrio judío de mi ciudad, Little Israel. Y, bueno, todo el mundo cuenta ese chiste porque se supone que los judíos te ofrecen sopa de pollo te pase lo que te pase. Si te duele el estómago, sopa de pollo. Si te duele la cabeza, sopa de pollo. Si te han disparado, sopa de pollo. Y en la India el té es como la sopa de pollo para los judíos, ¿lo pillas? Da igual cuál sea el problema, un buen vaso de té lo arregla todo. ¿Sí?

El ceño fruncido por el desconcierto dejó paso a una media sonrisa.

-Hay un judío no muy lejos de aquí -dijo-. Vive en la colonia parsi de Cuffe Parade aunque no es parsi. Se llama Isaac, creo. ¿Lo traigo?

-¡Sí! -respondí, emocionado-. ¡Manda que traigan al judío!

Johnny se levantó del taburete.

-¿Me esperas aquí? -preguntó, dispuesto a irse.

-¡No! -contesté, exasperado-. Bromeaba, Johnny. ¡Era una broma! Pues claro que no quiero que traigas al judío.

-No es molestia.

Se quedó mirándome, perplejo, parado a medio paso, sin saber si debía ir a por Isaac el judío.

-Entonces... -dije por fin, buscando en el cielo una vía de escape al callejón sin salida conversacional-, ¿cuándo?

Se relajó, y escudriñó las nubes que se aproximaban desde el mar.

-Creía que hoy -contestó-. Estaba seguro.

-Bueno. -Suspiré-. Si no hoy, mañana. En fin, ¿nos ponemos?

-*Jarur* -respondió, dirigiéndose a la puerta de su choza.

Entré con él y cerré la frágil puerta de contrachapado. La choza, construida con finas esteras tipo tatami pegadas a troncos de bambú, estaba enlosada directamente sobre la tierra con baldosas de colores y estampados barrocos. Formaban la imagen de un pavo real con la cola abierta contra un fondo de árboles y flores.

Los armarios estaban llenos de comida. El gran ropero metálico a prueba de ratas era un mueble caro y muy preciado en el suburbio. Un equipo de música a pilas ocupaba un rincón de la cajonera metálica. El lugar de honor correspondía a una ilustración tridimensional de Jesús crucificado y flagelado. En un rincón había unos colchones con estampado floral nuevos, enrollados y de pie.

Las señales de un lujo relativo atestiguaban el estatus y el éxito comercial de Johnny. Yo le había regalado dinero en su boda para que se comprara un apartamentito en el cercano distrito de Navy Nagar. El regalo buscaba que pudiera escapar de la incertidumbre y la dureza de la vida en el suburbio ilegal.

Ayudado por el espíritu emprendedor de su mujer, Sita, hija de un próspero vendedor de té, Johnny usó el apartamento como aval para un préstamo y luego lo alquiló con un buen beneficio. Empleó el préstamo para comprar tres chabolas del suburbio, las alquiló a precio de mercado y siguió viviendo exactamente en el mismo callejón del suburbio donde nos habíamos conocido.

Johnny apartó un par de cosas e hizo sitio para que me sentara. Lo paré.

-Gracias, hermano. Gracias. No tengo tiempo. He quedado con Lisa. Llevo todo el día un paso por detrás de ella.

-Lin, hermano, siempre irás un paso por detrás de esa mujer.

-Tienes razón. Toma, esto es para ti.

Le di la bolsa de medicamentos que me había pasado Lisa y me saqué del bolsillo un fajo de billetes sujeto con gomas. Bastaba para pagar el salario de dos meses a los dos jóvenes que trabajaban en primeros auxilios en la clínica gratuita. Incluí también un extra para cubrir la compra de más vendas y medicinas.

-¿Alguna novedad?

-Bueno... -dijo, dubitativo.

-Dime.

-Anjali, la hija de Bhagat, se presentó a los exámenes.

-¿Y cómo le ha ido?

-Ha sido la primera. Y no solo de su clase, ha sido la primera de todo el estado de Mahrashtra.

-Chica lista.

Recordé lo niña que era hacía solo unos años, cuando me ayudaba de vez en cuando en la clínica. Con doce años memorizó el nombre de todos los pacientes del suburbio, cientos de nombres, y trabó amistad con todos ellos. Desde entonces, en las visitas que había ido haciendo a la clínica, la había visto aprender y crecer.

-Pero aquí, en esta India nuestra, con ser lista no basta. -Johnny suspiró-. El secretario de admisiones de la universidad exige un *baksheesh* de veinte mil rupias.

Lo dijo tal cual, sin rencor. Eran cosas de la vida, como el hecho de que las redes de los pescadores cada vez capturasen menos peces y que cada día circularan más coches, camiones y motos por las calles de la otrora elegante Ciudad Isleña.

-¿Cuánto tienes?

-Quince mil -respondió-. Hemos recolectado dinero de todos lados, de todas las castas y religiones. Yo mismo he aportado cinco mil.

Suponía un compromiso significativo. Sabía que Johnny no recuperaría el dinero antes de tres años.

Me saqué un rollo de dólares estadounidenses del bolsillo. En aquellos días de virulenta demanda de dinero para el mercado negro, siempre llevaba encima al menos cinco divisas distintas: marcos alemanes, libras esterlinas, francos suizos, dólares y riyales. Tenía en total unos trescientos cincuenta dólares en billetes. A precio del mercado negro bastaban para cubrir lo que faltaba para pagar el soborno para la educación de Anjali.

-Lin, no creas... -dijo Johnny, golpeándose la palma de la mano con el dinero.

-No.

-Lo sé, Linbaba, pero no sirve de nada que regales el dinero sin decírselo a la gente. Debería estar al corriente. Comprendo que quien da sin alabanza, de forma anónima, a ojos del Señor es como si multiplicara el regalo por diez. Pero Dios, y que me perdone por lo que voy a decir, a veces es muy lento en mostrar su gratitud.

Johnny era prácticamente de mi peso y estatura y se movía con la oscilación de hombros y codos ligeramente agresiva de un hombre capaz de hacer sufrir a un tonto que lo merece, y que lo hace a menudo.

Su rostro alargado había envejecido un poco demasiado rápido para los treinta y cinco años que tenía y la barba que se le insinuaba en la barbilla estaba salpicada de gris. Tenía unos ojos de color arena, despiertos, precavidos y reflexivos.

Le gustaba leer, devoraba al menos un libro de autoayuda a la semana y luego atosigaba inútilmente a amigos y vecinos para que lo leyeran.

Yo lo admiraba. Era la clase de hombre, la clase de amigo, que conseguía que te sintieras un ser humano mejor solo por conocerlo. Pero curiosa, estúpidamente, era incapaz de decírselo. Quería hacerlo. Había empezado a decírselo algunas veces, pero no conseguía pronunciar las palabras adecuadas.

Por aquel entonces mi corazón exiliado era un mar de dudas, escepticismo y renuencia. Le entregué mi corazón a Khaderbhai y él me utilizó de peón. Le entregué mi corazón a Karla, la única mujer a la que había amado, y ella me utilizó para complacer al mismo hombre, al que ambos llamábamos padre, Khaderbhai. Desde entonces llevaba dos años en la calle y había visto cómo la ciudad se transformaba en un circo, los ricos mendigaban a los indigentes y el delito era acorde al castigo. Era más viejo de lo que me tocaría y me había alejado demasiado de la gente que me quería. Permitía que algunos, no muchos, se me acercaran, pero nunca acudía a ellos como ellos a mí. No me comprometía como ellos porque sabía que antes o después tendría que marcharme.

-Déjalo, Johnny -dije con delicadeza.

Él volvió a suspirar, se guardó el dinero y me acompañó afuera.

-¿Por qué los judíos le ponen penicilina al pollo? -me preguntó mientras contemplábamos el cielo cada vez más bajo.

-Era un chiste, Johnny.

-No, pero los judíos son muy listos, *yaar*. Si les ponen penicilina a los pollos será por una buena razón...

-Johnny -interrumpí, levantando una mano-, te quiero.

-Yo también te quiero, tío -respondió con una sonrisa.

Me abrazó con tanta fuerza que reavivó todas las heridas y magulladuras de los brazos y los hombros.

Notaba su fuerza, todavía olía el aceite de coco de su pelo mientras me alejaba por el suburbio. Las asfixiantes nubes proyectaban sombras vespertinas en las caras agotadas de los pescadores y las lavanderas, que volvían a casa desde la playa, muy concurrida. Pero el blanco de sus ojos cansados brillaba en tonos caoba y de oro rosa cuando me sonreían. Y todos sonreían al pasar, hasta el último, con coronas destellando sobre las frentes sudadas.

Cuando entré en el horno de risas del Leopold's, busqué a Lisa y Vikram en alguna mesa. No los vi, pero mis ojos se toparon con mi amigo Didier. Estaba sentado con Kavita Singh y Naveen Adair.

-¡Un marido celoso! -gritó Didier, admirando mi cara magullada-. ¡Lin! ¡Me enorgullezco de ti!

-Siento decepcionarte. -Me encogí de hombros y estreché la mano de Didier y Naveen-. Me he resbalado en la bañera.

-Parece que la bañera ha opuesto resistencia -apuntó Naveen.

-¿Tú de qué vas? ¿De detective fontanero?

-Cualquiera que sea el motivo, ¡me alegro de verte la cara, Lin! -declaró Didier, llamando al camarero-. Tenemos que celebrarlo.

-¡Llamo al orden a esta reunión de Pecadores Anónimos! -proclamó Kavita.

-Hola, me llamo Naveen -anunció el joven detective, siguiendo el juego-, y soy pecador.

-Hola, Naveen -respondimos todos.

-Por dónde empiezo... -Naveen se rió.

-Sirve cualquier pecado -apuntó Didier.

Naveen decidió pensárselo un momento.

-Te sienta bien tu nuevo aspecto -me dijo Kavita Singh cuando nos sentamos.

-Apuesto a que se lo dices a todos los tipos magullados.

-Solo a los que he provocado yo.

Kavita, una periodista bella e inteligente, prefería a las mujeres y era una de las pocas de la ciudad que no temía proclamarlo.

-Kavita, ¡Naveen no confiesa sus pecados! -se quejó Didier con un mohín-. Cuéntanos algunos tuyos.

Kavita se rió y empezó a recitar la lista de sus pecados.

-Los pedruscos esos de la ducha -comentó Naveen en voz baja,

inclinándose hacia mí- han hecho un trabajo muy profesional.

Le lancé una rápida mirada. Estaba dispuesto a que me cayera bien. Ya me caía bien. Pero seguía siendo un desconocido y no estaba seguro de si podía confiar en él. ¿Cómo sabía que me habían dado una paliza profesional?

Naveen, que me leyó el pensamiento, sonrió.

-Todos los golpes, a ambos lados de la cara, se amontonan en una zona concreta, a izquierda y derecha -explicó tranquilamente-. Tienes los ojos amoratados pero abiertos, o sea que ves bien. No es tan fácil conseguirlo. También tienes marcas en las muñecas. No cuesta tanto deducir que te ha atizado alguien que sabía lo que se hacía.

-Supongo que todo esto lo dices por algo.

-Lo digo porque estoy dolido.

-¿Dolido? ¿Tú?

-No me has invitado.

-No era yo el que repartía invitaciones.

-¿Habrá más fiestas parecidas? -preguntó con una sonrisa.

-No lo sé. ¿Te sientes solo?

-Si necesitas pareja para la próxima, cuenta conmigo.

-No te preocupes. Pero gracias por el ofrecimiento.

-¡Por favor! -insistió Didier, al tiempo que un camarero malcarado les servía bruscamente la bebida-. Basta de cuchicheos. Si no tenéis amante secreto ni marido celoso del que alardear, tendréis que aportar otro pecado.

-Brindo por ello -lo animó Kavita.

-¿Sabes por qué prohiben pecar? -le preguntó Didier, con los ojos azules centelleando.

-¿Porque es divertido? -sugirió Kavita.

-Porque se burla de quienes prohiben pecar -respondió Didier, alzando la copa.

-¡Brindemos! -proclamó Kavita, uniendo su copa a la de Didier-. ¡Por

amordazar a la gente para darle una buena paliza!

-¡Excelente! -gritó Didier.

-Me apunto -dijo Naveen, levantando la copa.

-No -dije.

No era el día para brindar por que amordacen a nadie; al menos, para mí.

-Está bien, Lin -espetó Kavita-. ¿Por qué no propones el brindis tú?

-Por la libertad, en todas sus manifestaciones.

-También me apunto -dijo Naveen.

-Didier siempre está a favor de la libertad -convino Didier, alzando la copa.

-Muy bien -dijo Kavita, chocando su copa con las nuestras-. Por la libertad en todas sus manifestaciones.

Acabábamos de devolver las copas a la mesa cuando aparecieron Concannon y Stuart Vinson.

-Eh, tío -saludó Vinson, tendiéndome la mano con una sonrisa bondadosa-, ¿qué cojones te ha pasado?

-Que le han pateado el culo -se rió Concannon, arrastrando las palabras con acento norirlandés-. Y diría que la cabeza también. ¿En qué andas metido, tío?

-Tiene problemas con la ducha -dijo Kavita.

-Problemas con la ducha, ¿eh? -Concannon sonrió y se inclinó hacia Kavita-. ¿Y tú? ¿Qué problema tienes?

-Tú primero -replicó Kavita.

Concannon volvió a sonreír, como si hubiera ganado.

-¿Yo? Discrepo de todo lo que ya no me pertenece. Y, ya que he confesado, insisto, ¿qué problema tienes?

-Un problema de desamor. Pero estoy en tratamiento.

-Te recomiendo la terapia aversiva -apuntó Naveen, clavando la mirada en Concannon.

Concannon miró primero a uno y luego al otro y después soltó una carcajada, cogió un par de sillas de la mesa de al lado sin preguntar, las arrastró hasta la nuestra y sentó a Vinson en una.

Giró la suya de espaldas y apoyó sus fuertes brazos en el respaldo.

-¿Qué bebéis? -preguntó.

Me fijé en que Didier no había pedido bebida, algo que hacía cada vez que llegaba alguien a Leopold's. Giré la cabeza y lo vi mirando fijamente a Concannon. La última vez que había visto a Didier mirar así a alguien, empuñaba un arma. Treinta segundos después la había disparado.

Levanté la mano para avisar al camarero. Una vez pedidas las copas, pasé por encima de la mirada de Didier para cambiar de tema.

-Se te ve bien, Vinson.

-Estoy contentísimo -respondió el joven estadounidense-. Acabamos de cerrar un trato. Caído del cielo. Al regazo, al mío y al de Concannon. Así que invitamos a las copas.

Llegó la bebida. Vinson pagó y levantamos las copas.

-¡Por los buenos tratos! -anunció Vinson.

-Y por los mamones que los endulzan -se apresuró a añadir Concannon.

Brindamos, pero Concannon había amargado el brindis.

-¡Diez mil dólares americanos para cada uno! -alardeó Concannon, dejando la copa con fuerza sobre la mesa-. ¡No hay nada mejor! ¡Como correrse en la boca de una pija!

-¡Eh, Concannon! -dije.

-No hace falta ponerse así -añadió Vinson.

-¿Qué? -preguntó Concannon, separando los brazos, sorprendido-. ¿Qué?

Giró la cabeza e inclinó la silla hacia Kavita.

-Vamos, mujer -dijo con una sonrisa tan amplia como si estuviera pidiéndole un baile-, no me dirás ahora que no conoces la experiencia.

Con la cara y el tipazo que tienes...

-¿Por qué no me lo cuentas a mí? -preguntó Naveen Adair apretando los dientes.

-¡A no ser que seas lesbiana! -continuó Concannon, riéndose tanto que la silla se ladeó y estuvo a punto de caerse.

Naveen hizo ademán de levantarse. Kavita se lo impidió apoyando una mano en el pecho de Naveen.

-¡La puta, Concannon! -escupió Vinson, sorprendido y confuso-. ¿Qué cojones pasa contigo? Me presentas a un cliente de oro y ganamos un montón de pasta, se supone que deberíamos estar contentos, de celebración. ¡Deja de meterte con todo el mundo!

-No pasa nada -dijo Kavita, mirando a Concannon-. Creo en la libertad de expresión. Si me pones una mano encima, te la corto. Pero si te limitas a quedarte ahí sentado soltando gilipolleces, mira, por mí puedes pasarte así toda la noche.

-Ah, o sea que eres una comecoños -replicó Concannon con una sonrisa.

-Pues la verdad... -empezó a decir ella.

-Pues la verdad -la interrumpió Didier- es que no es asunto tuyo.

Los bordes de la sonrisa de Concannon se endurecieron. Le refulgieron los ojos, como el sol se refleja en el dorso del capuchón de una cobra. Se volvió hacia Didier. Con una expresión amenazadora evidente. Las groserías con Kavita habían sido una treta para provocar a Didier.

Había funcionado. Didier echaba chispas por los ojos.

-Deberías empolvarte la nariz y ponerte un vestido, cielito -gruñó Concannon-. Todos los putos maricones deberíais ir con vestido. A modo de aviso para el resto. Si te follan como a una mujer, te vistes como una mujer.

-Deberías tener el valor, a falta de honor -replicó Didier sin alterarse-, de discutirlo en privado. Fuera.

-Eres una puta aberración -siseó Concannon sin apenas separar los labios.

Todos nos levantamos. Naveen agarró a Concannon por la camisa.

Vinson y yo los separamos mientras los camareros acudían corriendo desde todos los rincones del bar.

Los camareros del Leopold's tenían que pasar unas prácticas peculiares: si se ponían los guantes de boxeo y resistían dos minutos en el callejón de atrás contra el camarero jefe, un sij enorme y muy duro, conseguían el empleo. Seis de dichos camareros, dirigidos por el sij enorme y muy duro, rodearon nuestra mesa.

Concannon miró alrededor y ensanchó su fría sonrisa dejando ver una dentadura irregular de piezas amarillentas. Durante unos segundos escuchó su voz interior, que lo alentaba a pelear y morir. Para algunos hombres es la voz más dulce que les hablará en la vida. Luego la brutalidad mudó en astucia y Concannon comenzó a alejarse del círculo de camareros.

-¿Sabéis qué? -dijo, retrocediendo-. ¡Jodeos! ¡Que os follen a todos!

-¿Qué coño acaba de pasar? -jadeó Vinson en cuanto Concannon salió bruscamente a la calle, empujando a la clientela.

-Es evidente, Stuart -respondió Didier mientras nos sentábamos poco a poco.

Era el único que no se había levantado y el único que parecía tranquilo.

-Pues, tío, para mí no.

-He presenciado el mismo fenómeno muchas veces, Stuart, en muchos países. Ese hombre se siente irremisiblemente atraído por mí.

Vinson escupió la espuma de la cerveza por encima de la mesa. Kavita tuvo un ataque de risa.

-¿Estás diciendo que es gay? -preguntó Naveen.

-¿Un hombre tiene que ser gay -preguntó Didier, lanzándole una mirada capaz de curtir el cuero- para sentirse atraído por Didier?

-Vale, vale -sonrió Naveen.

-No creo que sea gay -dijo Vinson-. Va de putas. Creo que sencillamente está loco.

-En eso aciertas -dijo Kavita, alzando la copa ante el ceño desconcertado de Vinson.

Sweetie, que se había mantenido al margen del enfrentamiento, golpeó la mesa con un trapo sucio para indicar que ya podíamos pedir. Se hurgó la fea nariz con el dedo corazón, se lo limpió en la chaqueta y luego suspiró.

-*Aur kuch?* -amenazó. «¿Algo más?»

Didier se disponía a pedir, pero lo detuve.

-Para mí no -dije, levantándome y cogiendo las llaves.

-¡Hombre! -protestó Didier-. Una más, ¿no?

-No me he acabado la última. Voy en moto.

-Y yo contigo, vaquero -me dijo Kavita-. Le dije a Lisa que me pasaría a verla esta noche. Si no te importa, podría ir contigo.

-Encantado de que vengas.

-Pero... ¿un gay puede ir de putas... tanto? -preguntó Vinson, inclinándose hacia Didier.

Didier encendió un cigarrillo, examinó la punta un instante y luego se dirigió a Vinson, entornando los ojos.

-¿Nunca has oído decir que un gay puede hacer todo lo que quiere un hombre, Stuart?

-¿Qué? -preguntó Vinson, a la deriva como un iceberg.

-También dicen que la ignorancia es una bendición -dije yo, intercambiando sonrisas con Didier-. Y yo me voy a la bendición del hogar.

Dejamos el bar y nos abrimos camino entre la aglomeración de compradores del aparcamiento, donde había dejado la moto.

Cuando metía la llave, una mano muy fuerte me agarró del antebrazo. Era Concannon.

-Que se joda, ¿eh? -dijo, con una sonrisa de oreja a oreja.

-¿Qué?

-La maricona francesa. Que se joda.

-Estás como una cabra, Concannon.

-No te digo que no. No me apetece discutir. Tengo la pasta. Diez mil. Vamos a emborracharnos.

-Me voy a casa -dije, soltándome el brazo para meter la llave.

-¡Vamos, será divertido! Salgamos por ahí los dos. Vamos a buscar pelea. Buscamos a un par de tipos duros y les atizamos. ¡Vamos a divertirnos, tío!

-Suena bien, pero...

-Tengo unos discos nuevos -se apresuró a añadir-. De música irlandesa cojonuda. Lo que tiene la música irlandesa es que va de miedo para pelear.

-No.

-¡Venga ya! Al menos ven a escucharla y a beber conmigo.

-No.

-¡Ese francés es un puto marica!

-Concannon...

-Tú y yo -insistió, suavizando la voz y dibujando una sonrisa forzada que parecía casi una mueca de dolor-. Tú y yo somos iguales. Te conozco. Vamos que si te conozco...

-No me conoces.

Gruñó, giró la cabeza y escupió en el suelo.

-Joder, piensa en el marica ese. Si todo el mundo fuera como él la especie humana se extinguiría.

-Y si todo el mundo fuera como tú, Concannon, lo mereceríamos.

Fui duro, demasiado. ¿Quién era yo para arrojar la primera piedra? Pero quería a Didier y había tenido suficiente Concannon por un día.

Una súbita rabia asesina le iluminó los ojos y le sostuve la mirada, pensando que ese día ya me habían amordazado y apaleado y que podía mirar todo el rato que quisiera.

Encendí la moto, recogí el caballete y ayudé a Kavita a subir detrás. Nos alejamos sin mirar atrás.

-Ese tío -me gritó Kavita inclinándose por encima de mi hombro y

rozándome la oreja con los labios- está loco de atar, *yaar*.

-Solo lo había visto una vez -respondí a gritos-. No me dio mala espina.

-Bueno, pues ahora es todo espinas.

-Podrías decir lo mismo de casi todos nosotros.

-Habla por ti -se rió Kavita-. Yo no tengo ni una, guapo.

No me reí. No había olvidado la mirada de Concannon. Incluso mientras calmaba el dolor y la preocupación de Lisa, me disculpaba con ella, la besaba y me sentaba en un frágil taburete del baño para que me lavara y me curase los cortes de la cara, seguí viendo los ojos de Concannon: pájaros de mal agüero en una cueva.

-Pues Lin está guapo -le dijo Kavita a Lisa, acomodándose en el sofá después de que me hubieran remendado-. Deberíamos pagar a alguien para que le pegara al menos una vez al mes. Tengo un par de amigas que lo liarían gratis.

-No estás ayudando, Kavita. Míralo. Se diría que lo ha atropellado un coche, si los coches estuvieran hechos de gente.

-Vale -dijo Kavita-, prefiero no imaginarlo.

Lisa frunció el ceño y se volvió de cara a mí, cogiéndome de la nuca.

-No piensas contarme lo que ha pasado, ¿verdad?

-¿Qué ha pasado?

-Estás enfermo -sentenció, apartándome de un empujón-. ¿Al menos has comido algo?

-Bueno... He estado ocupado.

-¿Nos cocinas algo, Kavita? Estoy demasiado alterada para cocinar.

Kavita cocinó uno de mis platos favoritos, *dhal* amarillas con *aloo ghobi*, coliflor con patatas especiadas. Estaban ricas y no fui consciente de cuánto necesitaba comer hasta que empecé. Después recogimos y nos sentamos a ver una película.

Era la adaptación de Konchalovski de *El tren del infierno* de Kurosawa, con John Voight lanzándose a toda velocidad hacia el cielo blanco que todo forajido, antes o después, encuentra en el horizonte

del deseo más violento.

Kavita, que la consideró terrorismo testosterónico, insistió en que la viéramos por segunda vez pero sin sonido, y que cada uno interpretara a varios personajes. Volvimos a poner la película y nos pasamos el segundo visionado riendo.

Seguí el juego, me inventé los diálogos de los personajes que Kavita me adjudicó, profanando una película maravillosa, pero mientras la luz del tren de fugados bañaba nuestras caras risueñas en la habitación a oscuras, rememoraba otras imágenes y otras caras de otro lugar oscuro de otros momentos previos de ese largo día.

Cuando Lisa puso otra película, me levanté, cogí las llaves y metí los dos cuchillos en las fundas.

-¿Adónde vas? -preguntó Lisa desde el sofá, donde estaba acurrucada junto a Kavita.

-Tengo cosas que hacer -contesté, inclinándome a besarla en la mejilla.

-¿Que qué? ¡Vas a ver otra película con nosotras! Esta vez elijo yo. No es justo que yo tenga que ver terrorismo testosterónico y tú no veas mi éxtasis de estrógenos.

-Deja que se vaya -dijo Kavita, acurrucándose más cerca-. Disfrutemos de una noche de chicas.

En la puerta del salón me volví a mirarlas otra vez.

-Si no vuelvo esta noche no regales mis cosas, porque al final siempre regreso.

-Qué gracioso eres -respondió Lisa-. Dime, ¿de pequeño coleccionabas sellos?

-Por favor, Lin -se rió Kavita-. No respondas.

-Lo intenté. Mi padre me los tiró. Por cierto, ¿te parezco cascarrabias?

-¿Qué? -preguntaron al unísono.

-Alguien, un chico que conozco, me ha dicho que soy un cascarrabias. No lo entiendo. ¿Os parezco un cascarrabias?

Lisa y Kavita se rieron tanto que se cayeron del sofá. Cuando vieron la expresión de mi cara se rieron aún más y comenzaron a rodar por el

suelo con las piernas levantadas.

-Venga ya, no es tan gracioso.

Todavía seguían riéndose cuando arranqué la moto, salí del camino de entrada y puse rumbo a Tardeo por Marine Drive.

-Gracias -dije-. Muchas gracias.

Era tarde y las calles estaban casi desiertas. Un olor a hierro y sal, la sangre del mar, emanaba de las olas, que venían a morir en las paredes de la amplia bahía. Ese olor entraba con la brisa nocturna por todas las ventanas abiertas del bulevar.

Inmensos nubarrones negros bullían y se arremolinaban por encima de mi cabeza, tan cerca que parecía que podría tocarlos con solo ponerme de pie en la moto. Los rayos, silenciosos pero capaces de abarcar todo el cielo, rasgaban el velo de la noche, rompiendo la oscuridad con escenarios de nube a cada descarga plateada.

Tras ocho meses secos, el alma de la Ciudad Isleña suplicaba lluvia. Cada corazón, dormido o despierto, se agitaba con el estruendo y el estrépito de la tormenta en gestación. Cada pulso, joven o viejo, latía al ritmo de la lluvia que se anunciaba, cada aliento formaba parte del viento creciente y las nubes preñadas.

Aparqué la moto a la entrada de un callejón desierto. Los senderos de alrededor estaban vacíos y los pocos durmientes que vi estaban acostados junto a una fila de carretillas, a unos trescientos metros.

Me fumé un cigarrillo, esperando y vigilando la calle en silencio. Cuando estuve seguro de que no había nadie despierto en toda la manzana, coloqué un pañuelo de algodón debajo del tubo del depósito de gasolina de la moto, solté la cánula de alimentación, empapé el pañuelo de gasolina y luego volví a conectar el tubo.

Al llegar a la puerta del almacén donde me habían pegado por la tarde, rompí el candado de la cadena y me colé dentro.

Utilicé el mechero para encontrar el camino hasta la tumbona de vinilo amarillo y verde ácido. Al lado había un tonel vacío. Lo arrastré hasta la tumbona y me senté.

A los pocos minutos se me acostumbró la vista a la oscuridad. Distinguí con bastante claridad varios objetos y muebles. Entre ellos, un rollo grande de cuerda de fibra de coco. La cuerda con la que me habían atado a la silla de piscina la habían cortado de ese rollo.

Me levanté y lo desenrollé hasta dejarlo reducido a un montón de cuerda. Lo coloqué debajo de la tumbona y embutí entre las fibras el pañuelo empapado en gasolina.

En el almacén había cajas de cartón vacías, listines telefónicos viejos, trapos grasientos y otros materiales inflamables. Los dispuse en una fila que conectaba la tumbona de piscina con una hilera de armarios y bancos donde guardaban las herramientas y lo regué con lo que encontré por ahí.

Cuando encendí el pañuelo prendió al instante. Las llamas revolotearon y luego encendieron un fuego voraz que empezó a consumir el montón de cuerda.

Enseguida, una humareda espesa y pestilente lo llenó todo. La tumbona de vinilo presentó batalla. Esperé hasta que el fuego prendió la hilera de residuos combustibles y me marché del almacén, arrastrando un pesado equipo de oxiacetileno.

Dejé las bombonas de gas en la alcantarilla, fuera del alcance de las llamas, y eché a andar despacio hacia la moto.

La luz del fuego ondeó y vibró un rato tras las ventanas del almacén, como si dentro se celebrara una fiesta silenciosa. Después se oyó una pequeña explosión.

Supuse que habría estallado un contenedor de pegamento o disolvente. Lo que fuera, propulsó el fuego hasta las vigas del techo y lanzó por el aire húmedo y denso las primeras llamas y brasas anaranjadas.

La gente empezó a asomarse desde las tiendas y viviendas de los alrededores. Corrían hacia el fuego, pero no podían hacer nada. No tenían agua que malgastar. El almacén era un edificio aislado. Era pasto de las llamas y lo sabían, pero ningún otro edificio ardería con él.

Conforme la muchedumbre creció aparecieron los primeros vendedores de té y *paan* en bicicleta para aprovechar la congregación de espectadores. No mucho después, acudieron la policía y los bomberos.

Empecé a preocuparme. Quería quemar la cabaña de la tortura. Me había parecido buena idea. Vishnu quería que le dejara un mensaje, y estaba claro que aquel lo entendería. Pero no quería que el fuego se extendiera.

Los bomberos, con sus cascos de bronce atenienses, no daban abasto. Durante unos instantes pareció que el fuego saltaría por el espacio abierto hasta el siguiente edificio.

Los truenos retumbaban en el cielo. Todas las ventanas de la calle vibraban. Los corazones temblaban. Los truenos golpeaban uno tras otro, tan aterradores que amantes, vecinos e incluso desconocidos se buscaban instintivamente.

Llovió. Noche líquida, pesada como una capa de cachemir. Llovió. Y llovió.

La muchedumbre tiritó y gritó de placer. Todos saltaron y brincaron y bailaron juntos olvidándose del fuego, riéndose como locos mientras chapoteaban descalzos en la calle.

El fuego chisporroteaba, derrotado por la inundación. Los bomberos se sumaron a los bailarines. Alguien puso música en alguna parte. La policía se balanceaba en fila junto a los jeeps. Los bailarines reían, calados hasta los huesos, y las ropas satinadas reflejaban los colores de los charcos a sus pies.

Bailé en un río de luz mojada. Las tormentas se deslizaban mientras el mar se acercaba a la tierra. Los vientos nos lamían como una camada de perros contentos. Lagos de rayos salpicaban la calle. El calor suspiraba en cada piedra. La fe en la vida teñía nuestros rostros. Las manos eran risas. Las sombras bailaban, embriagadas de lluvia, y yo dancé con ellas, como el loco feliz que era, mientras la primera inundación ahogaba los pecados del sol.

TERCERA PARTE

-¿Estás despierto?

-No.

-Sí, estás despierto.

-No, no estoy despierto.

-¿Cómo es que me contestas si no estás despierto?

-Es una pesadilla.

-¿Ah, sí?

-Sí.

-¿Qué tipo de pesadilla?

-Es horrible. Oigo una voz insidiosa empeñada en fastidiarme la primera noche de descanso desde hace semanas.

-¿Esa es tu pesadilla? -se burló Lisa a mi espalda-. Deberías probar el mundo del arte, cariño.

-Cada vez da más miedo. No consigo que la voz se calle.

Se calló. Yo sabía por su respiración, como lo sabes cuando una mujer te gusta lo suficiente, que tenía los ojos abiertos. El ventilador del techo giraba despacio, agitando el aire líquido del monzón. Tiras de luz exterior penetraban por las contraventanas diseccionando los cuadros de la pared de al lado de la cama.

Todavía faltaba media hora para la mañana, pero el falso amanecer aplanaba las sombras de la habitación. Un gris surrealista se posaba en las superficies, incluso en la piel de mi mano, apoyada en la almohada junto a la cara.

El «Efecto Peyote», lo había llamado una vez Karla. Y, por supuesto, tenía razón. La tendencia de la droga a pintar el universo del mismo tono recordaba al falso amanecer de la imaginación. Karla, siempre lista, siempre divertida...

Se me cerraron los ojos. Casi no estaba allí; en la palma de una mano onírica sostenía el botón de peyote, prácticamente no estaba allí.

-¿Con qué frecuencia piensas en Karla? -preguntó Lisa.

«Joder con las mujeres -pensé, despertándome-, ¿cómo lo hacen?»

-Últimamente, a menudo. Es la tercera vez en tres días que la oigo nombrar.

-¿Quién más te ha hablado de ella?

-Naveen, el joven detective, y Ranjit.

-¿Qué te ha dicho Ranjit?

-Lisa, ¿por qué no pasamos de hablar de Karla y Ranjit?

-¿Tienes celos de Ranjit?

-¿Qué?

-Bueno, ya sabes, últimamente he pasado mucho tiempo con Ranjit, por la noche.

-Últimamente no he estado en casa, Lisa, así que no lo sabía. ¿Cuánto tiempo has pasado con él?

-Me ha ayudado con la publicidad de las exposiciones. Recibimos muchos más visitantes desde que contamos con Ranjit. Pero entre nosotros no hay nada.

-Eh... Va-le. ¿Qué?

-Y entonces ¿cada cuánto piensas en Karla?

-¿Quieres hablarlo precisamente ahora? -pregunté, girándome de cara a Lisa.

Se incorporó sobre un codo, con la cabeza ladeada hacia el hombro.

-La vi ayer -dijo, escudriñándome con atención con sus ojos azules, inocentes como las flores.

Fruncí el ceño en silencio.

-Me la encontré en una tienda de ropa. En Brady's Lane. Creía que era un secreto, que solo yo conocía la tienda, y de pronto me giro y me topo con Karla de pie a mi lado.

-¿Qué te dijo?

-¿A qué te refieres?

-Pues a qué te dijo.

-Bueno... es un poco raro -dijo, frunciendo el ceño.

-¿Cómo que raro?

-No me has preguntado cómo estaba ni cómo le iba, me has preguntado qué me dijo.

-¿Y?

-Pues... Hace casi dos años que no la ves y lo primero que me preguntas es qué me ha dicho. No sé qué es peor, que me lo hayas preguntado o que, tratándose de Karla, más o menos lo entienda.

-O sea que lo entiendes.

-Por supuesto.

-O sea que no es tan raro.

-Lo raro es lo que delata de vosotros dos.

-¿De qué estábamos hablando?

-Karla. ¿Quieres saber lo que dijo o no?

-Vale -dije-. No.

-Pues claro que quieres. En primer lugar te diré que estaba fantástica. Espectacular. Y se la veía bien. Tomamos un café en el Madrás y me reí como una boba. En estos momentos anda metida en temas religiosos. Me dijo... No, espera, a ver cómo dijo... Ah, sí, me dijo que la religión es solo una larga competición para ver quién diseña el sombrero más estrambótico. Es muy divertida. Tiene que ser muy duro.

-¿Ser divertida?

-No, ser siempre la más lista de los presentes.

-Tú eres lista -dije, tumbándome boca arriba y apoyando la cabeza en las manos-. Eres una de las personas más listas que conozco.

-¿Yo? -Se rió.

-Eso es.

Me dio un beso en el pecho y luego se acurrucó a mi lado.

-Le he ofrecido a Karla un espacio en el estudio -explicó, retorciendo los pies al ritmo de las palabras.

-No es la mejor idea de la semana.

-Acabas de decir que soy lista.

-He dicho que eres lista -la piqué-, no que seas sabia.

Me dio un puñetazo en el costado.

-Hablo en serio. -Me reí-. No... No... En fin, no sé si quiero que Karla vuelva a entrar en mi vida. Las habitaciones del piso donde vivíamos todavía están tapiadas. Casi preferiría dejarlas así una temporada.

-También es el fantasma que ronda por mi mansión -replicó con aire nostálgico.

-Ya veo. ¿Yo tengo un piso imaginario y tú una mansión?

-Por supuesto. Todos tenemos una mansión interior. Salvo la gente como tú, con problemas de autoestima.

-No tengo problemas de autoestima. Soy realista.

Se rió. Se rió un buen rato: un rato lo bastante largo para que me planteara qué le había dicho.

-Venga, en serio -dijo cuando se serenó-. Hacía casi diez meses que no veía a Karla y... la he mirado y... me he dado cuenta de cuánto la quiero. ¿Es curioso, verdad, recordar cuánto quieres a alguien?

-Solo digo...

-Lo sé -murmuró, inclinándose para besarme-. Lo sé.

-¿Qué sabes?

-Que no es para siempre -susurró con la cara pegada a la mía, rozándome los labios con la boca y desafiando al cielo matinal con sus ojos azules.

-Cada vez que respondes a una pregunta entiendo menos, Lisa.

-Ni siquiera creo en un para siempre -sentenció, arrojando lejos la eternidad con una sacudida de rizos rubios-. Nunca he creído en eso.

-Cuando me entere de qué estamos hablando, Lisa, ¿va a gustarme?

-Soy una fanática del ahora, no sé si me explico. Podríamos llamarme una fundamentalista del ahora.

Empezó a besarme, pero se puso a hablar otra vez, vertiéndome las palabras en la boca.

-No vas a contarme nunca lo de la pelea, ¿verdad?

-No ha sido una gran pelea. Puestos a ser puntillosos, no ha sido ni pelea.

-Me interesa. ¿Qué ha pasado?

-¿Pasar? -dije, sin dejar de besarla.

Se apartó y se sentó en la cama con las piernas cruzadas.

-Déjalo ya -dijo.

-Vale -suspiré, sentándome y apoyando la espalda en una pila de almohadas-. Adelante.

-La Compañía -dijo en tono cansino-. La fábrica de pasaportes. La Sanjay Company.

-Venga, Lisa. Ya lo hemos hablado.

-Hace mucho que no lo hablamos.

-Pues diría que fue ayer. Lisa...

-No tienes que hacer eso. No tienes que ser eso.

-Sí, un poco más.

-No.

-Ya. Y me ganaré la vida trabajando en un banco a pesar de ser un fugitivo y de que ofrezcan dinero por mi cabeza.

-No vivimos con lujos. Saldremos adelante con lo que yo gane. El mercado del arte local está empezando a despegar.

-Ya me dedicaba a lo mismo antes de conocernos...

-Lo sé, lo sé...

-Y lo aceptaste. Tú...

-Tengo un mal presentimiento -dijo bruscamente.

Sonreí, apoyé la palma de la mano en su cara.

-No consigo quitármelo de encima -dijo, en voz baja-. Es... Tengo un presentimiento muy malo.

Le cogí las manos. Nuestros pies se rozaban y encogió los dedos alrededor de los míos, apretando con una fuerza sorprendente. El amanecer comenzaba a abrirse paso en las contraventanas.

-Ya lo hemos hablado -repetí despacio-. El gobierno de mi país ha puesto precio a mi cabeza. Y si no me matan intentando atraparme, me devolverán a la prisión de la que escapé y me encadenarán a la misma pared y se ensañarán conmigo. No pienso volver, Lisa. Aquí estoy a salvo, de momento. Ya es algo. Si no para ti, al menos para mí.

-No digo que te entregues. Solo digo que no te abandones.

-¿Qué quieres que haga?

-Podrías escribir.

-Escribo, a diario.

-Lo sé, pero podríamos centrarnos más en escribir.

-¿Podríamos? -Me reí.

No me burlaba de ella: sencillamente era la primera vez que mencionaba que escribía, y llevábamos casi dos años viviendo juntos.

-Olvídalo -dijo.

Volvió a quedarse callada. Fue bajando lentamente la mirada y relajando la fuerza con que me agarraba con los dedos de los pies. Le aparté un rizo de los ojos y pasé la mano por la espuma marina de su pelo.

-Se lo debo. Les hice una promesa -dije sin emoción.

-No -replicó, pero sin fuerza, al tiempo que me buscaba con la mirada-. No les debes nada.

-Sí. Si los conoces, les debes algo. Funciona así. Por eso no permito que los conozcas.

-Eres libre, Lin. Has trepado por el muro y ni siquiera sabes que eres libre.

La miré a los ojos, un lago donde se reflejaba el cielo. Sonó el teléfonO.

-Soy libre para dejar sonar el teléfono -dije-. ¿Y tú?

-Nunca contestas al teléfono -espetó-. No cuenta.

Se levantó de la cama. Se quedó mirándome mientras escuchaba la voz del otro lado de la línea. Vi cómo la tristeza le cargaba los hombros, como si fuera un chal, al pasarme el teléfono.

Era uno de los lugartenientes de Sanjay con un mensaje para mí.

-Enseguida me pongo -dije-. Sí. ¿Qué? Ya te lo he dicho. Me pongo enseguida. Dame veinte minutos.

Colgué, regresé a la cama y me arrodillé junto a Lisa.

-Han arrestado a uno de mis hombres. Está en el calabozo de Colaba. Tengo que pagar la mordida para sacarlo.

-No es uno de tus hombres -replicó, apartándome-. Y tú no eres uno de sus hombres.

-Lo siento, Lisa.

-Da igual lo que hicieras o lo que fueras. Da igual lo que seas. Lo que cuenta es lo que intentas ser.

Sonreí.

-No es tan sencillo. Todos somos lo que somos.

-No. Somos lo que queremos ser. ¿Todavía no te has enterado?

-No soy libre, Lisa.

Me besó, pero la brisa estival había pasado y las nubes encapotaron el campo de flores grises de sus ojos.

-Voy preparándote la ducha -dijo, saltando de la cama y corriendo al baño.

-No es para tanto, solo tengo que sacar a un tío del calabozo -dije, pasando por su lado de camino al baño.

-Lo sé -dijo secamente.

-¿Todavía quieres quedar después?

-Claro.

Entré en el baño y me metí bajo el agua fría de la ducha.

-¿Vas a contarme de qué va todo esto? -le pregunté-. ¿O sigue siendo secreto?

-No es secreto, es una sorpresa -respondió en voz baja desde el umbral.

-Está bien. -Me reí-. ¿Cuándo y dónde me necesitas para darme la sorpresa?

-Delante del Mahesh, en Nariman Point, a las cinco y media. Siempre llegas tarde, así que mejor piensa que has quedado a las cuatro y media y llegarás a las cinco y media.

-Vale.

-¿Irás?

-No te preocupes. Todo está controlado.

-No -insistió mientras la sonrisa se desprendía de su cara como la lluvia de las hojas-. No lo está. Nada está bajo control.

Lisa tenía razón, por supuesto. Yo no lo entendí entonces, mientras cruzaba por debajo del gran arco de la comisaría de Colaba, pero todavía veía su sonrisa triste cayendo como la nieve en un río.

Subí los pocos escalones que conducían a la galería de madera que cubría el lateral y la fachada trasera del edificio gubernamental. El policía de guardia a la puerta del despacho del sargento me conocía. Movió la cabeza, sonriendo, y me dejó pasar. Se alegraba de verme. Yo era buen pagador.

Fingí saludar a Rayo Dilip, el sargento del turno de día. La rabia contenida le hinchaba la cara abotargada de bebedor: hacía turno doble de mal humor. Mal comienzo.

Rayo Dilip era un sádico. Lo sabía porque había sido su prisionero hacía unos años. Dilip me había pegado, alimentando su triste ansia con mi indefensión. Y quiso volver a hacerlo en cuanto me vio los moratones de la cara; los labios le temblaron de emoción.

Pero en mi mundo, si no en el suyo, las cosas habían cambiado. Trabajaba para la Sanjay Company y el grupo regaba de activos líquidos la comisaría. Demasiado dinero para arriesgarlo por sus perversos deseos.

Dilip, permitiéndose un remedo de sonrisa, levantó mínimamente la cabeza como diciendo: «¿Qué tal?».

-¿Está el jefe? -pregunté.

La sonrisa me enseñó los dientes. Dilip sabía que si trataba con su jefe, el subinspector, el goteo de cualquier soborno que le pagara llegaría seco a la sudorosa palma de su mano.

-El subinspector es un hombre muy ocupado. ¿Puedo ayudarte?

-Bueno... -contesté, echando un vistazo a los polis de la oficina.

Se afanaban con escaso éxito en fingir que no escuchaban. Para ser justos, en la India no tenemos mucha práctica en fingir que no escuchamos.

-¡Santosh! ¡Té! -gruñó Dilip en maratí-. ¡Prepara uno nuevo, *yaar*! ¡Vosotros! ¡Id a echar un vistazo al calabozo de abajo!

El calabozo de abajo era un barracón de una planta al fondo del complejo policial. Se utilizaba para encerrar a prisioneros violentos y reos que se resistían violentamente a la tortura. Los jóvenes polis se miraron y luego uno de ellos habló.

-Pero, mi sargento, el calabozo de abajo está vacío.

-¿Te he preguntado yo si había algún prisionero? -preguntó Dilip.

-N-no, señor.

-Pues haced lo que os digo: ¡todos a inspeccionar el calabozo! ¡Ya!

-¡Sí, señor! -gritaron los agentes, agarrando las gorras y saliendo a trompicones de la oficina.

-Necesitáis un código o algo así -propuse cuando se fueron-. Debe de ser aburrido tener que echarlos a gritos a cada hora.

-Qué gracioso -repuso Dilip-. Al grano o a la calle. Tengo dolor de cabeza y me apetece pasárselo a alguien.

Todos los polis honrados se parecen; los polis corruptos, cada uno lo es a su manera. Todos cogen el dinero, pero unos lo aceptan a regañadientes y otros con avidez; unos enfadados y otros cordialmente; algunos bromean y otros sudan como si estuvieran subiendo una montaña corriendo; algunos lo convierten en una competición, mientras que otros quieren ser tu nuevo mejor amigo.

Dilip era de los que aceptaban el dinero con resentimiento e intentaban hacerte sangrar por habérselo dado. Por suerte, como todos los matones, era susceptible a la adulación.

-Me alegra poder tratar contigo en persona -dije-. Con Patil podría llevarme todo el día. No tiene tu mano para conseguir que las cosas se hagan con rapidez y decisión, *fatafat*, como el rayo. No te llaman Rayo Dilip porque sí.

Le llamaban Rayo Dilip, en realidad, porque sus lustrosas botas, que destellaban en la oscuridad de su rabia, pateaban a un hombre encadenado cuando menos se lo esperaba y nunca dos veces en el mismo sitio.

-Gran verdad -se ufanó Dilip, relajándose en la silla-. ¿En qué puedo ayudarte?

-Tenéis detenido a un tal Farzad Daruwalla y me gustaría pagar la multa.

-Las multas las fijan los tribunales, no la policía -puntualizó Dilip con una mueca taimada en los labios.

-Desde luego, tienes toda la razón. -Sonreí-. Pero un hombre con tu visión comprenderá que abordar la cuestión con contundencia, aquí y ahora, ahorrará al tribunal y al erario público un tiempo muy valioso.

-¿Por qué quieres al tipo ese?

-Ah, se me ocurren cinco mil motivos -respondí, sacando un fajo ya preparado de rupias del bolsillo y empezando a contar los billetes.

-A un hombre con mi visión se le ocurrirían muchos más motivos. -Dilip frunció el ceño.

Demasiado tarde. Ya estaba mirando el dinero.

-Rayo-*ji* -dije con delicadeza, doblando los billetes y deslizándolos por la mesa ocultos bajo una mano-. Llevamos casi dos años con el mismo baile y ambos sabemos que cinco mil motivos son todo lo que

tendría que darle al subinspector para... explicar satisfactoriamente mi interés en el detenido. Te agradecería que me ahorraras la molestia y aceptaras tú mismo la explicación.

Santosh se acercaba con el té, sus pasos retumbaron en los tablones de la galería de madera. Rayo Dilip apoyó rápidamente una mano encima de la mía. Retiré la mano resbalando por la mesa. La mano de Dilip deslizó los billetes hacia el borde de la mesa y el interior de su bolsillo.

-El universitario -le dijo a Santosh cuando el joven agente nos sirvió el té-. El que trajimos del club nocturno anoche. Tráelo.

-Sí, mi sargento -respondió Santosh, saliendo a toda prisa de la habitación.

Los otros polis regresaron a la oficina, pero Dilip los paró levantando una mano.

-¿Qué estáis haciendo aquí?

-Eh... Hemos inspeccionado el calabozo de abajo según sus órdenes, sargento. Todo correcto. Y hemos visto que había pedido té y hemos pensado que quizá...

-¡Inspeccionadlo otra vez! -espetó Rayo Dilip, volviendo a girarse hacia mí.

Los jóvenes se quedaron mirándome, luego se encogieron de hombros y volvieron a salir alicaídos de la oficina.

-¿Puedo ayudarte en algo más? -preguntó Dilip con sorna.

-Pues mira, sí. ¿Has oído hablar de un tipo con el pelo blanco como la nieve y traje azul marino que lleva un par de semanas haciendo preguntas por las calles de Colaba?

Pensaba en los George del Zodíaco y su misterioso acosador. Si Dilip disponía de información sobre el hombre que preguntaba por ellos, valía la pena comprarla.

-¿Traje azul y pelo blanco? -musitó-. ¿Si lo he visto?

-Se me ocurren mil motivos por los que me gustaría saber de él.

Sonrió. Me saqué el dinero del bolsillo y lo deslicé hasta la mitad de la mesa, como antes, tapándolo con la mano.

-Pues yo creo que por esos mismos motivos -dijo sonriendo- deberías ir a ver al señor Wilson al hotel Mahesh.

Alargó la mano encima de la mía. Titubeé.

-¿Quién es? ¿Qué quería?

-Busca a alguien. No me dijo nada más.

Retiré la mano. Cogió el dinero.

-¿Le ayudaste a encontrarlo?

-No me dio una explicación satisfactoria, de modo que lo eché.

-Si... -empecé a decir, pero justo entonces entró Santosh con Farzad.

El joven falsificador parsi no sangraba, pero se le veía acobardado. Abría los ojos como platos por el miedo y su pecho subía y bajaba rápidamente con respiraciones cortas y temblorosas. Lo había visto muchas veces: era el aspecto de un hombre que cree que van a darle una paliza. Entonces me vio y se le iluminó la cara, y echó a correr hacia mí.

-¡Tío, me alegro de verte! Yo...

Me levanté y lo interrumpí poniéndole una mano en el pecho.

-Tranquilo -me apresuré a recomendar, preocupado por que pudiera decir algo que no quería que Rayo Dilip oyera-. Preséntale tus respetos al sargento y salgamos de aquí.

-Sargento-*ji* -dijo Farzad, juntando las palmas de las manos-, gracias, muchísimas gracias por su amabilidad y generosidad.

Dilip se recostó en la silla.

-¡A tomar por culo! -dijo-. ¡Y no vuelvas por aquí!

Tiré de la manga de Farzad y lo arrastré fuera del despacho y por la gran verja que daba a la calle.

En el sendero, a escasos pasos del arco de entrada, encendí dos pitillos y le pasé uno al joven falsificador.

-¿Qué ha pasado?

-Anoche estaba un poco... bueno, muy borracho. Montaron un fiestón en el Drum Beat. Brutal, tío. Tendrías que haberme visto. Bailé como

un hijo de puta. Fijo.

-Fijo que espero una explicación de por qué he tenido que levantarme de la cama a las seis de la mañana para enterarme de que estuviste bailando como un hijo de puta.

-Sí, cómo no. Perdona. Bueno, pues la poli se presentó a cerrar el local hacia la una, como siempre. Alguien se quejó y se montó un follón. Supongo que acabé en mitad de la *tamasha* y le solté algunos comentarios descarados a la policía.

-¿Descarados?

-Ah, sí. Soy famoso por el descaro de mis comentarios.

-Un hombre adulto no alardea de algo así, Farzad.

-¡No, de verdad! Soy famoso por...

-¿De cuánto descaro estamos hablando?

-Había un poli obeso. Le llamé Agente Tres Cerditos. Y a otro le dije que era más tonto que el coco de un mono. Y también...

-Lo pillo. Acaba de contarme.

-Bueno, lo siguiente que recuerdo es estar en el suelo. Tropecé o me empujaron. Y mientras estaba en el suelo, bam, alguien me dio una patada en la nuca. Solo una, pero suficiente para dejarme sin sentido.

-Rayo Dilip, haciendo turno doble.

-Sí. El sargento cabrón. En fin, me desperté en la parte de atrás de un jeep patrulla con el pie de Rayo Dilip en el pecho y luego me metieron en una celda. No me dejaron llamar por teléfono por culpa de tanto...

-Comentario descarado.

-Sí. ¿Te lo puedes creer? Creía que iba a pasarme dentro todo el día y a recibir un par de palizas improvisadas. ¿Cómo te has enterado de que me habían detenido?

-La Compañía paga a los tíos que limpian los calabozos. Así aprovisionamos a los nuestros cuando están encerrados. Uno de ellos te vio y avisó a su contacto. Y me llamaron.

-Joder, me alegro muchísimo de que hayas venido, tío. Es la primera vez que estoy en la trena. Otra noche más y no lo cuento. Fijo.

-A Sanjay no le hará gracia. Se gasta un montón de pasta para mantener esto tapado. Vas a tener que comprarle un sombrero nuevo.

-Eh... yo... pero tú... ¿tú sabes qué talla usa? -preguntó, muerto de preocupación-. Solo lo he visto una vez y, por lo que recuerdo, me pareció que tenía la cabeza, sin ánimo de ofender, tirando a grande.

-No lleva sombrero.

-Pero... acabas de...

-Bromeaba. Pero solo con respecto al sombrero.

-Yo... Lo siento mucho. La he cagado. No... no volverá a pasar. Quizá podrías interceder por mí ante Sanjay.

Todavía me reía cuando paró un taxi. Naveen Adair bajó de dentro y pagó al taxista por la ventanilla. Abrió la portezuela de atrás y ayudó a apearse a una mujer joven y guapa. Naveen se giró y me vio.

-¡Lin! Qué bien encontrarte, tío. ¿Qué te trae por aquí?

-Seis mil motivos -respondí, mirando a la chica.

Su cara me sonaba, pero no sabía de qué.

-Ah -dijo Naveen-, os presento a Divya. Divya Devnani.

Divya Devnani, hija de uno de los hombres más ricos de Bombay. Fotografías de su cuerpo menudo y atlético, envuelto en caros vestidos de diseñadores famosos, reclamaban un puesto privilegiado en la cobertura de cualquier evento de primer orden de la ciudad.

Y eso era lo que me había desconcertado: la ropa anodina que vestía esa mañana. La sencilla camiseta azul, el collar de cuentas azules y los vaqueros no pertenecían a ese otro mundo, en el que había nacido para reinar. Era la chica interior de la mujer que tenía delante, no la de las revistas.

-Encantado de conocerte -dije.

-¿Tienes hash? -pidió.

Lancé una mirada a Naveen.

-Es una historia muy larga -dijo suspirando.

-No, no tanto -lo contradijo ella-. Mi papá, Mukesh Devnani... Has oído

hablar de Mukesh Devnani, supongo...

-Es el tipo que tiene una hija tarada que va pidiendo drogas a la puerta de las comisarías, ¿no?

-Qué gracioso -respondió ella-. Cuidado, que voy a mearme encima.

-Vas a contarme por qué no es una historia tan larga.

-No quiero contártelo -respondió enfurruñada.

-Su padre contrató a un abogado que conozco... -empezó a decir Naveen.

-Que a su vez contrató a este -se apresuró a interrumpirlo ella- para que me haga de guardaespaldas un par de semanas.

-Diría que estás en muy buenas manos.

-Gracias -dijo Naveen.

-Que te den -dijo ella.

-Un placer conocerte -dije-. Hasta luego, Naveen.

-Y todo porque me he hado con un proyecto de estrella de Bollywood -continuó Divya, sin hacer caso-, o sea, si ni siquiera es una estrella, joder, solo lo finge. Y encima es un capullo y va y le da por amenazarme cuando me niego a salir con él. ¿Te lo puedes creer?

-Es la jungla -sonreí.

-Dímelo a mí -dijo ella-. ¿Tienes hachís o no?

-¡Yo tengo! -dijo rápidamente Farzad-. ¡Fijo!

Nos giramos a mirarle.

Se metió la mano por dentro de los pantalones, rebuscó un buen rato y luego sacó la mano con una piedra de diez gramos de hachís cachemir envuelto en plástico transparente.

-Toma -dijo, ofreciéndoselo a Divya-. Todo tuyo. Acéptalo, por favor, es... un regalo.

Divya frunció los labios, horrorizada.

-¿Acabas de sacarte eso... de los calzoncillos? -preguntó con una pequeña arcada.

-Eh... sí... pero... anoche me cambié de calzoncillos. ¡Fijo!

-¿Quién coño es este tío? -le preguntó Divya a Naveen.

-Viene conmigo -dije.

-¡Lo siento! -se disculpó Farzad, guardándose el hachís en el bolsillo-. No pretendía...

-¡Espera! ¿Qué haces?

-Pensaba... que tú...

-Quítale el plástico -ordenó Divya-. Y luego no lo toques. Déjatelo en la mano, encima del plástico abierto. No lo toques con los dedos. Y no me toques. Ni se te ocurra tocarme. Te lo advierto, como lo pienses, lo sabré. Para mí una mente como la tuya es un juguete. Para cualquier mujer, de hecho. Así que no pienses en mí. Y dame de una puta vez el hachís, *chudh*.

Farzad se puso a desenvolver el trozo de hachís con dedos temblorosos. Echó una mirada fugaz a la bajita celebridad.

-¡Estás pensando! -le advirtió Divya.

-¡No! -protestó Farzad-. ¡No es verdad!

-Das asco.

Farzad por fin consiguió desenvolver el paquete y dejó el hachís a la vista en la palma de su mano. Divya lo cogió entre el índice y el pulgar, partió una pizca y tiró el resto a la plateada boca de pez del bolso.

Sacó un cigarrillo, extrajo un poco de tabaco de la punta y colocó la pizca de hachís en el hueco. Se llevó el cigarrillo a los labios y se volvió hacia Naveen para que le diera fuego. Naveen titubeó.

-¿Te parece buena idea?

-No pienso entrar a hablar con la poli sin fumar. Ni siquiera hablo con la criada de abajo hasta que la de arriba me ha dado de fumar.

Naveen encendió el cigarrillo. Divya aspiró, retuvo el humo en los pulmones un momento y luego expulsó una densa columna de humo. Naveen se volvió hacia mí.

-Su padre denunció al actor antes de estar yo -explicó Naveen-. El actor se pasó. Le hice una visita. Charlamos. Acordó apartarse y mantenerse alejado. Ahora tenemos que retirar la denuncia, pero tiene que hacerlo Divya en persona. Quiero acabar pronto, antes de que se entere la prensa y...

-¡Vamos ya, joder! -interrumpió Divya, aplastando el cigarrillo con la suela del zapato.

Naveen me estrechó la mano. La retuve un momento.

-El tío que sigue a los George del Zodíaco -dije- se llama Wilson, se hospeda en...

-El Mahesh -concluyó por mí Naveen-. Ya lo sabía. Con todo esto se me ha pasado contártelo. Lo localicé anoche. ¿Y tú cómo te has enterado?

-Vino aquí en busca de información.

-¿La consiguió?

-Dilip, el sargento... ¿Lo conoces?

-Sí. Rayo Dilip. Tenemos un pasado.

-Dice que Wilson no quiso pagar, así que lo echó.

-¿Le crees?

-Normalmente no.

-¿Quieres que vaya a ver a Wilson?

-Todavía no. No sin mí. Investígalo. A ver qué descubres. Y luego me informas, ¿de acuerdo?

-*Thik* -sonrió Naveen-. Enseguida, y...

-¡En la puta vida había estado tanto rato de pie en el mismo lugar de mierda, por Dios! -interrumpió enfadada Divya-. ¿Te parece que entremos ya?

Naveen se despidió con una sonrisa y escoltó a la pobre niña rica bajo el arco de la entrada.

-¡Farzad! -les gritó Farzad-. ¡Me llamo Farzad!

Cuando la perdió de vista, el joven parsi se giró hacia mí con una

sonrisa de oreja a oreja.

-¡La leche, *yaar*! ¡Qué bellezón! ¡Y qué dulzura! Algunas de esas chicas superricas a veces son unas estiradas, o eso dicen. Pero esta es tan natural, tan...

-¡Corta el rollo!

Abrió la boca para protestar, pero se le marchitaron las palabras al ver mi expresión.

-Perdona -dijo con timidez-. Pero... ¡has visto qué color de ojos! ¡Dios mío! Como brillantes hundidos en... en algo, una cosa... una delicia, como un cubo de amor... de miel.

-Farzad, haz el favor. Que todavía no he desayunado.

-Perdona, Lin. ¡Eso es! ¡Vamos a desayunar! ¿Vienes a mi casa? ¿Te vienes conmigo? Me prometiste que vendrías esta semana.

-Va a ser que no, Farzad.

-¡Ven, por favor! Tengo que ver a mis padres, bañarme y cambiarme de ropa antes de ir a trabajar. Ven conmigo. Todavía estarán desayunando, parte de la familia al menos, y les gustará conocerte. Sobre todo ahora que me has salvado la vida.

-No te he salvado...

-¡Por favor, *baba*! Confía en mí, de verdad, están esperándote y es muy importante que vayas y ¡mi casa es interesantísima!

-Mira...

-¡Por favor! ¡Por favor, Lin!

Cuatro motos frenaron en seco a nuestro lado. Eran hombres de la Sanjay Company. El jefe del grupo se llamaba Ravi, un joven soldado del equipo de Abdullah.

-Lin -saludó Ravi desde detrás de unas gafas de color mercurio-, nos hemos enterado de que unos Escorpiones están desayunando en uno de nuestros locales del Fuerte. Vamos a darles una paliza. ¿Te apuntas?

Miré a Farzad.

-Ya tengo cita para desayunar -contesté.

-¿Sí? -dijo Farzad.

-Vale, Lin -dijo Ravi, arrancando la moto-. Te traeré un recuerdo.

-No, gracias -respondí, pero ya se alejaba.

La zona del Fuerte quedaba a solo treinta minutos a pie desde donde nos encontrábamos y más o menos a la misma distancia de la mansión de Sanjay. Si efectivamente los Escorpiones estaban provocando una pelea tan cerca de casa de Sanjay, la guerra que este intentaba evitar negociando esperaba a la vuelta de la esquina.

-¿Crees que un día de estos me llevarán con ellos? -preguntó Farzad, viendo cómo las cuatro motocicletas se perdían en el tráfico-. Molaría un montón patear culos.

Miré al joven falsificador, al que la noche antes habían dejado inconsciente de una patada pero ya estaba pensando en patear a otros. No era cruel ni insensible: su violenta fantasía de una hermandad de sangre era solo una bravata juvenil. Farzad no era un gángster. Habían bastado unas horas en una celda para que se viniera abajo. Era un buen chico, en una mala Compañía.

-Como los acompañes algún día y yo me entere -dije-, el que va a patearte el culo seré yo.

Lo meditó un instante.

-Pero ¿vienes a desayunar, por favor?

-Fijo -respondí, pasándole un brazo por el hombro y dirigiéndolo hacia la moto.

Bombay, incluso en la actualidad, es una ciudad de palabras. Todo el mundo habla, en todas partes y a todas horas. Unos conductores les preguntan a otros direcciones, los desconocidos hablan con otros desconocidos, los polis con los delincuentes, la Izquierda con la Derecha, y si quieres mandar un paquete o una carta, tienes que incluir unas cuantas palabras sobre algún punto de referencia de los alrededores: enfrente del Heera Panna o cerca de la Copper Chimney. Y las palabras en Bombay, incluso las palabras pequeñas como «Ven, por favor», todavía implican aventuras, como si fueran velas de barco.

Farzad viajó de paquete el breve trayecto hasta Colaba Back Bay, cerca de Cuffe Parade, y fue señalándome sus lugares favoritos. Al chaval le gustaba hablar, y comenzó tres anécdotas inspiradas por los lugares que fuimos dejando atrás, pero no acabó ninguna.

Cuando aparcamos delante de la casa de sus padres levanté la vista hacia la enorme vivienda, de al menos tres alturas más desván a dos aguas. La impresionante casa de fachada triple compartía con otras dos el terreno entre dos calles, formando una pequeña manzana.

Adosada a otros hogares idénticos por ambos lados, la mansión Daruwalla era del estilo que más nos gusta a los defensores de Bombay Sur: florituras arquitectónicas heredadas del Raj británico esculpidas en granito y arenisca local por artistas indios.

Las ventanas lucían vidrieras de colores, arcos de piedra decorativos y rejas de hierro forjado de cuyas espirales brotaban hojas de parra metálicas. Un seto en flor proporcionaba privacidad y atemperaba el sol matinal.

La ancha puerta de madera flanqueada por pilares rajastaníes y ornada con intrincadas tallas geométricas se abrió silenciosamente cuando Farzad metió la llave y me invitó a pasar al recibidor.

El vestíbulo, de altas paredes de mármol, estaba engalanado con guirnaldas que partían de urnas situadas en hornacinas festoneadas. El incienso impregnaba el ambiente con aroma de sándalo. Justo delante, al otro lado de la puerta principal, una cortina de terciopelo rojo caía desde el techo hasta el suelo.

-¿Estás preparado? -preguntó teatralmente Farzad, con la mano en la división de las cortinas.

-Voy armado -respondí sonriendo-. No sé si te refieres a eso.

Farzad apartó una mitad de la cortina y la sujetó para mí. Cruzamos por un pasillo oscuro y llegamos a unas puertas plegables. Farzad retiró los paneles. Pasé.

El vasto espacio donde desembocaba el pasillo era tan alto que apenas distinguí algún detalle del soleado techo, y resultaba evidente que la anchura abarcaba mucho más que la casa de Farzad.

A nivel del suelo había dos mesas largas servidas para desayunar, con una quincena de asientos cada una. Varios hombres, mujeres y niños estaban sentados a las mesas.

Dos cocinas abiertas a la vista de todos y totalmente equipadas formaban los límites izquierdo y derecho de la planta baja. Más allá, diversas puertas al fondo y en los laterales de la vasta estancia conducían a otras habitaciones cerradas.

Recorrí con la vista los pisos superiores. Había escaleras que conectaban pasarelas de la altura de un hombre. Desde dichas pasarelas de madera, otras escaleras conducían a otras pasarelas todavía más altas, sobre andamios de bambú. Varios hombres y mujeres rascaban o desportillaban tranquilamente las paredes, desperdigados por las pasarelas.

Un hueco entre las nubes del monzón dejó entrar el sol desde las ventanas de las torrecillas. De pronto, el lugar se llenó de un resplandor amarillo topacio. Era como una catedral, pero sin el miedo.

-¡Farzad! -gritó una mujer, y todas las cabezas se volvieron.

-¡Hola, mamá! -respondió Farzad, con la mano en mi hombro.

-¿Hola, mamá? -chilló ella-. Te vas a enterar con eso del hola mamá. ¿Dónde te has metido?

Otros se reunieron con nosotros.

-He traído a Lin -dijo Farzad, confiando en que beneficiara a su causa.

-Ay, Farzad, hijo mío -sollozó la madre, asfixiándolo en un abrazo.

Y con igual rapidez lo apartó y le soltó un bofetón.

-¡Ay! ¡Mamá! -suplicó Farzad, frotándose la cara.

La madre de Farzad tendría cincuenta y tantos años. Era baja, de bonita figura y con un corte de pelo a lo garçon que favorecía la dulzura de sus rasgos. Llevaba un delantal floreado sobre un vestido

de rayas y un collar de perlas al cuello.

-¿En qué andas metido, niño malo? -preguntó la madre-. ¿Trabajas para los hospitales buscándoles pacientes a fuerza de provocarle a todo el mundo una cosa de esas?

-Un ataque al corazón -apuntó un hombre canoso que supuse que era su marido.

-Sí, provocándole uno de esos a todo el mundo.

-Mamá, no...

-¡Así que tú eres Lin! -lo interrumpió la mujer girándose hacia mí-. El tío Keki, que en paz descanse, hablaba mucho de ti. ¿De mí te habló? ¿De Anahita? ¿Su sobrina? ¿La mamá de Farzad? ¿La mujer de Arshan? Decía que había que hablar de filosofía contigo. Dime, ¿qué opinas del libre albedrío frente al dilema del determinismo?

-Deja al chico tranquilo, madre -pidió el padre de Farzad al tiempo que me estrechaba la mano-. Me llamo Arshan. Encantado de conocerte, Lin.

Entonces se volvió hacia Farzad, mirándolo con el ceño fruncido pero con expresión cariñosa.

-En cuanto a ti, jovencito...

-¡Te lo puedo explicar, papá! Lo que...

-¡Vas a explicarme la colleja que te va a caer! -gruñó Anahita-. ¿Me explicas toda la noche de preocupación sin pegar ojo? ¿Me explicas qué hacía tu pobre padre arriba y abajo por la carretera a las dos de la madrugada, buscándote, por si te había atropellado el camión del agua y te había dejado tirado como unos huevos revueltos en la cuneta?

-Mamá...

-¿Sabes cuántas cunetas hay por aquí? Más que en ningún otro lado. Y tu padre las ha revisado todas en busca de un cadáver de huevos revueltos. ¿Y tienes la desvergüenza de plantarte delante de nuestras narices sin un mísero rasguño en esa cara de bobo?

-Al menos podrías cojear -señaló un joven al acercarse a saludarlo-. O aparecer un poco desfigurado, *na*...

-Te presento a mi amigo Ali -dijo Farzad, intercambiando una sonrisa

arrepentida con el joven, idéntico a él en altura y peso y más o menos de la misma edad.

-*Salaam aleikum* -saludé.

-*Wa aleikum salaam* -dijo Ali, estrechándome la mano-. Bienvenido a la fábrica de sueños.

-Lin me ha sacado del calabozo esta mañana -anunció Farzad.

-¡Del calabozo! -chilló Anahita-. Habrías estado mejor en la cuneta con tu pobre padre.

-Bueno, ya está en casa, madre -dijo Arshan, empujándonos con delicadeza hacia la mesa situada a la izquierda de la vasta estancia-. Y apuesto a que los dos tienen hambre.

-¡Me muero de hambre, papá! -confirmó Farzad, dispuesto a sentarse a la mesa.

-¡Ni hablar! -replicó una mujer, tirándole de la manga.

Vestía un alegre *salwar kameez* de pantalones verde claro estrechos por los tobillos y amplia túnica de color amarillo anaranjado.

-¡Con las manos llenas de gérmenes del calabozo! A saber la de enfermedades que nos estás contagiando mientras hablamos. ¡Lávate las manos!

-¡Ya la has oído! -dijo Anahita-. ¡Lávate las manos! Y tú también, Lin. Podría haberte infectado con algo del calabozo.

-Sí, señora.

-Pero te aviso de antemano -me advirtió-: tiendo al determinismo, así que si prefieres el libre albedrío, presentaré batalla.

-Sí, señora.

-Y cuando se trata de filosofía, no me ando con chiquitas.

-Sí, señora.

Nos lavamos las manos en una pila de la cocina y luego nos sentamos a la larga mesa de la mitad izquierda de la enorme habitación. La mujer del *salwar kameez* nos sirvió unos cuencos de carne con una salsa de intenso aroma.

-Comed un poco de cordero, jovencitos -dijo, aprovechando la ocasión para pellizcarle la mejilla a Farzad-. ¡Travieso, mira que eres travieso!

-¡Si ni siquiera sabes lo que he hecho! -protestó Farzad.

-Ni falta que me hace -aseguró la mujer, retorciéndole de nuevo la mejilla-. Hagas lo que hagas, eres un niño travieso. Incluso cuando haces cosas buenas, las haces siendo travieso, ¿a que sí?

-Y descarado -añadí.

-Mejor no sigo por ahí... -convino Anahita.

-Gracias, Lin -musitó Farzad.

-De nada.

La mujer del *salwar* volvió a retorcerle la mejilla.

-Descarado, que eres un descarado.

-Te presento a la tía Zaheera -dijo Farzad, frotándose la cara-. La madre de Ali.

-Si prefieres la comida vegetariana -ofreció alegremente otra mujer, vestida con un sari celeste-, prueba el *daal roti*. Está recién hecho.

Depositó en la mesa dos cuencos de lentejas color azafrán y abrió una servilleta con dos *rotis* recién cocidos.

-¡Comed! ¡Comed! -ordenó-. No os cortéis.

-Y esta es la tía Jaya -apuntó Farzad por lo bajo-. Entre la tía Zaheera y la tía Jaya hay una especie de competición a ver quién cocina mejor, pero mi madre no participa. Mejor ser diplomáticos. Yo empiezo por el cordero y tú por las lentejas, ¿vale?

Acercó los cuencos y comenzó. La comida estaba deliciosa, y comí con ganas. Las dos mujeres se miraron, satisfechas con el resultado, y se sentaron a nuestro lado.

Unos cuantos adultos y niños se sumaron a la mesa. Algunos venían de los pisos de la planta baja, mientras que otros bajaron por las pasarelas interconectadas a reunirse con nosotros, de pie a nuestro lado o sentados a lo largo de la mesa.

Mientras Farzad engullía un generoso bocado de cordero con salsa *masala*, Anahita se le acercó por detrás y le soltó una colleja, tan

rápida e inesperada como la que le habría propinado Rayo Dilip. Los niños de alrededor se echaron a reír.

-¡Ay! ¡Mamá! ¿A qué viene esto?

-¡Deberías comer piedras! -declaró la mujer, blandiendo una mano amenazadora-. Piedras de las cunetas por donde te ha buscado tu padre en lugar de sabrosos trozos de cordero.

-Las lentejas también están sabrosas, ¿verdad? -me preguntó la tía Jaya.

-Ah, sí -me apresuré a confirmar.

-Tu pobre padre, toda la noche por las cunetas...

-Basta ya de cunetas, madre -sugirió el padre de Farzad-. Deja que el chico nos cuente lo que ha pasado.

-Anoche fui al Drum Beat -empezó a relatar Farzad.

-¡Oh! ¿Qué pincharon? -preguntó una chica guapa de unos diecisiete años.

Estaba sentada un poco más lejos y se inclinó sobre la mesa para ver la cara de Farzad.

-Mi prima Kareena, la hija de la tía Jaya -dijo Farzad sin mirarla-. Kareena, Lin.

-Hola -saludó, sonriendo tímidamente.

-Hola -respondí.

Al acabar el cuenco de legumbres, lo aparté con cuidado. De inmediato, la tía Zaheera empujó hacia mí el otro cuenco de cordero, tanto que casi me lo tira al regazo. Lo atrapé con ambas manos.

-Gracias.

-Buen cordero -me confió la tía Zaheera, guiñando el ojo-. Es bueno para los enfados y similares.

-Los enfados. Sí, señora. Gracias.

-O sea que estabas en la discoteca Drum Beat -dijo con calma Arshan-, contra la que te he advertido más de una vez, hijo.

-¿Advertido? ¿A este? -preguntó Anahita, dándole otra colleja a

Farzad.

-¡Ay! ¡Mamá! ¡Basta ya, *yaar*!

-¡Las advertencias le suenan a gloria! Se las come como si fueran caramelos. ¡Mmm, mmm, mmm! Te lo tengo dicho, con este niño solo funciona el condicionamiento operante, pero, claro, tú y tu Steiner. Diría que anoche tu hijo tuvo Steiner de sobra, ¿eh?

-No creo que puedas culpar a la Escuela de Steiner -intervino Jaya.

-Y que lo digas -convino Zaheera-. Es una metodología sensata, *na?* Anoche, sin ir más lejos, mi Suleiman opinaba...

-Y mientras estabas en la discoteca... -lo espoleó pacientemente Arshan.

-Bueno -dijo Farzad, vigilando la mano de su madre-. Había una fiesta y...

-¿Tenían bailes nuevos? -preguntó Kareena-. ¿Pincharon los temas de la nueva película de Mithun?

-Te los consigo esta tarde -se ofreció Ali, sin darse importancia, cogiendo un trozo del pan de Farzad y dándole un mordisco-. La música que quieras. Incluso de películas que aún no han estrenado.

-¡Hala! -exclamó la chica.

-Y mientras estabas en la discoteca... -insistió con firmeza Arshan.

-Y mientras estabas en la discoteca de la Escuela Steiner -interrumpió Anahita, levantando una mano-, libre como un pájaro, ¡tu padre te buscaba por las cunetas!

-No -replicó Arshan, a punto de perder la paciencia-. Estoy seguro de que lo de las cunetas fue después, corazón. A ver, ¿qué pasó en la discoteca para que acabaras en el calabozo?

-No... No estoy seguro -respondió Farzad, frunciendo el ceño-. Bebí demasiado. No lo negaré. Y me acuerdo de una pelea y de que la policía intentó cerrar el local. Lo siguiente que recuerdo es estar en el suelo. Me caí, creo. Y entonces un poli me dio una patada en la nuca, justo donde no paras de pegarme, mamá, y perdí el conocimiento. Me desperté en el coche patrulla y me encerraron sin dejarme llamar, ni siquiera pedirlo. Alguien informó a la Compañía y mandaron a Lin, que fue a sacarme. Me ha salvado la cara. Fijo.

-¿Ya está? -preguntó la madre de Farzad con el gesto torcido de desprecio-. ¿Esa es tu gran aventura?

-¡Yo no he dicho que fuera una gran aventura! -se quejó Farzad, pero su madre ya estaba de camino a la cocina.

-Gracias por traer al chico a casa, Lin -dijo Arshan, apoyando un instante la mano en mi hombro.

Volvió a concentrar su atención en Farzad.

-Para que quede claro: un policía te pateó la nuca mientras estabas tirado en el suelo. Tan fuerte que perdiste el conocimiento.

-Exacto, papá. Yo no estaba haciendo nada. Estaba demasiado borracho para hacer nada. Simplemente estaba tirado donde me había caído.

-¿Sabes el nombre del policía? -preguntó pensativo Arshan.

-Le llaman Rayo Dilip. Es el sargento de guardia de los calabozos de Colaba. ¿Por qué?

-¡Mi padre se subirá por las paredes! -dijo Ali-. Se quedará con la placa de Rayo Dilip. Atacará con la Facultad de Derecho al completo.

-Y el mío con el Colegio de Médicos -añadió Kareena, con la mirada encendida-. Conseguiremos que lo echen del cuerpo.

-¡Desde luego! -convino Jaya-. ¡Manos a la obra!

-¿Puedo decir algo?

Todos se giraron hacia mí.

-Conozco bastante bien a Rayo Dilip. No perdona fácilmente las rencillas. Ni siquiera perdona un soborno.

Hice una pausa, consciente de la atención del grupo.

-Continúa -pidió Arshan en voz queda.

-No se le puede echar. Se le puede complicar la vida una temporada y conseguir que lo trasladen un tiempo, quizá, pero no se le puede echar. Sabe demasiado de demasiada gente. Nadie dice que no lo merezca, pero si le amargáis la vida, antes o después regresará. Y cuando regrese acabará con vuestra felicidad. Posiblemente, para siempre.

-¿Insinúas que no deberíamos hacer nada? -preguntó Ali.

-Digo que si vais contra ese tipo, os preparéis para una guerra. No lo subestiméis.

-Estoy de acuerdo -dijo Arshan con calma.

-¿Qué? -preguntaron al unísono Ali y Jaya.

-Farzad ha tenido suerte. Lin tiene razón. Podría haber sido mucho peor. Y lo último que necesitamos en este momento es a un policía sociópata en casa.

-Y otro triunfo para el condicionamiento operante -dijo Anahita, de vuelta de la cocina-. ¿Qué os pasa a los seguidores de Steiner con lo de salir corriendo?

-No vuelvas a esa discoteca, Farzad -ordenó Arshan sin hacer caso de su mujer-. ¿Me oyes? Te lo prohibo.

-Sí, papá -respondió Farzad, agachando la cabeza.

-Vale -dijo Arshan, levantándose para recoger la mesa-. ¿Habéis terminado?

Anahita y Arshan se llevaron los platos a la cocina y regresaron con otros dos cuencos y dos botellines de refresco.

-Natillas -dijo Anahita, sirviéndonos los cuencos de natillas dulces-. Que endulzan la sangre.

-Y Rogers de frambuesa -añadió Arshan, dejando junto a los cuencos los botellines de refresco carmesí-. No hay problema en la vida que no se vea color de rosa con un buen vaso de Rogers de frambuesa frío. ¡Bebed!

-Me gusta cómo habéis dejado la casa -comenté-. ¿Quién la ha decorado? ¿Harlan Ellison?

Farzad miró a su padre.

-Me ha salvado la vida, papá. Las familias han votado. Creo que es el momento. ¿Qué opinas?

-Me parece que sí -murmuró Arshan, echando un vistazo a la red de escaleras, escalerillas y pasarelas a lo Escher que trepaban por la vasta cámara con forma de media esfera.

-¿Eso es un sí? -preguntó Farzad.

Arshan pasó las piernas por encima del banco donde estaba sentado y me miró a los ojos.

-¿Qué dirías que estamos haciendo aquí? -me preguntó.

-Pues voy a saltar a ciegas desde una de las pasarelas y a decir que estáis buscando algo.

-Exacto -respondió Arshan con una mueca que dejó ver una dentadura perfecta de dientes blancos y pequeños-. Entiendo por qué le gustabas al tío Keki. Es justo lo que estamos haciendo. Todo esto, todo lo que ves, es una búsqueda del tesoro, de un cofre del tesoro muy valioso.

-Hummm... ¿Como el cofre del tesoro de un pirata?

-En cierto modo. Pero el tesoro de un mercader... algo más pequeño y mucho más valioso.

-Debe de serlo, para tanta reforma...

-Farzad. Trae la lista.

Cuando Farzad se fue, su padre comenzó a explicarse.

-Mi bisabuelo fue un hombre de éxito. Amasó una fortuna considerable. Incluso después de dedicar dinero a la caridad y las obras públicas de acuerdo con la tradición parsi, su riqueza era comparable a la de cualquier industrial o mercader de la época.

Farzad regresó y se sentó a mi lado en el banco. Le entregó un pergamino plegado a su padre. Arshan apoyó la mano en el documento mientras concluía la explicación.

-Cuando los británicos vieron la pintada en la pared y comprendieron que su dominio tocaba a su fin empezaron a abandonar Bombay, algunos a todo correr. Muchos de los empresarios británicos más adinerados temían que la independencia trajera una reacción violenta contra ellos y sus mujeres. Las últimas semanas fueron de una gran confusión.

-Y tu bisabuelo estaba en el lugar adecuado en el momento oportuno.

-Era cosa sabida que mi tatarabuelo tenía mucho dinero en efectivo no declarado, fuera de las cuentas corrientes -dijo Farzad.

-Nunca se rindieron cuentas del dinero -añadió Arshan.

-Y ese dinero perdido -dije- sirvió para comprar las posesiones de los británicos a la fuga.

-Exacto. Temiendo que las autoridades indias robaran o saquearan las joyas que tenían, y quién sabe, algunos lo habrán hecho, muchos británicos las vendieron antes. Mi bisabuelo compró muchas de ellas en los meses previos a la independencia y las escondió...

-En algún lugar de la casa -concluí por él.

Arshan suspiró, y dejó vagar la vista por las pasarelas y conductos que se abrían paso por la entretejida cesta de la cámara.

-¿Y no hay ninguna pista del escondite?

-Ni una palabra -dijo Arshan suspirando y desplegando la carta de pergamino entre nosotros-. El documento que encontramos dentro de un libro es muy específico en cuanto al tipo y el número de gemas y al hecho de que se escondieron, incluso describe el cofre donde se guardaron, pero no dice nada del lugar. Mi bisabuelo era propietario de las tres casas de la manzana y vivió y trabajó en todas ellas.

-Así que os pusisteis a buscar.

-Buscamos en las habitaciones, en todos los muebles. Rebuscamos en todas partes a la caza de cajones secretos. Después buscamos escondites en las paredes, puertas ocultas y cosas por el estilo. Al no encontrar nada, vimos que tendríamos que empezar a derribar paredes.

-Empezamos por aquí, por los tabiques de nuestra casa -continuó Anahita, mientras Kareena me servía té en una taza de porcelana fina-. Pero luego, cuando comenzamos con esa cosa...

-La medianera -la ayudó Arshan.

-Sí, cuando empezamos a derribar esta cosa, empezó a caer de todo en casa de los vecinos, los Khan.

-Como mi reloj iluminado favorito -apuntó Zaheera, compungida-. Tenía una cascada y parecía que cayera agua sin parar. Pero se cayó y acabó roto en mil pedazos. No he encontrado un buen reloj desde entonces.

-Y cuando empezaron a lloverles cosas los Khan vinieron a preguntar

qué hacíamos.

-Que es cuando intervino mi padre -añadió Ali, el joven amigo de Farzad.

-Literalmente -bromeó Farzad.

-Desde entonces las dos familias están muy unidas -dijo Ali-. El tío Arshan y la tía Anahita decidieron contarle a mi padre lo que estaban haciendo y lo invitaron a participar en la búsqueda del tesoro.

-Pensamos que mi bisabuelo podía haber escondido la caja de las joyas en la pared medianera -añadió Arshan-. En su época se hicieron muchas reformas y cambios en las casas, y no había manera de perforar las paredes sin afectar a los Khan.

-Esa noche mi Suleiman, después de pasar por aquí, llegó a casa y convocó a toda la familia -explicó la tía Zaheera-. Nos contó lo del tesoro y la invitación a participar en la búsqueda, incluso aunque implicara derribar la pared que separaba las dos casas. ¡Nos arrancamos a hablar todos a la vez como locos!

-Moló bastante -comentó Ali.

-Y a discutir -dijo Zaheera-. Pero después de hablar con el corazón decidimos sumarnos a la caza del tesoro y empezamos a derribar la pared al día siguiente.

-Pero el tesoro no estaba en la pared -continuó la chica guapa, Kareena-. De momento no lo hemos encontrado. Y ahí mi padre entró en la *mela*.

-Arshan y Anahita nos invitaron a una charla -rememoró Jaya, sonriendo-. Cuando llegamos, nos encontramos a todos los Daruwalla y los Khan y los derribos. Luego nos propusieron participar en la búsqueda porque pensaban que el tesoro quizá estuviera en la pared del otro lado, entre las otras dos casas. Y nos necesitaban para buscar en las plantas superiores. Mi marido, Rahul, aceptó de inmediato, en el acto. Le vuelven loco las aventuras.

-Esquía -apuntó Kareena-. En la nieve.

La gente movió la cabeza, asombrada.

-¿Y estáis totalmente seguros de que el tesoro está aquí?

-Fijo -confirmó Farzad-. Al no encontrarlo en aquella pared,

empezamos a buscarlo por los techos y los suelos de las diferentes plantas. Está aquí y lo encontraremos.

-Esto es como un manicomio para cuerdos -concluyó Kareena-. Con tres familias felices, una hindú, otra musulmana y otra parsi, viviendo juntas.

La gente de mi alrededor, miembros de las tres extensas familias de las tres religiones, se encogió de hombros y sonrió.

-Aquí no hay primeros ni últimos -puntualizó Arshan en voz baja-. Vamos todos a una. Hemos acordado repartir el tesoro en tres partes iguales, una para cada familia.

-Si lo encontráis -dije.

-Cuando lo encontremos -me corrigieron varias voces.

-¿Y desde cuándo dura la búsqueda?

-Llevamos unos cinco años -contestó Farzad-. Empezamos justo después de encontrar el pergamino. Los Khan se incorporaron al año y los Malhotra unos seis meses después. Desde que empezó, me ha dado tiempo de ir a la universidad, a Wall Street y volver.

-Pero no trabajamos de esto -explicó Kareena Malhotra-. Mi padre es médico. El padre de Ali, el tío Suleiman, enseña derecho en la Universidad de Bombay. El tío Arshan es arquitecto, por eso podemos hacer tantas reformas sin que se nos caigan las casas. Y todos los demás estudiamos, los que no trabajamos fuera a jornada completa, o nos ocupamos de los niños en casa.

-A la caza del tesoro nos dedicamos sobre todo por las noches y en vacaciones -añadió Ali-. O si tenemos un día libre, como hoy, que todos estábamos preocupadísimos porque Farzad no había venido a dormir. Gracias por el día de fiesta, primo.

-A mandar -respondió Farzad con una sonrisa.

-Y tenemos dos cocinas -anunció en tono triunfal Anahita-. Vegetariana y no vegetariana, o sea, que no hay problemas.

-Eso -recalcó la tía Jaya-. En realidad, gran parte de las diferencias entre las comunidades se reducen a *ghobi* y *gosht*, coliflores y kebabs. Si tienes dos cocinas, todos comen lo que les gusta y todo marcha sobre la cosa esa...

-Ruedas -la ayudó Anahita, y ambas se sonrieron.

-Vamos todos a una, para bien o para mal -añadió Ali-, así que no nos peleamos.

-Solo discutimos de filosofía -le corrigió Anahita.

-Por interesante que sea este misterio... -dije, pero Farzad me cortó.

-Te dije que era interesante, ¿a que sí?

-Eh... sí. Pero sigo sin entender por qué me lo contáis.

-Tenemos un problema -dijo sin más Arshan, mirándome a los ojos con expresión grave-. Y confiábamos en que pudieras ayudarnos.

-A ver, cuéntame.

-Hace unas semanas vino un inspector municipal -dijo Ali- y revisó algunas de las obras.

-No sabe lo que estamos haciendo, claro está -añadió Farzad-. Le dijimos que estamos reformando las casas para dividirlas en pisos.

-¿Por qué vino? -pregunté.

-Creemos que lo avisó un vecino -explicó Arshan-. Hará unos meses vio cómo nos traían algunas vigas de acero. Para apuntalar los arcos cuando retiramos tramos de pared.

-El vecino había intentado comprarnos la casa años atrás -explicó Anahita-. El muy pícaro intentó todos los trucos habidos y por haber para obligarnos a vender. Como nos negamos se puso como una mona.

-Y trae mala suerte meterse con una mona -apuntó Zaheera, asintiendo sabiamente.

-¿Incluso en los símiles? -preguntó Anahita, en serio.

-Solo digo que, en cuestión de monas, es mejor ser prudente. Probablemente incluso con los símiles.

El grupo en pleno asintió.

Tras un breve silencio, volví a hablar.

-O sea que, monas aparte, ¿qué necesitáis de mí?

-Permisos de obra -respondió Arshan, devolviéndonos al presente-. El funcionario municipal, después de mucho negociar, aceptó un soborno para dejarnos continuar... las reformas. Pero insiste en que obtengamos los permisos pertinentes o unas copias bien hechas.

-Para cubrirse las espaldas -dijo Ali.

-Él no puede falsificar los permisos ni robarlos -añadió Farzad-. Pero si los conseguimos, ha prometido que dará por terminada la inspección.

-Si los consigues por nosotros -corrigió Arshan.

-Sí, si los falsificas, el inspector los firmará y nos dejará seguir con la búsqueda del tesoro como siempre. Sin problemas. Fijo.

-Y ya está -suspiró Arshan, apoyando los codos en la larga mesa-. Si no puedes ayudarnos tendremos que dejarlo. Pero si puedes, podremos continuar hasta dar con el tesoro.

-Podrías hacer tú los documentos -le dije a Farzad-. Se te da bastante bien. No me necesitas.

-Gracias por el cumplido -dijo con una sonrisa-, pero hay un par de problemas. El primero, que no tengo contactos en el Ayuntamiento. Y el segundo, que los chicos de la fábrica no acatarían mis órdenes para un encargo así y probablemente se lo contarían a Sanjay. En cambio tú...

-¿Y yo por qué estoy siempre del otro lado?

-Tú puedes falsificarlos con discreción o dejarme que lo haga yo porque eres el jefe de la fábrica -prosiguió Farzad-. Con tu ayuda se harían sin que nadie se enterase.

-Os parecerá una pregunta extraña -dije, mirando las caras expectantes que me observaban-, pero es todavía más extraño no preguntar: ¿por qué pensáis que después de ayudaros no informaré a Sanjay?

-Es una pregunta justa -admitió Arshan-, y confío en que no te ofendas si te confieso que no es la primera vez que se plantea en esta sala. El resumen es que necesitamos que nos ayudes y creemos que podemos confiar en ti. El tío Keki te tenía en alta estima. Nos contó muchas veces que estuviste con Khaderbhai hasta el final y que eres un hombre de honor.

El empleo de la palabra «honor» me llegó al alma, sobre todo porque me pedían que le ocultara información a mi jefe, Sanjay. Pero me gustaban. Me gustaban más que Sanjay. Y Sanjay ya era bastante rico. No necesitaba una parte del tesoro, si es que llegaban a encontrarlo.

-Tendréis los permisos esta semana -dije-. Le diré a Sanjay que es un favor para un viejo amigo, como así es. Ya he hecho trabajillos aparte alguna vez. Pero se acaba aquí. No quiero que después Sanjay me venga con historias, Farzad. ¿Estamos?

El grupo de gente que me rodeaba estalló en vítores y aplausos. Varios de ellos se abalanzaron a darme palmadas en la espalda, abrazarme y estrecharme la mano.

-¡Muchísimas gracias! -dijo Arshan, sonriendo contento-. Estábamos muy preocupados con el asunto del Ayuntamiento. Es el primer reto serio al que nos enfrentamos por la búsqueda. Ocurre que... disfrutamos con esto y... bueno, si el Ayuntamiento nos impide seguir, estaríamos tan perdidos como el cofre.

-Y no esperamos que lo hagas porque sí -añadió Farzad-. ¡Díselo, papá!

-Si aceptas, queremos ofrecerte un uno por ciento del tesoro -dijo Arshan.

-Si lo encontráis -puntualicé, con una sonrisa.

-Cuando lo encontremos -me corrigieron varias voces.

-Cuando lo encontréis -convine.

-Y ahora... ¿un poco más de *roti*? -ofreció Jaya.

-Y un poco de pollo -propuso Zaheera.

-Y un sándwich de huevo al curry -sugirió Anahita- con un buen vaso de refresco de frambuesa.

-No, no, gracias -rechacé inmediatamente, levantándome y alejándome de la mesa-. Todavía estoy lleno. Quizá la próxima vez.

-La próxima vez seguro -dijo Anahita.

-Claro, seguro.

-Te acompaño -se ofreció Farzad mientras me retiraba por los

cortinajes que cerraban la parte delantera de la casa.

El grupo al completo nos acompañó a la puerta.

Me despedí, estreché manos e intercambié abrazos y crucé el recibidor hacia la calle con Farzad.

Un chaparrón del monzón había empapado la calle, pero los nubarrones se habían despejado y un sol resplandeciente convertía en vapor la humedad de las superficies mojadas.

No sé por qué la primera impresión de la calle me resultó desconocida y extraña, como si el peculiar megacosmos de pasarelas y pasadizos de la gigantesca sala con forma de campana de la casa de Farzad fuera el mundo real y la calle destellante y vaporosa un sueño.

-Esto... Eh... Espero que no te haya asustado mi mejunje familiar -musitó Farzad.

-Para nada.

No te parece... un poco... loco, *na?* Lo que hacemos.

-Todo el mundo busca algo. Y por lo que he visto, parecéis felices.

-Lo somos -se apresuró a confirmar.

-¿A qué loco no le gusta la felicidad?

El joven parsi me abrazó con fuerza por puro impulso.

-¿Sabes, Lin? -dijo al separarnos-. La verdad es que quería pedirte algo más.

-¿Ya?

-Sí. Si alguna vez consigues el teléfono de aquella chica, el bellezón de los ojos encantadores, Divya, la de esta mañana en comisaría...

-No.

-¿No?

-No.

-¿De verdad? ¿No?

-No.

-Pero...

-No -reiteré con delicadeza, sonriendo al ver su desconcierto.

Él negó con la cabeza, se giró y regresó al interior del edificio, de la colmena, del hogar. Yo miré al sol y me quedé un rato disfrutando del olor a lluvia de la calle.

El dinero también es una droga, por supuesto, pero no me preocupaba la extensa familia de Farzad. No estaban enganchados. Todavía. Habían destrozado sus casas, sí, pero las habían sustituido por un espacio común y compartido. Habían puesto sus vidas patas arriba, pero era una aventura: un viaje interior. Habían encontrado sentido al sueño que vivían. Para ellos todavía era divertido y por eso mismo me caían estupendamente.

Estaba de pie, de cara al sol, con aspecto sereno, muy sereno, y llorando por dentro. A veces la visión de lo que has perdido, reflejada en otro amor, es demasiado: demasiado de lo que fue y ya no es.

Familia, hogar: palabras sencillas que se alzan como atolones en los terremotos del corazón. Pérdida, soledad: palabras sencillas que anegan los valles de los solitarios.

En la isla del presente, Lisa estaba alejándose y la mención de un nombre había lanzado un hechizo: Karla. Karla.

Es una locura intentar amar cuando el ser a quien de verdad amas, el que naciste para amar, está perdido en algún lugar de esa cuadratura del círculo que es una misma ciudad. Es una locura desesperada intentar amar. El amor no se intenta: el amor es inmediato, inexorable. La mención de Karla había encendido un fuego en mi interior y mi corazón no paraba de recordármelo.

Karla y yo éramos náufragos porque nos habían expulsado, a los dos. Lisa y el resto de la gente brillante a la que queríamos o intentábamos querer eran voluntarios que navegaban hacia la Ciudad Isleña en sueños. Karla y yo nos arrastrábamos por la arena desde barcos que nosotros mismos habíamos hundido.

Yo estaba roto. Era un objeto roto y solitario. Quizá Karla, a su modo, también.

Miré la casa con cúpula: entradas separadas en el exterior, vidas unidas en el interior. Encontraran o no el tesoro, aquella maravilla, aquel milagro, ya era una plegaria atendida.

Volví a girarme hacia el sol después de la tormenta y a reincorporarme al mundo de exiliados que constituía mi hogar.

Desvié la moto desde la casa de Farzad hacia el ancho bulevar doble que bordeaba la costa norte de la Ciudad Isleña. Densos nubarrones borrascosos se cerraban en el cielo y oscurecían la calle.

Entré en una ensenada abrigada y aminoré la velocidad.

Largos botes pesqueros pintados de azul, rojo y verde chillón esperaban en la orilla a ser reparados. Las sencillas cabañas de los pescadores se apoyaban unas en otras, con las protecciones de plástico sujetas a los tejados ondulados mediante ladrillos y bloques rotos de hormigón para hacer frente a los vientos tormentosos.

Las redes estaban tendidas en postes de madera. Los hombres las arreglaban ensartando carretes de hilo por los agujeros y tejiendo nudos. Los niños jugaban en la arena, desafiando a la incipiente tormenta y persiguiéndose entre las embarcaciones y las redes de pesca.

Desde el amanecer, la pequeña bahía constituía una parte reducida pero importante de la comunidad pesquera local. Pasada la medianoche constituía una parte reducida pero importante de la comunidad estraperlista local, que utilizaba los botes para transportar tabaco, whisky, divisas y drogas.

Cada vez que pasaba por la playa la escudriñaba en busca de caras conocidas o indicios de tráfico ilegal. Para mí no revestía un interés personal: Farid Arreglatodo gestionaba la bahía, y sus beneficios y oportunidades le pertenecían. Lo que atraía mi atención era simple curiosidad profesional.

Todos los que trabajábamos en el mercado negro conocíamos hasta el último rincón de Bombay Sur donde florecía el crimen y todos nosotros lanzábamos una mirada discreta y escrutadora cada vez que pasábamos por uno de ellos. «Empezamos en cuevas y lugares oscuros -me dijo una vez Didier-, y los delincuentes seguimos echándolos de menos.»

Dejé vagar la mirada de vuelta a la ancha carretera doble y vi tres motos pasar de largo en sentido opuesto. Escorpiones. El hombre que conducía en el centro era Danda. Uno de los otros era Hanuman, el grandullón que me había propinado una paliza profesional en el almacén.

Paré la moto, la puse en punto muerto y ajusté el retrovisor para

verlos. Se habían detenido en un semáforo, a cierta distancia detrás de mí. Mientras miraba por el retrovisor hablaban y discutían, pero luego dieron media vuelta y vinieron a por mí. Suspiré y agaché la cabeza un segundo.

No quería enfrentarme a ellos, pero estaba en mi zona y tampoco quería conducirlos hacia alguno de los centros de operaciones de la Compañía. Era demasiado orgulloso para huir, no quería que me persiguieran hasta los brazos de mis amigos de la Compañía, a escasas calles de distancia.

Metí la marcha, embragué, le di fuerte al acelerador y giré la moto en un círculo cerrado. Aceleré y salí disparado hacia los Escorpiones por su mismo carril.

No tenía nada que perder. Eran tres y, de todos modos, aunque la carga contra ellos no me funcionase iba a verme en apuros. Ya me había arrojado antes de alguna moto en marcha, y prefería arriesgarme a un accidente que provocar una masacre. Y mi moto me apoyaba en todo, hasta el final, igual que yo a ella.

En cambio, ellos debían de tener algo que perder o unas motos menos leales: se desviaron en el último momento.

Dos giraron ruidosamente en espiral mientras intentaban recuperar el control del vehículo. El tercero salió disparado en un trompo y chocó contra un muro al borde de la carretera.

Frené en seco, di una media vuelta brusca con mi bota derrapando sobre el asfalto mojado y apoyé la moto en el caballete mientras apagaba el motor.

El motorista derribado trató de levantarse. Era Danda, y yo sin la loción para el afeitado. Lo saludé con sendos puñetazos de derecha e izquierda que lo devolvieron de espaldas al suelo.

Los otros Escorpiones soltaron las motos y corrieron a por mí. Lo sentí por las motos.

Agachándome, esquivándolos y pegando donde pude, luché contra los dos Escorpiones en la cuneta, junto a las motos tiradas. Los coches aminoraban al pasar, pero ninguno se paró.

Danda, tras recuperarse de los puñetazos, se acercó corriendo. Tropezó con sus amigos y se abalanzó sobre mí, agarrándose a mi camiseta para no caerse.

Yo resbalé en el suelo mojado y caí de espaldas. Danda me aterrizó encima, gruñendo como un animal.

Hurgaba con la cabeza al lado de la mía, tratando de morderme. Noté su boca en el cuello, la humedad de la lengua, y el bulto duro de la cabeza mientras forcejeaba para acercarse lo bastante para hincarme los dientes.

Sus dedos se aferraban a mi camiseta. No podía zafarme de él. Los otros dos Escorpiones me pateaban tratando de acertar en los huecos que se abrían entre el cuerpo de Danda y el mío. Fallaron un par de veces y golpearon a Danda. Ni siquiera se inmutó.

A mí no me habían hecho daño, o al menos nadie me había dado como es debido. Notaba la presión de los dos cuchillos en la espalda, aplastados contra el suelo. Tenía una política: no desenfundaba a menos que el otro fuera armado o se tratara de una cuestión de vida o muerte.

Conseguí rotar, que Danda me soltara la camiseta e incorporarme rápidamente. Debería haberme quedado en el suelo. Tenía a Hanuman detrás. Me agarró del cuello por la espalda. Y empezó a estrangularme con toda la fuerza de su brazo.

Danda volvió a por mí embistiendo con la cabeza. Era un mordedor. Yo había conocido a uno en la cárcel: un hombre a quien de pronto le dio por morder hasta que a todos sus contrincantes les faltó un pedazo. Una víctima lo desdentó a golpes y así nos quedamos tranquilos, lo mismo que estaba meditando hacer yo con Danda.

Lo tenía pegado a mí, con la cabeza encajada debajo del brazo de Hanuman y los dientes mordiéndome el brazo. No podía pegarle en ningún sitio que le obligara a soltarme.

Tanteé por arriba con la mano, cogí a Danda de la oreja y tiré fuerte. Noté que el pabellón entero cedía, que se desgajaba de la cabeza. Cuando Danda paró de morder, dejé de tirar.

Danda chilló y se lanzó hacia atrás cubriéndose la herida sanguinolenta.

Yo cambié la mano de sitio y traté de colarla entre Hanuman y mi cuerpo. Quería coger uno de los cuchillos o agarrarle un huevo, tanto daba.

El tercer hombre vino a por mí. Enfurecido, empezó a pegarme en la cabeza y se acercó demasiado. Le di una patada en los huevos. Le

sentó como si hubiera recibido un tiro.

Agarré un cuchillo por la empuñadura al tiempo que la oscuridad cerraba su mano alrededor de mi cuello. Desenfundé. Intenté apuñalar al grandullón en la pierna. Fallé. El cuchillo resbaló por su costado.

Lo intenté otra vez. Fallé. Luego la hoja tocó carne, un corte pequeño en el borde exterior del muslo de Hanuman. Hanuman se estremeció.

Suficiente para orientarme. Ataqué de nuevo y clavé la hoja en pleno muslo. El grandullón dio un bandazo tan repentino que casi pierdo el cuchillo.

El brazo no aflojó. Yo había actuado según me habían entrenado, había girado la barbilla hacia la parte interior de su codo para aliviar la presión del cuello. Inútil. Estaba sucumbiendo.

Era como si una voz, confusa y sorda, me llamara por mi nombre. Me retorcí contra los músculos y los huesos del brazo de Hanuman. Oí una voz.

«No mires, chico», dijo.

Vi algo, un puño, cayendo del cielo. Era enorme, grande como el mundo. Pero justo cuando debería haberme aplastado la cara, golpeó en otra parte, tan cerca que noté la vibración. Y golpeó otra vez y otra más.

Y el brazo que me atenazaba el cuello comenzó a relajarse y Hanuman se arrodilló y cayó de cabeza, como si la tuviera de plomo.

Rodé y me levanté, en guardia, con los puños pegados a la cara, tosiendo y jadeando. Miré alrededor. Concannon estaba de brazos cruzados junto a Hanuman, tirado en el suelo.

Me sonrió y luego me alertó con una leve inclinación de la cabeza.

Me giré rápidamente. Era Danda, con los dientes ensangrentados, con los ojos ensangrentados y con una oreja ensangrentada. Y yo sin loción para el afeitado.

Me lanzó un feroz puñetazo intentando noquearme. Falló. Le golpeé en el tajo del que le colgaba la oreja por una lengua de piel. Chilló, y empezó a llover. Descargó una lluvia repentina.

Danda echó a correr agarrándose el lado de la cabeza mientras la lluvia le manchaba de rojo la camisa. Yo me giré y vi a Concannon

dándole una patada a otro Escorpión a la fuga. El hombre aulló y alcanzó a Danda, con quien salió dando tumbos hacia una parada de taxis.

Hanuman gruñó, espabilado por la lluvia. Se arrodilló, se incorporó con dificultades y comprendió que estaba solo. Titubeó.

Yo me apresuré a mirar a Concannon. El irlandés sonreía de oreja a oreja, con los dientes apretados.

-Señor -dijo en voz baja-, haz que este hombre sea lo suficiente estúpido para escapar.

Hanuman huyó, salió renqueando detrás de sus amigos.

Mi navaja estaba tirada bajo la lluvia, ensangrentando el asfalto. Calle adelante, los Escorpiones cayeron sobre un taxi que salía de la parada. Recogí la navaja, la limpié, la plegué y la devolví a la funda.

-¡Joder qué pelea! -dijo Concannon, dándome una palmada en el hombro-. Vamos a celebrarlo.

No me apetecía, pero le debía eso y más.

-De acuerdo.

Debajo de un árbol inmenso cerca de donde estábamos había un puesto de té. Empujé la moto hasta el cobijo del árbol. Acepté el trapo que me tendía el vendedor de té y la sequé. Cuando terminé, eché a andar de vuelta a la carretera.

-¿Adónde cojones vas?

-Vuelvo enseguida.

-Vamos a tomarnos un puto té como gente civilizada, bárbaro australiano.

-Vuelvo enseguida.

Las motos abandonadas de los Escorpiones seguían en la cuneta bajo la lluvia, derramando gasolina y aceite. Las recogí, las resguardé junto a un muro de piedra y regresé con Concannon al tiempo que nos servían el té.

-Has tenido suerte de que apareciera -dijo, sorbiendo un poco de té.

-Me las apañaba.

-Y una mierda -se rió.

Lo miré. Cuando alguien tiene razón, tiene razón.

-Y una mierda -me reí-. Menudo loco cabrón estás hecho. Y de todos modos, ¿qué haces por aquí?

-Mi tienda de hachís favorita estaba por los alrededores -respondió, señalando con el pulgar por encima del hombro hacia Cuffe Parade-. Pero alguien arrojó a un tío de la azotea y aterrizó justo encima. Y encima de Patel Brillante, el propietario.

-No me digas.

-Lo bueno es que también le cayó encima a un cantante y ahora me ahorro una pasta. Antes le pagaba religiosamente. Era la única manera de que dejase de cantar. ¿Por dónde iba?

-Estabas contándome lo que haces por aquí.

-Ah, o sea que crees que estoy siguiéndote. ¿Es eso? Debes de tenerte en muy buena consideración, chico. Porque solo he venido a pillar.

-Ajá.

Pasó un rato. En un silencio curiosamente perturbador entre dos hombres, perturbador por diversas razones.

-¿Por qué me has ayudado?

Me miró con una expresión ofendida que parecía sincera.

-¿Y por qué no iba a ayudar un blanco a otro blanco en este puto nido de salvajes?

-Ya estamos otra vez.

-Vale, vale -se apresuró a decir, apoyándome una mano en la rodilla para serenarme-. Sé que tienes buen corazón. Del género compasivo. Es la gracia que tienes, ya ves. Si te apiadas hasta de las motos, por Dios. Pero no te gusta que hable con franqueza. No te gusta cuando llamo salvajes a los morenos ni mariconas a las sarasas.

-Se acabó la conversación, Concannon.

-Escúchame, tío. Sé que te ofende. Lo comprendo. De verdad. Es algo

que no me gusta de ti, pero lo respeto. Seré franco. No respeto la amabilidad. En el fondo, no la respeto. Sabes de qué hablo. Tú también has estado entre rejas, del otro lado, igual que yo. Pero eres un hombre compasivo a pesar de que te pareces a mí más de lo que crees.

-Concannon...

-Espera. No he terminado. La compasión es una cosa muy rara. Nace de dentro. La gente la reconoce cuando la ve porque no se puede fingir. Lo sé. Lo he intentado. Se me daba fatal. Me ponía enfermo cuando lo intentaba. Tenía que volver a ser auténtico, un cabrón despiadado, para recuperarme. Seré un cabrón despiadado, pero soy auténtico, ¿verdad? Y me atraen las cosas auténticas incluso cuando no me gustan. ¿Entiendes?

-No me conoces -dije, mirándole a los ojos.

-Bueno, en eso te equivocas -replicó con una sonrisa-. Llevo cierto tiempo en Bombay. A los pocos días de llegar, oí mencionar tu nombre a unos tipos bastante desagradables en un fumadero de opio. Luego lo oí otra vez, dos veces seguidas. Al principio creí que estaban hablando de dos extranjeros distintos, hasta que comprendí que Lin y Shantaram eran el mismo cretino maleducado. Tú.

-O sea que sí estabas siguiéndome.

-Yo no he dicho eso. Lo que he dicho es que me intrigaste. Empecé a preguntar por ti. Me preocupé de conocer a gente que te conociera y con la que tuvieras trato. Si conozco incluso a tu novia.

-¿Qué?

-¿No te lo ha dicho?

Sonrió. Empezaba a molestarme aquella sonrisa.

-Me pregunto por qué no te lo habrá contado. A lo mejor le gusto.

-¿De qué cojones hablas?

-No es nada. La conocí en una exposición.

Mi ceja arqueada lo provocó.

-¿Qué? ¿Como soy un zoquete norirlandés que solo come patatas no puede interesarme el arte? ¿Es eso?

-Al grano.

-No hay grano, tío. Conocí a Lisa... se llama así, ¿no?, en una exposición. Charlamos. Nada más.

-¿Por qué?

-Mira, ni siquiera supe que era tu novia hasta que una de sus amigas te mencionó y até cabos, por así decir. Te lo juro.

-Mantente alejado de ella, Concannon.

-¿Por qué? Creo que le caí bien. Me parece que conectamos. Desde luego, a mí me gustó. Un día de estos tendrás que dejarla, aunque seguro que ya lo sabes, ¿eh?

-Se acabó -dije, levantándome.

-¡Un momento! -rogó, levantándose conmigo y tomándome suavemente del brazo-. Por favor. No quiero discutir contigo, tío. No... es decir... no quería molestar. Es que soy así. Sé que es una jodienda. De verdad. Pero no puedo evitarlo. Es lo que te decía antes, sobre ti. Incluso aunque no te guste, tienes que admitir que es auténtico. Ser auténtico es así. De verdad que no intentaba ofender. Y de verdad que me gustaría hablar contigo.

Me resistí, mirándole a los ojos y tratando de interpretar su mirada. Tenía las pupilas minúsculas: puntitos perdidos en una oleada azul hielo. Miré para otro lado.

En la carretera cercana, una furgoneta de tráfico paró junto a las motos de los Escorpiones. Una cuadrilla de trabajadores saltó de la parte trasera y arrastró las motos hasta la furgoneta, luego las subieron y las amontonaron con otras que también habían aparcado mal.

Concannon siguió mi mirada mientras observaba la operación.

-Si yo no hubiera aparecido -dijo en voz baja-, ahora podrían estar recogiendo tu cadáver.

Tenía razón. Concannon no me gustaba y estaba casi seguro de que estaba loco. Pero había intervenido justo a tiempo y me había salvado.

Volví a sentarme. Concannon pidió otros dos vasos de té. Lió un porro pequeño con dedos gruesos pero ágiles.

-¿Fumas conmigo?

Acepté el porro y lo encendí mientras él sostenía la cerilla protegiéndola con las manos. Al poco, se lo devolví.

-Puesto que no dejas de ofenderte y molestarte y te mueres por pelearte conmigo o dejarme plantado, iré directo al grano -dijo, expulsando una columna de humo gris azulado.

-¿De qué?

-Estoy montando una banda, y quiero que estés conmigo.

Me tocó a mí reírme.

-¿Dónde está la gracia?

-Bueno... ¿Y por qué?

-¿Por qué una banda? -preguntó, pasándome el canuto-. Lo normal. Para comprar armas, amenazar y mutilar, asustar a la gente para que nos regale camiones cargados de dinero, gastar camiones cargados de dinero y morir en el intento.

-¿Morir en el intento? ¿Así te vendes?

Justo entonces un hombre llamado Jibril, que criaba caballos en los establos del suburbio más cercano, se me acercó. Me levanté a saludarlo.

Era un hombre delicado, tímido, y al que incomodaba un poco hablar con seres humanos, pero parlanchín y cariñoso en su trato con los caballos.

Su hija mayor había tenido fiebre hacía escasas semanas y había enfermado de gravedad. Jibril había acudido a mí y había aceptado someterla a un chequeo de toxicidad vírica de amplio espectro.

Yo había pagado las pruebas en una clínica privada y los resultados habían revelado que tenía leptospirosis, una enfermedad en ocasiones mortal que transmitía la orina de las ratas. Como se le había detectado pronto, la niña respondió bien al tratamiento.

Jibril me cogió la mano y me aseguró que su hija se encontraba mucho mejor y me invitó a tomar el té con la familia en su casa.

Se lo agradecí y lo invité a sentarse con nosotros. Declinó la invitación

entre disculpas y salió corriendo a una cita con un tratante de grano que lo proveía de pienso para los caballos.

-¿Ves lo que te decía? -dijo Concannon cuando volví a sentarme-. A esta gente le gustas. Yo no. Y no quiero gustarles. No quiero comerme su comida. Detesto su mierda de comida. No quiero ver sus películas. No quiero hablar su puto idioma. Pero tú sí. Los entiendes. Te comunicas con ellos, y por eso te respetan. Piénsalo. Seríamos imbatibles. Tú y yo podríamos conquistar esta parte de la ciudad.

-¿Y por qué íbamos a querer conquistarla? -me reí.

-Porque podemos -respondió, inclinándose hacia mí.

«Porque podemos»: el lema del poder, puesto que la idea de ejercer el poder sobre otros nacía con nosotros.

-No es una razón, es una excusa.

-¡Mira alrededor! El noventa y nueve por ciento de la gente hace lo que le mandan. Pero tú y yo pertenecemos al otro uno por ciento. Cogemos lo que queremos, mientras que el resto acepta lo que les dan.

-La gente se rebela.

-Sí, claro -admitió, con un destello de sus pálidos ojos azules-. De vez en cuando. Y luego el uno por ciento les quita todos los privilegios y el orgullo y la dignidad por si acaso, y vuelven a ser esclavos como desde que nacieron.

-¿Sabes? -dije suspirando, sosteniéndole la mirada-. No solo es que no esté de acuerdo con lo que dices, es que me da asco.

-¡Pues eso es lo bueno! -gritó, palmeándose los muslos con ambas manos.

Me leyó el ceño fruncido y luego adoptó un tono más comedido.

-Mira... Mi madre murió cuando yo era bebé. Mi padre hizo lo que pudo, que no fue mucho. Éramos cinco niños de menos de diez años y el hombre estaba enfermo. Nos mandó al orfanato. Éramos protestantes. Las niñas fueron a orfanatos protestantes, pero mi hermano pequeño y yo acabamos en uno católico porque no había orfanatos para niños protestantes.

Hizo una pausa, bajó la mirada a los pies. La lluvia arreció, golpeando

el toldo de plástico de la tetería al ritmo de unos tambores de boda.

Concannon empezó a apartar lentamente la tierra con un pie, la zapatilla dibujaba volutas y espirales en el barro.

-Había un cura...

Levantó la vista. Los fractales de los iris color azul hielo destellaron alrededor de los puntitos de las pupilas. El blanco de sus ojos de pronto era rojo, como quemado por el mar.

-No quiero hablar del tema -se corrigió, volviendo a caer en un silencio triste.

Se le llenaron los ojos de lágrimas. Apretó la mandíbula, tragó saliva y trató de reprimir las lágrimas. Pero cayeron, y Concannon giró la cabeza.

-¡Qué hijo de puta! -soltó Concannon, secándose los ojos con el dorso de la mano.

-¿Yo?

-¡Sí, tú, joder! Esto es lo que hace con la gente tanta amabilidad. Los vuelve unos blandos del carajo. Es la primera vez en la tira de años que derramo una lágrima y todavía hacía más tiempo que no hablaba del puto cura. Y por eso... por eso nos iría tan bien juntos, ¿no lo ves?

-No... la verdad.

-Salí del orfanato a los dieciséis. Cuando cumplí dieciocho ya había matado a seis hombres. Uno de ellos, el cura de los cojones. Deberías haberlo visto suplicando por su vida, el muy miserable.

Volvió a dejar una pausa, con los labios apretados en una mueca de amargura. Yo confiaba en que hubiera terminado de hablar. Él no.

-Lo perdoné, ¿sabes?, antes de matarlo.

-Concannon...

-¿Por qué no me escuchas, tío?

Me pareció desesperado.

-Está bien.

-Después no he perdonado a nadie más -empezó a decir, animado por

la violencia de los recuerdos-. Me presenté voluntario a la UVF. Y me dediqué a partir cráneos, disparar balazos a las rodillas de los católicos y mandar pedacitos de los cabrones del IRA que capturábamos a sus viudas, y mil cosas más. Trabajábamos con la policía y el ejército. De manera extraoficial, claro, pero teníamos luz verde, joder. Grupos de ataque que mataban o mutilaban a la carta, nadie hacía preguntas...

-Concannon...

-Luego se jodió. Me pasé. Se me fue la mano. Dijeron que era demasiado violento. Estábamos en guerra, joder. ¿Cómo puedes pasarte de violento en una guerra? Pero me echaron. Primero me mandaron a Escocia y luego a Londres. Puto sitio. Después pillé la carretera y acabé aquí.

-Mira, Concannon...

-Lo sé -se apresuró a cortarme-. Sé lo que estás pensando y sé lo que vas a decir. Y es cierto. No lo niego. Me gusta hacer daño a la gente que lo merece. Soy un hijo de puta retorcido. Por suerte para mí, el mundo está lleno de mujeres igual de retorcidas, así que no me importa. Pero tú no eres así. Tienes principios. ¿No lo entiendes? Tú serías el que ruega a Dios y yo el que da con el mazo. Tú los miras a los ojos, negocias y cierras los tratos. Yo les corto las manos si desobedecen.

-Cortarle las manos a la gente. Es un avance.

-Lo he pensado bien -dijo, de forma alarmante-. Por eso intentaba arrancarte de la compañía del maricón francés.

-No sabes cuándo parar, ¿verdad?

-No, espera, atiende. Es... es como... si reduces una religión a lo básico, lo que consigue que funcione tan bien y dure cientos y cientos de años son simplemente palabras bonitas y el miedo a unos castigos terribles que no acabarán nunca. Tú y yo. Es una combinación imbatible. Los papas y los ulemas llevan siglos prosperando con esa combinación.

Dejé escapar un largo suspiro y apoyé las palmas de las manos en las rodillas, dispuesto a levantarme. Concannon alargó una mano hacia mi muñeca. Sus dedos, duros, se aferraron con fiereza, con una fuerza enorme.

-No es buena idea -dije.

Me soltó el brazo.

-Perdona, yo... En fin... Piénsatelo -dijo, y una sonrisa volvió a asomar por la puerta de su mirada-. Hablamos dentro de unos días. Si te apuntas, no estarás solo. Estoy hablando con más gente y hay muchos interesados, no te equivoques. Piénsalo. No es mucho pedir después de salvar ese culo tan delicado que tienes, ¿no? Me gustaría contar contigo. Necesitaré alguien con quien hablar. Alguien de confianza. Piénsalo, no pido más.

Me fui y lo dejé de pie bajo el toldo de plástico azul. Esa tarde, mientras hacía la ronda por las cafeterías y los bares donde distribuíamos los pasaportes, no pensé en su propuesta, pero sí en él.

Hablé con mis contactos. Escuché la música callejera del gángster: cotilleos, calumnias, mentiras y denuncias. Siempre me divertía. Pero a cada momento ocioso mi mente regresaba a Concannon y a las lágrimas que tanto lamentaba pero no había podido evitar.

¿Qué sueño, qué esperanza, qué desesperación nos conduce a las cosas que hacemos justo para abandonarnos cuando están hechas? ¿Cuán vanos son los motivos y la razón, nacidos de noche para desvanecerse rápidamente al sol de las consecuencias? Lo que hacemos en la vida vive en nuestro interior mucho después de que la ambición y el miedo yazgan impenetrables y opacos en playas olvidadas. Lo que hacemos en la vida, más que lo que pensamos o decimos, es lo que somos.

Concannon corría al encuentro del crimen y yo corría huyendo de él. Durante demasiado tiempo había hecho cosas porque el miedo a que me capturasen se convirtió en un espejo, un rostro en el agua, que en realidad no era yo, y me absolví de mis pecados. Pero las aguas estaban revueltas y el rostro con que siempre vestía las cosas que hacía estaba borroso y se desvanecía.

Esperé a Lisa delante del hotel Mahesh, disfrutando de la ciudad. Había llovido de manera intermitente aunque fuerte toda la tarde, pero el ambiente de primera hora del anochecer era cálido y seco, bajo un cielo amenazante.

De vez en cuando el oleaje chocaba contra el bajo rompeolas, se deshacía contra la piedra y salpicaba la calle hasta la mitad. Los niños cortejaban a las olas, corriendo de una a otra, mientras que las parejas las esquivaban.

Cocheros optimistas aminoraban al pasar junto a los paseantes tratando de engatusarlos para subir a sus destartalados carros de ruedas altas. Vendedores de cacahuetes rondaban entre los peatones abanicando las brasas que cargaban en cestas colgadas del cuello. El humo de las pequeñas fogatas, impregnado del aroma de los cacahuetes tostados, circulaba entre los caminantes que, tentados, volvían la cabeza.

Toda la ciudad, lavada por las intensas lluvias, olía más de lo normal. El cielo encapotado atrapaba los aromas de las cocinas de cientos de puestos callejeros, *bhel puri*, *pav bhaji*, *pakodas*, y de la dulce mordacidad de los vendedores de *paan* y los comerciantes de incienso y guirnaldas de franchipán de los semáforos.

Me perdí en los olores hasta que oí su voz.

-Me encantaría saber en qué estás pensando -dijo Lisa.

Me volví.

-No lo dudo -respondí, atrayéndola hacia mí y besándola.

-¿Se te ha olvidado que estamos en Bombay? -preguntó, sin resistirse-. Aquí arrestan a la gente por besarse en público.

-A lo mejor nos encierran en la misma celda -imaginé, acercándomela más.

-Hum... No creo -se rió.

-Entonces me fugaré e iré a rescatarte.

-¿Y después?

-Después te traeré otra vez aquí, a una tarde igual que esta, y volveré a besarte, así.

-Espera -dijo, escudriñándome la cara-. Has vuelto a pelearte.

-¿Estás de broma?

-Desembucha. ¡Intentas despistarme! Esto es una maniobra de distracción.

-¿Qué?

-¡Hostia, Lin! ¿Otra pelea? ¿Qué coño te pasa?

-No pasa nada, Lisa. Estoy bien. Estoy aquí, contigo.

La besé en la cara.

-Será mejor que nos vayamos -dijo, escapándose del beso con el ceño fruncido-, o nos lo perderemos.

-¿El qué?

-A quién. Enseguida lo descubrirás.

Me guió en un breve paseo desde el mar hasta el bulevar que rodeaba el cercano edificio de Air India. Las oficinas estaban cerradas, pero la tenue iluminación nocturna de la recepción de la planta baja dejaba ver las mesas y los umbrales del interior.

Cuando llegamos a una puerta de cristal cerrada, próxima a la parte de atrás del edificio, Lisa me indicó que esperase. Lanzó una mirada nerviosa al tramo de calle que atisbábamos desde la puerta trasera, pero no se veía un alma.

-Entonces... ¿qué estamos...?

-Estamos esperando -me interrumpió.

-¿El qué?

-A quién.

Dentro del edificio parpadeó una luz. Un guardia jurado se dirigió a la puerta con una linterna. La abrió con una llave enganchada a una pesada cadena y la sostuvo para que pasáramos. Nos metió prisa, y en cuanto entramos volvió a cerrarla.

-Por aquí -dijo el guardia-. Pegados a mí.

Abriéndose paso por una serie de pasillos y filas de mesas

silenciosas, nos condujo hasta un ascensor de servicio al fondo del edificio.

-El ascensor de emergencia -anunció con una sonrisa feliz-. Paráis arriba del todo y subís dos plantas a pie hasta la azotea. Mi propina, por favor.

Lisa le entregó un fajo de billetes. El guardia nos saludó, apretó el botón que abría las puertas del ascensor y nos animó a entrar.

-O sea que vamos a robar en las oficinas de Air India -dije mientras subíamos-. Y hace diez minutos te preocupaba besarte en público.

-No estaba preocupada -se rió-. Y no hemos venido a robar. Venimos a un asunto privado.

Las puertas se abrieron en la planta del almacén, con paredes forradas de archivadores y estanterías repletas de carpetas polvorientas.

-Hombre, la Sala Kafka. Me muero por ver qué hay en el menú.

-¡Vamos! -dijo Lisa, corriendo a la escalera-. Tenemos prisa.

Pasó delante subiendo los escalones de dos en dos. Al llegar arriba dudó, se paró con la mano en la barra de emergencia que abría la puerta.

-Espero que se haya acordado de dejar la puerta abierta -dijo sin aliento, y luego empujó la barra.

Salimos a la azotea del edificio. Era una zona enorme, con varias casetas metálicas en el borde.

Una gran estructura se alzaba diez metros, sujeta por pesadas vigas de acero. Era el logotipo iluminado de Air India: un arquero estilizado, con el arco tensado y rodeado por un disco.

La gigantesca figura se erguía desde un pilón central fijado a una mesa giratoria de acero que, a su vez, sujetaban varios cables y vigas.

Como todo habitante de Bombay, había visto girar el inmenso logotipo en lo alto del edificio de Air India cientos de veces, pero estar allí, tan cerca, tan por encima del mar embravecido, era muy distinto.

-¡Hostia!

-Hemos llegado a tiempo -dijo Lisa con una sonrisa.

-¿Es que se puede llegar en un mal momento a esto? ¡Qué vista!

-Espera -dijo mirando al arquero-. Espera.

Se oyó un chirrido, un roce, como si se hubiera puesto en marcha un generador. Arrancó una turbina eléctrica, cuyo sonido fue intensificándose desde un suave ronroneo a un quejido persistente. Siguieron el chasquido y el tableteo de uno o varios condensadores desde algún punto próximo, en la base del inmenso anuncio.

De pronto, con un estallido de carmesí parpadeante, el enorme logotipo circular se iluminó y tiñó todo el espacio de una luz sanguinolenta. Al poco, el arquero carmesí empezó a rotar sobre el eje del pilón.

Lisa bailaba con pasitos emocionados y los brazos extendidos.

-¿A que es genial?

Reía contenta.

-Es maravilloso. Me encanta.

Estuvimos un rato contemplando cómo giraba la enorme rueda de luz escarlata y luego nos volvimos de cara al mar abierto. Las nubes se habían hinchado hasta cubrir todo el cielo de una negritud inquietante. Rayos lejanos ahorquillaban la oscuridad: nervios de nube que rodaban y se movían por el lecho nocturno.

-¿Te gusta? -preguntó, apoyándose en mi costado mientras contemplábamos el cielo y el mar.

-Me encanta. ¿Cómo se te ha ocurrido?

-Estuve hace un par de semanas con Rish, de la galería. Rish estaba pensando en hacer una copia a tamaño real del arquero de Air India para una nueva exposición en Bombay y me invitó a venir a verlo con él. Cuando llegamos, cambió de opinión. Pero a mí me gustó tanto que me gané al guardia y lo soborné para que nos dejara subir a ti y a mí.

-¿Te lo ganaste, eh?

-Me lo gané.

Durante un rato disfrutamos del mar jubiloso a lo lejos. Era una vista peligrosa, irresistible, pero mi cabeza volvía constantemente a la tarde

con Concannon.

-¿Has conocido hace poco a un irlandés alto llamado Concannon?

Lis lo pensó un momento, frunciendo los labios en uno de mis gestos favoritos.

-¿Fergus? ¿No se llama Fergus?

-Yo lo conozco por Concannon. Pero es inconfundible. Alto, corpulento, pero atlético, tirando a larguirucho, boxeador, con el pelo pajizo y la mirada intensa. Dice que te conoció en una exposición.

-Sí, Fergus. Solo hablé un momento con él. ¿Por qué?

-Nada. Me preguntaba qué hacía ese en una exposición. No lo tenía por un aficionado al arte.

-Vinieron muchos hombres -dijo, pensativa-. Ha sido una de las exposiciones con más éxito hasta la fecha. La clase de exposición que atrae a gente que no frecuenta las galerías.

-¿Qué clase de exposición?

-Sobre las vidas tormentosas que derivan de relaciones paternofiliales malas o complicadas. Se titulaba *Hijos de los padres*. Salió un artículo largo en prensa. Ranjit lo abordó ampliamente. Atrajo a una multitud. Te lo conté. ¿No te acuerdas?

-No -contesté-. He estado en Goa, Lisa, y no me lo contaste.

-¿No? Estaba convencida de que sí. Qué gracia, ¿no?

-No.

Hijos de los padres. ¿Había sido esa expresión, habían sido esas palabras, «hijos», «padres», entrevistas en un cartel, lo que había atraído a Concannon a la exposición? ¿O me había seguido y luego había seguido a Lisa a la galería aprovechando la exposición como excusa para conocerla y hablar con ella?

Ácidos recuerdos le habían quemado los ojos al hablar conmigo. Yo también tenía recuerdos. Yo también me despertaba a menudo encadenado a una pared del pasado, siendo torturado por los fantasmas de los hombres cuyas caras había comenzado a olvidar.

Volví la cabeza para contemplar el delicado perfil de Lisa: los ojos hundidos, de párpados caídos; la nariz pequeña y refinada; la línea

esculpida de la barbilla larga y elegante; la media sonrisa que casi siempre jugueteaba en sus labios. Empezaba a soplar el viento, que le levantaba los rizos rubios en un halo de plumas.

Lisa llevaba un vestido negro, holgado y hasta la rodilla, de cuello alto y rígido pero sin mangas ni hombros. Se quitó las sandalias en dos patadas y sus pies quedaron desnudos. La única joya era un collar de cuentas turquesas irregulares.

Me leyó la expresión y frunció un poco el ceño mientras se adentraba en mi mente.

-¿Sabes qué día es hoy? -preguntó, riéndose al ver cómo abría los ojos asustado-. Es nuestro aniversario.

-Pero si estamos juntos desde...

-Me refiero al día que me permití quererte -replicó, con una sonrisa que delataba lo mucho que estaba disfrutando con mi desconcierto-. Hoy hace exactamente dos años que paraste la moto a mi lado en el paso elevado, una semana después de la boda de Karla, cuando estaba esperando a que parase de llover.

-Confiaba en que lo hubieras olvidado. Iba bastante puesto.

-Desde luego -admitió con una mirada risueña-. Me viste al cobijo de una tienda con un puñado de gente. Paraste y te ofreciste a llevarme en moto. Pero llovía a cántaros...

-Empezaba una inundación, de las grandes. Pensé que no podrías volver a casa.

-Llovía a cántaros, sí. Y tú, montado en la moto bajo la lluvia, calado hasta los huesos, ofreciéndome un trayecto cómodo y seco hasta casa. Me moría de la risa.

-Vale, vale...

-Luego te bajaste de la moto y te pusiste a bailar delante de todo el mundo.

-Qué burro.

-¡No digas eso! ¡Me encantó!

-Creo que habría que prometerle al universo que cada vez que te coincida estar en Bombay durante la temporada de monzones bailarás bajo la lluvia o que, como mínimo, lo harás una vez.

-No sé con el universo, pero haré un pacto contigo. Prometo que a partir de ahora bailaré bajo la lluvia al menos una vez en cada monzón.

La tormenta se acercaba a toda velocidad. Los rayos iluminaban el escenario del mar. A los pocos segundos, el primer trueno rompió las nubes.

-Se avecina una buena.

-Ven aquí -me dijo, agarrándome la mano.

Me condujo a un espacio abierto bajo el lento girar de la rueda del arquero carmesí. Se agachó junto a un hueco y sacó una cesta.

-He pagado al guardia para que nos la subiera -explicó, abriendo la cesta, que contenía una manta grande, una botella de champán y unas copas.

Me pasó la botella.

-Ábrela, Lin.

Mientras yo arrancaba el papel de plata y retorcía el alambre, Lisa extendió la manta y la sujetó con baldosas sueltas que encontró por la azotea para que no se la llevara el viento.

-Lo tienes muy bien pensado -dije, descorchando el champán.

-No tienes ni idea -se rió-. Es un lugar especial. Cuando vine con Rish eché un buen vistazo. Es uno de los pocos espacios abiertos de Bombay, puede que el único, donde nadie puede verte desde ninguna ventana.

Se sacó el vestido por la cabeza y lo tiró a un lado. Estaba desnuda. Recogió las copas y me las tendió. Las llené. Dejé a un lado la botella y acerqué mi copa a la suya para brindar.

-¿Por qué brindamos?

-¿Qué te parecería desnudarte?

-Lisa -dije, con la gravedad de la tormenta-, tenemos que hablar.

-Sí, claro. Después de beber. Yo me encargo del brindis.

-Vale.

-Por los locos enamorados.

-Por los locos enamorados.

Vació la copa rápidamente y luego la arrojó por encima del hombro. Se estampó en un contrafuerte de piedra.

-Siempre había querido hacerlo -explicó, contenta.

-Tendríamos que hablar...

-No.

Me desabrochó la ropa y me desvistió. Cuando los dos estuvimos desnudos, cogió otra copa y la llenó.

-Otro brindis -dijo-, y luego hablamos.

-Vale. Por la lluvia -propuse-. Dentro y fuera.

-Por la lluvia -repitió-. Dentro y fuera,

Bebimos.

-Lisa...

-No. Otro brindis.

-Has dicho...

-El último no lo ha conseguido.

-¿El qué?

-Despertar al holandés.

Llenó otra vez las copas.

-Esta vez sin brindis -dijo, vaciando media copa-. Hasta el fondo.

Bebimos. Una segunda copa se hizo añicos entre las sombras. Lisa me empujó a la manta, pero volvió a escabullirse, perfilándose contra el cielo.

-¿Te importa si bailo mientras hablamos? -preguntó, comenzando a balancearse con el viento revoloteándole el pelo.

-Intentaré que no me moleste -dije, recostándome a contemplarla con las manos en la nuca.

-Es como otro aniversario -dijo, soñadora.

-Seguro que en el infierno tienen un lugar reservado para la gente que nunca se olvida de los cumpleaños ni los aniversarios.

-Este empieza a contar hoy, dos años después de que empezara el anterior.

-¿El anterior qué?

-Nosotros. -Lisa bailaba, giraba con los brazos abiertos al viento-. El otro «nosotros», las personas que éramos antes.

-¿Antes?

-Antes.

-¿Cuándo hemos cambiado?

-Esta noche.

-¿Ah, sí?

-Sí.

-¿En el ascensor o en las escaleras?

Se rió y bailó, siguiendo con la cabeza un ritmo que únicamente escuchaban sus brazos, caderas y piernas.

-Estoy bailando la danza de la lluvia -dijo, nadando con los brazos-. Esta noche tiene que llover.

Levanté la vista al disco inmenso del arquero, rotando lentamente, encadenado a la roca de la ciudad por cables de acero. Lluvia. La lluvia implicaba rayos. El arquero rojo se antojaba un pararrayos muy tentador.

-¿Tiene que llover?

-Sí -respondió, dejándose caer a mis pies apoyándose en un brazo-. Y lloverá, muy pronto.

Cogió la botella de champán, tomó un trago y me besó, vertiendo el vino en mi boca en la plenitud de un beso. Separamos los labios.

-Quiero una relación abierta -dijo.

-No puede abrirse mucho más de lo que está.

-Quiero estar con más gente.

-Ah, abierta en ese sentido.

-Creo que tú también deberías estar con otras personas. No todo el tiempo, claro. No, si seguimos juntos. Creo que no me gustaría verte en otra relación permanente. Pero sí con algo pasajero. Incluso podría buscártelo yo. Tengo una amiga que está loca por ti. Es tan mona que no me importaría hacer un trío.

-¿Qué?

-Basta con que digas sí -dijo, mirándome fijamente a los ojos.

La tormenta estaba cerca. El viento olía a mar. Miré al cielo. El orgullo se queda casi toda la ira y la humildad casi toda la razón. No tenía derecho a decirle lo que podía y no podía hacer. Ni siquiera tenía derecho a pedírselo. No compartíamos esa clase de amor.

-No tengo derecho...

-Quiero estar contigo, si quieres quererme -dijo, tumbándose a mi lado con una mano en mi pecho-. Pero también quiero que estemos con otros.

-Pues has elegido una manera muy peculiar de exponerlo.

-¿Se te ocurre una normal?

-Con todo...

-No sabía cómo reaccionarías -dijo con un mohín-. Sigo sin saberlo. Pensé que, si no te gustaba, sería la última vez que hiciéramos el amor. Y que si te gustaba, sería la primera vez siendo un nosotros nuevo, líberados para hacer lo que queremos. En cualquier caso, es un aniversario memorable.

Nos miramos. Nuestras miradas comenzaron a reír.

-Sabías que el truco iba a volverme loco, ¿verdad?

-Desde luego.

-El arquero de Air India.

-Desde luego.

Me incliné sobre ella, le aparté el pelo que le tapaba la cara por culpa

del viento.

-Eres una chica increíble, Lisa. No dejas de sorprenderme.

Me besó, sus dedos se me agarraron al cuello como enredaderas.

-¿Sabes? -murmuró-. He estado investigando.

-¿Sí?

-Sí, la frecuencia con que cae un rayo en esta azotea. ¿Te la digo?

No me importaba. Sabía lo que nos estaba pasando, pero no hacia dónde íbamos.

Teníamos la tormenta encima. El cielo se activó. La lluvia nos llenó la boca de plata. Lisa me atrajo hacia ella, adentro, juntó los pies por detrás de mis riñones y me atrapó dentro de ella, apretando, soltando y volviendo a apretar, retándome a seguirla.

Una cascada de lluvia y viento rompía en mi espalda. Apoyé la frente en la de Lisa para protegerle la cara, solo las pestañas separaban nuestros ojos. El monzón, cálido como la carne, me resbalaba por la cabeza y nos salpicaba desde el suelo. Juntamos los labios y respiramos uno en el otro, compartiendo el aire.

Lisa me giró de espaldas sin dejarme salir de ella, estirando sus largos dedos contra mi pecho con los brazos en tensión.

El rugido de un trueno descargó más lluvia de las nubes preñadas. El agua resbalaba por el pelo y los pechos de Lisa y se le colaba en la boca abierta. Empezó a inundarse la azotea y a formarse a nuestro alrededor un mar secreto, por encima de la Ciudad Isleña.

Lisa dobló los dedos como garras. Arqueó la espalda, fiera como una gata. Deslizó las manos por mi pecho, bajando por todo mi cuerpo. Se sentó, sin soltarme, y giró la cara hacia el cielo con los brazos abiertos.

Empezó a sonar un tambor: unos pasos pesados en un salón de ceremonias, mi corazón. Estábamos rompiendo. En ese instante quedó claro: lo que teníamos era lo único que llegaríamos a ser, que podíamos ser.

Los relámpagos pintaron el agua de la azotea. Giraban sobre mi cabeza, Lisa y la tormenta y la rueda del Destino, y el mundo entero era de color rojo, rojo sangre, incluso para aquel mar, el cielo, aquel

mar, el cielo.

CUARTA PARTE

Dirigir una empresa criminal exige instinto para el miedo, facilidad para el capricho despiadado y talento para arrear a tus hombres hacia los frondosos pastos subalternos que se extienden entre el sobrecogimiento y la envidia. Dirigir una empresa criminal, por otro lado, da mucho trabajo.

A la mañana siguiente de lo del arquero me desperté temprano, con la sensación de que me había atravesado una flecha que me había dejado dentro un vacío rojo. Me planté en mi mesa de la fábrica de pasaportes antes de las nueve.

Tras tres horas de trabajo minucioso con Krishna y Villu pusimos al día la falsificación de pasaportes. Después de llamar a mi contacto en la Corporación Municipal de Bombay y pedirle copias de los permisos de obras para la familia cazatesoros de Farzad, puse rumbo a la Colaba Causeway para un almuerzo de trabajo.

La mayoría de los hoteles de cinco, cuatro y tres estrellas del sur de Bombay se concentraban en un radio de tres kilómetros desde el monumento conocido como Puerta de la India. El noventa por ciento de los turistas se apelotonaban en el mismo arco de la península, junto con el noventa y cinco por ciento del comercio ilegal de pasaportes y el ochenta y cinco por ciento del tráfico de drogas.

La mayoría de los negocios del sur pagaban protección, un dinero que llaman *hafta* o semanada, a la Sanjay Company. La Compañía eximía del pago a siete restaurantes y bares de la misma zona. Los propietarios de dichos negocios permitían a los ganchos, chulos, guías turísticos, carteristas, camellos y contrabandistas relacionados con la Sanjay Company utilizar sus locales como prácticos puntos de intercambio de mercancías, documentos e información.

Mi unidad de copia y falsificación tenía que controlar esos siete centros de intercambio a la caza de documentos aprovechables. Mayormente, la tarea recaía en mí. Para despistar a enemigos y rivales potenciales cambiaba a diario el orden de la ronda por bares y restaurantes, haciendo rotaciones lo bastante a menudo para confundir cualquier atisbo de rutina.

Ese día empecé por el restaurante Trafalgar, a tiro de piedra del despacho de Rayo Dilip en la comisaría de Colaba. En la puerta del restaurante, que hacía esquina, a los pies de los tres escalones que conducían a la entrada, me detuve a saludar a un memorizador llamado Hrishikesh.

Por aquellos años los memorizadores conformaban una subcasta criminal: hombres que carecían de la osadía para arriesgarse a penas de prisión delinquiendo, pero cuya inteligencia y memoria prodigiosa les permitían ganarse modestamente la vida ayudando a los temerarios que cometían los delitos.

Se apostaban en zonas de mucho tráfico delictivo, como la Causeway, y se mantenían al corriente de las últimas cotizaciones del oro de ese día, de los tipos de cambio en los mercados negro y convencional de las seis divisas principales, el precio del quilate de diamantes, rubíes, esmeraldas y zafiros, y las fluctuaciones cada media hora del precio de todas las drogas ilegales, desde el cannabis a la cocaína.

-¿Qué tal, Kesh? -pregunté, estrechándole la mano.

-Sin problemas, *baba* -sonrió, levantando la vista al cielo un momento-. *Ooperwale.*

El término que había empleado aludía a Dios y era una de mis palabras favoritas. Solían utilizarla en singular, *Ooperwala*, y más o menos se traducía por «El de arriba». En plural significaba «Los de arriba».

-*Ooperwale* -repliqué-. Vamos.

-Vale -contestó, poniéndose serio para recitar los últimos precios y tipos de cambio.

Yo solo necesitaba el tipo de cambio de las divisas y la cotización del oro, pero dejé que Kesh completara todo el repertorio. Me caía bien, y admiraba el genio sutil que le permitía acumular cientos de datos en la memoria, modificándolos hasta tres veces al día, sin errar ni un decimal.

La mayoría de los gángsters desprecian a elementos marginales como Kesh. Nunca lo he entendido. Los delincuentes callejeros a pequeña escala eran seres inofensivos, que sobrevivían a fuerza de inteligencia y de saber adaptarse a un ambiente hostil que en ocasiones los trataba bastante mal. Yo también sentía cierta debilidad por los delincuentes independientes: hombres y mujeres que se negaban a alistarse en las filas de los ciudadanos respetuosos de la ley con la misma resolución con la que rechazaban la violencia de los criminales de línea dura.

Cuando terminó la lista, le pagué el doble de la tarifa vigente por el mantra de un memorizador y él me regaló una sonrisa como un sol

reflejándose en el mar.

Dentro del restaurante me senté de espaldas a la pared. Tendría una buena vista de la calle. Un camarero me empujó el hombro con la tripa. Le pedí un sándwich vegetal y un café.

No tenía que avisar a nadie: bastaba con esperar. Sabía que la red de información callejera estaba operando. Alguno de los tipos que vagaban eternamente por las calles al compás de los turistas me habría visto aparcar la moto, hablar con Kesh y entrar al restaurante. El rumor estaría corriendo ya por los callejones y antros de los alrededores: «Linbaba está en el Trafalgar».

El primer contacto llegó antes de que me acabara el sándwich. Era Billy Bhasu. Miró alrededor nervioso, dudando de si acercarse a la mesa, y habló muy flojo.

-Hola, señor Lin. Me llamo Billy Bhasu. Trabajo con Dennis, el Baba Durmiente. Quizá me recuerdes.

-Siéntate. Estás poniéndome nervioso al jefe.

Echó un vistazo al jefe del restaurante, apoyado en el mostrador jugueteando con las bandejitas del cambio como si fueran guijarros de un río. Billy Bhasu se sentó.

Al instante acudió un camarero y le plantó delante la mugrienta carta de vinilo. Las normas en los bares y restaurantes de intercambio eran simples: nada de peleas ni alborotos que pudieran molestar a los civiles y todo el mundo pedía comida, se la comiera o no.

Pedí un té y un bocadillo para llevar para Billy. Cuando el camarero se marchó, Billy se apresuró a entrar en materia.

-Tengo una cadena -dijo, llevándose la mano al bolsillo-. De oro macizo con un relicario con una foto.

Depositó el relicario y la cadena sobre la mesa. Los recogí, acaricié los eslabones de la cadena con el pulgar y después abrí el relicario. Descubrí dos fotografías: un chico y una chica, mirándose, sonriendo alegremente desde los lados de la bisagra de su pequeño mundo, un mundo que había ido a caer en mis manos.

-No acepto objetos robados, Billy.

-¿Robados, *baba*? -preguntó indignado-. Fue un intercambio, un trato justo, el colgante por droga. Y de buena calidad. Casi pura al

cincuenta por ciento. ¡Todo clarito y justo!

Volví a mirar las fotografías de la joven pareja. Eran del norte de Europa, de mirada luminosa y sana; del tipo de entorno social que dibuja sonrisas despreocupadas de dientes perfectos. Aparentaban unos veinte años.

-¿Cuánto pides?

-Ah, *baba* -respondió con una mueca, iniciando el ritual indio del regateo-. El precio lo pones tú, no yo.

-Te doy cinco dólares americanos.

-¡Eso es poquísimo por una joya como esta! -farfulló.

-Has dicho que el precio lo fijaba yo.

-Sí, *baba*, ¡pero tiene que ser justo!

-Te doy el sesenta por ciento de su precio en gramos. ¿Estás de acuerdo conmigo en que serían dieciocho quilates de oro?

-Serían... unos veintidós quilates, *baba*. ¿No?

-Son dieciocho. El sesenta por ciento. O tendrás que probar suerte con los marwaris en el bazar Zaveri.

-¡Ah, no, *baba*! -se apresuró a contestar-. Si trato con los marwaris acabaré debiéndoles dinero. Son demasiado listos. Prefiero tratar contigo. No te ofendas.

-No me ofendo. Cincuenta por ciento.

Llamé al camarero, le pasé la cadena y el relicario y le dije que le pidiera al encargado que los pesara. El camarero se dirigió arrastrando los pies hasta una mesa y entregó la joya.

Con una balanza de precisión que guardaba bajo el mostrador, el encargado pesó la cadena y el relicario, anotó los gramos en un trocito de papel y se lo pasó todo al camarero.

Este me pasó el papelito, sopesó un momento la cadena y el relicario en la palma de la mano como si comprobara la precisión de la balanza, y luego los dejó caer en mi mano.

Miré la cifra del papel y luego se la mostré a Billy Bhasu. Asintió. A partir de la cotización que me había dado Kesh, redondeé en rupias y

escribí la cifra resultante en el mismo trozo de papel para enseñársela a Billy. Volvió a asentir.

-¿Sabes, *baba*? -dijo, mientras se guardaba el dinero-. Antes me he encontrado al tal Naveen Adair, el detective inglés. Me ha dado un mensaje por si te veía por ahí.

-Pues ahora me ves.

-Sí -dijo serio-. O sea que puedo pasarte el mensaje.

Siguió una pausa.

-¿Te apetecería otro sándwich para llevar, Billy?

-Si, la verdad, Linbaba. Jamal está esperando fuera.

Pedí otro paquete para llevar.

-¿Ahora puedes pasarme el recado?

-Ah, sí. Naveen me ha dicho, a ver si lo repito exacto: «Dile a Linbaba, si lo ves, que no tengo ninguna novedad sobre el hombre del traje».

-¿Ya está? ¿Nada más?

-Nada, *baba*. Es importante, ¿no?

-Crucial. Deja que te pregunte una cosa, Billy.

-¿Sí, *baba*?

-Si no te hubiera comprado la cadena, ¿me habrías pasado el mensaje?

-Por supuesto, *baba*. Pero por algo más que dos sándwiches -añadió con una sonrisa.

Llegaron los bocadillos. Billy Bhasu cogió los paquetes.

-Y... ahora... ¿me voy?

-Claro.

Cuando salió del restaurante, visité los otros seis puntos de intercambio de mi distrito e invertí unos cuarenta minutos en cada uno.

Un día normal. Compré un pasaporte, tres joyas, setecientos cincuenta dólares estadounidenses y otras divisas varias y un buen

reloj.

El último objeto, en el último trato del día, en el último bar, me mezcló en una fea discusión con dos tipos de la calle.

El hombre que me trajo el reloj, Deepak, le puso precio enseguida. Un precio muy por debajo de su valor real, pero mucho mayor de lo que esperaba recibir de los compradores profesionales de la zona del Fuerte.

En el momento de la entrega, un segundo individuo, Ishtiaq, entró en el bar exigiendo a gritos su parte del dinero. La estrategia de Ishtiaq era sencilla: armar tal alboroto que obligara a ceder a Deepak sin darle ocasión a escabullirse entre la aglomeración callejera.

En otras circunstancias habría recuperado mi dinero, los habría echado a los dos del bar y me habría olvidado del asunto. Mi dilatada relación con el dueño del bar me importaba mucho más que cualquier transacción.

Pero cuando me llevé el reloj a la oreja, oí el tranquilizador movimiento, el cíclico chasquido hacia delante: el corazón mecánico que recompensaba con su latido la inquebrantable fidelidad del dueño. Resultó que era mi reloj favorito.

Desoyendo mis instintos, traté de aplacar a Ishtiaq. Esa fugaz debilidad despertó su insolencia y se puso a gritar aún más fuerte. Los comensales de las otras mesas se quedaron mirándonos, y el lugar no era grande.

Tranquilicé a Ishtiaq rápidamente, pagándole con dinero de mi bolsillo. El tipo aceptó el dinero, gruñó a Deepak y se fue del bar. Deepak se disculpó encogiéndose de hombros y salió a la calle.

Yo pasé la mano por dentro del reloj y me lo ajusté a la muñeca. Apreté el cierre. Me iba perfecto. Luego levanté la vista y descubrí que el encargado y los camareros no me quitaban ojo. El mensaje estaba claro: me había desprestigiado. Un hombre en mi posición no calmaba a ganchos callejeros como Ishtiaq.

Volví a mirarme el reloj de la muñeca. La codicia me había debilitado «La codicia es la kriptonita de los humanos», me había dicho una vez Karla mientras se embolsaba toda la comisión que acabábamos de obtener entre los dos.

Necesitaba hacer ejercicio, así que sorteé el tráfico a lomos de la moto en dirección al gimnasio de la mafia en Ballard Pier.

El encargado del gimnasio, Hussein, era un gángster veterano que había perdido un brazo de un machetazo en una pelea contra otra banda. Su cara alargada y llena de marcas avanzaba hacia una barba bíblica que descansaba en el túmulo prodigioso de su pecho. Era valiente, afable, divertido, duro y un rival a la altura de cualquiera de los gángsters jóvenes que entrenaban en el gimnasio. Cada vez que miraba sus ojos risueños y peligrosos me preguntaba cómo debían de haber sido Khaderbhai y él: dos jóvenes luchadores que formaron una banda que se convirtió en una Compañía de la mafia.

«Que el enemigo vea al tigre antes de morir», decían antes.

No cabía duda de que Hussein y Khaderbhai habían enseñado el tigre muchas veces mientras rondaban por la ciudad, jóvenes y audaces, hacía un montón de años. Y parte de esa amenaza atigrada persistía en los ojos de color arcilla quemada del dueño del gimnasio.

-*Wah*, *wah*, Linbaba -me dijo, al entrar al local-. *Salaam aleikum.*

-*Wa aleikum salaam*, Hussein Uno.

Como en aquellos primeros años otro Hussein se había aliado con Khaderbhai y se había incorporado al Consejo, a veces se les conocía como Hussein Uno y Hussein Dos, por el número de brazos que tenía cada uno.

-*Kya hal hain?* -«¿Cómo te va?»

-Más ocupado que un manco en una refriega de bar -respondí en hindi.

Era una vieja broma de los dos, con la que siempre nos reíamos.

-¿Y tú qué tal, Husseinbhai?

-Sigo repartiendo puñetazos, Linbaba. Si sigues pegando, te mantienes en forma. Si el molino para, se acaba la harina.

-Qué razón tienes.

-¿Estás entrenando, Lin?

-No, solo vengo a recargar las armas.

En argot de gángsters, «recargar las armas» aludía a grupos de ejercicios destinados a fortalecer bíceps y tríceps.

-¡Estupendo! -se rió-. Carga bien las armas, *yaar*. Ya conoces las dos reglas del combate. Asegúrate de que reciben y...

-Asegúrate de que siguen recibiendo -terminé por él.

-*Jarur!*

Me pasó una toalla de camino a la sala de entrenamiento principal. El gimnasio, que había empezado siendo un local pequeño y sucio donde gángsters grandes y sucios aprendían las artes de la lucha callejera, había conseguido tal éxito entre los jóvenes de la Sanjay Company que se había ampliado al almacén contiguo.

En la parte delantera había diversos aparatos de musculación: bancos, máquinas de remo y poleas, prensas inclinadas y planas, barras de dominadas, para sentadillas y de tracción, y pilas de discos y mancuernas. Por detrás, rodeado de espejos, asomaba el ring de boxeo, salpicado de sangre.

Ya en el espacio nuevo se encontraba la lona de yudo y lucha. A lo largo de la pared del fondo se disponían sacos y peras de boxeo. Del rincón que conducía de vuelta a la entrada partía un pasillo de la anchura de dos hombres, creado con paredes acolchadas de vinilo. El pasillo era el espacio destinado a practicar las peleas a navajazos.

En el gimnasio hacía calor. Gruñidos, gemidos y gritos de dolor cruzaban el aire húmedo compuesto por adrenalina sudada y el penetrante y áspero olor de la testosterona.

Yo había pasado gran parte de mi vida en compañía de hombres. Diez años de cárcel, siete años en bandas, veinte años de gimnasios, academias de kárate, clubes de boxeo, equipos de rugby y grupos de motoristas, además de los años de formación en un colegio masculino: más de la mitad de la vida rodeado exclusivamente de hombres. Y siempre me había sentido a gusto. Es un mundo simple. Basta una llave para abrir todos los corazones cerrados: confianza.

Saludé a los jóvenes de la sala de musculación mientras me quitaba las fundas de las navajas de los pantalones y las dejaba dobladas, junto con el dinero, las llaves, el reloj y la camisa, encima de un taburete de madera.

Me ajusté un grueso cinturón de cuero para levantar pesas, extendí la toalla encima de un banco vacío y comencé a alternar series de extensiones de tríceps y flexiones de bíceps. A la media hora, mis brazos alcanzaron su máximo rendimiento. Recogí mis pertenencias y

me encaminé al pasillo de entrenamiento con cuchillos.

En los años antes de que hasta el último carterista tuviera pistola, las técnicas de la lucha a navajazos se tomaban en serio. Los maestros que enseñaban sus habilidades con el cuchillo eran héroes de culto para los gángsters jóvenes y se les trataba con tanto respeto como a los miembros del Consejo Sanjay.

Hathoda, el hombre que me había entrenado durante dos años, también había enseñado a Ishmeet, el líder de los Asesinos de la Bici, que a su vez había compartido enseñanzas con sus hombres. En ese preciso momento el maestro del cuchillo salía del pasillo con un joven luchador callejero llamado Tricky.

Los dos me recibieron con una sonrisa y un cálido apretón de manos. El joven gángster, agotado pero contento, se excusó enseguida y se encaminó a la ducha.

-Es un buen chico -dijo Hathoda en hindi, viéndolo alejarse-. Y tiene un don natural para el cuchillo, confiemos en que no lo deshonre.

La última frase era una especie de ensalmo que Hathoda enseñaba a sus alumnos. Lo repetí sin pensar, como hacíamos todos, en plural.

-Confiemos en no deshonrarlo.

Hathoda era sij, de la ciudad santa de Amritsar. De joven se había juntado con una pandilla de las duras. Al final había terminado por dejar los estudios y pasaba casi todo el tiempo con los pandilleros. Cuando un robo con violencia desencadenó un conflicto con los líderes de la comunidad, la familia de Hathoda lo repudió. Y como parte del precio a pagar por la paz, su pandilla también tuvo que expulsarlo.

Solo y sin dinero, Hathoda se marchó a Bombay, donde fue reclutado por Khaderbhai. Este colocó al joven sij de aprendiz de Ganeshbhai, el último maestro de los luchadores a cuchillo, que había empezado en los primeros años sesenta con Khaderbhai.

Hathoda estuvo siempre al lado del maestro y, tras años de estudio, también él terminó convertido en maestro. De hecho, era el último maestro del cuchillo de Bombay Sur, pero por entonces, en los años previos a la moda de las pistolas, ninguno de nosotros lo sabía.

Era un hombre alto, una desventaja para la lucha a navajazos, con una espesa mata de pelo oleoso que llevaba siempre recogido en un moño en la coronilla. Sus ojos almendrados, los mismos ojos

panyabíes que con una sola mirada ardiente habían seducido durante siglos a quienes viajaban a la India, irradiaban honor y audacia.

Su nombre, por el que todo Bombay Sur lo conocía, Hathoda, significaba «martillo» en hindi.

-Y bien, Lin, ¿practicas conmigo? Estaba a punto de marcharme, pero si estás listo, me quedo gustoso a otra sesión.

-No querría importunarle, maestro-*ji*.

-No es molestia -insistió-. Déjame beber un poco de agua y empezamos.

-Ya entreno yo con él -se ofreció una voz en hindi a mi espalda-. El *gora* puede practicar conmigo.

Era Andrew DaSilva, el joven de Goa miembro del Consejo de la Sanjay Company. Su empleo del término *gora*, «hombre blanco», aunque muy común en Bombay, resultaba insultante en aquel contexto. Él lo sabía, desde luego, y me lanzó una mirada lasciva con la boca abierta y sacando mandíbula.

También era un comentario extraño. Andrew tenía la tez muy clara, sus ancestros portugueses se evidenciaban en el pelo caoba y los ojos color miel. Como yo pasaba mucho tiempo conduciendo la moto al sol sin casco, tenía la cara y los brazos más morenos que él.

-Es decir -añadió Andrew cuando no respondí-, si al *gora* no le da miedo que lo deje en ridículo.

Era el momento oportuno, el día equivocado.

-¿Qué nivel prefieres? -pregunté, sosteniéndole la mirada.

-Cuatro -respondió, intensificando la suya.

-Cuatro, pues.

Los entrenamientos en el arte del cuchillo se realizaban con mangos de martillo: motivo del duradero apodo de Hathoda. Los mangos de madera, sin las cabezas metálicas, recordaban a la empuñadura y el peso de un cuchillo y servían para practicar sin causar las dolorosas heridas de las hojas de verdad.

En el nivel uno se utilizaba la punta roma de un mango de martillo sencillo. Los entrenamientos de nivel cuatro empleaban mangos afilados con punta, capaces de hacerte sangrar.

Los combates de entrenamiento solían dividirse en cinco asaltos de un minuto separados por descansos de treinta segundos. Entramos en el pasillo de prácticas desnudos de cintura para arriba, en vaqueros. Hathoda, de pie en la entrada para arbitrar la sesión, nos dio un mango afilado a cada uno.

El espacio era angosto, con solo unos centímetros a izquierda y derecha para moverse. El objetivo era enseñar a los hombres a luchar en dependencias cerradas, rodeados de enemigos. El fondo del pasillo acolchado estaba bloqueado: la entrada era también la única salida.

Andrew asió el mango sin levantar el brazo, como si empuñara una espada. Yo agarré el mío con la hoja hacia abajo y me coloqué como un boxeador. Hathoda nos preguntó con un gesto de la cabeza si estábamos listos, consultó el cronómetro que llevaba colgando del cuello y dio la señal.

-¡Empezad!

Andrew se abalanzó sobre mí tratando de sorprenderme. No me costó esquivarlo. Pasó de largo y lo mandé de un empujón al extremo abierto del pasillo, junto a Hathoda.

Se giró y avanzó hacia mí con más cautela. Yo me apresuré a salvar la distancia entre los dos e intercambiamos una ráfaga de pinchazos, estocadas y contraataques.

Durante un momento estuvimos atrapados en una llave, cabeza con cabeza. Saqué fuerzas y lo desequilibré, y Andrew se tambaleó hacia el extremo cerrado del pasillo tratando de recuperarse.

Volvió a atacar, fintando pinchazos, embistiendo. Y cada vez arqueé la espalda para evitar que me alcanzara y lo abofeteé con la mano libre, la izquierda.

Varios de los gángsters jóvenes que estaban entrenando en el gimnasio se congregaron junto a la boca del pasillo. Se reían a cada bofetón, lo que enfurecía a mi contrincante. Andrew era miembro de pleno derecho del Consejo de la Sanjay Company, y su cargo, si no su persona, merecía un respeto.

-¡Callaos la puta boca! -chilló Andrew a los espectadores.

Se callaron al instante.

Andrew me miró, apretando los dientes por el odio que sentía hacia mí. Encorvó los hombros alrededor de la rabia que le bombeaba el corazón. Tensó los músculos de los brazos y comenzó a temblar por el esfuerzo de reprimir la ira.

Le dolía no ganar. Consideraba que se manejaba bien con el cuchillo y yo estaba obligándole a admitir su error.

Debería haberle dejado ganar. No me habría costado nada. Y, en cierto modo, Andrew DaSilva era mi jefe. Pero no pude. Todos reservamos un rinconcito de desprecio para aquellos que nos envidian sin que les hayamos hecho nada malo: aquellos que nos envidian sin motivo y nos injurian sin razón. Andrew estaba acorralado en ese rincón de mi desprecio igual que estaba atrapado al fondo del corredor de prácticas. Y el desprecio casi siempre se impone a la cautela.

Embistió. Giré, esquivando el golpe, y lo ataqué con el mango afilado en la espalda, entre los omóplatos.

-¡Tres puntos! -gritó Hathoda.

Andrew arremetió con el mango al tiempo que se giraba de cara a mí. Volvió a trastabillar y lo lancé de lado de una patada. Me eché encima de él y le pinché el pecho y los riñones con el mango del martillo.

-¡Seis puntos más! -gritó Hathoda-. ¡Y descanso!

Me levanté de encima de Andrew. Este, contraviniendo la orden de Hathoda, se levantó y se abalanzó contra mí blandiendo la hoja de madera.

-¡Basta! -gritó Hathoda-. ¡Descanso!

Andrew persistió, tratando de acuchillarme, de hacerme sangrar. En contra de las reglas del entrenamiento, apuntaba al cuello y a la garganta.

Lo rechacé y me protegí alejándome hacia el extremo sin salida del pasillo. Y respondí con los puños y el mango a cada oportunidad que tuve. A los pocos segundos, ambos sangrábamos por brazos y manos. Nos chorreaba sangre por todo el cuerpo de los cortes en el pecho y los hombros.

Rebotábamos en las paredes acolchadas y nos embestíamos lanzando puñetazos y estocadas, jadeando y resollando cuando empezamos a resbalar en el suelo de piedra y terminamos los dos en el suelo.

Yo tuve más suerte al caer y pude agarrarlo del cuello con una llave. Pegué el pecho a su espalda. Mientras él intentaba zafarse le sujeté los muslos con las piernas y lo inmovilicé. Andrew se revolvió y los dos patinamos por el suelo resbaladizo, pero lo tenía bien sujeto del cuello y no pudo soltarse ni retorcerse.

-¿Te rindes?

-¡Y una mierda!

Una voz me habló desde el lugar de los instintos antiguos.

«Es un lobo atrapado. Si lo sueltas, antes o después vendrá a por ti.»

-¡Lin! -llamó otra voz-. ¡Hermano! ¡Suéltalo!

Era Abdullah. Relajé brazos y piernas y permití que Andrew resbalara de costado y se separase. Jadeaba, tosía y se atragantaba, mientras Hathoda y un puñado de gángsters jóvenes acudían a socorrerle.

Abdullah me ayudó a levantarme. Resollando, le seguí hasta la hilera de colgadores donde había dejado mis cosas.

-*Salaam aleikum* -saludé-. ¿De dónde cojones has salido?

-*Wa aleikum salaam.* Caído del cielo, se diría, y justo a tiempo.

-¿Del cielo?

-Si hubieras acabado con él, Lin, se desataría un infierno. Habrían mandado a alguien como yo a matarte.

Recogí la camisa, los cuchillos, el dinero y el reloj. A la entrada del gimnasio me sequé la cara, el pecho y la espalda con una toalla.

-Salgamos en moto a despejarnos, hermano -propuso en voz baja.

Andrew DaSilva se me aproximó, pero se detuvo a dos pasos de mí.

-No hemos terminado -dijo.

Me acerqué y susurré para que nadie más me oyera.

-¿Sabes, Andy? Hay un callejón detrás del gimnasio. Terminemos ahora mismo. Basta con que asientas y nos ponemos a ello. Sin testigos. Solo nosotros. Asiente, bocazas.

Me incliné hacia atrás para verle la cara. No se movió ni habló. Volví a

adelantarme.

-Ya me lo parecía. Y ahora lo sabemos los dos. Así que aparta, joder, y déjame en paz.

Recogí mis pertenencias y salí del gimnasio con Abdullah, consciente de que había sido una locura humillar a Andrew DaSilva, incluso en privado. Se había escapado un lobo: un lobo que probablemente regresaría cuando la luna fuera lo bastante mala.

Condujimos en silencio hacia Leopold's. Abdullah, saltándose la disciplina que normalmente lo mantenía alejado de cualquier establecimiento donde sirvieran alcohol, aparcó la moto junto a la mía y entró conmigo en el bar.

Nos encontramos a Didier en su mesa habitual, junto a la pequeña puerta que daba al norte, de cara a los dos amplios arcos de la entrada y con vistas a la concurrida Causeway.

-¡Lin! -gritó cuando nos acercamos-. ¡Con lo solo que estaba! Y beber solo es como hacer el amor solo, ¿no te parece?

-No me tires de la lengua, Didier.

-Eres un cura no ordenado de los placeres denegados, amigo mío -exclamó riendo.

Me abrazó, le dio la mano a Abdullah y llamó al camarero.

-¡Cerveza! ¡Dos vasos! ¡Y un zumo de granada para nuestro amigo iraní! ¡Sin hielo! ¡Rápido!

-Sí, señor, enseguida, y de paso me provoco un ataque al corazón para servirle a usted -gruñó Sweetie, arrastrando los pies.

Sweetie estaba en la lista de mis cinco camareros favoritos, y eso que conocía unos cuantos excelentes. Dirigía el mercado negro de mercancías que entraban por una puerta del Leopold's y salían por la otra sin que los dueños del restaurante lo supieran. Cobraba la concesión de todas las tiendas de la calle, tenía un par de chulos y gestionaba un pequeño negocio de apuestas. Y se las apañaba para hacerlo a simple fuerza de hosquedad y pesimismo.

Didier, Abdullah y yo nos sentamos en fila de espaldas a la pared, contemplando el amplio bar y la concurrida calle de detrás.

-Y bien, Abdullah, ¿qué tal? -preguntó Didier-. Hacía tiempo que no veía esa cara tan bonita y aterradora.

-*Alhamdulillah* -respondió Abdullah, empleando una expresión que significa «Gracias, alabado sea Dios»-. ¿Y tú qué tal?

-No me quejo nunca -dijo Didier con un suspiro-. Es una de mis mejores cualidades, como dicen los ingleses. Eso sí, si me quejara, sería un maestro del arte de la queja.

-Entonces... -Abdullah frunció el entrecejo-, ¿estás bien?

-Sí, amigo mío -sonrió Didier-. Estoy bien.

Llegó la bebida. Sweetie plantó las cervezas con brusquedad, pero limpió con esmero todo rastro de humedad del vaso de zumo de Abdullah y se lo sirvió acompañado por una generosa cantidad de servilletas de papel.

Mientras se alejaba de espaldas, con cada paso realizaba una leve reverencia ante Abdullah, como si saliera de la tumba de un santo.

Didier frunció los labios, irritado. Me miró a los ojos y me eché a reír, escupiendo la espuma de la cerveza.

-En serio, Lin, ¡esta gente es insoportable! Me paso aquí noche y día, año tras año. He orinado ríos en estos lavabos y he aceptado comidas tan tristes para un francés que ni te las imaginas, y todo por la causa de una decadencia entregada y, no me parece falta de modestia admitirlo, magnífica. Pues me tratan como a un turista. Abdullah solo viene una vez al año y se mueren de amor por él. ¡Es exasperante!

-En los años que llevas aquí -dijo Abdullah, removiendo el zumo- han aprendido cuál es el límite de tu tolerancia. En cambio, no conocen el límite de lo que yo sería capaz de hacer. Es la única diferencia.

-Y si tú dejaras de venir, Didier -añadí-, te echarían de menos más que a nadie.

Didier sonrió, calmado, y cogió la bebida.

-Bueno, tienes razón, Lin. Me han dicho más de una vez que tengo una personalidad inolvidable. ¡Brindemos! ¡Por los que nos llorarán cuando faltemos!

-¡Que rían en lugar de llorar! -dije, brindando con él.

Mientras sorbía la cerveza, un revendedor callejero llamado Saleh se dejó caer en una silla enfrente de mí y golpeó el vaso de Abdullah, derramando algo de zumo por la mesa.

-Menudo idiota el puto extranjero ese -dijo Saleh.

-Levanta -ordenó Abdullah.

-¿Qué?

-Que te levantes o te parto los brazos.

Saleh nos miró a Didier y a mí. Didier agitó los dedos para aconsejarle que se levantara. Saleh volvió a mirar a Abdullah y, poco a poco, se levantó.

-¿Quién eres? -preguntó Abdullah.

-Saleh, jefe -contestó, nervioso-. Me llamo Saleh.

-¿Eres musulmán?

-Sí, jefe.

-¿Así saluda un musulmán?

-¿Qué?

-Como vuelvas a preguntar «qué» te parto los brazos.

-Perdón, jefe. *Salaam aleikum.* Me llamo Saleh.

-*Wa aleikum salaam* -contestó Abdullah-. ¿Qué haces aquí?

-Eh... bueno... pero...

Saleh quería preguntar otra vez «qué», pero yo confiaba en que no lo hiciera.

-Díselo, Saleh -dije.

-Vale, vale, tengo una cámara -dijo, depositando en la mesa una cámara cara.

-No lo entiendo -dijo Abdullah, arrugando la frente-. Nos estamos tomando un refresco. ¿Por qué nos lo cuentas a nosotros?

-Quiere venderla, Abdullah -dije-. ¿De dónde la has sacado, Saleh?

-De esos idiotas mochileros que tengo detrás. Los dos rubios flacos. Confiaba en que la compraras, Lin. Necesito dinero, y rápido.

-No entiendo -insistió Abdullah.

-Ha timado a los mochileros y quiere metálico -expliqué.

-Se lo han tragado todo -dijo Saleh-. Putos idiotas,

-Como vuelvas a soltar tacos delante de mí -dijo Abdullah-, te arrojo entre los coches.

Saleh, como cualquier charlatán callejero en circunstancias similares, quería largarse. Hizo ademán de recuperar la cámara, pero Abdullah se lo prohibió levantando un dedo.

-Déjala ahí -ordenó, y Saleh retiró la mano-. ¿Con qué derecho alteras la paz ajena con tu comercio?

-¿De-derecho? -tartamudeó Saleh, perplejo.

-Está bien -dije-. La gente se me acerca constantemente a proponerme negocios, Abdullah.

-Es intolerable -refunfuñó-. ¿Cómo puedes hacer negocios con hombres así, que no conocen el respeto ni el honor?

-¿Honor? -farfulló Saleh.

-Sí, Saleh -dije-. Mira, para ti los mochileros son víctimas en su punto perfecto de madurez, pero nosotros no lo vemos igual. Nosotros los consideramos emisarios de empatía.

-¿Qué?

Abdullah le agarró de la muñeca.

-¡Lo siento, jefe! ¡No quería decirlo!

Abdullah lo soltó.

-¿Cuánto es lo más lejos de Colaba que has estado en la vida, Saleh?

-Fui a ver el Taj Mahal a Agra una vez. Está lejos.

-¿Con quién fuiste?

-Con mi mujer.

-¿Solo con tu mujer?

-No, Linbaba, también vinieron la hermana de mi mujer, mis padres y mi primo hermano con su esposa y los niños.

-¿Ves, Saleh? Esos tíos de ahí tienen más agallas que tú. Se han echado el mundo a la mochila y se han ido solos a lugares salvajes, a dormir bajo la protección de personas que acaban de conocer.

-Son solo mochileros, tío. Ganado.

-El Buda fue un mochilero que viajó por el mundo con sus

pertenencias a cuestas. Jesús fue un mochilero, que desapareció del mundo durante años para viajar. Todos somos mochileros, Saleh. Llegamos con nada, cargamos nuestras cosas una temporada y luego nos marchamos sin nada. Y cuando te cargas la felicidad de un mochilero, te cargas la mía.

-Soy... un hombre de negocios -musitó.

-¿Cuánto les has pagado, Saleh?

-No te lo puedo decir -objetó, con expresión taimada-. Pero sí puedo decirte que no más del veinte por ciento. Aceptaré el veinticinco, si lo tienes.

Abdullah volvió a agarrarlo de la muñeca. Yo conocía la sensación. Empezaba mal y acababa peor.

-¿Te niegas a decirle la verdad? -preguntó Abdullah.

Se giró hacia mí.

-¿Así negocias, hermano? ¿Con mentirosos? Te serviré la lengua de este en la mano.

-¿La lengua? -chilló Saleh.

-Me han contado -recordó Didier- que una mujer odiosa, llamada madame Zhou, utiliza una lengua humana de esponja para el maquillaje.

Saleh se soltó y echó a correr sin recoger la cámara. Siguió una pausa mientras ponderábamos el incidente en silencio.

-Por favor, Abdullah -dije al cabo de un rato-, no le cortes la lengua.

-¿Algo menos grave?

-No. Déjalo.

-Como digo siempre -apuntó Didier-, si no tienes nada bueno que decir acerca de alguien, le robas y le disparas.

-Sabias palabras -musitó Abdullah.

-¿Sabias palabras?

-Es evidente, Lin -confirmó Didier.

Abdullah asintió.

-¿Solo porque no se te ocurra nada bueno que decir?

-Desde luego, Lin. Es decir, si no se te ocurre ni una sola cosa buena de un hombre es que es un cerdo redomado. Y todos nosotros, que tenemos experiencia, sabemos que antes o después un cerdo redomado acaba dándote motivos de arrepentimiento o de dolor o de ambas cosas. Robar y cargarse a esos seres negativos antes de que te roben y acaben contigo es simple prudencia. A mí me parece defensa propia.

-Si estos camareros te conocieran tan bien como nosotros, Didier -dijo Abdullah-, te tratarían con más respeto.

-Cuánta razón tienes -convino Didier-. Cuanto más conoces a Didier, más lo quieres y lo respetas.

Me levanté sin acabarme la copa.

-¿Adónde vas? -protestó Didier.

-Solo he venido a darte una cosa. Tengo que ir a casa a cambiarme de ropa. Esta noche salimos a cenar con Ranjit y Karla.

Solté el cierre de acero inoxidable de mi muñeca y me deslicé el reloj por encima de la mano. Durante un momento sentí una punzada de arrepentimiento por perder algo que había deseado demasiado. Entregué el reloj a Didier.

Él lo examinó, lo giró para leer la inscripción del dorso y luego se lo pegó a la oreja y escuchó el mecanismo.

-Pero... ¡es un reloj magnífico! -exclamó Didier-. Un hermoso instrumento. ¿De... de verdad es para mí?

-Pues claro. Pruébatelo.

Didier se abrochó la cadena a la muñeca y giró la mano a derecha e izquierda, arriba y abajo, admirando el reloj.

-Te va bien -dije, dispuesto a marcharme-. ¿Vienes, Abdullah?

-Pues, hermano, hay una belleza sentada en un rincón -dijo en tono serio Abdullah, mirándome fijamente-. No me ha quitado ojo desde hace quince minutos.

-Ya me he fijado.

-Creo que me quedaré un rato con Didier.

-¡Camarero! -se apresuró a llamar Didier-. ¡Otro zumo de granada! ¡Sin hielo!

Cogí la cámara y me alejé un paso de la mesa, pero Didier también se levantó y me detuvo.

-¿Vas a ver a Karla esta noche? -preguntó, pegándose a mí.

-Es el plan, sí.

-¿Ha sido idea tuya?

-No.

-¿De Karla?

-No.

-Entonces ¿a quién puede ocurrírsele algo tan diabólico?

-A Lisa. Me ha avisado en el último momento. Hace una hora. Me mandó una nota mientras estaba en el bar de Edward. ¿Por qué?

-¿No puedes inventarte una excusa? ¿Un modo de no ir?

-No creo. No sé qué tiene planeado, pero en la nota me pedía que fuera.

-Hace casi dos años que no ves a Karla, Lin.

-Lo sé.

-Pero... en asuntos del corazón, del amor...

-Lo sé.

-... dos años duran dos latidos.

-Mira...

-¡No, por favor! Déjame hablar. Lin... estás... en un lugar más siniestro que hace dos años. Eres un hombre más siniestro que cuando llegaste a Bombay. Nunca te lo había dicho. Me avergüenza admitir que al principio una parte de mí se alegró de ver el cambio. Me reconfortaba. Me alegraba tener compañía, por así decirlo.

-¿De qué estás hablando, Didier?

-Quiero a Karla, a mi modo quizá tanto como tú. Pero estar sin ella te ha cambiado. Amarla y perderla te arrojó a esta sombra en la que vives y te convirtió en un hombre más siniestro de lo que Dios te pensó.

-¿Dios?

-Me preocupo, Lin. Me preocupa lo que pueda abrirse dentro de ti si vuelves a verla. Hay puentes que deberían permanecer derribados. Ríos que no deberían cruzarse.

-No pasa nada.

-¿Y si te acompaño? Como todo el mundo sabe, soy un contrincante digno de su ingenio.

-No pasa nada.

-Entonces, si estás decidido a verla, ¿quizá debiera organizar un inoportuno accidente para Ranjit? ¿Algo que le impida acudir a la cita?

-Nada de accidentes.

-¿Un desafortunado retraso?

-¿Qué te parece dejar que la naturaleza siga su curso, Didier?

-Justo lo que temo que ocurra -suspiró- si vuelves a ver a Karla.

-No pasa nada.

-Bueno... -murmuró, bajando la vista y echando un vistazo al reloj que le había regalado-. Gracias por el reloj. Lo conservaré siempre.

-Cuida de Abdullah y de la belleza del rincón.

-Ya. Nosotros, los tipos duros, caemos rápido y caemos mal. Ay, es la historia de mi vida. Recuerdo aquella vez que...

-Y yo, hermano -me reí, dando la vuelta para irme-. Y yo.

Pasé junto a los dos mochileros flacos, que estaban comiendo por cuatro y a cuatro manos. Dejé la cámara en la mesa.

-En las tiendas de aquí vale mil dólares americanos -dije- y cualquier vendedor de la calle la colocaría por seiscientos y, si es honrado, os devolvería quinientos.

-Nos ha dado cien y ha prometido que volvería con más dinero -dijo uno de ellos.

-Aparecerá -dije-. Y querrá recuperar los cien. Aquel camarero se llama Sweetie. También trabaja bajo mano. Es un gilipollas, pero de fiar. Podéis hacer un trato con él, devolverle el dinero a Saleh y sacar algo de pasta. Sin arriesgaros.

-Gracias -dijeron los dos.

Parecían hermanos y, dondequiera que hubieran estado, les había abierto el apetito.

-¿Te sientas con nosotros?

-He quedado para cenar -dije con una sonrisa-. Pero gracias de todos modos.

Salí a por la moto. Abdullah y Didier se despidieron con la mano en alto, Didier fingiendo sostener una cámara imaginaria y retratándome socarronamente por haber ayudado a los dos extranjeros.

Di media vuelta, observé el tráfico arrastrándose a la sombra intimidante de un autobús. Didier y Abdullah: dos hombres muy distintos y, sin embargo, hermanos en muchos sentidos. Pensé en las cosas que habíamos hecho los tres, hombres insensatos, juntos o a solas, desde que habíamos coincidido como exiliados en la Ciudad Isleña. Lamentábamos algunas de ellas y otras las habíamos enterrado. Pero también las había triunfales, luminosas. Cuando el amor hería a alguno de nosotros, los otros cauterizaban la herida con sarcasmo. Cuando uno tenía que multiplicarse por dos, los otros acudían armados. Cuando uno desesperaba, los otros rellenaban el vacío de la esperanza con lealtad. Y cuando eché la vista atrás, noté esa lealtad como una mano en el pecho y puse toda mi esperanza en ellos y en mí mismo.

El miedo es un lobo encadenado, solo es peligroso cuando lo sueltas. La pena se agota en la red del olvido. La ira, pese a toda su furia, puede matarse con una sonrisa. Solo la esperanza perdura eternamente, porque la esperanza no nos pertenece: pertenece a nuestros ancestros, a los primeros de la especie, cuyo valiente amor por el prójimo nos legó lo mejor de lo que somos.

Y la esperanza, esa semilla ancestral, redime al corazón que alimenta. El latido de cualquier conciencia está infectado por la misma elección que la esperanza nos ofrece a todos nosotros: entre las sombras del

pasado y la luminosa página en blanco de un nuevo día.

El pasado es una novela, escrita por el Destino, que entreteje los mismos temas: el amor y su gloria, el odio y sus prisioneros, el alma y su peso. Nuestras decisiones devienen narraciones: elecciones predestinadas que cambian el curso del río de la vida. En el presente, donde tienen lugar decisiones y conexiones, el Destino aguarda en el margen de la Historia, nos deja solos con nuestros errores y milagros, porque es solo nuestra voluntad la que nos conduce a unos o a otros.

Aquel día, parado junto a la moto, me fijé en las caras de la calle. Una me sostuvo la mirada. Era una mujer joven y rubia de ojos azules, y parecía nerviosa. Estaba en el sendero de entrada al Leopold's, esperando a alguien. Se la veía asustada pero decidida: valiente y acobardada en la misma medida.

Saqué el colgante que le había comprado a Billy Bhasu. Lo abrí y miré la fotografía. Era la misma chica.

Hay cientos de buenas chicas en cualquier calle de mala reputación esperando a un hombre que no suele merecerlo. Aquella esperaba a que su novio regresara con la droga. No era adicta: estaba flaca, pero demasiado sana y consciente del mundo. Supuse que el drogadicto sería el novio y que ella le había vendido la joya a Billy Bhasu, gancho callejero, para que el hombre pudiera comprar su dosis.

Yo llevaba suficiente tiempo en la calle para reconocer los síntomas de la adicción desesperada en cualquiera, incluso manifestados de segunda mano. Yo mismo los había padecido y los había visto en la mirada de mis seres queridos.

El hecho de que la chica del relicario esperase a la puerta del Leopold's y no en el interior significaba que ella y su novio habían superado la fase inicial de turistas, en la que pasabas el día sentado en el restaurante con bebidas frescas y comida caliente. El hecho de que estuviera en la calle y no en una habitación de hotel significaba que probablemente se habían retrasado en el pago.

Esperaba a que el novio regresara con las drogas que hubiera comprado con su colgante de amor y algo de dinero para pagar la habitación.

Había visto a chicas como la de la foto abandonar la Ciudad Isleña convertidas en cenizas esparcidas por unas manos reticentes al poco de haber llegado. Eran guapas, como lo son todas las chicas, y siempre era un chico no tan guapo el que escribía por ellas esa parte

de su historia.

Podría haberme alejado sin mediar palabra. Lo hacía a diario: pasaba de largo con la moto junto a tristezas, negligencias y futilidades. No podías saltar por todos los aros que el Destino te plantaba delante.

Pero la joya cobró vida en la calle, imitando al arte, y me acerqué a ella.

-Creo que es tuyo -dije, tendiéndosela sobre la palma de la mano.

Ella se quedó mirándola, con ojos asustados, pero no se movió.

-Adelante. Cógelo.

Titubeando, alargó una mano y cogió el relicario y la cadena.

-¿Qué...? ¿Qué...?

-No quiero nada -la interrumpí-. Ha aparecido en mi mesa, por así decirlo. Nada más.

Sonrió, incómoda.

-Suerte -dije.

Di media vuelta.

-Lo habré perdido -se apresuró a decir, defendiéndose con una mentira.

Dudé.

-Cuando vuelva mi novio te recompensaremos -dijo, con una sonrisa que llevaba tiempo sin lucir.

-No se te ha perdido. Lo vendisteis.

-¿Qué?

-Y el hecho de que lo vendierais con las fotografías dentro delata que tu novio lo vendió con prisas. El hecho de que lo vendiera con prisas significa que estaba bajo presión. La única presión que funciona así en esta ciudad es la droga.

Se estremeció, como si la hubiera amenazado.

-La gente como nosotros... -dijo con un acento escandinavo que imprimía una musicalidad a sus palabras que desentonaba con la

tristeza de la mirada.

Me alejé.

Miré atrás. Seguía encogida por la impresión, con los hombros encorvados.

Regresé.

-Mira -dije, en un tono más delicado y mirando a ambos lados de la calle-. Olvídalo.

Le di un fajo de billetes, mis ganancias del día, y me alejé de nuevo, pero la chica me retuvo. Sostenía el dinero en la mano cerrada.

-¿De...? ¿A qué te refieres?

-Olvídalo -repetí, retrocediendo un paso-. Guárdate el dinero. Olvida lo que te he dicho.

-¡No! -suplicó, abrazándose a sí misma en un gesto protector-. Dime a qué te refieres.

Me detuve y volví a suspirar.

-Tienes que dejar a ese hombre, quienquiera que sea -dije, por fin-. Sé cómo acaban estas cosas. Lo he visto cientos de veces. No importa cuánto lo quieras y lo maravilloso que sea...

-No sabes nada.

Lo que sabía era que la siguiente foto que vendería sería la del pasaporte. Sabía que todavía conservaba el pasaporte porque todavía no me lo habían ofrecido. Pero estaba bastante seguro de que lo vendería si su novio se lo pedía. Lo vendería todo, y cuando no quedara nada que vender, se vendería ella.

Y su novio se sentiría mal, pero aceptaría el dinero que ella ganara vendiendo su cuerpo y lo emplearía para comprar drogas. Lo sabía, como lo sabían todos los ganchos callejeros, tenderos y chulos de alrededor. Era la verdad de la adicción, esperando a ocurrir, y la verdad de la calle, esperando a aprovecharse de la chica.

-Tienes razón -dije-. No sé nada.

Me dirigí a la moto y me marché. A veces te inmiscuyes y a veces no; a veces lo intentas y otras pasas de largo. Una cadena de oro y una fotografía me conectaban en cierto modo a aquella chica, pero había

demasiadas chicas, demasiados problemas, esperando en alguna parte a novios problemáticos. Y de todos modos yo también era un novio problemático.

Le deseé lo mejor a la chica del colgante, y para cuando aparqué la moto al lado de casa ya había dejado de pensar en ella.

Lisa estuvo callada y preocupada mientras me afeitaba, me duchaba y me vestía. Me alegré. No me apetecía hablar. La cena con Ranjit y Karla no había sido idea mía.

Aunque los dos vivíamos en la estrecha península de la Ciudad Isleña, desde que estaba con Lisa no había vuelto a ver a Karla. De vez en cuando la veía en una foto con Ranjit en los periódicos de su marido, pero el Destino no había hecho que nuestros caminos se cruzasen.

«Karla también ronda por la mansión de mi vida», había dicho Lisa. Comprendía lo que quería decir, pero Karla no era un fantasma. Karla era más peligrosa.

-¿Qué tal estoy? -me preguntó Lisa, de pie cerca de la puerta del piso.

Llevaba un vestido de seda azul sin mangas, cortísimo. Se había puesto un collar de conchas, la pulsera que yò le había regalado y unas sandalias romanas que le subían hasta las rodillas.

Se había maquillado más de lo normal, pero la favorecía: unos ojos celestes en mitad de una aurora negra. Los rizos gruesos y rubios caían sueltos y esponjosos, pero se había cortado el flequillo con unas tijeras de cocina. Le había quedado irregular, desordenado y brillante.

-Estás estupenda -dije con una sonrisa-. Me encanta lo que te has hecho en el pelo. ¿Has vuelto a guardar el puñal después de cortarte el flequillo?

-¡Ven que te enseñe dónde guardo el puñal! -se rió, dándome un puñetazo en el pecho.

-¿Decías en serio lo de tener una relación abierta? -le pregunté en tono grave.

-Sí -contestó enseguida-. Lo digo en serio. Y tú también deberías tomártelo en serio.

-¿Por eso la cena repentina?

-En cierto modo. Podemos hablarlo después.

-Creo que deberíamos hablarlo ahora. Y hablar también de otros temas.

-Primero, habla con Karla.

-¿Qué?

-Vamos a ver a Karla. Habla con ella. Averigua lo que piensa y luego ya hablaremos sobre lo que tú piensas.

-No veo...

-Exacto. Arre, vaquero, o llegaremos tarde.

Condujimos hacia el Mahesh durante una tregua de la lluvia y llegamos a la entrada cubierta del hotel justo cuando empezaba otro chaparrón. Aparqué en un hueco lejos de la puerta principal. Estaba estrictamente prohibido aparcar allí, así que me costó cincuenta rupias.

Lisa me detuvo en las puertas de entrada agarrándome la mano.

-¿Estás preparado? -preguntó.

-¿Para qué?

-Karla -contestó, esbozando una sonrisa valiente y luminosa-. ¿Qué si no?

Encontramos a Ranjit en una mesa para diez. Dos conocidos mutuos, Cliff De Souza y Chandra Mehta, lo acompañaban. Eran socios de una productora de Bollywood. Mi relación con ellos databa de unos años antes, cuando me habían pedido ayuda para cambiar parte de sus rupias en negro, sin declarar, por dólares del mercado negro con los que podrían sobornar a los funcionarios de Hacienda, que solo aceptaban dólares.

Lisa había trabajado con ellos unos meses cuando dirigía una pequeña agencia de talentos, que buscaba extranjeros para hacer de extras en películas indias. Al cambiar la agencia por la galería de arte, había mantenido el contacto con Cliff y Chandra.

En los últimos años sus películas habían triunfado. Los productores habían conseguido atraer a las mayores estrellas de la ciudad. Prueba de su éxito era que Chandra y Cliff, que en público siempre se adornaban con alguna joven promesa, esa noche se hacían acompañar por cuatro chicas preciosas.

Nos saludamos, nos presentaron a las chicas -Monica, Mallika, Simple y Sneha- y nos sentamos a la mesa. Ranjit nos colocó flanqueándolo, Lisa a su derecha y yo a su izquierda. No parecía quedar sitio para Karla.

-¿Karla no viene? -preguntó Lisa.

-No, lo siento -se excusó Ranjit, apretando los labios en una sonrisa compungida-. No... no se encuentra bien. Me ha pedido que la disculpéis y os manda sus mejores deseos.

-No es nada grave, espero. ¿Debería llamarla?

-No, no es grave, Lisa. Solo que últimamente ha trabajado demasiado. Nada más.

-Pues mándale recuerdos.

-Lo haré, Lisa.

Lisa me miró, pero enseguida desvió la mirada.

-¿Sois todas actrices, Mallika? -preguntó Lisa, dirigiéndose a la chica que tenía más cerca.

Las chicas asintieron entre risitas.

-Sí -respondió Mallika, tímidamente.

-El camino hasta la cima es duro -dijo Cliff De Souza, arrastrando un poco las palabras, achispado-. No sabemos cuál de vosotras pasará al siguiente nivel, *yaar*, y cuál se perderá por el camino para siempre.

Las chicas rieron, nerviosas. Chandra Mehta intervino para mitigar el comentario.

-Todas tendréis una oportunidad -les aseguró-. Todas saldréis en pantalla. Os lo garantizo. Está todo preparado. Pero, como dice Cliff, no hay forma de saber cuál tiene magia con la cámara, ese factor que te empuja hacia delante y hacia arriba, por así decir.

-¡Brindemos! -gritó Cliff, alzando la copa-. ¡Adelante y arriba!

-¿Hace mucho que actuáis? -le preguntó Lisa a Simple cuando las copas volvieron a la mesa.

-Ah, sí.

-Desde hace meses -añadió Monica.

-Ya son veteranas -farfulló Cliff-. ¡Otro brindis! ¡Por el negocio que nos enriquece!

-¡Por el espectáculo! -convino Chandra.

-¡Por la contabilidad creativa! -le corrigió Cliff.

-Brindo encantado -se rió Chandra, chocando la copa.

Llegaron varias cestas de *pakodas* y tiras estrechas de *parathas* cachemiras.

-Me he tomado la libertad de pedir por todos -anunció Ranjit-. Hay comida no vegetariana para Cliff, Lin y Lisa y una amplia selección de verduras para el resto. ¡Comenzad, por favor!

»Chandra -continuó Ranjit mientras empezábamos a comer-, ¿no habrás leído el artículo que publiqué en mi diario la semana pasada? Sobre un joven bailarín gay al que asesinaron cerca de vuestro estudio.

-Chandra solo lee contratos -replicó Cliff, sirviéndose otra copa de vino tinto-. Pero yo sí lo vi. En realidad, lo vio mi secretaria. Se puso a farfullar como un bebé, hecha un mar de lágrimas, y cuando le pregunté lo que le pasaba me leyó el artículo. ¿Por qué?

-Estaba pensando que daría un buen argumento para una película -respondió Ranjit, pasándole la cesta de *pakodas* a Lisa-. Si la hicierais, el periódico la apoyaría. Y yo invertiría.

-¡Gran idea! -convino Lisa.

-Y por eso esta cena -dedujo Chandra.

-¿Y si es por eso? -preguntó Ranjit con una sonrisa encantadora.

-¡Olvídalo! -espetó Chandra, engullendo un bocado-. ¿Nos tomas por locos?

-Atended un momento -insistió Ranjit-. Uno de mis columnistas, un escritor excelente, ya ha escrito algunos guiones para la competencia...

-Nosotros no tenemos competencia -le cortó Cliff-. Estamos en la cima de la cadena alimentaria del cine, ¡arrojando cocos a los de abajo!

-En todo caso -persistió Ranjit-, el chico está entusiasmado con la idea. Ya ha empezado a escribir el guión.

-El bailarín era idiota -dijo Cliff.

-El bailarín tenía nombre -dijo Lisa en voz baja.

Se la veía tranquila, pero yo sabía que estaba enfadada.

-Sí, por supuesto...

-Se llamaba Avinash. Era un bailarín magnífico, hasta que una panda de matones borrachos le dio una paliza que lo dejó inconsciente, lo roció de queroseno y le prendió fuego.

-Como iba diciendo... -empezó a decir Cliff, pero su socio lo acalló.

-Mira, Ranjit -interrumpió Chandra, nervioso-. Puedes jugar al héroe en las páginas de tu periódico y escribir sobre el pobre desgraciado...

-Avinash -dijo Lisa.

-Sí, sí, Avinash. Puedes escribir sobre él, arriesgarte y que no te pase nada. Pero sé realista. Si adaptamos la historia al cine, vendrán a por nosotros. Cerrarán los cines.

-Los quemarán -añadió Cliff-. Y perderíamos montones de dinero por nada.

-Pues opino que algunas historias -replicó con educación Ranjitson tan importantes que debemos arriesgarnos a contarlas.

-No solo nos arriesgaríamos nosotros -replicó, razonablemente, Chandra-. Piénsalo. Si hiciéramos la película se producirían disturbios. Atacarían las salas de cine. Como dice Cliff, hasta puede que quemaran alguna. Podría morir alguien. ¿Merece la pena correr semejante riesgo solo por contar una historia?

-Ya ha muerto alguien -puntualizó Lisa con los dientes apretados-. Un bailarín. Un bailarín con un don maravilloso. ¿Lo visteis bailar en el CNAE?

Cliff escupió el vino que tenía en la boca.

-¿El Centro Nacional de Artes Escénicas? -se mofó-. El único arte que le interesa a Chandra es el que ejecutan las chicas guapas a media luz, ¿verdad, hermano?

Chandra Mehta se rió, incómodo.

-Deberías beber menos, Cliff. Esta noche has empezado demasiado temprano.

-Habla por ti -replicó su socio, fulminándolo con la mirada y sirviéndose otra copa de vino-. ¿Te inquieta que le diga a Ranjit que opino que su falsa campaña guarda más relación con sus ambiciones políticas que con el tal Avinash, el bailarín muerto? El que debería preocuparse es Ranjit, no nosotros. Le compramos páginas del periódico a diario.

-¿Por qué no dejamos los negocios para la oficina? -propuso Ranjit con una débil sonrisa.

-El tema lo has sacado tú -repuso Cliff, agitando la copa y derramando un poco de vino en las pulseras de colores de Sneha.

-¿Cuál es tu opinión sobre lo que le ha ocurrido a Avinash -le preguntó Lisa a Cliff-, teniendo en cuenta que lo mataron a ciento cincuenta metros de tu estudio y que bailó en tres de vuestras películas?

-Lin -se apresuró a intervenir Chandra-, échame un cable. ¿Tú qué opinas? Tengo razón, *na?* Si hiciéramos la película provocaríamos un derramamiento de sangre. No deberíamos ofender sensibilidades a la ligera ni... los sentimientos de una comunidad, ¿no?

-Venga -dijo Ranjit, echando una mirada a Lisa-. Escuchemos lo que opinas de verdad, Lin.

-Ya he dicho lo que pienso de verdad, Ranjit.

-Lin, por favor -me apremió Lisa.

-Vale. Alguien dijo que la sofisticación de una comunidad es inversamente proporcional a su capacidad de llegar a la violencia por lo que otros digan en público o hagan en privado.

-No... tengo... ni puta idea de lo que dices -soltó Cliff, boquiabierto.

-Dice -terció Ranjit- que la gente sofisticada no se ofende por lo que otros dicen en público o hacen en la privacidad del hogar. Solo se ofenden los que no son sofisticados.

-Ya, pero... ¿qué tiene que ver eso conmigo? -me preguntó Chandra.

-Que estoy de acuerdo contigo, Chandra. No deberías rodar la

película.

-¿Qué? -exclamó Lisa.

-¿Lo ves? -dijo Cliff, levantando la copa-. Tengo razón.

-¿Por qué no, Lin? -preguntó Ranjit, perdiendo la sonrisa encantadora.

-No es su guerra.

-¡Te lo dije! -espetó con desdén Cliff.

-Pero es importante, ¿no crees, Lin? -me preguntó Ranjit, pero mirando a Lisa con el ceño fruncido.

-Claro que es importante. Han matado a un hombre, lo han asesinado, y no por hacer algo, sino por ser. Pero no es su guerra, Ranjit. No creen en ella, y Avinash merece alguien que se lo crea.

-La semana pasada fue Avinash -dijo Lisa, fulminándome con la mirada-. La próxima podrían ser musulmanes o judíos o cristianos o mujeres los apaleados e inmolados. O podrían ser productores de cine. Así que el asunto nos incumbe a todos.

-Solo deberíais rodarla si creéis en lo que hacéis -insistí-. Y no es el caso de Cliff y Chandra. En realidad, les importa un carajo Avinash, sin ánimo de ofender. No es su guerra.

-¡Exacto! -dijo Cliff-. Solo quiero ganar dinero a mansalva, tal vez algún que otro premio de vez en cuando y vivir feliz en la alfombra roja. ¿Tan malo es?

Llegó el primer plato, era imposible hablar, así que todos nos concentramos en el pequeño enjambre de camareros que servía un arriate de comida.

Un mensajero de recepción se acercó a la mesa justo mientras nos servían. Hizo una reverencia a los invitados y luego se inclinó para cuchichearme al oído.

-El señor Naveen espera en recepción, señor. Le urge hablar con usted.

Me excusé y me encaminé al vestíbulo. No me costó encontrar a Naveen y Divya: su discusión se oía a diez metros de distancia.

-¡Que no! -gritó Divya.

-No seas...

-¡Basta! ¡Ni hablar!

-Hola, tío -suspiró Naveen en cuanto aparecí-. Perdona que te interrumpa la cena.

-No pasa nada -contesté, estrechándole la mano y saludando con la cabeza a la malhumorada celebridad-. ¿Qué ocurre?

-Bajábamos de una fiesta privada en el piso dieciocho...

-¡Justo cuando la fiesta comenzaba! -protestó Divya.

-Una fiesta que estaba a punto de degenerar en disturbios -la corrigió Naveen-, y por eso nos hemos marchado. Y adivina con quién nos hemos topado en el ascensor. Ni más ni menos que el hombre misterioso...

-El señor Wilson.

-El mismo.

-¿Has hablado con él?

-No he podido reprimirme. Sé que acordamos esperar a hablar con él los dos juntos, pero a la ocasión la pintan calva y la he aprovechado.

-¿Qué le has dicho?

-Que George Escorpio es amigo mío y que sabía que estaba buscándolo. Le he preguntado de qué iba el asunto y por qué perseguía a mi amigo.

-¿Y?

-Es abogado -interrumpió Divya.

-¿Me dejas hablar, por favor? -refunfuñó Naveen, apretando los dientes-. Dice que es abogado y que tiene un mensaje importante para Escorpio, solo que lo llama señor George Bradley. ¿Escorpio se apellida Bradley?

-Sí. ¿Wilson te ha dado el mensaje?

-El tipo no suelta prenda. Ya me gustaría a mí tenerlo de abogado. Pero me ha dicho que no era malo para Escorpio.

-¡Se lo he sacado yo! -siseó Divya.

-Sí, amenazando con que te rasgarías la camisa y te pondrías a chillar que te había atacado en el ascensor. Creo que te has pasado de la raya.

-¡Para eso está la raya, idiota! Para pasársela. ¿Para qué si no?

-¿Ha dicho algo más?

-No. No ha dicho nada más. Por ética profesional, dice.

-Si me hubieras dejado gritar -insistió Divya-, ahora lo sabrías todo, ¡Pero no! ¡Gritar no es una táctica aceptable para el gran detective!

-¿Y si gracias a los gritos acabaras en comisaría estaría cumpliendo con mi cometido? -preguntó Naveen.

-¿Cómo es que seguís juntos? -pregunté-. ¿Todavía no se ha arreglado el asunto del aspirante a actor?

-Sí -suspiró Naveen-. Pero su padre está a punto de cerrar un gran negocio...

-Mukesh Devnani no cierra grandes negocios, *chamcha* -interrumpió Divya-. Mi padre solo se dedica a negocios enormes, mastodónticos.

-Su padre está a punto de cerrar un negocio enorme, mastodóntico -continuó Naveen-, y por lo visto los que han quedado al margen se lo han tomado a mal. Le han llegado amenazas. Bastante desagradables. Así que ha decidido curarse en salud. Me ha pedido que aguante un par de semanas más a la cría, hasta que cierre el trato.

-¡No soy una cría! -espetó Divya, sacando la lengua-. ¡Y no veo el momento de perderte de vista!

-¿Acabas de sacarme la lengua? -preguntó Naveen, anonadado.

-Es una respuesta legítima -replicó ella con un mohín.

-Si, claro, si tuvieras cuatro años.

-Entonces... -interrumpí-, ¿qué ha pasado con Wilson?

-Sabía que estabas aquí -se apresuró a contestar Naveen-. Uno de los invitados de la fiesta te ha visto al subir. Me ha dicho que estabas cenando con Ranjit Choudry. Se me ha ocurrido que podría ser una ocasión única para finiquitar el tema y le he pedido a Wilson que nos

espere fuera, en el paseo marítimo. Está esperando. ¿Qué te parece?

-Me parece que deberíamos hablar con él. Si es quien dice ser, tendríamos que llevarlo con los George del Zodíaco. ¿Te quedas aquí con mi novia, Divya?

-¡No empieces tú también! -gruñó Divya.

-Por eso discutíamos -explicó Naveen-. Le he dicho que si querías que fuéramos a ver a los George con el tal Wilson tendría que quedarse en el hotel por seguridad. No quiere.

-¿Bromeas? La cosa más interesante que me pasa desde hace... no sé, trillones de años, acompañar al hombre misterioso a ver a los Zodíacos, quienesquiera que sean, ¿y quieres que espere sentadita como una niña buena? Ni hablar. Soy una niña mala. Voy con vosotros.

Lancé una mirada a Naveen. Su media sonrisa y un encogimiento de hombros delataban hasta qué punto se había acostumbrado a rendirse con aquella chica desde que estaban juntos.

-Vale. Espera aquí. Aviso a Lisa.

Regresé a la mesa, apoyé las manos en el respaldo de la silla de Lisa y me incliné para susurrarle al oído. Le expuse la situación y luego me excusé ante el resto.

-Damas y caballeros, lamento comunicarles que me reclama una emergencia de un amigo. Excúsenme.

-Hemos quedado para cenar con Ranjit -dijo Lisa en voz alta, enfadada.

-Lisa...

-Que es justo lo que estamos haciendo, por si no te habías dado cuenta.

-Sí, pero...

-Es de muy mala educación.

-Es una emergencia. Es Escorpio, Lisa.

-¿Por eso te vas? -preguntó enojada-. ¿O porque no ha venido Karla?

Me quedé mirándola, dolido sin saber por qué. Escorpio y Géminis

eran nuestros amigos y para ellos el asunto era importante.

Lisa me sostuvo la mirada, sin dejar entrever nada aparte de rabia. Ranjit rompió el silencio.

-Bueno, es una pena que tengas que irte, Lin. Pero tranquilo, Lisa se queda en buenas manos. Y quizá vuelvas de... la emergencia... a tiempo para el postre. Diría que nosotros todavía seguiremos aquí un rato.

Me miró con su sonrisa más franca y cándida. Lisa no se movió.

-De verdad -dijo Ranjit, apoyando la mano encima de la de Lisa, sobre la mesa-. Intentaremos entretener a Lisa. No te preocupes.

-¡Vete! -dijo Lisa-. ¿No era tan importante? Pues vete ya.

Los miré un momento; miré a Ranjit y su mano unida a la de Lisa sobre la mesa. Un instinto perverso y absolutamente sincero me pidió golpearlo. Donde fuera.

Me despedí y me marché. Ahora sé que si hubiera hecho caso a aquel instinto, si hubiera sacado a Ranjit a rastras del hotel, le hubiera dado una buena paliza y luego lo hubiera devuelto a su caja de serpientes, nuestras vidas habrían sido mejores y más seguras, puede que incluso también la suya.

Pero no lo hice. Lo superé. Hice lo correcto. Fui ese hombre mejor que a veces puedo ser. Y esa noche el Destino escribió un nuevo capítulo para todos nosotros en páginas negras y estrelladas.

Fuera, vientos racheados levantaban una fina bruma de la bahía, empujándola por la ancha carretera en refulgentes velos de delicada humedad. El monzón, preparándose para otro asalto a la ciudad, dirigía las nubes por el horizonte.

El abogado, el señor Wilson, estaba apoyado con aire despreocupado en el muro que limitaba el mar. Vestía un traje azul marino y sostenía entre los dedos, largos y pálidos, un paraguas y un sombrero Fedora. Una corbata le ajustaba la almidonada camisa blanca. Al verlo, me maravilló esa profesión que lucía la soga al cuello voluntariamente.

Mientras me acercaba me fijé en que en realidad tenía el pelo blanco plateado, más de lo que correspondía a los treinta y cinco años que más o menos aparentaba su rostro delgado y terso. Tenía los ojos de un azul claro que parecía invadir la blancura de alrededor: todo era azul. Brillaban con destellos que podrían atribuirse al valor o al simple buen humor. En cualquier caso, me gustó su aspecto.

-Le presento a Lin, señor Wilson -dijo Naveen-. También le llaman Shantaram.

-¿Qué tal? -saludó Wilson, tendiéndome una tarjeta.

La tarjeta, a nombre de E. C. Wilson, anunciaba que trabajaba para un bufete de abogados con sedes en Ottawa y Nueva York.

-Entiendo, por lo que me ha dicho el señor Adair, que va usted a presentarme al señor Bradley, George Bradley -dijo Wilson cuando me guardé la tarjeta.

-Entiendo que podría usted explicarme primero qué quiere del señor Bradley -repliqué con tono calmado.

-¡Así se habla! -se rió Divya.

-¡Calla, por favor! -siseó Naveen.

-Si efectivamente es amigo del señor Bradley...

-¿Está llamándome mentiroso, señor Wilson? -preguntó Naveen.

-Evan -respondió Wilson, serenamente-. Evan Wilson. Y no dudo de su palabra. Me limito a recordarles que, en cuanto que amigos del señor Bradley, sin duda comprenderán que el asunto que nos atañe es privado.

-Y seguirá siéndolo -convine-. Tan privado que como no me explique por encima de qué va el tema, no llegará usted a conocer al señor Bradley. George Escorpio tiende a inquietarse. Y nos gusta tal cual. No le molestamos sin una buena razón. Lo comprende, ¿verdad?

Wilson me miró, sereno y decidido. Unos paseantes desafiaron al viento y la lluvia inminente pasando de largo por el ancho sendero. Dos taxis pararon cerca de donde estábamos, con la esperanza de conseguir pasaje. Por lo demás, la calle estaba desierta.

-Repito -dijo por fin Wilson, tranquilo pero firme-: es un asunto privado...

-¡Se acabó! -espetó Divya-. ¿Por qué no le sacáis la información a patadas? Si le dais una paliza hablará enseguida.

Wilson, Naveen y yo nos giramos para mirar a la menuda y esbelta celebridad.

-¿Qué? -preguntó ella-. ¡Vamos! ¡Dadle ya!

-Debería advertirles -se apresuró a añadir Wilson- que he tomado la precaución de contratar los servicios de un guardia de seguridad del hotel. En estos momentos nos vigila apostado junto a aquel coche aparcado.

Naveen y yo nos volvimos. Había un gorila con traje negro del hotel acechando en la penumbra, a unos cinco metros de distancia. Lo conocía. Se llamaba Manav.

El señor Evan Wilson había cometido un error porque ignoraba las reglas del lugar. En aquellos años, cuando necesitabas seguridad privada, contratabas a un profesional, lo que significaba o bien un gángster o bien un poli fuera de servicio.

Los tipos como Manav no cobraban lo suficiente para arriesgarse de verdad. En tanto que simples asalariados con sueldos bajos, carecían de protección si la cosa se complicaba. Si los herían, no tenían seguro y no podían demandar a nadie. Si herían a alguien y los demandaban, terminaban en prisión.

Y, sobre todo, Manav era un tipo grande y musculoso y, como muchos tipos grandes y musculosos, sabía que un hueso roto supondría interrumpir su programa de entrenamiento: perdería medio año de desarrollo muscular. Reveses así hacían que la mayoría de los culturistas se examinaran consternados, largo y tendido, en el espejo del gimnasio.

-Está bien, Manav -le grité-. Puedes volver al hotel. Ya te avisaremos si te necesitamos.

-¡Sí, señor Linbaba! -respondió, visiblemente aliviado-. Buenas noches, señor Wilson.

El guardaespaldas trotó de vuelta al hotel con sus piernas patizambas. Wilson lo miró. Hay que admitir que el abogado mantuvo la calma y la sonrisa.

-Se diría, caballeros -dijo en tono educado-, que se han acercado repentinamente al círculo de confianza del señor George Bradley.

-¡Y que lo digas, rostro pálido! -le soltó Divya.

-¡Haz el favor de callarte! -le espetó Naveen-. ¿Y qué es eso de rostro pálido? ¿De dónde has salido? ¿De una peli del Oeste o qué?

-Soy de la famosa nación Jódete -replicó ella-. ¿Te canto nuestro himno nacional?

-Estaba avanzando en el tema de la confidencialidad, señor Wilson -le recordé.

-Evan. Puedo revelar que el señor Bradley es el destinatario de un legado. Como único pariente vivo de Josiah Bradley, recientemente fallecido propietario de Aeneas Trust, con sede en Ottawa, puede ganar una suma considerable si consigo localizarle y cumplimentar los trámites pertinentes ante un notario debidamente autorizado.

-¿Cómo de considerable? -preguntó Naveen.

-Si me lo permiten, lo dejaré a la discreción del señor Bradley. Considero prerrogativa suya confiarles o no la cantidad total de la herencia.

Wilson no tendría que haberse preocupado por si George Escorpio nos lo contaba. Una vez que metimos al abogado en un taxi con dirección al hotel Frantic, convencimos a los George del Zodíaco para que bajaran a recibirlo y los dejamos a solas en la calle, George Géminis tardó quince segundos en gritar la cantidad.

-¡Treinta y cinco millones! ¡La madre de Dios! ¡Treinta y cinco millones! ¡De dólares, joder!

-Cuéntaselo a toda la calle, ¿quieres? -lo regañó Escorpio, mirando nerviosamente a su alrededor.

-¿De qué tienes miedo, Escorpio? ¡Todavía no tenemos la pasta! No nos matarán mientras dormimos por un dinero que no tenemos.

-Podrían secuestrarnos -insistió Escorpio, llamándonos para reunirnos con ellos-. ¿Verdad, Lin? Podrían secuestrarnos y exigir un rescate. Podrían cortarnos una oreja o un dedo y enviarlo por correo.

-¿Por correo? ¿En Bombay? -se burló Géminis-. Buena suerte.

-Probablemente ya están planeando el secuestro -gimió Escorpio.

-¡Hostias, Escorpio! -protestó Géminis, bailando de alegría-. Hace cinco minutos estabas acojonado porque la CIA te controlaba la mente. Y ahora te da miedo que te secuestren. Por una vez podrías relajarte y disfrutar del buen karma...

-Sin embargo, al señor Bradley no le falta razón -comentó Wilson.

-¿El señor Bradley? -se mofó Géminis-. ¡Puto señor Bradley! ¡Solo oír eso ya vale un millón! Escorpio, dale a Wilson un millón de dólares.

-Una cosa está clara, señor Bradley -continuó Wilson-. No puede hospedarse en este hotel. No después de que un cambio tan significativo en sus circunstancias financieras lo haya propulsado hacia... digamos, un nivel de ingresos más llamativo.

-Quiere decir un nivel de ingresos más vulnerable -musitó Escorpió-. Está hablando de secuestros, Géminis. ¿No lo entiendes?

-Tranquilízate, Escorpio -dije.

-Pero tiene razón -intervino Divya.

-¿Lo ves? -siseó Escorpio.

-Mi papá es un experto en seguridad contra secuestros -dijo Divya-. A mí me han entrenado desde los cinco años. Como a todos los ricos. Ahora que eres rico, tendrás que aprender técnicas de contrasecuestro y pedir a la policía que investigue detalladamente a todas tus amistades. También necesitarás un lugar seguro para vivir y una limusina blindada. No cabe duda. El dinero y los guardaespaldas van conjuntados, como el bolso y los zapatos.

-Oh, no -gimió Escorpio.

-Y tienes razón en lo de las orejas y los dedos -añadió Divya-. Pero los secuestradores usan empresas de mensajería, no el correo.

-Oh, no.

-Conozco un caso en el que cortaron todos los dedos, uno a uno, antes de que la familia pagara el rescate.

-Oh...

-Divya, por favor -suspiró Naveen.

-En otro caso, cortaron las dos orejas. Una tragedia. La víctima tuvo que regalar su colección de gafas de sol de diseño.

-Oh...

-Divya.

-Y los sombreros ya no vuelven a sentarte igual de bien -musitó Divya-, pero al menos lo rescataron. Y sigue siendo rico.

-¡Divya, no estás ayudando en nada! -la reprendió Naveen.

-¿Perdona? -replicó ella-. Yo diría que en esta conversación participan solo dos millonarios, el señor Bradley y una servidora. ¿Sí? O sea que soy la única cualificada para hablar de víctimas ricas de secuestros, *na?*

-Oh, no -gimió Escorpio.

-¿Dónde hay una fiesta? -se rió Géminis, todavía bailando.

-Me he tomado la libertad de reservar unas suites en el hotel Mahesh, en mi planta -anunció Wilson-. Confiaba en que antes o después lo localizaría y podría hacerles partícipes de mi hospitalidad. Mi bufete también tiene preparada una línea de crédito de apertura inmediata para usted, señor Bradley, para que la utilice hasta que se resuelvan todas las formalidades legales y reciba toda la herencia.

-Es... increíble -tartamudeó Escorpio, desconfiado-. ¿Una línea de crédito?

-¿De cuánto? -preguntó Géminis.

-He depositado cien mil dólares en su cuenta. De acceso inmediato.

-Me gusta este tipo -dijo por lo bajo Géminis-. Dale otro millón de dólares, Escorpio.

-Confiamos en que nos mantenga a su servicio, señor Bradley -dijo

Wilson-. Como hizo durante años su difunto tío abuelo Josiah Bradley. Estamos perfectamente preparados para ofrecerle el mejor consejo profesional a la hora de administrar su legado. Nos tiene a su completa disposición.

-¿A qué esperamos? -chilló George Géminis-. ¡Vamos!

-¿Y nuestras pertenencias? -preguntó George Escorpio, echando una mirada al hotel Frantic.

-Confía en mí -dijo Divya, agarrando a Escorpio del brazo y conduciéndolo hacia los taxis aparcados-. Mandarás a un criado a recogerlas. De ahora en adelante, los criados harán todo lo que no sea divertido.

-¡Whisky! -pidió Géminis, saliendo detrás de ellos y apoyándose en el hombro de Divya.

-Y una ducha larga -añadió Divya.

-¡Y champán!

-Y otra ducha.

-¡Y cocaína! ¡Eh, ya sé! ¡Echemos la cocaína en el champán!

-Empiezas a caerme bien -anunció Divya.

-Tú ya me caías bien -respondió Géminis-. ¡Que empiece la fiesta!

-Nos acompaña, ¿verdad, señor Wilson? -preguntó Divya, cogiéndole también del brazo.

-Ya me disculpará la indiscreción, señorita...

-Devnani. Divya Devnani. Llámeme Diva. Todo el mundo me llama Diva.

-Ya me disculpará la indiscreción, señorita Devnani -dijo Wilson, sonriendo y sin hacer nada por soltar su brazo del de Divya-, pero no hace ni media hora que les aconsejaba a sus amigos que me dieran una paliza.

-Tonto -le reprendió ella-. Eso ha sido antes de que supiera que administrabas un patrimonio de treinta y cinco millones de dólares. Y puedes llamarme Diva, ¿vale?

-Muy bien, señorita Diva. Compartiré gustoso con usted una copa de

celebración.

Tras el breve trayecto de regreso al hotel Mahesh, Wilson recogió las llaves de la habitación y acordó que el recepcionista pasara por la suite de George Escorpio al cabo de una hora para registrar a los nuevos huéspedes.

Cuando se disponía a alejarse de la recepción, lo cogí del brazo.

-¿Piensa presentar alguna queja? -le pregunté en voz baja.

-¿Una queja?

-Por Manav.

-¿Manav?

-El guardia de seguridad.

-Ah, Manav -sonrió-. No se ha mostrado muy competente. Pero... creo que ha sido porque sabía que con usted y el joven señor Naveen estaba en buenas manos, a pesar de exponerme al riesgo de la señorita Diva.

-¿Es decir que no?

-No, no, señor. No presentaré ninguna queja.

-Gracias -dije, estrechándole la mano.

Me gustaba Evan Wilson. Era tranquilo, discreto y resolutivo. Había demostrado valor cuando nos habíamos enfrentado a él. Tenía sentido del humor, era profesional pero pragmático y parecía tener buen ojo para las personalidades imperfectas, para los aprietos de la vida.

-De nada. ¿Nos reunimos con los demás?

-No, están esperándome en otra parte -contesté, mirando al risueño grupo, Naveen, Divya y los George del Zodíaco, que esperaba junto a los ascensores.

Volví a mirar al abogado canadiense de pelo plateado.

-Buena suerte, señor Wilson.

Lo vi alejarse y luego regresé al restaurante de la planta baja. La mesa de Ranjit estaba vacía, la habían recogido y vuelto a poner.

Llamé al encargado.

-¿Cuándo se han marchado?

-Hace un rato, señor Lin. La señorita Lisa le ha dejado una nota.

Se sacó la nota del bolsillo del chaleco y me la entregó. Estaba escrita en la tinta roja preferida de Lisa.

«Me voy a una fiesta con Ranjit -decía la nota-. No me esperes levantado.»

Le di propina al encargado y avancé un par de pasos antes de que una idea me empujara a dar media vuelta y llamarlo otra vez.

-¿Han tomado postre? -pregunté.

-Eh... no, señor. No. Se han ido después del primer plato.

Salí por la puerta principal del hotel. Fuera, al calor de la noche, vi a Manav, el guardaespaldas del hotel, cumpliendo su turno junto a otro guardia de seguridad. Me vio y me escudriñó la mirada, expectante.

Manav era un buen chico con una bonita combinación: era grande, fuerte y amable. Le inquietaba que el señor Wilson se quejara de él por haber abandonado a un huésped del hotel. Podría costarle el empleo y cualquier esperanza de una carrera mejor en la industria de la hospitalidad. Le indiqué que se aproximara.

-*Kya hal hain, Manav?* -pregunté, estrechándole la mano. «¿Cómo te va?»

Tenía la propina enrollada en la palma de la mano, pero Manav me cogió la mano entre las suyas, enormes, y se resistió al ofrecimiento de dinero.

-No, no, Linbaba -murmuró-. No... no puedo aceptarlo.

-Claro que puedes -dije con una sonrisa, obligándolo a atrapar el dinero o dejarlo caer al suelo.

-Es lo que te habría dado el señor Wilson si hubieras terminado el turno de noche con él.

-El se-señor Wilson...

-No pasa nada. Acabo de hablar con él.

-Sí, Linbaba. Te he visto entrar antes. Estaba esperando aquí fuera,

pero no he tenido valor para hablar con él.

-No se quejará.

-¿Seguro, Linbaba? ¿De verdad?

-Seguro. Me lo ha dicho. No pasa nada.

El brillo en los ojos marrón oscuro de Manav me siguió mientras me subía a la moto y conducía por Marine Drive hasta lo alto de Malabar Hill.

Paré en un mirador con vistas a las joyas de luz de las ventanas que bordeaban la sonrisa, ancha como la bahía, de Marine Drive. Me lié un porro y empecé a fumar.

Un mendigo, que todas las noches subía la larga y serpenteante cuesta hasta la cima para dormir en un lugar seguro, vino a sentarse conmigo. Le pasé el porro. Sonrió y fumó contento, aplicando una mano como si fuera un *chillum* para aspirar el humo sin rozar el porro con los labios.

-*Mast mal!* -masculló, expulsando el humo por la nariz. «¡Una mierda estupenda!»

Asintiendo sabiamente, dio otra calada y luego me devolvió el porro.

Saqué la piedra de hachís con la que me había hecho el porro y se la di. El hombre se puso serio de golpe, pasaba la vista del trozo de hachís que tenía en la mano a mis ojos y viceversa.

-Vete a casa -me dijo por fin en hindi-. Vete a casa.

Conduje de vuelta bajo una lluvia tormentosa y aparqué a cubierto bajo mi bloque, metí un billete mojado de veinte rupias en el bolsillo de la camisa del vigilante, que estaba dormido, y entré en casa.

Lisa no estaba. Me quité la ropa y las botas mojadas, me duché, comí un poco de pan y fruta, me bebí una taza de café y me tumbé en la cama.

El ventilador eléctrico giraba en el techo a la velocidad precisa para refrescar un poco el bochorno. Un nuevo chaparrón tamborileaba en el tejadillo metálico de la ventana del dormitorio, empujando riachuelos plateados como el mercurio por la ventana medio abierta.

Me fumé un porro a oscuras y esperé. Pasaban de las tres cuando Lisa regresó, zapateando al ritmo disonante del borracho en las

baldosas de mármol del vestíbulo.

Entró dando tumbos en el cuarto y tiró el bolso a una silla. Erró el tiro, y el bolso cayó rodando al suelo. Se quitó una sandalia de una patada y la otra saltando a la pata coja.

Dando vueltas y forcejeando, después se desprendió del vestido y las medias, que todavía llevaba enganchadas a un tobillo cuando se desplomó en la cama.

En la habitación a oscuras no pude verle las pupilas. Un solo vistazo me habría chivado lo que hubiera tomado: todas las drogas viven y mueren en los ojos. Alargué una mano para encender la lamparilla de noche, pero Lisa me lo impidió.

-¡Déjala apagada! Quiero ser Cleopatra.

Cuando se quedó dormida, cogí una toalla húmeda y la refresqué. La sequé y rodó a su lado de la cama, a dormir el sueño de los inocentes.

Me acosté a oscuras, a su lado. Los murciélagos chirriaban al otro lado de la ventana abierta buscando cobijarse del amanecer. El vigilante, que se había despertado para hacer la ronda por el edificio, golpeaba el suelo con el bastón de bambú para espantar a las ratas. El sonido fue apagándose y el cuarto quedó en calma y silencio. La respiración de Lisa era como olas en una playa de suave pendiente.

Me alegraba por los George del Zodíaco, millonarios de repente, y me alegraba de ver que Naveen y Divya seguían juntos por mucho que discutieran. Y me alegraba de que Lisa hubiera llegado a casa sana y salva.

Pero por dentro estaba enfermo. No sabía lo que quería Lisa, pero sabía que no era a mí. Creo que a veces quería que me quisiera, que me amara, y correspondería. Pero querer más era una prueba de lo poco que teníamos. Éramos amigos que no se esforzaban por tener más.

Empezaron a cerrárseme los ojos. En la duermevela vi a Ranjit con la cara crispada, convertido en algo maligno, en un demonio. Me desperté de golpe y durante un rato escuché el delicado eco del mar, el aliento de Lisa, hasta que volvieron a cerrárseme los ojos.

Y dormimos, juntos y solos, mientras las lluvias dejaban la ciudad más limpia que la piedra sobre la que te arrodillas en el confesionario de una prisión.

Los Asquerosos George, como los llamaban muchos, eran asquerosamente ricos. Todo el sur de Bombay lo comentaba, maravillándose del destino que permitía que los más mansos de los extranjeros más mansos heredasen la tierra. De repente, quienes antes eran rechazados por mendigos eran ahora aceptados socialmente. «Oh, el poder de los caídos», recitaba Didier riéndose alegremente.

Durante tres semanas la puerta de la suite de los George del Zodíaco se abrió, noche y día, para dejar entrar a un prometedor grupo de expertos que consagraban sus diversos talentos a embutir a aquellos peces callejeros fuera del agua por los aros de la riqueza repentina: sastres, barberos, podólogos, joyeros, numerólogos, relojeros, profesores de yoga, manicuras, estilistas, maestros de meditación, astrólogos, contables, representantes legales, ayudantes personales y un frenesí de consejeros antiestrés.

Divya Devnani se aplicó con considerable energía y no poca pericia a la tarea de contratar los servicios de todos esos profesionales y reducir sus honorarios a los desperdicios de los buitres. Alquiló una suite en el hotel para esas semanas y no dejó ni a sol ni a sombra a los dos millonarios en ciernes. Reinventar a Escorpio y Géminis era un deber, me dijo.

«Yo estaba presente cuando heredaron el dinero -me dijo-. Yo, la chica más rica de Bombay y una joven con un buen gusto sobrenatural. Es el karma. El kismet. ¿Quién soy yo para darle la espalda? Es mi deber ayudarlos a alzarse de las cenizas.»

Los George del Zodíaco, pese a todo el amor de su amistad, adoptaron estrategias completamente distintas para lidiar con su ascenso desde las cenizas a personas de primera fila.

George Géminis sugirió donar la mayor parte del dinero. Los George nunca mentían, nunca timaban a sus clientes y nunca le levantaban la mano a nadie. La vida en los suburbios y los callejones de Bombay les había proporcionado una larga lista de amigos y receptores merecidos: personas que los habían ayudado, encargados de restaurantes baratos y tienduchas que al concederles líneas de crédito les habían salvado la vida, una mezcolanza de mendigos y ganchos callejeros cuya amabilidad los había mantenido a flote, e incluso algunos polis que siempre habían mirado para otro lado.

Con lo que quedara del dinero, argumentaba con entusiasmo Géminis,

podrían organizar una larga temporada de fiestas inolvidables y luego ingresar una pequeña cantidad en una cuenta rentable, que pagara intereses mensuales, y regresar a su alegre vida callejera, aunque algo más cómodos.

Esto no tentó a Escorpio. Aunque le horrorizaban las responsabilidades y cargas morales de su repentina fortuna y lo hablaba con cualquiera que no estuviera curtido en el arte de sortear pesimistas, no se hacía a la idea de renunciar a ella.

Las primeras semanas de prosperidad fueron una pesadilla, decía. El dinero es otra manera de llamar a la miseria. El dinero acaba con la tranquilidad. Pero no abrazaba el plan de Géminis ni se desprendía de su cruz.

Se preocupaba, daba vueltas por la habitación, gemía y rezongaba. Afeitado, peinado, exfoliado y masajeado, hidratado y con la manicura perfecta, el alto canadiense vagaba de un lado a otro de la lujosa suite, prósperamente inquieto.

-Esto acabará fatal, Lin -me dijo cuando pasé a visitarlo.

-Todo termina fatal para todos. Por eso existe el arte.

-Supongo -concedió vagamente, desconsolado-. ¿Has visto a Géminis al entrar? ¿Sigue jugando a las cartas?

-No le he visto. Me ha dejado pasar un sij. Dice que es tu mayordomo.

-Ah, sí. El sij. Es el que dirige el cotarro. El sij y Divya. Menuda narizota tiene. Imagino que si tu trabajo consiste básicamente en mirar a la gente por encima del hombro, queda bien.

-Tiene la nariz larga y una lista corta.

-Ah... Es porque hemos tenido que limitar el número de gente que entra, Lin. No te imaginas cómo ha sido desde que ha corrido la voz de que tengo dinero.

-Ya.

-Nos agobian noche y día. El hotel ha tenido que duplicar el personal de seguridad de la planta. Y aun así se cuela gente. Un tipo se puso a aporrear la puerta pidiendo dinero mientras estaba cagando.

-Ya.

-Hace tres días que no piso la calle. Sale gente arrastrándose de entre

las sombras, tío, poniendo la mano para que le des dinero.

Recordé que los mismos George del Zodíaco habían asomado de un montón de sombras a lo largo de los años y siempre alargando la mano.

-Ya.

-Pero no te preocupes, Lin -añadió precipitadamente-. Tú siempre estarás en la lista.

-Ya.

-No, en serio, tío. Siempre te has portado bien con nosotros. Y nunca lo olvidaré. ¡Eh! A propósito, eh... ¿necesitas... necesitas...?

-No, estoy bien -sonreí-. Gracias de todos modos.

-Vale. Vale. Vamos con Géminis. Quiero ponerlo al día de los cambios en la seguridad.

Encontramos al londinense en un anexo de la suite pensado como despacho temporal para invitados. George Géminis había cubierto el escritorio con un mantel y había transformado el despacho en un casino.

Estaba jugando al póquer con una selección de los empleados del hotel fuera de servicio. Los restos de varias comidas, bebidas y tentempiés indicaban que la partida duraba desde hacía tiempo.

-¡Eh, Scorp! ¡Eh, Lin! -saludó contento Géminis al vernos entrar-. Acercad una silla. La partida empieza a ponerse interesante.

-Demasiado interesante para mi gusto, Géminis.

George Géminis era un tramposo consumado, pero nunca timaba grandes sumas de dinero y a veces perdía manos a propósito. Para él la emoción radicaba en que no lo descubrieran, con independencia de cómo jugara la mano.

-Venga, Lin, tienta a la suerte.

-Prefiero que me tiente ella. Miraré cómo echáis unas manos.

-Como quieras -dijo, guiñándome un ojo y lanzando una ficha a la mesa para subir la apuesta-. ¿Le has servido una copa al invitado, Escorpió?

-Perdona, Lin.

Se giró hacia el personal del hotel que estaba jugando a las cartas.

-¡Hombre, gente! Se supone que trabajáis en el hotel. Servidle una copa a nuestro invitado. Ponedle un... ¿qué, Lin?

-No hace falta, Escorpio.

-No, por favor, tómate algo.

-Vale. Un zumo de lima natural, sin hielo.

Uno de los jugadores con librea del servicio de habitaciones del hotel tiró las cartas al bote y abandonó la mesa para ir a por la bebida.

Se oyó un grito procedente de la puerta principal de la suite. Cuando levantamos la vista, Didier entró en el despacho arrastrando al mayordomo de la larga y prominente nariz.

-Este imbécil insiste en que mi nombre no consta en la lista de invitados permitidos -resopló Didier, enfadado.

-Qué atropello -dije-. Como, por ejemplo, tirar a la gente de la nariz porque sí.

-¿Porque sí? Cuando le he explicado que un descuido semejante no es posible porque mi nombre aparece en todas las listas, desde la Interpol al Club de Críquet de Bombay, a pesar de que aborrezco el críquet, el tipo ha intentado cerrarme la puerta en las narices.

-¿Me permites sugerirte que le sueltes la nariz?

-¡Lin! -protestó Didier, estrujándole todavía más la nariz con el puño cerrado.

El mayor-domo chilló.

-Se limita a cumplir con su trabajo, Didier.

-Su trabajo consiste en recibirme, Lin, no en expulsarme.

-¡Dejo el trabajo! -graznó el mayor-domo.

-Además, no sabes dónde ha estado esa nariz.

-Tienes razón -admitió Didier, frunciendo los labios, asqueado, al tiempo que soltaba la nariz del mayor-domo-. ¿Dónde puedo lavarme las manos?

-Por aquí -indicó Escorpio, señalando un umbral con la cabeza-. La segunda a la derecha.

Didier fulminó al mayor-domo con la mirada y salió del despacho. El mayor-domo me miró. No tenía ni idea de por qué me miraba la gente cuando yo no tenía nada que ver.

-No estaría mal añadir a Didier a la lista, Escorpio -dije, agachándome a coger unos cuantos billetes del montón de las ganancias de George Géminis.

-Pero, Lin -gimoteó Escorpio-, Didier ha agarrado al mayor-domo por la nariz.

-Tienes suerte de que solo haya sido la nariz.

-¡Y qué lo digas! -se rió Géminis-. ¡Singh! Añade inmediatamente al señor Didier Levy a la lista.

-Dejo el trabajo -repitió entre dientes Singh, agarrándose la nariz.

-Tú verás -dije, entregándole el dinero que había cogido de la mesa-. Pero si te vas, te expulsarán del Sindicato de Mayor-Domos. Si aceptas nuestras más sinceras disculpas en nombre de nuestro amigo y este dinero por las molestias, podemos olvidar lo sucedido.

El hombre se apretó la nariz con una mano y aceptó los billetes con la otra, y luego meneó la cabeza mientras se iba de vuelta a su puesto junto a la puerta.

-¿Estás seguro de que son mayor-domos? -preguntó con picardía Géminis-. ¿No son mayores-domo?

-Dime, Lin -dijo Escorpio, súbitamente animado-. ¿Crees que... tal vez... podrías quedarte un tiempo con nosotros? Tenemos sitio de sobra. Estamos considerando alquilar toda la planta, y nos ayudarías a pillarle el tranquillo a esto de ser ricos.

-Una gran idea -convino Géminis-. Instálate con nosotros, Lin. Pídele a Lisa que se venga. Alegraréis el lugar.

-Gracias por el ofrecimiento, chicos.

-¿Pero no? -preguntó Escorpio.

-Para eso ya tenéis a Divya. Diría que está haciendo un buen trabajo.

-Me tiene acojonado -se quejó Escorpio.

-Todo el mundo te acojona -replicó Géminis-. Es una de las razones para quererte. Y de todos modos, ¿qué haces aquí, Scorp? Nunca entras en el despacho. Odias el póquer.

-No odio el póquer.

-Vale, Maverick, ¿entonces?

-Es grave.

-No puede ser más grave que la siguiente mano, Scorp. Lin acaba de regalarle todas mis ganancias al mayor-domo porque Didier le ha tirado de la nariz.

-Y con toda la razón -añadió Didier, regresando con nosotros.

-No te lo discuto -admitió Géminis-. Yo mismo he tenido ganas de hacerlo alguna vez, pero me ha dado miedo que me pegara. En fin, caballeros, pretendo recuperar todas las ganancias previas, así que juguemos.

-Hablo en serio, Géminis -insistió Escorpio-. Es grave.

-Voy a jugar contra Didier. Es un tiburón. Al primer parpadeo, me desplumará. ¿Qué puede ser más grave, Escorpio?

-Quería hablar contigo de los cambios en la seguridad.

-¿Qué?

-La nueva seguridad.

-Es un hotel de cinco estrellas -repuso Géminis-. Estamos a salvo, Scorp.

-No, estamos en peligro, total y absoluto -dijo Escorpio-. Un secuestrador podría esconderse en el carrito de la comida o disfrazarse de conserje. Y se acabó. Todo el mundo se fía del conserje. Somos vulnerables a un ataque, Géminis.

-¿Ataque? ¿Quién eres, un malvado caudillo?

-Somos vulnerables. Hablo en serio, Géminis.

-Vale, si tan importante es, desahógate. Suéltalo.

-Pero... no puedo hablar de la seguridad ante testigos.

-¿Por qué no?

-No sería... seguro.

-También queremos que nuestros amigos estén a salvo, ¿no?

-Pero hay empleados del hotel,

-Y si nuestra presencia los pone en peligro -replicó Géminis barajando-, ¿lo justo no sería incluirlos en nuestras medidas de seguridad, en particular a los que están jugando conmigo, para que también estén a salvo?

-¿Qué? -preguntó Escorpio, sacudiendo la cabeza.

Didier cortó la baraja y Géminis hizo una pausa, con los naipes en la mano.

-A ver qué te parece, Escorpio -propuso, sonriendo al amigo que quería más que a nada en el mundo-. Invitemos a todos nuestros amigos a mudarse aquí con la familia. A todo el mundo. Alquilaremos tres plantas del hotel, los traeremos a todos, y a todos sus parientes, para que se queden el tiempo que quieran, y los agasajaremos con fiestas y generosidad y gastaremos montones y montones de dinero en el hotel para que sean felices y así estaremos a salvo. ¿Lo ves? Ya tienes un nuevo plan de seguridad.

Apartó la mirada de su desconcertado amigo hacia mí, con una sonrisa que era todo corazones y diamantes.

-Última oportunidad, Lin -dijo Géminis, esperando a repartir-. ¿Te apuntas?

-No, me voy -respondí, apretando el hombro de Didier a modo de despedida.

Cuando los dejé, Géminis repartía con gesto experto y un destello pícaro en los ojos. Tal vez Didier Levy fuera el único hombre que conocía capaz de hacer trampas a las cartas mejor que George Géminis. No quería quedarme a ver cuál de los dos perdía.

En el pasillo, a la puerta de la suite, me encontré a Naveen y Divya.

-Hey, Lin -me saludó Divya con una alegre sonrisa iluminando su bello rostro-. ¿Te vas ya?

-Sí. Hola, Divya.

-Diva, cielo -me corrigió, apretándome el antebrazo con su pequeña mano-. ¿A qué tantas prisas?

-Tengo cosas que hacer -respondí, sonriéndoles.

Nos quedamos un momento en silencio. Seguíamos sonriendo.

-¿Qué? -preguntó al final Divya.

-Nada -me reí-. Solo que parece que os entendéis.

-Bueno -suspiró ella-, cuando lo conoces no es tan *chudh*.

-Gracias -dijo Naveen.

-Es decir, le quedan rasgos de *chudh* -aclaró Divya-. Y probablemente los tendrá siempre. Aunque la perra se vista de seda...

-La mona -la corrigió Naveen.

-¿Qué?

-Se dice la mona, no la perra -insistió Naveen.

-¿De qué vas? ¿Ahora piensas sacar a pasear a una mona?

-No, pues claro que no. El dicho es: «Aunque la mona se vista de seda, mona se queda». En ningún momento se menciona a ninguna perra.

-¿Y tú qué eres, el príncipe de los putos refranes?

-Solo digo...

-¿Es que necesito que me des permiso para modificar un refrán? ¿Es eso?

-En fin, que me voy -dije, pulsando el botón del ascensor.

Entré. Seguían discutiendo acaloradamente. Las puertas se cerraron, el ascensor bajó, pero tenía la impresión de seguir oyéndolos varios pisos más abajo.

En la planta baja descubrí que se habían subido al ascensor de al lado y habían bajado discutiendo todo el trayecto. Salieron al vestíbulo peleándose.

-Hola otra vez.

-Perdona, Lin -dijo Naveen, apartándose de Divya-. Se me había olvidado comentarte una cosa.

-¿Sí?

-Sobre tu amigo Vikram -dijo en voz baja-. Se ha mudado a casa de Dennis. Duerme allí, en el suelo, y se está metiendo mucha mierda. Yo hace tiempo que no paso por casa de Dennis, pero Vinson me ha dicho que va por mal camino. Vinson tampoco va por allá, como yo. Pensé... bueno, que no lo sabrías.

-Tienes razón. No lo sabía. Gracias.

Eché una mirada a Divya, que esperaba cerca de los ascensores. Hasta ese momento no me había fijado en lo guapa que era. Tenía unos ojazos tirando a almendrados de los que nacían unas largas pestañas. La fina nariz se curvaba en los bordes para encontrar el arco de la sonrisa formando unas líneas que descendían en perfil de cimitarra hasta la comisura de la boca.

Miré a Naveen, que estaba contemplándola con adoración.

Y entonces, en ese extraño momento en que los observé a los dos juntos, sentí que me atravesaba una sombra. Me estremecí. Desvié la mirada hacia los ojos de Naveen con la esperanza de que también la hubiera captado.

El corazón me latía rápido y la sensación repentina de terror fue tan intensa que la noté en la garganta. Busqué en los ojos de Naveen, pero no encontré nada. Naveen me sonrió.

-Oye -dije, alejándome medio paso de ellos-, no os separéis.

-Eh... bueno... -Divya sonrió, dispuesta a la broma.

-No dejéis de discutir -me apresuré a añadir, alejándome otro paso-. Pero no os separéis. Cuidad el uno del otro, ¿vale?

-Vale -se rió Naveen-. Pero...

Huí, abriéndome paso apresuradamente hacia la moto aparcada y sacándola a toda prisa a la carretera principal. Unos cientos de metros después, frené en seco y eché un vistazo por encima del hombro a la torre con ventanas del hotel Mahesh. Me alejé a toda velocidad.

Aparqué delante de la casa donde vivía Dennis. La concertina de cristaleras plegables estaba abierta en toda la extensión de la galería.

Subí a la galería y llamé a las puertas abiertas.

Unos pasos con sandalias acudieron enseguida. Se abrió una cortina y vi a Jamal, el Hombre Orquesta. Me invitó a pasar pidiéndome silencio.

Entré en la habitación bizqueando, tratando de acostumbrarme a la penumbra. El hachís impregnaba el ambiente, mezclado con el denso aroma de un taco de palitos de incienso que se consumían en un jarrón vacío.

Dennis estaba en su postura habitual, tumbado en el centro de la cama enorme, con los brazos cruzados sobre el pecho. Vestía un pijama de seda celeste y estaba descalzo.

Oí una tos rasposa a mi derecha y vi a Vikram, acostado en un trozo de alfombra. Billy Bhasu estaba sentado en el suelo a su lado. Cebando otro *chillum*.

Una voz habló desde un rincón a oscuras de la habitación. Era la voz de Concannon.

-Mira lo que ha traído el gato -dijo-. Espero que hayas venido a unirte a la banda, chico. No estoy de humor para drogas ni personas decepcionantes.

No le hice caso y me acerqué a Vikram. Billy Bhasu se apartó caminando como los cangrejos y continuó preparando la pipa. Empujé a Vikram para levantarlo.

-¡Vikram! ¡Vik! ¡Despierta, tío!

Abrió los ojos despacio y luego los cerró.

-Última oportunidad, Shantaram -anunció en voz baja Concannon-. ¿Estás conmigo o contra mí?

Sacudí a Vikram.

-Despierta, Vik. Nos vamos, tío.

-Déjalo en paz -me reprendió Concannon-. ¿No ves lo feliz que está?

-Si no la sientes, no es felicidad.

Volví a sacudir a Vikram cogiéndolo del hombro.

-¡Vikram! ¡Despierta!

Abrió los ojos, me miró y me dedicó una sonrisa babosa.

-¡Lin! ¿Qué tal, tío?

-¿Y tú?

-Todo bien -respondió adormilado mientras se le cerraban los ojos-. Todo bien, tío. Todo... bien...

Se puso a roncar. Tenía la cara sucia. Era un cuerpo menguante dentro de la ropa de un hombre más sano.

-¡Vik! ¡Despierta, tío!

-Que lo dejes en paz, joder -me ordenó, agresivo, Concannon.

-Métete en tus asuntos, Concannon -respondí sin mirarle.

-Oblígame.

Es infantil y todos lo sabemos, pero a veces funciona.

-Si te empeñas... -repliqué, mirándolo por primera vez.

Distinguí el fuego frío de sus ojos azul hielo.

-A ver qué te parece -propuse-. Me llevo a mi amigo a casa de sus padres, luego vuelvo y nos vemos fuera. ¿Qué opinas?

Se levantó y se me acercó, pegándose a mí.

-Tengo dos cosas sagradas. El derecho de un hombre a aplastar a sus enemigos y el derecho de un hombre a destruirse como le venga en gana. Todos acabaremos mal. Todos. Vamos todos por el mismo camino. Sencillamente Vikram nos ha tomado un poco de delantera, nada más. Está en su derecho. Y no vas a impedir que lo ejerza.

Fue un discurso airado y pronunció cada palabra un poco más enfadado que la anterior.

-Los derechos comportan deberes -le respondí, encarándome a su ira-. Los amigos tienen el deber de ayudarse.

-Yo no tengo amigos -replicó sin inmutarse-. Nadie tiene amigos. Los amigos no existen. La amistad es un cuento chino, como el puto Papá Noel. ¿Qué resultó ser el gordo cabrón? Una mentira, nada más. En este mundo no hay amigos. En la vida hay aliados y enemigos y pueden cambiar de chaqueta nada más verte. No te engañes.

-Voy a llevarme a Vikram.

-¡Y una mierda!

Se quedó mirándome durante cinco latidos, y retrasó un poco el pie izquierdo preparándose para la pelea. Como no quería que me pillara desprevenido, hice lo mismo. Levantó lentamente las manos y las detuvo a la altura de la cara, con el puño izquierdo por delante. Respondí levantando las mías, el corazón me latía con fuerza.

Estúpidos. Hombres. Íbamos a pelearnos por nada. No puedes pelearte por nada, claro: solo puedes pelear contra algo. Si peleas, ya te has olvidado de la parte de ti que estaba a favor de algo y la has reemplazado por otra parte que se opone violentamente a otra cosa. Y, en cuestión de un minuto, me opuse violentamente a Concannon.

-¡Hombre Orquesta! -dijo de pronto el Hombre Orquesta.

-¡Cierra la puta boca! -gruñó Concannon.

-¡Tíos! -dijo Dennis desde la cama, con los ojos cerrados-. ¡Mi viaje! ¡Estáis jodiéndome el viaje!

-Vuelve a dormirte, Dennis -dijo Concannon, mirándome a la cara-. Es cuestión de uno o dos minutos.

-Tíos, por favor -suplicó Dennis con su voz suave pero resonante-. ¡Concannon! Ven aquí inmediatamente, mi niño salvaje. Ven y fúmate conmigo una pipa legendaria. Ayúdame a pillar otra vez el punto. Y Lin, llévate a Vikram. Ha pasado aquí una semana. A diferencia del resto de los inquilinos de esta tumba feliz, el tipo tiene una familia que lo espera. Llévatelo.

Concannon dejó caer lentamente los puños a los costados.

-Como quieras, Dennis, viejo depravado -replicó Concannon con una mueca-. A mí me trae sin cuidado.

Fue a sentarse en la enorme cama de Dennis.

-Concannon -dijo Dennis, empezando a cerrar otra vez los ojos-, eres el ser más vivo que he conocido. Noto tu energía, incluso cuando estoy muerto. Y por eso te quiero. Pero te estás cargando el viaje.

-Tranquilo, querido Dennis -dijo Concannon, apoyándole una mano en el hombro-. Se acabaron los problemas.

Me apresuré a despertar a Vikram y lo obligué a levantarse. Cuando alcanzamos las cristaleras, Concannon volvió a hablar.

-No lo olvidaré, Shantaram -amenazó esbozando una mueca feroz.

Llevé a Vikram a su casa en taxi. Solo habló una vez.

-Era una gran chica -dijo, como hablando para sí-. De verdad. Si me hubiera querido como yo a ella habría sido perfecta, ¿me pillas?

Ayudé a su hermana a acostarlo, me bebí tres tazas de té con sus atribulados padres y luego regresé en taxi a donde había aparcado la moto.

Había quedado para almorzar con Lisa en Kayani's, cerca de Metro Junction, y allí me dirigí con calma, conduciendo a ritmo de peatón por la larga avenida arbolada llena de escaparates con prendas de ropa de extravagante colorido que llaman Fashion Street. Iba pensando en Concannon y Vikram y sus padres, y mis pensamientos eran lobos.

El padre de Vikram era un hombre mayor, jubilado desde hacía tiempo, cuyo hijo menor había nacido en el otoño de su vida. El desorden autodestructivo de la adicción de Vikram lo desconcertaba.

Su guapo hijo pequeño, que había sido una especie de dandi que, obsesionado por las películas de Sergio Leone, vestía de seda negra y lucía hebilla de plata, de pronto llevaba la ropa sucia. El pelo, retocado en otra época por su peluquero con perfección milimétrica, ahora le colgaba de cualquier modo, aplastado donde se apoyaba para dormir. A veces pasaba días sin lavarse ni afeitarse. No comía ni hablaba con nadie de la casa. Y en los ojos que de vez en cuando se cruzaban con la mirada preocupada de su madre no quedaba vida ni luz, como si el alma ya lo hubiera abandonado y estuviera esperando a que muriera el cuerpo.

Henchido por la avalancha de amor que sentía hacia su rosa inglesa, Vikram, el niño rico que nunca había trabajado, había fundado un negocio en los márgenes de la industria cinematográfica. Aportaba turistas extranjeros para que interpretaran personajes sin frase en las películas de Bollywood.

Una empresa arriesgada. Vikram no tenía experiencia en la industria y tiraba de préstamos. Pero su encanto y su fe en sí mismo hicieron triunfar el proyecto. Lisa, su primera socia, había descubierto su talento trabajando con él.

Cuando la rosa inglesa lo dejó de buenas a primeras, la confianza que

lo había visto bailar en lo alto de un tren en marcha para pedir su mano desapareció de su vida como la sangre escapa de una vena abierta.

-Y ha empezado a robar cosas -me había susurrado el padre de Vikram mientras su hijo dormía-. Pequeñas. El broche de perlas de su madre y una de mis plumas, la buena, que me regalaron en la empresa cuando me jubilé. Cuando le he preguntado, se ha puesto hecho una furia y ha acusado al servicio. Pero ha sido él. Lo sabemos. Vende lo que roba para costearse la droga.

Asentí.

-Es una pena -suspiró el anciano con los ojos llenos de lágrimas-. Una pena.

También era triste porque el amor ya no se dejaba ver por la casa. Yo había sido ese desconocido. Había sido adicto a la heroína, tan adicto que robaba dinero para costearme la adicción. Lo dejé hace veinticinco años y cada vez me asqueaban más las drogas. Se me partía el corazón cuando veía o me hablaban de alguien que todavía era adicto: todavía seguía enzarzado en una guerra contra sí mismo. Pero yo había sido ese desconocido en la casa del amor de mis padres. Sé cuánto cuesta encontrar la línea entre ayudar a alguien a salir o a entrar. Sé que todo sufre y muere dentro, una y otra vez, por la adicción. Y sé que en ocasiones, si el amor no se endurece, no sobrevive.

Y aquel día, en aquel año de la huida antes de descubrir lo que el Destino me tenía reservado, rogué por todos nosotros: por Vikram y su familia y todos los esclavos de la inconsciencia.

Aparqué la moto enfrente del Kayani's para reunirme con Lisa. Miré al semáforo, respiré hondo dos veces y surfeé mi segundo tráfico mataturistas favorito de Bombay. Máquinas enloquecidas corrían hacia mí, girando y zigzagueando de forma imprevisible. Si no bailas con ellas, estás muerto.

Al otro lado del cruce suicida me agarré a la soga de la entrada del restaurante para subir los escalones de mármol y entré en la cafetería. Kayani's, merecidamente la tetería-cafetería parsi más famosa de Bombay, servía tortillas de chile picante, pasteles de carne y verduras, sándwiches calientes y la selección más amplia de la zona de tartas y galletas caseras.

Lisa estaba esperándome en su mesa favorita, hacia el fondo de la planta baja, con vistas al trasiego de la cocina, siete pasos por detrás del mostrador.

Varios camareros me sonrieron y me saludaron de camino a la mesa. Kayani's era uno de nuestros lugares habituales: en los dos años que llevábamos como pareja habíamos merendado o almorzado allí al menos una vez cada quince días.

La besé y me senté a su lado en una esquina de la mesa, con las piernas pegadas a las suyas.

-*Bun musca?* -le pregunté sin consultar la carta.

Era su tentempié favorito del Kayani's: un bollo de mantequilla recién horneado y cortado en tres rebanadas que cabían perfectamente en una taza de té dulce y caliente. Asintió.

-*Do bun musca, do chai* -le pedí al camarero. «Dos bollos de mantequilla y dos tazas de té.»

El camarero, llamado Atif, recogió las cartas sin usar y se alejó hacia la barra de servicio gritando el pedido.

-Perdona el retraso, Lisa. Me han pasado un mensaje sobre Vikram y he tenido que ir a casa de Dennis para llevármelo a la suya.

-¿Dennis? ¿El Baba Durmiente?

-Sí.

-Me gustaría conocerlo. Me han hablado mucho de él. Está

convirtiéndose en una figura de culto. Rish se ha planteado crear una instalación acerca de su trance.

-Puedo llevarte, pero solo lo conoces si estás de suerte. Más o menos te plantas allí y tratas de no joderle el viaje.

-¿Joderle el viaje?

-Y ya está.

-Me cae bien -dijo entre risas.

Conocía su sentido del humor y la rapidez con que le caía bien la gente peculiar que hacía cosas peculiares.

-Ya. Dennis es muy tu rollo, Lisa.

-Puestos a hacer algo, que sea arte -respondió.

Llegaron los bollos y el té. Arrancamos trozos del pan y los mojamos en el té hasta que empezaron a soltar mantequilla y los devoramos.

-Y bueno, ¿cómo estaba Vikram?

-No está bien.

-¿No?

-No.

Frunció el ceño. Los dos conocíamos la adicción y su abrazo de pitón.

-¿Deberíamos intervenir?

-No lo sé. Quizá. Les he recomendado a sus padres que lo ingresen una temporada en una clínica privada. Lo van a intentar.

-¿Pueden permitírselo?

-¿Pueden no permitírselo?

-Ya -convino.

-El problema es que aunque vaya a la clínica todavía no está listo para recibir ayuda. Ni de lejos.

Lo meditó unos instantes.

-Tú y yo no estamos bien, ¿verdad?

-¿A qué viene eso?

-Tú y yo -repitió en voz baja-. No estamos bien, ¿verdad?

-Define bien.

Intenté sonreír, pero no funcionó.

-Bien es más -dijo.

-Vale. Pues hagamos más.

-Estás loco, ¿sabes?

No entendía nada y tampoco tenía claro que quisiera saber adónde nos encaminábamos.

-Cuando me detuvieron -dije- pasé por una evaluación psiquiátrica. Así que tengo un certificado oficial de que estoy lo bastante cuerdo para ser juzgado, que es más de lo que puedo decir de la mayoría de la gente que conozco, incluido el psiquiatra que lo certificó. De hecho, para que un tribunal te condene tiene que declararte cuerdo. Lo que significa que todos los reclusos del mundo, todos los encarcelados en una prisión, están cuerdos, completamente y con sello oficial. Y con la cantidad de personas del exterior que van al terapeuta o similar, pronto los únicos que podrán demostrar que están cuerdos serán los que están entre rejas.

Me miró. La sonrisa de sus ojos intentó iluminarme.

-Una conversación difícil -dijo- para tener un bollo de mantequilla en la mano.

-Últimamente, Lisa, incluso cuando intento hacerte reír, la conversación se complica.

-¿Es culpa mía? -preguntó, enojada.

-No. Solo...

-No todo gira en torno a ti -espetó.

-Vale. Vale.

Atif acudió a recoger los platos y tomar nota. Cuando teníamos mucho por discutir, solíamos tomarnos dos o tres tés con bollos, pero le pedí solo té.

-¿Sin *bun musca*? -preguntó Atif.

-Sin *bun musca*. *Sirf chai.* -«Solo té.»

-Quizá podría traer solo un *bun musca* -probó Atif, moviendo las pobladas cejas-. ¿Para compartir?

-Sin *bun musca*. Solo té.

-*Thik* -farfulló, profundamente preocupado.

Respiró hondo y gritó al personal de cocina.

-*Do chai! Do chai lao!* ¡Sin *bun musca*! Repito: ¡sin *bun musca*!

-¿Sin *bun musca*? -repitió una voz desde la cocina.

Miré a Lisa, luego miré a Atif y después a Vishal, el cocinero, asomado a la ventanilla de servicio. Levanté la mano alargando un dedo.

-¡Un *bun musca*! -grité.

-¡Sí! -chilló Atif, triunfante-. *Ek bun musca, do chai!*

Vishal meneó la cabeza con entusiasmo y enseñó sus dientes perlados en una sonrisa de oreja a oreja.

-*Ek bun musca, do chai!* -gritó, contento, plantando el cazo de té hirviendo en el fogón.

-Un problema solucionado -dije, tratando de animar a Lisa.

Era la clase de tontería encantadora que en Bombay ocurre a diario y que normalmente habríamos disfrutado juntos.

-Es raro -dijo Lisa.

-No tanto. Atif es...

-Vine ayer. Con Karla.

-¿Que... qué?

-Y pasó exactamente lo mismo con ese camarero.

-Un momento. ¿Viniste ayer con Karla y no me dijiste nada?

-¿Por qué iba a decírtelo? ¿Me dices tú con quién te ves y con quién te pegas?

-Tengo mis razones, y lo sabes.

-En todo caso, vine con Karla y nos pasó lo mismo con ese camarero...

-¿Atif?

-¿Ves? Karla también se sabe su nombre.

-Es mi camarero favorito del local. No me extraña que le guste. Debería ser el encargado.

-No, no me entiendes.

-¿Tenemos que hablar de Karla?

-¿Hablar de ella -dijo por lo bajo- o pensar en ella?

-¿Piensas en ella? Porque yo no. Yo pienso en ti, en nosotros. En lo que tenemos.

Me miró con el ceño fruncido y luego siguió doblando y desdoblando la servilleta.

Llegaron el *bun musca* y el *chai*. No les hice caso, pero Atif se quedó cerca de mi codo, observándome, así que cogí un trozo de pan y mordí. Atif movió la cabeza en gesto de aprobación y se alejó.

-Supongo que es solo mi mierda de vida, ¿sabes? -dijo, marcando rayas en la servilleta con los dedos.

Lo sabía. Había oído su historia muchas veces. Era siempre la misma pero distinta y yo siempre estaba dispuesto a que volviera a contármela.

-No es que me maltrataran ni nada por el estilo. No fue así. Mis padres eran estupendos. De verdad. La culpa es mía. Ya lo sabes.

-No tienes la culpa de nada, Lisa.

-Sí.

-Y aunque la tuvieras, no hay culpa que el amor no pueda borrar.

Se calló, bebió un poco de té y encontró otro enfoque de lo que fuera que intentaba decirme.

-¿Te he contado alguna vez el desfile?

-En el Kayani's no -sonreí-. Cuéntamelo otra vez.

-Todos los años organizábamos un gran desfile el día de los Fundadores que recorría Main Street. Participaban todos los vecinos en ochenta kilómetros a la redonda, o venían a ver el espectáculo. La banda de mi instituto desfilaba y teníamos una especie de barcaza...

-Una carroza.

-Sí, la escuela tenía una carroza enorme que la asociación de padres dedicaba cada año a una temática diferente. Un año, me eligieron para ir sentada en una especie de trono ejerciendo de atracción principal. El tema del año era Los Frutos de la Libertad, y la barcaza...

-La carroza.

-La carroza iba repleta de productos de las granjas de los alrededores. Yo era la Libertad.

-Debías de estar monísima.

Sonrió.

-Tuve que sentarme allá arriba mientras la montaña de frutas, patatas, remolachas y demás desfilaba entre la muchedumbre. Y tuve que ir saludando así, como si fuera una reina, por toda Main Street.

Saludó delicadamente, con la mano hacia arriba y los dedos arqueados alrededor del majestuoso recuerdo.

Atif volvió para recoger la mesa. Me miró, preguntándome con una ceja levantada. Sostuve la mano boca abajo sobre la mesa y la moví dos veces. Era la señal de pausa. Atif giró la cabeza de un lado al otro y fue a atender a las mesas vecinas.

-Fue espectacular. Y un gran honor. Todo el mundo lo decía. Todo el mundo me lo decía una y otra vez. ¿Sabes lo molesto que resulta que no dejen de repetir lo honrada que deberías sentirte?

-Conozco la versión del deshonor, pero lo pillo.

-La cuestión es que no me sentía honrada. Estaba contenta, claro, porque me habían elegido entre un montón de chicas, algunas mucho más guapas que yo. Y ni siquiera tuve que hacer nada para que me eligieran. Algunas probaron todos los trucos habidos y por haber. No te imaginas la cantidad de ardides que puede sacarse una chica de la manga hasta que las ves pelearse por ocupar la cima de la carroza el

día del desfile.

-¿Qué trucos? -pregunté, esperanzado.

-Yo no hice nada. Cuando el comité me eligió fui la primera sorprendida. Pero... en realidad no sentí nada. Saludaba, tan regia como Maria Antonieta, emborrachándome un poco con el olor de las manzanas recalentadas al sol, pero veía todas las caras sonriéndome y todas las manos aplaudiendo y no sentía nada.

Rayos de sol atravesaban la penumbra monzónica del Kayani's. Un haz de luz cruzó nuestra mesa por la cara de Lisa, dividiéndola entre los ojos azul cielo a la sombra y los labios, mojados de luz blanca.

-No sentía nada de nada -dijeron los labios impregnados de luz-. Nunca. Nunca me sentí parte de aquel lugar, ni de la ciudad, ni de la escuela, ni siquiera de mi familia. Nunca. Jamás.

-Lisa...

-Vosotros no os sentís así -dijo sin emoción-. Karla y tú. Vosotros pertenecéis al lugar donde estáis. Por fin lo entiendo, y ha tenido que explicármelo un camarero.

Levantó la vista de la servilleta arrugada para mirarme a los ojos con el rostro despojado de expresión.

-Yo nunca -dijo-. Yo nunca soy de ninguna parte. Ni siquiera contigo. Me gustas, Lin. Hace tiempo que te tengo aprecio. Pero nunca ha pasado de ahí. ¿Lo sabías? Nunca he sentido nada por ti.

Siempre había notado un cuchillo en el pecho cuando intentaba querer a Lisa. El cuchillo eran esas palabras, cuando las pronunciaba, porque hablaba por los dos.

-Las personas no se pertenecen -dije en voz baja-. Es imposible. Es la primera norma de la libertad.

Intentó sonreír. No lo consiguió.

-¿Por qué se separa la gente? -preguntó, frunciéndole el ceño a la verdad.

-¿Por qué se enamora?

-¿Tú de qué vas, respondiendo a las preguntas con preguntas? ¿Eres psiquiatra?

-Está bien. Vale. Si quieres saberlo, creo que las personas se separan porque en realidad nunca han estado juntas.

-Bien -continuó, desviando la mirada hacia la mesa-, ¿y si te da miedo estar con alguien? Juntos. Con cualquiera.

-¿A qué te refieres?

-Últimamente tengo la impresión de que el comité hubiera vuelto a elegirme, y yo no lo he pedido. ¿No lo entiendes?

-No, Lisa.

-¿De veras?

-No sé qué somos o dejamos de ser, solo sé que te sacudes el problema y vuelves a levantarte. Es motivo para estar orgullosa, Lisa. Te dedicas a lo que te gusta, trabajas con artistas a los que respetas. Y, pase lo que pase, soy tu amigo. Está bien, Lisa. Estás bien.

Volvió a levantar la vista. Quería hablar. Abrió la boca. Le temblaron los labios, movidos por pensamientos titilantes.

-Tengo que irme -dijo de pronto, levantándose para irse-. Tenemos una exposición nueva. De un artista nuevo. Es... bastante bueno. Montamos en un par de días.

-Vale. Pues...

-No. Cojo un taxi.

-Soy más veloz que cualquier taxi de la ciudad -dije con una sonrisa.

-Desde luego, vaquero, y más barato, pero iré en taxi.

Pagué y salí con ella, bajamos a la calle veteada de sol. Había taxis aparcados en la acera de enfrente y nos dirigimos al primero. Lisa se agachó para entrar en el vehículo, pero la detuve.

Me miró un instante a los ojos y luego volvió a desviar la mirada.

-No me esperes despierto -dijo-. La instalación nueva es bastante complicada. Estaremos un par de días trabajando a destajo...

-¿Un par de días?

-Sí... Es probable que hoy y mañana me quede a dormir para... para inaugurar a tiempo.

-¿Qué pasa, Lisa?

-No pasa nada -respondió, y se metió en el taxi.

Arrancó al instante. Lisa se giró para mirarme mientras el taxi se alejaba y me sostuvo la mirada hasta que la perdí de vista.

El éxtasis, que nace en unos segundos, es frágil. Y cuando muere, no hay poder capaz de devolverlo a la mirada del amante. Lisa y yo nos mirábamos desde un lugar aún más profundo: aquel donde aterriza el éxtasis al caer.

Se había apagado una luz y una sombra avanzaba por el jardín del pasado. Esperé en el sendero media hora, sin dejar de pensar.

Echaba algo de menos, un conflicto más fundamental que la objeción de Lisa a mi vida en la cuerda floja con la Sanjay Company o su deseo de estar con otros. Pasaba algo más y no conseguía verlo bien ni sentirlo, claro, porque estaba pasándome a mí.

La calle se dedicaba felizmente al robo cuando aparqué la moto delante del Leopold's junto a un grupo de ganchos callejeros, cuyos ojos de salamandra buscaban incesantemente un negocio. Miré a la izquierda, despacio, y luego a la derecha, asimilando cualquier amenaza u oportunidad de la calle que me rodeaba. Había empezado a olvidarme de aquella sombra, la sombra de Lisa, avanzando por el jardín del pasado, cuando oí una voz.

-¡Lin! ¡Qué bien, tío! Estaba buscándote.

Era Stuart Vinson, y parecía nervioso. Buena cosa. Después de la conversación con Lisa que no había entendido, los nervios de un hombre al que casi siempre entendía me parecieron la distracción más adecuada.

-Vinson. ¿Qué pasa?

-Hay una chica. Eh... necesita que la ayudes. Tienes cierta influencia con la policía de Colaba, ¿verdad?

-Define influencia.

-Consigues que hagan cosas. ¿Me equivoco?

-Sé cuál es el orden jerárquico a la hora de repartir el dinero.

-¡Exactamente! ¡Genial! ¿Me acompañas? Ahora mismo.

-Pues...

-Por favor, Lin. Es por la chica. Se ha metido en un marrón.

Me leyó el ceño fruncido.

-¿Qué? ¡No! No ha hecho nada malo. De hecho, por lo que sé, lo único que pasa es que su novio se ha muerto. De sobredosis, creo que fue anoche...

-Espera. Más despacio. ¿Quién es la chica?

-Eh... No sé cómo se llama.

-Ajá.

-Es decir, todavía no me he enterado. Tampoco he visto el pasaporte. Ni siquiera sé de dónde es. Pero sé que tengo que salvarla y quizá

sea el único capaz de hacerlo, ¿sabes? Tiene unos ojos... no sé, es rarísimo, tío. O sea, es como si el universo me ordenara salvarla. Es algo místico. Mágico. El destino o así. Pero cada vez que pregunto a los polis por ella me mandan callarme la boca.

-Cállate, Vinson, o explícate bien.

-¡Espera! Deja que me explique. Estaba en comisaría pagando una multa de mi chófer porque se había enzarzado en una pelea con otro conductor en Kemps Corner, cerca de la salida de Breach Candy, y el tío...

-Vinson. La chica.

-Sí, tío... total, que acabé con los polis y entonces vi a la chica sentada. Tendrías que verla, tío. Qué ojos. Unos ojos... son... fuego y hielo al mismo tiempo. Hay que verlo para creerlo. ¿Qué tienen los ojos que enganchan tanto, tío?

-Conectan. La chica.

-Lo que te decía, el novio se murió de sobredosis anoche o esta mañana temprano. Solo sé que la chica se lo encontró así, tieso como un palo, al despertarse. Llevaba muerto un rato. Se hospedaban en el Frantic.

-Sigue.

-En el Frantic son muy disciplinados y saben mantener el pico cerrado. He hecho tratos con ellos. Pero ¿cadáveres? Hasta ahí no llegan.

-Conozco el Frantic. Han retenido a la chica, han avisado a la poli y la han entregado.

-Sí, los muy cabrones.

-Se limitan a intentar no acabar entre rejas, igual que deberías hacer tú, Vinson. No es recomendable jugar al buen samaritano en la comisaría cuando eres traficante. No es recomendable entrar en una comisaría.

-Lo sé... Lo sé. Pero esa chica, tío, tiene algo místico, te lo digo yo. He intentado que los polis me informen. Lo único que dicen es que ha identificado el cadáver en el depósito como le han pedido. Tiene que haber pasado un infierno, tío. Y ha firmado una declaración. Pero la chica no ha hecho nada y no la sueltan.

-Quieren dinero.

-Ya. Pero no quieren hablar conmigo. Por eso te necesito.

-¿Quién está de guardia?

-Dilip. El sargento. Es cosa suya. La tiene sentada en su despacho.

-Mejor.

-¿Puedo pagarle para que la suelte?

-Vendería la placa y el arma si le ofrecieras suficiente dinero.

-¡Estupendo!

-Pero luego te pillaría y te daría una paliza para recuperarlas.

-No tan estupendo.

-Le gusta dar miedo. Finge una mirada lo bastante asustada para arrancarle una sonrisa y luego págale.

-¿Es lo que haces tú?

-Rayo Dilip y yo hemos superado la fase del miedo simulado.

-Si me acompañas, ¿nos dejará pagar y rescatar a la chica?

-Claro. Creo que sí. Pero...

-Pero ¿qué?

Exhalé un largo y cansado suspiro y expuse mis reservas mirándolo con el ceño fruncido.

Me gustaba Stuart Vinson. Su cara alargada y atractiva, bronceada por seis años de sol asiático, siempre lucía la expresión decidida, seria y valiente que podría haber lucido un explorador polar liderando a sus hombres en una noble aventura, a pesar del hecho de que era un traficante de drogas astuto y afortunado que vivía fastuosamente en una ciudad donde el hambre era un elemento constitutivo. No entendía sus motivos.

-¿Seguro que quieres involucrarte? No la conoces. Ni siquiera sabes cómo se llama.

-No digas nada malo de ella, por favor -pidió en voz baja pero con una fuerza sorprendente-. O no me gustarás. Si no quieres ayudarme,

vale. Pero yo ya sé todo lo que necesito saber sobre ella.

-Por Dios.

-Lo siento -se disculpó, dejando caer la cabeza.

Con la misma rapidez volvió a elevar su mirada suplicante.

-Sé que parece una locura, pero me he pasado dos horas en el despacho de Dilip intentando ayudarla. Y ella no ha dicho nada. Ni una palabra. Aunque me ha mirado una vez y ha... sonreído un poco. Y lo he sentido en el corazón, Lin. No sabría explicarlo. Y... le he devuelto la sonrisa. Y ella también lo ha sentido, Lin. Lo sé. Estoy seguro. Nunca había estado tan seguro de nada. No sé si sabes lo que es querer a alguien sin ninguna razón comprensible, pero solo te pido que me ayudes.

Sabía lo que era: todo el que está enamorado lo sabe. Cruzamos a la comisaría de Colaba y entramos en el despacho de Rayo Dilip.

El sargento de guardia me miró de arriba abajo, miró a la chica sentada al otro lado de la mesa y luego volvió a mirarme.

-¿Es amiga tuya? -preguntó Rayo, señalándola con la cabeza.

La miré, y algo se enroscó en mi interior, como helechos al cerrarse. Era la chica de la fotografía del relicario, la chica que había vendido el colgante, la chica a la que había intentado advertir cuando le había devuelto la joya.

«Destino -pensé-, déjame en paz.»

Tenía el pelo grasiento, enmarañado y pegado al cuello por el sudor. Llevaba una camiseta azul marino, descolorida de tantos lavados, y lo bastante ajustada para delatar un físico pequeño y frágil. Los vaqueros le iban demasiado grandes: un cinturón fino los recogía formando bolsas alrededor de la estrecha cintura.

Llevaba el relicario al cuello. Me reconoció.

-Sí -contesté-. Es una amiga. Por favor, sargento-*ji*, encienda el ventilador.

Rayo Dilip lanzó un vistazo al ventilador inmóvil encima de la chica y de manera casi imperceptible miró al que tenía encima, girando veloz para disipar la asfixia del monzón.

Volvió a mirarme, con los iris lanzando desprecio color miel.

-*Punkah!* -bramó a un subordinado.

El agente se apresuró a encender el ventilador de encima de la chica y el aire fresco corrió hacia el sudor que empapaba el esbelto cuello.

-¿O sea que es amiga tuya, Shantaram? -preguntó con astucia Dilip.

-Sí, Rayo-*ji*.

-Muy bien, entonces ¿cómo se llama?

-¿Qué nombre te ha dado?

Dilip se rió. Me giré hacia la chica.

-¿Cómo te llamas? -pregunté.

-Rannveig -contestó secamente, cogiéndose el colgante distraída, mientras cruzaba la mirada conmigo-. Rannveig Larsen.

-Se llama Rannveig -dije-. Rannveig Larsen.

Dilip volvió a reírse.

-Pues no es el nombre que tengo escrito aquí -dijo sin dejar de sonreír.

-Es noruego -dijo la chica-. Se escribe R-a-n-n-v-e-i-g, pero se pronuncia «runway».

-Se llama Rannveig -repetí-. Pronunciado «runway».

-¿Qué quieres, Shantaram? -preguntó Dilip.

-Me gustaría acompañar a la señorita Larsen a su casa. Ha tenido un día difícil.

-La señorita Larsen dice que no tiene casa -replicó Dilip-. Esta mañana la han echado del hotel Frantic.

-Puede quedarse conmigo -se apresuró a ofrecer Vinson.

Todos lo miramos.

-Tengo... Es una casa grande -tartamudeó Vinson, pasando la vista de uno a otro-. Con espacio de sobra. Y tengo criada. Cuidará de ella. Es decir... si... si es que quiere venir a mi casa.

Rayo Dilip se volvió hacia mí.

-¿Quién coño es el idiota este? -preguntó en hindi.

-El señor Vinson -dije.

-Soy Stuart Vinson. Antes, hará diez minutos, he estado aquí.

-Calla -ordenó Rayo.

-Nos gustaría acompañar a la señorita Larsen a su casa, Rayo-*ji* -dije-. Es decir, si es libre de irse.

-Libre -repitió Dilip, estirando la palabra-. Vivimos en un mundo muy pequeño, pero plagado de condiciones.

-Con gusto las cumpliría -dije-, dependiendo, claro está, de cuántas sean y lo inevitables que resulten.

-Se me ocurren al menos diez -dijo Rayo con una mueca maliciosa colándose entre las grietas de su irritabilidad.

Conté diez mil rupias y dejé el dinero en la mesa. Cuando lo empujé, el sargento me tapó la mano con las suyas.

-¿Qué le importa esta chica a la Sanjay Company?

-No tiene nada que ver con la Sanjay. Es un asunto personal. Es amiga mía.

Sin dejar de sujetarme la mano contra la mesa, miró a la chica y la repasó de arriba abajo.

-Por supuesto -dijo, retorciendo los labios en una mueca grasienta.

-Un momento -empezó a decir Vinson, pero lo corté y me solté.

-Al señor Vinson le gustaría agradecerte tanta amabilidad y comprensión, Rayo-*ji*.

-Un placer ayudar -gruñó Dilip-. La chica tiene que volver dentro de dos días a firmar la documentación.

-¿Qué documentación? -preguntó Vinson.

Dilip lo miró. Yo conocía esa mirada: Dilip estaba pensando por qué parte del cuerpo empezaría a patearlo una vez que sus hombres lo hubieran encadenado a una verja.

-Y aquí estará, sargento-*ji* -dije-. ¿Qué documentación deberá firmar exactamente?

-El traslado del cadáver -respondió Dilip, cogiendo una carpeta del escritorio-. El cadáver de un desafortunado joven regresará a Noruega dentro de tres días. Pero ella tiene que firmar la documentación dentro de dos. Y ahora, largo antes de que añada más condiciones para soltarla.

Le tendí la mano a la chica. Ella la aceptó, se levantó y caminó unos pasos. Le costaba mantenerse en pie. En cuanto se acercó a Vinson se tambaleó y este la tomó de los hombros.

Vinson la acompañó a la calle, la ayudó a subir al asiento trasero de su coche y se sentó a su lado. El chófer arrancó, pero me asomé a la ventanilla abierta.

-¿Qué ha pasado, Rannveig, pronunciado «runway»? -le pregunté.

-¿Qué?

-Tu novio. ¿Qué le pasó?

-No te preocupes por mí -dijo con aire ausente-. Estoy bien. Estoy bien.

-Quien me preocupa es él -dije, señalando a Vinson con la cabeza-. Y si tengo que volver ahí dentro a negociar con ese poli necesito saber lo que ha pasado.

-Yo... no... -empezó a decir, clavando la vista en el bolso de tela de su regazo.

Supuse que contenía todas sus pertenencias,

-Cuéntame.

-Él no... no podía parar. Y la cosa fue desquiciándose cada vez más. Entonces, ayer, anoche, le dije que lo dejaba y me volvía a Oslo. Pero me rogó que me quedara una noche más. Solo otra noche. Y... y entonces... Lo hizo a propósito. Se lo vi en la cara. Lo hizo a propósito. No puedo volver a casa. No puedo enfrentarme a nadie de casa.

El azul fiero, eléctrico de sus ojos se vidrió y la chica cayó en un silencio agotado. Yo conocía esa mirada: estaba mirando a los muertos. Estaba mirando a la cara de su novio muerto.

-¿No conoces a nadie en Bombay? -pregunté.

Negó lentamente con la cabeza.

-¿Quieres avisar al consulado?

Negó algo más rápido con la cabeza.

-¿Por qué no?

-Ya te lo he dicho. Ahora no puedo enfrentarme a nadie.

-Está destrozada -dijo con delicadeza Vinson-. La llevaré a casa. Conmigo estará a salvo hasta que decida lo que quiere hacer.

-Vale. Vale. Hablaré con Rayo Dilip.

-¿Tienes que hacer algo más? -preguntó Vinson-. Creía que ya estaba.

-No nos ha devuelto el pasaporte. Lo retiene para pedir más dinero, pero no ha querido hacerlo. Contigo delante, no ha querido. Ya me encargo yo.

-Gracias, tío -dijo Vinson-. Me ocuparé de que ella vuelva para firmar los formularios. ¡Eh, espera, que te devuelvo el dinero!

-Pasarse dinero en la comisaría, vale, Vinson, pero fuera no. Ya lo arreglaremos luego. Si recupero el pasaporte, se lo dejaré a Didier en el Leo's.

Vinson se volvió hacia la chica y le habló con ternura.

-Estarás bien. La criada te cuidará. Es dura, ladra mucho pero no muerde. Un baño caliente, ropa limpia, algo de comer y a dormir. Estarás bien. Te lo prometo.

Le dio las indicaciones al chófer y el coche se alejó. La chica se apresuró a girarse, me localizó en la calle y me dijo algo moviendo los labios. No entendí lo que intentaba decirme. Me quedé mirando el coche hasta que desapareció y luego regresé para hablar con Rayo Dilip.

No había mucho que descubrir. La versión de la chica era que al despertar se había encontrado al novio muerto en la cama, a su lado. Con una jeringuilla clavada en el brazo. Había telefoneado al conserje para pedir ayuda y este había avisado a la policía y a la ambulancia.

Rayo Dilip estaba contento con que fuera una simple sobredosis. El

chico tenía marcas de pinchazos en las venas de los brazos, las manos y los pies, y el conserje confirmaba que nadie había entrado en la habitación de Rannveig salvo la pareja.

Me costó cinco mil rupias recuperar el pasaporte de la chica y otras diez mil que eliminase el nombre de Rannveig Larsen del informe de la muerte del chico.

Por aquel entonces suponía un montón de dinero, y pensaba recuperarlo pronto gracias a Vinson. Cuando ya me iba del despacho de Dilip y me guardaba el pasaporte noruego en el bolsillo, el sargento de guardia me detuvo.

-Dile a la Sanjay Company que este caso sube las apuestas.

-¿Qué dices?

-DaSilva -dijo, prácticamente escupiéndome la palabra-. Andrew DaSilva. La heroína que mató al chico era suya. Es la tercera muerte por sobredosis de heroína de la semana. La Sanjay Company está vendiendo un material muy fuerte en la calle. Y a mí me causa problemas.

-¿Cómo lo sabes?

No fue una pregunta educada, y no obtuve una respuesta educada.

-Que te den, a ti y a los yonquis muertos. Me suda la polla. Los dos chicos nativos son un problema menor. Pero cuando un extranjero la palma en mi zona, me deja una cagada muy grande en la mesa. Y me gusta tenerla limpia. Le he dicho a DaSilva que este mes va a tener que pagar el doble, por las dos muertes. Ahora que hay tres muertos, el precio se triplica.

-Díselo tú a Sanjay, Rayo. Lo ves más a menudo que yo.

Salí de comisaría, me colé entre el tráfico y caminé hacia la estrecha mediana de bloques de cemento y baranda metálica que dividía los carriles en sentido sur y norte de la concurrida Causeway.

De pie en un hueco de la baranda de acero, notaba el tráfico girando a mi alrededor: atestados autobuses rojos del extrarradio, motocicletas cargadas con familias de cinco miembros, carretillas, motos y bicicletas, taxis negros y amarillos, camiones de pescado, coches privados y transportes militares entrando y saliendo de la gran base naval ubicada en la punta de lanza de la península de la Ciudad Isleña.

Palabras que cruzaban la jungla del pensamiento.

«Nuestra heroína. Heroína de la Compañía. La chica del colgante, Rannveig, pronunciado "runaway". Su novio. La chica de la foto. Nuestra heroína.»

Cláxones, timbres de bicicleta, música de radios, gritos de los tenderos y los mendigos elevándose por todas partes, rebotando en las pasarelas cubiertas y las piedras elegantemente decadentes de los edificios que las sustentaban.

«Nuestra heroína. Heroína de la Sanjay Company. La chica. El colgante. Su novio. Nuestra heroína.»

Los olores de la calle me castigaban, me mareaban: capturas frescas de pescado y gambas del muelle de Sassoon, los gases del diésel y la gasolina y el denso olor a ropa húmeda del moho del monzón trepando por la fachada de todos los edificios de la ciudad.

«Nuestra heroína. Nuestra heroína.»

Me quedé en la mediana de la carretera. Por delante de mí corrían ríos de tráfico en dirección norte, y por detrás, en dirección sur, a lo largo del brazo de la península.

Khaderbhai se había negado a que la Compañía traficara con heroína en Bombay Sur o explotara a prostitutas. Desde su muerte, más de la mitad de los ingresos nuevos de la Sanjay Company procedían de ambas fuentes y Sanjay aprobaba traficantes y burdeles nuevos cada mes.

Era un mundo nuevo, no más feliz, pero sí mucho más rico que el que yo había descubierto cuando Khaderbhai me había rescatado de la cárcel y me había reclutado. Y de nada servía que me dijera que yo no vendía drogas ni chicas, que trabajaba falsificando documentos y pasaportes. Estaba metido hasta la fina cadena que llevaba al cuello.

Como soldado de la Sanjay Company había luchado contra otras bandas y podían reclamarme para proteger a Andrew, Amir, Faisal y sus operaciones en cualquier momento, y sin mediar explicaciones por la sangre que se derramaría ni derecho alguno a protestar.

«Nuestra heroína.»

Noté que alguien me tocaba en mitad de la espalda y volví a notarlo cuando empecé a girar y luego otra vez más. Tres de los Asesinos de

la Bici volaron hacia la marea de coches en sus relucientes bicicletas.

Rápidamente miré hacia atrás para saludar a Pankaj, el segundo de los Asesinos de la Bici, y él paró derrapando a mi lado. Se apoyó en la baranda metálica de la mediana. El tráfico se arremolinaba en torno a él y Pankaj me lanzó una mirada traviesa, con los ojos haciéndole chirivitas.

-¡Así de fácil, hermano! -dijo, sonriendo y sacudiendo la cabeza-. Sin contarme a mí, si mis chicos hubieran usado la navaja en lugar de los dedos, ya te habrían matado tres veces.

Me clavó dos dedos en el pecho, justo encima del corazón.

-Qué suerte que nunca nos pelearemos, hermano -dije.

-Aparta la mano del cuchillo de la espalda y yo apartaré la mía.

Nos reímos y nos estrechamos la mano.

-La Compañía nos mantiene muy ocupados -dijo, girando hacia atrás revés el pedal de la bici, agarrado a la mediana de la carretera-. Si siguen así, pronto podré retirarme.

-Si algún día tienes que ir al sur de Fuente Flora por trabajo, te agradecería que me avisaras con tiempo.

-Hecho, hermano. ¡Adiós!

Pankaj reincorporó la bicicleta cromada a la carretera. Lo vi abrirse paso con pericia entre los coches.

Y antes de perderlo de vista, en lo que tardé en alzar la mirada al cielo, se acabó, ya está. Fin. Había terminado con la Sanjay Company y lo sabía.

Estaba harto. Lo dejaba. Había tenido suficiente.

Fe. La fe está en todo, en cada minuto de vida, incluso en sueños. La fe en la madre, la hermana, el hermano o el amigo, la fe en que los otros pararán en el semáforo en rojo, la fe en el piloto del avión y en los ingenieros que lo hicieron despegar, la fe en los policías y los bomberos y en el mecánico, y la fe en que el amor seguirá esperándote cuando vuelvas a casa.

Pero la fe, como la esperanza, puede morir. Y cuando la fe muere, los dos amigos que siempre mueren con ella son la constancia y el compromiso.

Estaba harto. Había perdido la poca fe que tenía en el liderazgo de Sanjay y no podía seguir respetándome si lo acataba.

Irme no sería fácil, lo sabía. A Sanjay no le gustaban los cabos sueltos. Pero estaba decidido. Me había decidido. Sabía que Sanjay estaría en casa más tarde. Decidí acercarme antes de que anocheciera y anunciarle que lo dejaba.

Levanté la vista hacia la banderola del Leopold's y recordé algo que me dijo una vez Karla, cuando bebíamos y hablábamos demasiado, mucho después de que hubieran cerrado las puertas del bar. «Ir por libre en Bombay como hace Didier -había dicho riéndose- es nadar en un río frío de verdad.»

Yo había estado mirándome en un espejo roto y hacía tiempo que no me enfrentaba a ir por libre. Iba a abandonar un pequeño ejército, comprometido a defenderme como a un hermano. Iba a perder la inmunidad casi total ante la ley, la protección casi ética de los abogados de la Compañía, a un minuto facturable de distancia de jueces casi éticos.

Iba a dejar atrás amigos íntimos que se habían enfrentado conmigo al enemigo: hombres que habían conocido a Khaderbhai y sabían de sus imperfecciones y lo querían igual que yo.

Era duro. Intentaba alejarme de la culpa y la vergüenza, y no era fácil: la culpa y la vergüenza tenían más armas que yo.

Pero teme a las mentiras; si escondes la repulsión autojustificándote, a veces ya no sabes lo asustado que estabas, hasta que abandonas a todos tus aterradores amigos.

Sentía que cosas que había justificado y racionalizado durante demasiado tiempo caían como hojas, desprendidas de mi cuerpo por una catarata. La soledad es una corriente en el río de la verdad, como la comunidad. La soledad implica su propia fidelidad. Pero cuando navegas tan cerca de la orilla, a menudo te parece que la fe en ti mismo es la única fe que existe.

Respiré hondo, me convencí de la decisión y anoté mentalmente la necesidad de limpiar y cargar la pistola.

Kavita Singh, la periodista que estaba labrándose una reputación por lo bien que escribía sobre las actividades de la mala gente, se recostó apoyando el respaldo de la silla en la pared. A su lado había una joven que yo nunca había visto. Naveen y Divya estaban a la izquierda de Didier. Vikram estaba con Jamal, el Hombre Orquesta, y Billy Bhasu, ambos de la tumba de Dennis.

El hecho que de Vikram estuviera otra vez en danza después de solo dos horas de sueño delataba la intensidad de la adicción. Cuando empiezas a drogarte, el efecto puede durar hasta doce horas. Cuando la tolerancia avanza hacia la adicción, necesitas un chute, o al menos buscarlo, cada tres o cuatro horas.

Cuando me acerqué a la mesa, estaban todos riéndose de algo.

-¡Eh, Lin! -me llamó Naveen-. Estábamos eligiendo nuestro crimen favorito. Todos tenemos que decir uno. ¿Cuál es el tuyo?

-La sublevación.

-¡Anarquista! -se rió Naveen-. ¡Un argumento en busca de una razón!

-Un argumento razonado -repliqué- en busca de un futuro.

-¡Bravo! -gritó Didier, pidiéndole otra ronda al camarero.

Se apartó para dejarme sitio. Me senté a su lado y aproveché la ocasión para entregarle el pasaporte noruego de Rannveig.

-Vinson lo recogerá dentro de un par de días -dije en voz baja.

Centré la atención en Vikram. Evitaba mi mirada y jugaba con una mancha de cerveza de la mesa. Le indiqué que se acercara.

-¿Qué estás haciendo, Vikram? -susurré.

-¿A qué te refieres?

-Hace dos horas estabas noqueado, Vik.

-Me he despertado, tío. Cosas que pasan.

-Y los tíos estos, que compran jaco, ¿están contigo por casualidad?

Se apartó, recostándose en la silla, y habló para toda la mesa.

-¿Sabes, Lin? Creo que me has tomado por alguien a quien le importa

algo. No me importa nada. Y creo que no estoy solo. Didier, ¿a ti te importa algo?

-A regañadientes. Y pocas veces.

-¿Y a ti, Kavita? -preguntó Vikram.

-La verdad, me importan muchas cosas, y bastante. Y...

-¿Sabes, Lin? -dijo Vikram-. Antes molabas, *yaar*. No te conviertas en otro extranjero más.

Pensé en la aprensión de su padre y en que tenía que esconderle los objetos de valor, pero no dije nada.

-En Bombay todos somos extranjeros, ¿no? -comentó Kavita-. Yo...

Vikram volvió a interrumpirla y agarró a Didier del brazo.

-¿Lo hacemos ya?

Didier se sorprendió. Nunca hacía negocios en el Leopold's. Pero se sacó un fajo de billetes preparado del bolsillo y se lo pasó a Vikram. Mi orgulloso amigo agarró el dinero y se levantó rápidamente, a punto de volcar la silla. El Hombre Orquesta la sujetó y se levantó con él. Billy Bhasu lo hizo justo después.

-Eh... Bueno... Me voy -dijo Vikram, retrocediendo y evitando mirarme a los ojos.

Billy Bhasu se despidió y se marchó con Vikram. El Hombre Orquesta saludó con la cabeza, agitando la panoplia de dioses que le colgaba del cuello.

-Hombre Orquesta -dije.

-Hombre Orquesta -replicó, y salió del restaurante detrás de los otros dos.

-¿Qué pasa, amigo mío? -me preguntó con delicadeza Didier.

-Yo también le doy dinero a Vikram. Pero siempre me pregunto si acabo de regalarle el chute que lo matará.

-También podría ser su salvación -respondió con la misma tranquilidad Didier-. Vikram está enfermo, Lin. Pero enfermo es otra manera de decir que sigue vivo y todavía puede salvarse. Si nadie le ayudara, podría no pasar de esta noche. Mientras viva, todavía tiene una

oportunidad. Venga, relájate con nosotros.

Miré a los otros y me sumé a su juego.

-Entonces, Kavita, ¿cuál es tu delito favorito?

-La lujuria -dijo con convencimiento.

-La lujuria es un pecado -repuse-. No es delito.

-Ya se lo he dicho -dijo Naveen.

-Como yo la practico, sí -replicó ella.

Divya no pudo evitar echarse a reír, lo que contagió al resto.

-¿Y tú, Didier?

-El perjurio es el delito más respetable, por supuesto -dijo por fin.

-¿Tengo que creerte? -pregunté.

-¿Lo juras? -añadió Naveen.

-Porque -continuó Didier- solo la mentira salva al mundo de la tristeza permanente.

-¿No es la sinceridad, la verdad en palabras? -lo aguijoneó Naveen.

-¡No, no! La sinceridad es una opción respecto a la verdad. No hay nada en el mundo más destructivo para la verdad ni más enervante para el intelecto que una persona que insiste en ser completa y absolutamente sincera sobre todo.

-Estoy completa y absolutamente de acuerdo contigo -dijo Divya, alzando la copa en su honor-. Cuando quiero sinceridad, voy al médico.

Didier se calentó con el reconocimiento.

-Se cuelan a tu lado y te susurran «He pensado que deberías saberlo». Acto seguido destruyen la seguridad que tenías en ti mismo, la confianza e incluso tu calidad de vida con su asqueroso fragmento de verdad. Alguna mierda de dato repugnante sobre el que insisten en sincerarse. Algo que preferirías no saber. Algo que podría empujarte a odiarlos por habértelo contado. Algo por lo que ya los odias. ¿Y por qué lo hacen? ¡La sinceridad! ¡Por la ponzoñosa sinceridad! ¡No! Siempre voy a preferir una mentira creativa a la fealdad de la

sinceridad.

-¡Sinceramente, Didier! -se burló Kavita.

-Precisamente tú, Kavita, deberías entender la sabiduría de lo que digo. Los periodistas, los abogados y los políticos son gente cuyas profesiones exigen que casi nunca cuenten toda la verdad. Si la cuentan, si se sinceran completamente acerca de algún secreto, la civilización podría venirse abajo en un mes. Día a día, copa a copa, programa a programa, lo que nos empuja a seguir es la mentira, no la verdad.

-¡Te quiero, Didier! -gritó Divya-. ¡Eres mi héroe!

-Me gustaría creerte, Didier -señaló Naveen con expresión seria-. Pero la defensa del perjurio pone en riesgo tu credibilidad, ¿no?

-El perjurio consiste en ser sincero con el corazón -replicó Didier.

-O sea que la sinceridad es buena -observó Kavita, apuntando con el dedo al corazón de Didier.

-Ay, ni siquiera Didier es inmune -suspiró Didier-. Soy un héroe de la mentira. Preguntadle a cualquier poli de Bombay Sur. Pero al fin y al cabo soy humano, y de vez en cuando sucumbo a terribles actos de sinceridad. Ahora, por ejemplo, estoy siendo sincero con vosotros, me avergüenza admitirlo, al aconsejaros que mintáis siempre que podáis hasta que consigáis mentir con absoluta sinceridad como yo.

-Amas la verdad -apuntó Kavita-. Odias la sinceridad.

-Exactamente -admitió Didier-. Si contases toda la verdad acerca de cualquiera, alguien querría hacerte daño por hablar.

El grupo se repartió en conversaciones más pequeñas. Didier le daba la razón a Kavita y Naveen discutía con Divya. Yo hablé con la joven que se sentaba a mi lado.

-No nos han presentado. Me llamo Lin.

-Lo sé -respondió con timidez-. Sunita. Soy amiga de Kavita. Bueno, de hecho trabajo con ella. Soy periodista en prácticas.

-Y de momento, ¿te gusta la profesión?

-Es fantástica. Es decir, es una oportunidad estupenda y demás. Pero me gustaría ser escritora, como tú.

-¿Como yo? -me reí, desconcertado.

-He leído tus relatos.

-¿Mis relatos?

-Los cinco. Me han gustado mucho, pero me daba vergüenza decírtelo.

-¿Y de dónde has sacado mis relatos?

-Bueno -titubeó, confusa-. Me los pasó Ranjit... el señor Ranjit, me los pasó el señor Ranjit para que corrigiera las pruebas. Erratas y esas cosas.

Me quedé mirándola, no quería desahogarme con ella, pero estaba demasiado enfadado y perplejo para disimular lo que sentía. ¿Ranjit tenía mis relatos? ¿Se los había pasado Lisa a mis espaldas y contra mi voluntad? No lo entendía.

-Los tengo aquí -dijo Sunita-. Hoy iba a almorzar sola y a seguir corrigiendo, pero la señorita Kavita me ha invitado a venir con ella.

-Dámelos, por favor.

Metió la mano en una bolsa de tela grande y me entregó una carpeta.

Era roja. Yo había archivado todos los relatos por colores. El rojo correspondía a cuentos cortos sobre santones urbanos.

-No he dado permiso para que se publiquen -dije, comprobando que la carpeta contenía los cinco relatos.

-Pero...

-No es culpa tuya -dije con delicadeza-, y no te pasará nada. Le escribiré una nota a Ranjit y lo aclararemos.

-Pero...

-¿Tienes un boli?

-Eh...

-Era broma -dije, sacándome un boli del bolsillo de la pechera.

La última página del último relato contenía un par de líneas.

La arrogancia es la carta de presentación

> del orgullo y lo atiborra todo de Yo. La gratitud es la carta de presentación de la humildad y es el espacio que queda dentro para el amor.

Me pareció un papel de carta apropiado para Ranjit. Cogí la página mecanografiada del cuento, volví a escribir las frases en la nueva última página y cerré la carpeta.

-¡Lin! -refunfuñó Didier-. ¡No estás bebiendo! Suelta el boli de una vez.

-¿Qué haces? -preguntó Kavita.

-Un poder -sugirió Naveen-, que es querer.

-Pues ya que preguntas -dije, mirando a Kavita-, le escribo una nota a tu jefe.

-¿Una carta de amor? -preguntó ella, enderezándose en el asiento.

-Más o menos.

Terminé la nota, la doblé y se la entregué a Sunita.

-¡Lin, no! -protestó Didier-. ¡Es insoportable! ¡Tienes que leer la nota en voz alta!

-¿Qué?

-Hay normas -replicó Didier-. Y hay que romperlas a la menor ocasión.

-No estoy tan loco, Didier.

-Tienes que leernos la nota, Lin.

-Es una nota privada, tío.

-Escrita en un local público -apuntó Kavita, robándole la nota a Sunita.

-Eh -exclamé, tratando de recuperarla.

Kavita se levantó de un salto y se mantuvo a una mesa de distancia. Tenía la voz áspera, la clase de voz que resulta interesante por todo lo que esconde al hablar.

Leyó la nota.

> Voy a ser claro, Ranjit. Tu estilo de magnate de los medios de comunicación me

parece un insulto al Cuarto Poder y no permitiría que publicaras ni siquiera mi obituario.

Como vuelvas a tocar cualquier obra mía recibirás una visita y seré yo quien te corrija.

La chica que te ha entregado la nota tiene mi número de teléfono. Si lo pagas con ella, si la despides o perjudicas de cualquier otro modo a la mensajera, me llamará, te haré una visita y seré yo quien te corrija. No te me acerques.

-¡Me encanta! -se rió Kavita-. Quiero entregarla yo.

Un grito, seguido de unos vasos rompiéndose en el suelo de mármol, hizo que nos volviésemos con el resto del bar hacia el arco de la entrada. Concannon se había enzarzado en una pelea con varios camareros del Leopold's.

No estaba solo. Lo acompañaban algunos hombres de la banda de los Escorpiones. El grandullón, Hanuman, estaba detrás de Concannon, así como otras cuantas caras que recordaba de aquella hora roja en el almacén.

El último en entrar a empellones fue Danda, el torturador del bigotillo. Un parche de cuero le cubría la oreja izquierda.

Concannon llevaba una porra, una pesa envuelta en una bolsa de cuero cosido y asegurada mediante un cordón a la muñeca. La blandió y golpeó en la sien al jefe sij de seguridad del Leopold's. Todos los presentes lanzaron gritos y exclamaciones de horror.

El camarero sij se encogió y cayó al suelo como si tuviera las piernas de goma. Otros camareros acudieron en su ayuda. Concannon los atacó mientras intentaban socorrer al compañero y fue hiriendo y derribando hombres.

Los Escorpiones entraron en tromba en el restaurante, apartando mesas y espantando a la clientela. Botellas, vasos y platos estallaban en el suelo entre charcos espumosos. Las mesas se balanceaban y se volcaban. Las sillas salían disparadas de la reyerta. Los clientes agitados tropezaban con las sillas y resbalaban en la suciedad del suelo.

Kavita, Naveen y yo nos levantamos al instante.

-Pinta mal -dije.

-Bien -dijo Kavita.

Le eché un vistazo y vi que tenía un botellín vacío en una mano y el bolso en la otra.

El gentío bloqueaba la salida más cercana. Detrás teníamos un rincón. Si echábamos la mesa hacia atrás, Divya y la chica joven, Sunita, podrían parapetarse con ella y quedar a salvo. Miré a Naveen, que me leyó la mente.

-Divya, al rincón -le ordenó, señalando por encima del hombro sin apartar la vista de la pelea.

Por una vez, la celebridad no discutió. Se llevó a Sunita con ella al rincón. Miré a Kavita.

-¿Ahí? -se burló-. Y una mierda.

Cualesquiera que fueran las razones del feroz ataque, Concannon y los Escorpiones habían elegido bien el momento. Estábamos en el letargo de la media tarde, lejos aún de las aglomeraciones nocturnas. La mitad de los camareros del local estaban arriba, recuperando horas de sueño.

El personal, pillado por sorpresa, resistía con arrojo, pero los superaban en número. La masa de hombres forcejando y luchando avanzó hacia nosotros por el restaurante. Había que ralentizarla antes de poder detenerla.

-A por ellos -gruñó Kavita.

Nos abalanzamos contra la melé de gángsters tratando de devolver la pelea a la entrada. Se nos sumaron unos cuantos clientes, que también empujaron a los matones.

Naveen iba propinando puñetazos rápidos y precisos. Separé a un tipo de un camarero semiinconsciente. Perdió el equilibrio y cayó de espaldas. Kavita le rompió el botellín de cerveza vacío en la cabeza. Otros clientes lo patearon y volvió a caerse.

El propietario despertó a los camareros del turno de noche que estaban durmiendo y empezaron a bajar por las estrechas escaleras que quedaban a nuestra espalda. El ímpetu del avance de los

Escorpiones cedió. La marea cambió. Los matones comenzaron a retroceder a trompicones.

Naveen y yo, atrapados entre los enemigos y los refuerzos, acabamos empujados y arrastrados con ellos hacia la calle. Al acercarnos a la puerta, me topé cara a cara con Concannon.

Si el tipo era consciente de que estaba perdiendo la pelea, su mirada no lo delataba. Sus ojos brillaban como las escamas de un pez en aguas poco profundas, inflamados por una luz fría. Sonreía. Estaba contento.

Levantó lentamente la porra de plomo hasta nivelarla con el hombro y me habló.

-¡El diablo está prendado de ti, chico! -dijo, y luego golpeó.

Me agaché rápidamente a la derecha. La porra me dio en el hombro izquierdo. Noté el temblor del hueso por debajo del músculo. Me enderecé como el rayo y descargué un derechazo. Acerté de pleno en el lateral de la cabeza. Del todo. No bastó.

Concannon sacudió la cabeza y sonrió. Volvió a levantar la porra y lo agarré, lo empujé de espaldas a la calle.

En las películas los hombres pelean durante muchos minutos, turnándose para atacar. En las peleas callejeras de verdad todo sucede más rápido. Todo el mundo golpea a todo lo que puede, y si te tiran al suelo, la mayoría de las veces no te levantas.

Porque a veces, claro está, el suelo es el lugar más seguro.

Mientras me protegía la frente con los puños a la espera de una oportunidad, vigilaba a Concannon entre los nudillos. El tipo intentaba atizarme con la porra. Yo me agachaba, apartándome y zigzagueando, pero algún golpe recibía.

Retrocedí, recuperé el equilibrio y me topé con Naveen. Cruzamos una mirada fugaz y nos pusimos espalda contra espalda.

Estábamos solos, entre el Leopold's y las hileras de puestos callejeros. Los camareros titubeaban en el amplio arco de la entrada. Estaban defendiendo el frente. Lo que ocurriera en la calle no les concernía. Estaban garantizando que la refriega no volviera al interior del restaurante.

Los Escorpiones se adelantaron. Naveen se enfrentó a cuatro él solo,

con la espalda pegada a la mía. Yo no podía ayudarle. Tenía a Concannon.

Vi un hueco y ataqué al irlandés con izquierdazos y derechazos, pero a cada puñetazo mío Concannon respondía con un golpe de porra. El plomo mortífero me atizó en la cara y empecé a sangrar. Y por muy fuerte y rápido que golpeara a Concannon, no conseguía derribarlo.

Unas palabras me volvieron a la cabeza, mantos de nieve ondeando al viento.

«Así que se acabó...»

Y, tan repentinamente como había empezado, la reyerta se acabó. Los Escorpiones se alejaron de nosotros y rodearon a Concannon.

Naveen y yo miramos un segundo por encima del hombro. Vimos a Didier. Empuñaba una pistola. Me alegré muchísimo de verlo. Didier sonreía, igual que había sonreído Concannon. A su lado estaba Abdullah.

En cuanto nos apartamos de la boca de la automática de Didier, Abdullah alargó la mano izquierda y la dejó descansar sobre la de Didier, y poco a poco la bajó hasta que el arma quedó al costado del francés.

Se produjo un momento de silencio. Los Escorpiones nos fulminaban con la mirada, encallados en las huellas ensangrentadas entre la pelea y la huida. Los testigos escondidos detrás de los puestos callejeros resollaban. Incluso el tráfico incesante parecía más lento.

Concannon habló. Fue un error.

-Puto callo melenudo iraní -dijo, mostrando toda la dentadura amarilla y dirigiéndose hacia Abdullah-. Los dos sabemos lo que eres. ¿Por qué no lo admites?

Abdullah iba armado. Disparó a Concannon en el muslo. La gente chilló, gritó y salió despavorida.

El irlandés trastabilló, sin dejar de luchar, con la intención de atizar a Abdullah con la porra. Abdullah volvió a dispararle en la misma pierna. Concannon cayó.

Abdullah disparó dos tiros más, tan rápido que no pude adivinar la trayectoria. Cuando Hanuman y Danda retrocedieron, comprendí que el corpulento Escorpión y su delgado amigo habían recibido sendos

tiros en la pierna.

Los Escorpiones que aún podían correr huyeron. Concannon, un superviviente nato, se alejó arrastrándose, apoyándose con los codos en los tenderetes de souvernirs de camino a la carretera.

Abdullah dio dos pasos y pisó con fuerza la espalda del irlandés. Didier estaba a su lado.

-Puto... cobarde... -farfulló Concannon-. ¡Venga! ¡Adelante! ¡No eres nada!

Concannon perdía mucha sangre por las dos heridas de la pierna. Abdullah le apuntó a la nuca y se dispuso a disparar. Los pocos curiosos que todavía quedaban chillaron.

-¡Basta, hermano! -grité-. ¡Para!

Entonces le tocó a Didier apoyar la mano en el brazo de Abdullah y bajar poco a poco la pistola.

-Demasiados testigos, amigo -dije-. Una lástima. Vete. Rápido.

Abdullah dudó. Un instinto le hablaba por dentro. Yo lo conocía. Había escuchado la voz de ese instinto, del otro lado del muro. En aquel momento Abdullah quería matar a Concannon más de lo que quería seguir con vida. Me coloqué a su lado, como otros habían hecho conmigo en la cárcel, protegiendo mi corazón tanto como mi vida.

-La única razón por la que no hay polis -dije- es porque los Escorpiones les habrán pagado para que se mantuvieran al margen mientras atacaban el Leopold's. No tardarán en venir. Tenemos que irnos.

Abdullah retiró el pie de la espalda de Concannon. Inmediatamente, el irlandés comenzó a arrastrarse hacia la carretera.

Pararon dos coches. Unos Escorpiones subieron a Concannon y a los gángsters heridos al asiento trasero. Arrancaron a toda velocidad y al salir chocaron con un taxi lleno de turistas.

Naveen Adair abrazaba a Divya. Sunita, la aprendiz de periodista, estaba con ellos.

-¿Estás bien? -le pregunté a Divya.

-Putos hombres -contestó-. Sois todos idiotas.

-¿Tú estás bien? -le pregunté a Sunita.

Se aferraba a la carpeta roja de los relatos, abrazándola contra el pecho. Estaba temblando.

-Estoy bien -respondió-. Pero tengo una petición, y no quiero pedirte nada mientras sangres. Te sangra la cara, ¿sabes?

-Eh... Vale. Que sea rápido.

-Deja que le entregue yo la nota, por favor.

-Ah...

-Por favor. No tienes ni idea de cuánto me ha acosado ese tío, sexualmente, y casi desfallezco de placer solo de pensar en entregársela. Además, no he comido, o sea que puede que esté un poco hipoglucémica, pero me siento como si fuera fiesta, y lo siento por tu cara, pero, por favor, deja que le entregue la nota.

Didier y Kavita se nos unieron.

-Didier, ¿te importaría darle tu teléfono a Sunita y escoltarla hasta la oficina de Ranjit?

-Claro que no, pero tienes que irte ya, Lin.

Se oyó un disparo, no muy lejos.

-Escucha -le dije apresuradamente-, Lisa está quedándose en la galería, en Carmichael Road. ¿Puedes pasar por allí?

-Por supuesto.

-Asegúrate de que está bien. Quédate con ella o que se quede contigo un par de días.

-*Bien sûr.* ¿Tú qué harás?

-Esconderme. Todavía no lo sé. Ten estos cuentos, guárdamelos.

Le entregué la carpeta y corrí a reunirme con Abdullah, preparado para salir en la moto.

-¿Quién está disparando?

-Nuestro hombre -respondió Abdullah, encendiendo el motor.

-¿Dónde está la poli? -pregunté, arrancando mi moto.

-A punto de llegar, pero Ravi ha disparado al aire. Han ido a por ametralladoras y chalecos antibalas. Tenemos que irnos.

Sumándonos al tráfico de la tarde, Abdullah y yo serpenteamos entre las lentas colas de vehículos. De vez en cuando atajábamos por aceras vacías o cruzando gasolineras. A los pocos minutos descendimos por la larga colina de Pedder Road y aparecimos junto al bar de zumos, con vistas al islote del monumento funerario de Haji Ali.

-Deberíamos informar a Sanjay -dije cuando nos paramos en un semáforo.

-De acuerdo.

Estacionamos en el aparcamiento del bar. Dejamos las motos con los aparcacoches y telefoneamos al jefe mafioso. Sonaba adormilado, como si le hubiéramos interrumpido la siesta.

Se despertó al instante.

-¿Qué cojones? ¿Dónde coño estáis?

-En Haji Ali -respondió Abdullah, sosteniendo el auricular entre los dos para que yo también escuchara.

-No podéis volver. La policía se presentará enseguida y no quiero preguntas que no podáis responder. No os acerquéis por aquí en un par de días, joder, escondeos. Y decidme la verdad: ¿ha habido heridos civiles?

Abdullah se enfureció al tener que oír «Decidme la verdad». Apretó los dientes asqueado y me pasó el teléfono.

-Ninguno, Sanjaybhai -contesté.

El término «civiles» aludía a cualquiera que no formara parte del submundo criminal: cualquiera salvo jueces, abogados, gángsters, guardias de prisión y policías.

-Dos Escorpiones han recibido un tiro en la pierna, y también un independiente llamado Concannon. Ese se ha llevado dos en la misma pierna, pero no lo daría por fuera de combate. Había un montón de testigos. La mayoría ganchos o camareros del Leo's.

-Liáis una gorda, Lin, ¿y ahora me pides que limpie la mierda? Vete a tomar por el culo, cabrón.

-Si no me falla la memoria -repuse con calma-, una vez disparaste a un tipo delante del Leo's.

Abdullah levantó dos dedos y los agitó delante de mí.

-A dos -corregí-. Y yo no he provocado nada, Sanjaybhai. Empezaron los Escorpiones, y hace ya tiempo. El mes pasado nos atacaron nueve veces. Ahora han atacado el Leo's porque nos gusta a todos y está en el corazón de nuestro territorio. El extranjero, Concannon, solo busca que los Escorpiones y la Sanjay Company se maten entre ellos porque está montando su propia banda. No sé nada más. No puedo decirte lo que tienes que hacer ni se me ocurriría intentarlo. Solo puedo contarte lo que sé. Y lo hago por ti, no en tu contra.

-*Madachudh! Bahinchudh!* -bramó Sanjay, y luego volvió a serenarse-. Nos va a costar una fortuna tapar este marrón. ¿Quién crees que ha tratado con la poli de Colaba?

-Estaba de guardia Rayo Dilip. Pero me parece demasiado ambicioso para él. Rayo prefiere a los enemigos vivos y amordazados.

-Hay un subinspector, se llama Matre, que hace tiempo que me va detrás -musitó Sanjay-. ¡Hijo de puta! Tiene toda la pinta de haber sido él. *Thik.* Yo me encargo. Vosotros dos manteneos fuera de circulación un par de días. Contactad conmigo de vez en cuando. Pásame a Abdullah.

Le devolví el teléfono a Abdullah. Me lanzó una mirada. Me encogí de hombros. Escuchó.

-Sí -repitió dos veces, y colgó.

-¿Y bien?

-¿Te ha preguntado si estabas herido? -preguntó Abdullah.

-No es un tipo afectuoso. Más bien frío.

-No ha preguntado -gruñó Abdullah, frunciendo el ceño.

Siguió un silencio tenso y luego Abdullah regresó al presente.

-La cara. Estás sangrando. Tendríamos que ir al médico.

-Me he visto en el espejo. No es para tanto.

Me até un pañuelo en los puntos de la frente y las sienes donde la porra de Concannon me había abierto una herida.

-En este momento el problema que tenemos es que Sanjay no va a ir a la guerra por nosotros, o sea, que estamos solos.

-Podría forzarlos a declarar una guerra.

-No, Abdullah. Sanjay me ha dejado a merced del viento y ahora te ha dejado a ti correr la misma suerte. Jamás entrará en guerra, hasta que la guerra haya terminado.

-Repito, puedo obligarlo.

-¿Por qué te planteas una guerra, Abdullah? No me quejo de que Sanjay no la quiera. Me alegro de que no vaya a haber una guerra. Me alegro de que nadie más se meta en esto. Podemos vengarnos solos.

-Y lo haremos, *Inshallah*.

-Pero dado que, por lo que parece, estamos solos, tenemos que meditar una estrategia y la táctica adecuada, porque acabas de disparar a tres tíos. A uno de ellos, dos veces. ¿Qué quieres hacer?

Desvió la mirada, inspeccionando la intersección de calles que nos rodeaba, los coches que arrancaban destellos metálicos unos de otros.

Volvió a mirarme y entreabrió la boca, pero no había palabras para expresar su experiencia: estaba solo y sus camaradas no acudirían al rescate. Era un soldado tras las líneas enemigas al que acababan de comunicarle que habían cerrado la ruta de huida.

-Creo que durante una temporada deberíamos mantenernos lo más lejos posible de ellos -sugerí, llenando el disonante vacío-. Tal vez Goa. Podríamos ir esta noche. Pero no se lo digas a nadie. Cada vez que le digo a alguien que voy a Goa, me piden que les recoja los trapos sucios.

Intenté levantar una sonrisa en la sierra de su duda. No funcionó.

Abdullah volvió a mirar en dirección a Bombay Sur. Estaba luchando contra las ganas de volver y matar hasta al último Escorpión que alguna vez asomó de debajo de una piedra. Aguardé unos instantes.

-Y bien, ¿qué hacemos?

En ese instante se desgarró y dejó escapar dos largos suspiros para recomponerse.

-Había ido al Leopold's a invitarte a un lugar especial. Así que quizá haya sido una suerte que yo apareciera, pero esperemos a ver cuáles serán las consecuencias del día de hoy.

-¿Qué lugar especial?

Volvió a otear el horizonte.

-No esperaba ir con una sombra tan negra pisándonos los talones hasta la montaña, pero ¿me acompañas?

-¿Adónde?

-A ver al maestro de maestros, al maestro que impartió su sabiduría a Khaderbhai. Se llama Idriss.

Me regodeé en el nombre del legendario profesor.

-Idriss.

-Está allí -dijo Abdullah, señalando a la cordillera del norte-. En una cueva de esa montaña. Compraremos agua para llevar encima. Es un ascenso largo, hasta la cumbre de la sabiduría.

QUINTA PARTE

Repuestos y preparados, enfilamos la calurosa autopista entre pesados camiones cargados con fardos altos y ladeados, que se balanceaban sobre nosotros en las curvas. Me alegraba de conducir y me alegraba que, para variar, Abdullah corriera conmigo. Necesitaba la velocidad. El tiempo de reacción entre adelantar un coche y el siguiente era tan breve que la intensidad de la concentración calmaba el dolor. Sabía que lo sentiría. El dolor puede aplazarse, pero no negarse. «Después de la carrera, bienvenido sea -pensé-. El dolor demuestra que estás vivo.»

En dos horas alcanzamos el desvío que llevaba al parque nacional Sanjay Gandhi. Pagamos la entrada y emprendimos el largo y lento trayecto a través del denso bosque selvático a los pies de la montaña.

La carretera sinuosa que conducía al pico más alto de la reserva se encontraba en un buen estado sorprendente. Las recientes tormentas habían roto ramas de los árboles de los márgenes, pero los habitantes del bosque, cuyas cabañas y chabolas construidas a mano asomaban de vez en cuando del denso sotobosque, las habían afanado enseguida para leña.

Pasamos junto a grupos de mujeres vestidas con saris floreados paseando en fila india con hatillos de ramitas en la cabeza. Las seguían algunos niños pequeños arrastrando también ramas y haces de palos.

El parque estaba exuberante de vida por las lluvias. Las hierbas crecían hasta la altura de los hombros, las trepadoras se retorcían y contorsionában por el emparrado de ramas. Líquenes, musgos y setas crecían vigorosos en cada sombra húmeda.

Flores silvestres de color rosa, azul mazarino o amarillo Van Gogh se extendían por la frondosa alfombra empapada del bosque. Las hojas enrojecidas por la lluvia cubrían la carretera como pétalos en el patio de un templo. El perfume a corteza de la tierra saturaba el ambiente, cargado en cada vástago, tallo y tronco mojados.

Los consejos de monos, reunidos en asamblea en plena carretera, se disgregaban al acercarnos. Corrían hacia las formaciones rocosas de las inmediaciones con una mueca de indignación simiesca por la intrusión.

Cuando un tropel particularmente numeroso de animales me asustó al desperdigarse entre los árboles, Abdullah me miró a los ojos y se

permitió sonreír, algo poco habitual en él.

Era el hombre más valiente y leal que había conocido. Era duro con los demás, pero mucho más consigo mismo. Y poseía una confianza que todos admiraban o envidiaban.

Su frente amplia, cuadrada, se alzaba sobre el arco de unas cejas en constante interrogación. Una barba espesa y negra lo cubría todo menos la boca. Los ojos, hundidos, del color de la miel en un plato de terracota, parecían tristes: demasiado tristes y amables para la nariz ancha y orgullosa, los pómulos marcados y la mandíbula fuerte, que componían un conjunto aterrador.

Había vuelto a dejarse el pelo largo. Le caía hasta los hombros, anchos y gruesos; una melena que se convertía en la fuerza que le rondaba las largas extremidades.

Los hombres seguían a esa cara, ese físico y ese carácter hasta la batalla. Pero algo en el interior de Abdullah, sabiduría cauta o humilde reticencia, le empujaba a rechazar el poder que algunos de la Sanjay Company le instaban a aceptar. Se lo suplicaban, pero él se negaba a liderarlos. Lo que, por supuesto, los alentaba a insistirle aún más.

Conduje por la jungla a su lado, queriéndole, temiendo por él y temiendo por mí si alguna vez lo perdía, y sin pensar en lo que me había pasado en la última pelea y en cómo estaría afectándome física y mentalmente.

Cuando llegamos al claro de grava del aparcamiento, a los pies de la montaña, y apagamos las motos, oí la voz de Concannon.

«El diablo está prendado de ti, chico.»

-¿Te encuentras bien, hermano?

-Sí.

Dejé vagar la vista y vislumbré un teléfono en el mostrador de un pequeño comercio.

-¿Deberíamos llamar otra vez a Sanjay?

-Sí. Ya llamo yo.

Abdullah habló con Sanjay durante veinte minutos, respondiendo a las numerosas preguntas del capo mafioso.

A los pies de la montaña reinaba la calma. Una tienda pequeña, la

única construcción en el aparcamiento de grava, vendía refrescos, patatas fritas y dulces. El dependiente, un chico aburrido con expresión soñadora, de vez en cuando blandía un pañuelo atado a la punta de una vara de bambú. El enjambre de ácaros y moscas se escampaba durante un par de segundos, pero siempre regresaba al mostrador manchado de azúcar del colmado.

Nadie más se acercó por el aparcamiento ni bajó de la montaña. Me alegró. Temblaba tanto que tardé los veinte minutos de conversación en serenarme.

Abdullah colgó y me indicó por señas que le siguiera. No podía decirle que estaba demasiado débil y dolorido para escalar una montaña: a veces todo el arrojo que tienes es el que finges porque quieres demasiado a alguien para perder el respeto que te tiene.

Subimos por unos escalones de piedra en pendiente pronunciada, pero anchos y bien trabajados, hasta la primera meseta de la montaña. Había una gran cueva con sólidas y chatas columnas que soportaban un enorme arco de granito. La entrada conducía a un santuario.

Siguiendo por el sendero llegamos a la cueva más grande y espectacular. En la alta y arqueada entrada a la cueva principal, dos estatuas enormes del Buda, de cinco veces la altura de un hombre, flanqueaban el acceso desde sendas hornacinas a derecha e izquierda. No las protegían vallas ni barandas, pero se conservaban en muy buen estado.

Tras unos veinte minutos de ascenso y docenas de cuevas, entramos en una pequeña planicie donde el sendero se dividía en varios caminos muy utilizados. La cima quedaba todavía a cierta distancia.

Cruzando por un claro de árboles altos y delgados y lantanas llegamos al patio de un templo. Pavimentado con grandes losas cuadradas de mármol blanco y cubierto por una cúpula, el espacio columnado terminaba en un altar, pequeño y discreto, dedicado a un sabio.

La mirada pétrea, sombría y quizá algo apesadumbrada del santo barbudo escudriñaba la jungla circundante. Abdullah se detuvo un momento y miró alrededor desde el centro del patio de mármol blanco. Tenía las manos apoyadas en las caderas y una tímida sonrisa le alegraba los ojos.

-¿Un lugar especial?

-Lo es, Lin. Aquí es donde Khaderbhai recibió la mayoría de las lecciones del sabio Idriss. Fue un privilegio compartir con ellos algunas lecciones.

Permanecimos un rato en silencio, rememorando al difunto Khan. Khaderbhai, echándonos cada uno al hombro un manto de recuerdos distinto.

-¿Está lejos?

-No mucho -respondió, saliendo del patio-. Pero falta la parte más dura de la subida.

Agarrándonos a ramas, hierbas y enredaderas, nos arrastramos por un sendero empinado que conducía a la cima.

El ascenso habría sido fácil en la estación seca, con las piedras y rocas firmemente engastadas en la ladera terrosa del precipicio y el estrecho sendero. Pero en el amanecer del largo monzón, la subida fue dura.

A medio camino de la cima nos encontramos con un joven que bajaba por el mismo sendero. En aquel punto la inclinación era tanta que tenía que resbalar de espaldas sujetándose a hierbas y enredaderas.

Cargaba una gran garrafa de agua de plástico. Al cruzarnos en el estrecho sendero, tuvo que aplastarse contra nosotros, deslizarse camisa contra camisa y asirse de nosotros, igual que nosotros de él.

-¡Qué divertido! -dijo en hindi, sonriendo alegremente-. ¿Os traigo algo de abajo?

-¡Chocolate! -pidió Abdullah mientras el joven seguía resbalando y desaparecía en la vegetación que devoraba el sendero vertical-. ¡Se me ha olvidado comprarlo! ¡Te pagaré cuando vuelvas!

-*Thik!* -respondió el joven desde algún lugar más abajo.

Cuando Abdullah y yo alcanzamos la cima, descubrí que formaba una altiplanicie, llana y extensa, que daba al último semipico escarpado de la montaña.

Varias cuevas grandes, cortadas en ese tramo abrupto de pico, ofrecían vistas a la planicie y los diversos valles que se sucedían ladera abajo y, en el horizonte, a la Ciudad Isleña, envuelta en niebla y humo.

Todavía resollando, miré a mi alrededor tratando de hacerme una composición de lugar. La zona estaba pavimentada con pequeñas piedras blancas. No había visto ninguna en el valle ni durante el ascenso. Las habían transportado hasta la cima, saca a saca. Por extenuante que debiera haber resultado la tarea, el efecto era deslumbrante: sereno e inmaculado.

Había una zona de cocina, abierta por tres lados y cubierta por una lona verde descolorida, a juego con las hojas blanqueadas por la lluvia de los árboles circundantes.

Otra zona, completamente oscurecida por trozos de lona, parecía corresponder a un baño con diversos nichos. Una tercera zona cubierta contenía dos mesas y varias tumbonas de lona, apiladas en filas.

Más allá, las bocas abiertas de las cuatro cuevas revelaban algunos detalles de los interiores: un armario de madera a la entrada de una, varias literas metálicas dentro de otra y una chimenea grande y ennegrecida con unas brasas encendidas en la tercera.

Mientras contemplaba las cuevas, un joven salió de la más pequeña.

-¿El señor Shantaram?

Me volví hacia Abdullah con el ceño fruncido por la sorpresa.

-El maestro Idriss me pidió que te trajera -dijo Abdullah-. Te ha invitado Idriss, a través de mí.

-¿A mí?

Asintió. Volví a girarme hacia el chico.

-Esto es para usted -dijo, entregándome una tarjeta de visita.

Leí el breve mensaje: «No hay gurús».

Perplejo, entregué la tarjeta a Abdullah. Él la leyó, se rió y me la devolvió.

-Bonita tarjeta -dije, releyéndola-. Es como un abogado diciendo que no hay minutas.

-Seguro que Idriss te lo explica.

-Aunque tal vez no sea esta noche -añadió el joven, señalando a la

cueva de la chimenea-. Esta noche el maestro-*ji* está ocupado con unos filósofos en un templo a los pies de la montaña. Así que, por favor, seguidme. Acabo de preparar té.

Acepté agradecido la invitación, me senté en un taburete de madera tallado a mano cerca de la entrada de la cueva y me bebí el té cuando me lo trajeron.

Inmerso en mis pensamientos, como me ocurre con demasiada frecuencia, supongo, dejé vagar la mente de vuelta a la pelea con Concannon.

Allí sentado, bebiendo té dulce en la cueva del sabio Idriss, más fresco y limpio tras el trayecto en moto y la larga subida hasta la cima, volví a mirar a Concannon a los ojos.

De pronto comprendí que no era ira lo que había sentido tras el ataque brutal y sin sentido de Concannon: era decepción. La clase de decepción que provocan los amigos, no los enemigos.

Pero al unirse a los Escorpiones, Concannon se había creado nuevos enemigos. Nuestros hombres no tenían más opción que contraatacar a los Escorpiones: si no lo hacían, los Escorpiones lo considerarían un síntoma de debilidad y volverían a atacarnos. El problema había empezado. Tenía que sacar a Karla de la ciudad: estaba relacionada con la Sanjay Company.

La evidencia. No pensé en Lisa ni Didier, ni siquiera en mí mismo. Pensé en Karla. Lisa corría peligro. Concannon la conocía, se habían presentado. Debería haber pensado primero en Lisa, pero pensé en Karla. Karla.

En ese nudo retorcido de amor, con la vista clavada en las rosas de rescoldos esparcidas entre las cenizas de la hoguera, cobré conciencia de un aroma perfumado. Pensé que alguien debía de estar haciendo una ofrenda de incienso en otra hoguera cercana. Pero conocía aquel perfume. Lo conocía demasiado bien.

Entonces oí la voz de Karla.

-Cuéntame un chiste, Shantaram.

Se me tensó la piel de la cara. Noté un frío febril. Un río de sangre me subió por el cuerpo y se estremeció en mi pecho hasta que me ardieron los ojos.

«Sal de aquí -me dije-. Mírala. Rompe el hechizo.»

Me giré para mirarla. No sirvió de nada.

Karla estaba de pie en la boca de la cueva, sonriendo al viento, desafiándolo todo con su perfil, convertidos el pelo negro y el pañuelo plateado en estandartes del deseo ondeando a su espalda. La frente alta, fuerte, los ojos de media luna, la nariz fina y respingona y la barbilla sutilmente prominente que protegía la promesa rota de sus labios. Karla.

-Y bien -dijo, arrastrando las palabras-, ¿me cuentas un chiste o no?

-¿Cuántos parsis se necesitan para cambiar una bombilla?

-Hace dos años que no te veo -dijo, todavía sin volverse para mirarme-, ¿y no se te ocurre nada mejor que un chiste de bombillas?

-Han sido veintitrés meses y dieciséis días. ¿Quieres que te cuente un chiste o no?

-Vale, ¿cuántos parsis se necesitan para cambiar una bombilla?

-Los parsis no cambian las bombillas porque saben que nunca conseguirán una tan buena como la vieja.

Echó la cabeza hacia atrás y rió. Fue una risa agradable, franca, desde un corazón bueno, fuerte y libre, un halcón volando al ocaso: la risa que rompió todas las cadenas de mi corazón.

-Ven aquí -dijo.

La rodeé con los brazos, apretándola contra el árbol hueco que era mi vida, donde había escondido el sueño de que me amaría para siempre.

Todo el mundo tiene un ojo más indulgente y triste y otro más duro y brillante. El ojo izquierdo de Karla era más indulgente y triste que el derecho, y quizá era porque yo solo podía ver esa luz más indulgente, más verde que las hojas nuevas, por lo que no podía resistirme a ella. No podía hacer nada salvo escuchar y sonreír y tratar de ser divertido de vez en cuando.

Pero no pasaba nada. Estaba bien. En esos momentos, la mañana después de que la montaña me la devolviera, reinaba una tranquilidad sublevada; la mañana de aquel ojo más triste e indulgente.

Habíamos pasado la noche en cuevas separadas. Había otras tres mujeres en la altiplanicie de la cima, todas ellas jóvenes alumnas indias del hombre sabio, Idriss. La cueva de las mujeres era más pequeña, pero estaba más limpia y mejor equipada.

Había esteras y colchones, donde dormíamos sobre mantas extendidas en el suelo, y diversos armarios metálicos, colocados encima de bloques de piedra para evitar a las ratas y los insectos reptantes. Nos apañábamos con ganchos oxidados para alejar nuestras pertenencias del suelo de tierra.

No había dormido bien. Solo había hablado unos minutos con Karla tras el primer abrazo, tras la primera vez que la veía en casi dos años. Y luego se había ido, otra vez.

Abdullah, inclinándose galantemente ante Karla, me había arrastrado con el resto de los hombres, reunidos para comer a la entrada de la cueva.

Yo me alejé caminando de espaldas, mirándola, y ella, a los dos minutos de habernos reencontrado, ya se reía de mí. Dos años, en dos minutos.

Durante la comida conocimos a seis jóvenes, devotos estudiantes, que compartieron las razones que los habían llevado hasta la cima de la montaña. Abdullah y yo escuchamos sin hacer comentarios.

Para cuando terminamos la sencilla comida a base de arroz y *daal* se había hecho tarde. Nos cepillamos los dientes, nos lavamos la cara y nos acostamos. Pero el poco sueño que logré conciliar degeneró en una pesadilla de la que me desperté antes del amanecer sin poder respirar.

Seco, vestido y totalmente despierto, crucé a oscuras el campamento

para sentarme junto al fuego parpadeante. Acababa de arrancarle llamas a los rescoldos añadiendo ramitas y astillas alrededor de la cafetera cuando Karla apareció de pie a mi lado.

-¿Qué estás haciendo aquí? -susurró.

-Como no me tome pronto un café, soy capaz de morder un árbol.

-Ya me entiendes.

-Ah, ¿quieres decir en la montaña? Yo podría preguntarte lo mismo.

-Yo he preguntado primero.

Me reí suavemente.

-Puedes hacerlo mejor, Karla.

-Quizá ya no soy la que era.

-Todos somos los que éramos, incluso cuando no lo somos.

-Eso no responde a mi pregunta.

-Lo que contamos rara vez es lo que hacemos.

-Esto no es un concurso de aforismos -dijo con una sonrisa y sentándose a mi lado.

-Somos el arte que nos considera arte.

-Ni hablar. Guárdate tus frases para ti.

-El fanatismo significa que, si no estás contra mí, estás en mi contra.

-Podría denunciarte por acoso aforístico, ¿lo sabías?

-El honor es el arte de ser humilde -repliqué sin inmutarme.

Hablábamos en voz baja, pero con la mirada afilada.

-Vale -susurró-. ¿Me toca?

-Por supuesto. Ya te saco tres de ventaja.

-Cada adiós es una prueba de vestuario para el último adiós -dijo.

-No está mal. Un hola a veces miente, pero el adiós siempre dice la verdad.

-La ficción son hechos que superan a la verdad. La verdad de algo es una mentira sobre otra cosa. Venga, supéralo, Shantaram.

-¿A qué tanta prisa? Hay muchos más.

-¿Se te ocurre alguno o no?

-Ah, ahora lo entiendo, intentas confundirme para que pierda la partida. Vale, chica dura, adelante. La inspiración es la gracia de la paz. La verdad es un guardián en la prisión del alma. La esclavitud no puede ser extraída del sistema: la esclavitud es el sistema.

-La verdad es la pala -contraatacó-. La misión el agujero.

Me reí.

-Cada fragmento es el todo -dijo Karla, disparando a voluntad.

-El todo no puede dividirse sin la tiranía de las partes.

-La tiranía es privilegio desenfrenado.

-El Destino nos privilegia porque estamos condenados por el Destino.

-El Destino -dijo con una mueca-. Uno de mis favoritos. El Destino juega al póquer y solo gana con faroles. El Destino es el mago y el Tiempo el truco. El Destino es la araña y el Tiempo la telaraña. ¿Sigo?

-Humor negro -dije, más contento de lo que había estado en mucho tiempo-. Muy bonito. A ver qué tal: todos los hombres se convierten en sus padres, pero solo cuando estos no están mirando.

Se rió. No sé dónde estaba Karla, pero por fin yo estaba con ella, en algo que a los dos nos gustaba, y ella era mi cielo.

-La verdad es una abusona que todos fingimos apreciar.

-¡Qué viejo! -protesté.

-Viejo pero bueno, y merece una segunda oportunidad. ¿Qué más tienes?

-El miedo es el amigo que te avisa.

-La soledad es el amigo que te recomienda salir más -replicó-. Venga, vamos a darle vidilla.

-No existe país demasiado injusto, demasiado corrupto o demasiado inepto para no poder permitirse un himno nacional conmovedor.

-Política de altos vuelos -dijo sonriendo-. Me gusta. A ver si puedes con este: la tiranía es miedo en forma humana.

Me reí.

-La música es la muerte sublimada.

-El dolor es empatía fantasma -repuso rápidamente.

-¡Mierda!

-¿Te rindes?

-Ni hablar. La senda del amor es amar la senda.

-Un *koan*. Estás en las últimas, Shantaram. No pasa nada. Siempre estoy dispuesta a darle una patada en el culo al amor. A ver este: el amor es una montaña que te mata cada vez que la subes.

-Coraje...

-El coraje nos define. Cualquiera que no se rinda, que viene a ser todo el mundo, es un hombre o una mujer con coraje. Basta de coraje.

-La felicidad es...

-La felicidad es la niña hiperactiva de la satisfacción.

-Justicia significa...

-La justicia, como el amor y el poder, se mide en gracias.

-La guerra...

-Todas las guerras son guerras por cultura y todas las culturas se escriben en los cuerpos de las mujeres.

-La vida...

-Si no vives por algo, ¡mueres por todo! -me atajó, plantándome el índice en el pecho.

-Mierda.

-Mierda ¿qué?

-Mierda... has mejorado.

-¿O sea que he ganado?

-O sea que... has mejorado.

-He ganado, ¿a que sí? Porque puedo pasarme el día así y lo sabes.

Estaba seria, con mirada de tigresa.

-Te quiero -dije.

Apartó la vista. Al rato, le habló al fuego.

-Todavía no me has respondido. ¿Qué estás haciendo aquí?

Durante la competición habíamos hablado en murmullos, intentando no despertar a los demás. El cielo todavía estaba oscuro, pero sobre el lejano horizonte nublado flotaba una cresta de amanecer del color de las hojas agostadas.

-Un momento -dije, frunciendo el ceño y cayendo por fin en la cuenta-. ¿Crees que he venido porque estabas tú? ¿Que he planeado este encuentro?

-¿Lo has hecho?

-¿Te habría gustado?

Se volvió de medio perfil, escudriñándome la cara con el ojo triste e indulgente como si leyera un mapa. Las sombras amarillas y rojizas del fuego jugueteaban con sus facciones: la luz de las llamas escribía fe y esperanza en su rostro, como hace el fuego en todo rostro humano, porque somos criaturas de fuego.

Miré para otro lado.

-No sabía que estabas aquí -dije-. Ha sido idea de Abdullah.

Se rió flojito. ¿Decepcionada o aliviada? No lo sabía.

-¿Y tú? -pregunté, arrojando ramitas al fuego-. No te habrá dado de pronto por la religión. Dime que no.

-Le he traído hachís a Idriss. Le gusta el cachemir.

Me tocó a mí reírme.

-¿Desde cuándo?

-Desde hace... un año.

Karla soñaba con algo, con la mirada perdida en el bosque al amanecer.

-¿Cómo es?

Volvió a mirarme.

-Idriss es... auténtico. Ya lo conocerás.

-¿Cómo lo conociste?

-No vine por él. Vine a ver a Khaled. Fue él quien me dijo que Idriss estaba aquí.

-¿Khaled? ¿Qué Khaled?

-Tu Khaled -dijo en voz baja-. Nuestro Khaled.

-¿Está vivo?

-Vivísimo.

-*Alhamdulillah.* ¿Y está aquí?

-Pagaría una barbaridad porque Khaled estuviera aquí arriba. No, tiene un *ashram* en el valle.

El inflexible y roñoso palestino había pertenecido al Consejo de Khader. Nos había acompañado en el viaje de contrabando a Afganistán. Mató a un hombre, buen amigo suyo, porque nos puso a todos en peligro y luego se adentró, solo y desarmado, en la nieve.

Yo había sido amigo suyo, un buen amigo, pero no sabía que Khaled había vuelto a la ciudad ni que tenía un *ashram*.

-¿Un *ashram*?

-Sí -suspiró.

Su expresión y actitud habían cambiado. Parecía aburrida.

-¿De qué tipo?

-Del tipo que da dinero. Con una carta majestuosa, hay que admitirlo. Salas de meditación, yoga, masaje, aromaterapia y cantos. Cantan un montón. Es como si no hubieran oído hablar del funk.

-¿A los pies de esta montaña?

-Al inicio del valle, en la cara oeste.

Bostezó frunciendo el entrecejo.

-Abdullah siempre está por allí -dijo-. ¿No te lo ha contado?

Algo se tambaleó dentro de mí. Me alegraba descubrir que Khaled estaba sano y salvo, pero la preciada amistad se sintió traicionada y el corazón trastabilló.

-No puede ser verdad.

-Hay dos tipos de verdad. La que quieres oír y la que deberías oír.

-No empieces otra vez.

-Perdón. Un golpe bajo. No he podido resistirme.

De pronto estaba enfadado. Quizá fuera la sensación de traición. Quizá fuera un llanto viejo que por fin atravesaba el escudo de delicadeza y brillaba en su ojo más indulgente.

-¿Quieres a Ranjit?

Me miró, con los dos ojos, el indulgente y el duro, a los míos.

-Creía que lo admiraba -dijo-, pero no es asunto tuyo.

-¿Y a mí no me admiras?

-¿Por qué lo preguntas?

-¿Te da miedo contestar?

-Claro que no -repuso sin alterarse-. Solo me pregunto por qué no sabes lo que pienso de ti.

-No sé qué quieres decir, así que ¿por qué no respondes a mi pregunta?

-La mía primero. ¿Por qué quieres saberlo? ¿Te has decepcionado a ti mismo o estás celoso?

-Lo que tienen las decepciones, Karla, es que nunca decepcionan. Pero no es eso. Quiero saber lo que piensas porque me importa lo que piensas.

-Vale, tú lo has querido. No, no te admiro. Hoy no.

Nos quedamos un rato en silencio.

-Ya me entiendes -dijo al fin.

-No, la verdad.

Volví a fruncir el ceño y ella se rió: con una de esas risillas que brotan de un chiste privado.

-Mírate la cara. ¿Qué te ha pasado? ¿Has vuelto a caerte de la cima del orgullo?

-Por fortuna, no es muy alta.

Volvió a reírse, pero enseguida frunció el ceño.

-¿Podrías explicarlo? ¿Por qué te has peleado? ¿Por qué siempre te metes en peleas?

Por supuesto, no podía explicarlo. La banda de los Escorpiones me había secuestrado y atado a una tumbona, ¿cómo iba a explicarlo? Ni siquiera yo lo entendía, nada de lo ocurrido, ni siquiera Concannon. Sobre todo Concannon. Por entonces no sabía que yo ocupaba un rincón andrajoso de una alfombra sanguinolenta que pronto cubriría la mayor parte del mundo.

-¿Quién dice que deba explicarlo?

-Pero ¿podrías? -insistió.

-¿Podrías explicar tú lo que nos hiciste, Karla?

Se estremeció.

-No te cortes, Karla.

-Quizá debería ir al grano, por así decirlo, y responderte yo.

-Adelante.

-¿Seguro que podrás soportarlo?

-Claro.

-Vale, pues...

-¡No, espera!

-¿A qué?

-Mis hábitos conversacionales me piden un café.

-Estás de broma, ¿no?

-No, es un caso grave de déficit de café. Por eso has podido conmigo.

-O sea que he ganado.

-Has ganado. ¿Ahora puedo tomarme el café?

Saqué la cafetera del fuego agarrándola con la manga y serví el café en una taza desportillada. Se la ofrecí a Karla, pero arrugó los labios como un arco de proscenio asqueado.

-Intuyo que no quieres café.

-¿Qué tal el truco, funciona? Tómate el puñetero café, *yaar*.

Probé el café. Estaba demasiado fuerte, demasiado dulce y demasiado amargo, todo a la vez. Perfecto.

-Vale -grazné, estremeciéndome por el café-. Ya estoy bien.

-El...

-¡No, espera!

Saqué un porro.

-Vale -dije, encendiéndolo-. Bien. Adelante.

-¿Seguro que no necesitas una manicura o un masaje? -gruñó Karla.

-Estoy estupendamente. Atízame con lo que quieras, Karla.

-Vale. Las marcas de la cara y todas las cicatrices que tienes por el cuerpo son un graffiti pintado por el talento que tienes para la delincuencia.

-No está mal.

-No he terminado. Tu corazón es un inquilino del edificio derruido de tu vida.

-¿Algo más?

-El casero va a pasar a cobrarse el alquiler, Lin -añadió con algo más

de delicadeza-. Y no tardará.

-Mira, Karla...

-Estás jugando a la ruleta rusa con el Destino. Y lo sabes.

-¿Y tú has apostado por el Destino? ¿Es eso?

-El arma la ha cargado el Destino. El Destino carga todas las armas del mundo.

-¿Algo más?

-Y mientras -dijo, con mayor delicadeza aún- vas rompiendo cosas.

La parte justa de verdad para que resultara hiriente, por muy delicadamente que la expusiera.

-Si sigues machacándome así...

-Estás más divertido -dijo, riéndose un poco.

-Sigo siendo el de siempre.

Nos miramos un momento.

-Mira, Karla, no sé qué pasa con Ranjit y no sé cómo han pasado dos años desde la última vez que te miré y escuché tu voz. Solo sé que cuando estoy contigo, el caballo vuelve a desbocarse. Te quiero, y siempre podrás contar conmigo.

Las emociones eran hojas en la tormenta de su cara. Demasiados sentimientos para que yo pudiera interpretarlos todos. No la había visto. No había estado con ella. Me parecía contenta y enfadada, satisfecha y triste, todo a un tiempo. Y no habló. Karla, sin palabras. Sabía que le dolía, así que tenía que aligerar el ambiente.

-¿Seguro que no quieres probar el café?

Alzó una ceja de serpiente y pensó en morderme, pero el ruido de las lonas delató la presencia de terceros, despertándose al alba.

Desayunamos con los felices devotos, e íbamos por la segunda taza de *chai* cuando un joven estudiante apareció al borde del campamento, donde terminaba la pendiente del bosque. Aceptó agradecido un té y anunció que el maestro no se reuniría con nosotros hasta después de almorzar.

-Ya está -masculló Karla, dirigiéndose a la cocina, donde lavó su taza y la puso a secar.

-¿El qué? -pregunté, reuniéndome con ella en el fregadero.

-Nada, me da tiempo de bajar, visitar a Khaled y regresar antes de que llegue Idriss.

-Te acompaño.

-Un momento, mirmidón. ¿Por qué?

No era una pregunta banal. Karla no banalizaba.

-¿Por qué? Porque Khaled es amigo mío. Y no lo veo desde que desapareció en la nieve hace casi tres años.

-Un buen amigo lo dejaría en paz.

-¿Qué insinúas?

Me atravesó con una mirada muy suya: el hambre en los ojos del tigre, clavados en la presa.

-Está contento -respondió rápidamente.

-¿Y?

Lanzó una mirada a Abdullah, que acababa de situarse a mi lado.

-Cuesta conseguirlo -dijo por fin.

-No tengo ni la más remota idea de a qué te refieres.

-Pues que la felicidad lleva un cartel colgado que reza «No molesten», pero todo el mundo molesta.

-Nos entrometemos cuando alguien nos importa. ¿No es lo que acabas de hacer despellejándome?

-¿Y tú no te has entrometido entre Ranjit y yo?

-¿Cómo?

-Cuando me has preguntado si le quiero.

Abdullah tosió educadamente.

-Tal vez debería dejaros un rato a solas -propuso.

-Contigo no tenemos secretos, Abdullah -repuso Karla.

-En cambio, tú te los guardas bien, hermano -dije-. ¿Por qué no me has contado que Khaled estaba aquí?

-Eso es, Lin, ataca a Abdullah -terció Karla-. Pero primero contéstame.

-Cuando sepas de qué estamos hablando, avísame.

-Estabas contestando a mi pregunta.

-¿Qué pregunta?

-¿Por qué?

-Por qué ¿qué?

-¿Por qué me quieres?

-¡Joder, Karla! Eres la mujer más difícil de entender del mundo, por mucho que hablemos el mismo idioma.

-Déjame una ventaja de diez minutos -se rió-. No, mejor, quince.

-¿Qué estás planeando?

Volvió a reírse, y con ganas.

-Quiero avisar a Khaled de que vas y darle la oportunidad de escapar. Sabes lo importante que es, ¿no?, tener una escapatoria...

Se dirigió al borde de la altiplanicie y se perdió de vista por el empinado sendero. Esperé a que pasaran los quince minutos. Abdullah no me quitaba ojo. No piqué. No quería saber.

-Quizá... Puede que tenga razón -dijo por fin.

-¿Tú también?

-Si Khaled contempla lo que tiene con tus ojos en lugar de con los suyos, quizá crea menos en sí mismo. Y le necesito fuerte.

-¿Por eso no me habías dicho que Khaled está en Bombay?

-Sí, en parte. Para proteger su pequeña felicidad. Nunca fue un hombre feliz. Seguro que lo recuerdas.

De hecho, era el hombre más adusto y severo que había conocido. Toda su familia había muerto en las guerras y purgas que persiguieron

a la diáspora palestina hasta el Líbano. El odio y la pena lo habían curtido tanto que su peor insulto en hindi era la palabra *kshama*, que significa «perdón».

-Sigo sin entenderlo, Abdullah.

-Tienes influencia en nuestro hermano Khaled -sentenció solemnemente.

-¿Qué influencia?

-Tu opinión le importa mucho. Siempre le ha importado. Y tu opinión sobre él cambiará cuando sepas cómo vive ahora.

-¿Por qué no lo vemos antes de juzgarlo?

-Por otro lado -dijo Abdullah, poniéndome una mano en el brazo-, sobre todo ha sido para protegerlo.

-¿De qué? Era miembro del Consejo. Es un cargo vitalicio. Nadie puede tocarle.

-Sí, pero Khaled es el único con autoridad para disputar el liderazgo de Sanjay en el Consejo. Algunos podrían tenerle envidia o miedo.

-Solo si se enfrentase a Sanjay.

-Que es justo lo que le he pedido.

Abdullah, el hombre más leal que conocía, estaba planeando un golpe de Estado. Habría muertos. Algunos, amigos.

-¿Por qué lo haces?

-Necesitamos a Khaled, más de lo que imaginas. Se ha negado, pero seguiré pidiéndoselo y pidiéndoselo hasta que acepte. De momento, guarda el secreto de que está aquí igual que he hecho yo.

Un discurso largo para el taciturno iraní.

-Abdullah, yo ya no tengo nada que ver. Es lo que he intentado explicarte. He estado buscando la manera de contártelo desde que hemos llegado.

-¿Te pido demasiado?

-No, hermano -respondí, alejándome medio paso-. No es pedir demasiado, pero ya no tiene nada que ver conmigo. He tomado una

decisión y esperaba la ocasión de comunicártela. Es tan importante que he ido posponiéndola hasta después de Concannon y los Escorpiones y de encontrarme con Karla, la pospongo desde hace mucho. Supongo... que ha llegado el momento de enfrentarme a mi decisión y hacerla pública.

-¿Qué decisión? ¿Alguien te había hablado de mi plan?

Suspiré hondo. Me enderecé, sonreí y me apoyé en un peñasco erosionado.

-No, Abdullah, nadie me ha hablado de tu plan. No sabía nada hasta ahora que me lo has contado. Cuando Rayo Dilip me contó que habían muerto tres chicos por la heroína que están vendiendo DaSilva y los suyos decidí dejarlo.

-Pero no tienes nada que ver, ni yo tampoco. No nos dedicamos a las drogas. Los dos nos opusimos a Sanjay cuando comenzó a vender *garad* y chicas en Bombay Sur. Pero no nos correspondía decidir.

-No, no es solo eso, tío -dije, mirando hacia las espirales tormentosas que se arremolinaban sobre la lejana ciudad-. Podría darte diez buenas razones para irme, pero no importan, porque no se me ocurre ni siquiera una para quedarme. En resumen, que se acabó, estoy harto. Me largo.

El guerrero iraní frunció el ceño, buscando con la mirada a derecha e izquierda de un campo de batalla imaginario al Lin que conocía mientras su corazón se peleaba con su cabeza.

-¿Me dejarás que intente persuadirte?

-Entre amigos no solo se permite que intentes convencerme, sino que es obligatorio. Pero, por favor, permíteme ahorrarte el detalle. No quiero escucharte defender una causa perdida por mí. Sé lo que opinas, porque pienso lo mismo. La verdad es que ya me he decidido. Ya me he ido, Abdullah. Hace tiempo.

-A Sanjay no va a gustarle.

-En eso llevas razón -me reí-. Pero no tengo lazos familiares con la Compañía. No tengo familia, de modo que no puede jugar esa carta contra mí. Y Sanjay sabe que se me dan bien los pasaportes. Al final, soy útil. Sanjay es cauto. Le gusta tener varias opciones. Así que diría que no acabará conmigo.

-Es mucho suponer -musitó Abdullah.

-Ya.

-Si le matase, la situación mejoraría.

-No sé ni por qué tengo que decírtelo, Abdullah, pero ahí va: no mates a Sanjay por mí, por favor. ¿Ha quedado claro? Perdería el apetito durante un mes.

-Está bien. Cuando me lo cargue, no pensaré en el favor que te hago.

-¿Y si no matas a Sanjay? Por ninguna razón. ¿Y por qué estamos hablando de matar a Sanjay? ¿Cómo lo has permitido, Abdullah? No, no, no me lo cuentes. Estoy fuera. No quiero saberlo.

Abdullah lo meditó un momento, con la mandíbula apretada y los labios temblando por la corriente de reflexión.

-¿Qué harás?

-Creo que trabajar de independiente -respondí, siguiendo con la mirada una sombra de pensamientos que cruzó su cara esculpida por el viento-. Podría colaborar con Didier una temporada. Hace años que me lo pide.

-Es muy peligroso -musitó.

-¿Más que esto? -pregunté, y cuando abrió la boca para responderme lo frené-. Ni lo intentes, hermano.

-¿Se lo has contado a alguien más?

-No.

-No te equivoques, Lin -repuso con repentina severidad-. Voy a desencadenar una guerra y tengo que ganarla. Has perdido la fe en el liderazgo de Sanjay, igual que yo, pero ya no estás en la Compañía. Muy bien. De todos modos, confío en que por lealtad hacia mí guardes silencio sobre mis planes.

-Ojalá no me los hubieras contado, Abdullah. Las conspiraciones contaminan y ahora estoy contaminado. Pero eres mi hermano, tío, y si tengo que elegir entre ellos y tú, cuenta siempre conmigo. Simplemente no me cuentes nada más del plan, ¿vale? ¿Nunca te han dicho que no hay camino más cruel que los planes ajenos?

-Gracias, Lin -dijo, apenas sonriendo-. Haré lo que pueda para que la guerra no llame a tu puerta.

-Preferiría que no llegara ni siquiera al subcontinente. ¿Por qué una guerra, Abdullah? Vete, tío. Yo te apoyaré, estaremos los dos juntos fuera de la Compañía, ataquen con lo que ataquen. En una guerra morirán amigos y enemigos. ¿Merece la pena?

Se apoyó en el peñasco a mi lado, rozándome con el hombro. Los dos miramos hacia el dosel de árboles y luego Abdullah recostó la cabeza en la piedra para contemplar el cielo revuelto.

Yo también me recosté y alcé la cara hacia los campos de nubes, arados por la tormenta.

-No puedo irme, Lin -suspiró-. Seríamos buenos socios, es cierto, pero no puedo irme.

-El chico, Tariq.

-Sí. Es el sobrino de Khaderbhai y responsabilidad mía.

-¿Por qué? Nunca me lo has dicho.

Su expresión se suavizó con la sonrisa triste que reservaba para los recuerdos de un fracaso amargo que había terminado en éxito.

-Khaderbhai me salvó la vida -dijo por fin-. Era joven, un soldado iraní escapado de la guerra con Irak. Aquí, en Bombay, me metí en problemas. Khaderbhai intervino. Yo no entendía qué hacía un capo poderoso salvándome de una muerte segura que me había ganado por culpa del orgullo y el mal genio.

Tenía la cabeza cerca de la mía, pero la voz parecía llegar desde otro lugar, más allá de las grandes rocas situadas a nuestras espaldas.

-Cuando me concedió audiencia y me comunicó que se había solventado el problema y que ya no corría peligro, le pregunté cómo podía agradecérselo -dijo Abdullah-. Khaderbhai me sonrió un rato largo. Conoces bien esa sonrisa, hermano.

-Sí. A veces todavía la siento.

-Y luego me ordenó que me cortara con la navaja y jurase por mi sangre cuidar de su sobrino Tariq, que lo protegiera, con mi vida si fuera necesario, mientras el chico viviera.

-Era un maestro de los pactos con el diablo.

-Sí -convino en voz baja Abdullah mientras nos enderezábamos y nos

quedábamos frente a frente-. Pero por eso no puedo desentenderme sin más de lo que haga Sanjay. Hay cosas que no entiendes. Cosas que no puedo contarte. Pero Sanjay pondrá nuestras cabezas enjuego, puede que la ciudad entera. Será terrible. El chico, Tariq, corre peligro, y yo haré lo que haga falta para protegerlo.

Nos quedamos mirándonos, sin sonreír pero, no obstante, en paz. Al final Abdullah se levantó y me dio una palmada en el hombro.

-Vas a necesitar más armas -dijo.

-Tengo dos.

-Exacto. Necesitas más. Déjame a mí.

-Tengo suficientes -repliqué, empezando a levantarme.

-Déjalo en mis manos.

-No necesito armas nuevas.

-Todo el mundo necesita armas nuevas. Hasta los ejércitos necesitan armamento nuevo, y eso que van bien servidos. Déjamelo a mí.

-¿Sabes qué? Si encuentras un arma que consiga que los hombres duerman un par de días sin atacarse unos a otros, tráeme una y un montón de munición.

Abdullah se paró y me atrajo para susurrarme:

-Va a ponerse feo antes de ponerse bonito, Lin. No es broma. No te olvides, por favor, de que valoro mucho tu silencio, el silencio de la amistad, porque si Sanjay lo descubre te va la vida en ello. Prepárate para la guerra, más aún si no la quieres.

-Está bien, Abdullah.

-Vamos a ver a Khaled -dijo, echando a andar.

-Ah, ¿o sea que ahora podemos perturbar su «pequeña felicidad»? -pregunté, saliendo tras él.

-Ya no eres familia, Lin -dijo en voz baja mientras me colocaba a su lado al borde de la planicie-. Tu opinión ya no influye.

Lo miré a los ojos y lo vi: la nube de indiferencia, la merma en la luz del amor y la radiante confianza de la amistad, el sutil cambio en el aura de afectos cuando uno que todavía pertenece al rebaño mira a

los ojos de la vida en el exterior.

Yo había encontrado un hogar, un hogar disfuncional, en la Sanjay Company, pero ahora sus puertas se habían cerrado para siempre. Quería a Abdullah, pero el amor es una lealtad de uno y él seguía en una banda de hermanos, leal a todos. Por eso había esperado para contárselo: por eso me había ido dejando arrastrar por las mareas de la inteligencia de mirada tierna de Karla y la locura marcial de Concannon.

Estaba perdiendo a Abdullah. Yo había golpeado el tronco, lo que éramos juntos en la Compañía, con el hacha de la separación. Y mi amigo, con la mirada perdida en corrientes desconocidas, nos condujo por el sendero que bajaba de la planicie al tiempo que los truenos rompían en aquel mar amenazador de un cielo anegado.

A los pies de la montaña, Abdullah me guió por detrás del valle de los Budas de arenisca y los caminos trillados. Durante unos minutos seguimos un sendero por la espesura y luego tomamos una entrada arbolada que iba remontando una pequeña pendiente hasta una casa de tres pisos de madera y hormigón.

Antes de que alcanzáramos los escalones que conducían a la amplia galería de la primera planta, Khaled salió del vestíbulo a saludarnos.

Vestido con una voluminosa túnica amarilla y guirnaldas de flores rojas y amarillas alrededor del cuello, se detuvo con los puños apoyados en las caderas.

-¡Shantaram! -gritó-. ¡Bienvenido a Shangri-La!

Había cambiado. Había cambiado mucho en los años que hacía que no lo veía. Tenía menos pelo, estaba casi calvo. El porte de luchador se había expandido hasta que caderas y barriga habían superado la anchura de los hombros. El bello rostro que fruncía el ceño airado contra el mundo se había hinchado, de las sienes a la barbilla huidiza, y la sonrisa resaltaba el castaño dorado de sus ojos.

Era Khaled, mi amigo. Corrí a la escalera a saludarlo.

Él estiró los brazos y me detuvo dos escalones por debajo. Un joven con una *kurta* amarilla nos sacó una fotografía, se colgó la cámara del cuello y sacó un bolígrafo y una libreta del bolsillo de la pechera.

-No te molestes, Tarun -dijo Khaled, señalándolo con la cabeza-. Apunta todas las personas que conozco, todo lo que digo y lo que hago. Le he pedido que lo deje, pero el muy travieso no me hace caso. Y, bueno, la gente al final hace lo que le dicta el corazón, ¿no?

-Bueno...

-He engordado -dijo.

Sin asomo de ironía ni arrepentimiento. Simplemente constataba un hecho.

-Bueno...

-Pero tú estás en forma. ¿Qué has hecho para acabar con tantos moratones? ¿Boxear con Abdullah? Se diría que te ha vencido. Nada raro, ¿no? Desde luego, los dos parecéis capaces de escalar mi

montaña para ir a ver a Idriss.

-¿Tu montaña?

-Bueno... esta parte es mía, *na?* El que se cree dueño de toda la montaña es Idriss. Menudo *chudh*. En fin, ven aquí, que te dé un abrazo, y luego te enseñamos el lugar.

Subí los dos últimos escalones y me hundí en una nube carnosa. Tarun sacó una fotografía. Cuando Khaled me soltó le estrechó la mano a Abdullah y entró el primero en la casa.

-¿Y Karla? -pregunté, un paso por detrás.

-Ha dicho que os encontraréis luego en el sendero -contestó, jovial, Khaled-. Creo que ha salido a correr para despejarse. No estoy seguro de si eres tú o soy yo quien la altera, pero apostaría por ti.

La entrada al viejo caserón daba a un amplio vestíbulo con escaleras a izquierda y derecha y arcos que conducían a las estancias principales de la planta baja.

-Era el retiro de un británico durante el monzón -explicó Khaled mientras pasaba del vestíbulo a una sala forrada de libros, con dos mesas y varias butacas de cuero-. Pasó a manos de un empresario, pero cuando aprobaron el parque nacional tuvo que venderle la casa al municipio. Un amigo rico, uno de mis alumnos, llevaba años alquilándola y me la cedió.

-¿Alumnos?

-Sí.

-Ya. ¿Aquí has aprendido a no avisar a los amigos cuando regresas de entre los muertos?

-Muy gracioso, Lin -replicó, con el tono aséptico que había empleado para describir su gordura-. Pero creo que comprenderás que necesitaba ser discreto.

-A la mierda la discreción. No estás muerto, Khaled, y quiero saber por qué yo no lo sabía.

-Las cosas no son tan simples como piensas, Lin. Y de todos modos, lo que enseño aquí no tiene nada que ver con el mundo exterior. Enseño amor. En concreto, enseño a la gente a quererse. No creo que te sorprenda que a algunos les cueste quererse, no es fácil.

Cruzamos la sala, abrimos las contraventanas de lamas de las cristaleras y entramos en un amplio solárium que rodeaba todo el perímetro de la casa. Abundaban las butacas de mimbre separadas por mesas con tablero de cristal.

Lentos ventiladores cenitales agitaban las esbeltas hojas de las palmeras de las macetas. Una pared de cristal daba a un jardín inglés de rosales podados con esmero.

Dos occidentales jóvenes y guapas, ataviadas con túnicas, se acercaron y saludaron a Khaled con una reverencia y las manos juntas.

-Sentaos, por favor -nos invitó Khaled, señalando hacia dos de las sillas de mimbre-. ¿Qué preferís beber, algo frío o algo caliente?

-Frío -contestó Abdullah.

-Yo también.

Khaled hizo un gesto a las chicas. Estas retrocedieron unos pasos de espaldas antes de perderse de vista. Khaled las observó.

-Hoy día es muy fácil encontrar servicio de calidad -dijo con un suspiro satisfecho, y se sentó.

Tarun tomaba notas.

-¿Qué pasó? -pregunté.

-¿Qué... pasó? -repitió Khaled, perplejo.

-La última vez que te vi había un loco muerto en el suelo y tú te adentraste armado en una tormenta de nieve. Y ahora estás aquí. ¿Qué pasó?

-Ah. -Sonrió-. Ya. Volvemos al pasado.

-Sí. Volvemos al pasado.

-¿Sabes, Lin? Te has endurecido desde que no te veo.

-Puede que sí, Khaled. O puede que simplemente me guste que me cuenten la verdad.

-La verdad -musitó.

Echó un vistazo a Tarun, que seguía anotando. El ayudante paró, miró

a Khaled a los ojos, suspiró y guardó la libreta.

-Bueno -prosiguió Khaled-. Salí andando de Afganistán. Y seguí andando. Y andando. En verdad es sorprendente lo lejos que puedes llegar caminando cuando te da igual vivir que morir. Para ser preciso, cuando no te quieres.

-¿Adónde fuiste exactamente?

-A Pakistán.

«Háblame de Pakistán», dijo una voz en mi cabeza.

-¿Y después de Pakistán?

-Después de Pakistán fui andando a la India. Y luego caminé por la India, hasta Benarés. Cuando llegué, ya hablaban de mí. Había corrido la voz sobre el Baba Caminante Silencioso que jamás cruzaba una palabra con nadie. Tardé un tiempo en comprender que se referían a mí. No hablaba porque, sencillamente, no podía hablar. Por motivos físicos. Estaba hecho un palillo desnutrido. Casi me muero. Tenía la boca hinchada por las úlceras. No podía articular palabra ni aunque me hubiese ido la vida en ello.

Se rió flojo, motas risueñas en un rayo de sol de la memoria.

-Pero la gente interpretó mi silencio como sabiduría. A veces, menos es más. Y en Benarés conocí a un inglés, lord Bob, que me nombró su gurú. Resultó que el inglés era muy rico. Muchos de mis alumnos han sido ricos, algo que, bien pensado, tiene su gracia.

Hizo una pausa durante la que contempló el jardín inglés mientras las comisuras de sus labios esbozaban una sonrisa maravillada.

-Lord Bob... -lo incité.

-Ah, sí. Lord Bob. Era un hombre amabilísimo y muy cariñoso, pero necesitado. Desesperadamente. Dedicó la vida a buscar en vano algo que diera sentido a su existencia y luego, al final, vino a mí para que le diera la respuesta.

-¿Cuál era?

-No tengo ni idea -contestó Khaled-. Francamente, no tenía ni idea de lo que buscaba lord Bob. Ni la más remota idea. Al fin y al cabo, era asquerosamente rico. ¿Qué podía querer? Pero no creo que le importara mucho que no pudiera ayudarle, porque al morir me lo dejó

todo.

Las chicas regresaron con dos bandejas y las depositaron en las mesas de nuestro lado. Contenían bebidas en vasos de tubo y varios platos con papaya, piña y mango deshidratados y tres variedades de frutos secos.

Tras una profunda inclinación ante Khaled, juntando las palmas de las manos respetuosamente, retrocedieron de espaldas y luego dieron la vuelta, deslizándose descalzas por la galería embaldosada.

Las vi perderse de vista y me volví hacia Khaled, que contemplaba el jardín con aire soñador, y hacia Abdullah, que miraba fijamente a Khaled.

-Estuve en Benarés casi dos años -rememoró Khaled-. Y a veces lo añoro.

Entonces miró alrededor y cogió uno de los vasos. Me lo entregó y luego le pasó otro a Abdullah, que bebió un trago largo.

-Fueron unos años buenos. Aprendí mucho de la voluntad de sometimiento de lord Bob, de sus ganas de rendirse a mí.

Se rió. Miré a Abdullah. «¿Ha dicho “sometimiento”? ¿Ha dicho “rendirse”?» Un instante extraño, en un momento de por sí extraño. Bebimos.

-Y, claro, lord Bob no era el único -continuó Khaled-. Había muchos más, incluso *sadhus* ancianos, todos más que dispuestos a arrodillarse y tocarme los pies a pesar de que yo no decía nada. Y entonces fue cuando entendí el poder que nos sobreviene cuando otro hombre, aunque solo sea uno, hinca su rodilla en gesto de devoción. Comprendí que los hombres venden el poder de ese sueño a las mujeres cada vez que piden su mano en matrimonio.

Se rió. Clavé la vista en mi bebida, en las rayas de humedad que serpenteaban por la filigrana plateada del cristal rojo rubí. Cada vez estaba más incómodo. El Khaled que hablaba con tal complacencia de cómo otros se arrodillaban ante él no era el amigo al que yo quería.

Khaled se volvió hacia Abdullah.

-Creo que a nuestro hermano Lin le sorprende que, mientras que mi dominio del inglés mejoró mucho en los años que pasé con lord Bob, mi sensibilidad americana remitió, ¿no te parece?

-Todo hombre es responsable de lo que hace -contestó Abdullah-. Es una ley que se te aplica a ti, así como a quienes deciden arrodillarse ante ti, igual que a Lin y a mí.

-¡Bien dicho, viejo amigo! -exclamó Khaled.

Dejó el vaso en la mesa y, gruñendo por el esfuerzo, se levantó de la silla.

-¡Vamos! Quiero enseñaros una cosa.

Lo seguimos de vuelta a la casa hasta las escaleras que flanqueaban el vestíbulo de entrada. Khaled se detuvo un momento a los pies de la escalera, con la mano apoyada en el pomo de madera de la baranda.

-Espero que os haya gustado el zumo -se interesó.

-Claro.

-La gota de jarabe de arce le da el toque definitivo -insistió.

Hizo una pausa. Al final entendí que esperaba una réplica.

-El zumo estaba rico, Khaled -dije.

-Estaba bueno -convino Abdullah.

-Me alegro -respondió Khaled sin emoción-. No tenéis ni idea de cuánto me ha costado que el personal de cocina aprenda a preparar zumos. Tuve que azotar a uno con la pala de servir. Y el drama de los postres... no me dejéis ni tocar el tema.

-Te doy mi palabra -dije.

Subió un escalón, pero rápidamente se volvió hacia Tarun, que nos había seguido.

-Espera aquí, Tarun -ordenó Khaled-. De hecho, tómate un descanso. Ve a por una galleta.

Destrozado, Tarun se alejó lentamente. Khaled lo siguió con la mirada, achinando los ojos con desconfianza.

El viejo Khaled habría sido capaz de subir los escalones de tres en tres y, una vez arriba, derrotar a cualquier hombre de Bombay. El nuevo Khaled se detuvo dos veces en el primer tramo de escaleras.

-En esta planta -jadeó al llegar al primer piso- están todas las salas de

yoga y meditación.

-¿Practicas mucho yoga? -pregunté, momentáneamente imbuido por el espíritu pícaro de George Géminis.

-¡No, no! -contestó en serio Khaled-. Estoy demasiado gordo y desentrenado. De todos modos siempre me gustaron más el boxeo y el kárate. Seguro que te acuerdas, Lin.

Me acordaba. Me acordaba de cuando Khaled podía derribar a cualquier hombre de la ciudad menos a Abdullah y aún le sobraba energía.

-Ajá.

-Pero es muy popular entre mi gente. Se pasan el día haciendo yoga. Y si les dejara, también la noche. Prácticamente tengo que echarlos a manguerazos.

Por la primera puerta del pasillo se veía una clase de doce personas sentadas en esteras. Por los altavoces de la pared sonaba música de flauta.

Khaled recuperó el resuello y nos guió hacia el segundo piso.

El pasillo de la segunda planta tenía muchas puertas cerradas y daba la vuelta al edificio.

-Dormitorios comunales -susurró Khaled-. Y habitaciones individuales.

Abrió con cuidado la puerta más cercana. Vimos a varias chicas dormidas, acostadas en camas individuales bajo cortinas mosquiteras. Estaban desnudas.

-Mis alumnas más devotas -dijo Khaled en el mismo tono desconcertantemente neutro.

-No me jodas, Khaled... -espeté, pero se llevó un dedo a los labios pidiendo silencio.

-Por favor, Lin, ¡silencio! Como se despierten no tendremos un segundo de tranquilidad.

-Vale, adiós, Khaled -dije, yéndome.

-¿Qué haces? -preguntó con expresión pasmada.

-Bueno, voy a seguir andando hasta que ya no esté aquí. Por eso he

dicho adiós.

-No, Lin, ¿qué pasa? -preguntó, cerrando la puerta con delicadeza.

-¿Qué pasa? -repetí, deteniéndome en lo alto de la escalera-. ¿Qué tienes ahí dentro? ¿Un harén? ¿Te has vuelto loco, Khaled? ¿Quién te crees que eres?

-Todo el mundo puede marcharse cuando quiera, Lin -dijo sin más, frunciendo el ceño cada vez más-. Tú también.

-Qué coincidencia -suspiré, dando media vuelta-. Ya me iba.

-No, no, perdona -dijo, apresurándose a ponerme una mano en el hombro para detenerme-. ¡Tienes que ver una cosa! ¡Tengo que enseñártela! Es un secreto. Un secreto que quiero compartir contigo.

-He tenido suficientes secretos por un día, Khaled. Llámame cuando bajes de la montaña.

-Pero Abdullah todavía no ha visto el secreto. No puedes privarle de verlo. Sería una crueldad. Abdullah, ¿te gustaría ver el secreto?

-Claro, Khaled -respondió Abdullah con una ingenuidad fascinada.

Khaled me soltó el hombro y se preparó con un gran suspiro para acometer el tercer tramo de escaleras, y luego arrancó.

Retuve un segundo a Abdullah.

-¿Qué estamos haciendo aquí, Abdullah?

-¿Qué quieres decir?

-¿Un cuarto lleno de chicas desnudas? ¿Qué le pasa? Hay montones de chicas. El mundo está plagado de chicas. Tener tu propio cuarto repleto de chicas es repulsivo. Vamos, hermano. Vámonos.

-Pero, Lin -susurró Abdullah-, ¿y el secreto?

-¿Estás de broma?

-Es un secreto. Un secreto de verdad.

-De momento no me gustan los que me ha enseñado, Abdullah.

-¿Cómo puedes no querer saberlo?

-Digamos que padezco asma psíquica y que, en este instante,

necesito aire fresco. Es curativo. Vamos.

-Quédate, por favor, Lin, solo hasta que nos enseñe el secreto.

Suspiré.

-¿Venís o qué? -preguntó Khaled desde un descanso a medio tramo de escalera-. Estas escaleras me matan. La semana que viene instalo un ascensor.

Abdullah me miró con expresión suplicante.

-Vale, vale -respondí, empezando a subir.

Con paso lento y pesado, Khaled tomó el recodo de la escalera y se dirigió a una puerta cerrada. Se sacó una llave de entre los pliegues del kaftán, abrió la puerta y nos hizo pasar.

Estaba oscuro. La luz que llegaba desde la escalera dejaba ver un desván con los brazos doblados de las vigas en lo alto. Khaled cerró la puerta con llave y encendió una bombilla que colgaba del techo.

Vimos un tesoro de objetos de oro y plata: collares y pulseras rebosando de cofres de madera repartidos por diversas mesas.

Había candelabros y espejos, marcos, cepillos, collares de perlas, brazaletes con gemas, relojes, gargantillas, broches, anillos, pendientes para la nariz y anillos para los pies y varios collares nupciales negros y dorados.

Y dinero. Montones de dinero.

-Da igual cómo intente explicarlo -dijo Khaled, respirando por la boca-, no hay nada como verlo, *na?* El poder de la rodilla hincada. ¿Lo veis?

Solo nuestras respiraciones rompían el silencio. Las palomas zureaban en un lejano rincón del tejado y el eco de la habitación grande y cerrada repetía sus comentarios gorjeados.

Por fin, Khaled volvió a hablar.

-Libre de impuestos -dijo casi sin aliento.

Miró a Abdullah, me miró y volvió a mirar a Abdullah.

-Bueno, ¿qué os parece?

-Necesitas mejorar la seguridad -opinó Abdullah.

-¡Ja! -se rió Khaled, dándole una palmada en la espalda-. ¿Te presentas voluntario al trabajo, amigo mío?

-Ya tengo trabajo -contestó el iraní, aún más serio.

-Sí, por supuesto, pero...

-¿Te lo han dado tus alumnos? -pregunté.

-Yo les llamo alumnos, pero ellos prefieren llamarse devotos -corrigió Khaled con la vista fija en el tesoro-. Antes había más.

-¿Más joyas?

-Pues sí. Un montón de regalos de los devotos de Benarés. Pero tuve que marcharme corriendo y lo perdí casi todo.

-¿Cómo?

-En sobornos a la policía. Por eso lord Bob me instaló aquí, en su casa, antes de morir.

-¿Por qué tuviste que marcharte tan deprisa de Benarés?

-¿Por qué lo preguntas, amigo Lin?

Las joyas del tesoro me deslumbraban.

-Tú has sacado el tema, tío.

Khaled se quedó mirándome, titubeando al borde de la fría verdad. Supongo que decidió confiar en mí.

-Una chica -dijo-. Una devota, muy sincera, de una buena familia brahmana. Una preciosidad, y entregada en cuerpo y alma. Yo no sabía que era menor.

-Venga ya, Khaled.

-No lo sabía. Vives aquí, Lin, sabes lo precoces que son algunas indias. Te juro que aparentaba dieciocho. Tenía los pechos hinchados como mangos maduros. Y un comportamiento sexual también maduro. Pero, desgraciadamente, solo tenía catorce años.

-Khaled, acabas de dejarme sin palabras.

-No, Lin, entiéndeme...

-¿Que entienda que te acuestas con niñas? ¿Quieres que lo vea como

tú? ¿Es eso, Khaled?

-No volverá a pasar.

-¿Volver a pasar?

-No puede repetirse. He tomado medidas.

-Cada vez que abres la boca lo empeoras, Khaled.

-¡Escúchame! Ahora las obligo a enseñarme el certificado de nacimiento, sobre todo a las más jóvenes. Me protejo.

-¿Te proteges tú?

-Dejemos estos temas tan serios, *yaar*. Todos nos arrepentimos de algo, ¿no? En árabe tenemos un dicho: «Acepta el consejo de quien te hace llorar, no de quien te hace reír». Hoy todavía no te he arrancado una sonrisa, Lin, pero eso no significa que mi consejo no valga para nada.

-Khaled...

-Quiero que sepáis que los dos, los dos únicos hermanos que me quedan, estáis a salvo aquí. Este poder, este dinero y mi herencia os pertenecen.

-¿Qué dices, Khaled?

-Hablo de dinero para expandir el negocio.

-¿Qué negocio?

-El dinero. El *ashram*. Ha llegado el momento de abrir franquicias. Podemos dirigir juntos el negocio y expandirlo por toda la India, incluso por América. No hay más límite que el cielo. Literalmente.

-Khaled...

-Por eso he tardado tanto en ponerme en contacto contigo. Tenía que acumular fondos. Te he traído para mostrarte un tesoro que es tan tuyo como mío.

-En eso tienes razón -dije.

-Me alegro de que lo entiendas.

-Me refiero a que todo esto no nos pertenece, Khaled, a ti tampoco.

-¿Cómo que no?

-Ha sido donado a una fuerza mayor.

-No lo entiendes -insistió-. Quiero que los dos participéis. Podemos ganar millones. Pero la industria espiritual es un negocio complejo. Os necesito para medrar.

-Ya has medrado, Khaled.

-¡Abriremos franquicias! -dijo entre dientes-. ¡Muchas!

-Tengo que irme de la ciudad, Khaled -anunció de pronto Abdullah en tono urgente.

-¿Qué? -preguntó Khaled, obligado a bajar de su parra de planes.

-Quiero pedirte una vez más que abandones este lugar y a esta gente y regreses conmigo a Bombay.

-¿Otra vez, Abdullah? -dijo Khaled.

-Ocupa el lugar que te corresponde como cabeza del Consejo que había sido de Khaderbhai. Vivimos una época conflictiva, y va a empeorar. Necesitamos tu liderazgo. Necesitamos que eches a Sanjay y nos líderes. Si vienes ahora, Sanjay vivirá. Si no, uno de nosotros lo matará y luego tendrás que liderarnos de todos modos por el bien de la Compañía.

En su nuevo avatar, Khaled era lo contrario a lo que yo consideraba un líder. Pero Abdullah, el iraní que había sintonizado el corazón con la música de las calles de Bombay, no veía al hombre que teníamos delante en el desván. Abdullah veía el prestigio que comportaba la larga e íntima amistad de Khaled con Khaderbhai y la autoridad que emanaba de las numerosas batallas y guerras de bandas que había presidido y ganado para la Compañía.

Yo había terminado con la Sanjay Company, lo tenía claro, pero sabía que el gusto que había desarrollado el nuevo Khaled por la sumisión de los demás azuzaría su resuelto ejercicio del poder.

Mezclar el crimen con cualquier cosa es fatal, y por eso nos fascina. El crimen mezclado con la realidad redime a salvadores mediante el sacrificio de pecadores. Yo no quería que Khaled aceptara la oferta de Abdullah.

-Una vez más, te respondo que no puedo aceptar -dijo Khaled con una

sonrisa-. Pero con amistad y respeto, me gustaría que considerases mi ofrecimiento. Es una oportunidad de oro para posicionarse antes del despegue de la industria espiritual. Podríamos ganar millones solo con el yoga.

-Tienes que pensar en la Compañía, Khaled -presionó Abdullah-. Aceptar tu destino.

-Eso no va a pasar -respondió Khaled, todavía con una tenue sonrisa-. Pero te agradezco la consideración de volver a pensar en mí. Antes de que decidas, te pediría que pensaras en todos mis tesoros y te sentaras a almorzar. Estoy muerto de hambre, la verdad.

-Yo ya he acabado aquí -dije.

-¿Qué?

-Khaled, me he hartado cuando me has enseñado el harén. Me voy.

-¿No vas a comer nada? -preguntó Khaled, cerrando la puerta.

-Una vez más, adiós, Khaled.

-¡Pero trae mala suerte no probar la comida que te han preparado!

-Me arriesgaré.

-Son dulces de Cachemira. El pastelero cachemir es uno de los devotos. No tienes ni idea de lo que cuesta encontrarlos.

Crucé el vestíbulo seguido por un bullicioso Khaled. Se nos unió Tarun, trotando junto a su amo.

-Está bien -resopló Khaled, acompañándonos a la galería delantera.

Me dio un abrazo sudado y blando, le estrechó la mano a Abdullah y se despidió mientras enfilábamos el sendero de grava.

-¡Volved cuando queráis! -gritó-. ¡Seréis bienvenidos! ¡Los miércoles por la noche pasamos películas! ¡Con *firni* helado! ¡Y los jueves hay baile! Estoy aprendiendo a bailar. Increíble, ¿eh?

A su lado, Tarun iba sumando nuevas entradas a la libreta.

En el primer recodo del sendero nos encontramos con Karla. Estaba esperando sentada en un árbol caído, fumándose un pitillo.

-¿Te has cagado en su peregrinación, Shantaram?

-Podrías haberme avisado antes de verlo -dije, derrotado por la situación-. ¿Qué coño le ha pasado?

-Más o menos es feliz -respondió ella en voz baja-. Más más que menos.

-¿Y a vosotros os hace felices verlo así?

Los dos me miraron.

-¡Venga ya!

Continuaron mirando.

-Vale, vale -concedí-. Puede que... tal vez solo quiero recuperar a mi amigo. ¿No lo echáis de menos?

-Es Khaled -replicó Abdullah.

-Pero...

-Ahorra energía para la subida -me recomendó Karla, volviendo al sendero-. ¿Los gángsters no paráis nunca de hablar?

Al aproximarnos a la subida que conducía a las primeras cuevas Karla arrancó a correr suavemente. Cuando alcanzamos la pendiente, seguía por delante.

Mientras me peleaba con la cuesta no pude evitar contemplar las curvas de su cuerpo, moldeadas por el ascenso.

«Los hombres son perros», me dijo Didier una vez.

-¿Estás mirándome el culo? -preguntó Karla.

-Me temo que sí.

-Perdónalo, Karla -dijo Abdullah para disimular la vergüenza-. Te mira porque trepas como un mono.

Karla se rió, agarrándose de las enredaderas del sendero para no resbalar. La risotada sincera resonó por las cúpulas de ramas elevándose por el precipicio. Karla alargó la mano libre hacia Abdullah, advirtiéndole de que no dijera ni una palabra más hasta que se le pasara el ataque de risa.

-Gracias, Abdullah -dijo por fin.

-De nada.

Y entre risas y bromas los tres exiliados subimos la montaña que lo cambiaría todo, para cada uno de nosotros, para siempre.

Cuando alcanzamos la cima nos quedaba el tiempo justo para lavarnos. Karla se puso un *salwar kameez* azul y se sentó con nosotros durante el resto del almuerzo. Mientras terminábamos de comer, anunciaron que Idriss estaba en la montaña. Miré atrás, a la marcada pendiente, pero todos los demás se volvieron para mirar las cuevas.

-¿Por ahí también se sube? -le pregunté a Karla.

-Hay otro camino de subida. Lo sabe todo el mundo.

-Eh... Vale.

A los pocos segundos, un anciano que deduje que sería Idriss y un hombre más joven, ambos ataviados con una *kurta* blanca y pantalones de percal celeste, aparecieron en el sendero que pasaba ante la cueva de las mujeres. El más joven, extranjero, llevaba un rifle de caza al hombro.

-¿Quién es el pistolero?

-Silvano -respondió Karla.

-¿Y para qué va armado?

-Para espantar a los tigres.

-¿Hay tigres?

-Claro. En la siguiente montaña.

Quería preguntarle a qué distancia estaba la siguiente montaña, pero Idriss tomó la palabra.

-Queridos amigos -dijo, carraspeando-. Es un ascenso difícil, incluso por el camino fácil. Os pido disculpas por el retraso. Esta mañana me ha asaltado una riña entre filósofos.

Su voz, profunda y amable, resonaba en el pecho y salía tarareando al aire. Su voz era un consuelo: una voz capaz de despertarte con ternura de una pesadilla.

-¿Qué dilema les acuciaba, maestro-*ji*? -preguntó un estudiante.

-Uno de ellos -contestó Idriss, sacándose un pañuelo del bolsillo de la *kurta* para secarse la frente- defendía un argumento que demostraba

que la felicidad era el mayor de los males. Los otros no conseguían derrotarlo. De modo que, lógicamente, eran infelices. Querían que aliviara su aflicción refutando el argumento inicial.

-¿Y lo has hecho, Idriss? -preguntó otro estudiante.

-Por supuesto. Pero se me ha hecho eterno. ¿Quién, aparte de un filósofo, querría oponerse con tanta vehemencia a la idea de que la felicidad es buena? Y luego, cuando se han convencido de que la felicidad es buena, les ha superado el súbito estallido de toda la felicidad reprimida. Han perdido el control. ¿Alguien ha visto alguna vez a un filósofo histérico?

Los estudiantes se miraron.

-¿No? Da igual. Tiene su moraleja. Cuanto menos te aferras a la realidad, más peligroso se vuelve el mundo. Por otro lado, cuanto más racional sea tu mundo, con más cautela debes cuestionarlo. Pero basta ya, empecemos. Reuníos, poneos cómodos.

Los devotos y estudiantes acercaron taburetes y sillas y los dispusieron en semicírculo alrededor de Idriss, que se sentó con cuidado en una poltrona. El joven del rifle, Silvano, se sentó un poco más atrás y a la derecha. Se aposentó en un duro taburete de madera, con la espalda rígida y los ojos pasando sin parar de uno a otro. A menudo se detenían en mí.

Abdullah se inclinó para hablar conmigo.

-El italiano del rifle, Silvano, te vigila -susurró, ladeando sutilmente la cabeza.

-Gracias.

-De nada -repuso en tono serio.

-Veo que tenemos una nueva incorporación al grupo de estudio -dijo Idriss, mirándome.

Me giré para comprobar si miraba a otro.

-Es un placer tenerte entre nosotros, Lin. Khaderbhai hablaba de ti a menudo, y me alegro mucho de que hayas venido.

Todos me miraron. Sonrieron y asintieron, me dieron la bienvenida. Yo miré al hombre santo, resistiéndome a la tentación de replicarle que Khaderbhai, pese a todas nuestras conversaciones sobre filosofía, no

me había mencionado ni una sola vez a Idriss.

-Cuéntanos, Lin -pidió, con una amplia sonrisa-, ¿buscas la iluminación?

-No sabía que se había perdido.

No fui exactamente maleducado, pero tampoco mostré el respeto debido a la dignidad del famoso maestro. Silvano se crispó y apretó instintivamente el cañón del rifle.

-Por favor, maestro -dijo, con voz temblorosa de mordacidad-. Permite que lo ilumine.

-Baja el rifle, Romeo -repliqué-, y veremos quién ve antes la luz.

Silvano era de constitución ligera, pero musculosa y atlética, y se movía con gracilidad. De mandíbula y espaldas cuadradas, ojos castaños claros y boca expresiva, recordaba más a un modelo o un actor italiano que al acólito de un santón, al menos a mí.

No sabía por qué no le había caído bien. Tal vez los cortes y morados de la cara le indujeran a creer que tenía que demostrarme algo. Me daba igual: estaba tan enfadado con Khaled y el Destino que cualquier pelea me servía.

Silvano se levantó. Me levanté. Idriss agitó con delicadeza la mano derecha. Silvano se sentó y yo, poco a poco, volví a tomar asiento.

-Perdona a Silvano, por favor -dijo Idriss con calma-. La lealtad es una forma de amor. Lo mismo podría decirse de ti, ¿verdad?

Lealtad. Lisa y yo no encontrábamos la manera de amarnos. Estaba enamorado de Karla, una mujer casada con otro. Había renunciado a la hermandad de la Sanjay Company y mantenido una conversación sobre asesinar a Sanjay el mismo día. La lealtad la necesitas para aquello que no amas lo suficiente. Cuando amas lo suficiente, ni te planteas la lealtad.

Todo el mundo estaba mirándome.

-Perdona, Silvano, llevo una década difícil -dije.

-Bien. Muy bien -dijo Idriss-. Ahora quiero... no, necesito que seáis amigos. De modo que os pediré a los dos que os acerquéis y os deis la mano. Las malas vibraciones no ayudan a avanzar hacia la iluminación, ¿verdad?

La mandíbula cuadrada de Silvano se tensó, pero el italiano se levantó rápidamente y se situó ante Idriss. Con la mano izquierda sujetaba el rifle. Tenía la derecha libre.

Un impulso tonto de no acatar órdenes me mantuvo en mi sitio. Los estudiantes empezaron a murmurar, sus voces susurraban entre ellas. Idriss me miró. Me pareció que reprimía una sonrisa. Le destellaban los ojos, marrones, más brillantes que las joyas del desván de Khaled.

Silvano esbozó una mueca, la rabia y la humillación le obligaban a apretar los labios. Se le formaron arrugas blancas alrededor de la boca.

En aquel instante vacío no me importó. Había empezado el italiano al pedir permiso para iluminarme. Con gusto le mostraría algunas luces. En ese momento habría abandonado con gusto la montaña, al sabio, a Abdullah y a Karla.

Karla me clavó un codazo en las costillas. Me levanté, le estreché la mano a Silvano. Lo convirtió en una competición.

-Gracias -dijo al fin Idriss, y dejamos de estrujarnos los nudillos-. Ha sido iluminador. Ahora, sentaos y comenzaremos.

Regresé a mi silla. Abdullah movía despacio la cabeza. Karla me susurró una sola palabra:

-¡Idiota!

Intenté fruncir el ceño, pero no pude, porque ella tenía razón.

-Está bien -dijo Idriss con la mirada reluciente-. Informemos a nuestra visita, ¿cuál es la Norma Número Uno?

-Norma Número Uno: ¡no hay gurús! -respondió al unísono el grupo, raudo y firme.

-¿Y la Norma Número Dos?

-Norma Número Dos: ¡eres tu propio gurú!

-¿Y la Norma Número Tres?

-Norma Número Tres: jamás sometas la libertad de tu mente.

-¿Y la Norma Número Cuatro?

-Norma Número Cuatro: instruye a tu mente con todo, ¡sin prejuicios!

-Vale, vale -se rió Idriss-. Ya basta. Personalmente, no me gustan las normas. Son como el mapa de un lugar en vez del lugar. Pero sé que a algunas personas les gustan y las necesitan, de modo que ahí están. Cuatro normas más. Quizá la Norma Número Cinco, si existiera, debiera ser «No hay normas».

El grupo se rió con él, acomodándose en las sillas y los taburetes.

Idriss tendría algo más de setenta años. Aunque caminaba con ayuda de un largo cayado, su cuerpo flaco y saludable parecía flexible. De vez en cuando cruzaba las piernas en la poltrona sin el menor esfuerzo, sin ayudarse de las manos.

Llevaba el pelo, gris y rizado, muy corto, lo que dirigía toda la atención hacia sus elocuentes ojos castaños, la magnífica curva de la nariz aguileña y la protuberante y temblorosa cresta de los labios, oscuros y carnosos.

-Si no recuerdo mal, Karla -empezó a decir en voz baja-, en nuestra última conversación tratamos el tema de la obediencia. ¿Sí?

-Sí, maestro-*ji*.

-Por favor, Karla, y todos vosotros: somos una única mente que investiga, un único corazón amistoso. Llamadme Idriss, y así yo podré llamaros por el nombre de pila. Pues bien, comparte tu opinión con nosotros, Karla.

Karla miró al maestro, con unos ojos que parecían un bosque ardiendo.

-¿De verdad te interesa, Idriss?

-Por supuesto.

-¿De verdad?

-Sí.

-Vale. Adoradme. Alabadme. Obedecedme. Yo, yo, yo. Dios no dice nada más.

Los estudiantes ahogaron un grito, pero Idriss se rió sin disimulo.

-¡Ja! ¡Y por eso, jóvenes buscadores de la sabiduría, valoro tanto la opinión de Karla!

Karla se levantó, se dirigió al borde de la meseta y encendió un cigarrillo. Miró hacia las colinas y los valles. Yo sabía por qué se había alejado. La incomodaba que le dieran la razón; prefería que la considerasen lista o divertida, incluso cuando se equivocaba.

-La adoración es sumisión -dijo Idriss-. Todas las religiones, como todos los reinos, te exigen sumisión y obediencia. De las decenas de miles de fes que han existido desde los albores de la humanidad, solo aquellas que han conseguido imponer la obediencia han sobrevivido. Y cuando la obediencia decae, la devoción que dependía de ella se vuelve tan remota como la vieja religión de Zeus, Apolo y Venus, que durante tanto tiempo dominó todo el mundo conocido.

-Pero, Idriss, ¿estás diciendo que deberíamos ser orgullosos en lugar de obedientes? -preguntó un joven.

-No. Claro que no -replicó Idriss con delicadeza-. Y tienes razón al preguntarlo, Arjun. Lo que digo no tiene nada que ver con el orgullo. Se gana mucho agachando la cabeza y arrodillándose de vez en cuando. Nadie debería ser tan orgulloso como para no poder hincar la rodilla y admitir que no sabemos nada, que no somos el centro del universo y que hay cosas de las que deberíamos avergonzarnos con razón y estar contentos de agradecer. ¿Estáis de acuerdo?

-Sí, Idriss -respondieron varios estudiantes.

-Y el orgullo, el orgullo bueno, necesario para sobrevivir en un mundo brutal, ¿qué es? El orgullo bueno no dice «Soy mejor que los demás», que es lo que dice el orgullo malo. El orgullo bueno dice: «Pese a todos mis defectos, tengo derecho a existir y tengo voluntad, que es el instrumento que puedo emplear para mejorar». De hecho, es imposible cambiar y mejorar sin cierto grado de orgullo bueno. ¿Estáis de acuerdo?

-Sí, Idriss.

-Bien. Lo que os digo es: arrodillaos con humildad, arrodillaos sabiendo que todos estamos conectados, todos nosotros y todo ser vivo, arrodillaos sabiendo que estamos todos juntos en la lucha por comprender y pertenecer, pero no obedezcáis ciegamente a nadie, nunca. A ver, jóvenes, ¿tenéis alguna aportación?

Siguió una pausa, mientras los estudiantes se miraban unos a otros.

-Lin. Nuestra nueva visita -se apresuró a preguntarme Idriss-. ¿Tú qué opinas?

Yo estaba pensando en guardias de prisión que pegaban a los reclusos.

-Con suficiente obediencia se permite a la gente hacerles lo que quiera a los demás.

-Me gusta la respuesta -dijo Idriss.

La alabanza del sabio es el vino más dulce. Sentí su calidez en mi interior.

-La obediencia es la asesina de la conciencia -dijo Idriss en voz baja-, y por eso todas las instituciones duraderas la exigen.

-Pero a algo debemos obedecer, ¿no? -preguntó el estudiante parsi.

-Obedece a las leyes de la tierra, Zubin -contestó Idriss-, salvo cuando te conminen a actuar de manera poco honorable. Obedece las Normas de Oro. Trata al prójimo como a ti mismo y no le hagas lo que no quieras que te hagan. Obedece al instinto de crear y amar y aprender. Obedece la ley universal de la conciencia, según la cual todo cuanto piensas, dices o haces tiene un efecto mayor que cero, incluso aunque solo te afecte a ti, razón por la que debes minimizar la negatividad en lo que piensas, dices y haces y maximizar lo positivo. Obedece al instinto de perdonar y de compartir con los demás. Obedece a tu fe. Y obedece a tu corazón. El corazón nunca miente.

Idriss hizo una pausa y miró a los estudiantes, muchos de los cuales anotaban lo que acababa de decir. Sonrió, negó con la cabeza y empezó a llorar.

Miré a Abdullah. «¿Está llorando?» Abdullah asintió, y luego señaló con la cabeza a los estudiantes. Varios de ellos también lloraban. Al poco, Idriss habló entre lágrimas.

-Esta parte del universo ha tardado mucho, catorce mil millones de años, en crear una conciencia, aquí mismo, capaz de saber y de calcular que ha costado catorce mil millones de años en hacer dicho cálculo. No tenemos derecho a tirar esos catorce mil millones de años. No tenemos el derecho moral de malgastar, dañar ni matar dicha conciencia. Tenemos el deber de estudiar, aprender, cuestionar, ser ciudadanos positivos, sinceros y justos. Y, por encima de todo, tenemos el deber de unir nuestras conciencias, en libertad, a cualquier conciencia libre en la causa común del amor.

Con el tiempo oiría muchas veces el mismo discurso de Idriss y, con algunas variantes, de algunos de sus alumnos, y me gustaría en todas

sus versiones. Me gustaba la mente de Idriss, pero lo que dijo justo después de aquel discurso hizo que me gustara Idriss, el hombre.

-Vamos a contar chistes -propuso-. Empiezo yo. Llevo todo el día esperando la ocasión para contarlo. ¿Por qué el budista zen guarda una botella de leche vacía en la nevera? ¿Alguien? ¿No? ¿Os rendís? ¡Para los invitados que toman el té sin leche!

Idriss y los estudiantes se rieron. Abdullah se reía con ganas, feliz y desinhibido, algo que rara vez había presenciado desde que lo conocía. Pinté aquella risa en una pared de mi corazón. Y, de un modo pequeño y sencillo, quise a Idriss por liberar aquella felicidad en mi adusto amigo.

-¡Vale, vale, me toca! -anunció emocionado Arjun, levantándose para contar un chiste.

Uno a uno, los estudiantes fueron levantándose para contar un chiste. Me marché, avanzando entre las hileras de alumnos hasta Karla, al borde de la meseta.

Estaba tomando notas de la charla de Idriss, pero sin libreta. Se las anotaba en la mano izquierda.

Largas frases se enroscaban alrededor de la mano y trepaban por cada uno de los largos dedos hasta la uña, luego bajaban al nudillo y cruzaban entre los dedos para volver a remontar.

Las palabras continuaban por el lado de la palma hasta cubrir toda la piel, de la mano y de los dedos, con una red de palabras tatuadas, como adornos de jena en las manos de una novia de Bombay.

En la vida había visto algo tan sexy: soy escritor. Por fin reuní fuerzas para apartar la vista y dirigirla a la jungla, ahogada ya por un denso mar de nubes.

-Por eso me has pedido que te contara un chiste -dije.

-Es una de sus manías -contestó, levantando la vista al frente-. Dice que uno de los rasgos que delatan al fanático es que carece de sentido del humor. Así que nos hace reír al menos una vez al día.

-¿Te lo crees?

-No vende nada, Lin. Por eso me gusta.

-Vale, pero ¿qué opinas de él?

-¿Importa lo que yo opine?

-Todo lo tuyo importa, Karla.

Nos miramos. No sabría decir en qué pensaba Karla. Yo quería besarla.

-Has hablado con Ranjit -dijo, escudriñándome la mirada con la frente arrugada.

Dejé de pensar en besarla.

-A tu marido le gusta hablar.

-¿De qué te ha hablado?

-¿De qué iba a hablarme?

-¡No me vaciles!

Karla habló en voz baja, pero fue como el grito de un animal atrapado. Se serenó.

-¿Qué te ha dicho?

-A ver si lo adivino -murmuré-. Ranjit y tú os divertís así con la gente.

Sonrió.

-¿Sabes qué? -dije-. Ranjit puede irse a la mierda.

-Te daría la razón, si no pensara que igual termino acompañándolo.

Desvió la mirada hacia las nubes, que se arremolinaban sobre la lejana ciudad, y los primeros chubascos humeantes a punto de estallar en los bordes del bosque.

Estaba confuso, pero sobre todo cuando hablaba con Karla. No sabía si me contaba una intimidad suya y de Ranjit o si se refería a nosotros. Si estaba hablando de Ranjit, no me interesaba.

-Tormentón -dije.

Se giró rápidamente a mirarme.

-Fue por mí, ¿verdad?

-¿El qué?

Negó con la cabeza y luego me miró fijamente, sus ojos verdes eran lo único brillante que quedaba en un mundo de cielo gris.

-Que Ranjit hablara contigo -dijo, repentinamente clara y decidida-. Sé que está preocupado por mí. Pero la verdad es que el que necesita ayuda es él, no yo. Ranjit corre peligro.

Me miró a los ojos, tratando de leerme el pensamiento. Yo leía en ella una preocupación por su marido que me pareció pura y sincera. Me hizo más daño que la porra de Concannon.

-¿Qué quieres, Karla?

Frunció el entrecejo, apartó la mirada y luego volvió a clavarla en mí.

-Quiero que le ayudes -dijo, casi como si se reconociera culpable-. Me gustaría que siguiera vivo al menos unos meses más, y no está garantizado.

-¿Unos meses?

-Años estaría bien, pero unos meses es esencial.

-Esencial ¿para qué?

Me miró, probando diversas respuestas emocionales antes de relajarse con una sonrisa.

-Mi tranquilidad -respondió, sin decirme nada.

-Es mayorcito, Karla, y con una cuenta corriente boyante.

-Hablo en serio.

Le sostuve la mirada un momento y luego me reí tímidamente.

-Eres de lo que no hay, Karla. Eres increíble.

-¿Por qué lo dices?

-Todo el rollo de esta mañana, preguntarme si había venido por ti solo para despistarme porque has sido tú la que ha venido aquí a pedirme que ayude a Ranjit.

-¿Crees que te miento?

-Decir que quieres que Ranjit viva unos meses más es lo mismo que admitir que lo quieres muerto dentro de unos meses. Muy bonito, Karla.

-¿Crees que te manipulo?

-No sería la primera vez.

-No...

-Da igual -dije sin sonreír-. Nunca me ha importado. Te quiero.

No intentó rebatirme, pero le cerré la boca con los dedos.

-Preguntaré por ahí por Ranjit.

Un trueno acalló su respuesta: un estruendo cuya onda expansiva sacudió los árboles del bosque.

-Tengo que irme -dije-, si quiero llegar a la ciudad antes que la tormenta. Tengo que comprobar que Lisa está bien.

Di media vuelta, pero Karla me agarró de la muñeca. Con la mano tatuada: la mano cubierta por una tracería de palabras.

-Deja que te acompañe -dijo.

Dudé. El instinto dio un respingo.

-Solo eso -dijo-. Déjame volver contigo a la ciudad.

-Vale. Vale.

Recogimos nuestras pertenencias y nos despedimos de todos los estudiantes.

Karla gustaba a los estudiantes. Karla gustaba a todo el mundo, incluso cuando no querían entenderla.

Al borde de la meseta, Idriss y Silvano se acercaron a despedirse. Silvano llevaba el rifle colgado al hombro.

-Sin rencores, Silvano -dije, tendiéndole la mano.

Escupió al suelo.

«Vale -pensé-. Estás por encima.»

-Tu nombre, Silvano, significa «bosque».

-¿Y qué? -preguntó, aplastando las palabras con la mandíbula.

-Lo sé -expliqué sonriendo- porque un amigo italiano se cambió el

nombre de Silvano a Forest, en inglés. Forest Marconi. Y recuerdo haber pensado que el nombre es bonito en los dos idiomas.

-¿Qué? -preguntó Silvano, frunciendo el ceño.

-Solo digo que tengo un amigo que se llama Silvano y me cae muy bien. Es una lástima que tú y yo hayamos empezado con mal pie. Confío en que aceptes mis disculpas.

-Bueno, sí, por supuesto -aceptó rápidamente, estrechándome la mano.

Ahora el joven italiano no lo convirtió en ninguna competición, y por primera vez me sonrió.

-¿Sabes italiano?

-En caso necesario, sé insultar.

Idriss se rió.

-¡Tienes que volver, Lin! -exigió-. Tienes que oír mi charla sobre la naturaleza animal y la naturaleza humana. Te encantará. ¡Hasta puede que te rías!

Un rayo perforó los nubarrones como una cobra. Una luz azul plateada iluminó momentáneamente el cuerpo y el rostro del maestro.

-Me gustaría -contesté cuando los destellos del rayo se apagaron-. Vendré con mi naturaleza animal.

-Serás siempre bienvenido.

Abdullah, Karla y yo bajamos por la pendiente, agarrándonos entre nosotros de vez en cuando por los senderos resbaladizos.

En el aparcamiento de grava, Abdullah llamó por teléfono. Mientras lo esperábamos, eché un vistazo al amenazante cielo.

-Quizá no lleguemos antes que la tormenta. Puede que nos pille en la autopista.

-Con suerte -dijo Karla, sonriendo-. Menudo cambio rápido con Silvano, ¿eh?

-El tipo no está mal. Ha sido culpa mía. Tengo muchas cosas en la cabeza.

-Vete a la mierda, Lin. ¿Por qué lo haces?

-¿El qué?

-Aludir a lo que tienes en la cabeza, pero luego nunca le cuentas a nadie de qué se trata.

Quería contárselo. Todo estaba del revés. Lisa y yo nos habíamos perdido. Ranjit atraía bombarderos. Yo abandonaba la Sanjay Company. Habían estallado guerras entre bandas y luchas internas y el único lugar seguro de la ciudad estaba en cualquier otro sitio.

-Deberías irte un tiempo de la ciudad, Karla. Yo también.

-Todavía no, Shantaram -se rió, y se encaminó al colmado a hablar con el dependiente.

Abdullah regresó y me habló en voz baja, con la cabeza pegada a la mía.

-Sanjay ha pagado a todo el mundo -dijo-. No habrá problemas. Pero ha sucedido lo que me esperaba. Tengo que irme al norte con los hermanos de Delhi al menos una semana. Me marcho esta noche.

-¿Una semana?

-Ni un día menos, fuera de la ciudad.

-Voy contigo. En Delhi tienes enemigos.

-Tengo enemigos en todas partes -replicó en voz queda, bajando la vista-. Y amigos. No puedes acompañarme. Tú irás a Sri Lanka a completar la misión mientras se resuelve el asunto del tiroteo en el Leopold's.

-Más despacio, hermano. Dejo la Sanjay Company, ¿recuerdas?

-Se lo he dicho a Sanjay y...

-¿Qué dices que has hecho?

-Le he dicho a Sanjay que quieres dejarlo.

-Debería habérselo dicho yo -repuse, bastante enfadado.

-Lo sé, lo sé. Pero tengo que irme a Delhi esta noche. No iba a estar aquí cuando se lo dijeras, y sin mí, habría sido demasiado peligroso. He decidido decírselo ahora para ver si su reacción te suponía algún

riesgo.

-¿Y?

-Sí y no. Se ha sorprendido y se ha enfadado, mucho, pero luego se ha calmado lo suficiente para asegurarme que si acabas esta última misión para la Compañía te permitirá marcharte. ¿Qué opinas, Lin?

-¿No ha dicho nada más?

-También ha dicho que si tuvieras parientes aquí ya estarían todos muertos.

-¿Y?

-Y que te arrojará contento a los perros cuando acabes la misión.

-¿Nada más?

-Insultos. Es un bocazas y morirá maldiciendo, *Inshallah*.

-¿Cuándo quieren que salga?

-Mañana por la mañana -respondió, suspirando-. Tienes que coger el tren a Madrás. Luego irás en un carguero a Trincomalee. Los hombres de la Compañía estarán esperándote en la Terminal Victoria mañana a las siete de la mañana. Con todos los billetes y las instrucciones.

Sri Lanka, carguero, instrucciones: respiré hondo y solté el aire despacio.

-¿Sri Lanka?

-Diste tu palabra de que lo harías.

-Sí, y me arrepiento.

-Después de la misión serás libre. Una salida limpia. Parece sensato aceptarla. Todavía tardaré un tiempo en poder derrocar a Sanjay, y de este modo estarás a salvo.

-Vale. Vale. Vale, *Inshallah*. A las motos.

-Espera -dijo, acercándose más-. Durante las próximas semanas tienes que andar y hablar con muchísima cautela, hermano.

-Ya me conoces. -Sonreí.

-Te conozco -admitió con solemnidad-. Y conozco el demonio que

llevas dentro.

-¿Eh?

-Todos llevamos demonios dentro. Algunos no nos quieren mal. Se contentan con vivir dentro de nosotros. Otros quieren más. Quieren devorar las almas que los contienen.

-No sé, Abdullah, creo que en cuestión de demonios no opinamos igual.

Se quedó mirándome un rato, hojas inquietas se agitaban en sus ojos ambarinos.

-Eh, que no pasa nada... -empecé a decir, pero me cortó.

-Te he oído decir alguna vez que no existen hombres buenos y hombres malos. Que buenos y malos son los actos, no las personas que los realizan.

-Eso lo decía Khaderbhai -repliqué, desviando la mirada.

-Porque se lo oyó a Idriss -se apresuró a puntualizar Abdullah, y volví a mirarle-. Toda la sabiduría de Khaderbhai provenía de Idriss. Pero en esto no estoy de acuerdo con Idriss, ni con Khaderbhai ni contigo. En este mundo hay hombres malos, hermano Shantaram. Y al final solo hay un modo de tratar con ellos.

Arrancó la moto y se alejó conduciendo despacio, sabedor de que yo lo alcanzaría.

Karla se acercó y devolví la moto a la vida. Karla se subió detrás. Aquel perfume: canela y puro *oud*. Durante un segundo de satén su pelo me rozó el cuello.

El motor rugió, calentándose. Karla se inclinó hacia mí, me pasó un brazo por encima del hombro derecho y otro por debajo del izquierdo. La mano tatuada de palabras se apoyó en mi pecho.

Dentro de mí oía música. El hogar. El hogar es el corazón que has nacido para amar.

Condujimos por suaves pendientes y curvas y la sombra de la montaña que nos había reunido se perdió entre las manos orantes de los árboles. Tuve que frenar en seco en la carretera oscura para esquivar una rama caída. Karla se pegó delicadamente a mí y me abrazó. No sabía dónde acababa su cuerpo y comenzaba el mío. No

quería saberlo.

Arranqué a mayor velocidad para subir la cuesta de la siguiente colina. Karla se agarró, se aferró con fuerza a mí. En el momento exacto deslizó las palmas de las manos y los dedos por mis costillas en busca del corazón y no me soltó mientras coronábamos la última loma arbolada.

Cuando llegamos a la carretera principal me sumé tembloroso, torpe de amor, al tráfico hábil y veloz. Un viento pródigo besó el cabello de Karla alrededor de mi cuello. Y ella se hundió en mí, con la mano como una estrella de mar en mi pecho, mientras surcábamos manchas de luz nacidas del deseo, que iban muriendo en las vallas publicitarias de la cola de raya venenosa que formaba la autopista.

-Un largo adiós -dijo Karla, observando cómo Abdullah se alejaba de la entrada del hotel Mahesh en su moto.

-Ha sido un trayecto largo.

-Sí, pero ver a Abdullah emocionado... no pasa todos los días.

-¿Qué quieres que te diga, Karla?

-Lo que no me cuentas.

«El dinero de Khaled comprará muchas armas», me había susurrado Abdullah al despedirse. No me había parecido especialmente emocionado.

-Es complicado -dije.

-Sigues sin contármelo.

-Pero estoy disfrutando.

-¿De qué?

-De estar aquí sentado en la moto, conversando contigo.

-Esto no es una conversación.

-Yo diría que técnicamente sí.

-No contarme algo no puede considerarse una conversación, ni técnicamente ni de ningún otro modo.

-Quizá sea una conversación inversa.

-O un paso adelante.

Dejamos una pequeña pausa. El espacio que nos rodeaba estaba vacío y despejado. La tormenta había pasado y frescos vientos monzónicos enfriaban la costa a nuestra espalda.

-Pues, la verdad, debo admitir que resultaba muy agradable charlar contigo así.

-Ya que lo dices, ¿la moto tiene que participar en la conversación?

Apagué el motor.

-Y bien, ¿qué es lo que te gusta tanto? -preguntó Karla-. ¿Que estemos sentados tan juntos o que no pueda verte la cara?

-Que yo no pueda verte la cara. Y... estar sentados tan juntos.

-Ya me lo parecía. Eh, un momento: ¿qué pasa con mi cara?

-Los ojos -dije, contemplando el trasiego de personas, coches y carros de caballos de delante del hotel.

-¿Mis ojos?

Noté su voz en todos los puntos de contacto de nuestros cuerpos.

-Si no puedo verte los ojos es como si jugáramos al ajedrez y acabaras de perder la reina.

-¿Ah, sí?

-Pues sí.

-¿Me encuentro impotente, indefensa?

-Indefensa no. Pero debilitada.

-¿Debilitada?

-Por oposición a reforzada.

-¿Y eso te excita?

-Más o menos.

-¿Porque te gustan las mujeres débiles?

-Pues claro que no. Es porque mirarte es como jugar al ajedrez, y yo tengo una reina mientras que tú tienes cuatro, ocho, dieciséis...

-¿Que yo tengo dieciséis reinas?

-Ah, sí. Todas verdes. Dieciséis reinas verdes. Y ahora, charlando encima de la moto, no las veo. Y me encanta. Es liberador.

Siguió una pausa. No duró mucho.

-¿Es esa una cualidad de la conversación en tu moto?

-Es un hecho. A decir verdad, un hecho que acabo de descubrir. Si seguimos sentados así, todas tus reinas estarán encerradas en una

caja, Karla. Me encanta.

-Estás fatal, ¿lo sabías?

-Pues claro.

-Mis ojos no son nada -dijo al cabo de un rato con voz misteriosa.

-Bueno, tus ojos y el corazón que esconden lo son todo para mí.

Se quedó pensando en ello, quizá.

-No, mi voluntad lo es todo.

Repitió la última palabra como si la empujara fuera del cuerpo.

-Todo.

-Estoy de acuerdo contigo y con Idriss respecto a la voluntad, pero lo que me interesa es la dirección que toma.

Apoyó los antebrazos en mi espalda.

-Cuando estabas en la cárcel -preguntó despacio-, ¿perdiste alguna vez la voluntad?

-¿Que te pateen encadenado a una pared cuenta?

-Podría. Pero cuando pasó, ¿perdiste la voluntad? ¿Llegaron a arrebatártela?

Lo pensé un momento. Una vez más, no tenía claro adónde quería conducir ella la conversación o si me gustaría la meta cuando llegáramos. Pero su gran pregunta tenía una respuesta pequeña.

-Sí. Podría decirlo así. Durante un tiempo.

-A mí también me privaron de mi voluntad. Y preferiría matar a permitir que volviera a pasar. Maté al hombre que lo hizo para evitar que lo repitiera con otra persona en algún otro lugar. Nunca más permitiré que me roben la voluntad.

El grito rebelde: no me atraparás con vida.

-Te quiero, Karla.

Se quedó en silencio, incluso respiraba silenciosamente.

-¿Te he asustado? -le pregunté al rato, con la vista fija al frente, en el

movimiento de la calle.

-Claro que no. Solo soy adicta a la sinceridad.

Se apartó de mí, apoyándose en las manos, y volvió a guardar silencio.

-Esto de charlar en la moto es divertido -dije al poco-. Tienes que admitirlo.

-Pues intenta atender a tu parte de la conversación. Me tienes abandonada, Shantaram.

-Vale. En la montaña me has hablado de Ranjit. Entonces no he dicho gran cosa, pero ahora que charlamos en la moto, tengo una pregunta. ¿Por qué Ranjit, que tiene que seguir vivo unos meses más, no vende su empresa y se te lleva muy lejos de aquí?

-Te ha contado lo de la bomba, ¿verdad?

-¿A ti qué te ha contado?

-Que le aconsejaste que despidiera al chófer. Por cierto, tenías razón. El tipo estaba comprado.

-Ranjit se tomó un montón de molestias para pedirme que no te dijera nada y luego vuelve a casa y te lo cuenta todo.

-Es político. La política no es mentir. La política es el arte de saber quién miente.

-No has respondido a la pregunta. ¿Por qué no coge el dinero y huye? Es rico.

Se rió, para mi sorpresa, porque no le veía la cara y porque no me parecía que nada de aquello tuviera gracia.

-No puedes huir del juego, Lin.

-Me gusta esta conversación. ¿De qué estamos hablando?

-Dondequiera que lo encuentres -dijo acercándose, respirándome en el cuello-. Comoquiera que sea, cuando encuentras el juego que te engancha, no puedes irte. ¿Me equivoco?

-¿Hablas de Ranjit o de Karla?

-Los dos somos jugadores.

-No me gustan los juegos. Ya lo sabes.

-Algunos merecen la pena.

-¿Como ser el rey de Bombay, por ejemplo?

Noté cómo la recorría la tensión al volver a apartarse de mí.

-¿Cómo lo sabes?

-Es ambicioso. Se nota. Tiene enemigos.

Se quedó callada un rato y no supe lo que pensaba. Charlar en la moto tenía ciertos inconvenientes.

-Ranjit es un bueno de imitación -dijo- en un elenco de malos de verdad.

-¿Un bueno de imitación? Suelen ser los que dan mala fama a los malos de verdad.

-Los malos también ponen de su parte -replicó, riéndose un poco.

-¿Por qué jugar, Karla? Sal de aquí, ya.

-Juego porque se me da bien. Juego bien.

-Vete. Si Ranjit está tan decidido a dedicarse a la política, tendrás que ser tú la que se vaya.

-¿Se trata de Ranjit y yo o de tú y yo?

-Se trata de ti. Si no estuviéramos charlando en la moto probablemente no sería capaz de decírtelo. Mirándote a los ojos, seguro que no. No me gusta lo que está pasando. No creo que Ranjit tenga derecho a ponerte en peligro. Ninguna ambición lo merece.

-Me compraré una moto -dijo, acercándose de nuevo y sonriéndole a mi espalda-. Te enseñaré a llevarla.

-En serio, Karla. Está agitando la caja de los truenos. Y antes o después la caja se abrirá.

-¿Por qué hablamos así?

-Porque es así. Ranjit puede dedicarse a la política y les pediré a mis amigos que estén al tanto, pero tú no tienes que ejercer de mujer de Ranjit aquí. Puedes seguir siendo su mujer muy lejos de Bombay. En Londres, por ejemplo.

-¿Londres?

-Muchas esposas indias huyen a Londres.

-Pero yo soy de Bombay, *yaar*. ¿Qué iba a hacer en Londres?

-También eres estadounidense y suiza, y de un montón de lugares agradables. Podrías arreglar una casa para Ranjit en Londres con su dinero y confiar en que no vaya mucho de visita. Hazlo bien. Al estilo Bombay. Pero hazlo de tal modo que puedas irte de aquí sin echar la vista atrás.

-Sigo preguntándome lo mismo, ¿qué haría allí?

-Ser discreta. Y utilizar cualquier dinero extra para ganar un dinero que sea tuyo hasta que ya no necesites el dinero de nadie.

-¿Sí?

-Sí. La verdadera razón por la que tanta gente quiere ser rica es porque quiere ser libre. La libertad significa no depender del dinero ajeno.

-A ver, explícamelo otra vez -pidió, riéndose.

-Puedes recortar gastos, ahorrar algo y dar la entrada para una casa. Eres lista. Tardarías muy poco en convertir una casa en cinco.

-¿Recortar gastos?

-Y yo qué sé. Pero hagas lo que hagas en Londres o donde sea estarás más segura que aquí con Ranjit. Alguien lo atacará, con ganas, porque no va a callarse y sus ambiciones políticas incomodan a mucha gente. Joder, si hasta yo tengo ganas de pegarle y apenas lo conozco.

-Se ha metido en el juego gracias a la lengua que tiene. Es su apuesta. Si gana esta pelea, su cara aparecerá en el cartel político que elija. Y saldrá elegido. Estoy convencida. Y de todos modos, ¿por qué tendría que callarse cuando tiene razón?

-Porque corres peligro.

-Deja que te diga una cosa sobre la seguridad -murmuró con la cara contra la almohada de mi espalda-. La seguridad es una cueva, pero la luz está donde hay aventura.

-Karla -dije con cuidado de no moverme-, no tienes ni idea de cuánto me gusta escucharte sin verte.

-Eres tonto -dijo sin moverse.

-No, de verdad, es fantástico. Y te he estado escuchando. Cada palabra que has dicho. Mira, en mi opinión, aunque quién soy yo para opinar, encontrar a la mujer adecuada ya es un sueño enorme. Si un hombre además quiere toda una ciudad, es que algo en él va mal.

-¿Mal? ¿Peor o mejor que tú o igual de mal que tú? -preguntó riéndose.

-No puedes volver a casa -repuse con firmeza, apretando el manillar- porque no sabes lo que te espera. Y no puedes quedarte aquí porque sabes lo que te espera.

Me alegré de que no pudiera verme la cara y me alegré de que no se apartara.

-Es probable que estés en una lista de los más buscados, Karla. Yo, seguro que sí. Somos quienes somos y no tenemos lugar en una vida con ambiciones públicas. Es malo para la gente que las tiene y mucho peor para nosotros si el proyecto fracasa y buscan a quien culpar.

-Estoy bien -murmuró-. Sé exactamente lo que me hago.

-No quiero ni imaginar que pueda pasarte algo, Karla. Y Ranjit hace que lo piense. Mucho. Por eso no me gusta Ranjit. Por otro lado, el tipo se empeña en molestar a todo el mundo. Ten piedad. Mándame una postal desde Londres y procúrame algo de paz.

-Piedad -repitió en voz baja-. Mi virtud innecesaria favorita. Diría que ya has practicado antes la conversación en moto.

-¿A que tengo razón? Mola un montón.

-Está bien -murmuró-. ¿Me toca?

-¿Te toca?

-Sí.

-¿Charlar en la moto?

-Sí.

-Claro, di lo que quieras -respondí, confiado, sin tener cuidado con lo

que deseaba.

Se acurrucó todavía más, con los labios más cerca.

-¿Estás listo?

-¿Para qué?

-¿No necesitas un café o un porro?

-Estoy bien. Muy bien.

-Vale. Necesito una pausa enfática.

-Pero...

-¡Calla! La pausa enfática.

Dejamos una pausa enfática.

-El puto trayecto a casa... tan trascendente -dijo por fin, murmurando las palabras en mi piel-, ha roto el tiempo y el espacio, cariño. Cuando has bajado dos marchas de golpe y has acelerado entre el autobús y el camión del agua el alma ha abandonado mi cuerpo. Cuando nos hemos deslizado por el hueco menguante y hemos salido rugiendo una voz en la cabeza me ha dicho: Sí... Sí... Dios mío... Sí... Hasta casa.

Paró, y me paró el corazón.

-¿Qué tal lo hago sin mis reinas, Shantaram?

Bien. Lo estaba haciendo bien. Me giré en el sillín hasta ver un trocito de su cara.

-Pensaba que no creías en Dios, Karla -dije con una sonrisa.

-¿Quiénes somos nosotros para creer en Dios? -replicó, con los labios separados de mi cara a solo el largo de unas pestañas-. Debería bastarnos con que Dios crea en nosotros.

Podríamos habernos besado. Deberíamos habernos besado.

-Creo que tengo que hablar con Lisa -dije, a pesar de que las palabras me herían la garganta-. ¿Crees que deberías hablar con Ranjit?

Se alejó lentamente, hasta que las sombras cubrieron su rostro. Volví a girarme hacia delante. Como no decía nada, hablé yo.

-Tengo que hablar con ella.

-Bueno, pues estás en el lugar correcto -dijo con calma.

-¿Cómo?

-Lisa está aquí, en el hotel. Géminis y Escorpio dan una fiesta en la suite del ático. De hecho, han alquilado toda la planta. Hoy es la inauguración oficial. Está toda la ciudad. Por eso hay tantas limusinas. Por eso te he pedido que me dejaras aquí.

-Pero... ¿por qué no me lo has dicho antes?

-¿Por qué no estabas al corriente?

Buena pregunta. No tenía la respuesta.

-¿Tú vas? -le pregunté, todavía con la vista al frente.

-Te iba a pedir que me acompañaras.

-¿Ranjit no está?

-Ranjit está ocupado esta noche. Reunión mensual con el Consejo Municipal. Didier se comprometió hace días a tomarse una copa conmigo y acompañarme a casa. Pero preferiría entrar contigo. ¿Te apetece?

Quería ver a Lisa y saber que estaba a salvo. Quería ver a Didier para que me informara sobre el desenlace del tiroteo en el Leopold's. Buenas razones para ir. Pero me daba miedo pasar más tiempo con Karla. Hacía dos años que no la veía, pero en el trayecto a la Ciudad Isleña la había sentido tan cerca como mis propias alas. Y era Karla, o sea que nada era fácil. Quería mantener a su marido con vida al menos unos cuantos meses más: era fría, pero me daba igual. Ranjit la había herido y se vengaba, pero yo sabía que no había maldad en ella, igual que sabía que no dañaría a Ranjit ni a nadie sin motivo. Era demasiado fuerte para el mundo que conocía, y yo adoraba eso de ella y pensaba que, si volvía a mirarla, no tendría valor para separarme de ella.

-Sería un honor acompañarte a la fiesta, Karla -dije, mirando al frente.

-Será un honor acompañarte, Shantaram. Vamos. Quiero ver si bailas como conduces o conduces como bailas.

Aparqué la moto a resguardo frente a la entrada del hotel y cuando me giré a mirarla sus dieciséis reinas me miraron a los ojos. Me quedé allí clavado.

-¿Estás bien?

-Claro, ¿por qué?

-Parece que te hubieran pisado un pie -dijo.

-No, estoy bien.

-¿Seguro?

-Sí -dije, apartando la mirada del jaque mate-. Estoy bien.

-Vale, pues vamos a la fiesta. Habrá montones de candidatos a pisarte el pie.

Cruzamos el vestíbulo, encontramos un ascensor vacío y apretó el botón del ático.

-Cada vez que se cierran las puertas de un ascensor -dijo mientras se cerraban las puertas- me apetece una copa.

Las puertas se abrieron a un cóctel ya bastante animado. Los invitados se habían extendido desde las atiborradas suites hacia el pasillo, donde se sentaban en grupos o se tambaleaban de pie, riendo y gritando.

Nos abrimos paso y encontramos a George Géminis bailando con Didier al ritmo de una música al volumen justo para tapar un grito. Didier llevaba un mantel sobre la cabeza y mordía el borde como haría una mujer con un chal.

-¡Lin! ¡Karla! ¡Rescatadme! Estoy viendo bailar a un inglés. Qué dolor.

-Francés de mierda -replicó Géminis entre risas felices.

Se lo estaba pasando de miedo.

-¡Vamos, Lin! ¡Karla! ¡Bailad conmigo! -gritó Didier.

-¡Busco a Lisa! -respondí a gritos-. ¿La has visto?

-No... últimamente -respondió Didier, preguntando con el ceño fruncido, primero a mí, luego a Karla y luego otra vez a mí-. Es decir...

hace un rato que no la veo.

Karla se inclinó para besarle en la mejilla. Yo lo besé en la otra mejilla.

-¡Eh! ¡Yo también quiero! -chilló Géminis, ofreciéndole la mejilla a Karla, que le concedió un beso.

-¡Me alegro muchísimo de veros! -gritó Didier.

-¡Igualmente! ¿Tienes un minuto, Didier?

-Desde luego.

Dejé a Karla con Géminis y seguí a Didier de vuelta al pasillo. Vadeamos el torrente de tramos de moqueta despejados del pasillo pasando por encima de grupos fluidos de gente que fumaba, bebía y reía a destajo.

Didier abrió la puerta de una de las suites contiguas con una llave y me invitó a entrar.

-Algunos de los invitados no tienen límites -dijo, cerrando la puerta con llave.

La habitación principal estaba bien surtida, pero intacta. Había una bandeja en la mesa, con brandy y dos copas. Didier me mostró la botella.

-No, gracias. Pero me fumaré un porro contigo, si es que llevas.

-¡Lin! -exclamó-. ¿Cuándo no he llevado?

Se sirvió un dedo de brandy, eligió un porro fino de una reluciente pitillera metálica, lo encendió y me lo pasó. Mientras me lo fumaba, Didier levantó la copa para brindar.

-Por las batallas vividas -dijo, bebiendo un sorbo.

-¿Qué tal está Lisa?

-Está muy bien. La veo contenta, creo.

-¿Dónde está?

-Estaba conmigo hasta hace solo unas horas -contestó, apurando el brandy-. Ha dicho que volvía a vuestro piso.

-¿Qué ha ocurrido desde que Abdullah y yo nos fuimos?

-Bueno, yo no me pasaría por el Leopold's en una temporada, ni siquiera con mi influencia.

Volví a rememorar la pelea en el Leopold's, a Concannon atizando con la porra de plomo la cabeza del camarero jefe sij derribado.

-Dhirendra recibió lo suyo. Es un buen hombre. ¿Cómo está?

-Recuperándose. El Leopold's no es lo mismo sin él, pero hay que seguir adelante.

-¿Algún otro herido?

-Unos cuantos -dijo, suspirando.

-¿Y la poli?

-Rayo Dilip detuvo a todos los testigos que tenían dinero, yo incluido, y nos multó.

-¿Qué dicen en la calle?

-Que yo sepa, nadie habla del tema. Murió en la prensa al segundo día. Creo... que Karla utilizó su influencia con Ranjit para matar el tema. Y los que no tienen miedo de la Sanjay Company lo tienen de los Escorpiones. Ahora se está tranquilo, pero le ha costado un dineral a Sanjay, seguro. Han tenido que mear muchos para apagar este fuego.

-Siento haberte arrastrado a mezclarte en este asunto, Didier. Y precisamente en el Leopold's. En suelo sagrado.

-A Didier nadie lo arrastra -resopló-, ni siquiera estando inconsciente. Se mete él o lo transportan.

-Aun así...

-Tengo un amigo americano que en ocasiones como esta suele decir: «Es complicado, pero no la liamos nosotros». Sí, está difícil, pero el lío lo montó Concannon. La cuestión es qué vamos a hacer.

-¿Alguna idea?

-Así, a bote pronto, me sale matarlo.

-Te quiero, Didier.

-Yo también te quiero, Lin. Entonces, lo matamos, ¿sí?

-No, mejor que no. Mañana salgo de viaje. Estaré fuera una semana, puede que un par de días más, ya lo arreglaremos a la vuelta. Tendremos que encontrar la solución sin matar a nadie, Didier.

-En cuestión de soluciones -musitó-, matar es una baza segura. A estas alturas, cualquier otra cosa equivale a un farol.

-Concannon es un hombre. Tiene que haber una manera de llegar a él.

-Atravesándole el pecho. Con un hacha. Pero supongo que tienes razón. Deberíamos apuntar más alto. ¿A la cabeza, tal vez?

-He hablado con él, lo he escuchado. En prisión he conocido a montones de Concannon con distintas caras. No digo que me caiga bien. Digo que si hubiera tenido otra suerte al nacer, podría haberse convertido en un hombre increíble. A su modo, ya lo es. Tiene que haber un modo de llegar a él y poner freno a todo esto.

-Los hombres como Concannon no cambian, Lin -repuso Didier, suspirando repetidamente-. Es fácil de demostrar. ¿Cambiaste tú en la cárcel? ¿Cambiaste al incorporarte a la Compañía? ¿Tu verdadero yo, el más profundo, cambió? ¿Acaso no eres el hombre de siempre?

-Didier...

-Lo eres. No cambiaste. No podías cambiar, como tampoco pueden los Concannon del mundo. Nacen para dañar y destruir, Lin, hasta que el tiempo o el mal genio los detiene. Y ahora que este quiere dañarnos y destruirnos, lo mejor que podemos hacer es matarlo, asumir la cruz kármica y confiar en que el bien que hagamos, ahorrándole al mundo todo el mal futuro que habría ocasionado este hombre de seguir vivo, baste para salvar nuestras almas y procurarnos una reencarnación mejor. Aunque no se me ocurre una encarnación mejor que la que tienes delante, así que pediría que Didier volviera siendo Didier y volvería a hacerlo otra vez.

-No hagas nada hasta que regrese, ¿vale? Primero hablaremos y luego ya haremos lo que tengamos que hacer, ¿vale? De momento, cuida de Lisa por mí mientras no esté. Cuando la vea intentaré convencerla para que se vaya una temporada a Goa, pero ya conocemos a Lisa.

-No va a ir -dijo, encogiéndose de hombros.

-Lo sé...

-Es una mujer muy lista, amigo mío. Y sabe lo que quiere y cómo conseguirlo.

-Cuídala por mí hasta que vuelva. Si necesitas ayuda, pídele a Naveen todo el tiempo que Divya le deje libre. Hablaré con él, si es que lo localizo.

-No necesito ayuda, por supuesto, pero le he cogido cariño a Naveen -comentó Didier, pensativo.

-A mí también me gusta. Formáis un buen equipo. Hablando de equipos, a la vuelta me gustaría unirme al tuyo, si es que aún me quieres contigo.

-Lin... ¿Te refieres a... trabajar juntos?

-Ya hablaremos a la vuelta.

-¿Dejas la Sanjay Company?

-Sí. Ya la he dejado.

-¿Sí? ¿Sanjay te ha dejado irte?

-Después de este encargo, cuento con su bendición. De hecho, creo que se ha alegrado de que me vaya.

-No temes llevarle la contraria. Solo existen dos clases de líderes, los que aprecian la verdad y los que la desprecian. Me temo que Sanjay la desprecia.

-Sí -convine con una sonrisa.

-Me alegro mucho de que lo dejes. ¿Estás contento?

-Estoy contento. Pero tú vigila a Lisa.

-Lo haré, lo haré, encantado.

-¿Volvemos con los demás?

-¡Sí! Es una noticia excelente, Lin, hay que celebrarla. Pero...

-Pero ¿qué?

-Karla y tú.

-¿Qué Karla y yo? No existe un «Karla y yo».

-Lin, soy yo, Didier. Ni la más fugaz sospecha de amor pasa desapercibida para Didier. Os he visto juntos. Lo sé todo.

-Olvídate de Karla.

-Si tú puedes, yo también -aseguró, con una media sonrisa preocupada-. Hagas lo que hagas, te apoyaré.

-Gracias, hermano -respondí mientras aplastaba su pelo rizado en mi cara al abrazarnos.

Volvimos con Karla y Géminis. Karla miró a Didier y luego a mí, y después otra vez a Didier, con una sonrisa lo bastante condescendiente para añadir un toque mordaz al cariño.

Dos jóvenes extranjeras con una copa en cada mano se acercaron bailando a Didier y Géminis, que aceptaron las bebidas sin parar de bailar.

-¿Estás con alguien? -le preguntó a Géminis una de las chicas.

-Conmigo -replicó él-. No sé si cuenta. Me llamo Géminis. ¿Y tú?

-¡Eh! -gritó la chica-. Yo también soy géminis.

-Genial, entonces lo pillarás: ¿qué le dice un géminis a otro?

-¿Qué?

-Nada. El otro géminis ya se ha ido.

Se rieron, derramando el vino y chocando entre sí.

Karla y yo nos abrimos camino entre el balanceo festivo, gritándoles a los amigos que nos gritaban a su vez, hasta que llegamos al bar desierto.

-Bonito bar -dijo Karla, saludando al camarero-. Gratis, bien surtido y vacío.

-Bienvenida -saludó él.

-Mataría a tres hombres por una copa de champán -aseguró Karla con un elegante gesto de la muñeca.

-Ahora mismo, señorita. ¿Y para el caballero?

-Soda, sin hielo. ¿Cómo ha ido la noche?

-A fin de cuentas solo importan dos preguntas -repuso inescrutable el camarero mientras preparaba las bebidas-. «¿Qué he hecho? ¿Qué no he hecho?»

-A menos -dije- que la última pregunta sea: «¿Quién coño me ha desconectado la respiración asistida?».

-La vida es corta -respondió el alto y joven camarero, descorchando la botella a mano-. Pero alargamos las noches.

-Por eso se está tan solo en la cima -apuntó Karla.

-La cima es solitaria -replicó raudo el camarero, llenando la copa de Karla- porque abajo está atiborrado.

-¿Cómo te llamas? -preguntó riéndose Karla.

-Randall, señorita.

-Randall -dijo Karla, aceptando la copa-, te presento a Lin. Yo me llamo Karla y estoy completamente de acuerdo contigo. ¿De dónde es tu familia?

-Mis padres son de Goa -respondió, pasándome la soda-. Pero yo nací aquí.

-Nosotros también somos de aquí, mientras dure el aquí -dije-. ¿Y ese ingenio tuyo, Randall?

-Es una historia poco interesante.

-¿Por qué no nos dejas juzgarlo a nosotros, Randall? -propuso Karla.

-Bueno, al principio hablaba -dijo Randall, lavando un vaso-. Preguntaba. «¿Está aquí por negocios?», «¿Tiene hijos?», «¿Por qué cree que su mujer no le entiende?» Pero al cabo del tiempo empecé a descomponer mi parte de la conversación en pequeños fragmentos de verdad. A los camareros nunca nos tocan más de un par de frases. Me temo que es una norma narrativa. ¿Os estoy aburriendo, amigos?

-No -respondimos al unísono.

-Así que ya no converso. Esta noche estoy haciendo una excepción porque ya he terminado mi turno y porque me caéis bien. Me habéis gustado nada más entrar. Y cuando algo me gusta, no me equivoco.

-Randall -dijo Karla, con los ojos relucientes como el cristal de colores-, si dejas de conversar, nunca más volveré a pisar este antro.

Otra copa, por favor.

Sirvió dos copas de champán y otro vaso grande de soda.

-Mi sustituto no ha llegado, pero hace media hora que he terminado el turno, así que me gustaría brindar con vosotros -dijo, ofreciéndole el champán a Karla y a mí la soda-. Que nunca os falten las palabras.

-No puedo brindar por eso porque las palabras nunca faltan -se apresto a replicar Karla-. Es el primer brindis que compartimos Shantaram y yo en dos años, Randall, y me parece un encuentro del destino. Brindemos por nosotros tres.

Hice ademán de brindar con ellos, pero Karla se apartó.

-¡No! Trae mala suerte brindar con agua -dijo.

-Venga ya.

-De verdad.

-Estás de broma, ¿no?

-Solo porque tú no creas, no tienes por qué no respetarlo, Lin. ¿Necesitas más mala suerte?

-Ahí me has dado.

-Como siempre.

Un recién llegado tropezó con Karla y conmigo y nuestras copas chocaron de todos modos.

-Parece que al final hemos brindado -dije.

Ella se quedó mirándome un momento con el ceño fruncido, pero terminó por sonreír.

-Vale. Pues brindemos otra vez sin que bebas agua. Para protegernos.

-Por los ojos verdes... que siempre estén protegidos.

-Brindo por ello -dijo Randall, tomando un sorbo de champán.

-Por las reinas verdes -dijo Karla, sonriéndome.

Karla alzó la copa, bebió un sorbito y volvió a mirarme fijamente. Era el momento de romper las barreras y ambos lo sabíamos. Era

perfecto.

-¡Lin! -dijo Vinson, chocando conmigo y dándome una palmada en la espalda con sus dedos largos y fuertes. Rannveig iba con él-. ¡Me alegro de verte, tío!

Yo seguía mirando a Karla. Ella me miraba.

-Vinson -dije con una voz que me sonó a algo duro que se rompía-. Creo que no os conocéis. Te presento a Karla. Karla, te presento a Stuart Vinson. Y esta es Rannveig, pronunciado «runway».

-¡Karla! -gritó Vinson-. Por fin te conozco.

-No te servirá de nada -replicó Karla con franqueza.

-¿Eh? -preguntó Vinson con una sonrisa desconcertada.

-No. Todo lo que hayas oído está caduco.

-¿Ca... caduco?

-Me he reinventado.

Vinson se rió.

-Ah. Vaya. ¿Y cuándo ha sido?

-Está pasando ahora mismo -respondió Karla, sosteniéndole la mirada-. No te lo pierdas.

El corazón me daba tumbos como un borracho bailando. Dios, cuánto la quería. No había nadie como ella.

Entonces Karla se giró hacia la chica, Rannveig, y le preguntó si se encontraba bien. Miré a la chica. No se encontraba bien.

-¡Está bien! -aseguró Vinson, rodeándola con un brazo.

Rannveig estaba pálida y demacrada.

-Le he dicho -continuó Vinson- que lo ha pasado muy mal y que tenía que salir y ver a gente, echarse unas risas, ya sabes. Dicen que es la mejor medicina.

La abrazó y la sacudió. Los brazos de la chica se agitaron sin fuerza.

-¿Cómo te va, niña? -pregunté.

Alzó rápidamente la vista; en sus ojos azules brillaban chispas heladas.

-¡No soy una niña! -me soltó.

-Eh... vale.

-No es nada personal -terció Karla-. Es escritor. Se cree más viejo que su abuelo.

-Qué gracia -se rió Vinson.

-Y tú -le dijo Karla-, suelta a esa chica inmediatamente.

Sorprendido, Vinson permitió que Karla le arrancara a Rannveig del brazo.

-Randall -dijo Karla-, sé que no estás trabajando, pero se trata de una emergencia. Necesito los vasos más limpios y los chistes más sucios que tengas, y rápido, por favor.

-Sus deseos son órdenes, señora -respondió Randall, con unos vasos nadando como anguilas entre sus manos.

-¿Qué te parece? -farfulló Vinson-. Acaba de robarme a mi chica.

-¿Ahora es tu chica?

-Bueno, tío -respondió Vinson, sonriéndome con la boca grande y muy abierta-. Te lo dije, ¿no?, en la comisaría. Te dije que era ella. Estoy loco por ella. Es impresionante, ¿a que sí? Cada vez que la miro se me acelera el corazón.

-Ha tenido un accidente de avión -dije.

-¿De avión? Pero... ¿qué?

-Ya me entiendes. Se despertó hace unos días con el novio muerto en la cama. Es algo difícil de superar. Tómatelo con calma, tío.

-Ya, claro, claro. O sea, es... ¡Eh, un momento! ¿No creerás que estoy aprovechándome de la situación? No... No soy de esos.

-Lo sé.

-No le he puesto la mano encima.

-Ni se te ocurra.

-Lo sé.

-No soy de esos -insistió con aspereza.

De pronto me noté cansado: con la clase de cansancio irritado al que molesta todo lo que no sea plano, blanco y termine en una almohada.

-Si pensara que eres de esos, no habría permitido que te acercaras a ella ni a ninguna otra conocida.

Se irguió, enderezada la columna por su joven masculinidad.

-Cuando quieras y te sientas con fuerzas, amigo...

-Ahora no tengo tiempo para tonterías, Vinson. Conocí a Rannveig antes que tú. Y la saqué de comisaría, ¿recuerdas? Lo cual me da derecho a aconsejarte que no la presiones. Si no te gusta lo que te digo y quieres pasar a las manos, estaré abajo, junto a la moto, dentro de cinco minutos.

Nos miramos, su orgullo corría a encontrarse con mi irritación. Hombres. A mí me caía bien Vinson y yo le caía bien a Vinson, y estábamos dispuestos a pelearnos.

-¿Cuándo la conociste? -preguntó tras un buen rato mirándonos.

-Antes del día de la comisaría.

-¿Por qué no me lo habías dicho?

-¿Por qué no te lo ha dicho ella? Quizá no sea de tu incumbencia. Mira, coincidimos una vez en la calle, delante del Leo's. Estaba esperando a que el novio pillara. Pregúntaselo.

-Vale, vale. Pero me preocupo por ella. ¿No lo ves?

-Pues claro que lo veo. Y me alegro de que esté contigo. Es lo que trataba de decirte, aunque quizá me he explicado mal. Que eres un buen tipo. Contigo está a salvo. Lo sé. Solo digo que aflojes un poco. La chica tenía novio. El novio ha muerto. Lo que necesita ahora es un amigo. La otra parte puede esperar mientras ejerce el amigo. Lo entiendes, ¿verdad?

Se relajó y dejó escapar un suspiro.

-¡Buf! Me has puesto a mil, Lin. ¡Hostia! Creía...

-Mira, lo mejor que puedes hacer por esa chica de momento es decirle

que su novio no se suicidó. Se siente culpable, pero ella no tiene nada que ver. El jaco era demasiado fuerte. Han muerto tres chavales en una semana. Díselo. Asegúrate de que lo entiende y se tranquiliza.

-Gracias. Oye, siento haber empezado con mal pie...

-Ha sido culpa mía. Tengo muchas cosas en la cabeza. ¿Has visto a Lisa?

-La última vez que la vi estaba con el artista ese. Un tipo alto con el pelo lacio y brillante.

-Gracias. Es uno de los socios de la galería. Si no la encuentro me iré a casa. Si los ves a ella o al artista, díselo, por favor. Cuídate.

-¡Espera! -exclamó Vinson, tendiéndome la mano-. Gracias. Gracias. Es decir... Cuidaré de Rannveig. Eh...

-Está bien -dije, estrechándole la mano, sonriéndole, apreciándolo, deseándoles felicidad a él y a la chica y sin que me importara, mientras fueran felices, no volver a verlos nunca más-. Está bien.

Pequeños tornados de gente riendo y bebiendo giraban en todas las habitaciones. Fui de espiral en espiral buscando a Lisa. Hacía un rato que nadie la había visto por la Fiesta. Al Final me dirigí a la puerta.

Karla estaba bailando con Rannveig. La contemplé un minuto: sus caderas eran el mar, sus ojos la flauta, sus manos la cobra. Karla.

Cuando se abrieron las puertas del ascensor, aparecieron George Escorpio, Naveen Adair y Divya Devnani.

-¡Lin! -exclamó Naveen-. ¿Cómo te va, tío? ¡La fiesta acaba de empezar!

-Estoy reventado -dije, entrando en el ascensor y apretando el botón que mantenía las puertas abiertas-. Pero ¿me concedes un minuto?

-¡Vente con nosotros, por favor! -rogó Escorpio-. Quiero que me cuentes el tiroteo del Leopold's. Nadie se va de la lengua y me muero por saber lo que pasó.

-En otra ocasión, Escorpio.

-Vale, pues bajamos contigo -dijo Naveen, empujando al resto al interior del ascensor.

Las puertas se cerraron y nos dejaron con nuestros reflejos en las paredes de espejo.

-Arriba había una americana guapa, de pelo rubio y ojos castaños, que te esperaba -dijo Divya-. ¿La has visto?

-Tengo a una chica guapa esperándome en casa.

-Pero la chica...

-¡Déjalo, Divya! -espeté con excesiva brusquedad.

-Deberías tomarte unas vacaciones de la Escuela de las Buenas Maneras, cabrón -me aconsejó Divya en tono neutro-. Tú sí que sabes enamorar a una chica.

-Lo siento, llevo un día...

-Yo quiero conocer a la americana de ojos castaños -se ofreció, animoso, Escorpio.

Me volví a mirarle.

-Es decir... si Lin no piensa venir a la fiesta y...

-Vas muy arreglado, Escorpio -observé.

Se había recogido la melena en una cola de caballo. Vestía camisa amarilla, vaqueros nuevos, cinturón de hebilla plateada y botas de

cowboy. Un anillo en el dedo corazón lucía un casco griego dorado engastado en el centro de un cuadrado de ónice.

-¿Me he pasado? -preguntó, apresurándose a mirarse en la pared de espejo-. Ha sido idea de Diva. Me ha dicho que...

-Vas bien. Pareces un millonario. Bravo, Divya.

-Parece que tenga treinta y cinco millones exactamente -me corrigió Divya-. Y llámame Diva. Te juro que como vuelvas a llamarme Divya te pego un puñetazo en los huevos. Y soy lo bastante bajita para hacerlo.

-No es una hipérbole -aseguró Naveen.

-Vale. En adelante te llamaré Diva.

Miré su cara preciosa y orgullosa. Era una chica baja tan habituada a los zapatos de tacón que echaba el cuerpo un poco hacia delante, apoyándose en la parte delantera del pie: una postura de leopardo que hacía que pareciera al acecho de una presa. Me gustaban, ella y su postura, pero quería irme a casa.

Las puertas se abrieron en el vestíbulo y salí enseguida.

-¿No te dejas convencer? -preguntó Naveen.

-Esta noche no.

Me acerqué para poder susurrarle.

-Lo del Leopold's... -dije en voz baja-. Me alegro de que estuvieras conmigo, Naveen.

-Cuenta conmigo para lo que haga falta -respondió en el mismo tono.

-Desde luego. Oye, si Didier te lo pide, hazme el favor de ayudarlo. Va a cuidar de Lisa mientras estoy fuera.

-¿Fuera?

-Una semana más o menos. Te lo cuento a la vuelta.

-*Thik.*

-Y oye, Escorpio -añadí, alzando la voz mientras Naveen regresaba con Diva-. Cuidado con la chica.

-¿La rubia de ojos castaños?

-La que sea.

Las puertas se cerraron y el ascensor los subió de vuelta a la fiesta del ático.

Yo me dirigí a la moto, pagué la propina a los guardias jurados y salí a la lluvia incesante.

Los chaparrones balsámicos y terapéuticos, más fríos junto al mar, me acompañaron mientras recorría un par de veces todo Marine Drive antes de dar media vuelta y poner rumbo a casa.

Por entonces no lo sabía, pero aquella lluvia purgadora, de goterones grandes como flores, sería el último gran aguacero de la temporada en Bombay. Los torrentes que habían inundado las calles de la Ciudad Isleña y dejado hasta el último rincón de tierra rebosante de hierbas viraban al sur, hacia Madrás, antes de remontar la ruta marina hacia Sri Lanka y los grandes océanos donde habían nacido.

Subí los escalones de dos en dos y entré corriendo en casa, salpicando de agua el suelo de mármol moteado del recibidor. Lisa no estaba.

Me quité las botas y la ropa empapadas, me froté los cortes de la cara con desinfectante y me metí en la ducha, dejando que el agua fría me resbalara por la espalda, azote del penitente urbano.

Me vestí, y cuando me disponía a preparar una cafetera, llegó Lisa.

-¡Lin! ¿Dónde cojones estabas? ¿Estás bien? Dios mío, deja que te vea la cara.

-Estoy bien. ¿Tú qué tal? ¿Todo bien por aquí?

-¿Estás orgulloso?

-¿Qué?

Me empujó, apoyando ambas manos en mi pecho, luego cogió un jarrón metálico y me lo arrojó. Me agaché y el jarrón aterrizó en el aparador y derribó un sinfín de objetos.

-¡Mira que venir a casa con esa pinta!

-Eh...

-¡Guerras de bandas callejeras! ¡Madura, por Dios!

-No...

-¡A tiros en el Leopold's! ¿Eres absolutamente imbécil?

-Yo no he disparado...

-Huir a la montaña con Karla...

-Vale, vale, es eso.

-¡Pues claro! -gritó, lanzando un cenicero contra la vitrina.

De pronto rompió a llorar, y luego, de repente, dejó de llorar y se sentó en el sofá con las manos en el regazo.

-Ya estoy calmada.

-Vale...

-De verdad.

-Vale.

-No es por ti -dijo.

-Muy bien.

-No, en serio.

-Lisa, ni siquiera sabía que Karla estaba allí. Pero ya que la has mencionado, hay una cosa...

-¡Lin! -chilló, señalando los objetos que se habían caído del aparador-. ¡La espada! Lo siento. Ha sido sin querer.

Una de las cosas que se habían caído era la espada de Khaderbhai: la espada que debería haber heredado Tariq, el rey niño, sobrino y heredero de Khaderbhai. Se había roto. La empuñadura se había separado de la hoja. Las dos partes yacían junto a la vaina.

Las recogí, intrigado por la extraña fragilidad de un arma que había sobrevivido a varias batallas en las guerras afganas contra los británicos.

-¿Puede arreglarse? -preguntó Lisa, preocupada.

-Cuando vuelva -dije sin más, devolviendo las partes de la espada al

aparador-. Mañana me voy a Sri Lanka, Lisa.

-Lin... no.

Me fui al baño y volví a ducharme para serenarme. Lisa se duchó y se reunió conmigo mientras me secaba. Me incliné hacia el espejo y tapé con una tirita el corte que la porra de plomo de Concannon me había abierto en la mejilla.

Lisa iba hablando, advirtiéndome de los peligros de ir a Sri Lanka, contándome lo que había leído en la prensa, en el periódico de Ranjit, explicándome que no tenía obligación de ir, que no le debía nada a la Sanjay Company, nada, nada de nada.

Cuando terminó, le supliqué que dejara Bombay una temporada, le conté todo lo que sabía sobre el incidente del Leopold's y la advertí de que la situación no mejoraría hasta que consiguiera llegar a algún acuerdo con Concannon.

-Basta ya de espantos -dijo por fin-. ¿Me toca?

Me recosté sobre un montón de almohadas en la cama. Lisa estaba apoyada en la jamba de la puerta, abrazándose la cintura.

-Vale, Lisa, te toca.

-Si no puedo evitar que te vayas, entonces tenemos que hablar de más cosas.

-Pues ahora que...

-Las mujeres queremos saber -se apresuró a añadir-. Eres escritor. Deberías saberlo.

-Las mujeres queréis saber... ¿qué?

Se vino conmigo a la cama.

-Todo -respondió, poniéndome una mano en el muslo-. Todo lo que no me cuentas, por ejemplo. Lo que no le cuentas a ninguna mujer.

Fruncí el entrecejo.

-Mira, dicen que las mujeres somos emocionales y los hombres sois racionales. Gilipolleces. Si vierais las cosas que hacéis, si las vierais desde nuestro punto de vista, desde luego no os parecerían racionales.

-Vale.

-Y en realidad las mujeres son bastante racionales. Buscan claridad. Quieren una respuesta. ¿Estás metido en esto o no? Las mujeres quieren saber. Lo contrario es no tener agallas, y a las mujeres les gustan las agallas. Lo cual para nosotras es racional.

-¿De qué estás hablando?

-De Karla, por supuesto.

-Pues quería hablar contigo de...

-Karla y tú. Tú y Karla. En la montaña y fuera de la montaña. Lo entiendo. No pasa nada.

Y de pronto ya estaba: éramos dos mentes, dos maneras de ser, dos paradigmas girando separados y dejando atrás miembros fantasma donde en otro tiempo se habían tocado.

-No puedo, Lisa. No es Karla, soy yo y...

-Karla y yo hemos llegado a un acuerdo sobre ti -me interrumpió, impaciente.

-¿Un... acuerdo?

-De ahí la comida en Kayani's con ella. ¿Es que no prestas atención?

Feynman dijo una vez que si entiendes la teoría cuántica es que no la comprendes. No sabía de qué me estaba hablando Lisa.

-¿De qué hablas?

-No es ella ni eres tú. Soy yo.

-Es lo que intentaba decirte.

-No, no es verdad. Tú estabas hablando de Karla y de ti. Bien. Lo entiendo. Pero no es el tema. Se trata de mí.

-¿El qué?

-Esta conversación.

-¿No la he empezado yo?

-No, yo -me contradijo frunciendo el ceño.

-No lo recuerdo así.

-Te lo explico. No puedes amar a dos personas, Lin. Si quieres hacerlo bien, no. Nadie puede. Karla no puede y tú tampoco. Lo entiendo. De verdad. Pero por triste, romántico, jodido, emocionante y maravilloso que pueda parecer, no importa. No se trata de ella ni de ti. Me toca a mí. Se trata de mí. Ahora hablo yo.

-¿El qué trata de ti?

-Todo trata de mí.

-¿Podrías comenzar de cero toda la conversación?

Me miró directamente a los ojos, retándome a seguirla.

-Las mujeres necesitamos saber las cosas, nada más.

-Eso me ha quedado claro.

-Y en cuanto las sabemos, podemos con lo que sea.

-¿Con qué?

-Deja de torturarte, Lin. Se te da bien. Podrías ganar algún premio si repartieran trofeos por torturarse a uno mismo y hasta puede que me guste eso de ti, pero ahora no hace falta. Esta noche estoy rompiendo contigo y quería hablarlo porque creo que deberías saber el porqué.

-Sí... claro... ¿Qué?

-Deberías saberlo.

-¿Y si Finjo que ya lo sé?

-Deja de bromear, Lin.

-No es broma, me he perdido.

-Vale. Es así: ya no quiero seguir justificándote.

-¿Justificarme ante tus amigos o ante tus enemigos?

-No me importa lo que piensen los demás de ti -repuso, lanzándome llamas azules con la mirada-. Ni siquiera lo escucharía. Ya lo sabes. Lo que no me gusta de lo que haces es que te gusta.

-Lisa...

-Te gusta tener dos pistolas y seis pasaportes falsos y seis divisas distintas en el cajón. No me digas que es por supervivencia. Eres más listo que eso. Yo también. La verdad es que te gusta. Mucho. Y ya no quiero seguir justificándomelo. No me gustas así. No puedes gustarme. Y no me gustarás. Lo siento.

Un hombre es una cárcel. Debería haberle contado que había dejado la Sanjay Company y que Sri Lanka significaba el billete de vuelta a casa. Había dado el primer paso para alejarme de la parte de mí que no le gustaba. Lisa no habría cambiado de opinión, pero tenía derecho a saberlo. Un hombre es una cárcel. No dije nada.

-A Karla le gustas así -continuó con naturalidad-. Creo que incluso más que a ti.

-¿Adónde has ido, Lisa?

Se rió, con ganas.

-¿De verdad quieres saberlo?

-Ya basta con las ganas de saber, Lisa.

Se sentó en la cama, con las piernas cruzadas. Llevaba la melena rubia recogida con un pasador en forma de mariposa que cabeceaba y se agitaba cuando hablaba.

-¿Conoces a Rish, el socio de la galería?

-¿Cuántos socios tienes en la galería?

-Seis. Bueno...

-¿Seis?

-En fin...

-¿Seis?

-En fin, que Rish practica mucho la meditación...

-Ah, no.

-Y el estudio del yoga...

-Vale, basta, Lisa. Como resulte que detrás de todo esto hay un gurú tendré que darle un bofetón.

-No es mi gurú, es el gurú de Rish, pero no es eso. No lo dijo un gurú ni tampoco Rish. Lo dijo una mujer, creo. La verdad, no sé quién es. Pero Johnny Cigar me regaló un libro de autoayuda y resulta que el mismo día Rish me regaló el mismo libro. Y la cita es del libro... lo que dijo la mujer.

-¿Qué dijo?

-Lo que Rish había oído por ahí y también me dijo.

-¿Qué cosa?

-«El resentimiento es un deseo o una necesidad insatisfechos.» Que es lo que intentaba decirte.

Lo medité. El peor instinto de un escritor y con frecuencia también el primero consiste en buscar los fallos de cualquier frase escrita o hablada que suene bien. No encontré ninguno.

-No está mal -admití.

-¡Está muy bien! Deberían darle el Nobel a las Frases Molonas.

-Vale -concedí con una sonrisa.

-La verdad, Lin, me dejó flipando. Tenía todo el sentido. De pronto comprendí por qué he sentido tanto resentimiento durante los últimos meses. Me estaba volviendo loca de tanto resentimiento. Como cuando llegas al punto en que te irritan las cosas que antes te parecían geniales.

-¿Hasta qué punto ya no son geniales?

-Un punto muy grande.

-¿Mucho?

-Rezongaba -confesó.

-¿Rezongabas?

-Sí.

-Rezongar.

-Creí que me habías oído, al menos un par de veces.

-¿Por cosas que yo hacía que te irritaban?

-Sí.

-¿Como qué?

-Bueno, para empezar...

-No, no me lo digas. No quiero saberlo.

-Podría ayudarte a procesarlo -sugirió.

-No, estoy bien. Ya lo he procesado. Continúa. Decías que rezongabas.

-Bueno -dijo, alisando la colcha delante de las piernas cruzadas, con los pies dormidos contra las pantorrillas-, al oír la frase, «El resentimiento es un deseo o una necesidad insatisfechos», supe cómo pensar lo que sentía. ¿Me entiendes?

-Pensar el sentimiento. Sí... creo que lo pillo.

-Por fin tenía un marco para mi retrato. Sabía cuál era la necesidad insatisfecha. Sabía cuál era el deseo insatisfecho. Y sabiéndolo, lo sabía todo.

-¿Compartes conmigo la necesidad insatisfecha?

-Necesito librarme de ti -dijo rotundamente, con las manos abiertas como estrellas sobre la cama.

-No te andas por las ramas.

-No lo necesito. Ya no -dijo, dibujando un círculo con el dedo en la colcha-. No tengo que edulcorar nada, sobre todo de lo que me digo a mí misma.

-¿Y el deseo insatisfecho?

-Ahora quiero estar concentrada al cien por cien en mí. Quiero ser el momento, en lugar de limitarme a verlo pasar. Sabes de qué hablo, ¿verdad? ¿Lo entiendes?

-Tal vez.

-Ahora. Este ahora. Mi ahora. Todos mis ahoras. Es lo que quiero. ¿Lo entiendes?

-Vives el ahora. Lo entiendo. Te juro, Lisa, que como haya algún gurú...

-Es cosa mía. Todo es mío.

-¿Y es lo que quieres?

-Es el comienzo de lo que quiero y estoy completamente segura.

Era dura. Era magnífica.

-Pues si es lo que quieres, me encanta, Lisa.

-¿Sí?

-Claro. Puedes hacer cualquier cosa si te empeñas.

-¿Lo crees de verdad?

-Es estupendo, Lisa.

-Sabía que lo entenderías -aseguró con unos ojos que parecían lagos azules de alivio-. Solo quiero un ahora especial, uno que sea mío, en lugar de un ahora constante que comparto constantemente con el ahora de otro.

«Un ahora constante que comparto constantemente con el ahora de otro.» Una definición bastante buena de la cárcel.

-Entendido.

-Quiero saber cómo soy cuando estoy sola.

-Adelante, Lisa.

Sonrió y dejó escapar un suspiro cansado.

-Suena muy egoísta, pero no lo es. Es generoso, no solo para mi, también para Karla y para ti. Así he podido vernos con claridad por primera vez. Así he podido ver cuánto os parecéis y lo poco que tenéis que ver conmigo. ¿Lo comprendes?

De un modo dañino, tierno y amoroso estaba diciéndome que Karla y yo estábamos hechos el uno para el otro: los bordes de Karla casaban con mis cicatrices. Verdad o no, curiosamente hiriente o no, daba igual, porque aquellos minutos no nos pertenecían ni a Karla ni a mí: eran de Lisa.

La cumbre y la caída, lo que hacemos, en lo que decidimos convertirnos, son solo nuestros, como debe ser. Lisa se había hundido en ese silencio sereno e incontestable que nace de la determinación y

estaba en una soledad gloriosa. Se sentía preclara, decidida, valiente y esperanzada.

-Tu nuevo yo es impresionante -dije con calma.

-Gracias -respondió en voz baja-. Y mi nuevo yo, que ha roto con el viejo tú y ya no duerme en la misma cama que el nuevo tú, necesita alquilar el cuarto de invitados para vivir.

-Bueno -me reí-, si tu ahora no corre peligro, por mí no hay problema.

-Ah, no -contestó, en serio, acurrucándose a mi lado y apoyando la cabeza en mi pecho-. Pero creo que si vamos a vivir separados bajo el mismo techo necesitamos establecer algunas normas.

-Ajá.

-Quién se queda a dormir. Hay que fijar una norma.

-¿Quién se queda a dormir? Tu ahora se llena de gente por minutos.

-Podríamos colgar un cartel en la puerta.

-¿Un cartel?

-Uno que solo entendamos nosotros. Podríamos sacar un gnomo de jardín, por ejemplo. Si el gnomo de jardín está a la izquierda de la puerta, uno de los dos tiene invitado a dormir. Si está a la derecha, no hay invitados.

-No tenemos gnomo de jardín. No tenemos jardín.

-Pues ponemos la estatua esa del gato que no te gusta.

-Yo no he dicho eso. Me gusta mucho. Lo que dije es que creo que yo no le gusto.

-Y tendrás que perdonarme el alquiler durante al menos seis meses.

-Aclaremos lo del gato y los invitados. ¿Era a la izquierda o a la derecha?

-A la izquierda. Y tendrás que perdonarme el alquiler.

-El alquiler está pagado para lo que queda de año, Lisa.

-No, me refiero a mi alquiler, al cuarto de invitados. Lo pagaré a precio de mercado. Insisto. Pero he invertido todo mi dinero en la próxima exposición y ahora estoy pelada. No podré pagarte al menos durante

seis meses.

-Déjalo.

-No, de verdad, insisto en pagar -dijo, dándome un puñetazo en las costillas.

-Olvídalo.

Volvió a pegarme.

-Me rindo. Te dejaré pagar.

-Y... necesito un adelanto -añadió.

-¿Un adelanto?

-Sí.

-No trabajas para mí, Lisa.

-Ya, pero detesto la palabra «préstamo». Suena a algo que pediría un perro dolorido. He decidido que de ahora en adelante cuando necesite un préstamo pediré un adelanto. Es mucho más inspirador.

-Pensamiento avanzado.

-Pero no podré pagar la comida, la luz, el teléfono ni la lavandería durante una temporada. Hasta el último céntimo del adelanto está comprometido.

-Hecho.

-Insisto en que te lo pagaré cuando me sobre algo del siguiente adelanto.

-De acuerdo.

-Y también necesito un coche, pero ya lo hablaremos cuando vuelvas.

-Claro. ¿Ya está? ¿Alguna otra norma?

-Hay otra.

-A ver.

-No sé. O sea...

-Suéltala.

-No pienso seguir cocinando -dijo, apretando los labios hasta fruncir el inferior.

Lisa había cocinado tres veces en dos años y no se le daba bien.

-Vale.

-Para serte sincera, odio cocinar. No lo soporto. Solo lo hacía para agradarte. Para mí ha sido un infierno, de principio a fin. Y no pienso volver a hacerlo. Lo siento, pero así son las cosas, incluso como compañeros de piso.

-Vale.

-No quiero hacerte daño, pero tampoco quiero que te hagas ilusiones. Yo ahora estoy llena de ellas, forma parte de mi proceso, y las expulso antes de que se conviertan en...

-¿Resentimiento?

-¡Exacto! Uf, me siento mucho mejor. ¿Y tú?

-Estoy bien.

-¿Sí? ¿De verdad? Para mí es importante. No quiero arrastrar culpas ni vergüenzas a mi nuevo ahora. Para mí es importante que me aprecies lo suficiente para dejarme hacer esto y que te parezca bien.

Bien es solo media verdad y la verdad solo la mitad de la historia. A una pequeña parte de mí le ofendía que Lisa pidiera tanto y tomara tanto de lo poco que nos quedaba. Pero la mayor parte de mí siempre había supuesto y esperado, aunque en silencio y a regañadientes, que un día nos separaríamos y probablemente con poco más de lo que nos cupiera en las manos. Y además estaba Karla, siempre estaba Karla. No tenía derecho a ensombrecer un solo minuto de la felicidad de Lisa. Bien es solo media verdad y la verdad solo la mitad de la historia.

-Estoy bien, Lisa. Solo quiero que seas feliz.

-Me alegro mucho -dijo, sonriéndome con los ojos-. Me daba miedo.

-¿Por qué? ¿Cuándo no te he escuchado? ¿Cuándo no te he apoyado?

-No es eso. Es más complicado.

-¿Cómo?

-Hay que tener en cuenta más cosas, otras personas.

-¿Qué cosas, Lisa? ¿Qué personas?

-Ahora no quiero tocar el tema.

«¿Las mujeres quieren saber? -pensé-. Los hombres también.»

-Venga, Lisa...

-Mira, mañana te vas y prefiero que sigamos disfrutando de lo lejos que hemos llegado esta noche, ¿vale?

-Como prefieras.

-Lo prefiero. Estoy contenta, Lin, y no quiero fastidiarlo.

-Regresaré pronto, dentro de una semana más o menos, y volveremos a hablar. Te ayudaré en lo que necesites. Si quieres un piso nuevo, lo buscaré y te pagaré el alquiler de un año. Lo que necesites. No te preocupes.

-La verdad es que has evolucionado -dijo con nostalgia.

-¿A partir de...?

-De la persona que conocí.

Me miró con una expresión que al principio no reconocí, aunque luego sí. Era cariño; la clase de cariño que reservamos para los amigos más queridos.

-¿Te acuerdas de nuestro primer beso? -preguntó.

-La iglesia afgana. Nos persiguieron hasta la calle. Casi nos arrestan,

-A ver -dijo, acercándose para sentarse delante de mí- cómo recordaremos el último.

Me besó, pero el beso se disolvió en susurros y acabamos hablando, tumbados juntos a oscuras, hasta que la tormenta remitió y murió. Cuando Lisa se durmió, me levanté y preparé el equipaje para el viaje en tren de la mañana.

Metí las pistolas, la munición, los cuchillos, algunos pasaportes y unos cuantos fajos de dinero en un compartimento del fondo de una cómoda. Dejé algo de dinero para Lisa en el primer cajón, donde pudiera encontrarlo.

Cuando terminé, me dirigí a la ventana y me senté en la silla de mimbre que le había regalado, lo bastante alta para permitirme contemplar la calle de abajo.

El último vendedor de té pasó bajo nuestra ventana, tocando delicadamente el timbre de la bicicleta para llamar la atención de los adormilados vigilantes nocturnos. Poco a poco el campanilleo fue apagándose hasta que la calle quedó en silencio. Ranjit, Vikram, Dennis el Baba Durmiente, Naveen Adair, Abdullah, Sanjay, Diva Devnani, Didier, Johnny Cigar, Concannon, Vinson, Rannveig, Escorpio, Géminis, Sri Lanka, Lisa: mis pensamientos, un viajero, navegaban de mar en mar con una estrella en el cielo negro como la tinta: Karla.

Lisa todavía dormía cuando me marché, al amanecer. Caminé, con el brío de la contrición, hasta una parada de taxis del paso elevado. Mi sombra jugaba como un perrillo en la mañana amarilla. Un taxista somnoliento aceptó de mala gana el doble de la tarifa. Las calles vacías por las que circulamos brillaban, bañadas de luz.

La estación, la catedral pagana de Bombay, hacía apresurarse a maleteros, pasajeros y equipajes por corredores de crucial importancia, donde cada asiento era precioso, cada asiento era imprescindible, cada asiento era esencial para el destino de alguien.

Y cuando el expreso a Madrás arrancó por fin, mi ventanilla despertó las calles para mí a lo largo de todo el recorrido por los suburbios manchados de lluvia hasta los árboles de las montañas y los valles verdes, más allá del hambre gris de la ciudad.

Una y otra vez, una y otra vez, salmodiaba el ritmo del tren. Me sentía bien: bien y mal al mismo tiempo. Mi corazón era una pregunta; mi cabeza era una orden.

Sri Lanka era peligrosa. En eso Lisa tenía razón. Pero Abdullah había hablado con Sanjay y le había sonsacado mi libertad a cambio de que cumpliera la misión que había prometido llevar a cabo. Y un trabajo, igual que otra cincuentena que había hecho, suponía un precio pequeño a cambio de salir limpio de la Compañía.

Me alegraba por Lisa, me alegraba de que se hubiera librado de mí, si eso era lo que quería. Todavía sentía por ella el mismo afecto preocupado, pero había empezado a acostumbrarme al hecho de que ya se había ido: Lisa se había ido y yo iba en un tren de guerra.

Lisa había descubierto su verdad y yo la mía. Seguía enamorado de Karla y no podía querer a nadie más.

Daban igual las intrigas que tramara Karla, con Ranjit o contra él. Daba igual que se hubiera casado con otro o que yo hubiera intentado amar a otra. Daba igual que no pudiéramos ser más que amigos. La quería, siempre la querría.

Me sentía bien y mal: estaba a una mala misión del bien.

Una y otra vez, cantaban las ruedas del tren, una y otra vez, una y otra vez, mientras granjas y campos y pueblos de sueños pasaban de largo por la ventanilla y un manto de cielo empañaba las lejanas montañas con la última lluvia de aquel año.

SEXTA PARTE

No había luna. Las nubes se escondían, temerosas de la oscuridad. Las estrellas brillaban tanto que cada vez que cerraba los ojos veía chispas en la negrura interior. El viento soplaba por todas partes, juguetón, feliz de vernos a la intemperie, en la superficie de ninguna parte, y el barco cabeceaba delicadamente como si nadara entre las olas en lugar de flotar sobre ellas.

Había esperado tres días en Madrás una noche así, igual que las otras sesenta y siete personas que me acompañaban. Esos días de espera se habían reducido a minutos: los minutos previos a la medianoche, los minutos previos a abandonar el peligro del barco por los peligros aún mayores de los botes y el océano.

Las olas lamían la proa y corrían en brumas saladas hasta popa, donde aguardaba en uniforme de faena y chaqueta de color azul marino, otro bulto más camuflado en la cubierta camuflada.

Miré las estrellas mientras el barco suspiraba entre las olas, a la deriva entre la noche negra y el mar aún más negro.

La mayoría de los cargueros oceánicos se pintan de blanco, crema o amarillo claro para que destaquen en el agua. Así, en caso de una emergencia en el mar, como una avería de los motores o una grieta en el casco, los equipos de búsqueda y rescate, por mar o aire, los ven desde lejos.

El *Mitratta*, un barco de cabotaje panameño de cincuenta mil toneladas, estaba pintado de azul marino de arriba abajo y unas lonas del mismo color tapaban el cargamento y los aparejos de cubierta.

El capitán pilotaba el puente con un panel de luces. El barco era tan oscuro que las luces de avance parecían criaturas minúsculas que se zambullían en las olas y volvían a emerger.

La gente se apiñaba en grupos como fardos de cargamento, que, por supuesto, es lo que eran. Viajeros clandestinos que transportaban sus sueños de contrabando y se hablaban en susurros, aunque no se oía ni una palabra. Sus murmullos siempre quedaban por debajo del ruido del oleaje. Víctimas de guerra convertidas en maestros del silencio.

De pronto necesité compañía. Recorrí la cubierta balanceándome hasta el primer grupo. Les sonreí, mis dientes destacaron en la oscuridad. Me sonrieron, sus dientes destacaron en la oscuridad.

Me senté a su lado. Se pusieron otra vez a murmurar.

Hablaban en tamil. No entendí nada, pero no me importó. Me rodeó la burbuja de cuchicheos, la suave música de sus voces cayendo a nuestro alrededor en la cubierta de acero pintado.

Entonces se acercó una silueta y se agachó a mi lado. Era Mehmood, apodado Mehmu, mi contacto a bordo.

-Es una guerra de jóvenes -me dijo en voz baja, mirando los rostros de los tamiles más próximos-. La patria de los tamiles en Sri Lanka es una idea vieja, pero por la que están muriendo jóvenes. ¿Me acompañas?

-Claro.

Lo seguí hasta la cubierta de popa.

-No se fían de ti -dijo, encendiendo dos cigarrillos y pasándome uno-. No es nada personal. No saben quién eres ni qué haces en el grupo. Cuando te encuentras en una situación como la suya, que lo único que hace es empeorar, todo el mundo supone una amenaza, incluso un amigo.

-¿Estás en el barco en todos los trayectos?

-Sí. Descargamos las mercancías legales y regreso con el barco a Madrás.

-No me gustaría tener que hacerlo cada mes. Los patrulleros nos han pasado cerca e iban bien armados.

Se rió por lo bajo.

-¿Sabes algo de los musulmanes tamiles de Sri Lanka?

-No mucho.

-Pogromos. Infórmate.

Se rió, pero era solo la tristeza, que había encontrado otro modo de manifestarse. Se enderezó.

-El oro y los pasaportes que llevas ayudarán. Tenemos que comprar la libertad de los encarcelados y luego hay que sacarlos de Sri Lanka para que cuenten al mundo lo que ocurre. Para los demás es otra guerra civil. Para nosotros es una guerra que no comenzamos pero en la que tenemos que combatir. Para nosotros no es cuestión de nacionalidad, sino de fe.

Fe, otra vez. No había ninguna causa noble ni pura en mi misión. No había más causa que la mía. Me avergonzaba pensarlo en compañía de un hombre que arriesgaba la vida por sus creencias.

Los lingotes de cien gramos de oro que transportaba se habían fundido con las joyas que la Sanjay Company había robado u obtenido mediante extorsión. Estaban manchados de sangre y los llevaba de contrabando: no tenían nada de puro ni noble.

Pero dentro, en alguna parte, resistía una esquirla de fe. La misión sagrada de Mehmu para mí era solo un trabajo, cierto, pero la misma nave negra nos transportaba a ambos a la misma guerra oscura. Y para mí era una guerra de uno: la libertad de un hombre de una banda que en otro tiempo había sido una hermandad.

La fe es creer sin miedo y la libertad es una de las perfecciones de la fe. De pie en aquella cubierta disimulada, escuchando oraciones en árabe, hindi, inglés, cingalés y tamil, bajo unas estrellas tan brillantes que quemaban los ojos como pequeños soles, deposité toda mi fe en la libertad y le pedí mi pistola a Mehmu.

Se levantó el suéter para enseñármela, sujeta por el cinturón de los pantalones. Era una Browning HP, utilizada habitualmente por el ejército indio. Los castigos por traficar con ellas eran severos, razón por la cual los militares que las vendían cargaban un plus.

Me gustaba Mehmu y esperaba que pudiera acompañarme en Sri Lanka. Era un hombre de treinta años, informado y en forma, que hablaba seis idiomas e inspiraba confianza. No me gustaba la pistola de Mehmu.

-¿Y esa pipa?

-Es... un poco llamativa, lo admito -contestó, mirando alrededor para entregarme la pistola y una revista.

-¿Llamativa? Canta como una cebra haciendo cola.

Comprobé el arma y puse el seguro.

-Si te atrapan armado en esta guerra, que sea con esta pistola. Con cualquier otra arma, se entretendrán un buen rato contigo antes de arrojarte al mar desde un helicóptero, más o menos por aquí.

-¿Esta pistola?

-Con esta tienes una oportunidad. El ejército indio ha ocupado la isla, pero hay independientes por todas partes. Estadounidenses, israelíes, sudafricanos, y todos trabajan para los espías indios de la RAW. Si el ejército indio te atrapa con esta pistola, puedes intentar hacerte pasar por agente de la RAW. Es difícil, pero no serías el primero que lo consigue. Esto es el salvaje Oeste.

-¿O sea que voy con un pistolón y cuando lo vean, como es grande, trato de convencerlos de que trabajo para ellos y luego, si me dejan con vida, empiezo a colaborar con ellos?

-Son cosas que pasan -dijo, encogiéndose de hombros-. Bastante a menudo, la verdad.

-Dame un arma pequeña, Mehmu. No quiero matar un ñu. Me basta con que haga suficiente ruido para tener tiempo de escapar. Si me atrapan, la tiraré y negaré que sea mía. Lo prefiero a empezar a trabajar para ellos.

-Pero una pistola pequeña... -musitó-. Siempre digo que si para matar a alguien tienes que dispararle en un ojo, la pistola es demasiado pequeña.

Me quedé mirándolo un rato.

-¿Una pistola pequeña? -Respiró por la nariz-. Con una pistola pequeña o aciertas en el ojo o es como tirar arena.

-No me digas.

-Pues claro. Son cosas que pasan. Bastante a menudo, la verdad.

-¿Tienes una pistola pequeña o no?

-Sí. Si estás dispuesto a intercambiarlas.

-Enséñamela.

De los bolsillos de la chaqueta se sacó una cajita de cartuchos y una automática del calibre 22. Era la clase de pistola diseñada para llevarla en el bolso junto al pintalabios, el perfume y la tarjeta de crédito: una pistola de mujer.

-Me la quedo.

Intercambiamos las armas. Comprobé la pistola y me la guardé en el bolsillo de la chaqueta.

-Yo la envolvería en plástico -me recomendó, volviendo a encajarse la Browning en los pantalones-. Y la aseguraría con esparadrapo.

-¿Por si termino en el agua?

-Son cosas que pasan.

-¿Sí?

-Bastante a menudo, la verdad. ¿Qué? ¿Es tu primer contrabando o qué?

Había entrado pasaportes y oro de contrabando en nueve países, pero siempre en avión y siempre con Aerolíneas Checoslovacas. La aerolínea comunista era la única de Bombay que aceptaba pagar los billetes en rupias y buscaba armas en los controles, pero nada más. Cualquier otra cosa que llevaras encima en los vuelos en tránsito, desde lingotes de oro a fajos de dinero, era asunto tuyo. Y como nadie salvo los checoslovacos viajaba a la Checoslovaquia comunista en Aerolíneas Checoslovacas, no les atañía.

-Suelo ir en avión. Ida y vuelta en setenta y dos horas. No navego.

-¿No navegas?

-No me gusta el poder, ni en tierra ni en el mar.

-¿El poder?

-El poder. El poder absoluto. La ley del mar.

-¿Te refieres al capitán?

-A cualquier capitán. Creo que el último barco libre fue el *Bounty*.

Voces roncas comenzaron a cuchichear cerca de los montones del cargamento sujetos a la cubierta. La gente empezó a levantarse. Vimos figuras moviéndose entre grupos de sombras.

-¿Qué están haciendo?

-Reparten cápsulas de cianuro para quien las quiera.

-¿La gente hace eso?

-Bastante a menudo, la verdad.

-¿Sabes una cosa, Mehmu? El asunto de subir la moral se te da fatal.

-¿Quieres una cápsula para suicidarte, ya que las reparten?

-¿Ves a qué me refiero?

-¿Quieres o no?

-Soy más de los que patean y berrean hasta el final, pero gracias de todos modos.

El alboroto de cubierta creció. El primer oficial del barco se dirigió a babor con varios miembros de la tripulación filipina. Destaparon unos fardos de escalerillas de cuerda y madera y empezaron a desenrollarlas por la borda.

-Será mejor que bajes a por tus cosas -dijo Mehmu-. Te espero en las escaleras.

Me abrí paso por el lado en comparación vacío de estribor hacia el camarote de la tripulación.

Envolví la pequeña automática y la munición con bolsas de plástico, las sellé con esparadrapo y las metí en la mochila. Me quité la chaqueta y el suéter, me puse un chaleco grueso que llevaba escondido y volví a vestirme.

El chaleco contenía veinte kilos de oro y veintiocho pasaportes vírgenes. Sin esfuerzo, me subí la cremallera de la chaqueta y paseé por el camarote para adaptar el caminar al peso extra.

Había un cuaderno abierto sobre la cama. Había intentado escribir un relato nuevo. Me retaba a mí mismo con un tema difícil. El relato trataba sobre gente feliz y amorosa en un lugar feliz y amoroso haciendo cosas felices y amorosas. No me estaba quedando bien.

Guardé el cuaderno, la pluma y el resto de los objetos de la cama en la mochila y di media vuelta. Al ir a apagar la luz me vi la cara en el espejo del panel de la puerta.

La cruda verdad de viajar a países y culturas alejados de los propios es que, a veces, tientas a la suerte. El Destino, que es el guía turístico, puede conducir a cualquier viajero en cualquier momento del viaje a un laberinto de aprendizaje y amor o hacia el largo túnel de una aventura peligrosa. Y todo viajero reconoce esos momentos ante el espejo: la última vez que te miras con detenimiento antes de decirte «Vale, adelante».

Apagué la luz y regresé a cubierta.

Se habían formado colas frente a las escaleras de mano. El primer oficial susurró una orden y los clandestinos comenzaron a desembarcar.

Avancé, era el último de la fila. Un miembro de la tripulación entregaba chalecos salvavidas y ayudaba a la gente a ponérselo.

Mehmu estaba a mi lado.

-Quédate también el mío -dijo cuando el marinero me puso el chaleco.

Nuestras miradas se cruzaron. Sabíamos que si caía al mar cargado con veinte kilos de oro quizá un solo salvavidas no me mantendría a flote.

El marinero me dio el otro chaleco y después me entregó un pequeño objeto metálico y me empujó hacia delante.

-¿Qué es? -pregunté cuando Mehmu y yo nos detuvimos un instante alejados de la atestada baranda.

-Un chasqueador.

Era un juguete infantil fabricado con dos piezas de latón que emitían un chasquido al apretarlas. Apreté.

Clic-clac.

-Si acabas en el agua -me dijo Mehmu-, no te muevas. Quédate con los demás.

-¿Los demás?

-El barco mandará un bote mientras gira a una distancia más o menos de un clic hasta que no haya peligro.

-¿A un clic de distancia?

-Cuando oigas o veas algo, indícales dónde estás apretando el chasqueador. La mayoría lo sujetan entre los dientes para no perderlo.

-Parece sacado de una película -dije, devolviéndole el chasqueador-. *La guerra más larga*, creo que se titula.

-*El día más largo*.

-Sí, esa. ¿La has visto?

-No. ¿Por qué?

-Pues échale un vistazo. Gracias por todo, Mehmu. Ha sido un placer navegar contigo aunque no me guste navegar.

-Igualmente. Si te topas con una treintañera corpulenta de metro sesenta y cinco vestida con un hiyab celeste, no le enseñes la pistola.

-¿Se la has robado a una chica?

-Más o menos.

-¿Amiga o enemiga?

-¿Cambia algo?

-Joder, claro.

-Un poco las dos cosas. Es mi mujer.

-¿Tu mujer?

-Sí.

-¿Y la quieres?

-Estoy loco por ella.

-Y... si le enseño la pistola... ella...

-Te disparará. Son cosas que pasan. Bastante a menudo, la verdad. Una vez me disparó. Mi mujer es una luchadora.

-Vale, a ver si lo he entendido bien. Corpulenta, treinta años, metro sesenta y cinco, hiyab azul. ¿Correcto?

-Correcto. De hecho se llama así. Es su nombre de camarada.

-¿Cómo?

-Hiyab Azul.

-¿Se llama Hiyab Azul?

-Sí.

-Vale... Gracias por avisar.

-De nada -dijo sonriendo-. Le advierto a todo el mundo. Es tan peligrosa que me muero por ella.

-Ya veo.

-Y recuerda, hasta la costa solo hay una norma. Si alguien intenta quitarte el sitio en el bote, lo empujas por la borda.

-¿Eso pasa?

-Bastante a menudo, la verdad.

-¡Tú! -gruñó el primer oficial, clavándome un dedo.

Me dirigí a la baranda, pasé por encima y comencé a descender por la escalera de mano.

Resultó mucho más difícil de lo que había imaginado. La escalera se retorcía y se balanceaba por encima del mar, obligándome a abrazarme a la cuerda y la madera como si fueran de mi familia. Luego la escalera golpeó contra el acero rígido del casco y me peló los dedos.

Llegué a los dos últimos peldaños. Los tres botes parecían minúsculos: peces piloto planeando contra la sombra de tiburón del carguero.

Eran botes de pesca, planos y abiertos, versiones grandes de los botes salvavidas de la cubierta del barco pero con motor. Seguíamos en mar abierto. El bote donde pensaba caer estaba atestado. No parecía seguro. Di los últimos pasos y el olor a pescado, impregnado en las cuadernas del bote, me tranquilizó.

«Pescadores -pensé-. Los pescadores conocen el mar.»

Unas manos amigas me guiaron a popa, avancé pisando pies y pequeños fardos. Unas manos amigas guiaron a otros a proa. La tripulación estaba distribuyendo el peso.

Conté veintitrés personas. La tripulación del carguero indicó por gestos que estaba todo a punto y recogió las escaleras. Nuestro timonero nos alejó del barco y se adentró en mar abierto a motor.

El motor, protegido por un armario insonorizado, no se oía.

Clic-clac.

Un bote cercano nos mandaba señales en la oscuridad. Clic-clac. Todos nos giramos. Clic-clac, nos respondieron. Clic-clac.

-¿Sabes cuál es la diferencia entre la guerra y la paz? -me susurró en tono sonriente el hombre que iba sentado a mi lado.

-Ahora me la dirás -respondí en susurros.

-En tiempos de paz, sacrificas a veinte para salvar a uno. En tiempos de guerra, sacrificas a uno para salvar a veinte.

-No está mal -dije sonriendo.

-¿No estás de acuerdo?

-No sacrificamos por cifras. Sacrificamos por amor y territorio.

-En esta guerra las cifras son tan altas que marcan la diferencia.

-Hablabas de la guerra y de la paz.

-¿Y?

-En la guerra la sangre corre por fuera. En tiempos de paz la sangre va por dentro, por donde debe. Por lo que he visto, es la única diferencia. La guerra derriba edificios, la paz los reconstruye.

Se rió por lo bajo, con los labios cerrados.

-Soy tu contacto -dijo.

-¿Eh?

-He venido en el bote. Para asegurarme de que llegas a tu destino.

Era algo más joven que yo, bajo y delgado, con una sonrisa descarada que debía de haberle granjeado besos y costado bofetones.

-Encantado de conocerte. ¿Cuánto falta para la costa?

-No mucho.

Me entregó una jarra de plástico y se puso a achicar el agua que entraba de vez en cuando con el oleaje. Lo imité. Por todo el bote la gente achicaba agua. El timonero se rió por lo bajo.

Clic-clac.

El mar, de sueño inquieto, giraba sobre las corrientes que nos pasaban por debajo. El agua salpicaba el interior del bote y nos empapaba de sal. Clic-clac.

Cuando los botes arribaron a la orilla saltamos al agua, que nos cubría hasta la cintura, y avanzamos hacia la playa. Los botes comenzaron a alejarse.

Corrimos hacia los árboles. Al alcanzarlos, me giré para mirar al mar. Los hombres y las mujeres más lentos seguían corriendo, hollando la arena mientras pateaban y alborotaban por la playa: en un día soleado habría parecido una diversión, una carrera tal vez, pero de noche asustaba.

No se veía la menor señal del barco: no había más luz que las estrellas.

Mi contacto me hizo señas desde otro grupo de árboles. Me reuní con él y nos adentramos en la jungla. Al poco, se detuvo y escuchó.

-¿Cómo te llamas? -susurré cuando estuvimos seguros de que no nos seguían.

-Nada de nombres. Cuanto menos sepas, mejor. La verdad es un caramelo, a menos que te la arranquen a la fuerza: entonces amarga. ¿Listo para avanzar?

-Listo.

-En la carretera principal nos espera un camión con dirección al sur. Nos espera, pero no mucho tiempo. Los botes se han desviado un poco de la ruta. Tenemos mucho campo que recorrer y poco tiempo.

Nos adentramos en los matorrales y a los pocos minutos estábamos atravesando la jungla que crecía paralela a la costa. De vez en cuando atisbábamos olas negras por un claro de la arboleda, pero al cabo de un rato dejamos de oír el mar porque estaba demasiado lejos e incluso el olor se perdió en las intensas fragancias de la humedad de la jungla.

Mi contacto nos condujo de una asfixiante masa vegetal a otra, con hojas del tamaño de las orejas de un elefante, hasta que salimos a un estrecho sendero que solo vimos cuando se nos echó encima.

No se guiaba por las estrellas: no se veían. Su mapa mental de la jungla era tan preciso que avanzó veloz sin titubear en ningún momento.

Lo perdí un par de veces. En cada ocasión, me paré y traté de oír sus pasos. En cada ocasión, no oí nada hasta que me tocó en el hombro y

reanudamos la marcha.

Entre la mochila y el chaleco de contrabando transportaba treinta y cinco kilos. Pero el peso no era el problema. Para evitar que el chaleco se moviera y se descolocaran los lingotes, me lo había atado al pecho y la cintura. Cada respiración era un suplicio.

Atravesamos un borde de hojas y arbustos y salimos a la carretera.

-Tenemos que ganar tiempo -anunció mi compañero, mirando el reloj-. Nos arriesgaremos un rato por una carretera secundaria. Es mucho más rápido. Si ves alguna luz, corre a esconderte entre los árboles. Ya los despistaré yo. Tú no te muevas. ¿Entendido?

-Sí -dije, resoplando.

-¿Quieres que te lleve el chaleco un rato?

-Estoy bien.

-Deja al menos que lleve la mochila -susurró.

Me descolgué la mochila del hombro y se la colocó.

-Vale, corramos un poco.

Corrimos por la tosca carretera secundaria en un silencio tan absoluto que nos asustábamos al oír el grito de un animal o un pájaro. Cada respiración tiraba del chaleco constrictor.

«En realidad -me había dicho una vez un traficante de armas nigeriano-, el contrabandista se pasa de contrabando a sí mismo. El resto de lo que transporta es solo una excusa.» Para cuando llegamos al punto de recogida, mi excusa amenazaba con detenerme el corazón.

-Ya hemos llegado -dijo mi contacto.

-Aleluya -resoplé-. ¿Nunca habéis oído hablar de las motos?

-Lo siento, tío -se excusó con una sonrisa al tiempo que me devolvía la mochila-. Pero creo que hemos llegado a tiempo.

-¿Crees? -resollé con los brazos en las rodillas.

-¿Tienes un arma?

-Por supuesto.

-Tenla a mano.

Desenvolví la pistola mientras él comprobaba y recargaba su automática de diez disparos. Miró alrededor y vio la pistolita del calibre 22.

-Si te topas con una mujer corpulenta con un hiyab azul...

-Lo sé. Que no le saque la pistola.

-Joder, tío -dijo con una mueca-. Te gusta el riesgo.

-Algo me dice que Hiyab Azul deja huella.

-Está bien. Es una gran camarada -dijo riéndose-. Pero no le saques la pistola.

Volvió a consultar el reloj y escudriñó la oscuridad que devoraba la carretera allí donde no alcanzaba la luz de las estrellas.

-Si esto va al sur, tú también -dijo, volviendo a mirarse el reloj-. Sigue rumbo al sur. La carretera lleva a Trincomalee. Quédate en la jungla mientras puedas. Si lo consigues, dirígete al hotel Castlereagh. Tienes una reserva de dos semanas. Alguien se pondrá en contacto contigo.

-¿Ya te vas?

-Sí. No volveremos a vernos.

Se puso a farfullar algo incomprensible.

-¿Qué?

-Un diamante por una perla -dijo.

Aguardé.

-Los tamiles no deberíamos estar aquí. Dejamos un diamante, la Madre India, por una perla. Y da igual lo que hagamos, da igual cuántos muramos, nunca valdrá la pena porque dejamos un diamante por una perla.

-¿Por qué sigues luchando?

-No sabes mucho de los tamiles, ¿eh? ¡Espera! ¿Lo has oído?

Escuchamos un rato la oscuridad. Un animalillo cruzó por la jungla con paso veloz y sibilante entre las hojas. El silencio volvió al bosque.

-Lucho contra el ejército que me formó -dijo en voz baja, escudriñando la carretera en dirección norte.

-¿El ejército indio?

Por entonces, la mayor presencia militar en Sri Lanka era la de la IPKF, la Fuerza de Paz India.

-La RAW -repuso-. Nos entrenaron a todos. Bombas, armas, coordinación táctica, de todo.

La RAW, siglas inglesas del Departamento de Investigación y Análisis, era la unidad de contrainteligencia india. Tenía una reputación atroz en toda la región. Los agentes de la RAW estaban muy bien entrenados y motivados y su permiso para actuar «por cualquier medio necesario» iba dejando, allí donde pisaban las botas de sus comandos, un rastro de preguntas y pocas respuestas.

Los espías indios recababan información de numerosas fuentes, bandas criminales incluidas. Todas las compañías mafiosas de Bombay conocían a alguien de la RAW, abiertamente o en secreto, y todas las compañías mafiosas sabían que no debían enfrentarse a la RAW.

-Y ahora nos han declarado la guerra -añadió mi contacto con un suspiro atribulado-. Un diamante aplastando una perla.

Oímos un ruido, quizá chirridos lejanos de algún motor, y nos agachamos entre los arbustos con la vista clavada en el túnel que formaba la carretera. Luego oímos el inconfundible gruñido y las toses del motor de un camión remontando una cuesta.

El camión, alto y tambaleante, apareció a lo lejos y comenzó a descender la colina hacia nosotros.

-¿Es el nuestro?

-Sí -respondió el contacto con una sonrisa, levantándome con él.

Nos acercamos al borde de la carretera, donde agitamos una pequeña linterna de luz azul. El camión chirrió y se detuvo, con el motor en marcha.

Mientras nos aproximábamos descubrí que un jeep con las luces apagadas había seguido al camión y se había parado a su sombra.

Mi contacto me dirigió al jeep. Eché un vistazo a la parte trasera del

camión y vi a unas quince personas sentadas en balas de algodón.

-Tú irás en el jeep -me dijo el contacto-. Eres periodista, ¿recuerdas? No puedes viajar con el populacho.

Mi nombre de tapadera era James Davis, canadiense y corresponsal a tiempo parcial de la agencia de noticias Reuters. Tenía un pasaporte y una acreditación impecables: los había hecho yo.

Nos estrechamos la mano, sabedores de que probablemente no volveríamos a vernos nunca más y de que también era probable que en menos de un año uno de los dos, o los dos, hubiera muerto.

Se inclinó hacia mí.

-Acuérdate de registrarte en el Castlereagh, sé discreto, y en menos de cuarenta y ocho horas se pondrán en contacto contigo. Buena suerte. Que Maa Durga te guarde.

-Y a ti.

Se alejó para trepar por la puerta trasera del camión y subirse a una bala de algodón. Se despidió con la mano y me sonrió.

Por un momento la imagen me recordó al trono de sacos del patio de los Asesinos de la Bici, pero con fantasmas de la guerra en lugar de asesinos a sueldo.

Me subí al asiento del acompañante y saludé al conductor y a los dos jóvenes que viajaban detrás.

El camión arrancó y el jeep lo siguió. La cara de mi contacto flotaba en la sombra bamboleante que lo transportaba hacia el sur. Me sostuvo la mirada.

La gente que aborrece el crimen, como yo, a menudo pregunta por qué los hombres que lo cometen, como yo, hacen lo que hacen.

Una de las grandes respuestas es que es el camino más fácil, hasta que sucumbe al deseo. Una de las respuestas pequeñas es que, cuando están en juego la vida y la libertad, los hombres con los que coincides son a menudo excepcionales. En otras vidas, serían magnates de la industria o capitanearían ejércitos.

En la jungla, a la fuga, son amigos, porque un amigo es cualquiera dispuesto a morir a tu lado. Y cuesta encontrar a hombres dispuestos a morir contigo sin ni siquiera conocerte, a menos que trates con

muchos policías, soldados o forajidos.

El camión giró por una carretera lateral. Las sombras se cerraron sobre la cara del contacto. Nunca más volví a verlo ni a saber de él.

Nosotros avanzamos otros veinte minutos y luego el conductor paró el jeep en un claro, junto a la carretera.

-Prepara el pasaporte y la documentación. Vamos a cruzar varios controles. Unas veces están vigilados y otras no. Últimamente la zona está tranquila. Ponte esto.

Me entregó un chaleco antibalas azul marino con la palabra PRENSA en el pecho. El conductor y los dos hombres de atrás también se pusieron chalecos antibalas y el primero pegó un cuadrado blanco con la misma palabra en el parabrisas.

Pasamos por delante de algunas cabañas y chozas y luego vimos las primeras casas grandes. Lo que parecía la luz de un incendio forestal en el horizonte resultó ser la luminosa ciudad, a solo diez kilómetros de distancia.

Pasamos tres controles desatendidos y, en cada caso, primero aminoramos al máximo y luego aceleramos. Bordeando la ciudad, alcanzamos el mirador costero de Orr's Hill y el hotel Castlereagh en poco menos de una hora.

-Qué suerte -dijo el conductor al detener el jeep en el camino de entrada-. Esta noche actúa una estrella de Bollywood para las tropas indias. Supongo que no han podido evitar venir a verla.

-Gracias por la ayuda.

-De nada -respondió con una sonrisa-. Que Jesús te acompañe, camarada.

-Y a ti.

El jeep retrocedió por el camino del hotel y se alejó. Los contactos locales habían sido un musulmán, un hindú y un cristiano, y todos habían empleado el término «camarada». Mis contactos eran siempre trabajadores del mercado negro: hombres en los que confiabas hasta cierto punto. Los camaradas suponían una novedad. Me preguntaba qué otras sorpresas me había preparado Sanjay. Me cargué la mochila al hombro y levanté la vista hacia la proa a dos aguas del hotel Castlereagh.

Pertenecía al estilo colonial blanco con el que los blancos se construían sus edificaciones allí donde podían robar algo de oro. El oro del chaleco que llevaba atado al pecho procedía de una de tales colonias, y no veía el momento de desprenderme de él.

Me detuve y practiqué mi nombre. Un contrabandista tiene que vivir un tiempo con un nombre y un acento falsos antes de utilizarlos. Yo, un fugitivo a cuya cabeza habían puesto precio, coleccionaba acentos y los practicaba a la menor ocasión.

«Soy James Davis. James. Me llamo James Davis. No. Soy Jim Davis. ¿De niño me llamaban Jimmy? Jim Davis, encantado de conocerte. No, por favor, llámame Jim.»

Cuando encontraba el nombre falso que me inspiraba confianza, me sumergía en la nueva vida que me tocaría vivir una temporada. En cambio, la guerra simplificaba el problema para mi compañero, mi contacto, que se había perdido como una sombra en la parte trasera de un camión. Cuando no estaba con personas de confianza o seres queridos, sencillamente no tenía nombre.

Subí la escalera de granito y baldosas, crucé la galería de madera y llamé al cristal decorado con filigranas de la puerta principal. Al poco, el portero de noche abrió una rendija de la puerta.

-Davis -dije, adoptando fácilmente el acento canadiense-. Jim Davis. Tengo una reserva.

Me hizo pasar, aseguró la puerta y me acompañó al mostrador de recepción, donde copió la información de mi pasaporte en un libro de registro del tamaño de media mesa de billar. Llevó un rato.

-La cocina está cerrada, señor Davis -dijo por fin, cerrando el libro página a página como si estuviera haciendo una cama-. En este momento tenemos pocos huéspedes. La temporada comienza dentro de tres meses. Pero podemos ofrecerle un refrigerio y una buena copa, si le apetece. El especial de la casa.

Cruzó la amplia zona de recepción y encendió una lámpara al lado de un cómodo sofá de tela. Volvió a cruzar la sala con movimientos ágiles y abrió la puerta que conducía a los servicios.

Encendió otra luz y cogió una toalla.

-¿Le gustaría refrescarse un poco, señor Davis?

Yo tenía hambre y sed. No quería pasarme un mínimo de media hora

preparando un buen escondite para el chaleco del oro en la habitación del hotel. Mientras lo llevara puesto, el chaleco estaba a salvo.

Acepté la toalla, me lavé la cara y las manos, y luego me senté en el sofá, donde el portero ya me había acondicionado un sitio.

-Me he tomado la libertad de prepararle una bebida, señor Davis -dijo poniéndome delante un vaso de tubo-. Coco, lima fresca, un toque de jengibre y unas escamas de chocolate amargo, además de algunos ingredientes secretos. Si no le gusta, le prepararé otra de su elección.

-De momento, prefiero que elija usted, señor... ¿Cómo se llama?

-Ankit, señor. Me llamo Ankit.

-Bonito nombre. «El Completo.» Yo soy Jim.

-¿Conoce los nombres indios, señor?

-Conozco los nombres indios, Ankit. ¿De dónde eres?

-De Bombay -dijo, sirviéndome una bandeja de sándwiches-. Como tú.

Era mi contacto del hotel o un enemigo. Confiaba en que fuera el contacto. Los sándwiches tenían buena pinta.

-¿Te apetece sentarte?

-No puedo -dijo, hablando en voz baja-. Si entra alguien daría mala imagen. Pero gracias de todos modos. ¿Todo bien?

Quería decir: «¿Vas a causar problemas?». Una pregunta justa.

-Sí, gracias -dije, prescindiendo del acento canadiense-. Hemos cruzado algunos controles vacíos. Hemos tenido suerte. Hay una estrella de cine en la ciudad entreteniendo a las tropas.

Se relajó, y se permitió apoyarse en el respaldo de un sillón.

Era un poco más alto que yo, delgado, de unos cuarenta y cinco años y pelo espeso y gris. Tenía la mirada despierta y estaba en forma. Supuse que había aprendido a moverse con gracilidad y confianza boxeando o practicando artes marciales.

-He preparado alguno vegetariano -dijo, señalando la bandeja de sándwiches.

-Tengo tanta hambre que me comería una servilleta. ¿Te importa que

empiece?

-¡Come! ¡Come! -dijo en hindi-. Te iré informando mientras comes.

Me lo comí todo. El cóctel también estaba rico. Mi contacto, Ankit, un hindú de Bombay en medio de una guerra en la que participaban budistas, musulmanes y otros hindúes, era un buen anfitrión y un activo valioso. Mientras yo comía, fue enumerando las exigencias de mi interpretación de un periodista durante dos o tres días.

-Y, lo más importante, tienes que presentarte a diario en el control antes de mediodía para que te sellen el permiso -concluyó-. Es obligatorio. Si te quedas unos días por aquí y ven que te falta un sello, te detendrán. ¿Alguna vez has tenido la impresión de que no te quieren?

-Hace tiempo que no.

-Bueno, pues si te saltas un día y se enteran, tendrás la impresión de que el universo ya no te quiere.

-Gracias, Ankit. ¿Es que en esta guerra nadie tiene sentido del humor? ¿El universo ya no me quiere? Suena tan deprimente que necesito inmediatamente otro de tus cócteles especiales.

-No te saltes el control -dijo riéndose y regresando al pequeño bar del salón.

Regresó al bar en varias ocasiones, supongo. A la tercera perdí la cuenta, porque después todo me pareció lo mismo, como ver pasar la misma hoja flotando corriente abajo, una y otra vez.

No iba colocado. Ankit era un barman excelente: de los que saben el grado de borrachera exacto que te conviene. Tenía la voz suave, amable y paciente, aunque, al poco, dejé de entender lo que me decía. Me olvidé de la misión y de Sanjay.

Unas flores tan grandes que no me llegaban los brazos para rodearlas me cerraban los párpados. Me tambaleaba, lentamente, a la deriva, prácticamente ingrávido, entre pétalos como plumas.

Ankit hablaba.

Cerré los ojos.

Las flores blancas se convirtieron en un río. El río me llevó a un remanso de paz entre los árboles, donde un perro se me acercó

corriendo, preso de una gran alegría, y posó contento sus patas sobre mi pecho.

-¡Davis!

El perro me arañaba con las patas en los límites del sueño, tratando de arrastrarme de vuelta a aquel lugar, el lugar sagrado.

-¡Davis!

Abrí los ojos. Me habían tapado con una manta. Seguía sentado donde me había dormido, pero Ankit me había colocado una almohada bajo la cabeza y una manta sobre el pecho. Tenía la mano en el bolsillo de la chaqueta, alrededor de la pistola. Me bastó respirar hondo para confirmar que el chaleco seguía en su sitio.

«Bien.»

Un desconocido se cernía sobre mí.

-Aparta.

-Claro, claro -dijo el hombre, enderezándose y tendiéndome la mano-. Soy Horst.

-¿Sueles despertar a la gente para presentarte, Horst?

Se rió. Fuerte. Demasiado fuerte.

-Vale, Horst, hazme un favor. No vuelvas a reírte así hasta que me haya tomado dos cafés.

Se rió otra vez. Mucho.

-Te cuesta aprender, ¿no?

Se rió otra vez. Luego me ofreció una taza de café caliente.

Estaba delicioso. Alguien que te trae un café bueno, cargado, cuando hace solo cuatro horas te has pasado treinta minutos borracho no puede caerte mal.

Lo miré.

Tenía los ojos azules, como descoloridos por el sol. La cabeza me pareció demasiado grande. Pensé que sería culpa de las bebidas de coco de Ankit hasta que me levanté y constaté que la cabeza estaba desproporcionada.

-Menudo cabezón -dije mientras le estrechaba la mano-. ¿Alguna vez

has jugado al rugby?

-No -se rió-. No te imaginas lo que me cuesta encontrar sombreros de mi talla.

-No -admití-. Gracias por el café.

Eché a andar. Todavía en la penumbra. Quería llegar al dormitorio antes del amanecer y dormir un poco más.

-Tienes que presentarte al control -dijo-. Hazme caso, para nosotros es mucho más seguro ir antes del amanecer que en cualquier otro momento, *ja*.

Todavía llevaba puesto el chaleco de prensa. Horst me invitaba a acompañarle como colega periodista. Si tenía que ir, mejor ir acompañado. Se acabó lo de dormir.

-¿Para quién trabajas? -pregunté.

-*Der Spiegel*. Bueno, soy colaborador externo. ¿Y tú?

-¿Cuánto llevas aquí?

-Lo suficiente para saber cuál es la mejor hora para pasar el control.

-¿Tengo tiempo de lavarme un poco?

-Si vas rápido.

Subí corriendo a la habitación, me desnudé, me di una ducha rápida, me sequé y volví a vestirme en seis minutos.

Bajé las escaleras al trote, pero me encontré el vestíbulo vacío. Las ventanas de luz del amanecer brillaban con la misma intensidad que las luces del salón: una luz sin sombras.

Un arañazo flojo rompía el silencio. Los jardineros habían entrado a trabajar.

Recorrí la larga y ancha galería que daba a los jardines que rodeaban el hotel: una herida que la jungla trataba insistentemente de cerrar.

Siete empleados estaban en plena faena, podando, cortando y sulfatando el perímetro: el frente urbano en la guerra contra la naturaleza.

Los observé un rato mientras esperaba a Horst. Oía a la jungla hablar

mediante el viento.

«Dadnos veinticinco años. Marchaos. Regresad dentro de veinticinco años y veréis. Curaremos todo el dolor.»

-Me gustaría tener a algunos de esos trabajando para mí -dijo Horst, situándose a mi lado-. Mi novia tiene una casa en Normandía. Una maravilla y tal, pero da muchísimo trabajo. Un par de esos la arreglaban en un santiamén.

-Son tamiles -dije, contemplando cómo se movían por los prados iluminados de rocío-. Los tamiles son como los irlandeses. Están por todas partes. Si buscas, seguro que encuentras trabajadores tamiles en Normandía.

-¿Cómo sabes que son tamiles? -preguntó con desconfianza.

Me volví para mirarle. Quería otro café.

-Se encargan del trabajo sucio.

-Ah, claro, claro -dijo riéndose.

No tenía gracia. No me reí. Cambió la risa por un ceño fruncido.

-¿Con qué agencia me has dicho que trabajas?

-No te lo he dicho.

-Un tipo reservado, ¿eh?

-Los tiros son decorativos. La verdadera guerra se libra siempre entre nosotros, los periodistas.

-¿De qué estás hablando? -preguntó nervioso-. Solo te he preguntado con quién trabajas, nada más.

-Mira, si nos hacemos amigos y descubro un notición y me lo robas, tendré que perseguirte y darte una paliza. No es bueno.

Me miró entornando los ojos. Se le iluminaron.

-¡Reuters! -dijo-. Solo los capullos de Reuters son tan tacaños con las noticias.

Quería otro café. Ankit apareció a mi lado. Traía un vasito con algo.

-Perdón por la impertinencia, señor Davis, pero he pensado que necesitaría un reconstituyente -dijo Ankit-. La carretera que le espera

esta mañana no es agradable.

Me bebí el contenido del vaso y descubrí que era jerez, y además del bueno.

-Ankit -dije-, a partir de ahora somos familia.

-Muy bien, señor -respondió Ankit con idéntica serenidad.

-Tú -le dijo Horst-, ¿podrías descubrir si alguno de esos tiene permiso para trabajar fuera de Sri Lanka, por favor?

Impedí que Ankit respondiera levantando una mano.

-¿Vamos tirando antes de que se despierten los osos, Horst?

-¿Osos? -se rió, pronunciándolo con acento alemán-. Aquí no hay osos. Hay tigres, no osos. Los Tigres Tamiles. Están completamente chalados, los hijos de puta. Llevan todos cápsulas para suicidarse si los atrapan.

-No me digas.

-Por lo visto no entienden que al hacer eso, al suicidarse así, solo consiguen reforzar la determinación del otro bando para echarlos del país.

-¿Vamos o qué?

-Sí, sí, claro. No hace falta salir cagando leches.

-¿Qué?

-Que nada de ir cagando leches -repitió enfadado, cruzando el césped.

-Ya empezamos con las normas -dije, saliendo tras él a la carretera principal.

Los combates en Trincomalee habían cesado y hacía semanas que regía un débil alto el fuego. El personal alemán de *Der Spiegel* había regresado a la sede central para otros encargos. Horst, colaborador externo austríaco, se había quedado.

Estaba aguantando por si conseguía una historia nueva: una que pudiera presentar sin competencia. Confiaba, de hecho, en que los Tigres Tamiles lanzaran una nueva ofensiva en la zona y que sus desvaídos ojos azules fueran los primeros en ver la nueva guerra.

Era un joven bien educado, sano y alto, enamorado de una chica, probablemente encantadora, que vivía en una granja en Normandía, y esperaba que la guerra siguiera en Sri Lanka. «Periodismo -le había dicho una vez Didier a Ranjit, el magnate de la prensa-, la cura que se convierte en su propia enfermedad.»

-¿No llevas cámara? -preguntó Horst después de un cuarto de hora de camino hablando de él.

-La experiencia me dice que en los controles son alérgicos a las cámaras.

-Cierto -admitió-, pero ayer vi una cabeza cercenada por el camino. La primera desde hace un mes.

-Ajá.

-Y si hoy hay otra... no pienso compartir las fotos.

-Vale.

-No es culpa mía que te hayas dejado la cámara.

-Lo entiendo.

-Solo para que quede claro, ¿sí?

-No quiero imágenes de decapitados, Horst. Ni siquiera me gusta pensar en ello. Si encontramos otra cabeza por el camino, es toda tuya.

Encontramos otra cabeza en la carretera, solo cincuenta metros más adelante.

Al principio me pareció un truco: una calabaza o un calabacín pinchado en un palo a modo de broma macabra. A los pocos pasos, vi que era un chaval muerto, de unos dieciséis o diecisiete años.

Habían colgado la cabeza de un palo de bambú clavado en la tierra para que la cara muerta quedara a la altura de cualquier cara viva que pasara por allí, por la carretera principal.

Tenía los ojos cerrados. La boca, abierta.

Horst estaba ajustando la cámara.

-Te he avisado -dijo-. Te he avisado.

Eché a andar. Me llamó.

-¿Adónde vas?

-Ya me alcanzarás.

-¡No, no! Es peligroso ir solo por esta carretera. Por eso quería que fuéramos juntos. Deberías quedarte conmigo. Por tu propia seguridad.

Seguí andando.

-¡Dos en dos días! -exclamó la voz de Horst, perdiéndose en la distancia-. Pasa algo. Lo noto. Sabía que hacía bien en quedarme.

Estaba disparando la cámara.

Clic-clac. Clic-clac.

Matar al chaval era un crimen, pero empalar la cabeza era un pecado, y el pecado siempre exigía expiación. Mi corazón quería encontrar la manera de devolver la cabeza del chaval a sus padres, de ayudarles a localizar al resto del chico y darle descanso.

No podía hacer caso al corazón. Ni siquiera podía depositar en la tierra aquella cabeza muerta como me pedía a gritos el instinto. Llevaba un chaleco repleto de oro y pasaportes y mi pasaporte era igual de falso que mi acreditación de periodista. Era un contrabandista en plena misión y tenía que seguir adelante.

A solas en la carretera lloré al chaval, quienquiera que fuese, sin importar lo que hubiera hecho. Seguí caminando, recuperé mi cara de pocos amigos e intenté olvidarme del chaval en la jungla, luminosa durante un breve momento soleado entre tormentas.

Los árboles eran frondosos, crecían altos y fuertes entre arbustos y plantas, algunos de los cuales llegaban a la cintura y otros hasta los hombros.

De las hojas temblorosas caían gotas de la última lluvia a las gruesas raíces: devotos salpicando con aceites aromáticos los pies de los tres santos, cuyas ramas como brazos alzados y hojas que eran millones de manos habían rogado que la tormenta llegara del mar. «Sin árboles que rueguen por ella, no habría lluvia», me había dicho una vez Lisa mientras salíamos corriendo a disfrutar de la cálida lluvia del monzón.

Los vientos marinos pacificaban los árboles agitados por las tormentas. Las ramas se agachaban y se balanceaban, las hojas

espumosas ondeaban al ritmo del sonido de las olas rompiendo en la orilla del cielo. Los pájaros planeaban y descendían en picado, desaparecían en paredes vegetales y resurgían a toda velocidad, con las sombras destellando sobre la carretera mojada.

La Naturaleza estaba curándome, como hace la Naturaleza cuando se lo permitimos. Dejé de llorar al chaval muerto junto a la carretera y al niño perdido de mi interior, y dejé de repetir las palabras «cabeza cercenada».

Un coche avanzaba hacia mí desde el norte. Era un sedán blanco abollado, con los faros cubiertos por estrellas de cinta aislante negra. Lo conducía una mujer. Corpulenta. Baja. De unos treinta años. Vestía un hiyab azul.

Se detuvo a mi lado y se inclinó para bajar el cristal de la ventanilla.

-¿Qué cojones te crees que estás haciendo? -preguntó.

-Eh...

-No me lo digas.

-Pero acabas de preguntar...

-Sube al coche.

-¿Quién eres?

-Sube al coche.

Subí al coche.

-Estás en peligro -dijo, mirándome con desdén de arriba abajo.

-*Salaam aleikum* -saludé.

-*Wa aleikum salaam* -respondió, mirándome enfadada-. Tenemos que salir de aquí.

Arrancó y a los pocos segundos vimos a Horst, que seguía junto a la cabeza del chaval, tratando todavía de captar la fotografía perfecta. La mujer quería pasar de largo, pero la obligué a parar, a unos diez metros después del periodista.

-Si desaparezco en plena carretera se pondrá a preguntar por ahí. Yo me encargo.

Bajé del coche y corrí hacia Horst.

-¿Qué pasa? ¿Con quién vas?

-Acabo de enterarme -dije sin aliento-. Acaban de reanudarse los combates. Me largo pitando de aquí. ¿Quieres que te llevemos de vuelta al hotel?

Entornó los ojos, atisbando hacia el norte por la carretera vacía.

-No, creo que mejor me quedo. Ve tú. No pasa nada.

-No me gusta dejarte así justo cuando se pone peligroso.

-No, no, estoy bien. Iré al control para enterarme de lo que pasa. Vete.

Se recolocó la cámara y me tendió la mano. La estreché.

-Buena suerte -dije.

-Lo mismo digo. ¿Me harías un favor? Ya que te vas, guarda el secreto mientras puedas, ¿vale?

-No hay problema. Adiós, Horst.

Echó a andar, preparando la cámara.

Clic-clac.

Cuando volví al coche, vi que Hiyab Azul tenía la pistola en la mano. Me apuntó.

-Todo bien -dije.

Arrancó a toda velocidad conduciendo con una mano. Iba cambiando de marcha con la misma mano con la que asía la pistola y consiguió ponerme tan nervioso que me estremecí cuando golpeó violentamente la palanca con la base de la mano.

-¿Qué sois, novios? -preguntó-. Bla, bla, bla. ¿Qué le has dicho?

-Lo que quería oír. ¿Vas a dispararme?

Pareció pensárselo.

-No lo sé -respondió-. ¿Qué le has dicho a ese hombre? ¿De qué parte estás?

-De la tuya, espero. Y si me disparas, agujerearás algún pasaporte.

Viró el vehículo hacia un claro que se convirtió en un aparcamiento entre los árboles. Apagó el motor y agarró la pistola con ambas manos.

-¿Te parece divertido? Tengo que abandonar una tapadera en la que he trabajado dos años para recogerte en el hotel, coger el material y llevarte al aeropuerto.

-¿Una tapadera? ¿Qué eres, espía?

-Cállate.

-Eeeh... Vale,¿quién eres?

-Te encuentro en la carretera, solo -dijo, interrogándome con la mirada-. Luego te paras a hablar con un desconocido. Convénceme de que esto no es un error o por Alá que te meto un balazo en la cabeza y te arranco el oro del cuerpo.

-Si conocieras el sagrado Corán, bastaría con que te citara un número de versículo.

-¿Qué?

-Dos, doscientos veinticuatro.

-La Vaca -dijo con sorna, dando el nombre del versículo del Corán-. ¿Te estás metiendo conmigo? ¿Estás llamándome gorda?

-Pues claro que no. Estás... lozana.

-Corta el rollo.

-Has empezado tú.

-Volvamos al versículo, listo.

-Si no eres musulmán y piensas aprender algunos versos del Corán, lo mejor es empezar por el capítulo dos, versículo doscientos veinticuatro. «Jurando por Alá, no hagáis de él un obstáculo que os impida practicar la caridad, sed temerosos de Alá...»

-«... y reconciliad a los hombres» -concluyó por mí, sonriendo por primera vez.

-¿Procedemos? -pregunté, empezando a desatarme el chaleco.

Se guardó la pistola en el bolsillo de la falda, abrió la portezuela

trasera del coche y comenzó a levantar el asiento de atrás.

Debajo había un escondite, bajo una tapa falsa. Cuando le entregué el chaleco, inspeccionó hasta el último bolsillo y pasaporte.

Una vez satisfecha, metió el chaleco en el escondite y lo ocultó con la falsa tapa. El asiento volvió a su lugar con un chasquido y regresamos al coche.

-Pararemos en el hotel -dijo, arrancando-. Tienes que firmar la salida. En adelante tienes que ser un fantasma.

-¿Un fantasma?

-Calla. Ya hemos llegado. Sube, recoge tus cosas y firma. Iré a comprar gasolina para el coche y pasaré a buscarte dentro de quince minutos. Ni un segundo más.

-¿Te parece...?

-¡Largo!

Salí del coche. Subí corriendo las escaleras, entré en recepción y oí mi nombre.

-¡Señor Davis!

Era Ankit, el portero de día y de noche, de pie junto a una ventana en saliente. Sostenía una bandeja.

-He visto a Hiyab Azul -dijo cuando me acerqué-, y he pensado que podría necesitar una copa.

Tomé un trago largo de la copa.

-No te llaman «El Completo» porque sí, Ankit.

-Se hace lo que se puede, señor. Su equipaje está en recepción. Solo falta que firme en el registro cuando le vaya bien.

-Vamos.

-Le esperan seis horas de viaje. Ya espero yo aquí, si quiere refrescarse un minuto.

Cuando volví, Ankit me había servido otra copa y había un paquete con bocadillos, agua y dos refrescos junto a mi mochila, en el mostrador.

Le di unos billetes enrollados. Habría unos quinientos dólares estadounidenses.

-No, no puedo aceptarlo -dijo-. Es demasiado.

-Quizá no volvamos a vernos, Ankit. Mejor despedirse de buenas.

Sonrió y se guardó el dinero.

-Los bocadillos te ayudarán a aguantar y esto podría ayudar si la cosa... se tensa un poco con Hiyab Azul.

Hachís y un paquete de cigarrillos.

-¿Si la cosa se pone tensa con una mujer enfadada y armada me recomiendas fumar hachís? -pregunté, aceptando el regalo.

-No. Es para ella.

-¿Hiyab Azul fuma hachís?

-Le encanta -dijo Ankit, metiendo la bebida y la comida en la mochila-. Es como hierba gatera. Pero guárdala mientras puedas. Cuando se acaba se pone de muy mal humor.

Un coche paró de un frenazo. El claxon sonó tres veces.

-Imagínate que es Durga, la diosa guerrera, a lomos de un tigre, y compórtate en consecuencia.

-Que es ¿cómo?

-Compórtate con respeto, devoción y temor -respondió Ankit, cabeceando con picardía.

-Ha sido un placer, nuevo-viejo amigo. Adiós.

En la puerta me giré y lo vi sonriendo y saludando. Volví a girarme hacia el coche y vi a Hiyab Azul, señalándome con el dedo y con el motor en marcha.

Salimos rugiendo del camino de entrada del hotel y tomamos la carretera en dirección sur hacia Colombo. Hiyab Azul iba inclinada hacia delante, con los brazos tensos y los nudillos blancos.

Tras diez minutos oyéndola moler entre los dientes la pimienta del malhumor, decidí darle conversación.

-He conocido a tu marido, a Mehmu.

-¿Así rompes tú la paz del silencio? ¿Mencionando a mi puñetero marido?

-¿La paz? He visto más paz en mitad de un interrogatorio.

-Vete a la mierda -dijo, pero se relajó contra el respaldo, liberada de la rabia-. Estaba... tensa. No quiero tensarme aún más.

Yo quería hacer algún comentario divertido, pero la mujer iba armada.

Conducía bien. Estudié su estilo un rato mientras adelantaba camiones, aminoraba ante alguna barrera o cogía curvas cerradas. Me encanta que me lleve un conductor digno de confianza. Es una montaña rusa con riesgos mortales.

El parabrisas era una burbuja que avanzaba por el tiempo y el espacio. Las sombras de los árboles se arqueaban sobre el coche al pasar, intentando consolarnos cuando terminó el bosque y las casas valladas se convirtieron en las cuentas y los adornos de otra cadena de civilización.

-Ayer disparé a un hombre -dijo al cabo de un rato.

-¿Amigo o enemigo?

-¿Cambia algo?

-Joder, sí.

-Enemigo.

Condujo un rato en silencio.

-¿Lo mataste? -pregunté.

-No.

-¿Podrías haberlo matado?

-Sí.

-La piedad supera a la vergüenza.

-Que te den.

-Tanto maldecir no casa mucho con el islam, ¿no?

-Es en inglés, no cuenta, y soy musulmana comunista.

-Ah... vale.

Detuvo el coche al borde de la carretera, entre campos de flores que brotaban de la tierra empapada. Miró alrededor y apagó el motor.

-¿Mehmu tenía buen aspecto?

-Sí.

-¿De verdad?

-Sí, me ha caído bien. Muy bien, la verdad.

De pronto sollozó, las lágrimas le caían como gotas de lluvia salpicando las ventanas.

Se recuperó igual de rápido, se secó los ojos y empezó a abrir la bolsa de los bocadillos.

Rompió otra vez a llorar y esta vez no pudo parar: algo interior la dominaba, lo era todo. Yo no sabía el qué: no la conocía.

Vi las medialunas de pintaúñas cerca de las cutículas, los morados de la cara, del tamaño de un anillo de hombre, los cortes de los nudillos, la fragancia a jabón de la ropa, lavada a mano en la pila de un hotel, la bolsa del asiento trasero con lo básico para una huida rápida, y la rápida huida con que se escabullía cada vez que detectaba que la observaba a ella, no solo su apariencia.

Pero observando solo vi a una joven dura, valiente y devota a la fuga, meticulosa en la higiene, pero que no había eliminado de las uñas los últimos restos de colores de la chica que era. El porqué de Hiyab Azul seguía siendo un misterio, porque el porqué de alguien solo se revela al conectar.

Me sentí incapaz de consolarla. En la bolsa había pañuelos de papel. Se los fui pasando de uno en uno hasta que se secaron las lágrimas y cesaron los sollozos, al tiempo que dejaba de llover.

Bajamos del coche y nos quedamos de pie. Le eché agua de una botella en las manos para que pudiera lavarse la cara.

Se tomó un rato para respirar el aroma de las flores blancas, aferradas a las enredaderas.

Regresamos al coche y lié un porro. Como no me lo pasaba, lié otro. Tampoco me lo pasó, de modo que lié un par más.

Las mentes flotaron sobre los campos de terciopelo verde de la memoria hasta pastos más verdes: aquel lugar, interior, donde el alma es siempre una turista. Y no sé qué recuerdos danzarían para ella en aquellos minutos, pero para mí fueron los de Karla girando al bailar en la fiesta. Karla.

-Me muero de hambre -dijo Hiyab Azul-. Y, por cierto...

-Lo sé. Como me vaya de la lengua, me matas.

-Iba a darte las gracias. Pero sí. Pásame un bocadillo.

Arrancó el motor y salió del aparcamiento.

-¿No quieres que te releve un rato?

-Conduzco yo -dijo, volviendo a la carretera a toda velocidad-. Siempre conduzco yo. Pásame un bocadillo.

-¿De qué lo quieres?

-Uno de esos de me-suda-la-polla. ¿Tienes de esos?

-La bolsa entera.

No volvió a abrir la boca en todo el viaje. A veces musitaba un *zikr*, una frase en alabanza a Dios. Una vez se arrancó a cantar el estribillo de una canción, para callarse a los pocos compases.

Y cuando paramos, antes de que la carretera virase hacia la entrada del aeropuerto de Colombo, simplemente apagó el motor y se quedó mirándome, en una continuación del largo silencio, tan extraño como sorprendentemente triste.

-*I-muh'sinina* -dije.

-¿Los bienhechores? -tradujo.

-Lo decías mientras conducías.

-¿Tienes un pasaporte de repuesto?

-Por supuesto.

-Sube al primer vuelo que puedas. Vuelve a casa lo antes posible. ¿Entendido?

-Vuelvo a casa lo antes posible. Vale, mami.

-En serio. ¿Necesitas algo?

-No me has dicho por qué la misión corría peligro.

-No te lo diré -replicó con indiferencia.

-Eres más tacaña con las historias que un corresponsal de Reuters. ¿Nunca te lo habían dicho, Hiyab Azul?

Se rió, y me alegré de verlo.

-Venga, vete.

-Espera -dije-. Tengo una cosa para ti. Pero si te la doy, tienes que prometerme algo.

-¿Qué?

-Prométeme que no volverás a disparar a Mehmu. Al menos por algo que tenga que ver conmigo. Me cae bien.

-Y yo me casé con él -gruñó-. Pero, vale, está bien, no le dispararé. Ya le he disparado dos veces y no para de reprochármelo.

Saqué la pequeña automática de un bolsillo y la munición de otro y se lo entregué todo.

-Creo que quería que te lo diera -dije.

Acunó la pequeña pistola con ambas manos.

-Mehmu, *mehboob* -musitó, y luego se guardó el arma en otro de los bolsillos de la cortina plisada que formaba la falda negra-. Gracias.

Bajé del coche y me agaché para despedirme.

-Es un hombre con suerte -dije-. *Allah hafiz.*

-Y más ahora que he prometido no volver a dispararle. *Allah hafiz.*

Se alejó y yo eché a andar hacia la rampa de entrada del aeropuerto.

A los cuarenta y cinco minutos había facturado. Tuve suerte, o Hiyab Azul había sincronizado la llegada a la perfección. Solo tendría que esperar una hora.

Encontré un lugar desde donde ver pasar a la gente, mirarles a la cara, observar su caminar, intuir tensiones o empatías, letargos o

urgencias, escuchar el tenor de una risa o un grito, notar cómo el llanto de un bebé agitaba el corazón de prácticamente cualquiera que lo oyera: un momento de calma en un espacio público, a la búsqueda y la espera de la expresión o cadencia que se escribe a sí misma.

Un hombre vino a sentarse a mi lado. Era alto y delgado, con bigote poblado y pelo lacio y brillante. Vestía camisa amarilla y pantalones blancos.

-Hola -saludó en voz alta. Y luego susurró-: Deberíamos saludarnos como si fuéramos amigos e ir al bar. Soy tu contacto. Resultará menos sospechoso si tomamos una copa.

Me tendió la mano. La acepté y me acerqué a él.

-Creo que has cometido un error, Jack -dije, sujetándole la mano con fuerza.

-No pasa nada. Me ha llamado Hiyab Azul y me ha dado tu descripción.

Le solté la mano y los dos nos levantamos, fingiendo ser amigos.

-Una descripción perfecta. Realmente te ha calado.

-Pues, por lo que sea, no me tranquiliza -repliqué mientras nos dirigíamos al bar del aeropuerto.

-Pues claro que no -repuso, pasándome un brazo por el hombro-. Con Hiyab Azul es mejor no pasar de vagos recuerdos.

-¿A qué viene la conexión comunista?

-Cuando buscas luchadores, el enemigo de tu enemigo es un buen lugar para empezar.

-¿Qué quieres decir?

-Que no puedo decir nada más.

Charlamos mientras esperábamos. Me contó historias que podrían ser ciertas y las escuché con lo que podría ser credulidad y luego lo corté antes de que empezara con otro cuento.

-¿De qué va todo esto?

-¿Perdona?

-Nadie tiene un contacto de salida en el aeropuerto. E Hiyab Azul me ha dicho que corría peligro. ¿Qué está pasando?

Me estudió un rato y aparentemente concluyó que mi paciencia estaba a punto de acabar en tormenta. Acertaba.

-No puedo contártelo -dijo, apartando la mirada.

-Claro que sí. Deberías contármelo. ¿Qué coño pasa?

-¿Pasar?

-¿Hay una amenaza en el aeropuerto o no? ¿Corro peligro? ¿Van a detenerme? Escúpelo o escupirás los dientes.

-Tú no corres peligro -se apresuró a aclarar-. El peligro eres tú. Me han mandado para vigilar que no cometas ninguna locura.

-¿Locura?

-Locura.

-Locura ¿como qué?

-No me lo han dicho.

-¿Y no has preguntado?

-Nadie pregunta. Ya lo sabes.

Nos miramos.

-Y si cometo alguna locura, ¿qué harás?

-Arreglar el tema con las autoridades y sacarte del país de vuelta a Bombay lo antes posible.

-¿Nada más?

-Lo juro. Y no sé nada más.

-Vale. Vale. Siento el comentario sobre los dientes. Durante unos minutos he tenido la impresión de haber caído en una trampa.

-No corres peligro -dijo para tranquilizarme-. Pero a la vuelta no vayas directamente a casa.

-¿Cómo?

-Nada más llegar preséntate en la Compañía.

-¿Tiene algo que ver con el riesgo que ha corrido la misión?

-No lo sé. Sanjay ha explicitado que lo informes a él directamente. Ha sido muy específico. Pero no me ha dado explicaciones.

Anunciaron mi vuelo. Volvimos a estrecharnos la mano y se perdió entre la multitud.

Ocupé mi asiento del avión y me tomé un par de copas antes de despegar. Había cumplido la misión. Había terminado. Era mi último encargo para la Sanjay Company. Era libre, y mi corazón, el loco del castillo entre las nubes, no paró de cantar hasta los nueve mil metros.

Llegué tarde a Bombay, pero el Leopold's todavía aguantaba abierto y sabía que Didier probablemente estaría allí. Quería informar de la misión. El contacto del aeropuerto me había indicado que fuera directo a la Compañía, cosa inusual. Solía citarme con Sanjay veinticuatro horas después de regresar de cualquier misión. Se dejaba un período obligatorio de reflexión, por si me habían seguido, y Sanjay nunca alteraba la rutina. Pero nada en aquel encargo seguía la política habitual y nada tenía sentido. Antes de pasar por casa o ir a ver a Sanjay, quería que Didier me contara todo lo que había pasado en mi ausencia y dónde estaba viviendo Lisa.

Y Didier me informó, pero no en el bar.

Cogimos un taxi en medio de un silencio solemne. Didier respondió a todas mis preguntas levantando la mano. Paramos en un lugar tranquilo, con vistas al santuario de Haji Ali.

-Lisa ha muerto -me dijo junto al mar ventoso-, de una sobredosis.

-¿Qué? ¿Qué dices?

-Ha muerto, Lin.

-¿Drogas? ¿Qué drogas?

-Rohypnol -contestó con tristeza.

-No. No.

-Sí. Sí.

-No puede ser.

«¿Cómo puede haber muerto sin que yo lo haya sentido, sin que lo haya sabido, sin que lo haya intuido?», pensé.

-Es un hecho, amigo mío. Ya no está con nosotros.

Se me clavaron astillas de tiempo perdido. Todas las cosas que debería haberle dicho o que debería haber hecho con Lisa, todos los minutos que no había empleado en apreciarla, todo me apuñaló el pecho. No había estado con ella al final.

-No puede ser.

-Desgraciadamente, es verdad, Lin.

Mis rodillas querían echar a correr o doblarse. Un mundo sin Lisa. Didier me pasó un brazo por el hombro. Nos apoyamos en el muro del paseo.

Una fuerza vital se me escapó de dentro. Átomos de amor separados de la Fuente, porque el mundo giraba demasiado rápido para retenerlos. El cielo se escondía tras negros nubarrones y la luz de la ciudad reflejada en el agua era el llanto del océano. Algo dentro de mí estaba muriéndose y algo más, un fantasma, intentaba liberarse.

Aguanté la respiración para aminorar el corazón desbocado y me volví hacia mi amigo.

-¿Y su familia?

-Vinieron. Una gente encantadora.

-¿Hablaste con ellos?

-Sí, y ellos conmigo, hasta que descubrieron que soy amigo tuyo además de amigo de Lisa. Siento decírtelo, Lin, pero en parte te culpan a ti por la muerte de Lisa.

-¿A mí?

-Les hablé de ti, hablé por ti y por la pareja, pero no me creyeron. No te conocen, así que les resulta más fácil culpar a un desconocido que aceptar la verdad. Se fueron ayer, con el cadáver de nuestra pobre y dulce Lisa.

-¿Se ha ido? ¿Se la han llevado?

-Se ha ido, Lin. Lo siento muchísimo. Estoy destrozado.

Los coches pasaban entre semáforos como en enjambres, dejando el amplio bulevar abierto y de nuevo vacío. Había gente sentada, sola, en pareja o en familia, a lo largo de todo el malecón, la mayoría admirando el santuario de Haji Ali, que flotaba sobre el mar, iluminado para el alma.

-¿Qué pasó? Cuéntame lo que sepas.

-¿Seguro que estás preparado, amigo mío? ¿No podríamos emborracharnos primero?

-Cuéntamelo.

-¿Podría al menos emborracharme yo?

-Venga, Didier.

-Yo también la quería -dijo, bebiendo un sorbo de la petaca-. Y estos últimos días, sin ti, he pasado un suplicio.

Se guardó la petaca, sacó la pitillera del bolsillo y eligió un porro. Después de fumar tranquilamente unos instantes, me lo ofreció.

-Estoy bien.

-¿Estás bien? -dudó, volviendo a ofrecerme el porro.

-No estoy bien, pero no quiero. Estoy... mal-bien. Cuéntame lo que ha pasado.

-Fue a la noche siguiente de irte. Yo...

-¿La noche siguiente? Hace cinco días.

-He intentado localizarte por todos los medios, Lin. La Sanjay Company no soltaba prenda y no he conseguido encontrar a Abdullah. Creo que, dondequiera que esté, todavía no se ha enterado, igual que te ha pasado a ti.

«Abdullah -dijo mi corazón-, ¿dónde estás?»

-Le dolerá -dije-. Le gustaba Lisa, y a ella Abdullah.

-Mucho. Era su hermana *rakhi*.

-¿Su hermana *rakhi*? No me lo había dicho. Ni Abdullah tampoco.

Un *rakhi* era una sencilla pulsera de cordón que una chica ataba a la muñeca de un chico para señalar que en adelante debía comportarse como su hermano y defenderla incondicionalmente. La pulsera simboliza la victoria del nuevo hermano cada vez que lucha por defender el honor de la chica.

-Yo también era su hermano *rakhi*, Lin.

-¿Desde cuándo?

No tenía ni idea de que Lisa había participado en la ceremonia del *rakhi* y mucho menos de que hubiera elegido a Abdullah y Didier como hermanos.

-Y es culpa mía que haya muerto -dijo en voz baja-. He fracasado, no

he cumplido con mi deber de protegerla en tu ausencia.

Fumó un rato, negándose a llorar. Me miró y empezó a hablar, pero cuando nuestras miradas se cruzaron se giró. Ambos sabíamos que era verdad: la había dejado a su cuidado y él me había prometido velar por ella.

Un barrendero raspó el bordillo con la escoba. Me miró y asentí con amabilidad. Lo observé barrer y avanzar, barrer y avanzar: todo un paseo marítimo medido en golpes de escoba.

-Me engañó -dijo Didier-. Y no estuvo bien porque yo me fiaba de ella.

-Sigue.

-Estábamos... estábamos viendo una selección de películas francesas excelentes que había elegido personalmente para Lisa, cuando de pronto le entró dolor de cabeza. Se acostó temprano y me mandó a comprar un medicamento. Cuando volví descubrí que me había engañado. Encontré una nota donde decía que se iba a una fiesta y regresaría al amanecer.

Suspiró, meneando la cabeza, mientras le caían las lágrimas.

-¿Adónde fue?

-A una fiesta para estrellas de Bollywood, en la zona de Bandra. Ya sabes cuántas fiestas se organizan cada noche en Juhu y Bandra y lo tarde que terminan. No la esperaba hasta la mañana siguiente, o sea que decidí pasar la noche en vela con Géminis, que nunca duerme, y esperar a que llamara. Dejé mensajes en todas partes, incluso con tu vigilante.

-¿Qué me estás contando, Didier? Se suponía que tenías que cuidar de ella y ahora está muerta y, de momento, no lo entiendo.

-Tienes razón en culparme, Lin.

«¿Quién soy yo para culpar a nadie?», pensé. Y Lisa también me había engañado montones de veces. En varias ocasiones me había dejado mucho tiempo sin saber dónde estaba ni lo que estaba haciendo.

-Vale, Didier, vale. Lo pillo. Lisa sabe... sabía cómo escaparse. Se le daba bien. No es culpa tuya. Cuéntame el resto.

-Como te decía, dejé varios mensajes para ella y me fui a jugar al

póquer con George Géminis en el Mahesh. Estaba jugando a las cartas cuando Lisa murió. Uno de los niños de la calle me entregó una nota comunicándome que acababan de encontrarla muerta. Me hundí.

-Y...

-La autopsia...

«No. No.» Lisa, abierta, con los órganos fuera. «No lo pienses. No te lo imagines.»

-¿Autopsia?

-Fue... No fue agradable -dijo Didier-. El informe policial confirmó que había fallecido por una sobredosis de tranquilizantes. Cuando la encontraron estaba sola.

-¿Rohypnol?

-Rohypnol. -Didier frunció el ceño-. ¿Sabías si lo tomaba para divertirse?

-Jamás. No tiene sentido. Lisa no tomaba tranquilizantes. Los odiaba tanto como yo. Ni siquiera le gustaba que los tomaran los demás.

-Al principio la policía lo consideró un suicidio. Creen que tomó una dosis letal a propósito.

-¿Suicidio? Imposible. Es una luchadora.

-Era una luchadora. Ya no.

«Es» todavía no se había convertido en «era». Lisa seguía siendo demasiado fuerte: todavía oía su risa burlona cada vez que me permitía recordarla.

-Pese a mi negligencia mientras estuvo viva -continuó Didier-, me aseguré de que eliminaran el término «suicidio» del informe policial. Ahora se considera una muerte accidental a causa de la ingesta accidental de una dosis mortal de tranquilizante Rohypnol. Rayo Dilip me sacó una buena suma. Esa comisaría debería transformarse en banco. Si lo hicieran, les compraría acciones.

-¿Quién la encontró? ¿El vigilante nocturno?

-No, Lin, la encontró Karla.

-¿Karla?

-Dijo que había quedado con Lisa en tu piso. Cuando llegó, la puerta estaba abierta, entró y se la encontró. Avisó al vigilante, que llamó a la ambulancia y a la policía.

-¿Karla?

El suelo temblaba como si las olas saltaran el muro y cruzaran la carretera murmurando secretos.

-Sí. Sufrió una impresión terrible, pero Karla es fuerte, aguantó como una campeona, como suele decirse.

-¿El... el qué?

-La policía la interrogó... sin evitar el contacto físico. Le aconsejé que se fuera un tiempo de la ciudad, pero no quiso. Ha sido Karla la que ha ayudado a los padres de Lisa con todo.

-¿Cuándo ha sido la última vez que has hablado con ella?

-¿La última? Ayer. Se celebró un pequeño oficio por Lisa en la iglesia afgana, y la vi allí.

-¿Un oficio por Lisa? ¿Aunque ya se la habían llevado?

-Sí. Lo organizó Karla.

Era demasiado, demasiados golpes en un solo asalto: faltaba demasiado para la campana y la seguridad del rincón.

-¿Karla?

-Ella sola. Cuando me mencionó la idea me ofrecí para ayudarla, pero se ha encargado ella sola.

-¿Quién más asistió?

-Los amigos de la galería de arte, algunos del Leopold's, Kavita, Vikram, Johnny Cigar y su mujer, Naveen Adair y Diva Devnani, los George del Zodíaco y Stuart Vinson y su novia noruega. Los padres de Lisa ya se habían marchado, con el cadáver, así que fue algo íntimo.

-¿Quién habló sobre Lisa?

-Nadie. Solo nos sentamos en silencio y después fuimos saliendo de la iglesia de uno en uno.

El día anterior, cuando debería haber estado allí, con el resto de las personas que querían a Lisa. Pero el día anterior estaba contemplando una cabeza cercenada al borde de una carretera. El día anterior, mi contacto alto y flaco me advertía de que no fuera del aeropuerto a casa.

«Tú no corres peligro», me había dicho. No le había prestado atención. No me había dado cuenta de que lo que me había dicho iba dirigido específicamente a mí. Había titubeado tras la primera palabra, solo durante un parpadeo: «Tú... no corres peligro».

Estaba diciéndome que yo no corría peligro, pero que otra persona sí. ¿Lo sabía mi contacto? ¿Ya sabía que Lisa había muerto cuando nos encontramos en el aeropuerto?

Y entonces recordé las lágrimas de Hiyab Azul, su tristeza, la larga mirada silenciosa cuando me dejó en el aeropuerto. ¿Sabía lo de Lisa?

Hacía días que había muerto. La Sanjay Company lo sabía, seguro: sabían todo lo que ocurría en su territorio. Supuse que a Sanjay le preocupaba que yo me enterase en el aeropuerto y perdiera el control. Mandó al flaco por si yo descubría lo de Lisa y ponía en riesgo la misión.

-He investigado con ayuda de Naveen Adair -dijo Didier, observándome con atención.

El suelo se movía o mis rodillas se movían como si hubiera regresado a la cubierta del *Mitratta*. No lograba concentrarme en lo que estaba diciéndome Didier. Un ruido oceánico me copaba casi toda la mente. «Lisa. Lisa. Lisa.»

-¿Lin?

-Perdona, ¿qué?

-He comprobado algunas cosas, con Naveen.

-¿Qué cosas?

-No hemos podido descubrir cómo llegó el Rohypnol a manos de Lisa, pero sabemos quién lo suministra.

-Sí. ¿Cómo lo habéis averiguado?

-Examinamos las pastillas del armario de las pruebas y tenían

distintivos.

-¿Habéis robado pruebas policiales?

-No, claro que no. Las he comprado.

-Bien hecho. ¿De quién era la droga?

Titubeó, escudriñándome, con la preocupación nublándole la expresión.

-Si te lo cuento tienes que prometerme que no lo matarás sin mí.

-¿Quién es?

-Concannon -dijo con un suspiro.

La pendiente resbaladiza volvió a temblar. Me agarré más fuerte al muro para no caerme. No sabía si estaba mareado o el mundo se había desequilibrado. Todo se había desincronizado.

Miré alrededor, intentando aclararme. Era una noche clara de luna nueva. Las estrellas palidecían a la luz de la ciudad. Por detrás de nosotros pasaban coches en grupos, como por delante, en la bahía, pasaban los bancos de peces.

-No la violaron -dijo Didier.

-¿Qué? ¿Qué dices?

-Con esta droga siempre se sospecha de una violación -explicó con delicadeza-. Según el informe policial, no había indicios de violación. He... pensado que debías saberlo.

Bajé la vista hacia las olas, que lamían y salpicaban las rocas de la base del muro: olas que limpiaban conchas y ramitas de los dientes de piedra y relajaban pacientemente hombros de granito, ablandados por el mar.

Las olas se rieron. Las olas lloraron. En ese glorioso segundo de vida, que terminó en viento y en mar y en tierra, las olas se rieron y lloraron y me llamaron. Estaba cayendo, en picado. Tenía que sujetarme. Tenía que recuperarme. Necesitaba la moto.

-Tengo que ir a casa -dije.

-Por supuesto. Te acompaño.

-Didier...

-¿Por qué siempre te resistes al afecto, Lin? Realmente es tu peor defecto personal.

-Didier...

-No. Cuando un amigo quiere demostrarte su cariño, tienes que permitírselo. ¿Qué otra cosa es el amor?

«¿Qué otra cosa es el amor?»

Las palabras fueron repitiéndose en el taxi y solo callaron cuando llegamos a casa y nos sentamos con el vigilante nocturno para preguntarle por Lisa.

El vigilante lloró por Lisa y por lo que significábamos para él: siempre contentos, amables y generosos, todas las festividades y fechas señaladas.

Cuando se serenó me contó que Lisa había regresado hacia la una de la madrugada con dos hombres en una limusina negra.

Uno de los hombres volvió al coche, más o menos al cuarto de hora, y se marchó. El otro salió al cabo de una hora más o menos. Karla llegó pocos minutos después y lo avisó.

-¿Los conocías?

-No, señor.

-¿Qué aspecto tenían?

-Uno era extranjero. Fue el primero en marcharse. Hablaba en voz muy alta. Caminaba con dos bastones y gritaba de dolor, como si tuviera una pierna rota.

-O dos heridas recientes de bala en la pierna -apuntó Didier.

-Concannon. ¿Y el otro hombre?

-No le vi la cara. La apartó y se tapó la boca con un pañuelo al llegar y al irse.

-¿Tenía coche?

-No, señor.

»Se marchó a pie, muy rápido, en dirección al Navy Club.

-¿Apuntaste la matrícula del coche?

-Sí, señor.

Buscó en el registro y me dio el número.

-Lo siento muchísimo, señor. Debería haber...

-Tu trabajo consiste en vigilar la entrada, no los pisos. No ha sido culpa tuya. Le caías bien a Lisa. Mucho. Y sé que si hubieses podido la habrías salvado, igual que yo. No pasa nada.

Le di un puñado de dinero y tras pedirle que estuviera atento a la presencia de policías subí al piso.

Abrí la puerta, crucé el salón y entré en el dormitorio. Aquel escenario de amor y riñas para los dos se había convertido en la tumba de Lisa.

El colchón que Lisa había comprado porque le gustaba el estampado de caballitos de mar de la funda estaba desnudo, salvo por dos almohadas en la cabecera y, a los pies, un par de sandalias de cáñamo desgastadas de Lisa.

Al cabo de un minuto dejé de contemplar el lugar donde el aliento de Lisa se había apagado, había cesado, parado, muerto, y miré para otro lado.

La habitación estaba limpia y vacía. Todas las cosas de Lisa habían desaparecido. Miré las pocas mías que aún quedaban.

El póster rojo de *Blow Up* de Antonioni, el arte y el abandono convertidos en muerte y deseo, y la cabeza de caballo de madera de la repisa de la ventana, los cinturones, colgados de un galán de noche en el rincón, la espada, en dos trozos en el aparador, y algunos libros.

Nada más: era cuanto quedaba de mí en la casa. Sin las flores y los cuadros y los coloridos *sarongs* de Lisa el lugar al que llamábamos hogar era un sitio frío y solitario. «¿Qué es la civilización? -había comentado una vez Idriss-. Es una mujer, libre para vivir como le plazca.»

-Hay una fotografía de Lisa muerta en esa cama -dijo Didier, de pie en el umbral-. Del informe policial. ¿Quieres verla?

-No. No. Gracias.

-Pensé que podría consolarte. Se la ve en paz. Como si simplemente

se hubiera dormido, para siempre.

Escuchamos el silencio, su eco en las paredes de nuestros corazones. Solo de pensar en la fotografía, en su sueño mortal, el pavor me atenazaba el estómago.

-Me temo que aquí no estás a salvo, Lin. La policía va a por ti. Como se enteren de que has vuelto a Bombay vendrán a buscarte.

Tenía razón: la suficiente razón para despertarme del sopor.

-Échame una mano -dije, peleándome con la pesada cajonera para separarla de la pared.

Empujamos la cajonera lo justo para alcanzar el falso fondo trasero. Parecía intacto. Lo abrí.

-¿Tienes a alguien de confianza para que me guarde las armas, un montón de dinero, varios pasaportes y medio kilo del mejor cachemir que haya llegado nunca de los Himalayas?

-Sí, por un diez por ciento.

-¿Solo del dinero?

-Del dinero.

-Hecho. Que venga.

-Insisto en que traiga algo de beber, Lin. ¿Sabes cuántas horas han pasado desde la última vez que tuve contacto con el alcohol?

-Hace tres minutos estabas bebiendo de la petaca.

-La petaca -suspiró con aire infantil- no cuenta. ¿Le pido que también traiga algo de comer?

-No quiero comer.

-Bien. La comida es para gente que no se atreve a drogarse. Y mata la mitad del efecto del alcohol. Una vez hicieron una prueba con ratones borrachos, o ratas...

-Llámalo, Didier.

Me guardé unos fajos de rupias en uno de los bolsillos interiores del chaleco vaquero y uno de dólares americanos en el otro. Corté un trozo del medio kilo de hachís y dejé el resto en el compartimento. Me

ajusté los cuchillos enfundados.

Tras tapar el doble fondo, volví a pegar la cajonera a la pared por si entraba alguien más en el piso aparte del hombre de Didier.

Didier estaba en la cocina americana, rebuscando por los armarios.

-No hay ni vino de cocina -farfulló, y luego me vio y sonrió-. Mi hombre, Tito, llegará dentro de media hora. ¿Cómo te encuentras, amigo mío?

-Mal-bien -contesté sin pensar.

Estaba mirando la nevera. Las fotografías que Lisa había pegado en la puerta, fotografías que me había pedido que le tomara, habían desaparecido. Quedaban las tiras de celo transparente, enmarcando espacios vacíos.

Lisa había insistido en usar celo en lugar de imanes. «Odio los imanes -había dicho-. Son muy traicioneros.»

-Sus padres -dijo Didier- recogieron sus pertenencias y se las llevaron. Lloramos mucho.

Fui al baño y me lavé la cara con agua fría. No funcionó. Caí de rodillas frente al inodoro y vacié toda la acidez y la oscuridad de mis entrañas.

Didier me encontró e hizo lo que había que hacer. Retrocedió y me dejó allí hecho trizas.

Volví a lavarme y me miré en el espejo.

Habían destrozado una foto que Lisa había pegado en la parte superior del marco del espejo. Habían arrancado la cara de Lisa de la fotografía y solo quedaba mi cara de idiota sonriendo. La descolgué, la rasgué y la tiré a la papelera.

Sentados en el salón, Didier y yo bebimos café solo bien cargado y fumamos cachemir negro, fuerte. Pertenecía al alijo de Lisa: su colocón perfecto y celestial exclusivo de las ocasiones más especiales, razón por la que tenía que guardarlo con mis cosas.

Y cuando llegaron el brandy y la comida con Tito, brindamos con Lisa por los seres queridos.

Tito me ayudó a apartar otra vez la pesada cajonera de la pared.

-Bien -dijo al ver las armas, los pasaportes y el dinero-. El diez por ciento.

-Hecho.

Empezó a embutirlo todo en un saco.

Era mi seguro en la Ciudad Isleña, la apuesta que pondría encima de la mesa para convertirme en socio de Didier: todo lo que tenía salvo lo que llevaba en los bolsillos y la mochila.

Tito se disponía a cerrar el saco, pero lo detuve.

-Espera un momento.

Había un sitio donde no había mirado y que la policía quizá hubiera pasado por alto. Teníamos un calentador a gas en un armario. Lisa había instalado una balda encima del calentador para secar algunos hongos alucinógenos que le había traído un amigo de Alemania.

Abrí la puerta y busqué encima de la balda. Al fondo encontré una caja de zapatos. Vi la siguiente palabra escrita: razones.

Acerqué la caja, palpando el interior, y mi mano tembló entre recuerdos y fotografías como si fueran los juncos de un lago.

Eran objetos sencillos: un fino pañuelo plateado que llevaba el día que nos conocimos, un juguete de cuerda, un mechero Zippo que Didier nos había regalado en la inauguración del piso y que Lisa no me dejaba utilizar por miedo a que lo perdiera, cosa que habría hecho, un silbato para perros que Lisa usaba cuando paseábamos por Marine Drive para llamar la atención de los perros que nos íbamos encontrando, un pisapapeles que le había hecho con anillos de plata, y piedras, conchas, fotos, monedas y amuletos varios.

Era una caja de naderías, retazos de objetos sin valor ni significado para nadie más en el mundo. «¿Qué otra cosa es el amor, Lisa? -pensé, contemplando la caja de amuletos-. Cuando no significa nada para nadie más y para nosotros lo es todo, ¿no es amor? ¿Acaso no amamos, Lisa? ¿No nos amamos?»

Metí la caja en el saco de Tito junto con los fragmentos de la espada de Khaderbhai y las sandalias de cáñamo de Lisa. Tito lo cerró con un nudo apretado y se lo echó al hombro.

-¿Cómo te apellidas? -le pregunté.

Estaba observando su cara. Era una cara importante. Tenía en sus manos todos mis bienes materiales y hacía solo catorce minutos que nos conocíamos. Quería reconocer aquella cara por mucho que cambiara.

-Deshpande.

-Cuida de nuestros porcentajes, señor Deshpande.

-No te apures -respondió riendo.

Nos estrechamos la mano. Se despidió de Didier y bajó las escaleras al trote.

-Y entonces ¿cómo lo matamos? -preguntó Didier, sirviéndose un brandy en cuanto Tito se marchó.

-¿A quién?

-A Concannon, por supuesto.

-No quiero matar a Concannon. Quiero encontrarle y obligarle a que me cuente quién le compró la droga y se la dio a Lisa.

-Recomiendo que nos carguemos a los dos.

-Tengo que hablar con Naveen. ¿Puedes telefonearlo y quedar? He de informar a Sanjay a primera hora de la tarde. Dile a Naveen que nos vemos a las cinco en la iglesia afgana, si le va bien.

-Desde luego. ¿Sabes cuándo vuelve Abdullah?

-No.

-Ahora lo necesitas en la Compañía.

-Lo sé.

Miré la habitación y el dormitorio del fondo.

-Esta noche dormiré aquí.

-Ni hablar -protestó Didier-. Este piso no es seguro. Conozco un lugar cerca de Metro. El director tiene una colección espléndida de manías y obsesiones. Te encantará. Deja que te lleve.

-Duermo aquí.

-Amigo, eres un... -empezó a decir, pero se rió-. Bueno, ya que no hay

modo de convencerte, Didier dormirá contigo en este lugar de pena y desolación.

-No tienes que...

-¡Didier insiste! Pero en el sofá, por supuesto. Y suerte que soy precavido y le he pedido a Tito que trajera dos botellas.

Dormí en el suelo, junto a la cama de Lisa, con la almohada que había sido suya. Didier durmió como un niño, con los brazos y las piernas abiertos, en el sofá.

La mañana llegó con un desayuno frío compuesto por la comida que no había cenado la noche anterior y un brandy manchado de café.

Recogimos la cocina y Didier se reunió conmigo en la puerta del piso que tan a menudo había visitado: aquel lugar donde el amor había reído por última vez.

-Qué vergüenza -dijo en voz baja-. Estoy muy avergonzado, Lin.

-La vergüenza es el pasado. Si todavía no lo es, pronto lo será.

Lo meditó un instante.

-La frase es de Karla, ¿verdad?

-Por supuesto.

Los dos lo meditamos un instante.

-Cuando la veas...

-Didier.

-No, iba a decir que cuando veas a Karla intentes tratarla con delicadeza.

-Seré amable con Karla. Siempre soy amable con Karla. Quiero preguntarle cómo es que fue ella la que encontró el cadáver de Lisa. Tú pon a todos tus informantes a trabajar en Concannon, Didier. Y concierta una cita con Naveen. ¿De acuerdo?

Intentaba moverme, intentaba escapar de la jaula de pena, y Didier lo sabía. Permanecimos un rato en silencio contemplando las habitaciones vacías hasta que habló.

-Estoy mal-bien, amigo mío. ¿Deberíamos...? Es decir, con tu

permiso, me gustaría pronunciar unas palabras en honor a Lisa, aquí, en esta puerta que nunca más volverá a abrirse.

-Bonita idea. Adelante.

-Lisa, te queríamos y, en el fondo del corazón, lo sabías. Amábamos tu sonrisa y la libertad de tu mente y tu manía de bailar por nada y las trampas que hacías en el juego y tu manera de querernos a todos cada vez que nos veías. Pero, sobre todo, amábamos tu sinceridad. Jamás fingías, Lisa. Siempre eras de verdad. Si alguna esencia de tu espíritu sigue por aquí, entra en nuestros corazones y quédate con nosotros cuando dejemos este lugar donde nos abandonaste para que podamos llevarte dentro y quererte siempre.

-Didier -dije después de una pausa-. Gracias. Ha sido bonito.

-Por supuesto -replicó, empujándome fuera y cerrando la puerta por última vez-. Ojalá pudieras escuchar las palabras que he preparado para ti, mi querido amigo.

-¿Ya has escrito la despedida para cuando me muera? -pregunté, empezando a bajar las escaleras.

-A Didier no lo pillan nunca desprevenido. En particular en lo relacionado con un amigo querido.

-No... supongo que no. ¿Has preparado despedidas para todos tus amigos?

-No, Lin -respondió al llegar al patio del edificio-. Solo para ti. Solo he escrito una despedida para ti. Lo que acabo de decirle a Lisa me ha salido del corazón. Y tú, que aún estás vivo, estás atrayendo el interés de los corredores de apuestas, dispuestos a calcular las probabilidades de que sobrevivas fuera de la Sanjay Company.

Miré el bloque de pisos por encima del hombro. Sin el cadáver de Lisa para verla muerta y creérmelo, el piso que habíamos compartido era lo único que tenía de ella y lo que éramos. La mayor parte del tiempo había sido un lugar feliz y luminoso para ambos. Pero sabía que solo para mí, cada vez que lo viera, sería una conversación con el fantasma de Dios.

Me costó más entrar en las oficinas centrales de Ranjit que escapar de la prisión. Superados tres controles de seguridad, en cada uno de los cuales comprobaron la identificación de visitante sin pasarme por ningún detector de metales, por fin llegué a su secretaria personal.

-Me llamo Shantaram -dije por cuarta vez-. Es un asunto privado, personal.

Descolgó el teléfono, repitió el mantra y luego abrió la puerta.

Ranjit se levantó de la butaca de cuero y me tendió la mano por encima de su mesa. La secretaria se marchó y cerró la puerta.

-Siéntate -dije.

-¿Qué...?

-Tanta seguridad y a nadie se le ha ocurrido preguntar si voy armado.

-¿Armado? -preguntó, ahogando un grito.

-Siéntate.

Se sentó, con las manos sobre el tablero de cristal de la mesa.

-¿Dónde está Karla?

-¿Karla? ¿Has venido a hablar de Karla?

-¿Dónde está Karla?

-¿Por qué?

-Descuelga el teléfono.

-¿Qué?

-Descuelga el teléfono y llama a Karla.

-¿Por qué no...? ¿Por qué no la llamas tú?

-No me gustan los teléfonos. Y no los necesito porque puedo hacer que llames por mí. Lo comprendes, ¿verdad?

-¿Qué?

-Llama a Karla.

-Eh...

-Llama a Karla.

-Llámame -dijo la voz de Karla a mi espalda- y acudiré.

Estaba sentada en una butaca en un rincón del enorme despacho. Las palmeras de las macetas que había junto a la butaca me habían impedido verla.

-Hola, Karla. ¿Castigada en el rincón por mal comportamiento?

-Ranjit y yo tenemos un nuevo acuerdo -dijo Karla, encendiéndose un cigarrillo, con la cara listada por la luz que se colaba entre las hojas de las palmeras-: si coincidimos en la misma habitación, cada uno se sienta en un extremo.

-¿Ya has terminado lo que has venido a hacer? -pregunté, mirando a las reinas.

Ranjit se rió. Lo miré. Dejó de reír tan de repente que casi se atragantó.

-¿De qué te ríes?

-Eh... bueno... No tengo ni idea.

Estaba aterrado. No tenía sentido. Sí, yo había mencionado un arma, pero no la llevaba, y Karla estaba presente y ella sí que iba armada. Ranjit estaba a salvo, pero sudaba a mares.

-¿Conoces la expresión esa cuando le dices a alguien que parece que haya visto un fantasma?

-Eh... supongo.

-Bueno, pues tú pareces un fantasma.

-¿Un... fantasma? El fantasma... ¿de quién?

-¿Qué te pasa?

-Has dicho que... ibas armado.

Ranjit estaba temblando.

-He dicho que a nadie se le ha ocurrido preguntarme si iba armado. No que lo fuera.

-Bueno, sí... o sea, no.

-¿Intentas decirme algo, Ranjit?

-¡No! -contestó rápidamente-. En absoluto.

-¿Qué sabes de la muerte de Lisa?

-Nada. Nada. Pobrecita. Un trágico accidente. Es decir, a ver... no sé nada en absoluto.

-Adiós, Ranjit, y no te levantes, por favor -dijo Karla, poniéndose en pie y dirigiéndose a la puerta.

Le abrí la puerta y salimos del despacho. Ranjit seguía sentado en su butaca, con las manos apoyadas en la mesa como si intentara evitar que se alejara flotando.

Cuando se cerraron las puertas del ascensor, Karla sacó una petaca, dio un sorbo, la cerró y se giró hacia mí, toda ella reinas.

-¿Crees que he tenido algo que ver con su muerte?

-¿Qué?

-La poli lo pensaba. No se cortaron conmigo. Solo dejaron marcas donde no se ven.

Se me hizo un vacío en el estómago. Lo llenó la ira.

-¿Rayo Dilip?

-Te manda recuerdos.

Las puertas se abrieron a una pequeña aglomeración en el vestíbulo. Karla me detuvo en el umbral, impidiendo la entrada a los demás. Nuestras caras distaban milímetros.

-No he tenido nada que ver. Jamás habría hecho daño a Lisa. Ni se lo hubiera permitido a nadie.

-Por supuesto -contesté, pero ya se había ido.

Me dirigí a recepción, arrojé la identificación de visitante al mostrador y fui esquivando personas hasta dar con Karla, impertérrita, algo apartada de la entrada principal.

Nos acercamos en moto a la fachada marítima de Bandra. Karla se agarró a mí, con la cara apoyada en mi espalda, como una pasajera

dispuesta a morir.

Podría haber elegido docenas de destinos más próximos, pero necesitaba conducir. Cuando paramos, cerca del mar, estaba tan calmado como las olas de la bahía.

Recorrimos esa pequeña sonrisa de la costa al calor del mediodía, pero a gusto: éramos dos extranjeros que habían aprendido a apreciar aquella ciudad bendecida por el sol.

-Habíamos quedado -me dijo mientras caminábamos.

-¿Habíamos quedado?

-No.

Lo pensé.

-¿Lisa y tú?

-Sí.

Caminamos un rato, y entonces lo entendí.

-¿Quieres decir que teníais una cita?

-Más o menos.

-¿Más o menos?

-Más o menos.

-No se puede tener una cita más o menos.

-Entre nosotras siempre... hubo algo...

-¿Algo?

-Por su parte, seguro.

-¿Y ese algo es lo que te llevó allí por la noche?

-Lisa dijo que le apetecía beber un poco y pasarlo en grande, o beber a lo grande y divertirse un poco.

-No lo estoy entendiendo.

-Lisa tenía un plan.

-¿Qué plan?

-Me propuso tomarnos tres o cuatro copas juntas a ver qué pasaba. Me dijo que te parecía bien.

-¿De verdad?

-Sí -respondió con el ceño fruncido.

Avanzamos unos pasos en silencio, con las sombras aferradas a nuestros cuerpos, escondiéndose del calor.

-¿Y tú? ¿Lo de la cita? ¿Iba en serio?

-Para mí no -dijo sonriendo, y luego miró ceñuda a nuestros pies-. A Lisa le gustaba coquetear. No podía evitarlo. Yo le seguía el juego porque le gustaba que lo hiciera.

-Lo siento, Karla. Siento no haber estado aquí para impedirlo y para evitar que fueras tú quien la encontrara. Si pudiera habértelo ahorrado, lo habría hecho.

-Lo único bueno del pasado es que no puede cambiarse. No podrías haber hecho nada, y ahora tampoco.

-Tiene... tiene que haber sido... duro encontrarla.

-La puerta estaba abierta -dijo con la vista clavada en los pies-. Lisa estaba en la cama. Pensé que dormía. Entonces me fijé en que estaba muy quieta y vi la bolsa de pastillas. La sacudí, pero ya no estaba conmigo. Estaba fría. Le pedí al vigilante que avisara a la ambulancia y a la policía, pero Lisa ya no estaba, Lin. Hacía rato que ya no estaba, pobrecita.

La rodeé con un brazo y se acomodó en mí, con la delicadeza de un matrimonio.

-¿Quién estaba con ella? ¿Quién le pasó la droga?

-Todavía no lo sé. He intentado averiguarlo, pero llevo tiempo fuera de esos círculos.

-Cuando los polis... te interrogaron, ¿se les escapó algo?

-Solo que se mueren por trincarte. Me quedó tan claro como la patada que me dieron en la espalda. Y lo entendí. O sea, justo desapareces de la ciudad y tu novia se muere. ¿O fue al revés?

-Un momento -pedí, retirando el brazo para mirarla a los ojos-. ¿No

pensarás que he sido yo? No puede ser.

Se rió. Era la primera vez que se reía desde que la había visto en el despacho de Ranjit, sentada detrás de las plantas.

-Me alegro de verte reír, Karla.

-Es la primera vez que me río desde que la encontré. He estado sumida en un embotamiento incómodo y colocada casi todo el tiempo. Claro que no le habrías hecho daño. No te querría si fueras capaz de algo así.

Se volvió hacia el mar, el viento le despejó la cara para que el sol pudiese iluminarla. La brisa componía versos de música de espuma del mar y notas burbujeantes en olas paralelas a la boca de la bahía.

-Karla, ¿qué cojones pasó? ¿Tú qué crees que ocurrió?

-Te lo he dicho, todavía no lo sé. Y, de todos modos, ¿dónde coño estabas?

¿Dónde estaba?

Clic-clac. Cabeza cercenada. Hiyab Azul.

-Trabajando. ¿Sabes algo de Abdullah?

-No, pero tiene mi teléfono y siempre me llama cuando vuelve a la ciudad.

-¿Abdullah tiene tu teléfono?

-Pues claro.

-Yo no.

-Tú no telefoneas, Shantaram.

-Esa no es la cuestión.

-Pues ¿cuál es la cuestión?

-Bueno...

-No pienso volver con Ranjit -se apresuró a aclarar sin sonreír.

-¿Qué? Bueno, bien, pero ¿qué?

-Ya me he instalado en el Taj.

-¿El Taj?

-Mis cosas llegan esta tarde.

-¿No vas a volver a casa con Ranjit?

-Voy a decirte una cosa, Shantaram: si piensas dar algún paso, este es el momento.

Lo peor de estar enamorado de una mujer más lista que tú es que no puedes evitar volver a por más, lo que, de hecho, también es lo mejor.

-¿Qué?

-¿Cómo me dijiste una vez? -preguntó sin esperar respuesta-. Algo sobre el antes y el después...

-Yo... Eh...

-El después acaba de comenzar, Lin. El después ha empezado hoy. No puedes volver a casa. No puedo volver a casa. La única cuestión es si lo haces conmigo o sin mí.

Me sentí estúpido por no entender lo que me decía y ahora, en retrospectiva, supongo que lo fui. Pero ignoraba las decisiones que había tomado Karla y por qué las comunicaba entonces.

Pasaron los segundos, como polen al viento. Era todo. Era nada.

-Acabamos de perder a Lisa -dije-. Acabamos de perder a Lisa.

-Lisa habría...

Se interrumpió, riendo otra vez, y regalándome unas ocho reinas tristes.

-¡Hostia! -exclamó-. Estoy... ¿De verdad... estoy... intentando convencerte para que vivas conmigo?

-Bueno...

-Jódete.

-¿Que me joda?

Se levantó corriendo y paró un taxi.

-Espera un momento, Karla.

Se subió al taxi y se marchó.

Corrí hacia la moto y conduje demasiado rápido y temerario hasta que encontré su taxi. La seguí todo el trayecto hasta el hotel Taj, poniéndome a su altura y tratando de llamar su atención. No se volvió a mirarme.

Aparqué y vi cómo subía por la amplia escalinata y entraba en el hotel. Me dirigí al mostrador de recepción y le dejé un mensaje.

Me alejé del orgulloso galeón del Taj conduciendo entre riadas de tráfico y preguntando por Concannon a todo hombre o mujer en quien todavía confiara. Investigué en antros de juego, fumaderos de opio, bares de *desi daru*, locales de hash y garitos de lotería ilegal. No descubrí gran cosa, pero los rumores callejeros confirmaron que Concannon gestionaba una franquicia de heroína para la Scorpion Company.

Todo el mundo los llamaba Scorpion Company en lugar de la Banda de los Escorpiones: todos reconocían su estatus de compañía mafiosa de pleno derecho.

Tenía que informar a Sanjay. Tenía una cita a las dos de la tarde al día siguiente de regresar de Sri Lanka, fuera el día que fuera.

Sin duda Sanjay esperaba que me presentara antes. No estaría de buen humor. Pero no pasaba nada. Sanjay no estaba de buen humor desde la muerte de su amigo Salman.

Aparqué en una fila de motocicletas frente al KC College. Le di un billete de cien rupias al vigilante y le pedí que estuviera al tanto de la presencia de tipos peligrosos.

-Son universitarios -dijo en hindi-. Son todos peligrosos. Nunca se sabe con qué te saldrán.

-Tipos más peligrosos que los chavales.

-Ah, vale. Comprendo -dijo, guiñándome un ojo.

Recorrí a pie la media manzana hasta la mansión de Sanjay y llamé al timbre. Un guardia afgano armado me abrió la puerta, me reconoció y me hizo pasar.

Encontré a Sanjay en la sala del desayuno, al fondo de la casa. Una hilera de ventanas daba a un triste jardín, rodeado de altos muros.

Sanjay iba en pijama y bata azul marino con bolsillo bordado.

Un desayuno suficiente para alimentar a tres esbirros cubría la mesa, pero Sanjay estaba bebiendo té y fumándose un cigarrillo.

Solo había una silla en toda la sala, y Sanjay no la abandonó.

-Buen trabajo -dijo, mirándome de arriba abajo-. Pero, claro, siempre haces un buen trabajo, ¿verdad? Se te pagará el dinero que te corresponde. Se han retirado tus pertenencias de la fábrica de pasaportes. Están en esa caja roja, junto a la puerta. Ya solo queda despedirse. Así que adiós.

-¿Qué puso en riesgo la misión? ¿Por qué he tenido que volver antes de tiempo?

Apagó el cigarrillo, bebió un sorbo de té, depositó la taza con cuidado en el plato y se recostó en la silla.

-¿Sabes por qué me alegro de que te vayas, Lin?

-¿Porque estoy hecho para algo mejor?

Se rió. Hacía años que lo conocía, pero nunca le había oído reír así. Debía de ser la risa que reservaba para el adiós adecuado. Dejó de reír.

-Porque no eres un jugador de equipo -dijo en tono grave-, y nunca lo serás. Eres una oveja negra. Mira a tu alrededor. Todo el mundo pertenece a alguien o a algo. Eres la excepción. No eres de ningún lugar. No eres de nadie. Y ahora, tampoco de aquí.

-¿Fue por la muerte de Lisa? ¿Por eso mandaste a un hombre al aeropuerto?

-Como acabo de decirte, no eres un jugador de equipo. No había manera de saber cómo reaccionarías. Cuando ocurrió estabas en Madrás.

-¿Cuándo te enteraste?

-Cinco minutos después que la policía, por supuesto. Pero ya estabas en marcha y la misión era demasiado importante para cancelarla.

-¿Cinco minutos?

-No usas teléfono, así que era probable que no te enterases. Fue decisión mía mantenerlo en secreto hasta el final de la misión y fue

decisión mía ponerte un contacto a cada paso.

-Decisión tuya.

-Sí. Si no te gusta, bueno, ya sabes, siempre queda el que te den.

-No me dijiste que mi novia había muerto.

-Fuiste tú quien decidió mantenerla al margen de la familia. Tú elegiste que no la conociéramos cuando conocemos a todas las madres, hermanas y esposas de todos los hermanos de la Compañía.

Lo miré, lo bastante enfadado para pelear con él. El corazón me latía al son de música tribal. Me pregunté cuántas veces los líderes sobrevivían a segundos mortales como aquellos sin ni siquiera saber que la Muerte en persona había acudido a la habitación respondiendo a una falsa alarma.

-Todavía disfrutas de una tenue sombra de mi protección -dijo Sanjay-. Te cubre porque yo no quedaría en buen lugar si mataran a un exempleado la quincena después de despedirlo. Pero el tiempo pasa. No me obligues a retirar la sombra que te cubre las espaldas antes de tiempo. Y ahora, lárgate y déjame acabar el desayuno tranquilo.

Abrí la puerta dispuesto a marcharme, pero Sanjay volvió a hablar. Siempre vuelven a hablar: siempre quieren decir la última palabra, incluso cuando ya la han dicho.

-Siento lo de tu chica -dijo-. Ha sido una pena. La familia debe de estar destrozada. Pero no te precipites por culpa de los sentimientos. La próxima vez que la cagues, la Compañía dejará que te hundas.

Abandoné la mansión y conduje hacia los puestos de comida para oficinistas de Nariman Point. Seguía enfadado, y hambriento. De pie junto a docenas de personas, comí rollitos calientes rellenos de huevo, patatas fritas y verduras picantes, y me bebí una pinta de leche.

Me había saltado varias comidas y horas de sueño. Tenía que hacer ejercicio. Tenía que mantenerme alerta. Dentro de unas horas hasta el último trabajador de la calle del sur de la ciudad sabría que estaba oficialmente fuera de la Compañía. Había unos cuantos, con rencillas pendientes, que solo se habían contenido porque trabajaba para la Compañía. Cuando descubrieran que ahora era un lobo solitario, vendrían a por mí.

A media hora en moto por ese frío río de la verdad había un gimnasio,

en Worli. Habían transformado unas fábricas abandonadas en bonitos salones y centros de salud. Y allí, un gángster retirado de la Sanjay Company llamado Comanche había montado un gimnasio que era a la vez su hogar y su lugar de trabajo.

Comanche era amigo mío, un gángster resistente, junto al que me había enfrentado a navajazos dos veces con bandas rivales y ambas veces nos habían herido. Esas cosas no se olvidan.

Era independiente de verdad, permitía que los miembros de cualquier compañía mafiosa se entrenaran en su gimnasio, así como los policías, siempre y cuando nadie tuviera una mala palabra para la Sanjay Company.

Me quedé en vaqueros y botas y estuve una hora levantando pesas. Treinta minutos boxeando sirvieron para relajarme.

Los chavales del gimnasio, todos pobres de la zona, al principio se mostraron tímidos, aunque cumplieron el ritual de joven viril de dejarme meridianamente claro que no me tenían miedo. Cuando vieron que no suponía una amenaza, se pusieron a boxear conmigo contra enemigos imaginarios, entrenando con ahínco.

Una vez duchado, vestido y limpio, me miré en el espejo manchado.

Tenía los ojos brillantes y claros. La calma se había aposentado sobre mí como hojas otoñales. «Cuando todo lo demás falla -rezaba el cartel de encima del espejo-, ármate de valor.»

-Necesitas una máquina de musculación nueva -le dije a Comanche, pasándole suficiente dinero para comprarse una.

Comanche miró el dinero.

-Pues sí que te ha salido cara la sesión de entrenamiento -dijo, frunciendo el ceño.

-He disfrutado de cada minuto. Pero abre un ventanuco, *jaar*. Si alguien me obligase a imaginar a qué huele el culo de una serpiente sabría por dónde empezar.

-Vete a la mierda -dijo riendo-. En serio, ¿para qué es el dinero?

-Espero que lo consideres la cuota de socio.

-Pero los hombres de la Compañía no pagan. Ya lo sabes.

-Ya no pertenezco a la Compañía, Comanche. Ahora voy por libre.

No se lo había dicho a nadie, solo a un amigo, y después de tanto tiempo en la Compañía me sonó extraño incluso a mí.

-¿Qué?

-Estoy fuera, Comanche.

-Pero, Lin, es...

-Está bien. A Sanjay le parece bien. Está incluso contento.

-Sanjay... ¿A Sanjay... le parece bien?

-Vengo de verle, tío. Le parece bien.

-¿Seguro?

-Te doy mi palabra.

-Vale.

-Pero ahora que no podré utilizar el gimnasio de la Compañía, necesitaré un sitio para entrenar. Así que ¿qué opinas? ¿Me aceptas?

Estaba desconcertado y asustado, pero era mi amigo y confiaba en mí. Poco a poco fue suavizando la expresión y me tendió la mano.

-*Jarur* -dijo, estrechándome la mano-. Bienvenido. Pero debo decir que, dadas las circunstancias, sería más inteligente que te fueras de Bombay.

-Puede ser, hermano -dije alejándome-. Pero ¿Bombay me dejaría?

Karla estará encantada de recibir la compañía de Shantaram en su suite a las ocho de la tarde.

Estaba escrito por ella: con esa letra fluida y precisa que yo prefería a cualquier otro estilo caligráfico que hubiera visto. Quería conservar la nota, pero andaba peleado con un mundo sucio: si la nota caía en manos de un enemigo, querría matarlo.

Subí a la moto, quemé la nota y luego conduje sin prisas hacia la iglesia afgana para reunirme con Naveen.

Aparqué detrás de una parada de autobús cercana. Cuando trabajaba para la Sanjay Company aparcaba en cualquier entrada de la ciudad. Como independiente, aparcaba la moto donde no se viera.

La nave conmemorativa de la iglesia lucía polvorientos banderines y banderas, además de inscripciones en piedra por los soldados muertos en las dos guerras de Afganistán.

Era una iglesia militar y capilla castrense erigida como monumento a los caídos. En los bancos todavía se veían las muescas donde los recordados soldados apoyaban los rifles para rezar, antes y después de acatar las órdenes de matar afganos, una gente cuya lengua no hablaban y cuya cultura no entendían.

La iglesia funeraria estaba casi vacía. Había una anciana sentada en un banco del fondo, leyendo una novela. Un hombre y un niño arrodillados en el acceso al altar. El colorido rosetón de encima del altar parecía flotar sobre sus cabezas.

Naveen Adair estaba examinando el águila dorada que sostenía el atril de la Biblia. Era joven, pero seguro de sí mismo. Tenía las manos a la espalda en gesto respetuoso, pero caminaba con paso firme de un lado a otro: un muchacho ocupando al máximo su espacio vital.

Me vio acercarme y me siguió hacia el jardín desierto de detrás de la iglesia.

Nos sentamos debajo de un árbol, en un soporte de piedra y cemento.

Reinaba el silencio. Por encima de nuestras cabezas la luz menguante de la tarde se convertía en la luz de colores del rosetón del altar, tiñendo de luz eclesiástica el jardín a oscuras de más abajo.

-Siento lo de Lisa, tío.

-Yo también. ¿Me das un minuto, Naveen?

Necesitaba permanecer un minuto en silencio.

Necesitaba pensar un minuto.

No me había parado a pensar. Y ahora que me había parado, pensé.

Lisa. Lisa.

-¿Qué has dicho, Naveen?

-... y el informe policial, de momento no sabemos nada más -dijo Naveen.

-Perdona, Naveen. No estaba escuchando. Tendrás que repetírmelo.

Me sonrió, era un buen amigo que lo pasaba mal.

-Vale. Pero primero levanta.

-¿Cómo dices?

-Levanta, tío.

-¿Para qué?

-Levanta, joder.

Se levantó y me levantó con él.

-Dame un abrazo -dijo.

-No, estoy bien.

-Razón de más. Venga, un abrazo.

-De verdad que estoy bien.

-Joder, tío, tu novia se murió la semana pasada. Que me abraces, *yaar*.

-Naveen...

-O abrazas a mi indio interior o te pegas con mi parte irlandesa. Vista la situación, son las únicas salidas.

Tenía los brazos abiertos. No había otra salida.

Me abrazó como un hermano, como mi hermano de Australia, y fue difícil.

-Suéltalo -dijo mientras le lloraba en el hombro-. Suéltalo.

Lágrimas, en un jardín de luces de colores: lágrimas en el hombro de un hermano voluntario.

-Que te jodan, Naveen.

-Suéltalo.

Lo solté y luego lo solté a él.

-¿Mejor? -preguntó Naveen.

-Que te jodan, Naveen. Y sí, me siento mejor.

Volvimos a sentarnos y Naveen me contó lo poco que sabía. No era gran cosa.

-¿Desde dónde dirige Concannon la venta de las drogas?

-No lo sé -respondió, sonriendo por primera vez-. ¿Lo estás buscando?

-Quiero hablar con él.

-¿Hablar?

-Hablar y luego escuchar mientras me cuenta quién lo acompañó aquella noche a ver a Lisa.

-¿No crees que fuera Concannon quien le suministró la droga?

-Según el vigilante, Concannon se marchó a los quince minutos. El segundo hombre se quedó casi una hora. Quiero saber quién era.

-De acuerdo. Me pongo a ello.

-El vigilante me dio la matrícula del coche negro en el que llegaron -dije, entregándole el número que había anotado-. Si pudieras localizar al dueño por mí me harías un favor.

-Mañana te lo doy, pero puede que no sirva de nada. Mucha gente tiene coches registrados a nombre de otros.

-Didier me ha buscado sitio en el hotel Amritsar, en Metro. Puedes

dejar allí la información o, si no, mañana entre la una y las dos estaré en el Kayani's. ¿De acuerdo?

-¿Adónde vas ahora?

-He quedado con Karla a las ocho. Voy a comprarme una camisa y a registrarme en el Amritsar. ¿Y tú?

-Tengo que recoger a Diva a las siete y media. Hasta entonces no tengo nada que hacer. ¿Te importa si te acompaño?

-Agradezco la compañía.

Sacamos la moto de detrás de la parada del autobús, arranqué el motor y Naveen se montó detrás.

-He estado aprendiendo a conducir motos -dijo.

-Ajá.

-Le he echado el ojo a una 350 antigua tuneada. Es una pasada de bonita y muy veloz.

-Ajá.

-Y los de las carreras me han enseñado algunos trucos.

-¿Los de las carreras?

-Sí. Niños ricos con motos japonesas de importación. Son amigos de Diva. Y grandes motoristas.

-Ajá.

-¿Quieres que te enseñe lo que sé hacer con tu moto?

-Naveen, no vuelvas a hablarme así de mi moto.

-Lo entiendo -dijo riéndose-. ¡Pero espera a que veas la mía!

Recorrimos la calle de las tiendas de moda, donde, sin bajarme del vehículo, compré una camisa nueva y un par de camisetas para la moto en un puesto de camisas, y luego seguimos hacia Metro Junction.

Aparqué detrás del hotel en un callejón que pasaba por debajo de un arco que conectaba las plantas segunda y cuarta de toda la manzana.

El Amritsar era un edificio curvo con fachada al cruce que se elevaba

cual acantilado desde el tráfico pelagiano que circulaba por la vasta intersección.

En la planta baja había tiendas de deporte y de material de oficina, una tienda de música y el restaurante Kayani's, a los que se accedía también por el callejón de detrás del hotel.

En la primera planta y las superiores, todo el edificio estaba conectado por una red de pasillos y escaleras disimuladas que conducían de los balcones con postigos de la calle al último apartamento privado, al final de la manzana. Si conocías el lugar, podías estar en otro código postal dentro del mismo edificio mientras los polis o los malos seguían todavía aporreando la puerta.

Se rumoreaba que el Amritsar tenía veintiuna salidas. Yo me conformaba con tres. Lo primero que hace un fugitivo en cualquier sitio nuevo es localizar las salidas. Antes de dirigirme a recepción, exploré el edificio con Naveen. Encontré tres salidas rápidas de mi gusto, que daban a tres puntos distintos de las calles circundantes. Bien.

Cuando Naveen y yo llegamos a recepción nos topamos con Didier, jugando a los dados con el director del hotel. Se levantó para abrazarme.

-Lin -me susurró mientras me abrazaba-, estoy a punto de ganar un descuento para tu estancia incluso antes de que firmes en el registro.

-Mejor pagamos primero la estancia -le contesté susurrando- y luego ya conseguirás el descuento.

-Qué listo -dijo, separándose.

Me registré con uno de mis pasaportes falsos y subí a ver mis nuevos aposentos.

Había un salón amplio que comunicaba a través de unas altas puertas de madera con el dormitorio y el cuarto de baño. En un rincón disponía de una cocina básica.

Al fondo de la sala se abrían unas cristaleras en arco que daban a un umbrío balcón. Las crucé, abrí los postigos y miré a la concurrida intersección de abajo.

Las vistas eran espléndidas: un juguete gigantesco al que habían dado cuerda y giraba completando todo su ciclo de luz, ruido y movimiento. Más allá asomaban los árboles del Bombay Gymkhana,

cuyas sombras frondosas formaban un túnel sobre la carretera.

Miré alrededor y vi que solo unas mamparas bajas y frágiles separaban mi balcón del de las otras dos habitaciones. Las habitaciones parecían vacías.

El director del hotel estaba a mi lado.

-¿Hay huéspedes en las habitaciones contiguas? -pregunté.

-En este momento no, pero llegan mañana.

-El mañana no llega nunca -repuse en hindi-. Estamos ahora y quisiera alquilar las tres suites de la fachada delantera durante un año, pago por adelantado al contado.

-¿Suites? -preguntaron Didier y el director al unísono.

-Las suites -confirmé-. Las tres. A partir de esta noche. Un año por adelantado. ¿Trato hecho?

-Un minuto -pidió el director-. Tengo que consultarle a mi avaricia.

Se tomó un momento, con cara pensativa, y luego se decidió.

-Mira por dónde -dijo-, de pronto no tenemos reservas.

Un tipo que antropomorfiza su propia avaricia tiene que caerte bien a la fuerza: como poco, da tema para una conversación.

-¿Cómo se llama?

-Jaswant -dijo-. Jaswant Singh. ¿Y usted?

-Llámeme *baba*. Si le parece bien.

-Claro, claro, *baba*. No hay problema. ¿Un año, ha dicho? ¿Por adelantado?

Le pagué y nos dejó a solas para que viéramos las habitaciones.

Retiramos las mamparas entre los balcones y dimos toda la vuelta de una habitación a otra.

-¿Para qué necesitas las tres habitaciones, Lin? Me niego a llamarlas suites.

-Las paredes del fondo de los balcones están selladas, Didier. Si me quedo las tres suites, por ahí no se colará nadie.

-Ya veo.

-Pero solo necesito dos. La otra es para ti, Naveen, si la quieres.

-¿Para mí? -preguntó Naveen.

-Todavía no tienes despacho, ¿no?

-No. Trabajo desde casa.

-Bueno, pues ya tienes uno, si lo quieres.

Miró a Didier, que se encogió de hombros y sonrió.

-¿Se te acaba de ocurrir? -preguntó Naveen.

-Sí.

-¿Porque te sobra una habitación?

-Sí.

-Genial. Acepto -dijo Naveen, estrechándome la mano-. Un placer tenerte al final del balcón.

Didier se nos sumó apoyando las manos en las nuestras.

-Es el principio de algo muy...

-¡Mierda! -exclamó Naveen, soltándose-. ¡Me va a matar!

-¿Quién mata a un detective? -preguntó Didier.

-Diva. Como no recoja puntual a esa mimada no habrá quien la aguante durante un par de días. Tengo que darme prisa. Recogeré la llave al salir, Lin. ¿La habitación de la derecha te parece bien?

Era justo la que quería que eligiera.

-Toda tuya, Naveen.

-¿Has quedado con Karla? -me preguntó Didier mientras veíamos alejarse a Naveen.

-A las ocho.

-Tengo cosas que hacer, amigo mío, de modo que te dejo solo. Pero luego estaré disponible; me quedaré un tiempo en el Taj por si descubro algo.

-Gracias, Didier.

-De nada.

-No, de verdad. El propietario de este edificio es amigo tuyo, estamos en una de tus zonas porque el capo local también es amigo tuyo y por eso estoy a salvo. Gracias por todo.

-Te quiero, Lin. Y no te apures porque lo diga, por favor. Los franceses no tenemos cadenas en el corazón. Te quiero. Resolveremos el misterio de la pobre y dulce Lisa y luego seguiremos adelante.

Se marchó, y entré en cada una de las extrañas habitaciones que había alquilado para un año por instinto. Era mi primer hogar tras el que había fundado con Lisa. Intentaba vivir otra vez: intentaba plantar un árbol en un sitio nuevo.

Regresé al balcón, me crucé de brazos sobre la barandilla y contemplé la rueda de luces, rojas, amarillas y blancas, como pequeños fuegos artificiales en el punto donde coincidían y volvían a separarse las cinco calles.

Un cuervo se posó momentáneamente en mi balcón, me inspeccionó, sacudió las plumas y alzó el vuelo. Un grupo de adolescentes cruzó el semáforo, felices y contentos, de camino a las tiendas baratas de la calle de la moda.

A lo lejos tañó la campana de un templo, seguida por cantos. La llamada a la oración resonó desde algún punto cercano, cantada con voz bella y clara.

«¿Es este lugar?», me pregunté. Quería un lugar. Cualquiera. Quería un hogar.

«¿Lo encontraré aquí?» Quería conectar. Quería entregar cuanto poseía a un amor y ser correspondido.

«¿Es aquí?» Clavé la vista en la encrucijada en busca de respuesta, mientras las luces blancas, rojas y amarillas arrancaban dragones de las hileras entrelazadas de coches.

Llegué pronto, como las estrellas que se apeaban de las limusinas delante del Taj para asistir a la gala de presentación de una nueva película. Aparqué la moto bajo una palmera, frente al hotel, esperando a que los lentos minutos se arrastraran hasta las ocho y la cita con Karla.

Por las amplias puertas del vestíbulo vi la pared del patrocinador, donde los invitados especiales posaban para los fotógrafos delante de las marcas que les pagaban su presencia por segundos. Flash, flash, giro a un lado, giro al otro lado: las fotos de archivo policial de los privilegiados sorprendidos in fraganti.

Las limusinas se acabaron, los fotógrafos corrieron a por otros titulares y alguien desmanteló el fondo para posar. El amplio y elegante vestíbulo, donde grandes pensadores habían debatido sobre grandes ideas en las tardes lluviosas de Bombay durante décadas de lluvias, recuperó el aire insulso y formal.

A la mierda con la puntualidad. Rodeé el hotel hasta una puerta trasera, custodiada por un conocido, y subí por la escalera a la habitación de Karla. Llamé a la puerta y me abrió.

Iba descalza. Llevaba un conjunto de estar por casa de seda negra. De pantalón y camiseta sin mangas, con bolsillos de cremallera y una cremallera frontal.

Se había recogido el pelo en un moño. Lo sujetaba un fino abrecartas de plata con forma de espada damasquina. Karla.

-Llegas temprano -dijo, sonriendo pero sin invitarme a entrar.

-Siempre llego temprano o tarde.

-Para alguien que se dedica a no trabajar, como tú, es un talento. ¿Quieres pasar?

-Claro.

-¡Rish! -llamó por encima del hombro-. Se acabó la entrevista.

Abrió la puerta del todo y vi a Rish, uno de los socios de la galería de Lisa. Se apresuró a saludarme.

-Lo siento mucho, Lin -dijo Rish, cogiéndome la mano entre las suyas-. Ha sido terrible. Una gran pérdida. Nuestra querida Lisa. Yo...

No sé ni quién soy de tanto dolor.

Pasó por el lado de Karla esquivándome y se escabulló por el pasillo. Era un pasillo largo.

-Si no sabes quién eres -dijo Karla mientras Rish se alejaba-, suele ser que eres tonto. Pasa, Shantaram. Ha sido un día muy largo.

Regresó al interior de la suite y se sentó en el sofá junto a la ventana.

-Prepárame una copa, por favor -me pidió cuando hube cerrado la puerta con llave-. Me encanta cuando no me la preparo yo.

-¿Qué quieres?

-Tomaré un Happy Mary.

-¿Un Happy Mary?

-Es un Bloody Mary sin los glóbulos rojos. Con hielo. Mucho hielo.

Preparé las bebidas y fui a sentarme con ella.

-¿Brindamos? -propuso.

-¿Por salir corriendo enfadada?

Se rió.

-¿Qué tal por los viejos tiempos, Shantaram?

-Por los amigos caídos -respondí.

-Por los amigos caídos -convino, brindando conmigo.

-Tienes que reaccionar -dijo, dando un sorbo largo a la copa antes de dejarla.

-Estoy bien.

-Y una mierda. Te he dado cuatro pies, tonto, happy, sangre y hielo, y no has entrado al trapo con ninguno. No es propio de ti. No es propio de nosotros.

-¿Nosotros?

Vio que mi mente estaba trabajando y sonrió.

-¿Por qué estás tan empeñado en descubrir quién le pasó la droga a

Lisa?

-¿Tú no lo estás?

Volvió a coger la copa, se quedó mirándola, bebió un sorbo generoso y enfocó todas sus reinas en mí.

-Si tú y yo descubrimos quién lo hizo, probablemente querré matar al responsable. Es la clase de información que empuja a la gente a matar. ¿De verdad quieres verte en semejante situación?

-Solo quiero descubrir lo que le pasó a Lisa, nada más. Se lo debo, Karla.

Apoyó las palmas de las manos en los muslos, suspiró y se levantó.

Cruzó la habitación hasta el escritorio, abrió el bolso y sacó una pitillera metálica idéntica a la de Didier.

Se encendió un porro de espaldas a mí y se lo fumó con gesto obstinado.

-No creí que esta noche fuera a necesitarlo -musitó entre hondas caladas.

Mi mirada descendió por su cuerpo en una reverencia. Su silueta, vestida de negro: el amor gritaba en mi interior.

-Era esto -dijo Karla, todavía de espaldas- o romperte una botella en la cabeza.

-Eh... ¿Cómo dices?

Apagó el porro, sacó otros dos de la pitillera, la cerró, la dejó caer al bolso y volvió al sofá.

-Toma -me dijo, lanzándome los dos porros-. Colócate como yo.

-Ya voy colocado.

-Pues te jodes, Shantaram. Fúmate los putos porros.

-Va... vale.

Fumé. Cada vez que iba a decir algo, me empujaba delicadamente el porro para que fumara.

-¿Sabes una cosa? -dije cuando me lo permitió-. Hoy ya me habías dedicado un «Jódete».

-Si vas a sentirte mejor -farfulló-, di: «Jódete, Karla». Di: «Deja ya de joder, Karla». Vamos. Inténtalo. «Jó-de-te... Karla.»

La miré.

-No puedo -dije.

-Seguro que sí, inténtalo.

-¿Puedes decírselo a una puesta de sol? ¿Puedes decírselo a una galaxia?

Me sonrió, pero con ojos Fieros. Yo no tenía ni idea de lo que le pasaba por la cabeza.

-Mira -dije-, vamos a aclarar algo. Solo quiero saber lo que le pasó a Lisa. Quiero un cierre para Lisa, y para nosotros. ¿No lo entiendes?

-Del cierre al castigo hay una pendiente considerable. Y he visto a muchos despeñarse por ella.

-No soy de los que se arrojan por precipicios.

Se rió.

-Lo sé todo de ti, Lin.

-¿Todo?

-Casi todo.

-¿Ah, sí?

-Ponme a prueba -susurró.

Me reí, y luego comprendí que Karla no bromeaba.

-¿De verdad?

-Que te fumes el puto porro.

Fumé.

-Color favorito -empezó-, azul, con verde: las hojas contra el cielo.

-Mierda. Vale, ¿estación favorita?

-El monzón.

-Eh...

-Película de Hollywood favorita, *Casablanca*; película de Bollywood favorita, *Prem Qaidi*; comida favorita, el helado; canción hindi favorita, «Yeh Duniya Yeh Mehfil»; moto favorita... tu moto actual, bendita sea; perfume favorito...

-El tuyo -dije, levantando las manos para rendirme-. Mi perfume favorito es el tuyo. Eres buenísima.

-Pues claro. Somos tal para cual. Y los dos lo sabemos.

La brisa del mar cruzó la habitación anunciándose con una ondulación de las finas cortinas de seda. De pronto caí en la cuenta de que, años atrás, había visitado a Lisa en la suite de al lado.

¿Estaba loco? ¿O solo era tonto por no pronunciar las palabras, por no decirle a Karla la verdad: que no entendía su relación con Ranjit, que todavía no había encontrado la manera de abrir el puño en que la vida había encerrado los recuerdos de Lisa viva y los recuerdos de Lisa muerta? No quería estar con Karla sumido en la pena. Quería ser libre para pertenecerle solo a ella. Algo que no sería inmediato.

-Lisa estaba... -empecé a decir.

-Calla.

Callé. Encendió un segundo porro y me lo pasó. Se acercó al pequeño bar, cogió un puñado de cubitos de la cubitera y llenó tres cuartas partes de un vaso limpio.

-Hay que poner el hielo primero -dijo, vertiendo lentamente el vodka por encima de los cubitos- y añadir el Happy Mary con cuidado.

Bebió un sorbo.

-Ah -suspiró-. Mucho mejor.

Pensó en sus cosas un momento.

-Ha sido un día muy largo -dijo mirando al techo.

-¿Qué ha pasado con Ranjit, Karla?

Me lanzó una mirada desde la parte airada de la divinidad femenina. Se me heló el corazón en el pecho. Estaba magnífica.

-¿Qué te he dicho?

Apretó los dientes, como enseñándolos.

-¿Por fin ves más allá de tu manto de pena para interesarte por mí y lo que me pasa? Momentos como este justifican los «Jódete», Lin.

-Un momento. No te he preguntado antes por Ranjit y por qué lo has dejado porque era una obviedad. Es un imbécil. Solo preguntaba por si había un motivo en particular. ¿Te ha amenazado?

Se rió, bastante fuerte, y dejó la copa. Se situó ante mí.

-Levántate, Shantaram.

Me levanté. Apoyó los dedos en la parte frontal de mis vaqueros y los metió por dentro del cinturón. Me atrajo hacia ella.

-A veces -dijo sin sonreír- no sé qué hacer contigo.

Se me ocurrieron varias sugerencias, pero no conseguí proponerlas. Me empujó de vuelta al sofá y se sentó a mi lado.

-Para nosotros hace una semana que Lisa murió -dijo-, pero para ti fue ayer. Lo entiendo. Todos lo entendemos. Y te saca de quicio que por lo visto no captemos lo importante que es para ti.

-Exactamente.

-Calla. Bésame.

-¿Qué?

-Bésame.

Me cogió la nuca con la mano y fundió nuestros labios en un beso breve y tierno antes de volver a apartarme.

-Mira, no tiene nada que ver con Ranjit ni con Lisa. Sé que tu corazón no puede con esto porque te conozco y te quiero. Por eso...

-¿Me quieres?

-Ya te lo había dicho, ¿no? Somos tal para cual. Lo sé desde el mismo instante en que volví a verte en la montaña.

-Yo...

-Pero también conozco tus debilidades. Compartimos un par de defectos, lo cual es una buena base para una relación. Pero...

-¿Relación?

-¿De qué estamos hablando si no, Shantaram?

-No...

-Volviendo a las debilidades. Tenemos que...

-Tú eres mi única debilidad, Karla.

-Soy tu fortaleza. En este momento, más de la mitad de todas tus fuerzas, diría yo. Tus debilidades consisten en que te fustigas con la culpa y la vergüenza. He esperado a que evoluciones, a que crezcas y lo superes.

-Bueno...

-Has progresado -admitió, alzando la mano para acallarme-. No cabe duda. Pero todavía no has terminado. Tienes problemas de autoestima...

-Merecidos.

-Curioso. Pero vale. ¿Problemas de autoestima? Nimiedades. Nada que no tenga solución. Yo tengo tendencias homicidas. Nadie es perfecto. Pero Lisa ha muerto y por mucho que te flageles no volverá. Si sirviera de algo, te ahorraría las molestias y te flagelaría yo misma. Es posible que lo haga de todos modos si no reaccionas.

-Vale, me he perdido.

-Deja que Lisa se vaya. Al menos cuando estés conmigo. Acabo de decirte que te quiero. Nunca se lo había dicho a ningún hombre. Si no estuvieras tan atontado por la culpa, reaccionarías.

La besé con todo, todo cuanto tenía, todo cuanto era y todo cuanto quería.

-Mejor -dijo, apartándome con delicadeza-. En estos momentos puedo esperar al amante, pero mientras espero necesito al amigo. Están pasando muchas cosas. Necesito que te pongas al día, Shantaram, y que tengas fe. Necesito que confíes en mí, porque de momento no puedo contarte nada. Hasta que termine, no puedo.

-¿Por qué no?

-Por eso -dijo sonriendo-. Porque eres curioso y leal. Y algunas de las

cosas que oirás sobre mí antes de que todo termine sonarán a locura o a algo peor, por eso necesito que tengas fe.

Lo decía en serio. Estaba siendo totalmente sincera: nada de juegos ni trucos. Resultaba conmovedor, bonito y aterrador. Me encantó. «Imagínate esto -pensé-, todo el rato.»

Me agarró de la camisa y acercó mi cara a la suya.

-Mírame a las reinas y dime que lo has entendido -me ordenó-. Porque, ¿sabes qué?, te quiero, pero en este momento tengo demasiados frentes abiertos para soportar un drama del tío al que quiero. Así que dime que lo entiendes.

-Lo entiendo -dije, zambulléndome en la laguna verde, tan próxima, tan profunda.

-Bien. Y ahora vete.

-Lo dices como si fuera en serio -dije, de pie, desmadejado.

-No, solo lo digo mientras puedo.

-Pero...

Caminamos hasta la puerta y me empujó al otro lado, sin beso, ni abrazo, ni apretón de manos. La puerta se cerró y recorrí los pasillos de mármol del hotel a solas.

¿Qué estaba pasando? Estaba mal. Todo estaba mal.

Corrí de vuelta a su puerta y llamé al timbre. Contestó inmediatamente y me sorprendió.

-Mira -dije, intentando improvisar rápido-. Eres tú. Siempre has sido tú, desde la primera vez...

-... que te vi en la calle -me interrumpió, apoyándose en el marco de la puerta-. Sonriendo y a punto de arrojarte delante del autobús. Recuerdo que le sonreías a un niño de la calle. Y que un perro te lamía los pies. ¿Sabes algo del tarot?

-¿Es una banda de la mafia china?

Se rió alegremente. Dentro de mí resonó la campana de un templo.

-Lo supe, en el mismo instante en que te arranqué de delante del autobús -dijo-. Cuando te miré a los ojos y se encendieron todas las

luces. Y el tiempo...

-... se ralentizó -continué-. Durante unos segundos larguísimos. Y el efecto...

-... duró varios días -dijo, irguiéndose para mirarme a la cara-. Lin, quiero que me apoyes creyendo en mí, pero no puedo involucrarte. ¿Lo entiendes?

-Color favorito -dije, tachando de una lista imaginaria en mi mano-, rojo crepuscular.

Volvió a relajarse contra la jamba, esbozando una sonrisa resabiada.

-Estación favorita, invierno. En Basilea, para ser exactos. Película favorita, *Cayo Largo*; plato favorito, chuleta a la parrilla; canción favorita, «La Internacional»; coche favorito, porque todavía no te ha dado por las motos, el Chevy Camaro de 1967, negro mate con interiores rojo sangre...

Me besó. Cerré los ojos. Una luz planeaba por mi mente. La luz se desvaneció entre las olas y cayó por debajo del mundo. El Amor era como el agua, buscaba el mar. El Amor, como el Tiempo, buscaba un sentido. El Amor como todo lo que era, y que alguna vez sería.

-¡Basta! -dijo, apartándome.

Se llevó el dorso de la mano a los labios y se limpió el mar. Abrí la boca para hablar, pero me abofeteó, con fuerza.

-Que no te maten -dijo-. Quiero repetirlo.

-¿El beso o la bofetada?

-Ambos, pero puede que cambiando el orden.

Cerró de un portazo.

Amor. Amor como el eco marmóreo en un pasillo de hotel vacío.

Didier estaba esperándome en el vestíbulo.

-Confiaba en que te quedaras a pasar la noche con Karla -dijo mientras salíamos del hotel.

Paré y lo miré.

-Solo digo que traigo noticias peligrosas. Ya sé dónde tiene el negocio

de drogas Concannon.

La noche prometía. Y yo estaba del humor adecuado.

-¿Es una información fiable?

-Lo han visto hoy a las tres de la tarde.

-¿Dónde está?

-En una casa propiedad de los Escorpiones.

-¿En Marine Lines?

-Sí. ¿Cómo lo sabes?

-Seguí a Vishnu y los suyos hasta allí después de que me dieran la paliza. Es uno de sus locales.

-¿Qué vas a hacer?

-Presentarme en la puerta y llamar al timbre.

-¿Con una granada de mano? -preguntó Didier, cavilando.

-No. Llama a Vishnu y dile que pasaré a visitarlo esta noche a las diez.

-¿Por qué piensas que tengo el teléfono de Vishnu?

-Didier -suspiré.

-Bueno, está bien, Didier tiene los números de todo el mundo, por supuesto, o puede conseguirlos. Pero ¿te parece inteligente meterte en la guarida del lobo?

-Creo que querrá hablar. Es un charlatán.

-No te ofendas, pero ¿qué te hace pensar que querrá hablar contigo?

-No me ofendo. He dejado la Sanjay Company y aún sigo vivo. Querrá hablar conmigo.

-Muy bien -dijo-. Llamaré.

Lo vi volver al hotel y avisé a uno de los porteros sijs. El hombre cruzó el patio hasta donde yo estaba con la moto.

-¿Sí, *baba*? -preguntó, tendiendo una mano.

Le pasé el dinero al saludarlo, como tantas otras veces.

-Para los chicos, para cuando termine el turno.

-Gracias, *baba*. Esta noche se han celebrado varios actos importantes con invitados distinguidos, así que han caído pocas propinas. ¿En qué puedo ayudar?

-Vigila a la señorita Karla. Si te enteras de algo que deba saber, estaré en el Amritsar, en Metro.

-*Thik* -dijo, corriendo a reunirse con los colegas-. ¡Sin problemas!

Didier regresó, con expresión pensativa, como un pescador observando la lluvia.

-Ya está -dijo-. Vishnu espera tu visita. No tenemos mucho tiempo. Necesitamos más armas y más munición.

Se puso a buscar un taxi.

-No voy a ir armado. Y tú no vienes, Didier.

-¡Lin! -exclamó, dando una patada en el suelo-. Si me niegas esta aventura, escupiré sobre tu tumba. Y cuando Didier dice algo así, queda escrito en piedra.

-¿Mi tumba? ¿Por qué siempre muero antes que tú?

-Y bailaré encima como Nureyev.

-¿Bailarás sobre mi tumba?

-Como Nureyev.

-Vale. Pues vente.

-¿No sería mejor que nos acompañara alguien más?

-¿Quién iba a querer venir? -repuse, arrancando la moto.

-Ya -admitió, todavía buscando un taxi.

-Monta.

-¿Perdona?

-Que subas a la moto, Didier. Si tenemos que irnos con prisas no quiero depender de un taxi. Monta.

-Pero, Lin, ya sabes la histeria que me causan las motos.

-Sube a la moto, Didier.

-Si los coches se volcaran cuando bajamos de ellos, tampoco iría en coche. Es histeria combinada con las leyes de la física.

-No es histeria, Didier. Tienes motofobia.

-¿Sí? -preguntó intrigado.

-Sin duda.

-Soy motofóbico. ¿Estás seguro?

-No hay por qué avergonzarse. Tengo muchos amigos motofóbicos. Y no pasa nada. Hay tratamiento.

-¿Sí?

-Sube a la moto, Didier.

Aparqué la moto a una manzana de la mansión y esperamos en una tranquila calle lateral. La luz de la luna dibujaba poemas arbóreos en la carretera. Un gato negro y flaco atravesó las franjas de luz y sombra delante de nosotros, corriendo a resguardarse.

-Gracias, Destino -dijo Didier-. Un gato negro. Cómo no.

Nos dirigimos a la verja. Me paré y miré a un lado y otro de la larga calle. Pasaban algunos coches, pero estaba tranquila.

-¿Estás seguro de que quieres hacerlo, Didier?

-¡Cómo te atreves!

-Vale. Vale. Perdona.

Abrí la verja y nos encaminamos hacia la puerta. Me disponía a llamar al timbre cuando Didier me detuvo. Sonrió, hizo una pausa y luego llamó él.

Un hombre se acercó a la puerta. La puerta tenía paneles de cristal esmerilado y de colores. A través de ellos vi que el hombre era grande: un hombre grande que caminaba despacio apoyándose en un bastón. Hanuman.

Abrió la puerta, me vio y adoptó un aire despectivo.

-Otra vez tú -dijo.

-Háblame de Pakistán -repliqué.

Me agarró del hombro como si fuera un racimo de uvas y me empujó por el pasillo. De las habitaciones del fondo empezaron a asomar esbirros fuertes y furiosos. En la escalera aparecieron varios matones. Hanuman me empujó hacia una puerta cerca del final del pasillo.

-*Maduchudh! Bahinchudh! Gandu! Saala!* -me gritaban, azuzándome.

Hasta la última arma de este mundo es un deseo de muerte, y todos ellos iban armados y se morían por hacernos daño. Me asusté porque no me esperaba tantas armas y porque los fuera de la ley, por definición, no acatan las normas.

El que tenía más cerca era un tipo gordo y peludo en camiseta interior blanca. Levantó despacio una escopeta recortada del calibre doce y me apuntó. Hanuman me cacheó. Al comprobar que no llevaba

pistola, me levantó la camisa para mostrar los dos cuchillos de la espalda y volvió a dejarla caer reprimiendo un bostezo. Los gángsters se rieron con ganas. Después se volvió hacia Didier, que lo detuvo con un ademán. Didier se sacó la automática del bolsillo y se la entregó.

Se abrió una puerta un poco más adelante de donde estábamos. Vishnu salió al pasillo y se situó junto a sus hombres.

-No te bastó con ensuciar el felpudo -dijo con calma-, tuviste que quemarlo. Pasa, antes de que provoques algún disturbio.

Entramos en la habitación, sin que Hanuman dejara de empujarme, y nos reunimos con Vishnu en su estudio.

Había una mesa de caoba, dos cómodas butacas para las visitas y una hilera de sillas de madera justo detrás. Carteles políticos y religiosos competían por el espacio de las paredes, pero no había libros. Por encima de la mesa, una pantalla mostraba diferentes vistas de la mansión, una imagen de las cámaras de seguridad tras otra.

Vishnu se detuvo a la entrada para hablar con Hanuman. El alto esbirro se agachó para escuchar, meneando la cabeza.

Cuando Vishnu volvió con nosotros lo hizo solo. O estaba loco o se sentía confiado. Sirvió tres vasos de bourbon con hielo y los repartió, después se sentó tras la mesa en una butaca de oficina de respaldo alto.

-El señor Levy, ¿verdad? -preguntó Vishnu cuando tomamos asiento al otro lado de la mesa-. No hemos coincidido, pero he oído hablar de ti.

-*Enchanté, monsieur* -respondió Didier.

-Mi mujer está enferma -añadió Vishnu, volviéndose hacia mí-. Está en manos del médico y dos enfermeras. Por eso la tengo conmigo. Por eso mis hombres hace un momento querían matarte. Porque mi mujer está en casa. Por eso estoy pensando en matarte. Tienes que estar muy loco para venir aquí.

-Lamento que tu mujer esté enferma y te pido disculpas por las molestias -dije, levantándome-. Ya me las apañaré de otro modo.

-Si que te rindes rápido -comentó con desdén Vishnu.

-Mira, Vishnu, creía que venía a tu club, a tu garito de juego, no sabía

que era tu casa. Ya me las apañaré.

-Siéntate. Y cuéntame de qué se trata.

-Sé cómo te sentirías si le pasara cualquier cosa a tu mujer -empecé a decir, volviendo a sentarme- porque a mi novia le ha pasado algo. Está muerta. El hombre que le suministró las pastillas que la mataron está bajo tu protección. He venido a tu club a pedirte permiso para hablar con él en la calle.

-¿Por qué no esperas fuera a que salga?

-No espero a la gente al acecho. Voy de cara. Por eso he venido a verte. Como el tipo trabaja para ti, quería pedirte permiso.

-¿Qué quieres saber?

-Quiero saber lo que sabe. El nombre del tipo que lo acompañaba y que le dio las pastillas a mi novia.

-¿Y qué le ofreces a cambio?

-Lo que me pidas y a ambos nos parezca justo.

-¿Un favor?

Se rió.

-No es poca cosa -dije-. Si me concedes hablar con él, haré cualquier cosa que me pidas y consideremos justa. Tienes mi palabra.

-¿Un puro?

-No, gracias.

-Muy amable -dijo Didier, aceptando uno y oliéndolo-. Si decides matarnos, Vishnudada, esta sería mi despedida ideal.

Vishnu se rió.

-Yo hice algo parecido cuando tenía diecisiete años -dijo, lanzándome una sonrisa poco convincente-. Llevé una bandeja de *chai* al salón del capo local, la dejé en la mesa y le puse una navaja al cuello.

-¿Qué pasó? -se interesó Didier.

-Le avisé de que si sus *gondas* no paraban de acosar a mi hermana, regresaría, igual de sigilosamente, y le rajaría el cuello.

-¿Te castigó? -preguntó Didier.

-Sí. Me reclutó -respondió Vishnu, bebiendo un sorbo-. Pero aunque me recuerde a mi juventud, no puedo aprobar lo que has hecho presentándote en mi casa. ¿Quién es el hombre al que buscas?

-El irlandés. Concannon.

-Ah, entonces llegas tarde. Se ha ido.

-Hoy lo han visto aquí, monsieur -dijo Didier en voz baja.

-Sí, señor Levy. Pero este negocio es así, un día estás aquí y esa misma noche desapareces, ¿verdad? El irlandés se ha marchado hace tres horas. No importa adónde ni si piensa volver.

-Bueno, pues entonces nos vamos y, de nuevo, disculpa por las molestias que podamos haberle ocasionado a tu esposa.

-¿Es cierto -preguntó, indicándome que volviera a sentarme- que ya no estás con la Sanjay Company?

-Sí.

-Disculpa, Vishnudada -intervino Didier tratando de cambiar de tema-, no conocías a la chica fallecida. Pero yo tuve el honor de tratarla. Era una joya, una flor excepcional. Su pérdida es insoportable.

-Igual que esta intromisión, señor Levy. Hay que mantener el orden. Las reglas están para acatarse.

-Lamentablemente -contestó Didier-. Pero el amor es mal maestro y peor esclavo, pobre.

-Os diré algo sobre los pobres -dijo Vishnu levantándose para rellenarnos los vasos pero sin quitarme el ojo de encima.

-Por favor -lo conminó Didier, fumándose el puro.

-Si construyes una casa bonita -dijo Vishnu, volviendo a sentarse-, arrancarán el suelo para poder sentarse en la tierra. Si construyes el suelo más resistente, entrarán la tierra de fuera para poder sentarse. Dirijo una constructora. ¿Qué te parece, Shantaram?

¿Qué me parecía? «Eres un megalómano y morirás de forma violenta.»

-Me parece que hablas como si odiaras a los pobres.

-Hombre -protestó-, todo el mundo odia a los pobres. Incluso los pobres odian a los pobres. La cuestión es que unos nacemos para liderar y la mayoría nacen para seguir al líder. Has dado un gran paso en la dirección correcta.

-¿Qué paso?

-Dejar la Sanjay Company. Ahora solo nos separa un paso más pequeño. Si te vinieras conmigo y me contaras todo lo que sabes de la Sanjay Company serías un líder en lugar de un vasallo. Y te haría más rico de lo que puedas imaginar.

Me levanté.

-Una vez más, perdón por presentarnos así. De haber sabido que tenías a la familia contigo no habría venido. ¿Nos permitirán tus hombres que nos vayamos sin despertar a toda la planta de arriba?

-¿Mis hombres? -Vishnu se rió.

-Tus hombres.

-Mis hombres no te tocarán. Te doy mi palabra.

Di media vuelta, pero me detuvo.

-El irlandés no es el único que lo sabe.

Volví a girarme. Didier estaba de pie a mi lado.

-El conductor. Mi chófer. El coche negro era mío.

-¿Tuyo?

-El irlandés lo cogió prestado. Creo que le habían disparado el día antes, pero aun así insistió en salir. De modo que le presté el chófer.

-¿Y dónde puedo localizarlo?

-No te dirá nada.

-Tal vez -repliqué, apretando los dientes.

-Está muerto. Pero me lo contó todo antes de morir.

-¿Qué quieres, Vishnu?

-Ya sabes lo que quiero. Quiero evitar que la Sanjay Company siga

inundando las calles de Bombay de armas y artificieros paquistaníes.

-No exageres -empecé a decir, pero me cortó, levantándose con los puños en las caderas.

-No puedes negarlo porque está pasando en todas partes -dijo, alzando la voz hasta casi gritar para entrar en materia-. Dinero árabe, entrenamiento en Pakistán, un ejército dispuesto a recorrer el mundo. Están a punto de conquistar su primer país, Afganistán. Y no será el último que caiga bajo el ejército islámico. Si no ves lo que significa es que eres tonto.

-Ahora el que está molestando a tu mujer eres tú. No quiero hablar de política contigo, Vishnu. Solo me interesa el irlandés.

-Olvídate de mi mujer, gilipollas, y del irlandés. Quiero conocer vuestra opinión. Los dos lleváis aquí el tiempo suficiente para querer a la Madre India. ¿Qué opináis?

Miré a Didier. Se encogió de hombros.

-La verdadera batalla -respondí- se libra entre suníes y chiíes. Los musulmanes matan a cientos de musulmanes por cada víctima no musulmana, atacan mezquitas y mercados. A nosotros no nos va nada en esa lucha. Deberíamos mantenernos al margen. Y, desde luego, no deberíamos bombardear ni invadir sus países mientras se pelean por el feudo familiar. Ni en ninguna otra ocasión, para el caso.

-Los indios sí se juegan algo en la pelea -replicó, más serio, moviendo las manos-. Cachemira. Por eso nos atacan sin parar. Quieren que Cachemira forme un Estado islámico independiente. ¿Qué opinas de Cachemira?

-Cachemira es una guerra que no se puede ganar. Deberían desplegarse cascos azules de la ONU por toda la región para proteger a la población hasta que se solucione el conflicto.

-¿Y opinarías lo mismo si fuera un estado de tu país?

-No le falta razón -observó Didier, gesticulando con el puro.

Lo miré, luego volví a mirar a Vishnu.

-Yo no tengo país. Y ya no tengo novia. ¿Sabes algo que pueda ayudarme a encontrar al hombre que la mató?

Se rió, y la vista se le fue al reloj de la pared. Pensé entonces,

demasiado tarde, que me entretenía para ganar tiempo.

La puerta se abrió a nuestra espalda y entró Rayo Dilip. Seis policías ocuparon el despacho. Dos me agarraron. Otros dos sujetaron a Didier.

Rayo Dilip se me acercó con la tripa asomándole de la camisa.

-Te estaba buscando, Shantaram. Tengo algunas preguntas incómodas para ti.

Miré a Vishnu. Sonreía. Rayo Dilip empezó a empujarnos hacia la puerta.

-¡Alto! -ordenó Vishnu, señalando a Didier-. Necesito al señor Levy. Tenemos asuntos pendientes.

-*Jarur!* -respondió Rayo.

Los polis soltaron a Didier. Me miró, preguntándome con la mirada si debíamos luchar y morir allí mismo, en aquel instante. Negué con la cabeza y me dedicó una media sonrisa rota tratando de plantar coraje en la pradera de mi corazón, por la que ya corría el miedo. No pasaba nada. Los dos habíamos estado bajo custodia de Rayo Dilip y sabíamos a qué atenernos: la bota y la porra y el agotamiento como única clemencia.

Los polis me arrastraron y me empujaron fuera de la casa. Varios Escorpiones me abuchearon y se burlaron desde la escalera. Danda me dio una patada al cerrar la puerta.

Ocho manos y varias botas me aplastaron la cara en la parte trasera del jeep. Condujeron a toda velocidad hacia la comisaría de Colaba, me sacaron del vehículo, me pisotearon un poco más y luego me arrastraron al patio de piedra.

Pasamos de largo por delante de las salas donde realizaban los interrogatorios normales y siguieron arrastrándome hasta el barracón para los interrogatorios especiales.

Me levanté, y me resistí al arresto. También clavé un par de buenos golpes. No les gustó. Me abofetearon y me empujaron a una de las celdas, grandes y oscuras.

Dentro había cuatro hombres asustados, contándome a mí. Los otros tres hombres asustados, encadenados en el rincón del fondo, estaban en cuclillas. Tenían la cara sucia y la camisa rasgada. Aparentaban llevar cierto tiempo encerrados.

Los polis me esposaron a los barrotes de la puerta muy abajo, para obligarme a ovillarme de rodillas.

Bum. Me llovió una patada de la nada. Hola, Rayo. Patada, puñetazo, porra, puñetazo, patada, patada, porra, patada, puñetazo, puñetazo, porra.

«Le pegaste así a Karla, cobarde -pensé, encontrando una imagen en la que poder fijar la mente-. El karma te espera. El karma te espera.»

Entonces paró, como el último trueno, y oí cómo se alejaba la tormenta de golpes.

Cuando me pareció seguro, me arriesgué a mirar y entreví a Rayo Dilip. Estaba mirando a los tres hombres acurrucados en el rincón. Jadeaba. Su cara mostraba una felicidad del tipo equivocado.

Lo entendí. Yo era el calentamiento. Los del rincón constituían el número principal.

Ellos también lo entendieron y empezaron a suplicar. Me dio tiempo de respirar y comprobar los daños.

Tenía suerte. Ningún hueso roto, nada reventado, todavía me funcionaban las extremidades. Podría haber sido peor, y en otras ocasiones lo había sido.

Cuando Rayo Dilip fue a por los encadenados, dos polis me soltaron de los barrotes y me condujeron a la oficina del sargento de turno para decidir qué parte de mi dinero quedarse. Se lo quedaron todo, por supuesto: me costó cuanto tenía recomprar mi ropa, efectos personales y cuchillos. Arrojaron mis pertenencias a la calle y a mí detrás, en calzoncillos.

Me planté en plena calle desierta bien entrada la noche, junto a una isleta, y fui recogiendo la ropa, prenda a prenda, hasta volver a vestirme. Me quedé allí un rato, con la vista fija en la comisaría, como sucede a veces por una tozudez nacida de alguna injusticia.

Estaba apaleado y sangrando en medio de una calle fluorescente. Oía los gritos de las nuevas víctimas de Rayo Dilip. La luz parpadeante de la esquina me bañaba de rojo con un lento latido. Clavé la vista en el lugar del que procedían los gritos.

Un Ambassador negro paró a mi lado. Con las ventanillas bajadas. Vi a Farid en el asiento delantero, junto a un chófer de la Compañía llamado Shah. Faisal, Amri y Andrew DaSilva viajaban detrás.

DaSilva apoyaba el codo en la ventanilla. Buscó bajo el salpicadero y yo, instintivamente, desenfundé uno de los cuchillos. Los gángsters se rieron.

-Toma tu dinero -dijo DaSilva, sacando un paquete por la ventanilla-. Treinta mil. Indemnización por el viaje a Sri Lanka.

Alargué la mano para coger el paquete, pero DaSilva no lo soltó.

-Tienes dos semanas de protección de Sanjay -dijo con una mueca-. ¿Por qué no intentas matarme después? A ver qué pasa.

-No quiero matarte, Andy -repuse, quitándole el paquete-. Me divierto demasiado dejándote en evidencia delante de tus amigos.

-¡Buena, esa! -se rió Amir-. Voy a echarte de menos, Lin. *Challo!* ¡Vámonos!

El Ambassador negro se alejó expulsando volutas azules en la bruma fluorescente. Me guardé el dinero en la camisa y oí cómo se reanudaban los gritos.

Un dolor de cabeza me saludó desde detrás del ojo derecho. Las contusiones se daban a conocer por toda la espalda y los hombros.

Pasé bajo el amplio arco de la entrada, subí los escalones que conducían al largo porche y me dirigí al despacho de Rayo Dilip.

-Avísalo -dije al agente que dormitaba en la mesa.

-Vete a la mierda, Shantaram -dijo, repantigándose en la silla-. Será mejor que no te vea aquí.

Metí la mano en la camisa y saqué varios billetes de cien dólares y los arrojé sobre la mesa.

-Avísalo.

El agente agarró los billetes de la mesa y salió corriendo del despacho.

Rayo Dilip acudió a los pocos segundos. Él no sabía si yo había venido para armarla o para reconciliarme mediante un soborno, y tampoco sabía cuál de las dos opciones prefería. Rezumaba sadismo, el sudor le manchaba la camisa a punto de reventar.

-Debe de ser mi día de suerte -dijo, haciendo girar la fusta que tenía en la mano.

-Quiero pagar la fianza de tres prisioneros.

-¿Qué?

-Quiero pagar la fianza de tres prisioneros en efectivo.

-¿Qué tres? -preguntó Rayo con expresión suspicaz.

-Los tres a los que estabas pateando.

Se rió. ¿Por qué se ríe la gente cuando no pretendes ser divertido? Ah, sí: porque el chiste eres tú.

-Encantado -respondió con una sonrisa-. Por el precio justo. Pero ¿cambiaría algo si supieras que uno de los tres ha violado a varias niñas y no sabré cuál ha sido hasta que le arranque la confesión? Aunque, desde luego, tú decides.

Intentas hacer lo correcto. Me pitaban los oídos, el dolor comenzaba a despertarme la cara. Era la clase de dolor iracundo que te estremece por dentro y no deja de temblar hasta que pasa algo muy bueno o algo

muy malo. Las campanas no paraban de tañer. ¿Un pederasta? El destino es Salomón, siempre.

-Quisiera... -grazné después de carraspear-, quisiera pagarte para que dejes de golpear a los tres. ¿Trato hecho?

-Cerraremos el trato por quinientos dólares cuando los encuentres.

Rayo Dilip sabía que me había dejado sin blanca. Y el agente había tenido la astucia de callarse los billetes de cien que le había dado. Dilip ahogó un grito cuando me vio sacar billetes de la camisa y arrojarlos a la mesa.

-Tengo ochenta prisioneros más arriba. ¿Te gustaría pagar para que no les pegue?

En aquel instante, apaleado y enajenado, pensando en que el cadáver de Lisa había estado en aquella comisaría y todos los polis del lugar la habían visto muerta y sabiendo que Rayo Dilip había pegado a Karla, probablemente en la misma verja a la que me habían encadenado, no me importó. Solo quería que los gritos cesaran un rato.

Tiré más dinero a la mesa.

-Esta noche pago por todos.

Volvió a reírse mientras recogía el dinero. Los polis del umbral también se rieron.

-Ha sido una noche provechosa -dijo-. Debería pegarte más a menudo.

Salí de la oficina y enfilé el porche blanco hacia la escalera.

Pasé bajo el arco que daba a la calle consciente de que solo había comprado el silencio de una noche, pero que les pegarían a la siguiente y otros recibirían palizas cada noche.

No había parado nada, porque todo el dinero del mundo no podía comprar la paz y toda la crueldad no cejaría hasta que solo reinara la amabilidad.

Una limusina negra frenó delante de mí y Karla se apeó de su interior con Didier y Naveen. Me alegré como un mono corriendo libremente por la sabana. Y el dolor huyó, temeroso del amor.

Me abrazaron y me subieron al coche.

-¿Estás bien? -preguntó Karla, tocándome la cara con la mano fría.

-Estoy bien. ¿Cómo te has enterado de que me soltaban?

-Estábamos esperándote. Didier nos llamó y estábamos esperando al otro lado de la calle, delante del Leo's. Hemos visto que te echaban de la comisaría y hemos decidido concederte algo de tiempo.

-Ha sido idea de Karla -añadió Naveen-. Nos ha pedido que te dejáramos ponerte los pantalones tranquilo. Luego íbamos a recogerte cuando ha parado el Ambassador negro.

-Y después, cuando ha arrancado, has vuelto a entrar -dijo Didier.

-Un gesto bastante descarado -dijo con una sonrisa Naveen-, así que hemos vuelto a esperar, dispuestos a sacarte por la fuerza, y entonces has salido.

-Tenemos novedades -dijo Didier.

-Qué novedades.

-Vishnu ha hablado conmigo cuando se te han llevado -explicó Didier-. Me ha contado quién acompañó a Concannon a ver a Lisa.

-¿Quién?

-Ranjit -dijo Karla sin emoción, cogiendo el cigarrillo de Didier.

-¿Tu Ranjit?

-Matrimonialmente hablando -puntualizó-. Pero parece que seré viuda antes que divorciada.

¿Ranjit? Recordé lo asustado que estaba cuando había ido a su oficina en busca de Karla. Ranjit pensaba que ya lo sabía. Por eso estaba tan asustado.

-¿Dónde está?

-Ha huido de la ciudad -dijo Karla-. He llamado a todos sus amigos. Los he vuelto locos, pero nadie lo ha visto desde anoche. Su secretaria le reservó un vuelo a Delhi. En cuanto aterrizó desapareció. Podría estar en cualquier parte.

-Lo encontraremos -aseguró Naveen-. Tiene demasiado éxito para seguir escondido mucho tiempo.

Karla se rió.

-Tienes razón. Antes o después saldrá a que le dé el aire.

-Ya puedes relajarte, Lin -añadió Didier-, el misterio está resuelto.

-Gracias, Didier -dije, pasándole a Karla su petaca-. No está resuelto, pero al menos sabemos cómo resolverlo.

-Exacto -concluyó Karla-. Y hasta que localicemos a Ranjit, centrémonos en lo que tenemos a mano. Tienes muy mal aspecto, Shantaram.

-Perdón por interrumpir -se disculpó el chófer uniformado-, pero ¿necesita un botiquín, señor?

-¿Eres tú, Randall?

-Sí, señor Lin. ¿Necesita el botiquín y, tal vez, una toallita?

-Gracias, Randall. ¿Y cómo es que te encuentro conduciendo este enorme bar negro por Bombay?

-La señorita Karla me ha ofrecido la oportunidad de conducir a su servicio -respondió Randall, entregándome el botiquín por entre los asientos.

-Para ya, Randall -se rió Karla-. En este coche solo se sirven bebidas y botiquines.

Miré a Karla. Se encogió de hombros, abrió la petaca, empapó una gasa con vodka y me pasó la petaca.

-Bebe, Shantaram.

-Siempre a su servicio, señorita Karla -dije, alegrándome de que hubiera contratado al camarero del hotel Mahesh.

Karla me limpió los cortes de la cara, la cabeza y las muñecas con pericia porque ya lo había hecho antes, con muchos soldados. Uno de los mejores amigos de Karla de su etapa en la Khaderbhai Company era un asistente que sabía cómo mantener a sus boxeadores en pie. Él le había enseñado todo lo que sabía y Karla se había convertido en una buena asistente.

-¿Adónde vamos, señorita Karla? -preguntó Randall-. Aunque el destino es el viaje, por supuesto.

-¿Adónde quieres ir? -me preguntó Karla, riéndose.

¿Adónde quería ir? Quería despedirme de Lisa con mis amigos y dejar que cayese una rama del duelo. Saber que había sido Ranjit quien le había suministrado las pastillas a Lisa me proporcionó la calma necesaria para despedirme.

-Me gustaría hacer una cosa. Y me gustaría que la hicierais conmigo, si os parece bien.

Claro, de acuerdo, por supuesto, respondieron todos sin preguntarme de qué se trataba.

-¿Crees que podrías despertar a tu amigo Tito, Didier?

-Tito no duerme, que yo sepa -replicó Didier-. Al menos, nadie lo ha visto nunca durmiendo.

-Bien. Pues vamos.

Didier le dio a Randall la dirección de la colonia de pescadores de detrás del mercado de Colaba. Aparcamos junto a una hilera de carretillas ladeadas y serpenteamos entre pasajes y callejones a oscuras hasta dar con Tito, que estaba leyendo a Durrell a la luz de una lámpara de queroseno. Se sentía solo, dijo, así que nos cobró en tiempo: el diez por ciento de dos horas. Nos fumamos un porro con él, hablamos de libros y luego recogimos mi paquete.

-¿Cuál es el nuevo destino, señor? -preguntó Randall cuando todos regresamos al coche.

-El edificio de Air India. Y un funeral en el cielo.

El vigilante nocturno se acordaba de mí, aceptó algo de dinero y nos mandó al tejado del edificio desierto de Air India.

El arquero rojo giraba despacio. La noche era clara y el horizonte estrellado más ancho que el mar. Desde nuestro mirador en las alturas, las olas parecían frágiles, con las crestas de espuma como tiras de algas flotando.

Mientras estábamos admirando el arquero y la vista, empecé a preparar una pequeña hoguera. Naveen me ayudó a recoger ladrillos y losas rotas del tejado de cemento. Confeccionamos una base de baldosas y alrededor levantamos una corona de ladrillos y piedras.

Yo le había pedido un periódico al vigilante, y fui haciendo bolas pequeñas y apretadas con las páginas. Cuando terminé, saqué la caja de las cosas de Lisa de la bolsa que me había guardado Tito.

El juguete de latón de cuerda era un azulejo, unido a un dispositivo con agujeros para los dedos como las tijeras. Cerré las tijeras y el pájaro cabeceó y cantó. Era de Lisa. Lo había tenido desde niña. Se lo regalé a Karla.

Había un tubo amarillo con topes dorados que contenía mis viejos anillos de plata. Lo había confeccionado para que le sirviera de pisapapeles a Lisa. Se lo di a Naveen. Las piedras, bellotas, conchas, amuletos y monedas cabían en un joyero de terciopelo azul. Se lo di a Didier.

Rompí a pedazos las fotografías y las arrojé a la hoguera, junto con cualquier cosa combustible, incluidas las sandalias de cáñamo y la caja de las razones a trozos. El fino pañuelo plateado fue el último del montón, enroscado y retorcido como una culebra.

Encendí la bola de papel de más abajo, que prendió enseguida. Didier colaboró con un chorro de la petaca. Karla lo imitó. Naveen abanicó las llamas con una baldosa rota.

Karla me cogió de la mano y me condujo al borde del edificio para que contemplara el mar.

-Ranjit -dije en voz baja.

-Ranjit -repitió en voz baja.

-Ranjit -gruñí.

-Ranjit -gruñó.

-¿Cómo lo llevas?

-Bien. Tengo la mente ocupada. ¿Tú estás bien?

-Ranjit -dije, apretando los dientes.

-Siempre le gustó Lisa -dijo Karla-. Yo estaba tan ocupada lanzándolo al candelero que no me di cuenta de cuánto habían intimado.

-¿Insinúas que Ranjit estaba enamorado de Lisa?

-No lo sé. Quizá. Nunca le he preguntado por su vida sexual y él nunca me ha contado nada. Quizá solo fuera porque Lisa nos caía muy bien a los dos. Ranjit es muy competitivo. Pero como todos los hombres competitivos, se acoquina cuando la cosa se pone dura.

-¿Qué quieres decir?

-Ya te lo contaré algún día cuando lo encontremos. Ahora mi problema con Ranjit no importa, no tiene nada que ver con Lisa. El problema de Ranjit era el miedo al éxito. Sorprende lo común que es. Deberían ponerle nombre.

-¿Fatiga de ambición? -propuse.

-Me gusta -dijo, riéndose flojito-. ¿Qué crees que hacía esa noche con Lisa?

-El Rohypnol es la droga de los violadores, pero a veces a la gente le gusta compartirla. O sea que o Ranjit es un violador y la cosa se torció o tenían un lío y la cosa se torció. La cuestión es que no sabía que fueran tan íntimos, solo que Lisa lo apoyaba políticamente.

-¿Políticamente? -Karla se rió para sí.

-¿Dónde está la gracia?

-Algún día te lo contaré. ¿Cómo ha ido esta noche en la jaula con Rayo Dilip?

-Como siempre. Riñones y costados.

-Los malos polis dan curas malos. Te confiesas y no te absuelven.

-¿Y tú cómo lo llevas, Flaca?

-Estoy bien. Tengo un test de Rorschach en cardenales. Uno de ellos parece dos delfines haciendo el amor. Pero, bueno, seré yo, que me lo imagino.

Quería ver el morado. Quería besarlo. Quería dar una paliza al tipo que se lo había hecho.

-El coche y Randall -dije- y el alojamiento en el Taj. Cuestan dinero. Tengo algunos ahorros y ciento cincuenta mil dólares. Puedo instalarte en algún lugar seguro con el coche y Randall y lo que haga falta. Mientras no sepamos dónde está Ranjit, deberías andarte con ojo.

-Ya te he dicho que he estado trabajando con los economistas y los analistas del periódico de Ranjit. He ganado dinero y lo he ahorrado.

-Sí, pero...

-Han sido dos años con los mejores consejos que el dinero del jefe podía comprar y una parte nada desdeñable de su capital.

Recordé la conversación en la moto, cuando le había aconsejado que ahorrase y pagara la entrada para una casa. Y todo ese tiempo Karla había estado trabajando con analistas de Bolsa y economistas profesionales y no había soltado prenda. Me pareció todavía más encantadora.

-¿Has estado invirtiendo en Bolsa?

-No... exactamente.

-Pues ¿qué exactamente?

-He estado manipulando la Bolsa.

-¿Manipulándola?

-Un poco.

-¿Cómo de poco?

-He utilizado un voto por poder para influir en el valor teórico de las acciones de Ranjit en comunicaciones, energía, seguros y transportes, y durante dieciséis minutos he comprado en bloque y luego me he retirado.

-¿Comprar en bloque?

-Me he frito el cerebro con seis tíos en seis teléfonos durante dieciséis minutos.

-¿Y luego?

-He alterado los precios de las acciones en empresas elegidas donde ya había adquirido preferentes.

-¿Qué?

-He falseado el mercado un par de veces. Nada grave. He sacado tajada y he salido pitando.

-¿Cuánto has sacado?

-Tres millones.

-¿De rupias?

-De dólares.

-¿Has ganado tres millones de dólares en la Bolsa?

-Para ser precisos, los he retirado del mercado. En realidad no es tan difícil, si eres apestosamente rico, como era mi caso gracias a las acciones por poderes de Ranjit. De modo que el dinero no es problema. Lo tengo en cuatro cuentas. No necesito el dinero de Ranjit ni el tuyo, Lin. Necesito que me ayudes.

-¿Tres millones? Y yo hablándote de...

-Convertirme en la típica esposa de Bombay que vive en Londres -concluyó por mí-. Me encantó. De verdad. Y...

-Espera. ¿Has dicho que necesitas que te ayude?

-Ha vuelto a la ciudad una vieja enemiga. Madame Zhou.

-Detesto a esa mujer y solo la he visto una vez.

-Detestarla es lo mínimo -dijo Karla-. Lo que yo siento por esa mujer es indescriptible.

Madame Zhou era una traficante de influencias que llevaba más de una década sonsacando secretos a los importantes clientes de su burdel, el Palace of Happy. Cuando atrajo a Lisa a su laberinto de sábanas manchadas, Karla la sacó de allí, roció de gasolina el Palace y lo calcinó.

-Ha hecho correr el rumor de que está buscándome. Y esta vez no son solo los gemelos.

Conocía a los gemelos, los guardaespaldas e inseparables compañeros de madame Zhou. La última vez que los había visto estaban sangrando, porque yo iba perdiendo una pelea más que sucia contra ambos, y porque Didier les había disparado.

-Detesto a esos gemelos y solo los he visto una vez, juntos.

-Esta vez -dijo Karla mirando a la noche- la acompañan sus esteticistas personales. Lanzadores de ácido.

Uno de los servicios de represalia que se ofrecían por aquel entonces consistía en arrojar ácido. Los lanzadores, aunque normalmente se limitaban a las llamadas causas de honor, se dejaban contratar por otros motivos si el precio era el adecuado.

-¿Cuándo ha vuelto a Bombay?

-Hace un par de días. No sé cómo se enteró de la muerte de Lisa. Sabe que le quemé el burdel por Lisa. Quiere mirarme a los ojos y reírse de mí antes de quemarme.

Las estrellas vagaban por sus oscuros pastos. El amanecer aplanaba las sombras. Una tenue luz empezaba a despertar olas de picos brillantes: focas de incandescencia jugando.

Giré lentamente la cabeza para poder contemplar el perfil de Karla mientras le hablaba al mar.

Llevaba días atemorizada. Había descubierto a nuestra querida amiga muerta, había recibido una paliza de la policía y había roto con Ranjit, para siempre, por la razón que fuera, y había descubierto que la buscaban dos lanzadores de ácido contratados por madame Zhou y también que Ranjit era el hombre que estaba con Lisa al final.

Karla era la mujer más valiente que había conocido en la vida y yo estaba tan absorto en la culpa y la pérdida que no había estado a su lado, en mi lugar, cuando me había necesitado.

-Karla...

-¿Lo hacemos ya? -preguntó Didier, que se hallaba junto a la hoguera-. Estamos listos.

Didier y Naveen se habían ocupado del fuego. El residuo de finas

cenizas, que habían enfriado esparciéndolas por el suelo, bastaba para que cada uno recibiera un puñado.

Nos dirigimos a una esquina de cara al mar abierto y lanzamos las pocas cenizas que teníamos de Lisa en el lugar que ella misma habría elegido.

-Adiós y hola, alma hermosa -dijo Karla al tiempo que las cenizas abandonaban nuestros dedos-. Que vuelvas a una vida más larga y más feliz.

Nuestros recuerdos de Lisa siguieron al viento y las cenizas. Yo estaba tan enfadado con el Destino que no pude llorar.

-Bueno, será mejor que nos vayamos -dijo Naveen, recogiendo los restos de la fogata improvisada-. El personal de limpieza llegará enseguida.

-Un momento -dije-. Madame Zhou ha vuelto a la ciudad, con unos lanzadores de ácido, y está buscando a Karla.

-Lanzadores de ácido -repitió Didier, apurando el último sorbo de la petaca-. Imagina una araña del tamaño de una mujer y casi los tienes.

-Vigilaremos a Karla las veinticuatro horas del día -propuse- hasta que arrojemos al mar a madame Zhou y sus lanzadores de ácido. Podemos...

-Agradezco y acepto la ayuda, Didier y Naveen -me interrumpió Karla-. Muchas gracias. Pero tú no puedes ayudarme, Lin.

-¿No?

-No.

-¿Por qué no?

-Porque no estarás aquí. Te vas.

-¿Me voy?

-Sí.

-¿Cuándo?

-Esta mañana.

-Adiós, Lin -dijo Didier, aprestándose a abrazarme-. Nunca me levanto

antes de mediodía, así que mucho me temo que me perderé la despedida.

-¿La despedida?

-Te vas a la montaña -dijo Karla-. A quedarte un par de semanas con Idriss.

-Adiós, Lin -dijo Naveen, abrazándome-. Nos vemos a la vuelta.

-Un momento.

Ya estaban camino de la puerta. Los alcancé y, cuando las puertas del ascensor se cerraron, Karla suspiró.

-Cada vez que se cierran las puertas de un ascensor... -empezó a decir.

Didier le pasó la petaca.

-Creía que estabas seco -dijo, bebiendo.

-Es la de reserva.

-Si consigo divorciarme de Ranjit o matarlo, ¿te casarás conmigo?

-Estoy casado con mis vicios, querida Karla -contestó Didier-, y son amantes celosos, todos ellos.

-Maldita sea mi suerte -dijo Karla-. Todos mis hombres son vicios o se casan con ellos.

-¿Y yo de qué tipo soy? -preguntó Naveen-. Ahora ya soy de los vuestros.

-Tú, las dos cosas. Por eso he depositado tantas esperanzas en ti.

Llegamos al coche de Karla y Randall abrió las portezuelas. Les dije que prefería caminar hasta la moto, que seguía aparcada frente a la casa de los Escorpiones. Karla me acompañó al malecón para despedirse.

-Aguanta -me dijo, apoyando una mano en mi pecho.

Sus dedos, al tocarme, eran de verdad.

«Imagínate esto, a diario.»

-Pues resulta que soy de los que aguantan -contesté con una sonrisa.

Se rió. Campanas de un templo.

-Me gustaría estar contigo cuando madame Zhou salga a la luz.

-Ayúdame quedándote dos semanas en la montaña, Lin. Espera a que todo se enfríe. A que ponga la cosa en marcha. Deja que haga lo que tengo que hacer y mantente al margen. Y quédate con Idriss todo el tiempo que necesites.

-¿Más aún?

-Si lo necesitas.

-¿Y nosotros?

Sonrió. Me besó.

-Iré a visitarte.

-¿Cuándo?

-Cuando menos te lo esperes -dijo, y regresamos caminando al coche.

-¿Y madame Zhou?

-Tendremos piedad -respondió por la ventanilla mientras Randall arrancaba-, hasta que la encontremos.

Vi cómo el coche se perdía de vista y eché a andar por el paseo marítimo. Los paseantes más madrugadores movían con brío codos y tobillos con calcetines, demasiado serios para mirar cualquier otra cosa que no fuera la acera.

La mañana se levantaba tras los edificios del este, alzando lentamente los velos de sombras que cubrían las fachadas. Los perros, impacientes por un poco de actividad, ladraban por todas partes. Bandadas de palomas se ponían a prueba imitando las florituras del vestido de una bailarina sobre el paseo para volver a desaparecer remontando el vuelo.

Yo era un cortejo fúnebre de alguien. Todavía notaba las cenizas en los dedos mientras iba caminando. Minúsculos fragmentos de la vida de Lisa flotaban sobre el mar y el paseo.

Todo deja huella. Cada golpe retumba en el bosque interior. Cada injusticia corta una rama y cada pérdida es un árbol caído. Nuestro bello coraje, la esperanza que define a nuestra especie, es que

seguimos adelante por mucho que nos hiera la vida. Caminamos. Nos enfrentamos al mar y al viento y a la verdad salada de la muerte y seguimos adelante.

Y cada paso, cada respiración, cada deseo satisfecho es un deber para con aquellas vidas y amores que ya no disfrutan, como nosotros, de la chispa y el ritmo de la Fuente: el alma que amamos, en sus ojos.

SÉPTIMA PARTE

-Empezaré las lecciones explicando en qué se equivocó Khaderbhai al instruirte -dijo Idriss cuando había pasado en la montaña con él tres noches de letargo inquieto y tres atareados días.

-Pero...

-Lo sé, lo sé, quieres las Grandes Respuestas a las Grandes Preguntas. ¿De dónde venimos? ¿Qué somos? ¿Adónde vamos? ¿Tiene sentido la vida? ¿Somos libres o estamos determinados por algún plan Divino? Y llegaremos a ellas, por irritantes que sean.

-¿Irritantes o irresolubles, Idriss?

-Las Grandes Preguntas solo tienen respuestas pequeñas y las Grandes Respuestas solo se alcanzan mediante preguntas pequeñas. Pero primero necesitamos un poco de R&R.

-¿Reposo y Recuperación?

-No, Reparación y Rectificación.

-¿Rectificación? -pregunté, disintiendo con una ceja.

-Rectificación -repitió-. Es deber de todo ser humano ayudar al prójimo en su camino hacia la rectificación, siempre que la conversación entre ellos sea privada y de naturaleza espiritual. Tú me ayudas y yo te ayudo.

-No soy una persona espiritual.

-Eres una persona espiritual. Lo demuestra el mero hecho de que estemos teniendo esta conversación, aunque no lo veas.

-Está bien. Pero si me aceptan en el club, deberían revisar los criterios de selección.

Estábamos sentados en un rincón de la meseta de piedra blanca con vistas a los árboles más altos del valle. La cocina quedaba a nuestra izquierda. Las zonas principales, a nuestra espalda.

La tarde tocaba a su fin. Los pajarillos gorjeaban de rama en rama, alborotando y jugueteando entre las hojas.

-Huyes a través del humor -comentó.

-En realidad, intento no quedar rezagado. Conoces a Karla, Idriss, y

sabes que le gusta subir el listón.

-No, te escapas constantemente, salvo de esa mujer. Huyes de todo, incluso de mí, salvo de ella. Si Karla no estuviera aquí, también huirías de Bombay. Corres incluso cuando estás parado. ¿De qué tienes miedo?

¿De qué tenía miedo? Elige. Para empezar, de morir en prisión. Se lo dije, pero no picó.

-No es eso lo que te atemoriza -repuso, señalándome con el *chillum*-. Si le pasara algo a Karla, ¿tendrías miedo?

-Sí. Por supuesto.

-A eso me refiero. Las otras cosas ya las conoces, puedes sobrevivir a ellas si es necesario. Pero Karla y la familia, ahí radica el miedo de verdad, ¿no?

-¿Qué quieres decir?

Volvió a recostarse, sonriendo satisfecho.

-Que llevas el miedo contigo, Lin. El miedo debería estar fuera de nosotros. Solo debería afectarnos cuando es necesario. El resto del tiempo, por naturaleza y cultura estamos diseñados para florecer en paz, porque cuesta mucho mantener la conexión con la Divinidad si se vive atemorizado.

-¿Qué significa?

-Que debes rectificar.

-¿Y si me gusta seguir sin rectificar? ¿Y si considero que la mejor parte es la no rectificada? ¿Y si no tengo rectificación posible? ¿Hay normas para este procedimiento?

Se rió.

-Puede que tengas razón -admitió con una sonrisa-. Podría ser tu mejor parte. Pero no puedes saberlo a menos que te sometas a la rectificación.

-¿Que me someta?

-Que te sometas.

-Verás, cuando el lenguaje deriva hacia el territorio del culto, Idriss, mi

parte sin rectificar me expulsa.

-Dicho de otro modo -dijo Idriss, recostándose en la silla-. Imagina que conoces a alguien, que lo conoces bastante bien, y supón que hay cosas de esa persona que te gustan pero que solo toma, no da. ¿De momento me sigues?

-Sí.

-Muy bien. Supón que es una persona despiadada con los que le son ajenos y no duda en aprovecharse del éxito, el talento o el dinero de los demás, pero nunca trabaja y nunca devuelve nada al bucle. ¿Me sigues?

-Conozco al tipo -respondí sonriendo-. Continúa.

-Bueno, en tal caso tu deber, en cuanto persona más rectificada, es hablar con él e intentar moderar ese comportamiento perjudicial. Pero solo puede funcionar si el otro se somete a tu consejo. Si es demasiado orgulloso, demasiado no rectificado, no puedes cumplir tu deber para con él y debes aplicarlo con otra persona más receptiva.

-De acuerdo. Lo entiendo. Pero yo no lo llamaría sumisión, Idriss. Yo lo llamaría llegar a un arreglo.

-Y aciertas, es ambas cosas. También es confluencia y acuerdo y libre expresión, pero nada de ello es posible sin cierta sumisión por parte de todos los participantes. Civilización es sumisión, a una buena causa. La humildad es la puerta a la sumisión y la sumisión el umbral de la rectificación. ¿Sí?

-Eh... De momento lo entiendo, Idriss.

-Gracias a la Divinidad -suspiró, relajándose y dejando caer las manos en el regazo-. No tienes ni idea de cuánta gente me obliga a tener que repetirlo una y otra vez, con un ejemplo tras otro, solo para que se olviden un puto minuto del puto orgullo y los prejuicios.

Era la primera vez que lo oía maldecir. Idriss captó el destello de mis ojos.

-Tengo que maldecir y soltar locuras y gritar de vez en cuando -dijo- o se me iría la puta cabeza.

-Ya...

-No sé cómo se las apañan los tántricos. Tanta penitencia, sacrificio y

rituales agotadores, a diario, toda la vida. Comparados con ellos, los maestros lo tenemos fácil. Pero aun así de vez en cuando nos volvemos locos por culpa de tener que ser tan amables con todo el mundo. Joder, enciende el *chillum*, por favor. ¿Por dónde íbamos?

-Los errores de Khaderbhai -dije, encendiéndole la pipa.

Fumó un rato, recuperó el hilo y su mirada flotó hasta la mía.

-Dime qué sabes del movimiento hacia la complejidad -me pidió, mirándome fijamente.

-Khaderbhai decía que si sacases una instantánea del universo cada mil millones de años hasta retroceder al Big Bang verías que el universo va complicándose. Y que dicho fenómeno, el continuo movimiento hacia una mayor complejidad desde el Big Bang hasta ahora, es la característica esencial que define toda la historia del universo...

-... y por tanto un buen candidato a punto de referencia para una definición del Bien y el Mal objetiva y aceptable para todos -concluyó por mí Idriss-. Cualquier cosa que tienda a la complejidad es el Bien. Cualquier cosa que tienda contra la complejidad es el Mal.

-Y un examen moral rápido -añadí- consiste en preguntarte lo siguiente: si todo el mundo hiciera lo que estoy haciendo o pensando hacer, ¿nos ayudaría a una mayor complejidad o a lo contrario?

-Excelente -dijo Idriss, sonriendo y expulsando el humo entre los dientes-. Eres un buen alumno. Permíteme una pregunta. ¿Qué es la complejidad?

-Perdón, maestro.

-Idriss. Me llamo Idriss.

-¿Puedo preguntar yo?

-Desde luego.

-¿El concepto del Bien y el Mal es realmente necesario?

-Por supuesto.

-Vale. ¿Qué decir entonces a quienes argumentan que el Bien y el Mal se definen culturalmente, que son constructos arbitrarios?

-Fácil -respondió, fumando con gusto-. Que os den por culo.

-¿Esa es tu respuesta?

-Desde luego. ¿Elegirías a alguien que no cree en la existencia del Bien y el Mal de canguro para tu hijo o cuidador de tu anciano padre?

-Con el debido respeto, Idriss -me reí-, eso no es una respuesta, recurres a un enfoque cultural. ¿El Bien y el Mal son arbitrarios o no?

Se inclinó hacia mí.

-Puesto que tenemos un destino, que es innegable, nuestro viaje es un viaje moral. Comprender lo que es el Bien y lo que es el Mal y las diferencias entre uno y otro constituye un paso necesario para asumir nuestra función de guardianes de nuestro propio destino. Somos una especie joven y asumir nuestro destino supone un gran paso. Solo ayer cobramos una conciencia parcial.

-No lo entiendo del todo -dije, levantando la vista de las notas-. En este estadio de nuestra evolución espiritual es necesario pensar las cosas en términos de Bien y Mal, ¿es eso?

-Si en el mundo no hubiera Bien ni Mal -dijo, volviendo a recostarse-, ¿por qué tendríamos leyes? ¿Y qué son las leyes más que nuestro torpe intento, en constante evolución, de establecer lo que está Mal, ya que no lo que es el Bien?

-Sigo sin entenderlo. Espero que tengas paciencia conmigo, pero por lo que dices podríamos sustituir el Bien y el Mal por otras palabras como «correcto» e «incorrecto» o «positivo» y «negativo». Y nos iría mejor.

-Comprendo -dijo, acercándose-. Hablas de semántica. Creía que hablabas de la arquitectura cultural del Bien y el Mal.

-Ah... no.

-Muy bien, a ese nivel, los términos Bien y Mal se necesitan porque están conectados con lo Divino.

-¿Y si la gente no cree en lo Divino?

-Que les den por culo. No puedo perder el tiempo con ateos. No tienen un mínimo intelectual donde apoyarse.

-¿No?

-Claro que no. El hecho de que la luz posea características físicas y

metafísicas significa que no tiene sentido negar lo metafísico. Y la ausencia de duda es un fallo intelectual. Pregúntale a cualquier científico u hombre santo. La duda es el paracaídas de los agnósticos. Por eso aterrizan mejor que los ateos cuando la Divinidad les habla.

-¿La Divinidad habla?

-A diario, con todo el mundo, a través del alma.

-Eh... Vale -dije, más confuso que antes de preguntar-. Lo archivo para luego. Siento la intrusión.

-Para de disculparte. Te he pedido que definas la complejidad.

-Bueno, Khaderbhai no me permitió terminar de aclararlo. Se lo pregunté varias veces, pero siempre me dio evasivas.

-¿Y tú qué piensas?

¿Qué pensaba? Quería estar con Karla. Quería saber que Karla estaba a salvo. Y si tenía que quedarme en la montaña, quería escuchar al maestro en lugar de hablar. Pero había aprendido, tras tres días de conversaciones, que no había forma de escapar de la fortaleza de su mente.

Bebí un sorbo de agua, dejé el vaso en la mesa con cuidado y me lancé a la contienda psíquica.

-Al principio pensaba que la complejidad tenía que ver con las cosas complicadas. Cuanto más complicadas, mayor complejidad. Un cerebro es más complejo que un árbol y un árbol, más que una piedra, y una piedra es más compleja que un espacio. Eso. Pero...

-¿Pero?

-Pero cuanto más medito sobre la complejidad, más me reitero en dos conceptos. Vida y voluntad.

-¿Cómo has llegado a esa conclusión?

-Pensando en una especie alienígena mucho más evolucionada y avanzada que viaja por el espacio. Preguntándome qué busca. Creo que le interesaría cualquier lugar donde hubiese vida. Que le fascinaría cualquier voluntad plenamente desarrollada.

-No está mal. Voy a disfrutar contándote más. Cébame otro *chillum*. ¡Eh, Silvano!

El inseparable compañero del santón, Silvano, cruzó el tramo de piedras blancas para reunirse con nosotros.

-*Ji?*

-Que no se acerque nadie durante un rato, por favor. Y come algo. Has vuelto a saltarte la comida. ¿Por qué? Lo siguiente que harás será afeitarte la cabeza. No quieras ser más santo que el santón, ¿vale?

-*Ji* -se rió Silvano, retrocediendo y mirándome a los ojos.

Desde mi vuelta a la montaña, Silvano se había convertido en una compañía casi constante. Siempre presto a ayudar y siempre de buen humor.

Su cara de pocos amigos era solo fruto del amor protector que sentía por Idriss. En cualquier otro momento de la mañana o de la tarde era un alma feliz y amable en un lugar que consideraba su hogar.

-La complejidad -comenzó de nuevo Idriss, cuando Silvano se marchó- es la medida de la sofisticación en la expresión de un conjunto de características positivas.

-¿Me lo repites, por favor?

-Una cosa es compleja en la medida en que expresa el conjunto de características positivas.

-¿Características positivas?

-El conjunto de características positivas incluye la Vida, la Conciencia, la Libertad, la Afinidad, la Creatividad, la Justicia y muchas más.

-¿De dónde sale esa lista de características positivas? ¿Quién la ha confeccionado?

-Están aceptadas universalmente, como las aceptaría esa especie alienígena más evolucionada, seguro. Si piensas en sus contrarios, entenderás por qué son características positivas: la Muerte, la Inconsciencia, la Esclavitud, la Enemistad, la Destrucción, la Iniquidad. Lo entiendes, ¿verdad? Las características positivas son universales.

-De acuerdo, si aceptamos ese conjunto de características positivas, ¿cómo lo medimos? ¿Quién lo mide? ¿Cómo decidimos qué es más o menos positivo, Idriss?

Un gato negro se colocó a nuestro lado y arqueó la espalda.

«Hola, Medianoche. ¿Cómo has llegado hasta aquí?»

El gato me saltó al regazo, puso a prueba mi paciencia con las garras y luego se echó a dormir.

-Podemos vernos de dos maneras -dijo Idriss, mirando a los árboles, rebosantes de pájaros-. Podemos pensarnos como un accidente cósmico, una casualidad, los afortunados supervivientes de los verdaderos amos de la Tierra, los dinosaurios, tras el fin del Jurásico. Desde ese punto de vista estamos solos porque es poco probable que una chiripa así se repita en otro sitio. Y vivimos en un universo que nos tiene a nosotros y a billones de planetas sin nada más que microbios, pequeños metanógenos, arqueas y bacterias en mares alcalinos.

Una libélula revoloteó a su alrededor. Idriss le tendió una mano musitando para sí. Señaló al bosque con el dedo y la libélula partió.

-El otro punto de vista -prosiguió Idriss, volviéndose hacia mí- dice que estamos en todas partes, en todas las galaxias, y que aquí, en esta galaxia, en nuestro sistema solar, a unos dos tercios del centro de la Vía Láctea, somos los afortunados, aquí se ha dado la evolución. ¿Qué explicación consideras más plausible?

¿Qué pensaba? Me arrastré de nuevo al puente de las ideas.

-Apostaría por la segunda. Si ha pasado aquí, probablemente también ha ocurrido en otra parte.

-Exacto. Es probable que no estemos solos. Y si, cuando cocina bien la sopa, el universo nos crea a nosotros y a criaturas como nosotros, entonces el conjunto de características positivas cobra una importancia tremenda.

-¿Para nosotros?

-Para nosotros y en sí mismo.

-¿Hablamos de distinciones esenciales y contingentes?

Se rió.

-¿Dónde has estudiado? -preguntó, mirándome como si me viera por primera vez.

-Aquí, ahora.

-Bien. -Sonrió-. Bien. No hay diferencia. Todo es contingente y esencial al mismo tiempo.

-Lo siento, pero no lo entiendo.

-Tomemos un atajo -dijo, volviendo a inclinarse hacia delante-, porque prescindo de la tontería esa de preguntar con una pregunta a lo Sócrates y Freud. A Khaderbhai, en paz descanse, le encantaba, pero yo prefiero soltar lo que pienso y argumentarlo después. ¿Te parece bien?

-Eh... sí. Claro. Sigue, por favor.

-Muy bien, pues ahí va. Creo que cada átomo de la existencia posee un conjunto de características dadas por la luz en el instante del Big Bang. Entre ellas se cuentan el conjunto de las positivas. Todo cuanto existe, en la forma de átomos, posee el conjunto de características positivas.

-¿Todo?

-¿Por qué desconfías?

-¿Desconfío o dudo, Idriss?

Se inclinó hacia delante en la silla y cogió el *chillum*.

-¿También dudas de ti mismo?

¿Que si dudaba de mí mismo? Por supuesto. Había caído: era uno de los caídos.

-Sí.

-¿Por qué?

-En este momento, porque no estoy pagando por algo que hice.

-¿Y te inquieta?

-Muchísimo. De momento solo he pagado la entrada. Antes o después, de un modo o de otro, tendré que pagar el resto y, probablemente, con intereses.

-Quizá ya estés pagando y no lo sepas.

Idriss sonreía y me transmitía calma.

-Tal vez -admití-. Pero creo que no lo bastante.

-Fascinante -dijo, tendiendo la pipa para que se la encendiera-. ¿Qué tal te llevas con tu padre?

-Quiero a mi padrastro. Es cariñoso y brillante. Es una de las mejores personas que he conocido en la vida. Le he traicionado, con mi vida. He traicionado su integridad al convertirme en lo que soy.

No sabía por qué lo había dicho ni cómo habían escapado las palabras de una urna de vergüenza. Había encerrado tras una puerta de acero el dolor que le había causado a aquel buen hombre. Algunas cosas que le hacemos al prójimo permanecen tanto tiempo arrodilladas en el corazón que los huesos se petrifican: un espantapájaros en una capilla.

-Perdona, Idriss. Me he emocionado.

-Excelente -dijo en voz baja-. Fuma.

Me pasó el *chillum*. Fumé y me serené.

-Vale -dijo Idriss, recostándose y encajando los pies bajo las pantorrillas-, recapitulemos antes de que un adorable compañero venga a pedirme que escuche los problemas con su novia. ¿Qué les pasa a los jóvenes? ¿No saben que es normal que el amor dé problemas? ¿Listo?

-Por favor -dije, para nada listo-, continúa.

-El conjunto de características positivas está en cada partícula de materia que existe, expresado en su propio nivel de complejidad, y cuanto más compleja la materia, más compleja la manifestación del conjunto de características positivas. ¿De momento lo entiendes?

-Sí.

-Muy bien. A nuestro nivel humano de complejidad, ocurren dos cosas remarcables. La primera, poseemos conocimientos no evolutivos. La segunda, tenemos la capacidad de hacer caso omiso de nuestra naturaleza animal y comportarnos como los animales-humanos que somos, únicos. ¿Sí?

-¡Maestro! -llamó Silvano, corriendo al espacio de piedra blanca-. ¿Me prestas a Lin un minuto? ¡Por favor!

-Claro, Silvano, por supuesto. Ve con él, Lin. Ya hablaremos luego.

-Como quieras, Idriss. Repasaré las notas y cuando retomemos la

conversación estaré preparado.

Silvano cruzó apresuradamente la meseta hacia el sendero más fácil que partía de la montaña.

-¡Rápido! -me azuzó, acelerando.

Se desvió por un sendero lateral que subía empinado a un claro entre los árboles. Había una loma con vistas al ocaso. Sin aliento, jadeando, nos quedamos juntos de pie, contemplando el sol.

-¡Mira! -dijo Silvano, señalando aproximadamente al centro del horizonte.

Había un edificio: una iglesia, se diría, rematada por un chapitel.

-Hemos llegado a tiempo.

Cuando el resplandor rojo del sol empezó a ponerse, los rayos iluminaron la punta ornamentada del chapitel.

Desde nuestro mirador no alcanzaba a distinguir la ornamentación, una cruz o una cruz dentro de un círculo, pero la luz que irradió durante unos momentos de la aguja formó un campo de color que tiñó todas las casas y edificaciones del valle.

Se desvaneció en la neblina vespertina cuando el sol se durmió.

-Magnífico -dije-. ¿Cuándo lo has descubierto?

-Ayer -respondió con una sonrisa, volviendo al campamento y a su sabio protegido-. Me moría de ganas de enseñártelo. No sé cuánto durará. Puede que un par de días de esplendor.

Cuando me reuní con el grupo en la meseta vi a Stuart Vinson con Rannveig, charlando con Idriss en las mismas sillas donde me había sentado con él. ¿Qué había dicho Idriss? «Antes de que un adorable compañero venga a pedirme que escuche los problemas con su novia.»

Los dejé a solas con Idriss y fui a trabajar a la cocina. Estaba fregando los platos cuando aparecieron Vinson y Rannveig. Rannveig cogió un trapo y se puso a secar la vajilla. Velas en montículos que parecían copias en cera de la montaña bañaban el espacio con una luz amarilla. Vinson nos contemplaba desde el umbral. Rannveig lo miró con sus ojos de color azul hielo. Él dio un salto y empezó a guardar los platos secos.

-Rannveig, pronunciado «runway», como la pista de un aeropuerto o una pasarela de moda.

-Prefiero los aeropuertos -replicó ella con dureza-, pero gracias por la información. He visto a Karla.

-¿Ajá?

-Me gustaría contártelo, pero en privado. ¿Se te ocurre algún sitio?

-Supongo. Sí.

-Stuart -dijo Rannveig, entregándole el trapo-. Voy a hablar un momento con Lin. Pasa a recogerme dentro de veinte minutos.

Me sequé las manos y la conduje fuera de la cocina abierta hasta un árbol caído que muchos utilizaban como lugar de lectura o conversación. Nos sentamos. Miré a Vinson, en la cocina, que fregaba los platos con aire satisfecho.

-He mentido -dijo Rannveig.

-¿Acerca de...?

-Karla no me ha dicho ni ha hecho nada que deba contarte en privado. Karla solo me ha pedido que te dijera que os veréis pronto y que todavía tiene fe, la renueva a diario por si acaso.

-Muy bien -dije con una sonrisa-. ¿Y tú de qué querías hablar, Rannveig?

-De tu novia, Lisa -respondió, con determinación.

Escudriñó mi mirada sin saber si se había pasado de la raya.

-¿Porque tu novio también murió de sobredosis?

-Sí -admitió, bajando la mirada y volviendo a alzarla rápidamente en dirección a Vinson.

-Está bien -dije.

Se giró para mirarme.

-La noticia me impresionó -dijo-. Lisa y yo solo habíamos coincidido una vez, pero lo sentí como un puñetazo en el estómago.

-Yo también. ¿Cómo lo llevas?

Había ganado algo de peso y lucía un sano rubor en las mejillas. Sus extraordinarios ojos, una luz azul a través de un hielo azul, estaban limpios. Sus manos, que siempre que la había visto se retorcían y enroscaban, descansaban tranquilamente en el regazo como gatitos dormidos.

Llevaba una camiseta azul celeste, chaleco masculino y vaqueros gastados. Iba descalza. Sin joyas ni maquillaje. En el rostro ovalado destacaban una nariz contundente y unos labios carnosos.

-Estás guapísima.

Me miró con el ceño fruncido. Tal vez pensara que le tiraba los trastos.

-No te tiro los trastos -dije riendo-. Estoy comprometido, para esta vida y las siguientes, pasadas y futuras.

-¿Sí? ¿Has encontrado a otra después de...?

-Antes. Y después. Sí.

-¿Y has conectado? ¿Como antes?

-Sí. Pero no como antes.

-¿Mejor?

-Mejor. Y también mejorará para ti.

Miró a Vinson, que secaba los platos.

-Mi familia, en Noruega, es católica estricta. Mi novio representaba

todo lo que odian en la vida, así que yo reivindiqué mi independencia yéndome con él a la India.

-¿Qué hacía él en la India?

-Se suponía que iríamos a un *ashram*, pero nunca salimos de Bombay.

-¿Ya había estado antes en la India?

-Varias veces, sí. Ahora sé que por las drogas.

-Pero su muerte te dolió. Todavía te duele, ¿verdad?

-No estaba enamorada, pero me gustaba mucho y había intentado quererlo.

-¿Y Vinson?

-Creo que estoy enamorándome de Stuart. Es la primera vez que siento algo así. Pero no consigo dejarme ir hacia él. No puedo. Sé que Stuart quiere y yo también, pero no puedo.

-Bueno...

-¿Y tú? ¿Cómo lo llevas? -preguntó con gesto suplicante-. ¿Cómo habéis vuelto a conectar?

¿Cómo había vuelto a conectar? Buena pregunta, para un hombre a una montaña de distancia de la mujer que amaba.

-Creo que Stuart será generoso -dije-. Te dará tiempo. No hay prisa. Lo veo mucho más feliz que cuando lo conocí.

-Podría serlo aún más -repuso ella con un suspiro-. Y yo también. ¿A veces no te quedas atrapado en los recuerdos?

-Claro.

-¿Sí?

-Por supuesto. Es natural. Somos mentes emocionales. Y está bien, mientras sea una experiencia y no una forma de vida. ¿Te vienen imágenes del pasado?

-Sí. Cuando paro de pensar, lo veo. Es como si todavía estuviera conmigo.

-El hombre con el que estabais hablando, el sabio, Idriss, ayer me dijo

que puede liberarse al espíritu de un fallecido ofreciéndole comida en una bandeja junto al río, dejándola allí para que se la coman los cuervos y los ratones.

-¿Cómo... cómo se hace?

-No soy un experto, pero por lo visto los espíritus satisfechos se liberan y emprenden la siguiente etapa del viaje.

-Ahora mismo probaría cualquier cosa. Cada vez que me relajo y dejo de pensar, lo veo a mi lado.

Yo había iniciado la conversación sobre espíritus para distraerla, para animarla, pero las palabras abrieron una puerta en su mirada que me mostró el miedo de su interior. Estaba temblando. Se abrazó.

-¿Sabes, Rannveig? De camino a la carretera hay que cruzar un río. Si quieres, te prepararé una bandeja con comida para que la dejes en la orilla. ¿A tu novio le gustaban los dulces?

-Sí.

-Bien. Hay dulces de sobra para esta noche. Puede que tu novio se alegre tanto que decida dejarte en paz.

-Gracias. Lo intentaré.

-Estarás bien. Cada vez será más fácil.

-¿Meditas?

-Solo cuando escribo. ¿Por qué?

-Estaba planteándome empezar a meditar o algo -dijo, ausente, para enseguida mirarme otra vez a los ojos-. ¿Qué opinas de él?

-¿De Vinson?

-Sí, de Stuart. No tengo aquí a mi hermano ni a mi padre para preguntarles. ¿Qué te parece?

Miré a Vinson, que estaba colocando los últimos platos y cacharros en los estantes y secando los fregaderos de acero inoxidable.

-Me gusta -dije-. Y estoy absolutamente seguro de que está loco por ti. Si no eres su media naranja, deberías decírselo. Pronto. Porque él está convencido.

-¿Te deprimes alguna vez? Stuart me ha hablado de ti. De tu vida. ¿Tienes días en que te planteas suicidarte?

-Nunca en cautividad, y de uno u otro modo he pasado gran parte de la vida en cautividad.

-En serio. ¿Tienes días en que sencillamente quieres acabar con todo? ¿Para siempre, de una vez por todas?

-Mira, el suicidio y yo nos conocemos de vista. Pero soy más de los que aguantan hasta el último suspiro.

-Pero a veces la vida es una mierda -dijo, volviendo a mirarme.

-Todo es bueno, hasta las cosas malas. Todo es sangre que fluye por el corazón y minutos maravillosos de cosas maravillosas. Soy escritor. Tengo que creer en el poder del amor. El suicidio no es una opción.

-Para ti no.

-Ni para ti. Puestos a pensar, piensa en que no tienes derecho a quitarte la vida. Nadie lo tiene.

-¿Por qué no? -preguntó Rannveig, pronunciado «runway», con los ojos muy abiertos, ignorantes de la crueldad de la pregunta que acababa de plantear.

-Piénsalo así, Rannveig: ¿un loco tiene derecho a matar a un desconocido?

-No.

-No. Pues cuando te planteas el suicidio, el loco eres tú y también el desconocido, y corres el peligro de hacerte daño a ti mismo. Da igual cuánto empeore la situación, no tienes derecho a matar al desconocido en el que te conviertes en una temporada de la vida. En ese momento, el resto de tu vida te diría que no es una opción aceptable.

-Pero ¿nunca estás triste?

Estaba tan seria que me apetecía pasarle un brazo por el hombro.

-Pues claro. Como todo el mundo. Pero eres joven y la vida es generosa. Es un sinfín de minutos. No tenemos derecho a destruirlos ni a malgastarlos, como estoy haciendo yo. Solo tenemos derecho a experimentarlos. Así que quítate esa tontería de la cabeza. Ni te lo plantees, ¿vale? Y no te estreses. Se pasará. Vinson es un buen

hombre. Esperará a que te decidas y aclares lo que sientes, sea lo que sea. Todo pasa. Levántate y pelea.

-Tienes razón, lo sé, pero a veces una nube tarda mucho en dejar que asome el sol.

-Eres una chica seria y encantadora que ha cruzado el mismo umbral ardiente por el que yo pasé. Te ha afectado, igual que a mí. Lo estás haciendo bien. Muy bien. Mírame a mí. Iba escapando de la poli por toda la ciudad. Tú estás mucho más sana que la última vez que te vi. Habla con Idriss antes de irte. Es un tipo genial.

-Eres un delincuente -dijo, sin más.

Era una mera afirmación.

-Eh... Sí.

-¿Una mujer que no delinque puede amar a un delincuente? ¿Lo has visto alguna vez?

Sí, pero no a menudo.

-Eh... Sí.

No parecía creérselo, pero no quise convencerla.

-Tendrás que hablar con Vinson sobre el crimen y el castigo -dije-. No es asunto mío cómo decida ganarse la vida la gente.

-¿Sabes que Stuart mató a alguien?

-Mira -dije, mirando a los grupitos de gente que conversaban y trabajaban en la meseta-, si vamos a hablar de Vinson, deberíamos llamarlo.

-Ahora no -pidió en voz baja-. Todavía no.

Me levanté, y ella conmigo.

-¿No deseas constantemente haber hecho las cosas de otro modo? -preguntó, balbuceante.

-Es solo arrepentimiento.

-Arrepentimiento -repitió con aire ausente.

-¿Sabes cómo demuestran que alguien sigue vivo en un secuestro?

-En realidad no.

-Cuando secuestran a alguien, el negociador exige una prueba de que el secuestrado sigue vivo. Una llamada telefónica, una grabación. Una prueba de vida.

-Vale.

-Arrepentirse es lo mismo, Rannveig. Si no te arrepintieras nunca de nada no serías el ser encantador que eres y Vinson no estaría loco por ti. Es algo bueno. Y es aún mejor cuando pasa, lo cual ocurrirá pronto.

Regresamos al centro de la meseta. Vinson se reunió con nosotros con una sonrisa amplia como una playa vacía.

-Voy a hablar con Idriss, Stuart -le dijo Rannveig, pasando de largo-. Ven a buscarme dentro de veinte minutos, por favor.

-Vale -dijo él, siguiéndola con la sonrisa y la mirada como un cachorrillo.

-¿Qué te ha traído a la montaña, Vinson?

-Fue idea de Rannveig. Habló con Karla. Menuda es Karla, ¿eh? No entiendo la mitad de las cosas que dice.

-Con la mitad basta. Es la mente más rápida que conozco.

-¿Cómo la conociste?

-Me salvó la vida. Oye, acaban de encender la hoguera. No podemos sentarnos aquí a esperar mientras Rannveig habla con Idriss. ¿Vamos?

-Perfecto.

La mayoría de los estudiantes de la montaña estaban ocupados cocinando o preparando ídolos para las oraciones. Le pedí a uno que llenara una bandeja de dulces para el persistente fantasma de Rannveig y se la entregara a Silvano.

No había nadie en la hoguera. Vinson y yo nos sentamos en unas cajas a contemplar entre las llamas a la que inflamaba su corazón, sentada veinte metros más allá con Idriss, donde no se la oía.

-¿Sabes, Lin? -dijo Vinson volviéndose hacia mí-, de todos modos yo también quería venir. Quería darte el pésame. Lisa era una maravilla

de chica.

-Gracias, Vinson. Asististe al funeral que organizó Karla. Hasta ahora no había tenido ocasión de agradecértelo.

-No hay de qué. Fue un honor.

-¿Cómo está Rannveig?

-Bien -dijo, rascándose la corta barba, y estirando los labios en una lucha contra las palabras.

Suspiró y dejó caer las manos sobre los muslos.

-Está dolida. Herida. A veces pienso que debería buscar ayuda profesional, un terapeuta del duelo, pero luego siempre acabo convenciéndome de que nadie va a preocuparse tanto por ella como yo.

-Salvo la propia Rannveig.

-Sí, claro, cuando esté mejor.

-No, ahora.

-Pero todavía no está al cien por cien, tío.

-Ella misma tiene que ser su principal cuidador, Vinson, igual que tú cuidas de ti mismo. Dale toda la manga ancha que necesite. Déjala explorar.

-¿Explorar?

-Apóyala en lo que quiera hacer, probar. Dale tiempo, espacio. Si es tuya, terminará por darse cuenta.

Consejos, de un hombre que no estaba con la única mujer a la que había amado porque no podía escapar de la sombra de la pérdida. ¿Quién me creía para dar consejos?

-¿Quién soy yo para darte consejos, tío? -dije-. Haz lo que puedas, Vinson. Somos un desastre. Todos. Probablemente lo seremos siempre. Pero si seguimos esforzándonos, antes o después seremos buenos para alguien. ¿Me equivoco?

-¡Amén, hermano! -dijo, chocando la mano conmigo-. ¿Sabes que el otro día vi a Concannon? Estaba en Null Bazaar, visitando a uno de mis camellos. Vino con varios tíos más. Caminaba con bastón. Un

bastón negro con una calavera plateada por puño. Bastante guapo, aunque apostaría a que esconde una espada.

-Sin duda. ¿Te dijo dónde se hospeda?

-No. Pero me ha llegado el rumor de que vive en las afueras, en Khar. Es solo un rumor. Corren muchos rumores sobre ese tío. Preguntó por ti.

-¿Qué dijo?

-«¿Dónde está el preso australiano?»

-¿Qué le dijiste?

-Le pregunté si era una pregunta trampa. Por suerte el tipo tiene sentido del humor. Me largué enseguida. Cuando le conocí parecía un buen tipo, pero ahora, bueno, una ciudad de distancia me parece demasiado poco.

-No te agobies por Concannon. Estás al final de la cola.

Idriss y Rannveig se levantaron. Bordeamos la hoguera para reunirnos con ellos. Silvano los seguía con el rifle al hombro.

-¿Seguro que no prefieres pasar la noche aquí? -le preguntó Idriss a Rannveig cogiéndola de las manos.

-Gracias, no. La criada de Stuart está resfriada y quiero asegurarme de que se encuentra mejor. Ha sido muy atenta conmigo y hasta que volvamos está sola en casa.

-Muy bien, mándale nuestras bendiciones. Y vuelve siempre que quieras.

Rannveig se arrodilló para tocar el suelo ante los pies del maestro. Vinson le estrechó la mano.

-Gracias por su hospitalidad, señor -dijo.

-De nada -contestó Idriss.

Silvano llamó a dos jóvenes.

-Estos dos chicos van a bajar por el sendero más seguro -dijo-. Os acompañarán con una linterna por delante y otra por detrás.

-Ya tienen la bandeja de comida para el espíritu goloso -le dije a

Rannveig-. Envuelta en una tela roja. Te la darán en la base y le indicarán al chófer dónde detenerse. Necesitarás una linterna para encontrar la ribera.

-Gracias -dijo en tono soñador-. Gracias por todo.

Se despidieron y se encaminaron hacia la oscuridad del otro lado de la hoguera.

Y soñé con ellos, esa noche y varias noches de la semana siguiente. Y Didier me visitó en sueños, para recordarme las prioridades. Y Abdullah, el cabalgador de sombras, visitó sueños que corrían por encima de los tejados. Y Lisa, llamándome entre ecos de dolor y remordimiento, suyos y míos.

El mundo a los pies de la montaña estaba cambiado, por supuesto, como cambia todo, pero yo no conseguía conectar más que en sueños. No solo estaba separado físicamente de la vida que me había labrado y de la gente que había conformado mi grupo de amigos: la montaña constituía el lugar donde mi corazón se había retirado de ese mundo e iba desvaneciéndose en aquel aire cada vez más claro para regresar tan solo mediante visitantes y sueños.

Eran sueños duros. Me despertaban, casi todas las noches y mañanas, antes de que el sol y el canto de los pájaros lo hicieran con calma. Y las palabras oníricas que me despertaron aquella noche fueron las de Rannveig preguntándome por el arrepentimiento.

Me senté a escuchar los ruidos nocturnos del bosque. Una figura de vestiduras blancas como las piedras que pisaba cruzó el patio de la meseta.

Era Idriss, con su largo bastón. Se detuvo al borde del claro, donde un hueco entre los árboles permitía contemplar las luces de la ciudad en el horizonte.

Se quedó allí un rato, calmando a sus propios espíritus, quizá, o caminando por la cuerda floja entre la atrición y la contrición. Luego regresó despacio a su cueva, entristecido el rostro y con pasos silenciosos sobre las piedras cambiantes.

El arrepentimiento es un fantasma del amor. Es un yo más amable que enviamos al pasado de vez en cuando, incluso cuando sabemos que es demasiado tarde para cambiar lo dicho o hecho. Lo hacemos porque es humano: algo propio de nuestra especie. Lo hacemos porque nos importa, atraídos por lazos de culpa que solo se

deshilachan y debilitan en el mar del arrepentimiento.

En el entretanto, el arrepentimiento nos enseña, incluso más que el amor, que el dolor engendra dolor y la compasión, compasión. Y una vez completado el trabajo, desaparece en la nada en la que se convierten todas las cosas.

Me tumbé, preguntándome si Rannveig habría depositado la comida a orillas del río de camino a casa y si el espíritu que resucitaba sus remordimientos sería ya libre para dejarla en paz.

Vi a muchos visitantes llegar sudorosos al campamento de la montaña y relucir como piedras en el agua limpia al bajar de regreso. El maestro era siempre amable y tranquilo. Nada borraba su sonrisa benévola. Nada interrumpía su trance de paciente empatía. Es decir, hasta que se sentaba a jugar a cartas con Silvano y conmigo tras la mampara de la ducha.

Su ecuanimidad se trastocaba en la sala de juego y baño y juraba contra la estupidez y maldecía a los «malignamente desinformados».

Los devotos del otro lado oían sus invectivas e insultos, pero la fina mampara bastaba para preservar la dignidad que Idriss jamás perdía en público y a ojos de los alumnos.

Era un entorno bastante plácido: una prisión abierta. No había autoridad ni más muros que los que debías salvar en tu interior. Sin embargo las cadenas que unían a los devotos que vivían con Idriss no eran menos severas.

Lo querían y no podían dejarlo sin llorar desconsoladamente. Eso sí, el hombre se hacía querer.

-Conocimiento no evolutivo -dijo, en uno de nuestros escasos momentos a solas, un par de semanas después de llegar yo a la montaña-. Resumido.

-¿Otra vez, Idriss?

-Otra vez, intelecto impudente -dijo, inclinándose para que volviera a encenderle el porro-. El conocimiento no es tal hasta que su verdad se evidencia al compartirlo. Otra vez.

-De acuerdo, en un mundo donde las manzanas caen de los árboles, apartarse de su trayectoria, atrapar una manzana o recogerla del suelo y comérsela constituye suficiente conocimiento evolutivo. El resto de cosas que sabemos, como la velocidad de caída y los cálculos que nos permiten aterrizar un aparato en Marte, es no evolutivo. No es necesario para la evolución. Así pues, ¿por qué poseemos dicho conocimiento? ¿Y para qué? ¿Te parece un buen resumen?

-Entre bien y notable. Te has olvidado de que si extrapolas todas las ramas del conocimiento no evolutivo, todas las ciencias, las artes y la filosofía a su extremo lógico, obtendrás conocimiento de cómo funcionan todas las cosas.

-¿Y?

-Bueno, en sí, nada. En este momento, por ejemplo, basándonos en nuestra vivencia en la Tierra, la ciencia y la filosofía nos proporcionan los medios para aniquilarnos, a nosotros y al resto de especies. Así que, en sí, tantos conocimientos no significan nada. Pero combinados con nuestra capacidad para superar nuestra naturaleza animal y expresar nuestra naturaleza humana, que es única y resulta bastante agradable, lo es todo.

-No lo entiendo.

-Lo tienes delante, pero no lo ves. Todos los animales poseen una naturaleza animal. Nuestra naturaleza animal se asemeja mucho a la de los bonobos, por suerte, pero igual que los bonobos, sometidos a una tensión extrema, actuamos como chimpancés.

-¿Esa es nuestra naturaleza animal?

-Más o menos. Pero a diferencia de los chimpancés y los bonobos, no siempre tenemos por qué actuar así. Nosotros poseemos la capacidad de modificar nuestro comportamiento. Un chimpancé es un chimpancé. Pero un ser humano puede ser lo que quiera.

-¿Cómo?

-Cuando expresamos nuestra verdadera naturaleza humana creamos cosas humanas humanitarias que no existen en el mundo animal. Cosas como la democracia y la justicia. No existe el Frente Democrático de Chimpancés. No existe el Tribunal de Justicia de los leones y las cebras.

-No, pero...

-Somos humanos, únicos, podemos moldear nuestro comportamiento mediante ideas, sentimientos, devoción y arte. Cosas que nacen solo de nuestra humanidad. Nos hacemos a nosotros mismos, ¿no lo ves?

-Yo veo mucha naturaleza animal, Idriss. Yo mismo he dado muestras de ella.

-Por supuesto, nuestra animalidad se expresa con mucha frecuencia y no siempre de forma agradable. La mayoría de las malas noticias que provoca el hombre en cualquier parte responden a nuestra naturaleza animal, que se expresa sin control. Pero lo que muestran las páginas de cultura y ciencia del mismo diario responden a nuestra naturaleza

humana humanitaria.

-Donde yo trabajo no se ven muchas bondades.

-Podemos ser lo que queramos, incluso ángeles. Lo mejor que podemos hacer, cuando estamos decididos a hacernos el bien unos a otros, no tiene parangón en el mundo natural. Y cuando nuestra humanidad humanitaria libera a nuestras mentes de vanidades y codicias, no solo podemos hacer milagros, sino que devenimos el milagro que estamos destinados a ser.

Fue un comentario largo y, como muchos de sus comentarios más extensos, terminó en una pregunta.

-¿Cómo entiendes la diferencia entre Suerte y Destino?

«El Destino -había dicho una vez Karla-, y la Suerte, su hermana gemela.»

-Simplemente no soporto la idea de que no somos dueños de nuestro Destino y que la Suerte juega con nosotros como soldaditos de juguete.

-La Suerte no juega con nosotros -repuso Idriss, apurando un porro-. Nos responde.

-¿Cómo?

Se rió.

Era un día tan luminoso, con un cielo inmaculado tan azul, que los dos llevábamos gafas de sol. Idriss no me veía los ojos ni yo veía los suyos. Me ayudaba, porque a menudo cuando me quedaba mirando sus ojos pardos como las hojas me sentía un niño en un arroyo y tenía que apresurar el pensamiento para atraparlo cuando una pregunta me expulsaba de la corriente.

Los estudiantes y devotos conversaban y reían a la sombra, completadas las tareas del día. El cielo parecía mucho más arriba que de costumbre, como si hubiera más luz y más espacio.

-Quieres saber cómo funciona la Suerte porque quieres presentarle batalla, ¿verdad? -preguntó Idriss-. El instinto, al sentirte amenazado, te empuja a luchar. Crees que la Suerte lucha contra ti y quieres asegurarte alguna ventaja. ¿Me equivoco?

-Me gustaría ganar en buena lid, pero tengo la impresión de que la

Suerte hace trampas.

-¿Qué trampas?

-Creo que la Suerte y el Tiempo están confabulados. Que son cómplices.

-Desde luego -se rió-. La Suerte es otro nombre del Karma, que es otro nombre del Tiempo, que es otro nombre del Amor. Todos ellos son nombres de un campo tendencial que impregna el universo. De hecho, no sería exagerado afirmar que es el universo.

-¿Un campo tendencial, Idriss?

-Un campo tendencial.

-¿De qué se compone un campo tendencial?

-De energía oscura, probablemente, pero lo importante no es de qué se compone. Sino lo que es, igual que todos los átomos que componen tu cuerpo no son tú.

-Vale, un campo tendencial de energía oscura -dije, intentando seguir el hilo-. ¿Qué hace?

-El campo tendencial conduce el movimiento hacia la complejidad y lo hace desde la singularidad. En ese sentido es el universo. Cuando, resultado de una complejidad suficiente, hay conciencia consciente, se establece un nexo entre el campo tendencial y cada conciencia individual que conecta con él.

-¿Qué tipo de nexo?

-El campo tendencial responde a nuestro instinto de lo Divino. No podemos conocer lo Divino directamente. No podemos conocer directamente la Fuente de este universo y su campo tendencial y todos los demás universos infinitos como este, expandiéndose infinitamente como flores y volviéndose a encoger hasta la nada para florecer de nuevo en un jardín de creación eterna, en algún lugar de la mente de Dios. No podemos conocerlo. Ni siquiera sabemos todo lo que podríamos de nuestro propio universo, mucho menos del multiuniverso o de la Divinidad que lo creó. Pero podemos conocer el campo tendencial de forma muy directa siempre que queramos.

-¿Cómo?

Idriss volvió a reírse y encendió otro porro.

-¿No te toca hablar a ti?

Se burlaba amablemente de mí al menos una vez por conversación: para mantenerme alerta, quizá, o para provocar alguna revelación. Todos los gurús, incluso los que dicen no ser gurús, son excelentes psicólogos, expertos en la provocación de la verdad.

-Interrumpo mucho, Idriss, y lo siento, pero solo cuando no entiendo algo. En este momento creo entenderte. Continúa, por favor.

-Muy bien -dijo, relajándose de nuevo con los pies recogidos entre el cuerpo y la silla de lona-. Vamos allá. En el Big Bang se transmitieron unas características concretas al universo recién nacido. El espacio, por ejemplo, el tiempo, la materia y la gravitación son todos ejemplos de dichas características transmitidas en el Big Bang. Y el campo tendencial, que dicta la tendencia hacia la complejidad, fue otra de esas características transmitidas en el Big Bang. También me gustaría recalcar que el conjunto de características positivas se transmitió a todas las partículas de materia. ¿De momento vas entendiendo?

-Espacio, tiempo, materia, gravitación, física clásica, física de partículas, campo tendencial, características positivas, todo ello se transmitió en el Big Bang.

-Sí -se rió-. En pocas palabras. El campo tendencial actúa mediante un semibooleano muy simple («Si A, entonces B») que lo gobierna todo en todas partes. El algoritmo básico, «Si pasa esto, ocurre aquello», lo dirige todo, incluso la entropía. Si se despierta una conciencia plenamente consciente, entonces se produce una conexión con el campo tendencial.

-¿La entropía se opone a la complejidad?

-No. La entropía se opone al orden. Y de todos modos la entropía infinita solo es aplicable a un sistema cerrado. Y con agujeros negros en nuestro universo, que dan a saber dónde, este no es un sistema cerrado.

-Perdón por insistir. ¿Quieres decir que hagas lo que hagas en la vida, bueno o malo, siempre puedes conectar con el campo tendencial?

-Si sintonizas con el campo tendencial, expandiendo y explorando el conjunto de características positivas de tu interior, el campo responde con energía constante y afirmaciones. Si trabajas en contra del campo tendencial, siendo negativo, injusto, desafecto e inconsciente de la verdad, debilitas la conexión con el campo tendencial y experimentas

el pavor existencial, por muy rico, famoso o poderoso que seas.

-¿Calma existencial en lugar de temor existencial? ¿Es eso?

-Si mantienes la conexión con el campo tendencial, tienes serenidad. La vida es conexión, el mundo es conexión, y ambos se empobrecen siempre por la desconexión.

-Todas las personas que conozco, salvo mis amigos más íntimos, sufren algún tipo de temor existencial. ¿Acaso no forma parte de la condición humana?

-Nada forma parte de la condición humana salvo la común humanidad. Cuando empezamos éramos unos cientos. Unos cientos, sin garras ni más colmillos que los que arrancábamos de los depredadores que intentaban cazarnos. Aprendimos, mediante la cooperación y el amor, a no temer a ninguna criatura ni a ningún lugar, ni en tierra ni en el mar. Somos magníficos y somos malignos. Pero podemos ser lo que queramos, desde asesinos de vecinos, a salvadores de lejanos habitantes de la galaxia. Podemos moldear nuestro destino. Tenemos las herramientas. Podemos...

Un alboroto entre los estudiantes atrajo la atención del santón. Nos giramos y descubrimos que habían llegado a la montaña Naveen y Diva. Hablaban con un pequeño grupo de gente.

-Qué chica tan guapa -dijo tranquilamente Idriss-. ¿La conoces?

-Se llama Divya Devnani, pero te aconsejo que la llames Diva.

-¿Su padre es Mukesh Devnani, el industrial?

-El mismo.

-Entonces seguro que es problemática. Preséntamela, por favor.

-Sí, señor.

Los presenté. Cuando Idriss cogió a Diva de la mano y la condujo hacia la cómoda tumbona que yo había dejado libre, le pedí a Naveen que se sentara conmigo en el tronco que semanas atrás había compartido con Rannveig para hablar del crimen y el castigo.

Naveen inició la conversación hablando del crimen y su castigo.

-Concannon va moviendo su tinglado -dijo cuando nos sentamos-. Es un animal inquieto y difícil de cazar, pero empiezo a saber llegar hasta él. Y hay una oferta por Ranjit.

-No me digas. ¿De cuánto?

Naveen me miró, con la seriedad de un detective.

-¿Por qué te interesa?

-Es simple curiosidad -respondí sonriendo-. Si hay un bote, conozco a varios dispuestos a echar unos billetes.

-Pues la verdad es que sí -dijo con una sonrisa-. Se rumorea que un constructor y un político locales se enzarzaron en una puja por ver quién lo mandaba matar, pero al final se aunaron y doblaron la recompensa.

-Eso lo mantendrá una temporada lejos de Bombay. Pregunta a cualquiera que conozca Goa, si puedes. Yo tengo amigos de la Compañía en Delhi. Averiguaré si se esconde por allí.

-Sí. Hay otro frente abierto: la semana pasada hubo dos peleas en Colaba entre los hombres de la Sanjay Company y los Escorpiones. Con tiros. Destrozaron dos tiendas. La disputa que iniciaron los Escorpiones en el Leopold's ha subido de tono. Alguien quemó una de sus casas de Marine Lines. Según la prensa, fue una represalia. En el incendio murió una enfermera. Los diarios montaron un follón de la hostia. Detuvieron a Sanjay, pero después lo soltaron. Por falta de pruebas.

Había estado en la casa. Sabía que la esposa de Vishnu estaba enferma. Por eso había una enfermera en la mansión; una enfermera que había fallecido. Sabía que Vishnu no se detendría hasta que las llamas ardieran en las narices de Sanjay.

-Ah, y ha vuelto tu amigo Abdullah -añadió Naveen-. Me dijo que ya te vería cuando regresaras de la montaña. Pero que te quedes aquí al menos una semana más.

-¿Otra semana?

-Es lo que me dijo.

-Joder, muy buen informativo. Gracias por subir a darme las noticias.

-En realidad -dijo sonriendo-, hemos venido con una amiga tuya.

Rebusqué en su mirada. Asintió.

-¿Dónde está?

-En la segunda cueva, por allí. Me ha pedido que le concediera unos minutos antes de contártelo, ¡y nadie le niega nada a Karla!

Crucé corriendo las resbaladizas piedras blancas y me detuve ante la boca de la cueva. Eché un vistazo al interior. Karla estaba sentada en un taburete de madera, examinando una estatuilla de plata de la diosa Lakshmi que sostenía en la palma de la mano.

Me quedé a la entrada de la cueva de cara al viento como había hecho ella la primera vez que la había visto en la montaña.

-Cuéntame un chiste, Karla.

Se volvió lentamente a mirarme. Por el rabillo del ojo vi que sonreía.

-¿Qué? ¿Me lo cuentas?

-Vale. ¿Por qué los polis llaman soplones a los confidentes?

-Tres semanas sin verte, ¿y me cuentas un chiste de polis?

-Porque tienen que soplarles una hostia para que hablen y otra para que se callen.

-Ven aquí -dije.

Me besó, abrazándome del cuello, estirando las piernas de puntillas y aplastándose contra mi cuerpo como si fuéramos dos árboles que crecían juntos.

-Me alegro mucho de verte -dije-. ¿Por qué ha tenido que entretenerme Naveen durante diez minutos?

-Estaba acalorada por la subida y quería tener buen aspecto cuando me vieras.

-Vamos a otro sitio.

La llevé a Punta Silvano, donde nos sentamos en la hierba pedregosa a contemplar los árboles de más abajo. Una brisa golpeaba el precipicio a oleadas, subiendo desde el valle a ráfagas de aire caliente. Los árboles del borde se balanceaban esparciendo su sombra de plumas.

-Cuéntamelo todo -pidió.

-Qué gracia. Iba a pedirte lo mismo.

-No, tú primero.

-No hay mucho que contar. En general he estado muy tranquilo. Esto parece un parque temático para aficionados a las tareas del hogar. No paran.

-¿Qué tal lo llevas?

-Bien. Prefiero las tareas a las normas.

-Gracias por quedarte, Shantaram. Te quiero por haberte quedado. Sé que no querías estar aquí.

Karla no me había explicado por qué quería que me fuera de la ciudad y no se lo pregunté. Sencillamente estaba contento de tenerla conmigo.

-Eso sí, no me aburro. Sube mucha gente a ver a Idriss que solo se queda un par de horas.

-¿Qué clase de gente?

Se relajó, apoyada en las manos y sonriendo al sol.

-Hace un par de días subió un político. Con guardaespaldas y armas para parar un tren. Buscaba consejo. Idriss le aconsejó que renunciara a los guardaespaldas y los coches blindados y caminara entre la gente con una camisa sencilla, pantalones y sandalias.

-¿Qué dijo el político?

-Que si seguía su consejo lo matarían. «Es problema tuyo», le respondió Idriss. «Soluciónalo.»

-Me encanta ese tío. Debería dedicarse a la comedia.

-Y vinieron unos *sadhus* de Shiva y se quedaron. Fumaban como carreteros y discutían con Idriss noche y día, después les dio por blandir los tridentes y amenazar de muerte a todo el mundo. Al final Silvano y yo tuvimos que intervenir.

-¿Con el rifle de Silvano?

-Claro que no. No se dispara a los santones. Les pagamos para que se fueran.

-Muy inteligente. ¿Qué tal con Silvano?

-Estupendamente. Es un buen tipo.

-Sabía que te caería bien porque se parece mucho a ti.

-¿A mí?

-Pues sí.

Lo pensé, pero no demasiado.

-Me gusta -dije-. Me gusta tenerlo en nuestro equipo.

-¿Nuestro equipo? ¿Tenemos un equipo?

-Lo he meditado. Se me ha ocurrido que...

-Lo hablamos luego -dijo-. ¿Qué tal te va con Idriss?

Yo quería hablar de nosotros y de lo que haríamos juntos en la Ciudad Isleña o lejos de ella. Quería hablar de nosotros y quería besarla.

-Prefiero hablar de nosotros -dije sonriendo.

-¿Qué tal te va con Idriss?

-Idriss... es un gran tipo, la verdad.

-¿Te ha abierto puertas?

Una gran pregunta, y curiosa: me había pasado buena parte de la vida cerrando puertas y esforzándome por mantenerlas cerradas. Había demasiadas cosas del pasado que no quería recordar.

-Puertas de la mente, desde luego -admití-. Pero si te refieres a si soy otro hombre, no, sigo siendo el mismo.

Contempló las vistas: el valle y la aldea del chapitel, resplandeciendo a lo lejos.

-¿Has encontrado a madame Zhou? -pregunté.

-Ha desaparecido -contestó Karla, mirando el punto donde la tierra trataba de besar el cielo.

-¿Ni rastro?

-Nadie la ha visto ni sabe de ella desde que Didier y Naveen empezaron a buscarla. Seguirá en la ciudad. Es muy astuta. Si no quiere que la encuentren, se vuelve invisible.

-Nadie es invisible. Si sigue por aquí, la encontraremos. Naveen me

ha pasado un mensaje de Abdullah. Dice...

-Que esperes aquí al menos una semana más. Abdullah me llamó para contármelo. Por eso me he traído a Naveen.

-¿Y Diva?

-Es distinto. Quería que conociera a Idriss. Tengo planes para Diva e intuyo que con Idriss tendrá una conexión cósmica.

-Hablando de conexiones cósmicas... -dije, subiéndola encima de mí para besarla.

Olor a tierra filtrado por el pelo. El sol acariciándonos con la luz cálida que se colaba entre las hojas y el viento agitando los árboles del precipicio con su aliento caliente. Karla.

-¿Podemos dormir aquí esta noche, Shantaram?

-Podemos dormir ahora mismo.

-Bien. Volvamos con los niños y seamos buenos chicos.

-Bueno... yo...

Fuimos buenos chicos con Naveen y los estudiantes. Idriss mantuvo una conversación de dos horas con Diva y luego insistió en que la pobre niña rica se quedara a dormir en una pobre cueva para chicas pobres con las otras mujeres de la montaña.

Diva me sorprendió al aceptar de inmediato el ofrecimiento y luego dejó de sorprenderme al mandar a Naveen de vuelta al coche a por sus pertenencias.

Después de comer y de fregar los platos, algunos estudiantes se marcharon y otros se retiraron a las cuevas para dormir o estudiar. Los buhos, mis amigos, se sentaron alrededor de la hoguera a beber té negro dulzón con una pizca de ron.

Me levanté para desearles buenas noches a Idriss y Silvano, sentados conmigo al otro lado de la hoguera.

Naveen, Diva y Karla charlaban y se reían, mientras las llamas pintaban bellezas misteriosas.

-Diva es una joven excepcional -dijo Idriss en voz baja cuando ella se rió de algo que había dicho Karla.

En su conversación privada con Idriss, Diva le había hecho reír tanto que al sabio le había entrado la risa tonta y no podía parar. Ahora, viéndola reír junto al fuego, al santón volvió a entrarle la risa.

-¿No te parece excepcional?

La miré, sentada al lado de Karla. No lo vi.

-Veo a una niña malcriada -dije-. Lista, guapa y mimada.

-Puede que ahora tengas razón -admitió Idriss riéndose-. Pero piensa en lo que se convertirá, en lo que puede llegar a ser.

Idriss se fue a dormir, y Silvano con él.

Mientras yo me reunía con los demás, Diva arrastraba a Karla del codo y se alejaban para sentarse juntas en las sillas de lona encaradas hacia el bosque occidental.

Solo las veía de perfil, agachándose más allá del borde de las sillas para hablar. Me senté con Naveen.

-Me alegra verte sonreír, tío -dijo.

-¿Sonreía?

-Sonreías. Bueno, antes de que Karla te dejara.

Avivó el fuego con un palo y saltaron chispas.

-¿En qué piensas, chaval?

-Puede esperar a mañana -dijo, removiendo el fuego.

-Nada como el presente. ¿Qué ocurre?

-Me preocupo por ella -dijo, mirando a las chicas sentadas en las sillas de lona, donde no podíamos oír nada salvo las risas.

-¿Karla?

-No -negó con el ceño fruncido-. Diva.

-¿Qué pasa?

-Su padre se ha enredado con mala gente. Con tíos de la peor calaña. Hay mucho dinero y poca paciencia.

-Un momento. Mukesh Devnani es uno de los tíos más ricos de

Bombay.

-Aceptó grandes inversiones de dinero negro de no sé dónde. Quería pasar de edificar centros de convenciones a construir ciudades enteras desde cero. Los únicos con suficiente dinero para hacer realidad su sueño...

-... eran tipos con poca paciencia. Y ahora quieren recuperar el dinero más los intereses.

-Exacto. Lo raro es que Ranjit también está metido en el ajo.

-¿Ranjit? ¿Cómo?

-Lanzó una campaña en uno de sus diarios contra una de las ciudades nuevas que quería construir Mukesh. Con sus cuentos alarmistas obligó a que el gobierno cambiara de opinión y anulara los permisos de Mukesh. El proyecto comenzó a desmoronarse. La cosa está tan mal que cuando la poli se presenta en la mansión no sabemos si es para proteger al padre de Diva o para detenerlo.

-Tiene que pagar lo que debe aunque se arruine.

-Es lo que yo digo. Se lo he dicho, con todo respeto. Pero hay alguna pega. No sé lo que es. Ya no frecuento la mansión de Juhu. Todo esto lo he deducido de las pocas ocasiones que he tenido para rebuscar en su despacho. Creo que Diva... está al borde del secuestro. Su madre murió hace seis años. Es hija única. La única heredera. Los enemigos de su padre podrían secuestrarla para atacarle. Pura lógica, aunque retorcida. Me preocupa, tío.

-¿Tan mal está la situación?

-Sí. Estoy... un poco asustado. El problema me supera y, aunque su padre sea imbécil, la chica me gusta.

-Sácala de la ciudad.

-Lo he intentado. Diva sabe que a su padre le pasa algo. No se irá.

-Podrías esconderla una temporada.

-¿Cómo? ¿Dónde? Es famosa, tío. Paso más tiempo esquivando a la prensa que a los malos. Y a Diva le encanta. He tenido que prohibirle el teléfono. Llamaba a los paparazzi para contarles dónde había estado. Los conoce por su nombre de pila. Los invita a copas. Es la madrina del hijo de uno.

Me reí, pero enseguida me percaté de que Naveen no estaba para risas.

-Para Diva discreción es cualquier cosa que no implique escribir mensajes con avionetas en el cielo como hizo cuando cumplió dieciocho años. Me lo ha dicho. Será igual adondequiera que vaya.

-Podrías esconderla en los suburbios -propuse-. Si acepta. Yo me escondí durante dieciocho meses y es uno de los lugares más seguros que he pisado en la vida.

-¿La admitirían?

-El cabecilla es amigo mío. Y adora las fiestas. Diva le va a encantar. Pero no es para todo el mundo y, desde luego, Diva no es todo el mundo.

-¿Lo del suburbio va en serio?

-A menos que se te ocurra un lugar mejor para esconder a una diva de Bombay de la multitud enardecida. Pero no prometo nada. Primero tengo que consultarlo con mi amigo.

Volvió a mirar a las chicas. Karla y Diva estaban desternillándose de la risa, tapándose la boca y la nariz para disimular el ruido.

Bebían algo. Tenía buena pinta.

-Mira, Naveen, si todavía te parece buena idea cuando baje de la montaña le preguntaré a Johnny Cigar. ¿De acuerdo?

-No sé cómo convencer a Diva, pero vale. Sí. Hazlo, por favor, Lin. Quiero tener el máximo de opciones si la situación con los amigos de su padre empeora.

-Muy bien, Naveen. Vamos a averiguar qué están bebiendo.

Charlamos un rato, cuatro amigos unidos por el miedo tanto como por la fe, camaradas y compañeros.

A la primera pausa en la conversación y las risas, Karla y yo les dimos las buenas noches, cogimos unas mantas, agua y comida y nos encaminamos a la luz de una linterna hacia Punta Silvano.

Improvisé una cubierta con dos mantas inclinadas y acolché el suelo con el resto. Nos apoyamos en las caderas y los codos. Abrí la fiambrera, contenía *pakodas* fritas frías, piña, pasteles de lentejas y anacardos, un puñado de frutos secos y unos tarritos de barro con

mostaza bengalí.

Karla volvió a cerrarla y vació el bolso sobre la manta, cayeron dos petacas, una pitillera y un encendedor de oro con un pequeño reloj incrustado. Las manecillas marcaban las doce y treinta y tres.

-El reloj del mechero está parado -dije, cogiéndolo.

-No le des cuerda -pidió-. Me gusta así.

-Volveré dentro de una semana, Karla, y he estado...

-Yo primero.

-Vale.

-Voy a invertir algo de dinero en un negocio con Didier y Naveen. Van a expandir la agencia de detectives y creo que les irá bien.

-Vale, pero yo pensaba en una franquicia de dinero del mercado negro. Tengo contactos, puedo comprarles el dinero, ya que no la lealtad. Podríamos vivir muy bien.

-Tengo dinero.

-Y deberías guardarlo.

-No sabemos cuánto tiempo nos quedaremos en Bombay -dijo, bebiendo un sorbo de la petaca antes de pasármela-. Disfrutemos del viaje mientras podamos, con la mayor seguridad posible.

-Una agencia de detectives no puede considerarse uno de los diez trabajos más seguros del mundo. Diría que ni siquiera se cuenta entre los cien primeros.

-Sigue siendo más seguro que el crimen y su castigo, Shantaram.

Crimen y castigo. ¿Cuántas veces había escuchado esa expresión o había pensado en ella, ese eco de la risa de la Suerte, en los últimos días? ¿Cuántas veces hacía falta?

-No veo dónde encajo yo, Karla.

-Eres socio comanditario. Como yo.

-¿Yo?

-Sí, cuanto más limitada tu responsabilidad, mejor.

-¿Limitada?

-Hablas con la gente a la que Naveen y Didier no tienen acceso. Si tenemos que hablar con esa gente, ¿quién va a hacerlo? Solo tú o yo. ¿Por qué no lo hacemos juntos?

-Karla. -Sonreí, quería desnudarla, desnudarme y dejar de hablar-. No puedo pasar de cometer delitos a resolverlos. Mis habilidades son las de un villano.

-Vamos a especializarnos -dijo Karla, bebiendo otro sorbo de la petaca- en personas desaparecidas.

-Karla -me reí-, tú y yo somos personas desaparecidas.

Volvió a reírse.

-Si la poli se ha rendido, será por algo.

Eligió un porro de la pitillera metálica y lo encendió.

-No tiene por qué. A veces solo quieren olvidarse del tema y un caso que podría resolverse queda abierto. Y a veces les pagan por mirar a otro lado. Maridos que se largan, novias a la fuga, hijos pródigos, somos el último recurso de los amores perdidos.

-No veo cómo vamos a ganar dinero, Karla. Me da la impresión de que viviré de ti.

-Probablemente no será rentable. Al principio. Costará más de lo que genere. Pero en este país la seguridad y la investigación irán a más. Es una apuesta segura. Y por suerte, tengo suficientes fichas para que aguantemos la partida una temporada. Si te molesta, lleva la cuenta y ya me pagarás cuando el negocio despegue.

-A propósito de desaparecidos, ¿sabes algo de Ranjit?

-Todavía no. Corría el rumor de que lo habían visto en un yate en las Maldivas. Estoy intentando corroborarlo. De momento, voto por poderes en su nombre, así que soy fundamental. Lo bueno de que fuera un jefe pésimo y yo no. Su servicio de noticias al completo está ayudándome a localizarlo. Qué ironía, ¿eh?

-¿Continúas en el Taj?

-Sí. De momento está bien. Tienen buena seguridad en la entrada y yo tengo la mía, aún mejor, en mi planta.

-¿Has visto a Didier?

-Ha estado todo el tiempo conmigo. Está muy asustado por los lanzadores de ácido. Ya sabes lo vanidoso que es.

-Él no lo considera vanidad. Lo llama buen gusto, y creo que estamos de acuerdo.

-En cualquier caso, voy a expulsar a esa mujer de mi camino.

Karla apartó todos los objetos y se tumbó en las mantas con una mano detrás de la cabeza.

-Entonces, Shantaram, ahora que estás al corriente de mis planes, ¿te apuntas?

La Suerte te conduce a lo que deseas y el Tiempo se asegura de que ocurra en mal momento. ¿Me apuntaba a su agencia de detectives de amores perdidos? No. No podía trabajar con policías y no podía entregarles a nadie, lo que me convertía en un pésimo detective.

Karla lo sabía. Me lo vio en la mirada y en la respiración: la respiración cargada de preocupación porque no saldríamos de la montaña por el mismo camino.

-Para de pensar -me ordenó-. El mañana es como tú. Nunca es puntual.

El viento a la luz de la luna pintaba un enrejado de hojas en su piel. El amor en todas las vidas pasadas, cada vez que nos habíamos amado y nos habíamos perdido: luz de estrellas en su rostro dormido. Esa noche no brilló ninguna en mi piel: ninguna luz para guiarme en el mar de lo que éramos y lo que no éramos. Pero no me importó. Karla dormía en mis brazos y yo ya había zarpado hacia el hogar.

OCTAVA PARTE

No me sumé a la Agencia Amores Perdidos de Karla, Naveen y Didier. Llámame terco. Naveen lo hizo. Llámame loco. Didier lo hizo. Llámame espíritu libre. Karla no lo hizo. No me dirigió la palabra. Ni siquiera respondió a mis mensajes, pero envió uno, a través de Naveen, para que me mantuviera apartado hasta que se tranquilizara. En cambio yo fui encendiéndome y compré la cartera de clientes del mercado negro del crimen de Didier. Mi amigo se había convertido en un hombre de negocios respetable, socio de la Agencia Amores Perdidos, dos puertas más allá de la mía, y decidió darles la espalda a los negocios en negro. Dejé que los líos de drogas y chicas de alterne se hundieran solos y me concentré en las operaciones de cambio de dinero. Me llevó un tiempo desentrañar los detalles. Estaba comprando dinero legal que se había convertido en dinero negro, blanqueándolo de nuevo mediante un banco negro y calculando pequeños márgenes semanales con grandes movimientos diarios: un gran éxito o un fracaso rotundo. Se parecía al mercado bursátil, sin las mentiras ni la corrupción.

Cuando Karla por fin respondió, a última hora de la segunda tarde desde que volví de la montaña, corrí a su encuentro en el rompeolas de Juhu donde semanas atrás habíamos hablado de Lisa, nuestro amor perdido.

Y mientras los paseantes vespertinos pasaban de largo sonriendo felices y empezaba a ponerse el sol, Karla lloró y me contó que no estaba enfadada conmigo: la inquietaban Ranjit y Lisa.

-¿Qué estaba haciendo Ranjit con Lisa aquella noche? ¿Qué hacía Lisa con él? Desde que he vuelto a Bombay no pienso en nada más.

Lloró en mi pecho y luego dejó de llorar mientras la abrazaba.

-¿Por qué no lo entiendo, Shantaram?

Karla iba dos pasos por delante de cualquier mente con la que se encontrara. El misterio la atormentaba, mientras que a mí me afectaba a fuego lento; arena en el viento para ella y en un reloj de arena con el nombre de Ranjit para mí. Tenía que aconsejarle que lo olvidara, igual que ella me lo había recomendado a mí.

-Lo encontraremos -dije-. Y cuando lo encontremos, descubriremos lo que pasó. Hasta entonces tendremos que dejar de pensar en ello o nos volveremos locos. Es decir, más de lo que ya estamos.

Sonrió.

-Algo no cuadra -dijo-. Hay algo que debería saber y no sé. Algo que tengo delante de las narices. Pero tienes razón: si no lo dejo, me volverá loca.

El ocaso bermellón, la última gracia del sol, borraba los defectos e imperfecciones de todas las caras y formas del paseo marítimo: un océano de luz vespertina que mostraba solo lo bellos que somos por dentro.

Suaves brisas se perseguían unas a otras por el malecón jugando entre las faldas y las camisas de los paseantes. Empezaron a verse los primeros faros de coche.

Pálidas sombras de hojas de palmera recorrían el rostro de Karla perfilando la curva exacta del cuello hasta los labios cada vez que pasaba un coche. Karla.

-¿Es el orgullo lo que te impide unirte a nosotros? -preguntó, mirándome con dureza.

-No.

-El orgullo es el único pecado que no se detecta en uno mismo, lo sabes.

-No soy orgulloso.

-Claro que sí. Pero no pasa nada. Me gusta el orgullo en un hombre. También en una mujer. Pero no permitas que te detenga. Podemos hacer que la agencia funcione.

-¿Cómo, Karla?

-Puede que nos quedemos aquí una semana, vale, pero también podrían ser tres años más. La agencia podría arrancar en tres meses. En India la seguridad será un gran negocio durante cincuenta años. Te lo digo yo. He tenido dos años para analizarlo con los mejores asesores de Ranjit.

-Hablas en serio, ¿verdad?

-Siempre hablo en serio del amor.

-¿Amor? -Sonreí, como un tonto.

-Presta atención -me riñó-. Estamos hablando de negocios.

-Vale, estoy atento.

-El dinero no pasará de ricos a pobres. Fluirá de los pobres a los ricos, todavía más rápido, y allí se quedará. Es tan ofensivamente injusto que la seguridad personal supone una inversión segura. ¿No lo ves?

-En cierto modo. ¿Y la agencia de detectives?

-Somos algo más. Solo aceptamos un tipo de casos. Amores perdidos. No fisgoneamos, ni espiamos, ni seguimos a nadie. Investigamos a seres queridos que han desaparecido. Así entramos en el negocio más amplio de la seguridad. Creceremos, y rápido.

-¿Cómo?

-Si queremos medrar, necesitamos conocer a los peces gordos como si fueran nuestros amigos. Si encontramos a sus seres queridos desaparecidos, luego no se desentenderán de nosotros. Además, necesitamos conocer sus trapos sucios.

-Lo has pensado bien.

-¿Vas a dejar de decir obviedades?

-Mira, entiendo la lógica y lo que quieres decir...

-¿Sí? Es un negocio limpio y bueno. No veo lo mismo por tu parte.

-¿Bueno? ¿Ahora vamos a hablar de lo que está bien?

-Mira, con independencia de lo que me encuentre por el camino, cosas interesantes como el éxito, el fracaso o la diversión, la cuestión para mí, ahora, es que tiene que estar bien y tiene que marcar la diferencia, si no, no me interesa.

-¿Encontrar amores perdidos?

-¿Preferirías perder amores encontrados?

Me espetó cada palabra porque creía que no me la había tomado en serio, pero me dolió.

-¿Lo dices por mí? ¿Por nosotros?

-No soy yo la que se aleja, Shantaram.

-Soy tuyo, Karla. Pero sabes que no puedo trabajar con polis.

-Puedes mantenerte al margen de esa parte.

-¿La parte de entregar gente a la policía o la de testificar en un tribunal? ¿Puedo mantenerme al margen?

-Didier se encargará de tratar con la policía. Dice que se muere de ganas de tener una entrevista con un poli y no acabar por los suelos.

-No es solo eso. Ahora mismo tengo demasiados asuntos pendientes, Karla. Me buscan en todas partes menos aquí y solo porque aquí sé a quién tengo que pagar. No me paso de la raya. Los polis me dejan en paz porque no vendo drogas ni chicas, no engaño a nadie, no pego a nadie que no se lo merezca, mantengo el pico cerrado cuando me pegan y les pago regularmente y con generosidad.

-El paraíso -dijo Karla, con una ceja como un ruiseñor en una rama.

-Me toleran. Pero podría cambiar, y entonces tendría que salir corriendo, rápido. Ya lo sabes. No puedo apostar por nada en serio y tú tampoco deberías. Creía que lo habíamos entendido.

-Ya te lo dije: soy socia comanditaria -replicó, deslumbrándome momentáneamente con las reinas-. Pero si no me apoyas, podría empezar a opinar.

Siguió un breve silencio. Supongo que me retaba a hacer el comentario que no tocaba, y lo hice.

-¿Alguna novedad sobre Ranjit?

Miró para otro lado. Pensé que la había molestado e intenté cambiar de tema.

-A ver qué te parece -propuse-. Puedes irte del Taj y mudarte a la habitación de al lado de la mía.

-¿A tu lado?

-Hablo en serio, Karla. Hay tres habitaciones con un balcón que da a una buena calle, y te gusta la seguridad.

Lo meditó, ofreciéndome un par de reinas por el rabillo del ojo.

-¿Para dormir contigo? -preguntó, consciente de que se me daba mal ese juego.

-Mejor dejamos el tema para otra conversación. Pero he comprado cerrojos nuevos para tus puertas y los he instalado.

-¿Mis puertas?

-Eh... sí. Si te mudas.

-Sí que estabas seguro de que aceptaría.

-Ah...

-¿Cuántos cerrojos has puesto?

-¿En la puerta principal?

-¿De cuántas puertas estamos hablando?

-De todas. Baño, dormitorio, balcón, de todas.

-Va... le -respondió con una sonrisa-. ¿Alguna otra sorpresa?

-He instalado un botiquín de primeros auxilios para suturas quirúrgicas en el cuarto de baño. En caso necesario, podrás coser una herida considerable.

-Después dicen que el romanticismo ha muerto.

-Y he comprado más cosas.

-¿Más cosas?

-Sí, en el barrio hay unas tiendas estupendas. He mandado que te instalen una nevera en la habitación y la he llenado de vodka, soda, limones y el peor queso que he encontrado.

-Muy bien.

-Y he escondido un cuchillo debajo del cajón del escritorio. Si lo abres correctamente, nadie debería ver que lo sacas.

-¿No me verán sacarlo?

-Y la cama es de tubos de hierro pintados.

-La cama tiene tubos.

-Sí. Los he comprobado. Los topes de la cabecera se desenroscan. He guardado un rollo de billetes en uno y un cuchillo fino en otro. Por si acaso.

-Qué práctico.

-Y te he comprado un sitar.

-Un sitar. ¿Para qué?

-No lo sé. Lo vi en la tienda de instrumentos de abajo y no pude resistirme.

-Sabes que...

-No hay servicio de habitaciones -la interrumpí-. Pero abajo tienes la tienda de sitares y arriba a un encargado que está aún más loco que yo y, en conjunto, me parece buena idea que te mudes con nosotros, Karla. ¿Te apuntas?

-Cariño, me apunto para el resto de tu vida.

-¿Lo dices de verdad?

-De verdad.

-Bien, pues vamos a acomodarte, vecina.

Volvió en moto conmigo. Seguimos a Randall de regreso al hotel. Resistí el impulso de adelantarlo con la moto. No me costó. Tenía el brazo izquierdo de Karla encima del hombro y el derecho en el regazo, su cabeza se apoyaba en mi espalda. Quería seguir conduciendo hasta que la moto se cansara.

-¿Sabes? -dije mientras nos encaminábamos a un rincón tranquilo de las escaleras del hotel Taj-. Podría seguir conduciendo hasta alejarnos de todo o hasta que la moto se canse.

-Tengo cosas que hacer, Shantaram -repuso sonriendo-. Y de todos modos ahora toca jugar la baza de los amores perdidos. Nuestro primer caso oficial es Ranjit y encontraremos a esa rata se meta donde se meta.

-¿Caso oficial?

-He registrado la agencia en la policía. He acelerado el proceso gracias al contacto de Ranjit. Es regidor municipal y se alegró mucho de verme. Desde que Ranjit ha desaparecido, se ha cortado el flujo de dinero. Fui a verle cargada de presentes americanos. Es majo, aunque con una cara más codiciosa aún que la mente.

Me tocó a mí reírme.

-Ya lo hablaremos luego -dijo, tirando de mí y abrazándome como dos

conchas perfectamente acopladas.

»Que duermas bien -dijo luego, empezando a separarse.

-Vale... ¿Qué?

-Ya que rechazas la oferta de la agencia y vas a trabajar por tu cuenta, necesitarás dormir todo lo que puedas.

-Un momento. ¿No puedo venir a verte más tarde?

-De ninguna manera -respondió, soltándose y subiendo los últimos escalones hasta la puerta-. Y, de todos modos, seguirá aquí por la mañana.

-¿El qué?

-La lujuria -dijo, empujando la puerta-. La recuerdas, ¿verdad, Shantaram? ¿Una jovencita muy divertida y sin escrúpulos?

La puerta se cerró. Yo estaba confuso. Después me reí. Maldita Karla.

Regresé al hotel Amritsar con cierto apuro y me encontré al encargado en pleno dilema: con la cabeza metida en una caja grande cuya etiqueta rezaba «Dilema Inc.».

-¿Qué dilema tienes, Jaswant?

-La caja debería contener un *fáser* -dijo, levantando la vista con aire ausente y sin dejar de rebuscar entre la espuma de la caja-. ¡Ah, aquí!

Sacó la pistola de juguete de la caja y enseguida perdió la expresión triunfante.

-¡Está mal! El emisor de fotones no está en su sitio. Y falta el escudo deflector. Ya no puede uno fiarse de nadie.

-Es un juguete, Jaswant.

-Es una réplica -me corrigió-. Y no es fiel.

-Es una réplica de un juguete, Jaswant.

-No lo entiendes. Tengo un amigo parsi que asegura que, si le consigo una réplica perfecta del original, me fabricará uno de verdad. No querrá trabajar con esta porquería. Es parsi.

Se quedó mirándome, devorado por la pena, como te corroe a veces aunque no debiera.

-Por favor, Jaswant -le pedí sinceramente-. No fabriques una pistola láser.

-Es un *fáser* -me corrigió-. Y te vendría bien. La gente entra y sale de tus habitaciones noche y día, esto parece la estación de Buckingham.

-Solo los que tienen llave.

-Bueno, pues ahora mismo hay dos con llave dentro.

Encontré a Naveen en la silla, cerca del escritorio que había comprado en la tienda de trofeos de abajo. Estaba tocando mi guitarra mejor de lo que la tocaba yo, es decir, igual que cualquiera.

Miré al interior del dormitorio y vi a Didier en la cama, con sus elegantes zapatos italianos en el suelo con los cordones recogidos dentro. Me saludó.

-Tocas bien, Naveen -dije, dejándome caer en una silla.

-La guitarra es buena -replicó Naveen, tocando una famosa balada de Goa.

-La encontré muerta de asco en la tienda de instrumentos de abajo.

-No es lugar para semejante guitarra -afirmó, atacando «Comfortably Numb» de Pink Floyd-. Es una guitarra para amores locos y exigentes, como Diva.

-¿Cómo le va a Diva?

-No muy bien -respondió, sin dejar de tocar-. De ahí la terapia musical.

-Esta mañana he hablado con Johnny Cigar. Se ha marchado un clan bihari y han quedado seis casas vacías. He reservado dos chabolas cerca de casa de Johnny. Una para Diva y otra para ti.

-No veo el momento de instalarme -dijo Naveen, dejando la guitarra a un lado.

-Tienes razón. Hoy he preguntado por la zona del Fuerte. El padre de Diva se ha metido en un problema grave. En las apuestas se paga cincuenta a uno. Hablan de él como si ya estuviera muerto. Y también hablan de Diva y de si está al corriente de los negocios sucios del padre y de dónde guarda el dinero.

-Normal -dijo Didier, saltando de la cama con sorprendente agilidad y

dirigiéndose de puntillas a la pequeña nevera de medio cuerpo.

La había comprado como regalo de bienvenida, la había llenado de cerveza y había dejado una botella de brandy en la mesilla de noche para consumo propio. Lanzó una cerveza para mí y otra para Naveen y volvió a acomodarse en la cama.

-Yo también he estado investigando -dijo Didier-. Como mínimo hay dos grupos peligrosos y despiadados detrás del padre de Diva y ambos tienen importantes lazos con la policía.

-Tienes razón -confirmó Naveen.

-De hecho, uno de ellos es la propia policía -prosiguió Didier-. Tiene algo que ver con el fondo de pensiones de la policía, creo. El magnate ha amasado una horda de enemigos. Debería desaparecer de Bombay y trasladarse a una isla anónima. Está claro que puede comprarse una.

-Es el tipo más terco que he conocido en la vida -gruñó Naveen-. Quiere esperar a que se calmen los ánimos. Cree que tiene un servicio de seguridad sólido como una roca. Y, vale, lo rodean armas noche y día, pero...

-Pero ¿qué?

-Pero en la mansión colaboran dos equipos de seguridad, uno privado y el otro de policías. Ninguno de los cuales, diría yo, está dispuesto a sacrificarse por el hombre más rico y corrupto de Bombay. Algunos viven en los suburbios con la esperanza de poder mudarse algún día con la familia a un apartamento del tamaño del lavabo de ese hombre. Si la poli recibe la orden de retirarse, creo que el ejército privado saldría detrás. He intentado advertírselo, pero se niega a escucharme.

-Sí que te escucha -dijo Didier-. Ha dejado a su hija a tu cargo.

-Ayer me llamó «hijo» -dijo Naveen-. Fue rarísimo. Apenas le conozco.

Se acercó a las ventanas cerradas. Cuando abrió un postigo, las luces de neón del teatro Metro le sonrojaron la cara.

-Me dijo: «Lleva a mi hija cerca de tu corazón, mantenla a salvo lejos de mí, hijo mío».

-Es una responsabilidad considerable -musitó Didier.

-Y una tarea considerable -añadí-. Diva da mucho trabajo. Debería

marcharse de la ciudad, tío.

-Estoy de acuerdo -dijo Didier-. Y pronto.

-No se irá. Y la conozco. Como intente llevarla al aeropuerto, lo derruye a gritos.

-Si no hay forma de que se vaya de Bombay y corre peligro de que la secuestren los que quieren matar a su padre -dije-, entonces debería esconderse hasta que la cosa se tranquilice. Y el suburbio es el único lugar que se me ocurre donde nadie buscará a la chica más rica de la ciudad. Pero espero que tengas una idea mejor.

-No.

-Ni yo -dijo Didier.

-¿Ahora dónde está? -pregunté.

-En su reunión semanal. Se reúne con las amigas una vez por semana en el President.

-¿Ah, sí? -preguntó Didier.

-Se llaman el Club Femenino de Cotilleos de Diva -explicó Naveen.

-¡Fascinante! -exclamó Didier.

-Una vez a la semana se reúnen como pirañas a despedazar a cualquier chica que conozcan que no sea de la camarilla.

-¿Me conseguirías una invitación? -rogó Didier-. Me encantaría asistir a una de esas reuniones.

-A las diez habrán terminado -dijo Naveen-. ¿Queréis acompañarme a recogerla?

-Yo, desde luego, te acompaño -contestó Didier, poniéndose los zapatos y atándose los cordones.

-Voy a necesitaros a los dos -dijo Naveen-, si es que tengo que convencerla de que deje la suite del Mahesh y viva una semana en un suburbio. Puede que necesite que la sujetéis entre los dos mientras le expongo la idea.

-¿Seguro que es un buen momento? -pregunté.

-Nada como el presente -dijo el joven detective sonriendo, pero con la

mirada seria-. Es lo bastante tarde para llevarla al suburbio e instalarla antes de que haya demasiada gente al corriente. ¿Qué os parece?

-Didier está listo. ¡Al club de cotilleos, al instante!

Encontramos a Diva entre Divas chillonas en el vestíbulo del hotel President. Las tres se detuvieron y se quedaron mirándonos con espanto estudiado.

Didier vestía americana de lino blanco arrugado y pantalones de color azul claro. Yo llevaba botas, vaqueros negros, camiseta y chaleco. Naveen, pantalón de trabajo gris y camisa de ante marrón. Cargaba con una pesada mochila.

Las chicas dejaron claro que no teníamos buen aspecto.

-¿Es ese? -preguntó una de las chicas Diva señalando con una acusadora uña falsa a Naveen.

-En carne y hueso -se burló Diva sin presentarlos.

-Un maníaco de las motos -sentenció la otra chica Diva tachándome de la lista.

-Mujeriego libertino -dijo la primera, tachando a Didier.

-Disculpe, mademoiselle -dijo Didier-, pero soy un «hombreriego».

-Hombreriego libertino -dijo la chica.

-Y el caballo -apuntó Diva, tachando a Naveen-, sin el Príncipe Azul.

Las chicas Diva se rieron.

-¿Qué llevas en la mochila? -preguntó Diva-. ¿Sales rumbo al Himalaya?

-No escalo -replicó Naveen, mirándola fijamente.

-¡Ooooh! -exclamaron las chicas Diva-. El gato enseña las garras.

-Tenemos que irnos, Diva.

-¿Y si trepas a un árbol? -repuso ella, desafiante-. ¿Y ya no bajas?

Las chicas se rieron.

Naveen estaba enfadado porque tenía miedo de verdad. Dadas las amenazas contra Diva, consideraba que en el luminoso vestíbulo corrían un riesgo imprudente. Esperaba que en cualquier momento un cargamento de matones entrara en tromba para secuestrarla.

Y Naveen, joven, fuerte y seguro de sí mismo, sabía que no podría impedirlo. Se conocía lo bastante para saber que no estaba acostumbrado a sentirse así y que no le gustaba.

Didier interrumpió el incómodo silencio haciendo una elegante reverencia.

-Con su permiso, estimadas señoritas, me presentaré -dijo, entregándoles su tarjeta de visita-. Me llamo Didier Levy. Soy oriundo de Francia, pero huésped de su magnífica ciudad desde hace años. Con mi socio el señor Naveen Adair, reputado detective, formamos la Agencia Amores Perdidos, a su servicio siempre que haya un misterio que resolver.

-¡Uau! -exclamaron las chicas, leyendo las tarjetas.

-Para Amores Perdidos ningún asunto es demasiado trivial -apuntó Didier- y ningún cotilleo demasiado insignificante.

-Tenemos que irnos -repitió Naveen, señalando hacia la puerta.

Diva se despidió de sus amigas y nos acompañó a la puerta. Salimos por la entrada porticada que había al inicio de la calle principal.

Naveen se paró y me miró. Eché un vistazo alrededor y caí en la cuenta de que Didier no estaba. Corrí de vuelta al hotel a robárselo a las chicas.

-¡Hasta el jueves! -gritó, mientras lo arrastraba-. ¡Sé cotilleos de famosos más placenteros que un orgasmo!

Las chicas Diva chillaron.

Nos reunimos con Naveen y Diva.

-¿Tarjetas de visita? -pregunté.

-Eh... Es mejor estar preparado -replicó Didier.

-Enséñamelas.

-Yo también quiero verlas -dijo Naveen.

A regañadientes, Didier nos entregó una tarjeta a cada uno y las estudiamos a la luz de una farola.

AGENCIA AMORES PERDIDOS
Didier Levy, Maestro de Amores

Al dorso se veía lo que supuse que sería una oreja atenta con las siguientes palabras:

LAS LENGUAS SUELTAS MUEVEN EL MUNDO
Suite 7, Hotel Amritsar, Metro, Bombay

-¿Demasiado... discreta, tal vez? -preguntó Didier, sinceramente interesado.

-¿Maestro de Pérdidas? -dijo Naveen-. Suena a Tolkien, tío.

-¿Y a qué viene la oreja? -pregunté inocente, y debería haber cerrado el pico.

-¡Lin! Solo te parece mal porque hace unos meses le arrancaste la oreja a un tipo -protestó Didier.

-No del todo -protesté a mi vez-. Y, de todos modos, ¿ahora estamos en la suite 7, ya no es una simple habitación?

-Un momento -intervino Diva, plantándome una mano como un pequeño rastrillo en el pecho-. ¿Le arrancaste la oreja a un tío?

-Naveen -dije-, no te cortes, interviene.

-Diva... -empezó a decir Naveen.

-No quiero saber nada de ninguno de los dos hasta que me siente -dijo Diva-. ¿Dónde está la limusina?

Nos quedamos mirándola.

-No tienes limusina -dijo Naveen-. Ya no. He mandado al coche y al chófer de vuelta a la mansión.

Diva se rió, pero nosotros no, así que agarró a Naveen de la camisa y estiró apretando los puños hasta que la rasgó.

-¿Qué... coño... has... hecho?

-Diva, confía en mí, por favor -rogó Naveen, metiéndose jirones de camisa por los pantalones.

-¿Que confíe en ti? ¡He confiado en ti y has perdido el puto coche, joder! ¿Sabes lo que cuesta andar o correr con estos zapatos? Para eso inventaron las putas limusinas, idiota, ¡para estos zapatos!

¿Dónde está mi caja de zapatos con ruedas, Naveen?

-¿Podríamos mantener esta conversación fuera de la calle? Ahí mismo, en la esquina, hay un callejón.

-Tienes que estar...

-Señorita Diva, por favor -dijo Didier-. Sin duda comprenderá que no estaríamos aquí los tres, suplicándole, si no nos preocupara su seguridad y no detectáramos ciertas imprudencias.

La mirada de Diva fue pasando de cara en cara y luego echó a correr. Giró en la primera calle y paró, recostando la espalda en la pared.

Apoyó un pie en el muro. Llevaba una elegante falda amarilla, una blusa blanca de cuello alto y zapatos de tacón abrochados al tobillo. La falda tenía una raja lateral y la pose mostraba las piernas cortas y delgadas de Diva. La chica sabía posar: había posado para todas las revistas del país.

Miré a Naveen. Estaba escudriñando a Diva con los ojos del amor: puro deseo, desprovisto de ansia. «Los tíos duros nos enamoramos de sopetón y a lo bestia», había dicho Didier. Y no había duda de que Naveen Adair, el indoirlandés, era un tío duro.

Naveen se lo soltó sin ambages. Diva era tozuda y orgullosa. Naveen sabía que solo siendo brutalmente franco tendría alguna oportunidad de convencerla de los peligros a los que se enfrentaba.

Le expuso cada negocio retorcido que se desenmarañaba a los pies de un gángster, político corrupto o policía comprado. Diva dejó resbalar el pie por la pared y se enderezó, abrazándose el cuerpo.

-La amenaza es muy real, señorita Diva -dijo Didier con delicadeza-. Hemos examinado a fondo el asunto, y todos hemos llegado a la conclusión de que su seguridad corre peligro.

-Son gente mala -dijo Naveen-. Y tu padre está rodeado de buena gente en la que no confía. Creo que por eso me contrató para que cuidara de ti y me ha pedido que no vuelvas a la mansión.

-Mamá -gimió Diva muy bajito, llamando a un fantasma.

-Le recomiendo que se marche, señorita Diva -aconsejó Didier-. Pronto y lejos. Será un honor ocuparme de los preparativos. Lin le facilitará documentación falsa. Hay dinero de sobra. Estará a salvo hasta que se resuelva el problema.

-No me iré sin mi padre -dijo con un mohín-. ¿Y si lo encarcelan? Me necesita. Lo demás no importa, no me iré mientras mi padre esté en Bombay.

-La alternativa es esconderse aquí, en algún suburbio -dijo Naveen-. Es lo que intentaba explicarte.

-¿Un suburbio? Primero me dices que mi padre es un corrupto y que otros corruptos intentan matarlo, así que quizá me secuestren o me maten, probabilidad con la que he convivido desde siempre, y ahora...

-Es... La cosa está fea -insistió Naveen-. Ya te lo he explicado, Diva. Yo también estoy asustado. Escúchanos, por favor.

-Yo he vivido en el suburbio, Diva -dije-. Estarás a salvo y no será mucho tiempo.

-¿El suburbio? -repitió, intentándolo otra vez, pero ya sin oponer verdadera resistencia.

-¿Tiene alguien cercano a quien le confiaría la vida? -preguntó Didier.

La menuda celebridad dio un respingo, como si Didier la hubiera asustado más que las fechorías de su padre o la amenaza a su seguridad. Retrocedió medio paso y luego recuperó la calma.

-Tengo muchos parientes lejanos, pero ninguno íntimo. Mi madre era hija única como yo y el hermano de mi padre murió hace dos años. Desde que falleció mi madre, estamos solos mi padre y yo. No pienso irme a ningún sitio.

-Ocultarse aquí no será agradable, señorita Diva -le advirtió Didier-. Son gente civilizada, pero viven en condiciones primitivas. ¿No quiere reconsiderar su decisión?

-No me voy.

-Os lo dije -concluyó Naveen, recolocándose la mochila.

Los dejé hablando y fui a inspeccionar el final del callejón.

La calle en la que desembocaba conducía a los arcos blancos y ojos de buey del World Trade Centre y, luego, al suburbio de detrás.

Reinaba el silencio. Los habitantes de la calle se habían retirado a dormir en las aceras. Perros retozones, sedientos de su momento de poder, brincaban, saltaban y ladraban. Carteles de películas

adornaban los laterales como heraldos, cubriendo un elefante de combate.

Las farolas mostraban la entrada al suburbio, próxima al final de la calle. Yo sabía lo dura que era la vida en el suburbio. Sabía lo grandes que eran sus recompensas. El suburbio era una medusa, una cúpula empática de causa común: filamentos de amor y sufrimiento compartido tocaban a todas sus vidas.

Diva se me acercó despacio, con Naveen y Didier. Naveen la rodeó con un brazo. Ella no lo apartó.

Quizá Naveen le había contado que la mochila de la que había estado burlándose contenía sus pertenencias, que había recogido a toda prisa de la suite en el Mahesh. Quizá, al cerrársele otros amores, por fin se abría a él.

Vino a la luz y la vi asustada.

-Todo irá bien -dije, obligándola a mirarme a los ojos-. Te espera una aventura fascinante plagada de vecinos maravillosos.

-Me han contado que el vecindario mejoró mucho cuando te fuiste -dijo, pero con una chispa mortecina-. A ver, cuéntame, experto: ¿algo que deba saber?

-Cuanto más te dejes llevar -dije, conforme nos acercábamos al sendero ancho contiguo a las letrinas por donde se entraba en el suburbio-, mejor.

-Es lo que me decía siempre el terapeuta -murmuró-, hasta que lo denuncié por acoso.

-En el suburbio solo te acosará el amor. Pero también al amor hay que acostumbrarse.

-Adelante -dijo la celebridad, valerosa y asustada-. Esta noche acepto todo el amor que me echen.

El sendero era agreste: tierra suelta y piedras. A la derecha, una larga alambrada acordonaba las brillantes ventanas de los dioses expuestos en el World Trade Centre. A la izquierda se abría un amplio solar donde mujeres y niños se aliviaban entre las hierbas y los arbustos y montones de otros desechos humanos.

Había una mujer agachada en la oscuridad, detrás de un poco de maleza. Unos niños se agachaban entre los hierbajos que crecían junto al sendero. Al pasar Diva, los niños sonrieron y la saludaron: «¡Hola! ¿Cómo te llamas?».

Cuando el sendero comenzó a descender hacia el mar vimos un primer atisbo del suburbio: un manto harapiento tirado sobre un tramo de costa junto a las torres resplandecientes de los ricos, al otro lado de la pequeña bahía.

-Hostia puta -dijo Diva.

El suburbio, por la noche, constituía su propia Edad Oscura. La luz de las casas provenía de lámparas de queroseno. No había electricidad ni agua corriente. Las ratas recorrían los callejones en oleadas cada noche, devorando montones de basura depositada como misteriosas ofrendas.

Aquel olor a queroseno y aceite de mostaza casi quemado, a incienso y salitre del mar cercano, a jabón de limpieza desesperada y sudor honrado, y a caballos, cabras, perros, gatos, monos y serpientes: todos esos aromas saludaron a Diva mientras serpenteábamos a la luz de una linterna en pos de la casa de Johnny Cigar.

Diva abría los ojos como platos, pero apretaba los labios enfurruñada. Se agarraba del brazo de Naveen, pero los zapatos de tacón marcaban una senda segura por el irregular terreno.

Johnny Cigar estaba esperándonos, ataviado con sus mejores galas.

-Bienvenida, Aanu -saludó, juntando las manos e inclinándose ante Diva-. Me llamo Johnny Cigar. Confío en que no te moleste que te llame Aanu. Le he dicho a todo el mundo que eres mi prima Aanu, que ha venido de Londres de visita.

-Vale -respondió Diva, titubeante.

-Para facilitar la adaptación -añadió Johnny-, les he dicho que estás un poco chalada. Ayudará a explicar el mal carácter.

-¿Mi mal carácter?

-Bueno, Shantaram dice...

-Shantaram, ¿eh?

-También le he dicho a todo el mundo que te buscan por un robo y que, por tanto, debemos mantener en secreto tu estancia aquí.

-Vale... Supongo.

-Oh, sí. Salvo el edificio del Parlamento, este es el lugar más seguro de la ciudad para los ladrones.

-Qué tranquilizador -respondió Diva, sonriendo-. Creo.

-Quizá te sorprenda la cantidad de famosos que se esconden con nosotros en el suburbio. Una vez acogimos a un jugador de críquet. No puedo revelarte su nombre, pero cuando jugamos juntos me contó que...

-¡Calla, Johnny!

La mujer de Johnny, Sita, salió de la casa, con el sari rojo y dorado enroscándose alrededor de su delgada figura.

-No sabes de qué estaba hablando -se quejó Johnny, ofendido.

-De todos modos, calla -le espetó ella-. Y deja en paz a la pobre chica.

Aparecieron otras dos mujeres y juntas condujeron a Diva hacia la choza que le habían reservado, a escasos pasos de distancia.

Naveen y Didier las siguieron. Yo miré a Johnny.

-¿No vienes, Johnny?

-Voy a... darle unos minutos a Sita.

-¿Problemas en el paraíso? -pregunté, abriendo mi bocaza.

-No sabes ni la mitad -respondió, pasándose la mano por el pelo denso y castaño-. Va a volverme loco.

-Mira, voy a liar unos porros. Para Diva. Creo que va a necesitar algo más que mantas para dormir aquí esta noche. ¿Por qué no nos sentamos dentro y voy trabajando mientras te escucho?

Habló. Aprendí más sobre Sita en media hora de lo que cualquier hombre debería saber de la mujer de otro. Una vez intenté ponerme del lado de ella, por justicia, pero Johnny rompió a llorar y tuve que desistir.

Al fin y al cabo era cosa suya. El sufrimiento de Johnny se medía en Estaciones de la Mujer Calvario, cada una con la imagen de una regañina. En el fondo, todo se reducía a una cosa.

-Anticonceptivos -dije, liando los porros para la adaptación de Diva al suburbio.

-¿Qué dices?

-Sita quiere otro hijo y tú no. Anticonceptivos.

-Ya practico el control de la natalidad -alegó, recolocándose con gesto incómodo en la silla-. Hace seis meses que no hacemos el amor.

-Eso no es control de la natalidad, es control del sexo. No me extraña que esté malhumorada.

-Sita cree que el sexo es para hacer niños. Yo creo que el sexo es para hacer niños y, a veces, para hacer el amor. No aceptará ningún control de la natalidad. Cuando he intentado hablarle de condones, me ha llamado pervertido.

-Es un poco excesivo.

-¿Qué voy a hacer? Ves lo guapa que es, *na?*

Sita se llamaba así por una diosa abnegada y dulce y casi toda la vida había hecho honor a su nombre. Pero también tenía carácter y una lengua acerada. Meditamos un momento mientras se iban acumulando porros para Diva.

-Podrías actuar a lo chica y sincerarte con ella.

-No es... seguro. ¿O?

-O podrías actuar a lo chico.

-¿A lo chico? -preguntó, entornando los ojos con desconfianza.

-Un chico no diría nada y confiaría en que Sita se rindiera antes que él.

-Prefiero al chico -dijo Johnny, dándose un puñetazo en la palma de la

mano-. Es mucho más seguro que decir la verdad.

-No creas -dije, juntando los porros liados-. Las mujeres tienen un don aterrador, como si hablaran con los muertos, y al final se enteran de todo. Así que, antes o después, acabas haciendo lo que quieren.

-Desde luego -susurró-. Así se vengan de los hombres.

-¿Y eso?

-Convirtiéndolos en mujeres momentáneamente. Es una crueldad hacernos hablar con ellas, Lin. Da miedo, y a los hombres nos cuesta tratar con las cosas que dan miedo. Nos dan ganas de pelear.

-Hablando de miedos, vamos a ver cómo le va a Diva.

Diva estaba rodeada de niñas que deberían estar durmiendo, preguntándole por toda la ropa que llevaba y los objetos que iba sacando de la mochila de Naveen.

Johnny y Sita habían cubierto el suelo de tierra con un plástico azul y este con mantas de retales. En un rincón había una vasija *matka* con agua, tapada con un plato de aluminio y un vaso boca abajo.

Era la ración de agua diaria de Diva: toda la que tendría para beber, cocinar y fregar los platos. Había también una cocina de queroseno con dos fogones. Un armario metálico de patas altas contenía dos ollas de metal, algo de menaje y un cartón de leche. El otro armario metálico de tres baldas era para la ropa.

Una lámpara asomaba por encima del último armario. La tenue luz parecía planear sobre las caras y los rincones. Aparte de una espiral de flores artificiales que colgaba de uno de los postes de bambú, no había nada más.

Las paredes eran de juncos tejidos, rellenados los huecos y rendijas con papel de periódico. El techo era una lámina de plástico colocada sobre la estructura de bambú de la choza.

El techo de plástico negro quedaba tan bajo que tuve que agacharme un poco. Había pasado mucho tiempo en el bochorno húmedo de una choza como aquella. Sabía que un día demasiado caluroso en la ciudad se convertía en un infierno en una chabola pequeña, cada respiración exigía esfuerzo y el sudor goteaba como cae la lluvia de las hojas mojadas.

La miré, la Diva de Bombay, sentada en las mantas de retales,

charlando con las niñas.

No le había mentido: cuando viví en el suburbio la situación fue mejorando, pero solo después de empeorar tanto que creí que no podría soportar un minuto más de hacinamiento, ruido constante, escasez de agua, cohortes de ratas y el tenaz zumbido de fondo del hambre y la esperanza herida de muerte.

No podía decirle que los días mejores solo llegaban tras el peor de todos. Y tampoco podía saber que, para Diva, el peor día distaba solo veinticuatro horas.

-Te he traído provisiones -dije, inclinándome para entregarle el montoncito de porros y un botellín de ron local.

-Un hombre con gusto y distinción -dijo, aceptando los regalos con una sonrisa-. Siéntate, Shantaram, únete al grupo. Las chicas estaban contándome a quién hay que besarle el culo para cagar en paz.

-En otra ocasión, Diva -contesté con una sonrisa-, pero me quedaré por aquí con Naveen y Didier hasta que te duermas, así que no estaré lejos. ¿Puedo ofrecerte algo más?

-No, tío. A menos que puedas traerme a mi padre.

-Bienvenida al otro lado.

-Bueno, si me quedo una semana, me sobra tiempo para cambiarlo.

Una de las chicas iba traduciendo sus comentarios en inglés al hindi sobre la marcha. Las niñas la aplaudieron y vitorearon a coro. Diva resplandecía.

-¿Ves? La revolución ha comenzado.

La rebeldía pícara seguía ardiendo en su mirada, pero la expresión de la cara no conseguía disimular el miedo que le encogía el corazón.

Era una chica inteligente. Sabía que Naveen, Didier y yo no habríamos insistido en un movimiento tan drástico como instalarla una semana en un suburbio si no temiéramos algo aún peor en la calle.

Estaba seguro de que añoraba el lujo acogedor de la mansión familiar, el único hogar que había conocido. Naveen contaba que siempre estaba repleto de amistades, comida, bebida, entretenimiento y criados. Y quizá, en parte, sintiera que su padre la había abandonado al entregarla al cuidado de Naveen.

La vi forzar una sonrisa inmutable y hablar con las niñas. Temía por su padre, saltaba a la vista: quizá más que por sí misma. Y estaba sola y en un mundo distinto: era una turista en la ciudad donde había nacido.

Fui a la chabola de al lado y me acomodé en la raída alfombra azul con Didier y Naveen. Estaban jugando al póquer.

-¿Juegas una mano, Lin? -me preguntó Didier.

-Creo que no, Didier. Esta noche estoy un poco disperso. No tengo cabeza para jugar a vuestro nivel.

-Muy bien -respondió Didier con una sonrisa bondadosa-. Pues continúo con la lección. Estaba enseñándole a Naveen a hacer trampas honrosamente.

-¿Trampas honradas?

-Trampas honorables -me corrigió Didier.

-Y también a detectarlas -añadió Naveen-. ¿Sabías que existen ciento cuatro trampas? Dos por cada naipe de la baraja. Es fascinante. Didier podría impartir un curso universitario sobre el tema.

-Es tan simple como la magia -comentó Didier con modestia-. Y la magia es simplemente hacer trampas.

Los dejé jugar, me senté a su lado y me puse a beber de una de las petacas para emergencias de Didier. Para mí también era una noche difícil, aunque no tan traumática como para Diva.

Notaba cómo la bóveda de la comunidad suburbana comenzaba a cerrarse sobre mí con ruidos, olores y un torbellino de recuerdos desafiantes. Había vuelto al seno de la humanidad. Oí una tos cercana, a un hombre que lloraba en sueños, a un niño que se despertó y a un marido susurrándole en maratí a su mujer el estado de sus deudas. Olía a incienso, que quemaba en una docena de chozas a nuestro alrededor.

Los latidos de mi corazón trataban de acompasarse con otros veinticinco mil, como luciérnagas disparejas hasta que aprenden a encenderse y apagarse en las mismas ondas lumínicas. Pero no lograba conectar. Algo había cambiado en mi vida o en mi corazón. La parte de mí que años atrás se había integrado de buena gana en el lago de conciencia que formaba el suburbio ya no existía.

Cuando me fugué de prisión busqué un hogar vagando de una ciudad

a otra con la esperanza de que cuando lo encontrase lo reconocería. En cambio, al conocer a Karla encontré el amor. No sabía por entonces que la búsqueda de un hogar siempre conduce al amor.

Me despedí de Didier y Naveen, fui a ver a Diva, que dormía en los brazos de las nuevas chicas Diva, y recorrí los callejones sintiéndome más triste de lo que yo mismo entendía.

Se me juntó una perrilla callejera, que se adelantaba y regresaba corriendo a chocar con mis piernas. Cuando salí del suburbio y arranqué la moto, el animal se sumó a una manada de perros callejeros que aullaban provocadoramente.

Me dirigí al hotel Amritsar para escribir. Mientras recorría el desierto de la Causeway vi a Arshan, el padre de Farzad, el cabeza de las tres familias a la busca del tesoro.

Arshan no había salido a cazar el tesoro: miraba fijamente la comisaría de Colaba, en la acera de enfrente. Di la vuelta con la moto y paré a su lado.

-Hola, Arshan. ¿Qué tal?

-Ah, bien, bien -respondió con aire ausente.

-Es tarde -observé-. Y este es un vecindario peligroso. Hay un banco, una comisaría y una tienda de ropa de marca en apenas veinte metros.

Sonrió tímidamente, pero sin quitarle ojo a la comisaría.

-Estoy... esperando a alguien -respondió vagamente.

-Puede que no venga. ¿Te llevo a casa?

-Estoy bien -repitió-. Estoy bien, Lin. Puedes irte.

Estaba tan trastornado que le temblaban las manos con gestos reflejos provocados por algún pensamiento violento y había adoptado inconscientemente una mueca de dolor.

-Insisto, Arshan. No tienes buen aspecto.

Poco a poco volvió al presente, sacudió la cabeza, parpadeó y aceptó que lo llevara a casa.

No abrió la boca en todo el trayecto y solo musitó las gracias y una

despedida distraída mientras se encaminaba a la puerta de su casa.

Nos abrió Farzad, que ahogó un grito de preocupación al ver a su padre.

-¿Qué pasa, papá? ¿Estás bien?

-Estoy bien, hijo -respondió, apoyándose en el hombro del joven.

-¿Quieres pasar, Lin? -preguntó Farzad.

El ofrecimiento exigía valentía porque el chico seguía en la Compañía y ambos sabíamos que Sanjay no aprobaría que me acogiera.

-No, Farzad. Quedamos en otro momento y nos ponemos al día.

En el Amritsar me desnudé y me di una ducha larga. Diva, que en la mansión de su padre debía de disfrutar de baños de espuma con aceites perfumados, en el suburbio tendría que lavarse con un cuenco pequeño de agua y, como el resto de las chicas, completamente vestida.

«Pobrecita», pensé mientras volvía a vestirme, pero me recordé que Naveen estaría siempre a mano para ayudarla. Y me pregunté cuánto tardaría el detective indoirlandés en admitir que estaba enamorado de Diva.

Me preparé un sándwich de atún, tomate y cebolla sin pan, entre lonchas de queso parmesano, me bebí un par de cervezas y repasé durante un rato los chanchullos de Didier en el mercado negro.

Había anotado varias páginas con perfiles de los principales implicados, márgenes de beneficios mensuales, salarios y sobornos. Una vez leídas, las empujé a los pies de la cama y cogí mi diario.

Tenía pendiente el relato sobre gente feliz y amorosa ocupada en asuntos felices y amorosos. Una historia de amor. Una fábula. Intenté añadir algunas líneas al flujo de palabras que ya había compuesto. Releí el primer párrafo.

> En lo tocante a la verdad, existen dos tipos de amantes: los que encuentran el amor verdadero y los que encuentran el amor en la verdad. Cleon Winters jamás buscó la verdad en nada ni en nadie, porque no creía en ella. Pero después, cuando se enamoró de Shanassa, la verdad lo encontró a él y

todas las mentiras que se había contado a sí mismo se convirtieron en langostas, que se alimentaban de los campos de dudas. Cuando Shanassa lo besó, cayó en coma y permaneció seis meses inconsciente, sumido en un lago de pura verdad.

Insistí con el cuento un rato, pero los personajes comenzaron a mutar, siguiendo una morfología propia, y se convirtieron en personas conocidas: Karla, Concannon, Diva.

Las caras se desdibujaban, se me cerraban los ojos y cada vuelta a una línea exigía una ola de voluntad. Empecé a flotar en ese mar, entre caras reales e imaginadas.

El diario cayó al lado de la cama. Las hojas sueltas con anotaciones se esparcieron. El ventilador de techo desperdigó las páginas de mi cuento de amor y felicidad con las sinopsis criminales de Didier. Las suyas cayeron sobre las mías y las mías se unieron a las suyas, y el viento escribió el crimen como si fuera amor y el amor como si fuera un crimen mientras yo me dormía.

Las afirmaciones se sucederán constantemente, había asegurado Idriss, una y otra vez. Si así era, yo no las veía, ni siquiera en sueños. Idriss hablaba de asuntos espirituales, pero lo único que me venía a la cabeza, en términos espirituales, era la naturaleza. No había conectado con el campo tendencial de Idriss y, fuera, en la periferia del mundo, lo único que sentía como propio era Karla.

Había investigado cuanta religión había encontrado. Había aprendido oraciones en idiomas que no hablaba y rezado con creyentes siempre que me habían invitado a unirme a ellos. Pero siempre conectaba con la gente y la pureza de su fe en lugar de con el código religioso que seguían. A menudo tenía todo en común con ellos menos su Dios.

Idriss hablaba de lo Divino en el lenguaje de la ciencia y de la ciencia en el lenguaje de la fe. Yo le encontraba un sentido extraño, mientras que las lecciones de Khaderbhai sobre cosmología solo me habían dejado con buenas preguntas. Idriss era un viaje, como cualquier maestro, y yo quería ir aprendiendo sobre la marcha, pero la senda espiritual que atisbaba conducía siempre a bosques, donde la charla se detenía el tiempo suficiente para que los pájaros encontraran árboles, y océanos y ríos y desiertos. Y cada nuevo día esplendoroso, cada noche vivida y escrita, contenía en su interior un pequeño vacío imborrable de preguntas.

Me duché, tomé un café, recogí la habitación y bajé a por la moto, aparcada en el pasaje de debajo del edificio. Había quedado con Abdullah para desayunar. Quería verle y me daba miedo verle: me daba miedo que la amistad hubiera desaparecido de su mirada. De modo que conduje pensando en Diva Devnani, la niña rica del suburbio paupérrimo cuyo padre veía cómo la arena se le escurría entre los dedos. Me había propuesto llevarle algo de hierba de Kerala y una botella de ron de coco cuando pasara a visitarla.

Al aparcar la moto junto a la de Abdullah, en la acera de enfrente del restaurante Saurabh, levanté la vista despacio y de mala gana, pero los ojos que vi eran tan sinceros como siempre. Abdullah me abrazó y nos apretujamos en un banquito de una mesa que nos permitía a los dos ver la puerta.

-Te has convertido en tema de debate -dijo, mientras comíamos *masala dosas* y dumplings con salsa de mango-. DaSilva apostó a que no llegabas vivo a fin de mes.

-¿Alguien aceptó su apuesta?

-Claro que no -dijo Abdullah, entre bocados-. Le sacudí con una vara de bambú. Y la retiró.

-Qué seguridad.

-Lo que importa, de momento, es lo que diga Sanjay, y Sanjay te quiere con vida.

-¿Como los gatos quieren a los ratones?

-Más como un tigre a un ratón -replicó-. Piensa que los Escorpiones son gatos y que te odian más que DaSilva.

-Entonces, para Sanjay, ¿soy un blanco o una distracción práctica?

-Lo segundo. Aunque desde luego no cuenta con que sobrevivas mucho tiempo fuera de la Compañía. Pero le resultas útil.

-¿Cómo?

-Mientras sigas vivo, seguirás incordiando.

-Gracias.

-De nada. De hecho, creo que incluso muerto seguirías incordiando. Tienes un don excepcional.

-Gracias otra vez.

-De nada.

-Tampoco piensa que sobrevivas lo suficiente para montar un negocio.

-Lo sé. Pero si sobrevivo, pongamos que hasta pasado mañana, y quisiera montar algo, ¿qué me espera?

-Sanjay me aseguró que te permitiría trabajar como a los demás, pero por un porcentaje mayor.

-Y luego dicen que los capos mafiosos no tienen corazón. ¿Puedo falsificar pasaportes?

-Sanjay no cree que...

-... viva lo suficiente. Pero ¿y si sobrevivo?

-Te ha prohibido el acceso a la fábrica de pasaportes. Tu ayudante, Farzad, le pidió permiso en persona para seguir aprendiendo contigo.

Sanjay le contestó que no creía que...

-... viviera lo suficiente, ya, pero ¿no lo descartó?

-No. Le ordenó a Farzad que no contacte ni hable contigo.

-¿Y si compro equipamiento y me pongo a falsificar?

-No cree que...

-Abdullah -suspiré-, me da igual si Sanjay piensa que no sobreviviré al invierno. La única opinión que respeto sobre el tema es la mía. Dile a Sanjay, cuando tengas un minuto, que puede que un día de estos él mismo necesite un pasaporte de calidad. Y que si le parece bien, me gustaría empezar a falsificar. Se me da bien y soy un anarquista del crimen. A ver si lo convences, ¿de acuerdo?

-*Jarur*, hermano.

Me alegró que me llamara hermano, pero no sabía si aceptaba que hubiera desertado de la Compañía o si su desafección lo empujaba a mi bando, el de los renegados.

-¿Vas a hacerte cargo de todos los negocios de Didier? -preguntó.

-De todos no. Abandono las drogas. Que retome el negocio la Compañía, si quieren. Que se lo quede Amir. Y las chicas. Que se queden con todas las chicas de alterne que Didier tiene en el Sur de Bombay. He cancelado las deudas y liberado a todas las chicas. Andan por ahí, cada una a lo suyo. Pero supongo que la Compañía podría negociar con ellas para que volvieran al trabajo.

-Lo harán antes de que anochezca -replicó, haciendo retumbar las sílabas-. Así que sin chicas y sin drogas, ¿qué te queda exactamente?

-Todos los negocios de cambio de Didier. Suficiente para ocupar a quince de los revendedores de dinero negro de Fuente Flora al mercado de Colaba durante un mes. Si tira, será suficiente. Además me estoy especializando en relojes y tecnología. Todos los ganchos de la calle acuden a mí antes que al resto de compradores. Creo que funcionará.

-¿Relojes? -preguntó, frunciendo el ceño.

-Los relojes de colección pueden dar mucho dinero.

-¿Relojes, Lin? -insistió, casi enfadado-. Fuiste soldado de Khaderbhai.

-Ya no soy soldado, Abdullah. Soy un gángster, igual que tú.

-Eras uno de sus hijos. ¿Cómo puedes estar ahí sentado hablándome de relojes?

-De acuerdo -dije, tratando de quitarle importancia-. ¿Qué te parece si vamos en la moto a Nariman Point y nos sentamos allí a hablar de relojes?

Se levantó de la mesa, salió del restaurante y se subió a la moto. No pagaba la cuenta en ningún restaurante de Bombay Sur. Ningún gángster pagaba. Yo pagué, dejé propina para los camareros y salí tras él.

-Necesitamos conducir -dijo.

Lo seguí a la Universidad de Bombay, donde aparcamos y recorrimos a pie columnatas y callejones y entramos en los campos deportivos de Azad Maidan, detrás del campus y el resto de edificaciones.

Una verja de lanzas de hierro separaba la vasta extensión de los campos deportivos de la calle exterior, con un único punto de entrada, donde desembocaba un largo sendero que cruzaba los prados hasta la universidad. El invisible lago de luz solar teñía de oro equipamientos y superficies.

Todo era casi idéntico a los paseos que había dado a diario con otros hombres en prisión, caminando y charlando, caminando y charlando en círculos.

-¿Ha sido muy grave? -le pregunté-. Me han llegado rumores a la montaña. ¿Qué ha pasado con el incendio en la casa de los Escorpiones?

Frunció los labios. Había previsto que le preguntaría sobre la pelea en Colaba y el incendio que había matado a la enfermera de Vishnu. Yo sabía por qué había una enfermera en la casa. Me preguntaba si Abdullah o alguien de la Compañía estaría al corriente de la presencia de civiles en el domicilio. Yo no lo había sabido al llamar a la puerta y después no se lo había contado a Abdullah ni a nadie más.

Dejó escapar un largo suspiro por la nariz, con los labios apretados con fuerza.

-Confiaré en ti como si todavía fueras de la familia, Lin. No debería, pero tengo que hacerlo.

-Abdullah, sabes que me basta con que me lo cuentes a grandes rasgos. Si puedo evitarlo, prefiero no saber detalles íntimos de nada que no sea la intimidad. Y no rompas un juramento por mí, aunque te quiero por planteártelo, tío. Infórmame solo en general, para que sepa quién está disparando a quién.

-Fue Farid. Se lo desaconsejé. El fuego no discrimina. Yo quería discriminar y matarlos en persona. A todos, de una vez por todas. Sanjay decidió el incendio. Farid lo provocó y los Escorpiones se escaparon, pero la enfermera, que no debería haber estado allí, resultó muerta en el incendio.

-¿Y ahora dónde está Farid?

-Sigue aquí, pegado a Sanjay. Se niega a marcharse de la ciudad cuando sería lo más inteligente.

-Últimamente pasa mucho.

-¿Qué pasa?

-Nada. Hablo sin pensar. Los Escorpiones atacarán, Abdullah. Conozco a Vishnu. No es un cualquiera. Es listo y tiene ambiciones políticas. Lo que le proporciona aliados en lugares impensables. No subestimes su deseo de venganza.

-¿Qué quiere?

-A ti, en cierto modo. Ver a Sanjay muerto. Y a toda la Compañía con él. Y tiene algo con Pakistán.

-¿Pakistán?

-Pakistán -repetí-. Un país vecino, un pueblo amable, un idioma bonito, una música estupenda y policía secreta. Pakistán.

-Pinta mal -dijo con el ceño fruncido Abdullah-. Sanjay ha hecho muchos amigos en Pakistán. Fueron esos amigos los que mandaron a los guardias afganos para protegerlo.

Estábamos acercándonos a la curva de la verja. Había una pareja joven sentada en una manta en la hierba mullida y templada. Tenían delante varios libros abiertos. Una bandada de cuervos se movía a saltitos a su alrededor, disfrutando del sol matinal y buscando gusanos.

Abdullah se desvió para evitar a la pareja.

-Un momento -dije-. Los conozco.

Vinson y Rannveig levantaron la vista, sonrientes, cuando nos acercamos. Les presenté a Abdullah y me agaché a recoger uno de los libros. Se trataba de *El héroe de las mil caras* de Joseph Campbell.

-¿Quién te ha recomendado a Campbell?

-Lo estudiamos en la universidad -contestó Rannveig-. Le estoy dando un cursillo acelerado a Stuart.

-Me viene grande -admitió Vinson con una mueca y acariciándole las ondas de pelo rubio.

-Carlos Castañeda -dije, leyendo las cubiertas de otros libros-. Robert Pirsig, Emmett Grogan, Eldridge Cleaver y Buda. Una buena selección. Podrías añadir a Sócrates y Howard Zinn a la lista. No sabía que estudiabas en la universidad.

-Y no lo hago -se apresuró a desmentir Rannveig.

-Técnicamente el universitario soy yo -dijo Vinson-. Me matriculé hará casi dos años, pero me he saltado todas las clases. Aunque todavía conservo el carnet de la biblioteca.

-Bueno, pues feliz lectura, chicos -dije, dando media vuelta.

-Ha funcionado -dijo Rannveig-. La bandeja de comida.

Volví a girarme.

-¿Sí?

-Sí. Supongo que Glotón se habrá quedado satisfecho. Se ha ido. Gracias.

-¿De qué habláis? -preguntó Vinson, con la misma cara perpleja que un niño de diez años.

Una de las cosas que más me gustaban de Vinson era que tenía una cara tan despejada que no podía esconder lo que sentía. Cada idea o sentimiento que cruzaba su mente se le reflejaba en la cara. Él mismo se daba la réplica cómica.

-Ya te lo contaré -dijo Rannveig, despidiéndose.

-¿Esos también compran y venden relojes? -preguntó Abdullah

cuando retomamos la curva que bordeaba los campos hacia la entrada del campus.

-¿Otra vez con lo mismo?

Abdullah carraspeó. Hay gente que carraspea para mostrar desaprobación. Resulta que conozco a varios. Mi teoría es que vienen equipados con una pizquita extra de ADN de oso.

-Tengo tus armas -dijo de mala gana-. Dime dónde las quieres.

-Conozco a un tipo que me las guardará por un diez por ciento. Te daré la dirección. Gracias, Abdullah. Dime cuánto te debo.

-Las armas son un regalo -replicó, dolido.

-Lo siento, hermano. Por supuesto. Todo un detalle. Y hablando de armas, tengo una reunión con Vikrant, el tío de los cuchillos, en el muelle de Sassoon. ¿Puedo hacer algo por ti?

Nos aproximamos al pasaje abovedado que conducía del campus a la calle, pero me detuvo antes de que pudiera sumarme a la riada de estudiantes que lo cruzaba.

-Una cosa -empezó a decir Abdullah, pero volvió a apretar los labios y a respirar por la nariz ruidosamente-. Sanjay nos ha prohibido tratar contigo para nada que no sean asuntos de la Compañía.

-Comprendo.

-¿Comprendes lo que implica?

-Sí... supongo que sí.

-Significa que la próxima vez que nos veamos en público, Sanjay estará muerto.

-¿Qué?

-Ten fe y no temas -dijo, abrazándome con fuerza y sujetándome después con los brazos extendidos, firmes como jambas-. Te vigilan.

-Cierto.

-No. Me refiero a que he pagado para que te protejan una temporada -explicó pacientemente.

-¿Sí? ¿A quién?

-A los Asesinos de la Bici.

-¿Has pagado a unos maníacos homicidas para que me cuiden?

-Sí.

-Qué atento. Y qué caro. Los maníacos no salen baratos.

-Tienes razón. Cogí un poco de dinero del tesoro de Khaled para pagarlos.

-¿Y a Khaled qué le ha parecido?

-Está de acuerdo. Tengo la impresión de que la única manera de atraerlo de vuelta a Bombay y su verdadero destino es trasladar el tesoro de la montaña a la ciudad pieza a pieza.

-Bromeas, ¿verdad?

Me miró de arriba abajo, profundamente ofendido.

-Nunca bromeo.

-Sí que bromeas -me reí-. Solo que no lo sabes. Eres un tío divertido, Abdullah.

-¿Sí? -preguntó con una mueca.

-Has contratado a unos maníacos homicidas para protegerme. Eres un tipo bastante gracioso, Abdullah. Lisa siempre se reía contigo, ¿no te acuerdas?

Lisa.

Miró allende los campos, con los músculos de la mandíbula en tensión, aunque con la mirada serena. Los universitarios jugaban a críquet, a fútbol, se sentaban en grupos, hacían la rueda y bailaban porque sí.

Lisa.

-Eras su hermano *rakhi* -dije-. Me lo contó.

-Se avecinan grandes cambios -dijo Abdullah, mirándome a los ojos-. La próxima vez que me veas, quizá sea en mi funeral. Bésame como a un hermano y ruega a Alá que perdone mis pecados.

Me besó en la mejilla, susurró una despedida y se sumó con gesto grácil a la riada de estudiantes que circulaba bajo el arco.

Los campos, rodeados por la larga verja de hierro, parecían una vasta red verde, arrojada por el sol para atrapar a las mentes jóvenes y brillantes. Mi mirada buscó a Vinson y Rannveig en el rincón más alejado del parque, pero no los encontró.

Abdullah ya se había marchado cuando llegué a la moto. Era mediodía y no quería tener que explicar por qué lo habían visto conmigo. Me pregunté cuándo y cómo volveríamos a encontrarnos.

Me dirigí a la zona del muelle y la metalistería de Vikrant. Le enseñé al renombrado cuchillero las dos mitades de la espada que me había legado Khaderbhai.

El sistema de regateo de Vikrant consistía en comenzar por la solución más barata, convencerte y luego mostrarte el error fatídico de dicha opción. Lo que, por supuesto, conducía a la siguiente solución barata, la siguiente venta agresiva y el siguiente error fatídico, y la siguiente opción y el siguiente error.

A lo largo de los años había intentado que Vikrant saltara directamente a la solución carísima sin posibles fallos, pero por desgracia no había manera.

-¿Tenemos que volver a pasar por todas las opciones, Vikrant? ¿No podrías ofrecerme la solución de lujo de entrada? De verdad que no me importa un carajo lo que cueste. Y es un incordio, tío.

-Como todo en la vida -repuso el cuchillero-, puede ser un incordio bueno o un incordio malo.

-¿Ah, sí?

-Desde luego. Yo, por ejemplo, soy un incordio profesional. Va con el oficio. Pero tú incordias sin razón.

-No, no incordio.

-Ahora mismo, mientras hablamos, estás incordiándome.

-Que te den, Vikrant. ¿Vas a arreglarme la espada o no?

Estudió el arma un rato, tratando de no sonreír.

-La arreglaré. Pero solo puedo arreglarla a mi manera. La empuñadura tiene un fallo sin solución. Una opción de tercera.

-Bien. Adelante.

-No -replicó, sosteniendo la espada sobre las palmas de las manos-. Tienes que entender lo que te digo. Si la reparo a mi manera, no volverá a partirse jamás y será compañera del Tiempo, pero no será la misma espada que los antepasados de Khaderbhai blandieron en la batalla. Parecerá diferente y será diferente. Su alma será distinta.

-Comprendo.

-¿Quieres proteger la historia -preguntó, permitiéndose una sonrisa-, o quieres que la historia te proteja?

-Muy gracioso, Vikrant. Quiero que la espada dure. Es como un fideicomiso, y no tengo la seguridad de que el siguiente que la herede la arregle si vuelve a partirse. Así que, la opción de lujo, Vikrant. Que dure para siempre, y lávale la cara, pero mantenlo en secreto hasta que termines, ¿de acuerdo? Me entristece.

-¿La espada o el fideicomiso?

-Las dos cosas.

-*Thik*, Shantaram.

-Vale. Y gracias por el mensaje sobre Lisa que mandaste a través de Didier. Lo aprecio mucho.

-Era una chica encantadora -dijo suspirando, y se despidió-. Ahora está en un lugar mejor.

-Un lugar mejor -repetí sonriendo, y pensando en lo raro que es que pensemos en una vida mejor que la que tenemos.

Evité lugares mejores y dediqué todo el día y la noche a las rondas de las compraventas de moneda, desde la Fuente Flora hasta Nariman Point y los manglares de la bahía de Colaba.

Escuché a los gángsters murmurarse información por toda la franja del litoral, anoté los cálculos y las cuentas de todos los agentes de cambio, los contrasté con las anotaciones de Didier, descubrí quiénes eran los depredadores principales, qué restaurantes nos favorecían y cuáles nos rechazaban, con qué frecuencia pedían dinero los policías, en qué hombres podía confiar, qué chicas no eran de fiar, qué tiendas eran tapaderas de otros negocios y cuánto costaba el metro cuadrado del paseo del mercado negro en la costa de Colaba.

Delinquir sale rentable, por supuesto, si no nadie lo haría. Delinquir

suele dar beneficios más rápidos, si no mayores, que Wall Street. Pero en Wall Street hay pasma. Y la pasma era mi última parada antes de visitar el suburbio para ver a Diva y Naveen.

Rayo Dilip me señaló una silla en cuanto entré en su despacho.

-No te sientes en la puta silla -dijo-. ¿Qué coño quieres?

Me miraba de arriba abajo, rememorando la última paliza que me había dado, confiando en que cojeara.

-Rayo-*ji* -empecé, educadamente-. Solo quería saber si todavía puedo sobornarte ahora que trabajo por mi cuenta o si tengo que presentarme al subinspector Patil. Esperaba seguir contigo, porque el subinspector es un plasta. Pero si se lo dices, lo negaré.

Los agentes se rieron. Rayo Dilip los fulminó con la mirada.

-Arrojad a este hijo de puta al calabozo de abajo -ordenó a los polis que holgazaneaban en el umbral-. Y pateadle la cabeza a izquierda y derecha.

Dejaron de reír y vinieron hacia mí.

-Era broma -se rió Rayo, levantando una mano para detener a sus hombres-. Es coña.

Los polis se rieron. Yo también. A su modo, tenía gracia.

-Cinco por ciento -ofrecí.

-Siete y medio -contraofertó Rayo-. Y en tu próxima visita al calabozo, te pondré una silla para sentarte.

Los polis se rieron. Yo también, porque le habría dado el diez por ciento.

-Hecho. Negocias duro, Rayo-*ji*. No te has casado con una marwari en balde.

Los marwaris son un pueblo de comerciantes del Rajastán, en el norte de la India. Tienen reputación de hábiles negociantes y de ser unos linces cerrando tratos. La esposa marwari de Rayo Dilip tenía fama de gastar el dinero más rápido de lo que Rayo conseguía sacárselo a golpes a sus víctimas.

Rayo me miró, saboreando sin placer la mención a su mujer. Arrugó los labios. Todo sádico esconde a otro sádico. Cuando descubres

quién es, basta con mentarlo.

-¡Largo!

-Gracias, sargento-*ji* -dije.

Pasé junto a los polis que me habían esposado y pateado hacía unas semanas. Me sonrieron y se despidieron con un gesto amable de la cabeza. A su modo, también tuvo gracia.

Aparqué fuera del suburbio y me dirigí a pie a casa de Johnny. No estaba, así que fui a las chabolas contiguas de Naveen y Diva. Como de costumbre, los oí antes de verlos.

-¿Sabes lo que tiene que hacer aquí una mujer para cagar? -preguntó Diva, cuando llegué al pequeño espacio despejado frente a su chabola.

-Vaya, qué conversación tan larga -dije-. ¿No estabas hablando de lo mismo la última vez que te vi?

-¿Conoces al señor Kharab Dhandha, Shantaram? -me preguntó, empleando el término para aludir a «asuntos sucios».

-Sí. Yo antes vivía aquí. Y no está bien.

-Exacto, no está bien -dijo Diva, volviéndose para pinchar a Naveen en el pecho con el dedo-. Una mujer no puede cagar de día, por ejemplo.

Había varias personas en el grupo. Naveen y Didier estaban de pie frente a la choza del primero. Diva estaba con la mujer de Johnny, Sita, y tres chicas de las casas de alrededor.

-Yo... -empezó a decir Naveen.

-Imagina que alguien te dijera que no puedes cagar en todo el día porque eres un hombre y podrían verte cagando. Fliparías, ¿no?

-Yo...

-Bueno, pues es lo que nos dicen a nosotras por ser mujeres. Y cuando nos permiten cagar, cuando se pone el sol, tenemos que trepar esquivando rocas y cagar en cualquier agujero de mierda a oscuras, joder, porque si llevásemos linterna, ¡alguien podría vernos!

-Yo...

-Y aprovechan la oscuridad para acosarnos. Hay tíos locos rondando por ahí. Tíos a los que no les importa que ese sitio esté cubierto de mierda. Tíos que de hecho lo prefieren. No bromeo y no pienso aguantarlo. Ya he esperado a que anocheciera para cagar y no pienso hacerlo otra vez. Me largo de aquí, ¡esta noche! Me voy.

Naveen estaba considerando la posibilidad de insistir con el «Yo...». Miró a Didier. Didier me miró. Yo miré al fascinante nudo del borde de

un poste de bambú de la estructura.

Oímos un alboroto y Johnny llegó corriendo por una de las callejas estrechas que servían de atajos.

Al vernos se detuvo. Con la boca abierta. Y las manos delante como si sostuviera una rama.

-¿Qué ocurre, Johnny? -preguntó Sita, en maratí.

-No... no puedo...

-Johnny, ¿qué pasa? -pregunté.

Johnny estaba tenso, como listo para salir huyendo. Tenía la expresión descompuesta. Sita se le acercó y se lo llevó. Al minuto, la mujer regresó y nos llamó a Naveen y a mí.

Didier y las chicas se quedaron con Diva.

-¿Qué cojones pasa? -preguntó Diva-. ¡Que me voy! ¡Eh! ¿Es que ya se os ha olvidado?

Johnny estaba sentado en una butaca de plástico bebiendo de una botella de agua helada.

-Están todos muertos -dijo.

-¿Quién está muerto? -preguntó Naveen.

-El padre de Aanu, o sea, el padre de Diva y el resto de la casa. Todos. Hasta los jardineros. Hasta las mascotas. Ha sido una masacre.

-¿Cuándo ha pasado?

-Ahora mismo -respondió Johnny sin aliento-. ¿Cómo se lo vamos a decir a la chica, Lin? Yo no puedo. No puedo.

-¿Has contrastado el rumor?

-Sí, Naveen, pues claro que lo he contrastado. La policía y la prensa están enloqueciendo. Pronto lo dirán en las noticias y la pobre chica se enterará de todos modos. ¿Esperamos? ¿Qué vamos a hacer?

-Enciende la radio, Johnny -pedí.

Sita sintonizó el canal de noticias locales.

La boca de la radio escupía palabras feas como «carnicería» y «masacre». Mukesh Devnani y siete miembros del servicio habían sido asesinados. Las mascotas habían sido asesinadas. No se había salvado nada ni nadie.

Era posible que Divya Devnani, repetían una y otra vez las palabras, única heredera de la fortuna Devnani, también hubiera fallecido en la masacre, la carnicería, la matanza.

-No podemos dejar que se entere por la radio -dije-. Tenemos que contárselo.

-Yo me encargo -dijo Naveen, con la mirada enternecida.

-Bien -dije-. No será fácil, pero debes decírselo tú. Pero aquí no. Bajemos hasta las rocas, junto al mar. Conozco un sitio muy tranquilo.

Diva no protestó mientras cruzábamos el suburbio, pero en cuanto pisamos las piedras negras de la costa, intentó regresar sobre sus pasos. Creo que intuyó que las malas noticias habían encontrado un lugar donde manifestarse.

Naveen la abrazó y se lo contó. Diva se soltó y dio unos cuantos pasos inseguros por la playa pedregosa para luego alejarse a trompicones.

Naveen la siguió de cerca, cogiéndola cada vez que sus pies descalzos resbalaban entre las rocas.

Diva se tambaleaba aturdida, cegada, moviendo las piernas instintivamente para huir del sufrimiento y el miedo.

Lo había visto antes, durante unos disturbios en la prisión: había visto a un hombre tan asustado que chocaba una y otra vez contra un muro de piedra, confiando siempre en que habría una puerta. La mente de Diva estaba en otra parte, buscando el mundo que acababa de desvanecerse.

Sin que ella se percatara, Naveen la guió en una curva abierta de vuelta conmigo. Luego Diva se sentó plácidamente en una roca desgastada y, muy lentamente, fue volviendo en sí. Cuando volvió, rompió a llorar desconsoladamente.

La dejé con Naveen, que la quería, y regresé a las barracas para ayudar a Sita y las chicas. Sita se había marchado, pero me encontré con Karla y los George del Zodíaco.

Miré a Didier. El escondite de Diva en el suburbio era secreto.

-He considerado conveniente recabar refuerzos -dijo Didier-. En particular porque todos pasaremos aquí la noche con ella, en esta... este centro comunitario, ¿verdad?

Karla me saludó con un beso.

-¿Cómo está Diva?

-Ha sido un mazazo -dije-, pero ha vuelto en sí. Es una chica fuerte. Es bueno que hayas venido. Diva está con Naveen en la playa. Yo los dejaría un rato a solas. Está destrozada y Naveen conocía a su padre.

-Didier es demasiado caballeroso para guardar un secreto -dijo Didier- y dejar a Diva sin amigos en una noche aciaga como esta.

-Y Didier les tiene demasiado miedo a los fantasmas -añadió Karlapara pasar la noche aquí solo.

-¿Fantasmas?

-Evidentemente -dijo Didier-, este lugar está encantado. Noto presencias.

-Tanto dan los motivos, me alegro de que hayáis venido.

-Hacía tiempo que no venía -dijo Karla, mirando a las chabolas de alrededor-. ¿Alguna atracción especial? ¿Cólera, fiebre tifoidea?

Unos años antes, cuando vivía en el suburbio, se había declarado un brote de cólera. Karla había venido a ayudarme a combatirlo. Había soportado las ratas, había cuidado de los desvalidos y se había arrodillado a limpiar diarrea de los suelos de tierra.

-Imagino que parecerá una locura, pero la época que pasamos aquí juntos es uno de mis recuerdos más felices.

-También para mí -dijo, echando otro vistazo alrededor-. Y tienes razón. Es una locura. ¿Qué están haciendo las chicas en casa de Diva?

-Están arreglándola. Para ver si le levantan un poco el ánimo, creo.

-Lo que es seguro es que, esta noche, en esta ciudad se levantarán hasta los muertos.

-Un asunto terrible -añadió Escorpio, reuniéndose con nosotros.

-Pobrecita -dijo Géminis-. Hemos reservado su suite del Mahesh. Si la quiere, ahí la tiene.

-No digáis a nadie que está aquí -pedí-. Johnny y el resto corren un gran riesgo. Que nadie sepa dónde está Diva. ¿Entendido?

-Por supuesto -respondió Géminis.

-Sí... -contestó dubitativo Escorpio-. A menos que...

-A menos que ¿qué?

-Que me obliguen a hablar.

-¿Qué insinúas?

-Bueno, imagina que empezaran a pegarme para obligarme a hablar, entonces lo contaría. Así que solo puedo prometer confidencialidad hasta que me inflijan daño físico.

Miré a Géminis.

-Es una de las normas de Escorpio -explicó, encogiéndose de hombros.

-Una buena norma -remachó Escorpio-. Si todo el mundo lo escupiera todo al primer atisbo de violencia, no existiría la tortura.

-Un mundo de chivatos -apuntó Karla-. No parece mala idea, Scorp.

Se nos acercó un hombre por el callejón en una bicicleta cargada de paquetes.

-¡Ah! -exclamó Didier-. ¡Ayuda humanitaria!

El hombre descargó un colchón de espuma, una maleta, una mesa plegable, cuatro taburetes de lona plegables y dos sacos de licor de la bicicleta. Miré el licor.

-Es para Diva -explicó Didier, viendo que lo miraba contar las botellas-. De todas las noches de su vida, seguro que esta necesita emborracharse.

-El alcohol no es la respuesta para todo, Didier.

Diva apareció de pronto de entre la penumbra.

-Necesito emborracharme -dijo.

Didier me miró como diciendo «Te lo dije».

-¿Me...? Desconocidos nuevos amigos -dijo Diva-, porque en realidad no sois mis amigos, mis amigos no están y quizá no vuelva a verlos nunca, como a mi madre, ¿me ayudaréis a emborracharme, me limpiaréis cuando vomite y me acostaréis cuando ya no sepa ni dónde estoy?

Siguió una pausa.

-¡Por supuesto! -contestó Didier-. Ven aquí, tesoro. Ven con Didier y lloraremos juntos con una cerveza y escupiremos a los ojos del Destino.

Diva lloró, por supuesto. Despotricó, gesticuló, gritó, se paseó por la pequeña chabola, tropezó con las mantas de retales e invitó a las chicas a bailar con ella.

Cuando los aullidos y las palmadas que acompañaban a la música alcanzaron su cenit, Diva empezó a caer. Naveen la cogió y la llevó a la cama de mantas; los brazos de Diva colgaban a los lados como alas rotas. Poco a poco dobló las rodillas hasta pegarlas al corazón y se durmió.

De guardia en la siguiente chabola, Didier jugó al póquer con Naveen y los George del Zodíaco. No fue una partida entretenida: Escorpio no pillaba una, Didier y Géminis no jugaban una mano honrada y Naveen solo pensaba en la chica que dormía en la chabola de al lado.

Me asomé a ver cómo estaba Diva. Varias vecinas dormían con ella para hacerle compañía. Una chica de dieciocho años llamada Anju abrazaba a la celebridad por los hombros. Otra le había pasado el brazo por encima de la barriga. Otras tres se acurrucaban cerca de ella. A sus pies, dormía el hermano pequeño de alguien.

Bajé la mecha de la lámpara de queroseno para que no se apagara y encendí un palito de sándalo y una espiral antimosquitos en la misma llama. Deposité la espiral y el incienso encima del armario metálico y cerré la puerta de fino contrachapado y bisagras de soga.

Regresé por estrechos callejones de confianza dormida hasta las rocas y el mar, tan negro como el cielo. Me quedé mirando y escuchando. En aquel lugar Diva había descubierto, y había comprendido, que lo había perdido todo.

Cuando me subí a lo alto del muro de la prisión, entre dos torres de

vigilancia, estaba tranquilo. Todo el miedo desapareció porque sabía que, si los guardias me disparaban, caería del lado correcto.

Cuando descendí por el cable eléctrico hacia la libertad y eché a correr, la tranquilidad me abandonó y de pronto entendí todo lo que había perdido con una brutalidad tal que las manos me temblaron durante semanas.

Pero yo había elegido el exilio y a Diva se lo habían impuesto. Era demasiado cruel: habían asesinado a su padre y a todos los demás. Es la clase de exceso que acaba con el superviviente. Confiaba en que la joven celebridad, escondida en el mundo real, tuviera amigos que impidieran su caída cuando regresara al mundo irreal.

Oí un ruido y al volverme vi a Karla, de pie en un afloramiento rocoso al borde del suburbio. Había venido a buscarme.

Me saludó, y una ola descarriada rompió contra las rocas a mi lado. Riachuelos blancos corrieron por las piedras negras de la playa. Una segunda ola engalanó las piedras de espuma mientras yo subía de regreso a la luz y al amor, roca a roca.

Me detuve con Karla en la cima, y durante un rato contemplamos cómo el mar rebosaba en la playa del dolor de Diva.

Volvimos caminando entre los zumbidos y murmullos de las barracas dormidas: padres que dormían fuera para dejar más sitio a la familia, bañados por la delicada luz plateada de la luna.

Y hablamos en voz baja con Didier, los George y Naveen en la choza vecina a la de Diva, porque todos queríamos estar cerca por si se despertaba.

El Bombay de Diva nunca volvería a ser el mismo: algunas de las personas que conocía de antes de la tragedia se convertirían en amigos de verdad y otras se volverían desconocidos en el paraíso mediático. En cualquier caso, cuando regresara a su destino, todo habría cambiado.

Naveen era de Bombay y quizá lo entendiera mejor que ninguno de nosotros. Pero en nuestros corazones exiliados, considerábamos a la Ciudad Isleña nuestro hogar. Y esperamos juntos, la noche de vigilia, hasta que el amanecer escarlata ayudó a la nueva exiliada a despertarse y dirigirse a duras penas a la playa.

NOVENA PARTE

La calma que siguió a la tormenta de la muerte de Lisa y la matanza en la finca Devnani se prolongó durante varias semanas atareadas pero pacíficas. Me gustó. Había tenido suficientes tormentas para un año entero.

Diva se metió en su papel de chica del suburbio y el suburbio en su papel de anfitrión de Diva. Ninguno de los dos tenía otra opción: las chicas del suburbio habían quedado fascinadas por Diva y habían organizado una guardia de honor permanente y los asesinos de su padre todavía no habían sido identificados, por lo que Diva permaneció en el lugar más seguro de la ciudad.

La prensa seguía publicando noticias sobre la matanza y la heredera desaparecida. Un juez nombró a un director ejecutivo para administrar el grupo de empresas propiedad del padre de Diva que colaboraría con las diversas juntas directivas hasta que se localizara a la heredera.

En el suburbio vivían veinticinco mil personas, y la mayoría sabían quién era Diva. Nadie avisó a ningún reportero ni intentó cobrar la recompensa. La protegía el suburbio en pleno y, en aquella avalancha de chozas y pasajes de la anchura de un hombre, era Aanu, una más. Estaba a salvo de matones armados con pistolas o fechas límite de revistas.

Los George dirigían una fiesta semipermanente y una partida de póquer totalmente permanente en la planta superior del hotel Mahesh. Famosos que habían subido las ventanillas en los semáforos cuando los George eran tristes elementos del mobiliario urbano ahora pasaban más tiempo en las fiestas del ático que con el terapeuta.

Cuando el teniente de alcalde hizo saltar la banca, declaró la timba un recreo municipal y quedó exenta de las leyes contra el juego. Cuando el encargado de recaudar los impuestos ganó una cantidad similar, la timba quedó registrada como organización benéfica. Y cuando la joven aspirante a estrella más guapa de Bollywood ganó seis manos seguidas y limpió a todos menos a la banca, le puso tanta sensualidad al juego que un actor de Bollywood tras otro intentó, en vano, restablecer el orgullo masculino batiendo su récord.

Didier, por su parte, se concentró con una diligencia pasmosa en Amores Perdidos. Madrugaba, cosa tan impresionante que la primera vez que lo vi despierto y activo a las ocho de la mañana salté del susto. Didier siempre había sostenido que bastaba una hora de luz

solar diaria y que justo la que antecede a la puesta de sol era la única que merecía la pena.

Al principio, la versión matinal de la persona nocturna que yo conocía me extrañó. Era puntual. Trabajaba. Incluso contaba chistes.

-¿Sabes? -dijo Naveen, a las pocas semanas de inaugurar la agencia-, me alegro mucho de que me presentaras a Didier. Se mata a trabajar.

-Quizá. No sé.

-Te puede la nostalgia.

-No es nostalgia si el pasado fue mejor. No quiero que a Didier le dé la vena empresarial.

Al nuevo Didier le dio la vena empresarial y se puso a investigar en serio, el negocio funcionaba con rapidez y eficiencia. La Agencia Amores Perdidos pagó un anuncio en el diario de Ranjit más importante de la ciudad, ofreciendo una recompensa por cualquier información acerca del paradero de Ranjit, propietario de Ranjit Media, un Amor Perdido.

No condujo a nuevas pistas, pero consiguió que toda la ciudad hablara de Amores Perdidos y atrajo a más de media docena de clientes, cada uno con una carpeta con fotos y una denuncia de desaparición de un ser querido en la mano. Y cuando dos de tales seres queridos fueron localizados en otras tantas semanas, gracias a los contactos callejeros de Didier y las dotes deductivas de Naveen, la agencia captó nuevos clientes, todos dispuestos a pagar por adelantado.

Karla tenía razón, por supuesto: un mercado es una necesidad que se autosatisface. Los amores perdidos, olvidados o abandonados por los sobrepasados departamentos policiales, son un dolor constante en el corazón, también para los policías, y una necesidad que exige satisfacción. La agencia lo hacía bien: encontraba a los amores perdidos y los reunía con los corazones que no habían cejado en la búsqueda.

Vinson y Rannveig se dejaban caer de vez en cuando por las fiestas de George Géminis. Vinson era feliz, pero no se separaba de Rannveig a menos que ella se lo mandara o le pidiera que esperase en otra parte.

La chica de los ojos azules como el hielo parecía haber aceptado la muerte de su novio. No volvió a mencionármelo. Pero aunque tal vez

un río de aceptación había alejado al fantasma, su sombra seguía nublándole el rostro. Daba la impresión de que la indefinición teñía cualquier cambio de expresión o ademán de Rannveig.

No obstante, se la veía sana y bien. Y se había acostumbrado a vestir como Karla, con un fino *salwar kameez* sobre mallas de algodón. La favorecía, como el pelo recogido en una cola de caballo. Y cuando sonreía alegremente y sin pensar, como hacía de vez en cuando, las hojas de la duda se apartaban y por el hueco se atisbaba un cielo luminoso.

Ante la misteriosa ausencia de Ranjit, el propietario, Kavita Singh fue ascendida de periodista bandera a subdirectora del periódico insignia del grupo. El hecho de que Karla ostentara un voto por representación decisivo en Ranjit Media influyó. El hecho de que las columnas de Kavita fueran las más leídas de la ciudad decidió.

Tras una quincena dirigido por la mano creativa de Kavita, el periódico dio un giro, ni a la derecha ni a la izquierda, sino directo a otra cosa. Se impuso el optimismo. Bombay era un lugar estupendo para vivir, un sitio emocionante. «Basta de compararnos con otros lugares -escribió Kavita en su primer editorial-. Abran los ojos y contemplen la maravilla de este gigantesco experimento social en el que viven, vean cómo el amor de verdad lo mantiene vivo.»

A la gente le encantó. A veces, los nativos de un lugar necesitan que alguien les muestre su belleza, y el editorial de Kavita prendió una llama en los corazones de los habitantes de Bombay; una llama de orgullo que ninguno era consciente de llevar dentro hasta que Kavita la encendió. La tirada del periódico creció un nueve por ciento. Kavita triunfó.

Karla se rió feliz y con ganas cuando la campaña de orgullo cívico devino una tendencia que derivó en una cascada de actividades sociales a lo largo y ancho de la ciudad. No le pregunté por qué y no me lo contó.

Se mudó a la suite contigua y la transformó en una semana de supresiones y repartos. Las tres estancias, salón, dormitorio y vestuario, como las mías, se convirtieron en una tienda beduina.

Olas de muselina blanca y celeste enganchadas de las lámparas cenitales del centro de cada habitación disimulaban los techos. Retiró las luces y las sustituyó por viejos faroles de tren.

Sacó todos los muebles de las habitaciones, menos la cama y un

escritorio del salón. Compró la mesa de la tienda de instrumentos de abajo y le serró las patas para poder sentarse de piernas cruzadas en medio del suelo.

Forró cada centímetro de linóleo del suelo, incluso en el baño, con alfombras iraníes y turcas. Se acumulaban unas sobre otras como si estuvieran exhaustas, peleándose por conseguir un lugar privilegiado a los pies de Karla.

El balcón que daba a Metro Junction y conectaba con el mío quedó envuelto en saris de seda roja, que mitigaban el calor diario formando frescas hoyas y franjas carmesíes.

No dormíamos juntos, pero estuvo bien. De hecho, estaba en el cielo: fueron los días más felices desde que, nueve años atrás, yo arrojara mi vida por la alcantarilla de la vergüenza.

La libertad y la felicidad y la justicia e incluso el amor forman parte de un único todo: la paz interior. La primera vez que amedrenté a alguien para conseguir dinero para drogas, crucé una línea que había marcado en la tierra de mi vida. Pero se me cayó la pala de la mano cuando Karla se mudó al hotel Amritsar y, durante una temporada, dejé de cavar tumbas de vergüenza. Desayunábamos, almorzábamos y cenábamos juntos casi a diario. Trabajábamos cada uno por su lado, pero compartíamos cada minuto disponible.

Cuando estábamos ociosos, recorríamos la Ciudad Isleña en moto. Cuando le apetecía, Karla conducía el coche mientras Randall se bebía un refresco en el asiento trasero. Vimos un par de películas, visitamos a los amigos y asistimos a algunas fiestas.

Pero cada noche que pasamos juntos, todas las noches que pasamos juntos, Karla regresó a dormir sola en la tienda beduina y cerró todos los cerrojos que le había instalado en la puerta.

Estaba volviéndome loco, por supuesto, pero en el mejor sentido. La gente discrepa sobre estas cosas, pero para mí lo que cuenta no es cuánto tienes que esperar algo, sino la calidad de la espera. Y las horas diarias a solas con Karla eran una espera de calidad.

En ocasiones, con tanta espera de calidad, muy de vez en cuando, me descubría planteándome abrir una nueva ventana de ventilación en la pared de la habitación. Y a veces, saberme a solo unos metros de ella detrás de un tabique, noche tras noche, tensaba considerablemente la cuerda de la guitarra. Eso sí, siempre estaba el mercado negro para retorcerla un poco más.

«El crimen es un demonio -había afirmado una vez Didier-, y la adrenalina su droga favorita.» Todo crimen, incluso un delito menor como el cambio de dinero en el mercado negro, genera cierta adrenalina. Las personas con las que tratas son, como mínimo, un poco peligrosas, los polis son algo más que un poco peligrosos, y cada delito tiene su especie depredadora y su presa.

Por aquellos años en Bombay Sur cambiar dinero en el mercado negro era prácticamente legal, se hacía en uno de cada dos estancos de Colaba. En Bombay Sur había doscientos diez estancos, todos ellos con licencia municipal o de la Sanjay Company. Yo dirigía catorce de ellos, que había comprado a Didier, con el beneplácito de la Compañía. Normalmente era un comercio seguro, pero los criminales, por definición, son de una violencia impredecible.

Nunca me llevaba a Karla a hacer las rondas. Tocaba una ronda de visitas entre el desayuno y el almuerzo, otra después de almorzar y, al final del día, una última inspección antes de acostarme. El jefe tenía que dejarse ver.

Dirigir una franquicia criminal requiere un grado sofisticado de cooperación, normalmente comprada, y con normas y funciones definidas claramente. Yo aportaba el dinero y la astucia. La Sanjay Company definía las funciones y aplicaba las normas.

Pero todo cambista del mercado negro callejero tiene su orgullo. La rebelión, motivada por la frustración o el miedo, siempre es posible. La deserción de solo uno de mis agentes conllevaría un rápido castigo por parte de Sanjay, pero también afectaría a la franquicia. Mi trabajo consistía en imposibilitar tales alzamientos dominando a los agentes a fuerza de miedo y amistad.

El crimen es feudal y, una vez que entiendes este detalle, comprendes casi todo el resto. La Sanjay Company era el castillo de la colina, con un foso poblado por gángsters cocodrilos, y Sanjay su señor feudal. Si quería una chica, la cogía. Si quería a alguien muerto, lo mataba.

Haber comprado una franquicia en el bazar me convertía en una especie de barón y hacía de los tenderos mis siervos. Los siervos no tenían más derechos que los que les concedía la Compañía.

El crimen es una metrópoli medieval que vive en paralelo a la ciudad reluciente, con monarquía absoluta y ejecuciones públicas. Y, en cuanto barón que iba de siervo en siervo a lomos de mi caballo de acero, tenía derecho a imponer mi autoridad.

La primera aptitud que exige dirigir una franquicia criminal es proyectar un aire de derecho incuestionable. Si no te lo crees, nadie de la calle se lo creerá. Eres demasiado listo. Tienes que estar convencido de ello, de tal manera que a nadie se le ocurra retarte.

Lo cual en Bombay se traduce en muchos gritos y alguna que otra bofetada, normalmente por trivialidades, hasta que se despeja el ambiente y tu voz es la única que todavía se oye.

Después, es cuestión de observar. Este masca *paan*, ese lo detesta, aquel escucha música sacra en un altavoz con forma de King Kong. A este tío le gustan los chicos, a ese las chicas, a aquel le gustan demasiado las chicas, este otro se basta solo y ese se acoquina hasta que llegan refuerzos, este bebe, piensa, fuma, se atraganta, espía, habla, camina, y este otro es el único que te plantará cara hasta el último navajazo.

-¿Te has enterado de lo que le ha pasado a Abhijeet? -preguntó Francis, mi cambista del Regal Circle, en cuanto aparqué a su lado.

-Sí.

Abhijeet era un niño de la calle que se trabajaba a los turistas del paseo marítimo. Había intentado pasarse un control policial en una moto robada. Se había estampado contra la pilastra de un puente de piedra y el puente no había cedido.

-Puñetero mocoso -se quejó Francis, entregándome la recaudación-. Pienso más en él ahora que está muerto que cuando estaba vivo. Y cuando estaba vivo era el mocoso más molesto del mundo.

-Te está molestando tanto que te descuentas, Francis -dije, contando el dinero que me había entregado.

-¿Cómo, *baba*? -dijo, alzando la voz para que lo oyeran los cambistas de alrededor.

Miré a las caras del resto de la calle.

-No lo hagas, Francis.

-No estoy haciendo nada, *baba* -gritó-. Me acusas de...

Lo agarré del cuello de la camisa y lo arrastré a un callejón unos pasos más allá.

-¡La tienda!

-Que se joda.

Lo empujé al callejón.

-Venga.

-Venga ¿qué?

-Me has engañado delante de tus amigos. Ahora que estamos a solas, puedes decirme la verdad. ¿Dónde está el dinero?

-*Baba*...

Le di una bofetada.

-Yo no...

Le di otra más fuerte.

-En la camisa -dijo-. El dinero está en la camisa.

Llevaba un montón de dinero en la camisa. Cogí la cantidad que me había timado y dejé el resto.

-Me da igual de dónde saques el dinero, Francis, siempre y cuando no me lo robes. Y no vuelvas a montar el número delante de los amigos. Lo comprendes, ¿verdad?

El poder en crudo es feo: es tan feo que asusta a los carroñeros. Y, a veces, mantener a raya a los delincuentes callejeros también es feo. Tienen que saber que la reacción siempre será rápida y violenta y tienen que temerla. Si no, se vuelven contra ti y corre la sangre.

Seguí con la ronda hasta que reuní suficientes divisas para llamar a la puerta del banco del mercado negro de Ballard Pier.

Los banqueros del mercado negro no son criminales: son civiles que delinquen. Como no se pasan de la raya, no se arriesgan a ir a prisión. Llevan una vida discreta, cuando por su riqueza podrían destacar sobre el resto, porque les importa más el dinero. Y son escrupulosamente apolíticos: guardan el dinero negro de cualquier partido, en el poder o en la oposición.

La Sanjay Company utilizaba el banco negro de Ballard Pier, igual que los Escorpiones. Pero un montón de polis guardaban allí la pasta, así como algunos peces gordos del ejército y, por supuesto, los políticos. El banco acogía dinero de la construcción, la industria alimentaria, el

petróleo y los fondos reservados. Por una u otra razón, era el banco mejor protegido de la ciudad.

A cambio, el banco cuidaba de sus clientes. Cada vez que uno metía la pata, el banco solventaba el embrollo cobrando una comisión. Identificaba el escándalo, lo metía en un saco y lo guardaba en la cámara acorazada. Se decía que el banco negro de Ballard Pier custodiaba más porquería que oro sin declarar.

En la ciudad todo el mundo tenía algo que ganar de la mano invisible del banco y algo que perder si esta se cerraba en un puño. Hinchado de secretos y dinero negro, era un banco tan corrupto que no podía quebrar.

Para los pequeños delincuentes como yo, con acceso a una ventanilla de una pequeña sucursal, era la forma de entregar dólares estadounidenses y otras divisas, obtener el equivalente en rupias en negro y dejar que el banco remitiera el dinero extranjero al sindicato de compradores de Bombay Sur.

Nadie, salvo socios que se jugaban demasiado, sabía quiénes eran los compradores. Algunos decían que el sindicato lo habían organizado un puñado de productores y actores. Otro rumor afirmaba que había sido un sector de la logia masónica de Bombay.

Quienesquiera que fueran, eran listos. Controlaban el ochenta por ciento de los dólares en negro del sur, ganaban más que ningún otro eslabón de la cadena y jamás se arriesgaban a acabar entre rejas.

Mi pequeño negocio, tras deducir costes, reportaba veinte mil rupias mensuales de las operaciones de cambio. De haber vivido todavía en el suburbio, me habría convertido en rey. En la calle, aquello era calderilla.

En cuanto el crimen comienza a generar beneficios, rápidamente descubres que la clave para la supervivencia no radica en ganar dinero, sino en conservarlo. Cada rupia en negro que ganas atrae a cien manos que quieren quitártela. Y no puedes llamar a la poli, porque a menudo son los polis quienes te la roban.

Y cuando el dinero lo ganas en fajos, y no ardes en deseos de gastártelo porque eres un tío al que le van más los días lluviosos, pocas decisiones importan más que dónde decidas guardarlo.

La primera norma es no meterlo todo en el mismo sitio. Si vienen mal dadas y debes renunciar a algo, va bien tener la reserva repleta. Yo

guardaba algo de dinero en casa por si tenía que huir. También dejé algo más a cargo de Tito, el hombre de Didier. Me aplicaba tipos del dos por ciento. Seguía llamándolo diez por ciento, pero solo me cargaba el dos.

-Perdona -me dijo cuando, a fuerza de costumbre, volvió a musitar «diez por ciento»-. Me peleo con mi mente.

-Oye, Tito, si aparece alguien contándote que estoy maniatado en algún sótano y me están torturando y te da la contraseña «Trescientos espartanos», entrégale el dinero, ¿de acuerdo?

-Hecho. Por el diez por ciento.

En la India, toda mujer de cierta edad se convierte automáticamente en tía. La tía Medialuna, que regentaba un banco negro en la lonja de pescadores, tendría unos cincuenta años y sus poderes de seducción eran tan voluptuosos que, contaban, no había hombre capaz de aguantar más de diez minutos en su compañía sin pedirle matrimonio. Y la tía Medialuna, una viuda alegre, recurría a todos los trucos de su amplia gama de talentos para alargar cualquier transacción hacia el terreno de los dos dígitos.

Hasta el momento, yo no había sobrepasado los nueve minutos de conversación con la tía Medialuna: cerraba el trato y me largaba.

-Hola, tía Medialuna -saludé, entregándole a su ayudante, sentado tras un mostrador de pescado, un fajo de rupias envuelto en papel-. ¿Qué tal?

Me acercó una silla de plástico de una patada. La silla resbaló y paró a mis pies. Ya lo había hecho antes. De hecho, me lo hacía siempre.

Décadas de aceite de pescado embebido en el cemento conseguían que la superficie no opusiera prácticamente resistencia. Costaba caminar por allí. De hecho, costaba incluso mantenerse en pie. Era como si los peces muertos, filtrados en las piedras alrededor de la cama de cuerdas de la tía Medialuna, quisieran derribarnos a todos. Y la gente se caía, a diario.

Acepté la silla, consciente de que no había una salida rápida del banco negro de la tía Medialuna.

Me senté al final de una larga mesa de acero inoxidable para cortar el pescado. Era una de tantas en la lonja, un mercado del tamaño de un campo de fútbol bajo un mar de hojalata y tragaluces sucios.

La jornada laboral había terminado y el griterío había dejado paso a un silencio que, tal vez, fuera como las bocanadas de los peces ahogándose en nuestro aire igual que nosotros nos ahogábamos en el suyo.

Oía tragar saliva a la tía Medialuna. Oía el reloj de la pared. Oía al ayudante de la tía contando el dinero despacio, con esmero.

Estaba oscuro, pero a la sombra hacía más calor que en la calle soleada de fuera. El olor era lo bastante intenso para que me hubiera tapado la boca al entrar, pero empezó a reducirse a un zumbido de fondo de peces fuera del mar.

Alguien abrió una manguera al final del mercado. La sangre y los trozos de cosas muertas pasaron flotando por una alcantarilla labrada en el suelo de cemento.

La tía Medialuna estaba de pie al lado de la alcantarilla en zapatillas, cubriéndose el camisón con una colcha tejida a mano, plateada como las aletas de un pez espejo.

-Y bien, Shantaram. Dicen que una mujer te ha robado el corazón.

-Es verdad, tía Medialuna -respondí-. ¿Qué tal te va?

Abrió los brazos a los lados. Despacio, muy despacio, fue descendiendo sobre la cama de cuerdas con los brazos extendidos a los costados. Luego se descalzó y activó las piernas.

Yo no sabía si hacía yoga o contorsionismo, pero las piernas de la tía Medialuna parecían pitones en busca de algo que constreñir. Se movieron a izquierda y derecha, hacia el norte y hacia el sur, revoloteando por encima de la cabeza y abriéndose de sobra para vadear un arroyo antes de acomodarse bajo la colcha plateada, con los prensiles pies pegados a sus muslos de diosa.

Tardó unos treinta segundos. De haber sido un espectáculo, habría aplaudido. Pero no era un espectáculo ni yo un cliente.

Empezó a rotar los hombros.

-¿Cómo va el negocio, tía Medialuna?

Demasiado tarde. Se inclinó lentamente hacia mí, arqueando la espalda con gracilidad felina. Le asomaron los pechos, con una medialuna tatuada en cada uno, y no se detuvo hasta que formaron una luna llena.

La melena, excepcionalmente larga, cayó alrededor de las rodillas y ocultó la luna como un telón cerrado, rozando prácticamente el suelo ensangrentado.

Alzó la vista, amenazándome con misterios y cosas que no deberíamos saber; luego se rodeó con los brazos hasta juntar las manos en la nuca mientras retorcía los dedos como anémonas que desovasen a la luz de aquella luna invertida.

No puede decirse que careciera de atractivo. Pero me gustaba más ella que su famoso número.

La tía Medialuna iba siempre armada, lo que, se mire como se mire, resulta interesante. Tenía una pequeña pistola automática que le había regalado el comisario jefe. Yo quería saber por qué. Quería conocer la historia. Sabía que la había disparado dos veces, ambas para salvar a alguien de una paliza de matones de otras zonas de la ciudad.

Ella leía el futuro en la palma de la mano y ganaba más como adivina que con el mercado y el banco juntos.

Y había ganado el campeonato femenino de lucha del suburbio de los pescadores tres años seguidos. Era un entretenimiento exclusivamente femenino, estrictamente acordonado por las caras de maridos, hermanos y padres plantados de espaldas a las chicas que competían. Nadie más lo veía, solo las chicas que luchaban hasta coronar a la campeona.

Quería saber de la competición. Quería conocer la historia de cómo le había regalado la pistola el comisario jefe. Lo que no quería era participar en un juego con un límite temporal de diez minutos.

-Una mujer tiene recursos -dijo, enderezándose y mirando el reloj-. Al menos una vez, cuando estés con esa mujer que te ha robado el corazón, pensarás en mí mientras le haces el amor.

-Te equivocas, tía Medialuna. No va a pasar.

-¿Estás seguro? -preguntó, sosteniéndome la mirada.

-Del todo. Con el debido respeto, tía Medialuna, mi novia te da mil vueltas. Eres una mujer preciosa y todo lo demás, pero mi novia es una diosa. Y, si se trata de pelear, te da otras tantas vueltas más. Acabaría con los dos juntos sin despeinarse y encima tendríamos que darle las gracias. Estoy loco por ella, tía.

Me sostuvo la mirada un par de segundos más, tal vez poniéndome a prueba, luego se palmeó los muslos y se rió. Me gustó tanto que me reí con ella.

-Está todo correcto -anunció el ayudante, guardando el fajo de rupias en una lata, cerrándola y anotando la cantidad en el libro de contabilidad.

-No eres el primero que me lo dice -dijo la tía Medialuna-. Pero no muchos lo hacen. Muy pocos. La mayoría suplican ver el espectáculo gratuito y se inventan mentiras para tener una excusa para verme.

-Hay que admitir que el espectáculo es magnífico, tía.

Se rió.

-Gracias, Shantaram. Así nació mi leyenda de quiromántica. Se la inventó un marido adúltero para poder cogerme de la mano y contemplar las fases de la luna. Algunos sudan de lo mucho que lo necesitan. Incluso gente que conoces. Tu amigo Didier se sienta conmigo cada semana.

-Seguro que sí -dije riéndome-. ¿Por qué lo haces, tía Medialuna?

De pronto, caí en la cuenta de que la pregunta podía ofenderla.

-Lo siento -me apresuré a disculparme-. Ha sido una pregunta de escritor y, por tanto, probablemente muy maleducada.

Volvió a reírse.

-Shantaram, una pregunta así solo la planteas porque puedes. Así que, si puedes, pregunta.

-A mi novia le va a encantar el comentario.

-La próxima vez, tráela -me amenazó.

-¿Y si se pasa de los diez minutos y te pide en matrimonio?

-Pues claro que me propondrá matrimonio, y tú también, algún día.

-Creí que ya lo habíamos aclarado -repliqué con el ceño fruncido, sin entenderla.

-Escribes cuentos, Shantaram -explicó sonriendo-. Un día escribirás sobre mí y lo consideraré una declaración de amor. Y esa mujer que te ha robado el corazón me pedirá matrimonio por amor feliz, nada más.

-¿Acaso no son felices todos los amores?

-No -se rió-. Está tu clase de amor. Tuyo y de unos pocos más que se han convertido en mis amigos más queridos.

-No me gusta la infelicidad en el amor -insistí, frunciendo el ceño-. No me gusta la infelicidad.

-Yo hablo del amor auténtico. Lo auténtico siempre es más doloroso y gratificante que todo lo demás.

-Eh... me confundes. Pero me alegro de haber hablado contigo, tía Medialuna. He sido un grosero sin querer y, si no piensas dispararme, concédeme un par de minutos de ventaja. En esta superficie, tardaré en llegar a la puerta.

-Vete ya, Shantaram -dijo riendo-. A partir de hoy considérate un cliente VIP. Que la Diosa mantenga tus armas afiladas y a tus enemigos amedrentados.

Me alejé patinando despacio, deslizándome y resbalando por el suelo del matadero hasta que alcancé el arco dorado del sol que daba al mercado al aire libre de detrás.

Mientras me secaba las botas, eché la vista atrás y la vi practicando yoga en la cama.

Se sujetaba un pie en alto con la mano, como una llama que flotara encima de la cabeza. La tía Medialuna: empresaria, gángster y Ama de los Minutos. Tenía razón, pensé. Karla probablemente le propondría matrimonio.

Mi tercer banco, la reserva de Didier, era la timba de póquer que George Géminis organizaba en el piso del ático.

Las partidas que mueven mucho dinero necesitan un banco para financiar a la casa. La casa se lleva un porcentaje de la partida, gane o pierda, pero también juega, puesto que el margen que ganas, si juegas bien, siempre es mayor de lo que pagas por entrar en el juego.

La mejor manera de que la casa tenga fondos es disponer de un buen repartidor que sepa cuándo retirarse y de otro jugador con apariencia de independiente pero que en realidad entrega las ganancias a la casa.

Incluso mejorando así las probabilidades, siempre cabe la posibilidad de que entre un tipo con suerte y haga saltar la banca. Ocurre. A veces, ocurre tres noches seguidas.

Pero dicho suceso es lo bastante excepcional como para que una partida bien llevada resulte rentable cinco noches de cada siete, y Géminis sabía dirigir el juego.

Yo ponía dinero en el banco, junto con Didier y Géminis, y entre los tres sacábamos la partida adelante. Mis ganancias semanales equivalían aproximadamente a los intereses que habría obtenido del dinero en un fondo bien gestionado.

Géminis había dejado las trampas. Era un requisito obligatorio, impuesto por Didier y por mí. Necesitábamos que el juego fuera limpio o no tendría sentido.

Y Géminis aceptó. Jugaba todas las partidas para la casa tan rectamente como recto es el puente que une el miedo y la ira. Su honradez y destreza le granjearon nuevos amigos y ganó montones de dinero para los tres.

Géminis necesitaba el juego porque resultó que su amigo millonario era un tacaño con el dinero. Escorpio pagaba todas las facturas de la planta del ático del Mahesh porque era el único lugar de Bombay donde se sentía a salvo y no se atrevía a salir de la ciudad y marcharse a otro sitio donde los millonarios vivieran sin miedo.

Pero repasaba cada recibo y factura en busca de un ahorro minucioso y con frecuencia lo encontraba arañando céntimos de cuentas que se calculaban en miles.

Se negó a financiar las fiestas de Géminis. Este le pidió a todo el mundo que se trajera los estimulantes de casa y las fiestas siguieron sucediéndose. Resultaron más baratas y chabacanas y mucho más populares. El hotel se convirtió en un lugar donde los famosos coincidían con gentes de mala fama y todos sus bares y restaurantes estaban a reventar.

Escorpio limitó la cuenta de gastos del hotel de Géminis para comida, bebida y servicios varios. También le daba doscientos dólares en efectivo semanales.

Géminis ganaba doscientos dólares en efectivo a la hora con nosotros, en la timba, y jugaba en un trance de elegante destreza. Jugaba con confianza. Perdía con una broma o un verso de una canción y ganaba sin enorgullecerse.

-He pensado montar un grupo de apoyo a lo Alcohólicos Anónimos para gente como yo, que no puede parar de hacer trampas, Tramposos Anónimos, pero el problema es que no podrías fiarte de nadie. En lo tocante a las cartas, no. ¿Me explico?

-Venga ya, Géminis. Un cínico está enfadado con su propia alma, y tú no eres ningún cínico.

Lo pensó entornando los ojos.

-Te quiero, tío -dijo sonriéndose.

-Yo también te quiero, hermano. Y, de todos modos, lo has conseguido, tío. Has pasado el mono de las trampas y ahora juegas limpio y mejor que nunca.

-Me ha costado lo mío -dijo, estremeciéndose-. Al principio me refugié en los libros. Me pilló fuerte con Keats y entré en un rollo muy tristón, luego me dio el ataque Kerouac y estaba tan ido como un mono borracho y soltaba lo primero que me pasaba por esta cabeza loca que tengo. Descubrí a Fitzgerald, salí dando tumbos de Hemingway, me convertí en un Deronda por George Eliot, me coloqué con Virginia Woolf, me flipé con Djuna Barnes y enloquecí con Durrell, pero luego volví al cine y tres días de Humphrey Bogart me dejaron como nuevo.

-Menudo grupo de apoyo, Géminis.

-Ya. No hay nada como los escritores o los actores para sentirte acompañado cuando estás al límite.

-Tienes razón. Me alegro de que te haya ayudado.

Me miró, levantando la cortina de la reticencia.

-La vista desde el otro lado es preciosa, Lin. Jamás habría pensado que lo diría, pero casi me siento bien por no hacer trampas.

-Esa es la actitud.

-¿Tú crees? A veces me parece chungo ir de legal. ¿Me explico?

-Claro -me reí-. Sigue así. Estás fantástico. La abundancia de azar y la escasez de sol te sientan de maravilla, campeón del naipe. ¿Cómo te va con Escorpio?

-Pues...

-¿Tan mal va?

-Está muy encerrado en sí mismo, Lin. Pasa la mayor parte del tiempo solo en su suite presidencial. No me deja entrar.

-¿No te deja entrar?

-No deja entrar a nadie, solo al servicio. Come casi siempre allí dentro. O sea, si tuviera a un pedazo de mujer con él, le guardaría la puerta. Pero no la tiene, tío, y nosotros, Escorpio y yo, nunca estábamos solos.

-Quizá necesite tiempo.

-Lo repartíamos todo, compartíamos cada bocado de comida, si hasta contábamos los cacahuetes de cada bolsa y los dividíamos a partes iguales. Discutíamos por todo, todo el tiempo, pero no probábamos bocado sin que el otro estuviera presente. Hace tres días que no partimos el pan, por así decirlo. Me preocupa Escorpio, Lin.

-¿Se ha planteado dejar Bombay, Géminis?

-Si lo ha pensado, a mí no me lo ha dicho. ¿Por qué?

-Le angustia ser rico. Necesita pasar página y probablemente no avanzará a menos que lo acompañes.

-¿Adónde?

-A donde sea que vivan los millonarios. Tienden a juntarse y saben cuidar de sí mismos. En un sitio así estaría a salvo y tú tendrías tranquilidad.

-Bastantes problemas me causa vivir con un millonario. No podría con un barrio entero.

-Pues llévatelo a Nueva Zelanda. Compra una granja, cerca de un bosque.

-¿Nueva Zelanda?

-Es un país precioso, con buena gente. Un lugar maravilloso para perderse.

-Estoy muy preocupado, Lin. Ayer, por ejemplo, perdí una partida que debería haber ganado.

-Ayer jugaste unas trescientas partidas.

-Sí, pero me da miedo perder el don, ¿sabes? Me provoca tanta impotencia no poder ayudarle... Le quiero, tío.

Debería haberme callado. No podía saber lo que mi sugerencia implicaría para los George del Zodíaco. Si me concedieran tres deseos, uno de ellos sería saber cuándo callar.

-Tal vez, no sé, tal vez deberías sacarlo de aquí. Llévártelo a dar un paseo alrededor del hotel. Será como en los viejos tiempos, pero con guardaespaldas. A ver si espabila.

-No es mala idea -dijo pensativo Géminis-. Podría engañarlo para que

salga.

-O invitarlo a salir.

-No, tendré que engañarlo. Tendría que engañarlo para que bebiera agua en el desierto porque pensaría que la había dejado allí la CIA. Pero tengo un plan.

-No me lo cuentes, por favor -pedí, dejando un puñado de dinero para la banca de la partida y encaminándome a la puerta-. Me dan alergia los planes.

Debería haberme preocupado por mis amigos. Ahora lo sé. Como tantos otros en la ciudad, creí que el dinero de Escorpio solventaría todos sus problemas. Me equivoqué. El dinero era una amenaza, como ocurre a menudo, que ponía en peligro su amistad y sus vidas.

Me fui del hotel y me dirigí al restaurante Starlight, en Chowpatty Beach. Era un establecimiento ilegal en una pequeña franja ocupada de la playa cerca del principio del malecón.

Llevaba tres meses abierto. Una estrella de cine y un emprendedor local habían tenido la idea de abrir un restaurante, un regalo para la ciudad, en una sección abandonada de una playa pública, así que crearon un trozo de Goa, con sus palmeras, mesas con sombrillas de paja y arena para ir en sandalias.

La comida era excelente y el servicio, eficiente y simpático. Pero el hecho de que fuera absolutamente ilegal y que pudieran clausurarlo en cualquier momento le añadía un toque tan especial que los funcionarios encargados de cerrarlo esperaban días para conseguir mesa.

El emprendedor local cuyo excéntrico y efímero regalo a la ciudad había costado un montón de dinero que sabía que jamás recuperaría era amigo mío. Karla estaba esperando a la mesa que mi amigo había reservado para mí.

Se puso de pie. La luz de la vela de la mesa le levantó la cara como habría hecho una mano delicada. Karla me besó y me abrazó.

Vestía un *chetongsam* rojo con una raja lateral hasta la cadera. Se había recogido la melena en una concha de curvas y ondas sujeta por el dardo envenenado de una cerbatana que había retocado rematándolo con una joya roja. Llevaba guantes rojos. Estaba preciosa y hacía una noche preciosa, hasta que pronunció el nombre de Concannon.

-¿Cómo dices?

-Concannon me ha escrito -repitió, mirándome con cuatro reinas verdes.

-¿Y me lo dices ahora?

-Teníamos cosas más importantes de que hablar.

-Quiero leer la carta.

Un enfoque erróneo, pero estaba enfadado. Concannon producía ese efecto en mí.

-No.

-¿No?

-No.

-¿Por qué no?

-La he quemado. ¿Podemos ir a algún sitio donde solo te eche a ti el humo del cigarrillo?

Subimos en la moto a Malabar Hill, con el restaurante que acabábamos de dejar a nuestros pies, en la playa. Las luces de la curva de Marine Drive engalanaban el vientre del gran océano, la Madre de todo.

Me echó el humo del cigarrillo un rato y luego me miró con dos reinas verdes y amables.

-¿Qué pasa?

-¿Qué no pasa, Karla?

Estábamos sentados en un monumento de piedra, lo bastante arriba para ver el mar entre los árboles. Otra pareja sentada en la penumbra unos metros más allá murmuraba por lo bajo.

Coches y motos pasaban de largo despacio, preparándose para la larga carretera de curvas que bordeaba el zoo municipal y conducía en pronunciada pendiente hacia el cruce de Kemps Corner. El olor de los leones enjaulados seguía la carretera, como el ruido de sus tristes rugidos.

Cada media hora más o menos pasaba la poli. Por los alrededores vivía gente de dinero. Una limusina aminoró inquietantemente al pasar. Tenía los cristales tintados.

Me acerqué delicadamente a Karla, sentí su cuerpo, su peso, dispuesto a apartarla y desenfundar el cuchillo. El coche pasó, siguió bajando por la Colina de los Leones Tristes.

-¿Por qué has quemado la carta?

-Si tu cuerpo se infecta y tu sistema inmune no se basta solo, combates con antibióticos. Era una carta tóxica, así que la he quemado en un fuego antibiótico. Ya no existe.

-No es cierto. Persiste en tu memoria. Tu memoria lo conserva todo.

Nunca te olvidas de nada. ¿Qué decía la carta?

-Ya se conserva en dos memorias, la suya y la mía. ¿Para qué una tercera?

Cogió aire rápido. Conocía esa forma de respirar. No aspiraba oxígeno, sino munición. Estaba enfadándose y dispuesta a atacarme.

-Nos concierne a los dos -dije, levantando las manos-. Entiendo que una carta es algo privado. Pero hablamos de un enemigo. Seguro que lo entiendes.

-Escribió la carta confiando en que te la enseñaría. Es un truco. Te hostiga y te atormenta a ti, no a mí.

-Exactamente la razón por la que quiero saber qué te escribió.

-Exactamente la razón para lo contrario. Basta con que sepas que no es una carta agradable y en qué anda metido. Jamás te lo ocultaría porque necesitas saberlo, pero no quiero que lo leas. Seguro que lo entiendes.

No lo entendía y no me gustaba. Por lo que sabíamos, Concannon había participado en la muerte de Lisa. Había intentado abrirme el cráneo. No me sentía traicionado. Me sentía marginado. Karla me había dejado al margen de demasiados planes y ardides.

Volvimos a casa y nos despedimos con un beso. No estuvo bien. No pude fingir que lo estuviera. Estaba triste y decepcionado. Casi me dio tiempo de entrar en la habitación antes de que Karla me parase.

-Suéltalo -dijo-. ¿A qué viene esa cara tan larga?

Karla estaba a la entrada de la tienda beduina. Yo, a la entrada de mi celda monacal: el cuarto de un expresidiario, listo para salir corriendo en la moto.

-La carta de Concannon -dije-. Creo que deberías habérmela enseñado. Así que tengo la impresión de que me escondes un secreto extraño y no me gusta.

-¿Un secreto? -preguntó, mirándome de arriba abajo y ladeando la cabeza-. Mañana tengo un día bastante apretado, ¿lo sabías?

-Ajá.

-Y... pasado mañana.

-Y...

-También.

-Un momento -dije-. ¿No se supone que el que está enfadado soy yo?

-Tú nunca deberías enfadarte.

-¿Ni siquiera cuando tengo razón?

-Sobre todo cuando tienes razón. Pero en esto no la tienes. Y ahora los dos estamos cabreados.

-No tienes derecho a enfadarte conmigo, Karla. Concannon se traía algo entre manos con Ranjit y Lisa. Nada que le concierna debería ser secreto.

-¿Por qué no lo dejamos así? Antes de que digamos algo de lo que vayamos a arrepentirnos. Daré señales de vida. Si me da el bajón, colaré una nota por debajo de la puerta.

Cerró la puerta y los cerrojos.

Me retiré a mi habitación, pero al cabo de un minuto Abdullah llamó a la puerta e interrumpió mi deambular malhumorado. Me pidió que me vistiera y me reuniera con él en la calle.

Abdullah había aparcado cerca de mi moto con Comanche y otros tres miembros de la Compañía, todos motorizados. Arranqué y seguí a Abdullah y los otros en dirección sur, a la Fuente Flora, donde nos detuvimos para dejar pasar a un camión cisterna a paso de tortuga.

-¿No quieres saber adónde vamos? -me preguntó Abdullah.

-No, tío, es un placer conducir contigo.

Sonrió, y nos guió por Colaba hacia el muelle de Sassoon, cerca de la puerta de la base naval. Aparcamos delante de una gran entrada resguardada, cerrada hasta la mañana siguiente.

Abdullah mandó a un chico a por té. Los hombres se acomodaron en las motos, cada uno con una perspectiva distinta de la calle.

-Han matado a Fardeen -dijo Abdullah.

-*Inna lillahi wa inna ilayhi raji'oon* -dije, pronunciando palabras serenas, «De Dios venimos y a Dios regresamos», pero impresionado y herido por dentro.

-*Subhanahu Wa Ta'aala* -replicó Abdullah. «Que Alá perdone las malas acciones del alma que regresa y acepte las buenas.»

-*Ameen* -contesté.

Fardeen era tan amable y considerado y un árbitro tan justo de las disputas ajenas que lo llamábamos el Político. Era un luchador valiente y un amigo leal. Todo el mundo menos Fardeen tenía al menos un enemigo en la hermandad de la Sanjay Company. Fardeen era el único querido por todos.

Si la Scorpion Company había matado a Fardeen como venganza por el incendio de la casa, había elegido al único hombre del grupo de Sanjay cuya muerte clavaba un aguijón envenenado en todos los corazones.

-¿Han sido los Escorpiones?

Los hombres que acompañaban a Abdullah, Comanche, Shah, Ravi y Tony Alto, ahogaron una risa amarga.

-Lo atraparon entre Fuente Flora y el bazar Chor -dijo Shah, secándose una lágrima furiosa con la base de la mano-. No llegó a su destino. Encontramos su moto en Byculla, aparcada en el arcén.

-Se lo llevaron a otro sitio -continuó Tony Alto-, lo maniataron y lo torturaron, le tatuaron la silueta de un puto escorpión en el pecho y lo apuñalaron. No parece arriesgado deducir que han sido ellos.

Tony Alto, que se distinguía por su estatura del otro Anthony de la Compañía. Tony Pequeño, escupió una maldición al suelo. Tatuarlo había sido una crueldad. Fardeen era musulmán y, como algunos de ellos, seguía una tradición que prohibía los tatuajes. Marcar el cuerpo de Fardeen suponía bajar el listón: el conflicto ya no era entre bandas rivales, sino entre religiones rivales.

-Joder -dije-. ¿Puedo ayudar en algo?

Volvieron a reírse, pero esta vez de verdad.

-Hemos venido a ayudarte a ti, hermano -respondió Abdullah.

-¿A mí?

-Han puesto precio a tu cabeza, Lin.

-Se trata de una oferta limitada -dijo Comanche-. Solo por una noche,

veinticuatro horas.

-¿A partir de?

-De esta medianoche a la de mañana -dijo Shah.

-¿Cuánto?

-Un *lakh* -respondió Ravi-. Cien mil rupias, colega. Lo que te convierte en el único hombre que sabe lo que vale en el mercado.

Eran unos seis mil dólares, por aquel entonces suficiente dinero para comprarse una camioneta en Estados Unidos, y suficiente para que se subiera al carro hasta el último asesino de la zona sur de Bombay.

Pensé en varios conocidos, un par de ellos, amigos míos, que me habrían matado gratis, si se les hubiera ocurrido, solo porque disfrutaban matando.

-Gracias, tíos.

-¿Qué quieres hacer? -me preguntó Abdullah.

-Mantenerme alejado de Karla. Para evitar el fuego cruzado.

-Bien hecho. ¿Necesitas algo de casa?

«¿Necesito algo para ser perseguido y cazado hasta la muerte?»

Trabajaba en la calle. Siempre estaba preparado. Tenía unas buenas botas, unos buenos vaqueros, una camiseta limpia, el chaleco de la suerte con bolsillos interiores, dinero estadounidense, dinero indio, dos cuchillos a la espalda y una moto que nunca me dejaba tirado.

No tenía pistola, pero sabía dónde conseguir una.

-No, tengo lo que necesito hasta que acabe el plazo. Va a ser una noche interesante. Gracias por avisarme. Nos vemos dentro de veinticuatro horas. *Allah hafiz.*

Enderecé la moto y me dispuse a arrancarla.

-¡Eh! ¡Eh! -exclamó Tony Alto.

-¿Adónde coño vas? -preguntó Ravi.

-Conozco un sitio -dije.

-¿Un sitio? -preguntó Abdullah, frunciendo el ceño.

-Un sitio -repetí-. *Allah hafiz.*

-¡Eh! ¡Eh! -exclamó Tony Alto.

-¿Qué sitio? -preguntó Ravi.

-Un sitio con una entrada que todo el mundo conoce y una salida que solo conozco yo.

-¿Qué? -preguntó Comanche.

-Pillaré la pistola -dije-, un poco de fruta y un par de cervezas y me retiraré durante veinticuatro horas. Nos vemos luego. Estoy bien.

-Ni hablar -dijo Ravi, negando con la cabeza.

-Sanjay nos ha prohibido ayudarte -dijo Abdullah-. Pero en semejante crisis, tras el asesinato de un miembro del Consejo como Fardeen, muchos jóvenes de fuera de la Compañía patrullan las calles con nosotros, recorren con nosotros los límites de la zona sur. Se nos ha unido Comanche, y está retirado de la Compañía.

-Eso -dijo Ravi.

-Nada te impide conducir junto a nosotros -continuó Abdullahmientras estamos patrullando. Y nada te impide pasar con nosotros las siguientes veinticuatro horas para demostrar tu apoyo a la Sanjay Company.

-Y si tú decidieras hacerlo... -dijo Tony Alto.

-... no podríamos impedírtelo -terminó Ravi.

-Así que ven, Lin, recorre con nosotros la frontera de Bombay Sur durante veinticuatro horas -dijo Abdullah, dándome una palmada en el hombro-. Y ofrécenos tu protección en estos momentos de ataques contra la Compañía.

Era una buena oferta, de las que recuerdas, pero no me parecía correcto aceptarla.

-Supón que alguno de vosotros recibe un balazo por mí -dije-. ¿Cómo me iba a sentir?

-Supón que recibes un balazo ayudándonos -replicó Abdullah, arrancando la moto-. ¿Cómo te sentirías?

Los otros arrancaron también y partimos juntos, aminorando la velocidad en cuanto los motores se calentaron y surcando calles y bulevares, dos delante y tres detrás.

Los hombres borran cosas de la mente. Los hombres se guían por el deber y borran cualquier cosa que se interponga en el camino del deber.

Habían puesto un nuevo precio a mi cabeza y no tenía ni idea de quién había sido, pero lo borré de mi mente y pensé solo en sobrevivir. Quizá el hecho de que ya hubiera una recompensa por mi cabeza, ofrecida por mi propio gobierno, me facilitó olvidarlo y entregarme a patrullar la frontera con Abdullah y los demás, atento a posibles ataques sorpresa de los asesinos de la Scorpion Company.

No era la primera vez que salía a patrullar por Bombay Sur. Otras bandas habían intentado colonizar la península rica en turistas. Solíamos patrullar de noche para anticiparnos a los ataques, que en ocasiones se producían: ataques que habrían sido peores de no haber sido capaces de reaccionar gracias a las patrullas móviles en menos de treinta segundos en cualquier punto del sur.

Dos equipos de cuatro hombres cubrían un turno de cuatro horas, el límite adecuado para las motos.

La boca del dragón de la Ciudad Isleña es más o menos del mismo tamaño que Manhattan. En cuatro horas completábamos docenas de circuitos. Afortunadamente, Bombay Sur está surcado de pequeños pasajes con el ancho justo para las motos. Forman una red de atajos que ahorran minutos de tráfico y ofrecen un sinfín de sorprendentes entradas y salidas de las arterias principales.

Los ratos en que dejábamos de patrullar y charlábamos con la gente importaban tanto como los que pasábamos en la moto. Cualquier cuchicheo útil puede servir para golpear al enemigo. La ventaja de jugar en casa es el as de espadas en las guerras territoriales. La atención al detalle es el as de corazones. El apoyo de una comunidad que te aprecia y confía en ti tanto como aprecia y confía en la policía es la escalera real.

De hecho, los polis apoyaron a la Sanjay Company tras el asesinato de Fardeen, y decretaron una amnistía limitada que permitía a los hombres de la Compañía ir armados.

Los Escorpiones, según le aseguraban sus fuentes a Didier, estaban intentando entrar por la fuerza en el sur con una combinación de

violencia y nacionalismo religioso. Consideraban que la policía debía secundarles en el control de Bombay Sur porque se veían a sí mismos como patriotas y a los hombres de la Sanjay Company como traidores.

Los policías habían recibido órdenes estrictas de reaccionar rápido en cuestiones de sentimientos religiosos, una excusa de lo más conveniente para Rayo Dilip. Se sumó a los hombres de la Sanjay Company, que le pagaron con algo más que fervor patriótico, y mandó a los jeeps a cazar Escorpiones porque alteraban la armonía de la comunidad.

Disfrutar de inmunidad con las agresiones policiales durante la tregua nos tensaba. La mayoría prefería las agresiones. Cuando todo el mundo seguía las normas, sabías a qué atenerte. Cuando los polis son los buenos, es hora de cambiar de juego.

Resultaba inquietante pararte en un semáforo y que se colocara al lado un jeep patrulla, ver a los polis tratando de sonreír e incluso dándote conversación, cuando esos mismos policías te habían dado palizas en la parte de atrás de ese mismo jeep.

Al final de nuestra patrulla, cuando nadie vio ni oyó nada fuera de lo normal, paramos cerca de la tumba de Haji Ali, donde Tardeo se encuentra con Pedder Road.

Al sur de aquel punto todo era territorio de la Sanjay Company, de mar a mar. La tumba del santo estaba en suelo neutral y gángsters de toda la ciudad acudían tranquilamente al sepulcro, incluso bandas en guerra.

Abdullah dejó las motos con un contacto local en una gasolinera cercana y encabezó el largo paseo por el sendero del puente de tierra que conduce a la pequeña isla donde descansa el santo.

Haji Ali, por entonces un rico mercader uzbeco llamado Ali, entregó cuanto tenía a los pobres y peregrinó a La Meca.

Recorrió todo el mundo al alcance de un viajero. Algo complicado, porque vivió en el siglo XV, pero fue a todas partes con las pertenencias a la espalda y aprendió cuanto había por aprender.

Hombre de buen gusto, se afincó en Bombay, y fue famoso en la ciudad y fuera de ella por su piedad. Murió en el Haj. El ataúd con su cadáver se perdió en el mar, pero milagrosamente apareció en la costa de Bombay, en el punto donde se edificó su sepulcro.

Una vez al día, en temporada alta, el mar invadía el sendero que conduce a la tumba de Haji Ali, invisible bajo las aguas amenazadoras. Era como si a veces el santo dijera «Basta, por favor», y el sendero sumergido lo liberase de nuestro mundo de pecados y penas y lo dejara dormir en paz para restaurar su poder como uno de los grandes protectores de la ciudad.

Aquella noche, el sendero que cruzaba el mar estaba seco y prácticamente desierto. El viento cortaba y soplaba a ráfagas. Caminamos solos, seis gángsters, hacia la tumba isleña mientras la luna proyectaba sombras alargadas en el espejo de la marea.

Las piedras redondeadas que flanqueaban el camino asomaban del agua: cosas negras y mojadas que se aferraban al refugio del sendero de espaldas al mar.

El incienso, en haces gruesos como la pezuña de un camello, llenaba el aire con los perfumes de la devoción.

No cumplí el ritual en el sendero que cruza el mar hasta el sepulcro de la isla. Los gángsters que iban a la guerra caminaban hacia el santuario pensando en el daño que habían causado en el pasado, pedían perdón ante la tumba y salían de allí listos para enfrentarse al infierno. Esa vez no lo hice.

Pensé en Karla y en lo enfadada que estaba cuando nos habíamos despedido.

No pensé en quién había puesto precio a mi cabeza. La lista de sospechosos era larga y no conseguiría acortarla pensando. Al final resultó que Abdullah la acortó por mí mientras cruzábamos el mar de vuelta, en el paseo de piedra que llegaba a la playa.

-No me has preguntado quién ha puesto precio a tu cabeza.

-He pensado que mejor primero sobrevivo veinticuatro horas y luego ya lo descubriré.

-¿Por qué no lo quieres saber ahora?

-Porque cuando lo sepa querré hacerle algo. Y quizá sería mejor actuar cuando todo el mundo deje de intentar matarme.

-Ha sido el irlandés.

-¿Concannon?

-Sí.

Me tocó a mí reírme, ya iba siendo hora.

-Me alegra ver que conservas el buen humor -dijo Ravi, caminando un paso por detrás con Shah, Comanche y Tony Alto.

-No -me reí-, no tiene ninguna gracia, pero al mismo tiempo es graciosísimo. Conozco a ese tío. Conozco a Concannon. Es su idea de una broma. Ver si sobrevivo es una broma de gángsters. Por eso el contrato expira en veinticuatro horas. Está vacilándome.

No pude explicar más porque estaba desternillándome, pero todos menos Abdullah lo entendieron y se echaron a reír. Cada vez que intentaban calmarse, se acordaban de cuánto les habría gustado que se les hubiera ocurrido primero a ellos. Luego empezaron a intercambiar nombres de amigos paranoicos a los que les encantaría gastarles la misma broma y les dio otro ataque de risa.

-Ese tío es la leche -dijo Ravi-. Tengo que conocerlo. A ver, que lo mataremos, claro, pero antes tengo que conocerlo.

-Yo también -dijo Tony Alto-. ¿Es el tío al que Abdullah disparó en la pierna?

-El mismo.

-Dos veces -puntualizó Abdullah-, en la misma pierna. Y ahora comprenderéis que la misericordia es una virtud que debiera reservarse para los virtuosos y no para demonios como ese hombre.

Los otros se rieron aún más. En cierto modo, era buena señal. Habían matado a uno de los nuestros, un hombre al que todos queríamos, y habían amenazado con matarme, pero no estábamos tan asustados como para que no pudiéramos reírnos. Los jóvenes soldados callejeros se serenaron bajo la mirada severa de Abdullah y recorrimos el resto del camino hasta la playa.

Acudir a la tumba de Haji Ali antes de una guerra suponía un insulto para el santo cuyo ataúd había surcado olas milagrosas para regresar a la Ciudad Isleña, bendiciéndola para siempre, y lo sabíamos.

Pero también sabíamos, o queríamos saber, que los santos perdonan lo que el mundo rechaza. Y en aquel momento del camino estábamos convencidos, pese al sacrilegio, de que sabía que lo queríamos: el santo de eterna paciencia, que atendía nuestras oraciones de gángsters mientras dormía en el mar.

La broma de Concannon, una vez que sobreviví, resultó una bendición porque sacó a las víboras con intenciones asesinas de la alta maleza de la jungla discordante de Colaba. Abdullah y Didier visitaron a cada matón que se había interesado por la recompensa y lo vapulearon por si acaso volvían a ofrecer dinero por mí.

Yo busqué a Concannon por toda la ciudad, seguí hasta la pista más remota. Algunas búsquedas me llevaron a barrios lejanos por caminos impracticables. Pasé mucho tiempo en la moto, casi siempre pensando en él. Pero el irlandés seguía siendo un fantasma, un rumor, un eco de una risa burlona, y al final tuve que conformarme, durante un tiempo, con la idea de que si no había forma de localizarlo, tampoco suponía una amenaza.

Karla continuaba enfadada. Me excluyó de su vida y desapareció durante días. Intenté enfadarme con ella, pero no pude. Me parecía mal que me hubiera ocultado la carta, sobre todo después de que el remitente hubiera ofrecido dinero para que me mataran. Me sentía agraviado, pero la echaba demasiado de menos. Los días que pasábamos juntos, unidos y felices, eran lo mejor que había vivido.

«¿Quieres saber si alguien es tu alma gemela? -me dijo una vez un contrabandista nigeriano-. No puedes seguir enfadado con ella. ¿A que no?»

Tenía razón y no la tenía: las almas gemelas pueden seguir enfadadas un tiempo, y Karla seguía enfadada. Pero al menos la distancia glacial significaba que no tenía que hablar de la broma de Concannon. Sabía que Karla estaba al corriente. Sabía que le habría visto la gracia y que encontraría una docena de maneras de chincharme.

Madame Zhou seguía suelta. Hacía semanas que nadie sabía nada de ella. La palabra «ácido» me consumía cada vez que pensaba en ella. No quería molestar a Karla y no me importaba con quién se viera. Pero quería confirmar que estaría a salvo hasta que decidiera volver a desayunar conmigo, de modo que, cuando podía, la vigilaba con discreción.

Karla pasaba la mayor parte del tiempo con Kavita Singh en las oficinas del periódico y en la galería de arte de Lisa. Sabía dónde se encontraba en cualquier momento del día o de la noche, pero no podía hablar con ella. Estaba volviéndome loco y no tenía paciencia.

Los cambistas me lanzaban los fajos de dinero en lugar de entregármelos en mano. A la tercera discusión en tres días, la gente empezó a recomendarme remedios para controlar el mal genio. Los remedios consistían en recurrir a prostitutas y a drogas o peleas de bandas e incluso explosiones.

-Reventar algo es la mejor manera de quitarte de la cabeza a una mujer -me confesó un amigo-. He volado montones de cosas. Se creen que son los terroristas, pero soy yo, tratando de olvidar a una mujer.

No quería hacer estallar nada, pero como seguía irritable y confuso en temas de amor, consulté a un profesional.

-¿Alguna vez has volado algo por amor? -le pregunté a Ahmed, mi barbero.

-¿Hace poco? -preguntó Ahmed.

La barbería Casa del Estilo de Ahmed era una de las últimas que todavía se resistían a convertirse en un salón de peluquería moderno. Tenía tres sillones de barbero de cromo y cuero rojo. Eran sillones masculinos, dotados de poderes hipnóticos, y no conocía a nadie capaz de resistírseles.

Los espejos frente a los que te sentabas en uno de tales sillones estaban cubiertos de fotos de las víctimas anteriores, y ninguna parecía contenta. Eran clientes que habían aceptado que los retrataran a cambio de un corte gratis. Un aviso para que no pidieras ni aceptaras que te cortaran gratis el pelo en la Casa del Estilo.

Ahmed tendía al humor negro, algo que no buscas en un barbero, pero era demócrata hasta la médula y por eso lo apreciábamos. Toleraba todas las opiniones y en su barbería se garantizaba la libertad absoluta de expresión. Era el único sitio que conocía en toda la ciudad donde los musulmanes podían llamar fanáticos a los hindúes y los hindúes podían llamar fanáticos a los musulmanes y desahogarse sin provocar disturbios.

Resultaba adictivo. Era un bazar de fanatismo, y la clientela se aferraba a sus prejuicios. Daba la impresión de que, en la Casa del Estilo de Ahmed, a todos les habían inyectado el suero de la verdad. Y todos lo perdonaban y lo olvidaban todo en cuanto el cliente salía a la calle.

Ahmed me afeitaba con una navaja tan afilada como el bigotillo de un

Asesino de la Bici. Cuando vives en el lado equivocado de la ley, el número de personas de las que te fías para que te afeiten a navaja es muy reducido. Ahmed era digno de confianza porque respetaba tanto su oficio que jamás me habría matado con una navaja recta. Contravenía el código de los barberos.

Si quisiera matarme, tendría que usar una de sus pistolas, como la que me había vendido hacía tan solo unos meses y que guardaba Tito. Protegido por las leyes del gremio, le presenté el cuello y me relajé, plenamente confiado, y me afeitó.

Después me envolvió la cara recién afeitada con unas toallas tan calientes que bastaban para forzar cualquier confesión. Satisfecho por la proporcionalidad del castigo, las quitó rápidamente y retiró el sudario con gesto de torero.

Me cepilló con destreza, me espolvoreó el cuello rasurado y me ofreció toda la gama de su única loción para después del afeitado: «Ambrosía de Ahmed».

Me sentía en calma. Mimado por la profesionalidad de Ahmed. Estaba curado y sereno. Y acababa de empezar a aplicarme la ambrosía de Ahmed en la cara cuando Danda cruzó la puerta y me llamó gilipollas.

Danda: y yo con loción para el afeitado.

No le dejé terminar la perorata. No me importaba lo que me llamara ni por qué me insultaba. No me importaba lo que quería ni por qué lo quería. Lo agarré de la camisa y le abofeteé la oreja con la mano mojada de colonia y seguí abofeteándolo hasta que se soltó y salió corriendo, llevándose consigo buena parte de mi irritación.

Abrí la puerta de la barbería y me despedí.

-*Allah hafiz*, Ahmedbhai.

-¡Espera! -dijo Ahmed, reuniéndose conmigo en la puerta.

Me levantó el cuello del chaleco vaquero y lo colocó bien.

-Así está mejor.

Salí y me topé con George Géminis en el escalón. Me cogió del chaleco tan primorosamente arreglado.

-Gracias a Dios, tío -dijo Géminis, tosiendo, jadeando y abrazándome-. Te he buscado en todas partes.

-¿Cómo me has encontrado?

George Géminis dedujo que se trataba de una pregunta profesional.

-Por un chulo de First Pasta Lane. Lleva días detrás de ti. Se rumorea que estás irritable. Y el tío ha apostado a que antes de dos días contratas a una chica.

-Estoy bien. Acaban de curarme.

-Bien -dijo, nervioso.

-¿Qué ocurre?

-Escorpio -respondió al instante-. Se ha vuelto loco. Tienes que ayudarme.

-Tranquilo. Escorpio no puede volverse loco. Ya lo está.

-Está muchísimo más loco de lo normal. Loco del palo *La dimensión desconocida*. Se le ha ido la olla, tío.

-Vamos a hablar a otra parte.

Nos sentamos en el café Madrás. Pedimos *idli sambar*, seguido de dos rondas de té fuerte y dulce. Géminis era un tío de la calle por mucho que su amigo se hubiera convertido en millonario: primero comió y después habló.

Cuando ayudó a bajar con el té el regusto del chile y el coco, me contó lo ocurrido. Su historia, como tantas otras en la India, empezaba con una procesión.

El día antes había recorrido las calles una procesión para venerar a un santo local que, casualmente, era aficionado al hachís. Las calles se llenaron de santones devotos. Era el único día del año en que la poli no podía detener a nadie por fumar porque la mayoría de los fumadores eran hombres santos.

El festival parecía ideado para los George del Zodíaco, y Géminis lo aprovechó para sacar a Escorpio del nido de águila que se había instalado en el Mahesh y para que le diera un poco el aire. Al principio salió bien. Escorpio recuperó sus andares callejeros arrastrados y poco a poco fue recordando el ritmo de la calle mientras caminaba al lado de Géminis. Hasta le dio por hablar. Empezó a contarles a los cuatro guardaespaldas, contratados al hotel por horas, anécdotas de los umbrales y callejones que iban dejando atrás y las aventuras que

había vivido en ellos con Géminis.

Entonces, al girar una esquina, se toparon con un *sadhu*, un santón, que les cerraba el paso. Tenía las manos en alto, en una sostenía un cayado nudoso y la otra estaba manchada de rojo sagrado.

-¿Qué pasó? -le pregunté.

-Pues que le dije: «*Namaste, ji.* ¿Intercambiamos hierba? La mía es de Manali».

-¿Fumó con vosotros?

-No pudo. Sin darle tiempo a responder, Escorpio intentó esquivarlo y el *sadhu* lo detuvo.

-¿Qué quería?

-Mil dólares.

-¿Cuánto?

-Mil dólares.

-¿Y Escorpio qué le dijo?

-Que si estaba loco.

-¿Llevaba mil dólares encima?

-Es exactamente lo que le preguntó el *sadhu* -dijo Géminis-. «¿Llevas mil dólares encima?»

-¿Los llevaba?

-Llevaba veinticinco mil, Lin. Me los enseñó para justificar por qué necesitábamos la compañía de cuatro seguratas del hotel.

-¿Qué dijo Escorpio?

-Escorpio se cabreó y le contestó que nadie le daba mil dólares a un completo desconocido. Le dijo: «Te daré cien dólares, pero solo para que me dejes en paz».

-No fue muy educado. ¿Qué tal se lo tomó el gurú?

-Bien, con calma, ya sabes, estilo gurú, le respondió: «Si me dieras mil dólares, ¿notarías que faltan de tu fortuna?».

-¿Qué contestó Escorpio?

-«Precisamente.»

-¿Y el *sadhu*?

-«Tu debilidad es la avaricia. Y solo esta información ya vale mil dólares.» Recordaré sus palabras hasta el día que me muera, Lin.

-No le faltaba razón.

-Desde luego -convino Géminis, mirando a la puerta con ganas de fumar-. Y lo dijo con una sonrisa. Jamás olvidaré esa sonrisa. Como de cara de póquer espiritual. Y quizá fuera la sonrisa lo que disparó a Escorpio. Solo la sonrisa.

-¿Qué pasó?

-Escorpio intentó abrirse paso a la fuerza y empezaron a forcejear. Los guardaespaldas gritaban que parasen. Después el santón se cayó y se golpeó la cabeza en el canto de la pared. Se abrió un tajo muy feo. Le faltaba un trozo de piel en la frente, encima de la ceja. Los seguratas le ayudaron enseguida. Yo le ofrecí un pañuelo y le recomendé llamar al médico.

Géminis se calló. Miró a la calle. Quería regresar fuera, a la corriente de trampas y talentos por la que durante tanto tiempo se había arrastrado sin peligro.

-Cuando termines la historia nos fumaremos un pitillo, Géminis. Sé cómo te comportas en la calle, tío. Si cruzas la puerta, no tardarás ni sesenta segundos en desaparecer. Así que al grano directo, cuéntame qué más pasó.

-Se dice «Directo al grano».

-Géminis...

-El santón lo maldijo -dijo Géminis, estremeciéndose.

De pronto lo vi enfadado y no me gustó, porque Géminis me caía bien.

-¿Y?

-Ya está.

No hay paciencia más pura que la que dedicamos a los seres queridos que complican las cosas innecesariamente. Le sonreí con paciencia.

-¿Qué pasó exactamente?

-El santón le echó una maldición. Le dijo que su avaricia sería el arma que lo mataría. Que desde el momento mismo en que había derramado su sangre, el dinero de Escorpio estaba maldecido y solo le causaría penas y lamentos.

-¿Y después?

-Los guardaespaldas se despidieron, en el acto.

-¿Y Escorpio?

-Echó a correr. Lo encontré luego, en el hotel.

-¿Y el hombre santo?

-Me esperé con él. Intenté que me acompañara al hotel. Pero luego llegaron más santones y me aconsejaron que escapara porque estaban tan furiosos que eran capaces de matarme. Así que huí. Ya sabes lo peligrosos que son esos hombres santos.

-¿Y Escorpio cree que está maldecido?

-Más o menos es verdad -gimió Géminis-. Es decir, el personal del hotel ha abandonado nuestra planta. Todos creen que está maldecido y se niegan a trabajar en su habitación.

-¿Y a ti cómo te va en el hotel?

-Escorpio ha hablado con el director y ha contratado personal nuevo. Son de Lituania, creo. Buena gente. No se entiende una palabra de lo que dicen. Los guardaespaldas nuevos son rusos. Tampoco se les entiende, y eso que hablan inglés. Escorpio ha vuelto a encerrarse en la suite del ático, pero esta vez a cal y canto.

-Deja la timba una temporada. Ya hablaré yo con Didier. Vamos a buscar al *sadhu* y a anular la maldición.

Pensaba que probablemente el *sadhu* no sería rico. Pensaba que podía encontrarlo, rogarle que perdonara al loco que lo había tocado sin el debido respeto y que aceptara un pago generoso por levantar la maldición.

Los *sadhus* que conocía, y conocía a unos cuantos, aceptarían el ofrecimiento sin pensárselo. Funcionaría. Estaba convencido. Por entonces no podía saber que para Géminis, mi cariñoso e inocente

amigo, supondría regresar a aguas hace tiempo olvidadas, y con motivo.

-¡Fantástico! Lin, eres un genio. La maldición está machacando a Escorpio. Y no me importa admitir que a mí tampoco me gusta. Opino que hay que mantenerse tan alejado de una maldición de santón como de una granada de mano. Estuve en la zona de radiación espiritual, por así decirlo, y me gustaría tanto como a Scorp aclarar el tema.

-Podrías pedirle ayuda a Naveen Adair -sugerí, abriendo la bocaza-. Dirige la Agencia Amores Perdidos desde el Amritsar, en la habitación de al lado de la mía.

-¡Gran idea! Primero preguntaré por ahí y, si no lo encuentro yo, se lo pasaré a Naveen. Escorpio volverá a ser el de siempre en un santiamén.

-Bien. ¿Te llevo en moto?

Miró por la puerta abierta a la moto, aparcada ilegalmente en la acera.

-No, gracias de todos modos -respondió con una sonrisa-. Nunca me han ido mucho las motos. Volveré al hotel en taxi. Gracias, Lin. Sabía que hablando contigo me sentiría mejor.

Conduje por los bulevares del sur, completando mis rondas, dejándome ver y pensando en los George del Zodíaco y lo felices que habían sido antes de que el elegante emisario de traje oscuro del Destino hiciera rico a uno de ellos.

Como Escorpio, yo no tenía por qué permanecer en Bombay. Conocía algunas zonas de África bastante bien gracias al contrabando de pasaportes. Tenía contactos en Lagos y Kinshasa. Siempre había sitio para un buen falsificador de pasaportes.

Tenía amigos en Singapur. Me habían invitado a ser la cara respetable de una red de cambio indochina. Significaba grandes ganancias en una ciudad segura, donde todo el mundo te dejaba en paz si respetabas las normas del lugar y no hacías daño a nadie.

A menudo me planteaba marcharme. Pero, antes o después, rechazaba todas las opciones. Y no conseguía dilucidar si era la ciudad o la mujer la que me impedía irme.

Me dirigí al hotel Amritsar con gesto serio, confiando en encontrar a Karla. Mis revendedores me habían informado de que había salido de

la galería hacía una hora. Le llevaba un regalo de reconciliación.

Unos amigos que tocaban en un grupo de jazz me habían dicho que llevarían los instrumentos a la playa para una jam session junto al mar, en la Back Bay de Colaba. Se trataba de una experiencia única: el regalo favorito de Karla.

-Acaba de irse -me dijo Didier, levantando la vista de la mesa atiborrada-. Ha estado aquí solo unos minutos. No estaba sola. Ha venido con Taj.

-¿Quién cojones es Taj?

-Un artista alto, guapetón, moreno, con el pelo largo. Ha esculpido el Enkidu que lleva todo el mes a la entrada de Jehangir. Tiene mucho talento.

-Artistas -dije, recordando al escultor.

-Ya veo -convino Didier-. ¿Por qué nos atraen los músicos y los pintores?

-Sexo. Los pintores consiguen que se desnuden y los músicos que se corran.

-Capullos -siseó Didier.

-Y que lo digas. ¿Te ha dicho cuándo volvería?

-Bueno...

-¿Qué?

-Bueno...

-¿Por qué creo que no quiero saberlo, Didier?

-Ha dicho... que volverá... dentro de un par de días, Lin. Y creo que iba en serio. Se ha llevado la pistola. Y al artista alto, Taj.

Me quedé callado un rato, pero debía de estar rechinando los dientes o apretando los nudillos porque Didier se levantó y me abrazó.

-Pase lo que pase, Lin, siempre queda el alcohol -dijo, agarrándome por los hombros con los brazos estirados-. Emborrachémonos como reyes. ¿Tienes algún lugar favorito para abandonarte?

-¿Sabes, Didier? Tienes razón. Deberíamos ir de todos modos.

-¿Ir?

-A ver a Aum Azaan, el grupo de jazz de Raghav. Tocan esta noche. Un concierto improvisado en Back Bay. Quería ir con Karla. Pero vamos de todos modos, nos divertiremos.

-Ahora me gustas, Lin -respondió alegremente Didier-. Pero, si no te importa, iré en taxi.

Conduje solo rumbo al concierto, pero mientras pasaba frente a la comisaría de Colaba de camino a Cuffe Parade, vi a Arshan de pie en mitad de la carretera. Llevaba un cuchillo grande de cocina en la mano. Gritaba.

Paré la moto y me acerqué a pie. Había comenzado a congregarse gente, pero todavía se mantenían a una distancia prudencial. De momento la policía no lo había visto o había decidido no reaccionar.

-¿Cómo va, tío? -pregunté, con la mano cerca de la suya.

-¡Ese cobarde! -chilló Arshan-. ¡Ha pateado a mi hijo y ahora Farzad está en el hospital con sangre en el cerebro! ¡Sal y lucha conmigo! ¿Me oyes, Rayo Dilip?

-Eh, Arshan, calma, baja la voz.

Nadie gana atacando de frente a la policía. Si tienes energía y munición suficientes para cargarte a unos cuantos polis, siempre contraatacan con más. Y si también puedes con esos, vuelven con más polis hasta que os matan a todos o escapáis. Es lo que significa tener un cuerpo policial: has aceptado a un grupo de personas que no pueden permitirse no ganar.

Forma parte del trato tácito que firman con cualquier ciudad que los contrate: los polis arriesgan la vida a diario, como los fuera de la ley, y no pueden consentir un ataque directo. Si los muerden, los polis y los forajidos se revuelven. Y los polis siempre muerden los últimos.

Con delicadeza, saqué a Arshan de en medio de la calle y lo conduje al sendero de la acera de enfrente. Le quité el cuchillo de cocina de la mano y se lo entregué a uno de los chicos callejeros.

Había una parada de taxis a la vuelta de la esquina. Metí a Arshan en un taxi y le pedí al taxista que esperase. Una vez aparcada la moto en un lugar seguro, llamé a otro chico de la calle para que la vigilara hasta que regresara. Cuando volví al taxi, Arshan estaba sollozando.

Me senté al lado del taxista y le pedí que nos llevara a la mansión de triple fachada cerca de Cuffe Parade. Arshan iba tumbado en el asiento de atrás, con un brazo encima de la cara. Cuando el taxi arrancó me giré y vi a Rayo Dilip de pie bajo el arco de la entrada a la comisaría, con los puños apoyados en las caderas.

Arshan paró el taxi antes de llegar a casa porque tenía que hablar

conmigo en privado. La tetería a la que había ido con Concannon tras la pelea con los Escorpiones estaba cerca. Nos sentamos a cubierto bajo un toldo de plástico azul atado entre los árboles.

Arshan bebió unos tragos de té humeante.

-Cuéntame qué le ha pasado a Farzad.

-Siempre le dolía la cabeza. Me enfadé tanto que vine a retar a Dilip, pero me llevaste a casa. Los dolores de cabeza empeoraron. Al final, lo convencí para que se lo mirasen y descubrieron que tiene un coágulo de sangre enorme. Dicen que lo provocaron las patadas recibidas en la cabeza.

-Es duro. Lo siento, Arshan.

-Mientras le hacían las pruebas, se desmayó. Lo subieron a cuidados intensivos al instante. Todavía sigue allí. Ya hace setenta y dos horas y sigue sin reaccionar.

-¿Sin reaccionar?

-Está en coma, Lin.

-¿Dónde está?

-En el hospital Bhatia.

-Es un buen hospital. Se pondrá bien.

-Se morirá -dijo Arshan.

-No. No lo permitirás. Pero si Rayo te mata, Farzad no tendrá razones para vivir cuando se recupere. Prométeme que no volverás a hacer nada igual.

-Eh... no puedo.

-Sí que puedes. Debes prometerlo. Hay personas que dependen de ti.

-No lo entiendes. Lo he descubierto.

-¿Qué has descubierto?

-He encontrado el tesoro.

Se oyeron campanas en alguna parte: la gente rezaba en un templo cercano y tañía campanillas de mano.

-¿El tesoro?

-Sí.

-¿Cuándo?

Se miraba los pies aturdido, el vaso vacío del té se le escurría entre los dedos. Lo atrapé a tiempo y lo deposité en el suelo.

-Hace un par de semanas.

-Las familias estarán emocionadas a pesar del momento tan triste para todos.

-No les he dicho nada.

-¿Qué? Tienes que contárselo.

-Al principio -dijo en voz baja, hablando para sí- no se lo conté a nadie porque no quería perder lo que teníamos. La búsqueda era... muy divertida. Todos éramos muy felices. Sabía que el tesoro nos cambiaría. Por fuerza. No podremos evitarlo. Así que guardé el secreto.

Se calló, retrocediendo por los recuerdos de un tesoro todavía por encontrar.

-¿Y ahora?

-Cuando Farzad enfermó y acabó en la cama, sin reaccionar ni a un beso, comprendí que había guardado el secreto por avaricia. En el fondo del corazón, el secreto era demasiado maravilloso para compartirlo y durante un tiempo disfruté sabiendo que me pertenecía solo a mí.

-Es humano. Y ahora puedes compensar tu debilidad como un hombre.

-¿No lo comprendes? Cuando el policía pateó a Farzad no protesté porque no quería que nada pusiera en peligro la búsqueda. Sacrifiqué a mi hijo por el tesoro.

-Tú no le pateaste la cabeza a tu hijo, Arshan. Y Rayo Dilip me ha dado patadas en la cabeza más de una vez sin que se me formara un coágulo. Ha sido mala suerte y un mal momento, no es culpa tuya.

-He sido... muy egoísta.

-Bueno, pues ahora puedes ser generoso y puedes permitirte traer a los mejores médicos y especialistas del mundo para Farzad. Puedes curarlo con el tesoro, Arshan.

-¿Lo piensas de verdad?

-No lo sé. No sé nada. Pero creo que deberías intentarlo. En cualquier caso, tienes que contarles a los demás que has encontrado el tesoro. Cada día que esperes perderás un poco más de su confianza. Tienes que hacerlo ya, Arshan, esta noche.

-Tienes razón -dijo, enderezándose-. Tienes razón.

-Pero antes aclaremos una cosa. No quiero nada del tesoro. Si te parece bien, no querría volver a oír hablar de él nunca más.

-¿Qué dices?

-Digo que no lo necesito y que no lo quiero, y que no quiero oír hablar del tema nunca más. Lo comprendes, ¿verdad?

-Eres un hombre extraño, Lin. Pero me gustas.

Lo acompañé a la puerta de casa. Oí a Anahita del otro lado. Tenía una buena bronca preparada, y se la soltó antes de abrir.

-¡He cocido siete panes para las oraciones por Farzad! -nos gritó tras la puerta cerrada-. ¡Y no has podido ni llegar a tiempo!

Cuando abrió a media bronca y vio la cara de su marido, chilló y lo abrazó.

-¿Qué ocurre? -preguntó casi sin voz-. ¿Qué pasa, amor mío?

-Tengo que decirte una cosa, cariño -dijo Arshan, apoyándose en ella mientras cruzaban las cortinas rojas que conducían a la bóveda excavada-. Que vengan todos.

-Claro, cariño -dijo ella, recostándoselo en el hombro al caminar.

-Siento lo de los panes, tesoro -se disculpó Arshan, ausente.

-No importa, cariño.

Me marché. Nadie se dio cuenta. Me alegré.

Mientras estaba fuera parando un taxi para ir a por la moto, oí gritos y chillidos y aullidos de felicidad resonando en el hogar trifamiliar.

Recuperé la moto y pagué al chico que la había vigilado. Él me devolvió el dinero y un poco más, mal asunto.

Había usado la moto de accesorio mientras yo no estaba. Era un Ambulante. Se dedicaba a hacer negocios sentado en la moto o el coche de otro. Acababa de vender drogas sentado en la mía y compartía conmigo las ganancias. Cuando yo todavía pertenecía a la Sanjay Company jamás se le habría ocurrido utilizar mi moto para hacer negocios. Era una insubordinación y el chico lo sabía. Se preguntaba si yo también.

Lo agarré del cuello de la camisa y le embutí el dinero en el bolsillo.

-¿Qué cojones te crees que estás haciendo usando mi moto, Sid?

-¡La calle está chunga, Linbaba! Hay afganos en Mohammed Ali Road y Escorpiones hasta debajo de la cama. Uno ya no sabe dónde colocar el material.

-Discúlpate.

-Lo siento muchísimo, Linbaba.

-Conmigo no, con la moto. Se suponía que estabas cuidándola. Discúlpate.

Se inclinó ante la moto con las manos juntas mientras yo lo agarraba de la camisa. Era escurridizo, y ambos sabíamos que, si se escapaba, tendría que atropellarlo con la moto porque no le daría caza corriendo.

Se llevó las manos juntas a la frente.

-Perdona mi mala educación, moto-*ji* -suplicó con fervor-. De ahora en adelante prometo respetarte.

Alargó la mano para acariciarla, pero no se lo permití.

-Es suficiente. No vuelvas a hacerlo.

-No, señor.

-Y les dices al resto de los Ambulantes que se mantengan alejados de mi moto.

-Sí, señor.

Me dirigí al concierto de Back Bay por una ruta que no pasaba por casa de Arshan. No quería pensar en el tesoro ni en el joven Farzad,

en coma en el hospital. Estaba triste: lo suficiente para necesitar jazz.

Aparqué junto a la moto de Naveen cerca de un grupo de cincuenta o sesenta universitarios sentados en la playa. El jazz llevaba al público al éxtasis. Me mantuve al borde del grupo, con las manos en los bolsillos de la chaqueta. Cabalgaba por la música pensando en Karla, sabedor de lo mucho que habría disfrutado.

-Capullos de músicos... -musitó Naveen, colocándose a mi lado.

Estaba mirando a Diva, que estaba embelesada, sentada a los pies de un guitarrista guapo y talentoso llamado Raghav. Era buen chaval y amigo mío, pero a Naveen no le faltaba razón.

-Desde luego.

Diva estaba irreconocible para cualquiera menos para sus amigas, las ricas chicas Diva, que estaban con Didier, sentadas aparte del grupo principal en el césped de Back Bay.

No llevaba maquillaje. La joya que lucía en la frente era un diamante de cristal, los pendientes eran de latón y las pulseras de plástico. La ropa y las sandalias procedían de una tienda del suburbio, a la última moda de las chicas del suburbio.

Le quedaba bien, como a todas las chicas del suburbio. Pero la presencia de las chicas Diva, de su antigua vida de rica, me inquietó.

-¿Han venido las chicas? -pregunté.

-No he podido evitarlo -explicó Naveen con un suspiro-. Diva asegura que han jurado guardar el secreto. He tenido que ceder. Lleva casi dos semanas atrapada en el suburbio, Lin. Lo necesitaba.

-Supongo que sí. Y tal vez los estudiantes no la reconozcan. Ha copiado muy bien el estilo de chica de suburbio.

-Tendrías que oírla insultar. El otro día interrumpí una sesión de chicas. Estaban enseñándole lo que hay que decir cuando un chico te pega. Fue muy educativo. ¿Te lo cuento?

-He vivido en el suburbio. Sé que empieza por *lauda lasoon* y termina con *saala lukka*. Dios no quiera que Diva practique conmigo lo que ha aprendido.

-Amén.

-¿Sus amigas han ido al suburbio?

Naveen se rió, yo fruncí el ceño porque estaba interesándome por el bienestar de Johnny Cigar y su familia y no le veía la gracia.

-¿Te parece gracioso?

-Sí -respondió, riéndose otra vez.

-¿Por qué?

-Porque he apostado con Didier si las Divas de Diva irán al suburbio.

-Insisto, joven detective: ¿por qué?

Suspiró, con cierto embarazo.

-Didier ha intentado que las chicas vayan al suburbio y pasen una noche contando cuentos de fantasmas. Estaban la mar de dispuestas, pero les daba más miedo el suburbio que los fantasmas. Así que le dije a Didier que el día que las chicas visiten el suburbio, reto a Benicia a una carrera.

Un alarde considerable. Naveen había practicado algunos trucos y acrobacias con los moteros de Colaba y comenzaba a convertirse en un buen motorista, pero competir con Benicia era harina de otro costal.

Benicia era una chica española que llevaba un par de años instalada en Bombay. Compraba joyería rajastaní y la vendía a compradores de Barcelona. Era soltera y reservada y, en consecuencia, un gran misterio. Pero todo el mundo sabía que a lomos de su 350 antigua por Bombay no tenía rival.

-¿Conoces a Benicia?

-Todavía no.

-¿Y la apuesta va en serio?

-Claro. -Se rió, pero después cayó en la cuenta-. No estarás pensando en sobornar a las chicas Diva para que vayan al suburbio, ¿verdad?

-No debería ir nadie. Diva allí es una invitada de Johnny Cigar y su familia. Hasta que atrapen a los que han matado a su padre, nadie debería ir a visitarla por si ponen en peligro a alguien más.

-Tienes razón... por supuesto -dijo, tensándose-. No lo había pensado. Intentaré parar a las chicas Diva, pero puede que Didier ya las haya

convencido. Lo siento.

-No pasa nada, Naveen. Y si las Divas visitan el suburbio y tú compites con Benicia, apostaré mil dólares por ti, así, sin pensármelo.

-¿De verdad?

Saqué el dinero del bolsillo y se lo entregué.

-Hecho -dijo Naveen, tendiéndome la mano.

-Hecho -dije, estrechándosela.

-¿Qué tal con Karla?

-Bien -respondí, quizá convincentemente-. ¿Cómo va con Diva?

-Estoy volviéndome loco -respondió, muy convincentemente.

-¿Lo sabe?

-¿Que si sabe que me estoy volviendo loco? -preguntó, con preocupación profesional.

-Que la quieres -aclaré, atento a su reacción.

Lo hacía bien. Encerró el amor en una jaula de mandíbulas apretadas, negándolo todo, y miró a la Diva del suburbio, que seguía el ritmo de la música con las palmas.

Algunos estudiantes iban de grupo en grupo, riendo y charlando. Otros permanecían sentados susurrando en la intimidad. Se cogían de la mano y se acurrucaban y se besaban de vez en cuando. En Bombay, en aquellos años, los jóvenes no podían pasar de ahí. Eran más inocentes de lo que cabría esperar en veinteañeros excitados.

Era bonito ver el tierno amor que compartían aquellos críos mientras sus mentes agobiadas se recuperaban de la tarea de heredar la ciudad y sonaba la música que el eco hacía rebotar débilmente en los altos bloques de pisos cercanos donde vivían muchos de ellos.

Eran los hijos y las hijas del futuro. Vestían a la moda, se pasaban porros y botellas de ron barato y tocaban música junto al mar. Pero también sacaban buenas notas y no les importaba en absoluto que el grupo aceptara a todas las castas y religiones.

Ya eran algo jamás visto en las playas de la Ciudad Isleña y, cuando les llegara la hora de dirigir empresas y consistorios, se guiarían

también por estrellas distintas.

Las dos amigas de Diva se inclinaban sobre Didier, aferrándose a él sin parar de reír. No escuchaban la música. Cada frase susurrada por Didier las obligaba a chillar contra su pechera para intentar sofocar las risas.

Didier me vio, y se excusó entre los mohines de las chicas.

-¿Por qué has tardado tanto? -me preguntó, estrechándome la mano.

¿Por qué?

«Por el ataque suicida de Arshan a la comisaría de Colaba y un tesoro de fábula.»

-Luego te cuento. ¿Qué tal va?

No me oyó. Estaba gesticulando desvergonzadamente a las chicas.

-¿Cómo te va, Didier?

-Tengo ahí mismo a dos señoritas encantadoras que se mueren por conocerte mejor de lo que les conviene.

Imitó el ademán de un mago presentando un truco. Miramos a las chicas, sentadas unos metros más allá. Hacían algo con la cara. Quizá sonrieran. No me quedó claro.

Por lo visto, lo que fuera que Didier les había contado sobre mí había transformado el miedo en fascinación. Levantaron las manos y las agitaron. Quizá saludaran o quizá estuvieran echándome.

Volvieron a sonreír con cara de miedo y seguí sin entenderlo. Los tíos nunca entendemos lo que hacen las chicas guapas con la cara. Se levantaron, con gesto bastante atlético para unas chicas ociosas como ellas, y se nos acercaron despacio, con los dedos descalzos rozando el césped a cada paso. No eran chicas ociosas.

Las Divas eran bailarinas: bailarinas que bailaban juntas y ensayaban. Eran buenas. Eso lo entendí. Los tíos siempre entendemos lo que hacen las chicas guapas con las caderas.

-Si te preguntan por el tío al que mataste -dijo Didier, mientras las chicas Diva avanzaban lentamente por el césped iluminado por la luna-, ya sigo yo.

-No he matado a nadie, Didier.

-¿Ah, no? -preguntó, dudando-. ¿Y por qué siempre pienso que sí?

-Hola -saludó una de las chicas.

-Hola -saludó la otra.

-Me alegro mucho de que hayáis venido -dije-. Quedaos al menos hasta que mi mujer vuelva del templo.

-¿Tu mujer?

-¿Templo?

-Sí. Está con los niños. Cuatro de menos de cuatro años. Es una suerte teneros de niñeras. Esos críos son demonios y necesitamos un descanso.

-¡Puaj!

-¿No sois las niñeras? -pregunté en tono inocente-. Didier me ha dicho que trabajaríais lunes, miércoles y viernes por veinte rupias la hora.

-¡Aaah! -exclamaron, escapándose a sentarse con dos chicos monos y bien vestidos que tocaban los *tabla* con el grupo.

-¡Mira lo que has hecho! -protestó Didier.

-¿El tío que maté? -repliqué-. ¿Que ya seguirás tú?

-Bueno, Lin -refunfuñó Didier-. Didier es un artista embellecedor, todo el mundo lo sabe, pero seamos francos, no me das mucho material con el que trabajar. He recurrido a una pequeña licencia poética. Pero si contase la verdad, solo te encontraríamos interesante Naveen y yo, y de Naveen no lo tengo tan claro.

-¿Qué pasa? ¿Es la semana de meterse con Shantaram? Para el carro, Didier. Ya me han hostigado bastante por hoy.

No pudo replicar porque se oyó un grito repentino.

-¡Un incendio!

Nos giramos y vimos las llamas alzarse desde la costa, no muy lejos de nosotros.

-Es la colonia de pescadores -dijo Naveen.

-Se han incendiado las barcas -dije.

-¡Quédate con Diva! -le gritó Naveen a Didier mientras yo corría a por la moto.

-Las chicas están a salvo conmigo -respondió Didier a gritos, abrazando a las Divas de Diva-. ¡No os matéis, por favor!

Naveen y yo adelantamos a las riadas de gente que corrían desde el suburbio hacia el incendio de la siguiente cala. Dejamos las motos en mitad de la carretera, cerca de la mediana de hormigón. Desde allí se veían arder los botes.

La playa, donde los pescadores vivían en humildes chozas, estaba a oscuras, pero la cala daba a una carretera principal con un cruce y los faros de los coches sacaban frías fotografías del incendio, a escasos veinte metros.

Los botes ya estaban carbonizados, reducidos a versiones resecas de las robustas embarcaciones que habían sido. A su lado todavía ardían las bocas de bordes rojos de las brasas.

Se habían perdido los botes, pero el fuego todavía no había destruido las viviendas y la gente trabajaba desesperadamente por salvarlas.

Naveen y yo nos protegimos la cara con pañuelos y cruzamos corriendo la calle para sumarnos a las brigadas de cubos. Ocupé un hueco entre dos mujeres, aceptaba el cubo de una y se lo pasaba a la otra. Eran rápidas, y me costó seguirles el ritmo.

Oíamos gritos de mujeres y niños en la playa, aislados por el fuego. Se habían protegido con sus hijos en las aguas menos profundas.

Los bomberos atravesaban llamas y humo tratando de ayudarles. Los bomberos entraban en cabañas en llamas para rescatar a los niños. Los bomberos ardían, los restos de aceite y queroseno de las chozas prendían las mangas y pantalones de los uniformes.

Un salvador apareció a mi lado saliendo de la humareda con un niño en brazos. Le ardía el pelo, pero no le prestó atención. Pasó por mi lado, pero no podía romper la cadena de los cubos y no pude ayudarle.

El olor a piel quemada me penetró en la cabeza mientras pasaba cubos de agua y allí se quedó, como un caballo muerto encontrado en los prados de la memoria.

¿Hay un límite para el número de espantos que pueden verse y experimentarse en una vida? Por supuesto que lo hay: el límite es uno y ninguno.

Los cubos pararon. Todo el mundo estaba arrodillado o mirando al cielo. Llovía. No me había dado cuenta.

Seguía oliendo a piel quemada y, por lo que fuera, recordando la cabeza cercenada junto a la carretera de Sri Lanka. Seguía en la pradera del ayer.

Diluviaba. Los fuegos chisporroteaban. Los bomberos derribaron las estructuras más peligrosas y contuvieron el incendio. La gente bailaba. De haber estado de mejor humor o con Karla, habría bailado con ellos.

Regresé caminando por la playa y alcé la vista más allá de los botes quemados, al muro de árboles del final. De entre las sombras y el humo empezaban a surgir siluetas grises.

Figuras grises, fantasmas o demonios, que iban acercándose despacio.

Las tripas de las embarcaciones estaban saturadas con cien años de aceite de pescado y el humo que nos envolvía era de un azul casi negro.

Los hombres que se nos aproximaban atravesando esa negra niebla estaban manchados de la misma sustancia porque habían provocado el incendio. Estaban grises por la ceniza y el humo y el polvo de los árboles donde se habían escondido.

La lluvia les rayaba las caras, transformándolos en tigres grises que avanzaban despacio por una jungla de humo. Tardé unos segundos en darme cuenta de que eran Escorpiones.

La verdad es que a veces el tiempo se ralentiza, cuando el amor y el miedo se combinan con la historia, incluso aunque se trate tan solo de la historia de un lugar insignificante como la cala de los pescadores de Colaba. Los latidos se convierten en martillazos y de pronto lo ves todo. Ya estás en otra parte: ya estás muerto. Y nunca has estado más despierto, ni has sido más consciente de cada voluta de humo.

Vi a los Escorpiones avanzar lentamente hacia nosotros. Vi a la gente, que seguía bailando a mi espalda. Vi niños, perros y ancianos sentados en la arena. Vi bomberos, de pie entre las cabañas, con los uniformes humeantes.

Los Escorpiones todavía estaban a unos sesenta metros de distancia. Llevaban cuchillos y hachas. Provocar el incendio había constituido el Primer Acto y ahora se disponían a rematar la obra.

Desenfundé los cuchillos y eché a correr hacia ellos. No sabía lo que

hacía. En aquel momento me pareció que lo más importante era dar tiempo a los que tenía detrás a que reaccionaran y huyeran. Gritaba. Supongo que chillaba.

Al tercer o cuarto paso dejé de pensar y ocurrió algo con el sonido. No oía nada. Susurros, aleteos sin pájaros me atravesaban como lanzas de luz.

Asía un cuchillo en cada mano y corría por un túnel, sordo. No oía ni mi propia respiración. Me pareció una eternidad, pero sabía que cuando llegara, todo pasaría demasiado rápido.

Alguien corría conmigo. Era Naveen, pero no corría conmigo, estaba estirándome del chaleco, tirándome al suelo. Caí con tal fuerza en la arena que el mundo regresó, y con él volvieron de golpe todos los gritos y los chillidos y las sirenas. Naveen tenía medio cuerpo encima de mí, donde habíamos caído juntos.

Me señalaba algo. Recorrí el brazo estirado con la vista y vi a los polis, montones de policías, corriendo y disparando a placer. Los Escorpiones caían o se rendían. Rayo Dilip estaba pateando a uno.

Naveen y yo seguimos tirados en el suelo. Naveen sonreía y lloraba y reía, todo a la vez. Me apretaba el hombro con fuerza.

A partir de aquella noche el indoirlandés me quiso y jamás me permitió ponerlo en duda. A veces, la acción más valiente es la que no llegamos a cometer. Y a veces la chispa que prende el amor de un hermano, entre hombres que no lo son de nacimiento, no es más que una mera intención.

Estuvimos dando vueltas con la moto por la zona de la cala hasta que llegaron Abdullah, Ahmed y Tony Alto. Informé a Abdullah de lo que sabía y luego regresé al concierto de jazz de Back Bay.

El grupo se había marchado y solo quedaba un puñado de jóvenes. Nos explicaron que Didier, el preferido de los fumetas, había dejado el mensaje de que estaba visitando a un tal Johnny Cigar.

Diva se incorporó rápidamente en cuanto nos vio entrar en su chabola.

-¿Qué te crees que haces, idiota? -preguntó.

-Estoy bien -dije.

-¡Tú no! -me espetó-. El otro idiota. ¿Qué te crees que estabas haciendo enfrentándote a un incendio? ¿Es que has perdido la

cabeza?

-Con Didier estabas protegida -protestó Naveen-. Solo me he ido una hora.

-¿Y a ti quién te protegía? -preguntó Diva, adelantándose para clavarle el dedo en el pecho.

Naveen sonrió, feliz.

-¿Por qué estás contento?

-Te preocupas por mí -respondió Naveen, moviendo el dedo delante de la nariz desafiante de Diva-. Te importo.

-Pues claro que me importas. Vaya mierda de detective estás hecho.

-Uau -exclamó Naveen.

-¿Eso es todo lo que tienes que decir?

-Uau.

-Como lo repitas, te llevas un sartenazo -amenazó Diva-. Cierra la boca y bésame.

Estuvieron a punto de besarse, pero de fuera llegó un gran griterío y un repiqueteo de ollas y cacharros. Alguien avanzaba por el suburbio y quería que se supiera.

Naveen dejó a Diva en manos de Sita, listas para escapar por los callejones traseros hacia la costa. Johnny Cigar, Didier, Naveen y yo nos plantamos en el único camino que llegaba de la zona principal del suburbio.

Oímos una voz que se destacaba por encima de las otras gritando en inglés. Era Kavita Singh. Cuando salió al claro delante de la chabola de Diva, vimos que sonreía y una guardia de honor femenina la vitoreaba. Diva dejó a Sita para salir a recibirla.

-Para ti sola -dijo Kavita, entregándole un diario a Diva-. Primera plana de hoy. Llegará a los quioscos en pocas horas, pero he pensado que debías ser la primera en verlo.

Diva leyó el artículo principal, miró las fotografías de su padre, me pasó el diario y se dejó caer en los brazos de Naveen.

Habían capturado a la banda responsable de la matanza en la

mansión Devnani. Habían confesado el crimen y estaban en prisión. Era una organización mafiosa chino-africana que controlaba la mayoría de los placeres farmacéuticos que cruzaban ilegalmente Bombay de camino a Lagos.

Desmantelar la organización y resolver los asesinatos, informaba la policía, era un triunfo atribuible a la cooperación de agentes de diversos países. El director ejecutivo provisional de Devnani Industries, Rajesh Jain, volvía a pedir a la heredera desaparecida que reclamara su legado.

Para Diva la amenaza había desaparecido y podía abandonar las lámparas de queroseno y volver a vivir en el mundo eléctrico.

-Lin -dijo Didier-. ¿Saco la petaca?

Didier había estado de cháchara y bromas con Kavita. La expresión de la periodista me dijo que me consideraba una interrupción y que no pusiera a prueba su paciencia.

-¿Cómo te has enterado de que Diva vivía aquí, Kavita?

-Karla y tú estáis conectados físicamente -gruñó, echando un trago de la petaca de Didier-. Dímelo tú.

-¿Qué insinúas?

-¿Por qué no te vas a casa, Lin? Porque tienes casa, ¿no?

No sabía por qué estaba tan enfadada y no me importaba.

-Adiós, Kavita.

Salí andando a la calle, y acababa de arrancar cuando una moto paró a mi lado y alguien me llamó por mi nombre. Era Ravi, el soldado de la Compañía con el que había patrullado la noche del contrato.

-Me manda Abdullah -dijo, sin bajarse del vehículo y con las manos en el manillar-. Los Escorpiones han matado a Amir. Y Farid ha muerto.

-Que en paz descansen. ¿Qué ha pasado?

-Los Escorpiones han sacado a Amir a rastras de su casa y lo han matado en plena calle.

-Mierda.

-Farid ha enloquecido. Se ha abierto paso a tiros hasta los calabozos.

-¿Y?

-La poli ha huido y Farid se ha cargado a tres Escorpiones de los que habían detenido por el incendio. El grandullón, Hanuman, ha salvado a Vishnu. Ha aguantado seis balazos, pero se acabó el grandullón para siempre. El tío del bigote, Danda, también está muerto.

-¿Y Farid?

-La poli ha vuelto armada hasta los dientes y se ha cargado a Farid. Dicen que le han disparado sesenta veces.

-*Y'Allah.*

-Sal de la calle, tío. Esto es el salvaje Oeste, indios contra vaqueros, y soy demasiado indio para tanta mierda.

Se alejó a toda velocidad, un mensajero en una zona militarizada. Ravi estaba asustado y furioso: mala combinación.

Nunca le había visto asustado. Era uno de los tranquilos, todas las bandas tienen algunos. Pero la pérdida de Amir, un hombre franco, el primero en salir a bailar en cuanto sonaba la música, el primero en golpear cuando empezaba la acción, y de Farid Arreglatodo, el campeón de boxeo, ambos miembros de pleno derecho del Consejo de Sanjay, atemorizaba al joven gángster.

Habían muerto Escorpiones. Habían muerto hombres de la Compañía. Otros se les sumarían en el ocaso escarlata. Ravi vivía cada noche como si fuera la última. Era la guerra. Era el fracaso de todo.

Regresé en moto al Amritsar. Necesitaba dormir y, luego, descubrir qué quedaba en la calle que no hubiera enloquecido. Necesitaba saber qué parte del negocio seguía en pie y qué parte había salido huyendo.

Aparqué en el callejón que dividía el hotel. Supongo que había aparcado en el mismo sitio demasiado a menudo porque me puse a limpiar la moto sin prestar atención.

Me levanté y me topé con madame Zhou, pegada a mí. También estaban los gemelos, uno a cada lado.

Los acompañaban otros dos hombres: bajos y delgados, con la clase de hambre en la mirada que nada podría saciar. Tenían las manos en los bolsillos de la chaqueta. Eran los lanzadores de ácido.

-Madame -saludé-. No te ofendas, pero como los lanzadores saquen las manos de los bolsillos voy a liarla bien liada. Y cuando termine, habrá más de uno muerto o quemado.

Se rió. Tal vez para que pudiera asegurarme de que se reía, encendió una luz por debajo del velo. Era un tubito de luz recargable que llevaba al cuello a modo de collar por dentro del velo negro de blonda.

La mantilla pendía de una peineta rígida, sujeta en la coronilla y fabricada con un material negro y brillante: arañas muertas, supuse. El velo de blonda caía hasta un vestido de tafetán negro que arrastraba por el suelo y le tapaba los pies.

Debía de llevar zapatos de plataforma, porque la peineta de la menuda mujer me llegaba casi a la altura de los ojos. La luz atravesaba la blonda y le iluminaba la cara desde abajo.

Creo que perseguía una revelación irresistible de su famosa belleza. No lo consiguió. Seguía riéndose.

-Estoy cansado, madame -dije.

-Esta noche ha muerto tu amigo Vikram -replicó al instante, apagando la luz.

Lo entendí. La luz no era para excitarme: era para apagarse. En la repentina oscuridad, su cara era una sombra que respiraba.

-¿Vikram?

-El vaquero. Ha muerto.

Miré fijamente el espacio negro de su cara, enfadado y pensando en los lanzadores de ácido y en Karla.

-No me lo creo.

-Es verdad -dijo.

Ladeó ligeramente la cabeza, observándome con sus ojos invisibles.

Yo vigilaba a los lanzadores de ácido. Había visto a sus víctimas. Conocía a algunas: gente con el rostro desfigurado, una máscara de piel estirada donde, en lugar de la nariz y la boca perdidas, se abrían agujeros para poder respirar, y sin ojos.

Mendigaban en la calle y se comunicaban mediante el tacto. Acordarme de ellos me enfureció aún más, cosa buena, porque

estaba asustado.

-¿Cómo te has enterado?

-Es oficial -respondió-. Un caso policial. Se ha suicidado.

-No puede ser.

-Claro que puede ser -susurró-, y así ha sido. Consiguió heroína para una semana y se la inyectó de golpe. Dejó una nota de suicidio. Tengo una copia. ¿Te gustaría verla?

-¿Sabes, madame? Solo hemos coincidido dos veces y ya desearía no haberte conocido.

-Las drogas se las di yo.

«Oh, no -suplicó mi cabeza-. No, por favor.»

-El asesinato más barato de mi vida -dijo-. Ojalá toda la gente que odio fuera drogadicta. Me facilitaría mucho la existencia.

Se rió. Me costaba respirar. Era difícil vigilarlos a los cuatro: cinco, si contaba a la araña del tamaño de una mujer menuda llamada madame Zhou.

El pasaje abovedado estaba oscuro y vacío. No había nadie en la calle.

-Me engañó -siseó-, con joyas. Nadie me tima. En particular en temas de joyas. Te lo advierto, Shantaram: mantente alejado de ella.

-¿Por qué no vuelves y lo hablas con Karla en persona? Me gustaría verlo.

-De Karla no, tonto, de Kavita Singh. Mantente alejado de Kavita.

Desenfundé despacio. Los gemelos se sacaron sendas porras de la manga. Los lanzadores de ácido cambiaron el peso de pie, preparados para atacar.

Madame Zhou estaba a una embestida de distancia. Con el impulso correcto, podría agarrarla y arrojarla contra los lanzadores de ácido. Tenía un plan. Un plan a un suspiro de llevarse a la práctica.

-Adelante -dije-. Acabemos de una vez.

-Esta noche no, Shantaram -dijo, dando un paso atrás-. Pero seguro

que no es la primera vez que te lo dicen.

Retrocedió lentamente, tambaleándose sobre las plataformas, arrastrando el vestido por el suelo, una sombra de tafetán espantando las ratas de vuelta a sus agujeros.

Los lanzadores se dispersaron. Los gemelos retrocedieron tras madame Zhou, fulminándome con la mirada.

Había amenazado a Karla y ahora le interesaba Kavita. Madame Zhou desapareció mucho antes que mis ganas de seguirlos y acabar con todo. Pero ya bastaba de muertos: había habido suficientes por una noche.

Regresé a mi habitación, bebí algo, fumé los restos del hachís celestial de Lisa, bailé un rato con música y luego abrí el diario para escribir.

Farid y Amir, muertos. Hanuman y Danda, muertos. Las barcas y las chozas de la playa, calcinadas. Y Vikram, muerto. Vikram, el pasajero del tren del amor. Vikram, muerto.

El cambio es la savia del tiempo. El mundo estaba cambiando, a destiempo, y se movía por debajo de mí como una ballena, que emergía a respirar. Las piezas de ajedrez se movían solas. Nada era igual y sabía que, durante una temporada, nada sería mejor.

Los muertos recientes también son antepasados. Respetamos la cadena de la vida y el amor cuando celebramos la vida, no cuando lloramos la muerte. Todos lo sabemos, todos lo decimos, cuando nos dejan seres queridos.

Pero aunque sabemos que la muerte es la verdad y nos cantamos cuentos, no podemos negar el dolor de la pérdida, salvo por una ternura hiriente.

El llanto es bueno. No es irracional ni puede serlo. Es una pureza más allá de la razón. Es la esencia de lo que somos y el espejo de lo que devendremos. Amor.

Lloré por Vikram. Sabía que no lo habían asesinado, sino que lo habían liberado: era un alma prisionera dada a una fuga eterna. Pero aun así llené el vacío con bailes y lágrimas.

Y despotriqué y deliré y escribí cosas extrañas que en mi diario debieran ser ciertas. La mano recorría las páginas como un animal enjaulado. Cuando se me nubló la vista y las palabras que había

escrito en negro me recordaron a la blonda negra del velo de madame Zhou, me dormí en una telaraña de pesadillas: atrapado, a la espera de la llegada sigilosa de la muerte.

DÉCIMA PARTE

El pecado es desconexión, y nada nos desconecta más completamente a unos de otros que el gran pecado: la guerra. La lucha por el control del crimen en el sur provocó que los amigos se volvieran unos contra otros, que los enemigos atacaran sin avisar y que los policías suplicaran la paz porque la contienda estaba acabando con el negocio de todos.

Los Escorpiones se reagruparon bajo el liderazgo de Vishnu y trajeron a Bombay a más de una veintena de hombres del estado norteño de Uttar Pradesh. Eran luchadores callejeros experimentados y, a la semana de su llegada, habían expulsado a la Sanjay Company de Fuente Flora y la zona del Fuerte.

La Sanjay Company, al ver anexionado su imperio por trozos, reaccionó rápidamente a la invasión norteña: mataron al líder a menos de cien metros de su mansión.

Hussein Dos, el primer soldado en luchar por Khaderbhai hacía ya décadas, se plantó frente al coche de Sanjay cuando este salía de la mansión. Disparó al parabrisas hasta que mató a Sanjay y a sus dos guardias afganos.

Rebautizó la Compañía con su nombre, como suelen hacer los regicidas, y aupó al rey niño, Tariq, a miembro de pleno derecho del Consejo de la nueva Hussein Company. La primera decisión de Tariq como parte del Consejo fue exigir una matanza. «Matadlos a todos -contaban que había dicho el chico-. Matadlos a todos y quitádselo todo.»

Se convirtió en el nuevo lema de la Hussein Company -«Quitádselo todo»-, cuando en otro tiempo había sido «Verdad y Valor».

El pecado se va acumulando hasta que el peso rasga el último vestigio de tolerancia y el viento invernal se lleva los hilos raídos del honor y la fe dejando solo odio desnudo a la vista.

Karla volvió a hablarme, pero estaba mucho más ocupada que antes: demasiado ocupada para compartir conmigo algo más que una comida de vez en cuando. Diría que el suicidio de Vikram la afectó físicamente un tiempo, pero tal vez Karla se limitara a mostrarme lo que yo me negaba a aceptar.

Dejó de reír y de sonreír. Durante una temporada fue la Karla que era cuando la conocí: la Karla que no sonreía. Y no se quedaba a dormir.

Era una prueba de resistencia pensada para exconvictos o músicos. Caminaba entre redes de testosterona, adrenalina y feromonas, desconectado de la mujer que amaba y a quien no podía hacer el amor, solo hablarle un día sí y otro no.

Y seguía irritable. Pero la irritabilidad ahora era lo normal en Bombay Sur, nadie la notaba.

La medida de un hombre es la distancia entre su yo humano, minuto a minuto, y su yo devoto. Yo era devoto de Karla, pero la distancia entre nosotros dejaba abandonado a mi yo devoto custodiando una vela contra el viento, mientras el yo humano estaba fuera, vagando por las calles.

Ocurría que por entonces todas las calles de la ciudad se habían convertido en un carnaval de vagabundos.

«El Miedo es pobreza de Verdad y la Avaricia es pobreza de Fe», me había dicho en una ocasión Idriss. El miedo y la avaricia merodearon por turnos por las calles y los barrios bajos de Bombay Sur durante semanas: seis largas semanas de tensión, pillaje, especulación y sangre por los callejones.

Hachís, marihuana, anfetas, calmantes y psicotrópicos costaban cinco veces su precio normal. Los funcionarios más avezados encarecieron debidamente los sobornos, desencadenando una cascada de corrupción que les reportó a todos pequeñas fortunas y dobló la mordida de diez rupias que los guardias de tráfico exigían en los controles de velocidad. La avaricia salía rentable mientras brillaba la luna y el miedo era el único compañero constante de las calles.

Conocí a un chico recién reclutado para la Hussein Company que me cayó bien y, a la hora, me enteré de que lo habían matado. Y pasó otra vez, a otro joven luchador de la Hussein Company, a los pocos días, con solo unas horas de distancia entre un apretón de manos y un puñado de tierra.

En ambas ocasiones me dolió, incluso aunque no tuviera nada que ver conmigo. Consiguió que me incomodara cada vez que conocía a un nuevo soldado callejero, emocionado por el conflicto.

Los Asesinos de la Bici aceptaban contratos de la Hussein Company y ejecutaban a hombres de la Scorpion. Los Escorpiones derribaban a los hombres de Hussein de las motos. Los hombres de Hussein incendiaron un bar de los Escorpiones con cócteles molotov.

Los Escorpiones robaron un banco de Bombay Sur y salieron indemnes. La Hussein Company se vengó atracando un furgón de transporte de dinero en territorio Escorpión y salió indemne. Ambas bandas emplearon el dinero robado para sobornar o amenazar a los empleados y guardias jurados de los bancos. A falta de testigos, se retiraron los cargos.

Todo el que tenía una pistola para vender quería el triple del precio de mercado. Los que necesitaban una pistola vendían las joyas de boda de la mujer para comprarla. La era de las hachas y las navajas, de pelear cuerpo a cuerpo, pasó, reemplazada por tiroteos ojo por ojo.

En una guerra callejera, cualquier rincón oscuro puede matarte, y los rincones oscuros mataban a un ritmo de cuatro personas semanales hasta que cesó la violencia. Contraté a dos de los mejores luchadores jóvenes de Comanche para que siguieran a Karla de lejos y la protegieran durante esas semanas. Quise hacerlo yo mismo, pero no me lo permitió.

La guerra en Bombay Sur terminó de forma tan repentina como había empezado, en un día, con una tregua entre la Hussein Company y la Scorpion Company y una reunión entre Hussein y Vishnu. Con independencia de lo que se dijeran en privado, al salir no solo declararon la paz, sino la fraternidad y la integración de las bandas.

Las dos compañías acordaron fundirse en una. El nombre de la nueva Compañía planteaba un problema, porque algunos hombres de Khaderbhai-Sanjay-Hussein preferían pegarse un tiro a llamarse Escorpiones.

La nueva banda mafiosa se llamó Vishnu Company. Aunque tenía más efectivos, Vishnu dominaba mucho menos territorio que Hussein y se decidió que bautizarla en su honor sofocaría la rebelión en las calles y disuadiría de posibles incursiones de bandas externas en los disturbios de Bombay Sur.

Ambos líderes presidían las reuniones del Consejo y ambos reconocían la autoridad del otro. Se repartieron igualitariamente los puestos del Consejo entre los miembros de las antiguas facciones y se distribuyeron equitativamente el botín de la paz.

Se trataba de un equilibrio complicado entre una confianza limitada y un odio ilimitado, y para fomentar la colaboración, mandaron a sobrinos y sobrinas de ambos bandos a vivir con el enemigo y consolidar la tregua con el latido de sus gargantas.

Y cuando los rehenes se integraron en las familias cuya tarea consistía en cuidarlos como a uno de los suyos y matarlos si se rompía la tregua, seis semanas de guerra acabaron en un día y las calles volvieron a ser un territorio sin ley seguro.

Cuando se reinstauró la paz, pagué a los jóvenes luchadores del gimnasio de Comanche que habían custodiado a Karla. Aceptaron el dinero, pero me dijeron que no podrían volver a trabajar para mí.

-¿Por qué no?

-Porque Karla nos ha contratado para trabajar para ella, como agentes de campo para Amores Perdidos.

-¿Agentes de campo?

-Sí, Linbaba. Flipante, *na?* Soy un agente de campo que investiga casos de desaparecidos. Ya está hablado y cerrado, *yaar*. Hace solo unas semanas estaba echando a borrachos del bar de Manny.

-A mí me gusta el bar de Manny -protesté.

-Llevo un diario -dijo su amigo-. Voy a escribir una película para Bollywood. Sobre los casos que investigue y demás. La señorita Karla mola, tío. Mola un montón. Nos vemos, Lin. ¡Gracias por la prima!

-Hasta la vista.

Hice las rondas por los locales de mis cambistas, siendo amable y amistoso cuando podía y repartiendo bofetones en caso necesario.

Parecía que la tregua aguantaba. Vi a Escorpiones conduciendo con hombres de Hussein y hombres de ambas bandas controlaban la lotería, la prostitución y las drogas codo con codo, hermanos en el mal.

Me tomé un descanso y fui a sentarme en la moto a contemplar la puesta de sol en Marine Drive. Un grupo de percusionistas estaba ensayando en el camino ancho. Era la última semana de la temporada de festivales y por todo Bombay los músicos perfeccionaban sus técnicas para las procesiones y bodas que los habían contratado.

Los niños se zafaban de las manos de sus padres para bailar y reír junto a los percusionistas. Los padres se colocaban detrás, dando palmas y cabeceando al son del ritmo irresistible. Los niños brincaban contentos, sacudiendo y agitando sus delgadas extremidades. Con público, los músicos alcanzaban una intensidad que rozaba la histeria

y mandaban sus notas por el mar hacia la puesta de sol. Los observé mientras la tarde se convertía en noche y vertía su tinta sobre las olas.

«¿Qué estamos haciendo, Karla? -pensé-. ¿Qué estás haciendo?»

Di media vuelta con la moto y volví al Leopold's. Confiaba en encontrar a Kavita Singh y hablarle de madame Zhou. En las semanas transcurridas desde que madame Zhou había emergido de su mar de sombras debajo del hotel Amritsar, había intentado en diversas ocasiones contactar con Kavita, pero sin éxito. Cuando las frías miradas de los trabajadores de la recepción del periódico se convirtieron en un muro inviolable, comprendí que Kavita estaba evitándome. No sabía por qué podía ser ni qué había hecho yo para ofenderla, y decidí dar tiempo al Destino para volver a reunirnos. Pero me preocupaba que madame Zhou la hubiera mencionado y no podía quitarme de encima la sensación de que debía advertirla. Al final fue uno de mis contactos callejeros quien me sopló que se la veía con Didier cada tarde, de tres a cuatro, en el Leopold's.

Didier se había convertido en una especie de amor perdido para el Leopold's y sus frecuentes ausencias dolían al personal. Los trabajadores expresaban su desaprobación comportándose con escrupulosa educación cuando le servían, porque nada le irritaba más.

Didier los insultaba para sacarlos de su insoportable urbanidad. Se empleaba a fondo, utilizaba algunos insultos que reservaba para emergencias. Pero no cedían, y su cruel cortesía le clavaba una espinita en el pecho con cada pútrido «por favor» e imperdonable «gracias».

-Lin -me dijo, sentado con Kavita Singh a la mesa de costumbre-. ¿Cuál es tu crimen favorito?

-¿Otra vez? -pregunté.

Me incliné a besar a Kavita en la mejilla, pero como se llevó el vaso a los labios me conformé con saludarla. Estreché la mano de Didier y me senté a su lado.

-Sí, otra vez -dijo Kavita, bebiéndose medio vaso.

-Ya te lo dije: la sublevación.

-No, estamos en segunda ronda -dijo Didier, sonriendo con aire misterioso-. Kavita y yo estamos jugando. Le pedimos a todo el mundo que nombre su segundo crimen favorito y luego contrastamos

nuestras teorías sobre el interrogado con las respuestas a ambas preguntas.

-¿Elaboráis teorías sobre la gente?

-Hombre, Lin -dijo Kavita sonriendo-. No me digas que no tienes una sobre mí.

-Pues no, la verdad. ¿Cuál es la tuya sobre mí?

-Ah -exclamó Didier con una mueca-. No estropees el juego. Primero tienes que decirnos tu segundo crimen favorito y así luego podemos confirmar las teorías.

-De acuerdo, ¿mi segundo crimen favorito? Resistencia a la autoridad. ¿Cuál es el tuyo, Kavita?

-Herejía.

-La herejía no es delito, al menos en la India -objeté, pidiendo ayuda a Didier con una sonrisa-. ¿Entra en las normas del juego?

-Me temo que sí, Lin. Cualquier cosa que conteste la gente entra, lo importante es la respuesta.

-¿Y tú, Didier? Tu favorito era el perjurio, ¿tengo razón?

-Por supuesto -repuso felizmente-. Deberías jugar con nosotros.

-Gracias y no, pero me gustaría saber tu segunda opción.

-Adulterio.

-¿Por qué?

-Bueno, incluye amor y sexo, por supuesto -contestó-. Pero también porque es el único delito que todo adulto comprende. Es más, como no se nos permite casarnos, es uno de los pocos delitos que no podemos cometer los gays.

-Porque el adulterio es un pecado, no un crimen.

-¿Te nos estás poniendo religioso con tanto hablar del pecado, Lin? -se mofó Kavita.

-No. Empleo el término en un sentido menos específico, más general.

-¿Pueden conocerse más pecados que los propios? -preguntó Kavita, apretando las mandíbulas en un gesto retador.

-¡Duro ahí! -animó Didier-. Me encanta. ¡Camarero! ¡Otra ronda!

-Si la gente considera imposible una comprensión colectiva de las cosas, que les vaya bonito. Si aceptas un lenguaje común, puedes hablar del pecado con sentido y sin aludir a la religión. Es lo único que digo.

-Entonces ¿qué es? -preguntó Kavita-. ¿Qué es pecado?

-Pecado es cualquier cosa que dañe al amor.

-¡Oh! -chilló Didier-. ¡Me encanta, Lin! Venga, Kavita, saca a pasear a la pantera. ¡Réplica!

Kavita se recostó en la silla. Llevaba una falda negra y un top negro sin mangas con la cremallera bajada hasta la medialuna. El pelo, negro y corto, estilo chic urbano en cualquier lugar del mundo, le caía formando un flequillo desfilado sobre la cara sin maquillar, de treinta y un años y lo bastante bonita para vender cualquier cosa.

-¿Y si toda tu vida es pecado? -dijo, desdeñosa-. ¿Y si cada respiración daña al amor?

-Lo bueno del amor -repuse- es que borra los pecados.

-Una cita de Karla, ¿verdad? -me espetó-. ¡Qué adecuado!

Estaba enfadada y yo no lo entendía.

-Sí. Karla da muchas citas.

-Y que lo digas -remachó con amargura.

La voz y el tono sonaban agresivos. Entonces no lo entendí como debiera.

Había ido al Leopold's a avisarla de que madame Zhou se había obsesionado con ella. No me había parado a pensar en el juego con el que se entretenía con Didier porque estaba esperando un hueco en la conversación para contarle lo que sabía. Si hubiera prestado atención, quizá me habría preparado para el siguiente comentario.

-¿Pecado? ¿Amor? ¿Cómo puedes siquiera pronunciar las palabras sin que se te atraganten?

-Hey, Kavita, un momento. ¿De qué estás hablando?

-Hablo de que nunca, ni siquiera durante un minuto, dejaste de pensar en Karla cuando te acostabas con Lisa.

-¿A qué coño viene eso?

Didier trató de alejar la tormenta.

-El segundo crimen favorito de Naveen es esconder a un fugitivo. Con lo que su perfil queda completo. ¿Queréis escucharlo?

-¡Calla, Didier! -ordenó Kavita.

-Kavita -dije-, si tienes algo que decir, escúpelo.

-Te escupiría a la cara -dijo, dejando el vaso en la mesa.

-Adelante.

-Lisa iba a dejarte por mí, Lin -dijo Kavita-. Antes ya había estado una temporada con Rosanna, de la galería de arte, solo por probar, pero hacía meses que éramos amantes. Y si te hubiera dejado antes para vivir conmigo ahora estaría viva.

«Vale -pensé-, ahora ya lo sabemos.» Estaba claro que Kavita no había caído en lo irónico que resultaba acusarme de pensar en Karla mientras estaba con Lisa cuando ella estaba con Lisa mientras esta estaba conmigo. Los celos no tienen espejo y al rencor le cuesta escuchar la verdad.

-Mira, Kavita -dije, levantándome para irme-. He venido a decirte que la otra noche me topé con una loca suelta a la que llaman madame Zhou y me aconsejó que me mantuviera lejos de ti. No creo que me cueste mucho.

Salí del bar.

-¡Lin, por favor! -me llamó Didier.

Arranqué la moto y fui de los cambistas al banco negro y viceversa. Visité los escondites de mis ahorros. Fueron pasando las horas y hablé con una docena de personas, pero no pude dejar de pensar en Lisa. Mi querida Lisa.

El amor es siempre un loto, da igual donde lo encuentres. Si Lisa había encontrado el amor o incluso un poco de diversión con Kavita Singh, una chica que siempre me había gustado, me alegraba por ella.

«¿Tanto nos habíamos distanciado que no podía contarme que estaba

con Kavita?»

Lisa siempre me sorprendía y siempre me desconcertaba un poco. Pero me había dejado llevar por los besos y siempre la había apoyado, daba igual en qué dirección la condujera su mentalidad de Acuario. Me dolía pensar que no habíamos estado lo bastante unidos. Me dolía aún más pensar que quizá Kavita tuviera razón y Lisa todavía seguiría viva, sería feliz, si me hubiera dejado antes para vivir con ella: tal vez si hubiera sido más sincero, Lisa habría estado más dispuesta a contarme la verdad.

Me dolía tanto, de hecho, que me alegró recibir un mensaje del Tuareg. Me obligaba a conducir durante horas entre un tráfico atroz para visitar a una de las mentes más peligrosas de la ciudad.

El Tuareg era un especialista retirado que había trabajado durante años en la Khaderbhai Company. Era miembro de pleno derecho del Consejo, con voto, pero nunca acudía a las reuniones porque era el torturador de la Compañía.

Su trabajo consistía en garantizar docilidad y extraer información. Era un trabajo que muchos en la Compañía querían que se hiciera y nadie, excepto el Tuareg, estaba dispuesto a acometer. Pero el Tuareg no era torturador por una tendencia sádica: sencillamente había descubierto que se le daba bien.

Había sido psiquiatra, de la escuela freudiana, en el norte de África. Nadie sabía exactamente dónde. Llegó a Bombay y entró a trabajar para la Khaderbhai Company. Aprovechaba sus conocimientos psiquiátricos para descubrir los miedos más profundos de los sujetos y luego magnificarlos hasta que los sujetos obedecían. Su porcentaje de éxito, alardeaba tranquilamente, superaba al del psicoanálisis freudiano a secas.

Hacía años que no le veía; desde que se había retirado de la tortura y se había mudado a Khar. Me habían contado que dirigía una franquicia de loterías ilegales desde una juguetería.

Cualquier otro día la nota pidiéndome una visita podría haberme preocupado: el Tuareg era un hombre perturbador. Aquel día, me alegró tener algo inquietante que me despejara la cabeza.

Puse rumbo norte hacia lo que por entonces era un barrio remoto de las afueras de Khar. Bombay crecía tan rápido que la zona sur, que había sido el corazón creativo de la ciudad, comenzaba a convertirse en un pulso remoto de la acción y la actividad que latían en el corazón, más grande, de los barrios del norte.

Viviendas y edificios comerciales nuevos atiborraban los solares antes vacíos. Empezaban a erigirse fábricas textiles, que diseñaban fama sobre los cascotes y desechos de la construcción. Vistosas tiendas de marca competían en las avenidas principales con las llamativas imitaciones de los tenderetes callejeros, que se reflejaban en los escaparates de las marcas que copiaban.

Dejé atrás casas y centros comerciales vendidos a medio construir, como si finalmente hubieran puesto precio a la esperanza. Una larga cola de vehículos cosía esos retales de aspiraciones a acres de ambición: calles de coches que recorrían como cicatrices la cara y la

frente de lo que hacemos en la Tierra.

La residencia del Tuareg era amplia y moderna: un *palazzo* marroquí. El hombre de tez morena y vestido de negro que me abrió la puerta parecía un profesor barbudo: un erudito que se palpó la cabeza con gesto ausente buscando las gafas.

-*Salaam aleikum*, Tuareg.

-*Wa aleikum salaam*, Shantaram -respondió, tirando de mi chaleco-. ¿Tenías que venir en la moto? Entra. Estás asustando a los vecinos.

Me condujo por la casa, compuesta por un continuo de pasadizos abovedados, como si el hogar fuera una colmena y nosotros las abejas.

-Confío en que lo entenderás: tengo que presentarte primero a mi mujer para ver si aprueba que hayas venido.

-Ya... veo.

Recorrimos varios pasadizos hasta un espacio donde la planta superior se perdía en un techo altísimo.

En el centro de dicha estancia había una mujer, de pie en una plataforma de tres escalones de alto. Iba vestida con un burka negro brillante, tachonado de joyas negras. Una redecilla de encaje le cubría el rostro: sus ojos podían escrutar los míos, pero yo no veía los suyos.

No sabía si debía decir algo. El Tuareg me había mandado un mensaje y yo había respondido. De cara a la mujer cubierta de estrellas negras, no tenía ni idea de qué me esperaba.

Por la inclinación de la cabeza deduje que me miró de arriba abajo un par de veces. No creo que le gustara lo que vio. Ladeó la cabeza en sentido contrario, meditando la cuestión.

-Una hora -sentenció, con la cabeza todavía ladeada mientras giraba por un pasadizo abovedado que conducía a un pasadizo abovedado que conducía a otro pasadizo abovedado.

El Tuareg me condujo por varios pasadizos a una sala de *majlis*, con tupidas alfombras en el suelo y mullidos cojines contra las paredes. Los jóvenes de la familia nos sirvieron zumo de coco y humus con lima amarga y palitos de espárrago y nos sentamos juntos en el suelo.

Para cuando terminamos el tentempié, los jóvenes ya nos habían

traído té caliente, servido con un samovar de cuello largo. Nos lavamos las manos con agua templada al aroma de mandarina que nos echaron los primos y sobrinos y luego sorbimos el té a través de terrones de azúcar.

-Es un honor disfrutar de tu hospitalidad, Tuareg -dije cuando nos quedamos a solas compartiendo un narguile de tabaco turco, hierba de Kerala y hachís del Himalaya.

-Y un honor para mí que hayas atendido a mi llamada -respondió.

Sabía a lo que se refería: no podía esperar una respuesta tan rápida como la mía de ningún miembro o exmiembro de la Compañía. Mientras perteneció en secreto al Consejo lo respetaron en la distancia; cuando se retiró, le hicieron el vacío.

Yo no lo entendía. Todos se habían beneficiado de su trabajo y podían haber renunciado a él en cualquier momento, pero ninguno lo había hecho. Yo trabajaba falsificando pasaportes para la Compañía y nunca había requerido los servicios del Tuareg. Pero era la misma Compañía que me había protegido durante años, en Bombay, así que ¿quién era yo para juzgar a nadie?

¿Me gustaba lo que hacía el Tuareg? No. Pero un hombre no es siempre lo que hace, cosa que había aprendido a base de equivocarme.

-¿Sabes? -comentó, deleitándose en el tabaco-. Eres uno de los cuatro hombres que me estrecharon la mano en todos los años que trabajé con la Compañía. ¿Quieres saber quiénes son los otros tres?

-Khaderbhai, Mahmoud Melbaaf y Abdullah Taheri.

Se rió.

-Correcto. Mi padre solía decir: «Al entrar en batalla, pon a un vikingo delante y a un persa detrás. Si el vikingo no vence, nunca morirás solo porque el persa no dejará que mueras sin él».

-Creo que en caso necesario todos reaccionamos igual, Tuareg.

-¿Te me vas a poner filosófico, Shantaram?

De hecho, estaba colocándome. El cacillo del narguile era grande como un girasol, y me esperaba un largo camino de vuelta a casa. Tenía que serenarme. En las pocas ocasiones en que habíamos hablado había aprendido que el Tuareg nunca se salía de su papel.

-Es decir, cuando nos jugamos algo que apreciamos, todos luchamos. No importa quién seas ni de dónde vengas. Nadie tiene la exclusiva.

Se rió otra vez.

-Ojalá hubiéramos mantenido más conversaciones como esta -dijo- y ojalá podamos repetirla en el futuro. A partir de hoy, no volverás a mi casa a menos que nos vaya la vida, la tuya o la mía. Esta es una ocasión especial por motivos especiales. Pero tengo en muy alta estima la privacidad. ¿Está claro?

Empezaba a subirme la segunda calada de la pipa: el Tiempo bostezó y se echó la siesta. La cara del Tuareg se desdibujó, se volvía huraña o amable de repente, pero él no la movía.

«No pasa nada -me calmé-. No debe preocuparte el torturador, sino el psiquiatra.»

-Lo comprendo -dije, confiando en que en la habitación mi voz no sonara tan chillona como en mi cabeza.

-Bien -dijo, chupando y volviendo a encender la pipa-. El irlandés. Lo estás buscando, y sé dónde está.

Concannon. Por un segundo, la ironía de encontrar a mi torturador personal a través de un torturador profesional me sobrepasó. Iba colocadísimo, y me reí.

-Perdona, Tuareg -me disculpé, recuperando el control-. Me alegro de que sepas dónde está y me gustaría enterarme. No me río de nada que hayas dicho. Es solo que el irlandés ese consigue que te rías por mucho mal que le desees.

-Como mi primo Gulab. Hasta que los tres de la familia le dimos, no se enmendó.

-¿Y sigue enmendado?

-Le va muy bien. Ahora es un santo en vida.

-Un santo, ¿eh?

-Y tanto. Fue un milagro que sobreviviera a mis disparos, por no hablar de los otros correctivos. La gente cree que Dios lo protege. Y desde luego lo ha bendecido con una nueva carrera, de hecho bendice a la gente junto a una mezquita en Dadar. En cuanto al

irlandés, mi consejo es que lo mates antes de que sea demasiado tarde.

-Mira, Tuareg...

-En serio -insistió, inclinándose hacia mí con gravedad-. No tienes ni idea de quién es ese individuo, ¿verdad?

-Me gusta aprender -respondí, poniendo más empeño en serenarme del que en la vida había puesto en colocarme.

-Es la verdad.

-No te entiendo.

-Busca la verdad, como yo.

-Te refieres a que le sonsaca información a la gente como hacías tú.

-Lo peligroso no es la verdad, sino quien siempre sabe cómo descubrirla. El irlandés es de esa clase de hombre. He visto informes sobre él. Se le daba muy bien su trabajo. Es una versión más joven de mí, tal vez.

Volvió a reírse y a chupar de la pipa.

-No tienes ni idea de la cantidad de miedo que llevas dentro -dijo, al rato-, hasta que alguien te ayuda a encontrarlo.

Era un juego, un juego psicológico, y yo no juego. No contesté. Me había convocado a su casa y, antes o después, iría al grano. Gesticuló con la pipa, animándome a fumar. Fumé.

-En el tiempo que estuve con Khaderbhai -continuó-, en toda la Compañía no había nadie más poderoso que yo aunque jamás asistiera a las reuniones. Khaderbhai sabía que era capaz de hacer brotar la verdad del desierto como agua sagrada, incluso de sus labios. Cuando descubrió lo bueno que era en mi trabajo, le quedaron dos opciones: matarme o aprovecharme. Algo de lo que puedes aprender si quieres.

Me miró intensamente.

-No me des consejos sobre matar, por favor -me apresuré a pedirle.

Se rió otra vez, y gesticuló con el tubo del narguile.

-¡Fuma! -ordenó.

Chupé hasta que la brasa del platillo brilló como un sol minúsculo, aspiré hondo, volví a taponar la pipa y expulsé un hilo de humo que se acomodó en volutas en la pared de la estancia abovedada.

-¡Excelente! -exclamó-. No te fíes nunca de un hombre que no aguanta el hachís.

-¿Porque está demasiado cuerdo?

-Porque el hachís habla -explicó riéndose-. De modo que hablemos.

-Vale. Adelante.

-El irlandés, a quien odia no es a ti. Nunca te ha odiado. Odia a Abdullah. Te ataca a ti porque sabe cuánto le duele a Abdullah.

-¿Qué sabes del tema?

-Sé que por eso el irlandés fue a ver a tu novia la noche que murió.

No pude disimular la impresión.

-Sí, estoy al corriente de la última noche de vida de tu novia.

-¿Cómo te has enterado?

-Primero fuma más -dijo, señalando al platillo del narguile-. ¿Sabes que algunas revelaciones exigen entrar en trance para comprender plenamente su transcendencia?

«Vale -pensé-. Ya lo pillo.»

-Entiendo que estás practicando psicología conmigo, Tuareg. Me gustaría que me hicieras partícipe de los experimentos para acabar de una vez.

Al castigador psicoanalítico le gustaba reírse, y tenía una risa peculiar, aguda y recortada, pero jamás variaba el tono ni el timbre. Todo era siempre igual de divertido y la risa nunca crecía ni se apagaba ni cambiaba.

«La risa y los andares lo delatan todo», me había dicho una vez Didier.

-También me gustaría tener al menos otra entrevista contigo -dijo el Tuareg-. Y tienes razón. Ha sido un pequeño experimento. Perdona.

-Basta de experimentos, Tuareg.

-Está bien -se rió-. Recibo pocas visitas y ya no salgo nunca de casa. Echo de menos... los experimentos de campo. ¿Seguimos hablando del irlandés?

-Por favor.

-Mató a un hombre con Abdullah.

-¿Que qué?

-De hecho, se perdió más de una vida.

No podía ser. No quería creerlo.

-¿Cómo te has enterado, Tuareg?

Frunció el ceño, titubeando en la playa del desconcierto, dispuesto a echarse a reír de nuevo.

-La gente me cuenta cosas -dijo.

-Vale, ¿sabes qué, Tuareg? No me cuentes nada más. Ya me lo contará Abdullah.

-¡Espera! No seas impaciente. Me lo contaron, no extraje yo la información, y tienes que saber lo de Abdullah.

-No pienso hablar de Abdullah sin estar él presente. Lo siento.

-Maravilloso -sentenció en voz baja-. Era otra pequeña prueba. Espero que me disculpes. No tengo sujetos para practicar.

-¿Qué pasa, Tuareg? ¿Me invitas a tu casa y ahora necesito una contraseña solo para hablar contigo?

-No, no, deja que continúe. Había un empresario que debía dinero a la Compañía por su protección y no quería pagar. Iba a denunciarlo en los tribunales por extorsión y montar un escándalo. Abdullah estaba con el irlandés cuando solventaron el problema. Lo que ocurrió allí debe contártelo él. Lo único que puedo decirte es que fue un mal asunto.

-¿Y qué tiene que ver con la chica?

Lisa. Lisa. No conseguía pronunciar su nombre en la colmena del Tuareg.

-Eso solo lo sabe una persona.

-¿Tú no lo sabes?

-Todavía no lo sé.

Me miró. Creo que disfrutaba con mi compañía. Todavía no estoy seguro de lo que decía eso de mí.

-¿Sabes qué es un secreto, Shantaram? -preguntó, con la sonrisa moviéndole la larga barba gris.

-¿Algo que no me cuentas? -respondí, esperanzado.

-Un secreto es una verdad que no se ha contado. Y Abdullah te esconde un secreto. Lo sé porque se lo pregunté ayer.

-¿Por qué se lo preguntaste?

-Buena pregunta. ¿Por qué me la haces?

-Basta, Tuareg, por favor. ¿Por qué le preguntaste por mí? ¿Fue porque está relacionado con mi novia?

-El irlandés, Concannon, sabe que Abdullah te quiere. Cree que Abdullah te ha contado que cometieron un asesinato juntos. Así tiene dos razones para matarte. El contrato de veinticuatro horas por tu cabeza no fue una broma. Sino un intento serio de acabar contigo. Tenía intención de matarte, de hacer sufrir a Abdullah, a quien también quiere matar.

-Comprendo, Tuareg. Y gracias. ¿Dónde puedo encontrarle?

Se rió otra vez. Esperaba que me explicara la gracia. Estaba sentado bajo un arco, entre un sinfín de pasajes abovedados, y tan colocado por el narguile que notaba las piernas como medusas.

-Solo existen dos clases de personas en el mundo -dijo, sonriendo relajado por primera vez-: las que se drogan y las que no.

Yo estaba pensando que probablemente en el mundo existían montones de clases de personas y, por descontado, más de dos, pero imaginé que en realidad se refería a otra cosa: la razón por la que me había citado en su casa.

-Supongo que esa información tiene un precio -dije.

-Quiero un favor a cambio, es verdad. Pero creo que estarás dispuesto a concedérmelo.

-¿Cómo de dispuesto?

-Quiero saber todo lo que sepas y descubras de Ranjit Choudhry.

-¿Por qué?

-Quiero tenerlo bajo custodia antes que nadie.

-¿Custodia?

-Sí, en un edificio no muy lejos de aquí.

A veces, el Destino te entrega un puñado de arena y te promete que, si lo aprietas con la fuerza necesaria, se convertirá en oro.

-¿Sabes, Tuareg? -dije, preparando las medusas para levantarme-. Gracias por la oferta, pero encontraré al irlandés y a Ranjit yo solo.

-Espera. Lo siento. Ha sido mi última prueba. Lo prometo. Ya he terminado. ¿Te gustaría conocer los resultados de mi estudio de hoy?

-Te lo he dicho. No he venido a servir de objeto de estudio.

-Por supuesto -se rió, sentándome a su lado de nuevo-. Quédate, por favor, y tómate otro té caliente antes de marcharte.

Los primos y sobrinos recogieron la vajilla y sirvieron otro samovar de té caliente.

-Tienes que disculparme -dijo el Tuareg-. Si no, me pasaré un año psicoanalizándome.

Me reí.

-No, de verdad -insistió, mirándome muy serio-. Tienes que perdonarme.

-Te perdono.

-No me siento perdonado. ¿Me perdonas de verdad?

-Venga, Tuareg, ¿quién soy yo para perdonar a nadie?

-Me basta. Gracias. En términos estrictamente comerciales, sin pruebas de por medio, estoy en situación de pagarte una suma considerable por... una entrevista privada con Ranjit Choudhry.

-Por tentador que parezca... -empecé a decir, pero me cortó.

-Conozco a dos familias con hijas agraviadas que pagarían generosamente por dejar a Ranjit en mis manos.

-No.

-Lo entiendo -dijo en voz baja-. Ha sido una prueba que ni siquiera me había planteado. Gracias. He disfrutado mucho. Ten la dirección del irlandés.

Se sacó un papel de la manga y me lo pasó.

-Esta noche el irlandés estará acompañado de uno o dos hombres. Será vulnerable. Hoy, a medianoche, es el momento de atacar.

-Gracias. Pero, si lo encuentro, no pienso entregarte a Ranjit, Tuareg.

-Ha quedado claro. ¿Necesitas ayuda para secuestrar al irlandés?

-No quiero secuestrarlo. Quiero que reconsidere las opciones que tiene.

-Ah, entiendo. Pues que Alá te acompañe, y fumemos juntos una última vez.

-De verdad que debería ir tirando.

-¡Por favor! Quédate una pipa más.

Los primos y sobrinos sustituyeron el narguile por uno nuevo y, según me dijeron, lo llenaron con agua pura del Himalaya y cargaron el cacillo de hierba pura también del Himalaya.

-He explicado la mente -dijo el Tuareg, recostándose entre cojines de seda con la bandeja del té y los dátiles entre nosotros- y la he torturado. ¿Y sabes qué? No hay diferencia. Es curioso, ¿no?

-La hay para los pacientes.

Se rió con su risa mecánica.

-¿Sabes cuál es la gran verdad que nadie mienta en el mundo de la psiquiatría? -preguntó.

-¿La ratio de éxito?

-No. La ratio de éxito solo muestra a quién puede ayudar la psiquiatría y a quién no. La verdad que nadie menciona es que es más fácil moldear el comportamiento que entenderlo. Cuando sabes cómo

conseguir que alguien haga algo, empiezas a preguntarte qué somos en realidad.

-No puedes obligar a cualquiera a hacer cualquier cosa, Tuareg. Ni siquiera tú. De hecho, algunos somos impredecibles e incontrolables y me gusta que así sea.

-Tú lo conoces -dijo, incorporándose-. Sabes lo que significa.

-¿Qué conozco?

-La tortura -dijo, con un destello en los ojos.

-O sea que la última pipa era para esto, ¿eh?

-Te han torturado. Dime qué has aprendido. Cuéntamelo, por favor.

-Sé que hombres que parecen débiles resultan ser fuertes y viceversa.

-Sí. ¿Estás dispuesto a que te... pregunte?

-Pues... no -respondí, tratando de activar las medusas.

-¿Y si comparto contigo una revelación? Nos uniría.

-Pues... no -repetí, levantándome por fin.

-Elegí la juguetería porque es lo que me gusta. Solo acepté la franquicia de loterías de la Compañía para dejar claro que era un hombre fiel a la Compañía. Pero en realidad lo que quería era la juguetería y el delito solo me sirve de tapadera.

-Vale...

-Y me llamo Mustafa. Fue Khaderbhai quien me puso el apodo de Tuareg. Dijo que significa «Abandonado por Dios» y que llaman así al pueblo azul porque no se somete. Pero me llamo Mustafa.

-Eh...

-¿Ves? Acabo de confesarte dos cosas y ahora somos hermanos.

-Vale...

-Y basándome en el perfil que he elaborado durante la conversación de hoy, sé exactamente lo que hacer contigo si alguna vez hablas con alguien de mi familia.

Miró el reloj de la pared.

-Vaya -dijo-. Se acabó el tiempo.

Ocurre una cosa cuando conduces una moto drogado, algo que nadie en su sano juicio haría, y es que el tiempo se desvanece. Llegué a Colaba, desde el lejano Khar, y no recordaba nada del trayecto. Si el destino es el viaje, nunca llegué.

Con independencia de lo que pasara por el camino, al volver a la península de la Ciudad Isleña me sentía libre de preocupaciones y vacío de necesidades. O quizá fuera simplemente que tenía la dirección de Concannon y me bastaba con esperar a la medianoche para hacerle una visita.

Intenté localizar a Karla. No es que me evitara, pero tampoco me buscaba. Sabía que de vez en cuando Karla tomaba una copa con Didier en el Leopold's, entrada la noche.

Aparqué delante y entré, confiando en disimular la decepción cuando vi a Didier sentado a solas. Me recibió con una sonrisa radiante y le sonreí mientras me dirigía a su mesa. Bien pensado, me alegraba de que Karla no estuviera: esa noche quería vérmelas con Concannon.

Didier se levantó a saludarme y me dio un vigoroso apretón de manos.

-Qué contento estoy de verte, Lin. Me preguntaba dónde andarías. Antes me he sentido fatal cuando te has ido, después de la charla con Kavita. Me ha dolido. ¿Es que no piensas en mis sentimientos?

-¿Sabías lo de Lisa con Kavita?

-Por supuesto -resopló-. Didier lo sabe todo. ¿De qué serviría Didier si no estuviera al corriente de todos los escándalos?

-No estoy seguro de entender la pregunta. ¿Por qué no nos centramos en la mía?

-Eh... Lo sabía, Lin. Lo primero que pensé, cuando Lisa me engañó, fue que estaría con Kavita. Lo comprobé, pero esa noche Kavita estaba en otra zona de la ciudad, por aquí.

-¿Por qué no me lo contaste? ¿Por qué no me lo dijo?

-¡Camarero! -llamó Didier.

-No esquives la pregunta, Didier.

-Son dos preguntas, Lin. ¡Camarero!

-Sigues escabulléndote, Didier.

-En absoluto -replicó-. Simplemente he elegido contestar a tus preguntas después de tomarme un par de bebidas fuertes. No es lo mismo. ¡Camarero!

-¿En qué puedo servirle, caballero? -preguntó con dulzura Sweetie.

-¡Basta de buenos modales, Sweetie! -le espetó Didier-. Y tráenos dos cervezas frías.

-A su servicio -dijo Sweetie, retirándose obsequiosamente.

Era de un servil enervante y Didier estaba furioso.

-¡Fuera de mi vista! -gritó Didier-. ¡Y trae la bebida, joder!

Sweetie sonrió, demasiado dulcemente, retirándose.

-¿Sabes que te pones muy inglés cuando te enfadas? -comenté.

-¡Puercos! -se quejó-. Solo son amables conmigo porque me molesta. Es como una huelga pero al revés. Hacen un uso infame de la cortesía, y la cortesía es lo que nos define, ¿no te parece?

-Nos define el amor, Didier.

-¡Claro que sí! -admitió, dando un pisotón por debajo de la mesa-. Por eso mismo la educación a la inversa duele tanto. Por favor, Lin, mientras estás aquí haz que sean más hoscos y maleducados. Te lo suplico.

-Veré qué puedo hacer, Didier. Pero eres un caso difícil. Quizá tenga que adornarte un poco como hiciste tú para venderme a las Divas. ¿Cuál de tus virtudes destaco?

-Abusas de mi sensibilidad, Lin.

-Cualquier cosa es abusar de tu sensibilidad, Didier. Por eso te queremos. Lo que a mí me parece un abuso es que no me contaras lo de Lisa.

-Son temas delicados, Lin. Cuesta sencillamente decirlo en voz alta, sin más. Tu novia es bisexual y tiene una amante lesbiana. ¿Qué esperabas? ¿Que hiciera un chiste? Hey, Lin, le han comido la lengua a tu gata.

-No me refiero al sexo. Lisa me dijo que era bisexual nada más

conocernos. Hablo de relaciones. Desde mi punto de vista, Lisa, Kavita y tú, todos sabíais algo que yo debería saber pero ignoraba.

-Hummm... Lo siento, Lin. A veces un secreto es demasiado preciado para contarlo. ¿Me perdonas?

-Se acabaron los secretos, Didier. Eres mi hermano. Si algo te afecta o me afecta, debemos abrirnos el uno al otro.

No pudo evitarlo. Le entró la risa tonta.

-¿Abrirnos el uno al otro?

Sus pálidos ojos azules brillaban, eran faros llamando al trotamundos de vuelta a casa. La preocupación volvió a esconderse entre las risas.

Los vicios que Didier se permitía con excesiva diligencia le consumían las mejillas, pero mantenía la piel tersa, la boca decidida y la nariz imperial. Se había cortado los rizos y ahora se peinaba de lado. Influencia de Diva, supuse.

El corte le daba un aire a Dirk Bogarde cuando tenía su edad, y le favorecía. Sabía que le lloverían pretendientes nuevos en las fiestas.

-¿Me perdonas?

-Siempre, Didier, antes incluso de que peques.

-Estoy encantado de que hayas venido esta noche, Lin -dijo, palmeándose los muslos-. Huelo grandes cosas en el ambiente. ¿Te quedas o saldrás corriendo como siempre?

-Me quedo hasta medianoche. Te concedo todo ese rato.

-¡Maravilloso!

Sweetie me plantó una cerveza fría delante con malos modos.

-*Aur kuch?* -me gruñó. «¿Algo más?»

-Largo -espetó Didier.

-Cómo no, señor Didier-*sahib* -contestó Sweetie-. Cualquier cosa por complacerle, señor Didier-*sahib*.

-Entiendo lo que dices -le reconocí a Didier-. Es grave. Tendrás que hacer algo bastante espectacular para volver a ganarte su respeto.

-Lo sé. Pero ¿qué?

Un hombre se acercó a nuestra mesa. Era alto y ancho, con el pelo rubio casi al rape y una nariz muy corta que le achataba la cara y le daba aspecto bidimensional.

Cuando llegó, vi que le habían aplastado la nariz: se la habían roto tantas veces que se le había hundido el tabique nasal. O era muy mal boxeador o había participado en tantos combates malos que le habían dejado la huella de un pulgar donde antes tenía la nariz.

En cualquier caso, no era bonito verlo cernirse sobre nuestra mesa. Sobre mí, de hecho.

-¿Cómo puedes aguantar sentado con este cerdo marica? -me preguntó.

-Por la gravedad -dije-. Cuando tengas una tarde libre, busca lo que es.

Se volvió hacia Didier.

-¡Me das asco! -siseó el hombretón.

-Todavía no -replicó Didier-. Pero puedo hacerte vomitar.

-¿Y si te hago una cara nueva? -amenazó el alto de mandíbulas anchas.

-Cuidado -le advertí-. Mi novio tiene mal genio.

-Que te follen.

Había un segundo hombre que se mantenía a cierta distancia. Lo aparqué en la periferia y me concentré en la luna chata que se cernía sobre la mesa.

-¿Sabes lo que hacemos con los que son como tú en Leningrado? -le preguntó el alto a Didier.

-Lo mismo que hacéis con los que son como yo en todas partes -repuso tranquilamente Didier, con la mano en el bolsillo de la chaqueta y recostándose en la silla-. Hasta que os paramos los pies.

Leningrado. Rusos. Me arriesgué a mirar bien al segundo hombre, de pie unos pasos más atrás. Llevaba una camisa negra y fina, como su amigo. Tenía el pelo, corto y castaño, alborotado, los ojos verdes claros brillantes y una boca expresiva que esbozaba una sonrisa tranquila. Se habían engarzado los pulgares de las trabillas de los

vaqueros desvaídos.

Era más ágil y más rápido que su amigo, y mucho más calmado. Lo que lo convertía en el hombre más peligroso del local a excepción de Didier, porque el resto de los presentes, incluido yo, estábamos nerviosos. Me miró, me sostuvo la mirada y sonrió cordialmente.

Volví a mirar al hombre que nos tapaba varias luces del techo con la cara.

-Demuestra lo que vales -gritó el ruso alto, palmeándose el pecho-. ¡Pelea conmigo!

La clientela se apresuró a evacuar las mesas cercanas. El ruso alto apartó mesas y sillas a empujones y se plantó en el centro del espacio vacío, retando a Didier.

-Ven, hombrecillo -se burló.

Didier se encendió un cigarrillo.

-¡Doble abominación! -gritó el ruso alto-. Gay y judío. Un judío gay. La peor clase de gay.

Los camareros perfilaron un perímetro amplio. Listos para intervenir si los gritos se convertían en pelea, pero nadie quería ser el primero en saltar y recibir el puñetazo del grandullón ruso.

-Va, pequeñín. Ven aquí.

-Cómo no -respondió Didier, serenamente-. Cuando me termine el cigarrillo.

«Mierda», pensé, y supe que no era el único en el Leopold's que lo pensaba. Didier fumó con aire satisfecho, amontonando delicadamente una urna de cenizas en el cenicero de cristal.

Durante el silencio, el compañero del ruso se situó rápidamente junto a mí. Abrió las manos señalando a la silla de mi lado.

Era buena idea. En cuanto se había movido, yo me había recostado en la silla, me había llevado el brazo derecho a la espalda y había asido uno de los cuchillos.

-¿La silla está ocupada? -preguntó amistosamente-. Tu amigo tardará un rato en acabarse el cigarrillo y, si no te importa, prefiero esperar sentado.

-Es un país libre, Oleg. Por eso vivo aquí.

-Gracias -dijo, acomodándose en la silla de mi lado-. Oye, no te lo tomes como algo personal, pero ¿no te pasas con el estereotipo? ¿Como soy ruso tengo que llamarme Oleg?

Tenía razón. Y cuando alguien tiene razón, la tiene, incluso aunque estés pensando en clavarle un cuchillo en el muslo.

-Me llamo Lin. No estoy seguro de si es un placer conocerte.

-Igualmente -dijo-, Oleg.

-¿Me tomas el pelo?

Todavía tenía la mano en el cuchillo.

-No -se rió-. Es mi nombre de verdad. Oleg. Y a tu amigo judío gay están a punto de partirle la cara.

Los dos miramos a Didier, que estaba examinando el cigarrillo con atención de forense.

-Apuesto por el judío -dije.

-¿sí?

-Siempre apuesto por el judío.

-¿Cuánto? -preguntó, con una amplia sonrisa y un brillo travieso en la mirada.

-Todo lo que tengo.

-¿Cuánto es todo?

-Todo serían tres mil.

-¿Americanos?

-No uso rublos, Oleg. El cigarrillo se está acabando. ¿Trato hecho?

-Trato hecho -dijo, tendiéndome la mano.

Solté el cuchillo, le estreché la mano y devolví la mía al cuchillo. Oleg llamó a un camarero. Didier casi había terminado el cigarrillo. El camarero, perplejo, me miró por encima de Oleg.

El hombre estaba preocupado. El grandullón seguía esperando a

Didier en el hueco entre las mesas vacías. Se había suspendido el servicio. El camarero, llamado Sayed, no sabía qué estaba pasando. Lo llamé con un gesto de la cabeza y acudió corriendo sin dejar de mirar de reojo al ruso grande.

-Quiero una cerveza helada, por favor -pidió Oleg-. Y un plato de patatas fritas caseras.

Sayed parpadeó varias veces y me miró.

-Está bien, Sayed -dije-. Yo tampoco tengo ni idea de lo que pasa.

-Oh -dijo, aliviado, Sayed-. Enseguida traigo la cerveza y las patatas.

Se alejó al trote, agitando las manos y la cabeza.

-Está bien -dijo en hindi-. Nadie sabe lo que pasa.

Los camareros se relajaron, observando los últimos segundos del cigarrillo de Didier.

-Por cierto, espero que gane tu amigo -dijo Oleg-. Aunque, por desgracia, lo dudo.

Didier apagó el cigarrillo.

-¿Esperas que gane mi amigo?

-*Chert, da* -dijo Oleg.

-¿Qué significa?

-Significa «Joder, sí» en ruso.

-Ah.

-*Chert, da.* Si fuera de esos, pagaría tres mil dólares para que le dieran una buena paliza al idiota intolerante ese.

-Pero no eres de esos.

-Mira, acabo de conocerlo. Hace solo unas semanas que trabajo con ese capullo. Pero no puedo contratar una paliza. Ni siquiera para él. Me ha tocado estar del otro lado varias veces y no me ha gustado.

-Ya.

-Así, si gana tu amigo, es como si hubiera contratado la paliza y saldo la deuda kármica.

Didier se levantó despacio y se apartó de la mesa.

-En cuanto me pagues -dije-, tenemos que hablar, Oleg.

Didier se sacudió la ceniza de la americana de terciopelo negro arrugado y se subió el cuello. Con las manos hundidas en los bolsillos, se encaminó hacia el ruso grande.

El ruso grande blandía los puños delante de él, puños del tamaño de los cráneos que solían golpear, y zigzagueaba adelante y atrás, despacio.

Yo así el cuchillo. Si Oleg intervenía, sabía que lo alcanzaría antes de que se levantara de la mesa. Pero Oleg se llevó las manos al cogote, se recostó en la silla y se dispuso a disfrutar del espectáculo.

Didier se colocó a paso y medio del hombretón y luego saltó, realizando una pirueta alta de ballet con las manos en los bolsillos. En la cima del salto abrió los brazos de golpe y descendió en un arco que terminó con las rodillas en el pecho del ruso y la pistola en la cabeza del grandullón.

Didier se separó bailando, con las manos de vuelta en los bolsillos de la americana, hasta quedar de pie lejos del ruso. Este cayó primero de rodillas, con el cerebro temporalmente desconectado, pero sacudiendo los brazos hasta que aterrizó de bruces en el suelo, contra la nariz.

-Págame, Oleg -dije, mientras Didier se dirigía al mostrador para compensar al encargado.

-Uau -exclamó Oleg-. Ese tío en Rusia pelea sin guantes ni reglas.

-Pues a tu matón acaban de darle para el pelo con ballet y una pistola bien hecha. Paga.

-Sin problemas -dijo, sonriéndose maravillado-. Soy ruso. Las pistolas bien hechas las inventamos nosotros.

Oleg se sacó un fajo de billetes del bolsillo, apartó algunos de las capas exteriores y devolvió el resto al bolsillo.

-Eres un misterio, Oleg.

-En realidad, soy un desempleado.

El hecho de que George Escorpio hubiera contratado seguridad rusa y

el Leopold's estuviera invadido por rusos no podía ser coincidencia.

-A ver si lo adivino -dije-. ¿Trabajabas en el equipo de seguridad del ático del Mahesh?

-Exacto. El hijo de puta nos ha despedido hoy.

-Resulta que es amigo mío, aunque sea un hijo de puta.

-Perdona. Si lo conoces, sabes lo tacaño que es. Había contado cada minuto que hemos trabajado para él y nos ha dado un finiquito de doscientos dólares después de haberle protegido el pescuezo. Tiene gracia, ¿eh?

-En ese fajo hay más de doscientos dólares.

-Los he ganado en la partida de póquer del hotel que lleva un tal Géminis.

-Ya.

-Sí, he pillado una buena racha y he hecho saltar la banca.

Oleg, el jugador prodigioso, había hecho saltar la banca. De todas las partidas de póquer del mundo, había ido a parar a la mía.

Sayed trajo la bebida y la comida con una sonrisa alegre.

-El señor Didier ha estado impresionante -me murmuró Sayed-. ¡Hacía años que no lo veíamos bailar así! Ha derribado al tiarrón de un golpe.

-¿Y adónde se traslada el baile del tiarrón, Sayed? -pregunté.

-A la calle -respondió, secando la mesa y ofreciéndole diversos condimentos a Oleg.

Oleg me señaló con una patata mojada en salsa de tomate.

-¿Te importa que moje? -preguntó, educadamente-. Me chiflan las patatas caseras.

-Están echando a tu amigo a la calle, Oleg.

-¿Eso es un sí o un no?

-Enseguida vuelvo -respondí con un suspiro mientras Oleg seguía mojando la patata.

Conocía el procedimiento. Arrastrarían al hombretón ruso enfrente del

Leopold's, a treinta centímetros del límite marcado por ley. Quedaría, pues, en la zona comercial de la acera.

Los tenderos de la calle terminarían expulsándolo de su zona a la alcantarilla, a treinta centímetros de sus puestos.

Lo cual lo situaría en la zona comercial de los taxistas y, con el tiempo, alguien lo arrastraría a la calzada, donde lo recogería una ambulancia si primero no lo atropellaba el autobús.

Yo había sido ese hombre, un trozo de carne inconsciente a merced del mundo. Llamé a un tendero conocido y le pagué para que metiera al ruso en un taxi y lo llevaran al hospital.

Didier seguía recibiendo felicitaciones y pagando generosamente por la interrupción del negocio del Leopold's. Volví a la mesa buscando a un tercer ruso. Sé que suena paranoico que buscara a un tercer ruso, pero eran unos años muy locos y la experiencia me ha enseñado que siempre es más prudente suponer la existencia de un tercer ruso.

-¿Hay un tercer ruso? -pregunté al sentarme de nuevo junto a Oleg.

Se limpió los labios con una servilleta y se volvió hacia mí, con los ojos verdes sinceramente desconcertados.

-Si hubiera un tercer ruso me habría marchado. A todo el mundo le asustan los rusos. Hasta a los rusos. Soy ruso. Fíate de lo que te digo.

-¿Por qué te ha despedido Escorpio?

-Mira, es amigo tuyo...

-Y está chalado. Cuéntame.

-Bueno, está perdiendo la chaveta por culpa de una maldición que le ha echado no sé qué santón. Yo mataría a quienquiera que me hubiera maldecido o le obligaría a retirar la maldición. Pero soy ruso, y vemos las cosas de otro modo.

-¿Y qué ha pasado?

-Mi exjefe, tu amigo, ha contratado a gente para probar su comida.

-¿Para probar su comida?

-¿Has conocido a alguno?

-No, Oleg, pero tú sí, ¿verdad?

-Niños indios. Una monada de críos. Comen primero para asegurarse de que la comida no está envenenada.

Sabía que las cosas en el nido de águila de Escorpio no iban bien. Géminis me había pedido ayuda. Pero no me había tomado en serio la obsesión de Escorpio con la maldición. Si lo que contaba Oleg era cierto, Escorpio tenía problemas. Era un buen hombre en una mala situación, que es cuando intervienen los amigos.

Pero llevaba la dirección de Concannon en el bolsillo y solo estaba matando el rato en el Leopold's, esperando a la medianoche, así que me olvidé de la angustia de mi amigo.

-¿Te has ido tú o te ha despedido?

-Le he dicho que no iba a permitir que unos niños probaran la comida. Me he ofrecido a probarla. Siempre tengo hambre. Pero no se ha tomado la crítica a bien. Y nos ha despedido a los dos.

-¿Y quién os ha pagado por venir esta noche a montar follón?

-A mí nadie, ha sido él. Me ha pedido tomar una última copa juntos. He aceptado, confiando en que sería la última vez que lo viera. Luego, de camino hacia aquí, me ha contado que tenía un encargo privado, que tenía que cascar a un francés gay en un bar.

-¿Y te has apuntado?

-He pensado que, si no vigilaba a ese loco, se cargaría a alguien y me jodería el visado.

-Qué humanitario.

-¿Y tú quién coño eres para juzgarme?

Lo dijo sonriendo, más simpático que un cachorrillo. Y no le faltaba razón, y cuando alguien tiene razón, no hay nada que hacer.

-Que te den -dije-. Hay que pasar por encima de mí para hacer daño a mi amigo.

-¡Te comprendo! -dijo Oleg, desconcertándome.

-¿Qué?

-Que te entiendo perfectamente -gritó Oleg-. Dame un abrazo.

Me obligó a levantarme, con más fuerza de la que le había supuesto, y me abrazó.

El Destino no juega limpio. El Destino te asalta de repente. El mundo chapotea entre lagos de tiempo y cada lago en el que caía me acercaba más a un abrazo, salvaje y tierno, de mi hermano perdido, en Australia.

Me zafé y volví a sentarme. Oleg levantó una mano para pedir otra cerveza, pero lo detuve.

-¿No tienes trabajo? -pregunté.

-No. ¿Qué me ofreces?

-Tres o cuatro horas de trabajo.

-¿A partir de?

-Más o menos ahora.

-¿Qué tengo que hacer?

-Entrar a puñetazos, quizá, y salir también a puñetazos, quizá. Conmigo.

-Entrar ¿adónde? No atraco bancos.

-Una casa.

-¿Por qué tenemos que entrar por la fuerza?

-Porque no les caigo bien a los de dentro.

-¿Por qué?

-¿Te importa?

-Esa no es la cuestión.

-¿Y cuál es?

-La pasta que he perdido esta noche con la apuesta. Quiero el doble.

-Ah, esa cuestión. Bien. ¿Aceptas?

-¿Van a matarnos?

-¿Te importa?

-Pues claro que me importa. Me importa si te matan y acabo de conocerte...

-No creo.

-Soy ruso. Nos encariñamos rápido.

-Me refiero a que no creo que nos maten.

-Vale, entonces ¿a cuántos nos enfrentamos?

-Tres -dije-. Pero uno de ellos, un irlandés llamado Concannon, vale por dos.

-¿De qué nacionalidad son los otros dos?

-¿Qué cojones te importa?

-La nacionalidad afecta al precio, tío. Todo el mundo lo sabe.

-No llevo un censo, pero hace poco me han dicho que trabaja con un afgano y un indio. Podrían ser ellos.

-¿O sea que son tres?

-Dos, tal vez, y un irlandés que vale por dos.

-¿Un irlandés, un afgano y un indio?

-Podría ser, sí.

-Contra un ruso y un australiano -musitó.

-Si quieres enfocarlo así...

-El doble.

-¿Otra vez?

-*Chert, da.*

-¿Por qué?

-Un afgano y un ruso en la misma habitación, hoy por hoy, cuesta el doble.

-¿Doce de los grandes por pelear conmigo esta noche? Olvídalo.

Didier se encaminó de vuelta a la mesa. Se oyeron aplausos aislados y tuvo que saludar a varios comensales antes de sentarse.

-Te propongo una cosa -dijo Oleg, inclinándose más cerca-. Te acompaño y, si no tengo que trabajar, no me pagas, pero si nos pegamos, me pagas lo que pido.

-Didier, te presento a Oleg -dije-. Te va a encantar.

-*Enchanté, monsieur* -saludó pavoneándose Didier.

-¿No le importará que me haya sentado aquí, monsieur? -preguntó educadamente Oleg-. Teniendo en cuenta que he entrado en su bar con un loco...

-¿Quién no ha entrado en Leopold's con un loco? -repuso Didier-. Y Didier detecta a un hombre de carácter a cincuenta metros y sería capaz de dispararle al corazón a la misma distancia.

-Intuyo que vamos a llevarnos bien -dijo Oleg, apoyando los brazos cómodamente en la mesa.

-¡Camarero! -gritó Didier-. ¡Otra ronda!

-Nos vamos, tío -dije-. ¿Te importa?

-¡Lin! -protestó Didier-. ¿Cómo voy a compartir mi victoria? ¿Quién va a beber conmigo?

-El próximo loco que cruce la puerta, hermano -le dije, abrazándolo.

Fuimos en moto a Parel y al desolado distrito de Mills. La información del Tuareg situaba el negocio de drogas de Concannon en un complejo fabril abandonado, alquilado en pequeños espacios privados. De noche era una ciudad fantasma, en el sentido de que muchos afirmaban haber visto fantasmas en la vasta red de barracones después del anochecer. Hombres y mujeres habían vivido, trabajado y muerto en aquellos terrenos durante dos generaciones, antes de que cerrasen las fábricas. «¿Sabes qué son los fantasmas? -me había dicho una vez Johnny Cigar-. Pobres que se mueren.»

-Parece vacío -dijo Oleg, mientras aparcábamos la moto y nos encaminábamos a las hileras de fábricas grises y silenciosas.

-De noche está casi vacío. Trabaja en el cuarto edificio. La fábrica 4A. No levantes la voz.

Avanzábamos pegados a una alambrada, a la sombra de unas vallas publicitarias que anunciaban planes para arruinarte en un santiamén en el mercado inmobiliario o la Bolsa.

-En el peor de los casos -susurró Oleg-, tendré un material estupendo para escribir.

Me detuve, y detuve a Oleg poniéndole una mano en el pecho.

-¿Para escribir? -susurré.

-Sí.

-¿Eres periodista, Oleg?

-*Chert, net* -susurró.

-¿Qué quieres decir?

-Significa «Joder, no» en ruso. Es como lo contrario a *Chert, da*.

-¿Ahora vas a enseñarme ruso? -susurré-. ¿Eres un puto periodista o no, Oleg?

-No, soy escritor.

-¿Escritor?

-Sí.

-¿Un escritor ruso? Estás de broma, ¿no?

-Bueno, soy escritor -susurró-. Y soy ruso. Así que supongo que eso me convierte en un escritor ruso, si prefieres verlo de ese modo. ¿Seguimos adelante con el plan?

Había apoyado las manos en las rodillas y me incliné tratando de decidir. Intentaba decidir si enfrentarme al dos más dos de la fábrica 4A yo solo o con un escritor ruso. No era una decisión fácil, pero quizá fuera solo un problema de escritor.

-Un escritor ruso -susurré.

-¿Tienes algo en contra de los escritores rusos?

-¿Quién no tiene algo en contra de los escritores rusos?

-¿De verdad? ¿Y Aksiónov? A todo el mundo le gusta Aksiónov.

-No me jodas.

-¿Turguéniev? Turguéniev es divertido.

-Sí. Igual de divertido que Gógol.

-Estrictamente hablando Gógol no era ruso -aclaró Oleg, susurrando con voz ronca-. Era un cosaco ucraniano. Uno de los grandes cosacos ucranianos.

-Basta.

-Espera -susurró Oleg, agarrándome del brazo-. ¿Eres escritor? Es eso, ¿verdad? ¡Ja! Qué gracia, dos escritores juntos de aventura.

-Mierda.

-Por cierto, ¿tú qué buscas? -preguntó.

Con el ruso quizá fuera posible sorprender a los tres hombres, aclarar los problemas con Concannon y largarnos sin que nadie acabara herido salvo el irlandés y yo. Sin Oleg, tendría que rajar a los hombres de Concannon, que era para lo que quería la ayuda de Oleg. Pero el ruso era escritor. Un escritor ruso.

-También está Lev Lunts -susurró esperanzado Oleg-. Me encanta.

-Calla la puta boca -le susurré.

Me enderecé y miré alrededor. La calle, ancha y larga, tenía una

fachada lateral de vegetación con una vía de tren detrás. Los barracones Nissen de nuestro lado estaban en silencio, y se extendían a lo lejos como túmulos funerarios.

No se veía un alma y hasta los perros callejeros parias exploraban otros territorios. Se estaba tranquilo, con la paz de los lugares peligrosos si no te dan miedo. Yo estaba canalizando esa paz porque estaba asustado y quería detener a Concannon sin derramar más sangre, pero no creía que fuera a ser tan fácil.

-Por cierto, ¿por qué yo? -susurró Oleg-. ¿Por qué no tu amigo Didier u otro?

-¿De verdad quieres saberlo?

-Por supuesto -dijo, buscando en mis ojos-. Podría ser material interesante.

-Porque tengo amigos que me acompañarían pero podrían salir malparados y eso me molestaría mucho, pero me dará igual si te pasa algo a ti. Lo comprendes, ¿verdad?

-Claro -susurró con una sonrisa feliz-. Muy buena razón. Si estuviera en tu lugar, también compraría mi vida.

-Pero no estoy comprando tu vida, Dostoievski. Compro tu tiempo, para una pelea. ¿Estamos?

-Está claro -respondió, animado-. Me alegro de que lo hayamos hablado.

-Bueno, pues puestos a hablar: como te acerques a mi novia, te rajo.

-¿Tienes novia? -susurró, incrédulo.

-¿Qué insinúas?

-Bueno...

-Como le entres con trucos de escritor ruso, te rajo.

-He entendido lo de rajarme a la primera -susurró-. No es fácil de olvidar.

Estaba sonriéndome, pero no lo entendí. O era un tipo feliz, dondequiera que se encontrara, o sabía algo que yo ignoraba.

-¿Qué? -pregunté, frunciendo el ceño.

-¿De verdad tienes novia?

-Mantén la épica rusa lejos de mi novia.

-Lo pillo, lo pillo -aseguró sonriendo.

-¿De qué te ríes?

-Es que es muy divertido hacer algo con otro escritor sobre lo que merezca la pena escribir. Deberíamos colaborar en un relato. Tengo algunas ideas estupendas.

-Corta el rollo. Podemos acabar fatal. El irlandés está loco, y es más que duro. Estate alerta.

-Vale, vale, tranquilo. He invertido doce mil pavos. Nos cepillamos al irlandés y sus hombres y luego nos emborrachamos.

Salió disparado hacia la 4A, solo. Rusos.

Corrí tras él y lo atrapé ante la entrada. Nos deslizamos por el costado de un enorme barracón curvo para echar un vistazo por una ventana.

Concannon estaba dentro con dos hombres, jugando a las cartas en el capó de un Pontiac Laurentian rojo inmaculado, tapado en parte por una cubierta para el polvo plateada.

-¿Estás dispuesto? -susurré.

-¿A qué? -me susurró a su vez-. ¿Cuál es el plan?

-Entramos por la puerta y reto al irlandés.

-¿No te parece que deberíamos colarnos a escondidas?

-Si fuera de los que se cuelan habría traído pistola.

-¿No llevas pistola?

Abrí la puerta y entré en la fábrica abandonada. Oleg cruzó la planta pisándome los talones. Nos detuvimos a escasos pasos de Concannon y sus amigos.

Las manos del afgano descansaban en su regazo. Las manos del indio descansaban en su regazo. No sabía si iban armados.

Sabía dónde tenía las manos Concannon. Estaban aplaudiendo.

-Eres para morirse de risa -dijo, batiendo palmas-. Me habían dicho que estabas muerto. Parece que solo era un rumor malintencionado.

-Al grano -dije-. Tú y yo, solos.

-¿Quieres pelea, chico?

Concannon seguía sonriendo. Y yo había aprendido lo mucho que podía llegar a desagradarte una sonrisa feliz.

-Quiero que te dejes de gilipolleces y nos dejes en paz, a mí y a mis amigos. Si aceptas, me sentaré contigo y te daré una paliza al póquer.

-¿Y si no?

Estrellas frías se filtraron por la luz húmeda que destellaba en sus ojos.

-Si no, tú y yo, aquí y ahora, y lo arreglamos de una vez por todas.

Se recostó en la silla de plástico y sonrió.

-Apúntale con la pistola, Govinda -ordenó en voz baja.

Era el indio el que iba armado. El afgano se levantó, con los naipes aún en la mano.

-Sí, jefe -dijo Govinda.

-Levántate, Govinda, y colócate al lado de su amigo.

-Sí, jefe.

Govinda se levantó y se apartó rápidamente del coche.

-Camina apuntando al preso australiano, chaval -le advirtió Concannon-. Es un mal bicho. Si se mueve lo más mínimo, dispara.

-Sí, jefe -dijo Govinda, sonriéndome.

Sus ojos brillaban como ópalos en la penumbra de la fábrica. Cuando llegó junto a Oleg, le plantó la pistola en el estómago. Oleg sonreía. Por lo visto yo era el único del lugar que no sonreía.

-Vengo aquí, de hombre a hombre, ¿y me sacas una pistola? -dije.

Le molestó porque ambos sabíamos que yo tenía razón. Las ansias por pelear crecían en su interior, rápidamente.

-Un seguro -dijo, controlando la rabia.

-Como lo hagas mal, Concannon, no seremos los únicos muertos.

Lo dije para los esbirros, el afgano y el indio.

-Govinda morirá -dije-. Y también el afgano.

Me volví hacia el afgano.

-*Salaam aleikum* -saludé.

No respondió.

-*Salaam aleikum* -repetí, insistiendo en una de las enseñanzas islámicas más gentiles, según la cual siempre debe responderse a un deseo de paz auténtico con otro equivalente o mejor.

-*Wa aleikum salaam* -dijo, por fin.

-¿Cómo te llamas?

Abrió la boca para responder, pero Concannon lo interrumpió.

-No se lo digas, lerdo infiel. Quiere joderte la cabeza, ¿no lo ves? Se ha integrado y habla la lengua nativa. Pero solo para joderos esas frágiles mentes de infiel. Observa cómo el maestro le jode la suya.

Se levantó y rodeó el morro del coche para acercarse a mí.

-Al menor movimiento -le dijo a Govinda-, dispara al amigo. Después te ayudaré a despedazar los restos.

-Sí, jefe.

Concannon se plantó enfrente de mí, balanceándose despacio, esbozando el armazón de una sonrisa con los labios apretados.

-Sé lo que quieres saber -dijo, aproximándose.

-Quiero que pares. Nada más.

-¡Ja! No. Conozco la respuesta a una pregunta muy importante.

-¿De qué coño hablas?

-Una pregunta -canturreó-. Una pregunta, una pregunta.

-Suéltala.

-¡Atiende, Govinda! -ordenó mirándome-. Si me ataca, mata al amigo. Yo me encargo de este.

-Sí, jefe.

-En realidad solo te interesa una cosa -dijo Concannon, inclinándose hacia mí-. ¿Me la tiré? ¿Me chusqué a tu dulce americanita antes de dejarla con Ranjit la otra noche o no?

Las venas coaguladas fueron marcándoseme desde las mandíbulas apretadas hasta los ojos y la frente. Sudaba de las ganas de hacerle daño. Era otra cosa, diferente, algo con lo que no había cruzado la puerta. Desde el instante en que mencionó a Lisa, la pelea era por ella.

-¿Sabes, Concannon? -dije para provocarlo-. Si la Gran Hambruna no mató de hambre a tu inglés interior es porque en realidad no eres más que un inglés con acento irlandés.

Se me lanzó al cuello, pero me agaché y retrocedí hacia el coche.

-¿Por qué no acabamos con esto? -propuse, entrando en calor-. Sospecho que eres todo de boquilla. Vamos a descubrirlo y acabemos de una vez. Si vences y estás dispuesto a hacer las paces, admitiré gustoso que eres el mejor. Si venzo, tendrás que mantenerte alejado de mí y de los míos. ¿Te parece justo, Govinda?

-Sí, jefe -contestó automáticamente.

-Calla, imbécil -espetó Concannon.

-Creo que el pistolero tiene la conciencia tranquila -dije-. Pasemos de pistolas, Concannon. ¿Te parece justo, Govinda?

-¡Calla! -gritó Concannon-. ¡Que todo el mundo se calle!

Me miró de arriba abajo un rato.

¿Tengo razón? ¿Tengo razón ahora, cuando rememoro la sonrisa en el rostro del enemigo y veo reticencia en un hombre que disfrutaba luchando?

-Vale, si quieres pelea, preso, has venido al lugar adecuado. No te importa que ponga música, ¿verdad? Siempre pincho algo mientras le saco el hígado por la boca a alguien. Estaba planteándome publicar un disco con mis temas preferidos.

Encendió un tocadiscos conectado a los altavoces del coche. Empezó

a sonar música irlandesa a todo volumen desde el Pontiac rojo. Concannon se preparó, con las manos delante, en guardia.

-Vamos allá -dijo.

Corrí hacia él, me tiré al suelo y le golpeé en el muslo, en el punto exacto donde le había disparado Abdullah. Dos golpes secos de pasada. Gritó de dolor y cayó sobre una rodilla.

Me levanté y me abalancé esquivando su guardia por debajo, en busca de uno de sus ojos. Le dejé golpearme la nuca. Notaba los golpes, pero no el dolor. Cerré los dedos y se los hundí en el ojo.

Se zafó de un salto. Tenía un ojo cerrado y el párpado ensangrentado.

Con un ojo cerrado y una rodilla doblada, me embistió con una combinación habitual, tal como me había advertido Naveen. Lo esquivé, me agaché y me acerqué para apoyar los dedos en su clavícula. Presioné y, cargando todo mi peso muerto, lo derribé. El hueso se soltó y Concannon chilló de dolor, con el brazo colgando.

En las peleas carcelarias no importa la pelea. En las peleas carcelarias importa ganar y matar.

-¿Así las gastas? -preguntó, tratando de driblarme y frotándose el ojo.

-Sí. Así.

Embistió de nuevo, pero me tiré al suelo y lo agarré por los huevos, retorciéndolos al caer. No los solté. Concannon cayó en una postura extraña, tratando de protegerse las partes.

Me arrodillé y le aticé con todas mis fuerzas. No bastó, de modo que volví a darle.

Se balanceó y se sentó en el suelo. Se reía, todavía agarrándose los cojones con la mano buena. Se rió y se balanceó como un bebé en una manta.

-Has hecho trampas, tenemos un testigo -dijo, señalando a Oleg.

-¿Y la porra con la que me golpeaste la última vez? ¿Eso qué era? ¿Las normas del marqués de Londonderry? ¿El contrato de veinticuatro horas con que pediste mi cabeza? ¿Eso te parece justo? Pues ahora, para variar, calla y atiende. Déjame en paz, Concannon.

-Has hecho trampas, hijo -dijo, tratando de reírse-. Tendrás que confesar tus pecados.

-Como no me dejes tranquilo, tendré pecados más graves que confesar.

-¿Sabes? Me gustabas más cuando estabas muerto. -Se rió, con un ojo cerrado y ensangrentado-. Govinda, cárgate al puto presidiario. Reviéntale la puta cabeza.

Fue rápido. Govinda movió una mano. Oleg sacó un cuchillo y le rajó la cara, y le quitó la pistola de la mano antes de que tocara el suelo.

Govinda gritó de dolor, consciente de que su cara de héroe de película había cambiado de papel. Oleg le golpeó con la pistola y el indio se calló.

El afgano seguía con las cartas en la mano, como un abanico. Yo había sacado un cuchillo. Oleg tenía la pistola.

-Si fuera tú, echaría a correr, amigo -le aconsejó Oleg con una sonrisa y apuntándole en el costado-. Por muy buena mano que lleves.

El afgano soltó las cartas y huyó.

-Me has dislocado la clavícula, hijo puta -dijo Concannon, ladeando la cabeza-. Ni siquiera puedo levantar el brazo. Si pudiera, te noquearía de un puñetazo, los dos lo sabemos.

-Déjame... en... paz.

-Lisa, Lisa, encantadora Lisa.

Volví a golpearle. Cayó hasta que lo paró el suelo, con los brazos a los lados, pero no perdió la conciencia.

«¿Qué hago? -pensé-. ¿Puedo matarlo? No, a menos que intente matarme.» Concannon yacía en el suelo con un ojo cerrado y la clavícula dislocada. Ni siquiera había intentado incorporarse. Eso sí, seguía hablando y riéndose, como si no pudiera parar de contarse algún chiste.

A Oleg no le gustó. Quiso acallarlo, pero le hice ver que, si a Concannon se le atragantaba el chiste y moría, la carga kármica recaería sobre él.

Así que Oleg le pegó y se quedó tranquilo. Concannon perdió la conciencia y lo dejamos al cuidado del maltrecho Govinda. Le advertí de que perdería algo más que una mejilla si volvía a verlo por el sur.

-Me llevo la pistola -le dijo Oleg-. Si la quieres recuperar, te la devuelvo a tiros.

Corrimos de vuelta a las motos en silencio. Al llegar, lo paré para darle las gracias.

-Los seis mil de esta noche -dije, entregándole el dinero-. Mañana te paso el resto y un extra. Estaré en el Leo's a las cinco. Te debo una.

-No querría ver a ese irlandés borracho -dijo, mirando por encima del hombro.

-Espero no volver a verlo nunca de ningún modo. Te has lucido, Oleg.

-Gracias -dijo sonriendo.

-Sonríes mucho, ¿no?

-Soy feliz, la mayor parte del tiempo. Es mi cruz, pero intento llevarla con humor. Tengo mis penas, pero no me impiden ser feliz. ¿Quieres trabajar conmigo en un cuento?

-¿De verdad escribes?

-Por supuesto.

-Te he oído algunas frases muy buenas ahí dentro.

-¿Frases?

-Cuando le has dicho al afgano que se largara por muy buena mano que llevara. O a Govinda que lo matarías con su propia pistola.

-Pelis rusas -contestó, frunciendo el ceño-. ¿No conoces los diálogos de las pelis rusas? Te encantarán. Son buenísimos.

Volvimos a Colaba. Le estreché la mano y lo dejé delante de un hotel para turistas, en la costa.

La vanidad se oculta en el orgullo. Dejé a Oleg tirado en la calle después de que me hubiera salvado la vida, diciéndome que no necesitaba a nadie, ni siquiera a un hombre tan bueno como él. Pero lo cierto era que lo había dejado porque Oleg me gustaba y sabía que probablemente a Karla le gustaría tanto como a mí o más. Es una vergüenza, me avergüenza admitirlo, pero dejé a aquel buen hombre en la calle porque le tenía celos, y eso que Karla aún no lo conocía.

Tenía que encontrar a Abdullah. Tenía que saber qué había hecho o dejado de hacer con Concannon. Conduje a la mezquita de Nabila, al bazar Null y al resto de lugares donde Abdullah se reconfortaba en la camaradería de criminales de línea dura. Estaba enfadado. Me sangraban los puños. No era educado, ni siquiera con la gente que me gustaba.

-¿Dónde está Abdullah? -pregunté una y otra vez, con el motor de la moto rugiendo.

Los tipos duros que arriesgan la vida exigen respeto y me llevé algún golpe.

-Que te follen, Lin. ¿Quieres buscar en mi pistola? A lo mejor se ha escondido dentro.

-Que te follen a ti también. ¿Dónde está Abdullah?

Lo encontré cantando en el festival sufí que duraba toda la noche, un largo canto llamado «Ali Munna» que podía alargarse durante horas, con los asistentes pasándose los *chillums* en un corro de batutas encendidas.

Crucé la mirada con Abdullah, que me entendió enseguida y se abrió paso delicadamente con los pies descalzos entre los cantantes sentados.

Salimos al aparcamiento, de grava y tierra, rodeado de árboles.

-*Salaam aleikum* -dijo, saludándome con un beso en la mejilla.

-*Wa aleikum salaam.* Joder, Abdullah, ¿te cargaste a un tío con el irlandés, con Concannon? ¿Por eso le pegaste dos tiros aquel día? ¿Para cerrarle el pico?

-Ven conmigo -dijo Abdullah en tono de gravedad, conduciéndome del brazo.

Avanzamos unos pasos hacia un espacio bajo una ancha arcada de ramas de magnolio que danzaban a cámara lenta con la brisa. Nos sentamos en una hilera de piedras grandes, colocada para servir de barrera con los coches aparcados.

Los cantantes seguían recitando en la tienda, unos metros más allá. Un cuervo, despierto demasiado tarde o demasiado temprano, graznó

en una rama encima de nosotros.

Dos potentes luces colgando de una tracería de cables señalaban la entrada a la tienda de los cantantes. Era un rezo improvisado, gentes que se reunían de vez en cuando en diferentes lugares, donde les dieran permiso, y se disgregaban sin dejar rastro poco después del amanecer.

Era un encuentro pacífico y seguro porque todos creían que interrumpir una devoción tan pura, una vez comenzado el rito, condenaba a siete generaciones seguidas. Un riesgo que nadie estaba dispuesto a asumir, ni siquiera los gángsters rivales. A veces, son las generaciones por nacer las que nos protegen.

-Aceptábamos contratos ajenos a la Compañía -empezó a explicar Abdullah-. Lo decidió Sanjay. Creo que por motivos políticos, pero es solo mi opinión. El primer encargo fue matar a un empresario.

Se calló, y le di tiempo. Había recorrido un camino muy largo hasta allí y había sido un día largo y de pesadilla.

-El irlandés se ofrecía a cualquier Compañía. Sanjay lo contrató y me mandó con él para garantizar que todo saliera bien.

Volvió a callarse.

-Pero no salió bien -apunté.

-La mujer y la hija estaban en casa. No deberían, pero estaban. Nos vieron, podían reconocernos, pero no pude matarlas.

-Claro que no.

-Pero... Concannon las mató y yo se lo permití, oí cómo las mataba y por eso estoy condenado.

Abdullah, Abdullah, el inquebrantable Abdullah. Notaba cómo se alejaba de mí igual que a veces se nos escapa el amor cuando el puente está demasiado lejos y la tierra que nos conecta se vuelve arena.

-¿Qué has hecho, hombre?

-Les rajó el cuello -dijo.

-Por Dios.

-Salió en la prensa. Tienes que haberlo visto.

Marido estrangulado, esposa e hija asesinadas, robo de dinero: recordaba la historia. Recordaba que no me había gustado.

-Después -continuó Abdullah-, le dije a Concannon que si volvía a verlo lo mataría. Corté el contacto de Concannon con la Compañía y Sanjay empezó a mandar los encargos a los Asesinos de la Bici.

-¿Por qué no me lo contaste? Joder, que ese tío ha puesto precio a mi cabeza.

-Me daba vergüenza.

-¿Vergüenza?

Vergüenza. Conocía la vergüenza. Y Abdullah era mi hermano, y la fraternidad no conoce límites.

-Deberías habérmelo contado, Abdullah. Somos hermanos.

-¿Y si me hubieras rechazado por un acto tan vergonzoso?

El Destino te convierte en juez con la misma frecuencia con la que te juzga. Era un preso fugado que trabajaba en el mercado negro callejero y Abdullah me elevaba al estrado, mazo en mano. Me daban ganas de darle un mazazo.

-Deberías habérmelo contado.

-Lo sé -dijo, cabizbajo.

-Basta de secretos. Hay que ver cuánto os gustan los secretos a Didier y a ti, la verdad.

-Basta de secretos -repitió.

-¿Por tu juramento de soldado?

-Por mi juramento.

-Bien. Abre bien los ojos. Esta noche le he hecho una visita a Concannon, o retrocede o sale mordiendo de su agujero.

-¿Has ido sin mí?

-No pasaba nada. Tenía ayuda.

-¿Le has dado? -preguntó Abdullah, animándose otra vez.

-Se ha complicado. Estate alerta.

-Estoy orgulloso de ti, Lin.

-Pues serás tú solo. No debería haber pasado, pero es difícil razonar con él.

-¿Entramos y nos sumamos a los cantos? -propuso.

-Gracias, pero no. Tengo que irme. Puede que Karla esté en casa. Hasta la vista, hermano.

Conduje de vuelta a la Ciudad Isleña, serpenteando por la larga y amplia avenida Marine Drive antes de poner rumbo al hotel Amritsar. La carretera estaba desierta. El malecón estaba desierto. Las casas de la izquierda dormían, mandaban paz al océano.

Entonces vi a un hombre tocando la guitarra. Estaba sentado debajo de una farola en la mediana del centro del bulevar.

Era Oleg. Paré a su lado.

-¿Qué haces?

-Toco la guitarra -respondió alegremente.

-¿Por qué tocas la guitarra en medio de la carretera?

-La acústica es perfecta -respondió con una sonrisa enervante-. Tengo el mar a la espalda y los edificios delante. Es perfecto. ¿Tocas la guitarra? Deberíamos tocar juntos. Podríamos...

Me alejé en la moto y, hasta Nariman Point, no di media vuelta y volví a parar a su lado.

-¿Te apetece emborracharte? -dije, con la moto rugiendo.

-¿Contigo? -preguntó con desconfianza.

Me alejé en la moto y, hasta Nariman Point, no di media vuelta y volví a parar a su lado.

-¡Sí! Me encantaría emborracharme -dijo.

-Monta, Oleg.

-¿Me dejas conducir?

-No vuelvas a hablar así de mi moto, nunca más.

-Vale -dijo, subiéndose detrás con la guitarra colgada al costado-. Mientras los límites estén claros...

-Agárrate fuerte.

-¿Vamos a pelearnos con alguien después de emborracharnos?

-No.

-¿Ni siquiera entre nosotros?

-Baja de la moto, Oleg.

-No, no. Solo que si vamos a pegarnos quiero estar sobrio porque peleas sucio.

-Vete a la mierda.

-Los rusos no sabemos pelear sucio. Por eso somos pan comido.

-Oleg, como vuelvas a decir «ruso» te tiro de la moto en la próxima curva.

-¿Qué voy a decir? Al fin y al cabo, soy ruso.

-Pues habla de los R.

-De acuerdo -dijo, agarrándose-. Nosotros, los R, pillamos las insinuaciones al vuelo.

Era buen pasajero y me divertí viajando con él. Cuando aparqué la moto y subía las escaleras del hotel Amritsar estaba de buen humor.

Justo al llegar a la puerta de la habitación, Karla abrió la suya para irse.

Llevaba un vestido de noche de tirantes y deportivas de caña alta. Se había retorcido el pelo en un nudo sujeto con la espina de pez espada que había comprado en el mercado. La había lavado, pulido y pegado por la punta ancha a un anillo. Reflejaba las luces de la habitación a su espalda.

-¡Uau! -exclamó Oleg, atisbando la tienda beduina.

-Karla, te presento a Oleg. Es un escritor ruso y un buen hombre en un mal momento. Oleg, Karla.

Karla me miró de arriba abajo, ladeando la cabeza como la mujer del

burka negro brillante de la casa de los arcos del Tuareg. Algo iba mal: peor que de costumbre. Miró a Oleg. Sonrió.

-Así que un mal momento, ¿eh?

-Karla -saludó Oleg, besándole la mano-. Precioso nombre. Tuve un amor especial al que llamaba Karlesha. Era mi apodo cariñoso. Un honor conocerte. Y si flirteo contigo, tu novio me rajará.

-¿Ah, sí? -preguntó Karla con una sonrisa.

-¿Sabes qué? -dije-. Oleg y yo hemos venido a emborracharnos en la habitación. Ha sido una noche larga. Y difícil. ¿Te apetece sumarte al grupo?

-¿Me apetece o estoy dispuesta a acceder?

-Karla.

-Me parece una pregunta justa -dijo Oleg.

Lo miré.

-Solo digo que...

-No, gracias -dijo Karla, apagando las luces, dando un portazo y cerrando varios cerrojos-. Pero ¿a que no sabes qué? Tengo una propuesta para ti, Oleg.

Se volvió hacia él, con sus dieciséis reinas.

-¿De qué clase? -se interesó él amablemente.

-Necesitamos agentes de campo y tú tienes buena pinta.

-¿Agentes de campo?

-Abramos la botella del olvido, Oleg -sugerí-. Y emborrachémonos.

-Tenemos una agencia una puerta más allá -explicó Karla, apoyándose en el marco de la puerta-. Y necesitamos agentes con garra. ¿Tienes garra, Oleg?

-Puedo tenerla. Pero ¿qué te hace suponer que soy lo que buscas?

Karla me señaló con el dedo.

-De no ser así no nos habría presentado. ¿Aceptas?

Oleg me miró.

-Si acepto, ¿me rajarás?

-Claro que no te rajará -dijo Karla.

Oleg volvió a mirarla.

-¡Genial! -exclamó Oleg-. Despedido y contratado dos veces el mismo día. Ya sabía yo que en esta ciudad me haría de oro. ¿Cuándo empiezo?

-A las diez -respondió Karla-. Ponte una camisa bonita.

Oleg sonrió con encanto. Karla le devolvió la sonrisa. Me dieron ganas de estrangularlo con una bonita camisa.

-Pues vale -dije-. Hasta pronto.

Me acerqué a besarla, abrazarla, oler el océano, irme a casa, pero me lo impidió plantándome las manos en el pecho.

-Entra, Oleg -le dije lanzándole las llaves.

Abrió la puerta y ahogó un grito.

-Santo minimalismo -dijo, a solas con mi decoración-. ¡Esto parece Solzhenitsyn, tío!

-¿Qué ocurre, Karla? -le pregunté, cuando nos quedamos solos con lo que fuera que pasaba.

Me miró la cara como si fuera un laberinto y ya hubiera encontrado la salida otras veces. Se quedó mirándome los labios, la frente, los ojos.

-Me marcho un par de semanas -dijo.

-¿Adónde?

-¿Sabes qué me encanta y me cabrea al mismo tiempo? Que sabía que me lo preguntarías.

-Deja de apartarme. ¿Adónde vas?

-No quieres saberlo -dijo, con las reinas en llamas.

-Claro que quiero. Quiero saber qué puerta debo derribar si me necesitas.

Se rió. La gente se ríe muy a menudo cuando hablo en serio.

-Me quedaré un par de semanas con Kavita. Solas.

-¿Qué cojones...? Y un copón -exclamé, diciendo lo que pensaba.

Karla volvió a ladear la cabeza.

-¿Estás celoso, Shantaram?

No. Ahora lo pienso y sé que estaba más celoso del escritor ruso, porque era un tío cojonudo, que de Kavita.

Pero Kavita me había hecho daño y de pronto me di cuenta de que aún me dolía. En mi cabeza Karla no se iba con otro amante: se iba con alguien que me odiaba.

Entonces, esa noche, no le conté a Karla lo que me había dicho Kavita. Debería haberle dicho algo. Debería habérselo contado. Pero había sido una noche difícil.

-Madame Zhou pasó a verme por el pasaje de aquí abajo y me advirtió que me mantuviera alejado de Kavita. ¿De verdad te parece seguro irte con ella?

-¿Qué quieres de mí? -me espetó, irradiando orgullo furioso.

-Quiero estar a tu lado, Karla. Es un pecado que lo uses en mi contra. Deja de jugar conmigo. Pídeme que te deje en paz o que te quiera con todo lo que tengo.

Le dolió. No lo había presenciado a menudo: una reacción en su cara o su cuerpo que no pudo disimular.

-Ya te he hablado de confiar en mí y de cómo iba a costarte cada vez más.

-No te vayas, Karla.

-Me voy con Kavita -dijo, dando media vuelta-. No me esperes despierto.

Se alejó. La acompañé a la escalera y luego corrí al apartamento a verla dirigirse a la parada de taxis del cine Metro.

Oleg se colocó a mi lado. Karla cogió un taxi y desapareció.

-Pinta mal, hermano -se compadeció Oleg-. Por cierto, tu vodka es

una mierda, pero el ron no está mal. Bebe.

-Primero tengo que ducharme. Te dejaré la ducha preparada. Estás en tu casa.

Echó una mirada a la habitación espartana, los suelos de madera relucían como la tapa de un ataúd lacado.

-Vale -dijo.

Me metí en la ducha y abrí el grifo, que manó a golpes y ráfagas. El agua del edificio se transportaba en camiones y se bombeaba a unos depósitos de la azotea. Los compartía todo el edificio.

Para tratar de no malgastar agua, de vez en cuando cerraba el grifo y me apoyaba en la pared hasta que lo ocurrido con Concannon volvía a mí con tal intensidad que me estremecía, provocándome arcadas, y volvía a abrir el agua sanadora.

En el mundo que nos creamos es mentira ser un hombre y es mentira ser una mujer. Una mujer es siempre algo más que cualquier idea que se le imponga y un hombre siempre es más que cualquier deber que se le imponga. Los hombres empatizan y las mujeres lideran ejércitos. Los hombres crían niños y las mujeres exploran la exosfera. No somos ni una cosa ni la otra: somos versiones muy interesantes el uno del otro. Y los hombres también lloran en la ducha, a veces.

Tardé un rato en lavarme la emoción de la cara. Después, mientras Oleg se duchaba, limpié la pistola para meditar y la guardé en el escondite de la cama.

-Tienes un jabón de mierda -dijo Oleg mientras se secaba-. Te traeré un jabón R. Capaz de quitarte hasta las lapas.

-No tengo muchas lapas -dije, tendiéndole la botella-. Y me gusta mi jabón.

Me devolvió la botella, bebí y se la devolví, y Oleg bebió y me la pasó otra vez, y bebí más.

-Esa camiseta es mía -comenté, a medio pasar la botella.

-No te importa, ¿verdad? Da gusto ponerse algo limpio. He vivido toda una era geológica con la que llevaba.

-Quédatela. Tengo otra.

-Ya lo he visto. Y dos pares de vaqueros. Vives con poco, tío. Si cojo

prestados unos pantalones, ¿te importa que enrolle el dobladillo? Es mi estilo.

-Súbete el dobladillo hasta los Urales, Oleg. Pero borra esa sonrisa. Si seguimos bebiendo, va a darme mal rollo.

-Vale, tío. Que sonría menos. Los R nos adaptamos a lo que sea. ¿Tienes música?

-Soy escritor -dije, devolviéndole la botella-. Por supuesto que tengo música.

Tenía un reproductor de cedés conectado a unos altavoces de un mercado de repuestos de Bollywood. Me gustaba cómo fundían cualquier música que pusiera en el mismo océano sónico, la misma oleada de señales provenientes de algún lugar sin aire para respirar.

-Vaya mierda de equipo -dijo Oleg.

-Eres un crítico de la hostia, Oleg.

-En realidad estoy tomando nota de cosas que comprarte que no sean una mierda.

-¿Qué te apetece escuchar, Oleg?

-¿Tienes algo de los Clash?

Puse *Combat Rock* y saltó a por la guitarra.

-Salta al último tema, «Death Is a Star». Ese me lo sé. Toquemos juntos.

Rasgamos la acústica al estilo indo-ruso-australiano, improvisando con los Clash de fondo en una habitación de hotel de Bombay. Tocamos la misma canción una y otra vez hasta pillarle el tempo y, entonces, nos reímos como chiquillos. Y las cuerdas volvieron a abrirnos los cortes de los dedos y la sangre de la pelea con Concannon manchó la caja de mi guitarra.

Acabamos demasiado borrachos para tocar y justo empezaba a no importarnos, ni eso ni nada, cuando me topé con un mensajero en la habitación. Iba vestido con el uniforme caqui de los mensajeros y tenía un mensaje en la mano.

-¿De dónde has salido? -pregunté, balanceándome para verlo bien.

-De fuera, señor.

-Ah, entonces está bien. ¿En qué puedo ayudarte?

-Traigo un mensaje para usted, señor.

-No me gustan los mensajes.

-Pero es mi trabajo, señor.

-Cierto. ¿Cuánto te debo?

Pagué al mensajero y me senté, mirando el mensaje. No quería leerlo. Los ingleses dicen que es buena noticia que no haya noticias. Los alemanes dicen que no es mala noticia que no haya noticias. Tienen razón los alemanes. Algo dentro de mí, y todavía no sé si es la parte que me salva o la que me condena, siempre me empuja a romper el mensaje antes de leerlo, lo mande quien lo mande, y a veces lo hago. Pero tenía que leerlo por si tenía algo que ver con Karla. No. Era de George Géminis.

> Querido Lin, viejo amigo. Scorp y yo nos lanzamos a la aventura. Vamos en busca del gurú para que anule la maldición. Naveen nos ha dado una buena pista y mañana empezaremos a buscar por los canales de Karnataka.
>
> Crucemos los dedos. Te quiero, tío.

Me pareció una carta feliz y esperanzada y me alegré. No comprendí que era un grito de socorro. La tiré en la mesa, puse un poco de buen reggae en mi mierda de equipo y bailamos. Oleg bailó por placer, creo, pero tal vez el ruso risueño tuviera sus propios fantasmas que liberar. Yo estaba pensando en la pelea con Concannon y bailaba por la absolución de la victoria: por derrotar a un enemigo y lamentarlo.

La luna, nuestra hermana solitaria, filtra el daño y el dolor de la luz solar y nos la devuelve inocua, ya no mancha ni quema. Esa noche bailamos a la luz de la luna en el balcón, Oleg y yo, y cantamos y gritamos y reímos, curtiéndonos para lo que habíamos hecho en la vida y lo que habíamos perdido. Y la luna honró a dos tontos caídos al caer el día, con la luz del sol purificada por un espejo celeste hecho de piedra.

DECIMOPRIMERA PARTE

Oleg se mudó conmigo. Me pidió dormir en el sofá y acepté, o sea que tuve que comprar un sofá. Me acompañó a comprarlo, y le llevó un buen rato lograr que me decidiera. Eligió uno de cuero verde lo bastante largo para poder estirarse, cosa que empezó a hacer a menudo al poco de que lo instalaran.

Cuando no trabajaba de detective, persiguiendo amores perdidos con Naveen y Didier, estaba en el sofá, con las manos dobladas sobre el pecho y hablando abiertamente de sus estepas psicológicas. El Tuareg habría disfrutado.

-¿El otro día dijiste que puedes alterar los sueños? -me preguntó, despatarrado en el sofá, a la semana de empezar a trabajar de detective-. ¿Desde el interior, mientras sueñas?

-Por supuesto.

-¿Dices que mientras sueñas, estando completamente dormido, puedes cambiar el curso del sueño?

-Sí. ¿Tú no puedes?

-No. La mayoría no podemos.

-Te lo explicaré de otro modo: una pesadilla es un sueño que no puedo controlar y un sueño es una pesadilla que controlo.

-Vaya. ¿Funciona?

-Estoy escribiendo, Oleg.

-Ah, perdona -se disculpó, chocando los pies descalzos al final del sofá-. Vuelve al trabajo. No haré nada de ruido.

Estaba trabajando en un relato nuevo. Había tirado el cuento feliz. No acababa bien. Estaba esbozando unos párrafos sobre Abdullah y planteándome construir un par de historias a su alrededor. Abdullah llevaba dentro águilas de narrativa, cada historia suya era una contradicción alada, pero nunca había escrito sobre él.

Aquella tarde me apetecía capturarlo, pintarlo con palabras, y escribí de un tirón. Los párrafos florecían como hortensias en las páginas de mi diario.

Años después de aquella tarde soleada en el hotel Amritsar, un escritor me contó que escribir sobre los muertos le traía mala suerte.

Por entonces no lo sabía, y escribí contento las páginas sobre Abdullah: tan contento que me olvidé de amenazas y delitos, enemigos ocultos tras una sonrisa, Kavita y Karla y el resto del mundo, me bastaba con que me dejaran en paz para seguir escribiendo.

-¿De qué trata la historia? -preguntó Oleg.

Dejé la pluma.

-Es un misterio, un asesinato.

-¿Sobre?

-Sobre un escritor que mata a un tipo que lo interrumpe mientras escribe. ¿Te cuento dónde está el misterio?

Cambió las piernas de postura y se sentó con los antebrazos apoyados en los muslos.

-Adoro los misterios -dijo.

-El misterio es por qué el escritor tarda tanto en matarlo.

-Sarcasmo. Deberías leer a Lérmontov. El Cáucaso es famoso por su sarcasmo.

-¿No me digas? -le pinché.

-¿De verdad sabes alterar los sueños?

La estilográfica de mi mano viró hacia Oleg y se quedó planeando encima del codo que tenía apoyado en la mesa. Confiaba en que se transformara en caduceo y poder usarlo para dormir a Oleg.

-A ver, ¿cómo se hace? Me gustaría cambiar los sueños. Tengo algunos sueños que, bueno, la verdad es que me gustaría que se repitieran.

Tapé la pluma, cerré el diario, cogí dos cervezas frías y le lancé una. Volví a la silla y levanté la lata para brindar.

-Por los misterios -dije.

-¡Por los misterios!

-Y ahora, siéntate, relájate y cuéntame qué te pasa, Oleg.

-Tu Karla -me dijo, dándole un sorbo a la cerveza-. Sé cómo te sientes

porque tengo a mi Karlesha en Moscú.

-¿Y por qué no has vuelto a Moscú?

-No me gusta Moscú -dijo, bebiendo otro sorbo-. Prefiero San Petersburgo.

-Pero te gusta la chica.

-Sí. Pero ella me odia.

-¿Te odia?

-Me detesta.

-¿Cómo lo sabes?

-Pagó a su padre para que me matara.

-¿Tuvo que pagarle? ¿Su padre qué es, banquero?

-No, es poli. Bastante importante.

-¿Qué pasó?

-Es largo de contar -dijo suspirando y mirando hacia la brisa de cortinas blancas ondeando en el balcón soleado.

-Vete a la mierda, Oleg. Me has jodido el cuento. Puedes compensarlo contándome tu historia.

Se rió amargamente. Una de nuestras expresiones más puras, propia de nuestra especie: la risa amarga.

-Me acosté con su hermana -dijo, clavando la vista en la cerveza.

-Vale. No tienes mucha clase, pero la gente les hace cosas peores a las hermanas de los demás.

-No, es complicado. Son gemelas. Pero no idénticas.

-¿Adónde quieres ir a parar, Oleg?

Llamaron desde el pasillo. Era Didier.

-¿Hola? ¿Estás en casa, Lin? -preguntó, cruzando la puerta abierta.

-¡Didier! -saludé alegremente-. Coge una silla y tómate una cerveza. Oleg está aventurándose fuera del sofá y eres el hombre ideal para

mostrarle el camino.

-Me temo que tengo otras citas, Lin, y...

-Mi novia de Moscú me odia -dijo Oleg, en tono plano, impotente- porque su gemela no es idéntica y me acostaba con ella y con su hermana.

-Fascinante -dijo Didier, acomodándose en una silla-. Sin ánimo de ser indiscreto, Oleg, las dos... ¿olían igual?

-¿Indiscreto? -me mofé-. ¿Tú, Didier?

-Es curioso que lo preguntes -musitó Oleg, escudriñando la cara de Didier-. Sí que olían igual. Exactamente igual. Vamos que olían igual... por todas partes.

-Un fenómeno extraordinario, sí -reflexionó Didier-. Al extremo. ¿Por casualidad no te fijarías en la longitud de sus dedos anulares en comparación con los índices?

-¿Podemos saltar a la parte en que su padre intenta matarte? -propuse, pensando en que tenía un cuento que escribir.

-Maravilloso -dijo Didier-. ¿Intentó matarte?

-Pues sí. Pasó lo siguiente. Yo estaba enamorado de Elena y entre su hermana, Irina, y yo nunca había pasado nada, hasta una noche en que estaba muy borracho, completamente *razbit*.

-¿*Razbit*? -preguntó Didier.

-Cocido, tío, iba cocidísimo, e Irina se coló desnuda en mi cama mientras Elena estaba en casa de la vecina.

-Maravilloso -comentó entusiasmado Didier.

-Estábamos a oscuras -continuó Oleg-. No se veía nada. Las cortinas tapaban las ventanas. Y olía igual que Elena. Al tacto era Elena.

-¿Te besó? -preguntó Didier, experto forense sexual.

-No. Y tampoco habló.

-Exacto. Se habría delatado. Chica lista.

-A Elena no le pareció tan lista cuando volvió, dio la luz y nos pilló haciendo el amor.

-De esa no te escapas con explicaciones -dije.

-Me echó de mi propio piso. No estoy seguro ni de que fuera legal. A ver, que sigo pagando el alquiler desde aquí... Y su padre me amenazó con separarme de la mujer que amo metiéndome entre rejas.

-No creo que Elena se sintiera muy querida, Oleg.

-No -dijo Oleg-. Me refiero a Irina. Cuando hicimos el amor, aun borracho como estaba, fue lo mejor que me ha pasado en la vida. Es una maníaca, en el buen sentido. Me colgué de ella. Todavía estoy loco por ella.

-Maravilloso -insistió Didier con una sonrisa-. Pero ¿qué pasó?

-Conseguí mandarle un mensaje a Irina proponiéndole fugarnos. Aceptó y nos citamos a medianoche en la estación de Paveletsky. Pero le contó nuestros planes a su hermana y Elena vino a verme y me pidió que no me llevara a Irina. Hablamos, pero no acepté. Me reuní con Irina en la estación y ya nos íbamos cuando me paró y me preguntó si estaba totalmente seguro de que era a ella a quien quería y no a su hermana.

Hizo una pausa, durante la que buscó la salida correcta de aquel laberinto de recuerdos.

-¿Sí? -preguntó Didier, dando golpecitos con el pie-. ¿Qué pasó?

-Estábamos de pie en la penumbra. Me preguntó cómo podía estar seguro de que la quería a ella y no a Elena. ¿Y sabéis ese momento en que una mujer te pide que le digas la verdad? ¿Y tú tienes clarísimo que lo último que deberías hacer es decírsela?

-Sí -convinimos ambos.

-Le dije la verdad.

-¿Fue muy mal? -pregunté.

-Le dije que estaba absolutamente seguro de que la quería a ella porque, solo para terminar de asegurarme, había vuelto a acostarme con Elena cuando había venido a verme hacía un par de horas. Y no había sentido nada, con Elena. Apenas había disfrutado. Así que estaba seguro de que mi media naranja era Irina y que no se trataba de que la otra noche estuviera como una cuba y me hubiera flipado.

-Mierda.

-*Merde* -convino Didier.

-Me atizó.

-Yo mismo tengo ganas de pegarte -dijo Didier-. Es una vergüenza decirle la verdad a una mujer sin adornarla.

-Cavaste tu propia tumba, Oleg -dije riéndome-. ¿Ninguna de las dos te ha perdonado?

-Su padre contrató a unos profesionales y tuve que salir huyendo, y rápido.

-Una huida difícil -dije-. Te la mereces por enamorarte de las hijas de un policía.

Me volví hacia Didier, que estaba recostado en la silla con las piernas cruzadas y una mano en la barbilla.

-¿Consejos?

-Didier tiene la solución -declaró-. Tienes que llevar durante dos semanas dos camisetas de esas que usa el vulgo por debajo de la camisa. No puedes lavarte con jabón ni champú. Solo con agua. No huelas ningún aroma ni te acerques a nadie perfumado. Y no laves las camisetas.

-¿Y luego? -preguntó Oleg.

-Luego mandas las camisetas en dos paquetes, uno para cada gemela, con dos escuetas palabras en el remite: «Leopold's, Bombay».

-¿Y?

-Después repartes la foto de Irina entre los camareros del Leopold's y ofreces una recompensa al primero que la identifique y te avise.

-¿Qué te hace pensar que vendrá? -preguntó Oleg.

Tenía la misma sonrisa radiante que había visto en los estudiantes de la montaña mientras escuchaban a Idriss.

-El olor -le respondió Didier sonriendo-. Si es tuya, el poder de tu olor la traerá a Bombay. Vendrá a ti, como una peregrina de las feromonas. Pero solo si es tuya, si eres suyo.

-¡Uau, Didier! -exclamó Oleg, dando una palmada-. Ahora mismo empiezo.

Se levantó de un salto, cogió mi segunda camiseta del armario y se la puso encima de la otra, la que ya llevaba.

-¿Y las fotos por qué tienen que ser de Irina y no de Elena? -le pregunté a Didier-. ¿Por qué no pueden ser de las dos?

-El sexo -respondió con el ceño fruncido-. ¿Es que no has prestado atención? Irina es Elena sin inhibiciones.

-Ahí le has dado -dijo Oleg, alisándose las camisetas.

-Exacto -dijo Didier, oliendo a Oleg para comprobar que no llevara colonia-. El sexo con Irina fue excepcional. ¿Hace falta que diga más?

Se levantó y se cepilló las mangas.

-Mi tarea ha concluido -dijo, deteniéndose junto a la puerta-. Haz deporte, Oleg. Sube a lugares altos y peligrosos, salta desde cosas, provoca a la policía, pégate con un matón y, sobre todo, flirtea con mujeres pero no te acuestes con ninguna hasta que mandes las camisetas. Tienen que oler tu tigre interior, y el lobo y el mono y a un hombre hambriento de sexo y a una mujer con ganas de él. *Bonne chance.*

Salió majestuosamente, con una floritura del fular azul grisáceo.

-Uau -dijo Oleg.

-¿Recuerdas que te he pedido que no emplees constantemente la palabra que comienza por R?

-Sí... -contestó, titubeando.

-Pues añade a la lista la que empieza por U.

-¿Hay una lista?

-Ahora sí.

-Mierda, hay una lista de cosas que no puedo decir -dijo con una mueca-. Estás consiguiendo que añore Moscú, y eso que ni siquiera me gusta.

Oleg tenía razón. ¿Una lista de palabras prohibidas?

-¿Sabes qué? Al carajo. Di lo que quieras, Oleg.

-¿De verdad?

-Sí.

-Uau, vuelvo a ser ruso.

-¿Sabes qué más? Querías conducir mi moto, ¿verdad?

-¿Me la dejas?

-Jamás. Pero abajo tengo una moto vieja. La habían abandonado donde suelo aparcar. Era de un camarero del Kayani's. Y, como no me gustaba cómo la trataba, se la compré. Llevo un par de semanas poniéndola a punto.

-*Kruto* -dijo Oleg, calzándose.

-¿Cómo?

-Que no he dicho «uau». *Kruto* significa «la hostia», tío.

-¿*Kruto*?

-Sí. *Kruto*, tío.

-¿Sabes conducir?

-¿Estás de broma? -se burló, atándose los cordones de las deportivas-. Los rusos conducimos lo que sea.

-Vale. Salgo a hacer las rondas y, visto que te has tomado el día libre, si quieres puedes acompañarme.

-Buen material para una historia. Gracias.

-No me jodas el material, Oleg. Limítate a conducir y observar, y ya limpiarás la ventanilla empañada de la memoria después, ¿de acuerdo?

-Pero ¿y si descubro un gran personaje, alguien a quien vea hablando contigo, alguien real y verdaderamente excepcional?

Lo pensé. El tío era majo.

-Te concedo un personaje -cedí.

-¡Genial!

-Pero que no sea la tía Medialuna.

-Oh. Suena bien.

-Por eso no te la presto. ¿Listo para montar?

-Listo para lo que sea, tío. Es el lema de mi familia.

-Por favor, por favor, no me hables de tu familia rusa.

-Vale, vale, pero te pierdes un montón de personajes rusos fabulosos, y de regalo.

Completamos dos vueltas al sur bordeando la Ciudad Isleña a poca velocidad. Rara vez tuvimos que cambiar de marcha, porque nos saltábamos todos los semáforos en rojo que podíamos sin arriesgarnos a una multa y cogíamos todos los atajos conocidos por el hombre.

Oleg disfrutó de la visita al banco negro. Preguntó si alquilaban habitaciones. Y le encantó la tía Medialuna. A ella también le gustó Oleg: lo bastante para guiarlo por dos ciclos lunares.

A los nueve minutos y treinta segundos lo arranqué de allí y los dos resbalamos lejos de la tía Medialuna, en una huida que se ralentizaba cuanto más rápido intentábamos correr.

La noche fue imponiéndose a las luces mientras completábamos un bucle que nos llevaría al hotel President, en Cuffe Parade. A nuestra espalda sonaban persistentemente los cláxones.

Gesticulé con la mano derecha, dando permiso para que me adelantaran. El claxon siguió pitando, de modo que paré bajo un dosel de plátanos iluminados por las farolas y todavía verdes del ya lejano monzón.

Un sendero nacía junto al lugar donde me detuve. Era una vía de escape por la que, en caso de necesitarla, no podría seguirme ningún coche. Oleg paró detrás de mí. Una limusina frenó al lado. Me llevé la mano al cuchillo.

La ventanilla tintada bajó lentamente y vi a Diva con sus dos chicas.

-Hola, nena. ¿Qué tal? -saludé.

Se bajó del coche. El chófer se aprestó a abrirle la portezuela, pero llegó tarde y Diva le quitó importancia con un ademán.

-No te preocupes, Vinodbhai -dijo sonriéndole-. Estoy bien.

El hombre hizo una reverencia y miró fugazmente a las chicas Diva antes de volver a bajar la vista y colocarse junto al coche a esperar.

Me impresionó que Diva hubiera añadido el *bhai* al final del nombre. Suponía una muestra de respeto y probablemente la única ocasión, fuera del círculo de familia y amigos sabedores de la valía del hombre que escondía el uniforme, en que lo habían tratado con tanta deferencia.

Fue algo magnífico, más allá del concepto de clase, e hizo que la joven heredera me gustara.

-Lin -me dijo, acercándose para abrazarme-. Me alegro mucho de verte.

Era la primera vez que me abrazaba. De hecho, era la primera vez que no me insultaba.

-*Kruto* -dije-. Alguien que se alegra de verme, para variar.

-Solo quería darte las gracias -dijo, apoyando una mano abierta en mi pecho-. Después del incendio y de volver a la empresa de papá y demás no tuve ocasión. Y no he parado de pensar en darte las gracias y expresarte lo mucho que te debo a ti, y a Naveen, Didier, Johnny Cigar, Sita, Aanu, a la Aanu auténtica, y a Priti y Srinivasan el *dudhwallah* y...

-No me asustes, Diva. ¿Dónde has escondido a la tigresa?

Se rió. Las Divas se rieron, dentro de la limusina con aire acondicionado.

-¿Quién es tu amigo? -preguntó Diva, dando un repaso a Oleg.

-Te presento a Oleg. Es escritor ruso y agente de campo de Amores Perdidos.

-Diva Devnani -se presentó Diva con una sonrisa y tendiéndole la mano-. Encantada de conocerte.

Oleg le besó la mano.

-Oleg Zaminovic. Creemos que el abuelo se inventó el apellido, pero, en fin, también se nos inventó a nosotros, así que no se lo tenemos en cuenta.

-Yo soy Charu -dijo una de las Divas.

-Pari -dijo la otra.

Oleg se inclinó galantemente desde el sillín de la moto.

-Sube -ofreció Charu.

-Desde luego -convino Pari.

La puerta de la limusina se abrió en silencio, como por voluntad

propia.

-Espléndida idea -dijo Oleg, mirándome esperanzado.

-¡Genial! -dijo Diva-. Todo arreglado. Lin y yo nos adelantamos al suburbio en la moto y Oleg que vaya con las chicas.

-Un momento -dije-. Te olvidas de algo.

-No pasa nada, Lin -dijo Diva-. Empecé a viajar en el depósito de la moto de un criado a los tres años.

-Me refiero a la moto de Oleg.

Oleg miró a las preciosidades del interior de la limusina y sus vestidos cortos, mucho más cortos en el asiento de atrás. Me miró.

-Una moto no se abandona, Oleg.

-¿Recuerdas el consejo de Didier? -preguntó lánguidamente, suplicándome, de hombre a hombre-. Ya me entiendes, Lin. Las camisetas apestosas. Creo que debería comenzar esta noche. ¿Qué... qué te parece?

Echó otro vistazo al interior de la limusina. No se podía negar que eran preciosas y que estaban claramente interesadas por Oleg.

-Aparca la moto en el sendero, al lado de la verja -dije-. Dale cien rupias al vigilante para que la cuide hasta que pase a recogerla.

-¡Genial! -exclamó, empujando la moto al sendero y acallando las protestas del vigilante con una cantidad generosa.

Volvió corriendo a la limusina, me arrojó las llaves, se subió al vehículo y cerró la portezuela.

Diva me sonreía. Estaba de pie junto a mi moto. La noche era un lagarto que se arrastraba por la acera. De vez en cuando alguien reconocía a Diva. Algunas personas se paraban a mirarla.

-¿De qué te ríes? -pregunté.

-Me sonrío porque no tienes ni idea de lo majo que eres.

Fruncí el ceño. La gente, amigos y enemigos, estaba cambiando a marchas forzadas a mi alrededor, como si fuera el último en despertarse al ser atacados.

-Charu y Pari son solteras y de mente abierta.

-¿Y?

-A ellas también les pareces interesante. No he conseguido quitárselo de la cabeza.

-¿El qué?

-Que les pareces interesante. Nada más.

-Todo el mundo es interesante.

-Quieres mucho a Karla, ¿verdad? -preguntó, sonriendo otra vez, sin dejar asomar a la tigresa.

-¿Por qué vamos al suburbio, Diva?

-Hay una fiesta de mujeres. Y tengo el honor de ser la invitada de honor. Me gustaría que me acompañaras. Seguro que es la mejor oferta que te han hecho en los últimos veinte minutos.

Me tocó a mí reírme. Quizá Diva hubiera cambiado de verdad. La gente cambia.

-La invitada de honor, ¿eh?

-Vamos, Cisco -dijo con una sonrisa y pasando una pierna sobre el sillín.

Aparcamos fuera y caminamos por las callejas engalanadas de flores. Largas y gruesas guirnaldas enlazaban las casas. El sobrino de Johnny, Eli, nos guió con una linterna por la penumbra de lámparas. Se detuvo frente a un ramo espectacular y enfocó las ristras de flores para que admirásemos cada ramillete. Lucía sus mejores galas, adecuadas para rezar, como todos los que pasaban por allí.

Al final nos condujo a un claro del suburbio donde se celebraban las bodas y las festividades. Se habían dispuesto varias sillas de plástico en semicírculo alrededor de un pequeño escenario. El lugar comenzaba a llenarse de gente.

Las mujeres formaban un jardín luminoso de vestidos coloridos, con el pelo trenzado con flores de franchipán y risas como pájaros al ocaso.

Charu y Pari llegaron con Oleg. Después Kavita se sumó al gentío, seguida de Naveen y Karla.

Karla.

Me vio y sonrió. Esas cosas que sientes por dentro cuando la mujer que amas te sonríe: arpones de coraje, lluvia.

La gente pedía que Diva hablara. La chica buscó un hueco donde todos pudieran ver su menuda figura y dio un discurso aún más pequeño.

-Quiero daros a todos las gracias. Muchas, muchísimas gracias -dijo en hindi-. Sé, porque me habéis salvado la vida, que juntos podemos hacer cualquier cosa. Y a partir de ahora, contad conmigo. Voy a promover traslados a viviendas dignas, acogedoras y seguras por toda la ciudad. Os doy mi palabra, pienso invertir todos mis recursos.

Las mujeres la vitorearon, los hombres la vitorearon y los niños saltaron como si el suelo quemara demasiado para soportar algo más que brincos frenéticos. La banda tocó enloquecida hasta que ya nadie oía nada.

Habían preparado un banquete extendiendo un largo plástico azul en el suelo. Con hojas de banana dispuestas a los lados para que los invitados recibieran la comida. Yo ya había comido, pero era de mala educación rechazar la invitación y traía mala suerte.

Nos sentamos unos junto a otros. Charu y Pari tuvieron que acomodarse de lado porque las faldas de diseño eran demasiado cortas, pero no les importó. Miraban todo con la misma sorpresa que si contemplaran leones en África.

Era su primera visita al lado desdichado de la vida. Les asqueaban, horrorizaban y aterraban los gérmenes de la comida. Pero también estaban fascinadas y, si fascinas a un indio, te lo has ganado.

El Destino quiso que Kavita se sentara a mi derecha y Karla a mi izquierda.

Se sirvió *biryani* vegetal junto con pasta de coco, especias bengalíes, delicias cachemiras, verduras al *tandoori*, yogur de tomate y pepino, lentejas amarillas y coliflor, okra y zanahoria al wok, repartido todo por una hilera interminable de personas sonrientes.

-Curioso momento para celebrar una fiesta -le comenté a Karla.

-Si tuvieras idea de algo -dijo Kavita, inclinándose para mirarme a los ojos o al alma o a algo-, sabrías que es el cambio de turnos, el único

momento en que los trabajadores diurnos pueden coincidir con los nocturnos.

Era una tontería. Yo había vivido en el suburbio y Kavita no, por lo que no había mucho que pudiera enseñarme sobre sus costumbres.

-No vas a parar, ¿verdad, Kavita?

-¿Por qué tendría que parar, vaquero?

-¿Y si me pasas el chutney acre? -intervino Karla, tratando de poner paz.

Se lo pasé, y nuestras miradas se cruzaron fugazmente.

-Huiste cuando murió Lisa -dijo Kavita-. Igual que ahora.

-Vale, Kavita, desahógate de una vez.

-¿Es una amenaza? -preguntó, mirándome con desprecio.

-¿Cómo podría serlo? Sencillamente estoy cansado de jugar a la culpa. Llegué a esta ciudad cargando mis propias cruces. No necesito que me busques otras nuevas.

-La mataste tú -dijo.

No me lo esperaba.

-Calma, Kavita -terció Karla.

-Yo ni siquiera estaba con ella. Ni siquiera estaba en el mismo país. Te tocaba a ti cuidarla, Kavita.

Dio un respingo. Le dolió, y no quería hacerle daño: solo quería que dejara de hacérmelo a mí. Se le humedecieron los ojos, como bolas de nieve de su mundo interior, hechas de lágrimas.

-Yo la quería -dijo, rompiendo a llorar-. Tú solo la utilizabas mientras esperabas a Karla.

-Es el momento ideal, en previsión de lo que se avecina, para cambiar de tema y centrarnos en la ocasión que nos ha reunido -dijo al final Karla-. Dejad de meteros el uno con el otro y actuad como buenos invitados. No hemos venido por nosotros. Hemos venido por Diva, que también ha sufrido lo suyo.

Durante un rato fingí comer y Kavita fingió haberlo dejado. Ninguno de

los dos fue convincente.

-El que debería haber muerto solo en aquella cama eres tú -me espetó Kavita, perdiendo el control.

-Basta, Kavita -pidió Karla.

-¿No tienes nada que decir, Lin?

-Basta, Kavita -dije.

-¿Nada más?

Hice ademán de levantarme, pero me tiró de la manga.

-¿Quieres saber lo que decía de ti mientras me hacía el amor?

Debería haber parado. No lo hice.

-¿Sabes, Kavita? Trabajas en un periódico que vende lociones blanqueantes a un país lleno de gente de tez morena. Hablas del medioambiente y aceptas el dinero de la publicidad de petroleras y empresas del carbón. Das lecciones a la gente que viste pieles y aceptas publicidad de granjas de pollos alimentados en cadena y hamburguesas hormonadas. Tus economistas perdonan a los banqueros hagan lo que hagan, tus páginas de opinión carecen de opinión y tus críticas son una mosca en el elefante de la intolerancia. Las mujeres de tus páginas son muñecas, mientras que los hombres se presentan como sabios. Encubres tantos delitos como los que denuncias y has hecho campaña contra inocentes solo por ganar lectores y ambos lo sabemos. Baja ya del trono, Kavita, y déjame en paz.

Me miró con una determinación que no dejaba entrever nada, pero quizá no hubiera nada, porque guardó silencio.

Me levanté, me excusé y crucé el suburbio a solas. Naveen me atrapó en un callejón de pequeños comercios.

-Lin. Espera.

-¿Cómo te va con el amor perdido?

Le toqué la fibra sensible sin saberlo. Dejó salir de la jaula a su cara furiosa.

-¿Qué insinúas? -gruñó.

-Mira, Naveen, me caes bien. Pero no es una buena noche para enfurruñarte.

Me fui, pero cuando llegué a la moto aparcada en la calle de fuera del suburbio, donde los niños seguían jugando, alguien se me acercó por detrás sigilosamente.

Giré en redondo, agarré un cuello con una mano y con la otra así el cuchillo antes de reconocer a Karla.

-Me has pillado, Shantaram -dijo en cuanto la solté.

-Como siempre.

No se apartó.

-Si te acercas a hurtadillas a la gente, te toparás con más de un berrinche -dije, cogiéndola de la cintura.

-¿Berrinche? Qué sensible.

-No tienes ni idea de lo sensible que estoy esta noche.

-¿Y se te pasará el berrinche?

-No lo sé. A lo mejor debería ponerte un cascabel en la pulsera.

-Tal vez -ronroneó.

La besé, apoyándome en la moto, suplicando que nunca me dejara.

-Uau -exclamó, separándose-. Estás listo para invadir Troya y las naves ni siquiera han zarpado.

-No entiendo nada, ¿no podrías explicarlo clarito?

-¿En tu casa o en la mía? -se rió.

-En cualquier casa.

Volvió a reírse.

-No ha quedado bien -me apresuré a añadir-. No estamos juntos desde la montaña. ¿No te parece mucho tiempo? A mí me lo parece.

Ni que estuviera contando chistes. Karla se reía más fuerte a cada palabra que yo decía. De hecho, me suplicó que callara porque se ahogaba.

-Vas a volverme loco, Karla. ¿Sabes eso que sientes a veces, cuando algo consigue que todo encaje? Yo solo lo siento contigo.

Dejó de reír y me miró de arriba abajo. No sé qué tengo que hace que la gente me mire de arriba abajo, pero me pasa demasiado a menudo.

Me besó. La besé. Lluvia, oleaje y ese lugar interior donde bailamos mejor de lo que en realidad bailamos: me besó.

Me dio un bofetón.

-¡Joder! ¿A qué ha venido eso?

-Contrólate -dijo-. Creía que ya lo habíamos hablado. Te lo dije. O vamos a una o voy por mi cuenta. Tú decides, no yo.

-Bien. De acuerdo. ¿En qué?

-Te quiero, Shantaram -dijo, escabulléndose-. De momento necesito a Kavita. Tengo un plan que no puedo contarte, ¿recuerdas? La necesito y necesito que estés por encima de todo esto y seas mejor.

Los perros ladraban mientras Karla regresaba al suburbio.

No entendí nada, salvo mi parte, y tampoco la tenía clara. Pero al menos sabía que había vuelto a Karlaville. Todavía notaba el bofetón, y el beso.

A partir de esa noche estuve dos semanas sin ver a Oleg. Durante una temporada Oleg encontró otro sofá y las chicas Diva un juguete nuevo. Al día siguiente de su desaparición cogí un taxi y recogí la moto vieja que había dejado en la calle. Hablé un rato con ella y le garanticé que, aunque mi corazón pertenecía a otra moto, en el futuro la protegería, en especial de escritores rusos. Me llevó a casa sin incidentes, con el motor cantando todo el trayecto: era una moto valiente, con mucha vida por delante.

Hacía mis rondas durante el día, ayudaba a la buena gente con préstamos y recaudaba dinero de mala gente morosa, intercambiaba chistes divertidos e insultos aún más jocosos, de vez en cuando abofeteaba a un cambista cara dura en la oreja y me arrodillaba a rezar con otros, sobornaba a policías y soldados de la Compañía para ganarme las bendiciones de los de abajo, dejaba donaciones en iglesias y templos para ganarme las bendiciones de los de arriba, alimentaba a mendigos frente a las mezquitas, perseguí a un chulo cruel de mi zona y quedé tercero en una competición de lanzamiento de cuchillos, a la que me apunté para descubrir quién lanzaba mejor que yo, algo que siempre conviene saber. En todos los sentidos, los días dorados dejaron paso a noches plateadas.

A los quince días de la deserción olorosa de Oleg iba camino del Leopold's pensando en su arroz con curry vegetariano y lo bastante hambriento para comérmelo, cuando un hombre salió corriendo a la calzada y detuvo el tráfico.

Era Stuart Vinson.

-¡Lin! -gritó-. Te he buscado por todas partes. Aparca la puta moto, tío.

-Tranquilo, Vinson -dije, dándole unas palmaditas al depósito de la gasolina-. Cuida esa lengua, tío.

Me miró parpadeando, miró a la moto.

-¿Qué?

-Que te tranquilices. Tú solo has formado un atasco.

Los coches nos esquivaban y la comisaría de Colaba no quedaba lo bastante lejos.

-¡En serio, Lin! Te espero en el Leopold's. Voy tirando.

Se alejó entre el tráfico en dirección al Leopold's y yo sorteé al resto de vehículos para girar en redondo y aparcar.

Encontré a Vinson incordiando a Sweetie para que le diera mesa. En la de Didier solo había un cartel de reservado. Se lo pasé a Sweetie y me senté. Vinson se sentó conmigo.

No tenía buen aspecto. Su cara de salud surfera estaba más flaca que nunca y tenía ojeras negras donde solía lucir optimismo.

-Diría que cerveza -le dije a Sweetie.

-¿Crees que sois los únicos clientes a los que tengo que atender? -preguntó Sweetie, regresando a la cocina.

-¿Hablamos antes o después de la cerveza? -pregunté.

A mí me parecía una pregunta razonable. Había pasado por ambas situaciones y conocía la diferencia: la misma historia contada por dos locos distintos.

-Ha desaparecido -dijo.

-Vale, antes de la cerveza. ¿Te refieres a Rannveig?

-Sí.

-Desaparecido... ¿cómo?

-Pues estaba y, al minuto, ya no estaba. La he buscado por todas partes. No sé qué hacer. Esperaba que se hubiera puesto en contacto contigo.

-No la he visto. Y no tengo ni idea de dónde está. ¿Cuándo ha desaparecido?

-Hace tres días. No he parado de buscarla, pero...

-¿Tres días? Joder, tío. ¿Por qué no me lo has dicho antes?

-Eras mi última esperanza. Lo he intentado todo, he probado con todo el mundo.

La última esperanza: la última persona que quizá pueda ayudarte. Nunca había pensado en mí en tales términos. Nunca había sido la última esperanza. Siempre era de los primeros a los que acudían cuando alguien necesitaba ayuda.

Llegó la cerveza. Vinson se la bebió deprisa, pero no le ayudó.

-¡Dios mío! ¿Dónde está? -gimió.

-Mira, Vinson, podrías pedirle ayuda a Naveen. Trabaja localizando a amores perdidos.

-¿Lo llamarías por mí?

-No llamo por teléfono. Pero, si quieres, te llevo.

-Por favor. Lo que sea. Me tiene muy preocupado.

Nos levantamos para irnos, con mi cerveza intacta. Dejé propina a Sweetie. No la suficiente.

-Que te jodan, Shantaram -soltó, volviendo a colocar el cartel de reservado-. ¿Quién va a beberse tu cerveza? Dime, ¿eh?

Conduje a Vinson a la Agencia Amores Perdidos, a dos puertas de la mía, y lo dejé con Naveen.

La relación con Naveen se había enfriado. Estaba seguro de que yo lo había ofendido de algún modo, pero no sabía cómo. Llevé a Vinson al despacho porque confiaba en Naveen y esperaba que este se diera cuenta.

Me sonrió sin pensar cuando me encaminé a mi habitación y luego se dirigió a Vinson, con varias preguntas serias escritas en la cara.

Me comí unas judías de lata, me bebí una pinta de leche y bajé la ración de comida de emergencia con medio vaso de ron. Dejé la puerta abierta y me senté en mi silla favorita. Era una butaca curva estilo capitán, con acolchado de cuero azul marino descolorido. Era la silla del director. Jaswant Singh la había heredado del anterior director, que la había heredado de alguien con un gusto cojonudo en butacas para escritores. Yo se la había comprado a Jaswant, quien la había reemplazado por una butaca nueva y reluciente.

A Jaswant le encantaba la butaca nueva y la había rodeado de luces de colores. Yo coloqué la vieja en un rincón desde donde tenía vistas del balcón y veía claramente el pasillo, el mostrador de recepción y los escalones que conducían hasta él. Allí escribí algunos de mis mejores textos.

Estaba enfrascado en alguno de ellos cuando Naveen llamó a la puerta.

-¿Tienes un minuto? -preguntó.

Naveen era inteligente, valiente y devoto. Era amable y sincero. Era todo lo que desearías que fuera un hijo o un hermano. Pero me pilló escribiendo.

-¿Cuánto es un minuto?

-Un par.

-Claro -dije, dejando a un lado el diario-. Entra y siéntate.

Se sentó en el sofá y miró alrededor. No había mucho que ver.

-¿Siempre dejas la puerta abierta?

-Solo cuando estoy despierto.

-Tu habitación... -empezó a decir, en busca de alguna pista en una habitación preparada para la huida-. Parece un campamento de reclutas, no sé si me explico. Pensé que al vivirla se volvería más acogedora. Pero... no.

-Karla lo llama Chic Fugitivo.

-¿Le gusta?

-No. ¿Qué te preocupa, Naveen?

-Diva -suspiró, cabizbajo.

-¿Qué le pasa?

-Me ha ofrecido empleo -dijo, con la cara arrugada y tensada por la angustia-. Por eso últimamente estoy tan susceptible.

-Un empleo no es malo.

-No lo entiendes. Me convocó a una reunión. Uno de los suyos me acompañó hasta la azotea del edificio que tiene en Worli Seaface. Donde tiene la oficina. Hacía tiempo que no la veía. Diva ha... Los dos hemos estado muy ocupados.

Apretó los labios para reprimir lo que fuera que iba a decir. Esperé, y luego lo incité.

-Ajá.

-Estaba... magnífica. Se ha cortado el pelo. Está fantástica. Iba de

rojo. En la azotea soplaba el viento. La miré. Por un segundo creí que me había convocado para decirme que...

Dejó caer la cabeza y se miró las manos.

-Pero te había llamado para ofrecerte trabajo.

-Sí.

-¿Por mucho dinero?

-Sí. Demasiado, la verdad.

-Vale. Diva intenta protegerte. No sabe soltarte. Habéis pasado por mucho los dos juntos. Y ahora que Amores Perdidos te ha devuelto a las calles, se preocupa por ti.

-¿Lo crees de verdad?

-Creo que es su forma de decirte que le importas. No es malo, es algo bueno.

-Puede que tengas razón. La otra noche casi me besó, ¿te acuerdas?

-Te mandó que te callaras y la besaras. Tal vez deberías hacerle caso.

-¿Sabes? -musitó-. Me está costando acostumbrarme a la nueva Diva. Con la vieja siempre sabía lo que pensaba y lo que iba a decir. Esta Diva sonriente y feliz es imposible de entender. Es como la nieve en un radar. Como si me hubiera vuelto a enamorar de la misma mujer.

-Una vez leí un libro titulado *Mujeres para tontos*.

-¿Qué descubriste?

-No entendí ni jota. Pero me confirmó una sospecha de mi propia experiencia caótica: es imposible saber lo que le pasa a una mujer por la cabeza si no te lo cuenta. Y para ello, tienes que preguntárselo. Un día de estos tendrás que preguntarle si va en serio contigo.

-¿Crees que debería aceptar el empleo?

-En absoluto. Trabajaste para su padre. Ahora trabajas para ti. Diva respetará más un «no» que un «sí». Ya encontrará otro modo de tenerte cerca.

Se levantó para irse y se ofreció a lavar el vaso. Volví a dejarlo en la

mesa.

-No te olvides de la carrera de esta noche.

-¿Qué carrera?

-¿No te has enterado? Charu y Pari fueron al suburbio, así que he retado a Benicia a una carrera. Está todo listo.

-¿Benicia ha aceptado?

-Sí.

-¿La conoces?

-Más o menos. Hasta la vista.

-Espera. ¿Más o menos?

Volvió a relajarse, pero esquivó mi mirada mientras se apoyaba en la jamba de la puerta.

-Quedé con ella para comprar joyas. Es la única forma de verla. No es fácil entrar en contacto con Benicia. Se sentó en una alfombra en su piso, muy viejo. Lo alquila solo para hacer negocios. Y llevó niqab durante toda la transacción.

-¿De arriba abajo o solo llevaba la máscara negra?

-Solo la máscara. Qué ojos, tío, te lo juro.

-¿Es musulmana?

-No. Se lo pregunté y me dijo que no. Simplemente le gusta el niqab. Pero no es un niqab de verdad. Viene a ser como unas gafas de sol que le cubren la cara y dejan solo los ojos al descubierto. Lo habrá encargado así. Qué ojos, tío, de verdad.

-Una heroína enmascarada. A Karla le va a encantar.

-Qué ojos, tío -repitió-. Te lo juro.

-Tranquilo, Naveen. ¿Qué tal fue con Benicia?

-Cerramos el trato, compré un puñado de joyería del Rajastán para demostrarle mi buena fe y luego le expuse la situación. Aceptó, con una condición.

-Ah, siempre hay condiciones.

-Tengo que salir un día con ella.

-¿Si ganas o si pierdes?

-Gane, pierda o empate.

-¿Estás de broma?

-No, va en serio.

-Mierda, Naveen. Diva no va a ver con buenos ojos que tengas una cita con un enigma que conduce una 350 antigua más rápido que nadie en todo Bombay.

-Que nadie menos yo. He estado entrenando, Lin. Soy rápido.

-Cuando Diva se entere de la cita va a ser mejor que lo seas.

-Ya está acordado.

-Bueno, Diva te lo hará pagar, pero también sumarás unos cuantos puntos a tu leyenda con Didier. Cuando se entere, va a perder la chaveta.

-Ya lo sabe. Todo el mundo está enterado. Todos menos... Diva. Creía que tú también lo sabías.

No lo sabía. Nadie me lo había contado. Sin saber cómo, estaba desconectado de un mundo de amistades que había ayudado a fraguar.

-¿Dónde es la carrera?

-En el edificio de Air India, Marine Drive, Pedder Road y volver. Tres vueltas.

-¿Por dónde giráis en Pedder Road?

-En la última señal antes de Haji Ali.

-¿Cuándo?

-A medianoche.

-La poli estará encantada.

-La poli está colaborando. Se encargarán de la seguridad viaria, y les estamos tan agradecidos, por así decirlo, que hemos pagado lo que

han pedido, que no ha sido poco. Hemos tenido que contar con ellos. Necesitábamos las radios de la policía para ir informando de la carrera. Hay mucho dinero en juego.

-También mío -comenté riéndome.

-¿Sabes? -preguntó dubitativo-. En el momento, con la emoción de la carrera y demás, no se me ocurrió pensar qué le parecería a Diva la cita con Benicia.

-No culpes al momento, Naveen.

-Pero si siguiera con la antigua Diva, la que me pegaba en los huevos cada vez que me ponía gallito, jamás habría pasado.

-Llévate a la nueva Diva a la cita. Puede que a Benicia le caiga bien. Y a Diva le gustan las joyas.

-No es la clase de cita que Benicia tiene en mente.

-¿Y has aceptado?

-Ya te digo, me dejé llevar.

-Anula la apuesta.

-No puedo. Hay demasiada gente que ha apostado demasiado dinero en la carrera. Tengo que echar el resto.

-Bueno, pues cuando salgas con Benicia, dile que estás enamorado de otra. Dile entonces lo que deberías haberle contado cuando te pidió algo más que una cita a través del niqab.

-Me siento fatal.

-Pues no hace falta. Gana la carrera y soluciónalo.

Me abrazó tan intensamente que me sentí de pie en un río, con el agua rodeándome a la altura del pecho con la fuerza justa para no derribarme.

Salió disparado por la puerta.

-¡Nos vemos en la carrera! -dijo, bajando las escaleras.

-¡Espera! -le grité, y regresó corriendo al primer escalón.

-La chica, la amiga de Vinson, Rannveig.

-Sí -dijo a la pata coja, cual ciervo esperando a ganar velocidad-. Antes he hablado con él. Está con Didier en la oficina.

-También es amiga mía. Si quieres encontrarla, prueba el enfoque espiritual. Yo empezaría por ahí.

-Vale, espiritual. Entendido. ¿Algo más?

-No. Corre.

Bajó las escaleras a saltos.

Por lo que fuera, quise cerrar la puerta, pasar los cerrojos, limpiar la pistola, afilar los cuchillos, escribir, emborracharme tanto como para perderme la carrera. En aquel momento no quería saber nada sobre el melodrama amoroso de nadie.

Me levanté y me dirigí a la puerta, pero Vinson se me adelantó.

-¿Tienes un minuto?

-Joder, tío, ¿y quién no? ¿Y quién no sabe que con un minuto no basta? Nadie. Así que deja esa actitud pasivo-agresiva en la puerta, entra, apárcate en el sofá de Oleg, tómate una cerveza y cuéntame lo que te pasa por la cabeza, o por la de Oleg, si te apetece adivinarlo.

-Menudo humor -dijo, sentándose.

Le lancé una cerveza.

-Bonito sofá -comentó-. ¿Quién es Oleg?

-¿Qué pasa, Vinson?

Habló de ella, la chica de las tierras norteñas que llevaba el hielo en la mirada adondequiera que fuera. Se culpó de ser excesivamente protector, de hacerla sentir prisionera, de reprimir su afecto y de toda una retahila de errores.

-El prisionero eres tú, tío -dije.

-¿Soy un prisionero?

-Vives encadenado a lo que haces, Vinson. Y ella vuela libre como un pájaro.

-¿Qué quieres decir?

-No quiero hablar de Rannveig a menos que esté presente en la

conversación. Te diré solo que la considero una persona sensible y que lo que haces le duele por dentro. Su último novio murió al final de la cadena de la heroína, ¿recuerdas?

-Yo no me pincho.

-Eres traficante, Vinson.

-Pero mantengo a Rannveig al margen -se defendió-. No sabe nada de lo que hago.

-Bueno, pues por lo poco que la conozco, creo que le importa lo que haces. No sé, Vinson, pero diría que llegará un punto en que tendrás que elegir entre la chica o el dinero.

-No puedo vivir, bueno, no puedo vivir como estoy acostumbrado a hacerlo sin dinero. Vivo a lo grande, Lin, y me gusta.

-Pues vive menos a lo grande.

-Pero Rannveig...

-Rannveig estará encantada siempre y cuando conserves a la doncella. Adora a tu doncella.

-Primero tendré que encontrarla.

-La encontrarás. O ella te encontrará a ti. Es lista. Y más fuerte de lo que aparenta. Estará bien.

-Gracias, Lin -dijo, levantándose para irse.

-¿Por?

-Por no tomarme por un tonto que se preocupa demasiado. Que la quiere demasiado. La poli me ha tomado por loco.

-La poli considera que todo el que entra por propia voluntad en una comisaría está loco, y algo de razón tiene.

-¿De verdad piensas que volverá conmigo?

-Puede que vuelva contigo, pero no con tu trabajo.

Descendió despacio las escaleras, meneando la cabeza con preocupación.

La fe es amor incondicional y el amor, fe incondicional. Vinson, Naveen y yo éramos hombres enamorados sin las mujeres a las que

amábamos y la fe era un árbol que no daba sombra. Confiaba en que Vinson tuviera suerte y Rannveig quisiera que la encontrara. Confiaba en que Diva le ofreciera a Naveen el consuelo de alguna certeza. Y confiaba en que el plan de Karla, el que fuera, no nos costara lo que casi teníamos.

Casi consigo cerrar la puerta, pero Didier empujó con la mano del otro lado y la abrió.

-Tengo un problema -dijo, tirándose en el sofá.

-Debería alquilar el sofá por horas. Está más ocupado que yo.

-Esta noche hay una fiesta especial.

-Ajá.

-De disfraces.

-Voy a cerrar la puerta, Didier.

-Solo quedan dos disfraces en el mejor especialista y he reservado los dos, pero no consigo decidirme.

-¿Qué les quedaba?

-Gladiador y bailarina.

-No veo dónde está el problema.

-¿El problema? ¿Que no lo ves? Pues obviamente Didier está perfecto en ambos papeles y, por tanto, resulta imposible elegir.

-Ya.

-¿Qué voy a hacer, Lin?

-Mi consejo -respondí, canalizando la energía del sofá de Oleg- es que vayas de gladiador de cintura para arriba y de bailarina de cintura para abajo. De gladiarina.

-Gladiarina -repitió, corriendo a la puerta-. Voy a probar ahora mismo.

Bajó las escaleras arrastrando los pies y yo me arrastré hasta la puerta y, por fin, conseguí cerrarla un rato. Y no debería alegrarme, pero me alegré. No me gustaban las puertas cerradas, prácticamente en ningún sitio. No me gustaban las puertas cerradas en sueños: las que aporreaba noche tras noche.

Me acomodé en la butaca, pero no pude escribir. Me quedé mirando la puerta cerrada demasiado rato y regresé a la jaula.

Cada golpe contra un hombre encadenado, cada inyección a una

rebelión pacífica, cada electrocución de la voluntad es un insulto a lo que seremos cuando devengamos aquello para lo que estamos destinados. El Tiempo es una membrana, un tejido conjuntivo, y puede magullarse. El Tiempo no cura todas las heridas: el Tiempo es todas las heridas. Solo el amor y el perdón curan todas las heridas.

El odio siempre deja una mancha en el velo. Pero a veces el odio no es el tuyo. A veces estás encadenado y el odio que te entra a golpes es ajeno, ha crecido en otro corazón, y tarda más en olvidarse que una magulladura.

Incluso si encontramos la manera de tejer las hebras de amor y fe que vamos encontrando por el camino, en la piel de lo que no podemos olvidar subsiste siempre una imperfección: el ayer que te devuelve la mirada cuando la fijas en una puerta cerrada.

Durante un tiempo fui un hijo perdido que se alejaba a la deriva de los amigos, que se alejaba del amor y encerraba bajo llave recuerdos de miedo, ira, rebelión, una revuelta carcelaria, una capilla incendiada, antidisturbios, hombres que preferían morir a soportar un día más así, igual que yo estaba dispuesto a morir cuando me subí al muro y escapé.

También el Tiempo morirá, como nosotros, cuando muera el universo y renazca. El Tiempo es un ser vivo, como nosotros, con nacimiento, longevidad y extinción. El Tiempo tiene pulso, pero no es el nuestro, por mucho que nos sacrifiquemos por él. No necesitamos al Tiempo. El Tiempo nos necesita a nosotros. Hasta al Tiempo le gusta tener compañía.

Aparté la vista de la puerta y corrí hacia los campos de Karla, los lagos de Karla, las playas y los árboles de Karla, las nubes de Karla, las tormentas de Karla que todo lo rasgaban y, cuando los alcancé, escribí versos sobre Karla y el Tiempo, jugándose el amor.

No funcionó. Pero marqué la página al cerrar el diario porque los mejores escritos nacen de cosas que todavía no funcionan.

Salí al balcón y me fumé uno de los porros de Didier.

El cruce de debajo estaba relativamente vacío. Los coches frenéticos como insectos habían regresado en hordas a sus colmenas. Era la hora de la última ronda y faltaba poco para la carrera entre Benicia y Naveen, pero no me apetecía moverme.

Karla, Didier, Naveen, Diva, Vinson, los George del Zodíaco, Kavita:

no entendía lo que pasaba. Había demasiados cambios, demasiada incertidumbre, demasiadas ocasiones en las que me sentía del lado equivocado de un muro que no veía.

Me había perdido en el caos. Había dedicado la tarde a aconsejar a otros y no era capaz de aconsejarme a mí mismo. Solo podía seguir un instinto que me empujaba a obligar a Karla a decidir de una vez por todas: vivir conmigo en otro sitio o vivir sin mí en la Ciudad Isleña.

Lo que fuera que Karla estuviera haciendo en Bombay no me incluía y yo creía que debería haberme incluido. Estaba listo para cabalgar solo y esperarla en otro lugar si no se marchaba conmigo. Sabía que Karla asistiría a la carrera. Quería estar allí. Quería hablar con ella, aunque solo fuera para despedirme.

Cuando el único plan de tu vida es la carretera más recta que sale de la ciudad y tu corazón ha esperado la verdad durante demasiado tiempo o el alma una canción nueva, a veces el Destino golpea el suelo con una vara sagrada y un fuego se interpone en tu camino.

Los coches pasaban de largo a velocidades endemoniadas. Vi a los hombres de Hussein y de Scorpion salir disparados en diferentes direcciones. Se me acercó un motorista. En una moto de manillares muy altos. Lo reconocí a dos manzanas de distancia. Era Ravi.

Bajé el caballete y saludé.

-¿Qué pasa?

-Un incendio, en casa de Khaderbhai -respondió raudo, situándose a mi lado.

-¿En la mansión?

-Sí, tío.

-¿Nazeer está bien? ¿Y Tariq?

-No se sabe. Están tratando de salvar la mezquita. No sé más. Solo pasan las motos. Mohammed Ali Road está colapsada. Esta noche no salgas a la calle, Lin.

La mansión de Khaderbhai en llamas.

Vi al chico en el trono de emperador con la cabeza ladeada y la frente apoyada en los largos dedos. Vi a mi amigo afgano, Nazeer, su rostro entrecano iluminado por las oraciones matinales.

Y me arrancaron algo del pecho, algo interior que ya no era mío, y noté que la conexión se emborronaba. Noté que el amor se escapaba, drenaba como si la pena hubiera cortado una vena. Y tuve miedo por todos nosotros.

Ravi se alejó y arranqué la moto y salí tras él.

A veces, en aquellos años, la llamada de la muerte era tan poderosa como el deseo de vivir. Y a veces trepaba al mástil del miedo de mi corazón, un barco en el mar, y abría los brazos a la tempestad que rompía el mundo.

Ravi era veloz, pero me sacaba poca ventaja. Al principio condujimos sin problemas por el lomo de dragón de Mohammed Ali Road, pero al final nos topamos con un muro de coches, camionetas y autobuses, todos ellos con el motor apagado.

Tuvimos que enfilar por senderos atestados de gente que no podía seguir a pie por la calle colapsada. Me alegré de que guiara Ravi, que iba apartando a la gente con la rueda delantera. Esquivaba brazos y piernas y cabezas infantiles con fluido respeto, sin herir a nadie, pero manteniendo el avance. Y mientras conducía repetía una única palabra.

«¡Khaderbhai!»

La gritaba una y otra vez, como un ensalmo. Y la gente se apartaba de su camino cada vez que la oía.

La Compañía que había creado Khaderbhai se había convertido en la crisálida de la Sanjay Company y la caliptra de la Vishnu Company, pero a la hora de la verdad solo el nombre de Khaderbhai tenía el timbre del instinto y el poder de separar las olas de gente apresurada.

Me daba tanto miedo perder a Ravi y tener que enfrentarme a mis propias olas, que conducía pegado a él y chocamos varias veces.

Ravi tocaba el claxon con calma, para tranquilizarme, y luego volvía a gritar aquel nombre inolvidable.

«¡Khaderbhai!»

Llegamos a una esquina cerca de la mezquita, pero la muralla de motos, carretillas y bicicletas nos bloqueaba el paso al sendero. La marea de gente se apartó, ramificándose por los huecos entre los coches de la calle.

Por entre los arcos de los toldos veíamos el humo, las llamas y los camiones de bomberos. La calle de al lado formaba un sólido edificio de coches y autobuses.

Empujamos las motos a un umbral, las atamos juntas con mi cadena y escalamos la pared improvisada de bicicletas, cestas y carritos, agachándonos para esquivar los carteles de los comercios.

Rodamos cuesta abajo por la pendiente metálica y aterrizamos detrás del cordón policial, donde terminaba el atasco. Había una cuerda,

sujeta entre el guardabarros de un Ambassador y el manillar de una carretilla. Nada más detenía a la marea de gente. Levantamos la cuerda y avanzamos pegados a las tiendas al pie de la mezquita en dirección a la mansión de Khaderbhai.

Los camiones de bomberos apuntaban potentes mangueras a las paredes de la mezquita tratando de impedir que el fuego se extendiera. La mezquita parecía intacta, pero cuando nos colamos entre las negras serpientes goteantes de las mangueras, vimos que la mansión de Khaderbhai estaba en las últimas.

Una sola unidad de bomberos intentaba ralentizar las llamas, pero la mayoría de los recursos se había desviado a evitar que el incendio devorase la mezquita y provocara una catástrofe mayor en la calle.

Miembros de varias compañías mañosas esperaban a lo largo de la callejuela, mirando fijamente las llamas que les pintaban la rabia en la cara. La mayoría pertenecían a la Hussein Company, pero también había algunos hombres de Vishnu y gángsters de otras compañías. Sumarían una veintena. Abdullah estaba en el centro, con la mirada fiera.

Los bomberos sujetaban a los gángsters, les rogaban que se retirasen y les dejaran trabajar. Abdullah rompió filas. Apartó a tres bomberos y derribó a otro que intentó impedirle entrar en el edificio. Desapareció entre las llamas.

Los hombres de la Compañía miraron a los bomberos, preguntándose si presentarían batalla. Los bomberos iban uniformados. Para los hombres de la Compañía cualquiera que lleve uniforme trabaja para el enemigo.

Los bomberos recularon y se llevaron a sus compañeros. Les pagaban por salvar a gente, no por pegarse con ella. Los hombres a quienes pagaban por pegarse, los policías, corrieron a sustituir a los bomberos en retirada.

Enfrentarse a la policía es peliagudo. A muchos polis les encanta pegarse, pero son unos puristas de las normas. Nada de desfiguraciones ni de armas: solo vale reventarse mutuamente en una pelea justa y limpia. Lo que incluye prácticamente todo salvo un par de detalles. El primero: los polis tienen muy buena memoria, mucho mejor que la mayoría de los criminales que he conocido, que suelen ser más dados a olvidar y perdonar. Y el segundo, si la cosa se desmadra, pueden dispararte y no les pasa nada.

Los hombres de la Compañía apartaron las armas o las tiraron y se plantaron frente al edificio en llamas. Los polis cargaron con todo y los gángsters contraatacaron.

Por supuesto, en cada segundo de vida hay un momento de elección. Yo vi empezar la pelea, equilibrada en número, con los hombres de la Compañía aguantando. Vi a un grupo de polis correr a ayudar a sus amigos. Ravi se fue con otro gángster, Tricky, y ambos arrancaron a correr para lanzarse a la pelea. Podría haberme quedado donde estaba. Podría haberme limitado a observar. No lo hice. Tiré los cuchillos detrás de una carretilla y corrí a la marabunta de la que todos deberíamos haber huido.

Fue una carrera corta. Un poli me golpeó antes de la meta. Era bueno. Era rápido. Oí la campana y no supe en qué asalto estaba. Me guié por el instinto: me agaché, me protegí y luego embestí con una combinación de golpes. Salí tambaleándome, pero con el poli a mis pies. Tony Alto, el larguirucho de Tony, lo había derribado.

Reforzamos las filas de la Compañía. Llegaron más polis a ayudar a los suyos. La gente forcejeaba y caía. Los polis pegaban a otros polis. Los hombres de la Compañía golpeaban a sus amigos.

Agarré a un poli de la camisa y la retorcí para acercármelo. Supuse que si no podía pegarme a mí, tampoco podría pegar a otro.

Me equivoqué en ambas suposiciones. Me lanzó un puñetazo por encima del codo y acertó en la zona de la cabeza que hace que todo se apague: la zona que tocaba los Clash, en una habitación en alguna parte, con un escritor ruso, hacía mucho, mucho tiempo.

Caí de espaldas, con las manos aferradas por instinto a la camisa, y lo derribé conmigo. Con él llegaron más polis, que atrajeron a más gángsters a la melé. La fachada de la mansión había ardido y comenzaba a desmoronarse. Caímos sobre cenizas y carbonilla.

No sé cuántas personas se amontonaban sobre el poli que tenía encima: había caído un árbol de humanidad. El incienso me quemaba los ojos como si ya lo hubieran encendido por los muertos y cargaba el ambiente con fragmentos de sándalo quemado.

Páginas chamuscadas de textos sagrados ardían en los escombros. Olía a pelo quemado y a demasiado sudor de demasiados cuerpos apilados encima del mío.

Empezaron a disparar balas desde el interior de la mansión. De

repente me alegré de estar cubierto de cuerpos.

-¡Las balas explotan por el calor! -gritó un agente en maratí-. Salen disparadas al azar. Alto el fuego.

Los polis y los hombres de la Compañía que tenía encima de mí no iban a arriesgarse. Se agacharon, presionando por entrar en el único hueco a su alcance, que era yo. Respiraba como un conejo, a jadeos breves. Las balas cesaron conforme los cargadores fantasma fueron agotándose. Luego el arco de la casa terminó por ceder. Y la turba que tenía encima se aplastó todavía un poco más.

Fragmentos de escritura se desprendieron del falso arco y cayeron sobre nosotros. No podía levantar los brazos. Aún tenía las manos enganchadas a la camisa del poli. No veía. Respiraba ceniza, pero estaba feliz de tener aire que respirar.

Y entonces paró. Los polis y los gángsters fueron apartándose de uno en uno, dando tumbos. El último fue el poli que tenía justo encima. Intentó alejarse a gatas, pero lo tenía agarrado por la camisa. Siguió estirando de rodillas, sin volverse a mirarme, hasta que lo solté.

Me levanté, me limpié los ojos y miré a la casa incendiada, la casa en llamas donde Khaderbhai me había dedicado horas de instrucción, horas de su vida, para debatir de filosofía.

El patio arqueado dibujaba una silueta temblorosa, perfilada en llamas rojas y amarillas. Los tabiques de la mansión caían uno tras otro. La estructura, una simple estrella de vigas de madera, ardía. Y desapareció. Todo.

No pude soportarlo. No podía aceptarlo. El lugar que había considerado eterno había quedado reducido a llamas y cenizas.

Me giré y vi a Abdullah. Estaba apoyado sobre una rodilla en un claro cerca de la mezquita. Tenía a Tariq, el rey niño, en brazos. La gente se mantenía a una distancia reverencial. Abdullah acunaba al niño, pero la cabeza de Tariq ya había caído hacia la tumba y los brazos fuertes y jóvenes eran algas marinas en el océano del tiempo.

La lucha terminó. Los polis formaron una nueva barricada a una distancia respetuosa. La gente la cruzaba para tocar la capa del difunto niño.

-¿Nazeer? -le pregunté a Abdullah, cuando conseguí abrirme paso entre la columna de dolientes-. ¿Lo has visto dentro?

-El chico lo tenía en brazos -dijo Abdullah, todavía de rodillas, todavía entre lágrimas-. Ya no está. No he podido rescatar el cadáver. Cuando cogí a Tariq, Nazeer estaba muerto, ardiendo.

Abdullah también era un moribundo y ambos lo sabíamos. Había prometido a Khaderbhai que dedicaría la vida a proteger al chico y el chico había muerto. El cadáver flácido era una bandera hecha jirones sobre la rodilla de Abdullah. Aunque le costara su último aliento, Abdullah se encargaría de que los hombres que habían matado a Tariq y Nazeer vieran esa misma bandera antes de morir.

-¿Estás seguro de que estaba muerto?

Me miró, los desiertos iraníes cruzaron sus ojos.

-Está bien, está bien -dije, demasiado impresionado para disentir.

Nazeer era un pilar, un pilar de piedra: el hombre que te cuenta la historia mucho después de que todos los demás hayan muerto.

-¿Ya estaba muerto cuando lo has encontrado?

-Sí. Tenía la espalda quemada, pero su sacrificio ha salvado la cara y el cuerpo de Tariq. Les habían disparado, Lin. A los dos. Y no quedaba ni rastro de los guardias.

Varios dolientes, lamentándose desconsoladamente, me apartaron para tocar al rey caído. Salí como pude de una muchedumbre creciente que ningún cordón policial podría contener. Llegué a la calle principal y trepé por el muro de bicicletas y carretillas en busca de Ravi, que esperaba al otro lado junto a la moto.

-Me alegro de verte, tío -dijo-. Necesito la moto. Esta noche será un infierno.

Si el infierno implica fuego y furia, Ravi acertaba. La indignación revienta el dique de la ira. El asesinato de la mansión, que también había amenazado una mezquita muy querida, soltaría a manadas de lobos, todos lo sabíamos. La bella ciudad, la tolerante Ciudad Isleña, ya no era un lugar seguro.

Me preguntaba dónde estaría Karla y si estaría a salvo.

Solté la cadena, liberamos las motos y nos sumamos al atasco en dirección a Colaba. Ravi se separó en Metro Junction para reunirse con sus hermanos de armas. Yo subí corriendo las escaleras del hotel Amritsar para ver si Karla estaba allí.

-Necesitas una ducha -me aconsejó Jaswant-. Y cambiarte de ropa.

La camiseta era un misterio, desgarrada en la pelea. El chaleco estaba negro y chamuscado. Tenía los brazos y el pecho cubiertos de ceniza y arañazos.

-¿La has visto?

-Se ha ido a ver la carrera.

-Gracias.

-Que te den, *baba* -dijo, mientras yo bajaba los escalones de cuatro en cuatro.

Tenía que encontrar el lugar desde el que Karla vería la legendaria carrera. Suponía que la atraería la curva más peligrosa del circuito: el lugar donde el Destino y la Muerte la verían juntos con una cesta de pícnic.

No era fácil llegar hasta allí. La ciudad comenzaba a cerrarse y tuve que sobornar a la policía en cuatro controles solo para poder conservar los cuchillos.

La discordia intercomunal puede costar miles de vidas un día cualquiera en la India, incluso en una ciudad tolerante como Bombay. La poli cerró las calles mientras las llamas sitiaban la mezquita y la ciudad culpaba a los hindúes.

Para cuando alcancé el mirador, la carrera había terminado y los urbanos atendían un aviso de disturbios en el bazar Null. «Avanza una turba desde Dongri», oí que advertían las radios policiales una y otra vez en maratí.

Bajé a toda velocidad al bar de zumos de Haji Ali. Pensé que tal vez Naveen estuviera celebrando o lamentando allí el resultado de la carrera, porque era uno de los pocos locales públicos que seguía abierto.

Por el camino me crucé con gente que corría hacia el templo hindú o el santuario musulmán. Se habían enterado de que ardían varias zonas del barrio de Dongri, predominantemente musulmán.

Tuve que sortear a la gente, deteniéndome de vez en cuando porque algunos, presas del pánico, cruzaban directamente delante de la moto. Paré en Haji Ali y aparqué la moto a cierta distancia de una larga fila

de motocicletas extranjeras estacionadas justo enfrente. Eché un vistazo a la zona de mesas del bar de zumos y vi a Naveen, sentado con Kavita Singh.

Volví la vista atrás, al grupo de motoristas. Había una chica delgada con gafas de sol y niqab, cazadora de cuero rojo, vaqueros blancos y deportivas rojas: Benicia. Estaba sentada en la moto, una 350 cc de colección, en negro mate y manillares de dos piezas. En el depósito de la gasolina se leía la palabra «Ishq», que significa «amor pasional».

Serían una docena, todos vestidos de cuero de colores pese al calor. No los conocía. Una cabeza se volvió a mirarme. Era Karla.

Karla sonrió, pero no entendí lo que me decían sus ojos. «Me alegro muchísimo de que hayas venido», o «No hagas ninguna tontería». Salvé la distancia que nos separaba y la cogí del brazo.

-Tengo que hablar contigo, Karla.

Los chicos de las motos japonesas me miraron de arriba abajo. Estaba cubierto de ceniza y arañazos y chamuscado.

-¿Qué ha pasado? -me preguntó Karla.

-La casa de Khader. Ya no está. Nazeer y Tariq también nos han dejado.

Algo en su mente, pero lo bastante real como para estremecerla, le recorrió el cuerpo y le echó la cabeza hacia atrás de la impresión. Cayó encima de mí y se agarró de mi cintura mientras caminábamos hacia la moto. Se sentó en el sillín, de espaldas al grupo de fuera del bar.

-¿Estás herido? -preguntó-. ¿Estás bien?

-No es nada...

-¿Estabas en el incendio?

-Sí, he...

-¡Loco! -me espetó, con las reinas ardiendo-. ¿La situación no es lo bastante peligrosa sin necesidad de que juegues con fuego? ¿Para qué me molesto en protegerte si te tomas tantas molestias en arriesgarte?

-Pero...

-Dame un porro.

Fumamos. Estaba escuchando a los polis, en un puesto cercano, comentando el plan B de cerrar toda la ciudad si los disturbios se extendían más allá del mercado de Crawford, que no estaba muy lejos de donde nos encontrábamos.

Quería sacar a Karla de allí. Quería llevármela a casa, sucio y maltrecho como estaba. Quería darme una ducha y visitarla en la tienda beduina.

Los motoristas nos miraban. Iban puestos de zumo de sandía y triunfo ajeno. Hombres jóvenes, con chicas a las que impresionar: su lenguaje corporal buscaba una ofensa que nadie había cometido.

«Fuego -pensaba yo-. Todo se ha perdido. Nazeer, Nazeer, Nazeer, te han disparado y te han quemado, hermano.»

-¿El chico ha muerto? -preguntó Karla, agarrando una cuerda de detalle y sacándome del fuego.

-Sí. Lo he visto. Está muerto, pero no se ha quemado. Nazeer lo protegió con el cuerpo. Abdullah ha rescatado el cadáver de Tariq del edificio, pero ha tenido que dejar dentro a Nazeer.

-Que el universo consuele al alma joven que regresa.

-Que consuele a ambos.

-A los dos.

-Les han disparado, Karla, y los guardias han desaparecido.

-¿Estás seguro?

Por un momento la miré como me había mirado Abdullah en la calle incendiada, con un legado extinto en los brazos.

-Vale -dijo-. Vale.

Se nos acercó un motorista. Rodeé la moto.

-¿Estás bien, Karla? -preguntó el chico-. ¿Te está molestando?

-No, Jack -respondí secamente-. El que molesta eres tú. Largo.

Probablemente el chaval era majo, pero se había equivocado de noche y de momento. Y además, estaba hablando con mi chica.

-¿Y tú quién coño eres?

-El tipo que te recomienda que te largues mientras puedas, Jack.

-Ve a sentarte, Abhay -dijo Karla, de espaldas.

-Lo que tú digas, Karla -contestó Abhay, y al inclinarse la reluciente cazadora crujió como peldaños de una escalera-. Si me necesitas, estoy aquí mismo.

Retrocedió, fulminándome con la mirada, y se reunió con sus amigos.

-Buen chico -dije.

-Son todos buenos chicos -dijo Karla-. Irán a la fiesta de esta noche.

-¿Qué fiesta?

-La fiesta a la que te desinvito.

-¿Me desinvitas?

-Estabas invitado, pero te he desinvitado.

-¿Quién me había invitado?

Giró ligeramente la cabeza.

-La anfitriona.

-¿De qué fiesta hablas?

-De una fiesta especial y, te lo creas o no, he tenido que mover unos cuantos hilos para borrarte de la lista de invitados. Deberías alegrarte.

-Ahora mismo no me alegra nada.

Se nos acercó otro motorista por detrás de Karla mirándome fijamente. Al chico nuevo le preocupaba algo. Levanté la mano, poniendo cara de pocos amigos, y lo detuve.

-No.

Reculó.

-Tómatelo con calma, Lin -dijo Karla, tan cerca que podría haberla besado.

-Es lo más calmado que voy a estar esta noche.

-Son amigos. No buenos amigos, pero amigos, amigos útiles.

-Vente conmigo, Karla.

-No puedo...

-Sí que puedes.

-No puedo.

-¡He ganado! -gritó Naveen, corriendo a abrazarme-. Menuda carrera. La chica esa es fenomenal, pero he ganado yo. ¿Lo has visto?

-Genial, Naveen -dije-. Diles a tus amigos motoristas que se tranquilicen.

-¿Esos? -Se rió-. Están un poco exaltados, pero solo piensan en conducir, tío.

-Hablando de conducir -dijo Karla-, esta noche voy de paquete de Benicia.

-Que... ¿qué?

-Naveen lleva a Kavita a la fiesta de disfraces y yo iré con Benicia. Espero que te parezca bien.

Me parecía tan mal que quería arrojarle unas cuantas motos a Dios.

-¿Sabéis qué? -dijo Naveen, mirándonos a Karla y a mí-. Os esperaré ahí mismo hasta que estéis listos.

Retrocedió unos pasos y luego echó a correr hacia los motoristas.

-Si tengo que quemarme o tienen que darme una paliza para poder hablar contigo, Karla, es que necesitamos terapia.

-Habla por ti -dijo, apartándose-. La terapia es para gente que está demasiado aburrida para admitir la verdad.

-Curioso, viniendo de alguien que no me está contando la verdad.

-No puedo contarte toda la verdad. Creía que lo habías entendido.

-No entiendo nada. ¿De verdad piensas irte con esos esta noche?

Miró por encima del hombro y volvió a girarse hacia mí.

-Esta fiesta es diferente. ¿Me creerás si te digo que voy a la fiesta y

que te he desinvitado porque te quiero?

-Me refiero a si de verdad vas a ir a una fiesta, la que sea, por muy importante que sea, después de lo que ha pasado.

Abrió los labios un segundo, mostrando los dientes, apretados. Con los ojos como platos. Conocía esa expresión. No era amenazadora: estaba reprimiendo algo que me dolería. Me dio igual.

-Los conocías, Karla. Hablamos de Nazeer. No sé tú, pero yo lo único que quiero es estar contigo.

-Lo que le ha pasado al chico es muy duro...

-Y a Nazeer.

-Y a Nazeer. El bueno de Nazeer.

Se calló, los recuerdos del fornido afgano minaban su determinación. Karla y yo encendíamos la misma lámpara al ver la cara arrugada y la sonrisa feroz de Nazeer al abrir la puerta de la mansión.

Respiró hondo, me sonrió y me cogió la mano.

-Esta fiesta es muy importante, Lin. Abrirá un montón de puertas secretas y me permitirá cerrar una puerta que probablemente no debería haber abierto nunca.

-¿Qué puerta?

-Es demasiado pronto. Confía en mí, por favor. Fíate de mí cuando te digo que la fiesta podría darme la oportunidad de alejarme de todo esto y, en adelante, poder vivir sin mirar atrás.

-¿Por qué es tan importante?

-¡Dios! No vas a parar, ¿verdad? Y no confías en mí.

-Me das muy poco, Karla. Y ha sido una mala noche. Lo siento. Supongo que estás poniendo a prueba mi fe.

Me miró, tal vez un tanto decepcionada, tal vez contemplando la decepción de mi cara.

-Muy bien -dijo-. Es una fiesta para fetichistas.

-¿Y qué?

-Es la primera que se celebra en Bombay y caerán las máscaras de

muchos.

-¿Cuántas máscaras?

-Todas, por supuesto -respondió en voz baja, apoyando la mano en mi mejilla-. Por eso te he desinvitado.

-¿Qué?

-Me gustas tal cual eres. Te quiero como eres. Es lo único que importa. No pienso arriesgarlo permitiendo que te desmadres en Babilonia.

-Pero tú vas.

-Yo no soy tú, cariño. Y tú no eres yo.

-Ven conmigo, Karla.

-Tengo que ir, Lin. Tengo asuntos pendientes. Tú confía en mí.

-Todo ha terminado. Ven conmigo.

-Tengo que irme -insistió, levantándose, pero apoyé los dedos en su muñeca a la altura de donde podría llevar una pulsera.

-Por si no te has enterado ha sonado la trompeta. Se han derruido los muros. Es...

-Una referencia bíblica -dijo sonriendo-. Tentador, Shantaram. Más tentador que esa mierda de fiesta, pero tengo que ir.

-No bromeo. No es momento para fiestas. Es momento para fortificarse y defenderse. Va a ponerse feo. Habrá incendios. Arderán las calles. Deberíamos reunir provisiones, esperar a que pase la tormenta y luego buscar otra ciudad.

Me miró con tanto cariño que me sentí nadar en un río de afecto sincero y sin la menor idea de cómo me había alejado de la orilla.

-Son las cosas que nos hacen uno las que hacen que merezcamos la pena.

Lo habíamos expuesto todo. Karla estaba demasiado cerca. Las luces del febril neón del bar de zumos encendían los ojos de Karla y yo volví a arder por dentro.

-¿Qué significa?

-No renuncies a mí -susurró.

-Pero...

-Ni se te ocurra.

Me besó. Me besó tan de verdad que cuando abrí los ojos ya no estaba.

Corrió a reunirse con los motoristas. Los motores rugían. Karla se montó con Benicia. La española se puso un casco integral y bajó la visera: una curva negra de luces ocupó el lugar de sus ojos. Se tomaba muy en serio la privacidad, algo a lo que no cabía objetar. Pero Karla iba de paquete en su moto y a eso sí quería objetar. Benicia se inclinó para asir los manillares y Karla se pegó a ella.

Luego se enderezó y miró alrededor y nuestras miradas se cruzaron sin buscarse. Me sonrió.

«No renuncies a mí.»

Volvió a plegarse sobre la espalda de Benicia.

Kavita se subió detrás de Naveen. Naveen giró magistralmente delante del bar y paró a mi lado.

-¿Por qué no vienes, Lin? -preguntó, mientras los otros motoristas aceleraban.

«Ha habido un incendio -pensé-. Ha muerto gente. Ha muerto Nazeer. Hay zonas de la ciudad bloqueadas.» Pero Naveen estaba contento. Había ganado. No podía fastidiarlo.

-Diviértete, Naveen. Nos vemos en un par de días.

-Claro.

Hizo rugir el motor.

-He aquí el Desinvitado -dijo Kavita, mientras Naveen se disponía a marcharse-. ¿Qué habrá en tu interior tan terrible, Lin, para que no te inviten a una fiesta de fin de semana?

Naveen aceleró y derrapó, seguido por los jóvenes motoristas.

Karla abrió los brazos en cruz mientras Benicia salía disparada.

«No renuncies a mí.»

Estaba quemado, arañado, apaleado, cubierto de cenizas y a solas con los muertos en una ciudad que iban a cerrar a cal y canto.

«No renuncies a mí.»

Regresé en moto al Amritsar y subí las escaleras de una en una, con el cuerpo más pesado que la voluntad.

-Tenías razón, Jaswant -dije al pasar por delante de recepción de camino a la habitación-. Necesito una ducha.

-¡Te lo dije! Y ahora no hay agua caliente y la ciudad se ha vuelto loca. Te lo mereces, *baba*, buenas noches y que duermas bien.

Me senté a la mesa, abrí el diario y escribí lo que había sentido y presenciado esa noche. La ceniza de la mano y el hombro manchó las páginas. La mano izquierda, apoyada plana sobre el diario, marcó las huellas de los dedos, perfectamente dispuestos y claramente delineados, mientras la derecha describía la escena del crimen.

Llamas de tinta negra cruzaron las páginas. Llamas reflejadas en el ojo de un policía, llamas que creaban reflejos azul cromo en una pared de bicicletas, llamas de neón de los tubos de escape de las motos y las botas de acero, arrancando chispas rebeldes de la justificada rotonda de venganza.

Cuando ya no pude escribir más, cogí la botella y me duché estilo carcelario, con la ropa puesta.

Bebí un poco, lavé la ropa sucia y me la fui quitando por capas y bebí un poco más, y lavé mi cuerpo, todavía más sucio, la mugre de la piel con los aromas del miedo y su gemelo no idéntico, el miedo violento.

«Les han disparado. Los han asesinado. Quemado. Están muertos.»

Limpio, seco y desnudo, corrí las cortinas, prohibiéndole la entrada al día, pasé los cerrojos, repartí armas por los diversos lugares de la habitación donde consideré que podría necesitarlas, puse música en mi equipo de mierda, di gracias por tenerlo y anduve de aquí para allá.

Si pasas suficiente tiempo en una celda aprendes a caminar, porque caminar amansa la voz interior que te anima a escapar.

«No te atrevas a renunciar a mí.»

Caminé. Bebí más. La música subió de volumen o quizá simplemente empezó a sonar más fuerte. Estaba cabalgando una ola de Bob Marley hacia costas más luminosas y quise ver la sonrisa de Karla, y entonces caí en la cuenta de que no tenía ninguna fotografía suya.

Busqué en vano por todas partes y decidí que un porro podría ayudarme. El porro encontró un montón de cosas interesantes que no sabía que tenía, incluido un simpático grillo que no cantaba y que trasladé al balcón, pero no había ninguna foto de Karla.

Empezaba a colocarme y lo primero que escribí en el diario, tras la búsqueda infructuosa, fue una pregunta.

«¿Karla es real?»

Escribí muchas cosas más. Recité poesía. «Cuando, en desgracia de hombres», empecé, e iba por «fortuna como el que amigos o poder alcanza» cuando alguien aparentemente poseído empezó a aporrear la puerta.

Seguí con mi danza guerrera por los muertos y los golpes cesaron y los tambores de la música atronaron por toda la habitación y pude volver a escribir.

Escribí dos páginas de notas sobre Nazeer. Los seres queridos que se van nunca abandonan nuestro corazón, pero su imagen viva se desvanece, palidece en el río de la memoria. Quería escribir a Nazeer mientras fuera capaz. Quería escribir aquellos ojos, tan a menudo similares a los de un animal, un animal al acecho, imposibles de conocer y capaces de cualquier cosa: aquellos ojos montañeros, nacidos con vistas a la cima del planeta, que tan pocas veces eran lámparas en el interior de la cueva de su ternura.

Escribí el talante, oculto en los desfiladeros de sus muecas. Escribí la sombra que velaba su rostro bajo cualquier luz, como si el final ceniciento estuviera escrito en su cara desde el principio.

Escribí sus manos, aquellas garras de Komodo, la tierra negra de los primeros años de labores que las marcarían de por vida: canales marcianos de líneas y arrugas en los dedos nudosos, algunos tan profundos como cortes de una navaja.

Escribí a Tariq. Escribí sobre las perlas de sudor que le asomaban encima del labio cuando fingía ser quien no era. Escribí la precisión de sus movimientos, como si su vida fuera una ceremonia del té inconclusa.

Y escribí lo guapo que era. Ya crecía un hombre guapo en el chico torpe: una cara que haría que las chicas se lo pensaran al menos dos veces y una mirada valiente que habría desafiado a cualquier hombre.

Intenté escribirlo, conservarlo, salvarlo, y a Nazeer, en palabras que

pervivieran.

Escribí hasta que algo se agotó, o todo se agotó, y llegué a ese lugar donde las palabras paran y el pensamiento se detiene y solo queda emoción, sentimiento, un latido solitario que resuena a través de las frías profundidades del océano interior, y me dormí, soñando con Karla, que me sacaba de una casa incendiada y me abrasaba la piel con sus besos.

DECIMOSEGUNDA PARTE

Al despertar descubrí que no eran los besos de Karla lo que me abrasaba la piel: me había dormido con la cabeza encima de una estatuilla de lord Shiva y se me había grabado el tridente en la mejilla. Me metí en la ducha y volví a lavarme, decidido a mantener la puerta cerrada un par de días y tal vez continuar velando a los muertos. Pero cuando me sequé y me miré en el espejo, la marca del tridente no se había borrado. Parecía que aguantaría unos días antes de desaparecer. Y supe, viendo mi temeridad, que si me había cocido tanto como para marcarme la cara cuando había enemigos que me dejarían gustosamente una cicatriz, había llegado el momento de la sobriedad.

Y con la sobriedad en mente, se me ocurrió que tal vez Karla se hubiera marchado temprano de la fiesta fetichista y estuviera varada en cualquier lugar de la Ciudad Isleña por culpa de los disturbios. Me vestí para la guerra, comprobé el contenido de los bolsillos y me encaminé al vestíbulo del hotel. Había una barricada de muebles contra la puerta que conducía a las escaleras. Se trataba de una práctica habitual en los hoteles por aquellos años cuando la policía cerraba la ciudad, para salvaguardar a los clientes a un lado de la barricada y mantener a saqueadores y alborotadores del otro.

-Han cerrado todo Bombay Sur -dijo Jaswant, leyendo el periódico-. He tenido suerte de conseguir el diario. Y no, no te lo presto hasta que termine.

-¿Dónde?

-En ninguna parte. Ponte al final de la cola, *baba*.

-Me refiero a qué partes están cerradas.

-Todas.

Un cierre semejante significaba que no podría viajar a ninguna zona de la ciudad de día: ni yo ni nadie.

-¿Cuánto durará?

-¿Qué más te da?

-Joder, Jaswant. ¿Qué te dice la intuición? ¿Un día o cuatro?

-Vistos los incendios y disturbios de anoche, apuesto por tres días -respondió-. E insisto, ¿qué cojones te importa?

-¿Tres días? Creo que no tengo suficiente inspiración para tres días.

-¡Inspiración! -dijo Jaswant, dejando el periódico y girando su nueva butaca de ejecutivo para mirarme de frente.

Apretó un interruptor del mostrador y en la pared de mi lado se abrió un panel corredero. Era un armario secreto repleto de alcohol, cigarrillos y tentempiés, minúsculos paquetes de cereales, cartones de leche, cajas de azucarillos, botes de miel, atún, judías, cerillas, velas, botiquines y tarros de cosas indistinguibles en escabeche.

Activó otro interruptor y una cascada de lucecillas de colores giró alrededor del armario.

-Oye -dijo, mirándome el tridente de la cara iluminado por las luces de colores-. ¿Sabes que llevas un *trishula* marcado en la cara?

-No entremos en cuestiones personales, Jaswant.

Señaló el armario de los placeres con la mano.

-Encantado de dejarlo en simples negocios, *baba* -respondió, arqueando una ceja tras otra-. También hay música.

Apretó otro interruptor y empezó a atronar música de baile Bhangra por los altavoces del mostrador. El pisapapeles danzó con la grapadora del tablero de cristal, cruzando de un lado a otro el reflejo de la sonrisa de Jaswant.

-Los sijs hemos aprendido a adaptarnos -gritó por encima de la música-. Si quieres sobrevivir a la Tercera Guerra Mundial, múdate a un barrio sij.

Dejó terminar la canción, bastante larga.

-No me canso nunca de escucharla -dijo suspirando-. ¿La pongo otra vez?

-No, gracias. Quiero comprarte el alcohol antes de que se lo quede Didier.

-Didier no está.

-Prefiero no arriesgarme.

-Es... lo más inteligente que te he oído decir jamás.

-La gente no te dice cosas inteligentes, Jaswant, porque no tienes la actitud correcta.

-A la mierda la actitud.

-La acusación ha concluido.

-La actitud no paga el alquiler.

-Ponme un poco del alquiler, Jaswant.

-Está bien, está bien, no vayas a sudar la camisa, *baba* -dijo, reuniéndose conmigo en la ventana y metiendo en una bolsa las provisiones que iba indicándole.

-¿Tienes porros liados? -pregunté.

-Claro, de cinco, de diez, de quince...

-Me los llevo.

-¿Cuáles?

-Todos.

-*Chee, chee!* Tío, ¿es que nadie te ha enseñado a negociar?

-Dámelos, Jaswant.

-No sabes ni cuánto cuestan, tío.

-¿Cuánto cuestan, Jaswant?

-Un puto dineral, tío.

-Hecho. Envuélvemelos.

-Ya estamos otra vez. Tienes que discutir el precio, si no, no es el precio. Cuando no regateas conmigo por el precio justo me estás timando, incluso aunque salga ganando. Se hace así, tío.

-Dime cuál es el precio justo, Jaswant, y te lo pagaré.

-No lo entiendes -insistió, pacientemente, enseñando a un tonto-. El juego consiste en descubrir el precio justo entre los dos. Es la única forma de averiguar lo que valen las cosas. Si no lo hacemos todos, estamos jodidos. Son los tipos como tú los que la lían porque pagaríais cualquier precio por cualquier cosa.

-Pago lo que vale, Jaswant.

-Deja que te diga una cosa. No puedes desentenderte del sistema, tío, por mucho que te empeñes. El regateo es la base del negocio. ¿Es que nadie te lo ha enseñado?

-Me da igual lo que cueste.

-A todo el mundo le importa el precio.

-A mí no. Si no puedo permitírmelo, no lo quiero. Si lo quiero y me lo puedo permitir, me da igual lo que cueste. Para eso está el dinero, ¿no?

-El dinero es un río, tío. Algunos nadamos con la corriente y otros reman hacia la orilla.

-Basta ya de dichos sijs.

-Es un dicho nuevo. Me lo acabo de inventar.

-Envuélveme la compra, Jaswant.

Jaswant suspiró.

-Me caes bien -dijo-. Nunca lo admitiré en público porque no me gusta fanfarronear. Todo el mundo lo sabe. Pero me gustas y detecto en ti algunas cualidades interesantes. También veo algunos errores de pensamiento espiritual y, como me caes bien, no me importaría realinearte los chakras, por así decirlo.

-Ya me has soltado el mismo discurso otras veces, ¿verdad? -dije, cogiendo las dos bolsas de provisiones básicas.

-Más de una.

-¿Cómo fue la cosa?

-Sé colocar un cuento, Lin. Una vez interpreté a Otelo en...

-Un placer hacer negocios contigo, Jaswant.

-¡Eso! ¡Justo lo que trataba de explicarte! Me caes bien, pero cuando te comportas como un crío y ya no lo eres le quitas toda la gracia a ser adulto.

Pie para la música. Volvió a pinchar música Bhangra.

Guardé las provisiones, me comí dos latas de atún, afilé los cuchillos

mientras digería la comida y luego estuve haciendo flexiones en el suelo y en la barra hasta que la noche me permitió salir a la ciudad.

Un *bandobast* total, o cierre completo, no admite excepciones de día. Cualquiera que se plante en la calle a mediodía es una víctima o lo será pronto. La poli estaba asustada. No tenían suficientes agentes para frenar a la gente cuando esta decidía declarar la guerra ni para proteger a los bancos. El confinamiento les facilitaba las cosas: si estabas en la calle, eras carne de cañón.

-Salgo un rato, Jaswant -anuncié, al filo de la medianoche.

-Y una mierda. No pienso quitar la barricada.

-Si la quito yo, la destrozaré -dije, avanzando hacia ella.

-¡Ni se te ocurra! -me advirtió, bordeando el mostrador para apartar la barricada de la puerta-. Es una defensa compleja. Mi amigo parsi la montaría mejor, ojalá estuviera aquí. Pero basta para mantener a los zombis a raya.

-¿Zombis?

-Así empieza -dijo, nervioso-. Todo el mundo lo sabe.

Empujó la obra de arte de sillas y bancos y abrió una rendija.

-Necesitarás una contraseña -dijo.

-¿Para qué?

-Para volver a entrar. Para que sepa que eres tú.

-¿Qué tal «Abre la puerta»?

-Pensaba en algo más personal.

-Si regreso y no me abres la puerta, la derribaré.

-¿Cómo?

-Las bisagras están por fuera, Jaswant.

-¡Las bisagras! -siseó-. Mi amigo parsi habría caído en la cuenta. Apuesto a que su barricada antizombis no tiene defectos.

-Cuando vuelva, abres la puta puerta y ya está, Jaswant.

-No vuelvas infectado, por favor -dijo, empujando la barricada de

nuevo contra la puerta.

La noche es la Verdad con un vestido azul y en ella la gente baila distinto. El modo más seguro de moverse de noche durante un toque de queda en Bombay, si no te queda otra que salir, es subido a la moto de un guardia de tráfico.

Conocía a un urbano bueno que necesitaba dinero. La corrupción es un impuesto de una sociedad que no paga lo bastante a la gente para rechazarla. La excusa de mi policía en los controles de carretera era que yo era traductor, un voluntario que aconsejaba a los turistas que no salieran a la calle de noche.

Y, efectivamente, nos encontramos a algún que otro turista desconcertado mientras patrullábamos: personas con mochilas que no se habían preparado para hoteles con barricadas en una ciudad fantasma, y que se alegraban de ver a un poli acompañado de un extranjero.

Cruzamos la mayoría de los controles sin problemas, respondiendo a las preguntas con un grito y un saludo, y recorrí la ciudad silenciosa sentado detrás de un poli, armado, al que pagaba por horas para que me ayudara a encontrar a Karla mientras patrullaba. Quería estar con ella o comprobar que estaba a salvo.

Las leyendas se escriben a sangre y fuego, y las calles estaban lo bastante rojas para escribir leyendas nuevas. El guardia que me escoltaba me informó de que se habían producido enfrentamientos violentos cerca de la mezquita de Nabila. Con el resultado de algunas muertes y numerosos heridos. La mezquita permanecía intacta, ni una sola baldosa había sufrido daños. La gente lo atribuía a un milagro, olvidándose de la cantidad de bomberos que se habían sacrificado para salvar aquel espacio sagrado.

-Es una época impresionante -comentó a lo indio Dominic, el urbano, gritándome por encima del hombro mientras conducía por las calles vacías a punto de calar la moto.

-Más que impresionante, aterradora, Dominic.

-¡Exacto! -se rió.

-Probemos en el hotel Mahesh -propuse.

-Es una época que contaremos a los nietos -dijo Dominic, virando hacia el Mahesh y atravesando cortinas de sombras en todos los pasajes desiertos-. Una época en que los fantasmas se pasean a

voluntad por Bombay.

No encontramos a Karla, pero sí su coche. Al aproximarnos vimos a Randall al volante y a Vinson en el asiento trasero.

Randall bajó la ventanilla. Vinson estaba bajando el contenido de un vaso de whisky.

-Hola, Randall. ¿Y Karla?

-No sé dónde está, señor. No la he visto desde que se fue en moto con la señorita Benicia.

-¡La he encontrado! -exclamó Vinson desde el asiento de atrás, algo achispado.

Me volví hacia él.

-¿Dónde?

-¡En un *ashram*! -contestó feliz.

-¿Karla? ¿En un *ashram*? Como no sea que vaya a comprarlo...

-Karla no. Rannveig. La ha encontrado Naveen. Está en un *ashram* a unos ciento cincuenta kilómetros de aquí. Iré a buscarla en cuanto la situación se tranquilice.

Volví a mirar a Randall.

-¿Qué pasa?

-Tengo instrucciones de reunirme con la señorita Karla en el hotel Amritsar. Pero el *bandobast* ha sido repentino, la policía no me ha dejado moverme y yo no pienso abandonar el vehículo, de modo que estoy atrapado, señor.

-¿Y el pasajero?

-El señor Vinson se ha subido al coche esta tarde a las dos, cuando en esta misma calle han disparado a un saqueador que intentaba robar un vehículo como este.

-Ha sido una suerte que me abrieras la portezuela, Randall -dijo Vinson, abriendo el mueble bar.

-¿Y lleváis aquí desde entonces?

-Sí, señor, esperando la ocasión para reunirnos con la señorita Karla

en el hotel Amritsar.

-El Mahesh está a solo quinientos metros, Randall. No es noche para andar por ahí. Estaríais más seguros en el Mahesh.

-No pienso abandonar el vehículo, señor, a menos que me vaya la vida en ello. Aquí estoy a gusto. Pero quizá el señor Vinson preferiría correr hasta el hotel.

-Ni hablar, tío -dijo Vinson arrastrando las palabras-. Quiero vivir y encontrar a mi chica. Está en un *ashram*. Qué fuerte, tío.

Miré a Dominic.

«Te costará caro», me dijo con la mirada, y me pareció justo. Le estaba pidiendo mucho.

-Convertido en un coche de prensa -dijo, cabeceando-, podremos pasar.

-¿Tienes papel y boli? -pregunté-. ¿Puedes hacer un cartel de prensa?

Randall y Vinson discutieron sobre cómo dibujar el cartel, como hace siempre la gente aunque se jueguen algo importante, pero al final acordaron un diseño.

Randall lo colocó en el salpicadero, apoyándolo en el parabrisas con un zapato de Karla.

Dominic nos guió de un control a otro. Randall saludaba. Vinson bebía y fingía ser periodista.

En el callejón de detrás del Amritsar, pagué a Dominic y le agradecí la ayuda.

-Eres un buen tipo, Lin -dijo sonriendo y guardándose el dinero-. Si te tuviera por un mal tipo te dispararía. Nos vemos dentro de un par de horas. No te preocupes. Encontraremos a tu chica. Esto es Bombay, *yaar*. Bombay siempre encuentra un modo de amar. Descansa.

Se alejó, y el repiqueteo de la moto recordó a los que se escondían tras las puertas y las persianas que fuera había alguien: un valiente, que mantenía el orden.

Cuando Dominic se marchó, Randall bajó del coche a abrirle la portezuela a Vinson. Antes de que la alcanzara se oyó una voz desde el pasaje y los dos nos quedamos quietos.

-Te lo advertí -dijo madame Zhou-. Te advertí que te mantuvieras lejos de Kavita Singh.

Sus matones, los gemelos y los lanzadores de ácido, se desprendieron de las capas de sombras. Me disponía a responderle, pero Randall se adelantó y se plantó delante de mí.

-Por favor -dijo en voz baja.

-Yo me encargo, Randall -dije, tratando de vigilar a cinco mentes peligrosas a la vez-. Madame Zhou monta regularmente el número en este callejón y no sé por qué siempre consigo una entrada.

Madame Zhou se rió, pero fue la única.

-Permítame hablar, por favor -pidió Randall en voz baja-. La estaba esperando.

Hablaba en serio. Le dejé hablar.

-Con la venia, me presentaré, madame -dijo, dirigiéndose a la figura velada-. Soy Randall Soares, uno de los hombres presentes en nombre de la Mujer. Como sufra el menor daño, la mataré a usted y a sus mascotas. Es mi última advertencia, madame. Déjenos en paz o morirá.

Tenía agallas. Yo en su lugar no habría arriesgado tanto porque sabía que la especialidad de madame Zhou era la venganza de segunda mano. Confiaba en que Randall no tuviera familia que pudieran localizar mediante el apellido.

Randall tenía una mano en el bolsillo de la chaqueta. Los lanzadores de ácido tenían las suyas en los bolsillos. Yo tenía las mías en los cuchillos. Madame Zhou retrocedió por el callejón hasta que las sombras volvieron a devorarla.

-Randall Soares -dijo, y sus palabras sonaron como el último siseo de una serpiente de cascabel-. Randall Soares.

Las mascotas retrocedieron hacia la oscuridad. El callejón quedó en silencio.

-Contacta con todos los Soares que conozcas -le aconsejé a Randall-. Esa mujer es puro rencor.

-No tengo familia -dijo Randall-. Soy huérfano, me abandonaron al nacer y nunca me adoptaron. Dejé el orfanato a los dieciséis. Madame Zhou no puede hacer daño a una familia que no existe.

-¿De verdad los matarías?

-¿Usted no?

-Espero poder parar esto antes de llegar a matar a nadie. ¿Has estado en el ejército?

-No, señor, en la marina india.

-¿En la marina, eh? ¿Cuánto tiempo?

-Seis años, señor.

-¿Qué ha pasado? -preguntó Vinson desde el coche.

-Un murciélago que se ha equivocado de campanario, señor -dijo Randall, abriéndole la portezuela-. Un puño que llamaba a la puerta del infierno.

-Qué gusto un poco de aire -dijo Vinson, desperezándose-. Llevo horas en el coche. Tengo que mear, tío, ahora.

Se dirigió a la pared más cercana.

-Un poco de educación, Vinson -pedí-. Aguanta hasta que subamos. Ahí aparcan motos.

Randall acercó el coche a un muro del pasaje abovedado de tal manera que dejaba paso pero disponía de una vía de escape rápida.

-Nadie le hará nada -le dije, mientras cerraba el coche con llave-. Puedes subir con nosotros y estirar las piernas.

-Estupendo, señor.

-Basta ya de llamarme «señor», Randall. Me llamo Lin o Shantaram, si prefieres, pero no «señor». También puedes llamarme «jefe».

-Gracias, señor Shantaram -dijo, sonriendo y con las puestas de sol de Goa relumbrando en su mirada.

-¿Puedo mear en alguna parte? -preguntó Vinson, serpenteando por

el sendero.

Randall y yo lo empujamos escaleras arriba y llamamos a la puerta.

-Abre, Jaswant.

-¿La contraseña? -exigió Jaswant desde el otro lado.

-Abre la puta puerta, gilipollas -dije, en apoyo de Vinson.

-¡Lin! -exclamó Jaswant desde detrás de la puerta-. ¿Qué quieres?

-¿Que qué quiero? ¿Panyabí de pacotilla? Quiero estrangularte con el turbante y apuñalarte con el *kirpan*.

-Pues vas a quedarte con las ganas -dijo-. ¿Qué quieres en realidad?

Miré a Randall, que parecía estar disfrutando. Miré a Vinson, babeando colgado de mi brazo. Sin duda, estaba disfrutando. Miré a la puerta atrancada de mi hotel.

-Me gustaría entrar, por favor, Jaswant -dije, con toda la dulzura que me permitieron los dientes apretados.

-Enseguida. ¿Vienes con algún infectado?

-Abre la puerta, joder, Jaswant.

La barricada se apartó temblando de la puerta y entramos todos a la vez. Jaswant devolvió la escultura a su lugar, se giró rápidamente y señaló a Vinson, que hacía eses de borracho.

-Ese parece infectado -dijo Jaswant.

-Me estoy meando -dijo Vinson.

-¿Rezuma fluidos? -preguntó Jaswant, reculando un paso.

-Si no te callas lo soltará todo -dije, tratando de escapar.

-¿Habéis visto a algún infectado en la calle?

-Basta ya de zombis -dije, conduciendo a Vinson a mi habitación-. Te presento a Randall.

-Hola, Randall. Soy Jaswant. ¿Qué tal ahí fuera?

-De momento está tranquilo -dijo Randall-. Pero estoy contigo al cien por cien con el tema de la vigilancia antizombi. En lo tocante a no-

muertos, la prudencia es la madre de la ciencia.

-¡Exacto! -exclamó Jaswant, regresando a su butaca-. No paro de repetírselo. Plagas. Caos. Situaciones así. Siempre empieza igual.

-Jaswant -dije, tratando de mantener vertical a Vinson y abrir la puerta de la habitación, cosa sorprendentemente difícil-. Voy a necesitar más provisiones. Como ves, tengo invitados.

-Y que lo digas, forastero -se rió.

Abrí la puerta y me encontré a Didier en la habitación, con Oleg, Diva y sus chicas, Charu y Pari.

Iban todos disfrazados. Diva llevaba un maillot de estampado de leopardo. Didier había perdido el torso de gladiador, salvo por la máscara de cuero, pero conservaba el tutú y las mallas. Oleg iba de emperador romano, con sandalias y una toga hecha con una de mis sábanas. Charu y Pari se habían disfrazado de gatas, con orejitas y largas colas. Charu era una persa gris y Pari una gata negra.

-¡Lin! -saludó Didier, sentado al lado de Diva en un colchón tirado en el suelo de madera-. Íbamos a la fiesta tarde, como se lleva ahora, y nos han parado en un control de la policía antes de llegar, así que hemos vuelto justo cuando cerraban toda la ciudad.

-Hola, Lin -saludó Diva-. ¿Te importa que hayamos venido?

-No, claro que no. Encantado de veros. Os presento a...

-Randall, señorita Diva -se presentó Randall-. Y una cara tan bonita como la suya no precisa presentación.

-Uau -exclamaron Charu y Pari.

-Hola, soy Vinson y he encontrado a mi novia. Está en un *ashram*.

-Uau -exclamaron Charu y Pari.

-Esta es Charu -dijo Diva-. Y Pari.

-Está en un *ashram* -dijo Vinson, estrechándole la mano a Pari.

-¿Está, no sé, poseída? -preguntó Pari.

-¿O se muere de una enfermedad incurable? -apuntó Charu.

-¿Qué? -preguntó Vinson, balanceándose mientras intentaba

enfocarlas-. Me estoy meando, ¿sabéis?

Lo conduje al lavabo y cerré la puerta.

-Tienes mal aspecto, Shantaram -dijo Diva, levantándose con los brazos abiertos-. Dame un abrazo, *yaar*.

Me abrazó y volvió a sentarse al lado de Didier en el colchón. Miré el colchón. Me sonaba. Eché un vistazo a la cama por la puerta del dormitorio. No tenía colchón. La cama de madera desnuda parecía un ataúd. El colchón estaba en el suelo.

-Espero que no te moleste, Lin -dijo Didier, bebiéndose mis raciones para un holocausto zombi-. Visto que íbamos a estar aquí vete tú a saber cuánto tiempo, la única solución viable era trasladar el colchón.

-¡Jaswant! -llamé al encargado-. Tengo más invitados. ¡Me quedo todo lo que tengas!

-No se hace así, *baba* -me respondió a gritos-. Ya lo sabes.

-Jaswant, o aceptas mi estilo o mando a Didier a negociar.

-Disculpas aceptadas -respondió-. Es todo tuyo.

Trajo las cajas de cartón a la habitación y varios paquetes de agua embotellada. Regresó con una bombona de gas y un hornillo de dos fogones.

Apartó mis notas y diarios e instaló el hornillo, que encendió con un mechero de chispa en forma de pistola. Subió el gas, lo bajó y lo volvió a subir, como si soltase luciérnagas de una botella.

-Uau -exclamaron Charu y Pari.

Jaswant hizo una reverencia.

-Los restaurantes están cerrados -dijo- y no hay servicio a domicilio ni comida para llevar, habrá que cocinar a saber por cuánto tiempo.

-Necesitaremos más de fumar -dije en la puerta de la habitación.

-Se puede arreglar, pero, con el toque de queda, no será barato.

-Lo compro todo.

-Ya estamos otra vez. ¿Es que no has aprendido nada? Eres una amenaza para el negocio honrado.

-¡Didier!

-Disculpas aceptadas. Te lo traeré luego. Está en el túnel.

-¿El túnel?

-Sí.

-¿Hay un túnel debajo del hotel?

-Pues claro que hay un túnel. Por eso lo compré. Los sijs tenemos que sobrevivir a la Tercera Guerra Mundial, ¿recuerdas?

-¿Puedo verlo?

Estrechó los ojos.

-Me temo que... está por encima de tu rango de precios.

-Vete a la mierda, Jaswant.

-A menos que...

-Que te vayas a la mierda, Jaswant.

-A menos que -persistió- entren los zombis y no nos queden más opciones. Si tuviera la pistola *fáser* sería un paseo.

-Para ya con los zombis.

-Qué soso eres -se quejó, regresando a su mesa-. El hornillo es de alquiler. Te lo cargo a la factura.

Eché un vistazo a la barricada pensando en Karla, esperando el momento de reanudar la búsqueda, y después volví a mirar a la gente de la habitación.

Oleg estaba inspeccionando las cajas. Sacó ollas y sartenes.

-Qué práctico -dijo.

-Tendríamos que haber salvado a una criada -comentó Pari.

A Diva le dio un ataque de risa, riéndose tan fuerte que dobló las rodillas contra el pecho y rodó hecha un ovillo.

-No necesitamos servicio -aseguró Oleg con una sonrisa-. ¿Habéis probado la comida rusa? Os va a entusiasmar, ya veréis.

-Uau -exclamaron Charu y Pari.

Oleg había mandado las camisetas a Moscú, cada una a una gemela no idéntica, y según las normas de Didier ya podía rearomatizarse mientras esperaba la respuesta de Irina, su peregrina de las feromonas.

A las chicas Diva les gustaba Oleg. Oleg le gustaba a todo el mundo. Joder, a mí también me gustaba. Pero solo podía pensar en Karla, fuera, atrapada en algún edificio teniendo que defenderse sola.

-¿Te ayudo a cocinar? -se ofreció Vinson arrastrándose borracho de vuelta del lavabo.

-No se lo recomiendo, señor Vinson -dijo Randall-. Sospecho que las artes culinarias del señor Oleg constituyen un espectáculo deportivo, no un deporte sanguinario.

-Y... recuérdame, ¿tú quién eres? -preguntó Diva, recostándose sobre Didier en el colchón.

-Es Randall -dijo Didier-. Te he hablado de él. Es un misterio que se expresa en frases ingeniosas.

-Randall, señorita Diva -respondió Randall-. Es un honor volver a conocerla.

-Por favor, ven a sentarte con nosotros, Randall -dijo Diva, palmeando la cama.

-Con el debido respeto, señorita Diva, ¿le importaría que el señor Vinson se sentara conmigo? Por lo visto lo han dejado a mi cargo y creo que le convendría reclinarse.

-Por supuesto -dijo Diva, dando palmaditas al colchón-. Siéntate aquí, Vinson.

-Muchísimas gracias -dijo Vinson, mientras Randall lo ayudaba a medio desplomarse en el colchón y apoyar la cabeza en un cojín-. Mi novia está en un *ashram*. Me temo que esta noche me he emborrachado un poco, y puede que anoche también, porque está en un *ashram*, ¿verdad?, bueno, si ahora resulta que Dios es su novio o lo que sea, ¿cómo voy a competir? ¿Cómo puede nadie competir con Dios? Y, bueno, si el tío es tan poderoso y demás, ¿por qué no se busca su propia novia? Me tiene destrozado. La verdad.

-Te ha sentado fatal, chico -dijo Diva.

-Perdón, señorita Diva, pero le sienta fatal a todo el mundo -dijo Randall-. Luchas por el afecto o renuncias a él.

Diva estiró la mano por encima de Didier para apoyarla en el brazo de Randall.

-Si doblo lo que te paga Karla, ¿abandonarías el barco, Randall?

-Trabajar para la señorita Karla no tiene precio -repuso Randall con una sonrisa-. Supone un privilegio y, con el debido respeto, seguiré a bordo y, si hace falta, lanzaré un bote salvavidas al hombre de la señorita Karla.

Diva lo miró de arriba abajo, deteniéndose en su sonrisa.

-Si pasamos la noche encerrados aquí, terminaremos conociéndonos mucho mejor -pronosticó Diva.

-Cada minuto en su compañía es un honor, señorita Diva.

Los dejé disfrutar a solas de dicho minuto, honrado de poder disfrutar de mi dormitorio a solas un solo minuto, pero Diva enseguida salió detrás de mí, me dio la vuelta y me agarró de las solapas del chaleco.

-¿Hay algo entre Randall y Karla? -murmuró.

-¿Qué?

-Si están liados, no pienso cazar en su terreno. Karla me cae bien.

-¿Cazar?

-Pero si no, te lo advierto, Lin, ese tío está buenísimo. Para derretirse de gusto, *yaar*.

«Nuestra preciosa Bombay está ardiendo -pensé-. Hay lugares que han desaparecido. Gente que ya no está.»

-Vale -dije, mirándola sin entender por qué no estaba preparándose para un encierro que podía alargarse días, pero contento de presenciar un rugido de tigresa de la antigua Diva.

-Entonces ¿te parece bien?

Escudriñaba inocentemente mi mirada.

-Sí.

-¿Y seguro que no hay nada de nada entre Karla y Randall? Porque, o sea, el tío está cañón y, la verdad, cuesta creer que no tengan nada, ¿no?

Los mundos no deberían cambiar tan rápido, de forma tan extraña, pero siempre lo hacen. No entendía nada. Karla en moto con Benicia, Naveen en moto con Kavita, Diva bailando con Randall, mi habitación llena de gente capeando la tormenta. Y yo solo tenía una soga a la que asirme: Karla, atrapada en alguna parte, esperando a que apareciera.

-Está bien, Diva. No pasa nada.

Se escabulló del dormitorio y cerré la puerta tras ella, apoyándome sin echar el cerrojo. No quería que oyeran el ruido y sintieran que su presencia me molestaba. Por mí, podían quedarse un mes entero. Empujé la puerta con la espalda convencido de que alguien la abriría en cualquier momento, pero necesitaba un minuto a solas.

Kavita tenía razón. Karla jamás había abandonado mi altar interior, ni siquiera cuando le ponía velas de devoción a Lisa. Karla era el altar, desde el primer instante en que la vi.

¿Es pecado entregar tu amor a alguien cuando no puedes darle tu corazón? ¿Morimos temporalmente por dentro o mantenemos con vida el amor? ¿Se cortó las alas, aquella paloma, al abrir la ventana? ¿La vida de felicidad que yo creía que disfrutábamos era solo la vida de felicidad que yo creía que disfrutábamos? ¿Viví una mentira con Lisa o mentí una vida?

Se oían risas divertidas en la habitación feliz de al lado: un bote salvavidas a la deriva en la irresistibilidad. Y durante un instante pacífico de verdad incómoda, la puerta donde apoyaba la espalda fue la pared de un confesionario y todos mis pecados por obra u omisión me salieron rodando del corazón: Nazeer y Tariq, amigos descuidados a los que habían disparado y quemado, y Lisa, un amor descuidado y perdido para siempre. El remordimiento por mi egoísmo me reptaba por la piel. Y rogué a los muertos que me perdonasen.

Risas y patadas aporrearon la puerta y me golpearon la espalda. No sabía si eran la absolución o la penitencia. Decidí que estábamos en paz y empecé a recoger el dormitorio por si alguno de los supervivientes de la habitación contigua necesitaba un lugar donde dormir.

Cubrí el somier de madera con sábanas dobladas y una manta para

que pudiera descansarse con cierta comodidad. Ordené el cuarto, coloqué los libros en un rincón y la guitarra en el otro y limpié el suelo con un paño húmedo.

Y en algún momento de ese servicio inesperado para invitados inesperados, en algún momento de esa paz, simplicidad y necesidad, el flujo de arrepentimiento se convirtió en un río y dejé partir a Kavita y a Lisa.

Dondequiera que hubieran estado, adondequiera que se dirigieran, vivas o muertas, las dejé partir. Recordé cómo nos habíamos reído, cuánto había hecho reír a las dos. Y, rememorándolo, sonreí, y esa sonrisa abrió la ventana enrejada y las liberó.

La vida a la fuga levanta sus propias barreras. El salón estaba lleno de amigos pacíficos, pero también de armas peligrosas. Había colocado cada una de ellas cuidadosamente, desde cada rincón y cada mueble y desde el balcón hasta la puerta principal, teniendo en cuenta cada posibilidad de ataque. No se me había ocurrido que mis amigos invadieran el salón.

Regresé al salón y recogí las notas y los diarios que Jaswant había sacrificado por el hornillo.

-Tíos, tíos -los interrumpí.

Todo el mundo levantó la vista. Sonreían.

-Me había preparado para visitas inesperadas y al final, esta noche, tengo un montón de invitados.

Aplaudieron y vitorearon.

-No, un momento, sois todos bienvenidos, por supuesto, y gracias a la previsión de Jaswant tenemos comida y agua y otras cosas de sobra para aguantar.

Aplaudieron y vitorearon.

-No, un momento, la cuestión es que, como esperaba visitas sin invitación, he repartido algunas armas por ahí.

Me miraron parpadeando. Se lo tomaron a broma, supongo, y esperaban la gracia final.

Busqué en la librería, prácticamente vacía, y bajé un hacha.

-Vosotros a lo vuestro -dije, hacha en mano-. Relajaos. Pero voy a ir recogiendo las armas porque no quiero que nadie se haga daño accidentalmente. ¿Vale?

Volvieron a mirarme parpadeando. Didier llevaba máscara e incluso él parpadeó.

-Uau -exclamaron Charu y Pari.

Deposité el arma para junglas callejeras en la mesa y regresé al salón a recoger cuchillos, una pistola, dos bates y una estupenda nudillera. La última arma fue un juego de cuchillos para lanzar de Vikrant, que había escondido detrás de un soporte del rincón del balcón, cerca de

donde estaba sentada Diva.

-O es una tragedia que estés tan paranoico -dijo- o es una tragedia que tengas razón.

-No tengo tiempo para paranoias -respondí riendo-. Tengo demasiados enemigos.

Me guardé la pistola en el bolsillo del chaleco. No podía esconderla en el piso porque no podía fiarme de ninguno de ellos si la encontraban. «Da mal karma permitir que alguien se mate con tu pistola -me había dicho en una ocasión Farid, el difunto Farid Arreglatodo-. Casi igual que si lo matas tú.»

Didier y Oleg tenían pistola, en caso de necesitarlas. Lo cual, si la cosa empeoraba, no podía descartarse. Los disturbios en Bombay y otras ciudades indias queman manzanas enteras. Y alrededor del incendio, en corros armados de filos y bates, se agolpan algunos de los responsables a la espera de que la presa huya de las llamas.

Había acordado con Dominic salir otra vez a patrullar un par de horas después. Él tenía que pasar por casa, comer, echar una cabezada y presentarse en comisaría. Con el toque de queda, todos los policías trabajaban todos los turnos.

Yo había planeado saltarme la comida y pasar directamente a la siesta, pero con la casa llena de gente y el colchón en el suelo, la noche había cambiado de plan.

Regresé a la habitación principal y saqueé las provisiones de Jaswant amontonadas en la mesa junto al hornillo. Con una mano me comí un plátano y con la otra unas almendras. Bebí medio vaso de miel. Luego casqué tres huevos en un vaso grande, eché un poco de leche y cúrcuma en polvo, y me lo bebí.

Las chicas no me habían quitado ojo.

-Puaj -dijo Charu.

Era guapa. Por un segundo, mi parte vanidosa quiso explicarle que tenía que volver a la carretera, donde no habría ningún sitio para comer, y que no tenía tiempo para cocinar. Pero estaba enamorado, y la vanidad, esa pequeña sombra del orgullo, no pudo conmigo.

-¿Quieres un poco? -le ofrecí, tendiéndole el vaso.

-Puaj -dijo Charu.

-¿Es un truco de magia? -preguntó Pari.

-Si le gustan los trucos de magia, señorita Pari -dijo Didier-, Didier se los sabe todos.

-Uau. Quiero ver hasta el último truco, Didier -pidió Charu.

-Que sea emocionante, Didier -añadió Pari.

Todo volvió a la normalidad. Todo el mundo dijo algo necesario, innecesariamente. Volví al dormitorio, envolví las armas todas juntas y las dejé en la repisa de la ventana, disimuladas detrás de una cómoda.

-Si estuviéramos en una peli de terror -dijo Oleg, apoyándose en el marco de la puerta a mi lado-, las armas escondidas serían un punto de tensión.

-A menos que lo supieras -dije, escondiendo el fardo-. Entonces el punto de tensión serías tú.

-¡Mierda! ¿Alguna vez has jugado a *Dragon Quest*? En Moscú los vuelve locos.

-Me voy, Oleg -dije, volviéndome de cara a él.

-Espera un momento, ¿cómo que te vas? Creía que nadie podía irse. No separarse es la primera norma de supervivencia para situaciones desquiciadas.

-Por extraño que parezca, te dejo al mando.

-¿Al mando de qué?

-De la habitación, mientras yo no esté.

-Vale -dijo, meditándolo-. ¿Qué quieres que haga?

-Que no les pase nada a mis diarios. Procura que las raciones lleguen para todos. Y si Karla vuelve antes que yo, cuídala.

-¿Seguro que quieres arriesgarte conmigo? Ahora soy un punto de tensión porque sé dónde guardas las armas.

-Corta el rollo, Oleg.

-Perdona -se disculpó sonriendo-. Pero es demasiado divertido. Randall me ha contado que en un laboratorio cercano estaban

haciendo experimentos espeluznantes y que uno de los objetos de estudio se ha escapado hace poco. Ha salido en la prensa. Las chicas están muertas de miedo. Igual esta noche triunfo. ¿Tengo permiso para usar el colchón?

Lo miré, planteándome quemar el edificio y a mis amigos.

-¿Esa mirada significa «sí» o «no»? -preguntó sonriendo.

-¿Estás escribiendo todo lo que está pasando esta noche?

-Pues claro. Lo memorizo como una cámara. ¿Tú no? Es una situación de lo más inusual y una combinación bastante peculiar de personas. Es decir...

-No te duermas, Oleg. Cuando a la gente le da por quemar cosas en Bombay, estos edificios suelen arder. Por eso no he bebido. Por eso no he fumado. La putada es que necesito que estés sereno mientras esté fuera.

-No te preocupes por el bote salvavidas en tu ausencia. -Sonrió-. Cuando vuelvas nadando, seguirán todos aquí.

-Lo tenías escrito, ¿verdad?

-*Chert, da.* Muchísimas gracias, Lin. De verdad, te lo agradezco.

-Si Karla vuelve antes que yo, que no se vaya.

-No me ofendas. Ya me lo habías dicho.

-Me refiero a que la protejas por encima de todo y de todos. Lo entiendes, ¿verdad?

-Lo entiendo -respondió con una mueca-. Esto cada vez se pone mejor.

Volví a la habitación vestido para la batalla. Didier estaba jugando a piedra, papel o tijera con Diva. Charu y Pari intentaban explicarle las reglas a Vinson, que veía demasiadas manos para entenderlo. Randall llevaba la puntuación, con alguna trampa elegante. Todos reían. Crucé en dirección al vestíbulo.

-¿Otra vez con la barricada de los cojones? -se quejó Jaswant.

-Abre, Jaswant.

-¡Es un *bandobast*, idiota! Dentro de un par de horas amanecerá y

serás un blanco pintado.

-Seguro. Un blanco seguro. Abre.

-¿No comprendes que cada vez que abres la barricada -preguntó con paciencia- la debilitas?

-Jaswant, por favor.

-Si estuviera mi amigo parsi, diseñaría una barricada móvil para estos casos, pero...

-Abre la barricada, Jaswant, y como a la vuelta me pidas la contraseña, haré que te la grabe en la kara un joyero.

-Y un cojón panyabí -replicó, subiéndose el tripón hacia el pecho protuberante-. Y disculpa aceptada.

Apartó la barricada de la puerta, pero cuando me disponía a cruzarla me detuvo.

-Si la señorita Karla regresa -me dijo-, conmigo estará a salvo.

-Acabas de convertirte en un amigo, Jaswant.

-La seguridad tiene un precio -dijo, mientras me colaba por el hueco de la puerta-. Por mis servicios de guardaespaldas. Te lo cargaré a la cuenta.

Bajé las escaleras a saltos, me deslicé pegado al muro y encontré a Dominic esperándome impaciente en el pasaje de debajo del arco del hotel.

-Te lo has tomado con calma -me dijo, mientras nos alejábamos-. Bastante cuesta explicar esta situación, Shantaram, para tener que justificar por qué me retraso en las rondas.

-¿Has dormido algo? -pregunté por encima del hombro.

-Una hora. ¿Tú?

-Tenía compañía. ¿Novedades? ¿Cómo está el tema?

-Muy mal -dijo, mientras la moto se reflejaba en los escaparates que íbamos dejando atrás-. Ha habido incendios en Dongri, Malad y Andheri. Cientos de personas han perdido la casa o el negocio. La estación Victoria está repleta de refugiados que buscan cobijo o salir de la ciudad.

-¿Alguna pelea?

-Los líderes jóvenes de las comunidades hindú y musulmana han congregado a su gente. Cuando se declara un incendio en la zona hindú, llegan estudiantes hindúes en camiones. Forman un cordón de testigos para que no se produzcan actos violentos. Lo mismo en el lado musulmán. No quieren que la cosa termine como en los últimos disturbios.

-¿Funciona?

-De momento los estudiantes están consiguiendo mantener la paz. Deberíamos reclutar a algunos. Necesitamos a chicos así en la policía.

-¿Quién provoca los incendios?

-Cuando un incendio devora una calle de Bombay -dijo, escupiendo al suelo-, un centro comercial o un bloque de pisos ocupa su lugar.

Los especuladores a veces aprovechaban la tensión entre comunidades para incendiar calles de pequeños comercios que interferían con sus planes de inversión. Contrataban a matones, que se ataban pañuelos naranjas a la cabeza cuando quemaban comercios musulmanes y verdes cuando incendiaban calles hindúes.

Dominic no tenía una actitud cínica: se sentía derrotado. Tenía treinta años, tres hijos, dos niñas de diez y ocho años y un niño de cuatro: era un trabajador honrado que arriesgaba la vida día y noche por el uniforme que vestía y que había dejado de creer en el sistema que se lo imponía y lo armaba para defenderlo.

Siguió hablando amargamente mientras conducía, comentarios que yo ya había escuchado, cientos de veces, en suburbios, en las calles y en las tiendecitas. Era la voz del resentimiento ante la doble injusticia de una desigualdad social que se cebaba en los pobres mientras la atribuía a carencias del karma.

La familia de Dominic, en tiempos del abuelo, era hindú. Se habían convertido al cristianismo en el marco de una oleada de conversiones alentada por los elegantes discursos, éticamente impecables, del doctor Ambedkar, entonces primer ministro de Justicia de la India y defensor de los Intocables.

Los primeros tiempos después de la conversión fueron difíciles, pero para cuando Dominic y su esposa formaron su propia familia, estaban

plenamente integrados en la comunidad cristiana, igual que muchos otros que se habían convertido en budistas o musulmanes para escapar del yugo de las castas.

Eran las mismas personas, los mismos vecinos, simplemente iban a sitios distintos para conectar con la Fuente. Pero cada religión se tomaba a mal el desgaste de su franquicia, y en ocasiones se resistía violentamente, por lo que las conversiones seguían siendo una cuestión controvertida.

Dimos la vuelta a la ciudad, desde Navy Nagar a Worli Junction, por todas las rutas posibles. Nos cruzamos con camiones de hindúes y musulmanes gritando y agitando estandartes, naranjas para unos y verdes para otros.

Los políticos y los ricos desafiaban el toque de queda y circulaban con escolta armada por las calles vacías, siempre a todo gas. De vez en cuando alguna persona se atrevía a salir. Cuando la veíamos y nos veía, echaba a correr. Por lo demás, la ciudad al amanecer estaba desierta.

No había zombis, pero abundaban perros y ratas hambrientos, sin humanos que dejaran basura para saciarlos. Se habían adueñado de las calles vacías y aullaban y chillaban exigiendo las sobras.

Dominic conducía con cuidado. A los indios les gustan los perros y las ratas. A los indios les gusta prácticamente todo. En un momento dado se paró porque un enjambre de ratas nos cerró el paso como un rebaño de ovejas en el campo.

Revolucionó el motor, dio las luces largas y tocó el claxon. Las ratas no se movieron.

-¿Sugerencias? -preguntó Dominic.

-Podrías disparar al aire para dispersarlas. Los polis lo hacen con la gente que se planta en la calle.

-No.

Se acercó un chucho flacucho, tembloroso, con espasmos en las patas al caminar. El perro indio callejero lleva miles de años entre nosotros y ese perro conocía la ciudad. Paró y comenzó un complejo mensaje de gruñidos y ladridos.

Las ratas salieron correteando, resbalando y pisoteándose, y aquella piel gruesa y gris se fue a por basura a otra parte. El perro nos ladró.

Creo que dijo: «Largo de aquí».

Seguimos adelante.

-Qué majo, el perro -dijo Dominic por encima del hombro.

-Sí, me alegro de que no tuviera amigos. En la India la rabia mata a treinta y cinco mil personas al año.

-Siempre ves el lado malo de las cosas -dijo, poniendo rumbo a Worli Naka.

-Veo el lado de la supervivencia, Dominic.

-Deberías abrir el corazón a Jesús.

-Jesús está en todos los corazones, hermano.

-¿Lo dices en serio?

-Por supuesto. Lo adoro. ¿Quién no?

-Mucha gente -respondió riendo-. Hay gente que odia a Jesús.

-No. Una mente brillante, un corazón cariñoso, un castigo atroz: lo más de lo más. Puede que conozcan a cristianos que no les gusten, pero nadie odia a Jesús.

-Confiemos en que esta noche no lo odie nadie -dijo, atisbando en los callejones que íbamos dejando atrás.

Llegamos a Worli Naka, un cruce de cinco calles bien iluminado y con el espacio de un campo de fútbol vacío alrededor de un único poli, de pie en el centro.

Dominic paró a su lado y apagó el motor.

-¿Estás solo, Mahan? -preguntó en maratí.

-Sí, señor. Pero ya no, señor. Porque ahora me acompaña, señor. ¿Quién es el blanco?

-Un traductor. Voluntario.

-¿Un voluntario?

Mahan me echó un vistazo, atento al menor movimiento porque solo un loco se presentaría voluntario para estar en la calle.

-¿Voluntario? ¿Está loco?

-El parte, Mahan -espetó Dominic.

-¡Señor! Todo tranquilo desde el cambio de turno, señor, a...

Se oyeron dos golpetazos y un camión cargado saltó un badén. Nos giramos y lo vimos aproximarse por la derecha.

El enorme camión tenía la parte trasera abierta y de madera, con laterales hasta la altura del pecho de los hombres que transportaba. Los estandartes naranjas parecían destellos del sol al pasar bajo las farolas.

El camión salvó un segundo badén y los hombres que iban cantando detrás cabecearon al tiempo que las ruedas superaban el desnivel, y dos olas recorrieron todas las cabezas, de la primera a la última, apretujadas contra la puerta.

«Ram! Ram!», entonaban.

Sonó un claxon a nuestra espalda y al volvernos vimos otro camión, que se aproximaba por la izquierda. Ondeaban estandartes verdes.

«Allah hu Akbar!», entonaban.

Todos nos giramos de nuevo hacia el camión naranja y después hacia el verde. Estaba claro que iban a pasar uno junto al otro por nuestro lado, en medio de la calzada.

-Vale -dijo Dominic con calma y apoyando la moto en el caballete-. Ave María purísima, llena eres de gracia.

-Narayani -masculló Mahan, rezándole también a la Divinidad femenina.

Me situé junto a los policías. Miramos a los camiones a izquierda y derecha, que iban ralentizando la marcha al mínimo.

Mahan, el policía que había dirigido solo el cruce, tenía una radio y una vara de bambú. Lo miré y me pilló.

-No pasa nada -me dijo-. No se ponga nervioso. Nos acompaña un superior.

-Y él nos protege -dije en maratí.

-¡Cierto! -me respondió en maratí-. ¿Le gusta el licor local?

-A nadie le gusta -contesté riendo, y se rió conmigo.

Los conductores habían decidido poner a prueba sus habilidades pasando lo más cerca posible. Dentro de la cabina los ayudaron a plegar los espejos y enderezar los estandartes, otros se asomaron por los laterales a gritarles instrucciones y golpear los paneles de madera.

Los camiones, elefantes a lomos de tortugas, avanzaron despacio el uno hacia el otro, aproximándose tanto como solo la fe lo permitiría. Cada uno cargaba con un mínimo de cien hombres coreando consignas. Con fe exaltada. Bautizados en sudor. Durante unos compases, sus cantos se envolvieron y se fundieron, unas palabras repetían el eco de las otras y se convirtieron en naranjas que alababan el verde y verdes que alababan el naranja, cantando a un único Dios.

Yo estaba tenso, preparado para cualquier cosa, pero de los camiones no emanaba ira. Los jóvenes estudiantes solo tenían ojos para sus hermanos, y devoción, y cantaron sin cesar.

Tenían una misión. Las bandas habían impedido que las patrullas de bomberos respondieran a los incendios de los barrios hindúes y musulmanes. Los jóvenes de los camiones eran testigos civiles que arriesgaban la vida para garantizar que el peligro no impidiera a las autoridades municipales cumplir con su deber.

Su misión era una tarea sagrada, salvar a las comunidades por encima de cualquier provocación. Los camiones se alejaron entre cánticos frenéticos pero sin una sola insinuación violenta.

Mientras se alejaban, empujados por los cantos, la vi, Karla, de pie al otro lado de la intersección. Había viajado en uno de los camiones.

Vestía vaqueros negros, una camiseta negra sin mangas de aficionada a las carreras y un abrigo fino de color rojo con la capucha cubriéndole la melena morena. Llevaba una bolsa al hombro, de la que colgaban sus zapatos. Iba descalza.

La vi despedirse del camión de los estandartes verdes y corrí a su encuentro.

-¡Qué alegría verte! -dijo mientras la abrazaba-. Creía que iba a llevarme toda la vida.

-¿El qué? -pregunté sin soltarla.

-Encontrarte -dijo, con las farolas reflejadas en las reinas verdes-. Pensaba que estarías atrapado en algún lugar en mala compañía. Y he venido a rescatarte.

-Qué gracia. Yo creía que estarías atrapada en mala compañía y he venido a rescatarte. Dame un beso.

Me besó y se echó hacia atrás para mirarme otra vez.

-¿Has estado practicando?

-Todo es práctica, Karla.

-Vete a la mierda, Shantaram. Echarme en cara mis propias frases. Qué vergüenza.

-No es lo único que me gustaría echarte en cara.

-Igual te lo recuerdo -se rió.

-No, de verdad. No sé qué planes tendrás ni qué piensas hacer, pero hasta que la situación se calme, por favor, Karla, vuelve conmigo. Solo para tener la tranquilidad de que estoy a salvo.

Se rió otra vez.

-Adelante. Tú me guías.

-Ven, que te presentaré a Dominic. Es un amigo que me ha echado una mano.

-¿Y la moto?

-Hay toque de queda. Viajo de paquete con Dominic. Ha sido la única manera de salir a buscarte.

-¿De verdad vas con un agente de tráfico?

Miró al otro lado del campo de luz, a Mahan y Dominic.

-También es el taxi que nos llevará a casa, si no te importa que seamos tres.

-Mientras me toque en medio -dijo, asiéndome del brazo.

-¿Cómo has conseguido subir al camión?

Paró en el cruce desierto antes de reunirnos con Dominic. Me agarró

del cuello del chaleco y me acercó para darme otro beso.

Cuando emergí del beso, Karla estaba a un paso de distancia y yo seguía inclinado como si tuviera algún motivo. Los polis silbaban, cantaban y bailaban.

Salí pitando y les presenté a Karla.

-Un placer, señorita Karla -saludó Dominic-. La hemos buscado por los mejores y los peores lugares.

Discreto, en la India, significa no interrumpirte para decirte alguna indiscreción.

-Qué bonito, Dominic -dijo Karla con coquetería-. Me gustaría escuchar tu informe sobre los peores lugares cuando no estés patrullando.

Viajamos los tres en la moto. Con la espalda de Karla contra mi pecho. Aferrada a mí, agarrada al chaleco y pegándome a ella. Recostó la cabeza en mi pecho y cerró los ojos. Me habría parecido mejor que no tuviera las piernas alrededor de Dominic ni los pies sobre el depósito de gasolina.

Superamos los controles como por arte de magia. Dominic solo utilizó un mantra para sortear los cordones policiales. «No preguntéis», decía en maratí, mientras cruzaba los controles conmigo a la espalda y las piernas de Karla decorándolo por delante.

Ningún policía preguntó. Ninguno parpadeó siquiera. «Los polis tienen que caerte bien a la fuerza -me había dicho una vez un preso sabio-. Piensan como nosotros, actúan como nosotros y pelean como nosotros. Son forajidos que se han vendido a los ricos, pero el forajido sigue ahí.»

Dominic nos dejó en el callejón de detrás del hotel.

-Gracias, Dominic -dijo Karla, llevándose la mano al corazón-. Un paseo muy agradable.

Le di todo el dinero que llevaba encima. Casi todo eran dólares americanos, pero también había una mezcla para emergencias. En total sumaban unos veinte mil dólares. Una suma que yo manejaba un día sí y otro también, pero mucho dinero para un hombre que vivía con cincuenta dólares mensuales. Suficiente para comprar una casa de una habitación, que era su sueño, porque el poli encargado de salvar la ciudad durante el toque de queda, como muchos de ellos,

vivía en un barracón destartalado.

-Es demasiado -dijo con el ceño fruncido, y comprendí que lo había ofendido.

-Es todo lo que llevo encima, Dominic -expliqué para que lo aceptara-. Si tuviera más, te lo daría. Estoy muy contento, tío. Te debo una. Llámame siempre que me necesites, ¿vale?

-Gracias, Lin -dijo, guardándose el dinero en la camisa y con una mirada que calculaba cuánto tardaría en llegar a casa, después de la ronda, para contárselo a su mujer.

Se alejó y Karla se encaminó al pasaje abovedado, pero la detuve.

-Hey -dije, sujetándola del codo-. A madame Zhou le gusta aparecer por ahí.

Karla miró al nuevo día, que pintaba horizontes grisáceos alrededor de los edificios.

-No creo que salga a la luz del día -dijo, siguiendo adelante-. Es bueno para la piel.

Subió las escaleras que conducían a la puerta bloqueada de nuestra planta.

-¿La contraseña? -preguntó Jaswant.

-Ridículo -le contesté a gritos.

-Joder, tío, ¿tienes poderes? -respondió, sin mover la barricada-. ¿Cómo lo has adivinado?

-Abre la puerta, Jaswant. Traigo a un infectado.

-¿Infectado?

-Aparta... la barricada y... ¡abre la puerta!

-De verdad que no sabes jugar, *baba* -dijo, empujando la artística barricada.

Abrió una rendija por la que entró Karla.

-No parece usted infectada, señorita Karla -dijo, galante-. Está radiante.

-Gracias, Jaswant. ¿Por casualidad no te habrás aprovisionado para

esta catástrofe?

-Ya conoce a los sijs, señorita -respondió Jaswant, retorciéndose la barba.

-Abre un poco más, Jaswant -pedí, tratando de entrar.

Apartó la estructura, pasé y volvió a colocarla en su sitio.

-¿Qué novedades me traes? -me preguntó, limpiándose el polvo de las manos.

-A la mierda, Jaswant.

-¡Un momento! -dijo, en serio-. Quiero saber lo que pasa fuera. ¿Cuál es el informe de la situación?

-¿Informe de la situación? -repetí, tratando de esquivarlo para llegar a mi habitación.

-Alto -dijo, cortándome el paso.

-¿Qué pasa?

-¡No me has informado de nada! ¿Qué está pasando fuera? Eres el único que ha salido en las últimas dieciséis horas. ¿Es grave?

Estaba angustiado. Hablaba en serio. Después de la revuelta contra los sijs, la gente se había paseado por la calle con cabezas cercenadas de sijs en las manos, cogiéndolas del pelo como si fueran bolsas de la compra. Era una tragedia india. Una tragedia humana.

-Está bien, está bien -dije, siguiéndole el juego-. La mala noticia, depende de cómo lo mires, es que no he visto a ningún zombi. Ni a uno, en ningún sitio, a menos que cuentes a borrachos y políticos.

-Oh -dijo, algo derrotado.

-Pero la buena noticia es que la ciudad está infestada de riadas de ratas y manadas de perros rabiosos.

-Vale -dijo, dando una palmada-. Voy a llamar a mi amigo parsi. Hace años que me da la vara con un Plan Contra la Plaga de Ratas. Le entusiasmará la noticia.

Lo dejamos marcando el teléfono de su amigo parsi.

-La tasa de seguridad sigue en vigor -me gritó mientras marcaba-. He

estado de guardia aunque la señorita Karla haya vuelto contigo. Te lo cargaré a la cuenta.

La puerta de la habitación no estaba cerrada con llave. Oímos ruidos extraños en el interior. La abrí sigilosamente. Desde el umbral vimos a Didier comiéndole la olla a Charu en el colchón mientras Oleg aromatizaba a Pari y el sofá.

El ruido extraño que habíamos oído era Vinson, intentando tocar la guitarra del revés. Estaba tumbado de espaldas, con las piernas apoyadas en la pared. Nadie se percató de nuestra presencia.

Nos acercamos a echar un vistazo al dormitorio. Diva y Randall estaban echados en el somier de madera. Se besaban con las manos además de con los labios.

Quise apartar a bofetadas a Randall de una chica de la que Naveen estaba enamorado, pero, en caso de ser necesarias, las bofetadas eran responsabilidad de Diva.

Karla me tiró del chaleco.

-Aquí no te escapas del apocalipsis -susurró, guiándome de la mano.

Regresamos a la puerta de su habitación. Se me aceleró el corazón. Metió la llave en la cerradura, paró, se giró y me miró.

Nunca había dado a Karla por sentada. Pero la llave estaba en la cerradura que abría la puerta de su tienda beduina y mi corazón demasiado esperanzado para dudar. Esperaba que un toque de queda general y el pequeño satiricón de mis habitaciones bastaran para que abriera la tienda.

Sonrió, abrió la puerta y me empujó adentro con delicadeza. Encendió luces secretas y puso incienso en los lugares apropiados. Me agarró del cuello del chaleco mientras yo miraba embobado las sedas rojas y azules del techo y me condujo de espaldas a los pies de la cama.

Me besó, y aprovechó la ventaja para echarme sobre la cama con los pies colgando del borde.

Acercó una otomana a los pies de la cama, se sentó y empezó a desatarme las botas. Los dedos se pelearon con los nudos, luego aflojaron los cordones y estiraron de una bota. Cayó al suelo ruidosamente y Karla atacó la segunda. Cayó al suelo pocos segundos después.

Me quitó el chaleco y la camiseta, me desabrochó los vaqueros y me desnudó.

-¿Sabes cuál es tu problema? -dijo, inspeccionándome-. Eres más duro de lo que deberías.

-Es culpa tuya -dije, con las manos en la nuca, sobre las almohadas de Karla, en la tienda beduina de Karla.

-¿Quién dice que sea culpa de alguien? Es solo que una chica a veces necesita provocar.

Volvía a estar confuso, pero me pareció bien. Estaba contento de ver halos de seda por encima de su cabeza.

-¿De verdad has vuelto por mí? -pregunté-. ¿Has dejado la fiesta fetichista para venir a buscarme?

Estaba de pie con los pies separados y las manos en las caderas.

-Cruzaría a nado la bahía de Colaba por ti, cariño -dijo, sonriendo al verme confuso-. Puede que le pidiera a Randall que me acompañara porque no soy muy buena nadadora, pero iría a buscarte.

-Los indios no saben nadar como los australianos. En Australia hay más tiburones.

Se desabotonó la camisa negra y la tiró a un lado.

-¿Sabes? -dijo, desprendiéndose de los vaqueros y desnudándose-, será mucho más fácil para todos si a partir de ahora no te pierdo de vista.

Ladeó la cabeza para analizar mi reacción.

-Creo que no deberíamos separarnos nunca -dije, en serio-. ¿Qué te parece, Karla?

-Sabrás lo que me parece exactamente -dijo, arrastrándose a mi lado para besarme- dentro de unos dieciséis minutos.

Rey de todo y al mismo tiempo mendigo en su banquete. Lanzándome contra ella, recibiéndola, girando, moviéndonos, cambiando, rozándonos y sudando una soledad demasiado larga.

Las manos contra la pared alejaban las sombras. Sus pies contra mi pecho hablaban suavemente, plantas y dedos, mientras lenguas más afiladas gritaban por el resto del cuerpo.

El mundo rodó fuera de la cama. La espalda contra el suelo. Sus rodillas en la alfombra, la tienda de colores detrás de su cabeza, el ventilador arremolinando penachos de humo del incienso de sándalo.

Karla inclinándose sobre mí, apretando su frente contra la mía, ojo por ojo, extasiándome con luz conectada. Perdido en su placer, ajeno al mío, volviéndolo a encontrar en sus ojos, de vuelta al hogar: los ojos de Karla, sin miedo ni barreras, volviendo a casa, a mí.

Brazos entrelazados, dedos cosidos juntos, piernas en carnal coincidencia, yacimos respiración con respiración, ovillados juntos como fugitivos durmiendo en el bosque.

Karla y yo no salimos de la tienda mientras duró el confinamiento. La primera mañana me desperté y la vi acercándose a la cama con una bandeja de cafés. Yo siempre me despertaba el primero, incluso en prisión, sobre todo en prisión, y me extrañó despertarme con otra conciencia ya tranquilizada por el café.

Karla llevaba una especie de bata, pero negra y completamente transparente, sin nada debajo. Cada vez que se movía parecía que nadara en una sombra y yo quería nadar con ella.

Dejó la bandeja en un tambor callejero que usaba de mesilla de noche, me besó y se sentó a mi lado en la cama.

-Deja que te cuente lo que ha pasado -dijo, apoyando la mano en mi rodilla.

-¿Últimamente?

-Desde que conocí a Ranjit.

-Ah. Ahora no.

-Ahora no. ¿Sabes cómo nos conocimos Ranjit y yo?

-¿En una pelea de perros?

-Necesitas saberlo, Shantaram.

-No, Karla. Solo te necesito a ti.

-Sí, me necesitas y también necesitas escucharme.

-¿Por qué?

-¿Por qué me necesitas a mí o saber lo que tengo que contarte?

-Ya sé por qué te necesito: eres mi media naranja. ¿Por qué necesito saber de ti y Ranjit?

-La media naranja -dijo sonriendo-. Me gusta. Necesitas que tengamos esta conversación porque te he tratado mal y me siento mal a pesar de haber hecho lo correcto en todo momento, respecto a ti, me refiero.

-Vale, pero...

-No me gusta sentirme mal, sobre todo contigo, así que tengo que

solucionarlo de algún modo. Y el único que se me ocurre es que sepas lo que he hecho para que lo entiendas.

-Me da igual lo que hayas hecho.

-Mereces saberlo.

-No quiero saberlo. Y de verdad que no me importa.

Se rió, me pasó la mano por el pecho.

-A veces eres más divertido que la verdad.

-Y más feliz -añadí, besándola, y nadando con ella en la sombra negra.

Al rato trajo otras tazas de café y volvimos a comenzar.

-Quería que los programas políticos de Bombay abarcaran el realojo de los habitantes de los suburbios.

-Este café está riquísimo. ¿Es italiano?

-Por supuesto, pero no cambies de tema.

-Realojo de los suburbios. Lo pillo. Pero no estoy seguro de que me apetezca.

-¿El qué?

-Te quiero, Karla. De verdad que no me importa dónde hayas...

-Un reasentamiento digno y debidamente compensado de los habitantes del suburbio. Lo entiendes, ¿no?

Karla estaba imitándome, bastante bien.

-Lo pillo. Solo que...

-Ranjit y yo nos conocimos en un ascensor.

-Karla...

-Para ser exactos, nos quedamos atrapados en un ascensor.

-Una buena metáfora de Ranjit. Un ascensor parado.

-El ascensor se quedó parado una hora entre las plantas siete y ocho -dijo, incorporándome a su recuerdo.

-¿Una hora?

-Sesenta largos minutos. Solos los dos, Ranjit y yo.

-¿Te entró?

-Por supuesto. Flirteó conmigo y me entró y lo aparté de un bofetón. Así que volvió a intentarlo y le pegué más fuerte y luego se sentó en el suelo y me preguntó qué quería conseguir en la vida.

Me tomé el café mientras abofeteaba mentalmente a Ranjit un par de veces.

-Era la primera vez en la vida que me lo preguntaban -dijo Karla.

-Yo te lo he preguntado. Más de una vez.

-Me has preguntado lo que quiero hacer, igual que yo a ti. Él me preguntó lo que quería conseguir. Es una pregunta diferente.

-Es la misma pregunta en un ascensor diferente.

Se rió, y luego negó con la cabeza.

-No voy a entrar ahora a rebatirte por mucho que me apetezca patearte el culo con tus koans.

-El culo repatea -dije, con cara seria-. Cuando la carga pesa.

-Que no, Lin. Voy a contarte lo que necesitas saber y luego ya te machacaré a aforismos hasta dejarte borracho de vino peleón.

-¿Me lo prometes?

-Va, hazme caso.

-Vale, o sea que estás atrapada en un matrimonio, perdón, un ascensor con Ranjit y, cuando el tío no puede conseguirte, te pregunta qué quieres conseguir. ¿Qué le dijiste?

-Respondí sin pensar. Dije que quería «Un realojo digno para los habitantes del suburbio».

-¿Qué respondió?

-«Nos ha unido el destino. Estoy a punto de entrar en política y, si te casas conmigo, tu propuesta será prioritaria.»

-¿Te dijo eso en el ascensor?

-Sí.

-¿Y aceptaste?

-Sí.

-¿Tras una hora de ascensor?

-Sí -dijo, frunciendo el ceño.

Buscó en mis ojos, las reinas verdes rondaron mis cielos grises.

-Un momento -pidió-. No te crees que un hombre me propusiera matrimonio después de pasar una hora encerrado conmigo en un ascensor, ¿verdad?

-No he dicho...

-La propuesta más rápida me la han hecho a los cinco minutos.

-No he dicho...

-A ver si lo superas, pero sé que no puedes y no pienso dejar que lo intentes.

-No te ofendas, pero, aparte de a ti, ¿qué más perseguía?

-Me dijo que quería fastidiar a su familia y no se le ocurría nada mejor. Que llevaba tiempo buscando a alguien como yo.

-¿Por qué quería fastidiar a su familia?

-Ranjit controlaba el dinero, el patrimonio familiar, pero tenía hermanos y hermanas que criticaban sus negocios deshonestos. Lo habían denunciado tres veces a la justicia para tratar de hacerse con el control del dinero que Ranjit se había apropiado. Hacía tiempo que buscaba una esposa que utilizar como arma.

-¿Para fastidiarlos?

-Exacto. No podía dejarlos al margen sin ninguna razón y sabía que si se casaba con una extranjera no aguantarían callados, sobre todo si la extranjera tampoco se mordía la lengua.

-¿Lo planeasteis en una hora? Tú arreglabas sus problemas y él los tuyos. Extraños en un ascensor, ¿eh?

-Exacto. Cada vez que provocase a un familiar para que me insultara,

Ranjit cortaría la relación con su pariente. Como un plan de pensiones a la inversa.

-Eres encantadora incluso cuando intentas no serlo -dije sonriendo-. ¿Cómo te las apañaste para caerles tan mal?

-Son un atajo de desgraciados. Odian a cualquiera. Y Ranjit me contó sus peores secretos. Me tomaba una pastilla de la sinceridad cada vez que los veía. Y los asqueaba.

-O sea que cuando Ranjit y tú llegasteis a la planta baja, ¿os casasteis?

De repente, se puso seria.

-Después de lo que te hice con Khaderbhai creía que no volverías a dirigirme la palabra. Y más o menos acerté. Estuvimos dos años sin hablarnos.

-Te dejé espacio porque te casaste con Ranjit.

-Me casé con Ranjit para dejarte espacio. Y me pasé dos años ayudándole a cortar con la familia y medrar en política, un ascenso para el que, ambición aparte, iba pésimamente equipado.

-O sea que expulsaste con malas artes a la familia para que Ranjit pudiera apropiarse indebidamente de la fortuna familiar y a cambio apoyara tu proyecto de reasentamiento de los suburbios. ¿Lo he entendido bien?

-En lo esencial. Al menos el trato era ese, si Ranjit hubiera cumplido.

-Karla, es... Lo que hacías con Ranjit era una locura.

-¿Y vivir con Lisa no?

-No... todos los días.

Se rió y desvió la mirada.

-En el último momento Ranjit abandonó el programa de realojamientos y la carrera política porque lo asustaron.

-¿Cuándo ocurrió? -pregunté, pensando que su retirada de la política podría guardar relación con la muerte de Lisa.

-Aquel día que apareciste gruñendo en el despacho acabábamos de pelearnos. Todo había terminado. Todo para lo que había trabajado se

acabó cuando Ranjit retiró la candidatura. Ranjit temblaba y sudaba. Se había rendido y yo no soporto a los que se rinden. Fui a sentarme en un rincón mientras se serenaba y le dije que, durante el resto de nuestras vidas, si coincidíamos en la misma habitación sería mejor que se sentara lo más lejos posible.

-Ninguno de los dos sabíamos que estaba tan asustado porque creía que me había enterado de que había estado con Lisa cuando murió.

-Me alegró mucho que aparecieras.

-¿Tanto como ahora? -pregunté, besándola.

-Más -ronroneó-. Estaba sentada en el rincón, rodeada de las ruinas de todos mis planes y mi trabajo, y entonces llegaste tú. En mi vida me había alegrado tanto de verte. Pensé: «Mi héroe».

-Deja que te alimente con algo heroico. No sé tú, pero yo me muero de hambre.

-No, ya voy yo.

Trajo un plato de dátiles, queso y manzanas y vino en unas copas largas y rojas con pies que parecían garras de halcón.

Me habló de Kavita Singh y de cómo la desaparición de Ranjit le había proporcionado una última baza porque tenía el voto por representación de sus acciones, que Ranjit no podía rescindir sin reaparecer. Karla ascendió a Kavita a subdirectora a cambio de que se comprometiera a sacar en titulares el realojamiento.

Juntas, Karla y Kavita pergeñaron un plan de embellecimiento de la ciudad para ganarse el consenso público en favor de una reubicación digna para la gente de los suburbios, entendida como una cuestión de orgullo ciudadano. Lo orquestaron mediante las páginas de unos diarios que técnicamente todavía pertenecían a Ranjit.

-El director era un problema -dijo Karla-. Durante semanas tratamos de que se uniera al equipo. Presentó batalla hasta el final en todos los temas. Pero cuando aceptó la invitación a la fiesta fetichista fue más fácil.

-¿Qué fue más fácil?

-Convertirlo en alguien dócil. Fúmate un porro conmigo.

-¿Qué hacías anoche en la moto de Benicia?

-¿Qué te duele más? ¿Que estuviera con Benicia o que me montara en su preciosidad de moto?

-Todo. No quiero verte en ninguna moto que no sea la mía, a menos que conduzcas tú.

-Entonces tendrás que enseñarme a conducir, renegado. Se empieza abriendo las piernas, ¿no?

-Para agarrarte fuerte -respondí riendo.

-Fúmate un porro conmigo -pidió, tumbándose en la cama y apoyando los pies en mi regazo.

-¿Ahora?

-Mira, han cerrado la ciudad. No podemos ir a ninguna parte. Jaswant tiene provisiones de sobra. Y yo, una pistola. Relájate y fúmate un porro conmigo.

-Estoy bastante relajado, pero vale, si te parece buena idea...

-Algunas puertas -dijo despacio- solo pueden abrirse con la gracia del puro deseo.

Un rato después trajo fruta en una bandeja de vidrio azul y me alimentó con los dedos, trozo a trozo. El amor es conexión y la felicidad es el ser conectado. Me besó las manos, su pelo eran alas abiertas al sol. Y un instante bendecido por el amor de una mujer cura todas las heridas.

-Docilidad -dijo Karla, acomodándose a mi lado con una copa de vino.

-¿Docilidad?

-Nada como un fetiche para exponer la docilidad de un hombre.

-¿El director del diario? -pregunté, perdido aún en la transición.

-¿Estás ido? El director, claro.

-¿Cómo descubriste su fetiche? ¿Te dio una tarjeta de visita o algo así?

-Cuando llegaron los invitados ya habíamos conseguido todos los fetiches habidos y por haber, con chicas enmascaradas y vestidas para condenarse. Las hicimos desfilar hasta que una consiguió que reaccionara. De hecho, no tardamos mucho.

-¿Quién lo consiguió?

-La dominatrix, con un sari de cuero falso. De catálogo.

-¿Y luego?

-Luego lo grabaron en una cabina privada dejándose dominar.

-¿Lo grabasteis Kavita y tú?

-No solo a él. También grabamos a un juez, un político, un magnate y un policía.

-¿Lo organizaste sola?

-Kavita y yo teníamos una infiltrada.

-¿Quién?

-La anfitriona.

-¿Quién era?

-Diva.

-¿Diva? ¿Nuestra Diva, la que está en la habitación de al lado con Randall?

-Nuestra Diva, la que se ha ido hace un rato con Charu y Pari mientras dormías. Han venido unos coches para llevarlas a casa. Los guardaespaldas se han puesto a aporrear la puerta. Jaswant ha creído que eran los zombis intentando entrar. Hemos apartado la barricada y...

-Un momento, ¿y yo dormido?

-Pues sí, soldado -ronroneó-. Diva ha dicho que estabas monísimo.

-Diva ¿qué?

-Quería hablar conmigo mientras Charu y Pari se preparaban para irse. Esas chicas tardan una eternidad para todo. Ha entrado y nos hemos sentado en la cama.

-¿Mientras yo dormía?

-Sí. Tiene razón, estás más mono dormido que despierto. Es una suerte que sienta debilidad por ti despierto.

-¿Cuánto rato se ha quedado?

-Nos hemos fumado un porro.

-¿Tanto?

-Y nos hemos bebido una copa de vino.

-¿Mientras dormía?

-Sí, ha venido a decirme que Kavita tiene una nueva admiradora secreta y está un poco ida.

-Kavita está pirada. Estaba pillada de Lisa y no piensa olvidarla. Es lista y muy capaz, pero también se ha comportado como una chalada conmigo. Creo que por eso le gusta a madame Zhou: están igual de locas.

-Kavita ha colaborado con nosotros, Lin. En cada paso del camino.

-Y la has colocado a las puertas de dirigir un gran diario.

-No permitiré que hables mal de ella. No consiento que nadie hable mal de ella ni de ninguno de mis amigos. Igual que no consiento que lo hagan contigo.

-Vale. Me parece justo. Pero es mi obligación avisarte cuando intuyo una amenaza.

-¿Tu obligación? -se rió.

-Si, y la tuya es advertirme -dije sonriendo-. ¿O sea que Diva se ha ido con las chicas?

-Escoltadas por los guardaespaldas. Tenían que explicar por qué han pasado fuera toda la noche.

-¿Y todo este rato he estado dormido?

-Sí. Hemos ayudado a Jaswant a volver a poner la barricada, me he duchado, he vuelto a la cama y te has alegrado mucho de verme. Por cierto, las chicas se han despedido de ti.

Me sentía raro. Siempre era el primero en despertarme, por cansado que estuviera, y si alguien dejaba caer al suelo un bolígrafo en la habitación de al lado, me despertaba del sueño más profundo. Pero por lo que fuera, había seguido durmiendo mientras conversaban en

mi cama.

Era una sensación peculiar que me desorientaba, de pulsaciones lentas y bordes borrosos, y manejarla se parecía a caminar por la cubierta de un barco bamboleante. Me costó un rato comprender de qué se trataba: me sentía en paz.

«La paz -me dijo una vez Idriss- es el perdón perfecto y lo contrario al miedo.»

-¿Me escuchas, Shantaram? -preguntó Karla con una sonrisa y moviéndome la barbilla.

-No sabes cuánto, Karla.

-Vale. -Se rió-. ¿Por dónde íbamos?

-Me contabas cómo has orquestado todo con Kavita -dije, acercándola a mí.

-Con Kavita y con Diva. Diva es la chica más rica de Bombay, y si monta una fiesta fetichista, los ricos hacen cola en las limusinas para entrar.

-Pero Diva ni siquiera ha ido.

-Lo organizamos para que se quedara atrapada en un control de carretera y la devolvieran a la ciudad y así poder desentenderse de cualquier cosa que ocurriera en la fiesta.

-Para proteger sus activos.

-Para proteger sus activos -dijo Karla, dándome golpecitos en el pecho.

Era la primera vez que lo hacía: la primera vez que ese pequeño gesto nacido de la persona que era cuando estaba completamente relajada en el amor llegaba a mi piel.

-Así que organizasteis los juegos y las cámaras.

-Teníamos siete objetivos, pero solo se presentaron cinco.

-¿Objetivos?

-Frenos al progreso que queríamos transformar en motores del cambio.

-Y ahora los cinco son...

-Motores del cambio, y conseguiremos el realojo y más atención a los problemas de las mujeres. Un triunfo al estilo femenino.

Me senté en la cama. Me tendió una toalla, con olor a jengibre, y nos secamos la cara y las manos.

-Si esos tíos son peces gordos, por definición también son peligrosos. Esa filmación es una bomba y, mientras exista, será un peligro.

-Tenemos intermediarios -dijo, volviendo a apoyarse en mi hombro.

-Tendrán que ser a prueba de balas.

-Lo son. Hemos contratado a los Asesinos de la Bici para que nos representen.

-Mucho mejor me lo pones. ¿Los Asesinos de la Bici?

-No trato directamente con nadie aparte de ellos. Se encargan de la negociación con la otra parte.

-¿Cómo ha sido?

-¿Quieres saberlo?

-Pues claro.

-Bueno -dijo, sentándose de cara a mí con las piernas en la postura del loto-. Randall y yo vimos un par de veces a los Asesinos persiguiéndote y lo mandé a averiguar qué querían.

-¿Se encaró a los Asesinos de la Bici él solo?

-No lo dudes.

-Este chico hay que conservarlo -dije sonriendo-. Me alegro de que forme parte de tu equipo.

-Nuestro equipo -me corrigió.

-¿Qué opinas de Randall y Diva? Sé que Naveen está loco por ella y creía que a Diva le gustaba.

-Es el toque de queda, Shantaram. Lo que pasa durante el confinamiento se queda en el confinamiento. Mejor mantenerse al margen.

-Supongo que tienes razón. Sigue con los Asesinos de la Bici.

-Bien, pues Randall descubrió que Abdullah los había contratado para que te vigilaran un tiempo e hizo un par de amigos.

-Y cuando descubriste que aceptaban encargos, los contrataste.

-Sí, y aceptaron encantados.

-Ajá.

-Sí, están tratando de mejorar su imagen. Les gustaría aventurarse en ámbitos de trabajo más solidarios que matar a gente por dinero.

-Tales como amenazar a gente por dinero.

-Más o menos. Es un paso adelante y creo que van en serio. Creo que quieren salir de las tinieblas.

-Ajá.

-Cuando conseguí que los Asesinos negociaran por nosotros, ideé un plan. No podría haberlo hecho sin ellos, porque no podía confiar en que los demás no cedieran a la presión y no nos delataran. Cuando el Destino los puso detrás de ti, los puse a cubrirme las espaldas.

-Más bien a dar la cara por ti.

-Exacto. Ishmeet, el jefe, es quien habla con los motores del cambio.

-Lo conozco.

-Es todo un caballero.

-La sal de la tierra.

-Y Pankaj, su amigo, a quien por cierto le caes muy bien, es la monda. Lo invité a la fiesta fetichista.

-Seguro que sí. ¿Y tenías que mantenerme en la inopia durante todo este tiempo?

-Estaba protegiéndote. Te mantenía alejado de las llamas.

-¿Como a un tonto?

-Como a un alma gemela. Quería tener la seguridad de que no te salpicaría si salía mal. Eres un fugitivo, ¿recuerdas?

Estaba guapa de un modo nuevo. Estaba defendiéndome, protegiéndome con una parte del alma.

Se levantó a encender más incienso, siete palitos, mientras las luciérnagas planeaban por la habitación de colores, y los insertó en las bocas de varios dragones de yeso. La observé moverse por el dormitorio y mi mente se peleó con el Tiempo, tratando de detenerlo todo salvo aquel instante.

Se sentó otra vez conmigo y me cogió de la mano.

-Si te hubiera contado que quería que toda la ciudad apoyara un realojamiento digno para la gente de los suburbios, ¿me habrías apoyado o habrías tratado de impedírmelo? Sé sincero.

-Habría intentado que te fueras y comenzaras en otro lugar conmigo.

-Por eso decidí protegerte.

-¿Por eso?

-Me habrías ayudado porque me quieres, pero tus intenciones no habrían sido puras y te habrían hecho vulnerable. Y probablemente a mí también.

Lo pensé, sin terminar de entenderlo, pero se me planteó otra pregunta.

-¿Por qué lo has hecho, Karla?

-¿No te parece una causa lo bastante importante?

Se burlaba de mí.

-¿Por qué lo has hecho, Karla?

Le tocó a ella pensar. Sonrió y apostó por la sinceridad.

-Para ver si podía. Quería saber si podía conseguirlo.

-Creo que puedes conseguir lo que te propongas, Karla. Pero deberíamos haberlo hecho juntos.

Volvió a reírse.

-Te quiero tanto. Y me alegro muchísimo de poder decírtelo por fin.

Fue demasiado, todos mis sueños. La duda, el primer contrincante del amor, me empujó hacia el precipicio, desafiándome a saltar. Salté.

-Te quiero mucho, Karla, pero me pierdo en tu amor y siempre me perderé.

A los hombres no les gusta sincerarse tanto sobre el amor: poner el arma en manos de la mujer y apuntarse al corazón y decir «Mira, así me matas». Pero estuvo bien. Estuvo bien.

-Yo también te quiero, cariño -dijo, toda reinas verdes-. Siempre te he querido, incluso cuando no lo parecía. Me quedo contigo y será mejor que te acostumbres porque a partir de ahora seremos inseparables. Lo ves, ¿verdad?

-Lo veo -dije, bajándola para que me besara-. Lo has meditado largo y tendido, ¿verdad?

-Ya me conoces -ronroneó-. Lo hago todo tendida y a lo largo.

DECIMOTERCERA PARTE

Le presté mis habitaciones a Oleg una temporada. Había pagado el alquiler de un año y me alegraba de que el ruso tuviera un hogar. Oleg se alegró aún más. Me levantó del suelo con un abrazo y me besó. «Es una costumbre rusa», dijo.

Karla me acompañaba a todas partes, incluso a las rondas del mercado negro, y yo iba a todas partes con ella. Viajábamos juntos en la moto, seguidos discretamente por Randall en el coche.

La ronda de los cambistas era peligrosa, pero parte de lo que hacía Karla era casi igual de arriesgado. Su ronda por el mundo de los negocios y del arte resultaba inquietante, como algunas de las cosas que hacía yo.

La gente tardó un poco en acostumbrarse a vernos como un dúo y cada uno reaccionó a su manera. Resultó que mis amigos del Submundo se lo tomaron mejor que sus amigos del Mundo.

-Tómese el té con nosotros, señorita Karla -le ofrecían mis tratantes del mercado negro a cada parada-. Por favor, solo un té.

-Prohibida la entrada -me decían sus tratantes blancos en cada control de seguridad-. A partir de aquí se necesita un pase.

Karla me consiguió un pase de seguridad e insistió en que me sentara a su lado en todas partes. Tuvo que asistir a reuniones con financieros poderosos, en despachos y salas revestidas de paneles que parecían, todas, el interior del mismo ataúd.

«Un traje de negocios -me había dicho una vez Didier- es solo un uniforme militar sin honores.» Y lo cierto es que rara vez se oía la palabra «honor» en aquellos salones de club privado y salas de juntas: cuando Karla la pronunciaba, para insistir en que solo emplearía su voto por representación para apoyar causas honorables, la misma ola de incomodidad recorría la sala, repleta de caras boqueantes de pez globo y relucientes corbatas coloridas en butacas giratorias que parecían algas en un mar discordante.

Los artistas eran otra historia, contada por un escultor alto y guapo, que recogía leña en solares vacíos de millonarios.

La galería había prosperado. El escándalo siempre vende. Su aroma, impregnado a las obras que habían atacado los fanáticos, obras que habían sido prohibidas o amenazadas con serlo, abrasaba los

saturados sentidos de una camarilla de compradores ricos. Gente con suficiente dinero para no hacer cola en ningún sitio esperaba cita y pagaba en rupias del mercado negro. Taj, el escultor, dirigía la galería y ganaba dinero a mayor velocidad de la que podía blandir un mazo.

Estaba hablando con unos clientes cuando entré un día con Karla, a las pocas semanas del toque de queda. Rosanna estaba sentada a la mesa, hablando por teléfono.

Taj saludó a Karla y continuó con el discurso. Pasamos a la trastienda. Los faros de motocicleta habían sido sustituidos por fluorescentes rojos, una docena, repartidos por la habitación.

Nos sentamos en un sofá de seda negra. Había cuadros apoyados en las paredes, las fundas de unos enmarcaban a los otros. Anushka nos sirvió té con galletas.

Cuando no interpretaba a la artista del lenguaje corporal, Anushka era una joven tímida, con ganas de agradar y que consideraba la galería su segundo hogar.

-¿Cómo va, Anush? -le preguntó Karla, cuando se sentó a nuestro lado en la moqueta.

-Es lo de siempre -respondió con una sonrisa.

-Hace tres días decías que la exposición nueva de artistas maratíes estaba lista -dijo Karla-. Y no veo que instalen nada.

-Bueno... se han discutido.

-¿Dis-cu-ti-do? -dijo Karla, mascullando las sílabas.

Entró Taj y se sentó con Anushka, recogiendo elegantemente las largas piernas bajo el cuerpo.

-Perdón -se disculpó-. Estaba con unos clientes. Una gran compra. ¿Qué tal, Karla?

-Acabo de enterarme de la discusión -dijo, mirándolo desde arriba-. Y me han dado ganas de discutir.

Taj apartó rápidamente la mirada.

-¿Cómo va, Lin? -me preguntó.

Cada vez que miraba a Taj, pensaba en los dos días misteriosos que había pasado con Karla en algún lugar de Bombay: unos días de los

que Karla nunca me había hablado porque yo no le había preguntado.

Era ese tipo de hombre alto, moreno y atractivo que nos vuelve celosos al resto. No es culpa de ellos, de los guapos. He conocido a unos cuantos guapos que eran grandes tipos y grandes amigos y a quienes los feos adorábamos, pero incluso en esos casos nos sentíamos un poco celosos porque no se puede ser tan guapo, joder.

Es culpa nuestra, claro, no de ellos, y en el caso de Taj era culpa mía, pero cada vez que lo veía quería interrogarle.

-Bien, Taj. ¿Tú qué tal?

-Ah... Genial -dijo, titubeando.

-Discute conmigo, Taj -le pidió Karla, reclamando su atención-. ¿Qué problema hay con la exposición?

-¿No podríamos drogarnos primero? -preguntó él, gesticulando hacia Anushka, que se levantó de inmediato a por sustento psíquico-. Llevo cuatro horas de sesión continua con clientes y me da vueltas la cabeza de tantas cifras.

-¿Dónde está? -le preguntó Karla.

-Ahora lo trae Anushka -respondió Taj, señalando exangüe a la puerta.

-La droga no -dijo Karla-. La exposición de artistas maratíes. ¿Dónde está?

-Sigue en el almacén -contestó él, mirando a la puerta y llamando mentalmente a Anushka.

-¿El almacén?

Anushka regresó fumándose un porro larguísimo, que enseguida pasó a Taj. El escultor alargó una mano a Karla, suplicándole que esperase a que se sumiera en una nube, y por fin me ofreció el canuto.

-Sabes que no fumo si llevo a Karla en la moto -dije, sin hacer ademán de aceptarlo-. Ya te lo había dicho. Deja de ofrecérmelo.

-Ya me lo quedo yo -dijo Karla, quitándoselo de la mano-. Y también quiero una explicación, Taj.

-Mira -dijo Taj, lo bastante colocado para fingir que estaba bien-. Dedicar una exposición a un grupo de artistas de una única

comunidad lingüística no va en la dirección que la gente considera adecuada.

-¿Qué gente?

-La gente de la galería. Les gusta la exposición de artistas maratíes, pero les incomoda.

-Han tenido dos semanas una exposición de artistas bengalíes.

-Es otro contexto -dijo apurado Taj.

-Explícame la diferencia.

-Bueno, verás, pues...

-Adoro esta ciudad y me encanta vivir aquí -dijo Karla, inclinándose hacia mí-. Estamos en territorio maratí, vivimos en una ciudad maratí, por gracia del pueblo maratí, que nos ha concedido un bonito lugar para vivir. La exposición es para los maratíes, Taj, no para ti.

-Es demasiado política -replicó Taj.

-No, en absoluto. Todos los artistas seleccionados son buenos, algunos son excelentes -insistió Karla-. Tú mismo lo dijiste. Los elegí uno a uno con Lisa.

-Son buenos, desde luego, pero no se trata de eso.

-Para ti y para mí, para Rosanna y Anushka y el resto del equipo que no ha nacido en Bombay se trata simplemente de que es correcto, es de agradecidos mostrar el talento de la ciudad que nos ha acogido.

-Pides demasiado, Karla -dijo Taj, suplicante.

-Quiero montar la exposición, Taj. Es el último proyecto que organicé con Lisa.

-Y me encantaría complacerte -gimió Taj-. Pero es imposible.

-¿Y las obras?

-Ya te lo he dicho. En el almacén.

-Mándalas a la galería Jehangir.

-¿Toda la exposición? -preguntó Taj, afligido-. Hay algunos cuadros bastante buenos, Karla, y si los sacásemos al mercado adecuadamente, de uno en uno...

-Mándalos a la galería Jehangir -insistió Karla-. Tienen suficiente integridad para organizar la muestra y se la merecen más que tú.

-Pero, Karla... -rogó Taj.

-Creo que hemos terminado -me dijo Karla, levantándose.

Taj desplegó su largo cuerpo para levantarse al tiempo que ella.

-Reconsidera la decisión, Karla, por favor.

La cogió del brazo.

-Aparta, Taj -dije por lo bajo.

-Cometes un error, Karla -dijo Taj-. La galería empieza a manejar grandes cifras.

-Ya tengo dinero -replicó Karla-. Lo que quiero es respeto. Se acabó, Taj. A partir de ahora la galería es tuya. Sé todo lo apolítico que quieras. Me marcho. El seguro de la exposición va a tu cargo hasta que me entregues las obras maratíes, así que preocúpate de que lleguen intactas a la Jehangir. Buena suerte y adiós.

Nos alejamos en la moto, rumbo a una de mis rondas.

-Sabes que es gay, ¿verdad? -me preguntó Karla por el camino, con el brazo en mi hombro.

-¿Quién es gay?

-Taj.

-¿Taj es gay?

-No lo sabías, ¿no?

-Si no me lo dicen, casi nunca me doy cuenta.

-Y estabas celoso, ¿a que sí?

Lo medité durante un kilómetro más o menos.

-¿Insinúas que no puede atraerte un hombre gay?

Lo meditó durante un kilómetro más o menos.

-Bien visto -admitió-. Pero este gay en particular no.

-Pues desapareciste con él un par de días.

-Fuimos a un balneario. A beber zumos y cargar las pilas para la pelea. Taj fue a hacerme compañía y tratar temas de la galería.

-¿Y no podría haber ido yo a hacerte compañía y tratar temas de la galería?

-Te protegía de mis conspiraciones, ¿recuerdas? -me susurró al oído-. Y de todos modos a Didier le gusta.

-¿Didier y el escultor?

-Taj ya ha hecho algunos desnudos de Didier. Son bastante buenos.

-¿Va a esculpir una estatua de Didier?

-Sí.

-No sé cómo acabará todo esto.

-Ya te enterarás. Te prometo que veremos la presentación.

-Pues igual no voy. Ya he visto a Didier desnudo.

-Está esculpiéndolo como un David de Miguel Ángel a los cuarenta y nueve años.

-Confirmado: no iré.

Aminoré y paré junto al bordillo de un bulevar amplio y relativamente vacío. Si has circulado lo bastante por las calles de la Ciudad Isleña acabas cogiéndoles el pulso.

-¿Qué ocurre? -preguntó Karla.

-Pasa algo con el tráfico -dije, mirando alrededor.

-¿Qué tiene de raro?

-Que falta tráfico. La poli lo retiene por alguna razón.

Una flota de coches pasó de largo a toda velocidad, con luces rojas destellando como la sangre nueva. La siguió una segunda cabalgata, y una tercera. Vimos perderse las líneas de luz en la noche mientras la calle recuperaba la calma y se reanudaba el tráfico habitual.

-Van camino de Bandra con mucha prisa -dije, metiendo la marcha y arrancando despacio-. Polis y periodistas. Ha pasado algo gordo.

-¿Qué más te da? -dijo Karla, con el brazo alrededor de mi hombro.

-Ya -respondí-. Acompáñame a que te presente a todo un personaje. Tengo que dejar dinero en el banco.

La tía Medialuna se lució con Karla. En un momento dado me echó porque el resto de la actuación era apta solo para mujeres.

Patiné y resbalé poco a poco por el suelo impregnado de aceite de pescado reprimiendo el impulso de mirar atrás.

-Precioso -dijo Karla, al reunirse conmigo en el mercado de Colaba-. Yoga del bueno. Alguien tendría que pintar a esa mujer.

-¿Tal vez uno de tus pintores jóvenes?

-Buena idea -se rió-. Me da que haremos cosas muy interesantes juntos, Shantaram.

-Y que lo digas.

Una joven prostituta de la glorieta del Regal Circle cruzaba el mercado de vuelta a su choza del suburbio de los pescadores. Se llamaba Circe y era de armas tomar.

Su truco, si no había sacado suficiente dinero, consistía en acosar a los hombres hasta que se acostaban con ella o le pagaban para que dejara de molestarles.

-Hey, Shantaram -saludó-. Polvo largo, tarifa doble.

-Hola, Circe -respondí, tratando de pasar de largo, pero corrió a plantarse delante con los brazos enjarras.

-¡Que me folles, rápido o largo!

-Adiós, Circe -dije, esquivándola de nuevo, pero se recogió el sari amarillo y se me adelantó corriendo otra vez.

-O follas o pagas -dijo, sujetándome del brazo a media bronca y tratando de frotarse conmigo.

Karla le dio un empujón y Circe salió tambaleándose.

-Ni te acerques, Circe -gruñó Karla en hindi, enseñándole los puños.

Circe se recolocó el sari y se alejó caminando, evitando cruzar la mirada con Karla.

-Ah, o sea que se hace así.

-Es una monada -dijo Karla-. Desde la fiesta fetichista no paro de encontrarme con gente a la que me habría gustado invitar.

-Normal. He terminado las rondas. ¿Qué hacemos ahora, señorita Karla?

-Ahora, amor mío, trepamos hasta la fuente del dinero.

Nos dirigimos hacia el sur, al hotel Taj Mahal, donde Karla tenía una reunión con accionistas del conglomerado mediático de Ranjit. Todas las tardes seguían siendo doradas en la mirada del equipo sij de seguridad que la saludó al entrar. Karla llevaba sandalias de plástico transparente y un mono que había recortado para descubrir los hombros y que se ajustaba con un cinturón de cáñamo negro trenzado. El viento la había peinado en la moto y había hecho un buen trabajo.

Yo llevaba vaqueros negros, el chaleco vaquero y una camiseta de Keith Richards que había intercambiado con Oleg, y no tenía el aspecto más adecuado para una reunión de negocios. Pero no me importaba: ellos tampoco iban vestidos para mi mundo.

La reunión era en las salas de negocios del hotel. Subimos a un minúsculo ascensor. Cuando las puertas se cerraron, le ofrecí la petaca a Karla. Dio un sorbo y me la devolvió al tiempo que las puertas se abrían a un corredor estrecho que conducía a una cámara del tesoro de una decadencia acomodadamente discreta.

Sillones y sofás de cuero, cada uno de los cuales costaba como un coche familiar, se distribuían contra amplios paneles de caoba importada de lejanos países donde matan a los árboles por su carne. Vasos de cristal dañaban la vista con sus reflejos relumbrantes, alfombras rendidas como esponjas, caros retratos de líderes de negocios también caros enriquecían las paredes y camareros de guantes blancos atendían pacientemente la menor necesidad insatisfecha.

Había seis empresarios en la sala, todos ellos bien vestidos y bien conservados. Cuando entramos nosotros, se quedaron de piedra, con la vista clavada en Karla.

-Mi más sentido pésame, Karla-madame -dijo uno.

-Lo siento muchísimo, madame -dijeron los otros.

Miré a Karla. Estaba leyendo la mirada y la expresión de los empresarios. La conclusión que obtuvo no le gustó.

-Le ha pasado algo a Ranjit -dijo Karla.

-¿No lo sabe?

-¿El qué? -preguntó con calma.

-Ranjit ha fallecido, Karla-madame -dijo el hombre de negocios-. Le han disparado, esta noche, en Bandra. Acaban de anunciarlo en las noticias.

Comprendí que las cabalgatas rojas de coches de prensa y policía que habíamos visto dirigirse a toda velocidad a Bandra corrían a la escena de los disparos. Karla pensó lo mismo. Me miró.

-¿Estás bien? -pregunté.

Asintió, con los labios sellados.

-Si me disculpan, caballeros... -dijo Karla, con la voz firme-. Les ruego que, si no es molestia, pospongamos cuarenta y ocho horas la reunión.

-Por supuesto, Karla-madame.

-Lo que disponga, Karla-madame.

-Mi más sentido pésame.

En el ascensor Karla se colgó de mí con la cara contra mi pecho y lloró. Luego el ascensor frenó en seco, atrapado entre dos plantas.

Karla dejó de llorar, se secó los ojos y miró alrededor con una sonrisa creciente.

-Hola, Ranjit -saludó-. Muéstrate y pelea como un fantasma.

El ascensor arrancó otra vez y empezó a descender.

-Adiós, Ranjit -dije.

En la calle, junto a la moto, la cogí de la mano.

-¿Qué quieres hacer?

-A poder ser, si todavía está allí, me gustaría identificarlo. No querría tener que hacerlo en el tanatorio.

La llevé a Bandra a toda velocidad, seguidos por Randall. Paramos en el cordón de prensa, cerca del bar donde la bala de plata había encontrado a Ranjit.

El cadáver seguía en el club nocturno. Por lo visto la policía estaba esperando para retirar los restos del famoso magnate porque todavía no había llegado uno de los principales reporteros de televisión. Karla,

Randall y yo nos hicimos un hueco entre el gentío con vistas a los focos que manejaban los equipos de rodaje a la entrada del local.

No me parecía bien. No quería presenciar cómo sacaban el cadáver de Ranjit en una camilla. Y además había mucha policía.

Miré a Karla. Las reinas centelleantes escudriñaban la escena, analizando las grandes furgonetas de televisión, los focos y los cordones policiales.

-¿Estás segura?

-Tengo que hacerlo -dijo-. Es lo último que hago por la familia de Ranjit. Mi manera de compensarlos por haberle seguido el juego a Ranjit, supongo.

Karla cruzó el cordón para la prensa. Las cámaras dispararon. La seguí medio paso por detrás, acompañado por Randall.

-Sitio -pedía Randall serenamente en hindi y maratí, abriéndonos paso entre las filas de policías y periodistas-. Un poco de respeto, por favor. Respeto, por favor.

La prensa y la poli dejaron entrar a Karla en el club, pero Randall y yo no pasamos de la puerta. Esperamos diez largos minutos a que volviera con nosotros. Apareció con la cabeza alta y la mirada al frente, pero apoyada del brazo de un oficial de policía.

-Es terrible, madame -dijo el oficial-. Todavía no hemos concluido la investigación, pero parece que un joven disparó a su marido y...

-Ahora no -dijo Karla.

-Por supuesto, madame -contestó rápidamente el oficial.

-Disculpe la mala educación, por favor -pidió Karla, levantando una mano para detenerlo-. Solo quería que constara que he identificado el cadáver de Ranjit. Deben informar inmediatamente a la familia, y con mi identificación, ahora podrán proceder a la dura tarea que les espera, ¿no es cierto?

-Sí, madame.

-Así pues, ¿da usted fe de que he identificado a Ranjit e informará a la familia?

-Doy fe, madame -respondió el oficial, con un saludo marcial-. Y cumpliré con mi deber.

-Gracias, oficial -dijo Karla, estrechándole la mano-. Sin duda querrá hacerme algunas preguntas. Pasaré por su despacho cuando lo considere usted oportuno.

-Sí, madame. Tenga mi tarjeta. Y acepte mi más sentido pésame por su pérdida.

-Gracias otra vez, oficial -dijo Karla.

Cuando nos alejamos del cordón policial camino de la moto, algunos periodistas intentaron fotografiar a Karla. Randall los contuvo y les pagó para que dejaran de reclamar a gritos libertad de prensa.

Volvimos en moto al sur, y Karla lloró con la mejilla contra mi espalda. Cuando paramos en un semáforo, Randall bajó del coche y le ofreció pañuelos de papel de una cajita de cerámica roja. Karla los aceptó antes de que cambiara el semáforo. Y creo que aquel detalle amable la ayudó, porque dejó de llorar y se limitó a cogerse a mí y ya nunca volvió a llorar por Ranjit.

La llevé de vuelta al hotel Amritsar, a la tienda beduina. Me dejó que la desnudara y la acostara: uno de los placeres del amante. Y durmió toda la noche y el día y el atardecer violeta y se despertó bajo una luna exiliada.

Se desperezó, me vio y miró a su alrededor.

-¿Cuánto he dormido?

-Un día -respondí-. Es casi medianoche. Te has saltado el día de hoy.

Rápidamente se sentó y se alborotó el pelo a la perfección.

-¿Medianoche?

-Sí.

-¿Has hecho guardia mientras dormía?

-He estado demasiado ocupado. He escrito una declaración bastante elocuente para la policía, la he firmado por ti y la he entregado. Les ha gustado. No tienes que volver.

-¿Has hecho todo eso?

-¿Cómo te encuentras? -pregunté con una sonrisa.

-Bien -dijo, levantándose de la cama-. Estoy bien. Voy a hacer pis.

Regresó duchada, con una bata de seda blanca, y mientras yo pensaba en la manera de que pudiera hablarme de Ranjit, del difunto Ranjit, y de lo que había sentido al ver el cadáver, llamaron a la puerta.

-Es Naveen -dijo Karla-. ¿Lo dejamos pasar?

-¿Reconoces su forma de llamar?

Abrí la puerta y dejé entrar al joven detective a la tienda.

-¿Cómo va? -pregunté.

-Siento lo de Ranjit, Karla -dijo.

-Alguien tenía que matarlo -replicó Karla, encendiéndose un porro pequeño-. Me alegro de no haber sido yo. No pasa nada, Naveen. He dormido y ya me encuentro mejor.

-Bien. Me alegro de verte con ganas de pelea.

Se quedó mirándome, luego miró a Karla y luego volvió a mirarme.

-¿Qué? -pregunté.

-Perdona -se disculpó Naveen-. Aún tengo que acostumbrarme a veros juntos todo el rato.

-Ya.

-Se admiten apuestas -explicó alegremente- sobre cuánto tiempo se quedará Oleg con tu habitación. Oleg apuesta a que tres...

-¿Alguna otra novedad, Naveen? -lo interrumpí, poniéndome los vaqueros.

-Ah, sí. Dennis sale del trance esta noche. Se juntará un montón de gente. Pensaba que... tal vez... te convendría que te diera un poco el aire, Karla.

A Karla pareció interesarle presenciar el final del sueño de dos años de Dennis, pero yo no estaba seguro de que estuviera preparada. Tampoco estaba seguro de estarlo yo. Había aguantado despierto casi toda la noche y el día entero, cuidando de Karla y pagando a la poli para que la dejara en paz. Y todo ese tiempo me había planteado una y otra vez preguntas sobre Ranjit y Lisa que solo Ranjit, el difunto Ranjit, podía responder.

-¿Vas a salir o prefieres quedarte?

-¿Y perderme la resurrección? Tardo cinco minutos en vestirme -dijo Karla.

-Vale, me apunto -dije, poniéndome una camisa-. Todos los días no se levanta un muerto.

Bajamos al arco de debajo del hotel y nos encontramos a Randall sentado en el asiento trasero. Estaba leyendo *Enterrad mi corazón en Wounded Knee* con la cara azulada por las luces interiores del vehículo.

Karla le había regalado el coche porque Randall se negaba a dejar de seguirla cuando viajaba conmigo en la moto por si lo necesitaba. Él había aceptado el regalo y había convertido los espaciosos asientos traseros en un dormitorio, equipado con una pequeña nevera a pilas y un equipo de sonido mejor que el mío.

Randall iba descalzo, con pantalones negros y camisa blanca de cuello abierto. Sus ojos broncíneos de Goa, quemados por generaciones de sol y mar, irradiaban felicidad. Bajó del coche y se calzó las sandalias.

Era atractivo, alto, listo y valiente. Cuando se acercó a saludar a Karla, con una sonrisa que mostraba los dientes blancos como conchas en una playa perfecta, entendí por qué le gustaba tanto a Diva.

-¿Cómo está, señorita Karla? -preguntó Randall, cogiéndola un momento de la mano.

-Estoy bien, Randall. ¿Me invitas a un trago de ese bar tan bien surtido que tienes? Anoche tuve una pesadilla y estoy sedienta.

-Marchando -contestó Randall, abriendo la portezuela del coche para coger un botellín de vodka.

-Por el espíritu de los que nos han dejado -brindó Karla, vaciando el botellín de dos tragos-. Y ahora, a levantar a los muertos.

-¿Se refiere al despertar de Dennis, el Baba Durmiente, señorita Karla?

-Efectivamente, Randall -respondió con añoranza-. En lugar de una vela, una vigilia, ¿os parece?

-Será un placer -dijo sonriendo, triste por lo que había pasado Karla, pero contento porque había vuelto a levantarse-. Vayamos a la resurrección paranormal.

-Mejor no demorarse ni un certificado de defunción más -añadió Naveen.

Miré al detective indoirlandés, que charlaba con Randall mientras este preparaba el coche, y me pregunté qué le rondaría por la cabeza: hacía tres semanas que Randall salía con la mujer de la que Naveen estaba enamorado. Me avenía con Randall y me avenía con Naveen, casi tanto como se avenían entre ellos. Naveen abrazó a Randall y Randall abrazó a Naveen. Me pareció un abrazo sincero y desconcertante: si la cosa se ponía fea, no sabría a quién darle un puñetazo.

-Dejaré aquí la moto para ir con Randall -dijo Naveen, al tiempo que Karla y yo nos montábamos en la mía.

Circulamos entre estandartes satinados de tráfico hasta el enjambre de edificaciones antiguas de Colaba, cerca del puerto de Sassoon. La noche olía a muerto y las cosas moribundas del mar nos siguieron al salir del muelle y se pegaron a la colonia de galerías donde descansaba Dennis.

Se había congregado una muchedumbre en la calle. Enormes autobuses de la ruta regular araban campos de penitentes, que se apartaban en oleadas de cabezas y hombros para dejar pasar a las ballenas metálicas.

Nos abrimos camino hasta primera fila, desde donde veríamos salir a Dennis de su largo coma autoinducido.

La gente portaba velas y lámparas de aceite. Algunas personas sostenían ramilletes de incienso. Otras cantaban.

Dennis apareció de pie en el umbral de una de sus habitaciones. Miró un momento la galería blanca como si fuera un río embaldosado de rojo y luego miró hacia la muchedumbre de suplicantes reunidos en la calle.

-Hola a todos y cada uno de vosotros, de aquí y de allí -saludó-. En la muerte se está tranquilo. He estado muerto y os aseguro que se está muy tranquilo, menos cuando alguien te jode el viaje.

La gente gritó y vitoreó, aclamando a la Divinidad. Dennis dio unos pasos inseguros. La muchedumbre chilló y coreó. Dennis cruzó la galería, bajó por la escalera a la calle y luego se desplomó entre el gentío.

-Comienza la diversión -dijo Karla.

-¿Tú crees? -pregunté, viendo a los creyentes derramar lágrimas sobre Dennis, de vuelta a la posición horizontal.

-Claro, volverá a levantarse -contestó Karla, apoyándose en mí-. Creo que el espectáculo no ha hecho más que comenzar.

De pronto, Dennis se sentó y la muchedumbre que esperaba su bendición se dispersó.

-Lo sé -dijo Dennis-. Sé lo que tengo que hacer.

-¿Qué es? -preguntaron varios.

-Los muertos -dijo Dennis, con voz clara en el silencio circundante-.

Debo servirles. También ellos necesitan un ministerio.

-¿Los muertos, Dennis? -preguntó alguien.

-Los muertos en exclusiva -contestó Dennis.

-Pero ¿cómo servirles? -preguntó otra voz.

-En primer lugar -les dijo Dennis-, ¿podría fumarme un *chillum* bien cargado? Estar vivo otra vez me está jodiendo el viaje. ¿Alguien me prepara una pipa, por favor?

Docenas se aprestaron a prepararla, complicando innecesariamente la tarea, hasta que por fin Billy Bhasu se acuclilló junto al afligido monje del sueño y le ofreció un *chillum*.

Dennis fumó. La gente oró. Alguien tañó unas campanillas. Alguien más tocó unos crótalos mientras una voz recitaba mantras en sánscrito por lo bajo.

-Este tío es de película -dijo Karla.

Asomó la cabeza por encima de mi hombro para mirar a Randall, a nuestra espalda.

-¿Tú lo estás viendo, Randall?

-Todo un espectáculo, señorita Karla -dijo Randall-. Una canonización espontánea.

-Hay que admitir que Dennis es un universo en sí mismo -dijo Naveen.

Dennis se puso en pie con dificultades. Llegó un palanquín, a hombros de jóvenes robustos que se abrieron paso entre la muchedumbre a gritos y gruñidos. Eran las mismas andas que transportaban a los difuntos a las escalinatas de las piras, pero modificadas para que cupiera una silla forrada con imitación de cuero plateado.

Los jóvenes depositaron el palanquín en el suelo, ayudaron a Dennis a sentarse y luego lo cargaron al hombro y se llevaron a Dennis en una larga marcha hasta la Puerta de la India.

Dennis sonreía con benevolencia, bendiciendo con el *chillum* los rostros que se alzaban hacia él.

-Me encanta este tío -dijo Karla-. Sigamos el desfile.

Seguimos la procesión en moto, serpenteando por calles arboladas

hasta el monumento de la Puerta. La muchedumbre iba creciendo conforme percusionistas, bailarines y trompetistas salían de sus casas para sumarse al desfile. Para cuando terminó, había más gente que no tenía ni idea del motivo del desfile que gente que lo hubiera seguido desde el principio.

A unos cientos de metros, en las habitaciones del hotel Taj Mahal, dos hombres de los que dirigían el Mundo estaban trabajando: habían seleccionado un gobierno beneficioso para los negocios, los pobres lo habían votado y ahora los hombres de éxito arrojaban sus redes al nuevo mar de corrupción comercial.

A quinientos metros, Vishnu, el cabecilla de la Compañía recién bautizada 307, por el número que corresponde en el código penal indio al intento de asesinato, dirigía el Submundo decretando una purga despiadada de los musulmanes de la banda. Los únicos que podían quedarse eran aquellos que le habían hablado de Pakistán y le habían revelado cuanto sabían del resto de estratagemas del difunto Sanjay.

Abdullah había desaparecido tras el incendio y nadie sabía de su paradero ni de sus planes. Los otros musulmanes de la Compañía original se escindieron y se reagruparon en el corazón de los bazares musulmanes de Dongri y reforzaron sus lazos con los proveedores de armamento de Pakistán.

Los disturbios habían marcado a la ciudad, como siempre: las llamadas a la calma de líderes de todos los estamentos no conseguían aplacar el miedo. Más allá del horror de la violencia entre comunidades, se imponía la fría constatación de que la violencia era una posibilidad real incluso en una urbe bella y cariñosa como la Ciudad Isleña.

Karla palmeaba al son de los cantos. Randall y Naveen seguían el ritmo cabeceando. Y cientos de pobres y enfermos forcejeaban y empujaban entre la creciente muchedumbre intentando tocar el palanquín que transportaba a Dennis resucitado.

Las luces del inmenso monumento brillaban, pero desde donde estábamos nosotros el arco parecía un hilo fino: el ojo de la aguja por donde el camello del Raj británico no pudo pasar.

Por detrás, el mar era un espejo negro que dispersaba las luces de cientos de pequeñas embarcaciones entre las olas revueltas: huellas lumínicas sobre un mar de cristal.

Y las oraciones desesperadas rebotaban en la torre de Troya que los británicos habían dejado en la Ciudad Isleña: sonidos que se perdían, como todo sonido, hacia la eternidad.

Cada sonido que emitimos dura eternamente, continúa por el espacio y el tiempo hasta mucho después de desaparecer nosotros. Nuestro hogar, nuestra Tierra, transmite al universo todo lo que gritamos, chillamos, oramos o cantamos. El universo atento, aquella noche, en aquel espacio en cierto modo sagrado, escuchó las oraciones y los lamentos elevados por la esperanza.

-Vámonos -dijo Karla, volviendo a subirse a la moto.

Nos alejamos lentamente de la zona de la Puerta, para darles tiempo a Randall y Naveen. Y la muchedumbre cantó más alto y borró momentáneamente las voces discrepantes del ambiente de la Ciudad Isleña con la pureza de su súplica.

La felicidad aborrece el vacío. Como era tan feliz con Karla, la tristeza de la mirada de Naveen me llegaba más hondo a la empatía de lo que habría hecho si también en mi corazón subsistiera todavía el vacío de la tristeza. El valeroso amor de su afecto parecía haberse batido en retirada y yo quería saber si estaba derrotado o recuperándose.

Cuando regresamos al hotel Amritsar, aproveché un momento detrás de la recepción de Jaswant para tirar de la manga a Naveen.

-¿Qué pasa? -pregunté.

-¿Cómo?

-Randall sale con la mujer que amas y tú lo abrazas como a un hermano. No lo pillo.

-Algunas cosas son privadas por algo, Lin.

-Y una mierda, indoirlandés. ¿Qué está pasando?

Se relajó, convencido de que me importaba, y se apoyó en la pared.

-No puedo vivir en su mundo -dijo-. No puedo ni entrar a menos que esté incordiando con preguntas incómodas o arrestando a alguien.

-¿En qué mundo?

-Su mundo -dijo, como si se refiriera al infierno.

-No tienes que unirte al mundo de Diva para ser su novio. Randall sale con ella y vive en un coche.

-¿Por qué lo dices, para animarme?

-Para que comprendas que cuando saliste con Benicia, la cagaste. Tienes que arreglarlo. Merece el amor que sientes, tío.

Se abrazó la cabeza como en el tercer asalto de un combate a seis que no podía ganar. Me sentí mal. No quería deprimirlo: quería que supiera que él era Randall y más. Y quería recordarle que Diva también lo sabía.

-Mira, chico...

-No -me interrumpió-. No pasa nada. Ya te entiendo, pero no voy a entrar en la pelea, ni ahora ni nunca.

-Si no lo sacas todo ahora, lo sacarás en el futuro con otra. Y será culpa tuya, porque ahora tiene arreglo.

Sonrió y se enderezó, mirándome a los ojos.

-Eres un buen amigo, Lin. Pero te equivocas de objetivo. Soy un hombre libre, Diva es una mujer libre y así son las cosas.

-He dicho lo que tenía que decir -dije, diciendo lo que tenía que decir-, pero no te veo dejando en paz a Diva.

-La paz se alcanza porque alguien se rinde -repuso, encogiéndose de hombros.

Lo miré, buscando sonsacarle la verdad.

-Has estado practicando la frase para Karla, ¿verdad?

-Sí -confesó sonriente-. Pero en este caso es cierta. No voy a insistir, Lin, y te agradecería que tú tampoco. En serio. No tengo nada en contra de Randall. Es un buen tipo. Mejor él que un mal hombre.

-Como quieras -dije, más triste que él, por lo visto-. Vamos a ver en qué anda Karla.

Karla estaba en el suelo forrado de alfombras con Didier, en plena sesión de ouija.

-Ah, no, no puedo continuar -dijo Didier, cuando entramos-. Tu energía es demasiado perturbadora, Lin.

-Una de sus mejores cualidades -dijo Karla-. Siéntate aquí, Shantaram, a ver si podemos perturbar a los espíritus del hotel Amritsar.

-En esta ciudad habitan demasiados espíritus que conocí en vida -repuse sonriendo-. Y a propósito de espirituosos, Didier, la caja de vinos que encargaste te espera en la mesa de Jaswant. Ve a buscarla antes de que la grave con algún impuesto. Le encanta el vino tinto.

Didier se puso en pie y corrió hacia la puerta.

-¡Mi vino! -exclamó a la carrera-. ¡Jaswant!

Naveen salió tras él para echarle una mano. Yo me acerqué a Karla, la tumbé sobre la alfombra, me acosté a su lado y la besé.

-¿Ves lo astuto que soy? -pregunté cuando nuestros labios se

separaron.

-Sé que eres astuto -dijo riendo- porque yo lo soy más.

Besos sin consecuencias ni expectativas: besos que eran regalos, que la alimentaban, que me alimentaban con amor.

Llamaron a la puerta abierta. Era Jaswant, y a Jaswant no había forma de echarlo.

-¿Sí, Jaswant? -pregunté, apartándome de Karla para mirarle, parado en el umbral.

-Tienes visitas -susurró-. Hola, señorita Karla.

-Hola, Jaswant. ¿Has adelgazado? Te veo en forma.

-Bueno, intento mantenerme...

-¿Qué visitas, Jaswant? -pregunté.

-Gente. Que quiere verte. Que da miedo. Al menos, la mujer.

Madame Zhou, pensé. Karla y yo nos levantamos a la vez. Cogí mis armas. Karla se pintó los labios.

-¿Pintalabios?

-Si crees que voy a enfrentarme a esa mujer sin carmín -dijo, atusándose la melena frente al espejo-, es que no te enteras.

-No sabes la razón que tienes. No me entero.

-Tengo que matarla antes de que me mate -dijo, girándose hacia mí-. Así pues, la mataremos dos veces.

Pasamos de la habitación al vestíbulo de Jaswant, con Karla a mi lado.

«Ácido. Karla. Ácido. Karla.»

Llevaba un cuchillo en la mano. Karla tenía una pistola y sabía utilizarla. Bordeamos el tabique para ver bien la zona de recepción, donde había dos personas de pie frente al mostrador de Jaswant. Jaswant parecía preocupado.

Avancé. No alcanzaba a ver al hombre, pero la mujer era baja, regordeta y de unos treinta años. Lucía una mirada amenazante y un hiyab azul.

-Todo bien -le dije a Karla, dejándome ver-. Son viejos amigos.

-No exageres -dijo Hiyab Azul, sin dejar de amedrentar a Jaswant, sentado en la pomposa butaca.

-Identidad verificada -dijo Jaswant-. Pase usted, por favor, madame.

Hiyab Azul iba con Ankit, el conserje del hotel de Sri Lanka. Ankit sonrió y saludó llevándose un par de dedos a la frente.

Le devolví el saludo. Hiyab Azul tenía los brazos cruzados. Los mantuvo cruzados mientras hundía a Jaswant en la butaca con una mirada y luego venía a saludarme. Ankit le pisaba los talones.

-*Salaam aleikum*, soldado -dije.

-*Wa aleikum salaam* -respondió ella, descruzando los brazos para mostrar la pequeña automática que escondía en la mano-. Nos quedan asuntos pendientes.

-*Salaam aleikum* -saludó Karla-. Y el tipo con el que hablas pistola en mano es mi novio.

-*Wa aleikum salaam* -dijo Hiyab Azul, mirando fijamente a las reinas-. La pistola es un regalo. Y está cargada.

-Igual que la mía -replicó Karla sonriente, e Hiyab Azul le devolvió la sonrisa.

Las mujeres se miraron fijamente sin pronunciar palabra.

-Te presento a Ankit -añadí.

-Un privilegio conocerla, señorita Karla -saludó Ankit.

-Hola, Ankit -dijo Karla, sin quitarle ojo a Hiyab Azul.

-Ankit prepara una bebida que va a poner a Randall verde de envidia. Es un portal líquido entre dimensiones. Tienes que probarlo.

-Siempre es un placer prepararle el portal, señor.

-Las dos tenéis mucho en común -dije, y pensé en añadir algo más, pero Hiyab Azul y Karla me lanzaron exactamente la misma mirada crítica y cambié de opinión.

-Te casas -dijo Hiyab Azul- con la esperanza de que cambiarán y madurarán. Y ellos se casan esperando lo contrario de nosotras.

-El proverbial círculo vicioso -dijo Karla, cogiendo a Hiyab Azul del brazo y acompañándola a la tienda beduina-. Ven conmigo y refréscate un poco. Pareces cansada. ¿Desde dónde venís?

-Hoy no ha sido un viaje largo, pero ayer estuvimos veintiuna horas en marcha y anteayer también -explicó Hiyab Azul antes de que su voz se apagara y Karla cerrara la puerta.

Jaswant, Ankit y yo nos quedamos mirando la puerta cerrada.

-Esa mujer acojona -dijo Jaswant, secándose el sudor de la frente-. Yo pensaba que la señorita Karla daba miedo, sin ánimo de ofender, *baba*, pero juro que si llego a ver a tiempo a esa mujer con el hiyab subiendo la escalera, me hubiese escapado por el túnel.

-Es maja -dije-. De hecho, es más que maja. Es la hostia.

-De camino hacia aquí he visto una licorería, señor -dijo Ankit-. ¿Bajo a comprar los ingredientes para su cóctel especial y les preparo un par de portales mientras esperamos a las señoritas?

-¿Comprar? -preguntó Jaswant, activando el interruptor que abría el panel de su tienda de supervivencia.

Le dio a otro interruptor y las luces comenzaron a destellar. El dedo de Jaswant planeó sobre el tercer interruptor.

-¿Sabes, Jaswant? -empecé a decir demasiado tarde.

Los golpes y sacudidas de la música de Bhangra atronaron de los altavoces del mostrador.

Miré a Ankit mientras este inspeccionaba la mercancía del colmado secreto de Jaswant. Se había cortado el pelo canoso al estilo Cary Grant y se había dejado un bigotillo fino. Una túnica azul marino de tres cuartos y cuello alto con pantalones de sarga a juego reemplazaban al uniforme del hotel.

Estudió la mercancía de Jaswant con ojo clínico: un amante cortés examinando chucherías en el escaparate del adulterio.

-Creo que podré trabajar con lo que hay.

Entonces oyó la música de Bhangra y se apartó del colorido escaparate y se puso a bailar. No lo hizo mal: bailaba lo bastante bien para que Jaswant se levantara de la butaca a bailar con él hasta que acabó la canción.

-¿Quieres escucharla otra vez? -preguntó resoplando Jaswant, con el dedo en el interruptor.

-¡Sí! -exclamó Ankit.

-Los negocios antes que el placer -probé.

-Cierto -admitió Jaswant, dirigiéndose al escaparate secreto-. ¿Qué va a ser?

-Necesito realizar algunos experimentos -dijo Ankit-. Y creo que tienes los químicos adecuados.

-Muy bien -dije-. Ve preparando las copas. Pasaremos aquí la noche. Karla y yo no tenemos adónde ir, pero sí todo el tiempo del mundo para llegar. Tú a lo tuyo, Ankit.

Vació botellas, llenó un vaso con zumo de lima, coco deshidratado, ralló chocolate amargo, sacó unas copas y los tres nos disponíamos a catar la primera muestra de la alquimia de Ankit cuando Karla me llamó.

-Empezad sin mí -les dije, dejando la copa.

-¿Abandonas la fiesta antes de que empiece? -objetó Jaswant.

-Guardadme la copa. Si suenan tiros mientras estoy dentro, acudid al rescate.

Encontré a Hiyab Azul y Karla sentadas de piernas cruzadas en el suelo junto al balcón, con las alfombras de alrededor formando una laguna de meditaciones anudadas. Había una bandeja con almendras aromatizadas con rosas y menta, trozos de chocolate negro y rodajas de jengibre glaseado junto a dos vasos a medio beber de zumo de lima. Las luces rojas y ámbar de los semáforos de la calle iluminaban delicadamente sus rostros en la habitación a oscuras. El lento ventilador del techo agitaba el humo del incienso y una suave brisa nos recordaba que, fuera, la noche era vasta.

-Siéntate aquí, Shantaram -dijo Karla, tirándome del brazo para que me pusiera a su lado-. Hiyab Azul se irá enseguida. Pero antes, tiene algunas noticias buenas que contarte y otras no tan buenas.

-¿Qué tal estás? -pregunté-. ¿Todo bien?

-Estoy bien, *Alhamdulillah*. ¿Qué prefieres primero, las buenas o las no tan buenas?

-Empecemos por las no tan buenas.

-Madame Zhou está viva -dijo Hiyab Azul-. Y libre.

-¿Y las buenas?

-Los lanzadores de ácido están acabados y los gemelos muertos.

-Un momento. Retrocedamos. ¿Cómo es que estás al corriente del problema con madame Zhou? ¿Y por qué has venido?

-No sabía nada de madame Zhou. Ni me interesaba. Iba tras los lanzadores. Hace años que los perseguimos.

-Desfiguraron a alguien que conoces -comprendí-. Lo siento.

-Era una buena luchadora y sigue siendo una buena camarada y amiga. Estaba en la India descansando de la guerra. Alguien contrató a los lanzadores y convirtieron su cara en una máscara. Una máscara de protesta, podría decirse.

-¿Aún vive? -preguntó Karla.

-Sí.

-¿Podemos ayudar en algo?

-No creo, Karla -respondió Hiyab Azul-. A menos que quieras ayudarla a castigar a los lanzadores, que es lo que está haciendo en este mismo instante. Todavía tardará un rato.

-¿Habéis atrapado a los lanzadores? -preguntó Karla-. ¿Han quemado a alguien?

-Les arrojamos mantas y los pateamos hasta que soltaron las botellas de ácido y luego nos los llevamos.

-Y los gemelos trataron de salvarlos -supuse-, pensando que erais una amenaza para madame Zhou.

-Exacto. No entendimos que estaban protegiendo a madame Zhou. Y nos dio igual. Íbamos a por los lanzadores. Madame Zhou escapó y la dejamos que se fuera. Hemos parado a los gemelos y a los lanzadores.

-¿Se acabaron los gemelos para siempre?

-Sí.

-¿Qué habéis hecho con ellos?

-Los hemos dejado donde estaban. Por eso tenemos que marcharnos enseguida, *Inshallah*.

-Cualquier cosa que necesitéis... -dije-. ¿Cómo se te ha ocurrido contármelo?

-Llevamos a los lanzadores al suburbio. Cuatro hermanos y veinticuatro primos de la chica que quemaron viven allí. Y la chica también, con un montón de gente que la quiere. Interrogamos a los lanzadores de ácido. Queríamos la lista de todas las chicas a las que habían quemado.

-¿Por qué?

-Para visitar a las familias e informarlas, una a una, de que los lanzadores están muertos y no volverán a quemar a nadie. Y luego para visitar a los clientes que los contrataron para desfigurar a las chicas, obligarles a pagar por el infierno al que las han condenado y dar el dinero a las víctimas, *Inshallah*.

-Acabamos de conocernos, Hiyab Azul -dijo Karla-, pero te quiero.

Hiyab Azul apoyó una mano en la muñeca de Karla.

-Cuando los lanzadores empezaron a cantar -dijo Hiyab Azul girándose hacia mí-, incluyeron tu nombre en la lista. Nos contaron que te seguían por encargo de la madame, la mujer de negro que escapó. Les sonsaqué tu dirección y he venido a avisarte.

La impresión fue contundente, fueron muchas impresiones en realidad, una de ellas imaginar a los lanzadores de ácido siendo torturados hasta la muerte por las víctimas. Demasiado.

-Gracias por la advertencia, Hiyab Azul -dije-. Te vas esta noche. ¿En qué puedo ayudarte?

-Tengo cuanto necesito -contestó Hiyab Azul-, pero por la mañana será mejor que esté bien lejos. El problema es Ankit. No puedo marcharme con él porque un cambio de planes repentino nos obliga a escapar de uno en uno. Sé que insistirá en quedarse para que me vaya yo, y es lo que debo hacer, pero me da miedo dejarlo solo.

-Si se queda con nosotros nadie le hará nada -dije.

-No -dijo Hiyab Azul-. Me da miedo dejarlo porque es muy violento.

Pensé en el amable encargado nocturno que se anticipaba delicadamente a las necesidades ajenas, el bigotillo elegante y el cóctel perfecto, y no logré casar los datos.

-¿Ankit?

-Es un agente eficiente -dijo Hiyab Azul-. Uno de los mejores y más peligrosos. En esta guerra pocos llegan a peinar canas. Pero le ha llegado la hora de retirarse. Su última tarea ha consistido en trabajar tres años de encargado nocturno en un hotel, donde los periodistas iban a beber y charlar. Pero es demasiado conocido. Ya no recibirá más encargos. Se suponía que debía presentarle a nuestros contactos en Delhi, donde podría empezar una vida nueva, pero la muerte de los gemelos ha alterado los planes.

-¿Lo buscan? -pregunté-. ¿Lo escondemos?

-No -respondió Hiyab Azul con el ceño fruncido-. ¿Por qué habrían de buscarlo?

-Por el asesinato de los gemelos, por ejemplo.

-A los gemelos los matamos mis camaradas y yo. Ankit no tiene nada que ver.

-No era fácil frenar a los gemelos. ¿Les disparaste con esa pistolita?

-Pues claro que no -respondió, sacándose la pequeña automática del bolsillo de la falda y sosteniéndola en la palma de la mano-. Con esto solo disparo a mi marido. Por eso me la robó.

-Pues la empuñabas al saludarnos -dije sonriendo.

-Por otra razón -dijo, pensando en la pistola.

-¿Me la enseñas? -pidió Karla.

Hiyab Azul le pasó la pequeña pistola. Karla la miró, la encajó en el punto de la mano donde las líneas de la voluntad se juntan con el poder de la consecuencia. Fue levantando la mirada poco a poco hasta encontrarse con la mía.

-Es bonita -dijo, devolviéndosela a Hiyab Azul-. ¿Quieres ver la mía?

-Desde luego -contestó Hiyab Azul-. Pero quiero que te quedes la mía. Pronto me reuniré con mi Mehmu, *Inshallah*, y sé que esta vez no voy a necesitarla, nunca más la necesitaré. Hemos hablado y ahora todo va como la seda, *Alhamdulillah*.

-¿Quieres que me la quede? -preguntó Karla, aceptando la automática.

-Sí, pensaba dársela a Shantaram, pero ahora que te he conocido creo que debe ser para ti. ¿Aceptas el regalo?

-Sí.

-Bien. Entonces enséñame la tuya.

Karla tenía un revólver corto del calibre 38 negro mate. Lo sacó de debajo de un pliegue de alfombra, abrió la recámara, vació las balas en su regazo y volvió a cerrar la recámara vacía.

-No te ofendas -le pidió a Hiyab Azul pasándole el arma-. Tiene el gatillo flojo.

Hiyab Azul examinó con aire experto la pequeña arma mortífera y la devolvió. Calibró el peso de la suya para tranquilizarse, cerrando la mano, mientras Karla volvía a cargar el revólver corto.

Durante unos segundos las dos me miraron, pistola en mano, con expresión pensativa y al mismo tiempo ausente. Para mí su mirada equivalía a un muro de feminidad y no tenía la menor idea de qué

estaba pasando. Sencillamente me alegré de presenciarlo; de presenciar el encuentro entre dos mujeres fuertes y salvajes.

-Hiyab Azul -dijo al rato Karla-, permite que yo también te haga un regalo, por favor.

Retiró la larga púa que le sujetaba el pelo en la nuca y sacudió los mechones negros como garras de pantera.

-Para cuando no lleves el hiyab -dijo, ofreciéndole la aguja-. Ten mucho cuidado. Sujétala siempre por la joya, como yo. Tiene el gatillo flojo.

Era un dardo de cerbatana. Rematado en la punta roma por un pequeño rubí encastado en una abrazadera metálica.

Karla se levantó rápidamente, corrió al dormitorio y regresó con una botella larga y fina de vidrio rojo. El tapón lucía un dibujo maya.

-Curare -dijo Karla-. Gané el dardo y la botella en una partida contra un antropólogo.

-¿Lo ganaste jugando al Scrabble? -preguntó Hiyab Azul, cogiendo la botella con una mano y el dardo con la otra.

-Más o menos -respondió Karla-. Cada dos lunas llenas, dejo el dardo empapándose toda la noche en curare. Ve con cuidado, un día me arañé y tuve visiones durante dos horas.

-Maravilloso -dijo Hiyab Azul-. Si que actúa rápido, ¿no?

-Si se lo clavas en el cuello a alguien, solo podrá seguirte seis o siete pasos. Compensa la desventaja de llevar tacones.

-Me encanta. ¿Me lo regalas de verdad?

-Por supuesto.

-Gracias -dijo tímidamente Hiyab Azul-. Me gusta mucho tu regalo.

-¿De qué discutís Mehmu y tú en vuestros duelos al amanecer? -preguntó Karla.

-Del hiyab -respondió Hiyab Azul, rememorando peleas pasadas.

-¿Le parece demasiado ortodoxo?

-No, Karla, le parece que no mola. Mehmu sigue las modas. Tiene

doce pares de vaqueros y pelea por los pobres con ellos. Quiere que me quite el hiyab y me parezca a las otras, que vienen de Europa y llevan el pelo largo y rubio.

-Pues a mí me gusta tu estilo -dijo Karla-. Por cierto, que ese azul es precioso.

-Pero no mola tanto como el de las otras camaradas -gruñó Hiyab Azul.

-¿Las otras camaradas?

Hiyab Azul me miró, luego volvió a mirar a Karla.

-Shantaram no te ha contado nada de mí, ¿verdad?

-No sé nada -dije-. No sé ni qué bandera enarbolas y no lo he preguntado.

-¿No eres leal a ninguna bandera? -me preguntó Hiyab Azul con el ceño fruncido.

-En realidad no. Pero a menudo lo soy de quien la enarbola.

-Mehmu, Ankit y yo somos comunistas -dijo, volviéndose de nuevo hacia Karla-. Pertenecíamos al grupo de Habash. Entrenamos con los palestinos del FPL en Libia, pero tuvimos que dejarlo. Se... implicaron demasiado emocionalmente en lo que hacían.

-¿Qué hacía una chica tamil de Sri Lanka en Libia con los palestinos? -preguntó Karla-. Si puedo preguntar sin meterme donde no me llaman.

-Aprender a defender a mi pueblo.

-¿Tenías que ser tú? -preguntó Karla en voz baja.

-¿Quién empuñará las armas si todos renunciamos? -replicó con amargura Hiyab Azul, atrapada en una rueda diseñada por la venganza para que la ira no dejara de girar.

-¿En serio que Mehmu y tú os peleáis por el hiyab? -preguntó Karla, cambiando de humor con una sonrisa.

-Sin parar -respondió Hiyab Azul sonriendo y cubriéndose la boca de niña con una mano de soldado-. La primera vez que le disparé fue porque me dijo que el hiyab me engordaba casi cinco kilos.

-No es el primero.

-A ti no te lo parece, ¿verdad?

-El hiyab adelgaza -dijo Karla-. Y tienes una cara preciosa.

-¿Sí?

-Espera un minuto -pidió Karla, levantándose de un brinco y desapareciendo en el dormitorio.

-Eres un hombre afortunado -me dijo Hiyab Azul.

-Lo sé -respondí sonriendo, a la espera de que Karla volviera-. Igual que Mehmu.

-No -dijo Hiyab Azul-. Me refiero a que has tenido suerte porque tu nombre era el siguiente de la lista de los lanzadores de ácido.

Me volví a mirarla, leyendo en sus ojos oscuridades que conocía a su pesar.

Karla regresó para sentarse con nosotros. Llevaba un bolsito de terciopelo azul que le entregó a Hiyab Azul.

-Pintalabios, pintura de ojos, laca de uñas, hachís, chocolate y un librito de poemas de Seferis -informó Karla-. Para cuando puedas cerrar la puerta dondequiera que estés.

-Muchísimas gracias -dijo Hiyab Azul, ruborizándose.

-Las chicas tenemos que apoyarnos. ¿Quién va a salvar si no a nuestros hombres? Cuéntame la segunda vez que disparaste a tu marido.

-La segunda vez le disparé porque me contó que una de las chicas de la delegación de Alemania del Este había insistido en que le tocara la larga melena sedosa, y a Mehmu le gustó y quería que me quitara el hiyab y enseñara el pelo.

-Yo le habría disparado a ella -dijo Karla con una sonrisa.

-No puedo dispararle por insinuarse -repuso seria Hiyab Azul-. Mehmu es un hombre atractivo. Pero está justificado dispararle por aceptar.

-¿Dónde le disparaste? -preguntó Karla, arriesgando.

-En el bíceps. Los hombres detestan perder la musculatura medio año

y el daño es reversible. Utilizas una pistola de calibre pequeño, presionas la parte interna del bíceps, apuntas hacia fuera y disparas. Por lo demás, basta con una buena pared al otro lado que detenga la bala.

-¿Te has planteado la terapia de pareja? -preguntó Karla, pensativa.

-Lo hemos probado todo...

-No, me refiero a si te has planteado aconsejar a otras parejas. Creo que tienes un don natural y abajo, en este mismo edificio, hay un despacho vacío. Podríamos ligarlo a mi negocio.

-¿En qué consiste? Si puedo preguntar sin meterme donde no me llaman.

-Soy socia de una empresa llamada Agencia Amores Perdidos. Encontramos a seres queridos perdidos y los reunimos con sus familias. A veces el reencuentro es tan extraño como la pérdida y necesitarían consejo. Encajarías bien y me encantaría que te unieras a nosotros.

-Me gusta la idea -respondió con timidez Hiyab Azul-. He estado buscando nuevas perspectivas, que no estén cubiertas de páginas de prensa. Estoy... muy cansada, y Mehmu también. Cuando pueda regresar sin correr peligro, pasaré a visitarte y lo hablamos, Karla, *Inshallah*.

Intentaba pasar desapercibido y estaba consiguiéndolo. Estaban en plena negociación secreta de mujeres delante de mí, algo que los hombres no presencian a menos que los inviten. Entonces se acordaron de mí y no me sentí invitado. Karla sonreía, pero Hiyab Azul tenía el ceño fruncido, con el dardo venenoso en la mano.

-Eh... ¿Habías dicho que tenías un problema con Ankit?

-Como hemos cambiado de plan la ruta de huida es solo para mí -respondió Hiyab Azul, suavizando un poco la actitud y mirando a Karla-. No puedo llevarlo conmigo. Pero tampoco puedo abandonarlo sin más. Es un buen camarada. Un buen hombre.

-Puedo conseguirle trabajo en el mercado negro, si quieres -propuse-. Estará bien, hasta que vuelvas a buscarlo.

-Lo contrato -dijo Karla-. Ha sido el encargado de noche de un hotel durante tres años. Siempre se necesita un talento así.

-O podría trabajar en el mercado negro conmigo -repetí, defendiendo mi territorio.

-O no -contraatacó Karla, sonriéndome-. Dadas las circunstancias.

-En cualquier caso, con nosotros estará bien. No te preocupes.

Hiyab Azul metió la aguja del pelo en el tapón de la botella larga y fina y encerró la espina mortífera. Se guardó la botella en el bolsillo invisible de la falda.

-Tengo que irme -dijo, levantándose con cierta torpeza.

Karla y yo nos aprestamos a ayudarla, pero nos apartó con manos como anémonas.

-Estoy bien. Estoy bien, *Alhamdulillah*.

Se enderezó, se arregló la falda y se encaminó con nosotros al mostrador de Jaswant.

Ankit no estaba. Jaswant no estaba en su puesto: estaba devorando tentempiés de sus provisiones secretas. Se giró hacia nosotros con la barba cubierta de migas y galletas en las manos.

-¿Dónde está Ankit? -le pregunté.

-¿Ankit? -jadeó, como si le hubiera acusado de habérselo comido.

-El capitán cóctel. ¿Dónde está?

-Ah. Un tío majo. Algo tímido.

Se movió a la deriva, sacudiéndose los restos de galletas de la barba y contemplando el dibujo que formaban en el suelo.

-¿Cuántos cócteles te has tomado, Jaswant?

-Tres -dijo, levantando cuatro dedos.

-Cuelga el cartel de «Cerrado» -le aconsejé-. Estás en pleno viaje químico. ¿Y Ankit?

-Ha subido Randall, se ha tomado un par de copas y ha bajado con Ankit a enseñarle el coche. ¿Por qué?

-¿Dónde está Naveen? ¿Y Didier?

-¿Quién?

Me volví hacia Hiyab Azul y Karla.

-Te acompaño a ver a Ankit.

-No -repuso rápidamente-. No puedo despedirme. Ya me he despedido demasiadas veces y solo me sale decir adiós. ¿El hotel tiene otra salida?

-Tiene varias. Puedes elegir.

-Acompañaré a la señorita -se ofreció Jaswant, con suficientes cócteles en el cuerpo para no temer a Hiyab Azul-. Necesito dar un paseo para despejarme.

-¿Quieres que vayamos contigo, Hiyab Azul? -preguntó Karla.

-No, por favor, me apaño mejor sola. Estoy más segura cuando solo peleo por mí, *Alhamdulillah*.

-Hasta que te reúnas con tu marido -dijo Karla-. Después estaréis juntos y quizá os dediquéis a algo más alegre, como la terapia de pareja. ¿Tienes dinero?

-Lo que necesito, *Alhamdulillah*. Hasta la vista, Karla, *Inshallah*.

-*Inshallah* -respondió Karla abrazándola.

Hiyab Azul me miró, con el ceño iluminado por una sonrisa.

-Aquel día en el coche lloraba por mi Mehmu y por mí. Pero también lloré por ti. Siento que la chica muriese cuando no estabas y siento no haber podido decírtelo. Me caíste bien. Todavía me caes bien. Y me alegro por ti. *Allah hafiz.*

-*Allah hafiz* -respondí-. Ve con cuidado, Jaswant. Estate atento. Estás borracho.

-No sufras -respondió con una sonrisa-. La seguridad está garantizada. Te lo cargaré a la cuenta.

Cuando nos quedamos solos, Karla se sentó a la mesa de Jaswant. Paseó un dedo por encima del tercer interruptor.

-Ni se te ocurra -dije.

-Sabes que sí -se rió, dándole al interruptor.

El Bhangra atronó por los altavoces a un volumen que hacía temblar

el cuerpo.

-Jaswant nos va a oír y me lo cargará en la cuenta -grité.

-Espero que sí -me contestó Karla a gritos.

-Vale, tú lo has querido -dije, levantándola de la silla de Jaswant-. A bailar, Karla.

Se dejó levantar de la silla, pero se apoyó en mí.

-Ya sabes que las chicas malas no bailan. Prefieres que no baile, Shantaram.

-Pues no bailes -grité por encima de la música, alejándome bailando-. No pasa nada. Está bien. Pero yo estaré bailando aquí mismo, por si sientes la necesidad de bailar conmigo.

Me sonrió y miró un rato cómo bailaba, pero al poco comenzó a moverse y terminó por soltarse.

Sus brazos y sus piernas eran algas que nadaban por unas olas hechas de cadera. Se me acercó bailando y me rodeó tentadoramente, y luego la ola me lamió y fue toda gatas negras y fuego verde.

Las chicas malas no bailan, igual que los chicos malos.

Karla soñaba la música por mí y, justo estaba yo pensando que tenía que pedirle el disco a Jaswant y tal vez también un equipo de música, cuando me topé bailando con un cartero, de pie en el umbral.

Karla tocó el interruptor y la música calló, dejándonos con el eco de un silencio repentino.

-Una carta, señor -dijo el cartero, tendiéndome la carpeta para que firmase el recibo.

Todavía era de noche, no faltaba mucho para el amanecer, pero estábamos en la India.

-Vale -dije-. ¿Una carta para mí?

-Usted es el señor Shantaram y la carta es para el señor Shantaram -explicó con paciencia-. O sea que sí, señor, es para usted.

-Vale -dije, firmando-. Un poco tarde para andar repartiendo el correo, ¿no?

-O muy temprano -dijo Karla, apoyada en mi hombro-. ¿Qué te trae por aquí fuera del horario de trabajo, cartero-*ji*?

-Es mi penitencia, madame -respondió el cartero, guardando la carpeta en el saco que cargaba al hombro.

-Penitencia -dijo Karla con una sonrisa-. La inocencia de los adultos. ¿Cómo te llamas, cartero-*ji*?

-Hitesh, madame.

-«Buena persona» -tradujo Karla.

-Desgraciadamente, no, madame -replicó él, entregándome la carta.

Me la metí en el bolsillo.

-¿Y por qué la penitencia, si no te molesta que lo pregunte? -preguntó Karla.

-Me convertí en un borracho, madame.

-Pero ya no lo eres.

-No, madame, ya no. Pero lo fui y no cumplí con mi deber.

-¿Y eso?

-A veces estaba tan borracho -explicó en voz baja- que escondía algunas sacas de cartas porque no podía repartirlas. El departamento de correos me obligó a apuntarme a un tratamiento y cuando lo completé volvieron a ofrecerme el empleo si repartía el correo en mis ratos libres y me disculpaba con la gente que había traicionado.

-Y por eso estás aquí.

-Sí, madame. He empezado por los hoteles porque están abiertos temprano. Así que, por favor, señor Shantaram, acepte mis más sinceras disculpas por entregarle la carta con tanto retraso.

-Disculpas aceptadas, Hitesh -dijimos al unísono.

-Gracias. Buenas noches y buenos días -dijo, dirigiéndose cabizbajo por la escalera al siguiente encuentro.

-India -dije, meneando la cabeza-. Te adoro.

-¿No vas a leerla? -preguntó Karla-. ¿Una carta que te entrega el

Destino por medio de un hombre reformado?

-Lo que quieres es leerla tú, ¿no?

-La curiosidad es su propia recompensa -dijo Karla.

-No quiero leerla.

-¿Por qué no?

-Una carta es el Destino incordiando. No tengo mucha suerte con las cartas.

-Venga ya -dijo Karla-. A mí me has escrito dos y son las mejores cartas que he recibido en la vida.

-No me importa escribir una carta de vez en cuando, pero no me gusta recibirlas. Una de mis ideas del infierno es un mundo donde recibes cartas, no semanalmente, sino una por minuto, a diario y para siempre. Es una pesadilla.

Me miró, luego miró la punta de la carta, que me asomaba del bolsillo, y volvió a mirarme.

-Si quieres, léela, Karla -dije, entregándosela-. Por favor. Si contiene algo que deba saber, me lo dices. Si no, la rompes.

-No sabes ni quién la envía -replicó, leyendo el sobre.

-Me da lo mismo. Tengo mala suerte con las cartas. Tú dime si hay algo que deba saber.

Se dio palmaditas pensativas con el sobre en la mejilla.

-Como ha llegado tarde, creo que la leeré después -dijo, guardándosela dentro de la camisa-. Una vez que hayamos encontrado a Ankit y sepamos que está bien.

-Ankit está bien. Sabe cuidar de sí mismo. Es un comunista peligroso entrenado por palestinos en Libia. Preferiría subir a tu tienda y comprobar que todo sigue en su sitio.

-Bajemos -dijo sonriendo- antes de subir.

Bajamos, pensando en subir, y antes de girar hacia el pasaje abovedado de detrás de la fachada del hotel oímos a Randall y Ankit riéndose.

Cuando llegamos a la limusina modificada, aparcada contra la pared, encontramos a Randall y Ankit tumbados atrás, a Vinson sentado en un colchón entre los dos y a Naveen en la cabina del conductor con Didier.

-Qué bonito -dijo Karla con una amplia sonrisa-. ¿Cómo va, chicos?

-¡Karla! -gritó Didier-. ¡Siéntate con nosotros!

-¡Hola, Karla! -saludaron otras voces.

-¿Qué se celebra? -preguntó Karla, inclinándose a abrir la portezuela trasera.

-Nos estamos compadeciendo -dijo Didier-. A todos nos han abandonado o hemos pasado por una separación trágica, y disfrutarás enormemente con nuestras miserias masculinas.

-¿Abandonados? -se mofó Karla-. *Et tu, Didier?*

-Anoche Taj me dejó -lloriqueó Didier.

-Imagínate. Expulsado del amor por el cincel de un escultor.

-La señorita Diva ha roto conmigo -añadió Randall.

-Y conmigo -dijo Naveen-. Me ha dicho que en adelante seremos solo amigos.

-Yo nunca he encontrado el amor -dijo Ankit-. La búsqueda todavía no ha terminado, pero llevo mucho tiempo solo y en la copa que alzamos también hay burbujas de pena mías.

-Rannveig me ha echado a patadas del *ashram* -dijo Vinson-. La encontré y he vuelto a perderla. Me ha dicho que tenía que quedarme con ella en el *ashram* un mes. Un mes entero. Si lo hiciera, el negocio se iría a pique, tío. No lo ha entendido. Me ha echado a patadas. Menos mal que me he encontrado con estos.

Estaban bebiendo la anestesia de Ankit en copas de cóctel. Vinson estaba cebando un *bong*. El frasco de cristal tenía forma de calavera. Dentro flotaba una pequeña serpiente de nácar.

Me lo ofreció, pero se lo cedí a Karla.

-Si voy a fumar de eso y a probar los famosos cócteles de Ankit -dijo Karla, rechazando el ofrecimiento-, tengo que sentarme dentro del coche.

-Siéntate aquí en medio, Karla -suplicó Didier.

-A ver, Lin. ¿Dónde quieres sentarte? -me preguntó Karla.

-Me voy a limpiar la moto -dije, consciente de que Karla disfrutaría mucho más que yo de la limusina repleta de lamentos masculinos.

Me besó. Naveen se bajó y le abrió la puerta. Karla trepó al asiento delantero, al lado de Didier, pero de espaldas. Colocó un cojín contra el salpicadero y se sentó cómodamente de cara a la parte trasera del vehículo con las piernas cruzadas en el asiento.

Naveen me sonrió al subirse al coche y cerró la portezuela. Randall encendió unas luces de emergencia de Jaswant y le pasó a Karla uno de los cócteles de Ankit. Karla alzó la copa.

-¡Caballeros! ¡Por Amores Perdidos!

-¡Por Amores Perdidos! -gritaron ellos.

En ese momento, Oleg apareció por el callejón con su sempiterna sonrisa algo forzada. Se le iluminó la expresión al ver la fiesta del coche.

-*Kruto!* Qué alegría encontrarte, Lin.

-¿Dónde te habías metido, tío?

-Esas chicas. Las Divas. Me han exprimido como a la toalla de un boxeador y luego me han echado a la calle. Me siento completamente...

-*Razbit?*

-*Razbit* -repitió-. ¿De qué va la fiesta?

-Es la reunión anual de Amores Perdidos y han empezado sin ti. Sube, tío.

Gritaron y silbaron y metieron a Oleg en la parte de atrás, donde se repantingó al lado de Randall cóctel en mano.

Mientras esperaba a mi amor, me encaminé hacia la moto, estacionada junto a la mejor salida del callejón. Saqué unos trapos limpios de debajo del sillín y la lavé con ternura.

Mientras Karla se carcajeaba y Didier chillaba de la risa, charlé con la moto y le aseguré que no estaba sola.

Me preocupaba madame Zhou. No la conocía lo bastante para saber si quería a los gemelos o a algo en la vida. Pero habían sido inseparables durante muchos años. La mujer ya estaba loca y era propensa a la venganza. Quería saber si estaba enfadada y derrotada o solo enfadada.

Y la sombra donde parecía tener predilección a materializarse de vez en cuando era la sombra del pasaje abovedado de debajo de nuestro hotel, donde Karla estaba pasándolo en grande.

Faltaba una hora para que amaneciera y el sol sagrado chamuscara a la vampira, al menos así lo esperaba. Me senté en la moto reluciente y me fumé un porro, atento a las dos entradas del callejón y girándome a cada paso o ruido de motor.

Después de un rato pensando y preocupándome, la puerta delantera del coche se abrió entre risotadas. Naveen bajó arrastrándose, achispado, sujetando la puerta con caballerosidad exagerada.

Karla salió rápidamente y se me acercó con una magnífica languidez.

Naveen se despidió y los chicos del coche nos gritaron buenas noches. Randall bajó las persianas de las ventanillas en previsión del amanecer.

-¿Te importa que nos quedemos aquí hasta que amanezca? -pregunté.

-Para nada -dijo Karla, sentándose a mi lado en la moto-. Estás de guardia, ¿verdad?

-Madame Zhou me produce escalofríos. Y estaba muy unida a los gemelos.

-Recibirá su merecido. Ya ha recibido un poco de Hiyab Azul. El karma es un martillo, no una pluma.

-Te quiero -dije, contemplando cómo las pálidas sombras del alba le iluminaban la cara y deseando besarla, pero disfrutando tanto de la idea que no la besé-. ¿Qué tal en el coche?

-De coña. Me sobra material para el siguiente concurso de aforismos. Ha sido como un mapa de acupuntura de la inseguridad masculina.

-Dime uno.

-De ninguna manera -repuso riendo-. Todavía no están pulidos.

-Solo uno -supliqué.

-No.

-Solo uno -resupliqué.

-Vale, vale -se rindió-. Uno. Los hombres son deseos envueltos en secretos y las mujeres son secretos envueltos en deseos.

-Precioso.

-¿Te gusta?

-Sí.

-Me ha divertido ver cómo se desenvolvían, por así decirlo. Ha sido Didier, claro. Ninguno de los otros se habría abierto tanto sin él.

-¿Le has dicho a Ankit lo de Hiyab Azul?

-Sí. -Sonrió-. He conseguido colarlo entre la consternación general. Se lo ha tomado bien.

-Bien.

-Y le he ofrecido trabajo. También se lo ha tomado bien.

-Chico listo. Y tú, muy rápida. ¿Qué más sabe hacer rápido, Karla-madame?

La mañana se había despertado lo bastante para dejar a los chicos solos y quería volver a la tienda. Di el primer paso para irnos, pero Karla me frenó.

-¿Harías una cosa conmigo? -preguntó.

-Así me gusta -dije sonriendo-. Justo lo que tenía en mente.

-No. Me refiero a si me acompañarías a un sitio.

-¿Arriba, a la tienda?

-Después de la tienda.

-Claro. -Me reí, al tiempo que oía risas en la limusina a oscuras-. Pero solo si dejas de robarme personajes.

-¿Qué personajes?

-Ankit, Randall, Naveen. -Sonreía, sabía que me comprendería.

Se rió.

-Tú eres uno de mis personajes -dijo Karla-. Que no se te olvide.

-Bueno, pues ya que la que escribe eres tú, ¿adónde quiero acompañarte?

-A la montaña. A ver a Idriss.

-Genial. Podemos pasar un fin de semana largo.

-Pensaba en algo más de tiempo.

-¿Cuánto?

-Hasta que comiencen las lluvias -dijo en voz baja-. Y quizá hasta que paren.

¿Dos meses?

No era fácil; cuando trabajabas en el mercado negro no era nada fácil.

Conocía a un chico, un joven soldado llamado Jagat, que había caído por una de las grietas de la purga de Vishnu: era hindú, pero no quería expulsar a los musulmanes solo por su religión. Vishnu no podía hacerle daño porque era hindú, pero lo expulsó con los musulmanes.

El chaval era capaz, seguía hablándose con la Compañía 307 y podía mantener a raya a los cambistas si yo me hacía a un lado.

Podía tomarme un descanso y quizá el joven Jagat, el *ronin* expulsado de su Compañía, podría dirigir el negocio por mí.

También cabía la posibilidad de que al volver de un descanso tan largo todo lo que tenía hubiera desaparecido y el joven *ronin* hubiera muerto o escapado.

-Claro -dije-. Te acompañaré a donde quieras, Karla. Puedo estar fuera ese tiempo, ¿tú también?

-He traspasado las acciones de Ranjit a la hermana a la que más manía le tenía -dijo, cogiéndome del brazo de camino a la escalera-. He entregado a Taj y al comité de la galería mis acciones. He regalado todo lo que podría heredar de Ranjit, tras autentificar el testamento, al hermano que más rabia le daba. Es el que sobornó al chófer de Ranjit para que le pusiera una bomba falsa en el coche. Me ha parecido adecuado.

-Desprenderte de los activos de Ranjit.

-Me he quedado con algo de dinero para rebautizarme de vez en cuando.

-¿De verdad quieres quedarte un par de meses en la montaña?

-Sí. Sé que la vida arriba no es fácil y que tú tienes asuntos pendientes en la ciudad, pero necesitamos una temporada de aire fresco e ideas frescas. Tengo que quitarme unos cuantos fantasmas de encima y empezar de cero contigo. ¿Crees que podrás hacerlo? ¿Por mí y por nosotros?

Soy un chico urbano al que le gusta la naturaleza, pero adoro las comodidades de la ciudad. Mi primera opción no habría sido pasar dos meses con un montón de gente en una comunidad cerrada, duchándome con agua fría y durmiendo en un fino colchón en el suelo. Pero Karla quería hacerlo y lo necesitaba. Y la ciudad seguía tensa tras los disturbios y el cierre y no se había aposentado todavía en su semiextrañeza habitual. Un momento tan bueno como cualquier otro para estar en otra parte.

-De acuerdo -dije, arrancándole una sonrisa-. Veamos cómo nos sienta la montaña.

DECIMOCUARTA PARTE

En la carretera forestal de camino a la montaña, las hojas suaves de los árboles jóvenes nos acariciaban las caras al pasar, despidiéndose con un beso de los horizontes azules en cada curva. Monos repartidos por los afloramientos rocosos nos juzgaban sin levantarse. Unos cuervos de mal agüero intentaron preocuparnos, descendiendo en falanges de escudos plumíferos, y los lagartos correteaban por los troncos desechos de los árboles caídos.

Nosotros viajábamos en moto, Randall y los demás nos seguían en el coche. El lejano rugido de un tigre salvaje de la reserva espantó a los pájaros de colores de los árboles. Volaron hacia la carretera, formando una nube que se partió a nuestro alrededor al llegar al aparcamiento de la montaña.

Estacionamos la moto y el coche detrás de la tienda de refrescos y tentempiés y pagamos al dependiente para que los vigilara. También le avisé de que me pasaría cada par de días a ver la moto y no reaccionaría bien si la habían molestado estando a su cuidado. El coche no me preocupaba. El coche era lo bastante grande para cuidar de sí mismo.

Nos acompañaba una pandilla: Randall, Vinson, Ankit y Didier. Naveen y Oleg se habrían sumado, pero los dos amantes abandonados tuvieron que quedarse a defender el fuerte de Amores Perdidos. Cuando llegamos al primer escalón de la subida, Didier quiso saber si existía una ruta alternativa.

Karla iba a explicársela, creo, pero lo impedí. Sabía lo escéptico y beligerante que podía ponerse Didier en presencia de la santidad. Quería que se cansara antes de alcanzar el campamento de Idriss en la cima, no que llegara paseando.

-¿No te ves capaz de subir? -lo reté.

-¡Por supuesto! -me espetó-. Muéstrame la ruta más difícil. No hay montaña más alta que la determinación de Didier.

Partimos con Karla al frente, seguida por mí y luego por Didier, Randall, Vinson y Ankit. Didier escaló sin dificultades, yo le estiraba de la mano desde arriba y Randall le empujaba desde abajo.

Vinson nos adelantó, disfrutando del ascenso. Me sorprendió ver a Ankit pisándole los talones, engullido por la maraña de hierbas, arbustos y trepadoras.

En un momento dado Karla se rió y me acordé de Abdullah, alabándola porque era ágil como una mona.

-Abdullah -le grité a Karla.

-Justo lo que estaba pensando -respondió riendo.

Luego los dos nos callamos, pensando en el amigo alto, valiente y violento que tanto estimábamos. Había vuelto a desaparecer, no era la primera vez. Me preguntaba cuándo volveríamos a verlo y si estaríamos preparados para lo que descubriríamos entonces.

Coronamos la cima en silencio, donde nos reunimos con Vinson y Ankit, que contemplaban de pie con los brazos en jarras la meseta, la escuela del sabio Idriss.

Guirnaldas de flores colgaban de una pagoda temporal nueva construida con bambú. Una lona naranja, blanca y verde, los colores de la bandera india, se repetía ondeando al viento en la cubierta.

La pagoda proporcionaba una amplia sombra en el centro del patio, que habían cubierto de alfombras finas. Cuatro cojines grandes y cómodos dibujaban un semicírculo en torno a un pequeño escenario de madera de la altura de un puño en alto.

Detrás de la pagoda, los estudiantes se preparaban para un evento importante.

-¿Siempre es así? -preguntó Randall.

-No -respondí-. Debe de ser una ocasión especial. Espero que no interrumpamos nada.

-Pues yo espero que tengan bar -dijo Didier.

Miré a Karla a los ojos.

-Te estás preguntando quién ha subido hasta aquí las alfombras y el bambú, ¿verdad? -me preguntó Karla en voz baja, mientras nuestra panda de pecadores urbanos asimilaba la escena.

-Alguien ha tenido que arrastrar tanta belleza hasta aquí arriba para que se sienten los peces gordos -dije sonriendo-. Incluso por el camino fácil, implica una deferencia enorme o muchísimo respeto. Me pregunto qué será.

Silvano se acercó por entre los grupos sentados que preparaban la decoración y las bandejas de comida.

-*Come va, ragazzo pazzo?* -le saludé cuando llegó. «¿Cómo te va, loco?»

-*Ancora respirare.* -«Todavía respiro.»

Besó a Karla en las mejillas y luego me abrazó.

-Qué maravilla que hayas venido hoy, Lin -dijo contento-. Me alegro mucho de verte. ¿Me presentas a tus amigos?

Presenté a Silvano, que saludó a todos con su radiante sonrisa de devoto.

-La Divinidad te ha traído hoy hasta aquí, Lin -dijo Silvano.

-¿Ah, sí? Creía que había sido idea de Karla.

-No, me refiero a que hoy celebramos un gran debate. Grandes sabios de cuatro distritos han retado a Idriss a que dé un discurso.

-¿Un discurso filosófico? -preguntó Karla-. Hace más de un año que no da ninguno, ¿no?

-Exacto -dijo Silvano-. Y hoy disfrutaremos de todas las grandes preguntas a la vez y de sus respuestas. Un gran desafío de unos hombres santos.

-¿Cuándo comienza? -preguntó Karla, calentando las reinas para la batalla.

-Dentro de una hora más o menos. Todavía estamos con los preparativos. Tenéis tiempo de sobra para recuperaros de la subida y picar algo antes de que comience el reto.

-¿Ya han abierto el bar? -preguntó Didier.

Silvano se quedó mirándolo sin comprender.

-Sí, señor -dijo Ankit, agitando la mochila que había cargado por la pronunciada pendiente.

-Gracias a Dios -suspiró Didier-. ¿Dónde está el baño?

Dejé a Karla con Didier y el resto, me llevé una olla de agua al bosque, busqué un lugar recogido y me lavé.

En cuanto Karla se separó de mí tras el largo trayecto hasta la montaña, oí que algo se rompía en alguna parte. Mientras subíamos al

campamento de la meseta había comprendido que los gritos que oía, que no podía parar de oír, eran los lanzadores de ácido, rompiéndose bajo el peso de la venganza.

Desde el instante en que Hiyab Azul me había contado que los habían capturado, torturado y matado, notaba la marea roja de sus almas en llamas lamiéndome los pies.

De camino a la montaña, con Karla agarrada a mí, me había dejado llevar por el amor como una hoja en un estanque dominical. Pero al separarnos, y mientras escalábamos, los recuerdos habían ido ahondando en el miedo. La magulladura de la cadena era peor que el roce: los gritos de rendición siempre eran más altos que los de desafío.

En la cima, mientras todo el mundo se preparaba para el gran debate de sabios pensadores, me fui al bosque sabio a lavarme y a estar a solas con recuerdos de tortura y sumisión.

Sufría por Hiyab Azul y su amiga, la camarada atrozmente desfigurada, y por todos los primos y vecinos que estaban tan indignados y enfadados que habían pagado a los torturadores con su propia medicina.

Pero cada ejecución mata a la justicia porque ninguna vida merece que la maten. Sobreviví al desierto interior de las palizas carcelarias y salí dando tumbos de allí porque perdoné a los hombres que me torturaron. Aprendí el truco de otros torturados, que consideraron su deber compartirlo conmigo cuando me tocó a mí ser el torturado.

«Déjalo estar -me dijeron aquellos sabios-. Odiarlos como ellos nos odian te destrozará la mente, que es el único lugar donde no pueden pegarte.»

-¿Estás bien, cielo? -preguntó la voz de Karla desde detrás de los árboles-. Va a empezar el debate, voy a guardarnos sitio.

-Estoy bien -respondí, sin sentirme bien, ni siquiera mal-bien-. Estoy bien.

-Dos minutos -dijo-. No podemos perdérnoslo. Está hecho para nosotros, Shantaram.

Sabía por qué Karla nos había traído a la montaña y a los sabios legendarios: quería sanarme. Quería salvarme. Me estaba rompiendo por dentro y ella lo veía. Y quizá también estuviera rompiéndose. Como Karla y el resto de soldados que conocía, bromeaba y me reía

de cosas que hacían llorar a otros corazones menos malheridos y había aprendido a curtirme frente a la pérdida y la muerte. Ahora echo la vista atrás y el pasado me parece una carnicería: casi todos mis seres queridos han muerto. Y el único modo de vivir con la matanza constante de lo que quieres es dejar entrar, cada vez, un poco de esa fría sepultura en ti.

Cuando Karla se marchó, dejé vagar la vista por el laberinto de hojas que solo los árboles entendían. El odio tiene una red gravitacional, que atrapa las motas sueltas de confusión en espirales de violencia. Tenía mis propias razones para odiar a los lanzadores de ácido, si quisiera odiarlos, y no era inmune al temblor de la red. Pero no era odio lo que intentaba limpiarme en aquel bosque, en la montaña: era una vergüenza que no creaba yo, pero que no podía parar.

A veces, por alguna razón, no podía o no quería detenerla. A veces, por alguna razón, formaba parte de algo equivocado antes de darme cuenta de que no me convenía.

En aquel bosque, a solas, perdoné lo que me habían hecho. Arrodillado en mis propios pensamientos, les perdoné lo que me habían hecho y confié en que alguien, en alguna parte, me perdonara. Y el viento dijo con hojas esplendorosas: «Ríndete. Uno es todo y todo es uno. Ríndete».

«La fe es sinceridad interior -me dijo una vez un cura renegado-. De modo que llénate a la menor ocasión, hijo.» Los fieles estudiantes del maestro místico Idriss se congregaron en la meseta de piedra blanca al sol de última hora de la tarde con la esperanza de que el intercambio con los interrogadores los llenara de sabiduría.

También se congregaron observadores menos fieles: unos cuantos seguidores de los grandes sabios, que esperaban ver a Idriss, el pensador arrogantemente humilde, despeñarse por un precipicio de contumacia. La fe también es su propio desafío, como la sinceridad, y la pureza reta a los corazones temerosos.

Didier, fiel a sus placeres, encontró una hamaca colgada entre dos árboles y forcejeó un rato con el lagarto de sogas anudadas con la esperanza de hallar la manera de tumbarse a la sombra mientras durase el discurso.

Karla no se lo permitió.

-Si te lo pierdes -le dijo, estirándole de la chaqueta-, no podré comentarlo contigo. Así que no puedes perdértelo.

Karla reunió a nuestro grupo ante las caras de los interrogadores y el sabio interrogado.

Los espectadores habían dispuesto un ruedo de cojines alrededor de la pagoda a la distancia justa para escuchar cualquier inflexión o inferencia. La expectación, el fantasma de la reputación, circulaba entre la muchedumbre mientras los estudiantes intercambiaban anécdotas sobre los sabios legendarios que habían retado a Idriss.

Los hombres santos salieron de la cueva más grande, donde habían meditado juntos para prepararse para el desafío. Eran gurús experimentados, con sus propios seguidores; el más joven tenía treinta y cinco años y el mayor unos setenta, algunos menos que Idriss.

Vestían *dhotis* blancos idénticos, que les arropaban suntuosamente, y llevaban collares de cuentas de rudraksha al cuello. Dicen que las cuentas tienen grandes poderes espirituales para detectar sustancias positivas y negativas. Según la leyenda, sostenidas encima de una sustancia pura, las cuentas de rudraksha rotan en la dirección de las agujas del reloj, y encima de sustancias negativas, en la contraria, que es una de las razones por las que ningún gurú se aleja nunca

demasiado de un collar de buena calidad.

También llevaban anillos y amuletos para maximizar el poder de los planetas favorables en sus cartas astrales y minimizar el mal de las esferas perjudiciales, lejanas, pero siempre influyentes.

Los estudiantes nos habían susurrado que estaba prohibido pronunciar los nombres de los famosos sabios porque querían que el desafío a Idriss permaneciera en el anonimato por modestia.

Mentalmente, cuando los vi encaminarse a sus puestos en los inmensos cojines mientras los estudiantes arrojaban pétalos de rosa a su paso, los bauticé como sigue: Gruñón, el más joven, Indeciso el siguiente, Ambicioso el tercero y Déjame Ver el mayor del grupo, que fue el primero en encontrar asiento y el primero en coger un zumo de lima y un trozo de papaya fresca.

-¿Cuánto durará? -susurró Vinson.

-Vale -dijo Karla, apretando los labios para reprimir la frustración-. ¿Quieres dedicar siete años a estudiar filosofía, teología y cosmología, Vinson?

-Voy a decir: «No» -respondió, inseguro.

-¿Quieres que a Rannveig le parezca que has estudiado esos siete años?

-Voy a decir: «Sí».

-Bien, pues entonces calla y escucha. Estos retos a Idriss ocurren más o menos una vez al año y este es el primero que presencio. Tenemos la ocasión de aprenderlo todo de golpe y pienso escucharlo de principio a fin.

-¿Habrá intermedios? -preguntó Didier.

Idriss se arrodilló a los pies de cada sabio, del mayor al más joven, y aceptó sus bendiciones antes de subir al pequeño escenario, acomodarse y saludar a los presentes.

-Fumemos -propuso amablemente-. Antes de empezar.

Los estudiantes llevaron un narguile grande a la pagoda y dieron una manguera para fumar a cada sabio. La más larga llegaba hasta Idriss, que aspiró y encendió el cacillo.

-Y ahora -dijo, cuando todos hubieron fumado, incluido Didier, que

seguía el ritmo de los santones con un porro fino-. Retadme con vuestras preguntas, por favor.

Los sabios miraron a Déjame Ver, cediéndole el primer asalto. El anciano sabio sonrió, cogió aire y se adentró en las sombras para lanzar una piedra semántica al agua.

-¿Qué es Dios? -preguntó Déjame Ver.

-Dios es la expresión perfecta de todas las características positivas -respondió Idriss.

-¿Solo de las características positivas?

-Exclusivamente.

-Entonces ¿Dios no puede hacer el mal ni pecar?

-Por supuesto que no. ¿Acaso sugieres que Dios puede suicidarse o mentir a un corazón inocente?

Los santones conferenciaron. Entendí cuál era su problema. Dioses de todas las épocas, según numerosos textos sagrados, mataban a seres humanos. Algunos dioses torturaban a almas humanas eternamente o permitían dicho tormento. Era difícil reconciliar la versión de Idriss de un Dios incapaz de hacer el mal con algunos de los grandes libros de fe.

La conferencia terminó, con la batuta todavía en manos de Déjame Ver.

-¿Y qué es la vida, gran sabio? -preguntó Déjame Ver.

-La vida es una expresión orgánica de la tendencia hacia la complejidad.

-Pero ¿dices que la vida la creó la Divinidad o se creó sola?

-La vida en este planeta empezó a partir de la cooperación, extrañamente improbable pero perfectamente natural, entre elementos inorgánicos, en corrientes alcalinas submarinas, que produjeron las primeras células de bacterias. Ese proceso es autocreación y Divinidad al mismo tiempo.

-¿Hablas de ciencia, gran sabio?

-La ciencia es un lenguaje espiritual y uno de los empeños más espirituales.

-¿Y qué es el Amor, gran sabio?

-El Amor es conexión íntima.

-Me refería a la forma más pura de amor, gran sabio -replicó Déjame Ver.

-Y yo, gran sabio -repuso Idriss-. Una científica que aplica su talento a tratar de encontrar la cura a una enfermedad establece una conexión íntima y está llena de amor. Pasear a un perro que confía en ti por un prado es una conexión íntima. Abrir el corazón a lo Divino, en oración, es una conexión íntima.

Déjame Ver asintió y se rió entre dientes.

-Cedo la palabra, temporalmente, a mis colegas más jóvenes.

-¿Cómo podemos saber -preguntó Ambicioso, secándose el sudor de la cabeza rapada- que existe una realidad externa?

-Desde luego -añadió Indeciso-. Incluso admitiendo el *cogito ergo sum*, ¿cómo podemos saber que el mundo fuera de la mente que pensamos real no es solo un sueño muy vivido?

-Invito a cualquiera que no crea en una realidad exterior -dijo Idriss- a que me acompañe al borde del barranco, aquí al lado, y salte. Yo bajaré por el camino lento de la montaña y, cuando llegue abajo, continuaré debatiendo sobre la realidad externa con quien haya sobrevivido.

-Buen argumento -dijo Déjame Ver, el sabio más anciano-. Soy un superviviente y pienso quedarme donde estoy.

Yo ya había escuchado todas las preguntas en alguna otra ocasión en la montaña y me sabía de memoria casi todas las respuestas de Idriss. Su cosmología era conjetural, pero su lógica era elegante y consistente. Era fácil recordar lo que pensaba.

-Libre albedrío -apuntó Gruñón, el más joven-. ¿Qué opinas, Idriss?

-Más allá de las cuatro leyes físicas y la materia, el espacio y el tiempo, existen dos grandes energías espirituales en el Universo. La primera de ellas es la Fuente Divina de todas las cosas, que se expresa continuamente desde el nacimiento del Universo como un campo de tendencia espiritual, similar a un campo magnético de energía más oscura. La segunda energía invisible es la Voluntad,

dondequiera que se alce en el Universo.

-¿Cuál es el propósito de ese campo? -preguntó Gruñón.

-Con nuestra conciencia actual no podemos determinarlo. Pero, como con la energía, sabemos lo que hace y cómo usarlo aunque no sepamos lo que es.

-Pero ¿qué valía tiene, sabio?

-Es inestimable -dijo Idriss con una sonrisa-. La conexión entre el campo de tendencia espiritual y nuestra Voluntad humana es el propósito de la vida a nuestro nivel.

Idriss pidió otro narguile con un ademán y Silvano lo llevó a la pagoda. El acólito italiano había renunciado al rifle, pero al agacharse a depositar la pipa, movió el codo como si fuera a resbalársele el arma invisible.

-Vale -le susurró Vinson a Karla-. No he entendido nada de nada.

-Bromeas, ¿no, Stuart?

-*Nada*, tío -susurró esta vez en español Vinson-. Espero que el resto del espectáculo no sea tan sesudo. ¿Tú te has enterado de algo?

Karla lo miró con lástima. Una de las cosas que más le gustaba en el mundo, quizá la que más, para Vinson era como si le hablaran en chino.

-¿Por qué no me dejas que te lo resuma -sugirió Karla, apoyando una mano en el brazo de Vinson- en una versión para estampar en camisetas? Hasta que te aclares.

-Uau -susurró Vinson-. ¿En serio?

Karla le sonrió y me miró.

-¿No estás flipando? -me preguntó.

-Claro -respondí con una sonrisa.

-Te dije que teníamos que venir.

Idriss y los otros sabios vaciaron la inspiración que quemaba en la pipa y retomaron las cuestiones candentes.

-¿Y cómo es, maestro-*ji*? -preguntó Indeciso-. ¿Cómo puede la

conexión con ese campo de tendencia, o con la Divinidad, explicar el sentido de la vida?

-La pregunta carece de validez -respondió Idriss en voz baja, tratando con delicadeza a un colega que también buscaba una verdad que mereciera la penitencia-. El sentido no es un atributo de la vida. El sentido es un atributo de la voluntad. El propósito sí es un atributo de la vida.

Los sabios volvieron a conferenciar, inclinándose en torno a Déjame Ver, que estaba de cara a Idriss. Fueron expulsando ángeles de la cabeza de un alfiler, uno a uno, tratando de decidir qué porción de la minúscula cúpula les ofrecía mayores ventajas.

Idriss suspiró, mirando a las caras de los estudiantes, vestidos de blanco, un círculo de magnolias fascinadas. Los árboles más altos hacían frente al sol poniente, protegiendo a los santones con su sombra.

-Entonces... -empezó a preguntar Vinson.

-El sentido de la vida, pregunta errónea -explicó Karla-. El propósito de la vida, pregunta correcta.

-Uau -se admiró Vinson-. O sea, que son dos preguntas.

Los sabios se separaron. Indeciso carraspeó.

-¿Hablas de conectar con lo Divino o con otras criaturas vivas?

-Toda conexión auténtica, sincera y libre, da igual dónde se dé, con una flor o un santo, es conexión con lo Divino porque toda conexión sincera automáticamente conecta con el campo de tendencia espiritual.

-Pero ¿cómo saber que estás conectado? -preguntó, indeciso, Indeciso.

Idriss frunció el ceño y bajó la vista, incapaz de reprimir la tristeza que veía ondear en la playa solitaria de la devoción de Indeciso. Volvió a levantar la vista y sonrió amablemente a Indeciso.

-El campo de tendencia espiritual la afirma -respondió.

-¿Cómo?

-La penitencia sincera, como la amabilidad o la compasión, nos conecta con el campo de tendencia -dijo Idriss-. El campo de

tendencia siempre responde, a veces con un mensaje de una libélula, a veces concediendo un ardiente deseo y, a veces, con la amabilidad de un desconocido.

Los sabios volvieron a conferenciar.

Vinson aprovechó la pausa para apoyarme un brazo en el hombro y atraerme a su confusión. Nos inclinó hacia Karla para cuchichear, pero ella no le dejó empezar.

-Si renuncias a la fuerza, siempre la llevas dentro -dijo Karla.

-Oh.

Los sabios tosieron para reincorporarse educadamente al debate.

-Pretendes rodear el sentido de una incógnita de intención -replicó Gruñón-. Pero ¿de verdad decidimos libremente o estamos determinados porque la Divinidad sabe lo que hacemos?

-¿Somos víctimas de Dios? -se rió Idriss-. ¿Es eso lo que insinúas? Porque entonces ¿para qué concedernos el libre albedrío? ¿Para atormentarnos? ¿De verdad quieres que lo crea? Nuestra voluntad existe para preguntar por Dios, no solo para suplicar respuestas.

-Quiero saber lo que tú crees, maestro Idriss.

-¿Lo que yo creo, gran sabio, o lo que sé?

-Lo que crees fervientemente -contestó Gruñón.

-Muy bien. Creo que la Fuente que alumbró nuestro Universo vino con nosotros a esta realidad en forma de campo de tendencia espiritual. Creo que la Voluntad, nuestra voluntad humana, está en un estado constante de superposición, interactuando y dejando de interactuar con el campo de tendencia espiritual, como los fotones de luz que la componen.

Los sabios volvieron a conferenciar y Vinson estuvo a punto de preguntar qué pasaba.

-La fuerza en realidad eres tú -le resumió en susurros Karla-, si eres lo bastante humilde.

-Gran parte de lo que dices, maestro-*ji*, se basa en la posibilidad de elegir -dijo Ambicioso-. Pero muchas de nuestras elecciones son triviales.

-No existen las elecciones triviales -replicó Idriss-. Por eso tantos poderosos tratan de influir en nuestras elecciones. Si fueran triviales, no se tomarían tantas molestias.

-Ya sabes a lo que me refiero, maestro-*ji* -insistió Ambicioso, algo irritado-. A diario tomamos miles de decisiones triviales. La elección no puede ser un factor tan importante como propones cuando con tanta frecuencia comporta nimiedades y se decide sin reflexión espiritual.

-Repito -dijo Idriss, sonriendo pacientemente-, no existe la elección trivial. Cada elección importa, con independencia del grado de conciencia con que se decida. Nuestras decisiones, cada vez que las tomamos, pliegan la superposición que llamamos vida humana a una realidad o a otra y a una percepción o a otra, y dicha decisión tiene efectos mínimos o enormes en la línea temporal, pero eternos.

-¿A eso lo llamas poder? -lo retó Ambicioso.

-Es energía -lo corrigió Idriss-. Energía espiritual, suficiente para alterar el Tiempo, que no es poco. El Tiempo fue el señor de todos los seres vivos durante billones de años, hasta que se alzó la Voluntad.

Déjame Ver reunió a los sabios en conferencia. Estaba disfrutando, incluso a expensas de sus colegas, o quizá precisamente por eso. Resultaba imposible dilucidar si los cónclaves tácticos estaban pensados para confundir a Idriss o a los otros sabios.

Vinson miró a Karla, dispuesto a hablar.

-Protege tu culo kármico -sintetizó Karla-, todo lo que haces afecta al tiempo, tío.

Le di un beso fugaz. Sabía que estábamos en una reunión sagrada de pensadores santos, pero también que me perdonarían.

-Es la segunda mejor cita de mi vida -dijo Karla, al tiempo que los sabios se enderezaban: tres preparadores intelectuales se apartaron de Gruñón, el más joven, con energía renovada para el combate.

-Es digresivo -empezó a decir Gruñón-. He descubierto tu técnica, maestro-*ji*. Divagas mediante trucos semánticos. Abordemos los textos y normas sagrados. Si el alma humana es una expresión de nuestra humanidad, tal como pareces apuntar, ¿es esencial cumplir con el deber tal como ordenan los textos sagrados?

-Desde luego -añadió Ambicioso, confiando en atrapar a Idriss en la trampa de las castas-. ¿Quién puede escapar de la rueda del karma y

de los deberes divinamente asignados?

-Si existe una Fuente Divina de todas las cosas, nuestro deber lógico y racional es para con Ella -repuso Idriss-. Nuestro otro único deber es para con la humanidad que compartimos y el planeta que nos sustenta. Por lo demás, es cuestión de preferencias personales.

-¿No nacemos con un deber kármico? -presionó Ambicioso.

-La humanidad nace con un deber kármico. Los seres humanos nacemos con una misión kármica personal, desempeñar nuestro papel en el deber kármico común -explicó Idriss.

Los sabios se miraron, avergonzados tal vez de haber intentado atrapar a Idriss en las arenas movedizas de la religión mientras que él se liberaba posándose en la rama de la fe.

-¿Te habla un Dios personal? -preguntó Déjame Ver, mesándose las largas barbas con los dedos nudosos, magullados por años de contar cuentas rojas de meditación en ciclos de ciento ocho.

-Qué pregunta tan bonita -respondió Idriss, riendo delicadamente-. Imagino que te refieres a un Dios que se preocupa por mí personalmente y con el que puedo comunicarme personalmente mientras el Dios que creó el Universo al soñarlo está ocupado conectando todas las conciencias como la mía allí donde surjan. ¿Me equivoco?

-Exacto -dijo el anciano gurú.

Idriss se rió entre dientes.

-¿Qué ha preguntado? -quiso saber Vinson.

-¿Dios hace lo que dice? -se apresuró a susurrarle Karla animándolo con una sonrisa.

-Lo pillo -le susurró él al instante, contento-. Vamos, que si Dios contesta al teléfono.

-Veo la Divinidad en cada minuto de vida -respondió Idriss-. Y se afirma constantemente. En un lenguaje singular, por supuesto. Es un lenguaje espiritual de coincidencia y conexión. Creo que sabes de lo que hablo, ¿verdad, gran sabio?

-Lo sé, Idriss -replicó el aludido, riéndose-. Lo sé. ¿Podrías ponernos un ejemplo?

-Cada encuentro pacífico con la naturaleza es una conversación natural con lo Divino, por lo que resulta aconsejable vivir lo más cerca posible de la naturaleza.

-Un buen ejemplo, gran sabio -comentó Déjame Ver.

-Abrir el corazón para iluminar con el afecto la mirada de un nuevo amigo es una conversación con la Divinidad. La meditación sincera es la misma conversación.

-Antes has sido impreciso, Idriss. Cuéntanos sucintamente cuáles son el sentido y el propósito de la vida.

-Como he dicho antes, son dos preguntas. Y solo una de ellas es válida.

-Ya hemos tocado el tema, pero sigo sin comprenderlo -se quejó Gruñón.

-Sin una Voluntad plenamente consciente que pregunte por el sentido de todo -respondió Idriss con paciencia-, la pregunta no solo carece de sentido, sino que es imposible.

-Pero sin duda, maestro-*ji*, esa Voluntad humana que defiendes no puede ser el sentido en sí mismo, ¿no? -preguntó Indeciso, frunciendo el ceño.

-Repito, la pregunta «¿Cuál es el sentido de la vida?» no es válida. El sentido es una propiedad que emana cuando existe una Voluntad plenamente consciente para derrumbar la superposición de posibilidades al decidir y preguntar libremente.

Siguió una pausa, y me alegré, porque sabía que si Vinson interrumpía la concentración de Karla en ese momento, Karla era capaz de pegarle un tiro después del debate.

-Plantear la pregunta es el sentido -le susurré a Vinson.

-Gracias -me susurró Karla, inclinándose hacia mí.

-El sentido es un atributo de la Voluntad -continuó Idriss-. La pregunta válida sería: «¿Cuál es el propósito de la vida?».

-Muy bien -dijo Déjame Ver, riéndose-, ¿cuál es el propósito de la vida?

-El propósito de la vida es expresar el conjunto de características positivas al nivel más sofisticado posible mediante la conexión con la

intención pura de otros, con nuestro planeta y con la Fuente Divina de todas las cosas.

-¿Cómo defines esas características positivas, maestro-*ji*? -preguntó Indeciso-. ¿En qué textos sagrados se encuentran?

-Puedes encontrar el conjunto de características positivas en todas partes, en cualquier lugar donde la gente viva humanamente. Vida, conciencia, libertad, amor, justicia, imparcialidad, sinceridad, misericordia, afinidad, valor, generosidad, compasión, perdón, empatía y otras muchas. Son siempre las mismas, dondequiera que sobreviva un corazón bueno que las preserve.

-Pero ¿a qué textos sagrados concretos recurres en tu análisis, maestro-*ji*?

-Nuestra común humanidad es el texto sagrado del corazón humano pacífico. Y acabamos de empezar a escribirlo.

-¿Y cómo nos conduce la expresión de esas características positivas al propósito de la vida? -lo retó Ambicioso.

-Los humanos nacemos con la capacidad de acumular conocimiento no evolutivo y de moldear nuestros comportamientos animales -dijo Idriss, cogiendo un vaso de agua-. Cosas muy difíciles para otros animales pero, gracias a la Divinidad, muy fáciles para nosotros.

-¿Podrías concretar esos conocimientos no evolutivos, maestro-*ji*? -pidió Indeciso-. Es un término con el que no estoy familiarizado.

-Son las cosas que sabemos que no necesitamos saber para sobrevivir. Conocimiento extra sobre todas las cosas.

-O sea que sabemos cosas -dijo Ambicioso-. Menuda revelación. Y somos capaces de moldear nuestro comportamiento. ¿Dónde ves ahí el propósito, maestro-*ji*?

-Sin esas dos cosas -prosiguió Idriss- no podríamos tener un destino. Pero con ambas en su lugar, nuestro destino es un hecho innegable.

-¿Cómo, maestro-*ji*?

-No somos simios para siempre. Podemos cambiarnos. No paramos de cambiar. Descubriremos la mayoría de las leyes de todo y controlaremos nuestra evolución. Es decir, el destino controlará el ADN en vez de a la inversa como había ocurrido hasta ahora.

-¿Podrías definir nuestro destino? -pidió Ambicioso.

-El destino es el tesoro que hallamos en la conciencia de la muerte.

-¡Sí! -gritó Karla-. ¡Perdón!

-Quizá sea el momento de tomarse un descanso -propuso Idriss- y recuperarnos para el reto.

Los estudiantes se levantaron para escoltar a los sabios hasta la cueva. Los sabios se alejaron con el ceño fruncido y aire pensativo. Idriss miró a su alrededor mientras Silvano le ofrecía un brazo. Su mirada se cruzó con la de Karla y nos sonrió.

-Me alegro de que hayas venido, Karla -le dijo, mientras se encaminaba a su cueva con Silvano-. Me alegro de veros a los dos juntos.

-¿Sabes? -dijo Vinson una vez que nos quedamos a solas-. Creo que ya le voy pillando el tranquillo. Y en las camisetas hay negocio, Karla. Vamos tomando notas, ¿no, Randall?

-Meticulosas, señor Vinson.

-Si te parece bien, después me gustaría verlas.

-A mí también -dijo Karla.

-Pues ya somos tres -añadí.

-Me alegro de que estemos de acuerdo -dijo Didier-. Y ahora, ¿alguien haría el favor de abrir el bar? Puede que mi alma haya mejorado, pero mi mente está suplicando misericordia.

Indeciso tenía una pregunta cuando reanudaron el reto, pero Idriss alzó una mano insistente para silenciarnos a todos y siguió expandiendo el horizonte de sus pensamientos.

-Que yo sepa -dijo en voz baja, con la mano alzada como un tridente de paciencia pura-, somos la única especie capaz de ser más de lo que es, puede que incluso más de lo que sueña ser, y con el potencial para llegar adondequiera que decida ir.

Calló un momento.

-¿Por qué permitimos que unos pocos empujen a muchos a competir y consumir y pelear? -preguntó Idriss-. ¿Cuándo exigiremos paz con la misma pasión con que exigimos libertad?

De pronto cayeron lágrimas en las palmas de las manos de Idriss, apoyadas en el regazo.

-Perdonadme -rogó, frotándose los ojos con el pulpejo de la mano.

-Gran sabio -dijo Déjame Ver, llorando con él-. Hoy nos ha traído a todos el poder del amor. Seamos felices en nuestras cuitas espirituales.

Idriss se rió y se secó las lágrimas de ópalo de los ojos.

-Has cometido un error semántico, gran maestro -dijo, recuperándose-. El amor no tiene poder porque solo puede darse libremente.

-Muy bien -dijo Déjame Ver sonriendo-, entonces ¿qué es el Poder?

-El poder influye o dirige a la gente o los procesos. El poder es una medida del control y siempre está conectado con la autoridad. El poder es miedo, rendido a la avaricia. En el amor no hay miedo ni avaricia, como no hay autoridad ni control, razón por la que escapa a las ilusiones del poder.

-Pero ¿y el poder de sanar? -preguntó Gruñón-. ¿Acaso lo niegas?

-Es la energía la que sana, maestro-*ji*. Todo sanador sabe que carece de poder, pero le sobra energía. La energía es el proceso. El poder es el intento de influir, dirigir o controlar el proceso.

-¿Incluso el poder de la oración, maestro-*ji*? -preguntó Ambicioso-. ¿No existe?

-Existe la energía espiritual de la oración -contestó Idriss-, igual que existe la energía espiritual del amor y ambas son reservas de gracia, pero no el poder. La energía es el proceso y el poder es el intento de controlar dicho proceso.

Vinson se moría de ganas de hablar.

-Poder mal, energía bien -le susurró a Karla-. El poder absoluto corrompe.

-Muy bien, Stuart -le susurró, contenta, Karla.

-Fumemos otra vez -dijo Idriss a los sabios.

-Muy bien, Idriss -me susurró Didier más contento, y la reunión se relajó mientras los sabios y mi amigo francés se saciaban.

-¿Continúo? -preguntó Idriss, cuando los sabios iban lo bastante colocados para volver a la metafísica.

-Cómo no -contestaron.

-El hecho de que seamos lo que somos -dijo Idriss, como si jamás hubiera interrumpido el discurso-, de que planteemos las preguntas correctas, por muchos siglos que nos lleve descubrir la verdad, es el destino. También el destino, como la vida, es un fenómeno emergente.

Vinson se inclinó a preguntar, pero Karla se le adelantó.

-Energía más dirección equivale a destino -explicó rápidamente, concentrándose en la discusión.

-¿El destino? -preguntó Indeciso, con la calva reluciendo sudorosa al calor del atardecer-. ¿Podrías volver a explicárnoslo?

-Nuestro destino humano es un hecho, no una suposición. El destino es la habilidad de concentrar energía espiritual en la forma de voluntad para cambiar el curso futuro de nuestras vidas. Todos lo hacemos, en mayor o menor medida, en todas las vidas y en la vida colectiva de la especie. Vivimos vidas dirigidas y depende de nosotros cobrar conciencia de ello y redirigirlas de manera más positiva.

-Pero ¿cómo cobrar conciencia? -preguntó Déjame Ver.

-Expresa el conjunto de características positivas lo mejor que sepas -contestó Idriss-. Es la comprensión del alma expresada en amabilidad

y valentía humanas.

-¿Por qué? -preguntó Ambicioso-. ¿Por qué habría nadie de molestarse en hacer cosas buenas o positivas? ¿Por qué no trabajar sencillamente en beneficio propio? Ya que te gusta tanto la ciencia, ¿es un rasgo de la evolución?

-En absoluto -dijo Idriss sonriendo en respuesta a una pregunta a la que se había enfrentado en cientos de ocasiones-. Dondequiera que miren determinadas personas, ven un mundo salvaje, en competencia hasta la muerte. Pero también hay cooperaciones maravillosas en el mundo, desde las colonias de hormigas a las colonias de árboles o de seres humanos. La adaptabilidad es cooperación exquisita. La cooperación es evolución.

-Pero sobreviven los más fuertes -replicó Ambicioso-. Y gobiernan los más fuertes. ¿Pretendes alterar el orden natural de las cosas?

-El orden natural de las cosas es la cooperación -le rebatió Idriss-. Las moléculas no compiten para formar moléculas orgánicas, cooperan. Y nosotros, grandes sabios, somos grandes colecciones de moléculas orgánicas muy cooperantes, gracias a la Divinidad. Cuando dejan de cooperar surgen los problemas.

-Visto que te gusta dirigir el discurso hacia los principios básicos -observó Déjame Ver-, ¿puedo preguntar si estás insinuando que hay otro orden moral fuera del que encontramos en los textos sagrados?

Era una pregunta peliaguda. Sabía que Karla se moría de ganas de contestarla porque habíamos discutido el tema a menudo.

-Los textos sagrados están para que sepamos en qué podemos convertirnos -dijo Idriss-. Hasta que lleguemos allí, en nuestra evolución cultural trágicamente larga, hasta que lleguemos a un sitio digno de revelaciones tan bellas, nuestra común humanidad es una estrella muy práctica que nos guía hacia la verdad esencial en todas ellas.

-¿Dejas de lado los textos sagrados? -preguntó Déjame Ver.

-Lo dices tú, yo no lo he dicho. Mi consejo, si de algo vale, es sencillamente que los textos sagrados son como los lugares sagrados. Igual que deberíamos entrar en ellos limpios, también debemos entrar limpios en los textos sagrados. Y procurar presentar un alma limpia a las grandes revelaciones de la Divinidad es ser un ser humano limpio en el trato con los demás y con el mundo que nos sustenta.

Los sabios volvieron a conferenciar e Idriss aprovechó la ocasión para pedir otro narguile, que encendió, satisfecho, para los sabios.

-¿Buen corazón, buena fe? -sugirió Vinson durante la pausa.

-Le vas pillando el tranquillo -dijo Karla en voz baja.

Randall iba tomando notas en su diario. Ankit le ayudaba, susurrándole el final de alguna frase de vez en cuando.

-¿Estáis disfrutando, chicos? -pregunté.

-Es como saltar en paracaídas -respondió Randall-. Pero de abajo arriba.

-Nos vendría bien tu profesor para el Partido -dijo, admirado, Ankit.

-¿Qué partido? -preguntó Didier, animándose.

-El Partido Comunista -susurró secamente Ankit-. Pero, si lo desea, señor Didier, también podríamos organizar una pequeña fiesta junto a una hoguera por la noche.

-Estupendo -se entusiasmó Didier-. Ay, Dios, ya están hablando otra vez los santones.

-Confieso, gran sabio -dijo con modestia Déjame Ver-, que me he perdido en la selva de tus ideas, tan imaginativas.

-Sí -convino Indeciso-. Yo también me he rezagado porque tu discurso sobre cuestiones espirituales no emplea el lenguaje espiritual al uso, maestro Idriss.

-Todo es un lenguaje espiritual, noble pensador, pero simplemente se da un nivel mayor o menor de conexión -replicó Idriss-. Este debate que compartimos es solo uno más.

-¿Cómo puede haber más de un lenguaje espiritual? -preguntó Indeciso.

-Si hay un Dios y un lenguaje espiritual que nos conecta con Dios, por definición es el único lenguaje, pero expresado de modos diferentes.

-¿Incluso de modos negativos? -preguntó Gruñón, sumándose a la cuestión.

-¿No preferirías concentrarte en el lenguaje espiritual superior como hemos venido haciendo en lugar de en el inferior? -se lamentó Idriss.

-O sea que no se te ocurren ejemplos -replicó Ambicioso.

-Gran parte del mundo humano es un ejemplo -dijo Idriss, con expresión sombría.

-Entonces no debiera plantear ningún problema que nos dieras un ejemplo de otro lenguaje espiritual -insistió Ambicioso.

Idriss optó por aceptar pacientemente la actitud del joven y cogió aire, perdonándolo.

-Muy bien -dijo-, caminaremos un rato por la oscuridad.

Bebió un poco de zumo de lima y comenzó a responder.

-La explotación es el lenguaje espiritual del beneficio económico -dijo con tristeza.

Los estudiantes, que ya le habían escuchado improvisar en otras ocasiones, cabeceaban al ritmo de su poesía ontològica.

-La opresión es el lenguaje espiritual de la tiranía -dijo Idriss.

Los estudiantes empezaron a mascullar, despertados por la salmodia de Idriss.

-La hipocresía es el lenguaje espiritual de la avaricia -continuó Idriss-. La crueldad es el lenguaje espiritual del poder y la intolerancia es el lenguaje espiritual del miedo.

-¿Vas anotando, Randall? -pregunté, cuando Idriss cogió aire.

-Sí, sí, señor.

-La violencia es el lenguaje espiritual del odio y la arrogancia es el lenguaje espiritual de la vanidad.

-¡Idriss! -lo llamaron varios estudiantes.

-¡Un momento! -pidió Idriss, separando las aguas de la interjección con un suave ademán-. Estamos aquí reunidos para tratar de entender. Por favor, queridos invitados y estudiantes, no me llaméis en presencia de estos grandes sabios a pesar de que en nuestras discusiones os animo a interrumpir con total libertad.

-¡Como gustes, maestro-*ji*! -respondió Ankit en un tono sorprendentemente autoritario y llevándose un dedo a los labios

mientras escudriñaba a los presentes, y volvió a imponerse el silencio.

-¿Puedo pediros que me acompañéis por un camino de lenguaje espiritual más elevado, grandes sabios? -pidió Idriss.

-Desde luego -dijo Déjame Ver.

-¿Con qué ejemplos, maestro-*ji*? -preguntó Indeciso.

-Te invito a que me los des tú, gran sabio -replicó Idriss-. Porque me gustaría ver qué pájaros vuelan de tu mente.

-Es otro truco -intervino Ambicioso-. Te has preparado las respuestas por adelantado, ¿verdad?

-Pues claro -respondió Idriss, riendo por lo bajo-. Y las he memorizado. ¿Tú no?

-Una vez más te recuerdo, maestro-*ji*, que en esta ocasión tú respondes y nosotros preguntamos -repuso Ambicioso, retirándose tras una barricada de reputación.

-Bien -dijo Idriss, enderezando la espalda-. ¿Listos para la respuesta?

-Estamos listos, gran sabio -respondió Déjame Ver.

-La emoción es el lenguaje espiritual de la música -dijo Idriss- y la sensualidad es el lenguaje espiritual de la danza.

Idriss dejó una pausa, a la espera de algún comentario, y luego continuó.

-Los pájaros son el lenguaje espiritual del cielo. Y los árboles son el lenguaje espiritual de la tierra.

Hizo otra pausa, como si escuchara.

-Creo que me he muerto -murmuró Karla- y he ido al Cielo de los Listillos.

-La generosidad es el lenguaje espiritual del amor, la humildad es el lenguaje espiritual del honor y la devoción es el lenguaje espiritual de la fe.

Muchos de los estudiantes habían visto a Idriss enfrentarse al fuego. Y queriéndolo como lo querían, se unieron a él inocentemente: no porque quisieran que venciera, sino porque querían que se dirigiera a la verdad con independencia de lo que se dijera en la sesión.

-La verdad es el lenguaje espiritual de la confianza y la ironía es el lenguaje espiritual de la coincidencia.

Los estudiantes se balanceaban en sus sitios, obedientes al silencio.

-El humor es el lenguaje espiritual de la libertad y el sacrificio es el lenguaje espiritual de la penitencia.

Volvió a callarse, luchando contra la vanidad, consciente de que podía alargar muchísimo el mismo poema. Miró a los estudiantes, con el rubor fustigándole el rostro, y volvió en sí sonriendo.

-Todo es espiritual y todo se expresa en su propio lenguaje espiritual. La conexión con la Fuente no puede romperse, solo alterarse.

Los estudiantes aplaudieron y gritaron, luego se callaron, orgullosos y arrepentidos.

-Si no os importa -propuso Idriss-, agradecería otro descanso, tal vez de una hora, si os parece bien.

Los estudiantes se levantaron por instinto y acompañaron a los sabios a la cueva.

-No sé tú -le dije a Karla, agradeciendo la pausa-, pero yo necesito algo profano.

-Me has leído el pensamiento. No me importaría bebérmelo o fumármelo. Tengo los nervios en la boca.

-Querías debatir con ellos, ¿verdad?

-El nivel ha sido brutal -dijo, con los ojos radiantes de felicidad.

Idriss era listo y carismático, pero se había enfrentado a interrogadores muchas veces. Sabía dónde pisaba tierra firme y dónde había arenas filosóficas. Yo había preguntado a varios maestros muchas veces y había descubierto que, en ocasiones, el ingenio escondía la falta de principios y el carisma disimulaba la ambición. Me gustaba el maestro, pero a ojos de sus estudiantes ya era un santo, cosa que me inquietaba porque todo pedestal es más alto que el hombre que lo ocupa.

Los sabios regresaron y el debate se reanudó durante tres horas de interrogatorio hasta que se les agotaron las preguntas. Luego se arrodillaron a los pies de Idriss, pidiéndole su bendición a cambio de la que le habían concedido al inicio del reto.

-Adoro nuestros juegos, Idriss -comentó Déjame Ver, el último en marcharse-. Siempre le agradezco a la Divinidad la libertad para ser generosos con las ideas y todas las nuevas que, Divinidad mediante, vendrán.

Los sabios partieron por el camino fácil, con pétalos de rosas protegiéndoles los pies. Y se fueron pensativos, quizá, ya que no menos indecisos, ambiciosos ni gruñones.

Idriss se retiró a bañarse y rezar. Nosotros ayudamos a desmontar la pagoda temporal y a recoger alfombras y bandejas.

Karla se encargó de la cocina y preparó pilaf vegetariano, coliflor y patatas con salsa de crema de coco, judías verdes y guisantes con salsa de espinacas y cilantro, zanahorias y calabazas asadas y arroz basmati aromatizado con leche de almendras.

Me quedé hipnotizado, maravillado como un búho, viéndola manejar grandes ollas y woks de arroz y verduras en seis fogones al mismo tiempo, mientras su dominio del sabor y el color creaba sibilantes huracanes de vapor, hasta que tiró de mí para fregar los cacharros.

Trabajamos en la cocina con tres muchachas de la comunidad de estudiantes. Charlaban con Karla de música, moda y películas mientras preparaban comida para veintiocho devotos. Consideraban cocinar para Idriss y los demás habitantes de la montaña un deber sagrado y ponían todo su amor en la comida que saborearía el maestro.

Cuando no estaban cocinando, rezando o estudiando, a los devotos les gustaba comer, y al terminar el festín no quedaba ni una miga de los aromáticos platos de Karla. Ella no comió mucho, pero al finalizar alzó la copa para agradecer las felicitaciones y brindar.

-Este es para mí, por otro año -dijo-. ¡Por cocinar una vez al año!

-¡Por cocinar una vez al año! -corearon los devotos que cocinaban diariamente.

Una vez apilados los cacharros en torres relucientes y después de que la mayoría de los estudiantes dejaran el campamento o se fueran a dormir, los pecadores de la montaña nos sentamos alrededor de la fogata: Karla, Didier, Vinson, Randall, Ankit y yo.

Didier propuso un juego provocativo, en el que cualquiera que dijera una palabra insinuante sin darse cuenta tenía que beberse una copa.

Tenía la teoría de que se emborracharía antes quien estuviera más obsesionado con el sexo y así todos descubriríamos quién era.

Yo ya sabía que el más obsesionado con el sexo era Didier, que por otra parte era prácticamente inmune al alcohol. Karla también lo sabía, y redirigió la conversación.

-A ver qué os parece -dijo, levantándose para irse-. ¿Por qué no os contáis la verdadera razón por la que estáis aquí y no en cualquier otra parte con el amor de vuestra vida?

-Rannveig está en un *ashram* -empezó Vinson sin necesidad de que lo alentaran-. Y es culpa mía. La quiero tanto que creo que la he, no sé, santificado o algo. Y creo que no existe el exorcismo a la inversa.

-Entiendo perfectamente lo que dices -aseguró Randall-. Ojalá no te entendiera.

Karla y yo les deseamos las buenas noches. Cogí una alfombra enrollada, una lona, un rollo de cuerda y la mochila con lo esencial. Karla cogió dos mantas y su bolsa con lo imprescindible. Nos encaminamos a una loma a la luz de una linterna, asustándonos con las sombras a cada recodo repentino del camino.

-Casi le disparas a esa sombra, ¿verdad? -pregunté, escondido detrás de ella en el estrecho sendero mientras Karla proyectaba círculos de coherencia en el lienzo negro del bosque nocturno con la linterna.

-El que se ha llevado la mano al cuchillo has sido tú -dijo, pegándose a mí.

Improvisé un refugio digno con las cuerdas. «Con la cuerda adecuada -me había dicho una vez el presidente de un sindicato de camioneros-, si hay suficiente, un camionero te hace casi cualquier cosa.»

En mi tienda de camionero, charlamos, nos besamos y repasamos todos los argumentos y las réplicas que habíamos escuchado durante el debate.

-No lo entendéis -dijo Karla, soñolienta, una vez que recorrimos juntos el valle de las ideas.

-¿Quiénes?

-Pues vosotros, los hombres.

-¿Qué no entendemos?

-La verdad.

-¿Qué verdad?

-La gran verdad.

-¿De qué?

-Exacto -dijo Karla, con los ojos como espejos verdes.

-¿De qué hablas?

-Los hombres estáis obsesionados con la verdad. Pero la verdad no es para tanto. La verdad es solo la inhibición con tres copas.

-No necesito una copa para desinhibirme contigo -dije sonriendo.

Nos besamos y nos amamos y seguimos conversando y discutiendo, repasándolo todo de principio a fin hasta que nos dormimos mientras una medialuna revelaba el cielo con su fulgor.

De pronto me desperté, consciente de que no estábamos solos. Levanté despacio la cabeza y vi a Idriss de espaldas. Estaba de pie al borde de la loma, unos metros más allá, contemplando la plateada copa de la luna.

Miré a Karla. Seguía dormida a mi vera, con mi camiseta de pijama.

-Me alegro de que me veas -dijo Idriss, sin girarse.

-Siempre me alegro de verte, Idriss -susurré-. Me levantaría, pero no voy vestido.

Se rió, apoyándose en el cayado para mirar a las estrellas.

-Me alegro muchísimo de que Karla y tú hayáis venido. Y quiero que sepas que podéis quedaros todo el tiempo que queráis.

-Gracias.

Karla se despertó y vio a Idriss.

-Idriss -dijo Karla, sentándose-. Siéntate, por favor, ponte cómodo.

-Siempre estoy cómodo, Karla, dondequiera que esté -respondió alegremente, sin volverse hacia nosotros-. Y sospecho que lo mismo podría decirse de vosotros, ¿verdad?

-¿Podemos ofrecerte algo? -preguntó Karla, frotándose los ojos-.

¿Agua? ¿Zumo?

-Al ofrecérmelo con tales palabras -dijo Idriss- ya me has alimentado.

-Nos vestimos y salimos contigo -propuse-. Puedo preparar un té en la hoguera.

-Me iré en un par de minutos -contestó Idriss-. Pero tengo que deciros una cosa y mi mente no me permite obviarlo, así que disculpad la intromisión.

-Los intrusos somos nosotros -dijo Karla.

Idriss volvió a reírse.

-¿Te habría gustado estar hoy a mi lado, Karla? ¿Durante el interrogatorio?

-Sí, Idriss -respondió riendo Karla-. La próxima vez, cuenta conmigo.

-Hecho -contestó Idriss, dejándonos ya mentalmente-. ¿Estáis listos para recibir mis instrucciones?

-Sí -susurró Karla, dubitativa.

-Debéis renunciar a la violencia, los dos, y hacer cuanto sea necesario para vivir en paz.

-Cuesta no ser violento en un mundo violento, Idriss -repuso Karla.

-La violencia, la tiranía, la opresión y la injusticia son montañas de la topografía del viaje vital. La vida es un encuentro con esas montañas. La forma más segura de superar las montañas es rodearlas. Pero si eliges ese camino, te lleva toda la vida, porque rodearlas se convierte en un círculo que nunca termina y ninguna de las montañas deviene tu destino. La única manera de seguir adelante, de salir fuera del círculo y ver con la claridad suficiente para evitar nuevas montañas, es subir a la montaña y superarla por la cima. Pero lo que tiene la montaña es que ninguna parte del camino es menos peligrosa que la que acabáis de completar.

-¿Qué significa? -pregunté.

-Me preocupo por vosotros. A menudo. Las vistas desde la cumbre, después del peligroso ascenso, son algo que no puedes alcanzar si tomas el camino seguro del círculo, pero comportan grandes riesgos. Y debéis confiar el uno en el otro y ayudaros más que nunca. Ya estáis subiendo por la sombra de la montaña, los dos.

-¿Has subido a todas tus montañas, Idriss? -preguntó Karla.

-Estuve casado -dijo, con voz suave y lenta-. Hace mucho. Y mi mujer, que su alma conozca la felicidad, fue mi compañera constante en la búsqueda espiritual como lo sois vosotros el uno para el otro. Yo no sería nada sin todo lo que aprendimos juntos. Y ahora subo por la sombra de la montaña solo.

-Nunca estás solo, Idriss -dijo Karla-. Quien te conoce te lleva dentro.

Idriss se rió flojito.

-Me recuerdas a ella, Karla. Y tú a mí, Lin, en otra vida. No siempre fui el hombre pacífico que conocéis. Nunca renunciéis al amor que os profesáis. Nunca dejéis de buscar la paz interior. Se giró en silencio y regresó al campamento.

Volvieron los ruidos nocturnos y una campana tañó en alguna lejana vía del tren. Karla estaba callada, mirando a las sombras frondosas por donde se había desvanecido Idriss.

-Si queremos hacerlo bien, tenemos que arreglar algunas cosas entre los dos -dijo, volviendo a mirarme, con luz de luna verde en la mirada-. Y para variar, esta vez quiero que nos salga bien.

-Creía que estábamos haciéndolo bastante bien.

-Acabamos de empezar -dijo, sonriendo y desperezándose dormida antes de acurrucarse a mi lado-. Un par de meses aquí arriba, así, y lo arreglaremos todo a la perfección.

De pronto se apartó y rebuscó entre sus cosas hasta que encontró la carta que me había guardado.

-Es el momento adecuado para una carta de la sombra de la montaña -dijo, entregándomela y volviendo a acurrucarse a mi lado.

Bostezó generosamente, cerró los ojos y se durmió. Abrí la carta de una sola página. Era de George Géminis. La leí a la luz de la linterna.

> Hey, tío, soy Géminis, para decirte que
> Escorpio y yo no hemos encontrado al gurú
> que lo maldijo, pero seguimos en ello.
> Hemos estado en Karnataka, en una montaña,
> luego en Bengala, y en algún lugar del
> camino me he puesto enfermo, tío, y no me

encuentro muy bien, pero no puedo dejar tirado a Escorpio, de modo que seguiré buscando. Solo quería que alguien que se preocupa por mí supiera que, si no vuelvo, no lamento nada, porque me encanta mi vida y quiero a mi amigo Escorpio.

Afectuosamente,

Géminis

Dejé la carta a un lado y abracé a Karla hasta que durmió profundamente en mis brazos, pero a mí me llevó un rato conciliar el sueño.

Estaba pensando en los hombres sentados junto al fuego, Ankit y Vinson, Didier y Randall, separados del amor pero reencontrándolo en las historias compartidas, arrojadas al fuego una tras otra como ofrendas de madera.

Pensé en Abdullah, que jamás perdía la fe en nada, pero casi siempre estaba solo. Vi a Vikram en un pasaje oscuro de la memoria, tan solo en la muerte como lo estuvo en su media vida de adicción.

Pensé en Naveen, consciente de que amaba a Diva Devnani pero la miraba a través de un muro de espinos llamado la buena sociedad.

Y pensé en Ahmed, de la Casa del Estilo, que una vez me dijo, durante un afeitado muy apurado, que llevaba toda la vida locamente enamorado de la misma muchacha a pesar de que las familias de ambos los habían separado y de que no la había vuelto a ver desde que tenía diecinueve años.

Pensé en Idriss, solo, y en Khaderbhai, solo, y en Tariq, solo, y en Nazeer, solo, y en Kavita, sola sin Lisa, y en todos los demás que vivían y morían solos, pero siempre enamorados, creyendo en el amor.

La maravilla no es que el amor nos encuentre, por extraño, místico o predestinado que nos parezca. La maravilla es que incluso cuando nunca lo encontramos, incluso cuando el amor espera en los márgenes de un sueño demasiado largo, incluso cuando el amor no llama a la puerta ni deja mensajes ni nos regala flores, muchos de nosotros nunca dejamos de creer en el amor.

Los amantes, demasiado felices amando, no necesitan creer. Las vidas no amadas que nunca dejan de creer son santos del afecto, que

mantienen el amor con vida en los jardines de la fe.

Miré a Karla, que respiraba en mi pecho. Se estremeció en sueños. La acaricié hasta que su respiración volvió a convertirse en mi música personal de la paz.

Y di las gracias al Destino o las estrellas o los errores o las buenas obras o lo que fuera que me regalara aquella paz tan bella que sentía cuando Karla estaba conmigo. Y dormí, por fin, y la medialuna, un cáliz de plata, proyectó estrellas en nuestros sueños de la sombra de la montaña.

La montaña creaba su propio lugar en el tiempo, puntuado por rituales y ocasos, comidas y meditaciones, hogueras, penitencias, oraciones y risas. Uno a uno nuestro grupo de amigos fue abandonando la meseta del profesor y al final Karla y yo nos quedamos con Idriss, Silvano y un puñado de estudiantes.

Y Karla había acertado al pedir una temporada lejos de la ciudad: la vida simplificada, por curioso que parezca, añadió nuevas complejidades a nuestra relación y las astillas de la existencia urbana fueron suavizándose poco a poco en el asidero del entendimiento. Conversábamos durante horas todos los días y todas las noches, visitábamos el pasado mientras se nos escapaba el presente.

-Me salvó -me dijo Karla un día, cuando llevábamos semanas en la montaña, una vez que la conversación divagó hacia los años con Khaderbhai.

-Lo conociste en el avión de huida.

-Sí. Estaba hecha un lío. Había matado a un hombre, a un violador, mi violador, y aunque pensaba que en caso necesario volvería a hacerlo, estaba fatal. Llegué al aeropuerto, compré un billete y me subí al avión, pero durante el vuelo me vine abajo, a ocho kilómetros de altura. Khaderbhai iba sentado a mi lado. Él volvía a Bombay y yo solo tenía billete de ida. Me habló y, cuando el avión aterrizó, me trajo aquí, a la montaña. Y al día siguiente empecé a trabajar para él.

-Le querías -dije, porque yo lo había querido.

-Sí. No me gustaba y se lo dije y no estaba de acuerdo con su manera de hacer las cosas, pero le quería.

-Para bien o para mal, era una fuerza de la ciudad y de nuestras vidas.

-Me utilizó. Y yo se lo permití. Y utilicé a las personas que me pidió. Te utilicé a ti por él. Pero, cuando pienso en él, no siento nada... solo amor. ¿Te pasa lo mismo?

-Sí.

-A veces, cuando la situación se pone difícil, todavía lo noto de pie a mi lado.

-Y yo. Yo también.

Karla y yo disfrutábamos de la estancia en la montaña sagrada, pero todavía nos gustaba mantener el contacto con la ciudad profana. Un periódico llegaba a la montaña una vez por semana y algún que otro visitante nos traía noticias de amigos y enemigos, pero las mejores puestas al día provenían del joven *ronin*, Jagat, que dirigía mi negocio en mi ausencia.

Jagat se citaba con nosotros en el aparcamiento de debajo de las cuevas cada quince días. Las noticias que nos traía de la ciudad siempre nos hacían reconfortarnos con la pronunciada subida de vuelta a la cumbre.

Los políticos y otros fanáticos, nos informaba Jagat, estaban empeñados en imposibilitar la cooperación, en especial entre amigos. En algunas zonas, unas barricadas de plástico habían empezado a segregar a vecinos y vecindarios, a veces solo por preferencias alimenticias, destruyendo el caparazón de la tolerancia.

En calles, suburbios y centros de trabajo de toda la ciudad, gentes de todas las inclinaciones convivían y trabajaban bien. Pero en los despachos de los partidos políticos, los elegidos para representar al pueblo levantaban vallas entre la población allí donde la amistad amenazaba la contienda política. Y la gente se congregaba ciegamente a ambos lados del frente, olvidando que las barricadas solo separaban a ejércitos de pobres.

Vishnu concluyó la purga y la Compañía 307, completamente hindú, recibió las bendiciones de los santones en su nueva mansión de Carmichael Road, no muy lejos de la galería de arte que Karla había cedido a Taj, pero mucho más adentro del cinturón de hondos bolsillos de la élite de Bombay.

Una fastuosa fiesta de bienvenida caldeó los gélidos corazones de los esnobs locales, nos contó Jagat, y algunas de las estrellas de cine invitadas se convirtieron en asiduos de los excesos de Vishnu.

-Vishnu ha invertido en una gran producción en hindi -dijo Jagat-. Están rodando en Bulgaria, o Australia. Uno de esos países extranjeros. Salió su foto en todos los periódicos cuando montaron la fiesta para anunciar la nueva película.

-¿Y nadie movió un pelo para detenerlo por el asesinato de los guardias afganos por la muerte de Nazeer y Tariq, ni por provocar el incendio que devoró la casa de Khaderbhai y una parte de la ciudad?

-No hay testigos, *baba*-tío. Se han retirado los cargos. El subcomisario acudió a la fiesta de la película. El héroe protagonista es un poli rudo y muy dispuesto inspirado en el mismísimo subcomisario y su mano dura contra el crimen y los delincuentes, y en cuántos ha matado. Y paga Vishnu. No lo pillo, tío. Es como robar en tu propio banco.

-Y que lo digas -dije.

-Qué gracia -se rió Karla-. ¿Cuántos guardaespaldas llevaba Vishnu?

-Cuatro, creo -dijo Jagat-. Más o menos como el subcomisario.

-¿Por qué preguntas por los guardaespaldas? -quise saber.

-Es la Ley de la Integridad Inversa. Cuantos más guardaespaldas, menos integridad.

-Y los Asesinos de la Bici han cambiado su imagen de arriba abajo -continuó Jagat, meneando la cabeza-. Tienen un aspecto totalmente nuevo.

-Asesinos Reciclados -dijo Karla-. ¿Cómo van ahora?

-Bueno, podría decirse que mejor que antes. Van con pantalones negros y camisas de color menta.

-¿Todos?

-Sí. Ahora son héroes.

-¿Héroes? -dudé.

-No bromeo. La gente los adora. Hasta mi novia me ha comprado una camisa de color menta.

-¿Asesinos de la Bici en jeep?

-En jeeps con bicicletas atadas a las barras antivuelco.

-¿Y ya no matan a nadie?

-No. Ahora se llaman «Sin Problemas».

-¿Sin Problemas? -preguntó Karla, intrigada.

-Sí.

-Es como llamarte «Vale» -dije-. En la India todo el mundo dice «Sin problemas» cada tres minutos. Lo dicen hasta cuando tienen

problemas.

-Exacto -replicó Jagat-. Es brillante. No hay problema demasiado grande ni demasiado pequeño. Sin Problemas.

-Estás de guasa, Jagat.

-Que no, *baba*-tío -insistió-. Lo juro. Y funciona. Les piden que negocien el rescate de las víctimas de secuestros y cosas así. La semana pasada liberaron a un millonario secuestrado y solo le quedaban los dedos de la mano izquierda. Y estaba a punto de perderlos también, hasta que Sin Problemas aceptó el caso. La gente les pide que arreglen problemas de edificios y construcciones que tienen inmovilizadas grandes cantidades de rupias desde hace años. Solucionan los problemas de cualquiera que pague.

-Qué bien -dijo Karla.

-Ajá -dije, incómodo con la noticia.

El callejón Trasero, la calle Mayor y Wall Street son las tres grandes avenidas de toda ciudad, y ninguna de ellas combina bien en las aguas superficiales de orillas complejas.

Esas avenidas están separadas, y falsas distinciones las mantienen alejadas porque, cuando se cruzan, los ojos encuentran el amor, las mentes ven la injusticia y la verdad las libera. El poder, en cualquier calle, tiene mucho que perder si se liberan las mentes y los corazones porque el poder es lo contrario de la libertad. Como ser impotente que soy, prefiero que los tipos del callejón Trasero se mantengan alejados de la calle Mayor, que los polis se financien sus propias películas y que los tíos de Wall Street se queden al margen de todo hasta que todas las calles se fusionen en una.

Tuve que reprimir mis pensamientos: sabía que cada hora que Jagat pasaba con nosotros añadía más tráfico al viaje de vuelta a la ciudad. Karla, tal vez pensando lo mismo que yo, me devolvió al presente.

-¿Has ido yendo a ver a Didier por nosotros? -preguntó Karla al joven *ronin*.

-*Jarur* -contestó el joven soldado callejero, escupiendo-. Sigue en el Leopold's. Está bien.

»Por cierto, los del Zodíaco, los millonarios, han vuelto a la ciudad.

-¿Dónde están?

-En el Mahesh, tío. No conozco a nadie de ese hotel. No he nacido con el código de barras adecuado para que el escáner me deje entrar.

-Si descubres algo, dímelo.

-Claro. Oye, ¿sabes por qué todo el mundo cuidaba de esos dos extranjeros cuando vivían en la calle? -preguntó, pensativo.

-¿Porque son muy majos? -sugerí.

-Además de eso -dijo, dibujando espirales con el pie en la tierra.

-Ilústranos, por favor -pidió Karla, atraída siempre por el sol interior.

-Se llaman los George del Zodíaco. Por eso. En la India es la leche, ¿sabes? Es como llamarte Karma o algo así. Adondequiera que fueran se llevaban el Zodíaco con ellos, en el nombre. Cuando les dabas de comer, alimentabas al Zodíaco. Cuando les ofrecías refugio, refugiabas al Zodíaco. Cuando los protegías de los matones, protegías al Zodíaco de energías negativas. Y hacer ofrendas a los planetas que nos guían y nos confunden es, bueno, es importantísimo. Ahí fuera hay un montón de peña que perdió la oportunidad de ofrecerles algo a los tíos estos del Zodíaco y ahora que son tan ricos ya no necesitan nada.

India. El Tiempo medido en coincidencias, y la lógica de la contradicción. Jagat me sacó de mi pedestal de equilibrio que creía haber alcanzado en la India. Pero era algo que ocurría casi a diario y siempre sacudía la rama. En el mundo en el que vivía, no en el que había nacido, llovían extrañas flores de todos los árboles que me cobijaban.

-Bonita historia, Jagat -le dijo Karla.

-¿Sí? -preguntó él, disimulando la timidez en un ceño fruncido.

-Sí. Gracias por compartirla.

Jagat, cuyo nombre significa «el mundo», se ruborizó y desvió la mirada, buscando instintivamente la empuñadura del cuchillo del cinturón.

-Oye, tío, escucha -dijo, girando el rostro joven y marcado hacia el mío y contando las mismas historias a todos los que lo miraban-. Mira, no me parece bien quedarme todo el dinero de tu tinglado.

-Te ocupas de todo el trabajo. ¿Por qué no habrías de quedarte con

todo el dinero? Soy yo el que está en deuda contigo por mantenerlo en funcionamiento. Te debo una, Jagat-tío.

-No me jodas -se rió-. Te guardo el veinticinco por ciento semanal, quieras o no, ¿de acuerdo?

-Está bien, *jawan* -dije, empleando el término hindi para «soldado»-. Acepto.

-Así tendrás algo cuando regreses de este espanto de lugar lleno de tigres y santos.

-Cuando regrese a ese espanto de lugar lleno de hombres de negocios y policías -repliqué-, estaré encantado de tenerlo.

-Vamos con Jagat hasta la autopista y volvemos -propuso Karla.

-Buena idea. ¿Te apetece compañía, Jagat, o prefieres velocidad?

-Disfrutemos del trayecto, *baba*-tío.

-*Kruto!* -dijo Karla.

-¿Cómo? ¿Oleg te ha enseñado ruso? -pregunté, soltando el caballete de la moto.

-*Sprosite yego* -dijo Karla riendo.

-Que significa...

-Pregúntale a él -respondió, riéndose aún más fuerte.

Una moto es metal celoso. Una moto que te quiere siempre sabe cuándo piensas en otra moto. Y cuando lo sabe, no arranca. Y como había mirado a la moto de Jagat, la mía no arrancó, ni siquiera al tercer intento.

Jagat bajó la suya a un lento *staccato*, el motor de 350 cc y pistón único sonó como un tambor que te llevara de un sitio a otro siempre y cuando le dejaras tocar su propia melodía.

Intenté arrancar otra vez, pero solo conseguí una tos irrisoria.

Karla se inclinó y abrazó el depósito de la moto, pasando los brazos por encima de un manillar.

-Te sentaría muy bien un viaje de subida y bajada, preciosa -le dijo a la moto-. Vamos a dar una vuelta.

Pisé el pedal y la moto arrancó, bloqueando un segundo el estrangulador, solo por fardar.

Condujimos con Jagat, deslizándonos montaña abajo uno al lado del otro por la carretera forestal desierta hasta el comienzo de la feroz autopista. Nos despedimos de Jagat y dimos media vuelta.

Regresamos por el bosque vespertino, pasando del arrojo diurno a la astucia nocturna. Los pájaros volvían a los nidos, los insectos se levantaban del sueño y los murciélagos con envergadura de águilas se despertaban para el festín.

Recorrimos la larga carretera de las cuevas todo lo lentamente que nos permitió la moto. Condujimos con un viento suave entre sombras, que iban ocultando y desvelando el cielo. La noche joven nacía despejada. Las primeras estrellas se despertaron y se frotaron los ojos. En alguna parte una hoguera de hojas aromatizaba el ambiente. Y éramos dos fugitivos felices, juntos y libres.

Llegamos al aparcamiento de la cima, felices y libres, y nos encontramos a Concannon esperándonos. Estaba sentado en el maletero del Pontiac Laurentian rojo, vestido con una camisa blanca. Deseé dejarla a juego con el coche.

-Agárrate, nena -le dije a Karla, deteniendo la moto.

Di media vuelta y aceleré colina abajo unos cientos de metros antes de volver a parar.

-¿Qué haces?

-Hay un árbol hueco justo allí -dije-. Espérame.

-¿Que me esconda? -preguntó como si le hubiera pedido que donara sangre a madame Zhou.

-Espera a que vuelva.

-¿Estás loco?

-Es Concannon.

-¿Ese es Concannon? -preguntó, intrigada.

-Espera aquí, Karla. Volveré enseguida.

-Repito: ¿estás loco? La que tiene pistola soy yo, ¿recuerdas? Y disparo mejor. Además, creía que habías dicho que estábamos juntos, que no volveríamos a separarnos.

Una decisión difícil. Cuando tu enemigo es despiadado, la pérdida comienza donde termina la piedad. Pero Karla era valiente y probablemente la última mujer que caería en una pelea.

-Está bien -dije a regañadientes-. Pero no te arriesgues. El tío habla tan bien como pelea.

-Ahora tengo que conocerlo. Lleguemos a lo grande, Shantaram.

Regresamos en moto al aparcamiento y bajé el caballete. Karla y yo nos alejamos mientras la moto todavía respiraba y los pasos que nos separaban de Concannon iban acortándose a buen ritmo. Corrí el último tramo y lo golpeé al saltar.

-¿Qué cojones...? -preguntó, agarrándose la sien.

Se bajó del coche rodando y bailó a mi alrededor, tratando de golpearme. Giré con él, pero se protegió y se apartó rápidamente.

Concannon estaba alejándome de Karla. Quizá tuviera amigos por los alrededores. Retrocedí poco a poco hasta Karla.

-¿Qué haces aquí arriba, Concannon? ¿Y tus matones?

-He venido solo, chico. Tú no puedes decir lo mismo.

Le dedicó una mueca a Karla y la saludó.

-Hola -dijo.

Karla sacó la pistola del bolso y apuntó a Concannon.

-Si vas armado -dijo Karla-, tira el arma.

-Nunca llevo pistola, señorita -replicó Concannon.

-Bien, porque yo no salgo sin ella. Como te muevas, te pego dos tiros.

-Comprendido -respondió Concannon, estremeciéndose.

-No parece muy inteligente presentarse aquí arriba -dijo Karla-. Hay tigres. Un buen método para deshacerse de un cadáver.

-Si creyera que puedo arrodillarme sin que su novio aproveche la indefensión para patearme la cabeza -dijo Concannon sonriendo-, lo haría, señorita Karla. Es un honor. Concannon, a sus pies.

-A mi novio le molestó bastante que quemara tu carta sin leérsela. Estaba esperando una ocasión como esta y me alegro de que me la concedas. Ahora que lo tienes enfrente, dile lo que escribiste, si tienes cojones.

-Vaya, ¿o sea que la carta te ha molestado? No, no, declino la invitación de repetir mis proposiciones indecentes delante del presidiario. No me parece prudente.

-Lo que yo pensaba -dijo Karla sonriendo-. Lo escribes, pero no tienes huevos de decirlo.

-¿Disfrutaste de mis insinuaciones? -preguntó Concannon-. Diría que rebosaban inventiva.

-Cállate -dije.

-¿Ves lo que tengo que aguantar? -se quejó a Karla.

-Cállate -replicó Karla-. Nos tienes a los dos en contra. Y de momento no vas bien. ¿Qué quieres?

-He venido a contarle una cosa a tu novio. Si vuelvo a sentarme en el coche como antes, ¿me dejaréis hablar?

-Te preferiría dentro del maletero, Concannon -dije-. Con el coche saliendo disparado por un barranco.

Concannon sonrió y negó con la cabeza.

-La hostilidad envejece. Te suma años a la cara. ¿Puedo sentarme tranquilamente en el puto coche y hablamos como cristianos o no?

-Siéntate -dijo Karla-. Y pon esas manos cristianas donde pueda verlas.

Concannon se sentó en el maletero del coche con los pies apoyados en el parachoques.

-Ahora tienes una buena ocasión para salir de esta con una explicación -dijo Karla.

Concannon se rió, la miró de arriba abajo y luego me miró, con el azul de los ojos todavía destacándose en la tenue luz del aparcamiento.

-No tuve nada que ver con lo de Lisa -se apresuró a explicar Concannon-. No la toqué. Solo coincidimos una vez, bueno, dos, podría decirse, pero me caía bien. Era un sol. Jamás haría algo así. Solo lo dije para cabrearte. Nunca la toqué. Ni la habría tocado. No es mi estilo.

Quería detenerlo. Quería desprenderme de la maldición que me habían echado al mencionar su nombre. Era malo: todo lo relacionado con Concannon era malo.

-Sigue hablando -dijo Karla.

-Si hubiera sabido lo enfermo que estaba Ranjit, le habría parado los pies. Lo juro. De haber sabido quién era, lo habría matado yo mismo.

Agachó la cabeza. Bajó la guardia. Quise abalanzarme sobre él y empujarlo por la ventana maligna que había abierto. Pero Karla quería saberlo todo.

-Continúa -ordenó Karla-. Cuéntanos lo que sabes.

-Lo descubrí después -dijo Concannon-. De haberlo sabido antes, no habría existido un después.

-Ya lo hemos entendido. Sigue -insistió Karla.

-Conocía al maníaco ese, a Ranjit, por las drogas. Los poderosos arrogantes no dudan en recurrir a los de mi calaña cuando necesitan drogas. Esa noche, cuando me contó que compraba drogas para dormir a Lisa quise acompañarle.

-¿Ranjit compró drogas para dormir a Lisa? -preguntó Karla con excesiva delicadeza para mi gusto.

-Sí. Compró Rohypnol. Pensé que sería una broma. Me dijo que eran amigos y querían montarse una fiesta privada.

-Pero ¿por qué lo acompañaste?

-Para fastidiar a tu novio -admitió Concannon, señalándome-. Por eso te envié la carta guarra y me colé en tu cabeza un rato, para atormentar a este hijo de puta presidiario.

-Cállate -ordenamos Karla y yo.

-Menudo par de chungos. La pareja perfecta.

-¿Qué hacías allí, Concannon? -preguntó Karla, llamándolo por su nombre y atrayendo así la mirada azul del irlandés.

-Lo que he dicho -respondió él, sonriendo-. Sabía que cuando este se enterase de que había estado en su casa con su novia mientras él estaba fuera se pondría hecho una furia.

-¿Y por qué querías cabrearlo?

-Quería hacerle daño porque así haría daño al iraní.

-¿Abdullah? -preguntó Karla.

No se lo había contado a Karla. No podía traicionar la gloria de Abdullah contándole en qué se había convertido aquella noche con Concannon.

-Matamos a unos cuantos juntos -explicó sin darle importancia Concannon-. Una tontería. Pero el tío se me puso exquisito y acabamos enfrentados. Tu novio es un simple daño colateral.

-Vale, he tenido suficiente -dije.

-¿Has probado la terapia para controlar la ira? -me preguntó Concannon.

-Lárgate, Concannon. No me quedan más «cállates».

-Antes de irte, si es que te dejamos irte -intervino Karla-, dime qué sabes de Ranjit.

No podía soportarlo. Me daba igual Ranjit y no quería que el nombre de Lisa volviera a resbalar de los labios de serpiente de Concannon. Sabedor de lo que era capaz el irlandés, de que el Tuareg había confirmado su pedigrí, solo quería verlo inconsciente o lejos de mí.

-No juegues con nosotros, Concannon -le advertí-. Si tienes algo que decir, suéltalo.

-Me encontré con Ranjit en una fiesta en Goa. Llevaba peluca, pero lo reconocí enseguida. Vista su situación de millonario a la fuga, pensé que tendría dinero escondido en alguna parte y lo inflé a coca y heroína y lo convencí para que me llevara a su casa.

-¿Ranjit tenía casa en Goa? -preguntó Karla.

-De alquiler, creo. Eso sí, grande y bonita. Majestuosa. Total, que estaba intentando que abriera la caja fuerte, cuando el que se abre es él y me propone ver una película.

Karla me agarró del brazo con ternura.

-¿Qué tipo de película?

-Cintas de sexo -respondió riendo Concannon-. Aunque solo por parte de uno. Todas las chicas estaban drogadas, inconscientes. El tío iba con gorro de ducha y guantes de goma para no dejar rastro del pecado. Después, cuando terminaba con ellas, las lavaba y las vestía y las dejaba en el sofá tapadas con una mantita para que al despertar no supieran lo que había pasado.

-¿Ranjit?

-Sí. ¿No lo sabías?

Iba a soltar otro «cállate», pero Karla me apretó el brazo.

-¿Te contó por qué lo hacía?

-Dijo que su mujer era frígida, con perdón, y que como nunca se

acostaba con él utilizaba a las chicas drogadas para fingir que estaba con ella. O sea, contigo.

Karla me apretó el brazo.

-¿Insinúas que se lo hizo a Lisa?

-Creo -dijo Concannon, desviando la mirada-. Creo que la drogó echando Rohypnol en la bebida, pero se le fue la mano. La droga que le pasé era pura, ¿sabes? Creo que la pobrecita murió antes de que se aprovechara de ella.

-¿Quiénes eran las otras?

-No lo sé. -Concannon se encogió de hombros-. Solo reconocí a una y porque sale a veces en la prensa. Pero... Una cosa sí: todas se parecen a ti. Y cuando estaba con ellas, les ponía una peluca negra.

-Ya he tenido bastante -dije.

-No vuelvas a mandarme callar, chico -me advirtió Concannon-. No he venido buscando problemas. Estoy harto de problemas, aunque jamás me lo habría imaginado. Me he retirado.

-Pues estás en el sitio ideal para un retiro permanente.

-Eres un tío retorcido -dijo Concannon sonriendo-. Con ideas y ocurrencias retorcidas.

-¿Qué hiciste cuando Ranjit te enseñó las películas?

-Bueno, le di unas cuantas hostias, claro está, y lo dejé inconsciente. Pero no podía matarlo aunque quisiera, nos había visto juntos mucha gente. Luego le robé todo el dinero de la caja fuerte y también la cinta de la chica de los periódicos.

-¿Qué has hecho con la cinta?

-Es la parte divertida -dijo Concannon, cruzándose de brazos con los pies sobre el parachoques.

-¿Divertida? -repetí-. ¿Algo de todo lo que cuentas te parece divertido?

-Las manos, donde pueda verlas -ordenó Karla, y Concannon se recostó apoyándose en las manos-. ¿Dónde está la gracia?

-Hay un jovencito imbécil que me compra cocaína de vez en cuando.

No es muy corpulento, pero tiene mala baba. Hasta la familia ha pedido una orden de alejamiento. Como quiere dedicarse al cine, trafica un poco con las estrellas de verdad y a veces le cae un papelito. La chica que salía en la película de Ranjit es actriz y su novio es el joven de la mala baba.

-¿Le diste la cinta al novio? -preguntó Karla, con la mirada centelleante.

-Sí, cuando vino a pillar -contestó Concannon, sonriendo alegremente-. A veces Ranjit volvía a hurtadillas a la ciudad y siempre me compraba material. Avisé al violento de que Ranjit estaría disfrazado en un club nocturno de Bandra.

-Le diste el paradero de Ranjit al jovencito.

-No solo eso. Le di un regalo a ese joven salvaje. Envuelto y todo. Tenía la película, la cita con Ranjit en el club y una pistola cargada que no podrían rastrear. La naturaleza humana se ocupó del resto.

Karla me apretó el brazo.

-¿Has venido hasta aquí para contarnos que le tendiste una trampa a mi exmarido?

-He venido hasta aquí para avisar a tu novio -dijo Concannon, enderezándose.

-Pues puedes volverte a casa, Concannon.

-Ya estamos otra vez -dijo, exasperado pero contento-. Eres el tío más difícil de toda esta ciudad de paganos chillones. Conozco a verdugos más divertidos que tú. Intento decirte que he cambiado.

-Pues no percibo ningún cambio -dije-. Todavía respiras.

-Ya está otra vez el comentario retorcido.

»Mira -repuso serenamente-, se acabó. Ahora me dedico a los negocios legales. El hecho de que no te guarde rencor por nuestro último encuentro debería demostrarlo.

-No aprenderás nunca, ¿verdad?

-Sí que he aprendido -insistió-. Es lo que intento explicarte. Después de nuestra pelea, pensé en todo. En todo. Estaba mal. El hombro no se estaba curando bien, no funcionaba debidamente. Ha pasado mi hora, ya no volveré a luchar como antes. Hasta aquel día nadie había

estado a punto de poder conmigo, así que el asunto me afectó. Tuve mi experiencia de camino a Damasco en un almacén de Bombay y el que me tiró del caballo fue un presidiario australiano. He cambiado. Ahora soy empresario.

-¿De qué? -preguntó Karla, relajando la mano con la que me agarraba.

-He invertido mi dinero en una empresa con Dennis.

-¿El Baba Durmiente?

-El mismo. Un día me acordé del proverbio aquel que dice que si te sientas tranquilamente a la orilla de un río y esperas suficiente verás pasar flotando los cadáveres de tus enemigos.

Yo quería que Concannon pasara flotando por el Ganges.

-Y se me ocurrió, en otra experiencia camino de Damasco, que el río no está hecho de agua, sino de acero inoxidable. Es la mesa de una funeraria. Así que Dennis y yo compramos una funeraria y ahora nos dedicamos a las pompas fúnebres. Desde que empezamos ya he visto pasar a uno de mis enemigos por la mesa. Las risas que me eché esa noche mientras lo vestía para el hoyo...

-¿Dennis se ha metido en eso? -pregunté.

-Somos tal para cual. Yo sé qué pinta tienen los muertos y él sabe lo que sienten. Nunca he visto a nadie comportarse con mayor delicadeza con un cadáver. Los llama durmientes y les habla como si solo durmieran. Es enternecedor. Bonito. Pero siempre tengo un bate de béisbol a mano por si alguno le responde.

Concannon se calló, juntó las manos y formó una pirámide con los nudillos hinchados para rezar.

-Sé que cuesta pensar que una amenaza para vivos y difuntos como yo pueda renunciar a todo, pero es verdad. He cambiado, y la prueba es que he venido hasta aquí, a pesar del riesgo, para decirte un par de cosas. La primera ya te la he dicho, que es lo que sé de Ranjit y de tu encantadora exnovia.

-¿Y la segunda? -preguntó por mí Karla.

-La segunda cosa es que la Compañía 307 ha contratado a unos *goondas* de fuera de la ciudad para matar al iraní, a Abdullah, esta noche. Y como Abdullah está escondido por aquí, estáis en la línea de

fuego.

-¿Cuándo vendrán? -pregunté.

-Dentro de unas tres horas. Habrías tenido más tiempo si no fueras como eres, joder, y me hubieras dejado desembuchar sin interrupciones.

Por lo que yo sabía, Concannon estaba tendiéndonos una trampa. No me gustó.

-¿Por qué nos lo cuentas? -preguntó Karla.

-Intento atar cabos sueltos, señorita -contestó Concannon con una sonrisa-. Nunca he tenido nada en contra de tu novio. Intenté reclutar al muy terco, cosa que no habría hecho si no me gustara. Lo he maltratado, cuando a quien detestaba era a Abdullah, porque se volvió contra mí y amenazó con matarme.

-Para de hablar de Abdullah -dije.

-Pero ya no le odio -insistió-. El tío no hizo nada malo, aunque sea... iraní. El que se equivocó fui yo, no tengo empacho en admitirlo. De todos modos es probable que el iraní no pase de esta noche. Y ahora he encontrado un lugar donde me siento en casa y sé que terminaré por encontrar la paz mientras otros matan a mis enemigos y me los ponen sobre la mesa. Así que, en cierto modo, estaré con los míos. No sé si me explico.

-Te hemos entendido -dijo Karla, aunque yo no lo entendí.

-¿Me creéis cuando digo que no tengo nada contra vosotros y que no os deseo ningún mal?

-No -respondí-. Adiós, Concannon.

-Dicen que es escritor -le dijo a Karla, guiñando un ojo-. Pues debe de escribir unos libritos muy pequeños.

-El libro importante es él -replicó Karla-. Y yo la protagonista. Gracias por la advertencia, Concannon. Por cierto, ¿cuál es tu nombre de pila?

-Fergus -me adelanté, y Concannon saltó del coche con los brazos abiertos y riéndose.

-¡Te caigo bien! ¡Lo sabía! Si te abrazo, ¿me apuñalarás?

-Sí. No vuelvas.

Dejó caer lentamente los brazos, sonrió a Karla y se encaminó de vuelta al coche.

-No sirve de nada llamar a la poli -dijo, ya junto al vehículo-. Han pagado un pastón para que la montaña permanezca en la oscuridad hasta que maten de una vez al iraní.

Arrancó el coche, movió el volante, pisó el acelerador y giró a nuestro lado con el brazo apoyado en la ventanilla.

-¿Queréis un poco de dinamita? -preguntó-. Tengo una caja en el maletero y ahora no me sirve para nada.

-Tal vez en la próxima ocasión -respondió Karla, sonriendo y despidiéndose.

Las luces traseras gemelas de cada lado del coche eran murciélagos que desaparecieron tras la primera curva. Karla se volvió rápidamente, con las reinas encendidas.

-No hemos visto a Abdullah por aquí, o sea que estará con Khaled. Tenemos que avisarle.

-Sí, y también a Silvano y los estudiantes. Podría salpicar colina arriba hasta Idriss.

Se preparó para correr a casa de Khaled, pero la detuve.

-¿Podemos hablar primero de una cosa?

-Claro -dijo, relajándose de la carrera que había estado a punto de empezar-. ¿Qué pasa?

-¿Sabes eso de que siempre estaremos juntos?

Me miró, con los brazos enjarras.

-No voy a esconderme en el hueco de un árbol, Shantaram -replicó, con una sonrisa inquisidora.

-No me refiero a eso. Intento explicarte algo.

-¿Ahora?

-Si la noche se complica, no te separes de mí. Pégate a mi lado o a mi espalda. Cógeme del brazo si hace falta. Si estamos de espaldas, tú disparas y yo acuchillo. Pero seamos una única cosa, porque si no, la

preocupación no me dejará vivir.

Se rió y me abrazó, así que supongo que en algo acerté.

-Vamos -dijo, preparándose para la carrera.

-Espera.

-¿Otra vez?

-¿«Tal vez en la próxima ocasión»? -dije, repitiendo las últimas palabras que le había dedicado a Concannon.

-¿Qué?

-Le has dicho a Concannon «Tal vez en la próxima ocasión» cuando nos ha ofrecido dinamita.

-¿Ahora? ¿Tenemos que hablarlo ahora?

-Concannon no es un tío al que quieras volver a ver. Lo ves solo una vez y la otra punta del planeta ya nunca queda lo bastante lejos.

-¿No crees en la redención?

Me parecía adorable cuando me tomaba el pelo, pero estábamos hablando de Concannon y había varios asesinos de camino a la montaña para matar a un amigo.

-No creo en Concannon. Tampoco en su versión fúnebre. No me creo nada de lo que dice. Podría ser una trampa.

-Bien -gritó, echando a correr por el sendero-. ¿Vienes?

Oímos música y cantos, cientos de voces armonizadas, al girar el último recodo del sendero arbolado que daba a la mansión de Khaled. Estaba iluminada como una prisión, con reflectores sujetos a los árboles.

-El rebaño debe de haber crecido -comentó Karla en voz baja, cuando nos detuvimos antes de la escalera a contemplar la galería iluminada-. Menudo coro.

Los árboles de alrededor, deshojados por los reflectores, parecían esqueletos asustados con las manos en alto. Los cantos eran intensos, la devoción embriagaba a los cantores.

Khaled cruzó un amplio umbral y salió a la galería con los brazos en jarras.

Era una sombra, una silueta dibujada contra las luces que nos quemaban los ojos poco a poco. Le acompañaban otras dos sombras.

Levantó una mano y los cantos devotos cesaron. Los insectos volvieron a cantar el silencio.

-*Salaam aleikum* -dijo.

-*Wa aleikum salaam* -respondimos Karla y yo.

Perros muy grandes comenzaron a ladrar muy fuerte en alguna parte. Era un sonido que te hacía pensar en dientes afilados y en escapar. Karla se me cogió del brazo. Los ladridos eran feroces. Khaled volvió a levantar la mano y los ladridos cesaron.

-Perdón, cinta equivocada -dijo, entregándole un control remoto a una de las figuras en la sombra-. ¿Qué haces aquí, Lin?

-Hemos venido a ver a Abdullah -dijo Karla.

-¿Qué haces aquí, Lin?

-Ya te lo ha dicho -contesté-. ¿Dónde está?

-Abdullah se ha limpiado para morir y está orando -respondió Khaled-. No se le puede molestar. Ni siquiera yo. Está a solas con Alá.

-Vienen a por él -dije.

-Lo sabemos. Ya no hay estudiantes. El *ashram* lleva tiempo cerrado.

Estamos...

Volvieron a sonar los cantos. Al poco, se acabaron a medio mantra.

-¡Para ya de jugar con el mando, Jabalah! -gritó Khaled por encima del hombro.

Insectos y ranas volvieron a dar la bienvenida al silencio.

-Estamos listos para la guerra.

-¿Dónde lo habré oído antes? -dijo Karla.

Khaled levantó la mano con gesto imperial.

-He sido yo quien ha hecho correr el rumor de que Abdullah está aquí. He provocado el ataque fuera de la ciudad. Es una trampa, Lin, y has picado.

Los perros ladraron otra vez.

-¡Jabalah! -gritó Khaled, y la cinta paró.

Khaled bajó en silencio a reunirse con nosotros en el sendero. Había adelgazado la mitad de los kilos que había engordado y había vuelto a entrenar. Se le veía en forma, fuerte, confiado y peligroso. Por lo visto había aprendido a quererse.

Me cogió las manos y se inclinó hacia mí, pero le habló a Karla en susurros.

-Hola, Karla -saludó, abrazándome-. No puedo saludarte directamente delante de mis hombres porque eres una mujer acompañada de un hombre que no es de la familia.

Me abrazó fuerte, susurrándome al oído por sus hombres, pero hablándole a ella.

-Mis condolencias por el fallecimiento de tu marido. Y ahora, debes marcharte. Esta noche estallará la guerra.

Se apartó, pero lo retuve por el brazo.

-¿Estabas al corriente y no nos has avisado?

-Ahora ya estáis avisados, Lin, considéralo una bendición. Tenéis que marcharos. Mis hombres están muy nerviosos. No vayamos a tener un disgusto.

-*Allah hafiz* -dijo Karla, tirando de mí.

-Dile a Abdullah... dile que, si nos necesita, estamos en la montaña -dije.

-Se lo diré, pero solo podré hablar con él cuando empiece la pelea -respondió con tristeza Khaled-. Que la paz os acompañe.

Se despidió agitando la mano, porque estábamos al cabo del sendero y demasiado lejos para decirnos lo que pensaba. Nos despedimos y corrimos hacia el arranque del largo ascenso hasta la cumbre.

Paré a Karla. Era de noche, pero le destellaban los ojos.

-¿Puedo decirte una cosa?

-¿Otra vez? -se rió.

-Puede que sea una mala noche -dije-. Si quieres marcharte, te llevaré a donde quieras.

-Vamos primero a avisar a Idriss -respondió con una sonrisa, empezando a subir.

La seguí cuesta arriba y llegamos jadeando a la meseta, repleta de estudiantes conversando junto al fuego.

Localizamos a Silvano y lo arrastramos para reunirnos con Idriss en la cueva grande.

-Asesinos -dijo Idriss, cuando lo pusimos al día.

-Y de los buenos -dije-. Tenemos que irnos de aquí, Idriss. Al menos, pasar la noche fuera.

-Por supuesto. Tenemos que poner a salvo a los estudiantes. Ahora mismo ordeno el desalojo.

-Me quedaré a proteger el lugar -dijo Silvano.

-No -replicó Idriss-. Tienes que venir con nosotros.

-No puedo obedecerte -dijo Silvano.

-Tienes que venir con nosotros -repitió Idriss.

-Es puro sentido común, Silvano -convine-. Si alguno de los de abajo intenta huir colina arriba, los otros le perseguirán y nadie estará a salvo.

-Debo quedarme, maestro-*ji* -insistió Silvano-. Y tú debes marcharte.

-Se puede ser demasiado valiente, Silvano -dijo Idriss-. Igual que demasiado leal.

-Todos tus escritos están aquí, maestro-*ji* -repuso Silvano-. Más de cincuenta cajas, y la mayoría de los textos están fuera de ellas para su estudio. No da tiempo de recogerlos. Me quedaré y custodiaré tu obra.

Admiraba su dedicación, pero me parecía un riesgo excesivo: un precio demasiado alto por el mundo escrito. Hasta que habló Karla.

-Nos quedaremos contigo, Silvano.

-Karla -comencé a decir, pero me sonrió con amor verdadero y, bueno, ¿qué se puede hacer?

-Parece que tienes compañía, Silvano -comenté suspirando.

-Decidido, pues -dijo Idriss-. Ahora venid conmigo a ayudar a los estudiantes a recoger lo más rápido posible. Bajaremos por el camino fácil hasta el templo de Kali, donde empieza la carretera. Cuando la calma vuelva al santuario, mandad mensaje al templo.

-Idriss -dije-. Siento que los problemas hayan subido hasta aquí. Lo lamento.

-Responsabilizarte de las decisiones y acciones ajenas es un pecado contra el Karma. Equivalente, en gravedad, a rechazar la responsabilidad por las acciones y decisiones propias. No has causado esta situación. No es tu carga kármica. Pasad la noche a salvo. Y sed bendecidos.

Fue apoyando la mano en una cabeza tras otra mientras entonaba mantras protectores.

Los estudiantes volcaron sus pertenencias sobre mantones con los que hicieron atillos y se reunieron al principio del lento sendero de descenso con antorchas y faroles parpadeándoles en las manos como luciérnagas.

Idriss se sumó al grupo, se volvió para despedirse y encabezó la marcha con el largo cayado en la mano derecha.

Otro estudiante, llamado Vijay, había decidido permanecer con nosotros. Era delgado, alto y vestía camisa y pantalones estilo pijama de algodón blanco. Iba descalzo y llevaba un palo de bambú que le

llegaba al hombro.

Su joven rostro no transmitía expresión alguna mientras observaba alejarse a su maestro. Después volvió sus bellos rasgos hacia mí, con la mirada iluminada por la India.

-¿Estás bien? -preguntó.

Miré el palo de bambú, rememorando a los hombres con quienes me había enfrentado en el último año, desde los Escorpiones a Concannon, y pensando que tal vez fuera buena idea atar un cuchillo a la punta de aquella vara.

-Estoy bien. Tengo un cuchillo de sobra, por si quieres atarlo a la vara.

Retrocedió, empezó a hacer girar el palo mientras saltaba y luego lo clavó a menos de un dedo de distancia de mis botas.

-O... no -dije.

-¿Nos separamos para vigilar desde diversos puntos? -propuso Silvano.

-¡No! -respondimos Karla y yo al unísono.

-Quien suba se adentrará en nuestro terreno -dije-. Tenemos que buscar una ubicación a cubierto con una salida y desde donde dominemos el final del sendero. Si alguien sale a campo abierto, podemos espantarlo a tiros y haciendo ruido.

-¿Y si degenera en pelea?

-Matamos -dijo Karla- antes de que nos maten. Tienes muy buena puntería, Silvano, y la mía no está mal. Nos las apañaremos.

-O -sugerí- podríamos huir, reagruparnos y esperar a que amaine. Hay montones de escondites y no pueden quedarse eternamente en la montaña.

-Yo voto por pelear -dijo el estudiante del palo.

-Yo voto por que decidamos entre huir o pelear cuando toque -dije.

-Estoy de acuerdo con que deberíamos buscar un buen lugar a cubierto -musitó Silvano-. La cueva que hay junto al sendero es el mejor sitio para verlos venir.

-No tiene escapatoria -repuse-. Me gusta tener una vía de escape.

-Sí tiene salida -dijo Silvano-. Os la enseñaré.

Al fondo de la cueva colgaba una cortina. La había visto, pero siempre había pensado que se limitaba a cubrir la pared desnuda de piedra.

Silvano la apartó y nos guió a la luz de una linterna por un estrecho pasadizo excavado por la naturaleza o el hombre entre la primera y la última cueva.

Salimos del pasadizo a la cueva de Idriss, cerca del borde de la jungla: a escasos pasos de ponernos a cubierto.

-Me gusta -dijo Karla-. Si pudiera, me la compraba para vivir.

-Yo también -convine-. Vayamos a la primera cueva. No nos queda mucho tiempo.

-No sé vosotros -dijo Silvano, frotándose la tripa-, pero yo tengo hambre.

Llevamos comida fría, agua, mantas y linternas a la cueva. Vacié el plato de comida que me pasó Karla antes de saber ni lo que era. Pero una vez saciado el apetito, empezó la comezón del miedo.

Karla estaba sentada a mi lado y los asesinos en camino: mis instintos me gritaban que saliera echando leches de allí. Pero ella estaba serena, resuelta. Había terminado de comer y estaba limpiando la pistola. Tarareaba. Y, visto en retrospectiva, supongo que Karla siempre tuvo agallas de sobra por los dos.

-¿Dónde están las cajas con los textos de Idriss? -pregunté, mirando a Silvano.

-En la cueva principal -contestó Silvano, acabándose la comida.

-Entonces será mejor mantener la acción lejos de la cueva. Una bala perdida podría provocar un incendio.

-De acuerdo.

Vijay cogió el plato de Karla y lo apiló con el resto fuera de la cueva.

-Conozco este bosque -dijo Silvano, incorporándose y desperezándose-. Inspeccionaré la zona con Vijay. Y tengo que ir al baño.

Salió a reunirse con Vijay y después se perdieron de vista por la

derecha. El punto donde el sendero conectaba con la meseta quedaba a nuestra izquierda.

Eran tantos los pies que habían caminado por allí que solo crecían malas hierbas muy dispersas. Todavía no había salido la luna, pero la noche era clara y teníamos una buena vista de la planicie, a unos cincuenta metros.

El corazón me latía rápido. Lo tranquilicé, deseándole calma, pero cada vez que imaginaba a Karla herida o capturada volvía a acelerarse. Karla me miró y adivinó cuánto temía por ella.

-¿Hacer mucho ruido y correr a escondernos? -dijo, esbozando una bella sonrisa burlona-. ¿Esa es tu estrategia?

-Karla...

-*Chee, chee!* En la próxima reunión podrías callártela.

-«Yo voto por pelear», va y dice un tío con una vara de bambú -comenté riendo-. ¿Te parece mejor estrategia? Sencillamente no creo que merezca la pena el enfrentamiento.

-¿Un escritor que no cree que merezca la pena luchar por la sabiduría escrita?

-No. Me he escapado por ventanas porque me perseguía la poli y he tenido que dejarlo todo. Todo aquel trabajo se ha perdido, pero yo sigo aquí y sigo escribiendo. Ningún texto vale una vida.

-¿Y eso?

Karla nunca lo habría preguntado salvo para desafiarme.

-La vida no importa porque los textos sean sagrados. Los textos importan porque la vida es sagrada.

Me sonrió con las reinas felices.

-Ese es mi chico. Va, vamos a prepararnos.

Amontonamos cajas y sacos a la entrada de la cueva y nos distribuimos con vistas al barranco. Karla me cogió de la mano.

-Ahora mismo no querría estar en ningún otro sitio del planeta -dijo.

No pude responderle porque oímos el primer disparo.

Cuanto más lejos estás de un disparo, menor es el miedo. El estallido que ensordece, pegado al oído, de lejos es un chasquido de los dedos. Oímos los primeros disparos, resonando como palmadas, que luego se convirtieron en salvas de aplausos.

Silvano y Vijay regresaron a la cueva y se agacharon a nuestro lado.

-Abajo hay un ejército -dijo Silvano, escuchando las ráfagas de tiros.

-Dos ejércitos -corregí-. Confiemos en que se queden abajo.

Al final las descargas remitieron. Se hizo el silencio, luego se oyeron disparos sueltos, uno detrás de otro, a escasos pasos de distancia. Muchos.

Esperamos a oscuras, atentos a cualquier ramita rota o cambio del viento. Los minutos fueron pasando en un silencio amenazador y luego escuchamos ruidos, gruñidos y gemidos procedentes del sendero empinado.

Silvano y Vijay echaron a correr antes de que pudiera impedirlo. Karla también hizo ademán de salir, pero la sujeté.

Un hombre apareció en lo alto del sendero, gateando. Silvano era una sombra de pie a su derecha que le apuntaba a la cabeza con un rifle. El hombre se levantó con dificultades. En la mano tenía una pistola.

Vijay blandió el palo y desarmó al hombre, pero el arma se disparó y la bala se hundió en la pared de la cueva, no muy lejos de donde estábamos agachados.

-Bien visto, Shantaram -dijo Karla-. Esa bala llevaba mi nombre si me hubiera puesto de pie.

El hombre aguantó un segundo sobre las piernas temblorosas antes de caer de bruces al suelo. Vijay le dio la vuelta justo cuando llegamos Karla y yo.

El hombre estaba muerto.

-Será mejor comprobar que no tiene cola, Silvano -recomendé.

-¿Le conoces?

-Se llama DaSilva.

-¿En qué bando peleaba?

-En el equivocado. Hasta el final.

Silvano y Vijay se alejaron corriendo por el sendero en busca de rezagados.

Contemplando el cadáver supe que no podía permitir que lo encontraran en el campamento donde Idriss enseñaba. No tenía otra opción. Tenía que trasladarlo. Karla había trasladado dos cadáveres en su vida, que yo supiera. Yo he trasladado tres: uno en la cárcel, otro en casa de un amigo y el gángster muerto que me odiaba, DaSilva. Para los dos, DaSilva fue el más difícil.

-No podemos dejarlo aquí y que lo encuentre la policía -dije.

-Tienes razón -convino Karla-. Es la clase de escándalo que no conviene.

-No será fácil. Es una pendiente muy pronunciada para cargar con un muerto.

-Sí -dijo, mirando alrededor con los brazos enjarras.

Lo envolvimos en el sari de una estudiante y lo anudamos fuertemente. En los extremos atamos unas cuerdas para agarrarlo.

Justo terminábamos cuando llegaron Silvano y Vijay. El pavor abría los ojos de Vijay como platos.

-¿Un fantasma?

Temblaba y señalaba el cadáver envuelto de DaSilva.

-Eso espero -respondí-. Íbamos a bajarlo a la casa. No hay necesidad de que la poli descubra que estuvo aquí.

-Gracias -dijo al instante Silvano-. Dejadnos ayudar.

-Ya nos encargamos nosotros -dijo Karla-. Los de abajo son amigos. A nosotros nos conocen, pero a vosotros no y quizá os disparen. Será más seguro bajar solos. Quedaos aquí y custodiad los libros.

-Vale -dijo Silvano con una sonrisa dubitativa-. Vale. Si insistes...

-*Presto* -dijo Karla, tirando de la cuerda del difunto-. A este fantasma todavía le queda camino por andar.

Arrastramos el cadáver de DaSilva hasta el barranco y comenzamos a bajar por el sendero. Yo iba delante, soportando la mayor parte del peso, mientras Karla trataba de sujetarlo por arriba.

Me avergonzaba de no haberla protegido de participar en un acto triste y criminal: de hecho, me avergonzaba más que de estar cometiendo un acto triste y criminal. Pensaba en las manos de Karla y la cuerda basta que estaría rasgándole la piel y en las raspaduras y arañazos que le malherían los pies a cada paso.

-¡Para! -pidió recién superada la mitad del trayecto.

-¿Qué pasa?

Respiró hondo varias veces y se sacudió la tensión de brazos y hombros.

-Vale, esta... -resolló, abanicándose la frente con una mano mientras con la otra sujetaba el cadáver- es la mejor cita de mi vida. Va, bajemos al puto muerto.

A los pies de la montaña, me cargué el cadáver de DaSilva a la espalda y enfilamos el sendero de la casa de Khaled. El camino seguía iluminado y la puerta de la mansión, abierta. Parecía vacía.

Subimos juntos la escalera y entramos en el vestíbulo. Dejé el cadáver de DaSilva en el suelo y empezamos a desatarlo.

-¿Qué hacéis? -preguntó Khaled, a mi espalda.

Giré al instante. Khaled empuñaba una pistola.

-*Salaam aleikum*, Khaled -saludó Karla, empuñando una pistola.

-*Wa aleikum salaam* -respondió Khaled-. ¿Qué hacéis aquí?

-¿Dónde está Abdullah? -pregunté.

-Ha muerto.

-No, no -dije-. No, por favor.

-Que Alá acoja su alma -dijo Karla.

-¿Estás seguro de que ha muerto? -pregunté, atragantándome con las palabras-. ¿Dónde está?

-Lo encontré con cuatro muertos encima. Uno de ellos era Vishnu. Sabía que ese chulo arrogante vendría en persona a regodearse. Y ahora ha muerto y mi Compañía se quedará con todo.

-¿Y el cadáver de Abdullah?

-Con los de mis hombres -respondió Khaled-. En el comedor. Y, por última vez, ¿qué estáis haciendo aquí?

-El cabrón se alejó demasiado -dije, retirando la tela para mostrar la cara de DaSilva-. Así que hemos venido a devolverlo. ¿Es de los tuyos o de los otros?

-Es el hombre que usamos para tender la trampa -contestó Khaled-. Le he disparado yo, ya había cumplido su función, pero se ha escapado.

-Pues ha regresado -dijo Karla-. ¿Podemos dejarlo aquí, Khaled? Querríamos mantener a Idriss al margen.

-Dejadlo aquí. Mis hombres volverán enseguida con los camiones. Lo meteré con los cadáveres que tiraremos mañana a la alcantarilla.

-No quiero ver el cadáver de Abdullah, Khaled -dije-. ¿Me juras que está muerto?

-*Wallah!*

-Yo sí quiero verlo -me dijo Karla-. Pero no hace falta que me acompañes.

A todas partes juntos, sin separarnos nunca: pero a veces los dos es algo que tiene que hacer solo uno de los dos.

-Voy contigo -dije, sintiendo ya las náuseas-. Voy.

Khaled nos condujo por un salón hasta el comedor principal. Cuatro cadáveres yacían en la mesa ordenadamente, como habitantes de las aceras durmiendo juntos en la calle.

Vi a Abdullah al instante, con la larga melena negra cayendo por el canto de la mesa. Quise dar media vuelta. Quise salir corriendo. Aquel rostro bello, aquel corazón de león, aquel fuego en el cielo: no soportaba verlo vacío y frío.

Pero Karla se acercó a la mesa, descansó la cabeza en el pecho de Abdullah y lloró. Tenía que moverme. Bordeé la mesa, las cabezas de los muertos eran una brisa que me acariciaba los dedos, y cogí la

mano de Abdullah.

Tenía la expresión severa, y me reconfortó verla. Vestía de blanco, ensangrentado por todas partes. Una línea le cruzaba la frente coincidiendo con el borde del gorro blanco, pero el resto de su cara orgullosa, toda cejas, nariz y barba cual rey de Sumeria, estaba moteada y manchada.

Le habían disparado y apuñalado, pero el rostro enrojecido permanecía intacto.

Me dolió por dentro como un calambre ver que su tiempo se había detenido. Mis hilos temporales vibraron, silenciada una línea de la armonía.

Me dolió no ver aliento, ni vida, ni amor. Costaba mirar a un hombre inmóvil, por el que ya sufría y al que ya añoraba.

Tenía razón en hacernos llorar. «Si no dices adiós -me había dicho una vez un poeta irlandés-, nunca te despides.» Y tardamos mucho en despedirnos llorando.

Al final solté la mano inerte y dejé que el mito del hombre cayera con ella. Cada una de las personas que nos abandona deja un vacío que no puede llenarse. Karla salió conmigo a la galería otra vez serena, pero sufriente y sabedora de que llevábamos dentro una cueva vacía: una cueva que nos devolvería una y otra vez al dolor y el recuerdo.

Khaled estaba esperándonos.

-Apresuraos. Esta noche mi Compañía está muy nerviosa.

-¿Tu Compañía?

-La Khaled Company, Lin -contestó Khaled, con el ceño fruncido-. Esta noche le hemos quitado la vida a Vishnu y todo cuanto tenía. Esta noche ha nacido la Khaled Company. Era el plan. De hecho, el plan de Abdullah, de servir de cebo.

-¿Sabes qué, Khaled...? -empecé para terminar con él, pero me detuve porque en ese preciso instante apareció un hombre de la penumbra.

-*Salaam aleikum*, Shantaram -dijo el Tuareg.

-*Wa aleikum salaam*, Tuareg -dije, pegándome a Karla.

-El Tuareg ha colaborado conmigo -explicó Khaled-. Ha tendido la

trampa. Y ahora ha vuelto al hogar, a la Compañía.

-¿Lo has organizado tú, Tuareg?

-Sí. Y te he mantenido al margen al mandarte tras la pista del irlandés. Porque me estrechaste la mano.

-Adiós, Khaled.

-*Allah hafiz* -dijo Karla, cogiéndose de mi brazo en los escalones porque a los dos nos fallaban las piernas.

-*Khuda hafiz* -contestó Khaled-. Hasta la vista.

Cuando llegamos a los pies de la montaña, Karla me detuvo.

-¿Tienes las llaves de Estado de Gracia?

-Siempre llevo las llaves de la moto. ¿Te apetece dar una vuelta?

-¡Sí, por favor! Estoy tan mal que solo la libertad puede salvarme.

Fuimos en moto al templo, donde pernoctaban Idriss y los estudiantes y les informamos de que el peligro había pasado. Idriss mandó a un estudiante joven y en forma a darle la noticia a Silvano. El sabio nos bendijo y nos marchamos.

Condujimos durante las horas previas al amanecer sin un destino fijado, con el motor de la moto traqueteando por los bulevares vacíos y los semáforos de ambos lados siempre en verde porque a aquellas horas en Bombay nadie respetaba uno en rojo.

Aparcamos junto al arranque del sendero lento y fácil hasta la cumbre. Encadené la moto a un árbol joven para que no pasara miedo y enfilamos por el largo y serpenteante camino hacia la meseta.

Karla se aferró a mí. La abracé por la cintura, sujetándola, facilitándole un poco cada paso.

-Abdullah -dijo en voz baja varias veces.

«Abdullah.»

Recordé cuando ella lo había dicho para hacernos reír, durante la subida. Recordé cuando Abdullah era un amigo con quien reír y bromear. Lloramos juntos sin dejar de andar.

Llegamos al campamento y nos encontramos a los estudiantes

devolviéndolo a la fe y el funcionamiento habituales.

-Demasiado trajín -dijo Karla, apoyándose en mi hombro-. Vamos a la loma.

Nos dirigimos a nuestra tienda improvisada de la loma. Acosté a Karla, que no opuso resistencia y se dejó caer sobre un cojín como en un sueño y al minuto se durmió.

Entre las provisiones teníamos una botella grande de agua. Empapé una toalla y le lavé los cortes y rasguños de manos y pies que había imaginado antes de verlos.

De vez en cuando gimió, cuando la tela mojada conectaba con su mente dormida, pero no se despertó.

Una vez limpias las heridas de las manos y los pies, las froté con aceite de cúrcuma. Era el remedio que usaba todo el mundo en la montaña para cortes y arañazos.

Cuando terminé de aplicar el aceite en los pies arañados y magullados, Karla se acurrucó de costado y se hundió más en un sueño devastador.

«Abdullah. Abdullah.»

Llevé agua al bosque, me alivié, me lavé, me froté y al regresar la encontré sentada con la vista clavada en un trozo de cielo.

-¿Estás bien? -pregunté.

-Estoy bien. ¿Dónde estabas?

-Limpiándome.

-Después de lavarme los cortes de las manos y los pies.

-Soy muy higiénico.

Me senté con ella y se acomodó a mi lado.

-Se ha ido -dijo, con la cara en mi pecho.

-Se ha ido -repetí.

El día alzó la bandera azul y los sonidos de la vida despertaron estremeciéndose: un grito, una risa, el canto descarado de un pájaro al sol y las temblorosas historias de amor de las palomas.

Karla volvió a dormirse y, con ella, me tranquilicé, disfruté de una paz que solo crean los seres queridos al dormir mientras los recuerdos de Abdullah, balazos en la mente, seguían sangrando.

Abdullah era autodisciplina, era desvivirse por un amigo y era lo bastante despiadado para avergonzar su propio honor, como, a mi manera, también lo era yo.

Dormí, por fin, surcando una ola de consuelo en palabras, palabras pronunciadas por Idriss, que recorría mi mente una y otra vez, como una oveja contando ovejas.

«El misterio del amor es en lo que nos convertiremos», se repetía la frase. «El misterio del amor es en lo que nos convertiremos.» Y, al despertarnos a la mañana siguiente, el susurro de las sílabas se convirtió en la primera llovizna del nuevo monzón.

Regresamos al campamento arrastrando aún las secuelas de la noche mientras el fuerte aguacero llenaba el cielo con los mares, purificados en la ascensión y que ahora diluviaban de los árboles sacudidos por el viento.

Los riachuelos jugaban, abriéndose paso entre esquemas previos, y los pájaros se apiñaban en las ramas sin osar emprender el vuelo de la libertad. Plantas que habían sido finos apóstrofes devenían párrafos y enredaderas que habían dormido como las serpientes durante el invierno se retorcían insolentes con un verde nuevo y vivo. Bautizado por el cielo, el mundo había vuelto a nacer, y la esperanza lavó el polvo y la sangre acumulados durante un año en la montaña.

DECIMOQUINTA PARTE

Al final de la primera semana de lluvias, después de ver bailar a Silvano con los estudiantes bajo un raro aguacero soleado e incluso a Idriss atreverse a dar un par de pasos apoyado en el largo cayado, Karla y yo bajamos de la montaña por última vez.

No sabíamos que el empinado sendero que tomamos desaparecería al cabo de un año, borrado por la naturaleza. No sabíamos que la vegetación devoraría la meseta y también las cuevas al poco de que Idriss y los estudiantes desmontaran el campamento para trasladarse a Benarés.

No sabíamos que sería la última vez que lo veríamos. Fuimos comentando anécdotas suyas durante todo el descenso hasta la carretera, sin saber que ya era un fantasma de filosofía, que permanecería en nosotros únicamente mediante recuerdos e ideas. No sabíamos que habíamos perdido a Idriss igual que a Abdullah.

Corrimos contra un nubarrón toda la vuelta hasta el nacimiento de la península, en Metro, y aparcamos la moto en el arco de debajo del hotel Amritsar justo cuando estallaba una nueva tormenta.

La tempestad nos alcanzó desde ambos lados del pasaje abovedado y nos abrazamos, riéndonos frente al azote de los torrentes. Cuando amainó, secamos la moto entre los dos mientras Karla le hablaba como una mecánica paranormal.

Subimos la escalera que conducía al vestíbulo y lo encontramos cambiado tras varias semanas en la montaña. Había una puerta de nevera de cristal donde antes estaba el armario secreto de Jaswant. La butaca pomposa seguía allí, pero un mostrador nuevo y pomposo de laminado y cristal había reemplazado a la vieja mesa de madera.

Jaswant, por su parte, lucía un traje también pomposo con corbata a juego.

-¿Qué coño ha pasado, Jaswant? -pregunté.

-Hay que aceptar los cambios, tío -dijo Jaswant-. Hola, señorita Karla. Es un placer volver a verla.

-Bonito traje, Jaswant -contestó Karla.

-Gracias, señorita Karla. ¿Me sienta bien?

-Te estiliza. Ven a saludar, anda. Pero cuidado, que estoy empapada.

A mí seguía sin convencerme el cambio de mostrador.

-¿Qué pasa? -preguntó Jaswant.

-La recepción parece un mostrador de facturación.

-¿Y?

-Pues que vas al mostrador de facturación del aeropuerto por obligación, no porque quieras.

-Puedes visitar el antiguo cuando te venga en gana. Lo ha comprado Oleg. Está en tu habitación.

-¡Oleg! Mierda, el tío es bueno. Se me ha adelantado.

-El mostrador nuevo está bien, Jaswant -dijo Karla-. Pon una planta en el estante de arriba y una concha bonita y, tal vez, un pisapapeles de vidrio soplado en el segundo. Para suavizar el tono. Si quieres, puedo prestarte una concha y un pisapapeles con un diente de león.

-¿De verdad? Me encantaría.

-No hay ron -me quejé, limpiando el cristal empañado de la nevera nueva-. Ni queso.

-He cambiado la carta -dijo Jaswant, empujando un menú plastificado por el mostrador laminado de aeropuerto.

Ni lo miré.

-Me gustaba la vieja.

-No teníamos carta -replicó Jaswant, con el ceño fruncido.

-Exacto.

-La Agencia Amores Perdidos atrae a muchos clientes y necesitamos dar una imagen corporativa adecuada. Hay que adaptarse a los tiempos, Lin.

-Prefiero cuando los tiempos se adaptan a mí.

-Por cierto, Jaswant -dijo Karla-. Estoy pensando en introducir algunos cambios en mis habitaciones.

-¿Cambios? -preguntó Jaswant, con el negocio apretándole la corbata nueva.

Durante los días siguientes Karla desmanteló la tienda beduina y pintó las habitaciones de rojo con un reborde negro en puertas y marcos. Jaswant no pudo quejarse, porque nos vendió él la pintura.

Recortó fotografías de revistas científicas y las montó en marcos dorados estilo Bollywood. Enmarcó una pluma, una hoja y una página de un poemario que encontró flotando en la brisa de una calle tranquila:

LA LLUVIA SUPLICANTE

Después
cuando yo no esté contigo
y estés lo bastante sola
para contarte los clavos del corazón,
remachado como la puerta de una sala del tesoro,
cuando arregles el silencio
en el jarrón de una hora,
con recuerdos de nuestras manos
y la punzada de una risa
coloreándome los ojos,
cuando te sientes en la turgencia
de los latidos,
con la oleada púrpura del ensueño
lamiendo las playas del amor,
y tu piel cante, perfumada,
ríndete a este pensamiento mío:
como las mimosas anhelan el monzón,
te anhelo yo,
como las flores encarnadas del cactus
anhelan la luna,
te anhelo yo,
y en mi después,
cuando no esté contigo,
mi cabeza girará hacia la ventana de la vida
y suplicará lluvia.

Colgó grandes retratos de Ida Lupino y Petra Kelly, dos de sus heroínas, en marcos negros y barrocos. Trasladó dentro las plantas del balcón y llenó con ellas hasta el último rincón, dejando solo algunas fuera para que rotaran con el sol.

Creo que Karla intentaba recrear el bosque de la montaña en una

suite de hotel, y no le quedó mal. Dondequiera que te sentaras de la sala principal, veías plantas o te rozaban plantas.

E instaló una escultura estilizada, alta y flaca, de un soldado troyano, obra de Taj. Intenté colocarle una planta delante, pero Karla no me dejó.

-¿En serio? Dejaste la galería por culpa de este tío.

-Es buen escultor -repuso, colocando bien al soldado condenado-, aunque no sea un gran tipo.

Yo lo utilizaba para dejar el sombrero. Tuve que comprarme un sombrero, pero valió la pena. Y, poco a poco, las cosas fueron componiendo ese simulacro de paz que parece suficiente cuando has conocido suficientes cosas malas.

Las salas verdes de Oleg, porque mis habitaciones terminaron a juego con el sofá, tenían éxito. Karla y yo asistimos a unas cuantas fiestas y lo pasamos bien. Nos reímos en unas cuantas más, escuchando las descabelladas conversaciones a gritos de la puerta de al lado que transmitía la pared en alta infidelidad.

El joven ruso había renunciado a Irina, la chica que él llamaba Karlesha, y a medida que las fotografías que había repartido entre los camareros del Leopold's se desgastaban y arrugaban, dejó de preguntar por ella.

-¿Por qué llamas Karlesha a Irina? -le pregunté en cierta ocasión.

-Estuve enamorado de otra Irina -contestó, emborronada la sempiterna sonrisa por la media luz de la reflexión-. Fue mi primer amor. La primera vez que me rendí por dentro al amor de una mujer. Teníamos dieciséis años y al año habíamos terminado, pero me seguía pareciendo una infidelidad para la primera Irina usar su nombre. Karlesha era como llamaba cariñosamente mi padre a su hermana, mi tía, y siempre me había gustado.

-O sea que... no te pareció infidelidad a Elena salir con Irina, pero te parecía infiel para con tu amor de juventud usar su nombre.

-Solo puedes serle infiel a alguien a quien amas -repuso, frunciendo el ceño ante mi ignorancia-. Y nunca estuve enamorado de Elena. Estaba enamorado de Irina y estoy enamorado de Karlesha.

-¿Y las chicas que desfilan por la sala verde?

-Ya no albergo esperanzas de volver a ver a Karlesha -dijo, desviando la mirada-. La estrategia de las camisetas de Didier no ha funcionado. Quizá no tenía que ser.

-¿Crees que podría surgir el amor con alguna de ellas?

-No -contestó rápidamente, animándose otra vez-. Soy ruso. Los R amamos intensa y profundamente. Por eso nuestra música y nuestra literatura son tan apasionadas.

Oleg trabajaba loca y apasionadamente con Naveen y ambos formaron un equipo intuitivo. Didier colaboró con ellos en un caso muy publicitado en el que reunieron a unos amores perdidos y al mismo tiempo destaparon un negocio de esclavitud, conduciendo así al arresto y desmantelamiento del grupo criminal.

Después de aquello el peligroso y gallardo francés dedicaba más tiempo y empeño a la agencia y, cuando no estaba recibiendo en el Leopold's, estaba siempre con los jóvenes detectives, trabajando en un caso «abrumadoramente urgente».

Vinson vendió el chiringuito de drogas a un competidor y regresó al *ashram* con Rannveig. Mandó una carta a Karla, tras varias semanas de penitencia fregando suelos, donde le confesaba que en realidad no conectaba con los santones del *ashram*, pero que congeniaba con los jardineros que les cultivaban la marihuana. Estaba contento y trabajando en un nuevo proyecto empresarial con Rannveig.

La Khaled Company no financiaba películas y, cuando mataron a un poli en el sur, la tregua entre las bandas policiales y las bandas mafiosas se rompió. Rayo Dilip triplicó los turnos a medida que la población reclusa aumentó.

Apalearon a una periodista a la puerta de su casa por contar la verdad y a un político dentro de la suya por no mentir. Las refriegas entre la policía y la Khaled Company en las vistas judiciales eran habituales y a veces degeneraban en disturbios. La Compañía atribuía cualquier acusación a la discriminación religiosa y los polis achacaban todos los puñetazos a intentos criminales.

La corona de Khaled era escurridiza y Abdullah no estaba para afianzarla. El capo místico transformado en mafioso estaba perdiendo el control: su innecesaria violencia suponía un insulto para la anarquía deshonesta y en el callejón Trasero todos querían pararle los pies.

Nosotros no podíamos parar a Khaled, pero paramos a Rayo Dilip.

Karla dijo que tenía un regalo de cumpleaños para mí y que quería dármelo antes de tiempo.

-No celebro mi...

-Cumpleaños, lo sé. ¿Quieres saber qué regalo es o no?

-Vale.

-El poli que pillamos en las grabaciones fetichistas es Rayo Dilip.

«El karma es un martillo, no una pluma», recordé que me había dicho Karla.

-Qué interesante.

-¿Quieres saber cuál es su fetiche?

-No.

-Tiene que ver con un montón de envoltorio para bocadillos.

-Para, por favor.

-Y dejar al aire solo la boca y las zonas pudendas.

-Vale, ya basta.

-Y en cierto momento, la chica tenía que azotarle las partes con un matamoscas.

-Karla.

-De plástico, claro, y luego...

Me metí los dedos en los oídos y repetí la-la-la-la-la-la-la-la hasta que se calló. Una actitud infantil, indigna de nosotros, pero funcionó.

-Vale. Dado que es tu regalo de cumpleaños y que podemos obligarle a hacer lo que nos plazca -dijo Karla, con una sonrisa pícara que alentaba a la sublevación-, ¿qué quieres hacer con la grabación de Rayo Dilip?

-Sospecho que ya lo tienes pensado.

-He pensado que podría jubilarse. Aludiendo a sus remordimientos por lo mal que ha tratado a los prisioneros. Degradado, sin honores y sin pensión.

-Estupendo.

-Rayo Dilip lleva años cavando su propia tumba a patadas. Creo que está listo para ocuparla.

-¿Cuándo?

-Les pediré a los Sin Problemas que le entreguen mañana el mensaje, con una fecha límite de veinticuatro horas para que presente la dimisión si no quiere que hagamos pública la cinta. ¿Te parece bien?

-Sin problemas -repuse sonriendo, contento de librarme de él y preguntándome quién sería el siguiente Rayo Dilip y cuánto subiría los precios que tendríamos que pagarle.

-También había pensado que debería retirarse a algún pueblo lejos de aquí -musitó Karla-. Quizá a su pueblo natal. Estoy segura de que los vecinos que lo vieron crecer sabrán qué hacer con él.

-Si lo conocen bien, lo harán en algún lugar aislado.

George Géminis estaba en una sala especialmente equipada del ático del hotel Mahesh, al cuidado de George Escorpio y un grupo de médicos de prestigio. El hotel había conseguido a los especialistas internacionales y Escorpio había contratado a los mejores expertos médicos de los principales hospitales indios.

Parecía que podría ser demasiado tarde para Géminis, cuyo delgado cuerpo iba fallando y languideciendo día a día, aunque siempre recibía a cada nuevo experto con un chiste y una sonrisa.

Escorpio nos hizo sufrir para ver a Géminis, porque nadie se quedaba el tiempo suficiente para sufrir escuchándolo a él.

-He dejado de comer -dijo Escorpio, de pie con nosotros frente a la puerta de la habitación de Géminis-. Y tengo una ampolla en el pie de andar de un lado para otro, muerto de preocupación por Géminis. Y me lo merezco porque es todo culpa mía.

-No pasa nada -le dijo Karla, cogiéndolo de la mano-. Nadie te echa la culpa, Escorpio.

-Pero sí es culpa mía. Si no hubiera ido en busca del santón, Géminis no habría contraído el dengue y ahora estaríamos bien, como antes.

-Nadie quiere a Géminis más que tú -repuso Karla, mientras abría la puerta-. Y él lo sabe.

Géminis yacía en una cama mecanizada de hospital, con tubos saliéndole de demasiados sitios. Una tienda de plástico cubría el lecho. Lo atendían dos enfermeras, que comprobaban los datos de las máquinas dispuestas a la izquierda de la cama.

Nos sonrió cuando nos acercamos. Tenía mal aspecto. El cuerpo macilento era del color de un caqui cortado y debajo de la sonrisa se adivinaba la calavera.

-Hola, Karla -saludó alegremente, a pesar de la debilidad de la voz-. Hola, Lin, colega. Me alegro mucho de que hayáis venido.

-Encantado de verte, tío -dije, saludándolo desde el exterior de la tienda de plástico.

-¿Cómo va la timba? -ronroneó Karla-. A menos que tanta medicación te tenga noqueado.

-Todavía no puedo jugar, aunque me encantaría. Llevo varias semanas en la tienda de plástico y no se atreven a quitármela. Dicen que tengo el sistema inmune por los suelos. Creo que las máquinas son pura fachada. Que me mantienen vivo con tiritas y cariño. Mis órganos van dándose de baja, uno a uno, como viajeros apeándose del tren.

-¿Te duele, Géminis?

Él sonrió, despacio: un sol quemando las sombras de un prado.

-Estoy como unas castañuelas, cariño. Me han conectado a un gotero. Ahí es cuando sabes que te estás muriendo, ¿no? Cuando de pronto las mejores drogas son legales y puedes tomar todas las que quieras. Lo bueno de lo malo, por así decirlo.

-Pues me gustaría echar unas manos -repuso Karla- para aprovechar lo bueno.

-Ya te digo, se me ha ido el sistema inmune al garete. Por eso estoy en la tienda. Tiene gracia, la peligrosa eres tú.

-¿George Géminis va a rendirse? -lo picó-. Pues claro que puedes echar una partida. Repartiremos y aguantaré tus cartas sin mirar. Te fías de mí, ¿no?

Karla jamás hacía trampas en el juego y Géminis lo sabía.

-Primero tendrás que hablarlo con ellas -dijo Géminis, señalando a las enfermeras con la cabeza-. Me atan en corto.

-¿Por qué no empezamos? -replicó Karla, guiñando el ojo a las enfermeras-. Y si se inquietan, paramos. ¿Dónde están los naipes?

-En el cajón de arriba del armario, a tu lado.

Abrí el cajón. Contenía una baraja de cartas, un reloj barato, una campanilla de una pulsera de la suerte, una medalla de guerra que tal vez fuera de su padre, una cadena con una cruz y una cartera desgastada por las pacientes penurias.

Karla acercó tres sillas a la mesa. Le di las cartas, las barajó y repartió en la silla sobrante. Sostuvo las de Géminis contra la cortina de plástico.

Las enfermeras las miraron con el mismo interés que Géminis.

-Llamaremos a tus cartas del uno al cinco, de tu izquierda a tu

derecha -dijo Karla-. Di el número de la que quieras tirar. Cuando tengas la mano, lo mismo, y te lo arreglamos. ¿Vale?

-Lo pillo -dijo Géminis-. Estoy bien.

Una de las enfermeras hizo un ruido, chasqueó la lengua contra los dientes. Géminis se volvió hacia ella. Las dos enfermeras negaron con la cabeza. Géminis volvió a girarse.

-Bien pensado -dijo-, tira la uno y la cuatro y dame dos cartas, por favor, Karla.

Las enfermeras asintieron. Karla retiró las cartas eliminadas, repartió dos y se las enseñó. Debían de ser buenas, porque Géminis y las enfermeras nos miraron con cara de póquer.

-Apuesto cincuenta -anunció Géminis-. Juega y alarga la partida, Karla. No tengo ningún otro sitio adonde ir.

-Veo tus cincuenta y subo a cien -dijo Karla-, si es que tienes tubos para soportarlo.

-Paso -dije, arrojando mi mano y dejando la partida en un duelo entre Karla y Géminis.

-Estoy preparado. -Géminis se rió y tosió-. Ataca con todo.

-Solo juego para ganar, Géminis. Ya lo sabes.

-¿Os acordáis de aquella noche? -preguntó Géminis, con una sonrisa que era un atardecer en el valle del ayer-. ¿La fiesta de bienvenida que montamos Escorpio y yo? ¿Os acordáis?

-Una gran fiesta -dije.

-Muy divertida -añadió Karla.

-Fue una fiesta estupenda. La mejor. Lo pasé de miedo.

-Saldrás de esta -dijo Karla-. Todavía te queda mucho por hacer, Géminis. El tiempo es dinero. Así que apuesta o calla, espabilado.

Hicimos cuanto estuvo en nuestras manos por Géminis, que, con la ayuda de las enfermeras, consiguió hacer trampas en cada partida, por los viejos tiempos.

Lo visitábamos a menudo, pero al final de cada visita, lejos ya de su habitación, tratábamos de convencer a Escorpio de que su gemelo del

Zodíaco debía ingresar en un hospital. Escorpio no cedía. El amor sigue su propia lógica, como sigue su propia locura.

En otra habitación entre la vida y la muerte en la otra punta de la ciudad, Farzad, el joven falsificador, respondía al tratamiento. Conforme el coágulo de sangre del cerebro iba disolviéndose, el chico fue recuperando el habla y el movimiento.

El temblor que de vez en cuando le cerraba involuntariamente el ojo izquierdo le recordaba que hacer comentarios descarados a hombres malvados acaba mal. La misteriosa desaparición de Rayo Dilip le recordaba, con una sonrisa más alegre, que nadie escapa del karma.

Las tres familias compartieron el tesoro y depositaron una parte en una cuenta colectiva para costear la reforma de las casas. Mantuvieron el espacio abovedado como zona común, pero desmantelaron los andamios a medida que fueron pintando y remodelando las secciones, revelando la pequeña basílica en que se había transformado con la búsqueda del tesoro.

A Karla le gustó la red de pasarelas que unía las tres plantas y aún más la feliz mezcolanza de parsis, hindúes y musulmanes.

Mientras yo me ocupaba del papeleo con Arshan una vez por semana y aportaba los documentos ilegales que le había falsificado a juego con los legales, Karla trabajaba en los andamios con las familias, brocha o taladro en ristre.

Karla era un río, no una piedra, y cada nuevo día era otra curva en la llanura del mañana. La habían arrancado de la familia que quería y que la quería, o eso pensó hasta que la familia creyó la palabra del hombre, un amigo y vecino, que la violó. Años después, cuando mató al violador y escapó, cortó toda relación con su vida anterior.

Era una fugitiva curtida, una gata bailarina, una bruja verde, a salvo de todo menos de sí misma, como yo.

Aprovechó el dinero que había ganado en la Bolsa para contratar a gente, amigos nuevos y conocidos, y alquilarles una oficina en el hotel Amritsar. Estaba reuniendo una familia mientras muchos miembros de la vieja familia que había encontrado en Bombay dejaban la Ciudad Isleña, morían o estaban moribundos, como George Géminis.

No sé qué parte de la reunión que juntó en el hotel Amritsar fue meditada y qué parte respondió a un acto inconsciente. Pero cuando trabajaba con las tres familias en el palacio de los cazatesoros, se

adaptaba rápida y alegremente a la rutina y yo veía cuánto la anhelábamos, ella y yo: el deseo se había transformado en necesidad.

La palabra «familia» deriva del término *famulus*, que significa «siervo» y originariamente aludía a los siervos del hogar. En esencia, el anhelo de una familia y el ansia que provoca en nosotros su pérdida no responden solo a la necesidad de pertenencia: nacen de la gracia derivada de servir a aquellos a quienes amamos.

Era temporada de cambios y la Ciudad Isleña parecía estar acicalándose para un desfile que nadie había convocado. Las medianas de las carreteras lucían nuevas y brillantes, pintadas por hombres que arriesgaban la vida a cada brochazo. Se redecoraron las tiendas y los tenderos. Carteles nuevos anunciaban viejos privilegios en cada esquina. Y el precioso moho de los edificios, el comentario de la naturaleza a nuestros planes, se rascó de las paredes antes de repintarlas.

-¿Por qué no te gusta el nuevo remozado? -me preguntó un amigo dueño de un restaurante mirando el local recién pintado desde la acera.

-Me gustaba el viejo. Te ha quedado muy bien, pero prefería la obra de los últimos cuatro monzones.

-¿Por qué?

-Me gustan las cosas que no se resisten a la naturaleza.

-Tienes que mantenerte al día, tío -dijo mi amigo, aguantando la respiración para entrar en el restaurante reformado porque resultaba imposible respirar y permanecer consciente tan cerca de la pintura todavía fresca.

La moda es el lado comercial del arte y hasta la Casa del Estilo de Ahmed terminó sucumbiendo a la tiranía de la asimilación. El cartel pintado a mano fue marcado con el estigma de la avaricia: un logotipo. Desaparecieron las navajas de barbero y los cepillos de cerdas, sustituidos por una selección de productos químicos para el cuidado capilar que aseguraban no haber sido testados en conejillos y que no cegarían ni matarían a quien los utilizara.

Hasta la loción para después del afeitado Ambrosía de Ahmed desapareció, pero tuve la suerte de llegar a tiempo de salvar el espejo, tachonado con fotografías de los cortes gratis de Ahmed, cada una como la imagen mortuoria de un fuera de la ley ejecutado por la justicia.

-¡El espejo no! -supliqué, impidiendo que unos hombrecillos armados con grandes martillos lo hicieran añicos.

-*Salaam aleikum*, Lin -saludó Ahmed-. Estoy reformando el local, será la Nueva Casa del Estilo de Ahmed.

-*Wa aleikum salaam.* ¡El espejo no!

Apoyé la espalda en el espejo y abrí los brazos en cruz para detener a los martillos. Karla estaba al lado de Ahmed cruzada de brazos, con una sonrisa pícara jugueteando en el jardín de sus ojos.

-Tengo que quitar el espejo, Lin -explicó Ahmed-. No pega con la decoración nueva.

-El espejo pega con todo -protesté.

-Con esto no -insistió Ahmed, cogiendo un folleto de un montón para mostrármelo.

Miré la fotografía por encima y le devolví el folleto.

-Parece un sitio para comer sushi -dije-. En un sitio así no se puede discutir de política ni insultarse, Ahmed, ni siquiera con el espejo.

-He cambiado de política. Nada de insultos. No se habla de política, religión ni sexo.

-¿Estás loco, Ahmed? ¿Censura? ¿En una barbería?

Miré a Karla, estaba pasándolo en grande.

-Venga -supliqué-. Tiene que haber al menos un sitio donde nadie le lama el culo a nadie.

Ahmed me miró con cara de pocos amigos.

La mirada no era suya: era la mirada de una cara atractiva bajo un tupé del catálogo de peinados y cortes de la Nueva Casa del Estilo.

Hojeé el catálogo, consciente de que probablemente Ahmed estaba orgulloso del resultado porque había incluido ilegalmente fotos de estrellas del cine y empresarios famosos para dar difusión a la colección.

No quería ofenderle, pero para mí el catálogo estaba equivocado.

-No puedes romper el espejo, Ahmed.

-¿Me lo venderías tal como está? -preguntó Karla.

-¿En serio?

-Sí, Ahmed. ¿Está en venta?

-Tardaré un tiempo en limpiarlo de fotos -dijo, pensativo.

-Si no te importa, lo preferiría con las fotos, Ahmed. Así está perfecto.

«Te quiero, Karla», pensé.

-Muy bien, señorita Karla. ¿Le parecería bien, pongamos, mil rupias, transporte e instalación incluidos?

-Perfecto -respondió Karla con una sonrisa, entregándole el dinero-. Tengo una pared vacía en casa y no sabía qué poner. Si tus hombres lo descuelgan con cuidado y me lo instalan hoy mismo en el hotel Amritsar, te quedaré muy agradecida.

-Trato hecho -dijo Ahmed, ordenando retirarse a los hombres de los martillos-. Les acompaño afuera.

En la calle, Ahmed miró a izquierda y derecha para asegurarse de que no lo oyera nadie y se inclinó.

-Seguiré haciendo visitas a domicilio -susurró-. En negro, por supuesto, es un secreto. No quiero que nadie piense que no estoy comprometido con la Nueva Casa del Estilo.

-Qué buena noticia -dije.

-O sea -susurró Karla-, que si juntamos en casa a un grupo de hombres aficionados a insultarse y discutir, ¿no te importaría pasarte a recrear la vieja Casa del Estilo de Ahmed?

-Ya tienen el espejo -respondió Ahmed sonriendo-. Y voy a echar de menos las discusiones peligrosas.

-Hecho -dijo Karla, estrechándole la mano.

Ahmed me miró, frunció el ceño y me levantó la parte de atrás del cuello del chaleco.

-¿Cuándo vas a comprarte una chaqueta con mangas, Lin?

-Cuando empieces a venderlas en la Nueva Casa del Estilo. *Allah hafiz.*

-*Salaam, salaam* -se rió.

Nos alejamos en la moto y luego Karla me dijo que el espejo era mi segundo regalo de cumpleaños, recordándome una vez más que era mi cumpleaños, algo que estaba feliz de haber olvidado.

-No se lo digas a nadie más, por favor -le pedí por encima del hombro.

-Ya lo sé -me gritó-. Te gusta celebrar cumpleaños ajenos y olvidarte del tuyo. Tu secreto está a salvo conmigo.

-Te quiero, Karla. Es lo que estaba pensando. Y gracias por el espejo. Ahí me has pillado.

-Siempre te pillo.

Teníamos más tiempo para entendernos, conducir y compartir una copa o una comida porque había vendido el negocio de cambio a Jagat por el veinticinco por ciento de lo que ya estaba dándome. Jagat lo gestionaba mejor que yo y conseguía más dinero, respeto y disciplina de los cambistas. El hecho de que aproximadamente un año antes de tomar el control le hubiera amputado el meñique a un ladrón que le había robado añadía un toque particularmente hiriente a sus cachetes.

No pude volver a visitar a la tía Medialuna en la lonja de pescado porque Karla la reclutó.

-¿Quieres que te lleve la contabilidad? -preguntó la tía Medialuna.

-¿Quién mejor para guardar el dinero ajeno, tía Medialuna? -repuso Karla, de cara a unos cuartos de luna puntiagudos.

-Es verdad -admitió la tía Medialuna, pensativa-. Pero va a darme mucho trabajo.

-No tanto -le aseguró Karla-. No llevamos doble contabilidad.

-Estoy acostumbrada a mis visitas habituales -dijo la tía, inclinándose hacia delante y comenzando a orbitar hacia la medialuna.

-Lo que hagas a puerta cerrada es asunto tuyo. Lo que hagas con la puerta abierta es asunto nuestro. Si te interesa, tengo un amigo llamado Randall que tiene una limusina. Casi siempre está aparcada debajo del hotel.

-Una limusina -dijo la tía Medialuna, meditándolo.

-Con cristales tintados y un colchón enorme detrás.

-Lo pensaré -contestó la tía Medialuna al tiempo que subía un pie a la nuca sin esfuerzo aparente.

A los pocos días de pensarlo se trasladó a una oficina-vivienda debajo de nuestras habitaciones del hotel Amritsar, donde Karla había alquilado toda la planta.

El despacho de la tía Medialuna lindaba con otros dos, pintados y amueblados. La placa de uno de ellos anunciaba «Servicios de Terapia Matrimonial Hyjab Azul». La comunista musulmana, o la musulmana comunista, se había reunido con Mehmu antes de lo previsto y había llamado a Karla para averiguar si la oferta de asociarse seguía en pie.

-Todavía no ha venido -dije, cuando colgaron la placa en la puerta.

-Vendrá -respondió Karla sonriendo-. *Inshallah.*

-¿Para qué es el tercer despacho?

-Para sorpresas -ronroneó-. No tienes ni idea de las sorpresas que te tengo preparadas, Shantaram.

-¿Podrías sorprenderme con una cena? Me muero de hambre.

Estábamos cenando en el jardín delantero de un restaurante de Colaba Back Bay cuando oímos tiros en la calle, a escasos metros de nosotros.

Un coche se paró junto a un hombre que caminaba por la calzada. Los del coche le exigieron a gritos el dinero que les debía. Dos de ellos se apearon.

Mientras mirábamos, vi que el hombre era Kesh, el memorizador. Se protegió la cabeza con las manos cuando los dos matones empezaron a golpearle.

Karla y yo nos levantamos y nos acercamos a Kesh. Montamos tal escandalera que los matones regresaron al vehículo y se marcharon.

Karla ayudó a Kesh a sentarse con nosotros a la mesa.

-¡Un vaso de agua, por favor! -le pidió al camarero-. ¿Estás bien, Kesh?

-Estoy bien, señorita Karla -dijo frotándose un chichón de deudas en la coronilla-. Pero tengo que irme.

Se puso en pie y volvimos a sentarlo.

-Cena con nosotros, Kesh -propuso Karla-. Pon a prueba tu memoria

con las nuestras. Eres bueno, pero yo apuesto por nosotros.

-No debería...

Karla consultó la carta con atención, la cerró y eligió.

-El risotto con pasta de alcachofas, olivas negras y calabacines -repitió el camarero-. La lechuga iceberg aliñada con salsa de pimienta, pistacho y jengibre, y un tiramisú.

-Te equivocas -dijo Kesh-. La salsa de pimienta, pistacho y jengibre va con la ensalada de rúcula. La iceberg lleva ajo al limón, aguacate y pimentón picante, es el plato número setenta y seis del menú.

El camarero abrió la boca para replicar, pero un repaso mental de la carta confirmó la corrección de Kesh y el camarero se marchó meneando la cabeza.

-¿Qué ocurre, Kesh? -pregunté.

-Debo dinero -dijo, sonriendo desilusionado-. El negocio de memorizador ya no es lo que era. Ahora la gente usa el teléfono para todo. Pronto, el mundo entero se comunicará solo con quien no tiene delante.

-¿Sabes qué? -dije en cuanto llegó la comida-. Después de cenar, para un taxi y vente al hotel Amritsar. Nosotros nos adelantaremos en la moto.

-¿Qué tienes pensado? -me preguntó Karla entornando los ojos con sus pestañas de encaje.

-Sorpresas -intenté ronronear-. No tienes ni idea de las sorpresas que te tengo preparadas, Karla.

Didier desde luego se sorprendió cuando le llevé a Kesh al despacho que tenía al lado del de Karla en el Amritsar.

-No veo... que necesitemos sus servicios -dijo, sentado con actitud profesional a la mesa junto a la de Naveen.

-Kesh es el mejor memorizador del sur, Didier -observó Naveen, sentado con aire profesional a su mesa-. ¿Qué has pensado, Lin?

-Siempre decís que la gente se queda en blanco cuando grabáis las declaraciones. Que ven una grabadora y se paralizan.

-Sí.

-Kesh puede ejercer de grabadora. Recuerda todas las conversaciones. Puede hacer de grabadora humana y con él la gente hablará con naturalidad.

-Me gusta -se rió Karla.

-¿Sí? -dudó Didier.

-Si no lo quieres, ya lo contrato yo, Didier.

-Contratado -sentenció Didier-. Mañana a las diez de la mañana tengo una entrevista con un millonario y su mujer. La hija ha desaparecido. Acompáñame. Pero el atuendo... necesitas algo más... como de ejecutivo.

-Hasta luego -me despedí, llevándonos a Kesh del despacho.

En el pasillo le di algo de dinero. Intentó rechazarlo.

-Salda las deudas esta noche, Kesh -dije-. No queremos que esos tíos se presenten aquí. Y mañana empiezas legal, ¿sí? Ve y paga tus deudas. Y a las nueve te plantas aquí, arreglado. Sé el primero en llegar y el último en marcharte. Te irá bien.

Rompió a llorar. Retrocedí un paso y Karla me sustituyó. Lo abrazó y lo calmó enseguida.

-¿Sabes lo que ha dicho Didier de vestir de ejecutivo? -dije.

-Sí. Intentaré...

-A la mierda. Viste como quieras. Compórtate tal cual. La gente hablará contigo igual que hablamos ahora, lo harás bien. Si Didier te agobia, le dices que te he prohibido vestir de esclavo.

-Tiene razón, Kesh -convino Karla-. Sé tú mismo y todo saldrá bien.

-Vale -dije-. Ve a saldar las cuentas, tío. Empieza de cero.

Bajó cada escalón como si fuera un grado nuevo de reflexión, deteniéndose antes de dar el meditado paso siguiente. Su cabeza bamboleante se perdió en la curva de la escalera.

Lo vi desaparecer con aire pensativo y luego me volví hacia Karla, que me sonreía.

-Te quiero, Shantaram -dijo, besándome.

Al poco tiempo, Kesh solventó dos casos en dos semanas y se convirtió en la estrella de la Agencia Amores Perdidos. La atención al detalle y la retentiva demostraron ser decisivas para solucionar los casos y no se realizaba entrevista alguna sin él.

La tía Medialuna y su intrépido empleado llevaban la contabilidad de la agencia y de vez en cuando guardaban ciertas sumas de dinero de los clientes. Era una empresaria astuta y dedicaba largas horas a retocar el plan de empresa y ahorrarles tiempo y dinero a todos los demás.

Las sesiones privadas en la limusina de Randall satisfacían a los clientes anhelantes de luna. «Un talento depende de cómo lo uses», me dijo en una ocasión, usando los suyos para demostrarlo.

Vinson y Rannveig regresaron del *ashram* limpios de orgullo, pero no les veíamos a menudo porque andaban ocupados con los preparativos y las obras para abrir una cafetería.

Un día que conseguimos vernos unos minutos en plena reforma, Karla cogió a Rannveig del brazo y se la llevó para hablar entre mujeres mientras yo me quedaba con Vinson en la cafetería en obras.

-Es... ¿Sabes la ola, la ola perfecta, que no se acaba nunca ni te descabalga? -preguntó Vinson.

-No, pero voy en moto, que se parece mucho a la civilización surfera.

-Pues eso, ¿la ola eterna?

-Llevo un depósito de gasolina. Sé lo que dura la eternidad.

-No, a ver, es como la gelatina esa del campo de tendencia que decía Idriss.

-Ya.

-Es decir, estoy surfeando la superposición, ¿no?, entre olas igual de aptas para surfear. Idriss y Rannveig, no sé, tío, me han abierto un montón la mente. A veces, tengo tantas ideas en la cabeza que se me caen.

-Me alegro de que seas feliz, Vinson. Y lo de la cafetería es genial. Estoy muy contento, por ti y por Rannveig. Bueno, será mejor que me vaya. Tenemos...

-La cafetería es la leche -dijo, gesticulando en dirección a los enormes sacos apoyados en la pared-. A ver, tío, solo con que te explicara la

diferencia entre la mezcla colombiana y la de Ghana fliparías.

-Gracias por la advertencia. Pero, bueno, Karla vendrá enseguida, no creo que tengamos tiempo de abordar un tema tan denso.

-Si vuelve, empezamos de cero -dijo poco dispuesto a ayudar.

-¿Cómo está Rannveig?

-Pues eso, tío, ¿la ola perfecta? ¿La que no te descabalga...?

-Me alegro de que seáis felices. ¿Dónde crees que habrán ido Karla y Rannveig?

-Huele estos granos de cerca -dijo Vinson, abriendo un saco-. Este café es tan rico que no querrás volver a tomar ningún otro.

-¿Es el eslogan de la cafetería?

-Qué va, tío, nuestro eslogan es el nombre. Amor & Fe. Es el nombre de la cafetería y el eslogan.

En Vinson subsistía una inocencia que Rannveig había perdido cuando su novio murió por causa de las mismas drogas que Vinson vendía sin pensar. Y la inocencia que Rannveig había recuperado, en la voluntad de cambio de Vinson, era la tierna verdad detrás del nombre que habían elegido para el negocio: amor y fe.

-Huele los granos -insistió.

-Eh... No, gracias.

-¡Que los huelas! -me apremió, arrastrando el peso muerto de granos.

-No pienso oler granos, Vinson, por muy colombianos que sean. Deja de arrastrar ese muerto.

Devolvió el saco a la pared justo cuando Karla y Rannveig volvían.

-No quiere oler los granos -se quejó Vinson.

-¿No? -se burló Karla-. El Lin que yo conozco es un fanático de los granos.

-Stuart ha preparado una mezcla especial -explicó Rannveig, orgullosa-. Creo que nunca había probado un café tan rico.

-Lo tengo en la otra sala -dijo Vinson, dispuesto a salir hacia allí-. Huélela.

-No hace falta -respondí enseguida-. Se huele desde aquí.

-Te lo dije, conejito -dijo Vinson, abrazando a Rannveig-. La gente olerá el café desde la calle y quedará hipnotizada.

-Buena suerte, chicos -dije, arrastrando a Karla fuera del local.

-Inauguramos con luna llena -dijo Rannveig, a medio abrazo-. No os olvidéis.

En la calle, nos subimos a la moto, pero Karla no me dejó arrancar.

-¿Qué impresión te ha dado Vinson? -preguntó, con el brazo apoyado en mi hombro.

-Huele a granos -dije-. ¿Y a ti Rannveig?

-¿Te ha dicho el nombre que le han puesto al local?

-Sí. Amor & Fe. ¿Por qué?

-Diría que él pone el amor y ella la fe.

Un coche paró al lado, cerrándonos la salida. De hecho, era un coche fúnebre, con Dennis, el Baba No Durmiente, al volante. Concannon iba en el asiento del copiloto. Billy Bhasu y Jamal, el Hombre Orquesta, viajaban detrás, junto a un maniquí de escaparate tumbado en un ataúd de plástico transparente.

Concannon apoyaba el codo en la ventanilla.

-Se busca -dijo, sonriendo a Karla-. Vivo o muerto.

-Circula -le dije.

-Hola, Karla -saludó Dennis-. Me alegro de verte ahora, despierto. ¿Nos conocimos estando del otro lado?

-Hola, Dennis -se rió ella, con el brazo en mi hombro-. La verdad es que la primera vez que nos vimos ibas muy pasado. ¿En qué andas metido?

-Estamos comprobando los movimientos de los Durmientes al ser transportados en una cámara de sueño -explicó con paciencia-. Le he puesto sensores al maniquí. Detectarán golpes de diversa intensidad. Así podremos determinar la comodidad del acolchado interior de la cámara de sueño que les ofrecemos.

-¿Os fabricáis los ataúdes? -preguntó Karla.

-Desde luego -confirmó Dennis, pasándole un *chillum* a Concannon-. No hay otra. Las cámaras de sueño actuales obligan a los Durmientes a juntar las piernas. Las nuestras serán más amplias. Es fundamental para que los Durmientes estén cómodos.

-Ya veo -dijo Karla, sonriendo.

-Dormirán entre tersa seda y acolchado de plumas -continuó Dennis, con las manos al volante-. Y la cámara será de cristal para que puedan tener plantas, animalillos y bichos correteando por la tierra a su alrededor, para que les hagan compañía mientras duermen.

-Qué bien -dijo Karla, sonriente.

-Te presento a Billy Bhasu y a Jamal, el Hombre Orquesta -dijo Dennis-. Chicos, os presento a Karla.

Billy Bhasu sonrió a Karla mientras Jamal la saludaba con la cabeza y sus cadenillas con dioses tintineaban.

No pude reprimirme.

-Hombre Orquesta -saludé con un gesto de la cabeza.

-Hombre Orquesta -repitió Jamal.

Miré a Karla, que me entendió.

-Hombre Orquesta -dijo Karla, sonriéndole.

-Hombre Orquesta -contestó al pie Jamal, devolviéndole la sonrisa.

Miré a Concannon, deseando que se fuera, pero le dio por hablar.

-Ahora los muertos bailan -comentó, por darme conversación.

Miré a Dennis, al volante del coche fúnebre.

-¿Seguro que es buena idea que conduzcas, Dennis? -pregunté, tratando de obviar a Concannon.

-Tengo que conducir -entonó Dennis, y su voz resonó en el interior del vehículo-. Concannon está demasiado sereno para conducir un coche fúnebre.

-Los muertos bailan -repitió Concannon, sonriendo feliz-. Bailan.

-No me digas -dijo Karla, apoyándose en mí.

-Claro que sí -respondió Concannon, sonriente-. He aprendido mucho en este oficio. Me he formado. Antes, me alejaba cuando todavía se estremecían y no volvía a mirar atrás.

-Concannon -dijo Dennis-. Me estás jodiendo el viaje, tío.

-Solo estoy charlando, Dennis. Que nos dediquemos a las pompas fúnebres no implica que no podamos ser sociables.

-Cierto -admitió Dennis-. Pero ¿cómo esperas que pruebe el nuevo vehículo si no voy drogado?

-Solo digo... -insistió Concannon-. Solo digo que los cadáveres se retuercen cuando ya llevan rato muertos, que de pronto se sacuden. Ayer tuvimos a uno que bailaba mejor que yo. Pero nunca he sido un gran bailarín, la verdad, siempre he preferido los besos o las hostias.

-Enciende otro *chillum* -pidió Dennis, metiendo la marcha-. Si no te importa mi viaje, al menos escucha al maniquí. Lo está pidiendo a gritos.

Arrancaron, y el eslogan de la empresa pasó lentamente por nuestro lado pintado en las ventanillas del coche fúnebre: «Paz en el descanso».

-Un equipo interesante.

-Un matrimonio concertado en el limbo -dije-. Pero el maniquí parecía buena gente.

Diva Devnani nos citó en el despacho de la corporación. Estaba en el Worli Seaface, una larga sonrisa de edificios que miraban al mar desde un bulevar amplio y curvo. El edificio de Diva recordaba a la cubierta superior de un crucero, con ventanas altas y redondas a toda vela y un balcón corrido a modo de barandilla.

Cuando se cerraron las puertas del ascensor, le tendí la petaca a Karla. Dio un trago y me la devolvió. El ascensorista me miró. Le ofrecí la petaca, y dio un trago vertiéndose el ron en la boca sin rozar el metal con los labios. Me la devolvió, cabeceando.

-Dios nos bendiga a todos -dijo.

-En nombre de todos -le respondió Karla-, que Dios te bendiga.

Las puertas se abrieron a una pradera de mármol y cristal con varias preciosidades con faldas ajustadísimas pastando entre mesas llenas de distracción.

Mientras Karla hablaba con la recepcionista, me paseé por las mesas de acero y cristal cotilleando por encima de los hombros de las chicas. Escuchaban música con auriculares, se entretenían con videojuegos o leían revistas.

Una de ellas levantó la vista a medio pasar la página de una revista. Bajó el volumen de los auriculares.

-¿En qué puedo ayudarle? -amenazó, con la mirada furibunda.

-Bueno... yo... esperaré allí -dije, reculando.

La recepcionista nos condujo a un espacio con vistas a la puerta del despacho de Diva, donde nos sentamos en unos sillones. Había una mesilla con periódicos y revistas de negocios, una jarra con agua con gas y cacahuetes en un molde en bronce de una mano humana.

La palma de cacahuetes atrajo mi atención. La señalé, tratando de descifrar el mensaje.

-¿Es lo que vamos a pagarte? -le susurré a Karla-. O quizá: es lo que le pasó al último que pidió un aumento de sueldo.

-«El que pide no elige» -dijo Karla.

-Joder, muy bueno. -La aplaudí con la mirada.

Una chica alta y guapa apareció a nuestro lado.

-¿Les apetece un café?

-Tal vez luego, con Diva -respondió Karla-. Gracias.

La chica se marchó y me volví hacia Karla.

-La recepción es rarísima.

-Le faltan un par de mármoles para llegar a rarísima.

-No, me refiero a las chicas. No están haciendo nada.

-¿A qué te refieres?

-Pues a que reina la inactividad.

-¿Y? Será un día con poco trabajo.

-Hombre, Karla. Ahí fuera hay siete preciosidades y ni una sola está ocupada. Es raro.

-Lo raro es que las hayas contado -sonrió.

-Eh...

La puerta del despacho de Diva se abrió. Faltaba exactamente un minuto para la hora de la reunión. Un grupo de hombres de negocios, vestidos con trajes similares e idénticas miradas de ambición satisfecha, salieron desfilando.

-La puntualidad es la hora de los ladrones -dijo Karla, echando un vistazo al reloj de la pared antes de levantarse.

Diva salió a la puerta del despacho con los brazos en jarras.

-Entrad -dijo, besando a Karla en las mejillas-. Os he echado muchísimo de menos. Gracias por venir.

Se dejó caer en un butacón inmenso detrás de la curva de un piano negro que había cortado para transformarlo en mesa.

Una fotografía de su padre en un marco de plata decoraba la mesa-piano. La cubrían ristras de flores, que se desparramaban, amarillas, sobre el negro lacado. En una bandejita con forma de cola de pavo real quemaba un poco de incienso.

Era una habitación grande, pero solo había dos sillas de cara a la

mesa. Los empresarios de mirada vacía habían permanecido de pie durante la reunión con Diva. «Una chica dura -pensé-, pero ¿quién va a culparla?»

-Ha sido impresionante -dijo-. ¿Os apetece tomar algo? Porque yo necesito una copa.

Apretó un botón de una consola y, al segundo, se abrió la puerta. Una chica muy guapa cruzó la inmensa sala acechando el suelo resbaladizo con unos tacones de histeria. Se detuvo junto a la mesa con una floritura de la corta falda y las largas piernas.

-Martini -dijo Diva-. Te presento a la señorita Karla y al señor Shantaram.

Karla saludó. Yo me levanté, me llevé la mano derecha al pecho e incliné la cabeza. Es la forma más educada de saludar a una mujer en la India porque muchas prefieren no estrechar la mano. Martini inclinó la cabeza y volvimos a sentarnos.

-Tomaré un Manhattan -dijo Diva-. ¿Y tú, Karla?

-Un vodka doble con dos cubitos, por favor.

-Un refresco de lima para mí.

Martini giró sobre el tacón del calibre cincuenta y se alejó despacio, cual jirafa en un zoo de cristal.

-Imagino que os estaréis preguntando por qué os he citado aquí -dijo Diva, dándome algo nuevo que preguntarme porque no era aquello lo que me preguntaba.

-Me pregunto, sí, pero no eso -dijo Karla-. Ya entrarás en materia cuando toque, supongo. ¿Cómo te encuentras Diva? Hace semanas que no nos vemos.

-Bien -respondió, sonriendo y enderezándose en aquella butaca que, con su constitución menuda, parecía media cama-. Estoy cansada, pero estoy poniéndole remedio. Hoy lo he vendido todo. Prácticamente. Esa ha sido la última de una larga lista de reuniones mantenidas entre ayer y hoy.

-¿Lo has vendido todo? -preguntó Karla.

-Todos los hombres que en realidad dirigen las empresas de mi cartera de valores reciben paquetes de acciones como dividendos.

Les he dicho que si vendía mi cartera de golpe, sus acciones no valdrían nada. Pero que si me las devolvían, podían quedarse con las empresas y gestionarlas desde sus juntas, y repartirse los dividendos dándose palmaditas sudorosas en la espalda sin gastarse un dólar, y yo dimitiría.

-Una jugada muy inteligente -dijo Karla-. En cuanto accionista principal, te queda la reunión anual general para usarla en su contra. Pero te ahorras el día a día. Es como emborracharse sin tener resaca.

-Exactamente -dijo Diva, al tiempo que Martini entraba con las bebidas-. ¿Tenéis un porro?

-Sí -respondieron a la vez Karla y Martini, girando la cabeza para mirarse.

Me pareció captar cierta tensión. Pero las luchas silenciosas entre mujeres bellas son trucos de maga, demasiado rápidos y sutiles para que los ojos e instintos masculinos los sigan. No estaba seguro de lo que ocurría, así que sonreí a todo el mundo.

Karla sacó un porro fino de la cajetilla y se lo pasó a Diva. Martini resplandeció, toda piernas y ni un solo bolsillo, y dio media vuelta mientras los volantes de la falda remedaban a una criatura creada por un arrecife.

-Gracias, Karla -dijo Diva-. A partir de ya, soy una mujer libre. Si se hubiera puesto el sol, estaría bebiendo champán. Puedo beber cócteles todo el día, pero cuando empiezo con el champán mi coeficiente de inteligencia baja veinte puntos, así que la estupidez me la reservo para más tarde, para la noche. Mientras: ¡por la libertad de las mujeres!

-¡Libertad para las mujeres! -brindó Karla.

Diva se quedó en silencio. Karla la devolvió al presente.

-¿Ha sido complicado?

-Todos querían el control -dijo Diva, girando la copa que tenía en las manos-. No podían soportar ver a una mujer al mando cuando le habrían lamido el culo a cualquier hombre la mar de felices.

-¿Te lo dijeron? -preguntó Karla.

-Lo he visto en su mirada en todas las reuniones. Y siempre terminan por llegarte los rumores gracias a otros hombres que los traicionan. El

poder, en mis manos, para ellos era una declaración de guerra. Esos parásitos que mi padre permitió que infestaran sus empresas, esos hombres que miraron para otro lado cuando el dinero negro casi nos arruina, empezaron a ponerse desagradables. Han llegado incluso a amenazarme. ¿Sabes lo que quiero decir, Karla?

-A tipos así, los aplastas y te olvidas -dijo Karla-. Podrías haberlos aplastado, Diva, porque tu padre te dejó el poder para hacerlo. ¿Por qué abandonas?

-Mi padre invirtió a fondo en energía. Es lo único que nos queda mientras el negocio de la construcción paga las deudas, y son acciones que aún dan dinero. Yo no habría apostado tanto en petróleo y carbón, pero mi padre lo hizo y me ha atrapado en una rueda de la que dependen miles de personas. No puedo pararla sin más.

-¿O sea que sigues en la pomada?

-Lo dejaré, pero he prometido a los nuevos gestores que por cada año que sean más limpios y eficientes recuperarán un paquete de acciones.

-¿Qué planes tienes? -pregunté.

-Conservar una empresa y ponerla en cuarentena. Me he quedado la agencia de modelos y el negocio nupcial del que os hablé. He añadido un servicio de asesoría y le he cambiado el nombre. La dirigiré yo.

-Ah -dije-. O sea que las chicas de ahí son modelos a la espera de trabajo.

-Si quieres decirlo así... -replicó Diva, mirando a Karla-. Sé que hace tiempo que lo hablamos, Karla, pero confío en que todavía te interese. Me encantaría conocer tu opinión. ¿Qué te parece?

-Ya me gustaba cuando no era más que una idea -dijo Karla-. Y me alegra que la hayas llevado a la práctica. Cuenta con nosotros mientras sigamos en la ciudad. Mejor lo hablamos la semana que viene comiendo en casa, ¿vale?

-Sí -aceptó Diva, algo ausente, mirando la fotografía engalanada de su padre.

Le dejamos tiempo, esperando tranquilamente a que saliera del trance.

-¿Sabéis por qué insistía en que todos me llamaran Diva? -preguntó al

rato, sin dejar de mirar la foto-. Un día estaba en el lavabo, en una fiesta, y oí cómo me llamaban mis propios amigos. Trivia Divya. Trivia Divya. ¿Y sabéis qué? Tenían razón. Lo era. Era una persona trivial. Así que me cambié el nombre a Diva, esa misma noche, y obligué a todos a llamarme Diva. Pero esta es la primera vez que me siento «intrivial», aunque no se diga así.

-Quieres decir «esencial», Diva -dijo Karla.

La joven heredera se volvió hacia Karla y sonrió, riéndose flojito.

-Está bien -dijo, levantándose de la silla, desperezándose y bostezando.

Nos levantamos con ella, y Diva nos acompañó a las altas puertas del despacho.

-Me alegro de que seas libre -dijo Karla, abrazándola antes de irse-. Vuela alto, pajarillo.

Nosotros erramos con total libertad en la moto, despacio, pensando cada uno en algo distinto. Yo pensaba en la pobre niña rica que había vivido en un suburbio y renunciado a una fortuna. Karla pensaba en otra cosa.

-Son todas exprostitutas de lujo -me dijo por encima del hombro.

-¿Qué?

-Exprostitutas de lujo.

-¿Quiénes?

-Las monadas de la oficina, las que perdían el tiempo elegantemente. Son todas exprostitutas. Dominatrices, de hecho. Expertas en fetichismo. Diva las contrató para la fiesta fetichista, pero después de la fiesta les ofreció trabajo. Todas aceptaron. No son modelos. Llevan la agencia matrimonial.

-Les irá bien. ¿Por qué no me lo has dicho antes?

-Para la moto -dijo, apartándose de mí.

Me detuve en el arcén, cerca de una parada de autobús.

-¿Preguntas en serio -dijo, respirándome en el cuello- por qué no te he dicho que íbamos a un festival de exprostitutas?

-Bueno...

Me reincorporé al tráfico y conduje un rato, pero luego volví a parar porque Oleg estaba sentado en la mediana, tocando la guitarra. Nos detuvimos a su lado.

-¿Qué haces, Olezhka? -preguntó Karla, con un puñado de reinas risueñas.

-Toco la guitarra, Karla -respondió rusamente Oleg con una sonrisa.

-Hasta la vista, Oleg -dije, revolucionando el motor.

Karla me tocó con el dedo en el hombro y enfrié el motor.

-¿Por qué tocas aquí? -preguntó Karla.

-La acústica es perfecta -dijo Oleg, sonriendo intencionadamente-. El mar a mi espalda, los edificios...

-¿Qué estás tocando? -preguntó Karla.

-Un tema titulado «Let the Day Begin», de The Call. El tío, Michael Been, es un santo del rock and roll. Lo adoro. ¿Te la toco?

-Hasta la vista, Olezhka -dije, volviendo a revolucionar el motor.

-¿Por qué no subes? -lo invitó Karla.

-¿En serio? -preguntamos Oleg y yo al unísono.

-Te dejaremos en casa. Vamos de camino a Dongri.

Oleg subió detrás de Karla. Viajamos con las piernas de Karla enroscadas alrededor de mí por encima del depósito. Iba recostada en Oleg, que llevaba la guitarra a la espalda.

Pasamos frente a un grupo de guardias de tráfico, apostados en un cruce para cazar a un par de cebras en la jungla urbana.

-*Vicaru naka* -dije en maratí. «No preguntéis.»

Karla no había visitado el bazar de los perfumes de Dongri ni la zona de los alrededores desde el incendio de la mansión de Khaderbhai. Pero ella se mezclaba su propio perfume y necesitaba sus fragancias especiales. Cuando por fin se sintió preparada para enfrentarse a una página que había pasado sin leerla, nos convertimos en una hebra de la alfombra densamente tejida del tráfico para visitar su tienda favorita, al lado de Mohammed Ali Road.

El Gran Ali, uno de los tres primos hermanos llamados Ali de la familia, junto con Ali Triste y Ali Considerado, nos recibieron al entrar en su tienda y nos acomodaron entre cojines.

-Traeré un té, Karla-madame -dijo Ali Considerado.

-Cuánto tiempo sin verlos -dijo Ali Triste-. Les hemos echado de menos.

-Tengo la selección privada lista para usted, Karla-madame -dijo el Gran Ali.

Bebimos té mientras Karla examinaba las esencias especiales y escuchaba la historia de cada exótico perfume, traído de algún rincón exótico de un mundo cada vez más exótico.

Cuando nos íbamos, el anciano y corpulento mercader vestido de blanco pidió permiso para inhalar, solo una vez, el perfume de Karla. Karla accedió y le tendió el tallo de una esbelta muñeca con la palma de la mano flácida como una hoja bajo la lluvia.

Todos los perfumistas inhalaban varias veces con gesto profesional y luego sacudían la cabeza, dubitativos.

-Un día de estos -dijo el Gran Ali al irnos-, descubriré el secreto de su aroma.

-Nunca se sabe -contestó Karla.

Paseamos por la calle de vuelta hacia la moto, con los viales de esencias y aceites preciosos de Karla tintineando delicadamente en una bolsa de terciopelo negro. A los pocos pasos, vimos a dos individuos que conocíamos bien de la época de la Khaderbhai Company. Cruzaron a nuestra acera.

Salar y Azim trabajaban en la calle, se habían pasado años en el escalón más bajo de la condescendencia de la Compañía. Mientras

los hijos favorecidos morían, ellos sobrevivieron en el bajío el tiempo suficiente para ir escalando posiciones en la nueva Khaled Company, desesperada por reemplazar a los soldados caídos.

Lucían los nuevos ropajes de la Compañía y se toqueteaban las nuevas cadenas y pulseras, tratando todavía de acomodar el peso de la obediencia.

Conocían a Karla de antes de entrar yo en la Compañía y la apreciaban. Le contaron un cuento de gángsters divertido y aterrador porque sabían que le gustaría. Y le gustó, y respondió con un cuento de chicas malas divertido y aterrador. Los gángsters se rieron, echando atrás la cabeza, mientras los collares dorados atrapaban la luz del atardecer.

-Hasta la vista, gente -dije-. *Allah hafiz.*

-¿Adónde vais? -preguntó Salar.

-A recoger la moto. Está en Mohammed Ali Road.

-Os acompañamos. Conozco un atajo. Te lo enseñaré.

-Vamos por aquí -repliqué-. Igual compramos algo de camino. *Allah hafiz.*

-*Khuda hafiz* -respondió Azim, despidiéndose.

No quería ir a ninguna parte con los hombres de la Khaled Company ni con soldados de ninguna Compañía. No quería rememorar los viejos tiempos. Ni siquiera quería recordarlos.

Por enésima vez, pensé en marcharme de la Ciudad Isleña con Karla y mudarnos a alguna playa remota. En la ciudad no hay forma de escapar de la Compañía. La Compañía es la ciudad. Solo puedes escapar de ella en un lugar donde no pueda poseerse nada.

Caminamos entre el gentío, y nos disponíamos a entrar a un callejón adoquinado cuando unos gritos rasgaron el silencio sedoso y la gente salió corriendo despavorida por la bocacalle.

Miré a Karla, deseando estar en cualquier otro lugar. Ambos sabíamos o sospechábamos que Salar y Azim estaban involucrados. Hacía años que los conocíamos, pero las guerras callejeras de la Compañía ya no eran problema mío y estaba dispuesto a marcharme.

Karla no: me empujó hacia delante para ver lo que pasaba. Un

hombre salió tambaleándose del callejón y me cayó encima. Era Salar. Sangraba por todas partes. Había recibido varias puñaladas en el pecho y el estómago. Se derrumbó y lo abracé.

Miré por encima de él y vi a Azim, boca abajo, derramando los últimos borbotones sangrientos en las piedras del callejón.

-Pararé un taxi -dijo Karla, y salió disparada.

Salar levantó una mano con dificultades y se tiró de la cadena de oro del cuello hasta que la partió.

-Para mi hermana -dijo poniéndomela en la mano.

Me la guardé en el bolsillo y lo agarré con fuerza de la muñeca.

-No puedo dejarte aquí tirado, hermano -dije-. Ojalá pudiera, pero si lo hiciera, no podría volver a levantarte de una pieza. Karla ha ido a por un taxi. Aguanta, tío.

-Estoy acabado, Lin. Déjame. *Y'Allah*, ¡el dolor!

-No sé cómo, pero tienes los pulmones intactos, Salar. Todavía respiras. Lo conseguirás, tío. Aguanta.

Karla llegó en un par de minutos abriendo la portezuela del taxi. Subimos a Salar detrás conmigo mientras Karla daba las órdenes desde delante.

No sé cuánto le pagó al taxista, pero el conductor ni siquiera parpadeó al ver la sangre y nos llevó al hospital GT en tiempo récord, sorteando el tráfico a toda velocidad.

En la entrada del hospital, entre enfermeras y camilleros tumbaron a Salar en una camilla con ruedas y lo empujaron dentro. Intenté acompañarlos, pero Karla me paró.

-No puedes entrar con esta pinta, amor mío.

La camisa y la camiseta que llevaba por debajo del chaleco estaban manchadas de sangre. Me quité el chaleco, pero solo conseguí empeorar el aspecto de la salpicadura.

-A la mierda. Nos quedaremos con Salar hasta que llegue la Compañía. Los tíos que lo han atacado podrían intentarlo de nuevo y no podemos acudir a la poli.

-Espera un momento.

Karla paró a un abogado que caminaba hacia nosotros con brío, con el cuello blanco del oficio rígido de presunciones y los papeles del cliente apretados bajo el brazo para que no se escaparan.

-Te doy diez mil rupias por la chaqueta -le ofreció Karla, agitando un abanico de billetes.

El abogado miró el dinero, escudriñó a Karla y empezó a vaciarse los bolsillos de la chaqueta de mil rupias. Karla me puso la chaqueta cruzada y me levantó el cuello de la camisa. Me limpió las manchas de la cara con los dedos mojados de saliva.

-Vamos a ver cómo está Salar -dijo, conduciéndome al interior del hospital.

Esperamos en un pasillo cerca del quirófano. Baldosas negras y blancas, suplicando un patrón inexistente, lindaban con paredes de color verde grisáceo marcadas por las mareas bajas de las fregonas hipnóticas de agotadas mujeres de la limpieza. La función es sierva o señora y, cuando manda, el sufrimiento espera en pasillos purgados de consideración.

-¿Estás bien, nena?

-Sí -dijo Karla, sonriendo-. ¿Y tú?

-Estoy...

Cuatro gángsters de la Khaled Company avanzaban por el pasillo con actitud desafiante. El líder, Faaz-Shah, era un exaltado y, por lo que fuera, le exaltó verme.

-¿Qué cojones haces tú aquí? -exigió saber, deteniéndose a unos pasos de mí.

Me planté delante de Karla con la mano en un cuchillo. Karla conocía a la mayoría de los gángsters de mayor edad de la Compañía, pero a pocos de los volcanes nuevos.

-*Salaam aleikum* -saludé.

Faaz-Shah titubeó, buscando en vano en mi mirada. Yo había luchado al lado de dos de sus hermanos mayores contra otras bandas. Y había luchado con Khaled, su nuevo líder. Nunca había peleado al lado de Faaz-Shah.

-*Wa aleikum salaam* -dijo, más tranquilo-. ¿Qué le ha pasado a Salar?

¿Por qué estáis aquí?

-¿Por qué no estabais vosotros? -pregunté-. ¿Cómo os habéis enterado?

-Tenemos infiltrados en el hospital. Tenemos gente en todas partes.

-Pues en el callejón donde han apuñalado a Salar no.

-¿Azim?

-Cuando lo he visto estaba muerto, desangrado.

-¿Dónde ha sido?

Eran gángsters jóvenes y duros, de la clase que siempre encuentra una razón para el mal humor por mucho que intentes evitarla, y estaban enfadados. Yo no corría peligro porque sencillamente era el tipo que había hecho lo que tocaba y antes o después lo entenderían. Pero ninguno de ellos estaría a salvo si su enfado los empujaba a responder mal a Karla.

-Karla -dije sonriendo-, ¿te importaría ir a buscar un té?

-Será un placer -dijo, sonriendo misteriosamente al pasar junto a los gángsters.

-En el primer barranco saliendo de Mohammed Ali -dije en cuanto Karla se marchó-. Viniendo del bazar de los perfumes de vuelta a la ciudad. Nos encontramos justo antes del ataque.

-¿Qué?

-Estábamos en el bazar y nos encontramos con Salar y Azim. Charlamos y seguimos nuestro camino. Ellos cogieron un atajo por los callejones. Para cuando dimos la vuelta al barranco, todo había terminado. Salar se derrumbó en mis brazos. Los estaban esperando.

Abrí la chaqueta negra para enseñarle la sangre y volví a cerrarla. Se avergonzaron, como les pasa a los gángsters, al comprender que habían incurrido en una deuda de honor.

-Lo hemos traído en taxi -expliqué, sentándome-. Estamos esperando a que salga del quirófano. Podéis esperar con nosotros, si queréis. Karla traerá enseguida el té.

-Tenemos cosas que hacer -dijo Faaz-Shah.

-También estábamos esperando a que se presentara alguien de la Compañía para protegerlo. Aquí no está a salvo. Deja a un hombre con él, Faaz-Shah.

-Necesito a todos mis hombres. Y ya estás tú. Todavía eres leal a la Compañía, ¿no?

-¿Qué Compañía toca ahora?

Se rió, y luego frenó en seco.

-Necesito hasta el último hombre. Es de la familia.

-¿Salar?

-Sí. Es mi tío. La familia viene para acá. Te agradecería que te quedaras hasta que lleguen.

-De acuerdo. Y guárdale esto -dije, sacando la cadena del bolsillo-. Quiere que, si muere, se lo quede su hermana.

-Se lo daré.

Aceptó la cadena con cautela, como si creyera que fuera a moverse sola, y luego la guardó en un bolsillo. Me miró, con la vista planeando sobre playas renuentes.

-Te debo una, Lin.

-No.

-Si -insistió, apretando los dientes.

-Vale, entonces paso la deuda a la señorita Karla. Si alguna vez te enteras de que corre algún peligro, avísala o avísame, y estaremos en paz. ¿De acuerdo?

-De acuerdo. *Khuda hafiz.*

-*Allah hafiz* -respondí, viéndolos alejarse con la venganza blindándoles los ojos.

Me alegré de estar fuera. Me alegré de cargar a los heridos en lugar de herirlos, supongo, igual que Concannon se alegraba de enterrar a los muertos en lugar de matarlos. En aquel silencio verde grisáceo, el olor a desinfectante, ropa lavada con lejía y medicinas amargas de pronto me resultó demasiado médico y me aceleró el corazón.

Durante unos segundos, por costumbre, las emociones habían salido corriendo a la noche con Faaz-Shah y los otros, de cabeza a una guerra que todavía no se había declarado. Toda la lucha y el miedo se me vino encima de golpe, como si ya hubiera librado la batalla. Y entonces caí en la cuenta de que no tenía que pelear. Esta vez no. Nunca más.

Levanté la vista de esos pensamientos brutales y vi a Karla, aproximándose despacio por el largo pasillo del hospital. La acompañaba un hombre. Era del servicio de limpieza, vestido con el uniforme de faena de un peón, de alguien que se dedica a trabajos de poca monta. La cara de Karla estaba radiante, su sonrisa era un secreto a la espera de ser revelado.

Sentó al hombre a mi lado.

-Tienes que conocer a este hombre y escuchar lo que va a contarte -dijo Karla-. Dev, te presento a Shantaram. Shantaram, Dev.

-*Namaste* -dije-. Encantado de conocerte.

-Cuéntaselo, por favor, Dev -le pidió Karla, sonriéndome.

-Pero es una historia triste y muy poco entretenida. Tal vez en otra ocasión.

Hizo ademán de incorporarse, pero volvimos a sentarlo con amabilidad.

-Dev, por favor -lo apremió Karla-. Cuéntaselo igual que me lo has contado a mí.

-Podría perder el empleo -repuso, dubitativo- si no vuelvo ahora mismo a trabajar.

-Bien -dijo Karla-. Porque cuando nos vayamos, te vienes con nosotros.

El hombre me miró. Le sonreí.

-No puedo. Tengo que acabar mi turno.

-Primero la historia, por favor, Dev -insistió Karla-. Luego terminas.

-Bueno, pues como le contaba mientras preparaba el té -empezó a decir mirándose las manos-, me llamo Dev y soy un *sadhu*.

Llevaba el cráneo afeitado y no lucía amuletos ni pulseras. Aparte del uniforme, iba como llegó al mundo. Era un hombre sencillo, enjuto, con una gorra y sin calzado.

Sin embargo, su rostro era más fuerte que el hombre, y en su mirada, cuando la alzó, todavía ardían hogueras en la playa.

Los *sadhus* de Shiva se cubren con las cenizas de los crematorios, hablan con los muertos e invocan a demonios, aunque solo sea en su imaginación. El lenguaje corporal era sumiso, pero el rostro, indomable.

-Llevé rastas una temporada -musitó-. Atraen a la gente que fuma. Antes, con las trenzas, siempre tenía un porro a mano. Ahora, con la cabeza afeitada, ningún desconocido comparte conmigo ni un vaso de agua.

-¿Por qué te la afeitaste, Dev? -pregunté.

-Por vergüenza. Estaba en la cúspide de mi poder. Lord Shiva caminaba conmigo. Las serpientes no me mordían. Dormía con ellas en el bosque. Los leopardos venían a visitarme y me despertaban con besos. Los escorpiones vivían en mi cabello, pero no me picaban. Nadie podía mirarme a los ojos y no estremecerse al ver mi penitencia.

Se calló y me miró, con la mirada vagando aún entre los muertos y la naturaleza.

-La codicia -dijo-. La clave es la codicia. Sigue la codicia hasta el pecado. Codicié más poder. Maldije a un hombre, a un extranjero, que me desafió en la calle. Lo maldije, le dije que su riqueza le traería la desgracia y, cuando lo hice, perdí todos mis poderes, como se pierde la lluvia ventana abajo.

Se me erizó el vello de los brazos y miré a Karla, sentada al otro lado del hombre santo del servicio de limpieza. Karla asintió.

-¿Aquel día iban dos extranjeros? -pregunté.

-Sí. Uno era muy amable. Un inglés. El otro era maleducado, pero me arrepiento de lo que hice. Lamento cualquier daño que pueda haberle causado. Lamento haber traicionado mi propia penitencia. Intenté localizarlo, pero no lo encontré, aunque busqué por todas partes, y no pude anular la maldición.

-Dev -dijo Karla-. Conocemos a ese hombre. Conocemos al hombre que maldijiste. Podemos presentártelo.

El *sadhu* rapado se encogió respirando entrecortadamente y luego, poco a poco, volvió a enderezarse.

-¿De verdad?

-Sí, Dev -dijo Karla.

-¿Estás bien, Dev? -pregunté, apoyándole una mano en el hombro, muy flaco.

-Sí, sí. ¡Maa! ¡Maa!

-¿No prefieres echarte un rato? -propuse.

-No, estoy bien. Estoy bien. Yo... Eh... Me perdí y me di al alcohol. No estaba acostumbrado. Nunca había bebido. Cometí maldades. Entonces un gran santo me paró en la calle y me llevó a su templo de Kali.

Alzó rápidamente la vista, como si saliera a la superficie a respirar.

-¿De verdad conocéis al hombre al que maldije? -preguntó con voz trémula.

-Sí -dije.

-¿Y me recibirá? ¿Me permitirá anular la maldición?

-Creo que sí -dijo Karla con una sonrisa.

-Dicen que Maa Kali es terrorífica -me dijo Dev, cogiéndome del brazo-. Pero solo con los hipócritas. Es la Madre del universo y todos somos Sus hijos. ¿Cómo no va a querernos si le guardamos un hueco inocente en nuestro interior?

Se quedó en silencio, con ciertas dificultades para respirar hasta que se serenó llevándose una mano al corazón.

-¿Seguro que te encuentras bien, Dev? -preguntó Karla.

-Sí. Gracias a Maa, estoy bien. Ha sido la impresión.

-¿Cómo has terminado aquí, Dev? -pregunté.

-Me rapé y vine al hospital a encargarme de la tarea más humilde que encontré, a servir a los desamparados y los temerosos. Y ahora tengo la respuesta a mi pregunta porque me habéis encontrado para llevarme junto a ese hombre. Por favor, llevadme con él.

Me entregó una tarjeta laminada blanca por una cara y con un dibujo por la otra. Me la guardé en el bolsillo del chaleco.

-¿Qué es, Dev? -preguntó Karla.

-Es un *yantra*. Si lo miráis de corazón, os limpiará la negatividad de la mente para que podáis tomar decisiones sabias y generosas.

-Estamos esperando noticias de un amigo -dije-. ¿Podemos hacer algo por ti, Dev?

-Estoy muy bien -dijo, recostándose en el banco-. ¿De verdad voy a dejar el empleo?

-Eso parece, Dev -dijo Karla.

Llegaron los parientes de Salar escoltados por dos hombres de la Compañía y la noticia de que Salar viviría.

Nos llevamos a Dev, el santón penitente, al ático del hotel Mahesh. Vimos a Escorpio caer de rodillas y al *sadhu* arrodillarse con él y dimos media vuelta y nos dirigimos al ascensor.

-¿Sabes? -dijo Karla mientras esperábamos-. Esto podría darle un empujón al sistema inmunitario de Géminis.

-Tal vez -dije, al tiempo que sonaba el timbre del ascensor.

-Ya sé adónde vamos -dijo Karla, devolviéndome la petaca de bajada.

-Te crees muy lista -repliqué, quitándome la chaqueta negra del abogado que tapaba la camisa ensangrentada.

-Vamos a por la moto. Sigue en Mohammed Ali Road y te preocupa más la moto que lavarte.

Era demasiado lista, y me lo recordó varias veces en el trayecto hasta el hotel Amritsar. Mi moto, feliz de haber sido rescatada, fue tarareando mantras mecánicos todo el camino.

Cuando entramos en la habitación, Karla se refrescó y luego me dejó el baño.

Me vacié los bolsillos en la amplia balda de porcelana de debajo del espejo. El dinero estaba manchado de sangre. Las llaves estaban rojas y las monedas esparcidas se veían descoloridas, como si hubieran pasado demasiado tiempo en una fuente de los deseos.

Deposité también los cuchillos y las fundas, tiré la chaqueta del traje del abogado al suelo y dejé que la camisa sanguinolenta se desprendiera de una camiseta no menos ensangrentada.

Lo tiré todo, y entonces vi la tarjeta que me había dado Dev. La recogí y la dejé en la balda. Me miré al espejo por primera vez, como si me encontrara con un desconocido en un prado.

Desvié la mirada de mí mismo e intenté olvidar lo que no conseguía quitarme de la cabeza.

La camiseta era un regalo de Karla. Era obra de uno de sus primeros artistas, que había copiado el trabajo a cuchillo de un artista famoso por morder el lienzo que le daba de comer.

La pechera estaba cubierta de rajas, tajos y desgarrones. Creo que a Karla le gustaba porque le gustaba el autor. A mí me gustaba porque estaba incompleta y era única.

Me la quité con cuidado, confiando en poder limpiarle la sangre, pero cuando me miré en el espejo la solté en el lavamanos.

La camiseta me había dejado una marca sangrienta en el pecho. Era un triángulo invertido rodeado de estrellas. Miré la tarjeta que me había dado Dev. Era casi el mismo dibujo.

India.

La tarjeta se me cayó de los dedos y fijé la vista en el ser en que me había convertido. Miré el dibujo del pecho. Me planteé la pregunta que todos, si permanecemos el tiempo suficiente en la India, nos hacemos.

«¿Qué quieres de mí, India? ¿Qué quieres de mí, India? ¿Qué quieres de mí, India?»

El corazón se me partía en una rueda de coincidencias, cada nuevo accidente me parecía más significativo. «Si lo miráis de corazón», había dicho el *sadhu* al darme la tarjeta. «Decisiones sabias y generosas.»

Me fugué de la cárcel, donde no tenía ninguna oportunidad, y reduje mi vida a una única decisión, en todas partes, con todo el mundo menos con Karla: quedarme o irme.

«¿Qué quieres de mí, India?»

¿Qué significaba el dibujo sangriento? Si era un mensaje escrito con la sangre de otro, ¿era una advertencia? ¿O era una de esas afirmaciones de las que hablaba Idriss? ¿Estaba enloqueciendo al preguntármelo y buscar un significado que no podía existir?

Entré a trompicones en la ducha y miré cómo el agua roja desaparecía por el desagüe. Al final el agua cayó limpia y cerré el grifo, pero me apoyé en la pared, con las palmas de las manos en los azulejos y la cabeza gacha.

«¿Era un mensaje? -me oí preguntarme en silencio-. ¿Un mensaje escrito con sangre en el pecho?»

Los cuchillos cayeron estruendosamente al suelo alicatado y me asusté. Salí de la ducha a recogerlos y resbalé en el suelo mojado. Los agarré al tiempo que intentaba mantener el equilibrio y me corté en el interior de la mano.

Los dejé, y volví a cortarme. En un año entrenando con los mismos cuchillos no me había cortado ni una sola vez. La sangre manchó el lavamanos y salpicó la tarjeta. La cogí y la sequé.

Me lavé la mano con agua fría y presioné los cortes con una toalla. Limpié los cuchillos y los guardé. Y me quedé mirando la tarjeta y el espejo durante un buen rato.

Encontré a Karla en el balcón, con una bata fina de color azul. Quería verla así a diario durante el resto de mi vida, pero tenía que salir. Tenía un asunto pendiente.

-Tenemos que salir otra vez -dije-. He de hacer una cosa.

-¡Un misterio! Eh, hablando de misterios, ¿por qué te has vendado la mano?

-No es nada. ¿Te apetece dar otra vuelta en moto? Está a punto de amanecer.

-Me visto enseguida -dijo, desprendiéndose de la bata-. Espero que no tengas nada peligroso en mente.

-No.

-Es solo que, después de encontrar a Dev para Escorpio y Géminis y de llevar a Salar al hospital por haber estado en el bazar de los perfumes, creo que ya hemos agotado nuestra cuota de coincidencias kármicas, Shantaram. No deberíamos tentar a la suerte.

-No será peligroso, lo prometo. Puede que un poco perturbador. Pero no tienes nada que temer.

Para cuando llegamos al santuario de Haji Ali, estandartes perlados

anunciaban al Sol, el rey celestial, para llamar a la devoción. Los primeros peregrinos, suplicantes y penitentes recorrían ya el sendero. Mendigos sin brazos o piernas, dispuestos en corro por los cuidadores, entonaban los nombres de Alá mientras los caminantes arrojaban monedas y billetes a su círculo de necesidad.

Los niños que visitaban el santuario por primera vez lucían sus mejores galas: ellos llevaban trajes sudados copiados de las estrellas del cine; ellas, el pelo recogido por tirantes trampas decoradas y sujetas en la coronilla.

Me detuve a medio camino del santuario, a medio camino del santo durmiente.

-Ya está -dije.

-¿No vas a rezar?

-Hoy no -respondí, mirando a la gente que pasaba a izquierda y derecha.

-Entonces ¿qué?

Se hizo una pausa en el flujo de gente y nos quedamos a solas unos segundos. Saqué los cuchillos de las fundas y los lancé al mar, primero uno y luego el otro.

Karla observó cómo giraban por el aire. Fue mi mejor lanzamiento, al menos en mi opinión, hasta que se perdieron en el mar.

Permanecimos un rato contemplando las olas.

-¿Qué ha pasado, Shantaram?

-No estoy seguro.

Le pasé la tarjeta con el *yantra* que me había entregado Dev.

-Cuando me he quitado la camiseta, tenía este dibujo en el pecho. Era casi idéntico, pintado con la sangre de Salar.

-¿Es una señal? ¿Es eso?

-No lo sé. Hummm... Estaba preguntándome lo mismo y entonces me he cortado la mano con el cuchillo. Creo... Ya estoy harto. Es raro. No soy un tipo religioso.

-Pero sí espiritual.

-No. En realidad, no, Karla.

-Sí lo eres, solo que no lo sabes. Es una de las cosas que me gustan de ti.

Volvimos a guardar silencio un rato, mientras escuchábamos las olas: el ruido que hace el viento navegando entre los árboles.

-Si crees que voy a tirar la pistola -dijo rompiendo el silencio-, estás loco.

-Quédatela -dije riendo-. Yo he terminado. Si de ahora en adelante no soy capaz de arreglármelas con las manos, probablemente merezco lo que pueda pasarme. Y, de todos modos, tú vas armada y estamos siempre juntos.

Quiso volver a casa por la ruta larga incluso a pesar del agotamiento y se lo concedí.

Cuando hubimos ido en la moto lo suficiente con su nueva comprensión de mi nuevo yo ligeramente distinto, regresamos al Amritsar y nos limpiamos el polvo de la duda con una ducha. La encontré fumándose un porro en el mismo balcón de una hora antes, con la misma bata azul.

-Puede que le hayas dado a un pez en la cabeza con uno de los cuchillos cuando los has arrojado al mar.

-Los peces son como tú, nena. Son rapidísimos.

-Lo de antes con los cuchillos... ¿Va en serio?

-Quiero intentarlo.

-Entonces te apoyo -dijo, besándome en la cara-. Hasta el final.

-¿Incluso si nos vamos de Bombay?

-Sobre todo si nos vamos de Bombay.

Corrió las cortinas para ocultar el día y se desprendió de la bata para probar el espejo de la Casa del Estilo de Ahmed. Una y otro estaban estupendos. Puso un poco de música funk en el equipo y bailó para mí con sus brazos y sus caderas de sirena. La abracé. Se agarró a mi cuello y se cimbreó delante de mí.

-Perdamos un poco la cabeza -dijo-. Nos lo merecemos.

El amor y la fe, como la esperanza y la justicia, son constelaciones del infinito de la verdad. Y siempre atraen multitudes. Fueron tantos los devotos emocionados del café que acudieron a la inauguración de Amor & Fe que Rannveig nos llamó para pedirnos que fuéramos un poco más tarde porque el amor y la fe no se bastaban para garantizarnos un hueco.

Encontramos a Didier en el Leo's, recibiendo satisfecho los insultos de dos camareros a la vez y hostigando al servicio con ganas. El Leopold's estaba hasta los topes. La gente se reía de cualquier cosa y gritaba por nada con alegre determinación. Parecía divertido, pero teníamos otros asuntos que atender.

-Solo una copa -suplicó Didier-. En Amor & Fe no sirven alcohol. Habrase visto.

-Una -accedió Karla, sentándose a su lado-. Y no vale cambiar de opinión.

-¡Camarero! -llamó Didier.

-¿Crees que eres el único cliente sediento del local? -preguntó Sweetie, pasando un paño por la mesa.

-¡Trae alcohol, inútil! -espetó Didier-. Tengo toque de queda.

-Y yo una vida -replicó Sweetie, alejándose.

-Hay que reconocerlo, Didier -dije-. Has conseguido que vuelva la normalidad. Nunca había visto a Sweetie tan huraño.

-En el fondo, ¿qué es el reconocimiento? Solo un camino de ida y vuelta.

-Lin no va armado, Didier, se pasea desnudo por el mundo -dijo Karla-. Esta mañana ha arrojado los cuchillos al mar.

-El mar se los devolverá -sentenció Didier-. La mar no soporta que salgamos a la orilla. Fíjate lo que te digo, Lin. La mar es una mujer celosa, pero sin la personalidad fascinante.

Un hombre cargado con un paquete se acercó a nuestra mesa. Era Vikrant, el cuchillero, y durante un segundo me remordió la culpa al pensar que sus magníficos instrumentos, mis cuchillos, yacían en el fondo de un mar de aguas superficiales.

-Hola, Karla -saludó-. Te estaba buscando, Lin. La espada está lista.

Desenvolvió el paquete y sacó la espada de Khaderbhai. La había reparado con remaches de oro a los que había dado la forma de los ojos de dos dragones unidos por la cola.

Un trabajo precioso, pero me dolía pensar en aquella espada. La había olvidado, en un año de montañas y mansiones en llamas, y me avergonzó reconocerlo.

-No tengo nada más que añadir -dijo Didier-. La mar es una mujer celosa. Didier jamás se equivoca.

-Puedes separar al hombre de la espada -dijo Karla-, pero no a la espada del hombre.

-Qué belleza -dije-. ¿Cuánto te debo, Vikrant?

-Es el resultado de poner amor en el trabajo -dijo Vikrant, apartándose-. Yo invito. No mates a nadie con ella. Adiós, Karla.

-Adiós, Vikrant.

Llegaron las bebidas, y estábamos a punto de brindar cuando alcé una mano.

-Mirad a aquella chica -dije.

-Lin, no está bien fijarte en otra mujer cuando la tuya...

-Tú mírala, Didier.

-¿Será ella? -preguntó Karla.

-Claro.

-¿Quién? -preguntó Didier.

-Karlesha -dijo Karla-. Es la Karlesha de Oleg.

-¡Sí!

La chica era alta y se parecía un poco a Karla, con el pelo negro y los ojos de color verde claro. Llevaba vaqueros negros ajustados, camiseta negra de motorista y botas vaqueras.

-Karlesha -masculló Karla-. No está mal.

-Sweetie -llamé, y el camarero se acercó arrastrando los pies-.

¿Todavía conservas la foto que te dio Oleg?

Rebuscó de mala gana en los bolsillos y sacó una foto arrugada. La levantó para compararla con la cara de la chica, sentada cinco mesas más allá.

-Llama a Oleg, quiero mi recompensa -dije-. Aquella de allí es la chica que está esperando.

Miró un rato la foto, luego miró a la chica y salió disparado hacia el teléfono.

-¿Ya estamos? -pregunté.

-¿No quieres ver el reencuentro de Oleg y Karlesha? -se burló Karla.

-Estoy harto de ser el cómplice involuntario del Destino -repuse.

-Pues yo tengo que verlo -dijo Didier-. Y no pienso moverme de aquí hasta que lo haya presenciado.

-Vale -dije, dispuesto a irme.

Un hombre se acercó a nuestra mesa. Era bajo, delgado, moreno y seguro de sí mismo.

-Perdón -dijo-. ¿Es usted Shantaram?

-¿Quién lo pregunta? -soltó Didier.

-Me llamo Tateef y tengo que hablar de un asunto con el señor Shantaram.

-Habla, pues -dijo Karla, gesticulando hacia mí.

-Tengo entendido que haría usted cualquier cosa por dinero -dijo Tateef.

-Un comentario de lo más ofensivo, Tateef -dijo Karla, sonriendo.

-Desde luego -convino Didier-. ¿Cuánto dinero?

Levanté la mano para detener la subasta.

-Tenemos una cita, Tateef -dije-. Regresa mañana a las tres. Y hablaremos.

-Gracias -dijo-. Buenas noches a todos.

Se abrió paso entre las mesas hasta la calle.

-Ni siquiera sabes lo que quiere el tal Tateef -me advirtió Didier.

-Me ha dado buena espina. ¿A ti no?

-Sí -dijo Karla-. Creo que volveremos a verlo.

-En absoluto -refunfuñó Didier-. ¿No os habéis fijado en los zapatos?

-Claro que sí -dije-. Botas militares de media caña, con salitre en los lados y en el borde de la chaqueta. Diría que últimamente ha pasado mucho tiempo en el mar.

-Me refiero al estilo, Lin -explicó Didier con un suspiro-. Era espantoso. He visto taxidermias con más estilo.

-Adiós, Didier -dijo Karla, levantándose-. Nos vemos en la inauguración.

Karla y yo bordeamos la concurrida Causeway en moto, y a las pocas manzanas nos topamos con una muchedumbre aún mayor en la inauguración de la cafetería Amor & Fe, que ocupaba el camino de entrada y parte de la calzada. Aparcamos fuera y nos quedamos un rato sentados en la moto.

El cartel de encima de la puerta, con símbolos de todas las religiones escritos en hindi, maratí e inglés, estaba iluminado por un círculo de luces de magnolia blanca.

Un halo carmesí de luces de franchipán enmarcaba la ventana de la calle, tras la que se veía a los clientes tomando café mientras Vinson y Rannveig manejaban la cafetera italiana que escupía vapor sin parar.

Quedaban tres taburetes libres en una barra curva para quince. Rannveig los había reservado para nosotros, pero yo todavía no estaba preparado para entrar en el rincón de afecto que había creado.

Pensaba en la chica noruega que había visto en un relicario y una hora después bajo la sombra del Destino. La miré, sonriendo en la ventana del amor y la fe, inmersa ya en su para siempre. Vinson la miró fugazmente, le sonrió y se puso a charlar animadamente con un cliente.

No quería entrar. Lo que habían creado juntos irradiaba una pureza que no quería alterar.

-Me quedo aquí un minuto -dije, levantándome de la moto-. Entra tú.

Enseguida voy.

-Siempre juntos -dijo Karla, volviendo a sentarse en la moto y encendiendo un porro.

Didier se reunió con nosotros. Llevaba una mano en el pecho acalorado.

-¿Qué ha pasado? -preguntó Karla.

Didier levantó la mano reclamando una pausa para recuperar el aliento.

-¿To... todavía... tengo sitio reservado? -jadeó.

-Delante y en el medio -dije-. ¿Qué ha pasado con Oleg y Karlesha?

-Oleg ha entrado corriendo -respondió Didier, recuperando un pulso normal-, la ha agarrado como a un saco de cebollas y se la ha llevado.

-¿No los has seguido? -preguntó Karla riéndose.

-Por supuesto. Al fin y al cabo, Didier es detective de Amores Perdidos.

-¿Adónde han ido? -pregunté.

-Han desaparecido en la limusina de Randall -siseó Didier-. Ese Randall me saca de quicio.

-En el mejor de los sentidos -dijo Karla.

-¿No entráis? -preguntó Didier, mirando a la gente riendo dentro de la nueva cafetería.

-Esperaremos aquí un rato -dijo Karla-. Entra tú, Didier. A ver si aportas un toque de clase.

-Así pues, tendrá que ser Didier quien enarbole la bandera del amor y la fe -dijo, echándose el fular al hombro-. Vivimos en la era de los bocazas. Ahora veréis cómo grito por todos.

Se alisó la chaqueta, cruzó el sendero y entró. Se sentó junto a un joven empresario fingiendo tropezarse con su joven víctima. Al empresario le gustó y se enzarzaron en una animada conversación.

Nosotros nos sentamos a contemplar la bulliciosa inauguración un rato en silencio y luego Karla se apoyó en mí.

-Me gustan estas conversaciones de moto -dijo-. Incluso sentados codo con codo.

-A mí también.

-¿Quieres saber quién es el nuevo socio comanditario de Kavita? -me preguntó en voz baja.

-¿Me voy a asustar?

-Probablemente.

-Bien. Dime.

-Madame Zhou.

-¿Cómo?

-Madame Zhou quería chantajear a sus antiguos clientes para entrar con fuerza en la Bolsa de Bombay. El Destino, con alguna ayudita, la condujo a Kavita. Zhou tiene una agenda con todos los clientes y sus preferencias sexuales. La verdad es que, cuando terminen, me gustaría leerla.

-¿Por qué le pidió ayuda a Kavita?

-Se lo sugerí yo.

-¿Y eso?

-Quieres saberlo todo, ¿eh?

-En lo que a ti respecta, lo quiero todo de todo -respondí riendo.

-Sabía que tenía la agenda y que, sin el Palace, estaba en una posición debilitada pero mantenía la ambición. También sabía el nombre de su colaborador más fiel. Es un empresario, así que le compré el negocio. A cambio, le sugirió a madame Zhou que la persona ideal para gestionar los chantajes era Kavita Singh. Por eso madame Zhou comenzó a interesarse por Kavita.

-Y cuando mataron a los gemelos, pidió ayuda a Kavita.

-Tal como había previsto. Los vicios se alimentan de los hábitos, y los hábitos hacen a la gente previsible.

-¿Qué saca Kavita?

-¿Aparte del sexo?

-Karla, por favor, no...

-Bromeo. Hace seis semanas le dije a Kavita que madame Zhou había matado a su novio. Su prometido, de hecho. Este se había opuesto a que madame Zhou sobornara a los funcionarios de su zona. Lo seguían. Y madame Zhou lo mató.

-¿Y tú cómo te enteraste?

-¿De verdad quieres saberlo?

-Bueno...

-Por Lisa.

-Vale. ¿Lisa? ¿Y ella cómo se enteró?

-Por entonces trabajaba para madame Zhou en el Palace of Happy. Antes de que la sacara de allí.

-Y lo incendiaras.

-Quemé el lugar. Lisa no podía contarle a Kavita lo que sabía, de modo que me lo contó a mí.

-¿Por qué no podía contárselo a Kavita?

-Ya sabes cómo era. Lisa no podía hablar con la gente con la que se acostaba.

-Empiezo a pensar que la conocías mejor que yo.

-No -dijo, sonriendo delicadamente-. Pero en lo que a ti respecta, llegamos a un acuerdo.

-Algo me dijo. Que os visteis en el Kayani's para hablar de nosotros.

Se rió flojito.

-¿De verdad quieres saber lo que pasó?

-¿Otra vez con si lo quiero saber de verdad? -sonreí.

-Desde que nos separamos no te he perdido la pista. Al principio, me alegré porque con Lisa parecías feliz. Pero conocía a Lisa y sabía que lo fastidiaría.

-Un momento. ¿Me has estado vigilando durante dos años?

-Por supuesto. Te quiero.

Clara, luminosa: la confianza en una mirada humana.

-¿Cómo es...? -empecé a farfullar, recuperándome-. ¿Qué tiene que ver con el acuerdo que tenías con Lisa?

Sonrió, triste.

-Me enteré de que Lisa había vuelto a las andadas y que se veía con otros muchos a tus espaldas.

-No pregunté.

-Lo sé. Pero era la comidilla de todo el mundo. Menos la tuya.

-No importa. No me importaba.

-No estaba bien porque mereces más, eres mejor. Así que un día entré detrás de ella en su tienda de ropa favorita y la toqué en el hombro.

-¿Y qué le dijiste exactamente?

-Que te contara lo que estaba haciendo y te permitiera decidir si querías seguir con ella o preferías que dejara de hacer de putilla.

-¿Putilla? No te pases.

-¿Pasarme? Nadie estaba a salvo de Lisa en la galería, fuera hombre o mujer, ni siquiera los clientes. A mí me hubiera dado igual si no fuera porque estaba contigo.

-¿Y llegaste a un acuerdo con Lisa?

-Entonces no. Le di otra oportunidad. La quería. Ya sabes lo fácil que era quererla. Pero no cambió. Así que me senté con ella en Kayani's y le dije que te amaba y no quería que siguiera haciéndote daño.

-¿Qué contestó?

-Aceptó dejarte. No estaba enamorada de ti, pero le gustabas mucho. Quiso hacerlo poco a poco en lugar de cortar en seco.

-¿Rompiste mi relación con Lisa? -pregunté, alterado por la ráfaga de verdad-. ¿Fue por eso?

-No exactamente -respondió con un suspiro-. Todavía veo su cara

cuando la encontré en la cama. Recuerdo lo que le dije. Si no le cuentas la verdad y dejas de hacerle daño, te pararé los pies.

-¿Ibas en serio? ¿A pesar de quererla?

-El año pasado, cada vez que salías a comer con Lisa -dijo en voz queda-, comías con sus amantes, a veces marido y mujer, y eras el único de la mesa que no lo sabía. Lo siento.

-Lisa salía mucho y nunca le pregunté nada. Yo viajaba mucho y no podía decirle adónde iba ni lo que traficaba. Lisa tenía problemas y no supe verlo.

-Lisa no tenía problemas, el problema era ella. El día del Kayani's en que aceptó dejarte tranquilo, me tiró los trastos.

-¿De verdad? -me reí.

-Joder, sí. Así era Lisa. Guapa, loca y popular.

-Tal cual.

-¿Sabes? Al principio me pareciste un inocentón. Pero no lo eres. Eres confiado, y eso me gusta. Me gusta que confíen en mí. La confianza es la droga favorita del alma. Para mí ha significado mucho que no renunciaras a mí. Ha significado mucho más que lo hiciéramos estando separados que si hubiéramos seguido juntos. ¿Me entiendes?

-Creo que sí. Pero a partir de ahora estaremos juntos, Karla.

-Juntos de aquí en adelante -repitió, apoyándose en mí.

-¿De verdad has estado cuidando de mí tanto tiempo?

-Sí. Y nunca te has marchado de la ciudad por mucho que lo dijeras.

-No podía. No podía irme contigo aquí.

Delante de nosotros la gente se reía y bromeaba en el sendero de Amor & Fe. Escudriñé la calle en busca de amenazas, detecté a todos los carteristas, camellos y mafiosos que estaban trabajando alrededor del gentío. Todo bien: ilícitamente tranquilo.

-¿Nunca le contaste a nadie lo que dijo Lisa, que madame Zhou había ordenado el asesinato?

-Me guardé el secreto a la espera del momento adecuado para hablar. Ahora Kavita lo sabe y mantendrá a madame Zhou de su bando hasta

que consiga la agenda. Luego le presentará a madame Zhou a un amiguito, el karma.

¿Madame Zhou y Kavita? Me parecía una moneda con dos caras, trucada para perjudicar a alguien comoquiera que cayera.

-Aclaremos algo: ¿madame Zhou no sabe que Kavita era la prometida de un tipo al que asesinó hace cuatro años?

-Correcto. Kavita Singh no es su nombre de verdad. Cuando mataron a su novio, Kavita trabajaba en Londres. A la vuelta adoptó un seudónimo y entró a trabajar para Ranjit. Siempre confió en que, ejerciendo de periodista, descubriría lo que le había pasado a su novio. Yo esperé a que fuera lo bastante fuerte para enfrentarse a madame Zhou, derrotarla y salir inmune. Fui fortaleciéndola y dándole poder. Y entonces, el día que estaba esperando llamó a la puerta y la avisé.

-O sea que Kavita está vigilando de cerca a madame Zhou, que la usa para extorsionar a los nombres de la agenda y recuperar el poder perdido y, cuando Kavita consiga esa lista, ¿se deshará de madame Zhou?

-Exacto. Una partida de ajedrez, jugada por mujeres peligrosas.

-¿Cuánto tardará en conseguir la agenda?

-No mucho.

-Cuando la tenga, ¿también la usará?

-Pues claro -se rió Karla-. Fabricará grandes motores de cambio.

-No sé cuál de las dos da más miedo, si Kavita o madame Zhou.

-Ya te dije que te equivocabas con Kavita.

-Ya no juzgo. Quiero un mundo sin piedras ni gente que las arroje.

-Lo sé -se rió.

-¿Qué te hace gracia?

-Una cosa que dijo Didier de ti.

-¿Qué?

-Lin tiene buen corazón, lo que es inexcusable.

-Gracias, creo.

-¿Quieres saber quién se ha quedado el tercer despacho, abajo?

-Menuda noche de revelaciones. Estás disfrutando, ¿verdad?

-De lo lindo. ¿Quieres saber quién se esconde tras la puerta número tres o no?

-Por supuesto. Quiero ver el túnel, aún no lo he visto.

-No firmarás la cláusula de confidencialidad.

-Cada vez que firmas un documento legal, el Destino se toma un día de descanso.

-Johnny Cigar -dijo Karla.

-¿En el tercer despacho?

-Sí.

-¿Cuándo pararás de robarme personajes? Tienes media novela en el Amritsar y ni siquiera la he escrito todavía.

-Johnny ha montado una inmobiliaria -explicó, ignorándome de forma adorable-. Especializada en realojar a vecinos del suburbio.

-El vecindario entero.

-Lo he financiado yo. Con lo último que me quedaba de Ranjit.

Pensé un momento en la mezcla creciente del hotel Amritsar.

-Aunque haya vuelto Karlesha, Oleg no se irá, ¿verdad?

-Espero que no -dijo sonriendo-. Como tú. Te cae bien.

-Sí. Y me caería mejor un pelín menos alegre.

-¿Naveen va a venir esta noche?

-Está trabajando en un caso para Diva. Esa chica siempre se las apaña para tenerlo ocupado y cerca.

-¿Crees que acabarán juntos?

-No lo sé -respondí, intentando desear algo que no estaba seguro de querer-. Pero sé que Naveen no renunciará nunca a Diva. Por mucho

que diga, está loco por ella. Y si mezclas a un indio con un irlandés, como es su caso, te sale un tipo incapaz de renunciar al amor.

La clientela del Amor & Fe se congregó en el sendero para coger camisetas y, de vez en cuando, intercambiarlas.

-¿Qué hacen?

-¿Recuerdas las versiones para camisetas de los comentarios de Idriss? ¿La de Vinson?

-Sí.

-Vinson y Rannveig han aprovechado las notas que tomó Randall del discurso de Idriss para hacer camisetas. Las regalan para celebrar la inauguración.

Un chico, no muy lejos de nosotros, levantó una camiseta para leerla. La leí con él, por encima de su hombro.

Un corazón lleno de codicia, orgullo y odio no es libre.

Cuando se lo oí decir a Idriss en la montaña me pareció acertado, así que me alegró ver la reflexión presente y viva para el mundo aunque fuera estampada en una camiseta. Y también tuve que admitir que había reconocido en mí, y demasiado a menudo, mi ración de codicia y orgullo.

Pero ya no estaba solo. Como decía Rannveig, había reconectado.

-¿Qué te parece? -me preguntó Karla, viendo a la gente intercambiar citas de Idriss en camisetas gratis.

-Los maestros, como los escritores, nunca mueren mientras sigan citándolos.

-Te quiero, Shantaram -dijo, acurrucándose conmigo.

Miré al grupo risueño y contento, embutido en la estrecha cafetería. Las personas que habíamos perdido en nuestros años en la Ciudad Isleña llenarían el mismo espacio.

Demasiados, demasiados muertos que seguían vivos al pensar en ellos. Y la mayoría eran vidas que la humildad y la generosidad habrían salvado. Vikram, Nazeer, Tariq, Sanjay, Vishnu y los otros nombres resonaban en mí y concluían siempre en Abdullah, mi hermano, Abdullah, mi hermano.

Karla descansó en mí, siguiendo con el pie el ritmo de la música que salía de Amor & Fe. Le volví la cara hacia la luz hasta que ella me iluminó, y la besé y fuimos uno.

La verdad es la libertad del alma. Somos muy jóvenes, en este universo también joven, y a menudo fracasamos y nos deshonramos, aunque solo sea en las cuevas de la mente. Luchamos cuando deberíamos bailar. Competimos, engañamos y castigamos a la naturaleza inocente.

Pero no somos así, simplemente es lo que hacemos en el mundo que nos hemos fabricado, y podemos cambiar libremente lo que hacemos, al igual que el mundo, en cada segundo de vida.

En todas las cosas realmente importantes somos uno. Amor y fe, confianza y empatía, familia y amistad, ocasos y canciones maravilladas: en cada deseo nacido de nuestra humanidad somos uno. El ser humano, en este momento de nuestro destino, es un niño que sopla un diente de león, sin pensar ni entender. Pero la maravilla del niño es nuestra maravilla y el bien que podemos hacer cuando conectamos nuestros corazones es ilimitado. Es nuestra historia. Es el significado de la palabra Dios: somos uno. Somos uno. Somos uno.

DESCARGO

Esta novela describe a algunos personajes que llevan una vida autodestructiva. La autenticidad exige que beban, fumen y se droguen. No apruebo el alcohol, el tabaco ni las drogas, igual que no apruebo el delito ni la delincuencia como forma de vida, ni la violencia como medio válido para resolver conflictos. Lo que apruebo es intentar ser justos, sinceros, positivos y creativos con nosotros y con el prójimo.

GDR

NOTAS A PIE DE PÁGINA

[1] En español en el original. (N. de la T.)